R.K. LANDER

DESTINO DE UN PRÍNCIPE

El Silvano VI

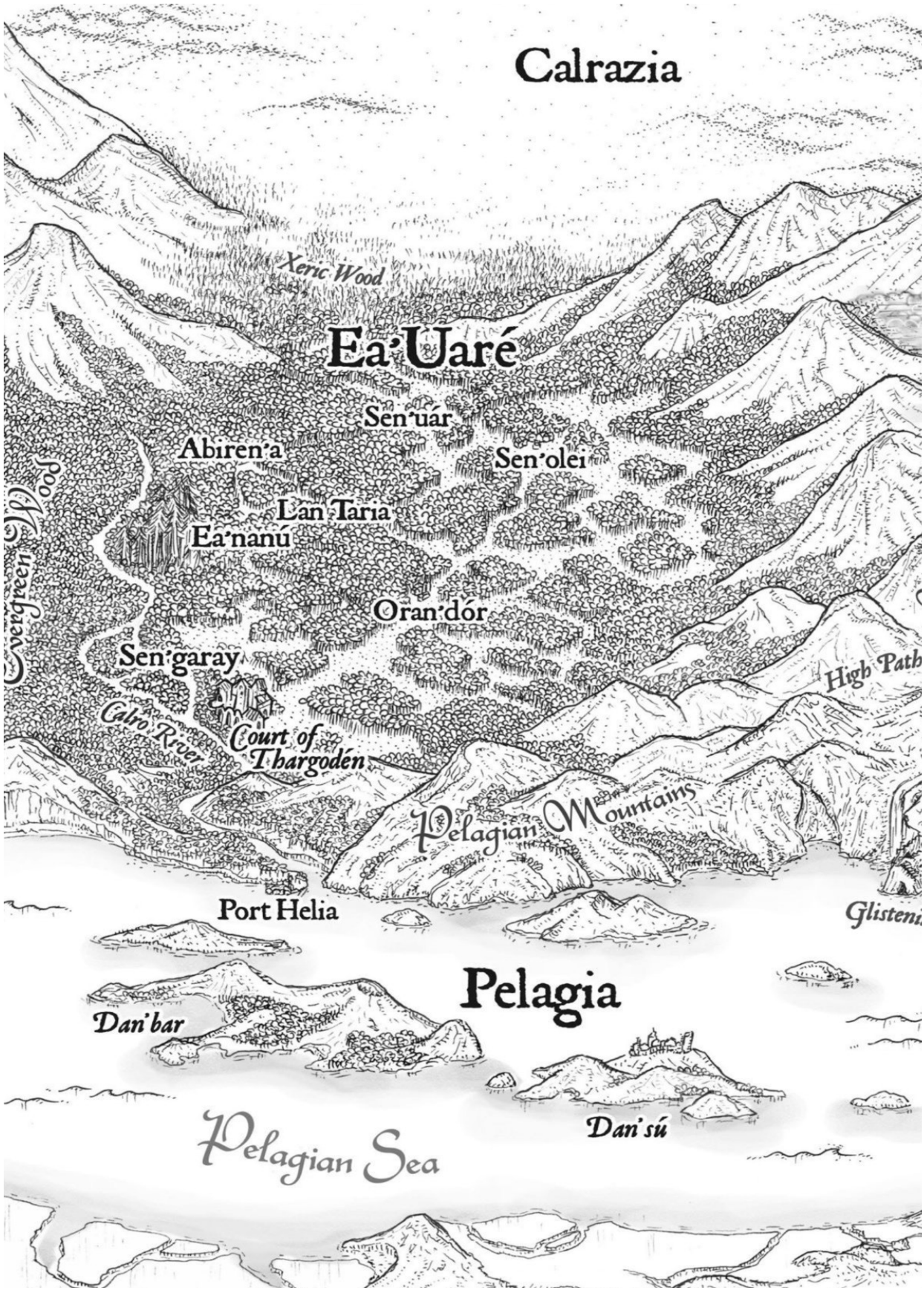
@2026 R.K. Lander

Todos los derechos reservados

Queda prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Queda prohibido el uso de esta obra para entrenar Inteligencia Artificial.

Suscribe a R.K. Lander para noticias y fechas de próximas traducciones en rklander.substack.com/subscribe

rklander.com


Calrazia
Xeric Wood
Ea'Uaré
Sen'uár
Abiren'a
Sen'olei
Lan'Taria
Ea'nanú
Evergreen Woods
Oran'dór
Sen'garay
High Path
Calro River
Court of Thargodén
Pelagian Mountains
Port Helia
Glisteni
Pelagia
Dan'bar
Dan'sú
Pelagian Sea

Map of
Bel'arán
Dunes of Calrazia
Barrier Ridge
Valley
Meng Slün
Prairie
Govant Slün
Kunger's Fort
Golavé
Downlands
Cor'hiden River
Court of Vorn'asté
Tar'Eastór
Duggan Sands
Southerly Sea
Lagan'ar Delta
Hager Island
Crystal Straits
Ice Lands

Índice

Prólogo

1. Fuego Pelágico
2. Naves Serpiente
3. Huida de Dan'bar
4. La Vieja Bruja
5. Cuatro Príncipes
6. Oyentes de Ea Uaré
7. Portador de la Luz
8. Aguas Bravas
9. Una Vez Traidor
10. Marcado por el Destino
11. Consejo Mental
12. Sol de Medianoche
13. Sombras del Pasado
14. De Regreso de Naz'arán
15. Por Toda La Eternidad
16. Mi Capitán
17. Luces de Bel'arán
18. Desviación
19. Memoria Eterna
20. Las Huestes de Gharzakan
21. Legados
22. Fuegos de Medianoche
23. El Muro Oriental
24. Lagartos de Gas
25. Mi Príncipe
26. El Vuelo de los Shirán
27. Fuego y Luz
28. Mil Escalones Abajo
29. Camino a Casa
30. Recuerdo de Luz y Amor

31. La Llamada
32. Al Otro Lado de la Frontera
33. Tráeme a la Vida
34. La Serie Final
35. Salto de Fe

Acerca de la autora

Prólogo

Era de la Iluminación

Aria, diosa de Bel'arán, el primero de todos los mundos élficos, estaba sentada en su trono de madera viva, en lo alto, contemplando la extensión del Gran Cinturón Forestal y más allá. Ante ella, seis elfos. Tres eran Alpinos, tres eran Silvanos, pero todos ellos eran Ari.

Shirán.

Uno parecía despreocupado, sentado como estaba ante la presencia de una diosa. Con los pies sobre una mesa de piedra y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, tallaba una pequeña pieza de madera, manejando el cuchillo con destreza. Aria sabía que estaba escuchando.

A su lado, Lerita, maestra de gremio de Ea Uaré, observaba con rostro impasible pese a su vista aérea del mundo entero.

—Nuestro Ber'anor se halla al borde del entendimiento. Pronto ocupará el lugar que le corresponde como nuestro protector, al otro lado del Bosque Perenne. Nos han hecho falta cincuenta y cuatro años de victorias y pérdidas: Ber'ator Zéndar y Pan'assár, el Ber'anor *Or'Talán*.

El tallador encapuchado se volvió de lado, frunció los labios y reanudó su tarea.

—El Usurpador ha muerto. Los Nim'uán, vencidos. El bosque está a salvo por fin. Todo lo que Fel'annár debe hacer es regresar a casa sano y salvo y comenzar su labor. Con la ayuda de Gor'sadén, seguirá aprendiendo a portar la luz. Nuestra misión está casi completa.

—Aún no nos has dicho por qué necesitamos siquiera un Portador de la Luz en Bel'arán. No hay Revenantes. No hay Captores de Espíritus aquí.

La pesada mirada de Aria se posó de lleno en Ket'subá, líder de los Shirán en Bel'arán.

—Fel'annár desarrolló esa habilidad de forma espontánea. Y bien sabes que portar la luz tiene *otras* aplicaciones, Ket'subá. Le hemos visto conquistar enemigos, conjurar remolinos, cabalgar sobre las raíces de las propias Hermanas. En un bosque, el Portador de la Luz es casi invulnerable, al igual que sus aliados. La luz que porta mantendrá a salvo nuestro Refugio.

—Sin embargo, Lord Galo sintió una perturbación, una vibración negativa hace algunos años. Cree que un Captor de espíritus abandonó Naz'arán. En cuanto a adónde fue, aún no tenemos información. Debemos permanecer alerta.

—¿Estás insinuando que lo trajo un Shirán?

—No es imposible, Ket'subá. No sería la primera vez que uno de los nuestros se vuelve contra nosotros. Aun así, es totalmente posible que algún Revenante encontrara la forma de burlar a Galo de Naz'arán durante el asalto de Estuario.

Lerita intercambió una mirada preocupada con Ket'subá.

—¿Es esta la razón por la que Fel'annár es tan importante? —preguntó la maestra de gremio.

—En parte. Si el Captor llegara a venir a Bel'arán, tendríamos la oportunidad de destruirlo. Pero su capacidad para portar la luz no fue en absoluto forzada, Lerita. Es un golpe de buena fortuna, el primer peregrino en el camino hacia el cambio para este, mi Mundo Primitivo.

—Una vez que Fel'annár esté en casa y comience su servicio, ¿qué pasará entonces? —El oscuro Ari se apoyó en su nudoso bastón, haciendo que las cuentas de su cabello repiquetearan entre sí.

—Debemos vigilar Calrazia, Narosén. Fue pervertida hace demasiados años por uno de los nuestros. Debemos intentar traerlos de vuelta de su depravación. Dime, ¿te ofreces voluntario?

—No. No soy un guerrero. Mis habilidades son de otra índole. Me quedaría en Ea Uaré, aunque quizás más cerca del Portador de la Luz. Tal vez en Ea Nanú.

—Muy bien. Te has ganado ese derecho. —Aria se volvió hacia Lerita—. ¿Y tú, comandante?

—Me quedaría con los Liminales. —Lerita miró fijamente a Aria, sin pestañear cuando la diosa sostuvo aquella mirada de piedra inquebrantable.

—Por supuesto que sí.

El tallador encapuchado sonrió con sarcasmo y luego sopló sobre su talla, admirándola con el brazo extendido.

—¿Y tú, Zéndar?

El Ari'atór de piel oscura se acercó hasta quedar a los pies del trono, con la mirada a la altura de las rodillas de la diosa.

—Me gustaría encontrar una solución para Alei. No se marchará, y me pregunto si podrá sentir mi presencia intermitente en el bosque.

—Poco probable, pero no imposible. Fel'annár nos lo ha demostrado. Aun así, debemos ver cómo puede resolverse. No es distinto del dilema de Thargodén.

—¿En qué sentido? —preguntó el encapuchado desde su percha a un lado, mientras la mano cesaba momentáneamente su movimiento.

Aria se volvió hacia él, irritada y divertida al mismo tiempo.

—Él permanece en este mundo, anhela sentir la presencia de su alma gemela pero no puede. Sabemos por qué. Y sin embargo, ella no puede regresar a un mundo sin él. Quizás podamos encontrar una resolución para ellos también.

El tallador se puso en pie, caminó hasta el mismo borde de la plataforma aérea, con el semblante solemne mientras afloraban recuerdos no deseados.

—No puedes cambiar los errores del pasado, Aria.

La diosa miró al más grande e irreverente de sus servidores.

—No. Pero con la ayuda de mis Shirán, puedo traer la paz a quienes sufrieron las consecuencias.

Se dio la vuelta y se alejó, lo justo para disfrutar de un mínimo de privacidad, pero lo bastante cerca como para seguir oyendo.

—¿Y tú, Lainon? Esta ha sido tu primera misión. Lerita habla muy bien de tu servicio.

Lainon hizo una reverencia respetuosa.

—Esta misión es muy especial para mí. La comencé en mi primera vida. Me gustaría ver que acaba bien para mi hermano en esta, mi segunda vida.

—¿Incluso a expensas de tu propio corazón?

—Precisamente por ello. Pese al dolor de mi separación de Tensári, verla, aunque solo sea en tiempos de penurias y batallas, hace que todo valga la pena. Temo que esto termine, porque no la volveré a ver hasta que muera.

Esta vez, Aria no dijo nada, porque las conclusiones de Lainon eran correctas.

—Por ahora, quisiera que todos viajaseis al sur y permanecierais en vuestros puestos, a excepción de Narosén, Ket'subá y Zéndar. Deseo que os quedéis en Ea Uaré hasta que esta misión se haya completado. Y entonces, tal vez podamos ayudar a quienes se quedaron estancados por el camino.

—Alei y Thargodén deben emprender el Camino Largo —dijo Zéndar.

Aria asintió.

—Os veré de nuevo cuando la hazaña esté cumplida. Sabed que estamos en el umbral de una era de iluminación. Pronto, Bel'arán evolucionará, saltará las fronteras del mito y la leyenda para entrar en un nuevo mundo, hacia nuevas realidades y verdades. Debemos guiar a nuestro pueblo con delicadeza por ese sendero. Adiós, mis Shirán.

Podía sentir cómo el cuerpo se deshacía y, aunque se dispersaba hacia los vientos, seguía estando íntegra.

Casi era hora de celebrar su victoria. Solo unas pocas semanas más y sus Divinos serían recompensados, muy especialmente sus guardias fronterizos y el Shirán Liminal, pues Aria no era omnipresente. Los Liminales le habían servido bien, habían sufrido mucho e incluso ahora buscaban la resolución que él también merecía. Se la concedería, si pudiera.

La diosa se desvaneció, la ilusión de un cuerpo disolviéndose en mil piezas diminutas que salieron flotando, algunas en el viento, mientras otras se hundían en el mismo trono que había ocupado. El Shirán encapuchado esperó hasta que dejó de verla.

Abrió la mano y miró la pequeña talla mientras recordaba sus propias palabras de hacía apenas unos instantes.

No puedes cambiar los errores del pasado.

Era la verdad. No podía cambiar nada. Pero podía evitar que volviera a suceder, si estaba en su mano hacerlo, incluso si ello significaba desafiar la voluntad de los dioses.

Colocó la diminuta talla sobre la mesa de piedra, sonrió con satisfacción y se entregó al viento.

CAPÍTULO 1

Fuego Pelágico

Gor'sadén, Comandante General de Tar'eastór, el último Maestro Kah y único miembro superviviente de Los Tres, había cesado por fin su incansable trabajo a la orilla del río.

Había entrenado a los Discípulos Kah, trabajado con Lord Koldur de Abiren'á y con cuanto hubiera logrado encontrar para distraer la mente de esta nueva realidad. Se sentía entumecido por el dolor, y una extraña sensación de desubicación lo asaltaba.

Pan'assár, comandante general de Ea Uaré, su hermano en todo salvo en la sangre, estaba muerto.

Atardecía en Abiren'á, la que fuera capital de los elfos silvanos. Gor'sadén estaba agotado por el trabajo y por incontables noches de insomnio en las que le asaltaban sueños vívidos, cosas inquietantes, oscuros presagios y desastres de una magnitud que solo los dioses podrían conjurar. Necesitaba tiempo a solas, simplemente sentarse y dejar que el dolor se suavizara, en un lugar donde nadie lo viera. Necesitaba recordar a *Pan'assár*, no sus últimos y jadeantes suspiros, sino la vida entera de hermandad que habían compartido.

Así pues, se había alejado de La Compañía en busca de un rincón tranquilo, adentrándose entre los árboles, lejos de la orilla del río. Había más sombra allí. Los peñascos salpicaban el suelo del bosque,

medio cubiertos de un vibrante musgo verde, del mismo color exacto que los ojos de Fel'annár.

Encontró un roble acogedor y se sentó a su base. Soltó la hebilla del pecho, se quitó el arnés de las armas y lo depositó con cuidado en el suelo, recorriendo con los dedos los metales preciosos. No pasaría mucho tiempo antes de que Fel'annár viniera a buscarlo.

No volvería a ver a Pan'assár hasta que él mismo tomara el Camino Corto o Largo hacia la próxima vida. Se detuvo, cruzó las piernas y apoyó los antebrazos en los muslos.

¿Cómo funcionaba exactamente? ¿Recordaría Pan'assár su vida anterior? ¿Se acordaría de Gor'sadén? ¿Se reuniría con Or'Talán, recuperaría esa parte de sí mismo que había perdido y encontraría por fin la alegría? ¿O no era tan sencillo? ¿Ni tan idílico?

Decían que algunos elfos nunca se encontraban a sí mismos. Band'orán podría ser uno de esos casos raros. Pero seguro que Pan'assár no. Se había redimido, había dado la vida por el mismo pueblo al que había hostigado durante tantos años.

Merecía regresar.

Gor'sadén quería, *necesitaba* creer que todos volverían a reunirse algún día, al otro lado del Velo, porque si no fuese así, ¿qué sentido tendría la vida? ¿Para qué las aventuras, los éxitos y fracasos, el asombro y el dolor, la emoción y la desolación?

¿Cuál era entonces el *propósito* de la vida?

¿Podría ser de verdad que *no hubiera* propósito alguno? ¿Se disiparía todo tras la muerte? ¿Se desvanecería como las estrellas al alba?

Y sin embargo Lainon había muerto, se había convertido en Shirán y había regresado al Primer Mundo con los recuerdos intactos. Él era la prueba viviente de que había vida más allá de la muerte. Pero él era Ari'atór, *Ber'ator*. Pan'assár no había sido ninguna de las dos cosas.

Tomó el arnés y cerró la mano derecha sobre el pomo familiar de la espada larga de Pan'assár. La desenvainó, la apoyó con cuidado sobre las rodillas y pensó en la espada corta compañera, la que Pan'assár le había pedido que entregara a Fel'annár.

Espadas como estas se transmitían de generación en generación. Este juego en particular había sido del padre de Pan'assár y del suyo antes que él. Ahora que no quedaban descendientes a quienes legarlo, la espada corta pertenecía a Fel'annár, mientras que Gor'sadén blandiría la larga, al menos por ahora.

Sonrió, pasando el dedo por los diamantes, esmeraldas y zafiros que tachonaban la empuñadura; sintió la plata exquisitamente tallada, el acero hábilmente forjado que tanta sangre había bebido, que había danzado el Kal'hamén'Ar y girado en la Rueda de la Guerra. Era un arma letal en las manos adecuadas, y Gor'sadén la usaría en memoria de su amigo más cercano.

La Capitana Sorei le había obsequiado su primera Hoja Synth, y la adoptaría como segunda arma para legar su propia espada Colanei a su discípulo, su hijo elegido, tan pronto como este hubiera realizado la Danza de la Muerte Benigna y se hubiera convertido en Maestro por derecho propio.

Sacó la piedra de afilar y se puso a pulir la hoja de Pan'assár. Mientras trabajaba, el raspado de la piedra sobre el metal guio su mente de regreso a los sueños de la noche anterior.

Esta vez, Fel'annár estaba rodeado de Señores de la Arena, pero todo lo que Gor'sadén había podido hacer era mirar, con las botas hundidas en un cenagal, gritando hasta que la garganta le quedó en carne viva. Había tenido estos sueños desde que Fel'annár casi murió a manos de los Nim'uán en las laderas de la ciudadela de Tar'eastór. A veces eran batallas; otras, un corrimiento de tierras, una avalancha o una inundación repentina en el Cor'hidén. Incluso había soñado con el Kal'hamén'Ar, con poderosas legiones de Guerreros Kah envueltos en coloridos jirones de luz.

Después había soñado con Pan'assár, por primera vez desde su pérdida. Su amigo moría en sus brazos mientras el caos asolaba el mundo a su alrededor. Estaban en el ojo de un huracán y, sin embargo, flotaban en un aire inmóvil, contemplando a cámara lenta la destrucción que los rodeaba, ajenos a su furia.

Pan'assár había hablado, pero no fueron las palabras que había pronunciado en aquel fatídico día, ni con aquella forma entrecortada y agonizante. Sonaba en paz, como un filósofo exponiendo su

verdad, con la mirada libre de dolor clavada en Gor'sadén, instándole a escuchar.

No lo entendí.

Para su desesperación, Gor'sadén se había despertado.

¿*Qué* era lo que no había entendido? Pan'assár se había redimido, había tenido una muerte de guerrero. Había estado en paz con su último aliento.

La mano se apartó de la hoja que estaba afilando y contempló sus manos, ahora relajadas. Podía ver cada línea, cada callo, y sabía exactamente cómo se habían formado. Recuerdos de duros entrenamientos en noches gélidas. Recuerdos de dolor y frustración, de repeticiones interminables mientras se esforzaba al máximo para dominar el Kal'hamén'Ar con Los Tres.

Y entonces la mano se desvaneció, el mundo parpadeó y luego estalló en luz. El bosque giraba a su alrededor y se encontraba sentado de nuevo en la vorágine, con el peso del cuerpo muerto de Pan'assár en los brazos. Solo que esta vez se sentía desapegado, desprovisto de emoción, y lo veía todo a cámara lenta, reparando en detalles que no había registrado en su momento.

Vio cómo los ojos de Pan'assár brillaban con fuerza, una luz interior que los hacía resplandecer, de forma no muy distinta a la mirada de Fel'annár cuando tejía el tapiz del bosque. Pero entonces esa luz interior pasó al frente y se desprendió de la expresión de su amigo. Flotó hacia él y quiso huir. Le temía, pero una vez más estaba atrapado donde estaba sentado.

La luz azul lo envolvió.

Debió de haber estado conteniendo la respiración, pues de pronto empezó a jadear. Se asfixiaba, tosía, balbuceaba y boqueaba, desesperado por meter aire en los pulmones. La vista se volvió de un blanco fundido; parpadeó con furia y respiró ruidosamente, con los recuerdos aún ardiendo.

Necesitaba calmarse. Respiró lenta y profundamente, sintiendo cómo el corazón se ralentizaba y recuperaba su ritmo habitual.

¿Qué le pasaba? ¿Se había quedado dormido mientras afilaba la espada? ¿O había sido un recuerdo repentino, detalles de los sueños

que no había recordado esa mañana? Sacudió la cabeza y se pasó una mano por la cara.

Todo lo que necesitaba era paz, tiempo para sanar, espacio para ordenar los pensamientos y aceptar que estaba solo, a excepción de Fel'annár. *Él* mantendría a Gor'sadén aquí en Bel'arán durante un poco más de tiempo, hasta que ya no fuera necesario, hasta que el camino de Fel'annár hacia la grandeza se completara y su viaje hacia su nueva familia terminara.

Y quizás fuera así de sencillo. No cabía duda de que eso era lo que los sueños significaban: un recordatorio de la promesa que había hecho a Fel'annár, que tenía intención de cumplir.

Una vez que Fel'annár fuera Maestro Kah y su lugar legítimo en el linaje de Or'Talán fuera reconocido, una vez que el Kal'hamén'Ar hubiera sido devuelto a los ejércitos élficos de Bel'arán, Gor'sadén de Tar'eastór se adentraría en el camino hacia un nuevo mundo, hacia viejos amigos.

Levantó la vista al cielo crepuscular y apoyó la cabeza contra el roble que tenía detrás. Se preguntó si el cielo se vería igual al otro lado del Velo, donde Pan'assár y Or'Talán aguardaban el reencuentro de Los Tres.

El Silvano había matado a dos monstruos: uno en las arenas empapadas de sangre de Calrazia, y otro en su mente.

Ambos se habían alzado inesperadamente; uno desde las profundidades del desierto y el otro desde las fértiles praderas de la mente de Fel'annár, coloreadas por los miedos y las dudas de su infancia.

Todos necesitaban tiempo para sanar, para reponerse, para guardar luto y aceptar que las cosas que le habían visto hacer no eran *antinaturales*. Eran simplemente una parte inexplicable de la naturaleza que Fel'annár podía blandir. Algunos lo llamaban magia, pero Idernon insistía en que no existía tal cosa.

Habían visto a las Tres Hermanas cargar a la guerra, visto a Fel'annár cabalgar sobre sus raíces gigantes y abatir a la Serpiente Madre. Habían visto cómo conjuraba una vorágine que casi había arrasado Abiren'á por completo, y habían visto runas bajo la piel, palabras del Libro de los Iniciados.

Una tierra en guerra.

Reprimió un escalofrío. No quería que nadie le temiera, no quería temerse a *sí mismo*, pero no podía evitar que la mente lo asaltara con la pregunta. ¿Era este todo el alcance de su don? ¿Había aún más por venir?

Tras despertar de su letargo de tres días, se había puesto a trabajar junto con el resto de los que aún podían mantenerse en pie. Durante el día iniciaron la ardua tarea de restaurar la antigua ciudad silvana, aunque pasarían años antes de que brillara con tanto esplendor como antaño, de la forma en que Bulan se la había descrito con tanto cariño.

Los árboles caídos en Abiren'á se aprovecharían para reconstruir los talans aéreos y los edificios destruidos en la vorágine, y para construir las balsas que necesitaban para volver a casa.

Fel'annár y La Compañía se habían esforzado al máximo, y hasta habían llegado a disfrutarlo, pues la charla y las bromas de guerreros y ciudadanos por igual eran una señal de estos nuevos tiempos, en los que el optimismo y la esperanza regresaban a los silvanos del norte, a pesar del horror de los Segadores, el recuerdo de la Senda Macabra y el terror de la Madre.

Las balsas recién construidas flotaban en las aguas, amarradas a los muelles que bordeaban las orillas orientales del Calro. Todavía no había suficientes para que todos regresaran por el río. Dos, tal vez tres días más de duro trabajo y entonces la mayor parte del ejército partiría. Más adelante, un segundo y tercer grupo saldrían bajo el mando de los capitanes Dalú y Eramor, en cuanto hubiera balsas suficientes.

Los heridos de gravedad se quedarían en Abiren'á por algún tiempo más, bajo el mando del Oyente, el capitán Yerái, a quien Fel'annár había asignado el nuevo Puesto Avanzado del Norte. No

había prisa para que regresaran ahora que el enemigo había sido vencido.

Fel'annár y Yerái llevaban días trabajando en sus habilidades de comunicación. Cada mañana el capitán se plantaba ante las Hermanas con la mano apoyada en uno de sus troncos, mientras Fel'annár intentaba comunicarse con él desde lejos. Habían tenido cierto éxito, aunque por el momento Yerái era capaz de percibir emociones más que de oír palabras exactas. Hasta ayer, cuando había ocurrido algo peculiar.

Yerái había oído palabras, y luego una frase entera. Pero lo más importante era que Fel'annár había oído la voz de Yerái por primera vez: rota y tartamudeante, pero real, nítida como el cristal. Era sin duda cuestión de tiempo que el capitán perfeccionara su capacidad de proyectar pensamientos en un diálogo. Las posibilidades eran alentadoras, pues significaba que Fel'annár podría recibir informes diarios del norte desde cualquier lugar en que se encontrara.

A pesar de las tímidas esperanzas de que en el horizonte aguardaran tiempos mejores, Gor'sadén había permanecido en gran medida en silencio, el semblante rendido y grave casi a todas horas. Fel'annár creía entenderlo. El trabajo extenuante le impedía pensar en Pan'assár, le impedía advertir que era el único miembro que quedaba de Los Tres. Pero a pesar de su incesante actividad, se habían formado ojeras oscuras bajo los ojos insomnes de Gor'sadén, y Fel'annár no podía hacer más que observar, impotente, cómo este abandonaba la orilla del río en busca de un silencio reparador. Eso había sido hace un rato, y ahora, mientras la oscuridad se aproximaba, hizo un gesto a La Compañía y a Bulan. Cruzó la mirada con Hobin, preguntándose si los seguiría también. El Comandante Supremo asintió y juntos fueron en busca del comandante alpino.

Con el río ya a sus espaldas y el bosque más denso frente a ellos, pasaron junto a un flujo constante de guerreros y civiles. Estos saludaban al señor de la guerra y a su propio capitán Bulan con orgullo en la mirada y palabras de elogio y aprobación en los labios.

Bulan dio una palmada en el hombro a su sobrino y Fel'annár se volvió hacia su tío con una sonrisa. Aquel elfo podría haber sido su padre de no haber ocultado Amareth a Fel'annár, y no era casualidad

que Bulan se hubiera vuelto cercano a Gor'sadén en los días que siguieron a la guerra: el mismo elfo que *era* un padre para él en todo salvo en la sangre.

Fuese por el mando y el renombre que compartían, por su mutua relación con Fel'annár, o simplemente por una empatía natural, no sabría decirlo; y sin embargo se alegraba de que así fuera. Eran su familia en todos los sentidos que importaban.

Fel'annár redujo el paso y se giró hacia la derecha, hacia una parte más espesa del bosque.

—Deberíamos llevarlo de vuelta a la Cúpula del Cielo. Ya lleva solo bastante tiempo.

—Gor'sadén necesita tiempo, Fel'annár. Siglos de amistad, más bien de hermandad, no pueden ignorarse. Con la muerte de Pan'assár, toda su vida ha cambiado. Apuesto a que desea abandonar estas tierras y, sin embargo, se queda por ti.

Fel'annár sabía que Bulan tenía razón. Aun así, se estremeció ante la perspectiva. No dejaría a Gor'sadén solo demasiado tiempo porque, de algún modo, pensaba que cuanto más tiempo tuviera su padre para reflexionar, mayor sería la posibilidad de que cambiara de opinión y se marchara, no ya de Ea Uaré, sino de Bel'arán por completo.

Encontraron a Gor'sadén sentado con las piernas cruzadas en el suelo, la espalda apoyada contra un roble imponente. Pero incluso desde lejos, la mirada de Fel'annár se vio atraída por la belleza de la hoja larga que su Maestro Kah estaba afilando.

Había sido de Pan'assár, lo sabía.

Fel'annár, Bulan y Hobin se sentaron ante el pensativo Maestro Kah mientras Idernon guiaba a La Compañía un poco más lejos, consciente de su necesidad de privacidad.

Fel'annár hizo una mueca al sentir una punzada en la rodilla aún en proceso de curación; el dolor le bajó por la pierna hasta el pie. Gruñó, estiró ambas piernas ante sí y observó a Gor'sadén mientras este seguía afilando la espada. El comandante no dijo nada, pero Fel'annár sabía que era consciente de su presencia, de dónde habían estado y, muy probablemente, de lo que estaban pensando. La vista

le bajó hasta la hoja y advirtió los grabados a lo largo del acero brillante por primera vez.

Honor por encima de la vida.

Alargó la mano, soltó la hebilla del pecho y se liberó con cuidado del arnés de armas. Al depositarlo en el suelo a su lado, pasó la mano sobre la espada corta a juego y la extrajo despacio.

Era la segunda arma que heredaba. Bulan le había dado Harvest, la lanza que su abuelo Zéndar había empuñado una vez. Ahora era Pan'assár quien le había legado aquella hoja.

—Es un honor haber recibido esta espada. Pensaré en Pan'assár cada vez que la tome en la mano.

—¿Y qué evocará su recuerdo, Fel'annár? —La voz de Gor'sadén era distante, algo distraída, no del todo en el presente.

—Tenacidad. Valentía. Humildad. Una lección de vida: la de no rendirse nunca, por muy adverso que se vuelva el mundo. Su recuerdo me impulsará, me sostendrá en los momentos de debilidad.

Las manos cesaron su trabajo y, de pronto, Gor'sadén regresó con ellos de dondequiera que se hubiera ido. Miró a Fel'annár y lanzó una breve ojeada a Bulan. El capitán silvano había respetado a Pan'assár antes de despreciarlo y abandonar el ejército, pero no había rechazo en su expresión por lo que su sobrino había dicho. Poco a poco, una sonrisa asomó a los labios de Gor'sadén por primera vez desde que Pan'assár había muerto.

Fel'annár volvió a guardar la hoja corta en el arnés y levantó la vista cuando Gor'sadén habló por fin.

—Sé que se ha ido. Sé que no hay vuelta atrás del Camino Corto, que el único sentido es hacia adelante. Aun así, sueño con él y, extrañamente, sueño contigo y con el Kal'hamén'Ar.

—No estás durmiendo.

—No. —Las manos revolotearon sobre el acero brillante—. Demasiados sueños. A veces te veo en peligro mortal y soy incapaz de ayudar. Y luego veo a Pan'assár, oigo sus últimas palabras y cada vez me dice que no lo entendía. —La mirada se posó con pesadez en Bulan, Fel'annár y, por último, en Hobin, a quien observó de cerca—. He aconsejado a muchos guerreros tras una guerra, les he hablado

del alivio que supone compartir sus experiencias. Nunca pensé encontrarme *a mí mismo* en tal situación, no después de todos estos años de batalla.

—Nunca antes habías presenciado la muerte de tu mejor amigo —dijo Bulan—. Es lógico que te afecte de esta manera. A medida que el recuerdo de su muerte se desvanezca y el de su vida brille con más fuerza, los sueños cesarán. Es seguramente lo que el propio Pan'assár te está diciendo en esos sueños. Sufrió durante muchos años después de Or'Talán, e hizo sufrir a otros por ello. Pero finalmente lo entendió, fue capaz de perdonarse a sí mismo y de expiarlo.

Fel'annár sabía que Bulan tenía razón en cierto sentido. Pero había mucho más que eso. Pan'assár se había estado refiriendo a Or'Talán y a sí mismo como su Ber'ator. No lo había comprendido hasta el mismísimo final.

Gor'sadén asintió a Bulan y volvió a dirigirse a Fel'annár.

—Sus últimas palabras fueron en parte para ti. He de admitir que me ha resultado difícil llegar a este momento, hablar de su muerte. —La voz se fue apagando mientras las manos acariciaban el metal por última vez—. Mi vida ha cambiado de un modo fundamental, Fel'annár. Su significado, sus mismos cimientos se han desplazado y asentado de forma distinta.

Fel'annár permaneció en silencio, sin que la mirada llegara a encontrarse con la de Gor'sadén. Había prometido quedarse a pesar de la muerte de Pan'assár, ¿pero habría cambiado de opinión ahora que había tenido tiempo para reflexionar más profundamente? ¿Se habían hecho realidad los mayores temores de Fel'annár?

La mirada de Gor'sadén estaba fija en él, ya no empañada por el duelo sino clara, más brillante de lo que Fel'annár la había visto jamás.

—Dije la verdad. Me quedaré por ti, al menos durante un tiempo. Aún tengo trabajo que hacer, cosas que prometí… que *él* me pidió que hiciera.

El alivio de Fel'annár debió de ser evidente, pues el corazón le martilleaba con un pulso frenético en la garganta. Con cuidado,

despacio, abrió la boca, con la mirada aún fija en el perfil de Gor'sadén.

—¿Qué cosas? —La voz le había fallado, apenas un susurro jadeante.

Si Gor'sadén lo advirtió, no dijo nada.

—Prometí verte convertido en Maestro Kah. Realizarás la Danza de la Muerte Benigna a nuestro regreso.

Bulan asintió.

—Y otorgarte el brazalete de Maestro de Lanzas será un mero trámite. Tu habilidad con Harvest cuando te enfrentaste a los Nim'uán es prueba suficiente de que te lo has ganado.

El corazón de Fel'annár volvió a acelerarse. Miró alternativamente a Gor'sadén y a Bulan. Estarían en la ciudad en escasas semanas, pero la rodilla aún estaba dañada por el enfrentamiento con Key'hán. ¿Estaría lo bastante curada para aguantar el esfuerzo de la Danza de la Muerte Benigna? Se sacudió mentalmente; necesitaba mantenerse concentrado en Gor'sadén.

—¿Qué más le prometiste?

—Me pidió que te guiara hacia la grandeza. —Gor'sadén se giró para encontrarse con la mirada de Fel'annár. El señor de la guerra lo estudió, examinó sus rasgos, vio las emociones cuidadosamente contenidas.

—La grandeza…

—Ya has superado la prueba de liderazgo. Has guiado a este ejército en la guerra, has salido victorioso con la ayuda de Bulan. Has cargado con el peso de la responsabilidad, has superado los recelos y las dudas, aunque sé que siempre estarán ahí. Verás, Pan'assár decía que eras un gran guerrero, al menos tan grande como lo había sido Or'Talán, pero creo que se arrepentía de no habértelo dicho nunca. Creo que no se *atrevía* a acercarse demasiado a ti. Or'Talán había sido una especie de adicción, un impulso inexplicable que le obligaba a seguirlo, más allá de nuestra hermandad. Tú eras un peligro para él, en cierto modo, y por eso me pidió que hiciera lo que él no hizo… lo que *no podía* hacer.

Fel'annár sabía por qué había sido así. Aquella *adicción*, como la había llamado Gor'sadén, no era sino el Mandato de Aria, el poder

que ataba al Ber'anor con el Ber'ator. Pero aún no se lo había contado a nadie, así que mantuvo la boca cerrada.

—He de traer de vuelta el Kal'hamén'Ar, aquí en el bosque y luego en casa, en Tar'eastór. Cuento con tu ayuda para ello, si alguna vez puedes librarte de tus obligaciones aquí, una vez se haya cumplido tu propósito.

Fel'annár dudaba de que aquello llegara a completarse alguna vez. Aun así, la idea era tentadora.

—Sería bueno sentirse libre, al menos por un tiempo. Si Turion puede prescindir de mí. —Observó cómo las manos de su padre reanudaban su trabajo y supo que debía contárselo: decirles a Bulan y a La Compañía por qué exactamente Pan'assár había *tenido* que seguir a Or'Talán. Pero para eso necesitaba contarles lo que había sucedido en el Bosque Perenne. Necesitaba explicarles que conocía su propósito. Sabía lo que yacía dentro del Bosque Perenne y lo que debía proteger a toda costa.

Macurian se ocultaba tras una roca, casi en la base de la ladera de la montaña que se alzaba sobre Puerto Rosen, los muelles principales de Dan'bar.

Había visto y hecho muchas cosas en su vida, ciertamente azarosa, una de la que no siempre se sentía orgulloso.

La mente lo transportó a guerras pasadas cuando la vida era más sencilla, clara y agradable, a pesar de que su conciencia había sido tan ligera como su bolsa.

Décadas atrás, había servido en el ejército tar'eastoriano del rey Carenar junto con su hermano mayor, su capitán en la guerra y en la paz. Sirvieron durante muchos años felices, pero entonces el rey Alpino cayó en combate, y con él el hermano mayor de Macurian, en defensa de la Madre Patria. Había sido capturado y torturado hasta la muerte antes de que Macurian pudiera encontrarlo.

La muerte de Carenar y la de su hermano cambiaron a Macurian. De algún modo, la mente había dado un vuelco y se había

oscurecido. Ya no sentía lealtad hacia el nuevo rey Vorn'asté, ya no le importaban las penurias de los demás, ni siquiera las suyas propias. Y así abandonó el ejército y se adentró en el camino enjoyado del mercenario, capaz de cualquier cosa por una bolsa de monedas, orgulloso del renombre que se había labrado como una Sombra que siempre completaba sus tareas si la recompensa era suficiente.

Pero entonces se había cruzado en el camino del Lord Sulén, y Macurian había fallado en su primera misión.

No había matado al hijo bastardo del rey Thargodén de Ea Uaré.

Curiosamente, aquel primer fracaso fue el inicio de su redención.

El mismo elfo al que habían pagado para matarle había salvado el hogar montañoso de Macurian de una invasión de Desviados, y luego había salvado a Ea Uaré de la ruina.

Fel'annár le recordaba su vida anterior y le obligaba a mirar en lo que se había convertido.

No le gustó lo que vio.

Había aceptado las gemas de Sulén, pero se sentían como hielo en las manos, nada más que piedras de colores. Quería más, no riquezas, sino algo intangible, algo que le hiciera *sentir* de nuevo. Había algo en su alma de guerrero inmortal que suplicaba un retorno a los principios sencillos que una vez había defendido por encima de todo.

Y así había sustraído las misivas y los mensajes inacabados del escritorio de Sulén y los había colocado en el del príncipe Handir. El hijo de Thargodén los había encontrado, había comprendido su contenido y sus implicaciones, y había convocado un regreso inmediato al bosque. Macurian se enorgullecía de haber tenido algo que ver en aquella victoria.

Tras sus vicisitudes en Tar'eastór, sabía que habría una recompensa por su cabeza, así que se había marchado rumbo al oeste en busca de un nuevo comienzo. No le habían faltado trabajos por el camino, pero ya no le satisfacían. El oro y las joyas no significaban nada, se sentían como simples baratijas en la caja de juguetes de un niño, polvorientas e inútiles, olvidadas.

Y entonces tuvo noticia de un trabajo en Ea Uaré, la tierra del señor de la guerra al que casi había matado... *dos veces*. Venir aquí era un riesgo que había estado dispuesto a correr porque, por algún extraño giro del destino, había llegado a admirar al hijo silvano del rey; incluso se lo había dicho a Sulén el día que le robó sus riquezas. El Silvano había salvado a Tar'eastór de la ruina, se había enfrentado a la muerte tan valientemente como el rey Carenar, tan valientemente como su propio hermano.

Tal sacrificio le conmovía como ninguna otra cosa podía hacerlo.

Sabía que el camino de vuelta no sería fácil, que no podría quedarse en Ea Uaré tras completar su encargo para la maestra del gremio Lerita. El peligro de ser reconocido por los amigos de Fel'annár era excesivo. No creerían que estaba arrepentido y lo arrojarían a las mazmorras sin más.

Así era como había terminado aquí en Pelagia, sentado tras una roca, observando cosas que nunca antes había presenciado.

Nunca había visto grandes lenguas de fuego aniquilar a toda una flota de barcos de guerra élficos. Todavía estaban lejos, mar adentro, fuera de alcance y, sin embargo, no lo estaban. Nunca había visto a un Nim'uán, un gigante que le doblaba en estatura y, seguramente, también en fuerza. Nunca había visto una ostentación tan obscena, la obediencia servil que aquella criatura evocaba... *exigía.*

Había observado, impotente, cómo los Señores de la Arena degollaban a los guerreros pelágicos; a todos excepto a uno, a quien el Nim'uán había ordenado mantener con vida. Era un capitán; había mirado valientemente a los ojos al comandante enemigo, negándose a ser intimidado antes de que se lo llevaran a rastras. Macurian sabía por qué el Nim'uán no lo había matado. Lo interrogaría sobre el Fuego Pelágico, uno de los secretos mejor guardados de Bel'arán. El Fuego, destinado a proteger Pelagia, había sido al final su propia ruina, pues había algo en las lanzas de fuego del enemigo que lo había transformado, convirtiéndolo en un arma de devastación masiva incontestable. El Nim'uán sería un necio si no buscara aquel secreto.

Los recuerdos de la captura y tortura de otro capitán le asaltaron. Su hermano también había sido capturado e interrogado hasta sucumbir a la muerte. Macurian no había podido salvarlo, pero podía y quería salvar a este capitán pelágico. ¿No era acaso para eso para lo que había venido? ¿Para retomar una vida de honor?

Su hermano no iba a volver, pero Macurian al menos podría hacer que se sintiera orgulloso, para cuando se reencontraran en el otro mundo, si Aria alguna vez consideraba que merecía encontrarse a sí mismo tras la muerte.

El humo era denso y amargo, y los ojos lagrimeaban y escociían. Era hora de moverse, de acercarse al puerto ocupado. Se frotó la mano por el suelo cubierto de ceniza y luego por el rostro. Se incorporó en cuclillas, comprobó los alrededores y avanzó.

Se abrió paso entre cajones, se mantuvo agazapado, pasó sigilosamente junto a guardias acorazados que olían a especias y sudor. Al llegar a los barcos, se arrastró por el borde del muelle y se encajó en un pequeño hueco destinado a alojar cuerdas.

Fue entonces cuando lo oyó. Un gruñido bajo lo dejó paralizado. Buscó el origen en la oscuridad y la mirada se posó en la proa del barco que tenía delante. Un fuerte sonido de rascado le hizo saltar. Había algún animal en la bodega de carga, algo grande, algo que arañaba los confines de su prisión exigiendo libertad.

La sospecha se convirtió en pavor. Había un Nim'uán aquí, como lo había habido en Tar'eastór. Recordó los humos que habían flotado sobre aquel campo de batalla, el aliento tóxico de un Lagarto de Gas. ¿Era posible que aquel Nim'uán hubiera traído su propia bestia a través del mar?

No podía quedarse allí. La bestia delataría su posición, así que desandó sus pasos y recurrió a sus recuerdos de aquel lugar.

Se dirigió a los hangares de suministros, pasando junto a Señores de la Arena con armadura de batalla completa, señoriales y orgullosos. Pero donde normalmente sus rostros estaban ocultos, aquí se veían parcialmente a través de sus yelmos primorosamente forjados: piel canela y cabello negro, ojos azules y ambarinos. Podrían haber sido Ari'atór de no haber sabido él lo contrario.

Encajándose entre una montaña de cajas y el lateral de un hangar, Macurian vigiló y esperó.

Si este enemigo pensaba invadir el reino de Thargodén, y a Macurian le parecía obvio que así era, los elfos no tenían ni la más mínima esperanza en los ardientes pozos del tormento de Galomú, no después de la batalla que se decía que se libraba en el norte. Se verían forzados a un asedio, necesitarían a todos los soldados que pudieran reunir, todas las provisiones que pudieran procurar y cualquier ventaja que una antigua Sombra pudiera ofrecerles.

Le parecía de justicia ayudar de algún modo a Fel'annár, ayudar a su pueblo mientras él todavía estaba en el norte luchando contra este mismo enemigo. Nada podría compensar jamás lo que había hecho, por haber estado a punto de matar al señor de la guerra, y no pensaba pedirle perdón. Todo lo que quería de verdad era perdonarse a sí mismo, volver a sentirse orgulloso de *sí mismo* una vez más.

Sabía qué camino tomaría.

Descubriría el secreto de las conflagraciones, lo robaría si podía encontrarlo, rescataría al oficial cautivo y se dirigiría a Ea Uaré. Era un plan ambicioso, incluso para él.

Si lograba llevar a cabo *esto*, se sorprendería incluso a sí mismo.

CAPÍTULO 2

Naves Serpiente

Lerita estaba sentada en un árbol dentro del Bosque Perenne. A su lado, Lainon vigilaba en silencio el valle que se extendía ante ellos hacia el horizonte meridional.

Para cualquier otro, aquellas eran las montañas que marcaban el final del Bosque Perenne y el inicio del Mar Pelágico. Pero para un Shirán, era Fin de la Tierra; el *fin del mundo*.

Tanto color, tantos matices para los que Lainon aún no tenía palabras, incluso de noche. Pero ¿qué había esperado? Se había encontrado a sí mismo hacía menos de un año, y se había convertido en Shirán hacía solo unos meses. Ket'subá no había querido enviarlo al campo de batalla tan poco curtido, tan poco acostumbrado a sus nuevas formas. Pero Lerita había insistido, y Lainon le estaba muy agradecido por ello.

Lainon se volvió hacia Lerita y se preguntó cuánto tiempo llevaría ella haciendo aquello. Parecía sentirse totalmente cómoda con todo lo referente a esa extraña vida nueva que él llevaba, una que le habían ofrecido en cuanto se había encontrado a sí mismo en Naz'arán, el segundo mundo élfico. Había aceptado para que la espera fuera llevadera, para que la agonía de estar separado de su Connate Tensári se mitigara.

Con esa aceptación, había sellado su juramento y visto cómo el incipiente símbolo de su muñeca cobraba vida. Había realizado su vuelo inaugural y sentido más miedo del que jamás había tenido en su primera vida; y sin embargo, el júbilo, la emoción de aquel primer despegue siempre le acompañaría.

Como guerrero Shirán, había cruzado la Fuente de vuelta a Bel'arán. No creía que llegara a acostumbrarse jamás a la sensación, ni que llegara a comprender las cosas que había visto y oído, aquellas que había jurado no revelar jamás a nadie que no fuera Shirán, bajo pena de mortalidad.

Había visto a su Connate una vez más, había besado sus labios y le había dicho que volvería a verlo. Lo había hecho todo por aquellos instantes fugaces y dichosos con Tensári, pues ella, como cualquier otro Ari'atór, no podía cruzar a la Fuente a menos que muriera.

Pero ahora que la había visto, ahora que había sentido la piel de ella contra la suya, se preguntaba si no habría sido mejor no regresar jamás a Bel'arán. Su anhelo, su terrible necesidad de verla de nuevo estaba otra vez a flor de piel, tan dolorosa como lo había sido cuando se había encontrado a sí mismo lo suficiente para recordarla a ella y lo que había dejado atrás.

Pronto, Lainon regresaría al servicio, patrullaría los perímetros del Bosque Perenne y luego iría más allá, si Lerita se lo pedía, si Ket'subá se lo ordenaba. Cada día rezaba para que así fuera, para poder verla de nuevo, maravillarse con el matiz de su piel y el resplandor de su mirada, el color de su alma y el tono de su amor, perenne, eterno.

Alzó la vista, disipó la bruma del deseo con un parpadeo y no esperaba escuchar la voz afectuosa a su lado.

—La verás pronto, Lainon. Encontrarás tu camino hacia ella, o quizá sea ella quien encuentre el suyo hacia ti.

Él asintió, pues sabía que la única forma de estar con ella era en su forma Shirán, en el curso de su deber. La alternativa era la muerte de ella y su paso a Naz'arán.

—Tu primera misión ha sido un gran éxito. El ejército de Thargodén ha vencido en el norte y está regresando a la ciudad mientras nosotros estamos aquí sentados, contemplando la Fuente.

Pronto, la amenaza de los Desviados será historia y el Ber'anor llegará a conocer su destino. El cruce pronto será tan seguro como lo era en tiempos de Or'Talán. Aria está satisfecha y encontrará la forma de compensarte por ello.

Lainon se volvió hacia su comandante general y estudió su delicado perfil. Era la elfa más inteligente que conocía, quizá incluso más que el propio Ket'subá. Debía hacerle esa pregunta. Lo peor que podía pasar era que ella lo ignorara.

—¿Sabías que la guerra se avecinaba en Tar'eastór, al norte de Ea Uaré? Y si lo sabías, ¿por qué elegir a Fel'annár? ¿Por qué no a Pan'assár o incluso a Gor'sadén? Los Tres estaban destinados al servicio divino.

Lerita se volvió para encontrarse con la mirada de Lainon y la estudió un momento.

—Porque Fel'annár es la luz en el bosque.

Lainon parpadeó, con la mente trabajando para comprender qué había querido decir con aquello.

—El *Shiran'ai*, Lainon. Viste las runas bajo su piel. Él es la luz en el bosque. Esta es una tierra en guerra, y los dioses han visto conveniente socorrer a Thargodén, pues él *es* un rey que flaquea desde que su corazón fue arrancado de su pecho.

Lainon recordó las runas y, vagamente, un pasaje del Libro de los Iniciados. Pero todo era tan reciente que el significado de las palabras de Lerita se le escapaba. Ella debió de notar su confusión y, aun así, lo perdonó por ello.

—Como Portador de la Luz, él comanda a los árboles, la tierra bajo ellos y el viento sobre ellos. Nadie más puede hacer eso, no en este mundo. Cuando él es uno con el bosque, ningún enemigo conocido por los Shirán puede sobrepasarlo. Pronto podrá comprender todo su poder.

Y Lainon supo que tenía razón. Era deber de Fel'annár mantener a los enemigos de los reinos élficos fuera del Bosque Perenne, y si alguna vez fallaba, los Liminales —los guardianes del umbral— cumplirían con su deber.

Desde algún lugar más alejado, el sonido de unos búhos llamó su atención. Mientras escuchaban, las notas familiares de una

advertencia apremiante resonaron en las montañas distantes.

El chochín dio un salto adelante, aguzando los sentidos, buscando la causa de la alarma.

El azor saltó, batió las alas y se elevó. Tras el halcón, más lento, no tan majestuoso, el pequeño chochín batió las alas más cortas, pero Lainon ya se le había adelantado, dirigiéndose hacia Pelagia. Aun así, podía oír las advertencias de los guardias fronterizos Shirán, cuyas llamadas estridentes llegaban a los confines más remotos del Bosque Perenne.

—Naves Serpiente. Un enemigo invade desde el mar.

El príncipe heredero Rinon degolló a un Desviado de un tajo, se agachó bajo el arco de sangre oscura y se volvió hacia su siguiente oponente, apuñalándolo por la espalda y atravesándole las entrañas.

Rodó hacia un lado, casi perdió el equilibrio, pero se enderezó. Ataque, parada, esquiva y finta; vio su oportunidad y se movió para matar. La espada se hundió en la carne, pero no antes de sentir el dolor abrasador del metal cruzándole la mejilla.

Se desplazó lateralmente, sintiendo que la sangre le caía por la cara mientras el Desviado se desplomaba de bruces. Miró a su alrededor mientras sus elfos acababan con los últimos enemigos. El teniente Dashen trotó hacia él.

—Toma.

Rinon tomó el paño de sus manos y se lo presionó contra la mejilla dolorida.

—¿Alguna baja?

—No. Nada que ponga su vida en peligro.

—Nos moveremos en cuanto hayamos quemado estos cadáveres.

Dashen asintió, corrió de vuelta al centro del campo de batalla y gritó sus órdenes.

Rinon respiró hondo para calmarse y se volvió hacia donde el mar aún era visible entre los árboles cada vez más densos, mientras

la brisa salada empujaba sus mechones rubios y pálidos sobre los hombros acorazados.

El humo aún envolvía la isla principal de Dan'bar. La renombrada flota de barcos de guerra élficos debía de estar destrozada, pues no había señales de victoria, ni estandartes ondeando en la brisa, ni enviados con noticias jubilosas. En su lugar, había un flujo incesante y caótico de aterrorizados refugiados pelágicos que Rinon había tardado dos días en organizar y defender.

El Camino del Este estaba prácticamente infestado de Desviados. Aquel último grupo debía de habérsele escapado a la patrulla del capitán Salo, y Rinon sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que llegaran más. Pero tenía menos de cien guerreros, incluidas las pocas docenas que habían venido del puesto avanzado de Puerto Helia. Cualquier oportunidad de reclutar guerreros para defender la ciudad se había desvanecido por completo, pues la mayoría había huido a Tar'eastór, presagiando la derrota de la Armada Pelágica y un eventual ataque a Ea Uaré.

Había fracasado en su misión de reforzar el ejército de su padre.

Sacos y bolsas preparados a toda prisa, niños con la vista muy abierta que intentaban desesperadamente seguir el ritmo de sus frenéticos padres. Caballos cargados, carromatos traqueteando por el terreno accidentado; Rinon los había enviado adelante, lejos de los Desviados. Pero con tan pocos guerreros para protegerlos, la situación era desesperada. Necesitaba ayuda si querían regresar a Ea Uaré con los refugiados de Pelagia y Puerto Helia. Incluso en ese momento, sus jinetes se dirigían al Camino del Este en busca de la patrulla del capitán Salo, con órdenes de reagruparse y dirigirse a la posición de Rinon.

Y aun así, más civiles se unían a la caravana a cada hora, aunque el número iba disminuyendo.

El hedor de los Desviados quemados le asaltó. Era hora de moverse, alcanzar a la columna de civiles, guiarlos, protegerlos lo mejor que pudiera con los escasos recursos que tenía, y rezar para que Salo llegara pronto.

Montó en el corcel blanco, lanzó una última mirada a las aguas humeantes tras Dan'bar y se dispuso a partir. Pero divisó a un grupo

de guerreros de cabellos grises coronando una colina. Vestían los azules y verdes del ejército pelágico y, en poco tiempo, Rinon reconoció a su líder. Era el teniente Enar, a quien había conocido en el fatídico viaje de Maeneth desde Pelagia hasta la corte de su padre. El recuerdo de Sar'pén se agitó en la mente; su traición aún estaba viva en el corazón de Rinon. Recordó aquella última mirada que habían compartido, el sonido de la cabeza al golpear los adoquines.

—Teniente Enar, ¿qué noticias trae?

—Las peores, general. Al principio pensamos que los primeros barcos se habían extraviado. Pero cuando llegó el alba y la bruma empezó a disiparse… —Enar miró hacia otro lado, con los ojos demasiado brillantes.

—Enar. *¿Quién* ha venido?

La cabeza del teniente se volvió bruscamente hacia Rinon; lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—*Los Señores de la Arena*. —Sacudió la cabeza, como si no comprendiera sus propias palabras—. Tienen un artilugio de fuego que dispara lanzas llameantes hacia el cielo. Al impactar con nuestro Fuego Pelágico… ¡nuestra flota se hundió en cuestión de minutos! —Los grandes ojos grises de Enar parecían temblar, tan llenos de desesperanza y rabia; la conmoción aún vibraba en el cuerpo, y la indignación y el dolor se reflejaban en los rostros de sus compañeros —. Fue como el aliento de cien dragones… nadie, ninguna fuerza en los reinos élficos puede enfrentarse a tal poder y ganar, ni siquiera la armada pelágica, príncipe.

Rinon le devolvió la mirada, atónito y confuso; sacudió la cabeza y se apartó a medias del frenético teniente.

Pelagia había perfeccionado un arma para protegerse de los ataques. Los ingredientes de aquel extraño y mortal líquido eran un secreto que ni siquiera a los aliados de Pelagia se les permitía conocer. Él mismo lo había visto una vez durante unas maniobras de entrenamiento con sus aliados; lo había observado con fascinación mientras unos pequeños barcos instalaban largos canales y los anclaban. Recordaba con qué cuidado habían manipulado el líquido y

cómo había estallado en una llama azul con el certero disparo de una sola flecha llameante.

Rinon tomó aire y exhaló despacio.

—Están muy lejos de su hogar. —Fue un comentario totalmente banal. Los Señores de la Arena no tenían agua ni acceso al océano; al menos, eso era lo que habían asumido. Vivían en las arenas áridas del norte y, sin embargo, allí estaban, al mando de una flota de cientos de naves de guerra, muy al *sur*, navegando por el mar con algún arma extraña que podía escupir fuego al aire, una que, al combinarse con el Fuego Pelágico, se convertía en un arma invencible en las peores manos: las de los Señores de la Arena.

—No lo entendemos. Pensábamos que estaban en el norte, luchando contra vuestro ejército. Mis reyes estaban preparando un contingente de quinientos hombres para cabalgar en vuestra ayuda. Y entonces, esto…

—¿Dónde están sus reyes?

Cuando Enar volvió a encarar a Rinon, mostraba un profundo pesar mezclado con orgullo y temor.

—Estaban uno junto al otro, acorazados para la guerra sobre el buque insignia real. Fue lo último que vi de ellos.

Rinon levantó la cabeza y pudo imaginarlos, siempre juntos, incluso en lo que sin duda había sido su batalla final.

—¿Cuántos guerreros lograron salir?

—No lo sé, general. Esperamos todo lo que pudimos, pero no hubo señal de movimiento alguno. Vimos los barcos enemigos atracando en Puerto Rosen incluso mientras cruzábamos el estrecho. Si alguien más sigue con vida, estará escondido en las cuevas, donde el enemigo aún no ha buscado. Todo lo que podemos hacer ahora es rezar para que el capitán Airen logre salir de aquel pozo infernal. Se quedó con la intención de robar una lanza de fuego y llevarla a la ciudad de Ea Uaré con la esperanza de que vuestros académicos puedan reproducirla. Destruyó toda nuestra flota de barcos, general. Puede que nos ayude a nosotros y a nuestros aliados a enfrentarnos a esta invasión y, créame, el número del enemigo es abrumador.

—Si el enemigo se apodera de vuestro Fuego Pelágico…

—No lo harán, general. El capitán Airen dio órdenes para asegurarse de que nunca le pongan las manos encima.

Rinon vio la juventud de Enar, su dolor, su incredulidad y su determinación. Aquello reforzó la propia convicción de Rinon. Poco podía hacer para ayudar a sus aliados pelágicos, para ayudar al capitán Airen, pero al menos podía ayudar a poner a salvo a aquella gente.

—Entonces acompáñeme, teniente. Su patrulla será crucial para la seguridad de estas personas en nuestro viaje hacia el reino de mi padre.

—Esas fueron las últimas órdenes del capitán Airen. Pelagia solicita formalmente la ayuda de Ea Uaré para proteger a estos miles de civiles inocentes y darles refugio hasta que llegue el momento de regresar a casa.

—En nombre del rey Thargodén Ar Or'Talán, tienen nuestra ayuda. Nos aseguraremos de que estén a salvo y alimentados. Y luego les ayudaremos a reclamar su hogar, teniente.

Enar miró al príncipe con un matiz de confusión e incredulidad. No sorprendió a Rinon. Hasta hacía muy poco, había sido brusco, sarcástico y autoritario hasta el punto de resultar insultante en ocasiones. Había estado enfadado por la situación de su madre, por su partida. Pero había cambiado y se había suavizado a medida que empezaba a comprender. No había culpables, nadie a quien reprochar nada ahora que sabía la verdad sobre Lássira, sobre Fel'annár y sobre el vínculo permanente de su padre con la mujer silvana que era la madre del señor de la guerra.

Pero era algo más que eso. Eran Maeneth y su apoyo. Ella había regresado a casa convertida en otra elfa, se había librado de su propia miseria y Rinon se había prometido a sí mismo no ser menos. Aquello le recordó que aún no le había dado su bendición para su relación con Sontúr. Dioses, cómo deseaba que el príncipe se la llevara ahora mismo, que la alejara de aquel lugar. Pero lo cierto era que Maeneth nunca se iría. Su sentido del deber era tan agudo como el suyo propio.

Exactamente igual que Sorei.

—Agradecemos vuestra ayuda, general. Pero… ¿son estos todos los guerreros de los que disponemos?

Rinon miró a su alrededor y luego volvió hacia Enar.

—Hay otra patrulla cerca a la que hemos avisado, pero los necesitaremos para establecer un camino seguro hacia la ciudad durante las últimas leguas de nuestro viaje. Ese lugar está infestado de Desviados; por eso vine a la costa en primer lugar, en busca de guerreros… hasta que nuestro propio ejército pueda regresar de la guerra en el norte.

—¿Hay noticias? ¿Se ha ganado la batalla?

—No lo sabemos, teniente. Pero debemos mantener la fe en que nuestro comandante Pan'assár y el señor de la guerra silvano han defendido con éxito nuestras tierras.

—Si vencieron, aún tardarán semanas en llegar.

Rinon sostuvo la mirada de Enar, no dijo nada y se volvió de nuevo hacia la isla de Dan'bar, más allá de la cresta de la colina.

—No se detendrán en Pelagia, ¿verdad? —La voz de Enar era suave, casi melancólica, y Rinon sacudió la cabeza despacio, consciente de que la patrulla del teniente se había acercado; el pavor luchaba contra el terror.

—¿Por qué conformarse con gobernar una isla, por hermosa que sea, cuando puedes tener todo un reino forestal? ¿Por qué traer tal cantidad de tropas para invadir un archipiélago y no continuar hacia el continente? —La mirada de Rinon vagó hacia el norte—. Esto no es casualidad, Enar. Se trata de un ataque coordinado contra Ea Uaré desde dos frentes: desde el mar y desde las arenas.

Rinon recordó que su hermano Handir había sugerido que ese había sido el plan original para la invasión de Tar'eastór. Había descartado la idea por considerarla descabellada, pero ahora deseaba haberle dado más crédito a Handir.

—Ven, pongamos a nuestra gente a salvo.

Rinon observó a Enar mientras este controlaba la expresión. La tensión de la mandíbula, la humedad en los ojos, la ira reprimida y la sangrienta determinación. Pero la voz lo había abandonado, así que asintió y se volvió hacia su patrulla.

Poco después, Rinon cabalgaba una vez más al frente de lo que ahora era una columna de refugiados que se extendía durante al menos medio día. Con Enar a su lado y menos de cien guerreros para protegerlos, los próximos dos días serían un desafío.

Aun así, Sorei ya estaría cerca de la ciudad, portando las increíbles noticias. Ella se había ofrecido a quedarse allí mientras él regresaba a la ciudad, pero Rinon se había negado. No se le había escapado la expresión del rostro, las emociones en la mirada. Era una faceta de ella que Rinon no había visto antes. Había sido rápida, hábilmente ocultada casi antes de que pudiera identificarla. Pero no se equivocaba.

Había visto miedo, no por ella misma, sino por *él*.

Recordó la cercanía del cuerpo de ella, el fugaz temor en el rostro de que él no regresara, y cómo había controlado los rasgos implacablemente para que él no lo viera.

Demasiado tarde.

Había querido alargar la mano, estrecharla entre los brazos y decirle... ¿decirle *qué*?

Se enderezó en la silla, diciéndose a sí mismo que, con algo de suerte, ella llegaría a la mañana siguiente y Turion enviaría refuerzos si podían prescindir de ellos.

Respiró hondo, mirando el cielo que se oscurecía. Dioses, tenían tan poco tiempo; no el suficiente para que sus fuerzas regresaran del norte y ayudaran a defender la ciudad antes de que llegaran los Señores de la Arena.

El bosque se volvía más espeso, bloqueando lentamente la visión de la devastación en el mar. Allí crecían abedules jóvenes de forma caótica, pero a ningún Silvano se le ocurriría cortarlos. Eran como jóvenes guerreros, pensó Rinon. Aún no más altos que dos elfos, delgados y desgarbados.

Rinon resopló para sus adentros, pues ¿cuándo se había vuelto tan Silvano como para pensar así? Hacía apenas unos meses, se habría burlado de tales palabras —tonterías silvanas—, como las habría llamado. Alargó la mano, rozó la corteza plateada y, al hacerlo, juró que fuera cual fuese su propio destino como príncipe de Ea Uaré, moriría antes de permitir que los Señores de la Arena

destruyeran estas tierras que tanto había llegado a amar, a pesar de sus denodados esfuerzos por despreciarlas.

Dioses, Fel'annár, ruego que hayas vencido al enemigo en el norte. Si puedes oír a los árboles, estés donde estés, préstales atención, escúchame. Trae a nuestros guerreros a casa lo más rápido que puedas, ante el enemigo en el sur.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas, por primera vez desde la Batalla de los Hermanos, por orden del rey y del Comandante General en funciones Turion.

Grupos dispersos de Desviados merodeaban por las llanuras y el bosque del sur, aunque todavía no en gran número. Aun así, era suficiente para infundir miedo en los corazones de los habitantes de la ciudad. La mayoría de ellos no había visto ni oído nunca a un Desviado. Todo lo que sabían era que gemían, que eran humanos putrefactos pero inmortales que no querían morir, aquellos que se habían aventurado más allá de los Últimos Marcadores y habían escapado de las hojas de los Ari'atór.

Pero ese día los habían oído por primera vez, y algunos afirmaban incluso haber visto sus sombras encorvadas rondando los edificios periféricos y los barracones, acechando justo fuera de las puertas. Aquello empañó la atmósfera de celebración que había reinado tras la proclamación de victoria del rey en el norte.

Los pregoneros habían difundido la noticia, y las campanas de los gremios circundantes repicaron como testigos, sus tañidos repitiendo una y otra vez que la guerra se había ganado.

El rey contempló el patio y las puertas de la ciudad, observó a su gente ocuparse de sus asuntos y luego miró el papel que tenía en las manos, el que Lerita le había entregado esa misma mañana y que no había sido capaz de soltar.

Lerita dijo que había sido enviado desde Abiren'á, y seguramente fue un golpe de suerte que el ave mensajera hubiera podido llegar a la ciudad en un tiempo récord de cinco días. El animal se había

extraviado de algún modo y entregó el mensaje al Gremio Académico en lugar de al Círculo Interior.

Pero cualesquiera que fueran las circunstancias de su llegada, era el mensaje en sí lo que se repetía en la mente del rey. Un poderoso ejército de los Señores de la Arena, bajo el mando de dos Nim'uán, había sido derrotado, con un gran coste para los guerreros de Ea Uaré.

Pan'assár había muerto.

Thargodén cerró los ojos. Pan'assár, el mejor amigo de su padre, su propio y leal protector que se había extraviado durante un tiempo.

Exactamente como él mismo.

Soltó un suspiro largo y sonoro, abrió los ojos y vio el peculiar rostro de Lerita materializarse en la mente. De todas las personas que conocía, ella era la más difícil de leer. Pero su dolor por la muerte de Pan'assár debía de ser inmenso para que él lo hubiera percibido con tanta claridad.

Más de dos mil muertos, e incluso ahora, las dolorosas cifras no terminaban de asentarse en el interior. La lucha debió de ser desesperada, a una escala similar a la de la Batalla bajo el Sol, incluso mayor, pensó. Extraño destino que Pan'assár encontrara su fin donde lo halló su propio padre, contra el mismo enemigo, aunque esperaba que no de la misma forma bárbara.

Fel'annár.

Esa había sido la primera palabra que los ojos habían buscado. La había encontrado, registró la palabra *sobrevivido* y casi se desvaneció por el alivio que le produjo. Durante todas aquellas semanas, había preparado la mente para el peor resultado posible, sabiendo perfectamente las escasas probabilidades del regreso de su hijo. Aún no había detalles, pero Fel'annár habría luchado en primera línea, con los más valientes: Gor'sadén, Bulan, La Compañía. Habían perdido a Galadan, y Thargodén sabía que su hijo sentiría el peso de aquella muerte de forma agobiante.

La mano izquierda cubrió la derecha, todavía con el pergamino entre los dedos. Podía sentir el anillo de esmeralda de corte tosco en el dedo índice, verlo en la mente. Y entonces vio el rostro de Lássira,

el de Fel'annár, su familia silvana unida a sus hijos alpinos, con una corona sobre la cabeza de *todos* ellos.

Se alejó de la ventana y regresó al interior de sus aposentos, donde se encontraba Turion, con una vaga reminiscencia en los ojos azules de comandante. Recobrando visiblemente la compostura, solo en ese momento parecía advertir que Thargodén estaba ante él.

—Todo el bosque aclamará a nuestro ejército victorioso a su regreso, dentro de tres o cuatro semanas según este mensaje. Debemos sobrevivir a esta amenaza de los Desviados hasta entonces, asegurar la ciudad con quienquiera que traiga el general Rinon desde la costa.

Turion asintió pensativo.

—Debemos confiar en que traiga suficientes para que no nos veamos obligados a retirar a los guerreros que tenemos hacia la ciudad. Los que regresan del norte merecen descanso y celebraciones a su vuelta, pero no podemos concedérselo; no hasta que el peligro inmediato haya sido neutralizado. El general Fel'annár está solo ahora en su mando, aunque afortunadamente el comandante Gor'sadén y el capitán Bulan siguen allí para guiarlo, al igual que el Comandante Supremo Hobin.

Turion había conocido a Pan'assár durante muchos años, primero como un respetado general y más tarde como un amargado comandante general que se había enemistado con sus guerreros silvanos. Turion, que ya era capitán, se había negado a servir en el Círculo Interior. En su lugar, obtuvo un puesto en el bosque, entrenando a los jóvenes reclutas. Allí conoció a Fel'annár, y nada volvió a ser igual desde entonces.

Mientras Turion regresaba al Círculo Interior, el rey emergía de las extrañas tierras por las que la mente había vagado durante tanto tiempo. La traición de Band'orán había salido a la luz, y sus planes de gran alcance para el dominio alpino habían sido frustrados. Con el Círculo Interior limpio de los dictados racistas de su tío, Pan'assár se había convertido de nuevo en el famoso Guerrero Kah de antaño. En ese breve tiempo, Turion había llegado a respetarlo, a llamarlo amigo una vez más y ahora le correspondía a él continuar con los últimos y mayores proyectos de Pan'assár: aquel nuevo ejército que

Fel'annár había creado y el regreso de los Kal'hamén'Ar a sus filas, de la mano de Gor'sadén, su último Maestro superviviente.

Una respiración profunda, el peso de la responsabilidad, los recuerdos, las preocupaciones del mañana y la alegría de ese día al proclamarse la victoria. Devolvió la mente a la habitación y a Turion, que lo observaba pensativo.

—Harás un buen trabajo, Turion. Pan'assár te nombró su segundo, una decisión que acepté de buen grado. Lástima que entres en esta nueva realidad en un momento de dificultades. Aun así, con algo de suerte, Tar'eastór también estará en camino. Con nuestro ejército de vuelta y la ayuda de Vorn'asté, exterminaremos a esos Desviados para siempre y garantizaremos la paz durante años.

Turion se permitió una sutil sonrisa y asintió despacio en reconocimiento a las optimistas palabras del rey. Pero luego frunció el ceño.

—Lerita tuvo suerte de haber visto a ese mensajero en los tejados.

—Ciertamente. El ave debía de ser recién adiestrada. Lástima que nunca encontrara la carta de mi padre. Ella cree que fue destruida.

—Bueno, si alguien sabe lo que pudo haber pasado, será Lerita —dijo Turion—. ¿Y ahora qué, mi rey?

—Los refugiados silvanos estarán ansiosos por marcharse, regresar a sus aldeas y dar la bienvenida a su señor de la guerra cuando regrese con nuestro ejército. Los que vinieron de Abiren'á estarán especialmente inquietos. Solo puedo imaginar lo que ha podido ocurrir allí, el estado de nuestra antigua capital.

—Deberían esperar. No tenemos guerreros para escoltarlos con seguridad a través de las zonas de peligro.

—Buena suerte intentando detenerlos, Turion. Argumentarán que todo lo que necesitan es cruzar las llanuras. Una vez que estén dentro del bosque propiamente dicho, estarán a salvo. Serán necesarios en sus casas, para recoger sus cosechas y volver a la normalidad por fin. Y cuantos menos elfos haya aquí en la ciudad, mejor. Las cosas pueden empeorar antes de mejorar, y si nos vemos

obligados a un asedio por estos Desviados, habrá menos bocas que alimentar.

—También hay Desviados cerca de Sen Garay, señor. La capitana Sorei se topó con ellos a solo dos días de la ciudad. Si no hubiera sido por el general Rinon, ella y esos refugiados habrían sido masacrados.

—Lo sé. Hablaré con la consejera Amareth para ver si podemos averiguar cuáles son sus intenciones. Pero si llega el caso, solo puedo advertirles. No puedo prohibirles regresar a casa si desean correr el riesgo.

—Siempre que entiendan los peligros de marcharse ahora, antes del regreso del general Rinon. Una vez que vuelva, podremos planear un regreso más seguro y ofrecerles, al menos, una apariencia de garantía. Por ahora, enviaré a novicios con los guerreros. La experiencia les vendrá bien.

La mirada del rey se detuvo un momento en su futuro comandante general. Caminando hacia el interior de la estancia, se dirigió al escritorio, colocó con cuidado el gastado pergamino sobre la abarrotada mesa y se volvió hacia Turion.

—Esperaremos a que regrese Rinon, a que lleguen nuestro ejército y nuestros aliados del norte y del este. Y entonces, amigo mío, proclamaré mi vínculo duradero con Lássira, colocaré una corona sobre la cabeza de mi cuarto hijo y su alma gemela, como siempre debió ser.

Turion sonrió.

—Aún recuerdo al muchacho que conocí por primera vez, cuando no era más que un recluta. Visto en retrospectiva, parece que los dioses conspiraron para que yo no reconociera ese rostro. O quizá, de alguna manera, me distraje con la mirada de él, con lo que creía poder leer en ella. Y, sin embargo, siempre supe que había algo más, Thargodén. Algo en su sangre me llamaba, de algún modo me vinculaba a él. Fel'annár siempre fue un príncipe, con corona o sin ella. Está en su misma fibra, algo que no se puede aprender, solo heredar. Lo envié a los Barracones de la Ciudad Exterior y con Lainon. Fue entonces cuando empezó todo… —Turion lanzó un suspiro hondo—. Confieso que echo de menos a mi amigo Ari.

Guardo gratos recuerdos de aquellos días, entrenando a los jóvenes. La emoción en la mirada, los juramentos recientes, aún significativos. Me pregunto si tendré tiempo alguna vez de supervisar a los reclutas ahora que mis deberes han cambiado.

—Debemos procurar sacar tiempo, Turion, una vez que todo esto termine.

Turion estaba perdido en sus recuerdos, y Thargodén casi podía ver aquellos días no tan lejanos en los que Turion, Lainon, Aradan y Handir habían conspirado para ayudar a Fel'annár a comprender el pasado y protegerlo de Band'orán. Habían forjado al futuro señor de la guerra, preparándolo para todo lo que ocurriría después.

—Siempre recordaré a Lainon. —Turion se dio la vuelta, interesado de pronto en un retrato de Or'Talán que colgaba a la derecha de la chimenea del rey, a pesar de haberlo visto mil veces antes.

Thargodén asintió, consciente de cómo los gratos recuerdos de Turion se habían transformado en un dolor apenas reprimido. Una punzada de tristeza lo invadió. El fiel Lainon, un hermano para Handir, protector de Fel'annár y amigo más cercano de Turion, mensajero diligente y discreto entre él y Lássira. Él también lo recordaría siempre.

—Mantenme informado, Turion. Te veré mañana con noticias de la opinión de la consejera Amareth sobre el regreso de los Silvanos al bosque. Más tarde, cenaré con mis hijos. ¿Puedes avisar al príncipe Handir, a la princesa Maeneth, al príncipe Sontúr y a lady Llyniel?

—Por supuesto, mi rey. —Turion sonrió con tristeza, saludó y pronto se hubo marchado. Thargodén lo observó hasta que la puerta se cerró y cruzó la habitación hacia la pared de cristal, más allá de la cual se encontraban sus famosos jardines. Al fondo, el mirador y, abajo, el Bosque Perenne.

Alargó la mano con alegría, esperanza y un optimismo tentativo. Pero todo lo que Thargodén pudo escuchar a cambio fue un silencio tenso, eso y el sonido de aves de caza chillando en la brumosa distancia.

~

En el segundo piso del Gremio de Mercaderes, el pueblo Silvano estaba sumido en un consejo.

Con la guerra ganada, era hora de regresar, y los consejeros celebraban una asamblea pública para discutir cómo y cuándo se produciría su migración de vuelta al Bosque Profundo.

Pero el acuerdo parecía lejano, pues algunos sugerían que ahora era el momento, mientras que otros argumentaban que no era seguro. Los Desviados habían atacado hacía muy poco, en las mismas llanuras que separaban la ciudad fortaleza del bosque.

Amareth, Erthoron, Lorthil y Narosén estaban sentados a un lado de una mesa larga. Al otro lado, el Maestro Ari Oruná. Ante ellos, cientos de Silvanos permanecían sentados conversando entre sí tras el discurso de Lorthil, en el que este había argumentado a favor de partir entonces, en grupos pequeños pero continuos de cincuenta.

Una silla chirrió sobre la madera y un elfo se puso en pie, esperando a que el estrépito se calmara.

—Digo que Lord Lorthil tiene razón. Los grupos de cincuenta serían fáciles de defender, incluso con los pocos guerreros que el rey tiene a su disposición. Solo tenemos que llegar a Sen Garay. Desde allí, la amenaza es probablemente menor de lo que ha sido nunca. Los Desviados están atacando desde el sur porque saben que nuestro ejército está lejos, en el norte.

Siguió una oleada de murmullos y otro elfo se levantó.

—¿Cómo saben los Desviados que ganamos? No lo saben. Todo lo que saben es que el ejército no está aquí en la ciudad. Quizá piensen que perdieron y que no regresarán. Quizá crean que pueden invadir nuestro bosque y aquí estamos nosotros, hablando de volver a él con nada más que un puñado de guardias y nuestros barracones llenos de novatos. ¡Digo que es una locura!

Voces a favor y en contra, demasiadas conversaciones al mismo tiempo; Amareth se puso en pie y extendió los brazos pidiendo silencio.

—Tiene razón. Y esto respalda mi postura de que deberíamos esperar hasta que el príncipe Rinon regrese de la costa con cualquier ayuda que traiga. Quizá pueda desplegar un pequeño destacamento y hacer que se queden en Sen Garay en caso de que los Desviados penetren en el bosque. Solo son unos pocos días más.

El ruido regresó y Amareth compartió una mirada preocupada con sus compañeros consejeros. Solo Narosén no se la devolvió. En su lugar, los brillantes ojos azules del Ari resplandecían, fijos en algún punto frente a él.

Amareth se sentó y observó a su gente mientras hablaban animadamente, con las manos moviéndose, los dedos flexionándose, frunciendo el ceño o sonriendo; la expresión de cada uno manifestaba su inquietud, su miedo y su emoción ante la perspectiva de volver a casa.

Erthoron hizo ademán de levantarse, pero vaciló cuando Narosén se alzó de su asiento cuan largo era. Elevando el bastón de madera en el aire, lo descargó sobre los suelos de piedra; el golpe resultante fue excesivamente fuerte, lo suficiente para captar la atención de la multitud. Narosén esperó hasta que guardaron silencio, hasta que todas las miradas estuvieron sobre él y esa expresión familiar los envolvió, la misma que hablaba del miedo reverencial que inspiraba el Ari'atór Espiritual vestido de negro.

—Los árboles están tensos, su voz silenciada. Escuchan, como si algún sonido desconocido los perplejara. Puede que sean las secuelas de la guerra, el horror de la misma. Puede que sea la pérdida de vidas élficas y vegetales, o simplemente sus almas sobreprotectoras que buscan advertirnos de que quizá es demasiado pronto para regresar.

Esta vez no hubo voces que respondieran, lo cual fue mejor, ya que no había terminado.

—Hasta que nuestros árboles nos llamen, nos hagan señas de alegría, yo no me iré. —Colocó ambas manos sobre la parte superior del bastón y se apoyó en él; el largo cabello negro resbaló sobre un hombro y ocultó parcialmente el rostro tatuado.

Desde la multitud, Taniq observaba al peculiar Ari. Frunció el ceño, oyó susurros lejanos y casi se sobresaltó cuando los ojos azul

brillante aterrizaron directamente sobre los suyos, verdes. No había tenido intención de levantarse, pues no tenía nada que decir, ¿verdad? Sin embargo, allí estaba, en pie en medio de un mar de Silvanos, mirando alternativamente entre ella y el Ari'atór Espiritual.

—Tiene razón.

Alguien sorbió por la nariz, otra se aclaró la garganta.

—Los árboles están… expectantes. Están indecisos y, por más que lo intente, yo tampoco sé por qué. Pero es verdad. ¿Por qué habríamos de irnos cuando no nos llaman? Hay una razón, sé que la hay.

Otro elfo se puso en pie, una mujer de rostro pálido y ojos ardientes.

—Si hubiera peligro, simplemente lo dirían. Como él acaba de decir, ha habido una guerra; pronto se calmarán. En cuanto a nosotros, nuestras cosechas están en peligro, nuestros productos probablemente marchitándose mientras estamos aquí sentados hablando. Es hora de cosechar resinas y nueces, frutas y hierbas. No podemos poner en peligro nuestra producción, nuestro sustento, por el capricho de que los árboles estén callados. Nuestro modo de vida depende de que regresemos, trabajemos y cosechemos, vendiendo nuestros productos.

Hubo palabras de acuerdo, asentimientos e incluso algunos aplausos, mientras otros no parecían saber a dónde mirar: si a Amareth, a Narosén o a la mujer de ojos verdes que ninguno parecía conocer.

Lord Lorthil se levantó.

—Aquellos que insistan en que debemos volver podrían partir mañana si el rey puede prescindir de una pequeña patrulla. Yo iría con ellos para preparar Sen Garay para el resto de nosotros, pero si no es seguro, os haré llegar la noticia.

Una voz joven resonó por encima de las demás.

—¿Y qué hay del regreso de nuestros guerreros? El Adalid vendrá en victoria, ¿no esperaremos para aclamar a nuestros luchadores silvanos aquí en la ciudad?

Otro elfo se levantó.

—Los veremos en Sen Garay, en el camino principal a la ciudad. No necesitamos estar *aquí*, muchacho.

—¿No queréis ver a los lores y las damas en los balcones elevados? ¿No queréis ver los estandartes ondeantes de todas nuestras casas nobles? ¿Os perderíais ver al rey recompensando a nuestros luchadores por sus sacrificios? ¿O escuchar a nuestro pueblo aclamar a Fel'annár como nuestro salvador?

Unos ojos jóvenes ardían con la luz de la admiración y la determinación, y todo el salón lo observó. Había hablado apresuradamente y ahora, al advertirlo, el rostro se puso de un rojo escarlata, más intenso que una granada de otoño. Aun así, sonrió, se mantuvo firme y miró a su alrededor.

—No me iré hasta que Fel'annár regrese.

Donde antes había preocupación, determinación y duda, ahora la gente sonreía con indulgencia mientras reían entre dientes. El joven hijo de Alféna había defendido la postura de Narosén de quedarse y, sin embargo, no por las mismas razones.

—Bien entonces. Aquellos que deseen partir deben firmar con sus nombres en este pergamino. —Lorthil levantó el papel y lo colocó ante él sobre la mesa—. Una vez hecho, veré al rey sobre esa patrulla.

Narosén asintió y luego volvió a mirar hacia la multitud, hacia donde había estado sentada la mujer de ojos verdes, la que él sabía que era una Oyente.

La encontró al fondo de la sala, de pie junto a una mujer que estaba sentada escribiendo en un libro de proporciones desmesuradas. A su alrededor, la gente hablaba y señalaba mientras miraban las palabras que se formaban ante sus ojos. Sabían quién era ella.

El pueblo silvano se prepara para el segundo éxodo.

El destino de Ea Uaré, por Marhené

La famosa cronista silvana se volvió hacia Taniq con una sonrisa vacilante; el peso de siglos de sabiduría y filosofía se sentía denso en la mirada. La Oyente se preguntó si Marhené sabía lo que ella era. Si lo sabía, no dijo nada y volvió al manuscrito.

Taniq deambuló hacia el exterior y entró en el patio del Gremio de Mercaderes, donde se alzaba un árbol solitario. Solo un Alpino plantaría de esa manera. Era cruel, aunque ella sabía que ellos no lo entendían.

Se acercó, deslizó la palma de la mano por la corteza y sintió el roce de aquella conciencia en la mente.

¿Dónde estás ahora, dulce hija?

La mano se apartó del árbol y se dio la vuelta; regresó al interior del Gremio de Mercaderes y se sentó en la cama.

Sacó una cajita y desató la fina cuerda que la mantenía cerrada. Al abrir la tapa, recogió con cuidado el trozo de papel de más arriba y contempló el retrato de la hija. Sonrió, a pesar de que los ojos estaban demasiado llenos de lágrimas. Un dedo trazó el contorno del cabello; unos ojos familiares le devolvieron la mirada.

Lo siento, Ankelar.

Si tan solo supiera si todavía vivía. Si tan solo pudiera saber si había fallecido, porque si así fuera, entonces Taniq de Ea Nanú emprendería el Camino Largo hacia la hija que había sido secuestrada por los Señores de la Arena hacía siglos y nunca regresó.

—Nunca os hablé de lo que ocurrió en el Bosque Perenne, ¿verdad? —Fel'annár se echó hacia atrás en su silla ante el fuego encendido. Por encima del bosque del norte, las estrellas brillaban con fuerza en una noche sin luna. La Cúpula del Cielo era un lugar hermoso, el dominio arbóreo gigante de Lord Koldur en Abiren'á.

La mirada de Fel'annár derivó de Bulan a Gor'sadén y, finalmente, a Hobin. Completando su círculo bajo las estrellas, La Compañía permaneció en un respetuoso silencio. Ya sabían lo que iba a decir.

—No, no lo hiciste. —Gor'sadén apartó la vista de las estrellas y miró a Fel'annár—. Fue algo trascendental, ¿verdad? Algo que ni

siquiera te atreviste a contarme a *mí*. Algo que La Compañía ya sabe, apuesto.

—Sí. —Fel'annár respiró hondo, recordando cómo habían sido pacientes al principio y luego prácticamente le exigieron que se lo contara. Se alegraba de haberlo hecho.

Así pues, Fel'annár les habló de su viaje al bosque prohibido. Habló de los animales de ojos azules que había visto, de los colores extraordinariamente vívidos de aquel lugar. Finalmente, les habló del sueño. Había visto los Últimos Marcadores, estaba confundido porque aquello era *Ea Uaré*, no Araria. Les contó que había visto la estatua de tamaño natural de Zéndar, exquisitamente tallada, con las facciones congeladas en una expresión severa que incluso ahora le provocaba escalofríos por la espalda. Y luego les dijo que se había visto a sí mismo de pie junto a su abuelo Ari, el padre de Bulan, y que no había podido resistirse a alargar la mano, rozando con dedos curiosos la lanza a su espalda, la misma que ahora reposaba en el propio arnés.

El sueño se había vuelto oscuro, pues en cuanto hubo tocado el Último Marcador, un monstruoso guiverno verde se había precipitado desde la ladera de la montaña y lo había perseguido.

Habló del halcón que lo había guiado a un lugar seguro, de cómo una niebla verde lo había envuelto y él había muerto. Y, sin embargo, se había despertado vivo pero herido en el mismo lugar donde había acampado.

Para cuando hubo terminado, Bulan permanecía sin habla, mientras los perspicaces ojos de Gor'sadén leían los temores de Fel'annár y adivinaban la interpretación del hijo sobre el sueño.

—Pensaste que ibas a morir en esta guerra, ¿verdad? Creíste que tu estatua era un presagio.

Ahí estaba. Gor'sadén lo conocía tan bien como La Compañía. Fel'annár se alegró por ello, porque no necesitaría confesar el miedo que había sentido ni la pena que su propia muerte le había provocado. Aunque no se avergonzaba. Su deducción había sido lógica en aquel momento, ahora lo sabía.

—Y aquí estás, vivo. Te equivocaste. —Gor'sadén apoyó las palmas de las manos en los muslos y desvió la vista un momento—.

Entiendo por qué no dijiste nada. No estabas seguro de tus conclusiones, temeroso de que fueran correctas. Habría sido muy fácil para ti, o para mí, o para Bulan perecer en esta guerra, y casi lo hicimos, más de una vez. Estamos aquí contra todo pronóstico.

Fel'annár sonrió y se volvió hacia el sonido de la voz de Bulan.

—Extraño que vieras los Últimos Marcadores en *Ea Uaré* y no en Araria. Me pregunto qué trataba de decirte tu mente.

Fel'annár sonrió suavemente porque sabía exactamente por qué era así, tan bien como sabía que no había sido un sueño. Respiró hondo, compartió una mirada de complicidad con Tensári e Idernon, y supo que Gor'sadén y Bulan lo observaban de cerca.

—Hay… algo que debo decir, algo que deseo deciros a *todos*. El Comandante Supremo sabe lo que es, me ha advertido que guarde silencio, pero no puedo. —Fel'annár captó la mirada de Hobin; todavía podía ver la advertencia en sus ojos—. Pero antes de que os lo cuente, debéis saber que si reveláis esto, la responsabilidad recaerá sobre *mis* hombros. Y sin embargo, esto os afecta a todos; algunos de vosotros habéis estado conmigo desde el principio de este viaje, mientras que a otros os conocí por el camino… hacia un destino que creo que ahora comprendo.

Fel'annár miró a cada miembro de La Compañía.

—Me dijisteis una vez que caminaríais mi senda conmigo, y estoy muy agradecido por la compañía. Estamos cerca del final, de la revelación que es mi destino… *nuestro* destino.

La mirada de Fel'annár se detuvo en Gor'sadén.

—¿Qué destino? —El tono de Gor'sadén podría haberse confundido con irritación, salvo que Fel'annár lo conocía mejor que nadie. Era preocupación, expectación y confusión. Quería una explicación rápida y elocuente, pero no iba a conseguirla.

—Aquel sueño en el Bosque Perenne… no fue un Sueño de Revelación. Ni siquiera fue un sueño. Tensári tenía razón.

Ella miró fijamente a Fel'annár, sin sorpresa en el rostro.

—*Hay* Últimos Marcadores en el Bosque Perenne. Zéndar es uno de ellos, y yo también lo soy… al menos eso era lo que pensaba. Me equivoqué en eso también.

Idernon frunció el ceño.

—Tu rostro no es fácil de confundir…

La pesada mirada de Fel'annár aterrizó en su amigo.

—No, y no lo confundí. Pero ya ves, comparto estas facciones con otro.

La transformación de Idernon fue lenta: la confusión se mezcló a la perfección con la comprensión incipiente y luego cambió de nuevo, hacia la conmoción y después la negación.

—No estarás diciendo que era…

—Lo digo, Idernon. Fue a Or'Talán a quien vi, hermano. Él era Ber'anor, y creo que su propósito es el que yo debo continuar. Creo que protegió el Bosque Perenne prohibiendo la entrada a todos y cada uno, para poder proteger otra Fuente, una Fuente *silvana*. Pero llegó la batalla y él murió. Ahora creo que yo debo proteger el Bosque Perenne y lo que yace dentro.

Fel'annár se volvió hacia Gor'sadén y observó cómo el rostro se descomponía para luego quedar congelado por la conmoción. Tardó un buen rato en decir algo, pero cuando lo hizo, fue en voz baja, con la mirada vuelta hacia su interior, narrando recuerdos lejanos.

—Or'Talán estaba obsesionado con estas tierras, tan implicado en ellas que lo dejó todo atrás en Tar'eastór y cabalgó hasta aquí con Pan'assár. Que fuera Ber'anor, por increíble que parezca, tiene sentido. Pero ¿cómo… cómo puedes estar seguro? ¿Cómo puedes saber que no fue un sueño? Animales que hablan, una bestia verde gigante… es como algo sacado de un libro de cuentos infantiles.

—Hay más, Gor'sadén. Lainon vio algo mientras yo conjuraba los árboles en Abiren'á, cuando *Pan'assár* murió en tus brazos. —Hizo una mueca interna ante el destello de dolor que cruzó el rostro de Gor'sadén—. Lainon vio una luz guía abandonar a Pan'assár y entrar en ti.

El Maestro Kah lo miró fijamente, atónito, al igual que Bulan y el resto de La Compañía.

—Pan'assár era Ber'ator, Gor'sadén. Era el Ber'ator de *Or'Talán*.

Gor'sadén palideció; los ojos se empañaron incluso cuando la cabeza negaba las palabras de Fel'annár.

—No. —Se puso en pie de un salto, mirando a Fel'annár con algo parecido al horror.

—Debiste de ver la luz azul, Gor'sadén. Lainon la vio desde lejos. No puede haber error.

El comandante se dio la vuelta, apretó los puños a los costados y luego, rígido, caminó hacia un lado de la vasta plataforma de madera, de espaldas a Fel'annár y a La Compañía, con el rostro en sombras.

—Aria bendita —dijo Bulan, frotándose la cara—. Eso explicaría el desmoronamiento de Pan'assár tras la muerte de Or'Talán; el vínculo divino se cortó. Pero ¿por qué no lo sabía? ¿Lo sabía *Or'Talán*?

—Or'Talán debía de saberlo, pero es poco probable que Pan'assár lo comprendiera.

Fel'annár miró a Tensári y vio que asentía despacio.

—A mí me llevó mucho tiempo comprender mi vocación. Sueños desde la infancia, sueños en Tar'eastór. Al final lo comprendí, en parte gracias a Hobin. Pan'assár también habría tenido los sueños, pero probablemente nunca pensó que un Alpino pudiera ser Ber'ator, que pudiera ser *Ari'atór*.

—Es más frecuente de lo que podrías imaginar —continuó Hobin —. Es la razón por la que estoy aquí en Bel'arán. Mi propósito es guiar a otros Servidores Divinos por el camino del entendimiento. —Los astutos ojos de Hobin estaban fijos en el perfil de Gor'sadén—. Pero como ha dicho Fel'annár, Pan'assár nunca pareció sospecharlo en absoluto.

—¿Ves ahora qué era lo que no comprendió hasta el último momento? ¿El significado de esas palabras que pronuncia en tu sueño? —Fel'annár se quedó mirando la espalda de Gor'sadén, deseando que se diera la vuelta para mirarlo de frente.

No lo entendí.

El silencio se hizo más profundo mientras cada uno de ellos procesaba las palabras, y con cada segundo que pasaba, más y más preguntas se formaban en sus mentes.

En cuanto a Gor'sadén, la voz de Fel'annár resonaba en la mente una y otra vez.

No lo entendió hasta el último momento… el significado de esas palabras que pronuncia en tu sueño.

—¿Cómo es que hay *dos* Fuentes? —preguntó Ramien.

—Creo que *esta* es secreta, tal vez solo para los Ari'atór, o quizás para los Shirán. Los animales de ojos azules que vi son como Lainon, creo. Todos ellos podrían ser capaces de cambiar de forma. Tal vez usen la Fuente para algún propósito, algún deber hacia Aria. Aún no tengo respuestas. Por eso debo volver y descubrirlo por mí mismo.

—Pero si tienes razón, ¿por qué estuviste a punto de morir a manos de esa bestia verde? —preguntó Tensári.

—Debió de ser la mano, traspasando el punto de no retorno. Tal vez sea una especie de guardián.

—Pero eres Ari, eres Ber'anor —dijo Carodel, totalmente confundido—. ¿Por qué iba a matar al mismísimo elfo destinado a proteger su bosque?

—Por eso creo que solo los Shirán pueden pasar. Debo poner eso a prueba.

—¿Cómo? —preguntó Ramien.

—Regresando con Hobin y Lainon, si los árboles lo permiten. Sé que él conoce la verdad, aunque no quiera discutirla conmigo. Pero también sabe que, si he de proteger ese lugar, debo estar convencido, verlo por mí mismo.

La mirada de Fel'annár se posó en Tensári. Sabía que ella seguía molesta por no haber podido entrar en el bosque, a pesar de ser Ber'ator. Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que no era solo la voluntad de Aria lo que actuaba en aquel lugar. Carodel tenía razón. Si la bestia verde *hubiera* sido el guardián de Aria, nunca habría intentado matarlo. Pensó que sí que lo *había* hecho en el sueño. Pero ahora que sabía que no era un sueño, no podía evitar preguntarse qué había pasado exactamente. Era otra pregunta para Lainon, supuso, una que quedaría sin respuesta, salvo por la expresión en los ojos del amigo.

—Entonces, ¿vas a proteger el Bosque Perenne para que la Fuente secreta no se vea comprometida, para que tal vez los Shirán puedan seguir haciendo… lo que sea que hagan?

Fel'annár se volvió hacia Idernon, sostuvo la mirada un momento y asintió.

—Sí. Creo que esa es la esencia. Las Hermanas son Originales, ellas mismas me lo confirmaron. Son la primera línea de defensa del

Bosque Perenne, como parece que ocurre en el Valle, según me cuentan Hobin, Lainon y Tensári.

Hobin no dijo nada, a pesar de que él mismo debía de haber estado allí muchas veces. Carodel se pasó una mano por el pelo, soltando el aire con frustración, y casi dio un salto cuando habló Bulan.

—¿Tú… tú crees que mi padre, tu abuelo, es Shirán? ¿Es un Ari'atór alado como Lainon? ¿Crees que por eso mi madre lo oye tan claramente? ¿Porque a veces está en *este* mundo?

Fel'annár lo miró y negó con la cabeza.

—No lo sé. —Las implicaciones eran sencillamente extraordinarias. ¿*Estaba* Zéndar allí, en el Bosque Perenne? Un simple pájaro posado en un árbol, o un lagarto, algún roedor o tal vez un alce. Quería reír, llorar, rascarse la cabeza, gritar de frustración. Si Zéndar era Shirán y se movía a través de la Fuente de un mundo al otro, ¿qué pasaba con Or'Talán? ¿Estaban *ambos* abuelos vivos y sirviendo a Aria, a las puertas mismas de la ciudad?

—Es una noche extraña —murmuró Carodel, con las manos entrelazadas—. Hay algo de tensión, una nota de expectación y anticipación impregna el aire, como un sueño, el preludio de algo nuevo.

Ramien y Galdith miraron al Guerrero Bardo, mientras Fel'annár alzaba la vista hacia las copas de los árboles en busca de un azor. Sabía que las preguntas vendrían después, cuando la conmoción se hubiera disipado y la verdad los mirara de frente, desnuda e inequívoca. En cuanto a él, se sentía más ligero por haberlo contado, con una chispa de esperanza prendiendo en el corazón.

—Es tarde. —Fel'annár se puso en pie con torpeza y sintió la mano firme de Bulan bajo el codo—. Volvamos a la cabaña.

Juntos, emprendieron el camino de regreso a sus dormitorios en silencio, mientras Gor'sadén permanecía de pie, apartado a un lado, todavía de espaldas.

Escúchame.

El paso de Fel'annár titubeó y una oleada de mareo lo asaltó, nublándole la vista momentáneamente. Se tambaleó y sintió la mano

fuerte de Idernon aferrarle el otro brazo. Gor'sadén se volvió ante el alboroto.

—¿Qué ocurre?

—No… estoy seguro —respondió él, parpadeando para despejar la vista mientras el mundo recuperaba su equilibrio.

Gor'sadén estaba ante él, escrutando los ojos y percibiendo el ligero brillo de luz verde.

—Tus ojos…

Fel'annár asintió.

—¿Cómo están?

—No como para asustar, pero sí para llamar la atención.

—Sentí como si estuviera en otro lugar por un momento.

—¿Un mensaje? —preguntó Idernon.

—Tal vez; uno extraño, eso sí. Dejadme escuchar un rato.

Gor'sadén asintió, miró a Bulan, luego a Idernon, y siguió a La Compañía hasta la cabaña de madera.

Fel'annár caminaba como en trance, pero los pies parecían saber a dónde iban, y durante todo el trayecto intentó concentrarse en el origen de aquella inquietud.

Rezo.

La mente vaciló y buscó, desesperada por alguna señal, alguna pista de quién era, de si eran los propios árboles o tal vez otro Oyente. Se sentía como un pájaro en caída libre, precipitándose hacia el suelo implacable. Podía sentir el agarre férreo de Idernon en el bíceps, el roce del hombro de Gor'sadén contra el suyo.

—Ya hemos hecho suficiente por hoy. Necesitas descansar —dijo Idernon mientras abría la puerta de la cabaña y guiaba a Fel'annár a su habitación.

—No estoy cansado…

—Claro que no lo estás —dijo Idernon, con una expresión que desmentía sus palabras.

Fel'annár arqueó las cejas, con la mirada anclada en su impertinente e intuitivo amigo. Galdith resopló mientras Ramien reía entre dientes y le daba al señor de la guerra una palmada en el hombro un poco demasiado fuerte, ganándose un ceño fruncido.

Haría lo que decía Idernon; la cama era un lugar tan bueno como cualquier otro para la soledad. Debía escuchar, porque había algo que debía saber, algo que estaba lejos, todavía demasiado distante para que lo comprendiera.

La inquietud se había apoderado de él, una necesidad repentina de volver a casa por razones que aún no alcanzaba a comprender. Pero durante el último año, Fel'annár había aprendido a no descartar nunca sentimientos como esos.

Debía estar vigilante, mantener la mente abierta a los árboles, escuchar la voz lejana que no lograba distinguir del todo. Pero una cosa sí escuchaba: su propio corazón. Algo iba mal.

Tenían que volver a casa.

Ahora mismo.

CAPÍTULO 3

Huida de Dan'bar

El bosque se desdibujaba a su alrededor, con matices sombríos de negro y azul bajo una noche sin luna.

La capitana Ari y sus diez guerreros estaban a solo un día de la ciudad, a un día de decirle al rey que una hueste poderosa estaba invadiendo los reinos élficos desde el mar.

Tendrían que detenerse pronto, ya deberían haberlo hecho, pero su misión era urgente y lo que estaba en juego era de suma importancia; pues, aunque aquellas no fuesen sus tierras, bien podrían haberlo sido. Por breve que hubiese sido su estancia allí, ya sabía que amaba este lugar, a estas gentes.

Sus guerreros eran Silvanos y Alpinos, todos nacidos del bosque. Podía ver su desesperación, su incredulidad, la angustia tras cada estocada, cada tirón de las riendas, cada giro incrédulo de la cabeza. Habían visto el rostro de la aniquilación, un ejército abrumador que seguramente no se detendría en Pelagia.

Ari conocía sus mentes, la certeza en sus corazones de que la ciudad de Ea Uaré era el siguiente destino del enemigo. Se opondrían a ella en cada parada para beber o descansar, debatirían cada decisión que tomase si los retrasaba. La desesperación los llevaría a la insubordinación si no le ponía freno primero.

El rostro de Rinon se materializó en la mente, con la mirada terca fija en ella, instándola a comprender, suplicándole que se marchara. Ella se había ofrecido a ir a Puerto Helia en persona para que el príncipe heredero de Ea Uaré pudiera cabalgar a casa, dar la alarma y estar *a salvo*.

Pero él se había negado; la envió a ella en su lugar porque *podía*. Él era general y ella capitana, por lo que había obedecido.

Había dejado atrás a Rinon.

Recordaba estar allí, rodeada de guerreros, tan cerca y sin embargo incapaz de tocarlo, con la mirada suplicándole que lo reconsiderara. Recordaba cómo los fríos ojos azules de él se volvían más cálidos, más suaves, el atisbo de un ceño fruncido en las oscuras cejas. Podía sentir el calor de él, el autocontrol, como algo físico, tenso y poderoso.

Y entonces las palabras habían inundado la mente, clamando ante las puertas de la propia voluntad. No las reconoció, se sintió conmocionada por la fuerza de su presencia: palabras que nunca pensaría decir en voz alta, porque no eran ciertas... ¿verdad?

Se preguntaba si la esencia de aquellas palabras habría trascendido los límites de la mirada, escapando de la fachada fría de una capitana al mando. ¿Había hablado sin palabras? ¿Le había mostrado el contenido de la mente? ¿La textura del corazón?

Podía ver el rostro de él incluso mientras se inclinaba más sobre la montura al galope y gritaba a los demás que aumentaran la velocidad. El príncipe heredero Rinon, el general real de quien había dudado y en quien luego había confiado. El elfo al que primero había despreciado y después... ¿qué? ¿Había *necesitado*?

Cerró los ojos con fuerza contra el viento de cara, contra los pensamientos no deseados, y desterró el rostro de Rinon de la mente. Fuera lo que fuese él para ella, permanecería a su lado y lucharía como si aquellas tierras fueran suyas. Defenderían juntos esta ciudad forestal y, una vez que estuviera a salvo, quizá entonces podría permitirse pensar una vez más en la naturaleza de sus sentimientos hacia Rinon, en aquellas palabras que no había pronunciado.

Un aullido rasgó el aire cercano, seguido de otro. Los caballos relincharon alarmados, girando los ojos, y los guerreros los espolearon, siempre hacia el norte.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó un guerrero.

Al ser de Tar'eastór, Ari conocía la respuesta. Aun así, no tenía idea de qué hacían allí, en Ea Uaré, lejos de su hábitat normal.

—Sabuesos de la Montaña —respondió Ari sombríamente—. Nuestros caballos pueden ser más veloces que ellos, pero no podemos permitirnos perder tiempo deteniéndonos a luchar. Los sabuesos se mueven en manadas. Si hay uno, hay más. Preparad vuestros arcos, disparad si se acercan demasiado, pero no os detengáis. Nuestra prioridad es la velocidad. Nuestra advertencia debe llegar a la ciudad lo antes posible.

Sus guerreros llevaron la mano atrás y aflojaron el cierre de los carcajes justo cuando otro aullido desgarró el aire, esta vez más cerca. Estaban siendo cazados, por detrás y por ambos flancos.

—¡Manteneos juntos, cabalgad con fuerza! —gritó ella.

Puede que no tuvieran otra oportunidad de detenerse a descansar, y todo lo que Ari podía hacer era rezar para que los caballos no les fallaran.

Un día más, y le correspondería a ella informar al rey. Pelagia había sido invadida, y Ea Uaré sería la siguiente. Le diría que se preparase para un asedio. Y luego le diría a Turion que, solos, no tenían ninguna posibilidad de éxito.

Lord Draugolé, exconsejero real, había sido juzgado y declarado culpable de alta traición.

Conocía el castigo; solo había dos sentencias que el rey podía dictar: el exilio de Bel'arán o la ejecución. Como traidor marcado, era posible que nunca se encontrara a sí mismo en la próxima vida. Debía asegurarse de no morir, de que cuando llegara el momento de partir, lo hiciera por voluntad propia y tomara el Camino Largo.

Llevaba meses en la celda aislada, salvo por el juicio, cuando lo habían llevado fuera, a la luz y a las cámaras del consejo, con las manos atadas a la espalda. Había soportado las miradas acusadoras de Alpinos y Silvanos, había visto cómo algunos le daban la espalda mientras otros le escupían a la cara. Pero unos pocos elegidos no habían hecho nada de eso. En su lugar, habían buscado una señal de que no todo había terminado, de que sus sueños no habían muerto con Band'orán.

Aun así, había salido de aquellas cámaras del consejo como un elfo condenado, declarado culpable y a la espera de sentencia.

Pero esta nunca llegó.

Debería haberse sentido furioso. Debería haber estado frustrado, indignado y ansioso, y sin embargo, la causa de ese retraso era la raíz misma de sus esperanzas. Los Desviados se estaban acercando a la ciudad, aprovechando la ausencia del ejército. Incluso entonces, Rinon estaba fuera, buscando guerreros para reforzar los escasos cientos que se habían quedado en la ciudad.

Era lo que había estado esperando, el momento en el que había comenzado a ejecutar su plan junto con Melu'sán y Nestar, entre otros. Con el bastardo real librando la guerra en el norte con la mayor parte del ejército, y ahora con el príncipe heredero fuera de la ciudad buscando desesperadamente más tropas, era el momento de empezar a orquestar la toma de la ciudad y del trono.

Habían comenzado a trabajar con los Guerreros Kah Ilícitos de Lord Band'orán. Había cientos de ellos allí abajo, juzgados y hallados culpables de alta traición, pero no sentenciados, igual que él. Unos trescientos. En un enfrentamiento con la guardia de la ciudad, Draugolé no tenía dudas de quién vencería.

Lo que necesitaba era convencer a los Guerreros Kah Ilícitos de que el rey los ejecutaría. Les diría que Thargodén no tendría piedad, que morirían y que probablemente nunca se encontrarían en el próximo mundo. Pero que si se unían a su causa, tendrían la oportunidad de vivir y prosperar, incluso los Silvanos de entre sus filas. Ya no se trataba de razas, sino de justicia y competencia, diría él. Thargodén no era un gobernante apto, nunca lo había sido. Pero Draugolé sería un rey excelente, con Melu'sán como su reina y

Nestar como Lestari. El Gremio de Mercaderes entero juraría lealtad al nuevo rey, proporcionándole abundantes fondos para su nuevo ejército.

Pero por entonces, Draugolé estaba en aislamiento, incapaz de hablar con los Ilícitos personalmente. Necesitaba que el guardia de la prisión, Kalan, lo hiciera por él y que luego se encargara de aquellos que no cayeran en su subterfugio. De hecho, dos ya habían expresado sus dudas. Una gota del veneno indetectable de Nestar había hecho el trabajo a la perfección, y habían muerto por *causas naturales*. Aquello había enviado un mensaje inequívoco a los demás de que lo mejor era unirse a los planes de Draugolé.

Los sanadores aún no parecían sospechar nada. Decían que probablemente había sido algún tipo de infección fúngica, una que podría propagarse y matar a otros a menos que encontraran la causa.

Nunca lo harían.

Kalan sería generosamente recompensado una vez que Draugolé fuera rey. Convertido por fin en capitán, Kalan tendría el prestigio y el dinero que siempre había deseado, y Nestar recuperaría sus privilegios como Lestari.

Y entonces habían llegado noticias del norte de que la guerra se había ganado y el ejército regresaba. Draugolé maldijo al señor de la guerra, que debería haber muerto hacía años. Lord Band'orán había fracasado en su misión de deshacerse de él, gracias a la estupidez de Lord Sulén en Tar'eastór. El muchacho había vuelto una y otra vez para estropear aquellos planes de décadas que deberían haberlo llevado al trono, con Draugolé a su lado, al menos al principio.

Y ahora esto, la victoria en el norte.

No era lo que él había esperado, aquello por lo que había rezado. Aun así, decían que muchos habían muerto, lo que favorecía sus planes. Todavía había esperanza, esperanza de que los Desviados siguieran avanzando, de que Rinon no encontrara los guerreros que necesitaban y de que estallara el caos antes de que el señor de la guerra regresara.

Se puso en pie, caminó hacia la pared izquierda, pasó las manos sobre la fría piedra negra; sabía exactamente dónde estaba cada

surco y línea, cuántos pasos lo llevarían a la siguiente pared, y luego a la siguiente y a la siguiente. Extendió la mano y hundió los dedos en lo que parecía piedra sólida.

Una pieza se desprendió entre los dedos.

Miró a través del agujero hacia la celda vacía contigua a la suya. Había una ventana, en lo alto de la pared. No podía asomarse, pero al menos le permitía calcular la hora. Era lo que le había mantenido cuerdo durante los meses de confinamiento solitario.

Con un ejército de Ilícitos leales asegurado, y con Melu'sán y Nestar en el exterior, Draugolé acecharía el momento más vulnerable. Y entonces, con una sola llave, sería libre. Cerraría las puertas, dejando fuera de los muros a las tropas leales a Thargodén.

Entonces se encargaría de la familia real.

Con su mente dotada y la astucia sin igual de Melu'sán, Ea Uaré sería el reino más poderoso sobre Bel'arán, un reino que un día se convertiría en un imperio.

~

Gra'dón, emperador de Pelagia y pronto de todos los reinos élficos, se despertó entre sábanas suaves y limpias de la más alta calidad. Haría que las confeccionaran más largas, para su complexión.

Inspiró, oliendo la tela perfumada y luego el aire impregnado de sal. Era un rey, un dios en su palacio, una fuerza de la naturaleza a la que se temía y obedecía, a la que se servía pero no se amaba.

Retiró la ropa de cama, se puso en pie y estiró la espalda. Se contempló en un espejo de cuerpo entero y asintió en silencio ante sus propios ojos verde pálido. En Calrazia, siempre habían parecido azules. Pero allí la luz era diferente y las aguas no eran cristalinas como aquí, sino que estaban cubiertas de algas y estancadas.

Dirigiéndose a la mesilla de noche, se vertió un vaso de agua cristalina y saboreó el olor. Bebió despacio, con los ojos entornados mientras tragaba, y sostuvo el vaso frente a la vista. Sin posos, sin detritos desagradables.

Se vistió y luego caminó hacia el amplio escritorio situado ante una pared de cristal que daba al océano. Era una pieza de arquitectura hermosa; le hacía sentir como si estuviera al timón de un barco poderoso, volando sobre un mar infinito. Podía ver la flota, extendiéndose a lo lejos, y una oleada de satisfacción lo invadió. Respiró a través de ella, disfrutando de aquel primer logro.

Una vez que hubiera cruzado los Estrechos de Cristal y llegado a Puerto Helia, se dirigiría hacia el interior y lideraría la campaña terrestre hacia el norte, hasta la ciudad de Ea Uaré. Traería las torres de asedio y las bestias de guerra, miles de guerreros y lanzas de fuego. Y si lograba encontrar el Fuego Azul, podría derribar las vanagloriadas murallas de la ciudad de Thargodén, esas que decían haber sido construidas por Mengol y ser impenetrables. Su victoria sobre los elfos del bosque sería tan rápida como lo había sido la destrucción de la flota pelágica. El suyo era un ejército invencible, y junto con las fuerzas de Saz'nár y Key'hán del desierto, aquel era el principio del fin de la raza élfica, al menos como pueblo libre.

No los erradicaría por completo. Mantendría esclavos, los usaría en el ejército si podían ser convertidos, y si no...

Una mano se extendió hacia el látigo enrollado que descansaba sobre el escritorio, sin llegar a tocar la cabeza de serpiente de tres puntas en su extremo. Telzorán estaba tranquilo esa mañana, y Gra'dón no tenía intención de despertarlo.

Anhelaba usarlo con los Ari'atór, sus mayores enemigos salvo por el propio mago.

Todavía recordaba la descarga de energía que lo había asaltado cuando mató a un cabecilla renegado con él. Lo había dejado tambaleante e inestable. Pero cuanto más mataba, más fuerte se sentía. Se volvía más rápido, más ágil, un guerrero mejor, más temido incluso de lo que ya era. Y aquello era algo bueno; su padre le había enseñado al menos eso.

Los Ari'atór habían rechazado a su madre. Como elfa, no sufrió ningún cambio tras la incursión más allá de los Últimos Marcadores.

Pero sus hijos medio-elfos sí lo hicieron.

No por primera vez, se preguntó si sus hermanos habrían encontrado algún rastro de la familia en Ea Nanú. Bien podrían estar

allí mismo entonces, en su viaje hacia la ciudad. Solo podía esperar que hubieran encontrado al mago y lo hubieran matado; y sin embargo, una parte de él deseaba que no fuera así, que quizá lo hubieran hecho prisionero para que el propio Gra'dón pudiera matarlo, lenta y dolorosamente.

El mago... *él* era una de las razones por las que había traído bestias de guerra. Un solo Lagarto de Gas había bastado para destruir un bosque entero en Tar'eastór. Con las docenas que había traído en las bodegas de los barcos, ni siquiera El Plateado podría detenerlo en su conquista de Ea Uaré, de Tar'eastór y, en última instancia, de la propia Araria. Sin árboles en pie, el mago no sería más que otro guerrero al que combatir y matar.

Gra'dón había dicho a sus cabecillas que estuvieran atentos por si, de algún modo, había eludido a sus hermanos. Si seguía vivo, les había ordenado capturarlo y reducirlo por cualquier medio necesario excepto la muerte. Gra'dón lo mataría personalmente una vez que le hubiera mostrado la insensatez de matar a su hermano. Desenrollaría a Telzorán, lo azotaría hasta ensangrentarlo, dejaría que le succionara la vida, lo vería marchitarse y volverse gris, sentiría la emoción de aquella muerte en las propias venas, le afeitaría la melena plateada para usarla en el propio yelmo, se deleitaría en la agonía, se regodearía en las palabras suplicantes, lo vería arrastrarse por el suelo y rogar perdón por haber arrebatado la vida a Xar'dón.

Pero Gra'dón nunca lo perdonaría.

Era un pensamiento satisfactorio, una fantasía en la que se recrearía hasta que llegaran noticias de sus hermanos.

Pronto llegaría el momento de pasar a la siguiente parte del plan. Los elfos habían arruinado su vida, casi habían matado a su madre y, ahora, la venganza estaba a solo un brazo de distancia, al otro lado de los estrechos y bajo el bosque. Tierra de magos y reyes. Tierra de riquezas y agua pura. Tierra de los parientes de la madre, incluso de los del padre, remontándose muchas generaciones. Más allá de la poderosa extensión del bosque, fuera de la vista y sin embargo tan cerca en la mente, estaba el lugar que llamaban Valle, el lugar donde la propia tragedia había comenzado.

Con el tiempo, ocuparía aquel lugar, guiaría el ejército más allá de los Últimos Marcadores, asaltaría la Fuente y cargaría hacia el interior para cruzar al otro lado. Pero la madre no estaría allí. Nunca podría hablarle de las cosas que había visto y hecho, hablarle de las tierras que había conquistado, de los ejércitos que había comandado y de cómo era temido.

Ella nunca volvería a mirarlos con amor y respeto, ni a decirles a todos —incluso a los dioses— que Gra'dón, Key'hán, Saz'nár y Xar'dón eran sus hijos, engendrados por el gran rey Ebanuk, hijo de Jezurah el Grande, hijo de Arzén el Inmortal.

Ella se había ido, perdida para estas tierras y para todos los reinos élficos.

Centró la mente en el prisionero, el capitán pelágico que parecía sorprendentemente resistente al trabajo de sus maestros de mazmorras. Gra'dón lo había observado de cerca, había visto la disciplina y el dolor. Aquello no había sido más que una invitación amistosa a hablar. Al día siguiente, el propio Gra'dón lo interrogaría. Empezaría por cortarle los dedos al capitán. Aquello solía funcionar de maravilla. Sin embargo, debería ser cuidadoso, pues aunque había encontrado a muchos guerreros pelágicos arrastrados a la orilla, solo había hallado a un oficial. Él era la mejor oportunidad de Gra'dón para encontrar el Fuego Azul.

Los pensamientos se vieron interrumpidos por un golpe en la puerta. Permitió la entrada, de espaldas, con la mirada puesta en los barcos de guerra más allá de la pared de cristal de la torre real.

Pasos tras él; dos guardias se detuvieron a una distancia respetuosa. Frunció el ceño y se giró para encararlos.

Algo iba mal.

—Emperador. El guardia de servicio en las mazmorras informa de que el capitán pelágico ha escapado de su celda.

El hermoso rostro que había brillado con entusiasmo, alegría y satisfacción apenas unos momentos antes se tornó sombrío, tormentoso, y como un torbellino se abalanzó hacia delante hasta alzarse sobre los acobardados guardias, mirando sus yelmos desde arriba mientras luchaba por controlar la ira. El control llegó rápidamente.

—Buscad al guardia de servicio... encadenadlo con grilletes y traedlo al patio, desnudo y suplicando clemencia.

Los guardias hicieron una profunda reverencia y se quedaron donde estaban, congelados, como si pensaran que sus cabezas iban a ser separadas de los hombros. Pero Gra'dón no hizo tal cosa; en su lugar, se dio la vuelta y esperó a que se marcharan.

Quería el secreto del Fuego Azul y, aunque el retraso valdría la pena, pronto debería comenzar la campaña hacia el norte, hacia la ciudad de Ea Uaré, mientras el enemigo aún lidiaba con su nueva realidad. Cazaría y capturaría a cualquier oficial élfico que encontraran por el camino, interrogándolos hasta que uno se quebrara y le dijera lo que quería oír.

Pero primero, Gra'dón mostraría a su ejército el precio del fracaso.

Alargó la mano hacia Telzorán, rozando la punta con un dedo. Sonrió, con los ojos brillando de anticipación, admirando la sutil danza de cabezas de serpiente que siseaban y susurraban en una lengua que no reconocía.

Macurian puso el carro en movimiento. Detrás de él, bajo la sombra de una lona, el capitán pelágico estaba sentado, con una mueca perenne en el maltrecho rostro mientras traqueteaban por el terreno accidentado, alejándose del mar y hacia el bosque.

La espalda del capitán era un desastre sangriento, carne viva y trozos de tela parcialmente encostrados y sucios. En cualquier momento, la infección haría acto de presencia. Menos mal que Macurian lo había sacado de allí cuando lo hizo. Un día más en aquellas mazmorras probablemente habría matado al capitán.

A Macurian le ardían los brazos como si tuvieran fuego mientras instaba a los caballos a ir más rápido. Al caer la noche no podría ni levantarlos. Había trabajado duro, había remado todo el camino desde Dan'bar hasta la costa sin ayuda, al amparo de la oscuridad.

La imagen de un Puerto Helia abandonado perduraba en la mente. Los muelles estaban tan vacíos como las tabernas, las calles empedradas en silencio, sin rastro alguno de vida. Toda aquella gente había huido, a la ciudad o tal vez hacia el este, por las colinas y hacia Tar'eastór. A juzgar por los rastros del camino, las huellas de pies y pezuñas, seguramente miles se dirigían a la ciudad de Thargodén. La logística para alojarlos, con tantos refugiados silvanos todavía allí, iba a ser un desafío.

Macurian giró la cabeza a la izquierda hacia las feroces aguas donde el río Calro terminaba y comenzaba el Estuario pelágico. Remar río arriba sería seguramente imposible, y la mayoría de los civiles que huían habrían tomado el camino de tierra. Ese era el plan de Macurian. Alcanzarlos y viajar con relativa seguridad, encontrar un sanador para el capitán y luego llevar la preciosa carga ante Lerita, la maestra del gremio. Confiaba en ella, sabía que haría lo correcto.

Miró atrás por encima del hombro, hacia el pequeño barril de Arena Negra, hacia el cartucho alargado que había visto a lomos de las lanzas de fuego calrazianos.

Regresar a la ciudad no estaba exento de riesgos. El príncipe Sontúr estaba allí, al igual que la esposa del señor de la guerra. Lo recordarían bien, sabían lo que había intentado hacer. Daba gracias a los dioses ahora por haber fracasado. Pero si iba a mantenerse en ese camino de redención, debía correr el riesgo. Lo peor que podía pasar era que lo encerraran en las mazmorras. Aun así, si tenía suerte, Lerita podría decir una buena palabra por él.

No le habían pasado inadvertidos los ojos semi-cerrados y la frente sudorosa del capitán.

—¿Airen?

No hubo respuesta, y Macurian supo que se les acababa el tiempo. Levantando los doloridos brazos, instó al caballo a seguir adelante, hacia la noche.

El amanecer había llegado y pasado, con los últimos vestigios de rojo y púrpura surcando el horizonte, tras el dosel esmeralda del Gran Cinturón Forestal. El mismo sol, la misma luz y, sin embargo, todo se sentía tan diferente a las mañanas en Tar'eastór, el hogar de montaña del príncipe Sontúr.

Aun así le gustaba, y menos mal. Estaría aquí por un tiempo, un largo tiempo esperaba, sirviendo en La Compañía una vez que Fel'annár regresara del norte. Los dedos subieron a los labios, que todavía hormigueaban por el beso con el que Maeneth lo había obsequiado antes de que dejara el palacio fortaleza.

Sonrió al salir por la puerta principal y cruzar el patio, dirigiéndose al Círculo Interior, vestido como un capitán de Ea Uaré, el único que portaba las armas de la familia de Vorn'asté, rey de la Madre Patria.

Pasó junto a los dos guardias en la entrada del Círculo Interior, siguió recto y luego giró a la derecha, hasta salir al patio central y a las oficinas de los comandantes. Llegó a una puerta familiar, alzó la mano y llamó. Desde más allá de las tallas ornamentadas, oyó la voz de Turion.

Entró, cerró las puertas dobles tras de sí y respiró hondo para serenarse.

—Comandante General Turion.

—Príncipe Sontúr. Venid, sentaos. —El comandante señaló un asiento ante el escritorio donde trabajaba. La pila de papeles frente a él estaba inusualmente desordenada, y una de las trenzas de Turion se había soltado.

—¿Qué os trae por aquí, príncipe? —Turion soltó la pluma y se echó hacia atrás en la silla.

—Estáis cansado.

Turion frunció los labios.

—Siempre el sanador. ¿Es por eso por lo que habéis venido?

—No, por supuesto que no. Una simple observación, comandante. En cuanto a por qué he venido, deseo pediros que me reincorporéis. Ha llegado el momento de que regrese al servicio militar, comandante, si aceptáis mis servicios.

Turion se levantó y Sontúr pensó que quería estirarse. No lo hizo, y la mirada siguió al comandante mientras este se daba la vuelta y caminaba despacio rodeando el escritorio hacia un aparador cerca del hogar. Cuando regresó, lo hizo con una taza en cada mano. Ofreciéndole una a Sontúr, tomó un sorbo del té caliente, tragó y volvió a la silla tras el escritorio.

—¿Habéis traído un certificado de salud?

—Por supuesto. —Sontúr buscó dentro de la túnica y sacó el papel doblado, con la letra de Llyniel en el frente. Se lo entregó a Turion, quien lo tomó y leyó. Después de un momento, asintió, dobló el papel y lo dejó sobre la mesa.

—¿La Lestari no requiere vuestros servicios en las Salas de Curación? Tengo entendido que sois un excelente sanador.

—Ella cree que por ahora necesitamos guerreros más que sanadores. Tiene razón.

—Sí, sí que la tiene. —Turion se pasó una mano por el rostro—. Accederé, pero con una condición, príncipe. Se os asignará temporalmente a la guardia civil. Preferiría que evitarais el combate por un tiempo más, si se puede lograr. Serviréis aquí, en la ciudad, al menos hasta que nuestro victorioso ejército regrese.

Sontúr consideró protestar, pero en realidad le venía bien. Parecía que el ejército estaría a unas cuatro semanas, suponiendo que ya hubieran partido. Era tiempo suficiente para adaptarse a una rutina nueva y más exigente.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar mientras tanto?

Turion guardó silencio un momento.

—No. Sugiero que os familiaricéis con nuestro nuevo ejército y con este lugar. No me corresponde especular, pero es posible que estéis aquí por un tiempo.

Turion no miró a Sontúr, pero el príncipe sabía leer el lenguaje no dicho lo suficiente para entender que se refería a su relación con Maeneth.

—Es posible que así sea —ofreció Sontúr—. Unos días en las bibliotecas serían bienvenidos. Hasta que Fel'annár y La Compañía regresen, los días pasarán despacio.

—Creo que encontraréis la forma de ocupar vuestro tiempo. La princesa Maeneth se ha reincorporado al ejército, con el consentimiento de su rey, desde ayer. Se instalará en el Gremio Académico, dispuesta a asistir a los militares en cualquier forma de investigación técnica. Tengo entendido que vos también mostráis interés en esto, por lo que podríais ayudarla donde sea necesario. Ella también está muy versada en historia. Hay una copia del tratado de Fel'annár sobre la reorganización del ejército de Ea Uaré allí, y un excelente relato de la historia bélica del reino desde la llegada de Or'Talán.

Sontúr se sorprendió ante la noticia e intentó no dejar que se le desencajara la mandíbula frente al comandante general, preguntándose por qué Maeneth no había compartido la noticia con él. Entonces recordó la sonrisa pícara de ella cuando lo había besado antes de que partiera hacia el Círculo Interior esa mañana. Había un centelleo en los ojos, un toque de travesura. Reprimió una sonrisa, con ganas de devolverle la jugada más tarde.

Sontúr sorbió el té con calma.

—¿Qué hay de los esfuerzos de reclutamiento, comandante? ¿Cuántos están en formación? —Era un cambio de tema bastante brusco, uno que sabía que a Turion le resultaría divertido.

—Los capitanes Salo y Henú han hecho un gran trabajo. Hay cuatrocientos reclutas y, sorprendentemente, cien de ellos son mujeres. Los barracones no están ni mucho menos llenos, pero esos cuatrocientos serán novicios mañana. Aun así, tal como están las cosas, no podrán completar su entrenamiento sobre el terreno hasta que la amenaza de los Desviados haya sido eliminada.

Sontúr asintió. La situación no era fácil. Dependerían de un ejército recién regresado de la guerra. No habría tiempo para el descanso, no hasta que los Desviados hubieran sido eliminados y la ciudad asegurada. El regreso de Rinon era, en efecto, urgente.

—¿Podéis cederme un despacho, comandante?

—Sí, por desgracia. Hasta que el señor de la guerra regrese, la regeneración del Círculo Interior no puede continuar. Solo hay la mitad de capitanes de los que antes alardeábamos, pero aun así son más de los que teníamos tras la Batalla de los Hermanos.

Sontúr asintió despacio; los recuerdos de Tar'eastór y la primera vez que se había encontrado con Galadan lo sorprendieron inesperadamente. Turion lo miró con los intuitivos ojos azules.

—Siento vuestra pérdida, capitán. Sé que La Compañía estaba muy unida al capitán Galadan.

Sontúr no pudo hablar; la voz era incapaz de traspasar el nudo en la garganta, por lo que asintió, desvió la mirada y buscó un cambio de tema tan rápido como la cortesía permitía. Fue Turion quien le proporcionó la distracción que necesitaba.

Sontúr se quedó mirando la llave que Turion le ofrecía.

—Bien, pues. Debería ir a mi despacho para familiarizarme con él. Estoy a vuestra disposición si me necesitáis, hasta que el general Fel'annár regrese.

Turion se puso en pie y observó a Sontúr saludar y salir del despacho.

Se preguntó si aquel príncipe de la Madre Patria continuaría cortejando a la princesa. Si lo hacía, algún día podría ser un príncipe de *este* reino. El pensamiento no le disgustaba en absoluto.

La mirada cayó en la taza de té y la alcanzó. Se sentó pesadamente en el sofá ante el fuego y cruzó las piernas.

El rey le había informado de que ahora era oficialmente Comandante General de Ea Uaré; la ceremonia tendría lugar tras el regreso del ejército. Se le exigiría renovar el juramento a la estirpe de Or'Talán.

Y lo haría, con tanta determinación como cuando fue investido capitán por primera vez, y luego general. Solo que esta vez, cuando llegara ese momento, aprendería la lección de Pan'assár y recordaría que aquel juramento era real. Cumpliría con el deber, incluso hasta la muerte.

Alzó la taza en tributo solitario al firme comandante general, al formidable Maestro Kah, al alma torturada que había sido Pan'assár. Turion no le fallaría; le haría sentirse orgulloso, lo recordaría siempre, y también lo que representó en última instancia.

Honor, incluso por encima de la posesión más preciada: la propia vida.

La mirada derivó hacia la llave que reposaba modestamente sobre una mesa baja frente a él. Se le revolvió el estómago. No había nadie en este mundo para reclamar las pertenencias personales del predecesor. Los papeles que yacían sobre el escritorio en los despachos de Pan'assár eran ahora responsabilidad de Turion. El resto de lo que hubiera tras las puertas que conducían a los aposentos se lo dejaría a Gor'sadén de Tar'eastór, para que hiciera con ello lo que quisiera.

El mensajero entregó al príncipe Rinon un pequeño trozo de papel. Lo desdobló y leyó.

Era del teniente Dashen, que estaba a la cabeza de la larga columna de refugiados, ahora a medio día de camino de su posición. El capitán Salo y su patrulla todavía estaban a un día de distancia hacia el este; un día más en el que Rinon necesitaba tener todos los sentidos alerta. Casi podía oler a los Desviados desde donde cabalgaba, en la retaguardia de la caravana civil con nada más que treinta guerreros, incluso contando con Enar y sus pelagianos.

De vez en cuando, los refugiados más cercanos se giraban para buscar seguridad en la mirada de Rinon. Pero Rinon no tenía ninguna que ofrecer. Estaban tan vulnerables como era posible estarlo. Aun así, era un príncipe, por lo que compuso el semblante, les devolvió el saludo con un asentimiento calmado y continuó la intensa vigilancia de las tierras circundantes.

—Tenemos compañía —dijo Enar a su lado. Rinon levantó una mano y la patrulla giró, dando la espalda a la columna que se alejaba.

—Excelente oído.

—Los pelagianos somos famosos por ello.

Si lo eran o no, era algo que Rinon no podía decir. Pero solo entonces podía oír el trueno de muchos cascos. En cualquier momento, quienquiera que fuese aparecería a la vista. No eran Desviados; ellos no cabalgaban.

—Refugiados o exploradores enemigos... —murmuró Enar.

—Si es lo segundo, estamos algo superados en número. —Rinon apretó la mandíbula, desenvainó la espada larga y el resto hizo lo mismo; los ojos registraban ahora al grupo de civiles montados que galopaban hacia la posición. Rinon sostuvo la espada sobre la cabeza y el grupo que se aproximaba tiró de las riendas. El jinete al frente trotó más cerca y Rinon lo observó con atención.

Era Silvano.

—Nombre y propósito.

—Jarabon, ex-teniente, antiguo Maestro Arquero de las fuerzas forestales de su majestad Or'Talán.

Rinon ladeó la cabeza, con el corazón martilleándole en el pecho. Había más de doscientos elfos allí.

—¿Habéis venido a ayudar?

Jarabon parecía estar sopesando las palabras, con ojos audaces que le devolvían la mirada sin vergüenza. Seguramente sabía quién era Rinon.

—¿La necesitáis?

Rinon miró con atención al Silvano, que se mostraba algo hostil. Había resentimiento en el tono, y el príncipe creyó saber por qué.

—Sí. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir si queremos sobrevivir a esto. —Rinon hizo un gesto con la cabeza hacia Pelagia mientras enfundaba la espada.

Jarabon tardó un momento en hablar. Pareció perderse en sus recuerdos por un instante.

—Conocí a vuestro hermano una vez, no hace mucho. Viajaba de incógnito con vuestro *otro* hermano. —Las palabras se detuvieron, pero el desafío estaba lanzado. Rinon lo aceptó.

—Mi hermano *silvano*, sí.

Jarabon inclinó la cabeza hacia atrás, y Rinon pensó que no esperaba aquella respuesta.

—Nuestro Adalid trajo a su Compañía, junto con Lady Llyniel y dos de Los Tres. El capitán Turion ya nos había dicho que estuviéramos atentos al grupo. Pasaron una noche en mis establos, despertaron recuerdos que casi había enterrado... del rey Or'Talán y

del señor Pan'assár. Quién lo hubiera pensado... *dos príncipes* refugiándose en mi humilde morada.

Unos ojos castaños profundos sostenían la mirada de unos azul glaciar. Ninguno parpadeó, ninguno desvió la vista cuando Rinon habló.

—Entonces os agradezco vuestro servicio, Jarabon.

Rinon pudo ver la satisfacción del veterano. No había contradicho las afirmaciones de Jarabon de que Fel'annár también era un príncipe. Fuera así o no, en la mente de Rinon no importaba por ahora. Todo lo que necesitaba era ayuda; con esta gente y, más tarde, en la ciudad.

—Únete a nosotros entonces. Ayúdanos a poner a salvo a esta gente.

—¿Aceptaríais a un elfo roto en vuestro ejército? ¿A un guerrero *silvano* que no puede correr?

Rinon frunció los labios. El veterano era audaz, pero no era rival para Rinon.

—Vuestro Adalid ha traído el cambio. Los capitanes silvanos vuelven a sentarse en el Círculo Interior.

—He oído decir algo al respecto. ¿Y qué hay de la guerra? ¿Qué noticias hay?

—Ninguna cuando partí hacia Puerto Helia. Quizá cuando regresemos sepamos más. Pero no podemos luchar contra los Señores de la Arena en dos frentes, no con los Desviados pululando por el Camino del Este. —Rinon sabía que Jarabon no estaba del todo convencido, que necesitaba garantías de que no regresaba al ejército de antaño, en el que los guerreros silvanos se habían convertido en poco más que esclavos de una clase alpina dominante.

—Un solo guerrero puede ser decisivo, Jarabon, por mucho que no puedas correr. Regresarás a un ejército que ha cambiado. El *general* Turion tiene la División de la Montaña, pero el *general* Fel'annár tiene la División del Bosque. Te pondría bajo su mando; temporalmente bajo el mío hasta que él regrese.

Esta vez, los ojos desconfiados de Jarabon se agrandaron. Rinon había dicho lo que el elfo quería oír, la noticia que muchos aún no habían escuchado.

Jarabon se cuadró y saludó.

—Teniente Jarabon, Maestro Arquero, solicito permiso para reincorporarme a las filas, general.

—Concedido.

Rinon observó cómo Jarabon se daba la vuelta, se llevaba los dedos a los labios y silbaba con más fuerza que nadie a quien hubiera oído jamás, algo que siempre había querido hacer pero nunca había logrado. Vio cómo se acercaban los demás civiles montados, con todas las miradas fijas en Rinon.

—Doscientos cuarenta y dos excombatientes, todos silvanos, a vuestra disposición, general.

Esto era lo que Rinon había venido a buscar. El alivio lo inundó de forma tan repentina que Jarabon seguramente lo advirtió. Pero si lo hizo, fue lo bastante cortés como para guardar silencio.

—Todos lucharemos de nuevo, por la memoria de Or'Talán, por su nieto Fel'annár, nuestro Adalid... nuestro *príncipe*.

Y ahí estaba otra vez. La reivindicación de la realeza que aquel guerrero parecía empeñado en que comprendiera. Hablaría con su padre sobre ello, preguntándose si era una idea que se estaba extendiendo tan rápido como las noticias de las hazañas de Fel'annár en el norte.

~

Sontúr y Maeneth habían almorzado en los aposentos de Llyniel, en parte porque ambos sabían que, si hubiera sido por la testaruda esposa del señor de la guerra, se habría metido un trozo de pan y queso en la boca y habría terminado para poder regresar a las Salas de Curación. Estaban ocupados y Kristain, su segundo al mando, aún no había terminado el turno.

Desde que llegaron noticias de la victoria en el norte, Llyniel había salido del silencio entumecido en el que se había envuelto. Le dijo a Maeneth que había necesitado el silencio para poder sentirlo, para permanecer alerta a las señales de que Fel'annár seguía vivo. Ahora que sabían que regresaría, aquel capullo protector se había

desvanecido y, en su lugar, contenía emoción y trabajo, tanto como podía permitirse antes de que Maeneth, Sontúr, Handir o Amareth le ordenaran detenerse y descansar.

Con la amenaza de los Desviados acechando, el inminente regreso de Rinon del mar y las tropas ya de camino a casa desde el norte, el proyecto de Maeneth para transformar los edificios de piedra de la ciudad tendría que esperar. En su lugar, había solicitado ser reincorporada por el ejército, algo que había confirmado con su padre y con Turion el día anterior. Con sus conocimientos de agricultura y su formación científica, encontraría la manera de ser útil en los tiempos difíciles que se avecinaban.

Se preguntaba cómo habría reaccionado Sontúr a esa noticia que le había ocultado burlonamente. Turion seguramente le habría contado la decisión durante la reunión de esa mañana. Sonrió, y luego soltó una risita ante la idea de Sontúr quedándose boquiabierto frente al comandante general en funciones. Como era de esperar, él no había dicho nada durante el almuerzo, solo que la acompañaría al Gremio Académico siguiendo las instrucciones de Turion.

Terminado el almuerzo, Sontúr y Maeneth se dirigieron al gremio. Mientras caminaban, el príncipe le explicó las órdenes de Turion.

—¿Entonces no te permitirá volver al servicio activo?

—No, no hasta que Fel'annár esté de regreso. Supongo que es lo mejor. A Llyniel no le entusiasmó la idea, aunque no me lo prohibió categóricamente.

—Historia militar y el nuevo tratado de Fel'annár, entonces. Puedo ayudarte con algo de eso.

—No tengo quejas —dijo Sontúr con voz arrastrada y una sonrisa pícara mientras se volvía hacia ella. Ella le devolvió la sonrisa y luego levantó la vista hacia el imponente edificio que albergaba al Gremio Académico. Había pasado muchos días allí en su juventud, estudiando botánica y luego química, leyendo e indagando, investigando con líquidos y viales, minerales y gases.

Era un edificio oscuro, de piedra caliza y pizarra, y aunque solo tenía tres plantas, los techos eran inusualmente altos, lo que hacía que aquella construcción fuera casi tan alta como el propio palacio

fortaleza. No pudo evitar fijarse en el tejado casi plano, el potencial para el cultivo hidropónico.

Por el rabillo del ojo, pudo ver a Sontúr admirando las estatuas que se anidaban entre las esquinas superiores del edificio. Señaló la de la izquierda y habló sin apartar los ojos de la exquisita escultura.

—¿Eso es un azor?

—Sí. En la cultura araria, se dice que son aves de gran inteligencia y velocidad. Si te fijas bien, verás un pájaro más pequeño posado en el ala derecha. Los reyezuelos son los portadores de la filosofía y el aprendizaje.

Sontúr asintió, apartó la mirada del azor y del reyezuelo casi invisible, y la vista derivó hacia la estatua de la esquina opuesta.

Era un Saltarisco Arcoíris, ¿o era un pelícano? Maeneth nunca había podido decidirse y, por lo que parecía, Sontúr tampoco.

Entraron al interior, a la brillante luz de las velas, pues había poca luz natural en aquel lugar. Los académicos decían que era para proteger los libros y artefactos que databan de muchos siglos atrás.

Se detuvieron en medio del vestíbulo y Maeneth recorrió la sala con la mirada, subiendo por las paredes llenas de libros y por los elfos que colgaban de pesadas escaleras. Aquello le trajo gratos recuerdos de juventud y descubrimiento.

—Princesa Maeneth.

Ella se dio la vuelta y se tomó un momento para escrutar el severo rostro que tenía ante sí, esa expresión neutra que rara vez había sido capaz de leer.

—Maestra del Gremio Lerita.

Sorprendentemente, la mujer sonrió, aunque fuera apenas.

—Bienvenida de nuevo, *pequeña alquimista*.

Maeneth sonrió ante el nombre que Lerita le había puesto cuando aún era una niña. Había estado aprendiendo sobre fuentes de combustible, había provocado una deflagración y se había chamuscado las cejas.

—Príncipe Sontúr, bienvenido a mi gremio.

—Señora.

Lerita los guió escaleras arriba, por un largo pasillo y luego a una habitación sin ventanas. Había botellas y cajas, viales y tubos,

cuencos y varillas y todo tipo de equipo. Sontúr sonrió, se volvió hacia Maeneth y observó cómo pasaba una mano por la larga mesa de trabajo, con la mirada fija en nada en particular.

Caminó hasta el extremo opuesto y abrió una puerta que se encontraba entre dos estanterías. Sontúr estiró el cuello, vislumbró una cama y arqueó una ceja.

—He pasado muchas noches en estos aposentos, demasiado cansada para volver al palacio después de un largo día de estudio y experimentación, o simplemente esperando a que ocurriera alguna reacción.

El príncipe sacudió la cabeza con diversión.

—Eres una investigadora de lo más dedicada.

—Sin duda lo es —respondió Lerita antes de volverse hacia Maeneth—. Esta habitación es tuya una vez más, princesa. Toma la llave, ciérrala cuando estés fuera y siempre que sea necesario.

Maeneth la cogió y sonrió a la mujer que tanto le había enseñado sobre la ciencia y, sin embargo, nada sobre sí misma.

—Gracias, Lerita.

La maestra del gremio hizo una reverencia y pronto Sontúr y Maeneth estuvieron solos, de pie en una habitación llena de gratos recuerdos.

—Aquí es donde comenzó mi amor por la ciencia, donde se encendió mi pasión. —Maeneth sintió el hombro de Sontúr rozar el suyo mientras él se movía para quedar frente a ella—. Tengo que reorganizar un poco. Alguien ha estado aquí y ha cambiado cosas. —Maeneth se dirigió a la puerta, la cerró con llave y volvió junto a Sontúr—. No queremos que ningún académico entrometido ande metiendo las narices aquí.

—Hablas como si esperaras que lo hicieran.

Ella se rió entre dientes.

—Oh, sí. Verás, siempre he hecho las cosas a mi manera, siempre y cuando pudiera justificar mis actos con la razón, al contrario que muchos que hacen las cosas porque es «como se hacen». Solían quejarse de mis métodos, me llamaban consentida o favorecida. Tenía pocos amigos aquí, salvo Lerita y un puñado de otros científicos afines. Ahora, la mayoría parece haberlo olvidado;

me tratan con respeto y esperan que pueda favorecerles de alguna manera si les pido un favor.

—La memoria es selectiva.

—Hm. —Maeneth levantó parte del equipo y entornó los ojos ante los tarros y viales de una gran mesa en el centro de la sala. Murmuró algo sobre la limpieza y Sontúr no pudo contener la carcajada que se le escapó. Le encantaba cuando Maeneth se despojaba del manto real y se convertía en ella misma: Maeneth la científica apasionada, la amiga traviesa, la investigadora decidida. Era una faceta de ella que ocultaba la mayor parte del tiempo, salvo a aquellos en quienes confiaba incondicionalmente. Rinon, Handir, Llyniel y él mismo.

Ella no era muy distinta de Sontúr. Él también tenía numerosos papeles públicos, un rostro para cada uno de ellos. Hasta que conoció a La Compañía, había tenido pocos amigos en los que pudiera confiar lo suficiente como para mostrarles su verdadera naturaleza. Como hijos de la realeza, los demás a menudo habían buscado su amistad con la esperanza de obtener un beneficio personal. Eso les había enseñado a ser cautelosos, a guardar bien los corazones.

—Supongo que necesitaremos más espacio aquí para… —chilló cuando Sontúr la levantó por la cintura, le dio una vuelta y luego la sentó en el borde de la mesa de trabajo.

Maeneth se rió con incredulidad, incluso mientras recobraba el aliento y se agarraba a los brazos de él para mantener el equilibrio.

—¿Y a qué ha venido *eso*?

—Venganza por no haberme dicho que ya habías hablado con Turion ayer. Me sentí como un idiota intentando demostrarle al comandante general que ya lo sabía. Por su forma de sonreír, supe que había fracasado.

Maeneth resopló.

—¿De verdad lo hiciste? —Soltó una risita con los ojos brillantes y luego gritó cuando Sontúr la levantó de la mesa y la hizo girar mientras se dirigía hacia la puerta del dormitorio.

Ella le rodeó con ambas piernas para evitar que volviera a darle vueltas, sorprendiéndole de tal modo que perdió el equilibrio y se

tambaleó por la habitación. Cayeron sobre la cama en una maraña de brazos y piernas. Un golpe sordo y un largo y prolongado *ay*.

Sontúr abrió los ojos y se encontró a Maeneth sentada encima de él, sonriéndole, con el pelo alborotado. Nunca la había visto tan hermosa. Se le encogió el corazón y, alargando la mano, le acarició la mejilla con el pulgar; sintió que ella se apoyaba en él.

Ella se bajó de encima de él, se tumbó de espaldas a su lado en la cama y se quedó mirando el techo.

—Supongo que deberíamos ponernos a trabajar.

—No pareces muy convencida —murmuró Sontúr. Se puso de lado, apoyando la cabeza en una mano. Maeneth se volvió hacia él.

—No, deberíamos, pero más tarde… mucho más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Y qué propones que hagamos mientras tanto?

Sontúr puso un dedo bajo la barbilla de ella, notó los destellos de azul más oscuro en los ojos, el brillo de curiosidad en ellos. Vio la chispa de inteligencia, el afán de conocimiento. Se vio a sí mismo en el pasado, con esa misma expresión, y de pronto vio el futuro, a su lado.

Se inclinó, besó los labios de ella y cerró los ojos brillantes mientras la certeza envolvía el corazón y encapsulaba el alma inmortal. Aquel nuevo conocimiento le había llegado de pronto, como si chocara contra un árbol invisible. Le había dejado aturdido, desconcertado y, sin embargo, nada confundido. De hecho, nunca había estado más convencido de nada en su vida.

—Te quiero, Maeneth —susurró, cuando los labios se separaron para tomar aire; las sinceras palabras se escaparon de la boca antes de que pudiera detenerlas. No le importaba que fuera demasiado pronto, demasiado rápido.

No tenía por qué haberse preocupado. Con los ojos brillantes, rebosantes, y con una voz cargada de emoción, ella le dio la respuesta que tanto anhelaba.

—Yo también te quiero, Sontúr.

Él jadeó, casi rió, y se contuvo. Quiso hablar pero no pudo, así que volvió a besarla, sintiendo cómo la pasión aumentaba y el calor de ella se apretaba contra él.

Las manos y los labios se movían por voluntad propia, mucho más rápido que las mentes razonadoras. No se detuvieron hasta quedar entrelazados, desnudos y sin aliento.

—Debería hablar con mi padre…

Maeneth le tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza.

—La política trajo la ruina a mi padre, a la madre de Fel'annár. La política no tiene nada que ver con lo que compartimos nosotros. Este momento es para nosotros, sea lo que sea lo que depare el futuro, dicte lo que dicte el decoro. Corren tiempos inciertos y, aunque la guerra en el norte se ha ganado, aquí todavía estamos luchando contra los Desviados. Podrías partir en cualquier momento, podrías perder la vida en un abrir y cerrar de ojos. No quiero esperar, Sontúr. Te necesito ahora y siempre te necesitaré. Ya arreglaremos los detalles más tarde… juntos.

Sontúr pensó en la madre, en cómo se había arrojado por la ladera de una montaña para salvar a los guerreros. El padre siempre la lloraría, hasta que pasara al Segundo Mundo. Sabía que Maeneth tenía razón. El amor, cuando se encuentra, cuando toca el alma, debe saborearse, apreciarse, protegerse, incluso con la vida.

—Juntos, siempre.

Durante el resto de la tarde, la puerta de Maeneth en el Gremio Académico permaneció cerrada con llave. Tras ella, el amor de un príncipe y una princesa quedó sellado, forjado en la carne, marcado en almas eternas. Fuera lo que fuese lo que el futuro les deparara, estaban destinados a afrontarlo.

Juntos.

CAPÍTULO 4

La Vieja Bruja

Cincuenta balsas navegaban por el río Calro. Al timón de la primera embarcación, Bulan las guiaba por la parte más profunda del cauce. A su lado, Ramien observaba y aprendía.

Cada navío constaba de dos hileras de cinco remeros. Detrás de ellos había una amplia caseta de cubierta que se cubriría por la noche para proteger a los guerreros de la humedad y de los incesantes ataques de los mosquitos.

Fel'annár se apostó en la proa, con la mirada perdida en el horizonte y los sentidos proyectados hacia el exterior, atento a cualquier señal, a una razón que explicara por qué se sentía de aquella manera.

La Compañía solo le había permitido remar durante un breve periodo. El descanso era una bendición para el cuerpo, pero la mente trabajaba a destajo, escuchando y analizando después el significado de aquel mensaje confuso. Eran momentos como esos en los que sabía que era vulnerable como guerrero. Con media mente en otra parte, solo podía dar gracias por La Compañía, por su silenciosa comprensión y su presencia inquebrantable a sus espaldas.

Fel'annár apartó la vista del cielo, que se oscurecía lentamente, y miró por encima del hombro.

Pronto llegaría la hora de atracar.

Los guerreros seguían cansados. Habían tenido poco tiempo para el descanso y la recuperación tras la guerra, y se preguntaban por qué el señor de la guerra no había esperado a que se construyeran más balsas para que todos regresaran juntos. Tendría sus motivos, decían. La implementación de su nuevo ejército se había visto interrumpida por la invasión. Seguramente querría seguir poblando el Círculo Interior, cimentando las nuevas divisiones y reforzando las defensas de la ciudad. Ya habría tiempo de sobra para descansar y celebrar, suponían.

Solo La Compañía, Bulan, Gor'sadén y Hobin sabían por qué se habían marchado antes de lo previsto. No servía de nada inquietar a los guerreros tan pronto después de la batalla. De nada servía decirles que se habían ido por un pálpito.

Fel'annár se volvió hacia los bosques que pasaban a su lado. A su izquierda, el Bosque Profundo de Ea Uaré. A su derecha, el prohibido Bosque Perenne.

Oyó risas procedentes de una balsa lejana, se volvió y observó a algún guerrero bromeando mientras los demás aplaudían y sonreían. Apartó la mirada y, de pronto, se sobresaltó.

El enemigo en el norte.

El norte era un bosque xérico que daba paso a las arenas. ¿Por qué, entonces, podía oler el mar?

Sacudió la cabeza, parpadeó; sabía que los demás le observaban mientras remaban.

Se puso en pie, levantó una mano hacia las balsas que venían detrás y señaló hacia la orilla. Una hora más tarde, Fel'annár observaba cómo sus guerreros montaban el campamento a lo largo de la orilla del río. Miró hacia el cielo, ahora de un azul marino profundo, donde la media luna desdibujaba las estrellas más tenues al reflejarse en las aguas tranquilas con destellos plateados por doquier. No ignoraba la belleza de aquella tarde extraña y cautivadora, pero el júbilo que le producía se veía empañado, pues se sentía como el principio del fin; una transición, una senda que conducía a un camino más ancho, con su destino asomando justo tras el horizonte.

No estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

Estaba inquieto, necesitaba adentrarse en el bosque para pensar, escapar del ruido del campamento. Pero si creía que podría marcharse simplemente en busca de la soledad, estaba muy equivocado.

—¿A dónde crees que vas?

Fel'annár se volvió hacia Gor'sadén. Tras él estaba La Compañía. Le temblaron los labios.

—Voy ahí dentro —señaló el bosque con la cabeza—. A cualquier sitio que sea tranquilo. Necesito escuchar.

—Entonces nosotros también iremos. —La voz de Tensári sonó detrás de él. Se dio la vuelta con brusquedad y se arrepintió cuando un dolor punzante le subió por la pierna. Se le pasó el humor, se encogió de hombros, hizo una señal a Bulan y caminó bosque adentro mientras buscaba a Las Hermanas; su conexión era fuerte.

¿Qué va mal?

No lo sabemos.

Fel'annár respiró profundamente, olió el bosque, húmedo y terroso; el regusto salino que había notado por primera vez en Abiren'á había desaparecido, por fortuna.

—Deberíamos montar nuestro propio campamento en algún sitio —dijo Galdith—. Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre, como si tuvieras las piernas huecas o algo así —dijo Ramien.

—Habló *el indicado*. Tú podrías comerte un jabalí entero en salsa *con* guisantes. Además, mejor tener las piernas huecas que la *cabeza* hueca.

Ramien resopló y Carodel dio una palmada victoriosa. Pero Gor'sadén frunció el ceño, se volvió hacia Idernon y negó con la cabeza. El guerrero sabio frunció el entrecejo y les hizo un gesto para que bajaran la voz.

Ruego que

El calor se acumuló en los ojos de Fel'annár, la sangre le corría más rápido por las venas, martilleándole las sienes.

El enemigo en el norte

Escuchaba con tal intensidad que le invadió una oleada de mareo y la vista se le nubló por un momento. Titubeó y sintió una mano bajo el codo.

—¿Qué ocurre?

—El… mensaje —respondió él, parpadeando para despejar la vista mientras el mundo recuperaba el enfoque—. No consigo captarlo del todo. Llega en palabras sueltas que no tienen sentido. —Un estallido de risas estrepitosas de los guerreros junto al río hizo que Fel'annár cerrara los ojos con frustración.

Ramien habló en voz baja, como si estuviera conspirando.

—Podríamos subir hasta la Vieja Bruja. Es un sitio tranquilo.

—¿La Vieja Bruja? —preguntó Gor'sadén.

—Es un afloramiento rocoso, un punto elevado desde el que se divisa Lan Taria a lo lejos —explicó Idernon—. Al subir por la roca, se recorta en el cielo el perfil de una vieja bruja, de ahí el nombre. Hay una mina allí. Es principalmente…

—Muy bien, capto la idea, Idernon —dijo Gor'sadén, levantando una mano hacia el guerrero sabio. Galdith sonrió mientras Idernon ponía mala cara.

—No vamos a entrar *en* esa mina, ¿verdad? —preguntó Carodel, reprimiendo un escalofrío. Galdith sonrió de medio lado.

—¿Tienes miedo?

—Soy un *guerrero*, Galdith.

—Pues *sí* tienes miedo.

Carodel torció el gesto, pero no fue capaz de sostener la mirada de su amigo.

—No tengo intención de entrar, Carodel. No puedo escuchar en las cuevas. —La voz de Fel'annár era suave, como si no estuviera presente del todo, lo cual no sorprendió a nadie. Llevaba días luchando con aquel extraño mensaje nuevo y seguía sin estar más cerca de comprender qué significaba o quién lo había enviado. La situación le llevaba a la desesperación.

El terreno iba ascendiendo, pero aun así, los árboles se alzaban majestuosos sobre ellos. El mantillo dio paso a la roca mientras la mente de Fel'annár se concentraba una vez más en el mensaje medio resuelto.

Aquí había menos árboles y el aire era más fresco a medida que el paisaje empezaba a abrirse a su alrededor. Abiren'á quedaba oculta a la vista, pero pronto el río Calro brilló bajo la media luna, y siguieron su curso serpenteante hacia donde sabían que se alzaba Lan Taria. Un poco más adelante estaba Ea Nanú, la tierra de los árboles gigantes.

Peligro

Ya sabía que aquel mensaje auguraba algo terrible. Por eso había dado la orden de abandonar Abiren'á antes de tiempo. Algo estaba ocurriendo, alguna amenaza que necesitaba comprender.

Al coronar el afloramiento, la vista se abrió ante ellos y contemplaron la majestuosidad de Ea Uaré, iluminada solo por la tímida luz de la luna. La mente de Fel'annár se quedó en blanco y, por un instante, lo único que pudo sentir fue la tierra donde nació, respirando y latiendo bajo sus pies, a su alrededor.

—¿Te acuerdas? —preguntó Idernon en voz baja.

Y así era, en efecto. Aquel había sido el lugar perfecto para unos jóvenes aventureros, su primer campo de batalla donde habían peleado con palos y piedras, subidos a cajas que eran poderosos corceles, con cañas de pescar por arcos y juncos de río como flechas mortíferas disparadas con una precisión inconcebible.

La Vieja Bruja había estado demasiado lejos para que vagaran solos, pero Amareth había permitido que los padres de Idernon llevaran a los tres chicos de campamento. Casi siempre venían aquí, pues era lo máximo que ella les había dejado alejarse jamás.

Fel'annár se apartó de la conmovedora vista de su patria para mirar hacia la boca de la cueva que había detrás. El padre de Idernon les había dejado jugar a su sombra, pero no les permitía pasar de las primeras rocas que yacían esparcidas por la entrada. Era más que suficiente para los tres niños, porque desde allí se veía el interior. Para ellos no era una mina de minerales en declive, sino un mundo mítico de madera y metal. A veces era Calrazia, otras la Pradera o Tar'eastór, pero siempre luchaban por lo más sagrado, peleando junto a los mejores guerreros. Miró a Carodel, le vio el blanco de los ojos y sonrió.

—Acamparemos bajo las estrellas, ¿os parece bien?

—Sí, buena idea —dijo el guerrero bardo mientras empezaba a buscar leña. Galdith se rio entre dientes mientras iba a ayudarle, y Fel'annár se dejó caer sobre una roca. Tensári se sentó a un lado y Gor'sadén al otro, y por un momento, este último se limitó a estudiar el perfil de su hijo.

—Es un lugar hermoso.

Fel'annár sonrió con ternura pero no apartó la vista de Lan Taria.

Ruego… el enemigo en el norte… peligro.

Tensári se calentaba las manos ante el fuego creciente, con los ojos de un azul brillante clavados sin ver en la tímida llama, y Gor'sadén se volvió hacia ella, fascinado por el ligero centelleo de sus ojos Ari. Le recordó a su sueño, a la luz azul que le había envuelto, a las palabras de Pan'assár en su sueño que ahora comprendía. Su amigo había sido Ber'ator, igual que Or'Talán había sido Ber'anor.

La mano derecha de Fel'annár acarició el suelo a su lado y los dedos rozaron una textura desconocida. Al bajar la vista, distinguió una pequeña planta que no reconoció.

El tallo era largo y larguirucho, demasiado grácil para el peso del capullo. Se preguntó qué clase de flor surgiría de aquel pesado botón. Retiró la mano, se frotó los dedos y notó en ellos una especie de polvillo. Se los frotó en los calzones y volvió a acomodarse.

Idernon la examinaba con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada; seguramente andaba perdido en su océano personal de conocimientos, buscando un nombre o alguna planta similar con la que pudiera estar emparentada.

Galdith rebuscó en la mochila, sacó su ración de carne seca, mientras Carodel abría sus propias existencias de fruta y frutos secos. No era mucho. De haberse quedado con los demás, habrían tenido pescado fresco hecho al fuego. Con suerte, Bulan les habría guardado una ración para más tarde.

Se acomodaron en círculo, mientras el fuego ardía con más fuerza y compartían la comida en silencio. Al desvanecerse la nostalgia, la mente de Fel'annár buscaba una vez más el origen del mensaje. ¿Quién había pronunciado aquellas palabras? Seguramente

solo un Oyente sería capaz de algo así, pero estaba seguro de que no había sido Yerái.

—Toma. Come —instó Carodel, poniendo un trozo de carne seca en las manos de Fel'annár. Lo cogió distraídamente; ni siquiera miró al guerrero bardo mientras empezaba a masticarlo lentamente.

Rezo… el enemigo en el norte. Peligro.

La mente se le detuvo bruscamente, casi olvidando que estaba masticando. Algo había cambiado. Tragó lentamente y luego dejó el resto de la carne a un lado, pero la mano se detuvo antes de tocar el suelo. Un sonido crecía en la mente, un lejano torrente de agua y luego el rugido de las olas rompiendo contra la piedra.

No lo entendía. Aquella voz, los sonidos que invadían los pensamientos de Fel'annár estaban lejos, tan distantes que no podía estar seguro de haber oído bien. Y no había mar en el norte, solo desierto.

Estés donde estés.

Agujas gélidas le ardían en la piel, sentía los ojos calientes y secos. El mensaje estaba emergiendo.

Rezo… el enemigo en el norte. Peligro. Estés donde estés.

El norte… ¿entonces por qué podía oler el mar? ¿Por qué podía oír el siseo del agua espumosa sobre los guijarros y las rocas? ¿Sentir el sabor de la sal en la lengua?

Una puntada de ansiedad le atravesó el estómago; la piel le hormigueaba con incomodidad. Fel'annár se incorporó, haciendo una mueca ante el tirón de los músculos de la espalda magullada. Forzó la mente hacia el norte, estuvo allí en un instante, sintió a Las Hermanas, su silencio tenso. Luego dirigió los pensamientos hacia el sur, esforzándose por empujar más allá de la ciudad, tras la cual el mundo se aquietaba. Fel'annár miró de reojo a Ramien, vislumbrando el Saltarísco Arcoíris tallado en el cabello.

—Fel'annár. ¿Qué está pasando?

Giró la cabeza más hacia la izquierda, alejándose de Idernon, de la distracción. Con un gruñido de frustración, se puso de pie con dificultad y se alejó cojeando. Intentó captar las palabras dispersas, pero no eran más que ecos distantes, con una luz verde reflejándose en la roca bajo los pies.

Fel'annár sacudió la cabeza, mirándose los pies. Allí, cerca de la entrada de la cueva, había un matorral de enredaderas. Frunció el ceño, se agachó y ladeó la cabeza. Las hojas eran grandes, de un color verde intenso que hablaba de sombra y humedad. Grandes flores rojas estaban abiertas, a pesar de que era de noche. ¿Era esta la misma planta que el pequeño brote que había encontrado hacía solo unos momentos en el campamento? Alargó la mano, frotando una hoja entre el pulgar y el índice. Ahí estaba: esa misma textura polvorienta. Le preguntaría a Idernon qué eran en cuanto regresara junto al fuego.

Lanzó un suspiro largo y pesado y se puso en pie.

Agua fluyendo sobre la piedra, luces extrañas en el cielo nocturno, como el aliento abrasador de un dragón.

Escúchalos, óyeme…

Volvió a sacudir la cabeza, como si algún insecto se le hubiera metido en el oído. Podía sentir la presión del agua contra la orilla, contra la tierra en la que habitaban las raíces del bosque.

Peligro.

Ramien abrió la boca para hablar, pero la mano de Idernon en el antebrazo lo detuvo. Observaron a Fel'annár donde estaba frente a la boca de la cueva, con los ojos brillando con tal intensidad que podían verlo desde donde estaban sentados.

Trae a nuestros guerreros de vuelta a casa.

Un dolor agudo en la rodilla llevó la mente de Fel'annár de vuelta al momento en que había matado al Nim'uán sobre las arenas de Calrazia. Recordó estar frente a él, con la lanza de Zéndar atravesando al enemigo de parte a parte. Vio sus últimos alientos, lentos y superficiales; recordó las palabras que habían compartido.

Has perdido.

¿Ah, sí?

La carne de Fel'annár se volvió de hielo, sentía agujas clavándosele en la piel, mientras la mente luchaba por encontrar el factor común, la clave.

Estés donde estés, rezo.

Escúchalos, óyeme.

Trae a nuestros guerreros de vuelta a casa.

Era una advertencia. Había hecho bien en marcharse cuando lo hicieron. Pero ¿cuál era el peligro?

Silencio, salvo por el sonido de la armadura de cuero de Tensári mientras se ponía lentamente de pie y caminaba hacia Fel'annár, aparentemente incómoda con la distancia que la separaba de su Ber'anor. Los demás la siguieron, despacio para no sobresaltarlo.

Trae a nuestros guerreros de vuelta a casa, hacia el enemigo en el sur.

La mente de Fel'annár estaba de nuevo en las arenas, viendo morir al Nim'uán bajo el sol del desierto.

Has perdido.

¿Ah, sí?

Y luego estaba sentado en los bosques de Tar'eastór, escuchando a Idernon mientras traducía los grabados en la hoja del Nim'uán.

Ab, en, or, di: uno, dos, tres, cuatro.

Cuatro príncipes.

Vio a un Nim'uán, ensartado en una rama en las laderas de Tar'eastór. Vio a otro, con la sangre brotando del cuello, con Pan'assár colgando de la espada. Finalmente, su último enemigo, doblado hacia atrás, con Harvest atravesándole el pecho.

Conmoción. Desesperación. Pavor. Los ojos verdes relampaguearon, y La Compañía retrocedió instintivamente.

Cuatro príncipes. Idernon había hablado de cuatro… había otro Nim'uán, y venía del mar.

—Dioses benditos… —se dio la vuelta bruscamente, abriendo la boca para hablar.

Peligro.

Un sonido de latigazo, el tirón de algo fuerte alrededor de las piernas. Miró hacia abajo con asombro, viendo enredaderas verdes retorciéndose alrededor de las botas, la cintura, deslizándose por el cuello.

Intentó gritar, pero todo lo que consiguió fue un chillido ahogado mientras era arrastrado hacia el interior de la cueva.

—¡¡No!! —Tensári se lanzó hacia delante, forcejeó con la capa de Fel'annár, pero la tela se le resbaló de las manos y una gran bola de vides y hojas se estrelló contra ella, lanzándola hacia atrás.

—¡Fel'annár! —la voz de Idernon resonó mientras La Compañía cargaba hacia el interior, con las espadas centelleando mientras tajaban y cortaban el muro de vegetación serpenteante que los separaba del señor de la guerra.

Mientras Fel'annár era arrastrado por el suelo, miró hacia la boca de la cueva; vio a La Compañía al otro lado de la enredadera que se había aferrado a él, aparecida de la nada.

El suelo bajo él desapareció y se vio cayendo a la oscuridad, volando a ciegas. Se preparó para el impacto que, a buen seguro, le rompería la espalda.

La caída pareció eterna, pero el impacto rompehuesos que esperaba nunca llegó. En su lugar, las enredaderas se tensaron a su alrededor, amortiguando la caída de Fel'annár, y se encontró de rodillas en la oscuridad, con las vides deslizándose como serpientes ante una llama, solo que allí no *había* luz alguna.

El recuerdo de Abiren'á lo sobresaltó.

Se quedó sentado en la oscuridad absoluta, con los cortes y moretones escociéndole en la espalda y en las palmas de las manos. Cerró los ojos, preguntándose si podría obligarlos a brillar. Parpadeó y los abrió; una tenue bruma verde, apenas suficiente para ver lo que tenía justo delante. Aquí abajo estaba aislado de la luz de las estrellas y de la luna, de los árboles, la fuente de su don.

Exploró la oscuridad, mientras el pánico empezaba a apoderarse de él. Se había caído en algún agujero, ¿pero por qué las enredaderas habían frenado la caída? No eran amigas suyas, ni del bosque. Su ayuda no había sido intencionada, ¿verdad?

El eco de un aliento. Giró la cabeza bruscamente hacia el sonido, pero no pudo ver nada, solo la brumosa luz verde ante él.

Un chasquido, algo húmedo, acercándose. Se puso en cuclillas, con ambas espadas en las manos; el sonido de la propia respiración agitada le resultaba excesivamente fuerte.

No estaba solo.

Un quejido, un gemido lastimero de alguna criatura afligida. Contuvo la respiración, concentrándose en el sonido, su dirección, su proximidad. Estaba aquí, demasiado cerca. El aire a su alrededor se tornó más cálido de pronto.

Ya había estado ciego una vez, y los árboles le habían prestado la vista. Cerró los ojos, recordando las líneas de colores que una vez le salvaron la vida. Pero esta vez no había color, ni luces que revelaran lo que lo acechaba. Estaba encerrado en la roca, sordo a la voz del mundo.

Algo le rozó la oreja y se dio la vuelta, abrió los ojos brillantes y se encontró cara a cara con una cabeza calva, un rostro pálido y unos ojos rojos y abiertos que lo miraban fijamente. Unos labios púrpuras se entreabrieron lentamente, revelando dientes amarillos y mellados, vagamente familiares. Se quedó mirando, demasiado conmocionado para moverse, observando con horror cómo las pequeñas fosas nasales se movían olfateando el aire.

Una mano ganchuda salió disparada hacia él.

Se zafó con un giro y se puso en pie de un salto, pero no podía *ver*. Se dio la vuelta, haciendo molinetes con las hojas a su alrededor.

Más lloriqueos y gemidos… había más de ellos, rodeándolo, acercándose.

Mantén la calma. Mantén la calma.

Lanzó un grito ante un dolor agudo en la corva, tanteó con una mano y sintió sangre en las calzas. Algo le había mordido.

Respirando demasiado rápido, demasiado fuerte, giró sobre sí mismo; oyó a las criaturas a su alrededor, ahora más cerca, los gemidos y lloriqueos como gritos desesperados, alguna súplica cruda por algo que Fel'annár seguía sin comprender.

Las hojas trazaron arcos en el aire a su alrededor; la espada larga encontró carne. Un chillido se convirtió en un rugido, y Fel'annár salió volando por los aires, muy por encima del suelo. La espalda golpeó contra una pared de roca, la cabeza impactó contra la piedra y las hojas se le cayeron de las manos con un estrépito. Cayó como un cuerpo inerte sobre el suelo implacable, luchó por

respirar, gimió de agonía y tanteó la roca a su alrededor en busca de las armas.

La mano derecha empezó a entumecerse y la flexionó con ansiedad. Debía de habérsela lastimado cuando fue lanzado contra el muro. La izquierda aún se movía y buscaba, pero lo único que encontró fueron más enredaderas. Se enroscaron con saña alrededor de las muñecas, de los tobillos, y lo arrastraron por el suelo, alejándolo de la pared hasta que quedó inmovilizado, con las extremidades extendidas e indefenso, expuesto por todos los flancos.

Oyó a las criaturas antes de verlas, sintió otro mordisco en la mano. La miró y vio un gusano, ¿o era una serpiente? Ondulaba mientras bebía… bebía la *sangre* de Fel'annár.

El horror lo invadió y gritó, pateó, pero no sirvió de nada, pues la enredadera no había hecho más que reforzar el agarre. Rostros pálidos aparecieron a la vista, dándose empujones por hacerse un sitio a su alrededor, con los ojos relucientes fijos en el gusano, observándolo alimentarse.

El dolor estalló en las extremidades y en el torso, y se le escapó un grito ahogado. Podía sentir más crías trepando por él, serpenteando bajo la armadura de cuero, mordiéndole, dándose un festín con la sangre fresca del prisionero inmovilizado.

Empezaba a sentirse mareado, sabía que estaba perdiendo demasiada sangre por culpa de las crías que se alimentaban vorazmente y que lo cubrían como una manta viva y ondulante. Tenía ganas de vomitar y cada vez le costaba más pensar con claridad. Estaba perdiendo la sensibilidad en el cuerpo.

Una criatura alargó la mano, limpió la sangre de la boca de una cría y se chupó la garra. La agonía y la desesperación que había percibido en ellos antes se veían sustituidas ahora por el triunfo, la determinación y la satisfacción.

Fel'annár observó cómo la criatura colocaba con cuidado a la cría gorda de sangre sobre el hombro, acariciando con la garra su carnosa longitud; un gesto posesivo. La piel alrededor del cuello se desplegó, como la de una serpiente mientras la cabeza se retorcía de un lado a otro.

Se le revolvió el estómago y la comprensión lo golpeó de lleno. No era un gusano, sino una *serpiente*. Eran Segadores, crías de Segador con serpientes recién salidas del huevo, y la enredadera era quizás una especie nativa del norte. Se trataba de una cueva de cría, un pedacito de Calrazia en el corazón del Bosque Profundo, y sus ocupantes estaban a punto de darse un festín con la presa capturada viva.

Era su peor pesadilla. Debía actuar ahora mismo, porque pronto sería demasiado tarde.

La mente confundida recordó de pronto que no estaba solo. La Compañía estaría registrando la cueva frenéticamente en su busca. Abrió la boca para gritar, pero una mano huesuda se cerró con fuerza sobre la boca y la barbilla, ahogando el clamor. Otra garra se hundió en el pelo, tirando de la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello a los rostros pálidos que se congregaban alrededor.

Una uña afilada le perforó la piel bajo la mandíbula, provocando ruidos de castañeteo entre los que observaban con una anticipación insoportable.

Fel'annár cerró los ojos.

Sabía lo que venía a continuación.

Gor'sadén y Tensári batallaban con el muro de enredaderas que bloqueaba la entrada a la mina.

Idernon había corrido hacia su hoguera y había improvisado una antorcha, porque sin luz jamás encontrarían a Fel'annár.

Cuando regresó, se encontró con que los ojos de Tensári ardían casi con tanta intensidad como la antorcha que llevaba en la mano.

Fel'annár estaba en peligro de muerte.

El blanco de los ojos de Carodel contrastaba fuertemente con la penumbra circundante mientras la espada de Idernon lanzaba tajos laterales y la hoja de Galdith cortaba hacia arriba. Ramien rugió mientras golpeaba la enredadera con el hacha en una mano, al tiempo que tiraba y arrancaba la vegetación con la otra.

Idernon observó las enredaderas que se retorcían, siguiéndolas con la mirada hacia un rincón lejano. Las raíces seguramente estarían allí. Colocó la antorcha en un candelero de pared vacío, sujetó la espada con ambas manos y dio un salto en carrera sobre los tentáculos. Girándose, apuñaló hacia abajo, justo en el centro del cepellón de raíces. Un sonido de mil insectos chillando y chasqueando resonó en las paredes de piedra alrededor de la galería, pero aun así, La Compañía y Gor'sadén siguieron luchando.

Idernon arrojó la espada al suelo y luego tiró de la planta con todas sus fuerzas. Los chillidos se intensificaron y las enredaderas se agitaron por todas partes. Una de ellas trepó por el pecho de Idernon, se enroscó en el cuello y empezó a apretar. No podía respirar; tiró con más fuerza, oyendo a Ramien gritar su nombre.

Puntos negros revoloteaban ante él y el pánico afloró a la superficie. Un crujido fue su único aviso antes de caer hacia atrás y estrellarse contra el suelo de la mina, con un montón de tierra y raíces blancas sobre el pecho. La enredadera se aflojó y aspiró aire desesperadamente, se puso a cuatro patas y tosió la tierra que tenía en la boca.

Ramien corrió hacia él, le tendió la mano y lo puso en pie. Idernon se sacudió la ropa y luego corrió a por la antorcha, jadeante y aliviado.

—Toma, mira a ver si estas antorchas viejas se encienden. —Los ojos agradecidos de Idernon estaban fijos en Ramien, observando cómo el muro de piedra sonreía y asentía.

Solo tres antorchas funcionaron. Chispearon al prenderse y Gor'sadén le dio una palmada en el hombro a Idernon.

—Bien pensado.

—Tenemos que movernos —gritó Tensári; la luz de los ojos iluminaba las paredes de piedra mientras se adentraba en la galería. Gor'sadén y La Compañía la siguieron, recordando cómo los había guiado hasta Fel'annár en las entrañas de Analei. Aquella vez, lo habían encontrado en un pozo de inundación, pero ¿dónde estaba ahora?

Un fuerte golpe, el estrépito de metal sobre piedra, las voces susurrantes de muchas almas torturadas, como espectros de caza.

Un grito de pánico resonó a su alrededor y se quedaron helados.

—Fel'annár —escupió Galdith.

—Ha venido de abajo. ¡Está *debajo* de nosotros! —exclamó Idernon.

Gor'sadén acercó la antorcha al suelo, siguiendo a Tensári y las marcas de arrastre hacia el interior.

—Chist… escuchad.

Siseos y quejidos, lloriqueos, forcejeos.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Ramien, con la voz reducida a un susurro feroz.

Avanzaron palmo a palmo, con las tres antorchas crepitando ante una súbita brisa.

—Hay una abertura cerca —dijo Idernon. Gor'sadén asintió y luego extendió el brazo para que los demás se detuvieran. Observaron cómo Tensári escudriñaba la penumbra sin nada más que su propia luz guía para iluminar el cavernoso agujero negro ante ella.

—Está ahí abajo, con lo que sea que esté haciendo ese ruido —declaró ella.

—Y eso no es nada bueno —dijo Carodel, sacudiendo la cabeza.

Otro grito estrangulado de Fel'annár, no de sorpresa ni de miedo, sino de dolor.

—Nos movemos ya —ordenó Tensári, con los ojos encendidos, y la caverna quedó bañada en un azul plateado, como luz de luna bajo tierra.

—¡Esperad! —Gor'sadén levantó una mano para que se detuvieran—. No le serviremos de nada si saltamos y nos rompemos el cuello.

—¿A qué profundidad está? —preguntó Idernon desde el lado del comandante.

Tensári avanzó un poco más, asomándose a una abertura demasiado ancha para saltar. Miró hacia abajo y sintió una mano en el dobladillo de la túnica, sujetándola.

—Necesitamos cuerdas, escalas. Hay demasiada distancia para saltar, y mucho más para volver a subir.

—¿Puedes ver algo más? —preguntó Gor'sadén.

Mientras Tensári buscaba, Idernon miró a su alrededor, hasta donde le permitían las antorchas. Entonces miró hacia arriba, a los techos altos y a las cadenas y ganchos que colgaban como estalactitas de hierro. Los recordaba de su infancia, había leído sobre los mecanismos que los mineros usaban para extraer mineral de las galerías inferiores.

Se movió rápido y pronto encontró una polea oxidada.

—Ramien, Carodel. Ayudadme con las palancas.

Mientras las cadenas traqueteaban, Tensári, Gor'sadén y Galdith observaron con absoluta conmoción cómo una plataforma descendía de las alturas.

—Llevadla sobre la entrada de la galería inferior. Si estoy en lo cierto, encajará.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Galdith.

Pero Idernon no respondió. Estaba demasiado ocupado orientando la plataforma para que encajara sobre el agujero que conducía hacia abajo, hacia Fel'annár.

Gor'sadén saltó a la plataforma de madera, seguido de cerca por Tensári. Esta se balanceó lateralmente y las cadenas gimieron bajo el peso.

—Idernon. ¿Cuántos hacen falta para accionar las palancas y subir a tres?

El guerrero sabio cerró los ojos, concentrándose.

—Tres, quizá cuatro.

—Ramien cuenta por dos; Carodel y Galdith, quedaos con él y tened vuestros arcos listos por si os necesitamos. ¡Subidnos a mi orden! —Gor'sadén tendió la mano a Idernon y juntos, los tres iniciaron el descenso, mientras Ramien, Carodel y Galdith accionaban las palancas y la polea.

Con una antorcha clavada en el suelo junto al mecanismo, las otras tres chisporroteaban en las manos de Gor'sadén, Tensári e Idernon mientras comenzaban el accidentado viaje hacia abajo.

El recuerdo de los sueños inundó la mente del comandante. Fel'annár en peligro mortal y él mismo atrapado en un lodazal, incapaz de salvarlo. Pero no estaba atrapado, y en las manos sostenía una hoja Synth.

—¡Dioses benditos! —exclamó Idernon con los ojos muy abiertos cuando el túnel se abrió a una caverna. Bajo ellos, el suelo se movía. Pronto, el origen del movimiento se hizo más claro bajo la luz azul plateada. Una horda de criaturas de piel blanca se inclinaba sobre algo mientras susurraban y gruñían.

Se estaban acercando para matar.

—¡Fel'annár! —gritó Tensári.

Llegó una advertencia amortiguada desde debajo del mar de criaturas retorcidas, y la mano de Gor'sadén buscó la cadena más cercana; la indignación luchaba con la necesidad de mantener la concentración. Se lanzó desde la plataforma, con la armadura de plata brillando a la luz de las antorchas y las piernas extendidas, listo para chocar contra las criaturas. Justo detrás le siguieron Idernon y Tensári, mientras un grito de guerra arario resonaba en las paredes al tiempo que se estrellaban contra la montaña de seres de piel blanca.

Chillaron al dispersarse, revelando la figura tendida de Fel'annár, sujeta por enredaderas. Estaba cubierto de crías gordas que apenas se movían, y un Segador estaba sobre él, sujetando la cabeza con la mano garreada y tirando de ella dolorosamente hacia atrás. Los dientes afilados y dentados estaban listos para arrancar un bocado de carne expuesta, pero el festín había sido interrumpido. Miró con furia a los intrusos con ojos rojos relucientes, y el gruñido de advertencia se cortó abruptamente cuando la daga de Tensári voló hacia la boca abierta.

Gor'sadén se lanzó hacia delante, apartó a la bestia de una patada y pasó la antorcha encendida sobre Fel'annár, tan cerca como se atrevió. Unos tentáculos marrones arremetieron contra él y saltó hacia atrás. Las crías brillaron en la semi-oscuridad y luego se encabritaron hacia él antes de caer, chamuscadas por el fuego.

La comprensión golpeó a los tres: aquellas crías eran pequeñas serpientes que succionaban la sangre vital del señor de la guerra. Idernon sintió náuseas y dio gracias de que Carodel no estuviera allí para verlo. Miró el rostro ceniciento de Fel'annár, que tenía los ojos fuertemente cerrados ante el repentino resplandor de las antorchas y los ojos abrasadores de Tensári.

—Libéralo. ¡Súbelo a la plataforma, Idernon! —Gor'sadén se volvió hacia la refriega, con Tensári a su lado, y juntos atacaron a los Segadores que cargaban. Necesitaban darle a Idernon tiempo y espacio para poner a Fel'annár a salvo.

El guerrero sabio observó los tentáculos marrones entre él y su amigo inmóvil. Los de la entrada habían sido verdes, y supuso que se debía a la diferencia de luz. Buscó el origen y encontró una enredadera más pequeña que crecía en la pared, con cáscaras de huevo rotas esparcidas a su alrededor.

Clavó la antorcha en un candelero de la pared cercana y luego se lanzó hacia delante, cortando las enredaderas que le azotaban la cara y los brazos. Hundió la espada en el corazón del tallo, oyó el mismo sonido enloquecido y luego agarró la planta con las manos. Se soltó y la estampó contra el suelo.

Las enredaderas que habían estado reteniendo a Fel'annár perdieron toda tensión, y las crías se escabulleron. Idernon corrió al lado de Fel'annár, lo sacudió por los hombros y advirtió los ojos aturdidos y el cuerpo inmóvil.

—No... no puedo moverme. Serpiente... paralizado...

—Mierda... —maldijo Idernon. Agarró a Fel'annár por el cuello y tiró de él hasta sentarlo—. ¿Nada?

—Puedo sentir la mano izquierda y la pierna derecha, eso es todo. Mis hojas...

Idernon las vio, las deslizó en el propio arnés y luego levantó a Fel'annár. Pasando un brazo inerte sobre los hombros, rodeó con el propio brazo la cintura del amigo.

Algo siseó y luego gruñó, demasiado cerca, pero antes de que Idernon pudiera reaccionar, Tensári estaba frente a ellos.

Algo correteó sobre la roca, hubo un movimiento a la izquierda e Idernon vio con horror cómo uno de los cuerpos pálidos trepaba por la pared de roca y se aferraba al techo a cuatro patas.

—Santa Aria... —Arrastró a Fel'annár hacia atrás, más cerca de la plataforma, oyendo la espada y los pies de Gor'sadén mientras se movía de un lado a otro. Entonces las criaturas empezaron a caer a su alrededor, alrededor de Tensári. Idernon apretó los dientes y tiró

del amigo mientras Fel'annár usaba la pierna buena para impulsarse lejos de la roca.

Gor'sadén atravesó al oponente por la mitad y de un tajo hizo una mueca ante el grito espeluznante, como el de una presa herida, pero el ser no cayó. En su lugar, se estrelló contra Tensári. Ella cayó hacia atrás, soltando la espada y la antorcha para mantener aquella cosa alejada de la cara, cuyas manos garreadas cortaban el aire justo sobre el cuello, desesperadas por desgarrarle la garganta.

El comandante tiró de la criatura, y los harapos se desprendieron de la piel pálida y moteada, pero su fuerza era sobrenatural, impulsada por algún impulso terrible. Los dientes castañeteaban ante la cara de Tensári y las garras se flexionaban convulsivamente, hasta que el tajo quirúrgico de Gor'sadén le separó la cabeza de los hombros. El cuerpo se desplomó en el suelo.

Se dio la vuelta, agarró a un Segador por el cuello, lo sacudió y luego proyectó el Dohai, lanzándolo contra una pared. Cayó y se arrastró hacia delante, con las uñas rascando la piedra. Tenía la espalda rota, pero aun así buscaba sangre, sin importarle que la columna estuviera seccionada. Gor'sadén observó con macabra satisfacción cómo Tensári corría hacia delante y le cortaba la cabeza.

El guerrero sabio había arrastrado a Fel'annár hasta la mitad del borde de la plataforma cuando un Segador aterrizó sobre ellos. Cayeron.

Unas largas garras se aferraron al cuello del uniforme de Idernon, mientras los dientes chasqueaban cerca de la oreja. Giró sobre sí mismo, sintió a la criatura debajo de él y le hundió el codo en la boca. Las garras se soltaron del cuello deshilachado y se puso en pie tambaleándose, hundió la espada en el cuello del ser y corrió hacia el paralizado Fel'annár. Dos Segadores estaban casi sobre él, con la saliva goteando de las mandíbulas batientes.

—¡Tensári!

Ella se dio la vuelta tras apuñalar al Segador que tenía delante y corrió, lanzando un tajo a la espalda de una criatura, al tiempo que lanzaba una patada hacia atrás a la que sabía que pretendía saltar sobre ella por la espalda.

—¡Cuidado!

Idernon se inclinó hacia un lado y un Segador pasó de largo y cayó sobre Fel'annár. El guerrero sabio estiró la mano, lo agarró por el pelo ralo y vio cómo la mandíbula se abría de par en par, con largas gotas de saliva cayendo por un lado de la boca y las manos garreadas abriéndose y cerrándose de forma convulsiva. Estampó la cabeza contra el lateral de la plataforma, hizo una mueca de asco ante el sonido de dientes rompiéndose y subió el cuerpo de Fel'annár a la plataforma.

—¡Ya lo tengo! —gritó.

—¡Ramien! —el grito de Gor'sadén llegó lejos—. ¡Arriba! ¡Ahora!

Un gemido, un ruidoso choque de hierro y la plataforma comenzó a subir, un lado más rápido que el otro.

—¡¡Mantenedla nivelada!!

Idernon se aferró a Fel'annár, cuya mano izquierda se había enroscado en la cadena más cercana.

Una garra se enganchó en el lateral, inclinando la estructura peligrosamente hacia un lado. Tensári seccionó el brazo desde el suelo y luego saltó, agarrándose a una de las cadenas.

—¡Aguanta! —gritó Idernon, alargando un brazo y sujetándola por el antebrazo. Ella lanzó una patada a las manos de los Segadores que intentaban agarrarla y se encaramó por el lateral de la plataforma que ya ascendía.

Pero Gor'sadén seguía en el suelo.

—¡Comandante!

El sonido de la lucha. Desgarros y tajos, gruñidos y chillidos, cuerpos cayendo.

—Ya voy...

Idernon miró hacia arriba; el ritmo se aceleraba. Miró hacia abajo, al suelo que se alejaba. Pronto sería demasiado tarde.

—*¡Gor'sadén!*

Fel'annár luchaba por ver qué estaba pasando, pero no podía hacer más que aferrarse a la plataforma que se balanceaba violentamente.

Las flechas llovieron sobre el mar de Segadores de abajo, justo cuando dos manos se engancharon al borde de la plataforma. Esta se ladeó.

—¡Sujetaos! —gritó Tensári.

Más flechas, chillidos y luego un rugido de ira. Idernon estiró el brazo y agarró a Gor'sadén por el antebrazo mientras Tensári sujetaba el otro. Miraron hacia Gor'sadén y por debajo de él, colgado de una de las botas del comandante, había un Segador que trepaba hacia arriba.

—¡¡Galdith!! —gritó Idernon.

Idernon y Tensári se agacharon. Gor'sadén miró hacia abajo y oyó el chasquido de un arco silvano, y luego vio una nube de sangre roja y brillante, justo cuando el peso en la pierna desapareció junto con la bota.

Idernon y Tensári tiraron de él hasta que quedó tendido boca abajo, sin aliento, viendo cómo el suelo desaparecía lentamente bajo ellos.

—¡Arriba, subidnos! —gritó Idernon mientras los chillidos llenaban el aire.

—¡Vienen por los muros! —gritó Tensári, señalando una marea de cuerpos ondulantes que trepaban por los costados del foso.

—¡Ramien! —gritó Gor'sadén a modo de advertencia.

—¡Nos movemos tan rápido como podemos! —gruñó el muro de piedra mientras accionaba frenéticamente las poleas junto con Carodel y Galdith.

Los Segadores estaban casi sobre ellos, y los chillidos ya no eran desesperados, sino triunfales. Algunos saltaron desde los muros e intentaron alcanzar la plataforma, que se balanceaba violentamente. Empezó a inclinarse por el peso de los Segadores que se aferraban a ella, y Gor'sadén, Tensári e Idernon se agarraron con fuerza a las cadenas mientras arremetían contra ellos con las espadas.

Más flechas llovieron desde arriba. Los Segadores caían, mientras otros saltaban desde los muros para ocupar su lugar.

Fel'annár apenas podía sujetarse a las cadenas con un brazo y una pierna, los únicos que aún sentía y podía mover. La desesperación se apoderaba de él. No subían lo bastante rápido. No llegarían a la cima. Todo esto era *su* culpa; la distracción le costaría la vida a La Compañía. Se estrujó el cerebro buscando una forma de evitar lo que parecía inevitable.

Estos Segadores son criaturas de la oscuridad. Necesito luz, lo bastante brillante para cegarlos.

Las manos, incluida la que tenía paralizada, brillaron brevemente antes de que un destello deslumbrante de luz blanca llenara toda la cueva, cegándolo momentáneamente. Un mareo golpeó la consciencia ya debilitada, y lo que quedaba de fuerza en las extremidades desapareció.

Chillidos de dolor llenaron el aire mientras los Segadores se protegían los ojos lechosos de la luz. Se arañaban los horribles rostros y luego, uno a uno, empezaron a caer de la plataforma.

—¡Ahora, Ramien! *¡Tira!* —Gor'sadén utilizó el cuerpo para contrarrestar la pérdida de peso, mientras Tensári se lanzaba hacia delante y agarraba el brazo de Fel'annár justo cuando este se resbalaba de las cadenas como si no tuviera huesos. Ella sostuvo el peso, con el semblante sombrío, mientras Gor'sadén sostenía a Idernon hasta que pudo aferrarse a las cadenas.

—¿De dónde ha salido esa luz? —Idernon miró a Gor'sadén en busca de respuestas, pero el comandante negó con la cabeza y miró fijamente a su discípulo, casi inconsciente, pero ahora a salvo bajo el amparo de Tensári.

Sin el peso añadido de los Segadores atacantes, la plataforma subió más rápido, en una sucesión de sacudidas, mientras se abrían paso hasta la cima y la seguridad. El alivio inundó a Fel'annár y cerró los ojos; no vio las miradas de desconcierto que los otros le dirigían. Él mismo no sabía de dónde había salido la luz blanca, pero no tenía energía para pensar en ello. Una negrura bordeaba los límites de la visión, sentía náuseas, seguía sin poder moverse, ni podía reunir las palabras para contarle a los amigos lo que ahora sabía.

Ea Uaré estaba amenazada por el cuarto y último príncipe de Calrazia. El último de los Nim'uán estaba en camino, atacando desde el otro lado del mar del sur.

El mundo se inclinó mientras unas manos lo levantaban con cuidado de la plataforma. Y entonces, todo se apagó.

La noche había caído y Turion estaba sentado en el despacho, con los codos en las rodillas y las manos sosteniendo la pesada cabeza.

Había tomado juramento a cuatrocientos novicios, cien de los cuales eran las primeras mujeres en el ejército del rey Thargodén en muchos años.

Habían completado su entrenamiento básico, pero Turion no había podido proporcionarles experiencia sobre el terreno. Todo lo que tenían era la cabeza llena de sueños gloriosos y un arco y una hoja aún por probar.

Había escuchado sus juramentos, los había aceptado, había visto el orgullo en los ojos, el entusiasmo y la expectación por la primera misión, que se vislumbraba cercana en el horizonte. El ejército necesitaba guerreros y ellos eran parte de la solución. Sin duda, solo sería cuestión de días antes de que partieran en sus primeras misiones.

Turion ya no era un capitán de campo, sino el Comandante General, responsable de su bienestar, responsable de las circunstancias de sus vidas y sus muertes. Había hecho lo que había podido, los había entrenado lo mejor que había sabido sin llevarlos al campo de batalla. Pero era el momento de correr riesgos y enfrentarse a las inevitables consecuencias, aunque solo fuera porque el precio de no hacerlo sería aún peor.

Algunos de ellos morirían para que muchos civiles no lo hicieran.

Se incorporó y se pasó una mano por el revuelto cabello.

Entre esas cien mujeres se encontraba una joven alta de cabello negro con un curioso arco colgado a la espalda. No era un arma de reglamento.

Sabía quién era, había escuchado los informes de los oficiales de entrenamiento. Hábil más allá de su edad con el arco corto, prometedora con las hojas; era disciplinada, severa, difícil de leer y decidida como un jabalí.

Vasanth Ara Bulan, Aren Zéndar, prima de Fel'annár. La guerra corría con fuerza en ese linaje.

La vigilaría, vería por sí mismo la promesa que otros habían visto en ella, y no le faltarían ocasiones. A partir de entonces enviaría a los novicios con los guerreros en cada misión. No podía enviarlos al

Bosque Profundo para su entrenamiento, eso debería esperar. Pero al menos podría darles su primer sabor de sangre de Desviado, mostrarles los horrores de la batalla, enseñarles a lidiar con ellos, tal como había hecho con Fel'annár.

Sonrió suavemente, recordando aquellos tiempos turbulentos con cariño, porque de alguna manera parecía que, con el inminente regreso de Fel'annár del campo de batalla, el ciclo se completaría. Su propio humilde entrenamiento del señor de la guerra lo había puesto en un camino que había cambiado su mundo, incluido el suyo propio.

Una vez que la amenaza de los Desviados fuera neutralizada, seguramente sería el comienzo de una segunda edad de gloria, una en la que Turion sería Comandante General y Fel'annár el señor de la guerra, juntos una vez más, tal como había sido al principio.

Era algo que esperar con regocijo, pero por el momento, Turion necesitaba desesperadamente que Rinon regresara, con quienquiera que hubiera logrado atraer con la promesa de honor o moneda; ya no importaba cuál de las dos cosas fuera. Y necesitaba a Fel'annár, con lo que quedara de su ejército.

Enviaría un pájaro mensajero con la esperanza de que encontrara a Fel'annár. ¿Pero a dónde enviarlo? ¿Seguía en Abiren'á? Y si no, ¿estaba en camino? ¿Sabría el pájaro cómo encontrarlo? Por lo que sabía de los maestros de aves, no creía que fuera posible.

Aun así, tratándose del silvano, nunca podía estar seguro.

Turion esperaba que Fel'annár pudiera sentir a los Desviados que se acercaban a la ciudad, que ya comprendiera la situación y estuviera regresando a toda prisa. Pero aún recordaba el final del viaje de Fel'annár desde Tar'eastór hasta Ea Uaré, por la misma ruta que Rinon recorría ahora. Fel'annár no había sido capaz de sentir el peligro hasta que estuvieron más allá del Estuario y la línea de árboles, con el mar a unos buenos días de distancia. No, Turion sabía que Fel'annár aún no había sentido a los Desviados, que no lo haría hasta que estuviera más cerca de casa.

Turion se acordó del Despertar de Fel'annár, en lo profundo del corazón del bosque en su primera patrulla como guerrero novicio. Por aquel entonces, Sen'uár todavía existía y Lainon vivía. Y luego

volvió a ocurrir a su regreso de la Madre Patria, una extraña comunión que había presenciado y que nunca olvidaría.

Se preguntó si sería posible que más Oyentes se unieran al ejército. Los capitanes podrían comunicarse sin necesidad de viajar. El ejército nunca había tenido en cuenta las habilidades únicas de los silvanos, pero a partir de entonces lo harían.

El despacho se nubló ante él, la palma de la mano resbaló por la cara y se sobresaltó, dándose cuenta solo en ese momento de que casi se había quedado dormido en la silla.

Parpadeó, sacudió la cabeza y se dispuso a levantarse, pero se quedó helado ante un ruido al otro lado de la puerta.

Se levantó rápidamente, alcanzó el pomo y abrió. Ante él estaba el oficial de guardia.

—Comandante. Una pequeña patrulla se aproxima desde el sur, demasiado pequeña para ser la del General Rinon. Cabalgan a toda prisa.

—Estaré allí en un momento.

—Señor. —El guerrero se fue al trote y Turion cerró la puerta, dirigiéndose a los dormitorios situados tras el despacho. Se vistió y armó rápidamente y se dirigió al patio, con la mente buscando desesperadamente quién podría ser. No se esperaba ninguna patrulla a esas horas de la noche, pero quizá era un pequeño contingente del capitán Salo o de las patrullas del General Rinon. Quizá traían heridos. En cualquier caso, seguramente traerían noticias de sus respectivas misiones.

Oyó gritos en las puertas, y luego el mecanismo chirriando mientras se ponía en movimiento y las pesadas puertas empezaban a abrirse hacia dentro, lo justo para que diez jinetes galoparan a través de la brecha. Ya estaban en el suelo antes de que las puertas se cerraran de nuevo.

Los caballos resoplaban en busca de aire, sudorosos y nerviosos, mientras los guerreros se encorvaban, rígidos y exhaustos. Con el oficial de guardia a su lado, Turion se acercó, con los ojos puestos en el capitán, buscando pistas sobre la razón por la que solo diez de ellos habían regresado, bajo el mando de la capitana Sorei.

A Turion se le cayó el alma a los pies, pero obligó a los pies a moverse, tan cerca como se atrevió a los asustadizos caballos. A su alrededor, los mozos de cuadra esperaban, con las manos extendidas, intentando calmar a los animales.

Los guerreros se enderezaron lentamente. Ninguno estaba herido, advirtió, y a Turion se le dio un vuelco el estómago. Si la herida no era el motivo de su premura…

Vio a Sorei girarse hacia los diez guerreros y escuchó sus palabras, con voz firme y segura.

—No habléis hasta que hayáis informado al General Turion. Volved al cuartel y dormid. Os agradezco vuestro servicio en tiempos como estos. Será un honor luchar a vuestro lado cuando llegue el momento.

A regañadientes, caminaron hacia el cuartel. Les había pedido algo casi imposible: que guardaran silencio, incluso con sus propias familias. Pero era vital que la noticia la diera Turion, para que pudiera ofrecer soluciones al pueblo, para que no cundiera el pánico y huyeran al bosque. El camino era demasiado peligroso hacia el sur, y Sorei apostaba que tampoco era seguro en el camino del norte.

Turion se acercó a ella, esperando a que saludara.

—¿Dónde está el General Rinon?

—Solicito humildemente informar en su despacho, comandante. —Los ojos de Sorei recorrieron a los mozos de cuadra, al oficial de guardia y volvieron a Turion.

La ira cruzó el rostro del comandante, tal como ella sabía que ocurriría. Pero no podía hablar allí, delante del oficial de guardia, a oídos de otros. Vio a Turion acercarse, deteniéndose a solo unos centímetros de la cara, con los ojos azules entornados y peligrosos. Ella se mantuvo firme y serena.

—¿Está bien mi príncipe? —Un susurro, una advertencia de que debía responder.

—La última vez que lo vi estaba bien, comandante.

Turion estudió el rostro de Sorei, pareciendo comprender su silencio. Asintió bruscamente y dio media vuelta. Ella lo siguió, ordenando ya los pensamientos.

La puerta del despacho de Turion se cerró y este se volvió expectante hacia Sorei.

—Comandante. Un ejército invasor viene del mar. A estas alturas, seguramente habrán tomado Pelagia. Los vimos desde los acantilados a las afueras de Puerto Helia. El número de barcos hostiles sugiere que la armada pelágica se verá superada en número. No podrán contenerlos. El General Rinon cree que su objetivo es tomar el archipiélago y luego marchar sobre esta ciudad antes de que acabe la semana. Me envió por delante para avisaros.

Turion la miró fijamente como si hubiera perdido la cabeza, su miedo e incredulidad eran evidentes aunque fugaces mientras endurecía los rasgos y enderezaba la espalda.

—¿Qué… *enemigo*?

—No lo sé, comandante. Estoy segura de que el General Rinon sabe mucho más para ahora. Su estrategia era supervisar la evacuación de Puerto Helia antes de regresar. Había botes y barcos huyendo por los estrechos, hacia Tar'eastór. Las embarcaciones más pequeñas seguramente subirán por el Estuario y hacia el río Calro, pero la última vez que lo vi, estaba crecido y las corrientes eran fuertes. Dudo que ninguna embarcación pueda remontar el río. Los refugiados continuarán a pie. Calculo que al menos un millar de ellos empezará a llegar en los próximos días.

La mente de Turion se esforzaba por asimilar la información que Sorei le daba, con el corazón martilleándole en el pecho. Debía informar al rey, pero primero necesitaba toda la información que ella pudiera darle.

Estaban en guerra, *otra vez*, solo que esta vez no tenían ejército para luchar contra aquel vasto y desconocido enemigo venido del mar.

—Siéntate, capitana.

—Prefiero quedarme de pie, comandante.

Pelo revuelto, ropa desaliñada, cara sucia y ojos hinchados. Apenas había dormido, había forzado las monturas hasta el límite. Si se sentaba, probablemente no volvería a levantarse.

—Muy bien. Cuéntame todo lo que sepas.

CAPÍTULO 5

Cuatro Príncipes

Cuando Fel'annár abrió los ojos, estaba oscuro.

Estaba tumbado cerca de un fuego, bajo el cielo abierto. Podía oír a los guerreros hablando y moviéndose por los alrededores.

A medida que la niebla de la mente se despejaba, también lo hacía el recuerdo de los Segadores. Le habían pillado por sorpresa a la entrada de la mina de mineral en la Vieja Bruja. Había estado escuchando el mensaje del sur y no había logrado asociar las advertencias de los árboles con las propias circunstancias presentes. Había sido capturado como un tonto, arrastrado a las profundidades de la cueva por aquella planta asesina. Trató de no estremecerse cuando los recuerdos regresaron con toda su fuerza. De no haber sido por La Compañía y Gor'sadén, habría sido devorado vivo.

La mente se centró en aquella inexplicable y brillante luz blanca que había repelido a los Segadores atacantes. El único recuerdo similar era el de la vez que había realizado el Dohai dentro del Bosque Perenne. ¿Era el mismo fenómeno?

Aquella vez, no había deseado nada más que conjurar el Dohai, pero la noche anterior había rezado por obtener luz. Había llegado, y habían escapado. La Compañía debió de llevarlo de vuelta al campamento.

Los ojos recorrieron el círculo de elfos alrededor del fuego. Los miembros de La Compañía estaban maltrechos y magullados, con las heridas vendadas, el pelo suelto y revuelto, y a Gor'sadén le faltaba una bota.

Se miró a sí mismo, resistió el impulso de reír entre dientes, no por humor sino por incredulidad. Estaba prácticamente cubierto de vendajes. Hizo una mueca, rodó sobre el costado, soltó un largo suspiro y jadeó de dolor. Allí, agachado ante él, estaba Pengon. Justo detrás, Tensári lo miraba desde arriba, con el ceño fruncido. Pero Fel'annár sabía que no estaba enfadada, al menos no con él. Bulan se unió al grupo, sentándose al lado de Pengon.

—Tienes una inclinación por…

—Buscar problemas, sí.

Bulan miró a Idernon y luego se volvió de nuevo hacia el sobrino. Fel'annár solo pudo suponer que los demás le habían informado de lo ocurrido.

—¿Te encuentras lo bastante bien como para celebrar consejo?

Fel'annár y Pengon respondieron al mismo tiempo.

—Sí.

—No. —Pengon le lanzó a Fel'annár una mirada exasperada—. Treinta y dos mordeduras, un golpe en la parte posterior de la cabeza, múltiples cortes y hematomas, pérdida de sangre. Ha estado paralizado durante tres horas, ha dormido cinco. No está en condiciones, pero lo hará de todos modos. ¿Dolor de cabeza?

—No.

—Eso es un sí —corrigió Idernon.

Fel'annár apretó los labios, se incorporó con un brazo tembloroso y luego hizo una mueca. El guerrero alpino le ayudó a acomodarse de nuevo contra un árbol y extendió una manta sobre las piernas. Una taza humeante apareció ante él y alargó la mano, casi esperando ver el rostro serio de Galadan devolviéndole la mirada. Cogió la taza, asintió a Pengon y olió el vapor caliente.

—Bien, entonces… —dijo Idernon.

—Segadores —dijo Carodel.

—¿Cómo es posible? Pensé que no podían sobrevivir sin La Madre —dijo Bulan.

—Es lo que todos supusimos —dijo Idernon—. Todos vimos cómo se quedaban indefensos después de que la bestia muriera, cómo simplemente permitieron que los abatiéramos. Eso me lleva a una sola conclusión.

—¿Cuál? —preguntó el capitán silvano frunciendo el ceño mientras se inclinaba hacia delante.

—Esa cueva estaba allí *antes* de que libráramos la guerra. Aquellas crías eran serpientes recién salidas del huevo. Allí abajo, en ese foso, vi cáscaras rotas cerca de las raíces de esa planta. Creo que los Segadores estaban destinados a procrear…

—Lo que significa que podría haber más en esa mina, tal vez incluso huevos. Pero ¿cómo nacen los propios Segadores? —preguntó Bulan, haciendo eco de lo que los demás estaban pensando—. Debemos destruirlos antes de que puedan nacer, escapar y suponer una amenaza para todo el bosque.

—De acuerdo —dijo Gor'sadén desde donde estaba sentado al otro lado del fuego—. Mi sugerencia es que queméis toda la mina, os aseguréis de que ningún huevo pueda sobrevivir al humo y a la llama e incluso entonces, creo que el capitán Yerái debería enviar una patrulla desde el Puesto Avanzado del Norte para asegurarse de que el peligro ha sido atajado, y explorar otras cuevas en busca de infestaciones similares. Deben tener cuidado con esas enredaderas. Creo que su propósito es atraer a las víctimas hacia las crías para alimentarlas, de modo que puedan convertirse en Segadores plenos. En cuanto a cómo nace la parte del Señor de la Arena, esa es una pregunta para otro día.

—Avisaré a Yerái mañana. ¿Planeáis dirigiros a la cueva al rayar el alba? —preguntó Fel'annár. Bulan asintió.

—Son seres poderosos, capaces de trepar por las paredes y aferrarse a los techos, incluso en esta etapa incipiente. Si alguien es mordido por una cría de Segador, tiene unos minutos para salir, antes de que comience la parálisis.

—Y tres horas para que los efectos se pasen —añadió Pengon.

—También están aterrorizados por la *luz* —dijo Idernon. Se volvió hacia Fel'annár, quizás esperando que diera más detalles sobre lo que había sucedido. Pero no lo hizo, así que se volvió de nuevo hacia

Bulan—. Los que atacaron la plataforma mientras subíamos del foso simplemente cayeron cuando la luz fulguró.

—¿Qué luz? ¿Cómo pudo fulgurar dentro de una cueva oscura? —Bulan se volvió instintivamente hacia Fel'annár.

Fel'annár trató de ordenar los pensamientos, recordar aquellos momentos frenéticos de casi pánico.

—Recuerdo haber pensado que los Segadores son criaturas de la oscuridad, y que si tuviera luz suficiente quizá podría cegarlos. Algo sucedió… algo que salió de las manos. La luz simplemente surgió. Yo no *hice* nada.

—Eso es… bastante inusual —murmuró perplejo Gor'sadén.

—¿Sentiste algo diferente después de que la luz blanca fulgurara? —preguntó Hobin, que había aparecido tras Bulan.

—Mareo, pero lo achaqué a las heridas.

Gor'sadén intercambió miradas con Hobin, y luego con Bulan.

—Cuando estés mejor y reanudemos nuestra rutina diaria, investigaremos este nuevo fenómeno. Por ahora, debes recordar la debilidad de los Segadores ante la luz, utilízala a tu favor, Bulan.

—Está bien. Tú —dijo Bulan, señalando con el dedo a Fel'annár —, *y* La Compañía, incluso *tú*, Gor'sadén, os quedaréis aquí hasta que regrese la patrulla. Una vez que esa mina sea destruida, descansaremos aquí un poco más. Podremos continuar el viaje al día siguiente. No hay prisa por…

—La hay.

Las palabras de Fel'annár resonaron en el silencio subsiguiente; todos los ojos estaban puestos en el señor de la guerra.

—El mensaje de los árboles, su significado. Es por lo que estaba tan distraído allí atrás, por lo que me pillaron desprevenido. La advertencia viene de alguien que está muy al sur, cerca del mar, donde el agua apaga la voz de los árboles. Era la última parte del mensaje, la razón por la que dejamos Abiren'á cuando lo hicimos. Algún enemigo nuevo viene del *sur*.

Se produjo un silencio desconcertado, pues nadie estaba seguro de haber entendido lo que Fel'annár había dicho.

—¿Qué… qué enemigo en el sur? —preguntó Bulan con cautela, con la voz apenas como un susurro tembloroso. Fel'annár observó el

juego de emociones, dejó que la mirada se dirigiera a un Hobin con los ojos muy abiertos. De todos ellos, él conocía el alcance total del peligro.

—En aquella última batalla en las arenas, cuando maté al Nim'uán, me detuve sobre él, lo miré mientras daba sus últimos y estremecedores suspiros. Le dije que había perdido, y con lo que le quedaba de fuerzas, dijo: «¿Lo he hecho?». Ahora sé que la pregunta era retórica.

Idernon sacudía la cabeza, pero Fel'annár ya estaba hablando.

—Recuerda, en nuestro camino desde Tar'eastór, cuando estabas descifrando los grabados de la espada enemiga. Recuerda lo que dijiste.

—Cuatro príncipes…

Fel'annár asintió.

—Los árboles mataron al primero, en las laderas de Tar'eastór. Pan'assár mató al segundo en Abiren'á. Yo maté al tercero en el desierto. Queda uno más.

—¿Y crees que *ese* es el enemigo en el sur? —preguntó Idernon.

—Lo *sé*. Por ahora, debe estar demasiado lejos del bosque para que yo pueda oír a los árboles. El mar está demasiado cerca y, sin embargo, ¿de dónde han salido? Seguro que no de Tar'eastór. El rey Vorn'asté los habría detectado.

—Y tal vez lo haya hecho —dijo Gor'sadén—. Tal vez la Madre Patria marche tras ellos.

Fel'annár negó lentamente con la cabeza.

—Parece… poco probable que no hubiera sentido algo si hubieran venido del continente.

—¿Estás sugiriendo que los Señores de la Arena vienen del *mar*? Eso no es posible…

—No lo sabemos, Galdith. Pero por ahora, lo que *sí* sé es que el enemigo está cerca del mar. Eso nos deja muy poco tiempo para regresar antes de un ataque.

—Si tienes razón —comenzó Bulan—, si otro Nim'uán viene desde el sur, entonces esto seguramente fue planeado desde el principio. Un ataque desde el norte, diseñado para alejar a nuestro ejército de la ciudad, dejarla vulnerable, y luego atacar desde el sur.

—El príncipe Handir sugirió que ese había sido el plan original para Tar'eastór, que algo había salido mal. Pero esta vez, bien podría funcionar.

Idernon se puso de pie, se limpió las manos con un paño.

—Fel'annár.

Él se volvió hacia Bulan y vio la profunda preocupación en los ojos del tío.

—¿Cuán seguro puedes estar? Necesito informar a los guerreros.

—Infórmales, capitán. Nuestro enemigo viene del sur. Debemos regresar con toda prisa. Me pondré en contacto con el capitán Yerái mañana al amanecer para advertirle de los Segadores y de lo que viene del sur. Él puede enviar esa patrulla para asegurarse de que no haya más cuevas de Segadores en la zona. En cuanto a nosotros, debemos ponernos en marcha en cuanto estéis de vuelta.

—La expedición para ocuparse de las crías de los Segadores probablemente llevará todo el día, y tú necesitas ese tiempo como mínimo, Fel'annár. Tu prioridad mañana es descansar y recuperarte. —Pengon se mostró tajante y se volvió hacia Gor'sadén para asegurarse de que él se encargara de ello.

Fel'annár abrió la boca para hablar, pero Gor'sadén fue más rápido.

—Saldremos al día siguiente, entonces. Además, la patrulla de Bulan necesitará algún tiempo para descansar después de la incursión. Debemos mantener la esperanza de que podamos llegar a la ciudad antes de que lo haga el Nim'uán.

Bulan cerró los ojos, con el rostro como fiero reflejo de la frustración y la desesperación que todos sentían. La guerra había terminado. Habían vencido a un coste tan alto. Y ahora esto, saber que todo había sido solo el principio de algo mucho mayor.

Thargodén se alisó la sencilla túnica. No tenía adorno alguno; su belleza residía en las líneas del diseño y en la forma en que le sentaba. Era de su tono de verde preferido y deslizó una mano por

la parte delantera con aprecio. Hacía mucho tiempo que no se vestía para una cena familiar, una reunión que tendría lugar mucho más tarde de lo habitual. Las apretadas agendas los habían tenido a todos corriendo por la ciudad, y no menos al propio rey. Aradan finalmente le había relevado, instándole a que regresara a casa con los hijos.

Extendió la mano, observando cómo la esmeralda de corte tosco centelleaba bajo la luz de las velas. El mismo color, ese verde vibrante que le recordaba a Lássira, a su vínculo, el cual no había sentido en cincuenta y cuatro años. Y aun así, seguía hablándole a ella, al enorme vacío que sentía en el corazón.

Buenas noches, amor mío.

Tal vez algún día ella le respondiera, no con palabras, sino con el don de su presencia, en algún lugar de la mente; algo que le indicara que se había encontrado a sí misma.

Cerró los ojos, se enderezó la corona sobre la cabeza y aceptó la familiar opresión en el pecho, la sensación de vacío en las entrañas. Salió del dormitorio al salón principal, donde el fuego ardía con fuerza y las velas oscilaban a su paso. Varias fuentes de comida descansaban sobre la mesa del comedor, ante el ventanal que daba a los jardines y a la Gran Meseta, la cual se alzaba sobre el Bosque Perenne.

Handir estaba de pie ante el fuego, vestido de forma similar con una túnica azul oscuro, una discreta corona en la cabeza y el cabello impecable. El segundo hijo siempre había sido cuidadoso con la apariencia, y Thargodén se preguntó por las penalidades que habría soportado en el accidentado viaje de regreso desde la Madre Patria; lo mucho que debió de molestarle llevar el pelo sucio y la ropa desaliñada durante tantas semanas.

Esbozó una sonrisa de simpatía.

—¿Y Llyniel?

—De camino desde las Salas de Curación. Hay mucho trabajo.

La sonrisa del rey desapareció; asintió, se sirvió una copa de vino dulce y se reunió con el hijo junto al fuego.

—¿Cómo se encuentra ella?

—Bastante bien. Siempre se mostró firme en que Fel'annár estaba a salvo, pero ha dicho algo que me ha hecho reflexionar.

—¿Ah, sí? —El rey bebió, con los ojos fijos en Handir.

—Dijo que lo sentía diferente, como si algo en su fibra misma hubiera cambiado.

Thargodén frunció el ceño y apartó la vista del segundo hijo, fijando la mirada en el lejano bosque. Era extraño, pero así era exactamente como sentía él ahora el Bosque Perenne: diferente, de una forma que no alcanzaba a explicar.

La puerta se abrió y entró Llyniel. Le pareció que estaba cansada, pues, aunque se había quitado la túnica de sanadora, parecía haberse puesto el primer vestido que había encontrado a mano. Un mechón rebelde le bailaba en la mejilla y ella se lo apartó con fastidio.

Thargodén sonrió e indicó el fuego con un gesto mientras Handir le servía una copa de vino.

—¿Día ajetreado, hija?

—Podría decirse que sí. Nuestros guerreros están recibiendo muchos golpes ahí fuera.

La puerta principal se abrió de nuevo y apareció Maeneth, con el brazo entrelazado con el del príncipe Sontúr, quien lucía su propia corona de cargo sobre la cabeza. La única persona en la estancia cuya cabeza permanecía sin adornar era Llyniel. Thargodén pondría remedio a eso pronto.

—¿Nos sentamos? —El rey señaló los sofás ante el hogar y, al poco tiempo, todos tenían una copa en la mano. Thargodén alzó la suya.

—Por mi querido y más leal amigo, Pan'assár. —Esperó a que los demás alzaran las copas y luego bebió, con la garganta apretada.

—Por el Guerrero de Fuego, mi hermano Galadan. —Sontúr alzó la copa de nuevo y volvió a beber, obligando al líquido a bajar por la garganta.

—Me pregunto qué historia de valentía contarán sobre cómo cayeron. —La voz de Llyniel sonaba distante, como si estuviera contemplando el bosque que los separaba.

—A mí me gustaría oírla. Estoy seguro de que Carodel nos la contará de una forma en que Gor'sadén nunca lo haría. —Sontúr miró fijamente la copa un instante antes de beber de nuevo.

Thargodén respiró hondo.

—La victoria es nuestra en el norte, pero por las cifras que tenemos, sabemos que ha tenido un gran coste. Hemos perdido a la mitad de nuestras fuerzas. Se esperan cientos de heridos en las próximas semanas, Llyniel.

—El comandante Turion me ha informado, Thargodén. Ha prometido enviar a los guerreros de los que pueda prescindir para escoltarlos hasta la ciudad. Tengo a todos los sanadores disponibles en alerta y nuestras existencias están llenas.

—Puede que vengan en barco —dijo Thargodén—. Es más rápido y cómodo para los heridos.

—No habrá madera suficiente para tantas embarcaciones. Y los forestales nunca permitirán que se tale tanto. Un pequeño grupo podrá tomar esa ruta, pero apuesto a que el resto vendrá a caballo, o incluso a pie.

Thargodén asintió pensativo. Le complacía mucho que Handir estuviera tan bien informado sobre estos asuntos.

—Sea cual sea el caso, vas a estar aún más ocupada en las semanas venideras. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo. Pero dinos, ¿qué hay de Fel'annár, Llyniel?

—Está bien. Solo que... diferente. Imagino que es el impacto de la guerra. Ha entrado en combate muchas veces, pero por las cifras que nos llegan, esto debió de ser muy distinto a todo lo que ha enfrentado antes, incluso a la Batalla de los Hermanos.

Thargodén recordó las historias que había oído de la Batalla bajo el Sol. Pan'assár nunca hablaba de ello, pero otros sí. Él mismo era un guerrero avezado, pero nunca había participado en una guerra a gran escala. La Batalla de los Hermanos fue la mayor en la que había luchado. No era como su padre Or'Talán. No era un rey guerrero, sino un rey gobernante, más civil que militar y, sin embargo, capaz de liderar a los guerreros si surgiera la necesidad. Rinon, sin embargo, se parecería al abuelo.

—Fel'annár tendrá aquí a su familia para ayudarle, si lo necesita —dijo el rey a nadie en particular.

Llyniel sonrió suavemente al suegro, bebió un sorbo de vino y se volvió hacia Handir cuando este habló.

—Turion ha dicho que estarían aquí en tres o cuatro semanas.

—Sí. Y Rinon debería volver en unos días. Entonces sabremos con qué ayuda contamos —dijo Maeneth pensativa—. Turion cree que otros mil bastarían.

—¿Y después, cuando nuestro ejército esté fortalecido y regresen los victoriosos? —preguntó Handir.

—Primero, nos ocuparemos de esta amenaza de los Desviados. Después de eso, lo celebraremos y habrá un banquete. Debo nombrar a Turion comandante general, y creo que Miren ha planeado una boda silvano-alpina para Fel'annár y Llyniel. No veo mejor momento para celebrarla. —Thargodén se volvió hacia Llyniel —. ¿Qué hay de los silvanos? ¿Se quedarán a esperar el regreso del ejército?

—Muchos de ellos lo harán. Temen que los Desviados dificulten su viaje hacia el bosque. Pero una vez allí, insisten en que estarán a salvo. Cruzar las llanuras hasta la linde del bosque será el verdadero desafío. Hay un buen número que se preocupa por los cultivos, por los productos. Planean regresar en el próximo día o dos; un grupo pequeño, creo, siempre que el comandante Turion pueda concederles una escolta razonable, solo hasta las afueras de Sen Garay.

Fue Handir quien habló a continuación, pues el rey parecía pensativo, quizá inseguro sobre la prudencia de regresar tan pronto.

—Entiendo su punto de vista. Dependen de las cosechas. Necesitan una razón muy poderosa para quedarse y ver cómo se destruye su medio de vida para el año que viene. Lo ven como un riesgo necesario. —Se volvió hacia Maeneth, sabiendo que ella estaba de acuerdo.

—¿Y Amareth? ¿Se marcha con ellos? —preguntó Thargodén, con voz suave y cautelosa.

—No. Es Lorthil quien los lidera. Narosén es cauteloso, dice que el peligro es demasiado grande.

Llyniel se arrellanó en la silla y cruzó las piernas.

—Había una Oyente allí, dicen que una mujer de Ea Nanú. Ella respaldó las afirmaciones de Narosén de que los árboles estaban tensos.

—¿Ah, sí? —preguntó Thargodén, inclinándose hacia delante en la silla.

—Dijo que el bosque estaba a la expectativa, indeciso, y Narosén dijo que los árboles no los llamaban para que regresaran; que había una razón para ello.

—Otra Oyente. Interesante —murmuró Handir.

—Sea como fuere —continuó Thargodén—, el comandante Turion seguramente accederá a sus deseos si puede. Como dices, es un grupo pequeño, pero todavía hay unos cuantos miles que se quedarán.

El fuego chisporroteó. Un anillo tintineó contra el cristal.

—Es difícil ver el final del conflicto, pero *está* cerca. Con nuestra victoria en el norte, todo lo que necesitamos son unas semanas más. Con los Desviados bajo control, podremos mirar al futuro, a las muchas cosas que deben suceder en los meses venideros.

Handir miró a Maeneth, quien a su vez observaba al padre.

Thargodén bebió, alzó la copa ante los ojos y admiró su profundo color ámbar.

—Me esforcé al máximo por encontrar la carta que mi padre me dejó antes de ir a la guerra y no volver jamás. Pero ni siquiera Lerita ha sido capaz de encontrarla. Por mi parte, no creo que exista ya, por lo que debo tomar una decisión sin comprender plenamente lo que pasaba por la mente de mi padre en aquel momento.

—¿Una decisión? —incitó Handir.

—Mi vínculo con Canusahéi se rompió, como sabéis. Ahora volveré a trenzar la Trenza de Unión Silvano en el cabello, la proclamaré intacta, aunque no pueda sentirla. Lo tomo como una señal de que Lássira aún no se ha encontrado a sí misma, y solo los dioses saben por qué. De ello se deduce que Fel'annár debería ser proclamado príncipe de Ea Uaré.

Llyniel se quedó mirando al rey, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido. Thargodén se volvió hacia Handir y luego hacia

Maeneth, y vio sus miradas pensativas. Sontúr, sin embargo, lucía una suave sonrisa.

—Se lo diré yo mismo a Rinon en cuanto regrese —dijo Thargodén con un tono quizá demasiado ligero.

—Deja que lo haga *yo*, padre. —Maeneth se inclinó hacia delante y dejó la copa en la mesa baja que tenía enfrente—. Ha empezado a aceptar a Fel'annár, pero esta decisión le llevará a pensamientos más oscuros sobre madre, sobre si estás considerando con justicia su posición como reina de Ea Uaré.

—¿Y lo estoy haciendo? ¿Crees *tú* que esto es justo para Canusahéi? ¿Para Fel'annár? ¿Para Lássira?

Maeneth sostuvo la mirada cortante del rey y, por un instante, fue Rinon quien le devolvió la mirada.

—Creo que debes dejarlo claro. Madre te liberó de tu vínculo. Cuando nacimos, ella era la reina de Ea Uaré, y cuando se marchó, dejó de serlo. Solo queda un vínculo. Debes dejarlo claro, padre.

Thargodén frunció los labios y miró a Handir.

—Propongo que lo plantees al Consejo Real. Habla con ellos. Explica lo que ocurrió y déjanos a nosotros decidir qué es lo justo y lo correcto, padre.

Thargodén enarcó una ceja y se inclinó hacia delante.

—Aún no tengo plena fe en mi Consejo, Handir. Se creó hace muy poco tiempo.

—A lo que me refiero, padre, es a que es un mero formalismo. Solo necesitas una mayoría simple aunque, en cuestiones como estas, sería deseable el pleno consentimiento. Pero *será* aprobado, con más o menos votos. El hecho de que se lo plantees demostrará tu deseo de hacer lo correcto, y no solo lo que puedan percibir como una decisión partidista.

Thargodén supuso que Handir tenía razón. Con el Consejo formado ahora por una mitad de silvanos, el voto del rey más el de Handir sumaba una mayoría simple. Nada le impediría proclamar a Lássira su reina y a Fel'annár su príncipe.

—Entonces dejaré en tus manos y en las de Aradan el allanar el camino, una vez que nos hayamos ocupado de la amenaza inmediata que pesa sobre la ciudad.

—Por supuesto, padre. Pero has de saber que, para mí, Fel'annár es mi hermano y, por lo tanto, un príncipe de este reino. Me complace enormemente que sea reconocido como tal.

La sonrisa de Thargodén fue lenta y genuina. Se volvió hacia Maeneth cuando ella habló, escrutando los ojos de la hija.

—Regresé a casa porque finalmente acepté el pasado. Comprendí la naturaleza de tu vínculo con mi madre, igual que comprendo que Band'orán fue responsable de tu vínculo con Canusahéi y no Lássira. Fuiste una víctima, padre, y también lo fueron Lássira y Fel'annár. No conozco bien a mi hermano silvano, mi hermano Ari, pero eso se remediará cuando regrese. Sé por Sontúr que es honorable y humilde, como debe ser un príncipe. No tengo recelos, padre. Si me fui fue porque no podía soportar ver tu dolor, tu descenso a las tinieblas. Si proclamar tu vínculo con Lássira te trae por fin alegría, después de tantos años, celebraré esos días, cada uno de ellos, mientras duren.

A Thargodén se le humedecieron los ojos, pero no pudo apartar la vista del rostro decidido de la hija, de la lenta sonrisa que floreció en él. Cerró los ojos, contuvo las lágrimas de amor y alivio y luego se volvió hacia Llyniel.

—¿Y tú, hija? ¿Qué dices?

Thargodén veía cómo la conmoción afectaba a la capacidad de Llyniel para hilvanar una frase coherente, pero le dio el tiempo que claramente necesitaba.

—Estoy... asombrada ante la perspectiva, insegura de hasta qué punto es necesario. Él es un lord por derecho propio. Es el señor de la guerra, ya respetado por su pueblo. ¿Para qué necesitaría una corona sobre la cabeza, Thargodén?

La pregunta no era desafiante ni rebelde en modo alguno. Era sincera, tanto como lo sería la propia respuesta del rey.

—Porque esa corona lo señalará como sangre de mi sangre, de la casa de Or'Talán y Zéndar. Dirá a nuestro pueblo que fue deseado, que pertenece aquí y que es amado. Simbolizará mi reclamo sobre él, tan ciertamente como simbolizará su servicio incondicional a este reino.

Llyniel miró fijamente a Thargodén con los ojos muy abiertos, dejando que las emociones salieran a la superficie.

—Sentirse *querido* —dijo, con una voz que no era más que un susurro—. Pertenecer y ser amado... era todo lo que siempre deseó de niño. Debéis tener paciencia con él cuando llegue el momento. Debéis hablar con él en privado antes de anunciarlo. No sabrá cómo aceptarlo. Ha pasado toda una vida creyendo que no era digno del amor de sus padres. No podéis cambiar eso con una sola y sencilla ceremonia.

—No. Pero puedo empezar a cambiarlo, y con el paso del tiempo quizás... quizás me acepte porque quiera hacerlo, sin sentirse débil o vulnerable. Porque ese es su dilema, ¿verdad? —Recordó las palabras de Fel'annár el día que se conocieron en las mazmorras de Analei—. Fel'annár me dijo una vez que Amareth no era su madre. Sé que ella lo había amado, protegido y cuidado, y que lo hizo bien. Pero en la mente de Fel'annár, ella nunca había sido capaz de reemplazar a Lássira. Ese vínculo inexplicable entre una madre y su hijo se había formado de algún modo, incluso antes de que Fel'annár supiera quién era Lássira. Creo que Amareth lo sabía; puede que incluso se culpara a sí misma.

Una lágrima cayó de los testarudos ojos de Llyniel porque Thargodén comprendía mucho más de lo que ella jamás le había reconocido.

—Entonces todos debemos ayudarle a comprender lo que significa realmente la familia. No es afecto forzado, ni palabras que deben decirse porque se esperan, ni cosas que deben hacerse porque se le debe algo a la familia de alguna manera. Debemos guiarle por el camino hacia el amor verdadero e incondicional, no del tipo que compartimos él y yo, pero verdadero de todos modos. Nunca ha sentido eso.

Handir miró a la amiga, de acuerdo con ella en su mayor parte. Pero se equivocaba en una cosa.

—Él *sí* que lo ha sentido, el día que soltó un bote que era su tabla de salvación para seguirme por los rápidos. Aquella decisión fue ilógica. Todo lo que sabía era que yo moriría si no me seguía. Se aferró a mí, mantuvo la cabeza fuera del agua y luego me protegió

del impacto mientras caíamos por las Cataratas del Horizonte. Deberíamos haber muerto juntos aquel día, yo estuve a punto de hacerlo, y aquello casi acaba con él. Pero nunca lo admitirá.

Thargodén contuvo las emociones, pues ¿acaso no había visto él mismo ese amor?

—Hizo lo mismo conmigo, en los pozos de inundación de Analei. Tú estabas allí, Sontúr. Viste lo que pasó. No es que no haya sentido el amor de una familia. Lo ha hecho y, sin embargo, le aterra sucumbir a él por cómo le hace sentir. Debe aprender a desvincular el amor familiar de la debilidad y la vulnerabilidad, porque así es como le hacía sentir de niño, cuando no lo tenía, y por eso se decía a sí mismo que no lo *necesitaba*, que debía ser fuerte, que podía sobrevivir sin ese amor.

—Y lo hizo. Pero este es el precio. —Llyniel se secó las lágrimas y Handir le tomó la mano mientras Maeneth los observaba, empezando a darse cuenta en ese momento de cuánto ignoraba, de cuánto había sufrido la familia estos últimos meses. Deseó que Rinon estuviera allí para verlo.

—Entonces está decidido —dijo Maeneth—. De un modo u otro, Fel'annár será un príncipe del reino. No necesitáis el consentimiento de vuestros hijos, pero lo tenéis de todos modos.

Llyniel gimoteó y luego soltó una risita.

—Cientos de heridos regresan de la guerra y Rinon cabalga en busca de un ejército mientras Fel'annár vuelve del combate. Y aquí estamos nosotros, hablando de amor.

—¿Y por qué te sorprende eso, hija? ¿No es el amor la razón por la que nuestros guerreros yacen heridos o acuden en masa al Camino Corto? ¿Porque darían sus vidas por amor a su familia y a su tierra? ¿No es el amor lo que impulsa a Rinon a buscar protección para esta ciudad? ¿No es la razón por la que Fel'annár regresa de una guerra sangrienta? El amor lo abarca todo, Llyniel. Lo tiñe todo, nos hace más grandes, más audaces, más sabios y mejores. Impulsa al espíritu a aspirar a grandes cosas.

Llyniel sonrió a Thargodén, sintiendo que el corazón se abría hacia él por todo lo que había sufrido, por todo lo que intentaba ahora para dar un paso al frente, fuera de la turbia oscuridad del

pasado y hacia un nuevo futuro. Este rey amaba a Fel'annár, amaba a Lássira, estuviera donde estuviese. Amaba a todos los hijos, esforzándose solo por hacerlos felices y, en esa única cosa, encontrar la felicidad para sí mismo.

¿Pero cuándo encontraría *él* la alegría para sí mismo?

Pregunta estúpida, se dio cuenta, porque Llyniel ya sabía la respuesta. Thargodén encontraría la alegría el día que entrara en la Fuente, en el segundo mundo, en busca de Lássira.

Maeneth miró de reojo a Sontúr, que tenía la mano sobre el regazo de ella bajo la mesa. Ya habían acordado no proclamar su amor públicamente hasta que Sontúr hubiera hablado con su padre. Aun así, el impulso de decírselo al padre, al hermano y a la mejor amiga era casi excesivo, igual que la alegría que se había apoderado de ella desde aquella tarde inolvidable en la que Sontúr y ella se habían confesado el amor.

Dos golpes secos en las puertas y estas se abrieron desde fuera. En el umbral estaba Turion. Mientras las puertas se cerraban tras él, Thargodén pensó que se le veía viejo, demacrado y encorvado, como si cargara con el mundo sobre los hombros. Conocía esa sensación; sabía que Turion traía malas noticias.

A su alrededor, Handir, Maeneth, Llyniel y Sontúr se acercaron más, como si ellos también hubieran presentido noticias funestas.

Handir puso una mano en el hombro del padre. Sontúr buscó la mano de Maeneth y la apretó con fuerza mientras Llyniel descruzaba los brazos y se quedaba completamente inmóvil, con mil escenarios cruzando la mente. Extendió la percepción y sintió la presencia de Fel'annár, todavía lejana.

—¿Se trata de Rinon? —preguntó el rey en voz baja.

La mirada de Turion se desvió hacia Maeneth y luego volvió al rey.

—No. El príncipe Rinon llegará a casa en unos días. Pero ha enviado al capitán Sorei por delante con un mensaje para vos... para todos los reinos élficos.

Thargodén frunció el ceño y dio un paso adelante, buscando en los ojos de Turion cualquier señal, alguna pista de lo que iba a decir.

—Una fuerza invasora de los mares del sur se dirige hacia la costa. Pelagia seguramente ha caído, y su destino es esta ciudad.

—Estarán aquí antes de que acabe la semana.

A la derecha de Rinon se extendía un vasto campamento de civiles; cientos de ellos sentados en grupos ante pequeñas hogueras, comiendo solo lo que habían traído consigo. Era demasiado peligroso cazar.

Compartían lo poco que tenían e invitaban a otros a unirse a sus fuegos. Nadie debería estar solo esta noche, decían. Pero Rinon necesitaba pensar, asegurarse de que no se le había pasado nada por alto.

A su izquierda, el Estuario se encontraba con el Calro. Tres barcos mercantes habían avanzado todo lo posible antes de echar el ancla. Aquellas aguas eran vastas pero poco profundas, no lo suficiente para embarcaciones tan grandes.

A un día o poco más de distancia, el río Calro bajaba con rapidez, y la corriente impedía que los botes más pequeños se retiraran velozmente del mar. Las lluvias del norte debían ser intensas, pensó Rinon, y se preguntó si Fel'annár habría tomado la ruta fluvial o si venía por tierra. Lo más probable era lo segundo, reflexionó, pues nunca habría balsas suficientes para todo el ejército, y los forestales nunca permitirían que se talara tal cantidad de madera.

El único modo de entrar en la ciudad era a pie.

Pasó junto a un corral improvisado, saludó con la cabeza a los maestros de establo y se dirigió al perímetro sur, con la vista puesta en la ahora oscura isla de Dan'bar a lo lejos. Mañana, a medida que el bosque se espesara a su alrededor, la perdería totalmente de vista.

El teniente Enar estaba más adelante, un rostro familiar para los asustados civiles. En cuanto al teniente Jarabon y sus más de doscientos guerreros silvanos veteranos, recorrían el camino de

arriba abajo, velando por la seguridad de la gente y asegurándoles que estaban tan a salvo como era posible dadas las circunstancias.

Jarabon era una bendición a la que Rinon debía vigilar de cerca. El veterano silvano no confiaba en Rinon; no confiaba en ningún alpino, o eso le parecía al príncipe. Pero Jarabon había dejado clara la lealtad duradera a Or'Talán, tanto como la lealtad al señor de la guerra, su *príncipe*, según afirmaban ellos.

El teniente Dashen seguramente ya habría alcanzado la posición del capitán Salo en el Camino del Este. Suspenderían la ofensiva contra los Desviados, se reagruparían y ayudarían a proteger la retaguardia de la línea aparentemente interminable de refugiados. Rinon necesitaría cada espada para traerlos de vuelta ilesos, a tiempo para prepararse para lo que, inevitablemente, vendría.

Un asedio.

Y sin embargo, con tantos silvanos todavía en la ciudad, parecía una tarea imposible alimentar a tanta gente. Se preguntó si sería práctico crear un camino seguro hacia el bosque tras el regreso a la ciudad. Estarían más seguros bajo los árboles, al menos hasta que se rompiera el asedio, fuera cual fuese el resultado. Pero eso dependería de a qué distancia estuviera el enemigo, de si un asedio era siquiera posible con las cifras que sugerían los barcos que se aproximaban.

Por encima de los murmullos silenciosos y la orden ocasional de un teniente, Rinon se volvió hacia el sonido de un carro que traqueteaba al entrar en el campamento. Un rezagado, desesperado por alejarse del mar, poco dispuesto a detenerse y acampar. ¿Es que el necio no comprendía que podía matar al caballo?

Dio la espalda a Dan'bar y caminó hacia el ruido. Se sobresaltó ante el grito desesperado que lanzó el conductor.

—¡Sanador! ¡Necesito un sanador!

—¡Aquí!

Rinon se detuvo en seco, miró por el campamento y divisó a un refugiado que se levantaba de donde había estado acuclillado junto a un fuego cercano. El elfo corrió hacia el carro justo cuando el conductor saltaba al suelo. Retirando la lona, el sanador subió y se agachó junto a una figura tendida.

—Por todos los dioses... —murmuró.

Rinon saltó a la parte trasera del carro, se agachó al otro lado de la figura inmóvil y vio cómo el sanador retiraba la manta que la cubría. Alcanzó a ver el uniforme andrajoso de un capitán pelágico.

—Ha sido... golpeado —dijo el sanador.

Desde el suelo, un rostro con cicatrices apareció bajo una amplia capucha. Rinon se asustó y echó mano a la daga del cinturón, pero una mano apareció ante el rostro deformado, con la palma hacia fuera en señal de paz.

—Golpeado no. *Torturado*.

Rinon se echó hacia atrás.

—¿De qué estáis *hablando*? —Pero incluso mientras hacía la pregunta, bajó la vista hacia el elfo inconsciente y observó cómo el sanador le apartaba el cabello gris de la cara.

—¡Dioses santos, es *Airen*!

—Le perdonaron la vida para sacarle el secreto del Fuego Pelágico. No lo consiguieron.

Rinon volvió a clavar los ojos en el elfo cicatrizado.

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo lo saqué de allí, hablé con él antes de que sucumbiera a la infección.

—¿*Vos*? —Rinon medio torció el gesto; no creía que aquel elfo maltrecho pudiera hacer gran cosa.

El elfo le devolvió la mirada al príncipe y un chispazo de fastidio cruzó la mente de Rinon. ¿Se estaba burlando de él?

—¿Quién *sois*?

El elfo echó la cabeza hacia atrás, como si considerara qué decir, o tal vez cómo debía decirlo. Por alguna razón, Rinon se encontró conteniendo el aliento.

—Macurian. Antiguo teniente de las fuerzas secretas del Rey Carenar.

Había más, Rinon lo sabía. Por cómo lo había dicho, por la fuerza innecesaria tras las palabras.

—¿División?

El elfo tardó en responder. Parpadeó y apretó los labios.

—Sombra.

Rinon entrecerró los ojos mientras la mente procesaba la información, y una imagen empezó a formarse en la cabeza. —¿Por qué os marchasteis?

—¿Qué importa eso?

—¡*¿Por qué?*!

La pregunta de Rinon fue, de hecho, una orden.

—Mis razones son mías, príncipe. Podéis aceptar mi servicio o enviarme a los pozos del tormento de Galomú. Es vuestra elección. —Había un desafío en el tono del ex-Sombra.

—No puedo aceptar vuestro servicio si no podéis responder a mi pregunta, obedecer mi orden. Si deseáis colaborar como civil, que así sea.

Un gemido de dolor surgió de atrás, y Rinon no pasó por alto el destello de preocupación en el rostro del ex-Sombra. Observó al elfo curtido mientras se acercaba a Airen.

—¿Dónde... dónde estamos?

—Estamos a salvo —dijo la voz ronca de Macurian.

—¿Cómo... cómo lo has conseguido...?

—Eso no importa...

—Sí que importa. Importa... *hermano.*

Macurian se tambaleó. Su hermano estaba muerto; ningún compañero de armas lo había llamado así en décadas porque nunca lo había merecido. Sintió que los ojos se empañaban y apretó los labios. Asintiendo al sanador y al príncipe, se dio la vuelta y desapareció en la noche.

Rinon lo observó; no se le había escapado la preocupación ni la conmoción cuando Airen lo había llamado hermano. Había un corazón en algún lugar bajo esas cicatrices y esa deliberada irreverencia. El Sombra se preocupaba, a pesar de los intentos por demostrar lo contrario.

A Rinon le gustaba, desconfiaba de él y lo respetaba por haber rescatado a Airen. Tenía curiosidad; quería saber qué le había pasado a ese elfo y por qué no hablaba del pasado. Era duro, había visto y hecho cosas que tal vez no debería haber hecho. Y sin embargo, una sola palabra había bastado para abrumarlo.

CAPÍTULO 6

Oyentes de Ea Uaré

Gra'dón se abrió paso hacia los niveles inferiores de la residencia real, escoltado por un guardia a cada hombro. En la mano, el único fruto de su trabajo de aquella mañana: una llave incrustada de joyas que centelleaba y relucía bajo la vacilante luz de las antorchas.

Había interrogado a los pocos guerreros pelágicos que habían encontrado tras registrar la isla de arriba abajo. Primero, les había preguntado *con* amabilidad por el secreto del fuego flotante, e incluso les había ofrecido la vida a cambio de él. Pero se habían negado, así que había empleado el Telzorán con suma destreza. No se había detenido hasta que el hueso blanco y brillante asomó a través de la carne ensangrentada y las serpientes silbaron con un deleite morboso, infundiendo en Gra'dón un poder familiar que lo espoleaba, alimentándolo de alguna manera inexplicable. Solo entonces les había arrancado los dedos para usarlos para vaciarles las cuencas de los ojos. Mientras lo hacía, observaba al resto de sus cautivos con la esperanza de que cambiaran de opinión y le entregaran el secreto.

Había disfrutado de su horror, vibrando con la fuerza de mil guerreros, con la necesidad de usar el Telzorán de nuevo. Era un arma poderosa y, sin embargo, una debilidad que jamás mostraría a

nadie, ni siquiera a sus hermanos, no fuera que intentaran arrebatársela.

A pesar de la tortura y de la mordida del Telzorán, nadie había hablado, salvo un elfo que le había contado lo de una llave que abriría las puertas de las cámaras de tesoros de los elfos marinos, pensando quizás que así podría conservar la vida. Como medio Calraziano que era, Gra'dón se lo había agradecido al guerrero de mente débil y, acto seguido, lo había desentrañado por traicionar a su propio rey. Era una lástima que el guerrero no hubiera podido verlo por sí mismo, pues Gra'dón ya lo había cegado.

Había encontrado la llave, justo donde el servil guerrero había dicho que estaría. Ahora, todo lo que tenía que hacer era encontrar la cámara.

Las botas resonaban sobre la piedra húmeda; caminaba con la espalda encorvada para que las serpientes del yelmo no rozaran los techos. Los elfos eran más altos que los mortales, pero Gra'dón era más alto que todos ellos. Una vez completada la colonización, ordenaría a sus ingenieros modificar las estructuras principales para no tener que doblarse y agacharse bajo las puertas.

La sombra del yelmo de serpiente era de un gris carboncillo contra la luz anaranjada que se reflejaba en la piedra reluciente. El aire se volvía más pesado con cada tramo de escaleras, y se preguntó cuánto habían descendido exactamente. Al bajar los últimos escalones, se encontró ante un corredor largo y oscuro, al final del cual había una puerta de madera sencilla.

No había tallas ni grandes estatuas como las habría en Calrazia. De no haber sabido de qué se trataba, habría confundido aquel lugar con un almacén.

Avanzó a grandes zancadas, observó la llave y el ojo de la cerradura a un lado de la puerta. Se preguntó si habría trampas instaladas, si el servil guerrero lo habría enviado allí para engañarlo. Se volvió hacia uno de los guardias, le entregó la llave e hizo un gesto con la cabeza.

Sin vacilar, el guardia dio un paso al frente, insertó la llave y la giró. Con un golpe sordo, el mecanismo se desplazó y la puerta se abrió con un siseo, mientras las antorchas chisporroteaban. Los

guardias se dieron la vuelta para proteger la llama mientras Gra'dón entraba, con los ojos fijos en la pared del fondo, que no era de piedra.

Era de cristal.

Se estremeció al sentir el pinchazo de cien dagas gélidas en la carne. No había sentido una emoción tan abrumadora desde que presenció la ejecución de miles de los guerreros traidores de la Frontera Oeste que se habían sublevado contra su cacicazgo en Calrazia.

Ante él, más allá del muro de cristal, se extendía el fondo del Mar Pelágico.

Peces de colores nadaban entre las rocas y otros animales más grandes se deslizaban aquí y allá, y tras ellos, el mar de un azul claro. Eran aguas poco profundas, cercanas a los muros del palacio real. No podía sino preguntarse qué aspecto tendría aquello de noche.

Entre los peces y la fauna flotaba un elfo; el cuerpo se mecía de un lado a otro, con la bota atrapada entre las rocas y el cabello gris desplegado a su alrededor como un halo de seda. Tarde o temprano, las corrientes liberarían el cuerpo, o tal vez no, y Gra'dón vería cómo la carne se pudría lentamente.

Un genio había construido aquel lugar, y no por primera vez resolvió llevarse consigo a artesanos, arquitectos, músicos y artistas élficos a su nueva corte para esclavizarlos y encargarles la creación de cosas hermosas. Les diría que eran los últimos de su especie, los guardianes de su cultura perdida. Sería una inspiración poderosa que seguramente evocaría obras de belleza como jamás había visto.

Una vez que la ciudad de Ea Uaré fuera suya, regresaría aquí y convertiría este lugar en su salón del trono. El telón de fondo acuático sería un recordatorio eterno de por qué habían venido, al menos en parte.

Con un movimiento de la mano, los dos guardias abandonaron la cámara, no sin antes entregar una antorcha. Solo, comenzó la inspección del tesoro real, maravillándose ante los contrastes de su propia mente.

Amaba a aquellas gentes por su destreza, por su capacidad para crear cosas bellas y por la sangre inmortal que le habían dado. Las odiaba por su arrogancia, por su crueldad. Los Señores de la Arena jamás separarían a un niño de su madre.

Había pinturas y estatuas, monedas y joyas. Había piedras preciosas, armas con incrustaciones de pedrería, broches para el pelo y rollos de seda pura.

Dejaría la mayor parte de aquel tesoro allí, lo auditaría y luego lo custodiaría para uso futuro, pero tomaría una parte para sí mismo y como recompensa para sus caciques y capitanes mientras estos conquistaban las tierras élficas por orden suya.

Al acercarse al muro de cristal, los ojos se centraron de nuevo en el mundo submarino ante él, sopesando el siguiente movimiento.

Había hecho todo lo que estaba en su mano para descubrir el secreto del Fuego Azul, y había pasado en la isla más días de los previstos. Pero no había logrado encontrarlo y, aunque era reacio a abandonar la búsqueda, la prioridad eran sus hermanos. Tenía la firme intención de llegar a la hora y al lugar acordados, intercambiar información y planificar los días venideros. No había otra alternativa que seguir adelante, pues cada día de retraso permitía que los aliados de Thargodén pudieran acercarse.

Aun así, contaba con sus Lagartos de Gas de la madre patria y, según los informes, con sus Sabuesos, entrenados por los Desviados bajo la estrecha supervisión de sus propios maestros de bestias calrazianos durante los últimos tres años. Pero sin el Fuego Azul, no utilizaría las lanzas de fuego de largo alcance para el ataque a Ea Uaré. No servirían para otro propósito que destruir los edificios de la ciudad que deseaba para sí y asolar el Gran Cinturón Forestal. Este formaba parte de su futuro imperio. Era hermoso. No había necesidad de destruirlo, a menos que el mago lo volviera en su contra.

Pondría en práctica el plan original, montando las torres de asedio y los trabuquetes a medida que avanzaran hacia la ciudad, tal como había planeado inicialmente. Con las fuerzas que Gra'dón traía, y junto con los Sabuesos y los Lagartos de Gas, tenía más que suficiente para borrar a los elfos de Thargodén de la faz de Bel'arán.

Y si de algún modo lograban presentar batalla, Gra'dón enviaría a las Huestes de Gharzakan.

Después del almuerzo se reuniría con los maestros de bestias y, si todo salía según lo planeado, pondría un pie en la península en dos días.

Años de cuidadosa planificación cobraban forma por fin. Largas jornadas de negociaciones, decenas de incursiones en el norte y el sur en busca de información sobre armamento, tácticas militares, cultura y política élficas. Todo se reducía a este momento.

Un cofre grande atrajo la atención de Gra'dón. Se desbordaban monedas de él; la tapa estaba abierta y resultaba tentadora. Lo cogió, lo vació y luego sustituyó las monedas por gemas. Rubíes y esmeraldas, zafiros y diamantes, ópalos y perlas, muchísimas perlas. Cuando estuvo lleno hasta los topes, cerró la tapa y se dirigió hacia las puertas abiertas.

A medio camino hacia ellas, la mirada topó con una pintura, colocada torcidamente sobre una pila de baratijas de oro. Aminoró el paso, se detuvo, frunció el ceño con profunda curiosidad. Se apartó de la puerta y caminó hacia la exquisita obra de arte. Se arrodilló ante ella, se colocó el cofre del tesoro bajo el brazo y, con la otra mano, la alcanzó.

En el centro había un elfo con una imponente corona sobre los cabellos rubios. Vestido con terciopelos y sedas, brocados y el cuero más suave, se trataba sin duda de un rey, pero no de Pelagia. Los espías le habían dicho que estos no tenían hijos, y Vorn'asté solo tenía hijos varones. Tenía que ser el rey de Ea Uaré.

Bajó la mirada hacia la inscripción de la esquina inferior derecha.

Linaje de Or'Talán

Or'Talán, primer rey de Ea Uaré, azote de Calrazia. Había muerto en la Batalla bajo el Sol y, aunque había sido un enemigo del reino, Gra'dón siempre lo había admirado por sus hazañas. Había venido de la Madre Patria, colonizado aquel bosque y forjado un reino para sí mismo. Había sido el comandante de su propio ejército, había inspirado a sus guerreros y se había vuelto casi invencible.

Así pues, estos eran sus herederos; aquel rey era su hijo, dedujo Gra'dón.

A su derecha, un elfo de cabellos rubio plateados, vestido con lo que parecía un uniforme militar. De rostro severo, ojos azules agudos y cortantes, parecía enfadado, inaccesible, impredecible. De todos los demás elfos del retrato, la corona era la más grande y ornamentada. ¿Era aquel el príncipe heredero, entonces?

A continuación venía una mujer, ciertamente hermosa, y luego, a la izquierda del rey, otro hijo, vestido con una túnica larga y vaporosa. No era un guerrero, por tanto. Pero fue el boceto a medio pintar a su izquierda lo que más llamó la atención de Gra'dón, pues parecía haber sido añadido más tarde.

¿Acaso era un bastardo real? ¿Aceptado solo más tarde, ya adulto? En Calrazia, las mujeres bastardas no tenían valor y la única forma en que un hombre sin padre podía ganar renombre, honor y un cacicazgo era ser reconocido por su progenitor. La idea cobró fuerza en la mente, pues no había ninguna corona sobre la cabeza de aquel elfo y el parecido con el rey no era tan pronunciado como el de los demás.

Contempló el rostro imponente, los ojos firmes y seguros de sí mismos, la melena de trenzas plateadas y giros extraños. Pero lo que más fascinó a Gra'dón fueron los ojos del elfo, pues eran incluso más verdes que los suyos, como esmeraldas congeladas derritiéndose al sol.

Se puso en pie, con el cofre bajo un brazo y el retrato en la otra mano.

Podría resultarle útil en caso de que necesitara tomar como rehén a la familia real.

Tras los gruesos muros de piedra de la sala del tesoro, seis guerreros aguardaban; el cabello gris se veía negros bajo la luz de una única vela. Era todo lo que se atrevían a mantener encendido para no llamar la atención sobre la cámara oculta. Ahora, con el invasor fuera, el General Axata encendió los candelabros de pared y se volvió expectante hacia sus cinco compañeros.

—Ha ido por poco. Alguien debe de haberse quebrado bajo presión, aunque me atrevería a decir que no han proporcionado a ese monstruo la información que buscaba.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio sombrío.

—Tiene que haber una forma de contactar con nuestros aliados —murmuró Axata.

El rey Ibexo de Pelagia dio un paso al frente, con los ojos grises centelleando de ira y determinación.

—Thargodén no nos fallará.

—¿Y aun así, cómo puede encontrarnos aquí? ¿Bajo tierra? ¿Bajo el mar? No tenemos forma de salir de la isla sin ser detectados, no con semejante cantidad de Señores de la Arena patrullando por tierra y por mar.

El rey Catairo de Pelagia se adelantó hacia la luz.

—Debemos encontrar el modo. Podríamos ofrecer a Thargodén el uso de nuestro Fuego Pelágico, pero sin *nosotros*...

—Con todo el respeto, majestades —comenzó Axata con cuidado —, incluso si pudiera encontrarnos a tanta profundidad, incluso si aceptáramos prestarle nuestro Fuego, nunca podríamos producir lo suficiente ni transportarlo a su ciudad a tiempo. Solo puede viajar por mar, y es demasiado inestable para llevarlo por tierra. Y si, por algún milagro, lográramos tal cosa, ¿nos atreveríamos a usarlo si el enemigo utiliza sus lanzas de fuego? Aniquilaríamos todo el bosque, a nuestros propios aliados. Tal vez el mejor servicio que podamos prestar a esta campaña sea mantener el Fuego tan lejos de esta guerra como podamos.

—Entendido. Pero Aria *encontrará* la manera, Axata. Ella encontrará el modo de que los elfos marinos de Pelagia ayuden a sus aliados a derrotar a este monstruo. En esto debo confiar.

Axata, Catairo y los demás capitanes miraron a Ibexo, con el orgullo y la lástima luchando por dominar sus expresiones. Pero a Ibexo no le importaba. No iba a quedarse allí sentado, escondido en las entrañas del Círculo Interior pelágico, sin hacer nada. Tenían que salir, encontrar un lugar seguro donde los elfos de Thargodén pudieran encontrarlos, hallar una forma de usar la única arma que

posiblemente les daría la ventaja contra el enemigo más numeroso y devastador que los reinos élficos habían visto jamás.

Simplemente no sabía *cómo*, todavía no.

A gran altura en el cielo, sobrevolando y trazando círculos sobre la conquistada isla de Dan'bar, las aves observaban las idas y venidas de los Señores de la Arena.

Un azor se mantuvo suspendido en el aire junto a una gaviota y, después, puso rumbo de vuelta a tierra firme. Los otros continuarían la búsqueda de los reyes pelágicos mientras él volaba hacia el Gremio Académico. Lainon informaría a Lerita de las novedades y luego seguiría su luz guía hasta el Ber'anor, en algún lugar en las profundidades del extenso bosque de Ea Uaré.

Tras el impactante mensaje que Sorei había traído del sur, el nuevo día se había dedicado a dar la noticia al Círculo Interior y a los ciudadanos de Ea Uaré.

Reinaba un caos controlado, un pánico incipiente, y no eran solo los silvanos quienes hacían el equipaje. Muchos otros se unirían a ellos en su éxodo hacia el bosque. Ya no importaba si Turion podía prescindir de guerreros para acompañarlos. Habría seguridad en el número, decían, y los riesgos de quedarse superaban con creces los de un ataque de un pequeño grupo de Desviados.

Los argumentos a favor y en contra de quedarse se oían por toda la ciudad, y las especulaciones sobre quién estaba invadiendo sus tierras eran incesantes. ¿Se trataba de algún enemigo nuevo, llegado de tierras desconocidas para forjar un imperio? ¿Lo sabía Tar'eastór? ¿Enviarían ayuda? ¿Y qué le había ocurrido a Pelagia?

A medida que la mañana daba paso a la tarde, Turion observaba desde las puertas del Círculo Interior. Los portones estaban abiertos y un mar multicolor de silvanos y alpinos pasaba a través de ellos, a pie, a caballo o en desvencijadas carretas abarrotadas con sus pertenencias. Turion no había podido detenerlos y, a decir verdad, ya no estaba convencido de que debiera hacerlo.

Al otro lado del patio, divisó a lord Erthoron y a lady Amareth. Ellos también habían estado observando a los silvanos regresar a sus hogares ancestrales. Las familias alpinas seguramente viajarían con ellos hasta Oran'dor y luego se desviarían hacia la Madre Patria.

Mientras Turion se adentraba en el Círculo Interior dirigiéndose a su despacho, los dos nobles silvanos se encaminaron a los aposentos del rey. Los habían convocado para una reunión privada, o eso suponían.

No se equivocaban, y pronto se hallaron ante la presencia del rey y su familia, junto con sus consejeros más cercanos, el príncipe Sontúr y lord Aradan.

—¿Se ha unido nuestra familia a la caravana que vuelve a casa? —preguntó Thargodén.

Amareth negó con la cabeza, intercambiando una mirada con Erthoron.

—Mi madre se ha negado. Desea quedarse en el Gremio de Mercaderes. Ha entablado una clase de amistad muy peculiar con el Oyente Taniq. Y en cuanto a Vasanth, ahora es una guerrera novicia.

—Lo sé, y he recibido informes favorables de sus tutores.

Amareth miró fijamente a Thargodén, claramente sorprendida de que el rey mostrase tal interés por la prima silvana de Fel'annár. Pero, por otro lado, Vasanth era sobrina de Lássira, lo que lo convertía a él en su tío abuelo.

—Lo lleva en la sangre, por todo su linaje. Narosén dice que está destinada a la grandeza.

—¿Narosén es un Ari'atór Espiritual?

—Sí. Parte con nuestro grupo más numeroso hacia Sen Garay, donde ayudará a restablecer la ciudad y a prepararla para recibir a más refugiados y para la llegada de nuestro ejército.

Erthoron dio un paso al frente.

—¿Sabemos quién se atreve a reclamar estas tierras silvanas?

El rey clavó la mirada en Erthoron. Cierto es que *habían* sido tierras silvanas. Pero ahora eran tierras *élficas*, tan queridas para él como para cualquier silvano.

—No lo sabemos. Sea cual sea el caso, Pelagia seguramente ya habrá caído. La capitana Sorei habló de una hueste formidable, una

que cree que no puede ser derrotada ni siquiera por el poder de la armada pelágica. Semejante superioridad numérica solo puede significar una cosa. —El rey se dio la vuelta, y la túnica de seda ondeó alrededor de las rodillas.

—Han venido para quedarse —dijo Aradan.

Thargodén sostuvo la mirada y asintió con brevedad.

—¿Qué ayuda podemos esperar de nuestros aliados? —preguntó Erthoron.

—De Pelagia, ninguna. Y pasará tiempo antes de que el rey Vorn'asté tenga noticia de la invasión. No obstante, con la cantidad de barcos que huyen por los Estrechos de Cristal, los mensajeros estarán ya de camino. Aun así, el enemigo seguramente llegará aquí antes de que él pueda ayudarnos. Por ahora estamos solos en esto.

—Pero no tenemos los efectivos necesarios —dijo Amareth, negando con la cabeza.

—No. No los tenemos. Quizá deberías reconsiderarlo, Amareth. Vete mientras puedas, llévate a Alei contigo.

—Ella no se marchará, y yo tampoco. Mi hijo y mi hermano lucharán en esta guerra, y yo me uniré a ellos de cualquier forma que pueda.

—¿Y si te lo ordenara, *hermana*? —Unos penetrantes ojos azules se cruzaron con un reluciente ámbar.

Amareth vaciló. El rey nunca la había llamado así; quizá porque aquello era toda una declaración de reconocimiento hacia su familia silvana. Le agradó sobremanera.

—Me negaría, *hermano*. Mi lugar es este, con mi familia.

Handir dio un paso al frente, entrelazando las manos a la espalda.

—Lo que queda de nuestro propio ejército tardará otras dos semanas en llegar en balsa, según el comandante Turion. No habrá suficientes balsas para todos, a menos que hayamos perdido a muchos más de los que previmos. Creo que muchos vendrán a caballo. Digamos que dos mil en el mejor de los casos. Aun así, no llegarán a tiempo. Con los quinientos guerreros de aquí y otros cuatrocientos novicios sin experiencia en el campo de batalla, sumamos poco menos de tres mil. Con el enemigo potencialmente a

solo una semana de distancia, se nos echarán encima antes de que podamos defendernos debidamente.

Handir había dicho lo que ninguno de ellos deseaba oír, lo que Turion ya sabía y para lo que se estaba preparando.

—Nos encaminamos a un asedio. Es nuestra única posibilidad de supervivencia hasta que llegue ayuda de nuestro ejército o, con algo de suerte, de la Madre Patria.

Thargodén asintió, se volvió hacia las ventanas abiertas y cerró los ojos.

—Habrá muchos refugiados llegando desde Puerto Helia y de la propia Pelagia —dijo Amareth—. Debemos preparar alojamientos, reservas y suministros para poder resistir todo el tiempo que sea necesario.

El rey se volvió hacia los invitados.

—Encárgate de los refugiados, Amareth. Tienes pleno permiso para actuar en mi nombre. Pero con estas cifras, cuantos más tomen el camino del bosque, mejor.

Amareth asintió y se giró hacia el príncipe alpino cuando este habló.

—El comandante Turion va a enviar una patrulla hacia la posición del General Rinon. No sabemos cuántos guerreros están con él, ni si se ha reagrupado con la patrulla del capitán Salo. Pero a buen seguro le faltarán guerreros para proteger a tantos civiles. Y además, la capitana Sorei ha traído la singular noticia de que hay Sabuesos de la Montaña merodeando por el Camino del Oeste.

—Ese es un acontecimiento preocupante —reflexionó Aradan—. ¿Desde cuándo han existido sabuesos en Ea Uaré?

—Desde nunca, Aradan —dijo el rey—. Eso plantea la cuestión de qué alianzas ha forjado este nuevo enemigo.

Thargodén respiró profundamente y se volvió de nuevo hacia la familia y los invitados.

—Debemos retrasar el cierre de las puertas tanto como podamos, para que los refugiados puedan salir y los cazadores puedan llenar nuestros almacenes. Una vez que Rinon esté a salvo en casa, sabremos más sobre a qué nos enfrentamos exactamente. —El rey

se giró hacia un lado, aparentemente sumido en sus pensamientos. Handir lo observaba.

—¿En qué estás pensando, padre?

Tras un momento, Thargodén habló con voz suave y distante.

—Quizá tenías razón, Handir, Sontúr. Quizá esto no sea una coincidencia, quizá esté relacionado de algún modo con la guerra del norte y el extraño comportamiento de los Desviados. Luchamos y vencimos a los Señores de la Arena, y nuestro ejército victorioso aún tiene que regresar. ¿Acaso este ataque desde el mar está teniendo lugar exactamente cuando se planeó? ¿Mientras nuestro ejército está lejos?

—Dos frentes, sí. Tiene sentido —asintió Sontúr mientras miraba de reojo a Handir.

—¿Pero con quién se aliarían los Señores de la Arena? —preguntó Aradan.

Maeneth dio un paso al frente.

—Das por hecho que no son los propios Señores de la Arena, Aradan. Por improbable que parezca, sabemos poco de Calrazia, de su geografía. ¿Y si hay un mar más allá de las arenas del norte? Navegarían rodeando la costa occidental y luego hacia el sur. Quizá *sí* son Señores de la Arena los que vienen del mar.

—No podemos descartarlo —admitió Aradan.

—Amareth, tú estás a cargo del bienestar de los refugiados. Con las cifras que calcula Turion que vendrán, necesitarás la ayuda de Erthoron. Aradan, tú eres mis ojos y oídos en el Consejo Real. Handir, tienes mi voto y tu lugar a la cabeza de este. Maeneth, eres libre para servir en el ejército, según disponga Turion, al igual que Sontúr hasta que Fel'annár regrese. Llyniel, tú eres mi Lestari, la mano sanadora que mis guerreros necesitarán en las semanas venideras.

El rey inspiró profundamente y los miró a todos y cada uno de ellos.

—Debemos trabajar juntos, al unísono, unidos por el honor y la sangre. Sois mi familia y, juntos, los linajes de Zéndar, Aradan, Vorn'asté y Or'Talán prevalecerán. Jamás han visto estas tierras tal sangre unida como una sola. Semejante fuerza combinada no puede

ser derrotada, nunca será conquistada, pues incluso si estas tierras cayeran ante el enemigo, nuestro legado común jamás lo hará.

Les dio la espalda con rigidez, con los ojos cerrados mientras miraba hacia el Bosque Perenne que se extendía tras las ventanas. Los abrió despacio y apretó la mandíbula; quería gritar a los dioses, dondequiera que estuviesen.

¿Por qué? ¿Por qué no podéis dejarnos en paz? ¿Por qué debemos sufrir a lo largo de esta vida de guerra, que no es más que momentos fugaces de júbilo y felicidad?

Deseaba salir volando hacia dondequiera que estuviese Lássira. Pero Thargodén era rey y estaba obligado a proteger a su pueblo con todo lo que tenía, incluso con sus propios hijos.

En las sombras más profundas de la fortaleza real, Lerita observaba cómo los invitados del rey se marchaban con los rostros impasibles. El rey la haría sentirse orgullosa, haría que su padre se sintiera orgulloso. En cuanto a ella, dejaría a Senat a cargo del Gremio Académico hasta que la guerra terminara, fuera cual fuese el desenlace.

Se miró la cara interna de la muñeca y, con los dedos de la otra mano, acarició el semicírculo con el punto, la marca de los Shirán. Era hora de partir hacia el Bosque Perenne y su propio consejo de guerra, en un lugar muy diferente a este.

Vuela rápido, hermano Lainon. Trae al Adalid a casa y a la guerra.

~

Vasanth Ara Bulan, Aren Zéndar, miró a su alrededor en el patio donde los otros novicios aguardaban órdenes.

Hoy, a cada uno de ellos se le asignaría un capitán y recibirían su primera misión. Comenzarían a servir sin la obligatoria experiencia de campo.

Estaba emocionada, aunque la expresión permanecía inalterable. Nunca había esperado que su primer día de servicio al rey fuera así, preparándose para una guerra que decían que venía del sur.

Aquella mañana se había despertado sabiendo que algo iba mal. Las voces eran demasiado altas y la actividad demasiado intensa para las horas del alba. Y luego habían oído que el Círculo Interior se había activado durante la noche, que la capitana Sorei había regresado con noticias funestas de la costa. Ya había visto a un gran grupo de ciudadanos alejarse de la ciudad, adentrándose en el bosque pese al peligro.

Por el rabillo del ojo, vio a los capitanes salir del Círculo Interior, con rostros severos y en silencio. Con ellos iba el Comandante General Turion. Solo había cuarenta capitanes cuando debería haber habido ciento diez. Fel'annár se había marchado a la guerra antes de que pudieran completar sus filas, pero al menos algunos de ellos eran silvanos. Rezaba por que la asignaran a uno de ellos, para poder servir en la División del Bosque, bajo el mando supremo de Fel'annár. Al fin y al cabo, para eso había venido, esa era la razón por la que casi había vuelto loco a su propio padre. Él no había querido regresar, pero lo había hecho por ella.

Ahora más cerca, admiró las armaduras, los emblemas, las espadas y las ornamentadas corazas. Algunos incluso llevaban un Colanei o un Turanés colgando del cinto. Ella nunca tendría uno, eran demasiado caros. Pero entonces la vista se posó en Sorei y en la peculiar hoja que sobresalía del arnés.

Turion se situó ante la multitud de novicios, con los demás capitanes repartidos a su izquierda y derecha, la vista puesta en los reclutas, buscando indicios de fuerza, estatura, las armas que portaban y quizá la expresión de sus ojos. De los cuatrocientos novicios, cien eran mujeres. Seguramente serían las últimas en ser elegidas, repartidas cortésmente entre los capitanes porque Turion se lo pedía. Así de fuerte era el prejuicio hacia las guerreras. Había sido distinto en la época en que su madre sirvió como guerrera, en los días previos al ascenso de Band'orán al poder.

Apretó la mandíbula y se puso en formación ante la orden de un teniente. Un capitán alpino dio un paso al frente y leyó su lista, empezando por los apellidos. La mayoría eran alpinos, y todos los últimos diez nombres eran femeninos. Contuvo la mueca de desprecio que amenazaba con aparecer en el rostro.

Pero el escepticismo pronto fue reemplazado por la estupefacción cuando el siguiente capitán dio un paso al frente, pues Ara Bulan fue el primer nombre que pronunció. Con los ojos muy abiertos y totalmente perpleja, salió de la fila y se acercó al elfo que sería su primer capitán.

Henú.

Los otros capitanes la vieron saludar, siguiéndola con la mirada mientras pasaba por delante de la fila y se situaba tras Henú. Uno por uno, otros se unieron a ella. Hombres, mujeres, silvanos y alpinos; algunos felices, otros claramente decepcionados. Para ella, aquello era un sueño hecho realidad, pues todos los esfuerzos de aquellos últimos años habían dado fruto. A pesar de los pensamientos pesimistas y la naturaleza escéptica, los hechos la habían desmentido. No había pasado desapercibida. Las habilidades habían sido tenidas en cuenta y, a pesar de ser mujer, había sido la primera guerrera que Henú había querido en su equipo.

Intentó no sonreír, trató de mantener la vista al frente y se dijo desesperadamente a sí misma que no mirara al comandante general.

Pero lo hizo. Él la estaba mirando fijamente. Con un sutil asentimiento, volvió a dirigirse a los novicios, dejando a la nieta de Zéndar totalmente atónita y absurdamente eufórica.

Si tan solo su madre pudiera verla ahora. Si tan solo su padre estuviera allí entre la multitud, orgulloso y a la vez aterrorizado de que su destino fuera idéntico.

Respiró hondo, intentando con todas sus fuerzas recordar a su madre, pero todo lo que alcanzaba a ver era un rostro borroso y una voz profunda, pero ninguna palabra a la que pudiera aferrarse.

Se preguntó si le pasaría lo mismo a Fel'annár. Él era un bebé cuando Lássira murió. Seguramente no podía recordar el rostro, ni siquiera la voz. Eso la hacía sentirse afortunada, porque ella al menos había tenido a su padre y a su abuela. Aun así, por aquel entonces se había sentido diferente, privada de hermanos y hermanas, de una madre que había muerto demasiado joven. Pero Fel'annár solo había tenido a su tía. Bulan había pedido ayudar a criar al sobrino, pero Amareth siempre lo había rechazado con firmeza.

Tenían casi la misma edad y ambos habían sabido siempre que serían guerreros. Ella solo se había cruzado con Fel'annár una vez, apenas lo conocía y, sin embargo, el rostro y las pocas palabras que habían compartido le habían dicho mucho más que su padre. El Señor de la Guerra, su primo, era todo lo que había esperado y más. La fe en él no había sido errónea. No la había decepcionado como Bulan sugirió que podría ocurrir. Pero claro, él tampoco había conocido a Fel'annár en aquel entonces. ¿Qué pensaría de él ahora que habían ido juntos a la guerra? Se sentía mal regodearse, pero había tenido razón y, sin duda, no resistiría la tentación de decírselo a su padre cuando regresara.

Por ahora, se sentía satisfecha, sabiendo que valía la pena soportar las miradas calculadoras, los celos y los comentarios sarcásticos de los compañeros novicios. Pensaban que era una privilegiada, una presuntuosa. Creían que usaría la relación con el Señor de la Guerra para medrar y ganar renombre. Creían todas esas cosas que ella jamás haría, y Vasanth pensó que lo comprendía. Al rebajarla, ellos se sentían iguales. Así que dejaría que lo hicieran, mientras no pusieran en duda la lealtad y la valía. Con el tiempo, comprenderían que nunca se aprovecharía de la sangre que compartía con el Señor de la Guerra. Cualquier cosa que lograra en aquel ejército sería por mérito propio, se lo juró a sí misma.

El capitán Henú se dirigió a su patrulla de cincuenta novicios recién asignados.

—Vosotros cincuenta partiréis en treinta minutos, junto con veinte guerreros experimentados. Preparaos para pasar dos o tres días en el camino. Coged el equipo, las monturas y reuníos en las puertas. ¡Treinta minutos!

Vasanth saludó junto con los demás y luego echó a correr hacia los barracones. En el interior, recogió hasta la última de las armas y cogió el macuto de viaje; sabía que estaba listo a falta de la ropa adicional que necesitaría. Se colgó la bolsa al hombro, se la echó a la espalda y se dirigió a los establos. Pronto estuvo montada y trotando hacia las puertas, donde el nuevo capitán seguramente les informaría sobre la misión.

El corazón le martilleaba en el pecho y la mente le gritaba que mantuviera la calma, que no mostrara la inquietud que sentía, la cercanía del conflicto, el olor metálico de la sangre que derramaría por primera vez.

Henú estaba en la silla y, a su lado, dos tenientes. Detrás, veinte guerreros de aspecto sombrío. Sintió a los demás novicios colocarse junto a ella, con caballos resoplando ansiosos por la marcha, rostros de elfos jóvenes como libros abiertos. Ojos brillantes, bocas entreabiertas, entusiasmo y miedo, valor e incertidumbre; todo lo que ella sentía pero no mostraría.

—Ya sabéis que la guerra viene del sur. El General Rinon escolta a refugiados de Pelagia y Puerto Helia, pero la capitana Sorei informa de la presencia de unas nuevas criaturas que cree que podrían ser Sabuesos. No son nativos de estas tierras y están demasiado cerca de los civiles que se dirigen a la ciudad. Se cree que la caravana de refugiados está a unos dos días de distancia. Nuestra misión es protegerlos de un ataque y ayudar al General Rinon a trasladar a esa gente sanos y salvos a nuestra ciudad.

Henú se volvió hacia el teniente Chandor y este escudriñó la patrulla.

—Para muchos de vosotros, este es vuestro primer viaje hacia el peligro, puede que incluso sea vuestro primer encuentro con los Desviados, o quizás con estas criaturas parecidas a sabuesos. Pero sabed que vuestro capitán está con vosotros para guiaros y aconsejaros en cada paso del camino, al igual que yo, Chandor, vuestro teniente. Esta es la División del Bosque, bajo el mando de nuestro Señor de la Guerra, el General Fel'annár. Él y nuestro rey os agradecen vuestros sacrificios en los días venideros.

Una oleada de agujas ardientes recorrió la columna de Vasanth; sentía que le quemaba la cara y luchó por contenerla. Era la División del Bosque, y por fin era una novicia. Mientras las puertas se abrían chirriando, la patrulla de setenta guerreros de Henú partió al galope, con las capas volando tras ellos.

¡Por los dioses! La sangre de Vasanth cantaba en las venas. Pasara lo que pasara en los días venideros, para eso había nacido.

Con Aria como testigo, juró que haría que Fel'annár se sintiera orgulloso de la sangre que compartían.

La llave de la puerta de la celda de Draugolé chasqueó suavemente. No se trataba de la entrega de una comida. Era una visita furtiva del único que lo había visitado últimamente: el carcelero Kalan.

Kalan era un converso reciente, un guardia de la prisión que seguiría a Draugolé una vez que hubiera escapado de aquel lugar. Quería disfrutar de los beneficios de trabajar para la mente más aguda que jamás hubiera conocido. Draugolé sabía que lo había dicho para ganarse su favor. Había funcionado y, bueno, era cierto.

La asociación de Kalan con Draugolé era una garantía de trabajo para toda la vida lejos de aquella tortura subterránea, uno mucho mejor pagado que el de un carcelero. Todo lo que Kalan tenía que hacer era asegurarse de que nadie sospechara lo que estaba haciendo, lo que Draugolé estaba haciendo a pesar de estar encerrado en aislamiento.

Se volvió hacia la puerta y alargó la mano para coger el papel que el guardia le ofrecía. Al abrirlo, leyó, con los ojos azules brillando en la penumbra. Los dedos rozaron la única frase que contenía.

Invasores desconocidos desde el sur.

¿Dónde estaban los detalles?

Draugolé se apartó de la pared de piedra, con el ceño fruncido mientras revisaba el reverso de la nota; luego volvió a girarla.

—¿No hay nada más? —murmuró.

Kalan apretó los labios y ofreció al señor la misma respuesta que le había dado el día anterior y el anterior a ese.

—Nada, mi señor.

El silencio se prolongó, pero aun así, Kalan esperó. El jefe del Gremio de Mercaderes y el ex-Lestari Nestar claramente no habían dicho lo que Draugolé quería oír. Todo lo que podía hacer era esperar que estuvieran llevando a cabo alguna hazaña que llevara

tiempo, que no lo hubieran abandonado. Pero a Kalan le resultaba evidente que Draugolé empezaba a sospechar.

—Tráeme papel y tinta mañana, Kalan. Y mantén los ojos y los oídos abiertos. Si oyes que alguno de los Ilícitos rompe el secreto, debo saberlo de inmediato.

—Por supuesto, mi señor.

—Eso será todo, Kalan.

Había un tono melancólico en la voz del señor. Parecía pensativo, casi nostálgico. Pero Kalan sabía con certeza que no lo estaba. Estaba tramando algo, pensando como pocos otros podrían hacerlo.

Una vez que Kalan se hubo marchado, Draugolé dio rienda suelta a la mente.

Nestar y Melu'sán se estaban tomando su tiempo, demasiado. Sabía que nunca lo traicionarían, al menos no por los motivos correctos. Tenía tanto contra ellos como ellos contra él. Pero una sospecha se estaba formando, una voz insistente que le decía que podrían darle la espalda, huir ante estos *invasores desconocidos*, dejarlo allí en aquel pozo infernal con trescientos Ilícitos y ningún lugar a donde ir.

La ira amenazó con romper la practicada calma. La reprimió, obligándose a *pensar*.

Hasta entonces, dos Ilícitos que se habían negado a aceptar la invitación de Draugolé para unirse a él habían muerto posteriormente por *causas naturales*. Kalan no había tenido reparos en administrar el veneno; después de todo, solo era una pequeña gota del brebaje de Nestar en cada una de sus comidas. Pero Draugolé sabía que no podía usar mucho más sin despertar sospechas, a pesar de que los sanadores no habían encontrado nada que sugiriera juego sucio.

Pero allí, en aquellas mazmorras, los Ilícitos sabían que no había nada de natural en las muertes de sus hermanos. Era hora de insistir, una vez más, de asegurar su ayuda, antes de que Rinon regresara, antes de que llegaran a la ciudad esos invasores desconocidos.

El momento era propicio. Draugolé necesitaba actuar ya, mientras la ciudad estaba prácticamente indefensa. La única grieta

en los bien trazados planes eran los dos cómplices, que se habían vuelto casi mudos para él.

La ventana de oportunidad para apoderarse de la ciudad se hacía más pequeña con cada día que pasaba. Enviaría a Nestar y Melu'sán un ultimátum, pues ¿no habían prometido su lealtad? Si lo abandonaban ahora, juraba que nunca cosecharían los beneficios de lo que habían logrado, ni recogerían los frutos del intelecto superior de Draugolé, porque sin él, no eran nada.

Bulan se había marchado al amanecer con una gran patrulla que había elegido cuidadosamente.

Había escogido a aquellos que habían perdido familiares y amigos a manos de los Segadores en Abiren'á y a lo largo de la Senda Macabra.

Idernon se había quedado al mando del campamento mientras Fel'annár se recuperaba de la dura experiencia de la noche anterior. Bulan había intercambiado gestos de asentimiento con Gor'sadén, sabiendo que este vigilaría al joven teniente.

Fel'annár no se había sentido bien aquella mañana, pero le restó importancia y les dijo a los demás que tenía una tarea que cumplir, secretamente alegre de que se quedarían una noche más. Se puso en contacto con Yerái y lo encontró; la conexión era mejor que la anterior, señal de que el capitán había estado practicando.

Yerái se alarmó y luego se indignó al enterarse de la progenie de los Segadores, de que su Señor de la Guerra había sido atacado por ellos en la mina de la Vieja Bruja. Fel'annár ordenó a Yerái que rastreara los sistemas de cuevas del norte en busca de cualquier señal de otras colonias. Hecho esto, le dio la noticia de la invasión en el sur.

Yerái permaneció en silencio mientras Fel'annár explicaba lo que sabía, y luego le dijo que se quedara en el norte, que defendiera la ciudad silvana ancestral hasta el final.

Pero mientras seguían hablando, Fel'annár empezó a ver a Yerái en la mente. Estaba de pie en la base de Anora.

—¿Dónde estás, capitán?

—Estoy ante Anora. Tengo una mano apoyada contra la corteza.

El ceño de Fel'annár se contrajo. Se imaginó a sí mismo allí, dio un paso hacia Anora y Yerái.

—Mira a tu izquierda.

El capitán se volvió y entornó los ojos.

—Veo una perturbación, como algo moviéndose entre la niebla.

Un escalofrío recorrió la espalda de Fel'annár.

—Soy yo, Yerái.

El capitán extendió la otra mano, moviendo los dedos. Se sobresaltó y la retiró.

—Santa Aria...

—¿Puedes verme?

—Veo un contorno, tenue, pero está ahí. Dioses, ¿cómo es esto posible?

—No lo sé, Yerái, todavía no.

Fel'annár estiró la dolorida espalda, solo para que una oleada de mareo le golpeara. Sentía demasiado calor, estaba excesivamente cansado, pero el entusiasmo no se aplacaba. Como general de la División del Bosque, ¿y si pudiera ver lo que estaba ocurriendo en cualquier parte del bosque sin tener que estar físicamente presente? Las implicaciones superaban incluso la imaginación.

La próxima vez que hablara con Yerái a través de los árboles, lo pondría a prueba; se imaginaría en algún lugar improbable y vería si el capitán podía decirle a dónde lo había llevado la mente. ¿Se verían el uno al otro en un lugar que no fuera real? ¿Un lugar inventado? ¿Serían capaces de hablar como si estuvieran de pie en el Círculo Interior?

Fel'annár rompió la conexión con Yerái y se alejó del árbol. Se tambaleó hacia un lado y Pengon lo sujetó antes de que se cayera, ayudándolo a sentarse con la espalda apoyada en el tronco.

—Señor de la Guerra insensato.

Fel'annár soltó una risa fatigada, demasiado cansado para preparar una réplica. Se había sobreesforzado, pero había valido la

pena.

Momentos después, Pengon regresó con una taza. Se la tendió, esperó a que Fel'annár bebiera y se volvió hacia La Compañía y Gor'sadén. Sabía que Pengon estaba hablando, aunque solo podía imaginar la naturaleza de las advertencias. Instantes después, estaba profundamente dormido.

Mientras el Señor de la Guerra dormía, La Compañía, Gor'sadén e incluso Hobin se turnaron para usar paños y agua fresca del río para mantener baja la fiebre, mientras el resto montaba guardia. Idernon envió grupos a cazar y a buscar hierbas, bayas y raíces. No se sabía cuándo volverían a detenerse. Gor'sadén había alabado la previsión de Idernon y observó al joven teniente, confirmando lo que siempre había sabido. Idernon tenía madera de gran capitán, y así se lo informaría a Turion la próxima vez que se vieran.

Para cuando el crepúsculo cayó sobre ellos, Fel'annár estaba finalmente despierto, sentado bajo el árbol con una manta sobre los hombros, en compañía de Galdith, Carodel y Ramien.

Un Bulan cansado y demacrado guió a la patrulla de regreso a un campamento que olía a estofado. Burbujeaba sobre los fuegos y el aroma tentador impregnaba el aire, dando nuevos ánimos a los pasos de los guerreros. Incluso Fel'annár sintió hambre por primera vez en aquel día.

Observó a la patrulla que regresaba, miró a Bulan buscando una señal de que la misión hubiera tenido éxito. El tío se acercó a Gor'sadén y le tendió la bota perdida con ambas manos, como si fuera un gran tesoro. Para el comandante lo era, y la cogió con reverencia, asintió en agradecimiento al capitán silvano y acto seguido se dejó caer al suelo, se quitó la bota prestada y se puso la suya propia.

Fel'annár supo entonces que la incursión había sido un éxito. Aun así, los Segadores les habían retrasado un día valioso y, aunque la demora había sido necesaria, sabía que tendría que encontrar la forma de acelerar el regreso, viajar durante más tiempo, a pesar de que el riesgo de encallar en bajíos, o algo peor en rocas, fuera mayor.

La patrulla de Bulan estaba exultante. Habían registrado toda la cueva, encontrado los cuerpos de aquellos Segadores que habían atacado a Fel'annár y a La Compañía la noche anterior y matado a los que les atacaron a ellos, asegurándose de que se despachaba a las crías de Segador. Incluso habían encontrado a otro grupo pequeño, escondido en las profundidades de la mina, custodiando una nidada de huevos. Bulan había prendido fuego al lugar, sintiendo una lúgubre satisfacción ante los gritos mientras abandonaban la cueva, bloqueando la entrada y arrancando hasta el último brote de la planta foránea para mayor seguridad.

Al caer la noche y calmarse el campamento, Fel'annár descansó cerca del fuego ante la insistencia de Pengon, Gor'sadén y La Compañía. Bulan se sentó con ellos y, a medida que el silencio se profundizaba, cada uno consideró sus circunstancias.

Ramien echó leña al fuego y Fel'annár observó cómo chisporroteaba. La mirada se desvió hacia Carodel, el bromista, el coqueto, el soñador histriónico que siempre los hacía reír. Pero tras los sucesos que habían tenido lugar en Abiren'á, se había ganado la reputación de Cantor Espiritual, de poeta, el bardo que su nombre de guerrero reflejaba. A pesar de la naturaleza a veces frívola, Fel'annár había visto al elfo observador y sensible que había debajo, había escuchado las conmovedoras palabras y las emociones con las que cantaba. Ya no podía imaginar la vida sin Carodel a su lado.

Fel'annár sonrió y luego centró la atención en Ramien, el corpulento amigo, el gigante hijo de Lan Taria que lo había defendido cuando Fel'annár aún no podía defenderse por sí mismo. De corazón blando y cabeza dura, el Muro de Piedra seguía a su lado tras cinco décadas de amistad.

Respiró profundamente y buscó a Idernon, que estaba acuclillado ante el fuego con los ojos fijos en las llamas danzantes, calentándose las manos mientras reflexionaba.

Idernon ya conocía a Ramien desde que eran niños. Una pareja improbable, pues a uno lo burlaban por el tamaño del cuerpo mientras que al otro lo burlaban por el tamaño del cerebro. Se habían unido, como almas marginadas, en una búsqueda infantil de igualdad, de reconocimiento y justicia. Curioso que, años después,

se embarcaran en otra búsqueda por la igualdad, no la suya, sino la de toda una nación.

Galdith estaba sentado junto a Ramien con un pequeño cuchillo para hierbas en la mano. El veterano guerrero silvano sonreía, no de alegría, sino ante algún recuerdo del amigo. Galadan seguía en el primer plano de la mente, mientras que el recuerdo de la familia perdida golpeaba la puerta cerrada tras la cual residían; no olvidados, sino apartados para que Galdith pudiera seguir viviendo.

Fel'annár, Ramien, Idernon y Carodel habían conocido a Galdith en el camino a Tar'eastór, cuando Fel'annár no tenía ni idea de su propio pasado ni de lo que traería el futuro; de cómo la Madre Patria lo cambiaría tan completamente, de cómo los cambiaría a todos.

Galdith había sido un alma colérica, un silvano rebelde harto hasta el límite de Pan'assár y sus actos discriminatorios, profundamente marcado por la pérdida de la esposa y el hijo en las ruinas de Sen'uár, donde Fel'annár había librado su primera batalla bajo el mando de Turion.

El recuerdo del peso en los brazos, contra el pecho, inmóvil. El tacto del cabello aterciopelado bajo la mano cuidadosa, acariciando la carne suave y fría.

Bloqueó esos recuerdos, obligó a los ojos a centrarse en el fuego creciente en el centro del círculo, con las llamas naranjas parpadeando sobre la piel oscura de Tensári, cuyas líneas y puntos negros en el rostro contrastaban más vivamente por un momento. Ella había sido su Maestra de la Espada en la Madre Patria. Eso había sido antes de que llegara a comprender quién era ella para Lainon. Tras la muerte del hermano, ella le había culpado y se había marchado a Araria, pero había regresado a tiempo para salvarlo de ser devorado por los sabuesos. Desde ese día, nunca se había apartado de su lado.

Faltaban tres miembros en La Compañía. Sontúr convalecía de sus heridas en Ea Uaré, mientras que Lainon estaba lejos, volando o caminando a uno u otro lado de la Fuente, la *fuente secreta* si las sospechas de Fel'annár eran correctas. Respecto al tercero, aún no habían hablado de él, aunque estuviera siempre presente en sus pensamientos, hoy más que nunca.

Todos habían visto trabajar a Pengon, deseando que hubiera sido Galadan.

—Estás muy lejos.

Fel'annár apartó la vista de Gor'sadén y se giró con rigidez donde yacía, encontrando la mirada de Idernon.

—Estaba recordando cómo conocí a La Compañía, las cosas que pasaron y a los que hemos perdido en esta extraña senda que hemos caminado juntos... y que seguimos caminando.

Gor'sadén asintió pensativo.

—Debes de tener muchos relatos de vuestras peripecias. Me gustaría escucharlos.

—Lo harás, algún día —rió entre dientes Fel'annár. Desde la muerte de Pan'assár, Gor'sadén se había mostrado temerario al principio. Pero luego el desprecio por la propia seguridad se había convertido en un trabajo incesante. Se había esforzado en la orilla del río, ayudado a cargar con la madera caída, ayudado a Bulan, ayudado a Koldur y entrenado a los Discípulos Kah. Siempre estaba ocupado, sin tiempo para *pensar* hasta hacía muy poco, cuando supo que Pan'assár había sido Ber'ator a pesar de haberlo ignorado. Fel'annár se preguntaba si Gor'sadén seguiría soñando con su muerte, con él mismo en peligro mortal.

—El bosque está tranquilo. Azure estará en la ciudad, o quizá en el Bosque Perenne —dijo Fel'annár, mirando a Tensári.

—Está bien. Eso es todo lo que sé.

Fel'annár no estaba seguro de si aquello era toda la verdad, pero conocía a la Ber'ator lo suficiente como para saber que no obtendría nada más.

Podía oír el río Calro fluyendo cerca, reconfortante, calmando la mente. Aspiró el aire, olió el aroma de la salvia y el romero y luego alzó la vista hacia el imponente dosel forestal. Alguien dejó escapar un suspiro largo y tenue, alguien chasqueó la lengua y un búho ululó a lo lejos.

Fue sacado de aquel extraño momento por la suave voz de Carodel.

—Si Galadan estuviera aquí, estaría hirviendo agua, hurgando en ese misterioso fardo suyo y sacando saquitos, mezclando hierbas. El

aire estaría impregnado del olor a menta y jengibre, y de cualquier otra cosa que pusiera en esos mejunjes suyos. —Carodel agitó el brazo en el aire con una sonrisa triste en el rostro.

—Manzanilla y equinácea —dijo Galdith con distracción—. Echo de menos ese olor.

Fel'annár observó el juego de emociones en el rostro del Guerrero Feroz y se volvió hacia Ramien cuando este habló.

—Siempre había una sensación de fortaleza allí donde él iba. Supongo que era el peso de sus años. Siempre me hacía sentir que había una solución para todo, como si no pudiera pasarnos nada por lo que Galadan no hubiera pasado antes.

Fel'annár sabía exactamente a qué se refería Ramien. Él mismo había sentido esa aura de confianza y seguridad.

—Recuerdo aquel fatídico viaje a Tar'eastór cuando conocimos a Galdith aquí mismo. Tras el ataque, cuando solo quedábamos unos pocos, Galadan sabía exactamente qué hacer, confió en mí y en mis extrañas afirmaciones sobre oír a los árboles. —Fel'annár resopló y sacudió la cabeza—. Me llamaba *príncipe*, aunque en aquel momento él no lo comprendiera.

—Resulta extraño cómo a veces los ojos más distantes, las facciones más rígidas e inexpresivas, ocultan las almas más sensibles —dijo Carodel. Y entonces se le escapó una risita—. Me prometió que no hablaría del lagarto que me había sorprendido en el río. Yo, eh... puede que gritara antes de deslizarme por la orilla sentado. —Volvió a reírse y se pasó los dedos por el pelo—. Cumplió esa promesa y aun así contó la historia, sin mencionar ni una vez al lagarto, sino a una *criatura de piel gris y correosa*. —El Guerrero Bardo agitó las manos en el aire, entornando los ojos ante el recuerdo.

Fel'annár no había pasado por alto el leve temblor en los labios de Carodel a pesar de la sonrisa. En cuanto a Galdith, miraba obstinadamente el fuego con los ojos vidriosos. Al cabo de un rato, habló.

—Nunca pensé que mi mejor amigo sería un alpino. Pero eso fue cuando yo mismo era un intolerante. Los odiaba por el modo en que trataban a nuestros guerreros, por la forma en que Pan'assár nos

miraba por encima del hombro. Permití que la ira me convenciera de que todos eran iguales. —Bufó y desvió la mirada un momento con gesto de asco—. Fue esa Piedra de Honor que llevabas lo que me intrigó. Desafiaste abiertamente la prohibición de Pan'assár y, al día siguiente, el resto le seguimos el juego.

Galdith se volvió hacia Fel'annár, tal vez preguntándose si lo recordaba. Lo hacía, y asintió para confirmarlo.

—Pan'assár cambió en las semanas posteriores a nuestra llegada a Tar'eastór, y de algún modo, yo también. Todas las preguntas, los porqués y las recriminaciones contra la misma Aria por permitir que mi amor y mi muchacho perecieran. Dioses, estaba tan furioso, y dirigí esa rabia contra Pan'assár, contra cualquier alpino que observara mientras a nosotros, los silvanos, nos ponían a encender fuegos y a cocinar para otros. Creo que Pan'assár hizo lo mismo, culpar al mundo de las cosas que había soportado, aunque especialmente a los silvanos.

Fel'annár miró a Galdith como si lo viera por primera vez. La profundidad de la comprensión era evidente, y se volvió hacia Gor'sadén y Bulan, encontrándolos mirando a Galdith con la misma expresión.

—Están muertos en este mundo, pero vivos en algún otro lugar. Mirad a Lainon. Nuestro propio Azure. —Fel'annár sonrió con dulzura, captó la mirada intensa de Tensári al otro lado del fuego y luego se volvió hacia Gor'sadén—. También Pan'assár está vivo, esperando al otro lado con Or'Talán.

Gor'sadén miró de reojo a Bulan.

—Igual que tú te preguntabas si tu padre Zéndar eligió el camino de un Shirán como Lainon, también yo me pregunto a veces si Or'Talán lo hizo. ¿Y qué hay de Pan'assár, si Aria le diera esa opción?

Fel'annár reflexionó sobre las palabras del padre adoptivo. Resultaba asombroso pensar que el abuelo, el rey fundador de Ea Uaré, pudiera estar en algún lugar del Bosque Perenne cuidando del antiguo reino junto a Zéndar. Y si ese fuera el caso, ¿llegaría a conocerlos algún día en esta vida?

Los ojos de Fel'annár se cerraron involuntariamente; sintió que alguien le ponía otra manta encima. En instantes, el sueño lo venció.

Pero fue despertado bruscamente por una voz en la cabeza, una que no reconoció. Resonaba extrañamente en los oídos.

Bienvenido, viajero.

CAPÍTULO 7

Portador de la Luz

Bienvenido, viajero.

Ahí estaba de nuevo, esa voz, en sus oídos. Incorporándose de golpe, advirtió con sobresalto que no estaba tumbado junto a la hoguera con sus amigos. En su lugar, se encontraba en un pequeño bote que cruzaba el río desde el Bosque Profundo hacia el Bosque Perenne.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se preguntó si habría alguna criatura en las aguas inferiores, arrastrando el bote hacia la orilla. Pero no había ondas, ni burbujas de aire, ni Sombra; nada.

Aquello debía de ser un sueño, y sin embargo podía sentir la suave brisa contra sus mejillas encendidas. Pero, ¿acaso no había estado seguro antes para luego descubrir que se equivocaba? ¿No había creído también que su encuentro con la muerte en el Bosque Perenne había sido un sueño?

Apartando las mantas y la capa, se puso en pie, salió de la embarcación hacia suelo prohibido y detuvo el paso a propósito. Funcionó, y volvió a empezar. Extendió la mano, sintió la corteza rugosa de un árbol, las líneas y grietas bajo el dedo, una hormiga mientras pasaba presurosa a su lado.

Si aquello era un sueño, al menos seguía siendo dueño de sus propios pensamientos y acciones.

—Bienvenido, Ber'anor.

Fel'annár miró a su alrededor y luego hacia arriba. Lo habían bienvenido la primera vez que entró en el Bosque Perenne; sabía que seguiría siendo así hasta el lago. Pero ahora estaba muy lejos de aquel lugar.

Avanzó, agudizando los sentidos ante cualquier señal de peligro, pero no había ninguna; nada más que un silencio antinatural.

Apenas podía ver el cielo iluminado por la luna más allá de las imponentes ramas. La mirada vagó, buscando cualquier signo de movimiento, pero no había nada, a pesar de que podía sentir una presencia, como una onda en el agua, un sol creciente, cada vez más cálido sobre la piel.

Reprimió otro escalofrío y entrecerró los ojos hacia la media distancia. La niebla se acumulaba sobre el suelo, como una resma lechosa de gasa plateada. La observó arremolinarse alrededor de los tobillos mientras avanzaba; ahora no se atrevía a estirar la mano y tocar los árboles, pues el poder a su alrededor crecía, era casi tangible, haciéndole cosquillas en los dedos.

Tragó saliva, sintiendo agujas punzantes bajándole por el cuello y por la parte posterior de las rodillas. Alguien estaba sentado en un tronco caído, justo al alcance de la vista.

Se detuvo, obligó al frenético corazón a calmarse y miró.

Era una cazadora, pensó, tallando una flecha, con un arco corto a la espalda. Los ojos no se desviaron de su trabajo, a pesar de que sabía que él estaba allí, observándola desde lejos.

—Acompáñame, viajero.

A Fel'annár se le aceleró la respiración. Pero a diferencia de su experiencia anterior en el Bosque Perenne, fue *él* quien puso un pie delante del otro, aunque de forma lenta y algo forzada.

Haciendo acopio de valor, se acercó lo suficiente para advertir que era Ari'atór. Piel oscura, cabello negro y trenzado recogido en lo alto de la cabeza. Vestía cuero y ante, plumas y piedras, cuentas en el pelo y pintura en la cara.

—¿Quién sois? —No fue más que un susurro, pero ella lo oyó de todos modos.

Lo miró por primera vez, con unos penetrantes ojos azules sopesando la pregunta. Sonrió fugazmente e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Nos conocimos por primera vez cuando eras un bebé. Fue tu Despertar. Lo sentí.

Se vio a sí mismo envuelto en pañales, mirando hacia unos ojos azules brillantes… que no eran los de su madre. Vio a una mujer de cabellos rubios, con las manos extendidas a los lados, una bellota en una, una esmeralda en la otra. Fel'annár quiso caer de rodillas ante ella, pero la cazadora le tendió la mano y luego dio una palmada en el tronco a modo de invitación.

—No podemos permitir que te arrodilles; a tu sanador no le gustaría.

Supo que se refería a sus heridas vendadas, asombrándose de nuevo por lo real que parecía aquel sueño. Con torpeza, se acercó y se sentó a su lado, con los ojos reparando en cada detalle.

Ella lo permitió.

—¿Te sorprende mi aspecto? —Su voz era profunda y segura, y sin embargo calmante y reconfortante. Aunque hubiera estado a leguas de distancia, pensó que habría sido capaz de oírla igualmente.

—Yo… yo solo os he visto rodeada de luz. Pensé que erais rubia, de ojos azules, ataviada con un vestido plateado… —Sus palabras parecieron excesivamente ruidosas mientras esperaba una reacción, la confirmación de que aquella era Aria, la Dama de la Luz, Divina de Bel'arán.

Ella apretó los labios, intentando ocultar sin éxito la sonrisa afectuosa de su singular rostro. Introdujo la flecha terminada en el arnés e inclinó el cuerpo hacia delante, con los codos en los muslos, mientras los poderosos músculos de los brazos se ondulaban y se tensaban al contemplar a su Ber'anor.

—Es más fácil para ti ver solo ciertos aspectos de mi forma. Hay algo de verdad en todos ellos.

—Vuestros ojos son los mismos. Los he visto en otros sueños. —Por un momento se le pasó por la cabeza que tal vez no estuviera

soñando, pero la cazadora volvió a sonreír, con un rastro de travesura en la mirada brillante.

Apareció musgo en un lado de su cara, creciendo y extendiéndose para luego desaparecer. Hubo un movimiento en el hombro y un pequeño lagarto se irguió, parpadeando con sus ojos azules: era un Arimal.

—Me alegra que hayas aceptado tu camino, Fel'annár. Algunos nunca logran la conexión; están demasiado alejados de la tierra, del bosque, de los *árboles*.

—¿Habláis de Pan'assár?

—Sí. Tu abuelo, sin embargo, era un poderoso Ber'anor. El suyo era el deber de proteger mi dominio en Bel'arán. Tardó tres años en comprender y aceptar mi oferta de servir. Pan'assár nunca llegó a percibir la naturaleza de ese vínculo, pero aun así cumplió con ese deber de igual modo, tal era su amistad. Si hubiera comprendido la naturaleza divina de su unión, no habría sufrido como sufrió tras la muerte de mi Ber'anor. Aun así, ahora lo sabe y está en paz.

—¿Es… común que un Divino nunca entienda vuestra llamada al deber?

Ella se puso en pie, caminó una corta distancia y luego se volvió hacia él. No era ningún espectro, pues él podía oír el sonido de sus botas, el crujido del cuero y el ante, el rechinar de la madera y el castañeo de las cuentas. Con el rostro a solo la distancia de un brazo, pudo ver las raíces de los árboles bailando bajo la piel del cuello y la cara. Había alguna ilusión representándose ante sus ojos.

—Es común, sí. De hecho, la mayoría nunca llega a entenderlo, Fel'annár. A veces es una cuestión de sensibilidad, otras una cuestión de fe o inteligencia, quizá incluso una mezcla de todas estas cosas y más. Busco constantemente a los grandes para que lleven a cabo grandes hazañas. A veces tengo suerte y aceptan mi llamada.

—¿Se ha encontrado a sí mismo? Pan'assár, quiero decir.

—Está en ese camino, Fel'annár. Pero ante él se abre una elección, una que debe aceptar o rechazar. De cualquier modo, se reunirá con Or'Talán.

Fel'annár abrió la boca para hablar, la cerró y luego frunció el ceño. Tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

—¿Es… es la elección sobre convertirse en Shirán? ¿Tienen todos los Ari'atór esa opción?

La cazadora se alejó de él, pero él aún podía oírla, como si estuviera justo a su lado.

—No todos, no. Solo aquellos con ciertas… cualidades.

—¿Se convirtió Zéndar en Shirán? ¿Y Or'Talán?

—No puedo responder a eso. Solo los Shirán pueden conocer estas cosas.

—Pero… podrían estar aquí, observando. Podría conocerlos, podría…

—Fel'annár. Ese es el sacrificio de los Shirán. Mira a Lainon y Tensári, condenados a verse solo cuando el deber llama a Lainon a tu lado. Tú eres su refugio, por así decirlo.

—Pero, ¿por qué debe ser así?

—Porque aquellos que sirven en el otro lado saben cosas, cosas que las almas de Bel'arán no deben conocer. A cada mundo su propósito, Fel'annár. A cada mundo élfico su tiempo.

Inspiró profundamente, a medias entre la frustración y la aceptación. Parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, ella estaba justo a su lado. Intentó no sobresaltarse, pero fracasó estrepitosamente.

Lo escrutó en silencio, con la mirada fija en sus ojos. —Tus habilidades están evolucionando. He oído tu encuentro con tu capitán en el norte esta mañana. Me pregunto si, en última instancia, serás capaz de ver a través de los ojos de cada árbol del bosque. Tal vez seas capaz de mostrar a un Oyente lo que quieras que vea…

Los ojos de Fel'annár se abrieron de par en par. —¿Cómo… cómo son posibles tales cosas? Yerái casi podía verme, justo donde yo me había imaginado estar.

—El medio por el cual te comunicas son los árboles, Fel'annár. Es tu fuerza como Oyente la que transmite esa información a otros, incluso la alimenta. Es algo singular, porque puedes llevar a tus compañeros a lugares que no existen.

—Compañeros… ¿puedo llevar a más de una persona a un lugar así? ¿A Las Hermanas? Apenas puedo imaginar la vista desde lo alto de la Hermana del Sol.

Aria sonrió, con la mirada de pronto perdida, fija en un punto justo por encima de la cabeza de Fel'annár. —Creo que puedes. Ese es mi lugar favorito para contemplar mi mundo, un paraíso que pocos rivalizan. Me siento allí a menudo.

Un pensamiento lo asaltó y abrió la boca para hablar, vaciló y luego volvió a intentarlo. —¿Es esto lo que hice con Yerái? Ahora mismo, ¿estoy donde vos queréis que esté? ¿Utilizáis los árboles para lograr tal cosa?

Ella sonrió. —Bien hecho. Y sí, puedes llevar a otros a los lugares que elijas, siempre que haya un Oyente para establecer la conexión en el otro lado. Esto, por ejemplo, es creación mía, basada en la realidad. —Hizo un gesto con el brazo hacia su alrededor y luego se volvió de nuevo hacia Fel'annár, con un desafío en la mirada mientras escuchaba sus preguntas.

—¿Qué aspecto tenéis *realmente*?

Era una pregunta de niño, sin importancia alguna para su conversación, pero se sintió totalmente incapaz de ignorar la curiosidad. ¿Era la apariencia de Aria una proyección de lo que ella quería que él viera?

—Puedo aparecer bajo muchas formas. Soy una deidad. Manipulamos la textura de los mundos, los moldeamos según nuestros deseos y anhelos a través de las manos de nuestros Divinos. Me presento ante ti como Ari'atór, para que no tengas *miedo*.

No había hecho nada por calmar su curiosidad; de hecho, la había despertado, pues ¿por qué *debería* tener miedo?

—¿Tengo razón sobre este lugar? ¿Hay una Fuente en este bosque?

Ella sonrió, con la mirada abierta y honesta. —Sí. Y la invasión del sur debe ser atajada con presteza, manteniendo al enemigo lejos de ese lugar.

—No creo que tengamos suficientes efectivos. A menos que Tar'eastór venga y envíe suficientes guerreros, suponiendo que

puedan llegar a tiempo.

—Hay otro ejército aguardando tus órdenes, solo en caso de que lo necesites.

Fel'annár se sobresaltó y sacudió la cabeza. —¿Dónde?

Aria miró hacia las ramas que los rodeaban y luego volvió la vista a su Ber'anor. —En los árboles. ¿Dónde si no?

—Están demasiado lejos de las murallas de la ciudad para ser de ayuda…

—*En* los árboles, Ber'anor.

—¿Los Shirán? Pero… ¿acaso no los mandáis *vos*?

—Sí. Pero no puedo intervenir directamente en Bel'arán, Fel'annár. Mi voluntad debe cumplirse a través de los Divinos, a través de almas que están vinculadas a todos los mundos élficos. El Ber'ator y el Ber'anor actúan en mi nombre. Es algo necesario, pues el poder absoluto traería consigo la corrupción. Es la ley de la existencia. Las cosas deben hacerse por las razones *correctas* y en el momento oportuno; en el mundo adecuado. Los dioses no suelen ser una excepción.

—Pero estás aquí, dándome órdenes, diciéndome qué hacer.

—Sí. Y, sin embargo, eres libre de elegir en este mundo. Siempre has sido libre de alejarte de mis mandatos. Pero elijo bien a mis Divinos, les muestro la importancia de sus misiones. A veces fracaso, soy rechazada o incomprendida y debo intentarlo de nuevo. Contigo, elegí bien. —Respiró profundamente; una raíz de árbol se deslizaba justo bajo el suelo arcilloso, irguiéndose a su lado. Extendió una mano fuerte y callosa, y la acarició con cariño—. Pero no puedo comandar a los Shirán directamente, no en este mundo.

—¿Pero cómo voy a hacer tal cosa? Además, los Shirán ya tienen un líder, Kestu… ketsubab…

—Ket'subá.

Fel'annár la miró fijamente, preguntándose cuántos Servidores Divinos tendría y si conocería todos sus nombres. —Ket'subá, sí. Entonces, ¿no los comandaría él?

—Es un pensador, Fel'annár. Es inteligente, un diseñador de misiones, alguien que actúa en la sombra. Incluso ahora, trabaja arduamente junto a aquellos a quienes lidera. Busca una forma de

ayudarte, de ayudarnos a todos en esta guerra que se avecina. Tú eres un general, un comandante, tal como Gor'sadén te enseñó a ser, tal como tu sangre te predispuso a ser. Si pides ayuda a los Shirán, debe ser solo como último recurso. Una vez que se muestren ante este mundo, no habrá vuelta atrás. Los cimientos de Bel'arán se reconfigurarán para siempre. Evítalo si puedes, úsalos si debes; en tal caso, confía en Lainon como tu capitán.

Fel'annár miró al suelo, observando cómo bullía de vida alrededor de la cazadora, fascinado por la unión de la carne y el suelo fértil. Era casi como si ella se hubiera hundido en él, volviéndose uno con la tierra.

—Aún estamos a muchos días de la ciudad. El enemigo llegará antes que nosotros.

—Tal vez. —La cazadora alzó la vista hacia el despejado cielo nocturno—. Se avecina una tormenta, Fel'annár, y las lluvias caerán con fuerza sobre las altas cumbres del Bosque Perenne. Por la mañana, el río bajará crecido y *rápido*.

Su última palabra resonó por el claro, instándole a comprender. Pero él no lo hizo. Ni una sola nube flotaba en el cielo. Incluso podía ver las estrellas.

Pero si el río crecía, significaría un regreso más rápido a la ciudad.

Se volvió de nuevo hacia la cazadora, fijando la vista en la mano derecha, enfundada en un guante protector de arquero. Descansaba contra un árbol, y observó cómo los dedos lo acariciaban suavemente, recorriendo los surcos y las grietas. El gesto era idéntico al que él mismo había adoptado de niño. Captó la mirada de la cazadora, sintiéndose inseguro, aprensivo, pero la pregunta salió de la boca antes de que pudiera contenerse.

—¿Ganaremos esta guerra?

La cazadora se acercó, con el atisbo de una sonrisa melancólica en los labios. —No puedo ver el futuro, Ber'anor. Solo sé que *necesitamos* ganar esta guerra, a *toda* costa.

—¿Es ese mi propósito?

Estaba a un brazo de distancia, pero de pronto el fiero rostro se situó a escasos centímetros del suyo, llenando la visión. —Conoces

la respuesta a esa pregunta. Eres el único que puede oírme. Eres el único que puede oír al mundo, y el mundo te oye a ti. Los árboles están dentro de ti, y compartes la sangre de Or'Talán. Puede que hayas oído un pasaje del Libro de los Iniciados: *Una tierra en guerra…*

El aliento de Fel'annár se detuvo en la boca. Recordó luces bajo la piel, una escritura antigua apareciendo y desapareciendo. Abrió la boca y habló.

—*Un rey que fracasa…*

Los ojos de Aria se agrandaron, y la voz fue un susurro feroz. —*Una* Luz *en el Bosque.*

—¿Qué… qué es la luz? —Necesitaba respirar; sentía presión en el cuello y el pulso le martilleaba a pesar de que no inhalaba.

—La luz es el poder de un mundo, su fuerza motriz, la esencia misma que fluye a través de los árboles, danza en el viento y se adentra en la tierra. Este es el poder que ostentas, Fel'annár, un poder que aún no has utilizado en todo su potencial. El Kal'hamén'Ar fue fundamental en tu camino de descubrimiento. Sin él, no estarías hablando conmigo ahora, nunca habrías desarrollado tus habilidades más allá de una simple charla de tarde con un roble.

Fel'annár meditó sobre sus palabras y luego dio voz a algo que lo había estado inquietando.

—La luz blanca que nos salvó en la cueva del Segador… yo estaba encerrado en piedra, nunca he sido capaz de escuchar en tales circunstancias. Y, sin embargo, las manos brillaron por sí solas. ¿Es la *misma* luz?

La mirada de Aria chispeó con aprobación. —Como te he dicho, este es el poder que posees, niño; un poder que viene de fuera *y* de dentro. Aún tienes que aprender a manejarlo, a comprender cómo tu poder puede darnos la victoria sobre el invasor. Pero la luz no surgió *por sí sola*, Fel'annár.

La expresión se tornó entonces distante.

—Apresúrate hacia el sur, Ber'anor. Mantén al enemigo alejado de la Fuente, fuera del Bosque Perenne, por cualquier medio que tengas a tu alcance. El bosque lo sabrá, se protegerá a sí mismo si hay una brecha. Este es el único mundo donde la verdadera

naturaleza de los Shirán es todavía un misterio. Me gustaría que siguiera siendo así, pero si deben ser revelados, si no hay otro camino, entonces comenzará una era de la iluminación.

Fel'annár quiso preguntarle qué quería decir, pero el bosque a su alrededor se estaba desvaneciendo. La miró con desesperación.

Hablaremos de nuevo.

Ella se desvaneció y Fel'annár se encontró en el vacío. Todo había desaparecido, y caía a toda velocidad por el espacio negro, agitando brazos y piernas, desesperado por encontrar algo, lo que fuera, que detuviera la caída.

Chocó contra una superficie dura; el golpe fue tan brutal que le robó el aliento y, por un momento, no pudo respirar mientras la visión se volvía blanca. Luchó por inhalar, jadeando salvajemente mientras alguien lo sujetaba y otro le tocaba el pecho sobresaltado.

—Respira hondo, inspira y espira, inspira y espira. Sigue mi voz. —Era Gor'sadén.

—Solo es un sueño —dijo la voz reconfortante de Idernon.

Con aire de nuevo en los pulmones y las extrañas luces disipándose, se obligó a respirar. Poco a poco se calmó y abrió los ojos. Gor'sadén e Idernon lo miraban fijamente, con Tensári justo detrás, bajo el cielo iluminado por la luna y el tenue resplandor de la hoguera.

Aria había estado a su lado poco después de su nacimiento. Ahora, por segunda vez en su vida, se había encontrado cara a cara con una diosa, había mirado a los ojos de la eternidad y oído palabras procedentes del universo, a través de los árboles, a través de la luz en el bosque.

La cazadora le había instado a regresar, a proteger el Bosque Perenne contra el enemigo que se aproximaba, tal como hizo su abuelo antes que él. Con Lainon como su comandante Shirán en caso de que las cosas se pusieran feas, rezó para que Aria tuviera razón, para que realmente se acercara una tormenta y el río fluyera con fuerza, llevándolos a casa más rápido, hacia una guerra que debían ganar a toda costa.

Tenía que aprender a manejar el poder que poseía en todo su potencial, desde fuera y desde dentro, pues ¿no había dicho Aria

que aquello podría ayudar a lograr la victoria? Necesitaría que Gor'sadén le ayudara a controlar esa luz que siempre había estado allí, y de la que nunca había advertido que podía manipular hasta ahora.

Rinon dejó al teniente Enar a la cabeza de la fila y espoleó al caballo para ponerlo al galope corto, recorriendo el interminable flujo de refugiados civiles.

A pie o en carros, viajaban en silencio, con el pensamiento en su isla invadida, preguntándose qué habría sido de sus reyes y de su amada armada, si sus hogares habrían ardido y si las baratijas y recuerdos de toda una vida habrían acabado pisoteados.

Divisó el carro que buscaba, se detuvo a su lado y asintió al conductor.

—¿Cómo se encuentra el capitán Airen?

—Duerme. La Sombra vela por él.

Rinon lanzó la vista más allá. Por la izquierda, dos elfos vestidos de civiles cabalgaban hacia Jarabon. Observó su interacción, del guerrero al superior. ¿Había enviado Jarabon a sus propios exploradores, entonces? Espoleó al caballo y se dirigió hacia el veterano teniente silvano.

—¿Algo que informar, Jarabon?

—Desviados, demasiado cerca de la columna. Sugiero que enviemos una patrulla a su encuentro.

Rinon observó a Jarabon, y luego a los dos que habían traído las noticias. Le devolvieron la mirada, firmes, casi desafiantes.

—¿Pueden encargarse vuestros guerreros?

Jarabon se tensó en la silla. —Por supuesto, general.

—Encargaos de ello entonces. Cuando hayáis terminado, escucharé vuestro informe personalmente.

Jarabon no respondió y, en su lugar, volvió el caballo hacia sus guerreros que esperaban detrás. Señales manuales, silbidos, y un

grupo de ellos partió, cabalgando estruendosamente hacia el este. La gente los observaba, preocupada pero aún en silencio.

Sorei ya debería haber llegado, reflexionó Rinon. Su padre estaría con Turion, delegando en Handir. Llyniel estaría preparando las Salas de Curación y su pueblo se estaría preparando para la llegada de casi mil refugiados más. Estarían maldiciendo a los dioses, y muchos silvanos estarían regresando al Bosque Profundo. La Batalla de los Hermanos, la Batalla de Abiren'á y ahora… ¿qué? ¿Una guerra en los reinos élficos?

Cerca del mediodía, los elfos de Jarabon regresaron, despeinados pero vivos y relativamente ilesos. Aun así, los sanadores que habían huido de Pelagia trabajaban sin descanso, mientras otros asaban conejos y raíces en las hogueras, ofreciendo lo poco que tenían a los guerreros, pero especialmente a los niños.

Rinon se acomodó ante su propio fuego, mirando expectante a Jarabon.

El veterano se sentó torpemente, con la pierna rígida estirada ante él. Rinon advertía que le dolía, igual de bien que sabía que Jarabon nunca lo admitiría.

—El grupo era pequeño, unas dos docenas. Si eran exploradores, ninguno sobrevivió para informar. He apostado elfos en puntos clave a lo largo de la columna. Tendremos aviso de sobra si a alguno más se le ocurre acercarse demasiado. —Frunció el ceño—. También encontramos unas huellas inusuales, de algún tipo de animal. De lejos, pensé que podrían ser de osos, pero al inspeccionarlas de cerca, eran garras, más profundas y grandes que las de cualquier puma de montaña que haya visto jamás.

—¿Huellas de garras? —repitió Rinon pensativo.

—Y garras tan largas como mi mano, general.

—¿Cuántas huellas, Jarabon?

—A ojo, una docena más o menos.

—Estás seguro de que no son pumas. No es común que estén tan lejos de las laderas de las Montañas Medianas, pero es totalmente posible.

—No son pumas, general. He visto bastantes de esos.

—Hubo un Lagarto de Gas en la Batalla de Tar'eastór…

Jarabon miró a Rinon con confusión. —¿Entonces los rumores son ciertos?

—Sí, vaya que sí existen. El comandante Pan'assár mató a uno, y casi muere en el intento.

Jarabon permaneció en silencio y se frotó la rodilla distraídamente; la mirada de Rinon bajó hasta la pierna dañada.

—¿Qué ocurrió?

El teniente silvano levantó la vista, pareciendo sorprendido de que Rinon estuviera interesado. —Fue hace mucho tiempo. Un Desviado me dio con una maza en la rodilla, me la destrozó.

Rinon no pudo evitar la mueca. Podía verlo en su imaginación, oír el crujido del hueso.

—Un dolor como nada de lo que haya sentido jamás. Pasaron meses antes de que los sanadores me permitieran ponerme en pie. Usé muletas durante muchos meses más. Mucho antes de eso, mi capitán me había informado de que ya no era útil para el ejército de su majestad. No puedo caminar, no puedo luchar; así de sencillo.

—Vuestro capitán era alpino…

—Por supuesto que lo era.

Ira, frustración, engaño… Rinon podía ver las emociones de Jarabon con demasiada facilidad.

—Lo siento, príncipe. No estoy seguro de lo que habríais hecho vos, pero con las cosas como estaban entonces… nos pasó a muchos de nosotros, ya veis.

—Conozco a muchos veteranos *alpinos* que fueron licenciados del ejército por las mismas razones.

—Pero a ellos se les dio una oportunidad. Se les asignó a tareas de oficina, o como ayudantes de capitanes hasta que pudieran recuperarse lo suficiente para luchar de nuevo.

—Algunos nunca lo logran.

—¡*Ningún* silvano lo logra jamás! —había espetado, y la paciencia de Rinon se agotaba.

—No hay nada que podáis decirme que no sepa ya, Jarabon. Si intentáis convencerme de que los alpinos han sido injustos, han favorecido a los suyos, han menospreciado a los guerreros silvanos y los han tratado de forma desigual, podéis dejar de perder el tiempo.

Esos días han pasado, gracias a Pan'assár y Fel'annár. Son parte de un pasado que murió con Band'orán.

—Pero nosotros doscientos somos una consecuencia de ello. Somos pobres, trabajamos la tierra, cuidamos caballos. Se nos ignora, nadie nos da las gracias salvo nuestro propio pueblo silvano. Nadie se disculpó nunca con nosotros por las cosas que soportamos.

—¿Es eso lo que necesitáis? ¿Es eso todo lo que pediríais a un príncipe del reino? —Rinon se inclinó hacia delante, apoyó ambas manos en el suelo ante él—. ¿Me pedís simplemente que me disculpe?

Jarabon le devolvió la mirada a Rinon, pero la chispa de indignación había desaparecido, y en su lugar había curiosidad.

—Sí.

Rinon se enderezó, considerando la respuesta. —Poca recompensa para vuestro sufrimiento.

Jarabon negó con la cabeza. —No, no del príncipe heredero, sino del nieto de Or'Talán.

Rinon no había esperado esa respuesta. Le había abierto la puerta a Jarabon para que pudiera pedirle lo que deseara, y sin embargo, esto era todo lo que aceptaría.

—Entonces haré algo más que eso. Os demostraré que no se os ignora, que no sois un ingrato ni alguien no apto para servir a vuestro rey. Os demostraré, con hechos, que sois iguales, que este reino os necesita y reconocerá vuestro servicio. Dejad que os lo demuestre, teniente, y quizá entonces tenga vuestra total confianza… vuestra lealtad incluso.

Fuera lo que fuese lo que pasaba por la mente de Jarabon, era demasiado para expresarlo con palabras, así que Rinon se volvió hacia Enar, aceptó un trozo de conejo humeante y comió. Más tarde, buscaría a Macurian y Airen. Con un poco de suerte, el capitán estaría lo bastante lúcido para contarle lo que había visto, y si conocía el secreto del Fuego Pelágico. En cuanto a la Sombra, Rinon lo vigilaría de cerca. Había visto la lealtad de Jarabon, por muy marcada que estuviera por las cicatrices. Pero Macurian seguía siendo un enigma.

~

Taniq debería haberse sentido conmocionada cuando el Consejo de Ancianos Silvanos dio la noticia de que se acercaban barcos de guerra enemigos desde la costa. Debería haber estado muerta de preocupación, debatiendo junto a todos los demás sobre si quedarse y arriesgarse a un asedio, o marcharse al bosque y enfrentarse al ataque de los Desviados.

Y sin embargo, en lo único en lo que podía pensar era en Ankelar.

Su hermosa hija había sido arrastrada por los Señores de la Arena junto con otros cuatro hacía muchos años. Las incursiones habían sido frecuentes en los territorios del norte y, sin puestos de avanzada que prestaran ayuda, Taniq nunca había albergado esperanza de que Ankelar regresara. Se había quedado preguntándose si aún vivía, o si había sucumbido a una vida de esclavitud y penalidades en Calrazia.

Suponía que era la edad, su mente intentando alcanzar a su hija perdida. Quizá era hora de marcharse, recorrer el Camino Largo y ver por sí misma qué destino le había correspondido a su hija.

Caminó entre las camas que ocupaban toda la primera planta del Gremio de Mercaderes; no podía imaginar cómo cabrían todos una vez que los refugiados pelágicos y silvanos llegaran desde la costa.

Salió al patio en el centro del gremio; allí estaba su amigo el árbol solitario, ligeramente inclinado hacia la luz. Estiró la mano, saludó a la pobre criatura con una sonrisa y se apoyó en él.

Si este hubiera sido su árbol hogar en Ea Nanú, hablaría con él como lo haría con el panadero o el curtidor. Pero este árbol era más suave, más silencioso, no tan impetuoso como su amiga Zafra.

Lástima que te plantaran aquí tan solo. Si pudiera, te arrancaría de raíz y te llevaría al bosque. Aun así, supongo que desde aquí puedes oír a nuestros parientes…

Era como una prisión, pensó ella. ¿Había estado *Ankelar* encerrada? ¿Abandonada a la desesperación y la soledad en alguna celda oscura, siendo la única de su estirpe en tierras extrañas?

¿Sigue mi hija con vida?

Las hojas susurraron, algo imperceptible para cualquiera que no fuera un Oyente. ¿Sentían lástima por ella?

Ella ya no camina por este mundo.

Una brusca toma de aire, unos ojos cansados un poco más apagados de lo que habían estado. Lo sospechaba desde hacía años y, sin embargo, solo ahora recibía una respuesta, después de tantos años de preguntas.

No había esperado que el árbol lo *supiera*.

Taniq había sobrevivido todos esos años, primero por la esperanza de que su hija regresara. Pero a medida que pasaban los años y el rostro empezaba a mostrar la tensión en el alma, el peso que la hundía, como caminar contra la corriente… ahora sabía que *había llegado* el momento de partir.

Miró hacia arriba, más allá del opulento edificio y hacia el parche de cielo sobre ella. Se quedaría allí, esperaría hasta que fuera seguro abandonar la ciudad, y entonces caminaría por los bosques de Ea Uaré por última vez. Se despediría de Zafra y de Ea Nanú y luego se dirigiría al este, hacia las Montañas Medianas en busca del Ari'atór. Nadie puede vivir sin esperanza, no durante tanto tiempo como ella lo había hecho. Si su hija se hallaba al otro lado, no podía saberlo. Pero ¿qué cambiaría eso? Si no podía reunirse con Ankelar, entonces esperaría hasta que Aria lo considerara oportuno. Tarde o temprano se encontrarían, y Taniq se aferraría a esa chispa de esperanza para que su propia vida siguiera teniendo sentido.

Su esencia perdura.

Ladeó la cabeza, sobresaltada.

¿A qué te refieres?

No hubo respuesta inmediata y, a Taniq, le pareció que el mundo se desvanecía hasta no ser nada excepto aquel único árbol.

Una parte de ella aún camina por este mundo.

El significado de aquellas palabras caló lentamente, penetrando la piel como una placa de hielo derritiéndose en el Calro. Con el corazón martilleándole en el pecho y la mente luchando por comprender, por decir las palabras, por reconocer lo que el árbol le había dicho.

Una parte de Ankelar aún caminaba por este mundo. Una criatura… su hija había tenido un *hijo*.

La mano se aferró a la corteza mientras el árbol seguía hablando; su mensaje era tan claro como cualquiera de los que hubiera oído jamás. Cerró los ojos, proyectándose más lejos de lo que jamás lo había hecho.

Lo que oyó le detuvo el aliento; negros presagios resonaban una y otra vez.

Necesitaba hablar con alguien, con cualquiera que escuchara a una humilde aldeana de Ea Nanú y le *creyera*.

Los silvanos tenían una elección ante ellos. Abandonar la ciudad, dirigirse al bosque y alejarse de la invasión que se aproximaba, o quedarse y arriesgarse a un asedio.

Un grupo numeroso ya se había marchado y, justo esa mañana, el grupo más grande hasta la fecha se había puesto en camino a través de las llanuras. Les llevaría el día entero solo llegar a la linde de los árboles pero, una vez estuvieran dentro del bosque, consideraban que los Desviados no supondrían ninguna amenaza. No sabían trepar a los árboles, o eso afirmaban los guerreros.

Más de quinientos habían decidido viajar a Sen Garay bajo el liderazgo de Narosén. Había muchas familias, entre ellas, Alféna y sus hijos. Eloran había estado enfadado, negándose a abandonar la ciudad, pero entonces su madre le recordó que el ejército que regresaba pasaría por Sen Garay. Vería a Fel'annár y podría volver a la ciudad en apenas dos días una vez terminada la guerra.

El Maestro Oruná y sus reclutas Ari también se habían marchado. La guerra se acercaba y el Maestro dijo que aún no era el momento de que ellos brillaran, pues no habían prestado el juramento.

Pero el resto del Consejo de Ancianos Silvanos había decidido quedarse.

Era tarde por la tarde y Amareth estaba cansada. Su madre estaba en su estado habitual, medio ausente; su sobrina Vasanth se

había marchado en su primera misión más allá de los muros de la ciudad, y Fel'annár aún estaba lejos, ignorante de lo que llegaba desde el mar.

Respiró profundamente, se alisó el vestido con las manos y se dirigió al patio tras el gremio. Respirando el aire fresco, caminó hasta un banco situado ante el único árbol que podía encontrarse en esa zona de la ciudad. Bajo él estaba la Oyente que había hablado a favor de Narosén.

Desde lejos sus miradas se cruzaron y, por primera vez, Amareth reparó en los ojos verde claro de la mujer. No eran como los de Fel'annár. No había luz tras ellos, pero aun así eran cautivadores… y tristes, pensó. Se sobresaltó cuando Taniq habló.

—Muchos refugiados vienen por el Camino del Oeste. El príncipe está con ellos.

—¿Podéis percibirlos? —Amareth se acercó mientras escuchaba.

—Los árboles sí. Incluso ahora guardan duelo por aquellos que han perdido sus hogares. Están casi en el linde del bosque.

—¿Podéis percibir a nuestro ejército en el norte?

—No, todavía no. Pero hay cosas que nuestros guerreros deben saber. Debo hablar con el comandante Turion, si es que escuchará a una humilde aldeana de Ea Nanú.

Amareth frunció el ceño y le tendió la mano. —¿Qué ocurre? ¿Debería llamarle? —Taniq se volvió hacia ella, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas y la expresión confusa.

—Los Desviados acechan a nuestra gente que regresa, y el comandante Turion ha proporcionado los guerreros que ha podido. Pero… el príncipe Rinon está en el Camino del Oeste… está siendo *cazado*.

Amareth tuvo su respuesta, se dio la vuelta y echó a correr, atravesando las puertas, pasando por el mar de camas improvisadas ante el asombro de todos. Salió por la puerta principal y cruzó el patio, esprintando como no lo había hecho en muchos años, y luego derrapó hasta detenerse ante las puertas custodiadas del Círculo Interior.

—Decid al comandante Turion que venga al Gremio de Mercaderes. ¡Es urgente!

—Algún otro puede…

—Hacedlo, ¡*insensato*! Llevad vuestro trasero ante vuestro comandante y traédmelo a *mí*, la consejera real Amareth —había gritado, perdiendo los estribos. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, había una disculpa en ellos—. Es un asunto de la máxima urgencia, guerrero. Creedme, querrá saberlo.

El guardia asintió, dio media vuelta y echó a correr. Amareth volvió por donde había venido y encontró a la Oyente exactamente donde la había dejado, arrodillada ante el árbol, con la mano en la corteza; solo que ahora, un puñado de silvanos permanecían observando.

Amareth se acercó. —He mandado llamar a Turion. —Pero Taniq no respondió. Simplemente se quedó allí sentada, con la mirada perdida en la voz de los árboles. Detrás de ella, los silvanos murmuraban y gesticulaban, y el temperamento de Amareth volvió a encenderse. Se dio la vuelta, les lanzó una mirada fulminante y fue recompensada con el silencio.

Se oyó el sonido de botas pesadas corriendo y, por las puertas abiertas, surgieron Turion y Sontúr, buscando con la vista a Amareth y luego a Taniq, que seguía arrodillada. Se acercaron despacio, con el pecho agitado por el esfuerzo.

—Taniq es una Oyente. Dice que los Desviados acechan a los silvanos que regresan, algo que ya sabíamos que podía pasar, pero también dice que la caravana del príncipe Rinon está cerca del linde del bosque, que algo los está cazando. —El murmullo de Amareth fue casi un susurro. Si Taniq iba a revelar algo importante, el comandante querría dar la noticia con cuidado, no que se dijera en voz alta ante tanta gente.

Amareth no estaba segura de si Taniq se había percatado de la presencia del comandante y del príncipe, pues tenía los ojos cerrados y el entrecejo fruncido.

—Los árboles hablan de criaturas oscuras, como Sabuesos pero más grandes. Hay una manada cazando a los guerreros del príncipe Rinon y a los refugiados que trae… los árboles hablan de un día como mucho.

—Hemos enviado una patrulla, ya sabíamos lo de los Sabuesos por Sorei. —Sontúr lo dijo casi para sí mismo, pero la mirada del comandante permaneció fija en la Oyente arrodillada, observando con fascinación cómo los dedos se aferraban a la corteza. Le recordó a Fel'annár.

—No es posible. No tiene sentido —susurró Taniq.

—¿Qué… —Amareth se aclaró la garganta e intentó de nuevo—. ¿Qué pasa?

—Los árboles hablan de Señores de la Arena… *Señores de la Arena* que invaden desde el *mar*.

Las antorchas parpadeaban en las llanuras que se extendían entre la ciudad de Ea Uaré y el linde del bosque.

Más de quinientos civiles silvanos y alpinos habían abandonado la ciudad esa mañana. Algunos llevaban niños. Otros tenían cosechas que ya habían pasado su fecha de recolección y necesitaban ser recogidas. Fuera cual fuese su motivo para marcharse, la mayoría tenía miedo, porque solo había cincuenta guerreros para vigilar la retaguardia, la mitad de los cuales eran novatos recién ascendidos.

Narosén sabía que les llevaría otra hora alcanzar finalmente los árboles y la relativa seguridad frente a los Desviados.

Las murallas de la ciudad aún eran visibles a sus espaldas, ya no como la piedra imponente e impenetrable que decían que nadie podía atravesar, sino como una línea gris y, más allá, un mar de color. La mayoría no miraba hacia atrás, sino hacia adelante, a la extensión marrón y verde que era su refugio. Una vez dentro, estarían en Sen Garay en otro día.

—Estás callado —murmuró el Maestro Oruná al lado del Ari'atór Espiritual.

Narosén estudió el rostro del Maestro. Era un Ber'anor, encargado de moldear a los futuros Ari'atór, los soldados de Aria en Bel'arán. Él también había sido guerrero una vez.

—También lo están los árboles —respondió, mientras el nudoso bastón golpeaba el suelo al caminar a la cabeza de la columna. La mirada de Oruná se entrecerró y giró la cabeza hacia el final de la fila.

—¿Qué presientes? —Se volvió hacia el Ari'atór Espiritual, su amigo de muchos años.

—Inquietud. Alguna amenaza acecha, y el sol casi ha desaparecido. No podemos acampar aquí, a campo abierto en las llanuras.

—No. Deberíamos aumentar el paso. Yo me encargaré.

Narosén asintió, pero la vista permaneció fija en los árboles a lo lejos.

Una hora más, solo una hora más.

El sol se ponía, los últimos vestigios de luz desaparecían rápidamente y, aun así, los ciudadanos caminaban tan rápido como podían. Oruná había hablado con los guerreros que subían y bajaban constantemente por la fila. Les había dicho lo que Narosén presentía, que debían caminar más rápido para no verse atrapados en las llanuras por la noche.

En cuanto a Narosén, se había adelantado, con una zancada larga que era casi un trote. Independientemente de lo que los demás pensaran de su comportamiento, Oruná sabía que no era miedo. En cuanto a lo que estaba haciendo, el Maestro Ari estaba perplejo. Incluso ahora, el Ari'atór Espiritual estaba a medio camino entre la caravana y el linde del bosque.

Un lamento estremecedor, seguido de otra voz ronca. El ladrido de lo que parecía un perro, pero no lo era. Oruná sabía que era un Desviado de montaña, menos común pero mucho más peligroso. Se le hundió el corazón y les hizo una señal a sus Ari.

—¡Carcajes abiertos, arcos encordados, listos por si necesitamos defendernos! Seguidme, rodillas al suelo a mi orden.

Los jóvenes obedecieron e Isal, el joven discípulo de Oruná, los supervisó. Segundos después, Oruná se alejaba trotando, con Isal y los demás justo detrás. No se fijaron en el muchacho que los seguía a cierta distancia, con su propio carcaj abierto y el arco encordado.

Los murmullos de los ciudadanos se convirtieron en gritos. Preguntas, un pánico incipiente; volvían la cabeza hacia los guerreros de atrás, y luego hacia el Ari'atór Espiritual y los Ari'atór que se alejaban. Demasiado ruido para que Eloran oyera los gritos de su madre, su orden aterrorizada de que volviera. Casi lo hizo, porque debía de haber doscientos Desviados corriendo veloces.

Todo lo que tenían que hacer era cruzar el linde del bosque, porque los Desviados no podían trepar a los árboles, ¿verdad?

Los gritos se transformaron en alaridos cuando los primeros refugiados empezaron a correr y, mientras tanto, los lamentos y rugidos animales se hacían más fuertes, más cercanos. Los Desviados se les echaban encima por la retaguardia.

La patrulla de cincuenta los instaba a seguir desde atrás; la gente caía, otros los levantaban. Los carros traqueteaban sobre el terreno irregular, los caballos galopaban, adelantando a los Ari'atór e incluso a Narosén.

Estaba tan cerca; solo unos segundos más.

Volaron las primeras flechas. Podía oír el zumbido y el impacto, sabía que ya estaban al alcance de los arqueros Desviados. Incluso una vez estuvieran dentro de los árboles, los Desviados no se detendrían. Matarían a muchos antes de que pudieran trepar a salvo.

Los árboles se acercaban y los dedos de Narosén hormigueaban. El oído estaba cambiando. No sabía si el plan funcionaría, pero, por los dioses, lo intentaría. Si el Adalid no podía ayudarlos, nadie podría.

La batalla a sus espaldas había comenzado. Lamentos y gritos, chillidos y alaridos, metal chocando. La gente esprintaba, con los niños a la espalda, los brazos rodeando los cuellos de sus madres, pidiendo consuelo.

Los primeros caballos y carros entraron en el bosque y no se detuvieron, pero la batalla atrás estaba casi perdida. Los guerreros y novatos seguían luchando, pero no eran suficientes para contener la marea de Desviados de montaña que pasaba junto a ellos persiguiendo a los civiles que huían.

Narosén llegó al primer árbol. No servía. Necesitaba un *Centinela*… allí, tres pasos más dando tumbos, alargó la mano, tropezó y cayó, con el pecho agitado por el agotamiento, pero con la palma apoyada en la corteza.

Fel'annár. Óyeme. ¡Ayúdanos!

Caballos y carros pasaban a toda prisa a su lado, pero él permaneció junto al árbol, con la mano apoyada en él, con medio cuerpo inclinado hacia el tronco.

Adalid. ¡Ayuda a tu pueblo!

Narosén era un Oyente, pero su habilidad no era rival para la de Fel'annár. La voz no era lo bastante fuerte… aun así, si por algún milagro el Adalid estaba tocando un árbol, o quizás lo bastante cerca para oír su súplica… era eso o ver cómo su gente era masacrada por los Desviados.

El Centinela sobre el que se apoyaba gimió y crujió, y el tronco se ladeó hacia un lado. Unos ojos brillantes se encendieron y se preguntó si debería soltarlo, si la conexión se rompería si lo hacía.

Te oigo.

Fel'annár. Había sido la voz de Fel'annár. Con la mano aún apoyada en la corteza, miró hacia las copas.

—¡¡Los árboles!! ¡Los árboles se están *moviendo*!!

Los ciudadanos que huían gritaron, detuvieron la loca carrera hacia el bosque, sin saber si continuar. El enemigo estaba detrás, los árboles en movimiento delante…

Diles que entren en el bosque. Estarán seguros.

—Entrad en el bosque. Los árboles no os harán daño —gritó Narosén—. Es el Adalid, el Señor del Bosque les ordena. Ellos nos protegerán.

Tímidamente, siguieron adelante, con los ojos fijos en las ramas que se mecían y las manos extendidas como para mantenerlas alejadas.

Afuera, todavía en las llanuras, Oruná observaba los árboles, pero los Desviados estaban casi encima de la fila de personas aterrorizadas.

—¡Defensa! —llamó, mientras veía cómo Isal reunía a los Ari. Formaron dos líneas, tensaron los arcos y colocaron las flechas.

Detrás de ellos, el bosque ondulaba mientras la gente pasaba corriendo junto a los árboles que se retorcían. Ante ellos, los imponentes Desviados de montaña cargaban con espadas en mano. Algunos caían por las flechas que lanzaban los novatos y guerreros de atrás, pero ya estaban casi en los árboles.

—¡Fuego!

Los jóvenes Ari soltaron las flechas y luego se agacharon para que la línea de atrás pudiera disparar su volea. Con ellos, el único muchacho pálido disparó también, por primera vez contra un enemigo vivo. Eloran echó mano a otra flecha, la preparó y disparó a la orden de Oruná. Cayeron más, pero un grupo de Desviados se separó y cargó contra los chicos arrodillados.

—¡Retirada! ¡Hacia los árboles!

Corrieron. Jóvenes y ágiles, los Ari eran rápidos. Pero Eloran no tenía su entrenamiento. Era más lento, podía sentir a los Desviados detrás pero no se atrevía a girarse para no perder el equilibrio y caer.

Casi había llegado, pero la curiosidad pudo más que el instinto de huida y se volvió. Allí, más cerca de lo que esperaba, un monstruoso Desviado de montaña, con la cimitarra levantada sobre la cabeza, la boca torcida abierta y un rugido ensordecedor. El terror lo abrumó, la bota se le enganchó en una raíz. Cayó, golpeando el suelo, y el arco se le escapó de la mano. Miró horrorizado al monstruo que se alzaba sobre él, con la cimitarra describiendo un arco descendente.

Iba a morir.

Algo se movió a su izquierda, se enroscó alrededor de la muñeca del monstruo y lo lanzó por los aires. Este chilló mientras volaba muy por encima de las copas y se perdió de la vista de Eloran. Se puso en pie a trompicones, con el corazón latiéndole desbocado. En segundos estuvo dentro del bosque, observando a la gente que se retiraba y luego los árboles que danzaban en la primera línea, con las ramas barriendo por lo bajo, chocando contra los Desviados que se dirigían al bosque, pero no contra los elfos que ya estaban dentro.

Desviados de montaña, furiosos y aterrorizados, buscaban una forma de entrar, pero había ramas por todas partes, cuerpos

pudriéndose volando por los aires y estrellándose contra el suelo.

Los pocos Desviados que no se habían atrevido a entrar en el bosque se dieron la vuelta para enfrentarse a los últimos guerreros y novatos élficos que finalmente habían superado el primer ataque. Cargaron desde atrás y, en cuestión de segundos, los Desviados estaban muertos.

Los guerreros élficos se detuvieron ante el linde del bosque, jadeantes y exhaustos, observando cómo los árboles cesaban lentamente el movimiento, las ramas volvían a sus posiciones naturales y los sonidos de madera restallando y crujiendo se detenían.

La gente que estaba dentro del bosque se quedó quieta, con los ojos fijos en lo alto, girándose maravillada ante el espectáculo que acababan de presenciar. Ante ellos, montones de Desviados de montaña yacían muertos, con los huesos destrozados y retorcidos.

Narosén soltó el árbol, se puso en pie sobre las piernas temblorosas y se apoyó con fuerza en el nudoso bastón.

—¡Gloria al Adalid!

—¡Gloria! —gritó un niño pequeño.

—¡Gloria! —gritó Oruná, seguido de las voces de sus Ari.

—¡Gloria a Fel'annár! —gritó Eloran, con la voz casi fuera de control.

El clamor de respuesta fue un grito, una efusión de alivio y gratitud, pues de no haber sido por su príncipe silvano, todos estarían muertos.

Narosén cruzó la mirada con Oruná, le asintió despacio y observó cómo este tomaba la delantera con sus Ari. La gente lo siguió, con voces excitadas, niños llorando y padres que intentaban explicar lo que acababan de presenciar, lo privilegiados que eran por haber estado allí ese día, el día en que el Adalid había movido el bosque desde lejos para salvar a su pueblo.

Alféna escuchaba y lanzó a Eloran una mirada abrasadora por su desobediencia. Pero la feroz reprimenda se desvaneció, porque su hijo se había convertido en un hombre, en un guerrero, no porque hubiera matado, sino porque había tenido el valor de enfrentarse al enemigo. Una vez ganada la guerra, le concedería su deseo, le

permitiría asistir al entrenamiento de reclutas y le regalaría la oportunidad de servir en el ejército del Adalid, aunque eso le rompiera el corazón.

CAPÍTULO 8

Aguas Bravas

Llyniel había estado tan ocupada en las Salas de Curación que no se había percatado de que tenía el estómago vacío ni de los vergonzosos ruidos que este emitía.

Kristain resopló a su lado y luego señaló con la cabeza hacia la puerta. Ella se giró y vio a Maeneth, Sontúr y Handir justo fuera.

—Volveré en media hora.

—No. Volverás en una *hora*, Lestari. Puedo arreglármelas sin ti durante ese tiempo.

Ella sonrió al veterano guerrero convertido en sanador y se dirigió a la puerta.

—Es hora de descansar y comer —dijo Handir. Llyniel abrió la boca para hablar, pero Sontúr la interrumpió—. Sin discusiones. Estamos ocupados, sí. Hay mucho que hacer, sí, y sé que se avecina una guerra. Pero no eres más que una elfa. Necesitas descanso y sustento igual que los demás.

Llyniel no tuvo nada que objetar a eso. Tenían razón, pero el trabajo era lo único que la distraía de Fel'annár. En reposo, podía verlo, sentirlo, olerlo en las cosas más insignificantes.

Una vez fuera, giraron a la derecha, caminaron junto a la base de las imponentes murallas de piedra y llegaron a un grupo de rocas. Handir depositó su pesada cesta y luego abrió la tapa. Otro día, en

otras circunstancias, habrían extendido un mantel, colocado la comida con cuidado y elegido pausadamente entre una agradable conversación. Pero ese día, simplemente tomaron lo que tenían a mano y comieron en silencio; cada uno de ellos intentaba, sin éxito, imaginar cómo sería un asedio, si Vorn'asté había enviado guerreros de verdad y a qué distancia estaba Fel'annár de la ciudad.

—Turion ha dicho que hay Sabuesos rondando cerca de la patrulla de Rinon —dijo Handir.

Llyniel dejó de masticar y se volvió hacia su amigo. —¿Cómo lo sabe Turion?

—Hay una Oyente en la ciudad, una mujer llamada Taniq —respondió Sontúr—. Los sintió anoche y Amareth mandó llamar a Turion.

—¿La misma mujer que habló en el Consejo Silvano? ¿La que aconsejó no regresar al bosque? —preguntó Llyniel.

—Yo no estaba allí. Pero Amareth lo sabrá. Turion ha dado instrucciones a Taniq para que establezca contacto cada tarde y le informe de lo que oiga. —También ha dicho algo más. Sontúr se cruzó con la mirada de complicidad de Handir. El rey aún no había informado a sus súbditos sobre la naturaleza del enemigo que se aproximaba, pero suponía que eso era inminente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Maeneth con cautela.

—Dice que los árboles susurran historias de Señores de la Arena. Nuestros temores se confirman.

Llyniel sostuvo la mirada de Sontúr, pero pronto la apartó. —Esto no puede ser una coincidencia, ¿verdad?

—Creemos que no. Turion y yo estuvimos tratando este mismo tema con el rey anoche. Creemos que esto siempre ha sido un ataque contra los reinos élficos. Primero fue Tar'eastór. Luego Abiren'á, y ahora Puerto Helia y Ea Uaré.

—¿Por qué? Seguramente no creen que pueden simplemente entrar aquí y llevárselo todo —preguntó Maeneth.

—Puede que sea sed de conquista, búsqueda de riquezas, minerales, agua… O podría ser algo completamente distinto, algo que los Señores de la Arena comparten con los humanos.

—¿La inmortalidad? —Maeneth se inclinó hacia delante, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

—Quizás. De momento, todo son conjeturas.

Handir se pasó una mano por la cara. —Están lejos del Valle. Menos mal que nuestro ejército ha vencido a los Señores de la Arena en el norte, si ese *era* su objetivo.

—Puede que nunca lo sepamos. Por ahora, deberíamos concentrarnos en nuestra gente, en los muchos refugiados que traerá Rinon. Maeneth mordió una manzana mientras se arrimaba al lado de Sontúr. Él la atrajo aún más cerca y le besó la coronilla, mientras la mirada vagaba, primero hacia Handir y luego hacia Llyniel.

Llyniel había estado tan ocupada preparando las Salas que no se había percatado del paso de amigos a algo más. A su lado, Handir habló.

—Parece que las felicitaciones están en orden. La voz de Handir era diplomática, pero Llyniel lo conocía lo suficiente como para saber que se alegraba. Sonrió con ironía a Maeneth, que le devolvió una sonrisa pícara.

—¿Le has escrito a tu padre? —preguntó Handir mientras bebía un sorbo de vino.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él, y Handir se encogió de hombros. —Lo sé desde la cena familiar, viendo cómo habíais aparecido los dos recién bañados, con las mejillas sonrojadas y ojos soñadores. Solo podía imaginarme qué habíais estado haciendo en el Gremio Académico. *¡Ay!*

Handir se frotó el hombro mientras la manzana a medio comer salía rodando. —¿A qué ha venido *eso*? —se quejó.

—No queremos los detalles, príncipe.

Handir puso los ojos en blanco ante Llyniel. —Entendido. Alcanzó la manzana fugitiva, le quitó el polvo y le dio un mordisco, con la expresión llena de diversión.

—Tengo que volver pronto a las Salas. Necesito redactar el informe sobre esos Guerreros Kah Ilícitos que murieron en prisión.

—¿Cómo murieron? —El interés de Handir se despertó.

—No estamos seguros todavía. No hay señales de asesinato. Kristain sospecha algún tipo de infección. Podría ser algo en el agua, o comida contaminada.

—Muy improbable —murmuró Sontúr.

—De acuerdo. Pero murieron de alguna forma, y no hay heridas ni signos de asfixia. Por supuesto, puede que se hayan quitado la vida de una manera que no resulta obvia a simple vista. Tenían mucho por lo que expiar… quizá demasiado.

Handir miró a Llyniel y luego a Sontúr. Era una cuestión interesante de la que se mantendría al tanto en los próximos días, si sus deberes lo permitían. Por ahora, lo único que deseaba era pasar un poco más de tiempo con sus amigos, sabiendo que pronto la guerra caería sobre ellos. Puede que no volviera a tener otra oportunidad, y bien sabía que la vida y el amor no debían malgastarse.

Handir metió la mano en la cesta y sacó una botella de vino. Llyniel lo observó con un nuevo brillo en los ojos. Siempre le había gustado el vino. El día anterior, mientras Handir supervisaba la auditoría de los almacenes reales, había llegado una partida de vino de moras en la que seguramente era la última caravana de mercaderes que llegaría a la ciudad hasta que terminara la guerra. Los caminos eran peligrosos, y la llegada de aquellos barriles casi había parecido un milagro.

—Ayer llegaron mercaderes. Había vino de moras. Me tomé la libertad de subir unas cuantas botellas a tus aposentos, Llyniel.

Ella le sonrió con incredulidad. —Lo tendré en cuenta entonces.

La vista recorrió a sus amigos, los mejores que tenía. Sontúr, Maeneth, Handir, Fel'annár y ella misma… junto con Rinon, eran el futuro de este reino y, de pronto, convertirse en princesa ya no parecía tan desalentador. Solo deseaba que Fel'annár estuviera allí sentado con ellos, disfrutando de estos últimos días de paz.

Tenía que volver al trabajo.

—Es negro.

—Excelente observación.

—No me uses ese sarcasmo, Lestari.

Nestar se echó hacia atrás, se volvió hacia Melu'sán y la mirada se le desvió momentáneamente hacia sus chillonas faldas de color rojo y naranja. Sonrió sin pizca de gracia. —¿Mala mañana en el gremio, señora?

—Aparte del habitual desfile de mercaderes codiciosos rebuscando posibilidades de negocio en tiempos de guerra. ¿Sabías que el precio del lino y del mineral se ha triplicado desde la llegada de los invasores del sur? Todo el mundo quiere una tajada, puedo verlo en sus ojillos, Nestar.

—Es el mismo brillo que puedo ver en los tuyos, Melu'sán. Los dos hemos ganado dinero con esta guerra, y sin duda ganaremos más hasta que llegue el momento de marcharse, lejos del peligro.

Melu'sán se acercó a la mesa donde trabajaba Nestar, con la vista sagaz puesta en el vial de líquido negro que él agitaba.

—¿Cuánto tardará en matarlo?

—Depende de cuánto beba. Entre una y veinticuatro horas. Se vuelve transparente al mezclarse con otros líquidos.

—No podemos permitirnos esperar tanto. Debemos partir al amanecer con la caravana de mercaderes. *No* vamos a esperar a que los Señores de la Arena vengan a aporrear las puertas.

—Draugolé morirá, amor mío. No lo dudes nunca. Esta mezcla es tan letal como indetectable; es más potente que la que se usó para librarse de los miembros no deseados de los Ilícitos.

—Inteligente, Nestar. Bien hecho, Lestari.

Él soltó una carcajada. —Ya no soy Lestari, gracias a *ella*.

—El príncipe tuvo algo que ver.

—Pero fue *ella* quien me traicionó. —Nestar se puso en pie bruscamente, con la mirada fría echando chispas de ira y las túnicas rozándole los tobillos mientras caminaba hacia la ventana—. Esa escoria silvana se llevó lo que por derecho me pertenecía; pensó que podía pisotear a un noble alpino con sus apestosas costumbres montaraces. Cómo desearía ver a esa zorra retorciéndose de dolor.

Cómo desearía que su última visión de este mundo fuera mi rostro, mirándola desde arriba, deseando que muera.

Melu'sán sonrió con malicia. —Tienes un ramalazo cruel, querido.

Nestar la miró con incredulidad. —*Tú* vas a hablar. ¿Debo recordarte lo de…?

—Eso no será necesario, Lestari. Ahora escúchame. Draugolé debe morir antes de que pueda cobrarse su venganza contra nosotros por haberlo abandonado. Ya lo sospecha. Su misiva de ayer así lo demuestra. En cuanto esté seguro, sabrá que atacaremos contra él, porque si lo dejamos vivir, vendrá a por nosotros. Él sabe que nosotros sabemos esto.

—Hoy mismo, entonces. Y si tengo suerte, esa perra invitará a su clueco príncipe a tomar una copa en vísperas de la guerra. Le gusta el vino de moras.

—Asegúrate de que tu sed de venganza no levante sospechas, Nestar. Handir puede ser débil, pero desde luego no es estúpido. Es Draugolé quien debe morir ahora.

—La cuestión es: ¿lo hará Kalan o nos traicionará? —dijo Nestar.

—Solo hay una forma de asegurarse de que no lo haga. —Melu'sán se volvió a medias hacia Nestar—. Excluye a Kalan, envenena las cubas de comida destinadas a las mazmorras.

—¿Matarlos a todos?

—Di, más bien, que nadie tenía a Draugolé como objetivo. Se trata de una vendetta de algún radical silvano, una venganza por la traición de Band'orán y sus Ilícitos. Hay muchos a quienes señalar con el dedo. De hecho, puede que Turion ni siquiera se moleste en investigar. Esos Ilícitos no son más que un grano en el culo para él.

—Por los dioses, mujer. Son casi *trescientos*.

Melu'sán se volvió hacia Nestar con una ceja muy alzada en su frente excesivamente alta. —¿No me digas que tienes *escrúpulos*?

—Los tengo, aunque debo admitir que no muchos. Aun así, tu plan es sólido. No hay necesidad de correr riesgos con Kalan, y desviamos nuestros motivos al no atacar a Draugolé directamente. Sabía que había una razón por la que la gente te tiene miedo.

—¿Y tú? ¿Me tienes miedo tú?

—Especialmente yo. —Nestar caminó hasta donde ella estaba, alargó la mano y atrajo la cabeza hacia él. La besó con fuerza, acallando el jadeo, queriendo más.

Le dio la vuelta y apretó el rostro contra la pared mientras hurgaba en las faldas. Oyó esa risa baja y burlona que tanto le enfurecía como le inflamaba.

—Esta noche, Draugolé comerá su última cena en esta vida.

Melu'sán se volvió a medias ante el vicioso susurro en el oído. —Puede que nos encontremos con él en la siguiente.

—Entonces nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Melu'sán jadeó y Nestar gruñó de placer.

Terminada la comida del mediodía, pronto llegaría el momento de reanudar el viaje hacia el sur. Se estaban cargando los suministros en las balsas, pero a Fel'annár no se le permitía ayudar. Así que se sentó en la orilla, contemplando la ribera opuesta y el Bosque Perenne.

Había hablado con Aria hacía dos días, y justo el día anterior, mientras navegaban por el Calro, había escuchado la súplica de auxilio de Narosén.

Siempre había sospechado que Narosén era un Oyente, pero el Ari nunca se lo había dicho abiertamente. El Ari'atór Espiritual de Sen'oléi era en gran medida un enigma para Fel'annár, uno al que le tenía un extraño afecto. De hecho, había sido Narosén quien primero le había instruido en los caminos de los árboles, allá cuando Fel'annár era todavía un novicio, absolutamente aterrorizado por su nueva habilidad, una que entonces consideraba una maldición.

También había aprendido algo más. Podía activar los árboles sin tocarlos, a través de su conexión con otro que estableciera esa unión inicial por él. Pero había más, porque los árboles habían sido selectivos con respecto a quiénes habían matado. Le dijeron a Fel'annár que ningún elfo había resultado herido durante el ataque de los Desviados, y eso le dio que pensar. Con la ayuda de Narosén,

¿podría activar los bosques del sur y evitar que el enemigo entrara en Ea Uaré?

Pero ¿y si el enemigo decidía prender fuego al bosque como resultado, tal como había intentado hacer antes de la carga en el Bosque Xérico? Las Hermanas habían salvado el bosque de aquel terrible destino, pero no había Originales en los bosques del sur. Se le erizó la piel ante la sola idea del fuego, y se sacudió mentalmente, alejando el pensamiento del sur para regresar al Bosque Perenne que tenía ante sí, en la orilla opuesta.

No, no pondría los árboles del sur contra el enemigo, no hasta saber a qué se enfrentaban. Había demasiado en juego.

Manipulamos la textura del mundo… a través de las manos de nuestros Divinos.

De modo que Aria era incapaz de actuar a menos que fuera a través de un Ber'anor o Ber'ator, por razones que parecían tener que ver con el poder y lo que significaría que un dios pudiera actuar por su cuenta… ¿por los motivos equivocados?

El poder absoluto traería consigo la corrupción… las cosas deben hacerse por los motivos correctos… Los dioses no suelen ser una excepción.

Pero ella había hablado de *este* mundo, dando a Fel'annár la impresión de que en otros podría ser diferente.

¿Y a qué se refería con *suelen*?

¿Vivían los dioses en esos mundos? ¿Eran visibles para sus habitantes? ¿Intervenían directamente? Parecía que lo habían hecho, y que era algo que debía evitarse. Por primera vez, reflexionó sobre la idea de que la segunda vida no era el paraíso pacífico que siempre había imaginado.

A Fel'annár se le seguía prohibiendo ocupar su turno en los remos junto al resto. Pero observaba a sus compañeros sabiendo que ellos, a su vez, le observaban a él. No se trataba solo de sus heridas. Se trataba de su estado de ánimo, de su estado casi constante de silenciosa vigilancia. Yerái en el norte, la creciente amenaza en el sur, el Bosque Perenne y su encuentro con Aria. Su vida diaria transcurría mayormente en su mente, escuchando a

aquellos que no estaban allí, meditando sobre las cosas que había oído pero que no podía compartir.

Había mucho que deducir de las palabras de Aria, sobre otros mundos y sobre el poder de los dioses. Pero por ahora, solo había una cosa que ocupaba su mente.

Hay otro ejército esperando tus órdenes.

Había un ejército de Shirán que ella dijo que *él* comandaría, como último recurso. Pero ¿cómo?

Confía en Lainon como tu capitán.

Lainon — Azure. Seguramente volvería pronto para informar sobre el enemigo. Fel'annár le preguntaría a su hermano cómo podría hacerse sin que otros vieran de dónde venían. Su tarea consistía en proteger el Bosque Perenne del peligro y del descubrimiento. Tendría que inventar alguna justificación para evitar que los curiosos acudieran en masa al bosque prohibido con la esperanza de vislumbrar a los Arimales, criaturas míticas de los libros de leyendas que en realidad existían.

Eres el único que puede oírme. Eres el único que puede oír el mundo y el mundo te oye a ti. Los árboles están dentro de ti.

Había tantas preguntas que podría haberle hecho. ¿Se había encontrado su madre a sí misma? ¿Qué clase de tareas realizaban los Shirán? ¿Cuántos mundos hay? ¿Y qué es la bestia verde que custodia el…?

—Fel'annár.

Se sobresaltó y levantó la vista hacia la expresión inquisidora de Bulan.

—Estamos listos.

Él asintió, se puso en pie y Bulan puso una mano en el hombro del sobrino mientras se dirigían a la balsa para el tramo final del viaje de ese día.

Fiel a la palabra del cazador, el río había crecido drásticamente durante la noche anterior. Debió de llover con fuerza en lo alto del Bosque Perenne. Pero allí, el cielo había amanecido despejado y azul, igual que el día anterior y el anterior a ese.

El agua bajaba el doble de rápido que el día antes y, aunque no había rocas ni peñascos en esa zona, más abajo del Calro, Fel'annár

sabía que habría aguas bravas.

A ese ritmo, atracarían en la ciudad en cinco días.

Un grito familiar rasgó el aire sobre ellos y, por un momento, la balsa de La Compañía se deslizó por el río sin ayuda. Las otras balsas también ralentizaron la marcha mientras los guerreros se protegían los ojos y miraban hacia arriba en busca del halcón blanco y negro que ahora sabían que era un Arimal, un Ari'atór alado, Ber'ator del Adalid.

Tensári se puso en pie, con una sonrisa tan amplia en el rostro que Fel'annár apenas la reconoció. Con todo, la suya propia era casi igual de generosa mientras observaba a Azure en su trayectoria descendente.

Un destello de luz y el pájaro se convirtió en elfo alado. Lainon batió las alas hacia delante, extendió las piernas y aterrizó con cuidado en la parte delantera de la balsa, procurando no alterar el equilibrio de la embarcación.

Los guerreros vitorearon, alzaron los puños en saludo al Guerrero Alado que había luchado tan valientemente con ellos en la guerra. Lainon había muerto protegiendo al Adalid, y como Ber'ator que era, se había encontrado a sí mismo y, sin embargo, sorprendentemente, había regresado a *este* mundo. Ninguno de ellos lo entendía, pero les animaba el corazón pues era una señal de que la propia Aria estaba con ellos.

—¡Hermano Lainon! —exclamó Ramien, mientras Carodel sonreía a su lado y Galdith asentía a medias mientras hacía una inclinación de respeto. Bulan hizo lo mismo mientras Gor'sadén estudiaba a Lainon, todavía fascinado por el cambiapieles Shirán. Aunque había adoptado la forma élfica, los ojos cambiaban más despacio y la luz a su alrededor parecía retraerse en su interior.

—Has vuelto, justo cuando más te necesitábamos. Apuesto a que has estado en Pelagia, que has visto lo que viene. —Fel'annár miró hacia arriba, calculó el tiempo; acababan de partir y, aunque necesitaban desesperadamente la información que traía Lainon, debían aprovechar el día si querían llegar a Lan Taria esa misma tarde.

Lainon comprendió perfectamente la situación. Tras una mirada persistente a los vendajes que cubrían a Fel'annár, se sentó a los remos, asintió a los demás y, juntos, remaron con fuerza. Ya habría tiempo para los informes — esa noche — cuando se montara el campamento.

Estaba casi oscuro, demasiado oscuro para viajar sin antorchas, por lo que el General Rinon les había ordenado detenerse por la noche. Los agradecidos civiles acamparon y pequeñas hogueras comenzaron a parpadear lentamente.

El agarre de Macurian en el brazo derecho de Airen era casi lo único que lo mantenía erguido. Era el primer día del capitán sobre sus propios pies, a pesar de la rotunda reprimenda del sanador. Macurian respetaba al capitán por su hábil y respetuosa negativa a obedecer. Había cosas que discutir y revelar, cosas que el príncipe necesitaba saber.

Lo ayudó a sentarse ante el fuego donde Rinon les observaba con calma, con el teniente Enar a su lado y un silvano de aspecto canoso en atuendo civil.

—Bienvenido de nuevo, Airen.

—Príncipe —medio gimió al sentarse, asintiendo en agradecimiento a Macurian. La Sombra se envolvió en la capa, manteniéndose encapuchado, mientras Airen respiraba profundamente y miraba a un lado mientras ordenaba sus pensamientos.

—Este enemigo, General. Hay cosas que no sabéis.

Rinon miró fijamente a Airen esperando a que continuara, preguntándose qué habrían visto él y Macurian durante la huida de Dan'bar. Todo lo que sabía por ahora era que los Señores de la Arena habían venido con más guerreros de los que necesitaban para tomar la ciudad.

—Continúa.

Airen miró a Macurian y luego volvió a mirar a Rinon. —El líder de esta invasión es… *antinatural*.

El príncipe se echó hacia atrás y Airen miró a Macurian una vez más. Él *sí* lo sabía. Él mismo lo había visto.

—Antinatural —repitió Rinon.

—A primera vista es élfico, con el pelo tan negro como el aceite y los ojos verdes y brillantes. Pero cuando sonríe, la ilusión se rompe y surge un monstruo. Tiene colmillos, como una serpiente, curvos y venenosos, según dicen. Es… una especie de semi-gigante.

—Gigante…

—Tenía mi tamaño y la mitad más. Lleva un casco de serpiente que le hace parecer aún más alto. Y luego está ese… látigo que cuelga de su costado. No sé si fue un engaño de la vista, pero parecía moverse. Y si sabe cómo usar esa espada que lleva a la espalda, dudo que incluso un Maestro Kah pudiera derrotarlo.

Macurian se inclinó hacia delante, esperando a que Rinon le mirara. —Es un Nim'uán, Príncipe.

Rinon se quedó ceñudo, incapaz de asimilar lo que Macurian acababa de decir. Fue Airen quien rompió el silencio. —¿Eso fue lo que Fel'annár y Gor'sadén combatieron en Tar'eastór?

Macurian asintió. —Casi les cuesta la vida. Pero escuchadme. Este Nim'uán es mucho más grande, una especie de mutante. Da que pensar cuántas de estas cosas existen.

Rinon expulsó el aire. —¿Qué más podéis decirme, Airen, Macurian? —Miró a Jarabon a su lado, vio la mirada saltando del capitán a la Sombra, con los ojos muy abiertos, la boca abierta y el labio torcido en una fascinación morbosa. Pero Enar parecía aliviado de que su capitán hubiera logrado salir, aunque malparado.

—Los Señores de la Arena le temen, se encogen a su paso. Él disfruta de su sumisión, pero hay algo en la mirada que habla de… pesar. —El ceño de Airen se frunció, como si no pudiera entender sus propias palabras. La pregunta de Rinon fue un reflejo de la suya propia.

—¿A qué te refieres?

—A que parece estar en conflicto de alguna manera. Posee la crueldad de los Señores de la Arena, la megalomanía de un

aspirante a emperador y, sin embargo, vi dolor en sus ojos cuando sus jefes degollaron a mis guerreros. Crueldad, ansia de poder, pesar, dolor… incluso respeto. Este enemigo no es un Señor de la Arena insensato, ni un Desviado medio loco, ni un déspota impulsivo y sin cerebro. Es una fuerza de la naturaleza, y lo sabe. Y en su necesidad de poder y sumisión, es tan venerado como temido.

—¿Cómo puedes saber todo esto? —preguntó Jarabon.

—En momentos de angustia extrema, teniente, la mente a menudo busca refugio fuera del cuerpo. Sé lo que vi mientras esperaba a que mi propia vida terminara. Vi el lado *élfico* de él: *empatía* en los ojos verdes de un tirano.

Rinon bajó la vista hacia la copa, la tomó en la mano y bebió. Después de un rato, hizo la pregunta que sabía que probablemente irritaría al capitán pelágico.

—¿Te torturó él mismo?

—No.

—¿Les dijiste a sus degolladores lo que querían saber?

—*¡General!* —El teniente Enar se puso en pie en segundos, pero Airen extendió una mano hacia su airado teniente.

—Él no es pelágico, Enar. No entiende el juramento. No es culpa suya.

—Lo *entiendo* muy bien, Airen —dijo Rinon—. Pero la pregunta debía hacerse. Las consecuencias de no saberlo serían devastadoras.

—¿Insinúa que mi capitán sería tan *vil*? —Enar se volvió hacia Rinon, sosteniéndole la mirada valientemente. Pero los ojos de acero del príncipe fueron finalmente demasiado y desvió la vista.

—La tortura es una persuasión poderosa, teniente. Creed a una Sombra.

Enar se volvió hacia Macurian, aún sentado encapuchado ante el fuego. Asintió, se sentó de mala gana y escuchó mientras Airen continuaba explicando lo que sabía.

—Solo los capitanes y los generales conocen el secreto del Fuego. Justo antes de ser capturado, ordené a todos los guerreros supervivientes dirigirse a un lugar designado donde todas las existencias fueran… *retiradas* o destruidas si no había garantía de seguridad. A otros los envié en busca de nuestros reyes y del

General Axata. No conozco su destino. En cuanto a mí, debía recuperar una de esas lanzas de fuego y dirigirme a Ea Uaré.

—Podrías… decirnos *a nosotros* dónde está, Airen, suponiendo que lograran ponerse a salvo. Puede que lo necesitemos en las semanas venideras.

El capitán pelágico miró fijamente al general real, con el semblante gélido. —Solo mis reyes pueden decidir eso.

—Puede que estén muertos.

—Entonces el secreto muere con ellos.

Rinon inclinó la cabeza hacia atrás, mirando a Airen, pero el capitán no desvió la mirada y Rinon supo que no servía de nada insistir, al menos por ahora. Airen había soportado tortura y aun así no había revelado el secreto.

Rinon miró el rostro sombrío de Macurian junto a Airen. —¿Cómo saliste?

—He estado en Puerto Rosen muchas veces. Entrar y salir de mazmorras es parte de lo que he hecho durante muchas décadas. Robé una lanza de fuego y un saco de su Arena Negra. —Macurian miró a Airen, que sacudía la cabeza con una media sonrisa en el rostro.

—Tú hiciste lo que yo no pude; me atraparon antes de que pudiera ponerle las manos encima. —Airen volvió a dirigirse a Rinon —. Esa lanza de fuego debe ser estudiada. Podéis reproducirla. Cuando se combinaba con el Fuego, este cambiaba, se convertía en un arma de destrucción masiva. Todo lo que sé es que la Arena Negra es un componente clave.

—Has cumplido bien, teniente —dijo Rinon.

Macurian pareció sorprendido y luego asintió. —Hay algo más. Mientras estaba en los muelles, me fijé en el diseño peculiar de los barcos calrazianos. Sus proas se abren como mandíbulas, de modo que la carga puede sacarse directamente en lugar de ser izada desde las bodegas hasta las cubiertas. Podría ser simplemente ingeniería superior, pero implica que hay una razón para ello. Creo saber cuál es esa razón.

—Continúa… —instó Rinon.

—Bestias. Hay bestias en las bodegas; los dioses saben cuántas, pero escuché a una de ellas.

—¿De qué… *naturaleza* de bestias? —preguntó Airen.

—Oí sus gruñidos, olía algo fétido en el aire, el rasguño de garras largas. Y tiene sentido. Los Nim'uán en Tar'eastór tenían algo que muchos de nosotros creíamos extinto. Estábamos equivocados, y tiene sentido que este líder tenga su propio ejército de *Lagartos de Gas*.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Enar, pero sorprendentemente, fue Rinon quien respondió.

—¿Y por qué no? Donde hay uno, hay más. El Comandante General Pan'assár luchó contra uno; casi pierde la vida, pero lo abatió. Aun así, esa cosa mató a muchos guerreros, destruyó un bosque entero por sí solo. ¿Cuántas criaturas crees que puede haber?

Macurian sacudió la cabeza. —Si hay uno a bordo de cada uno de esos barcos de diseño extraño, podría haber docenas de ellos.

—Todo conspira contra nosotros —murmuró Rinon mientras se pasaba una mano por la cara—. ¿Cuántos guerreros, Macurian?

—¿Mi mejor estimación? Diez mil.

Jarabon soltó varios juramentos mientras Enar se ponía en pie y empezaba a caminar de un lado a otro. Se detuvo cuando Rinon habló.

—Diez mil Señores de la Arena, docenas de Lagartos de Gas. Lanzas de fuego avanzadas y un gigante Nim'uán… debemos llegar a casa antes de que el enemigo cruce el estrecho. Debemos prepararnos para un asedio, resistir contra este enemigo impío hasta que nuestro ejército pueda regresar, hasta que Tar'eastór pueda ayudarnos.

—Puede que no sea suficiente —dijo Jarabon. Rinon lo miró fijamente y no dijo nada a eso, aunque estaba de acuerdo.

—El Nim'uán seguramente se ha quedado en la isla mientras sigue buscando el Fuego Pelágico. Por lo que dice Airen, no lo encontrará y pronto se cansará. Necesitamos noticias de nuestros exploradores sobre sus movimientos. Todavía tenemos casi dos días

de viaje hasta la ciudad. Eso nos da una ventaja de cinco a seis días…

Jarabon se levantó cuando un jinete se acercó, se inclinó para escuchar su informe y luego volvió a la hoguera pero no se sentó.

—General. Hemos avistado una manada de animales no identificados. Se dirigen hacia aquí.

Rinon se puso en pie. —Explícate.

—Las mismas huellas que vimos antes. Patas grandes y uñas tan largas como la mano de un elfo.

—¿Podrían ser Lagartos de Gas? —preguntó Enar.

Macurian se levantó de golpe, con Airen más lento a su lado.

—¿Cuántos ejemplares? —insistió Rinon.

—Al menos doce. Mis exploradores informan de un hedor rancio, a orina y carne podrida.

—No son Lagartos de Gas. Son *Sabuesos* —dijo Macurian.

—¿En Ea Uaré? No. —Jarabon sacudió la cabeza hacia Macurian.

—Entonces es tu palabra contra la mía, ¿no? —La Sombra miró con desprecio al curtido elfo, sonrió más ampliamente cuando este no respondió, y luego se volvió hacia Rinon.

—General. Si son Sabuesos, la piel es demasiado gruesa para las flechas. Solo podemos matarlos desde lejos dándoles en los ojos, *si* hay suficiente luz. En combate cercano, hay un punto blando detrás de las orejas que va directo al cerebro. Normalmente cazan en grupos de seis a doce.

—¿Atacarán si hay fuego?

—No les gusta, pero lo harán si tienen suficiente hambre. Debéis encender antorchas, levantar a la gente y ponerla en movimiento.

—¿A qué velocidad se mueven estos Sabuesos?

—Tan rápido como la mayoría de los caballos.

Jarabon se sobresaltó. —Entonces están a solo unos minutos de distancia.

—Enar, lleva a Airen de vuelta al carro, luego envía a un jinete por delante para avisar al Capitán Salo. El resto de vosotros, conmigo.

Rinon, Macurian y Jarabon se marcharon. Proteger a una columna de civiles indefensos contra Sabuesos por la noche nunca

podría tener un éxito total. Todo lo que Rinon podía hacer era minimizar las bajas y rezar para que Sorei no se los hubiera encontrado en su camino de regreso a la ciudad.

Con Bulan a cargo del campamento, las balsas quedaron pronto cubiertas, y pequeñas hogueras parpadeaban a lo largo de la orilla del río, extendiéndose más hacia el interior.

Fel'annár observaba a sus guerreros desde una fogata distante, alrededor de la cual se sentaban La Compañía, Gor'sadén y Hobin. Esperarían a que Bulan terminara de organizar el campamento antes de que Lainon diera su informe.

Dalú seguramente se estaría preparando para dejar Abiren'á a esas alturas con otros setecientos guerreros más o menos. Más tarde vendría Eramor, tan pronto como hubiera balsas suficientes para que su contingente le siguiera.

La ruta fluvial era la más rápida, pero eso no era consuelo para Fel'annár. El enemigo estaba demasiado cerca de la ciudad, y por mucho que Dalú y Eramor presionaran a sus guerreros, por fuertes que siguieran siendo las corrientes, y aunque las lluvias del norte cayeran sobre el Bosque Perenne como Aria dijo que lo harían, pasaría al menos otra semana hasta que pudieran llegar a los muelles de la ciudad. Necesitaba nada menos que un milagro para lograrlo antes, y la presión en la mente aumentaba. Todavía no podía sentir al enemigo, pero sí podía sentir a Rinon y a los civiles que guiaba hacia la ciudad. Podía oír el bosque, compartía su ansiedad, respondía a su petición de ayuda, una ola constante que crecía y menguaba en la cabeza, casi tan fuerte como el estruendo del río a su lado.

Fel'annár se concentró en Gor'sadén al otro lado del fuego. Las llamas iluminaban el rostro, resaltando las sombras bajo los ojos. Parecía cansado, como si no hubiera dormido la noche anterior. Pero Fel'annár sabía que lo había hecho. De pronto sintió que una ola de gratitud inundaba el alma. Gor'sadén seguía con él, nunca se había

separado de su lado casi desde aquel fatídico día en Tar'eastór, cuando Fel'annár conoció a la leyenda viva en pijama, tumbado en su cama en las Salas de Curación.

Bulan caminó tierra adentro, a través de las hogueras dispersas. Saludó a los guerreros, reconoció a los del contingente de Sorei, entre ellos a Pengon, que tenía un ojo puesto en el Adalid y el otro en la tarea que tenía entre manos.

El capitán asintió a Fel'annár y a los demás, y se acomodó ante el fuego, con la mirada puesta en Lainon tanto como en Galdith, que estaba ensartando pescado. Había una buena captura, gracias a Ramien. Era el mejor pescador que Fel'annár conocía. Por alguna extraña razón, pensó en el día en que habían preparado truchas en el camino a Tar'eastór, el día en que había visto a Handir por primera vez.

Aunque los guerreros hablaban mientras preparaban la comida, había más silencio de lo habitual. Sabían que recibirían un informe, pero estaban atentos a cualquier indicio sobre la naturaleza de las noticias de Lainon.

El Ari'atór suspiró profundamente, recorriendo con la mirada el círculo de elfos expectantes.

—Estos deberían haber sido tiempos alegres. El rey conoce nuestra victoria. Toda la ciudad estaba preparada para celebrar, para preparar vuestro regreso una vez que se hubiera lidiado con la amenaza de los Desviados. Pero entonces llegaron noticias de la invasión desde el sur. He estado explorando, he visto a Señores de la Arena viniendo del mar.

—¿Señores de la Arena? Pero qué…

—Señores de la Arena, Galdith. No creemos que sea una coincidencia.

—Crees que el norte fue solo uno de varios ataques contra los reinos élficos. ¿Incluso contra Tar'eastór?

—Sí. Aunque por qué atacaron Tar'eastór cuando lo hicieron es todavía una pregunta por resolver. Pero escuchadme todos. Quien los lidera es un Nim'uán.

—El cuarto príncipe —murmuró Fel'annár.

—¿Lo sabías?

—Sí. Pero háblanos de la fuerza que trae.

—Hay más de quinientos barcos. Conté la tripulación de uno en unos cincuenta. No hay garantía de que los otros lleven la misma cantidad, y desde luego no hay garantía de que todos ellos sean guerreros. Algunos de los barcos son diferentes, tienen puertas imponentes cortadas en sus proas. En el puerto, se abrieron como las fauces de alguna colosal criatura marina. Había un Lagarto de Gas dentro.

Se quedaron en silencio mientras la información se asentaba.

—¿Cuántos… cuántos de esos barcos tenían esa forma? —preguntó Idernon.

—No puedo estar seguro. Pero vi treinta y dos.

—Por los dioses. Un solo Lagarto de Gas destruyó un bosque entero en Tar'eastór, Lainon. Pero sigue, dime qué más has visto.

—El ejército pelágico está derrotado. No vi ni rastro de ellos, ni de los reyes. Según los informes, el enemigo trae algún tipo de lanza de fuego nueva. A medida que avanzaba a través del Fuego Pelágico, este llamaba, extendiéndose tan rápido que los barcos ardían antes de que sus tripulaciones pudieran dar la vuelta. Deberían haber estado muy por fuera de su alcance y, sin embargo, la conflagración fue tan poderosa que no tuvieron ninguna oportunidad.

Fel'annár guardó aquel conocimiento para más tarde, preguntándose si alguien habría logrado hacerse con uno de esos artilugios.

—Cuando me fui, el enemigo seguía en Dan'bar, pero no tardarán mucho en realizar el cruce y dirigirse a la ciudad, hacia el *Bosque Perenne*.

Por primera vez, Lainon estaba reconociendo en silencio la verdad que nunca había tenido libertad para confirmar. Era plenamente consciente de que era el deber divino de Fel'annár defender el Bosque Perenne.

—Quinientos barcos podrían significar veinticinco mil almas. Aunque solo la mitad sean guerreros, son muchos más de los que podríamos esperar vencer. Como si eso no fuera suficiente, tienen

Lagartos de Gas y un Nim'uán —dijo Idernon, como si hablara para sí mismo mientras hacía los cálculos y sacaba sus conclusiones.

—Escucha atentamente, Fel'annár. Turion solo tiene quinientos guerreros curtidos en la ciudad, y cuatrocientos novicios sin experiencia. Rinon está guiando a los refugiados a la ciudad, tiene un grupo de ex-guerreros silvanos; digamos unos doscientos. Deseo volar hacia el este y ver si el rey Vorn'asté ha enviado más guerreros. Tenemos cerca de dos mil que llegarán en diferentes momentos a lo largo de siete días. Eso hace tres mil, más lo que traiga Vorn'asté.

—Solo estos setecientos cincuenta guerreros que veis aquí tienen alguna posibilidad de llegar antes que el enemigo. Tendremos que planificar para el peor de los casos, en el que nos enfrentaremos a un ejército invasor cinco veces superior al nuestro.

Un silencio siguió a esa declaración.

Fel'annár continuó: —Las probabilidades en nuestra contra son enormes, pero recordad Abiren'á. Pan'assár nunca retrocedió; nos llevó a la victoria, como hará Turion ahora. A pesar de las probabilidades aparentemente insuperables, nosotros *podemos* ganar.

Gor'sadén sonrió, recorriendo con la mirada el campamento, hacia aquellos lo bastante cerca para oír su conversación. Se enderezaron un poco, y una oleada de orgullo lo recorrió.

—Sin embargo, no soy un iluso, y sé que tenemos que lidiar con la desigualdad numérica. —Fel'annár se inclinó hacia delante, bajó la voz y habló solo para los que estaban en su círculo de fuego—.

Tenemos un aliado singular, uno que nunca imaginé tener. —La mirada de Fel'annár se posó en Lainon. Su Ber'ator asintió y los demás se volvieron hacia él.

—Mientras hablamos, los guerreros Shirán están migrando desde otras regiones de Bel'arán, llevan días haciéndolo. Su número es incierto, pero hay al menos mil de nosotros que podemos volar. Sin embargo, Fel'annár debe proteger nuestra existencia, pedir nuestra ayuda solo como último recurso, solo si la derrota se vuelve una certeza. Debemos ser vuestra *última* esperanza, Fel'annár, si todo lo demás falla. Y si *nos* mostramos, entonces este mundo cambiará de

alguna forma fundamental. El mito se convertirá en hecho. La leyenda se convertirá en el futuro. Aria desea evitar ese resultado.

Fel'annár no terminaba de entender lo que Lainon estaba diciendo. Pero había cosas más importantes que discutir por ahora.

—¿Cómo puedo comandar a los Shirán?

—A través de mí. Dame la orden y convocaré a mis hermanos. Todo lo que necesitas hacer es mantenerme cerca de tu lado.

Fel'annár sonrió. —Siempre. Pero dime, ¿con qué rapidez puedes explorar las laderas orientales y traer noticias de la Madre Patria?

—Depende de dónde estén los refuerzos de Tar'eastór. Tres, tal vez cuatro días.

—Para entonces, estaremos en Oran'dor, a solo tres días de la ciudad, quizás incluso más lejos si esas lluvias caen con fuerza —dijo Bulan.

—El príncipe Rinon estará de vuelta en la ciudad mañana a menos que algo lo retrase. El enemigo todavía estaba en Dan'bar cuando me fui, pero los barcos estaban tripulados y las naves cruzaban los estrechos continuamente con suministros. El Nim'uán se está preparando para realizar el cruce.

—¿Crees que busca el Fuego Pelágico?

—Se ha demorado en Dan'bar más de lo que esperábamos. No podemos estar seguros, pero creemos que así es, aunque no lo necesite con el ejército que ha traído.

—Pero *nosotros* sí. Lainon, si pudiéramos encontrar dónde lo guardan… debe de haber barriles en alguna parte. Imagina la ventaja que nos daría.

—Incluso si lo encontramos, el Fuego Pelágico no es fácil de transportar. Puede que llegue demasiado tarde, si es que llega. Además, ningún guerrero pelágico revelará su ubicación o contenido sin la aprobación explícita de los reyes.

—¿Y si los encontráramos a *ellos*, Lainon? Para que Ea Uaré ayude a Pelagia, necesitamos una ventaja. Si pudiéramos localizar a los reyes, seguramente accederían y permitirían que el rey Thargodén los ayudara suministrándonos el Fuego.

—Le propondré esto a mi comandante.

Las cejas de Fel'annár se arquearon. Aria había dicho que Ket'subá no era un guerrero, así que ¿quién era el comandante de Lainon?

—Entonces vuela, hermano. Vuela hacia el este y trae noticias de la Madre Patria, y luego hacia el sur, a dondequiera que estén los reyes, para asegurar su ayuda. Una vez que estemos en Oran'dor, debemos decidir nuestra estrategia.

—Lo sé.

—Pero primero, come algo, hermano —dijo Carodel, tendiéndole un espeto de pescado. Lainon lo miró y luego de nuevo al Guerrero Bardo.

—Ya he comido.

El gesto de Fel'annár fue el mismo que el de Carodel al imaginar qué podría haber comido Azure en su camino hacia allí.

El silencio se extendió entre ellos mientras comían, por las cosas que se dejaban sin decir y que, sin embargo, se entendían. Lainon dejaría a Tensári una vez más, dejaría a Fel'annár sin respuestas a sus preguntas sobre las revelaciones de Aria en su sueño. Pero los tiempos eran difíciles, y su necesidad de regresar, desesperada.

—Hay una cosa más.

Fel'annár dejó de comer y se volvió hacia Lainon.

—Se ha visto al comandante Nim'uán. Lo llaman Gra'dón. No es como los demás. Dudo que incluso tú o Gor'sadén podáis abatirlo en combate. Es de tu estatura y media más, una especie de semigigante. Es un espadachín, pero porta algo más, algo que no pertenece a este mundo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hobin inclinándose hacia delante.

—No puedo revelar su naturaleza. Pero escuchadme bien. —Lainon se puso en pie y lanzó una mirada cargada a Tensári. Ella se levantó; seguramente sabía que se marchaba, pues los ojos brillaban con más fuerza, y su luz se empañaba ante él.

—El Nim'uán lleva un látigo de serpiente de tres cabezas. Manteneos alejados de él, todos vosotros.

—No entiendo —dijo Fel'annár.

—Lo sé. Que Aria te conceda velocidad, hermano.

Fel'annár se mordió la lengua, observando con fascinación cómo Lainon era envuelto por la luz. Saltó hacia arriba, batiendo las alas hasta estar a gran altura en el cielo. Fel'annár se volvió hacia Tensári, la observó mientras ella observaba a Azure. Se giró para hablar con La Compañía pero vaciló, inclinando la cabeza hacia un lado, con los ojos destellando en verde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Idernon.

—Se acercan Sabuesos a la posición del príncipe Rinon. Escolta a cientos… tal vez miles de civiles…

—No hay Sabuesos en Ea Uaré. —Gor'sadén dio un paso hacia Fel'annár, al ver el suave fulgor en sus ojos.

—Ahora sí los hay.

CAPÍTULO 9

Una Vez Traidor

El teniente Enar guiaba la segunda columna de refugiados por el Camino del Oeste, encendiendo antorchas a su paso. Mucho más adelante, el capitán Salo encabezaba la parte delantera de la fila; seguramente se habría detenido para pasar la noche, ajeno al ataque que se había producido apenas unas horas por detrás de él.

A medida que pasaban los minutos, los civiles corrían la voz mientras recogían sus pertenencias. Se acercaban *sabuesos*, no lobos ni perros salvajes, sino las infames bestias de montaña de Tar'eastór que, según decían, podían despedazar a un elfo en cuestión de segundos.

Los niños iban a horcajadas sobre las espaldas de sus padres, y las pertenencias más pesadas se amontonaban en los carromatos que traqueteaban sobre el terreno irregular. Caminaban despacio y, a ambos lados de los civiles, marchaban tantos guerreros como Rinon había podido permitir. Era todo lo que podían hacer para calmar a la gente, mantenerlos en fila y guiarlos con palabras de aliento.

—Mantened las antorchas cerca. Permaneced juntos.

Rinon observaba cómo el ex-Sombra Macurian escrutaba la oscuridad que los rodeaba. A su lado estaba Jarabon con treinta de sus hombres, cada uno con una antorcha en la mano. Rinon miró

por encima del hombro a la columna que se retiraba, deseando que avanzaran más rápido.

Se oyó un aullido solitario, una nota menor que creció y luego se desvaneció, y la voz susurrante de Macurian llegó desde cerca.

—Deberíamos avanzar. Los árboles nos darán la ventaja. Los sabuesos no trepan.

Rinon se volvió hacia Macurian, asintió y levantó la mano, indicando que debían adentrarse en la arboleda, alejándose de los civiles en retirada e internándose hacia los sabuesos. Macurian seguramente tenía razón. El campo abierto era su peor enemigo ante bestias como aquellas; no es que Rinon se hubiera enfrentado nunca a sabuesos.

Apenas podían ver; los troncos de los árboles no eran más que columnas oscuras que se alzaban a su alrededor y, por un momento, Rinon tuvo dificultades para adaptar la vista mientras ordenaba a sus guerreros que formaran un círculo. Con la espada en una mano y la antorcha en la otra, escudriñaban la oscuridad azabache, atentos al más mínimo sonido que revelara la posición del enemigo.

Rinon podía oír su propia respiración; se obligó a respirar con lentitud mientras oteaba la distancia, con los ojos entrecerrados contra la brisa. Troncos de árboles, arbustos, el olor a mantillo húmedo…

Un rugido ensordecedor, balidos y gritos, cascos pisoteando el suelo, un estruendo a su alrededor, y todos se agacharon. Del bosque surgió una manada de ciervos que saltó sobre sus cabezas con las poderosas cornamentas apuntando hacia arriba, huyendo sin duda del enemigo común.

Los guerreros se pusieron en pie con las piernas temblorosas y recuperaron sus chisporroteantes antorchas. Se agacharon, con la respiración entrecortada que formaba volutas en la creciente niebla.

—Calma.

Otro aullido, como el de un alma afligida y torturada. Era hambre; era la orden de un comandante a su patrulla. Los sabuesos se estaban acercando, por delante o a su alrededor; ya no podía distinguirlo. Instintivamente, miró a Macurian.

—Darán un rodeo y atacarán. Debemos usar los árboles a nuestro favor. Sus pieles son demasiado gruesas para las flechas. Debemos apuntar a los ojos.

Rinon hizo señales a los arqueros silvanos para que subieran a los árboles. Treparon más rápido y mejor que cualquier alpino; en pocos segundos se habían apostado en las ramas más bajas. Macurian asintió con un gesto de aprobación.

Se oyó un golpe sordo en la cercanía; algo brilló, un ojo, o quizá un colmillo curvo. Una respiración pesada, el sonido de olfateo. Los sabuesos se estaban cerrando sobre ellos.

Un gruñido, un resoplido, pisadas pesadas, y el hedor creciente a sangre vieja impregnó el aire. A poca distancia, un rostro apareció por encima de los arbustos y el corazón de Rinon casi se detuvo en el pecho.

Aquello era seguramente un demonio del reino de Galomú, una visión de algún pozo infernal hecha para debilitar las entrañas y paralizar el corazón. Era suficiente para hacer huir a los guerreros más valientes.

El sabueso se acercó; se le veían los cuartos traseros por detrás de la cabeza mientras avanzaba con los pasos poderosos y acompasados de un cazador. Más sabuesos se hicieron visibles a medida que se aproximaban lentamente hacia las antorchas parpadeantes, con los ojos amarillos clavados en ellos, como si los desafiaran a dar el primer paso.

—Son demasiado grandes… —susurró Macurian con la voz bronca.

—Madre santa… —susurró Jarabon.

No hubo tiempo para responder; el sabueso que iba a la cabeza se acercó más con la cabeza baja y el hocico arrugado hacia arriba, dejando al descubierto unos dientes tan largos como la cabeza de Rinon, dentados e irregulares, con la saliva goteando de los belfos colgantes. La bestia era tan alta como él…

—¡Listos! —gritó, rompiendo el silencio, sin apartar los ojos del líder, esperando una señal de que fuera a atacar. Cuando ocurrió, no hubo advertencia.

—¡Fuego!

Los sabuesos se lanzaron hacia delante a gran velocidad y uno de ellos mordió a un guerrero, partiéndolo en dos. Su grito agónico quedó ahogado por los alaridos y rugidos de elfos y bestias mientras las flechas llovían sobre ellos y las hojas relampagueaban en la noche, con las antorchas parpadeantes chisporroteando en el suelo húmedo.

Lo único que Rinon podía hacer era seguir moviéndose, con la espada en perpetuo movimiento mientras lanzaba tajos y se agachaba. Se oyó un aullido agudo y supo que había dejado ciego de un ojo a su oponente. El animal salió huyendo, pero otro apareció ante él en un instante, gruñendo y temblando de ira, castañeteando los dientes mientras una garra gigantesca lanzaba un zarpazo y lo enviaba por los aires. Chocó contra un árbol y se quedó sin aliento, con la visión tornándose blanca.

Podía sentir el corazón latiendo demasiado rápido, pero el cuerpo no obedecía a sus órdenes.

Mantente despierto, hermano.

Abrió los párpados, lo justo para ver un bulto sombrío que se precipitaba hacia él.

Levántate, príncipe.

Quería hacerlo, intentó apoyar las piernas mientras la cabeza le daba vueltas y el mundo se inclinaba hacia un lado. Con la vista borrosa intentó, sin éxito, enfocar al sabueso que se lanzaba hacia él con los dientes al aire, listo para desgarrar la carne y darse un festín con ella.

Imágenes de su familia pasaron por su mente, deteniéndose en Maeneth. Nunca volvería a verla para decirle que se alegraba por ella y Sontúr, nunca le diría que él mismo había encontrado un amor.

Extendió la mano, ya fuera para bloquear la imagen del monstruo o en algún gesto fútil de clemencia; no sabría decirlo. La visión empezó a desvanecerse de nuevo, incluso cuando los gruñidos se acercaban.

Entonces el rostro pétreo de Sorei se materializó ante sus ojos, y en los brillantes ojos azules vio un desafío.

No podía morir, no ahora. Tenía que decirle…

Muévete, hermano.

Se lanzó hacia un lado y rodó, justo cuando el sabueso chocaba contra el árbol donde él acababa de estar. Rinon emitió un gruñido al detenerse. No podía levantarse, y el sabueso seguramente lo sabía. Se sacudió y luego cargó directamente contra él.

Se oyó un golpe fuerte y seco, y la bestia frenó su avance. Estaba casi sobre él, pero cuando la visión de Rinon se aclaró un poco, vio que la sangre llenaba los ojos amarillos, volviéndolos de color rojo rubí. La cabeza cayó hacia un lado, las patas se doblaron bajo el propio peso de la bestia y el sabueso se desplomó estrepitosamente ante él.

Un puño se cerró en su capa, alguien lo sacudió y le gritó; la voz rasposa era inconfundible.

—Levántate. *¡Levántate!*

Pero no era la misma voz de antes. Rinon sacudió la cabeza y vio el rostro borroso de Jarabon ante él. Agarrándose a la corteza, se incorporó. Las flechas seguían cayendo de los árboles, pero la mitad de sus guerreros habían caído; tres sabuesos yacían inertes en el suelo, mientras que otro se había escabullido medio ciego. Pero cuatro eran más que suficientes para los guerreros que quedaban en tierra.

Se oyó un aullido de dolor; una flecha se había clavado en un ojo amarillo, pero eso no impidió que la bestia cargara contra Jarabon. Rinon se agachó bajo la pata maciza de otro sabueso, lanzó un tajo con la espada y asestó un golpe; no fue suficiente para derribarlo, pero sí para dar tiempo a que la otra bestia arrollara a Jarabon. El silvano se agarró a la piel del animal, notó el cuero en las manos y apenas logró evitar los dientes castañeantes del sabueso.

Tenía la mano atrapada.

Salió despedido hacia delante; el sabueso huía hacia el Camino del Oeste mientras intentaba zafarse de él con sacudidas.

Jarabon gritó con desesperación mientras era arrastrado por el suelo, con la otra mano forcejeando enloquecidamente para soltarse de lo que fuera que se le hubiera enganchado para evitar que se lo comieran vivo.

—¡Macurian!

La ex-Sombra se volvió ante la llamada desesperada de Rinon y cruzó su mirada con la suya. Justo detrás del príncipe, un sabueso enloquecido huía con Jarabon pegado a su flanco. Asintió, vio al general darse la vuelta y salir corriendo tras él, y comprendió que le correspondía a él liderar el ataque contra los sabuesos restantes y mantenerlos alejados de los refugiados mientras Rinon hacía lo que podía por el teniente silvano.

Rinon echó mano al arco mientras corría, sacó una flecha y disparó. Erró en los ojos y sacó otra. Se clavó en las nalgas del animal; no era suficiente para causar un daño real. Debía derribarlo antes de que la bestia embistiera a los civiles.

—¡Guerreros! ¡Guerreros!

Rinon podía oír gritos y voces más adelante. Los civiles habían visto al espeluznante sabueso correr hacia ellos y ya estaban huyendo hacia los árboles, mientras los guerreros encargados de protegerlos desenvainaban sus armas y se interponían ante la gente que huía.

El sabueso debía de ver lo suficiente como para saber que no podía seguir por su ruta actual. Se detuvo en seco, dio media vuelta con un aullido terrible y se dispuso a correr hacia el este. Pero Rinon estaba allí plantado, espada en mano.

Corrió hacia él, extendió la mano izquierda y, cuando la bestia fue a por él, se agarró a las crines de pelo del cuello. Se impulsó y saltó sobre ella, aterrizando en el lomo.

Hay un punto blando justo detrás de las orejas.

La espada descendió, hundiéndose en la carne hasta la empuñadura.

Los forcejeos y las sacudidas cesaron, y la bestia se desplomó bajo él mientras los pesados alientos se reducían a nada.

Sin aliento, a Rinon no le importó que aquello oliera a orina; apoyó la cabeza sobre el pelaje áspero.

Pasando una pierna por encima del cuello del sabueso muerto, se puso en pie con las piernas temblorosas y miró a un Jarabon conmocionado.

Arañado y ensangrentado, el silvano lo miraba con fascinación mientras Rinon sacaba una pequeña daga y cortaba el arnés de

cuero al que Jarabon se había enganchado y del que no podía soltarse.

El veterano miró la mano que le ofrecía Rinon, la tomó y se incorporó a medias con una mueca.

—Me has salvado la vida. —La voz áspera de Jarabon no fue más que una observación tranquila, como si hablara para sí mismo, pero entonces los ojos silvanos se posaron de nuevo en el príncipe alpino. Rinon permitió su mirada de incredulidad y se dio la vuelta para que Jarabon no viera la sonrisa socarrona.

—Deberíamos ayudar a la Sombra.

—Casi dudo que lo necesite —dijo el veterano silvano, observando cómo Macurian y los guerreros supervivientes se detenían al llegar.

—Se han ido todos. Ocho en total. Diecisiete muertos.

Rinon se volvió hacia los guerreros que estaban más atrás, todavía en alerta máxima, tan impactados por la bestia como por lo que había hecho su príncipe heredero.

—Devuelva a la gente al camino, teniente Enar. Sigan avanzando y mantengan esas antorchas encendidas. Cuanto antes alcancemos a la columna del capitán Salo, mejor podremos defender a esta gente. Los seguiremos en cuanto nos hayamos ocupado de nuestros guerreros.

Enar asintió, dedicó una última mirada a Macurian, Jarabon y Rinon, y se volvió para cumplir las órdenes del general, mientras el sanador pelágico que había atendido al capitán Airen pasaba por su lado.

—¿Seguimos adelante, príncipe?

—Cuanto antes, mejor, sanador.

—No sin antes dejarme atender esa cabeza. —No era una pregunta, y Rinon sabía lo inútil que era contradecir a un sanador. Además, casi había perdido el conocimiento y sentía la sangre gotear por la nuca. Asintió en señal de consentimiento y se arrepintió al instante por el movimiento.

Cinco minutos después, la cabeza de Rinon, que le latía con fuerza, estaba envuelta en un vendaje, y él observaba cómo se marchaban los refugiados, asustados pero más que dispuestos a

seguir viajando durante la noche. En cuanto a él y a los trece guerreros que habían sobrevivido al ataque, debían quemar a los muertos para evitar que otros sabuesos vinieran en busca de sustento.

—Construiremos piras para nuestros hermanos y luego nos dirigiremos al Estuario. Apenas una hora tierra adentro se convierte en el Calro y comienza el bosque. Acamparemos allí durante la noche y mañana alcanzaremos a la columna principal. Con suerte, podremos llegar a casa mañana por la tarde o al día siguiente por la mañana.

Nadie habló mientras empezaban a recoger lo necesario para despedir a sus hermanos en el Camino Corto. Incluso Jarabon, maltrecho y magullado por su terrible experiencia, ayudó a recoger la leña y las piedras, y a llevar a los diecisiete muertos a su última morada, mientras revivía en la mente los momentos finales de la batalla.

Rinon le había salvado la vida.

Mientras Jarabon permanecía allí, con la mano sobre el corazón, viendo cómo las llamas devoraban la parte mortal de sus guerreros, Rinon se acercó a su lado.

—Tenemos un problema.

Jarabon se volvió hacia el príncipe. —Los sabuesos… son más grandes de lo que habíamos previsto.

—Sí —dijo Rinon—. Eso, y los *arneses* que llevan. Estos animales han estado en cautividad.

La comprensión golpeó con fuerza al veterano silvano, que se volvió hacia la curtida Sombra que estaba a su otro lado. Pero no había asombro en *su* rostro marcado por las cicatrices. Todo lo que Jarabon vio fue entendimiento y un pavor cuidadosamente velado. Bien haría en recordar que Macurian era una Sombra, reclutado por su intelecto superior. Se sobresaltó cuando el elfo habló.

—Lagartos de Gas, sabuesos antinaturales, un yelmo de serpiente y un látigo deslizante… este Nim'uán se alía con bestias. Quizá así es como se ve a sí mismo. Medio elfo, medio mortal Señor de la Arena.

Rinon miró abiertamente a Macurian por primera vez. La Sombra tenía razón; había mostrado una faceta de sí mismo que Rinon no había visto hasta entonces.

Empatía.

Por el agujero de su celda, Draugolé supo que aún no había amanecido.

Demasiado ruido. Algo estaba pasando, pero por aquel corredor nunca bajaba nadie excepto Kalan.

Podía oír gritos y alaridos, puertas de las celdas abriéndose de golpe... ¿o es que se estaban cerrando? Draugolé se preguntó si habría muerto otro de los Ilícitos, pero si así fuera, él no habría sido quien diera la orden. Pero claro, quizá aquellos invasores desconocidos habían llegado a la ciudad. ¿Era eso lo que estaba pasando?

Caminó hacia la puerta, rodeó los barrotes con las blancas manos y pegó el rostro a ellos. Pero se encontraba al final de un corredor. Miró a la izquierda y no vio nada. Estaba demasiado lejos de lo que fuera que estuviese ocurriendo, y por mucho que aguzara el oído, todo lo que podía escuchar eran los ecos distorsionados del pánico, de la incredulidad.

Draugolé cerró los ojos con frustración, deseando que el amanecer llegara más rápido, para que Kalan viniera y le dijera que tal vez la libertad estaba a solo unas horas de distancia.

Thargodén se vistió apresuradamente y entró en sus aposentos al amanecer. Handir estaba junto a la chimenea, vestido con una sencilla túnica y calzas, con el cabello cuidadosamente trenzado. Se preguntó cómo encontraba su hijo el tiempo necesario con todo lo que estaba ocurriendo.

Nada más llegar las noticias, Handir le había pedido a Thargodén que se quedara a dormir. Había estado exhausto, poco dispuesto a descansar o comer, por lo que el príncipe se había dirigido a la prisión para investigar por sí mismo.

—¿Cuánto de grave es?

Handir se giró con el rostro cansado, sumido en un perpetuo ceño fruncido. Estaba pensando.

—Setenta prisioneros han muerto, la mayoría de ellos Ilícitos. Treinta más agonizan en las Salas de Curación, bajo estrecha vigilancia. Llyniel y Kristain están trabajando sin descanso para determinar la causa, pero hasta ahora no han encontrado nada con lo que ayudar a esas pobres almas. Es la misma historia de siempre, padre. Sin señales de asesinato ni de suicidio. Llyniel dice que los síntomas son compatibles con un envenenamiento, pero no encuentra pruebas ni rastro de ningún veneno que le resulte familiar. Incluso la Maestra del Gremio Lerita trabaja con sus académicos buscando registros de algún suceso similar.

—¿Tu opinión?

—Lógicamente, debo considerar una de estas dos causas. Algún tipo de infección, tal vez en el agua o la comida. O bien un veneno nuevo, algo desconocido. En este último caso, las dos primeras víctimas fueron Ilícitos, mientras que anoche los muertos fueron prisioneros al azar. Lo único que tienen en común es que estaban en las mazmorras.

—Tu *opinión*, Handir. —Si su hijo estaba cansado, Thargodén lo estaba igual. No tenía tiempo para suposiciones lógicas esta mañana.

Handir se le acercó. —Consideraré ambas. Pero me llama la atención el hecho de que esto haya sucedido ahora, justo cuando necesitamos guerreros con urgencia. Tal vez alguien crea que liberaremos a los Ilícitos para que puedan luchar en la guerra. Hay muchos insurgentes silvanos que querrían verlos ejecutados, cuando lo que harás será exiliarlos.

—Nunca se puede confiar en los Ilícitos. Seguramente se da por hecho que no los usaremos en la guerra.

—¿Por qué, padre? Tienen un entrenamiento militar avanzado, pueden luchar contra tres a la vez, sin importar que su instrucción fuera impartida por alguien que no fuese un Maestro Kah. Nos serían útiles, *si* pudiéramos confiar en ellos.

—Turion nunca lo permitirá, y yo tampoco.

—No. Pero si de alguna manera pudieras conocer sus mentes, entender lo que están pensando... Si pudieras estar seguro de que no nos traicionarán una vez más, ¿lo permitirías entonces?

Thargodén miró a su hijo, más bajo que él, y se obligó al menos a considerar la idea.

—Sí. Ese sería mi deber como rey. Pero no puedes estar seguro. Nunca sucederá, Handir.

Con una mirada inquisitiva, Handir se apartó de su padre. —Ya veremos.

Una mano descansaba suavemente sobre la cabeza calva de un Señor de la Arena. La muñeca en el cuello, las yemas de los dedos rodeando la coronilla. La otra mano, igualmente grande, aferró el otro lado y, con un crujido estrepitoso, el guerrero calraziano cayó sin fuerzas al suelo, junto a las botas de piel de serpiente de Gra'dón.

—No se tolerará la incompetencia. Solo los mejores guerreros sirven al emperador y comparten su gloria.

Miró a sus guardias, asintió y luego observó cómo se llevaban el cuerpo desnudo. El hombre había sido un maestro de bestias, había bebido demasiado licor y había permitido que una pequeña manada de sabuesos escapara. Si hubiera sido hace unos meses, a Gra'dón le habría preocupado más que se descubriera su secreto. Ahora, tan cerca de su nuevo hogar, importaba poco; incluso si hubieran descubierto dónde estaban sus terrenos de cría, no había tiempo para hacer nada al respecto.

Caminó hasta el final del muelle más largo y se dirigió hacia el barco de mando calraziano. Con sus pertenencias y sus joyas a

bordo, realizarían la travesía en una hora, quizá menos. Los maestros de bestias ya se estaban concentrando en Puerto Helia con los sabuesos para reunirse con ellos; sus jinetes Desviados seguramente marchaban detrás. El hedor a favor del viento sería insoportable.

Los Estrechos de Cristal estaban plagados de barcos que transportaban guerreros y suministros al continente. Era una vista hermosa, un sol de amanecer precioso, mensajero de un día maravilloso: el primero que pasaría en Ea Uaré como emperador del Gran Cinturón Forestal.

Gra'dón sonrió al subir a bordo del buque insignia y contempló el estandarte de la serpiente. ¿Dónde estarían ahora Key'hán y Saz'nár? ¿Nadando en alguna idílica poza forestal de aguas frías y cristalinas? Sonrió ante los distantes recuerdos de los niños retozando en los lagos de montaña de Tar'eastór. Los cuatro nunca habían visto tanta agua; habían vivido solo para el momento en que su madre les permitía desviarse de su camino al Valle para poder bucear, nadar y chapotear. No lo habían entendido entonces, habían querido quedarse en aquel hermoso lugar anegado, pero su madre les había dicho que había un lugar incluso *mejor* más allá del Valle.

La sonrisa se desvaneció y se volvió hacia la extensión de verde que se extendía más allá del estuario, al otro lado del canal. Pronto todo sería suyo para hacer lo que le pluguiera, para moldearlo y darle forma según sus deseos. Pronto se reuniría con sus dos hermanos vivos y, juntos, establecerían su imperio. Solo entonces buscarían a la familia. Podrían tener una abuela, un abuelo, tíos o tías, primos quizá.

Pero Gra'dón sabía que existía la posibilidad de que todos se hubieran marchado al Valle, al lugar donde a él y a sus hermanos se les prohibía el paso.

Él también remediaría eso.

Se dio la vuelta, entró en sus aposentos de la cubierta superior y caminó hacia la ventana. Las pertenencias habían sido cuidadosamente apiladas a un lado, y entre los cofres y las cajas estaba el joyero que había recogido de las cámaras subterráneas. Lo abrió y tomó el retrato de la familia real élfica; los ojos se posaron

de inmediato en el guerrero a medio terminar de cabello plateado y ojos verdes.

Gra'dón acercó la pintura, recorriendo con la mirada los detalles esbozados en el cabello del elfo. Una piedra de ámbar, un nudo extraño sujeto con un pasador dorado. ¿Eran símbolos de algún tipo? ¿De posición o tal vez de cargo? El elfo parecía fuerte, muy probablemente un guerrero. ¿Qué grandes hazañas habría logrado? ¿Y qué cargo ocupaba ahora que había sido reconocido como parte de esa familia?

Aquí, en la intimidad del camarote, se permitió un momento de humor por la curiosidad que aquel elfo había despertado en él. De alguna manera, le resultaba lógico que fuera un bastardo real y, aunque él mismo fuera un príncipe legítimo, sentía una especie de conexión. Ambos habían sido rechazados, mal vistos. Ambos eran guerreros con padres poderosos. ¿Tenía madre? ¿O había muerto como Ankelar?

Volvió a colocar el lienzo en el joyero y cerró la tapa con cuidado, rozando con los dedos la superficie de madera. Había memorizado bien sus rostros; informaría a sus jefes cuando estuvieran más cerca de la ciudad.

La sonrisa se desvaneció y se volvió hacia la ventana; sintió el momento en que el ancla se soltó y el mundo exterior empezó a moverse.

Sabía lo que quería, por qué había venido allí. Conocía las probabilidades y disfrutaba del desafío. La vida en Calrazia había sido dura pero fascinante. Había sido cruel y, sin embargo, estimulante. Había sido un cautiverio para su madre y, aun así, una reverencia temerosa para los cuatro jóvenes príncipes inmortales. A pesar de su despótico padre, habían querido quedarse y, no obstante, habían amado a su madre más que a su vida de riquezas y súbditos serviles. Por eso la habían seguido voluntariamente.

La habían amado, y siempre la amarían.

A media mañana, las balsas de Abiren'á se deslizaban por el río de color arcilla.

La balsa de La Compañía coleó hacia un lado y Ramien forcejeó con el timón, flexionando los brazos desnudos mientras los enderezaba. —*¡Arriba, a la izquierda!*

Gor'sadén, Idernon y Carodel levantaron sus remos hacia el cielo mientras Galdith, Tensári y Bulan remaban con fuerza. Pronto volvieron a estar rectos y Fel'annár miró por encima del hombro, observando cómo las otras balsas maniobraban alrededor del remolino.

Sonrió con la mirada perdida y luego miró hacia arriba, a las dos aves de caza que chillaban volando una al lado de la otra. No pudo evitar preguntarse si serían Shirán, pero estaban demasiado lejos para verles los ojos. Azure se había marchado hacia el oeste en busca de refuerzos de Tar'eastór, y luego para consultar con sus superiores, quienesquiera que fuesen. Si pudieran encontrar a los reyes, usar el Fuego Pelágico... Necesitaba a Lainon para lograr esas cosas y, sin embargo, cuánto deseaba Fel'annár que siguiera allí, que La Compañía estuviera completa una vez más, a excepción de Galadan y Sontúr. No había regreso para Galadan, pero Sontúr los estaría esperando de vuelta en la ciudad.

¡Por los dioses!, cómo deseaba remar con los demás. Pero todavía tenía vendajes por todas partes, y las heridas punzantes de los gusanos Segadores aún estaban cicatrizando. Se estremeció, y la espalda protestó ante el movimiento. ¿Cómo iba a luchar en una guerra estando así?

El ataque de los sabuesos a la posición de Rinon la noche anterior era un recordatorio de que otros también estaban luchando. A través de los árboles, había visto a los sabuesos mutantes atacar a Rinon y a sus guerreros. Había visto a su hermano salir volando por los aires y estrellarse contra un olmo, y Fel'annár por fin había podido ayudarlo.

Su habilidad *seguía* evolucionando, tal como Aria le había dicho. Había conjurado un árbol específico a distancia, sin la presencia de un Oyente. También había proyectado su voz, aunque no creía que Rinon pudiera oírlo. No era un Oyente, ni mucho menos.

Bulan relevó a Idernon, mientras que Hobin relevó a Ramien. Juntos, los dos amigos se abrieron paso con cuidado hacia Fel'annár, que estaba sentado en medio de la balsa con una manta sobre los hombros.

El ruido a su alrededor era tan fuerte que debían gritar para hacerse oír; el constante balanceo y los sacudones de la balsa obligaban a todos a aferrarse a las cuerdas de seguridad.

—¡La última vez que nos divertimos en un río, Handir y tú casi morís! —gritó el Guerrero Sabio.

—Lo sé. Pero esto es diferente. No creo que estemos en peligro.

—¿No lo crees, o lo *sabes*?

Fel'annár apartó la vista del impetuoso río que tenía ante sí y miró a los astutos ojos del Guerrero Sabio.

—¿Por qué iba a saberlo?

Idernon enarcó una ceja y luego resopló. Abrió la boca para hablar de nuevo, pero la balsa dio un bandazo a la derecha y Bulan gritó: —¡Arriba a la izquierda, remad a la derecha, remad *con fuerza!*

El agua empapó a los dos amigos, esquivando a Fel'annár por completo. A su lado, Idernon escupió lo que inadvertidamente le había entrado en la boca.

Fel'annár se echó a reír mientras Idernon fruncía el ceño. —Providencia divina. Se supone que debo cerrar la boca. Dile a Aria que ya lo he entendido.

Se rió con más ganas entonces, rodeándose con un brazo las costillas doloridas. Aunque el río los llevaba hacia la guerra, Fel'annár se dejó atrapar por el momento. Nunca sabría con certeza si la propia Aria había provocado las lluvias distantes. Sería un misterio si las aves de caza que aún sobrevolaban sus cabezas eran Shirán. Pero el río hablaba a los árboles de la vida y, a través de ellos, Fel'annár escuchó su estimulante canción. Era en momentos como esos cuando daba gracias por el don que se le había concedido, por sus inacabables revelaciones. Nunca había oído la voz del Calro a través de su conexión con el bosque, y le pareció la canción más dulce que jamás hubiera escuchado.

Pero más tarde, cuando finalmente hubieron atracado, una pesada sensación de pavor invadió a Fel'annár.

No había peligro cerca, eso decían los árboles. Estaba más lejos, en el distante bosque al sur.

—¿Qué oyes? —preguntó Hobin, observando los ojos de Fel'annár, que brillaban suavemente.

Fel'annár lo miró de reojo y luego volvió a volverse hacia el horizonte. —Algo viene del sur. La tierra susurra y los árboles le devuelven el eco.

—¿El enemigo? —murmuró Gor'sadén.

—Tal vez, sí. Aunque no en el bosque, todavía no.

—El hermano Lainon no puede estar seguro de cuántos guerreros traen. No *todos* esos barcos llevarán el mismo número de personas, e incluso si lo hicieran, no todos serán combatientes. Si el Nim'uán ha venido para quedarse y colonizar, traerá científicos e ingenieros, sanadores y maestros.

—Y treinta y dos Lagartos de Gas —añadió Galdith.

—Los lagartos pueden trepar muros... —continuó Fel'annár distraídamente, como si la idea acabara de ocurrírsele—. Me pregunto cómo se les puede impedir que entren en la ciudad. Los árboles están demasiado lejos, incluso sus raíces.

—Si Lainon puede localizar a los reyes, encontrar el Fuego, tal vez podamos idear una forma de transportarlo, de usarlo contra Gra'dón. Es probable que sea lo único que pueda equilibrar la balanza.

Gor'sadén lo había dicho en voz baja, sin mirar a nadie en particular. Idernon lo observó de cerca y luego se volvió hacia un Fel'annár igualmente pensativo.

Ramien encendió un fuego, Carodel hirvió agua y Galdith rebuscó en su petate. Gor'sadén desenvainó su espada Synth y sacó la piedra de afilar de la mochila.

Con los movimientos rítmicos del comandante, Bulan recordó la conversación que había tenido con Gor'sadén y Fel'annár en los bosques de Abiren'á, justo antes de que llegara el mensaje y partieran en las balsas. Los ojos perspicaces estudiaron el perfil fuerte, el ceño fruncido, la mirada cansada.

—Sigues soñando, ¿verdad?

Las manos de Gor'sadén se detuvieron y se volvió hacia Bulan, mientras Hobin observaba la interacción con atención. El resto de La Compañía no se volvió para mirar, sino que permaneció en silencio, preguntándose si Gor'sadén respondería.

—A veces. Y mis sueños siempre me dejan deseando poder decirle a Pan'assár lo que había sido, para aliviar su sufrimiento.

Bulan frunció los labios; no había tenido intención de disgustar a su amigo, así que se puso en pie, le apretó el hombro a Gor'sadén y se marchó.

Hobin lo vio irse; los brillantes ojos azules relucían bajo la luz menguante antes de posarse en Gor'sadén, que tenía la mandíbula tensa y los símbolos pintados en el rostro parecían casi cobrar vida.

—Ahora él lo sabe, amigo mío.

El comandante se volvió hacia Hobin como si se hubiera sobresaltado. Lentamente, el rostro se relajó. —Sí, sí, supongo que sí.

Hobin asintió. —Venid. Admiremos el Calro al anochecer, comandante. Hay cosas que me gustaría tratar.

Gor'sadén ladeó la cabeza; creía saber qué le preguntaría Hobin y, a decir verdad, no le molestaba en absoluto.

La Compañía los vio marchar, pero la mirada de Fel'annár se demoró en ellos. Sabía qué era Hobin, cuál era su propósito. Estaría vigilante, atento a las sutiles señales de que Gor'sadén era un Divino, tal como lo habían sido los otros de Los Tres.

Rinon, Jarabon y Macurian estaban sentados ante una pequeña hoguera, llenos de arañazos y magulladuras por el ataque de los sabuesos de la noche anterior. Aquello los había dejado a todos callados y pensativos.

Habían comido poco, sabiendo que debían continuar su viaje y alcanzar a Enar y a los refugiados, pues no se sabía si aparecerían más de aquellos infernales sabuesos.

Habían perdido a diecisiete guerreros en el ataque, muchos de ellos amigos de Jarabon desde hacía décadas. Los que habían sobrevivido cuidaban de los caballos, con las manos ocupadas y los ojos fijos en el príncipe heredero de Ea Uaré y sus dos compañeros.

Rinon revivía en la mente su experiencia cercana a la muerte. Se había estrellado contra un árbol, completamente aturdido. Vio al sabueso abalanzarse hacia él, pero las propias piernas no respondían. Iba a morir, pero entonces una voz atravesó la niebla y la confusión. Le dijo que se mantuviera despierto; lo llamó *hermano*.

Se volvió hacia Jarabon, que guardaba silencio ante el fuego. —¿Anoche, cuando me encontraste bajo aquel árbol, me hablaste antes de que el sabueso muriera?

—No. Mi intención era salvarte el pellejo, pero la bestia cayó antes de que pudiera disparar. Una rama entera le cayó sobre el cuello.

Rinon se quedó mirando al veterano guerrero, esforzándose por recordar las palabras que había oído.

Levántate, príncipe.

Recordaba haber oído un golpe sordo justo antes de que el sabueso se desplomara en el suelo frente a él. Frunció el ceño y miró hacia un lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Macurian, mirando de Jarabon a Rinon.

—Ha sido una coincidencia de lo más afortunada, ¿no creéis? —Rinon centró la vista en Macurian, buscando cualquier señal de que pudiera estar pensando lo mismo que él.

—¿Afortunada? No creo en la suerte, príncipe. Si el Señor de la Guerra hubiera estado con nosotros, no tendría dudas de cómo ha ocurrido.

—Pero no estaba... —la voz de Rinon se apagó mientras revivía el momento una vez más. Aquella voz que le había instado a levantarse, a permanecer despierto, y que luego lo había llamado *hermano*. ¿Era posible que los poderes de Fel'annár llegaran hasta ese punto? ¿Podía comandar los árboles desde tal distancia? ¿Sin tocarlos? ¿Podía dar órdenes a un solo árbol en todo un bosque? Y si podía, ¿por *qué* iba a hacerlo, después de cómo lo había tratado Rinon?

Era cierto que Rinon se había esforzado recientemente por conocerlo, que lo había invitado a la mesa familiar y que el mundo no se había acabado por ello. Pero por primera vez, sentía los lazos invisibles de su sangre compartida, un nuevo hilo en el alma que se engrosaba y se extendía, volviéndose fuerte.

Y así como había escuchado a Fel'annár, también había visto a Sorei. Su rostro había sido el ímpetu para moverse, para no rendirse. Ella hizo que él *quisiera* vivir en lugar de simplemente cumplir con su deber como príncipe heredero. En aquel preciso momento en el que se había convencido de que iba a morir, se había desesperado por no haberle dicho... decirle que había intentado no amarla.

Pero lo hacía.

En cuanto estuviera de vuelta en casa, buscaría un momento de tranquilidad a solas con ella. Se lo diría y rezaría para que no lo rechazara. Solo entonces podría morir en paz en esta guerra, si es que ese iba a ser su destino como príncipe de Ea Uaré.

Cerró los ojos ante la oleada de emociones, obligando a la mente a centrarse en las circunstancias inmediatas.

—Deberíamos alcanzar a la caravana principal a última hora de la tarde. Eso nos sitúa a un día y medio de la ciudad.

Jarabon asintió. —Mis exploradores deberían estar cerca, detrás de nosotros. Entonces sabremos más sobre el enemigo.

Macurian miró de Rinon a Jarabon; decidió que alguien tenía que abordar el tema que hasta ahora habían ignorado.

—Miles de Señores de la Arena, un número indeterminado de Lagartos de Gas y ahora esto: sabuesos. Esos arneses son la prueba de que alguien planea utilizarlos. ¿Los están entrenando? ¿Incluso criándolos? Nací y me crié en Tar'eastór; sé tanto sobre sabuesos como cualquier otro guerrero de aquellos lares. Estos no son normales.

—¿A qué te refieres con que no son *normales*? —preguntó Jarabon, poco convencido de la lealtad de Macurian, o quizá de su honestidad.

—El sabueso más grande que he visto mide más o menos esto —explicó el ex-Sombra, extendiendo la mano a un lado—. Pero las cabezas de estas criaturas quedaban casi a la altura de la mía. Son

más fuertes, más agresivos, mucho más difíciles de matar. Esta jauría acabó con diecisiete de nuestros guerreros en solo unos minutos.

Macurian y Jarabon miraron el rostro singular de Rinon, tan parecido al de su padre y, sin embargo, más afilado, más frío.

—¿Es posible que estos animales hayan sido criados selectivamente?

La pregunta del príncipe quedó flotando en el aire hasta que Macurian se inclinó hacia delante. —Posible, sí. La cuestión es ¿por quién? ¿Dónde?

—¿Podrían haberlos traído los Señores de la Arena cruzando el mar? —preguntó Jarabon.

—Supongo. Si pueden transportar Lagartos de Gas, ¿por qué no sabuesos? Sin embargo, una criatura como esta parece más adecuada para estos climas que para los áridos desiertos de Calrazia.

—Bueno, si no es obra de los Señores de la Arena, ¿qué hay de los humanos?

Rinon miró a Jarabon un momento mientras sopesaba la posibilidad. —En otras circunstancias, aconsejaría a mi padre que enviara Sombras a la Pradera y a Tar'eastór para determinar dónde los tienen. Tal como están las cosas, debemos estar preparados para la posibilidad de que haya más, y de que participen en la guerra que se avecina. Es un motivo más para regresar, con tantos días de ventaja sobre el enemigo como podamos. El comandante Turion necesita saber lo que viene. Esa lanza de fuego que recuperó Macurian podría ser trascendental si logramos reproducirla... si logramos encontrar a los reyes y usar el Fuego. Pero eso llevará tiempo...

El antiguo combatiente silvano y el ex-Sombra de Tar'eastór se habían ganado el puesto la noche anterior. Jarabon había querido salvar la vida a Rinon y después este le había devuelto el favor, mientras que Macurian había liderado la lucha en ausencia de ambos. Cuando todo terminara, Rinon enmendaría cualquier mal que se hubiera hecho y se aseguraría de que el valor de ambos fuera debidamente reconocido.

Jarabon hizo una mueca, incapaz de ocultar el dolor. Estiró el cuello hacia un lado y hacia el otro. —Lo que sí *sabemos* es que sin la ayuda de Tar'eastór, esta guerra está prácticamente perdida.

—Puede parecerlo, Jarabon —dijo Rinon—. Pero yo, por mi parte, he visto cosas extrañas últimamente, cosas improbables. No perderé la esperanza mientras tengamos una oportunidad, por remota que sea. —Bufó entonces y sacudió la cabeza—. Es extraño que haya trescientos de nuestros mejores guerreros encerrados en las mazmorras.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jarabon. Fue Macurian quien le respondió.

—Traidores al rey. Guerreros Kah Ilícitos entrenados por Band'orán.

Rinon asintió a la Sombra, nada sorprendido de que lo supiera todo sobre el asunto.

—Vaya, pues es una lástima. Serían de gran ayuda, eso seguro.

—Previsiblemente serán condenados al exilio, Jarabon. Al menos ese es el deseo de mi padre, aunque dudo que se haya presentado aún ante el Consejo Real. No ha habido tiempo.

—Quien es traidor una vez, lo es para siempre —gruñó Jarabon.

Macurian lo miró fijamente. De pronto, todas sus deliberaciones, todas las promesas que se había hecho a sí mismo, afloraron con fuerza. Era ahora o nunca, porque una vez que regresaran a la ciudad, para Macurian no habría donde esconderse. Jamás podría alcanzar esas nobles metas si las cimentaba sobre la falsedad.

Ya no quería la vida innoble de una Sombra renegada, una existencia gobernada por la riqueza. No se escondería más; se enfrentaría a su castigo si eso era lo que hacía falta. Tenía toda una vida para expiar lo que había hecho.

—No estoy de acuerdo.

Rinon y Jarabon se volvieron hacia la Sombra.

—No estoy de acuerdo porque yo también fui una vez un traidor.

Rinon lo miró de arriba abajo, con los ojos azules centelleantes exigiendo una explicación.

Para cuando Macurian terminó, Jarabon estaba de pie, de espaldas a la Sombra, pero Rinon seguía sentado frente a él, con

una mirada implacable que no lograba obtener ningún resultado satisfactorio del *mercenario*.

—Tienes agallas, Macurian.

—Soy una Sombra.

—Un ex traidor, según tú.

—Quien es traidor una vez... —gruñó Jarabon desde donde estaba, todavía de espaldas a ellos.

—Intentaste matar a mi hermano, secuestraste a mi hermana política. ¿Qué esperabas que hiciera, Macurian?

—Hagáis lo que hagáis, príncipe, aceptaré mi destino.

Rinon hizo una mueca de desprecio. —Tal vez debería arrojarte en medio de La Compañía y permitir que *ellos* decidan tu castigo.

Macurian sostuvo la mirada del príncipe. —Me matarían.

—Lo sé.

La Sombra asintió.

—Si esa es vuestra voluntad...

—¡No lo es, insensato!

Rinon se puso en pie de un salto. —Me pones en una situación difícil. Debería cortarte el cuello aquí mismo. Pero salvaste a Airen, y él te ha llamado hermano. Has recuperado una lanza de fuego, has rescatado al capitán y lo has traído aquí. Nos ayudaste a derrotar a los sabuesos, a proteger a esa gente. ¡No puedo arrojarte a las mazmorras y olvidarme de ti, pero tampoco puedo confiar en ti, y mucho menos perdonarte!

—Permitidme ayudaros.

—¿Cómo puedo hacerlo, si dudo de ti? ¿Sabiendo de lo que eres capaz? ¿Cómo puedo darte la espalda y simplemente creer que no me traicionarás a mí también si la recompensa es lo bastante alta?

Macurian no tenía respuesta para eso, así que asintió y apartó la vista.

—Te quedarás a mi vista en todo momento. Una vez estemos en casa, decidiré qué hacer contigo. Pero si huyes, te daré caza y te mataré yo mismo.

—No huiré, aunque podría desaparecer sin dejar rastro, de tal forma que ni siquiera el señor de la guerra podría encontrarme. *Elijo* quedarme.

Rinon torció el gesto y se dio la vuelta. Mientras caminaba con paso rígido hacia el caballo, gritó por encima del hombro:

—Nos vamos en cinco minutos.

Jarabon lo siguió. —Quien es traidor una vez...

Macurian los observó a ambos, se puso en pie lentamente y los siguió a una distancia prudencial.

La conversación había ido exactamente como había predicho, incluso mejor. Rinon no lo había matado, y dio gracias a los dioses por esa pequeña muestra de misericordia.

CAPÍTULO 10

Marcado por el Destino

Vasanth cabalgaba tras el capitán Henú y el teniente Chandor, con los brazos listos y la mente tan agudizada como podía estarlo; hoy, tal vez, arrebataría la vida a su primer enemigo. O quizá sería ella quien sufriera una herida, o incluso quien muriera. Había creído estar preparada, pero ahora que el momento por fin había llegado, comprendía que nunca lo estaría.

La noche anterior habían cabalgado hasta que la luz se lo permitió y luego se detuvieron para pernoctar. Al amanecer, ya estaban de vuelta en el camino, dirigiéndose al sur, hacia la posición del general Rinon.

El capitán Henú había enviado a dos exploradores por delante, pero no regresarían hasta bien entrada la tarde.

Aquí, en el Camino del Oeste, todo parecía tranquilo, pero el Camino del Este se encontraba a solo una hora a caballo, hacia las faldas de las Montañas Medianas. Los Desviados pululaban por ese lugar, y el capitán Salo había sido enviado allí con su patrulla para mantener la vía tan despejada como fuera posible. Ahora, sin embargo, el general Rinon seguramente lo habría llamado de vuelta para ayudar a fortificar la línea de refugiados. Necesitaría todos sus efectivos en los días venideros.

Vasanth estiró un brazo hacia atrás, comprobó que el carcaj estaba abierto y el arco ligeramente encordado. No quería andar con apuros si se daba una voz de alarma. Con esa misma mano tanteó la espada y luego sintió la vaina abierta en la cintura. Todo estaba en orden. No había olvidado nada, ¿verdad?

A su lado, un novicio sonrió con suficiencia y se volvió hacia otro compañero. Una conversación susurrada, un bufido y una risita. Vasanth apartó la mirada; sabía que se estaban riendo de ella.

Estaba nerviosa y no había sido capaz de ocultarlo. ¿Y qué? Un novicio en esta situación tenía que estarlo, a menos que tuviera muerte cerebral o fuera ajeno al combate y a la muerte. Vasanth no lo era. Su madre había caído ante un arquero enemigo, y su padre había sufrido muchas heridas en sus largos años como guerrero.

Una racha de mal olor la golpeó desde la izquierda y se volvió, justo cuando el capitán Henú gritó.

—¡Desviados por el este! ¡Preparad las armas! ¡Arcos!

Agujas de hielo estallaron sobre la piel, pero los brazos ya se movían, tirando del arco y tensando la cuerda mientras las rodillas la afianzaban en la silla. A su lado, el guerrero que se burlaba forcejeó con su propia arma, tensó demasiado la cuerda y la rompió. Se la quedó mirando, conmocionado.

—¡Dámelo, idiota! —dijo Vasanth, tendiéndole su propio arco. Él lo cogió rápidamente y ella le arrebató el arco aún sin encordar. Metió la mano en la alforja; sabía exactamente dónde estaban sus cuerdas. En cuestión de segundos, había encordado el tosco arco y se lo tendió de nuevo a su antagonista. Él lo miró, luego a ella, asintió y lo tomó. Con dos arcos en la mano, le devolvió a regañadientes a Vasanth el arco primorosamente tallado que había heredado de su madre. Ella sonrió con ironía, se apartó de él y oteó la distancia.

—¡Guerreros, listos! Desviados en el claro a vuestra izquierda. A mi orden.

Henú salió al galope mientras el teniente Chandor hacía girar la montura y se enfrentaba a la patrulla. —Mantened a los novicios cerca. Tienen arqueros. —Maniobró el caballo hacia el frente,

levantó un brazo y luego cargó, con los guerreros y los novicios pisándole los talones, gritando y voceando mientras galopaban.

El corazón de Vasanth martilleaba en el pecho, golpeando contra las costillas; sentía la sangre arder mientras los novicios gritaban a su alrededor y los guerreros invocaban los nombres de sus muertos, antepasados y madres que los honraban. Era una energía brutal y pura que entumecía la mente, y un mantra se formó en su lengua.

No pienses. No sientas.

El hedor era nauseabundo, como carne podrida bajo el sol de verano, y pronto pudo ver movimiento entre los árboles: arqueros apuntando.

—¡Arcos! —gritó Henú.

Soltando las riendas, Vasanth estiró la mano hacia atrás, extrajo una flecha del carcaj y la encajó rápidamente.

—¡Listos! —chilló Chandor.

Solo no pienses. No sientas.

—¡Fuego a discreción!

Los dedos se soltaron de la cuerda, seguidos de una exhalación y un chasquido. La flecha ya volaba; buscó otra, disparó de nuevo y otra más. El caballo dio un bandazo hacia un lado, esquivando por poco un proyectil. Se sujetó con una mano hasta que estuvo lo bastante estable y buscó otra flecha.

Movimiento en un árbol cercano: un arquero Desviado apuntando. Tensó, disparó y vio cómo el cuerpo medio podrido caía al suelo con un golpe sordo.

A su lado, alguien gritó, un caballo se encabritó y ella tomó las riendas con una mano.

—¡Levántate! ¡Levántate! —gritó alguien, pero el caballo asustado huyó, dejando al novicio de pie, conmocionado y solo.

Un guerrero galopó hacia él, le tendió la mano y el novicio le agarró el antebrazo. Vasanth maniobró el caballo frente a ellos, sacó una flecha, disparó a un arquero enemigo y luego miró hacia atrás. Con el novicio a salvo tras el guerrero en la silla, este asintió y, junto con el resto, galoparon hacia el claro, disparando mientras avanzaban. Una vez bajo los árboles, Vasanth supo que tendrían que desmontar.

Tal como había previsto, llegó la orden y saltó, aterrizando y echando a correr, arco en mano mientras contaba a los Desviados que cargaban hacia ellos.

Aún había arqueros en las ramas. Alguien disparó; un cuerpo cayó. Ella vio movimiento, disparó y otro cuerpo golpeó el suelo. Pero se habían quedado sin tiempo ni espacio para las flechas. Guardó el arco en el arnés y desenvainó la espada y la daga.

Había llegado el momento; el instante en que se vería cara a cara con la muerte, en que vería la ruina de los mortales que habían desafiado al Ari'atór y cruzado los Últimos Marcadores. Este era el terrible precio que pagaban por no querer morir.

Una ola de lástima la golpeó, pero fue reemplazada de inmediato por el horror cuando el primer oponente se abalanzó sobre ella, con el cabello viscoso volando alrededor de la cabeza y azotando la sucia armadura. Con los dientes verdes y negros, a medio caer, los grandes ojos amarillos estaban enloquecidos, desesperados por traer la muerte, hambrientos de ella.

Vasanth gritó por encima del lamento del Desviado, alzó la espada y chocó contra el cuerpo fétido, con los ojos llorosos por el hedor rancio. Parpadeó con fuerza, golpeó y aguantó mientras el Desviado paraba, retiraba la hoja y la descargaba sobre ella. Bloqueó, casi presa del pánico ante la engañosa fuerza del oponente.

Retiró la hoja, bailó hacia un lado —demasiado rápida para el Desviado— y le rajó la espalda. El alarido fue un sonido terrible, como el de un animal herido, y el mantra regresó.

No pienses. No sientas.

Corrió hacia los árboles y hacia el siguiente oponente. La agilidad; la agilidad era su mejor defensa.

Atravesó a un Desviado mientras corría, hundió la punta de la espada en otro, pero el grito de un guerrero cercano atrajo su atención. Al pie de un árbol, un Desviado permanecía con la espada lista para golpear a un novicio desarmado.

Vasanth esprintó hacia él. —¡Abajo!

El novicio se dejó caer al suelo y el Desviado se volvió, justo a tiempo para evitar parcialmente la hoja que se le venía encima.

Alcanzó al imponente Desviado en el hombro; no lo suficiente para matarlo ni para disuadirlo. Lo miró con los ojos muy abiertos. Nunca sabría si lo que lucía era una sonrisa. Hizo todo lo que pudo para parar el poderoso golpe dirigido a la cabeza. Jamás podría contenerlo, así que se agachó, retiró la hoja y bailó hacia un lado tal como había hecho antes, pero este Desviado era más rápido y leyó bien sus intenciones. Las hojas volvieron a quedar trabadas.

El novicio al que había ayudado cargó contra la bestia por el flanco, pero el Desviado lo golpeó con el puño acorazado y mandó al pobre elfo volando por los aires hasta que se estrelló contra un árbol. Vasanth se enfrentó de nuevo al enemigo. Nunca podría derribarlo basándose solo en la fuerza.

Vio la hoja con total claridad mientras se dirigía al rostro. Se agachó, rodó por el suelo y las piernas se engancharon con las botas del Desviado. Él cayó con estrépito y Vasanth se puso en pie, con la hoja sujeta con ambas manos.

Descargó la espada con todas sus fuerzas, sintió cómo atravesaba el cuero, rompía el hueso y se deslizaba en la carne. Vio esos ojos amarillos que una vez habían sido brillantes, los dientes que una vez, seguramente, habían asomado tras una sonrisa cariñosa.

La bestia había desaparecido, pero la batalla aún rugía. Alguien gritó desde atrás.

—¡Flechas! ¡Vienen flechas de los árboles!

Se volvió hacia la arboleda, buscando el arco mientras corría. Una flecha se clavó en alguien que cargaba a su lado. Cayó con un grito de dolor, pero Vasanth siguió corriendo. Una flecha volaba hacia ella, demasiado cerca para esquivarla. Un recuerdo la envolvió y saltó por los aires, primero con los pies, y luego se detuvo deslizándose sobre la espalda. En la suela de una de las botas había una flecha enemiga. La arrancó, la tiró al suelo, se colgó el arco a la espalda y trepó por la corteza de un árbol. El francotirador estaba en el árbol de al lado.

Estiró la mano hacia atrás para coger otra flecha, pero los dedos solo palparon el aire.

Maldijo su estupidez por no haber guardado aquella flecha de la bota; observó cómo el Desviado disparaba a otro elfo y luego a otro. Un guerrero estaba trepando por el tronco y el francotirador apuntó hacia abajo. Vasanth dio un grito; la distracción fue suficiente para que otro guerrero lo abatiera. El Desviado cayó al suelo y los elfos vitorearon mientras los últimos Desviados aullaban y huían.

Desde más lejos, el capitán Henú observaba a los guerreros mientras decapitaban a los Desviados y les presentaban las cabezas a los novicios. Era un acto macabro, pero se trataba de una tradición con un propósito, una parte integral del entrenamiento.

No tardó en ocurrir lo inevitable, y los guerreros se rieron cuando los novicios se pusieron blancos, luego verdes y acabaron perdiendo el desayuno entre los arbustos.

Mientras Vasanth bajaba al suelo de un salto y caminaba hacia el grueso de sus guerreros, se prometió a sí misma que el desayuno se quedaría exactamente donde estaba.

De camino hacia el teniente Chandor y el capitán, se cruzó con el novicio al que había ayudado junto al árbol. Él le bloqueó el paso, la miró un momento y luego, para su absoluta sorpresa, hizo una profunda reverencia, como se le hace a una reina.

Los guerreros y novicios lo bastante cerca como para verlo se quedaron mirando. Vasanth avanzó unos centímetros.

—Por favor, no lo hagas —dijo, esperando que la voz no hubiera sonado como una súplica.

—Me has salvado la vida.

—Eso es lo que hacemos. No hay necesidad de dar las gracias.

—Las tienes de todos modos. —Él se irguió ante ella, humilde y agradecido.

—¿Cómo te llamas?

—Salaharon. Sal, para abreviar. ¿Y tú?

—Vasanth. —Le puso una mano en el hombro al pasar, sin ser consciente de que Henú y Chandor los observaban desde lejos. Cuando estuvo lo bastante cerca de ellos, el teniente se volvió hacia ella.

—Vas a necesitar un par de botas nuevas, novicia.

Vasanth tuvo cuidado de no mostrar las emociones con demasiada claridad en el rostro, pero estaba asombrada de que alguien hubiera visto aquel movimiento. Había visto a Fel'annár practicándolo a través de un resquicio entre los árboles. No había sido una sesión de Kal'hamén'Ar; nunca habría espiado algo así.

Asintió al teniente y miró a los demás, pero Henú no tardó en situarse ante ella, con las manos a la espalda.

—Bien hecho, novicia.

Por segunda vez se sobresaltó, intentó no sonreír e hizo fuerza para que el rubor de las mejillas desapareciera, pero sentía que le ardían.

Henú llevó las manos al frente, con la cabeza de uno de los Desviados que ella había matado entre ellas.

La miró, al principio con confusión. Pero a medida que los ojos registraban los párpados caídos, la sangre seca y casi negra sobre la boca, las fibras de venas y cartílagos y… se dio la vuelta, corrió hacia los arbustos y vomitó.

A sus espaldas, estallaron risas escandalosas. Era su bautismo de sangre, uno que, sin ella saberlo, era muy similar al día en que Fel'annár había matado a su primer Desviado, no mucho tiempo atrás.

~

Esa tarde, Gor'sadén tomó su turno en los remos y, mientras remaba, sopesaba las muchas preguntas que le asaltaban sobre la vida, la muerte y el camino de vuelta.

Ber'anor.

Azure había regresado, tal como habían esperado, y aquello lo hizo reflexionar. Lainon debía de haber tenido Sueños de Revelación, igual que Fel'annár. Pero al contrario que el Señor de la Guerra, Pan'assár nunca lo había comprendido. Aunque, por otra parte, él tampoco.

Por primera vez, Gor'sadén se preguntó exactamente cuándo había comprendido Or'Talán su propia naturaleza. ¿Había sido antes

de partir hacia Ea Uaré con el sueño de crear un nuevo reino élfico? ¿O lo había utilizado como excusa para llevar a cabo su verdadero propósito? ¿Proteger el Bosque Perenne bajo el pretexto de conquistar nuevas tierras?

¿Y Pan'assár? ¿Cuándo habían empezado sus sueños? Habría seguido a Or'Talán a cualquier parte, y Gor'sadén también, de no ser porque uno de Los Tres debía quedarse. Eran los oficiales de mayor rango en el ejército de Vorn'asté. De hecho, Gor'sadén había querido ir con sus hermanos tanto como había querido quedarse y honrar su juramento al rey de la Madre Patria.

Al final, Gor'sadén optó por quedarse.

Los Tres se separaron, y él se convirtió en el muy amado, profundamente respetado e incluso venerado comandante general de Tar'eastór. Y sin embargo, curiosamente, su sentido del deber nunca trascendió hacia un sentimiento de pertenencia. Mientras prosperaba, parecía que también estaba esperando. Esperando algo que no había comprendido en aquel entonces.

Cuando llegó la noticia de que Or'Talán había perecido en la Batalla bajo el Sol, Gor'sadén quedó desolado, y esperó el regreso de Pan'assár; pero este nunca se produjo hasta aquel día fatídico en que finalmente apareció, viajando con un hijo de Thargodén que ni siquiera sabía que viajaba con él.

Fel'annár era un joven guerrero que había estado dispuesto a sacrificarse para que los supervivientes de su malograda patrulla pudieran llegar a la Madre Patria. Con aquella primera visión de Or'Talán encarnado, el mundo de Gor'sadén cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Solo cuando conoció a Fel'annár lo invadió un sentimiento de pertenencia, no en sueños, sino en el mundo real. La fascinación se convirtió en curiosidad y, poco a poco, Gor'sadén se convenció de que su camino consistía en guiar a Fel'annár hacia la grandeza.

Recordaba aquel sentimiento con total claridad.

El Libro Ari de los Iniciados afirmaba que el vínculo entre Ber'ator y Ber'anor era inquebrantable, una fuerza de la naturaleza que los unía con la Luz Guía del Ber'ator, una luz que podía ser entregada a otro en el momento de la muerte. Pensó en la conexión entre

Fel'annár y Tensári, en el vínculo que había existido entre Fel'annár y Lainon. Era un entendimiento silencioso, como si las palabras no fueran necesarias. Era una generosidad incondicional, una vida entregada al servicio de la otra. Era casi como si compartieran una parte de sus mentes, una parte física de sí mismos. Sentir que se la arrancaban era doloroso, un resultado antinatural, como si le hubieran cercenado un miembro.

Así se habría sentido él si Fel'annár hubiera muerto en la guerra.

Zéndar había entregado su Luz Guía a Hobin, su Ber'anor. Lainon le había entregado la suya a su propio Ber'anor, Fel'annár. Pero el Ber'anor de Pan'assár estaba muerto. Su Luz Guía debería haber regresado a la tierra.

Pero no lo había hecho. En su lugar, había envuelto a Gor'sadén.

Sus sueños de luz y batalla. Sus visiones de peligro y advertencias; no habían sido sueños en absoluto. Eran revelaciones. Hobin tenía razón.

Gor'sadén era un Ber'anor, y su propósito, de algún modo, estaba ligado a Fel'annár.

Pero ¿qué era, exactamente, lo que Aria quería que hiciese?

Kallan miró a ambos lados; estaba solo mientras los guardias de la prisión se preparaban para el cambio de turno. Tras abrir la trampilla de la penúltima puerta, esperó a que Draugolé se acercara.

—Más de cien prisioneros murieron anoche. Los mismos síntomas que los dos Ilícitos.

El Lord tardó un tiempo en responder. De hecho, Kallan estaba igual de confundido. Sabía que se había utilizado veneno con las dos primeras víctimas, pero ¿por qué querría alguien usarlo para matar al azar?

—¿A qué hora ocurrió?

—Empezó a la hora veintitrés.

—¿A qué hora fue la cena?

—A las veintiuna, más tarde de lo habitual. Hubo un... accidente. Se perdió un caldero de sopa. Algún idiota torpe tropezó y lo derramó todo por mis suelos limpios. Se sustituyó por comida de los barracones.

—Me extrañó que la comida fuera inusualmente buena anoche. ¿Es eso lo que comí?

—Sí, ahora que lo mencionas.

El silencio regresó y Kallan se descubrió esperando con el aliento contenido a que Draugolé hablara. Estaba intrigado.

—Kallan. Averigua dónde están Lord Nestar y Lady Melu'sán. Necesito saber *dónde están.*

Kallan nunca había oído a Draugolé usar ese tono. Había un rastro de desesperación en él. Para su sorpresa, sintió lástima. —Por supuesto. Milord... aún quedan doscientos veinte Ilícitos.

—Nada asegura que esto no vuelva a ocurrir.

—Os traeré vuestra comida del exterior, milord.

—Gracias, Kallan. Cuento contigo para que me informes de su paradero.

—Volveré más tarde. Todo el mundo está en turno doble tras las muertes.

—No voy a ninguna parte, Kalan. Estaré aquí, esperándote, amigo mío.

Había sido un día largo en los hornos.

Turion le había dado a Sorei cincuenta espaderos, y ella había pasado todo el día entrenándolos en los principios y técnicas para crear Synth Blades.

Les había entregado la fórmula y el proceso bajo juramento de secreto. Luego había comenzado a explicar el proceso paso a paso, de forma extenuante, y mientras los hornos se encendían, ellos habían dado sus primeros y algo inciertos pasos hacia la creación de la síntesis. La aleación secreta, el método innovador con el que

debía trabajarse, sería un secreto no menos guardado que el del Fuego Pelágico.

No le habían pasado desapercibidas las miradas escépticas, las conversaciones susurradas. Pero el comandante Turion había sido claro. Sin discusiones. Sin sugerencias. La creación de Synth Blades era una de las últimas órdenes de Pan'assár y nadie contradiría su decisión.

A medida que pasaran los días, empezarían a verlo y comprenderlo. Trabajarían más rápido, más convencidos de lo que hacían, y cuando finalmente sostuvieran los frutos de sus creaciones, tendrían en las manos las mejores espadas conocidas en los reinos élficos y dirían que fueron los primeros en trabajar bajo los auspicios de Sorei, Maestra Espadera.

Pero nunca sería lo bastante rápido.

Rinon podría llegar en unos dos días, y ella casi había terminado la espada. También estaba trabajando en puntas de lanza para el arma del señor de la guerra y en puntas de metal para las lanzas gigantes que se dispararían desde las balistas. Pero la mayor parte del trabajo que acababa de comenzar se utilizaría en guerras y batallas posteriores. Crear hojas Synth era un proceso largo y laborioso en su mayor parte.

Pero si la actividad era frenética en los hornos, resultaba igual de caótica en los hangares de suministros, donde las máquinas de asedio estaban siendo desempolvadas y reparadas, engrasadas y probadas. Los ingenieros revisaban los mecanismos, se reparaban piezas, se añadían otras, se mejoraban. Se sustituían cuerdas, se tallaban piedras y rocas, y se suministraba aceite para los proyectiles a las cubas que aguardaban en el patio y sobre las murallas.

Cuando Sorei no estaba ocupada con sus propias creaciones, supervisaba el trabajo de los herreros o practicaba en los abarrotados fosos de entrenamiento del Círculo Interior. La guerra se acercaba y las habilidades debían perfeccionarse. Había aprendido movimientos de los maestros de espada silvanos, mientras que ella misma les había mostrado los que se preferían en la Madre Patria.

Pronto, Sorei, la única capitana que servía en Ea Uaré, se había convertido en una compañera respetada entre los capitanes del

Círculo Interior, aunque todavía fuera un poco un enigma para ellos. Les intrigaba tanto como les impresionaba.

Pero Sorei no era sorda.

Ni ella ni Rinon habían mostrado públicamente su afecto mutuo; al menos, ella se había esforzado al máximo por no hacerlo. Sin embargo, el rumor sobre su relación se estaba extendiendo. No se lo habían preguntado directamente, todavía no. Pero pronto alguien lo haría.

Sorei se preguntaba qué diría.

La Compañía casi se desplomó en el suelo. Estaban exhaustos, excitados, con la boca llena de los acontecimientos del día y de lo mucho que habían viajado. Fel'annár les sonrió mientras se sentaba con cuidado.

Incluso Gor'sadén sonrió cuando Ramien se llevó a Carodel a rastras para pescar, mientras Galdith resoplaba y Bulan se quitaba las botas con un gemido estruendoso.

Pengon apareció enseguida, sonriendo a Fel'annár, que no protestó ante la perspectiva de otro examen de sanador. La guerra se acercaba; debía estar lo bastante en forma para luchar.

Pengon le quitó los vendajes y confirmó que al día siguiente podría unirse a los guerreros en los remos, aunque solo fuera por períodos limitados. También se le permitiría tejer el Dohai, algo que Fel'annár sabía que aceleraría la curación.

Tan pronto como Pengon lo declaró casi recuperado, La Compañía vitoreó y, a su vez, el campamento estalló en gritos de ánimo y buenos deseos. Gor'sadén y Bulan los observaron y sonrieron al cruzar las miradas.

Fel'annár se puso de pie e hizo una inclinación dramática.

Los guerreros estaban más animados que nunca desde que dejaron Abiren'á. Fel'annár supuso que la conmoción de la guerra se estaba disipando y, en su lugar, surgía una nueva determinación. Con el río embravecido, la esperanza había regresado; la esperanza

de regresar antes de que el enemigo pudiera estrellarse contra las murallas de su patria. Pero para quienes observaban a Fel'annár y a los guerreros, era el propio señor de la guerra quien los inspiraba. Era amado y respetado mucho más de lo que Fel'annár advertía.

Cuando los vítores amainaron, Fel'annár y Tensári dejaron el fuego en busca de un árbol adecuado para que Fel'annár pudiera celebrar un consejo con Yerái. Necesitaba saber si Dalú se había marchado y si habían encontrado más cuevas de los Segadores.

Esta vez, Fel'annár intentaría poner a prueba sus nuevas habilidades. Recordaba lo que Aria había compartido sobre la naturaleza de la luz, sobre proyectar la mente y la vista hacia un Oyente, a través de ellos, con el fin de crear una conexión física.

Cerró los ojos, vio el bosque pasar raudo en su mente, el suelo desdibujándose bajo él, y de pronto estaba ante las Tres Hermanas, alzando la vista y reviviendo el asombro de su imponente presencia, sintiendo el poder de su conexión con Bel'arán y, a su vez, con *él*.

Solo que no estaba solo, pues la figura de Yerái se materializó ante él.

¿Cómo va el norte, capitán?

Hubo un momento de silencio mientras ambos se adaptaban al nuevo entorno. Fel'annár se concentró intensamente, preguntándose si el capitán Oyente podía verlo de la misma manera que él podía verlo a él. Tras un periodo de silencio, Yerái le respondió.

Perdonadme, Señor de la Guerra. Nunca he oído vuestra voz con tanta fuerza.

Las Hermanas os prestan sus oídos, Yerái. Pero decidme, ¿podéis verme?

Fel'annár pudo ver a Yerái recomponiéndose visiblemente, incluso el miedo en él.

Puedo veros como si estuvierais justo ante mí. Pero estoy en lo alto de los árboles, en mi propio Talan, y sin embargo estoy aquí, a los pies de las Hermanas...

El capitán estaba desorientado, cauteloso y francamente asustado. Fel'annár debía asegurarle que no había perdido el juicio.

Estáis donde yo imagino que estoy, Yerái. No tengáis miedo; necesito que informéis sobre el estado del norte.

Al norte le va bien, Señor de la Guerra. El puesto de avanzada está establecido y, mientras trabajamos para restaurar la ciudad, los guerreros heridos continúan recuperándose.

¿Se ha marchado ya el capitán Dalú?

Ayer.

¿Por la mañana?

Sí... perdonadme.

Eramor debe partir lo antes posible. Es urgente que tengan suficientes embarcaciones para realizar el viaje.

La Hermana del Sol resplandeció en la mente de Fel'annár; una luz cegadora borró la figura de Yerái antes de que la luz se atenuara y el capitán apareciera de nuevo.

El río corre raudo y estamos a solo unos días de la ciudad. Puede que incluso lleguemos antes que el enemigo. Con algo de suerte, Dalú no nos llevará más de una semana de retraso. Debemos celebrar consejo cada tarde, a esta misma hora. Debéis practicar vuestras habilidades, perfeccionarlas. Esta conexión directa entre Oyentes es una bendición que debemos aprovechar al máximo.

Fel'annár podía oír a Yerái respondiéndole, pero otra voz susurró entre los árboles, lejos hacia el sur. La figura y la voz de Yerái se desvanecieron a medida que la otra crecía. Reconoció esa voz.

Era Turion, su primer capitán en el campo de batalla, el amigo más cercano de Lainon en vida.

Fel'annár se aferró a la voz, forzó la mente para oír lo que decía el comandante de Ea Uaré. Pero todo lo que pudo captar fue *Señores de la Arena, Sabuesos* y el nombre de una mujer.

Taniq.

¿Oyes eso, Yerái?

... no.

La concentración de Fel'annár flaqueaba y luchaba desesperadamente por mantenerla.

¿Turion? ¿Taniq?

Señor de la Guerra...

¿Eres una Oyente, Taniq?

Silencio. Fel'annár se estaba cansando, el esfuerzo debilitaba la conexión.

Taniq. Mañana, a la misma hora. Inténtalo de nuevo. Trae a Turion.

No sabía decir si ella lo había oído o no. ¡Por los dioses que había oído la voz de Turion! Una vez descansado, tal vez podría hablar con Yerái y esta Taniq junto a Turion, a través de las Hermanas. Era casi demasiado bueno para ser verdad.

Al romper la conexión, Fel'annár se sentó con la espalda apoyada en el árbol y cerró los ojos para descansar un rato, ignorando la mirada de confusión y preocupación de Tensári. Debía descansar, comer, y al día siguiente, antes de zarpar de nuevo, tejería el Dohai para recuperar todas las fuerzas posibles. Cuando volviera a caer la noche, intentaría algo que nunca antes había probado, porque no había pensado que fuera posible.

Sonaba absurdo, pero si lograba llevarlo a cabo, el día siguiente sería el comienzo de una nueva era en la guerra forestal.

Mientras regresaban al campamento con Ber'anor y Ber'ator, Fel'annár ordenó los pensamientos. Les contaría a los demás lo que había sucedido, pero cuando llegaron, Gor'sadén y Hobin no estaban.

Se sentó despacio y tomó el plato de pescado chisporroteante que le ofrecía Ramien.

—Se han ido hace un rato. Guardaré sus raciones para más tarde.

Fel'annár comió y, mientras tanto, se preguntó si Gor'sadén sospechaba, si acaso Hobin lo estaba guiando en ese mismo instante hacia la verdad.

~

Aquella noche, Gor'sadén y Hobin no regresaron al campamento, pero los árboles le dijeron a Fel'annár que estaban a salvo.

Con el amanecer llegaron las primeras y tímidas gotas de lluvia, y Bulan dio la orden de tender las lonas sobre las cabinas de cubierta para proporcionar un poco de refugio a quienes les tocaba descansar.

Fel'annár realizó el Dohai junto a los únicos dos Discípulos que viajaban con esta primera oleada de guerreros. Era la primera vez desde que dejaron Abiren'á, y podía sentir cómo el poder crecía en el pecho, concentrándose alrededor de las costillas magulladas y la espalda, llenándolo. Sabía que con cada día que pasara se haría más fuerte, al menos tanto como lo había sido antes de la guerra. Pero ahora, las Hermanas se habían convertido en parte de él, y el alcance de su fuerza aún estaba por verse.

—Nos marcharemos pronto —dijo Bulan a su lado, con la vista fija en el camino que los dos comandantes habían tomado la noche anterior.

—Lo sé. —Fel'annár miró de reojo a Tensári, a su lado—. Deles diez minutos, capitán. Volverán a tiempo.

Bulan asintió lentamente y luego se fue para unirse al resto de La Compañía mientras ayudaban a los guerreros a cargar las balsas. Fel'annár hizo amago de seguirlos, pero una mirada abrasadora de Pengon lo detuvo en seco. Se volvió al oír pasos a su espalda.

Hobin y Gor'sadén estaban ante él, y Fel'annár abrió la boca para hablar. Pero vaciló, frunció el ceño y luego ladeó la cabeza. Algo había cambiado.

A su lado, sintió el hombro de Tensári rozar el suyo. La vio hacer una inclinación y sintió que una abrumadora sensación de alivio lo recorría. Todo encajó, justo cuando un destello azul recorrió uno de los ojos de Gor'sadén.

A su alrededor, los guerreros observaban; la fascinación luchaba con la confusión.

Fel'annár dio un paso al frente hasta quedar justo ante Gor'sadén, con el rostro tatuado de Hobin a su lado, observando con curiosidad. Pero fue el recién descubierto Ber'anor quien habló primero.

—Lo sabías, ¿verdad?

—Lo sospechaba, nada más.

Gor'sadén ya no parecía cansado, y aquel aire de duelo persistente se había desvanecido. Se erguía como el poderoso comandante que siempre había sido, solo que ahora su Luz Guía resultaba tan clara para Fel'annár como el sol del final del verano.

Gor'sadén era Ber'anor; su propia alma Ari le decía que era cierto, reconocía al espíritu afín en aquel al que siempre se había sentido unido.

—¿Recuerdas el día que viniste a mis aposentos en la ciudadela? Hablamos de cosas con las que ninguno de los dos se sentía cómodo y, sin embargo, tras aquel día juré que sería un padre para ti. Sentí un sentido del propósito como nunca antes había tenido. Me pareció correcto seguirte aquí, a Ea Uaré. Ahora sabemos por qué. Recordé el día que te conocí, el día en que nos convertimos en familia, el día que le dije a Comon que ocupara mi lugar como Comandante General. Recordé tu prueba Kah con Pan'assár, el momento en que su propia situación crítica llegó a un punto culminante y empezó a sanar mientras tú te convertías en mi Discípulo. Y recordé el día después de que Pan'assár muriera, y lo que tú y yo hablamos en las orillas del Calro… Los Tres siempre estaban juntos, siempre deberían haber permanecido así. Or'Talán como guardián del secreto de Aria en Ea Uaré, Pan'assár como *su* protector, y yo… como el guía del heredero elegido de Aria para el Ber'anor.

Fel'annár abrió los brazos, sintió que Gor'sadén le abrazaba, aferrándose a él tanto como él lo hacía a su Maestro Kah. Tras un momento, se mantuvieron a la distancia de sus brazos.

—Mi propósito se basa en lo que ya te he enseñado: debo enseñarte a ser la *luz en el bosque*, tal como proclamaban las runas bajo tu piel. Hobin me recordó las antiguas referencias a Guerreros Kah que blandían la luz a través del Velo. Creo que hay algo de sustancia en esos relatos de antaño. Creo que debo enseñarte a blandir la luz a través del Dohai, no a través del Velo, sino aquí en Bel'arán.

Incluso si Gor'sadén pereciera en esta guerra, o si tal vez fuera él mismo quien muriera, su separación nunca sería completa porque ahora estaban destinados a servir al mismo dios. Ni siquiera la muerte podría cambiar eso.

La lluvia caía, bautizando a los dos Ber'anor, con sus caminos uniéndose y sus destinos encontrándose. Una sonrisa asomó a los labios de Fel'annár mientras escrutaba los brillantes ojos ante él. Lentamente, Gor'sadén le devolvió el gesto.

Fue un momento único y breve en el umbral de la guerra, compartido por dos guerreros marcados por el mismo destino.

—¡Mi rey! ¡Se acercan refugiados desde el sur!

—¿Y el príncipe Rinon?

—Aún no se le ha visto. Es el capitán Salo quien viene al frente, señor.

El rey salió de sus aposentos a grandes zancadas, con Handir pegado a sus talones. Bajaron las escaleras hacia la entrada principal y se detuvieron en los peldaños que daban al patio. Pronto, Aradan y Sontúr se les unieron, mientras los guardias de las murallas miraban hacia abajo. La noticia se había extendido. El príncipe Rinon regresaba con refugiados, pero ¿había traído los refuerzos que tan desesperadamente necesitaban?

La princesa Maeneth se abrió paso entre la multitud, vestida con el sencillo uniforme de un novicio del ejército. Aun así, la gente la reconocía y se inclinaba a su paso, pero Maeneth no se detuvo a darles las gracias. Tenía los ojos fijos en las puertas abiertas y la mente en su hermano mellizo, Rinon. Pronto estuvo junto a Sontúr.

Cuando los primeros caballos aparecieron en las puertas, Turion se situó al lado del rey. Thargodén se irguió más, recorriendo con la mirada a los jinetes. El capitán Salo y un teniente al que había visto antes pero cuyo nombre no recordaba. Esperó en vano a que apareciera Rinon.

Salo se volvió hacia la patrulla, con el caballo corveteando bajo él. Thargodén no podía oír sus palabras, pero bien podía imaginar lo que decía: las palabras de agradecimiento con que el capitán silvano obsequiaba a sus guerreros y novicios.

Saludaron, puño al corazón, y luego se marcharon hacia los establos, mientras el capitán desmontaba y se dirigía hacia donde estaban el rey y el comandante. Detrás de ellos se alzó un grito y, segundos después, los primeros refugiados atravesaron las grandes puertas a paso lento y penoso, desorientados y exhaustos.

Thargodén se volvió hacia Salo y su teniente, fijándose en los cabellos revueltos, las ropas rasgadas y los cueros desgastados; los carcajes estaban casi vacíos. Habían entrado en combate, habían pasado demasiado tiempo sin comida ni descanso suficientes.

Hicieron el saludo, se inclinaron profundamente con los ojos oscuros inalterables, velando cuidadosamente la alarma y el pavor por lo que tendrían que decirle.

—¿El enemigo?

—Dicen que son *Señores de la Arena*, señor.

Thargodén asintió lentamente. —Lo sabemos, capitán Salo.

El silvano frunció el ceño y miró de reojo al teniente, igualmente confundido. Thargodén se anticipó a la pregunta.

—Hay una Oyente en la ciudad, Taniq de Ea Nanú, lo ha oído.

Como silvanos, no cuestionaron las afirmaciones del rey y, en su lugar, le dieron su informe completo. Le contaron cómo habían sido retirados del Camino del Este y enviados al frente de la columna. Los Desviados habían invadido su posición anterior y habían hecho todo lo posible para proteger a los civiles durante la huida hacia la ciudad. El resto de la información le había llegado en forma de rumores a medida que se propagaban por las líneas, extendiéndose de hoguera en hoguera.

—¿A qué distancia viene el general Rinon? —preguntó Turion.

—A casi un día, comandante. El capitán Henú ha llevado su patrulla para reforzar la posición del príncipe.

—Descansad, capitán. Tenéis nuestro agradecimiento.

—¡Mi rey! —Saludaron y se marcharon a los establos para ocuparse de sus guerreros y novicios, dejando a Thargodén a solas con Aradan, Handir, Sontúr, Maeneth y Turion.

—Señor. Sobre la Oyente Taniq —comenzó Turion—. Dijo que mientras escuchaba el bosque del sur anoche, oyó la voz del Señor de la Guerra.

Thargodén se volvió hacia el comandante, con las cejas muy arqueadas.

—Ocurrió mientras le preguntaba si los Sabuesos habían atacado la posición del general Rinon. Dijo que lo habían hecho, pero que nuestro príncipe estaba a salvo. Dijo que el Señor de la Guerra debía

de estar escuchando al mismo tiempo, que su conexión se había entrelazado de algún modo. El general Fel'annár incluso había oído *mi* voz mientras hablaba con Taniq. Parece que le dio instrucciones para conectar con él más tarde esa noche. Perdonadme, señor. No he tenido tiempo de informaros.

Aradan, Handir, Maeneth y Sontúr intercambiaron una mirada intrigada, mientras Thargodén se acercaba a Turion. —Deseo estar presente. Traedla a mis jardines. Hay muchos árboles allí para que ella elija. Si esto puede hacerse de verdad, será el amanecer de una nueva era. Se acabaron los mensajeros, las esperas por las misivas, el tiempo perdido en pedir refuerzos a nuestros puestos de avanzada. Me pregunto cuántos Oyentes habrá…

—Pensé que era un mito silvano hasta que Rinon me habló de la habilidad de Fel'annár. Hablar con los árboles… oír la voz del mundo… —Maeneth miraba a la nada y Sontúr sonrió. Si tan solo supiera ella hasta qué punto llegaba aquello.

—Entonces está decidido —dijo el rey, volviéndose de nuevo hacia el flujo de refugiados que entraba por las puertas. Sontúr observó a Thargodén, vio su fuerza y determinación. Sin embargo, también percibió un cansancio en él. Tanta guerra. Tanto conflicto. Anhelaba la paz como todos los demás, pero este era *su* reino. El destino de ese pueblo descansaba sobre *sus* hombros, y para soportar ese peso, necesitaba una chispa de luz, alguna esperanza de que pudieran vencer, de que no todo estaba perdido.

Y así, Sontúr rezó para que Rinon y Fel'annár se la proporcionaran, para que les dijeran que no era tan aciago, que *podían* ganar esta guerra, que no todos estaban destinados a la ruina y a la esclavitud bajo la tiranía de un Nim'uán.

~

Vestido de forma impecable, armado para la guerra, con sus condecoraciones a la vista y el yelmo de las serpientes gemelas pulido, Gra'dón se alzaba sobre la pasarela de su buque insignia y contemplaba su nuevo imperio desde su privilegiada posición.

Ea Uaré pronto sería suyo. En apenas una semana, estaría sobre el castillo fortaleza del rey elfo, contemplaría los bosques que había venido a conquistar y esperaría a que sus hermanos gemelos trajeran a las Serpientes y a los Segadores del norte.

Aunque pudiera parecer extraño para alguien que había sido rechazado por los elfos, se sentía plenamente a gusto en estas hermosas tierras. Aire fresco para respirar, agua pura y fresca para beber y bañarse, gente hermosa y joyas en abundancia… ¡Por los dioses!, qué bello era este lugar, y con todo el corazón deseaba ser también elfo, para poder sentir lo que ellos sentían.

Pero no era un elfo, no del todo. Era inmortal solo en esta vida.

Gra'dón podía vivir para siempre si así lo deseaba, algo por lo que sus antepasados siempre le habían guardado rencor a él y a sus hermanos. Su padre también descendía de elfos, pero la sangre inmortal se había diluido tanto que se habían vuelto mortales, por muy longevos que fueran. Pero la madre de Gra'dón era elfa; había sido elfa. Y sin embargo, había renunciado a esa inmortalidad a cambio del olvido, para no tener que recordar.

Ahora, en las costas del bosque, Gra'dón endureció las facciones. Podía ver a su ejército convergiendo. Sabuesos de las Montañas Medianas, cientos de ellos, con sus arneses y monturas. Lagartos de Gas, acorazados y listos para ser montados por él mismo y por sus capitanes. Era una visión gloriosa, y la sangre cantaba, hambrienta de guerra. Hambrienta de victoria, de sangre inmortal… de sangre real.

Caminó por el muelle, vio movimiento por el rabillo del ojo, guerreros que se inclinaban a su paso. El pesado golpe de las botas sobre la madera se convirtió en el satisfactorio crujido de la piedra bajo los pies mientras se dirigía hacia la parte alta de la playa. Allí le esperaban sus jefes y capitanes.

Hincaron una rodilla y permanecieron así hasta que Gra'dón se alzó imponente sobre ellos, con los ojos verdes y los orbes rojo sangre de las serpientes gemelas del yelmo. La suya era la promesa de gloria y ruina. De leyenda y destrucción.

Alzó la voz, observando cómo el ejército se reunía a su alrededor y se acercaba tanto como se atrevían a su gigante comandante. Les

habló con los chasquidos y trinos de su lengua paterna.

—Hombres de Calrazia, súbditos de nuestro glorioso Rey Ebanuk, hijo de Jezurah, hijo de Arzén el Inmortal. Soy Gra'dón, hijo del Rey Ebanuk y de Ankelar la Inmortal. Soy vuestro príncipe. Soy vuestro emperador, aquel al que habéis jurado lealtad. A cambio de vuestra fidelidad, seréis mis jefes en este paraíso que hemos venido a reclamar como nuestro, sobre el cual es mi derecho de nacimiento gobernar.

—Los mortales al otro lado de las montañas no nos incumben; de hecho, compartís su condición mortal. Serán nuestros aliados en los años venideros.

—Pero los elfos, los *inmortales* de este mundo, deben ser dominados, gobernados, esclavizados al mayor poder y sabiduría de Calrazia… todos ellos excepto la familia real de Ankelar la Imperecedera.

—Es hora de marchar sobre nuevas tierras, de conquistar nuevos mundos. Es hora de mostrar a vuestro emperador qué valor fluye por vuestras venas, vuestra lealtad hacia mí, vuestro sacrificio. A cambio, seréis recompensados con riquezas inimaginables, con mujeres inmortales para perpetuar vuestro linaje, y con un renombre que pavimentará cada paso que deis a partir de hoy.

—Pronto arremeteremos contra las murallas del rey elfo, mataremos lo que queda de su ejército. Los rociaremos a todos con fuego, los veremos arder, torturaremos y esclavizaremos al resto… una raza poderosa caída a merced del Nim'uán y su glorioso ejército calraziano. ¿Marcharéis conmigo?

Un mar de arcos y hojas se disparó hacia el aire, con el rugido de miles estallando alrededor de Gra'dón; guerreros enardecidos, Sabuesos y Lagartos de Gas medio en pánico, un coro de hombres y bestias atrapados en una orgía de deseos, una lujuria colectiva por la sangre, un frenesí por la guerra.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Los ojos de Gra'dón se agrandaron con profunda satisfacción. Él no era diferente. También era un Señor de la Arena; había pasado demasiado tiempo sin combatir. Necesitaba la sangre, necesitaba conquistar, ver los ojos de aquel que sabía que iba a morir. Era su

naturaleza. Aunque de niño había vivido la lujosa vida de un príncipe, su padre había sido cruel. Por eso Ankelar había escapado, buscando una vida mejor para sus hijos.

Pero Gra'dón ya había aprendido mucho.

Su regio padre le había enseñado el placer del dolor, el poder de la sumisión. Había comprendido el disfrute que traía el sufrimiento, el bálsamo de la agonía ajena, el tónico de sus súplicas. Su madre inmortal había intentado protegerlo, diciéndole mil veces que todo aquello estaba mal, que no era natural.

Pero ella era elfa, y él era medio Señor de la Arena.

Gra'dón era el hijo de su padre.

CAPÍTULO 11

Consejo Mental

El día había sido largo, agotador y estimulante para las tropas, con un matiz de urgencia.

La Compañía no era una excepción.

Habían pasado de largo Oran'dor y, si lograban mantener el ritmo actual, su próxima parada podría ser incluso Sen Garay.

Aunque su viaje al norte había transcurrido por pueblos y aldeas desiertos, ahora se encontrarían con un hervidero de civiles silvanos y alpinos que o bien regresaban a casa o huían del ejército invasor del sur. Verían a sus amigos y familiares por primera vez en muchas semanas.

Estaban casi en casa, y Fel'annár se mantenía firme en que el enemigo aún no había entrado en el bosque propiamente dicho. Eso les otorgaba una ventaja de cuatro o cinco días, tiempo suficiente para planificar y preparar su defensa. Pero, por esta noche, Fel'annár exploraría esta nueva faceta de sus habilidades de escucha. Intentaría celebrar un consejo con Yerái en el norte y con Taniq en el sur. Ella, a su vez, con suerte traería a Turion. La reunión transcurriría en un lugar que solo existía en la mente de Fel'annár.

Consejo Mental, lo había llamado.

Sabía que era una pretensión extraordinaria. Pero tenía motivos suficientes para creer que era posible. De hecho, ¿no había formado

él mismo parte del Consejo Mental de Aria?

La mañana siguiente a aquel encuentro divino, Fel'annár había advertido un cambio en el Dohai. Se sentía más fuerte, más poderoso, como si aquella única experiencia hubiera accionado de algún modo una palanca, abriendo alguna puerta a un nuevo nivel de su comprensión y su consiguiente destreza.

Para llevar a cabo el consejo mental, Fel'annár requería un silencio que no encontraría en el campamento. Por eso, mientras Bulan acomodaba a los guerreros, y Hobin y Gor'sadén se sentaban con La Compañía, Fel'annár y Tensári salieron en busca de un Centinela.

Con cada paso que daba, con cada corteza de cada árbol que pasaban, Fel'annár podía oír a las Hermanas, con sus voces cada vez más fuertes en su mente. Observó cómo sus propios dedos rozaban el siguiente árbol, con zarcillos de luz verde jugueteando alrededor de las yemas, entre su carne y la madera. Detrás de él, Tensári observaba.

Minutos después, Fel'annár se detuvo ante un gran roble. Levantó la vista, alargó la mano y escuchó palabras que eran claras y profundas.

Bienvenido, señor.

Sonrió, se sentó bajo las extensas ramas y cruzó las piernas. Apoyó una mano sobre las raíces, justo bajo la superficie, a su lado. Respiró hondo y se giró hacia donde Tensári estaba arrodillada cerca.

—Oír a Turion y a esta… Taniq fue inesperado, un accidente, creo. Pero ha abierto la puerta a una oportunidad extraordinaria.

—¿Qué crees que va a pasar?

Fel'annár respiró hondo; su exhalación pareció excesivamente ruidosa.

—No estoy seguro. Noto a las Hermanas agitándose, o quizá llamando. Durante la guerra, cuando las luces aparecieron bajo mi piel, también lo sentí. Supe que ellas habían pasado a formar parte de mí y yo de ellas, pero nunca pensé que esa conexión perduraría.

—¿Cómo es?

Se encogió de hombros. —Difícil de describir. Es una fuerza que no estoy seguro de poder comandar, como una reserva de energía que sé que *puede* ser canalizada, pero no *cómo*.

—Y crees que puedes recurrir a esa energía para hablar con Turion, con Yerái.

—Yerái sabe que debe tocar a las Hermanas, pero esta Taniq… para que yo la haya oído, debe haber estado en contacto con un árbol mientras yo hablaba con Yerái. Turion debía de estar allí por alguna razón. Si me oyó anoche, intentará recrear las circunstancias. Si logramos saber dónde está el enemigo… Si puedo contarle a Turion lo que ha visto Azure, podremos advertirles, decirles dónde estamos y diseñar una estrategia.

—Parece demasiado bueno para ser verdad, Fel'annár.

—Lo sé. Nunca lo habría creído posible hasta después de mis dos últimos encuentros con Yerái.

—Parece que estaremos aquí un rato. Me aseguraré de que nadie te interrumpa, entonces.

Fel'annár le dio las gracias con un asentimiento, cerró los ojos y empezó a buscar. Su conexión con las Hermanas fue instantánea.

Ber'anor.

El poder se lavó en su sangre, la infundió, dándole una fuerza y un conocimiento que no eran suyos.

Estaba volando, hacia dónde, no lo sabía. Todo era un borrón a su alrededor. Solo sabía que estaba ascendiendo, surgiendo hacia arriba sobre el bosque y a través de las nubes. Las palabras de Aria regresaron a él entonces.

Ese es mi lugar favorito para observar mi mundo, un paraíso rivalizado por pocos otros. Me siento allí a menudo.

Anora. Imaginaría ese paraíso en su mente, deseó con todo su corazón silvano poder verlo por sí mismo algún día.

El Comandante General Turion se encontraba en los aposentos reales. Frente a él, el rey Thargodén estaba ante el muro abierto

que daba a sus jardines en la Gran Meseta. Más allá, el Bosque Perenne permanecía como un testigo silencioso.

Al lado de Turion estaban Lady Amareth y la Oyente Taniq. Ella nunca había estado dentro de un palacio real, y mucho menos en los aposentos personales del rey. Sus ojos recorrieron las pinturas y los tapices que revestían las paredes, y luego se sobresaltó cuando la puerta principal se abrió con un clic. Handir, Llyniel, Maeneth y Sontúr entraron, hicieron una reverencia al rey y luego se reunieron alrededor.

—Taniq. Habéis prestado un gran servicio a estas tierras. Tenéis mi agradecimiento.

—No es necesario, mi rey. Amo estas tierras, siento las almas de los árboles como nadie más a excepción de nuestro señor de la guerra. Moriría si ardieran. Tomaría el Camino Corto antes de ver a los Señores de la Arena profanar nuestro gran bosque.

Turion pudo ver la curiosidad de Thargodén mientras permanecía allí, observando los ojos verde claro de Taniq, su cálido cabello oscuro y su inconfundible acento silvano de las partes más profundas del Cinturón Forestal.

—¿Cómo creéis que puede tener lugar esta conexión, Taniq?

—Estaba tocando el árbol en el patio del Gremio de Mercaderes cuando ocurrió por primera vez. Esta noche, debería hacer lo mismo, pero en cuanto al resto… no estoy segura. Creo… creo que el comandante Turion y yo pudimos interrumpir al señor de la guerra ayer. Creo que estaba hablando con otra persona, que la conexión se desvaneció por alguna razón. Quizá mantenerla requiera energía.

—Entonces, por favor, entrad en mi jardín, Taniq. Pasead por donde queráis y decidnos qué oís, decidnos cómo podemos ayudar.

Taniq asintió y se dirigió al jardín. Tras ella, Thargodén y Turion la siguieron. Reacios a causar una distracción pero demasiado curiosos para quedarse lejos, Handir, Llyniel, Maeneth y Sontúr se mantuvieron a una distancia respetuosa.

La mano derecha de Taniq rozó los arbustos y matas, los árboles y las flores, pero su mirada estaba puesta en la luz plateada de la luna que bañaba la copa más alta del Bosque Perenne. Al acercarse, este quedó a la vista y el aliento de Taniq se detuvo en su pecho. Se

quedó mirando, incrédula, abrumada, y se giró hacia Turion como sobresaltada, con sus ojos vidriosos ya no de color verde claro, sino de un gris acerado.

—No *habla*…

—¿Debería hacerlo? —preguntó Turion en voz baja mientras se situaba a su lado.

—Es como si se ocultara de mí, temeroso de que oiga lo que dicen.

—¿Por qué tendrían miedo? —preguntó el rey desde su otro lado.

—No lo sé. —Con vacilación, se apartó del Bosque Perenne y caminó hacia un árbol imponente. Alargó la mano, tocó la corteza, sintió su alma agitarse y luego abrirse ante ella. Era bienvenida y se arrimó al ancho tronco.

¿Me ayudarás esta noche, amigo?

Nos honra ser elegidos.

¿Nos?

Nosotros, los pocos que estamos en esta meseta. Los demás no nos hablan.

Los ojos de Taniq casi se habían cerrado, pero se abrieron de golpe, como si algo la hubiera sobresaltado. Frunció el ceño, alisando el suelo con la mano derecha hasta encontrar una raíz expuesta.

—Dioses…

—¿Qué ocurre? —preguntó Turion, que estaba inclinado sobre ella, observando sus manos que buscaban y su rostro confuso.

—El *poder*…

Turion se puso en cuclillas ante ella, intentó y no logró captar su mirada. Thargodén hizo lo mismo, con una mano de advertencia en el brazo de Turion para no distraer a la Oyente.

El Señor del Bosque llama. ¿Responderás, Taniq?

Nunca había hablado tan claramente con ningún otro árbol a excepción de Zafra en Ea Nanú, nunca había oído la voz de otro con tal claridad.

Responderé.

Taniq se apoyó en el árbol, con la mano sobre las raíces bajo ella. Cerró los ojos y abrió su mente al bosque.

Y entonces estaba volando.

Fel'annár podía sentir al Centinela presionando contra su espalda, pero ya no estaba allí, sentado en el bosque con Tensári.

Había surgido a través de las nubes y aminorado el paso, flotando a gran altura sobre el bosque. ¿Era esto lo que Lainon podía ver cuando era Azure?

Vio los árboles, como bolas de lana irregulares, medio deshechas por algún gatito travieso; era una alfombra hogareña de texturas, de lagos de un azul plateado, brillando como cristales en la luz neblinosa. Se giró donde flotaba, vio las crestas salpicadas de pinos de roca y pedregal, y luego las Montañas Medianas coronadas de nieve al este, sus cumbres cargadas de un blanco brillante contra el cielo azul profundo.

Se giró una vez más, vio la niebla alzándose de las copas de los árboles, el aliento del bosque, su propio sustento. Nubes bajas y diáfanas se acumulaban en bancos, fluyendo suavemente sobre el bosque, como leche derramada sobre terciopelo verde.

En su giro final que completaría el círculo, se le cortó la respiración, quedando paralizado, pues ante él había un árbol mucho más grande que cualquiera que hubiera visto jamás. Con las nubes muy por debajo de él, continuó ascendiendo, alargó la mano como para tocar la ciudad de verdor frente a él y aún siguió moviéndose hacia el punto más alto, donde la madera viva estaba tallada en senderos que convergían en el mismísimo centro del árbol que sabía que era un Original, el mayor de su especie, aquel que nunca había sido escalado y nunca lo sería, al menos no por ningún elfo.

Y sin embargo, aquí estaba, flotando en el aire, un pájaro sin alas planeando sobre las corrientes, rodeando a la mayor de las Tres Hermanas. Sintió su poder, percibió su fuerza pulsando en sus venas y, aun así, sentía la presión del Centinela en su espalda donde sabía que debía seguir sentado, con Tensári velando por él.

Más cerca ahora, miró hacia abajo, a la madera tallada bajo sus pies colgantes, y se preparó para aterrizar en la plataforma aérea. Suavemente, sin interrupciones, sus botas tocaron suelo, pero sus piernas no lo sostuvieron y se arrodilló sobre la cima de su hogar forestal.

Ciudad en las nubes, cima de Bel'arán, aquello era Anora.

Bienvenido, Señor del Bosque.

Profunda pero suave, una voz silvana que no era ni masculina ni femenina. La recordaba de la reciente guerra, cuando Fel'annár había sentido a Anora y a sus dos hermanas dentro de él, luchando a su lado.

Lentamente, con cuidado, se puso en pie, poco acostumbrado a la extraña presión que podía sentir, empujándolo hacia abajo desde arriba. Dio un paso, sintiéndose pesado.

Dioses, pero podía ver el mundo entero bajo sus pies y, aun así, había ramas que lo acunaban a su alrededor, retorciéndose hacia arriba y convergiendo en el centro, como un monumento a la propia luna.

Se detuvo, permitiendo que sus ojos registraran lo que estaba viendo. Esta estructura de ramas que se alargaban parecía… artificial.

Comenzó a avanzar una vez más, con los ojos fijos en las ramas que poco a poco se cerraban sobre él, lo cubrían, entrelazándose para formar un techo abierto. Lo conducían hacia lo que fuera que yaciera en el centro del Original.

Podía oír sus propias botas debajo de él, golpeando sobre la madera lisa. Había sido trabajada y, mientras avanzaba, supo que pronto estaría en la parte más alta y central de Anora.

Su camino finalmente llegó a su fin, y se detuvo, miró hacia arriba y sintió que sus rodillas flaqueaban ante la enormidad, la belleza de lo que se alzaba ante él.

Era un trono de madera, tallado para un dios.

Una lágrima caliente resbaló por su mejilla y lo único que pudo hacer fue arrodillarse ante la majestad de este lugar que, de algún modo, sabía que era el hogar de Aria en Bel'arán.

Has venido.

Lentamente, Fel'annár se volvió hacia un cenador, debajo del cual había un banco de madera, enclavado entre flores que nunca antes había visto ni olido. Allí, sentada con naturalidad, estaba la cazadora.

Fel'annár se puso en pie con torpeza y se acercó, cauteloso y confundido, abrumado por donde estaba, por lo que había visto y por la seguridad de quién era ella, aun cuando no era la primera vez que se veían.

Ella se levantó, abrió los brazos y le hizo una señal.

Ven, y contempla el mundo a través de los ojos de un dios.

Cuanto más se acercaba, más fuerte y poderoso se sentía. Pronto, estuvo hombro con hombro con la cazadora Ari, contemplando el mundo en el que había nacido. Bel'arán, el Primer Mundo.

Primitivo. Hermoso. Tan sumamente hermoso.

Una tierra en guerra una vez más. Un rey fracasado que ya no fracasa. Una luz en el bosque que tú ya entiendes que eres tú. Tuyo es el destino de proteger. Fue escrito en el Libro de los Iniciados por Sebhat.

Fel'annár encontró por fin su voz, aunque fuera tartamudeante y torpe.

¿Era él Ber'anor?

¿Sebhat? No. Él es un semidiós. Puede que lo conozcas algún día.

Fel'annár podía sentir su mente rompiéndose en pedazos, con minúsculas piezas correteando de aquí para allá.

Tienes preguntas, la mayoría de las cuales no puedo responder, Fel'annár. Las Hermanas están contigo solo porque tu poder es lo bastante fuerte para resistir el suyo. No es todo obra mía, Ber'anor. Si estás aquí hoy es porque puedes estarlo. Sencillamente te muestro el camino, te presto mi casa. Llama a tus aliados, Fel'annár. Yerái ya aguarda y, al sur, otro está llamando.

Pero… si los traigo aquí, verán vuestro trono.

No. Solo tú puedes verlo, Fel'annár. Ellos verán este cenador, la mesa del consejo y todo lo demás. No pueden conocer las formas que tomo, los lugares por los que vago en mi forma física.

Fel'annár miró hacia atrás, por encima del hombro, al trono que era demasiado grande para la cazadora.

Ella sonrió.

Tendrás tu respuesta —algún día, Ber'anor, cuando tú y yo podamos encontrarnos por fin en persona.

Él se volvió para encontrarse con su mirada omnisciente.

¿Podéis ver el futuro? ¿Está todo escrito?

No. No puedo ver el futuro, y no puedo cambiarlo. Solo los Divinos pueden propiciar el cambio.

Fel'annár asintió, extrañamente reconfortado por aquello.

Celebra tu consejo, señor de la guerra. Gana esta guerra, al coste que sea. Protege nuestra puerta para que yo pueda seguir ayudando a este mundo.

Se levantó de su asiento en la mesa de piedra, caminó hasta el borde mismo del cenador y se volvió hacia él.

Eres ese niño que siempre supe que sería mi más grande creación. Te ayudaré si puedo. Doblaré los límites de este mundo por ti. Te mereces vivir tu vida en paz, por fin.

Con una sonrisa, se apartó de él y saltó de la plataforma.

Su cuerpo se disolvió en gotas azules, verdes y púrpuras, y luego salió disparado hacia fuera. Tras las ráfagas de luz coloreada, un brillo dorado perduró un instante y luego se disipó.

Fel'annár permaneció entumecido, paralizado por la conmoción; una conmoción que trajo consigo un silencio interior hasta aquí, en el mismísimo corazón del bosque, trono del dios Aria.

Yerái. ¿Puedes oírme, Yerái?

Fel'annár escuchó mientras permanecía al borde de la plataforma aérea. Ante él, el mundo entero, y sobre él, una luna creciente cuya luz lo empapaba de plata líquida.

¿Señor de la guerra?

¿Dónde estás, capitán?

Al pie de Bulora, con la mano sobre la corteza.

Siéntate contra ella, Yerái. Cierra los ojos y sigue mi voz.

Fel'annár esperó, con la mirada hacia un lado. Podía sentir el poder fundido en sus venas. Provenía de la propia Anora, lo impregnaba, y llamó en su mente. Lentamente, una presencia creció detrás de él y se volvió hacia la figura fantasmal de Yerái, con los ojos desorbitados y la boca desencajada.

¿Dónde… dónde estoy? Por los dioses, ¿dónde estoy?

—Calma, capitán. Ves lo que yo veo. La pregunta es: ¿dónde estoy yo?

—No lo entiendo, señor de la guerra.

—No. Y yo tampoco, no del todo. Pero estás aquí.

—Yo… quiero… necesito saberlo. ¿Dónde estás tú?

Yerái estaba conmocionado, se sentía vulnerable; Fel'annár podía verlo en sus ojos mientras su figura se volvía más sólida a medida que pasaban los segundos.

—No temas, Yerái. Estoy cerca de Oran'dor, pero mi mente está en la cima de Anora. Así es como lo veo yo, las copas de los árboles de nuestras tierras silvanas. Es la forma en que lo imagino.

El aire escapó del pecho de Yerái en un largo jadeo, mientras permanecía de pie y algo desorientado ante la mesa de piedra que los separaba. Se llevó una mano a la boca, que le temblaba, con su corazón silvano rebosante de amor por las tierras por las que ambos tanto habían luchado.

—Debemos consultar con otros. Hay una Oyente en Ea Uaré, en la ciudad junto con el Comandante General Turion; al menos espero que así sea.

Fel'annár dio la espalda a Yerái, volvió a enfocar su mente y cerró los ojos ante el espectáculo que tenía delante.

—¿Taniq?

Silencio, salvo por el graznido de un cazador. Fel'annár abrió los ojos y vio una mancha oscura sobre el cielo azul marino claro. La mancha se convirtió en un halcón y el Señor de la Guerra sonrió mientras extendía el brazo.

Azure. Lainon había regresado, había sabido exactamente dónde encontrarlo.

—Hermano.

—Novicio.

Había diversión en el tono de Lainon, pero Fel'annár se quedó preguntándose cómo podía oírle en su forma de ave sin tocar los árboles. Y entonces advirtió que estaba de pie sobre uno.

—Traes noticias en el momento oportuno, hermano. Debo convocar a la Oyente Taniq.

Con el halcón en el hombro, Fel'annár cerró los ojos y llamó una vez más. Esta vez, la respuesta fue inmediata.

—¿Señor de la guerra?

—¿Dónde estás, Taniq?

—En los jardines del rey. ¿Cómo es esto posible? Puedo oír tus palabras…

—A través de las Hermanas. Dime, ¿eres la Oyente de Ea Nanú de la que me habla Yerái?

—Lo soy. He oído hablar de Yerái.

—Taniq. Siéntate con la espalda apoyada en el árbol. ¿Hay alguien más contigo?

—El comandante, el rey y sus hijos y… vuestra esposa.

La mente de Fel'annár se congeló. Cuánto deseaba que estuvieran todos aquí, que vieran esto, que los vieran a ellos. Pero necesitaba concentrarse. No se sabía cuánto tiempo podría mantener la conexión entre Yerái y él mismo, y mucho menos con Taniq y Turion.

—Dile a Turion que se siente contigo. Cógelo de la mano.

Esperó, sintiendo la sangre pulsar en sus venas, una presión a lo largo de su espalda. Un velo de frío le envolvió, pero pronto fue desterrado por una oleada de calor y un hormigueo en los dedos de las manos y de los pies. Se giró lentamente del mundo y se enfrentó a la mesa redonda de piedra bajo el cenador.

Junto a la figura sólida de Yerái, estaban las siluetas todavía transparentes de otros dos. Fel'annár cerró los ojos, apelando al poder que recorría su cuerpo. Las dos figuras se solidificaron lentamente. Una permanecía completamente inmóvil mientras que la otra intentaba respirar sin éxito, con el pecho totalmente quieto.

Fel'annár dio un paso adelante y extendió una mano.

—Calma, Taniq. Estás a salvo aquí conmigo. Respira despacio, maravíllate conmigo aquí, en el umbral de nuestro mundo forestal.

Se volvió hacia Turion, todavía paralizado donde estaba, con el cerebro incapaz de comprender dónde se hallaba o si estaba a salvo.

—Bienvenido a Anora, Comandante Turion. Me alegra muchísimo ver vuestro rostro.

Turion se movió por primera vez, con los ojos brillando de un lado a otro.

—¿Esto es Anora?

—Esta es mi concepción de ella. Así es como se ve en mi mente.

—Estamos más allá de las nubes, en los mismísimos cielos. La luna está más cerca y, sin embargo, los colores…

—Lo sé, Taniq.

Fel'annár observó a la Oyente y al comandante, sonrió con aire alentador y luego señaló la mesa. Con el Señor de la Guerra de pie ante la luna creciente, el halcón en su hombro no era más que una silueta oscura. Si tan solo Turion supiera quién era aquel. Cómo se regocijaría al reunirse con su más querido amigo, aquel que había iniciado este increíble viaje que todos habían emprendido, a veces juntos, a veces en tierras lejanas, pero todos por las mismas razones.

—Taniq. Dime qué has oído desde la distancia.

Ella apartó los ojos de la madera tallada y la piedra bajo su mano y miró al Señor de la Guerra, como sobresaltada.

—He detectado criaturas parecidas a sabuesos cazando cerca de la posición del príncipe Rinon.

—Yo también. No tiene sentido que haya sabuesos en Ea Uaré. ¿Habéis oído hablar alguna vez de esto, comandante?

—Nunca.

Turion parecía sobresaltado. Había estado escudriñando la distancia, sobre las tierras que quedaban hondamente por debajo de ellos.

—He enviado una patrulla para prestar apoyo al general. Sabemos que los sabuesos atacaron su posición, pero él está bien.

—Y luego he oído a los árboles decirme que los Señores de la Arena estaban invadiendo desde el mar.

—Taniq. ¿Has oído algo sobre el número, sobre lo que el enemigo ha traído y lo que pretende?

—Aún no, señor de la guerra. Escucho todo el tiempo, y tengo instrucciones de informar al comandante a la misma hora todos los días.

Fel'annár asintió y se volvió hacia Turion.

—¿Ha enviado el príncipe Rinon exploradores por delante?

—La capitana Sorei vino con las noticias de una invasión. Poco después, el capitán Salo llegó con los primeros refugiados pelágicos. Dice que el General Rinon llegará mañana.

—Bien. Él tendrá más noticias, al igual que nosotros.

Fel'annár miró a Azure, que seguía en su hombro.

—Escuchadme bien, Turion. Según mis informes, puede haber unos diez mil Señores de la Arena. Creemos que han venido para quedarse, para colonizar, y creemos que un buen número de los que han venido son civiles. Ingenieros, científicos, granjeros y cartógrafos, quién sabe. Pero debemos planear para el peor desenlace posible.

—Pero… los números… no podemos ganar esta guerra. No tenemos más que quinientos guerreros y cuatrocientos novicios recientemente investidos sin experiencia en el campo.

—Tar'eastór viene de camino. Una hueste de unos dos mil.

Turion respiró profundamente, cerró los ojos y los abrió lentamente. —Debería sentirme aliviado y, sin embargo… no es suficiente, Fel'annár.

—Eso parece. Pero hay más. Creemos que hay Lagartos de Gas, unos treinta y dos.

Turion jadeó, se pasó una mano por el cabello rubio y se giró a medias, apartándose del portador de tan funestas noticias. Taniq se cubrió la boca y se sentó pesadamente en el banco de piedra que rodeaba la mesa.

—¿Alguna otra cosa que deba saber, Fel'annár?

—Turion. No perdáis la esperanza. Yo y más de setecientos guerreros estamos cerca de Sen Garay. Si el oleaje se mantiene constante, podemos estar en los muelles de la ciudad en dos días, antes de que llegue el enemigo. Dalú vendrá unos días por detrás, y

luego un tercer grupo llegará otra semana después. En total, a lo largo de los próximos siete días, tendremos más de dos mil guerreros entre vuestros novecientos más nuestro ejército que regresa. Con Tar'eastór, eso suma unos cuatro mil. Tenemos una oportunidad, Turion.

Fel'annár podía sentir la vibración bajo sus botas, energía pura reaccionando a sus palabras.

—Pero tienen Lagartos de Gas. Vos mismo nos dijisteis cómo son capaces de destruir los árboles. Los bosques del sur no pueden ayudarnos, al igual que el bosque del norte está demasiado lejos de las murallas de la ciudad para ayudarnos en un asedio. No tenemos ninguna ventaja de la que hablar.

Pero la tenían. Era una ventaja que Fel'annár no podía revelar. Los Shirán intervendrían si Fel'annár se lo pedía, *si* no hubiera otro remedio. Pero si podían encontrar el Fuego Pelágico, *hacer* que las fuerzas se igualaran…

—Turion. Hay cosas que todavía puedo hacer con el bosque cerca. Los Señores de la Arena son supersticiosos, incluso más que los silvanos del Bosque Profundo. Podemos usar esto en nuestro beneficio.

—¿Cómo?

—Dejadme eso a mí. Ahora escuchad. El líder enemigo es un Nim'uán, el cuarto y último príncipe de Calrazia. Puede que piense que sus hermanos han vencido en el norte. Puede que piense que aún viven, pero no es así. Pan'assár y yo los matamos; eran hermanos gemelos. Mi punto es que esto no es coincidencia. Se trata de un ataque en dos frentes y creo que el que viene por el mar cuenta con su ejército en el norte. Su propósito era asegurar Abiren'á, protegerse contra los magos para que el bosque no se volviera contra ellos. Fracasaron en eso. No habrá peligro desde el norte, solo aliados a nuestras espaldas.

—¿Pero cómo nos ayuda eso contra una hueste de miles, Fel'annár?

—Turion. Los que regresan os hablarán de las terribles probabilidades a las que nos enfrentamos en el norte. Dos Nim'uán, una Serpiente Madre que se alzaba sobre todo el bosque excepto

sobre las Hermanas. Luchamos contra una malicia inimaginable en forma de criaturas oscuras, Segadores y sus versiones de serpiente… nos enfrentamos a todos ellos, superados en número como estábamos, y salimos victoriosos.

Fel'annár dio un paso adelante, con un puño cerrado ante él.

—La fe es nuestra mayor aliada ahora, comandante. Debéis creer que podemos superar esta invasión. Ya está ganada a medias, porque la Batalla por Abiren'á fue el comienzo de ello. Hemos frustrado sus planes. Ahora, todo lo que debemos hacer es terminar el trabajo.

Yerái dio un paso adelante. No conocía bien al nuevo comandante general, pero había luchado en la Batalla de Abiren'á con el Señor de la Guerra, había sido capturado, había visto cómo un amigo era devorado vivo por los Segadores; sabía exactamente cómo se sentiría Turion ante las probabilidades a las que se enfrentaban.

—Comandante General Turion, el General Fel'annár tiene razón. Basándonos en las probabilidades en nuestra contra, nuestro ejército no debería haber ganado en Abiren'á, pero lo hicimos. Fue duro, lo más duro que he hecho nunca, pero con nuestro Señor de la Guerra liderándonos, prevalecimos, como lo haremos una vez más en el sur. Los que luchamos en las arenas de Calrazia tenemos fe en el Señor de la Guerra, en estos, nuestros bosques, a los que él comanda. Sin importar las probabilidades, debes tener fe en esto, comandante.

Turion se irguió más, con una nueva luz ardiendo en sus ojos bien abiertos. El Señor de la Guerra que antaño fue un muchacho de una familia rota, el mismo novicio que se convirtió en guerrero y luego en comandante… el orgullo le invadió por lo que aquel se había convertido, por la pequeña parte que Turion había desempeñado en la forja de este gran líder, uno que se había ganado el amor y el respeto de sus guerreros.

Respiró profundamente, reforzando su determinación.

—Deberíamos priorizar la evacuación de los refugiados. Muchos silvanos ya han partido hacia Sen Garay. Otros seguirán partiendo, mientras el enemigo esté lo suficientemente lejos. Pero tened cuidado. Hay Desviados merodeando por las llanuras.

—Lo sé. Los árboles se encargaron de algunos de ellos.

—¿Hicisteis vos eso?

—Fue Narosén quien me advirtió.

—¿Narosén es un Oyente?

—Debe de serlo, para hablarme de la forma en que lo hizo. Es extraño que no me diera cuenta de ello antes.

Solo entonces Fel'annár comprendió que debería haberlo sabido. ¿Acaso no fue Narosén quien le dijo que no tuviera miedo el día en que oyó por primera vez hablar a un árbol? ¿El mismo Ari que nunca dudó de lo que Fel'annár afirmaba haber oído?

—Nuestra gente estará a salvo en Sen Garay, al menos por ahora.

—Y debemos esperar que el General Rinon haya encontrado a otros en la costa. Exguerreros, mercenarios, incluso humanos. Necesitamos todos los recursos que podamos conseguir, pagados o no.

La figura de Turion se desdibujó por un momento y Fel'annár se sobresaltó, sintiendo que algo tiraba con fuerza en su mente.

—No nos queda mucho tiempo. Os estáis preparando para la eventualidad de un asedio, ¿correcto, comandante?

—Lo estamos haciendo. La capitana Sorei está supervisando la producción de hojas Synth. También está fabricando puntas Synth para las grandes lanzas.

—Bien. Pero hay una cosa más. El enemigo trae lanzas de fuego que no hemos visto nunca antes. Disparan lenguas de llama desde unos cilindros largos que se asientan en el lomo de monturas poderosas. Son altamente inflamables cuando se mezclan con Fuego Pelágico. Creemos que el enemigo lo está buscando para poder reproducir el infierno que destruyó la flota pelágica. Sin embargo, no creo que las usen para atacar la ciudad. No tienen forma de saber si tenemos el fuego, y no creo que Gra'dón haya venido de tan lejos para colonizar un bosque arrasado.

Fel'annár deseó poder hablarles de la búsqueda de los reyes pelágicos, de la esperanza que albergaban de encontrar el Fuego antes que el enemigo, y luego encontrar alguna forma de transportarlo con seguridad, antes de la llegada de los invasores.

Pero no podía, porque hacerlo suscitaría la pregunta de cómo lo sabía y quién haría tal cosa. Fel'annár no podía escuchar en ningún lugar cercano al mar, y Turion lo sabía.

Esta vez, tanto Turion como Taniq se desvanecieron un poco, y Fel'annár forcejeó con la conexión en su mente.

—Estoy perdiendo la conexión. Debemos deliberar una vez que el General Rinon haya vuelto de la costa. Sin embargo, a este paso, estaremos en casa mucho antes de lo que previmos.

Turion asintió y los ojos de Fel'annár se dirigieron a la Oyente Taniq.

—Bendigo el día en que vinisteis a la ciudad, Taniq de Ea Nanú. Si no fuera por vos, nada de esto sería posible.

—Me alegra haberos servido, príncipe mío.

Fel'annár frunció el ceño, ladeó la cabeza y observó cómo la mujer se giraba hacia un lado.

—¿Qué ocurre?

—Si… si me lo permitís…

Fel'annár no tenía idea de a qué se refería. Turion, Yerái y Taniq se desvanecieron mientras otra figura se materializaba a medias.

Mientras la figura se solidificaba, Fel'annár la sintió antes de verla. El frío que le rodeaba se volvió más gélido, la luz plateada de la luna dio paso a los colores más cálidos de un atardecer de verano. Allí, de pie ante él, no del todo en carne y hueso, estaba Llyniel.

Una poderosa sensación de pertenencia le embargó, pues la mitad de su alma había regresado, encajando en su lugar sin esfuerzo.

A pesar de aquel lugar de belleza divina, los ojos color miel de ella estaban fijos en él mientras caminaba hacia ella, y Azure emprendió el vuelo.

Los pensamientos sobre la guerra, la estrategia y la inteligencia flotaron lejos con los vientos del bosque, lavados de su mente por el amor que sentía en su corazón por la mujer que le veía acercarse, con una mano extendida como queriendo tocarle.

Y entonces estuvo ante ella, su propia mano tocando la suya, atravesándola como la niebla del amanecer, cargada con la promesa del rocío matutino. Deseaba saborearlo, embriagador y especiado en

su lengua, estrecharla contra él y quedarse allí, a su lado, en la mismísima cima del mundo.

—Llyniel.

Los ojos de ella se inundaron de lágrimas, aunque sonreía, mientras sus dedos translúcidos rozaban su rostro, su cabello; sus ojos buscaban la seguridad de su bienestar.

—Si pudiera detener el tiempo ahora, aquí en los cielos, solo tú y yo, congelados en este largo camino que hemos recorrido. Me quedaría así por toda la eternidad, contemplando mi amor en tus ojos.

Los labios de Llyniel se curvaron en una sonrisa de victoria.

—Pase lo que pase ahora, Fel'annár… aunque no regresaras nunca a mi lado, siempre estaré aquí, en el paraíso, contigo.

Él pudo sentir sus propias lágrimas cayendo, calientes sobre su rostro, incluso cuando la luz a su alrededor se volvió más brillante, borrando todos los colores del mundo; lo único que quedaba era amor.

Llyniel se había ido y, justo antes de que su conexión fallara por completo, alcanzó a ver una pequeña figura tallada, posada modestamente sobre la mesa redonda de piedra. Frunció el ceño, extendió la mano, la tomó entre sus dedos y le dio la vuelta en su mano. Cerrando el puño sobre ella, se la guardó en el bolsillo.

Muy lejos, al sur de Ea Uaré, Fel'annár dio un respingo y se encontró tendido de espaldas sobre las raíces del Centinela. Tensári lo observaba desde donde estaba sentada con las piernas cruzadas, cerca de él.

Jadeó, se incorporó sobre sus talones y se limpió las lágrimas que inundaban su rostro.

—Dioses misericordiosos…

—No siempre. ¿Qué ha pasado?

Fel'annár soltó una carcajada, luego intentó reprimirla y no pudo. Se puso en pie y dio una vuelta completa sobre sí mismo, con los

ojos incapaces de fijarse en nada, pues aún podía ver Anora y la sonrisa desvanecida de Llyniel con su mundo forestal como telón de fondo.

En todos sus años, algunos memorables y otros brutales, nunca había experimentado un momento de belleza como aquel. Jamás podría describírselo a alguien que no hubiera estado allí, que no lo hubiera visto con sus propios ojos. Fel'annár no era Carodel, ni tampoco Marhené, para poder poner palabras a sus emociones.

—Yo… he hablado con Yerái, con Turion y con la Oyente Taniq. Las Hermanas me han prestado su perspectiva.

—¿Qué perspectiva?

Fel'annár comprendió de pronto que no debería decir nada más. —Un lugar que conjuré en mi mente. Las Hermanas ayudaron a… transportarlos de algún modo. Vieron lo que yo vi.

—Debió de ser espectacular. Nunca pensé que tuvieras una imaginación tan vívida.

Un resoplido, un eco de risa. —¡Ni yo tampoco!

—Bueno, si has terminado, deberíamos regresar. Los demás estarán ansiosos.

Fel'annár se volvió hacia su Ber'ator, deseando con todo su corazón poder llevarla a Anora para que pudiera hablar con Lainon, tal vez incluso ver su verdadera forma en un lugar que no fuera un campo de batalla.

Su encuentro con Turion y, en última instancia, con Llyniel, se había producido gracias a la Oyente Taniq. La próxima vez que hablaran, le preguntaría si sabía algo de Ankelar de Ea Nanú, si tenía alguna pista de quién había sido su familia.

Abrió la mano derecha y bajó la vista hacia la pequeña talla.

Era un guiverno.

Frunció el ceño mientras se agitaban en su interior los recuerdos de su incursión en el Bosque Perenne. Se la guardó en el bolsillo, preguntándose cómo había sido capaz de traer algo tangible de un lugar que había imaginado en su mente.

Llyniel estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, cerca del borde de la meseta. Ante ella, el Bosque Perenne se extendía hasta el horizonte de medianoche bajo sus pies.

Taniq y Turion se habían marchado, aturdidos y sin palabras, capaces tan solo de decir que habían hablado con el Señor de la Guerra y de prometer que asistirían al Consejo de Guerra al día siguiente. Thargodén lo había permitido; a buen seguro habría visto el estado de los tres cuando la ilusión se desvaneció y comprendieron exactamente lo que había sucedido: lo que Fel'annár había hecho.

De algún modo, se habían encontrado en un lugar tan maravilloso que sabía que nunca podría expresar cómo la había hecho sentir. Ella había llegado cuando el consejo había terminado y, bendita sea Taniq, se le había ocurrido dejar que Llyniel vislumbrara a su alma gemela.

¿Cómo lo había hecho? ¿Habían visto todos lo mismo? ¿Aquel lugar entre las nubes? ¿El bosque desde los cielos? ¿La madera tallada y la mesa de piedra? ¿El ave de caza en el hombro de Fel'annár?

Conocía bien las habilidades de Fel'annár. Escuchaba al bosque, podía oír lo extraordinario tras lo ordinario, podía conjurar a los árboles para que se movieran a su voluntad. ¿Pero esto? Debería haberla asustado, pero en cambio sentía un poderoso sentido de pertenencia a la tierra y a su señor, al *guerrero*, Sol Verde, el elfo al que había intentado no amar.

Sonrió donde estaba sentada y, aunque él estaba lejos, una alegría renacida la recorrió para luego instalarse en su pecho, pesada y brillante: fortalecedora.

Sabía que nunca la abandonaría, ni siquiera en la muerte.

El teniente Xiané nunca, en todos sus siglos de vida, había sido atacado por aves de caza.

Estaba acostumbrado a los alcatraces de vuelo bajo, a su comportamiento territorial y sus tácticas de disuasión, pero aquellas aves casi le habían arrancado el pelo.

Xiané había matado a un guardia, le había quitado la ropa y se dirigía a las puertas laterales del palacio del rey. Pero antes de que pudiera siquiera salir del callejón donde se ocultaba, dos criaturas parecidas a halcones se habían lanzado directas a por él.

Se alisó el pelo gris bajo su amplia capucha y lo intentó de nuevo. Sabía dónde estaban, posadas en lo alto del gremio de artistas, desde donde una frondosa cascada de vegetación descendía por el frente y los laterales del edificio.

Miró hacia arriba y vio que lo observaban, pero esta vez estaban totalmente quietas, vigilando mientras él se aproximaba a la puerta lateral.

Estaba custodiada.

Xiané echó mano de su daga, apoyando la mano derecha sobre el pomo mientras se acercaba a la puerta, lo bastante despacio para permitir que el Señor de la Arena que tenía delante entrara.

A solas tras el guardia, se acercó, recorriendo con la mirada el uniforme del Señor de la Arena, buscando un hueco en su armadura.

Lo encontró y, antes de que el guardia pudiera abrir la boca, Xiané le hundió la daga en la base del cuello. Sin más sonido que el de la sangre derramada, arrastró al guerrero, que aún sufría espasmos, tras el edificio, esperó a que se quedara quieto y luego lo ocultó. Otros acabarían por encontrarlo, pero aquello le daría tiempo suficiente para llegar a donde solo podía suponer que se habían refugiado los reyes.

Entró y apenas pudo contener un grito cuando un roedor pasó corriendo a su lado. Siempre había odiado a las ratas, los ratones y todo lo pequeño, rápido y peludo. Le daban escalofríos.

Empezó a descender, ocultándose de los pocos calrazianos con los que se cruzaba. Aquí abajo, la mayoría eran civiles. Cocineros y sirvientes, supuso. Pero a medida que descendía, el ambiente se volvía más silencioso y húmedo.

Estaba tres plantas más abajo, solo en aquel lugar cavernoso, pero sabía cuál de los tres pasadizos tomar. Tras coger un candelero

de la pared, caminó con cuidado hasta llegar al final de un largo pasillo. Aún solo, buscó una pequeña talla, exactamente donde el capitán Airen dijo que la encontraría. Sus dedos encajaron a la perfección en las muescas.

Algo hizo clic y una grieta en la pared se convirtió en el contorno de una puerta. Alargó la mano y empujó, sintió que la roca cedía y luego giraba hacia dentro.

Un chillido, uñas rascando sobre la piedra… Xiané dio un respingo y luego maldijo entre dientes.

Entró poco a poco, con la antorcha extendida ante él. No veía más que piedra a su alrededor. Aun así, tuvo que cerrar la puerta para que la luz de su candil no atrajera la atención de nadie.

Solo en una tumba de oscuridad absoluta, intentó calmar los latidos de su corazón. Airen le había hablado de aquel lugar y Xiané confiaba en él. Pero sentía el peso oprimiéndolo, el silencio absoluto salvo por sus propios suspiros, algo forzados.

Algo llamó su atención desde una esquina a su derecha. Un sonido de rascado, un chillido y luego el crujido de tela. Había pensado que era una rata, pero era demasiado fuerte, ¿y desde cuándo las ratas llevaban ropa?

Xiané se quedó helado, con la confusión luchando contra una creciente sensación de pavor y horror. Había alguien en la sala con él. ¿Cómo no lo había advertido al entrar?

Echó mano a su espada, la desenvainó y la mantuvo extendida ante sí.

—Paz, guerrero.

No podía respirar, con la mente esforzándose por comprender. La voz era de elfo, pero el acento no era pelágico.

Permaneció totalmente inmóvil, con la hoja apuntando a la corta distancia. De la negrura surgió una figura. Él dio un paso atrás.

—¿Quién sois? —No fue más que un susurro. Otro paso atrás.

—Soy vuestro aliado. No tenéis nada que temer de mí.

—¿Cómo… cómo puedo saberlo?

Algo brilló en la oscuridad, un ojo tan azul como ninguno que hubiera visto, pero parecía reflejar la luz de su antorcha.

—No voy armado, amigo. Estoy aquí por las mismas razones que vos.

—¿Qué… qué sabéis de mis razones?

—Os hemos seguido. Desde la posición del capitán Airen hasta aquí. Sabemos que buscáis encontrar a vuestros reyes, al igual que yo.

—¿Para poder *matarlos*? —Xiané se lanzó hacia delante, pero la figura ya no estaba allí. Se sobresaltó y dio una vuelta completa sobre sí mismo, solo para encontrarse cara a cara con el… ¿elfo? Antes de que pudiera moverse, le había quitado la antorcha de la mano y se quedó allí parado, espada en mano, perplejo y sintiéndose ridículo.

La luz de su antorcha se desplazó por la pared trasera y observó cómo la figura tanteaba la superficie de la roca, de espaldas a Xiané.

—Aquí.

Algo hizo clic y luego se oyó un gemido; una ráfaga de aire frío entró y la única antorcha que tenían chisporroteó y se apagó.

Sumido en la oscuridad, Xiané agitó su hoja frente a él mientras avanzaba hacia donde suponía que seguía la figura. El elfo habló.

—Venimos en paz. Somos aliados de los reyes Ibexo y Catairo.

Pasos rápidos y urgentes, y una luz creciente desde las profundidades de lo que fuera que yaciera tras aquella segunda puerta.

La oscuridad total dio paso a una luz de antorchas casi deslumbrante y, antes de que Xiané pudiera abrir la boca, se vio rodeado por guardias pelágicos armados.

Y entonces oyó una voz que amenazaba con hacerle caer de rodillas por el alivio.

—Xiané, ¿sois vos? —Un guerrero se adelantó y lo agarró por ambos hombros—. Benditos sean los dioses, estáis vivo.

—General Axata…

—¿Quién es vuestro *amigo*?

Le costó un momento comprender lo que decía el general, hasta que divisó a la figura, rodeada de guerreros armados.

—No lo sé. Acabamos de conocernos. Parece que él también estaba buscando este lugar.

Axata se apartó de su teniente y se encaró con el elfo alto de ojos azules, que le devolvió la mirada con calma.

—Estoy desarmado, general. Soy Ket'subá, líder de la Orden de Shirán.

El silencio descendió sobre la estancia mientras Axata se acercaba a la singular figura con cautela.

—¿Cómo sé que decís la verdad?

—No lo sabéis. Pero es evidente que no soy un Señor de la Arena, y vuestros reyes me conocen, si tenéis a bien llevarme ante ellos.

Axata levantó la cabeza y estudió al elfo que tenía delante. Hizo un gesto a sus guerreros, observó cómo registraban a Ket'subá y luego asintió.

—Venid conmigo y permaneced en silencio.

Xiané y Ket'subá caminaron entre los vigilantes guardias, pasaron varias puertas más y, en todo momento, la roca se inclinaba hacia abajo. En la última puerta, los guardias cubrieron al general para que no se viera lo que hacía. Hiciera lo que hiciese, una puerta más grande se abrió y la compañía pasó a través de ella.

Con un estruendo, se encontraron dentro, y Ket'subá miró a su alrededor, con el rostro suavizándose mientras sus peculiares ojos brillaban en la penumbra. —Han pasado muchos años desde la última vez que contemplé la gloria de este lugar.

Destellos de luz colorida desde un rincón lejano, el mar como telón de fondo para los dos reyes que se acercaban lentamente, con sus coronas intactas y sus armaduras deslucidas y maltrechas. Habían visto la guerra, pero no habían sido derrotados.

—Bienvenido, Ket'subá.

El general Axata, Xiané y los demás intercambiaron miradas de interrogación. Con curiosidad y alivio, se acercaron, y el rey Ibexo extendió una mano. Ket'subá la tomó, estrechando el ornamentado brazal.

—Me alegra que hayáis sobrevivido, majestades.

Ibexo resopló, medio dándole la espalda al de Shirán. —Por poco no lo contamos, pero esa es una historia para otro día. Decidme, Ket'subá. ¿Cómo habéis dado con nosotros?

Él ya había pensado en la respuesta para la inevitable pregunta. —Soy Shirán, Sombra Ari; no debería sorprenderos, majestad.

—Y esa es la única respuesta que me daréis, ¿no es así?

Ket'subá sonrió, pero la sonrisa desapareció pronto. —Traigo noticias urgentes.

—Decidnos. —El rey Catairo se situó junto a Ibexo. Ambos eran altos, con su cabello gris claro colgando casi a la misma longitud, salvo que Catairo llevaba una trenza diferente al frente.

—Las fuerzas del rey Thargodén están evacuando a nuestro pueblo, llevándolos a la ciudad de Ea Uaré. Su ejército todavía está fuera, de regreso ahora mismo de la guerra en el norte. Pero saben lo que ha ocurrido. Estarán de vuelta dentro de unos dos días.

—Eso es imposible. Según lo último que supe, eso los situaría en Lan Taria en el mejor de los casos.

Ket'subá se volvió hacia el general Axata. —Las condiciones meteorológicas fueron favorables y el Señor de la Guerra escuchó al bosque. Regresan en tres oleadas por el Calro, pero solo la primera llegará antes que el enemigo.

—¿El enemigo está saliendo de Pelagia? —preguntó Catairo.

—No. Han establecido aquí su base principal, pero el grueso de su ejército está cruzando los estrechos en este mismo instante.

—Thargodén se verá desbordado… —Ibexo entrelazó las manos a la espalda y se volvió hacia la pared de cristal y el océano que se extendía más allá.

—Todavía hay esperanza, majestad. Tar'eastór viene con un contingente de dos mil hombres; aunque no llegarán a tiempo, pueden ayudar si Thargodén logra sobrevivir los primeros días.

—¿Un asedio?

—Tal vez. —Ket'subá caminó despacio hacia Ibexo—. El Comandante General Pan'assár derrotó a los Nim'uán en Abiren'á, y el general Fel'annár ganó la guerra en las arenas, contra todo pronóstico razonable. Es él quien os pide que permitáis a Thargodén usar el Fuego Pelágico.

Ibexo se giró bruscamente hacia Ket'subá, los ojos desorbitados. —¿Cómo podéis saber eso? Está demasiado lejos; los mensajeros tardarían demasiado…

—Es un Oyente, majestad.

—¿Pero cómo le transmitió el mensaje a alguien que no es un *árbol*?

La frustración se estaba apoderando del cansado y angustiado rey. Ket'subá lo comprendió y se dirigió a Catairo al hablar de nuevo.

—Transmitió el mensaje a uno de mis Shirán. Ellos me informaron. —Era una verdad a medias. Pero los detalles procedían de Lainon.

—Proseguid —le instó Catairo.

—Esas lanzas de fuego calrazianas interactuaron con el Fuego. El Señor de la Guerra quiere usar esa misma arma de algún modo. Podría romper el asedio e igualar las fuerzas.

—El Fuego solo puede viajar por agua, Ket'subá. No hay tiempo.

—Y por eso estoy aquí, majestad. Debemos custodiarlo bien, pues el Nim'uán todavía lo busca, incluso mientras cruza los estrechos. Debemos resolver este acertijo. Cómo transportar el Fuego, usarlo contra el enemigo en un bosque inflamable y hacerlo a tiempo para que pueda detener a este monstruo e impedir que tome Ea Uaré y luego Tar'eastór, la propia Araria. —Los ojos de Ket'subá llamearon y sus facciones se tensaron.

—¿Creéis que ese es su objetivo? —Catairo dio un paso adelante.

—Lo creemos. Ha traído una hueste tal que pretende quedarse. Pretende construir, declarar la guerra. Trae científicos e ingenieros, maestros y artesanos. Esta es una fuerza de *colonización*, majestad.

Ibexo miró a Catairo y, por un momento, los dos reyes simplemente se quedaron allí plantados. Ket'subá se preguntó si podrían entenderse mutuamente sin necesidad de palabras. No estaba seguro de que aquello fuera posible, pero como pensador, nunca lo descartaría.

—¿Axata? —preguntó Ibexo.

—Sugiero que nos dirijamos a las cavernas de suministros. Nunca saldremos en barco, pero podemos nadar mejor que cualquier calraziano. Bordeamos las costas occidentales y buceamos hasta los Hangares Profundos.

—Permiso para hablar, general.

Axata se volvió hacia Xiané y asintió.

—El capitán Airen envió al teniente Ondar para custodiarlo o destruirlo si el enemigo lo encontraba.

—Entonces debemos rezar para que nunca comprendan la verdadera magnitud de Pelagia, ciudad isla, *reino de aguas profundas*. —Ibexo le dedicó a Catairo una sonrisa triste antes de recuperar la compostura y volverse hacia Axata—. ¿Y qué hay de Airen, teniente?

—Se impuso la tarea de buscar las lanzas de fuego. Su objetivo era llevar una a Ea Uaré para que sus ingenieros puedan estudiarla y, tal vez, reproducirla.

Ibexo clavó la vista en Xiané y se volvió lentamente hacia Axata. —Valiente capitán. Pero lo más probable es que eso le cueste la vida.

—Y la da con gusto, majestad. *Todos* lo hacemos —dijo Axata—. Estas son nuestras aguas, nuestro mundo y lo recuperaremos. Nos movemos en dos horas. Pero ¿qué pasará con vos, Ket'subá? No sois pelágico. No podréis seguirnos el ritmo.

—No os preocupéis por mí, general. Encontraré mi propia salida y viajaré a Ea Uaré.

—¿Cómo? —El general negó con la cabeza, perplejo.

—Del mismo modo que entré, Axata. —Ket'subá sonrió y se volvió hacia Ibexo.

—Y esa es toda la respuesta que obtendremos —respondió el rey.

CAPÍTULO 12

Sol de Medianoche

A la mañana siguiente, las puertas de la ciudad seguían abiertas.

Los guerreros habían trabajado durante toda la noche para mantener a los Desviados alejados de los civiles, pero, aun así, corrían rumores de lamentos terribles y chillidos distantes. Por suerte, la mayoría de aquellas familias silvanas y alpinas con niños ya se habían marchado hacia Sen Garay. Era mejor arriesgarse a encontrar Desviados en el sendero hacia el bosque que quedarse en la ciudad y soportar la que decían que sería la mayor batalla conocida en los reinos élficos.

La ciudad pronto se vería inundada de refugiados procedentes de las ciudades costeras y de la propia Pelagia. El Gremio de Mercaderes no era lo bastante grande para albergarlos, y Lady Amareth había conseguido el uso de los gremios de artesanos e ingenieros.

A media mañana, el teniente Enar de Pelagia entró en la ciudad e informó a Turion de que Rinon venía solo unas horas por detrás junto con Henú y su patrulla. Maeneth recordaba a Enar de su propio viaje de vuelta desde Pelagia; le había llamado desde lejos y Enar había tenido la amabilidad de responder a sus preguntas, pese a su agotamiento.

Le habló del ataque de los Sabuesos, de que Rinon había resultado herido pero que en modo alguno estaba impedido. Y tal como Enar había predicho, el príncipe heredero cruzó las puertas de la ciudad a mediodía.

En los escalones que conducían al palacio, el rey ya estaba allí junto con Maeneth, Sontúr, Handir, Turion y Aradan. Más lejos, de pie con un grupo de capitanes, Sorei observaba.

Era un grupo de guerreros de aspecto cansado y demacrado el que siguió al General Rinon a través de las puertas. Un carro traqueteaba a su lado y, detrás, nada más que las llanuras abiertas que separaban la ciudad del bosque.

Rinon alzó la vista hacia las almenas sobre las puertas al cruzarlas. En todos sus años, nunca había visto su ciudad así, ni siquiera en los días previos a la Batalla de los Hermanos. Alrededor de todo el perímetro de la ciudad, los elfos trabajaban en los muros y, al pie de estos, cavaban trincheras para dificultar la aproximación de las máquinas de asedio.

Había madera por todas partes, estacas gigantes que sobresalían del suelo, y se estaban clavando más mientras él observaba. Miró a Macurian, que estaba sentado junto al conductor del carro que transportaba a Airen, y supo que él también estaba analizando los preparativos para la guerra.

Rinon aún tenía que tomar una decisión con respecto al Sombra renegado. Pero había decidido hablar primero con Handir. Al fin y al cabo, él estaba en Tar'eastór cuando Macurian había dejado las misivas de Sulén sobre su escritorio.

Su mirada se desvió hacia las torres, sobre las que se alzaban las balistas, las ballestas gigantes inclinadas hacia arriba y hacia el sureste. Pasadas las puertas y en el patio, se habían colocado cinco fundíbulos en su posición, pero aún no se habían montado por completo.

Si Rinon no lo hubiera sabido mejor, habría dicho que había miles de guerreros en las almenas. Pero la pura verdad era que los barracones estaban tan vacíos como el Círculo Interior. Todos estaban aquí, trabajando en el mismo lugar.

Un grito se alzó en los muros y los guerreros vitorearon, alzaron los puños en reconocimiento al regreso de Rinon. Aquella gélida fachada con la que los habría obsequiado hacía apenas unas semanas era ahora un asentimiento de agradecimiento, y se volvió hacia Jarabon, a su lado, al ver su sorpresa. No habían sido solo los guerreros alpinos los que habían vitoreado al príncipe. Sus propios hermanos silvanos parecían aceptar a Rinon como a uno de los suyos.

—Ven conmigo ante el rey. No digas nada sobre el *mercenario*.

Jarabon lo miró como si hubiera perdido el juicio. Rinon se volvió una vez más hacia Macurian. —Quédate conmigo. Usa la capucha.

Juntos, el príncipe, el veterano y el ex-Sombra desmontaron y se dirigieron hacia el palacio, donde se encontraban Turion, el rey y su familia. La mirada de Rinon fue a posarse en aquella a la que había extrañado como el agua en el desierto.

Maeneth.

—Bienvenido a casa, General. —Turion dio un paso al frente, esperó a que Rinon saludara y luego se inclinara ante el rey. Al incorporarse, la vista se le desvió hacia los símbolos en el cuello de Turion. Frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó Thargodén, con la mirada en el vendaje que rodeaba la cabeza de Rinon.

—Lo bastante bien como para informar, mi rey.

Turion frunció los labios. —Hemos oído el informe del teniente Enar, General. Podemos discutir los detalles más tarde, cuando hayáis descansado. Pero decidnos, ¿habéis traído guerreros?

—Traigo conmigo a más de doscientos antiguos guerreros silvanos de combate, comandante, bajo el mando temporal de este ex-teniente. Le he devuelto su mando.

Turion miró fijamente al civil encapuchado que estaba al lado de Rinon, esperando a que el elfo se quitara la capucha, como dictaba el protocolo.

—¡Por todos los dioses, Jarabon! Eres una visión harto grata, por cierto. —Turion dio un paso adelante y puso las manos sobre los hombros del teniente.

La mirada de Jarabon recorrió el uniforme del Comandante General, los símbolos en su cuello. —La última vez que nos vimos, eras capitán.

Turion sonrió por primera vez en semanas. —Y tú eras maestro de establos.

—Sí. Sí, lo era.

—Me alegra que estés aquí, Jarabon.

—Es un honor volver a servir, comandante. No será como antes, pero aún puedo matar Desviados y Señores de la Arena.

—Más que suficiente, teniente. —Asintió y se volvió de nuevo hacia Rinon—. Aseguraos de que sean equipados con lo que necesiten. Reclutadlos en vuestra división, General. Y luego debéis descansar. Esperamos que el Señor de la Guerra esté aquí dentro de dos o tres días. Entonces, el Círculo Interior girará.

Rinon frunció el ceño, preguntándose si había oído mal. —¿Tres días? Eso no es posible. Debería estar a dos semanas de distancia como mínimo, si no más.

—Lo sé. Pero esa es una historia que deberá esperar para más tarde. Baste decir que la victoria en el norte es nuestra. Los dos comandantes de Nim'uán murieron, su ejército fue aniquilado al precio de dos mil de nuestros mejores elfos, y del Comandante General Pan'assár. Es el General Fel'annár quien guía a nuestros soldados de vuelta a casa.

Rinon miró fijamente a Turion, con los ojos de nuevo en los símbolos de su cargo. Los vio a través de ojos empañados mientras la noticia se asentaba con pesadez en su mente. Pan'assár había sido una roca, el amigo más cercano de su abuelo. Rinon recordaba haberlo admirado, jurando que algún día él también sería un guerrero. Era la muerte de algo intrínseco, una que seguramente marcaría el inicio de una nueva era... si vivían para verla.

Miró de reojo a Jarabon y se sorprendió al ver el dolor en sus ojos. Pan'assár había propagado las ideas de Band'orán sobre la supremacía alpina y, aun así, Jarabon era lo bastante viejo como para recordarlo antes de la caída de Or'Talán.

Con un suspiro pesado, Rinon continuó. —Por ahora, el teniente Jarabon y sus guerreros serán reclutados en mi División de la

Montaña. Pero una vez que regrese el General Fel'annár, los trasladaré a todos a la División del Bosque del Señor de la Guerra.

Jarabon se volvió hacia Rinon e hizo una reverencia formal. —Sois muy honorable, príncipe. Lamento mi tono cuando nos conocimos. Me equivoqué al juzgaros de la manera en que lo hice.

—Y este ejército os pide disculpas a todos vosotros por nuestro silencio en medio de la injusticia. —Turion se inclinó junto con Rinon y Jarabon cerró los ojos, abriéndolos lentamente.

—Vuestra disculpa es aceptada con humildad. Transmitiré vuestras palabras a mis hombres.

Rinon asintió secamente y se volvió hacia el rey. —La guerra se acerca, padre, de la mano de un gigante de Nim'uán. Tenemos cinco días como mucho.

Thargodén se enderezó y apretó la mandíbula. —Lo sabemos. Y lo recibiremos. Estos muros aguantarán, General.

Rinon asintió lentamente, con la mirada poco convencida desviándose hacia los civiles pelágicos que aún inundaban el patio trasero. —Por ellos, por el bien de *todos* nosotros, espero que tengáis razón.

Rinon se volvió hacia su familia, y la mirada fue a posarse en Maeneth con el atisbo de una sonrisa en los labios; entonces se acordó de Airen.

—Comandante. El capitán Airen ha regresado con nosotros. Ha ido directamente a las Salas de Curación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Turion.

—Se libró de la ejecución y fue interrogado por los maestros de tortura de Nim'uán. La bestia busca el secreto del Fuego Pelágico.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sontúr, acercándose a Rinon.

—Lo estará. Lo sacó de los fosos de tortura un ex-Sombra de Tar'eastór. Quien lo salvó logró hacerse con una de las lanzas de fuego del enemigo y un barril de su Arena Negra. Esto, junto con el Fuego, fue la perdición de toda la flota de barcos de Pelagia.

—Que lo lleven al Gremio Académico. Nuestra División Científica lo estudiará.

—¿Desde cuándo tenemos una *división científica*? —preguntó Rinon.

—Desde que volví a unirme al ejército —dijo una voz muy querida al lado del rey. Ella dio un paso adelante, abrazó a su hermano y luego lo mantuvo a la distancia de sus brazos—. Mi laboratorio en el Gremio Académico está esperando ser utilizado. Sontúr me ayudará. Tenemos un plazo muy ajustado.

Rinon miró a Sontúr y le asintió a modo de saludo, o quizá de reconocimiento, luego se volvió hacia Maeneth, cuya mirada estaba fija en su cabeza vendada.

—Mi cabeza y un árbol trabaron amistad durante nuestra pelea con los Sabuesos.

Ella hizo una mueca, pero Turion interrumpió el reencuentro de los gemelos.

—Teniente Jarabon. Lleve a sus guerreros al barracón cinco. Una vez instalados, vayan a los Hangares de Suministros y cojan lo que necesiten. General, a las Salas de Curación, por favor.

Rinon asintió y se dispuso a marcharse, pero un destello de cabello rubio captó su atención y se volvió a la derecha. Sorei estaba allí sola, observándolo, y de pronto Rinon sintió cada moratón, cada latido de su dolorida cabeza. Estaba cansado, totalmente agotado. Le llevó un tiempo comprender que no era solo el agotamiento del camino a casa, de los Sabuesos y de la vigilancia constante. Era mucho más que eso.

Eran los años de ira. Los años de resentimiento y amargura. Todas esas décadas pesaban sobre él ahora como una montaña, aplastándolo. Había culpado a todos por la pérdida de su madre, por la partida de Maeneth, porque nunca había entendido qué era lo que los movía.

Era el mismo poder que apartaría esa montaña ahora.

El peso se había ido y Rinon se sentía expuesto, vulnerable, tal como era en realidad, sin fingimientos, sin barreras, sin hielo para ocultar sus emociones mientras miraba a Sorei y ella lo observaba, sin rastro ya de acero en su propia mirada.

Príncipe de Hielo. Así era como lo llamaron una vez, y se lo había merecido. Se había pasado la vida fingiendo no tener sentimientos. Pero los tenía, por eso había estado enfadado durante tanto tiempo. Aun así, había engañado a muchos.

Pero nunca había engañado a Sorei, y ya no quería hacerlo.

Ella lo comprendía, veía bajo su subterfugio, el mismo que ella misma había construido a lo largo de los años para protegerse como la única mujer en un ejército dominado por hombres. Pero bajo esa capa de piedra, con qué brillo ardía ella.

Sorei dio un paso adelante, con el rostro ya no esculpido en piedra, sino abierto, vulnerable, suave. Rinon vio la pregunta en sus ojos.

El tiempo ya no importaba. El viento no soplaba y la luna había cesado su ascenso vespertino. Todo sonido se desvaneció y Rinon recordó cómo Sorei había intentado ocupar su lugar en Puerto Helia, para que él estuviera a salvo. Él se había negado, pero no se le había escapado la expresión de su rostro, la grieta en su fachada.

Se acercó a ella y vio cómo se le agrandaban los ojos. ¿Había respondido él a su pregunta?

Y entonces ella estuvo ante él, con los ojos buscando los suyos. Él extendió la mano, deslizando el dorso de sus dedos por la mejilla de ella, y permitió que la mano vacilante de Sorei rozara el vendaje de su cabeza.

Cuando la besó, fue dulce y tierno, delicado como nunca lo había sido antes, y en aquella primera muestra pública de sus emociones, Rinon supo cuál había sido la pregunta de Sorei.

El beso llegó a su fin y él la rodeó con los brazos, sintió los de ella alrededor de su cintura y se preguntó si ella podría oír su respuesta.

Te quiero.

Detrás de él, incapaces y poco dispuestos a moverse, Thargodén, Maeneth, Handir, Sontúr, Aradan y Turion observaban, totalmente silenciosos y estupefactos.

—Vaya, vaya. A que al final iba a tener razón —murmuró Maeneth. Sontúr sonrió, con su imagen de Rinon totalmente hecha añicos.

Aradan sonrió y Thargodén observó. Maldijo al mundo por la guerra que se avecinaba, justo cuando su familia se estaba uniendo; justo cuando el amor había honrado a tres de sus hijos. Todo lo que podía hacer era rezar, con todo su ser, para que sobrevivieran y

pudieran vivir una vida de dichosa compañía, tal como él mismo la disfrutó una vez.

Con su dolorida cabeza envuelta en un vendaje limpio, Rinon cruzó el patio a grandes zancadas, bajo la mirada curiosa de guerreros y refugiados. A su lado le seguía una figura alta, arropada y encapuchada.

Se alegraba de que Turion no le hubiera preguntado por Macurian; sabía que lo había hecho para priorizar, para que Rinon pudiera ir a las Salas y luego descansar. Pero también sabía que tendría sus respuestas la próxima vez que se vieran. Eso le daba tiempo a Rinon para hablar con Handir y ordenar sus pensamientos.

—Lo que el príncipe Handir decida será lo que hagamos, sin importar mi propia opinión. Él juzga mejor el carácter, es el experto en leer las intenciones de los demás. No podéis engañarlo, Sombra.

—Esa no es mi intención, príncipe.

—Inteligente elfo.

Atravesando la entrada custodiada, subieron las escaleras y avanzaron por el pasillo real. El guardia ante la puerta del rey saludó.

—El príncipe Handir está en el escritorio del rey, mi príncipe.

Rinon asintió, arrepintiéndose al sentir los latidos en la cabeza. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, los ojos de Rinon observaron cómo su hermano terminaba lo que estaba escribiendo y luego se ponía en pie.

El príncipe inmaculado y el general desaliñado se sujetaron por los hombros sobre el abarrotado escritorio.

—Padre prefiere estar en el campo, con sus capitanes y guerreros. Aradan y yo nos estamos encargando de la mayor parte de la planificación. ¿Cómo está esa cabeza de chorlito tuya?

—Intacta. Este es Macurian.

La mirada de Handir se desvió al lado de Rinon, observando cómo una mano subía y retiraba la amplia capucha que llevaba el

desconocido.

No era lo que Handir esperaba. Con cicatrices y un ojo ligeramente caído por alguna herida de arma blanca, aquel elfo resultaba peculiar a la vista. —¿Os conozco?

—Solo de palabra, mi príncipe.

Handir se enderezó y levantó la cabeza cuando la sospecha empezó a hacer mella en él. —¿Quién sois?

Macurian dio un paso al frente y Rinon se tensó.

—Soy el elfo que dejó las misivas de Lord Sulén sobre vuestro escritorio en Tar'eastór.

Handir se echó hacia atrás, entornando los ojos. —¿Vos?

—Pensé que compensaría las cosas que había hecho, los crímenes que cometí contra vuestra familia… contra vuestro hermano, el señor de la guerra.

—¿Qué crímenes? —la voz de Handir era baja, peligrosa.

—Sulén me contrató para matarlo. Lo intenté dos veces, y fracasé otras tantas.

Las aletas de la nariz de Handir se dilataron y rodeó el escritorio hasta plantarse, colérico, ante Rinon. —¿Qué hace él aquí? —fue casi un gruñido que pilló al príncipe heredero por sorpresa.

—Tiene una historia que contar. Su destino inmediato está en tus manos. Escucha, hermano, y después danos tu veredicto.

Handir dejó que la información calara. La aparición de aquellas misivas había sido fundamental para la caída final de Band'orán, pero aquello nunca compensaría lo que este Macurian había intentado y fallado en hacer.

—Dejar esas misivas en mi mesa difícilmente compensa el intento de matar a nuestro hermano.

—Lo sé. Pero las cosas cambian, la gente cambia, y yo lo he hecho. Perdí el rumbo debido a… circunstancias que no deseo revivir. Pero después de haber intentado matar al señor de la guerra, vi cómo defendía tierras que no eran las suyas. Oí los relatos de una valentía de las que forjan leyendas y, aunque he sido un traidor, amo la tierra que me vio nacer; siempre estaré agradecido a Fel'annár y a La Compañía por lo que hicieron.

—Admiración pasajera. Se desvanecerá tan rápido como el oro en vuestro bolsillo. —Handir se acercó a Macurian, observando sus ojos, cada tic de sus músculos.

—Le seguí hasta Ea Uaré, preguntándome cómo podría redimirme. Conseguí un trabajo para la Maestra del Gremio Lerita. Me contrató para buscar una carta de cierta importancia para el propio rey. Busqué, investigué, pero no pude encontrarla. Tuve suerte de no ser reconocido por La Compañía ni por los Lestari.

—¿Sabía Lerita lo que habíais hecho?

—Si lo sabía, no dijo nada.

Handir levantó la cabeza y Macurian lo interpretó como una señal para continuar.

—Inseguro sobre qué hacer, partí hacia la costa. Fue entonces cuando vi los barcos serpiente.

Handir arqueó las cejas y ladeó ligeramente la cabeza. —Continuad.

—Crucé el estrecho, vigilé Puerto Rosen, vi la llegada de esa bestia a la que llaman Gra'dón. Estaban ejecutando prisioneros, guerreros en su mayoría, pero había un capitán entre ellos. No podía dejarlo morir.

Handir entornó los ojos. —¿Por qué no?

—Busqué las lanzas de fuego que habían interactuado con el Fuego Pelágico y la Arena Negra que usan para fabricarlas. Y después puse a salvo al capitán Airen antes de que lo mataran.

—¿Cómo os encontrasteis con la columna del príncipe Rinon?

—Íbamos con retraso. Me costó algún tiempo salir de la isla y encontrar un transporte adecuado para el capitán. Finalmente lo conseguí y alcancé a los refugiados. El capitán Airen se había quedado en Puerto Rosen para conseguir una lanza de fuego para que pudiera ser estudiada, tal vez incluso reproducida por nuestros aliados, y darnos ventaja en la guerra que se avecina. Yo simplemente le ayudé a conseguirlo.

Handir bajó la vista y se apartó de Macurian.

—¿A qué os dedicabais antes de convertiros en mercenario?

Silencio.

—¿Y bien?

—Era teniente en las fuerzas del rey Carenar. Era una Sombra.

Handir no pareció sorprendido, pero se tomó su tiempo antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Por qué no pudisteis permitir que el capitán Airen muriera?

Macurian le devolvió la mirada al príncipe; creía que lo había distraído al continuar con su historia, pero Rinon ya le había advertido sobre la astucia de su hermano, ¿verdad?

—Mi… mi hermano era capitán. Fue capturado y torturado hasta la muerte.

Handir volvió a observarlo de cerca y pronto sus preguntas fueron más rápidas y afiladas.

—¿Qué representaba vuestro hermano para vos?

—Yo… él…

—¡¿Qué representaba vuestro hermano para vos?!

Macurian se encogió. —Era… mi protector.

—¿Eso es todo? ¡¿Esa es la razón por la que salvasteis a Airen?!

—Él era mi *héroe.* —Macurian flaqueó, desvió la mirada y, cuando volvió a hablar, lo hizo de forma más queda y calmada—. Caminé a su sombra por voluntad propia y, cuando él se fue, yo seguí siendo eso: una sombra. No era nada sin él. Tendría que haberle salvado, pero llegué demasiado tarde.

Los ojos de Handir brillaron y Rinon se maravilló ante lo hábil que era su hermano. Había empujado a Macurian hasta sus límites y había extraído lo que creía que era la verdad.

Se dio la vuelta y se sentó pesadamente en su silla.

—Llévalo a las mazmorras, Rinon.

El príncipe heredero se quedó desconcertado; estaba seguro de que Handir le daría una oportunidad para demostrar su valía. Miró de reojo a Macurian y vio su decepción con la misma claridad con la que vio su aceptación.

—¿Cuántos guerreros has traído, Rinon?

—Más de doscientos, todos ellos veteranos de combate silvanos.

Handir asintió lentamente. —No será suficiente. Necesitamos más guerreros, y tenemos a más de doscientos sentados en las mazmorras esperando sus sentencias.

—¿Doscientos? ¿Te refieres a los Ilícitos? ¿Qué les pasó a los demás?

—Murieron, junto con otros prisioneros. La causa sigue sin estar clara. Pero los que quedan no pueden quedarse languideciendo en las mazmorras cuando podrían luchar por nosotros.

—¡No puedes hablar en serio!

—Hablo con toda la seriedad del mundo. Estoy preparando un informe para el rey en este mismo momento. Pero para planteárselo, debo estar seguro de que es factible. Necesito saber si están arrepentidos.

Rinon miró fijamente a su hermano, al que apenas reconocía ya.

—Necesito una sombra en la oscuridad. Necesito ojos y oídos en las mazmorras para entender qué está pasando.

Macurian se sobresaltó y abrió la boca para hablar.

—Callad y escuchad. Tenéis una oportunidad para demostrar vuestra valía. Si falláis, vuestra sentencia será la muerte. Quiero que vigiléis y escuchéis, como sé que os han entrenado para hacer. Decidme si se puede confiar en que esos Guerreros Kah Ilícitos regresen a las filas, si pueden ayudar en la guerra que se avecina.

—Handir…

—Rinon. Piensa. Si lo haces, sabrás que tengo razón al menos al investigar la posibilidad. Ya habrá tiempo de convencernos, de convencer al rey. Pero primero debemos conocer sus mentes y sus corazones.

—Os estoy agradecido, mi príncipe. No os fallaré. Tenéis mi palabra, tarde lo que tarde.

—Vuestra palabra no vale nada.

Macurian miró al suelo; no había esperado menos.

—Una cosa más, *Macurian*. La causa de estas muertes no está clara. La Lestari ha confirmado que no fue suicidio ni asesinato. No ha encontrado nada que sugiera juego sucio. Aun así, la muerte por causas naturales es poco frecuente. Que ocurra con el enemigo a nuestras puertas parece harto fortuito.

—Lo tendré en cuenta, príncipe.

Handir clavó la mirada en el ex-Sombra. —Traedme pruebas. — Vio cómo Macurian hacía una inclinación y luego volvió a su

escritorio. Rinon lo siguió, mirando con fascinación a su hermano menor, ahora sentado.

—Nos vemos luego, príncipe.

Handir levantó la vista hacia su hermano mayor, asintió y reanudó su trabajo.

Fuera de los aposentos de Airen, Kristain observaba cómo sus sanadores limpiaban tras la oleada de pacientes que habían atendido aquel día.

Llyniel se había marchado, supuestamente para descansar hasta el día siguiente, pero si Kristain la conocía tan bien como creía, volvería para asegurarse de que todo estuviera listo para el turno de mañana.

Resopló, sacudió la cabeza y admiró a la mujer más de lo que quizá debería.

Entre aquel mar de túnicas blancas, azules y verdes, un guerrero llamó su atención.

—¿Jarabon? ¡Jarabon! Por todos los *dioses*…

El veterano silvano se giró ante el sonido improbable de su nombre en labios de alguien a quien no había visto en varias décadas.

—¡Kristain!

Jamás olvidaría aquella voz singular, como una rana ronca en medio de una espesa niebla. Kristain la había oído muchas veces en batalla. Se abalanzó hacia delante, con paso torpe, casi tanto como su antiguo hermano de armas.

El sanador y el guerrero se fundieron en un abrazo desesperado, y permanecieron así el tiempo suficiente para llamar la atención. Fue Jarabon quien separó a Kristain manteniéndolo a la distancia de sus brazos, con los ojos recorriendo las túnicas de un sanador jefe.

—¡Puedes caminar! —exclamó Jarabon con una rara sonrisa. Kristain se la devolvió, aunque fuera algo torcida.

—Casi tan mal como tú.

Jarabon resopló. —Quién hubiera pensado que volvería a servir. Y tú, un sanador jefe…

—Ambos nacimos para servir, Jara; de una forma u otra satisfacemos esa necesidad. Me alegra muchísimo volver a verte, hermano.

—Y a mí a ti. Son tiempos desesperados, pero tú y yo siempre hicimos grandes cosas juntos.

—Sí, así fue —murmuró Kristain.

Fiel a su intuición, Llyniel se deslizó hacia ellos, con la curiosidad asomando a sus ojos. Pero pronto se tornó en asombro al advertir quién era exactamente el que estaba ante Kristain.

—*¡Jarabon!*

El veterano guerrero sonrió con sorna e hizo una respetuosa inclinación.

—Has vuelto a filas…

—Sí, de momento bajo el mando del General Rinon, hasta que el Señor de la Guerra regrese.

Llyniel sonrió. —Y se alegrará mucho de verte, Jarabon.

—Y yo a él. Ha traído el cambio, ha enmendado los agravios que se nos hicieron. Y mientras espero su regreso, he oído que Kristain se había convertido en sanador, y nada menos que en sanador jefe.

—¿Servisteis juntos entonces?

—Muchas veces —explicó Kristain—. Hemos luchado en muchos lugares, en nombre de muchas cosas. Ambos salimos de aquello con los cuerpos maltrechos, pero seguimos aquí, después de tanto tiempo.

Llyniel sonrió y Kristain se volvió hacia ella, cruzándose de brazos. —¿No se suponía que ibas a descansar?

Ella se encogió de hombros. —Ya me conoces, solo comprobaba que todo estuviera en orden para mañana.

Kristain puso los ojos en blanco y la siguió mientras ella hacía una última ronda por las Salas. —Espérame aquí, Jara.

Los ojos de Llyniel recorrieron las mesas a lo largo del pasillo central, vio los viales y frascos ordenados, los morteros, las superficies limpias y los vendajes enrollados.

—¿Satisfecha?

—Por supuesto. No dudo de ti, Kristain. Es simplemente que no puedo dormir si no lo veo con mis propios ojos.

—Maníaca del control… —murmuró él.

Ella sonrió, sintiendo que su ánimo mejoraba, incluso ahora, con el enemigo a solo cinco días de distancia.

Pero Fel'annár estaba aún más cerca. Podía sentirlo.

Fel'annár y setecientos cincuenta guerreros se habían detenido al mediodía. Un descanso y una bebida caliente junto al embravecido río, unos pocos frutos secos y bayas para alimentar sus cuerpos; era todo para lo que tenían tiempo.

Miró a las tropas exhaustas, ojos cansados, músculos fatigados, mandíbulas apretadas y miradas que albergaban mil preguntas.

Necesitaban descanso. Necesitaban dormir en una cama blanda, merecían una bienvenida de héroes después de todo lo que habían soportado en el norte. Ojalá pudiera concederles unas pocas horas más.

Pero lo que estaba en juego era demasiado importante, las consecuencias de demorarse eran demasiado grandes.

—Para cuando caiga la noche, todavía estaremos a medio día de Sen Garay —dijo Fel'annár distraídamente, sosteniendo el té con ambas manos.

—Hemos progresado bien —dijo Gor'sadén—. Estás forzando a las tropas todo lo que puedes.

—No es suficiente. A este ritmo, llegaremos a la ciudad unos tres días antes que el enemigo. Tres días para planear nuestra defensa en un asedio, Gor'sadén, *si* no dormimos.

El comandante no dijo nada. Seguían estando en una inferioridad numérica abrumadora, incluso aunque Tar'eastór llegara antes del ataque. Su única posibilidad de victoria dependía de su resistencia, de su estrategia para desgastar al enemigo durante un largo periodo de tiempo. Pero con los números que Gra'dón había traído,

Gor'sadén dudaba que un asedio fuera siquiera posible. Serían arrollados en cuestión de horas.

Tensári se calentó las manos alrededor de su taza humeante y bebió un sorbo. Idernon, Galdith y Carodel miraban al suelo, demasiado cansados para hablar, y Ramien se frotaba sus manos recién encallecidas.

Un chillido muy por encima de ellos hizo que Fel'annár levantara la vista, con mirada esperanzada escudriñando el cielo de la tarde. Tensári se puso a su lado, con los puños apretados a los costados. Y entonces lo vio: el azor blanco y negro que era Azure.

A su alrededor, los guerreros se pusieron de pie y señalaron al cielo, mientras un murmullo recorría todo el campamento.

Azure traería noticias. Él sabría a qué distancia estaba el enemigo, cuánto tiempo tenían antes de que los Nim'uán cayeran sobre las puertas de Ea Uaré.

El ave estaba más cerca ahora, pero aún a gran altura sobre sus cabezas. Describió un círculo, lanzó un último grito y luego se lanzó en picado hacia abajo.

El pájaro se convirtió en una línea brillante de llama plateada, y su cola en abanico se separó, el cuerpo se alargó y las plumas se transformaron en cuero y metal. Azure era Lainon una vez más; sus poderosas alas batieron hacia delante hasta que quedó suspendido sobre el suelo y luego aterrizó lentamente sobre sus dos pies calzados con botas.

El corazón de Fel'annár se ensanchó al ver a su hermano, con los ojos tan brillantes y algún poder de otro mundo pulsando justo bajo su forma élfica. Pero así como la presencia de Lainon le daba esperanza, también le traía pavor por las noticias que iba a entregar.

Las tropas vitorearon, tendieron las manos hacia el Ari'atór alado, sabiendo que traía noticias. No entendían qué era, cómo era posible regresar de entre los muertos, pero en ese momento nada de eso importaba, salvo que estaba aquí, que lucharía con ellos una vez más.

—Noticias de urgencia, Señor de la Guerra. Las fuerzas enemigas son vastas. El Nim'uán trae al menos diez mil. Tiene maestros de bestias que cabalgan Sabuesos, y cada caudillo monta un Lagarto de

Gas. Están cerca de la frontera, Señor de la Guerra, a solo cuatro días de la ciudad.

—He visto brujas, o quizá magos, no sabría decirlo. Sus rostros están… mutilados de alguna forma. Sus mandíbulas son alargadas, tienen más boca que cara. Son temidos, tanto como lo eran los Segadores. Pero por qué han venido y qué poder ejercen sobre los guerreros es todavía un misterio.

—¿Qué clase de lugar impío es Calrazia? Serpientes monstruosas, Segadores, y ahora esto… —Galdith puso una mano de advertencia en el antebrazo de Carodel. No serviría de nada agitar el lado supersticioso de sus guerreros silvanos.

Fel'annár esperó a que Carodel se calmara antes de continuar con sus preguntas.

—¿Qué hay de las fuerzas de Vorn'asté?

—Unos dos mil ya han cruzado las montañas. Están en Oran'dor y avanzan rápido. Han sido advertidos.

Fel'annár se preguntó cómo habría logrado Lainon tal cosa en su forma de ave, pero entonces, ¿acaso no había hecho él lo mismo con Hobin antes de la batalla en las arenas?

—El capitán Dalú está a unos cuatro días detrás de nosotros. Su llegada va a estar muy ajustada, Fel'annár. Es posible que se queden atrapados fuera de la ciudad. Eramor probablemente esté unos cuantos días más por detrás.

Fel'annár respiró hondo, con ganas de pasarse la mano por el pelo, pero los guerreros estaban mirando, aferrándose a su esperanza deshilachada como un moribundo a una mano que lo ayuda.

—Pero te tenemos a *ti,* hermano. —Con *ti*, se refería al ejército Shirán del que Aria había hablado.

—Sí. Pero a menos que no haya otra forma, no me separaré de tu lado ahora, no hasta que esta guerra termine. Este es mi deber, como lo es el de Tensári, hasta que ordenes la carga.

—¿Qué hay de los reyes pelágicos?

—Han sido encontrados vivos y bien escondidos en Pelagia. Nuestros exploradores Shirán dicen que están trabajando junto con la General Axata y mi propio líder para proteger sus reservas de

Fuego Pelágico y encontrar una forma de transportarlo a tiempo para que sea de utilidad a nuestro rey.

—Tenía mis dudas de que pudiera usarse lejos del mar. Incluso ahora, intento y no consigo entender cómo podemos usarlo sin destruirnos en el proceso. Arde sobre el agua. ¿Cómo podemos reproducir esas condiciones para mantener eficazmente al enemigo alejado de nuestros muros? —preguntó Idernon.

—Eso, y cómo puede ser transportado por tierra. Lord Ket'subá está trabajando en esos mismos enigmas en este mismo instante.

Fel'annár sabía que era una posibilidad remota. Se alegraba de que Ket'subá estuviera trabajando en ello, pero no podía confiar en que el Fuego Pelágico los ayudara. Debía concentrarse en los números, en forzar un asedio, ganar tiempo para que sus aliados pudieran llegar y ayudarlos. Y si fallaba, solo entonces llamaría a los Shirán, con la esperanza de que su millar de hombres pudiera ser decisivo. Con su revelación, surgirían preguntas, y el conocimiento de cómo funcionaban los Reinos Élficos estaría en boca de cada filósofo, cada pensador, cada cronista; de cada elfo, pues el mito de los Arimales se convertiría en un hecho y los Shirán dejarían de ser un misterio.

Fel'annár dio la orden de partir una vez más. Estaban a solo medio día de Sen Garay. Se acercaría tanto como pudiera antes de que la oscuridad los obligara a detenerse.

El tiempo pasaba al ritmo del golpe de los remos, el siseo de su movimiento a través del agua. Oía la respiración pesada y rítmica de sus amigos, de Gor'sadén y de Hobin. También podía oír el bosque del sur, tenso y ansioso. Algo venía, decían, algo malicioso, algo antinatural. Había un latido rítmico bajo la tierra susurrante, como el corazón de alguien latiendo, o quizá fueran tambores. El rastro de algo perverso prestaba una nota menor a los árboles que murmuraban; casi podía saborearlo, amargo en la lengua.

Malas intenciones, crueldad, poder y manipulación. ¿Eran esas las *brujas* que Lainon había visto a través de los árboles?

Fel'annár respiró hondo y miró hacia arriba. Ojalá pudieran llegar hoy mismo a Sen Garay. Pero la oscuridad ya estaba casi sobre ellos.

Debía dar la orden de parar, pues ni siquiera cien antorchas podrían darles luz suficiente para navegar por el Calro de noche.

El pensamiento llevó su mente de vuelta a Tar'eastór, a la noche gélida y al árbol en el que se había sentado con La Compañía. Les había dicho que era Ari'atór, les habló de su propósito y afirmó que podía manipular las fibras de la naturaleza. Se lo había demostrado conjurando luciérnagas.

Traían luz, y de pronto se preguntó por qué no había pensado en eso en el foso del Segador. Aun así, la luz había llegado, un tipo de luz diferente que no estaba seguro de cómo había conjurado.

¿Podría hacerlo de nuevo? ¿Podría traer luz al río para que pudieran atracar en Sen Garay esta noche? No perdería nada por intentarlo.

Cerró los ojos.

Necesito luz para guiarnos.

Los abrió y recorrió el bosque con la mirada. Nada había cambiado; el cielo estaba apenas un poco más oscuro que antes. Tenían que detenerse.

¿Iluminarás nuestro camino?

Al lado de Fel'annár, Bulan escudriñó los árboles y luego miró de reojo a Gor'sadén, preguntándose seguramente por qué su sobrino no había dado ya la orden.

—Espera —murmuró el Señor de la Guerra.

—Es peligroso.

—Lo sé.

Fel'annár se volvió hacia el Bosque Perenne, extendió todo el poder que poseía, obligando a su mente a encontrar un camino hacia la voz que sabía que estaba allí, ocultándose de él. Este bosque nunca le había hablado, salvo por una sencilla bienvenida el día que había ido al lago.

Y sin embargo, la voz estaba allí, bajo un manto protector, un pacto colectivo de silencio. Pero ¿por qué? Conocía su propósito, uno que la propia Aria había confirmado. Si su misión era proteger este lugar, aquel silencio se antojaba casi como un rechazo.

¿Por qué permanecéis en silencio?

El mundo a su alrededor se desvaneció. El sonido de los remos, el chapoteo del agua, las respiraciones pesadas, el crujir de la madera y el cuero. Cerró los ojos, imaginó el lago y lo que había más allá, imaginó a los Arimales, a salvo en sus árboles, sus madrigueras, sus nidos en los acantilados. Vio a Bulora, Anora y Golora, alzándose majestuosas sobre la frontera norte. Sabía lo que yacía a los pies de los distantes riscos, y lo que lo protegía.

Abrió los ojos a un mundo que casi se había borrado de su vista. Podía oír voces que se alzaban tras él, guerreros inquietos por estar navegando aquellas aguas ahora negras.

Fel'annár abrió la boca para dar la orden, pero entonces sintió que algo le rozaba el interior de la muñeca. Miró hacia abajo, hacia la única luciérnaga que se había posado allí.

Levantó la mano, se la acercó a los ojos y vio la luz similar a la de un sol en su centro y el halo amarillo que la rodeaba. Oyó jadeos detrás de él y sintió que la balsa se balanceaba cuando alguien se puso en pie.

—Igual que en Tar'eastór —exclamó Ramien.

—Cómo podríamos olvidarlo —murmuró Idernon.

—Esto no es una coincidencia, ¿verdad? —preguntó Carodel, con los ojos fijos en la luz dorada.

—No creo que lo sea —dijo Idernon.

Fel'annár sonrió y volvió a mirar hacia el Bosque Perenne, que ya no guardaba silencio.

El Bosque Perenne saluda al heredero.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras una luz verde iluminaba las aguas frente a su balsa. El Bosque Perenne lo había reconocido por primera vez; su voz era profunda y dulce como la miel, sin rastro de advertencia, solo confianza, aceptación y un *poder* que aún estaba por aprovecharse.

Quizá siempre había sido así de sencillo. Todo lo que tenía que hacer era expresar su comprensión, aceptarlo. Y con esa aceptación, el Bosque Perenne resplandeció; un muro de centelleantes motas doradas se elevó desde la espesura, brillando al cobrar vida y ascendiendo después, iluminando el techo de hojas como nubes de

tormenta y relámpagos, solo que no era una luz gélida, sino la cálida caricia del sol.

Los guerreros jadearon, con los remos suspendidos a mitad de camino. Habían visto a Fel'annár y a las Tres Hermanas cargar en batalla, lo habían visto cabalgar sobre las raíces gigantes de Anora. Pero ¿qué era aquel sol de medianoche que se había fragmentado en miles de pedazos y flotaba a su alrededor?

Era como una bandada de pájaros de finales de verano, volando de izquierda a derecha en una danza ondulante que hipnotizaba y asombraba, para acabar reuniéndose ante ellos, iluminando su camino nocturno hacia Sen Garay.

Fel'annár se volvió hacia la flota de balsas y abrió los brazos. —¡Remad! ¡Remad con fuerza! Aria nos presta los ojos del mundo. ¡Remad! No os detengáis hasta que estemos en Sen Garay. ¡Casi estamos en casa, hermanos!

Alguien gritó, y luego otro. Hobin se puso en pie, con los ojos azules centelleando en la noche. Localizó a Tensári y luego a Gor'sadén; sus miradas brillaban con la misma intensidad.

Fel'annár sonrió y fijó la vista en el agua que pasaba rauda junto a ellos. Bajo la superficie, las siluetas de animales nadaban a su lado, trazando arcos dentro y fuera de las aguas ahora doradas. Se le llenaron los ojos de lágrimas por la euforia, por el agradecimiento, en absoluto asombro ante el mundo, su belleza y su poder, y la pasión que evocaba.

Idernon le tiró de la manga. —¿Puedes verlo? ¿Ves el patrón?

El Señor de la Guerra alzó la cabeza; nunca lo habría visto si Idernon no se lo hubiera señalado y, sin embargo, ahora lo veía con total claridad. Sonrió a la vez que fruncía el ceño, siguiendo con la mirada los contornos luminiscentes de un dragón de dos patas. Metió la mano en el bolsillo interior de la túnica y sacó la talla que había cogido de la mesa del consejo en Anora.

El diminuto guiverno descansaba en su palma, cargado de un significado que aún no lograba comprender.

Fel'annár dirigió la mirada al frente; había luciérnagas por todas partes, iluminando su perfil mientras otras se congregaban sobre

ellos, una nube de luz solar en la noche que los guiaba hacia Sen Garay y más allá.

Hacia la guerra.

CAPÍTULO 13

Sombras del Pasado

Macurian podía oír murmullos, las palabras susurradas de otros prisioneros. Se preguntaba cuánto tiempo llevarían allí.

Kalan, uno de los tres guardias que había identificado hasta el momento, estaba terminando su ronda, repartiendo comida por las celdas con las llaves tintineando en la penumbra. Pronto llegaría el momento de apagar su vela y se vería sumido en la oscuridad total de las mazmorras del rey Thargodén.

Una de las paredes no era más que barrotes de hierro que separaban su mezquino espacio del corredor exterior. Frente a él y a ambos lados se encontraban los doscientos veinte guerreros restantes que se habían atrevido a entrenar en el Kal'hamén'Ar con alguien que no era un Maestro. Habían servido a Lord Band'orán, traicionado el linaje de Or'Talán y matado a sus compañeros guerreros, a quienes una vez llamaron hermanos. Incluso si alguna vez salían de allí, para ser ejecutados o exiliados, Macurian dudaba que llegaran muy lejos antes de que alguien les rebanara el pescuezo.

Ya había escuchado sus susurros y tomado buena nota de lo que decían y de cómo lo decían. Tenían miedo de comer, y Macurian no podía culparlos por ello. Afirmaban que su comida había sido

envenenada, una suposición razonable dadas las circunstancias. Se lo mencionaría a Rinon.

Algo golpeó contra los barrotes de hierro de su celda y una voz gritó desde algún lugar más allá.

—Callaos, escoria renegada.

Macurian se levantó, alargó la mano hacia los barrotes y apoyó la frente contra ellos, asimilando su nueva realidad, una que podría durar una eternidad si Handir así lo deseaba. Podría salir de allí sin problemas; tenía décadas de práctica escapando de mazmorras, y la seguridad de los calabozos de Ea Uaré no era nada comparada con los de Pelagia en los que se había infiltrado recientemente. Pero no quería huir, ya no. Quería cambiar de vida, pero debía asegurarse de no morir por *causas naturales*.

Los Ilícitos aún no habían sido sentenciados. Cabía la posibilidad de que se les permitiera recorrer el Camino Largo. Su castigo terminaría en el momento en que cruzaran la Fuente, pero el príncipe menor de Ea Uaré pensaba que tal vez hubiera una oportunidad de utilizarlos. Los dioses sabían que necesitaban cada espada, cada arco. A pesar del carácter ilegal de su entrenamiento y de su disposición a traicionar a Thargodén, eran, sin duda alguna, guerreros excelentes. Handir hacía bien en explorar esa posibilidad, al menos.

—¿Quién eres? —Una voz suave, seguramente del elfo de la celda de al lado.

—Macurian.

Un momento de silencio. Podía imaginar a los demás escuchando, curiosos por su identidad y sus faltas.

—¿Y qué has hecho tú, Macurian?

Soltó un resoplido, escuchando cómo resonaba, como si se burlara de él, desafiándolo a hablar de las atrocidades que había cometido. Pero antes de que pudiera contenerse, respondió a la voz sin rostro, una de las muchas almas solitarias de aquel lugar.

—Intenté matar al Señor de la Guerra.

No hubo respuesta, y Macurian dedujo que debían de ser silvanos. Tendría que andarse con ojo con aquellos Ilícitos.

—Nosotros también.

Macurian se sobresaltó y separó la cabeza de los fríos barrotes.

—Pero es demasiado tarde para arrepentimientos. El rey nos ha condenado a muerte, al igual que seguramente te pasará a ti, Macurian. No nos encontraremos más allá del Velo.

La Sombra frunció el ceño, recurrió a su memoria sin igual y recordó las palabras exactas que el príncipe había usado para referirse a aquellos guerreros apenas unos días antes.

Es previsible que sean sentenciados al exilio, Jarabon. Al menos ese es el deseo de mi padre, aunque dudo que el asunto se haya llevado aún ante el Consejo Real.

—¿Quién os ha dicho eso?

—¿Qué más da, Macurian?

—Importa. Quienquiera que os dijera eso está *mintiendo*.

El silencio regresó, pero pronto comenzaron los murmullos y el ruido fue creciendo lentamente.

—Si pudiéramos creerte... si se supiera que aún no hemos sido sentenciados... puede que al final todos acabemos muriendo de *causas naturales*.

—Y por eso él o ella que mintió no debe descubrir que lo sabéis. Podemos usar esta información en nuestro beneficio.

—No lo entiendo.

—Lo harás. Ahora, escucha con atención.

—¿Escuchar *qué*, Sombra? ¿Causando problemas entre los prisioneros? A los guardias nos han advertido sobre tus formas poco fiables. Es hora de un pequeño cambio de aires.

El carcelero abrió la puerta de su celda, le puso los grilletes en las muñecas y lo empujó por el pasillo bajo la atenta mirada de los Ilícitos. Habría sido tan fácil escapar... Pero se lo había prometido a Handir y le había dicho a Rinon que no lo haría.

Giraron a la derecha y caminaron hasta el final de lo que Macurian sabía que era el ala de aislamiento. Abrieron una pesada puerta de metal, lo empujaron dentro y le obligaron a ponerse de cara a la pared. Kalan le quitó los grilletes y luego cerró la puerta de un golpe.

Los ojos de Macurian tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad. Tuvo suerte de contar con la pequeña ventana, casi

pegada al techo. Era suficiente para que un jirón de luz entrara en la habitación prácticamente vacía.

Había tanto silencio allí, sin nadie con quien hablar. ¿Cómo iba a llevar a cabo su misión para Handir desde aquel sitio?

Maldijo en cuatro lenguas, se sentó pesadamente en un banco de piedra y reflexionó sobre su situación.

Aquella noche, su plato de comida se quedó intacto.

Era de noche en los aposentos del rey, y Rinon estaba sentado con una camisa holgada y calzas, el pelo húmedo y los pies descalzos ante el fuego. A su lado, Maeneth estaba sentada hombro con hombro con su gemelo, con la vista fija en su hermano y en sus ojos hinchados.

Rinon se había perdido la cena tras quedarse dormido en su habitación, todavía vestido con el uniforme desgastado por el viaje. Maeneth y Sontúr habían estado trabajando en el Gremio Académico, estudiando e investigando la lanza de fuego, pero Sontúr probablemente había advertido que ella necesitaba regresar para ver a Rinon, así que se había ofrecido a quedarse. Trabajaría solo hasta que ella volviera.

Handir había compartido los detalles de la aparición de Macurian y su posterior misión con ella y su padre, mientras Rinon sorbía su vino pensativo. Handir lo observaba, preguntándose en qué estaría pensando, pero la pregunta de Maeneth lo distrajo.

—Deberías traer a Sorei a cenar, presentárnosla formalmente. —Maeneth miró a Handir y luego volvió a volverse hacia Rinon, observándolo de cerca.

—Se lo pediré, si mi padre lo considera oportuno. —Bebió, con la mandíbula un poco demasiado tensa.

—¿Debería considerarlo? —Thargodén se inclinó hacia delante, copa en mano.

Rinon no esperaba aquello; se quedó mirando a su padre mientras sopesaba sus próximas palabras.

—Sí.

Apartó la mirada del rey a la fuerza y miró el interior de su copa, casi vacía. —Visitaré al ex-Sombra mañana, veré si ha oído algo sobre esos Ilícitos.

Si Maeneth se sintió decepcionada por el súbito cambio de tema de Rinon, no se le notó.

—Es un traidor, Rinon —murmuró el rey.

—Y sin embargo Macurian hizo algo enormemente valiente, padre. Arriesgó su vida para sacar a Airen de Dan'bar y recuperar esa lanza de fuego. Puede que nos dé una oportunidad de defendernos contra este monstruo que viene.

—Eso no cambia el hecho de que hiciera esas cosas, y este rey no ve con buenos ojos a cualquiera que amenace a su familia, Rinon. Específicamente, intentó matar a mi *hijo*.

—Tienes razón. Pero tiene una historia que contar —murmuró Rinon, y luego bebió de su propia copa—. Tenía un motivo poderoso para rescatar a Airen. Parecía sincero cuando Handir lo *interrogó*.

Thargodén miró fijamente a su pensativo hijo y frunció los labios. —Habla con él si quieres, pero no pienso ponerlo en libertad pronto.

Rinon miró los ojos pétreos de su padre, sabiendo que no cedería. Respiró profundamente. Solo él había visto al ex-Sombra en acción, sabía que, de haberlo deseado, Macurian podría haber evadido la captura. Pero no lo había hecho. Se había limitado a quedarse allí, poniendo las manos tras la espalda porque Handir se lo había pedido.

Macurian *estaba* diciendo la verdad. ¿Pero podía Rinon confiar en él, sabiendo que había muchos en Ea Uaré que pagarían una suma generosa por la cabeza de Fel'annár? No estaba seguro de que pudiera, al menos todavía no.

El rostro de su antiguo amigo Sar'pén se materializó en su mente, recordándole que nunca debía omitir los detalles, diciéndole que hacía bien en sospechar.

Se puso en pie y se pasó una mano por el pelo suelto.

—Voy a que me dé un poco el aire fresco.

—Duerme un poco, hermano. Mañana será un día ajetreado para todos nosotros.

—¿Empezaréis a trabajar en esas lanzas de fuego?

—Sontúr y yo hemos estado trabajando en ellas durante todo el día. Incluso ahora él está en el Gremio. Me uniré a él dentro de un rato. Tenemos la intención de trabajar toda la noche, ver si podemos preparar un prototipo para probarlo mañana por la tarde.

Rinon miró a su hermana y logró esbozar una débil sonrisa. Con un asentimiento poco entusiasta a su padre y a su hermano, se marchó.

En cuanto la puerta se cerró con un clic, Handir se volvió hacia Maeneth. —¿Así que sabías que era serio?

—El hecho de que nunca hablara de Sorei, de que intentara restarle importancia a sus sentimientos por ella... Siempre lo sospeché.

—Bueno, desde luego no se contuvo en el patio. Toda la ciudad vio ese beso —dijo Handir.

—No creo que lo planeara así, hermano. Creo que había mantenido sus sentimientos tan apretados tras ese muro de hielo que cultiva... que simplemente se le escaparon.

—Eso no es propio de Rinon —murmuró el rey.

—No, no lo es. Ha cambiado. *Ella* lo ha cambiado.

Thargodén se volvió hacia Maeneth, estudiando su rostro por un momento. Lássira también lo había cambiado a él, en muchos sentidos, todos ellos buenos. Se apartó de su hija, ocultándole el rostro.

—Debes tener cuidado con esos artefactos de Calrazia. Nada bueno ha salido jamás de esas tierras malditas.

Handir miró el interior de su copa. Otro cambio de tema, uno que había esperado por completo.

—Sontúr y yo tendremos cuidado. Una vez que sepamos cómo funcionan, quizá podamos usar ese conocimiento en nuestro beneficio.

Thargodén asintió, bebió, y Handir compartió una mirada de complicidad con su hermana. Como uno solo, se retiraron a sus propias habitaciones, dejando al rey a solas con sus recuerdos.

Pronto, Fel'annár regresaría y el enemigo chocaría contra sus puertas. Su hermano se reuniría con su Connate, Llyniel. Maeneth

había encontrado el amor en Sontúr, como Rinon quizá lo había encontrado con Sorei. En cuanto a él, todo lo que Handir podía hacer era esperar y preguntarse si alguna vez llegaría su turno de sufrir la llegada del amor.

Se preguntó si esa era la palabra adecuada.

Sufrir.

Había traído alegría a Fel'annár y Llyniel, a Sontúr y Maeneth. A Rinon le traía dudas y preguntas, pero a su padre no le había traído más que la ruina.

—Ven, únete a mí, joven guerrero.

Eloran se sobresaltó donde se ocultaba tras un árbol. Había estado espiando al Ari'atór y a los Aris Espirituales mientras estaban sentados en el suelo, hablando de cosas que no entendía pero que quería comprender.

Se enderezó la túnica y, con pesar, se dirigió hacia donde Oruná estaba sentado con Golloron, el Ari pelirrojo al que había conocido en la ciudad. Ya conocía a Narosén de su estancia en Sen'oléi, y todavía le tenía pavor. Él era el que decían que era un Oyente, el que había invocado al Señor de la Guerra para ayudarlos cuando los Desviados casi los mataron.

—Lo siento. Es solo que...

—Tienes curiosidad. Tienes preguntas.

Eloran miró a Golloron, sintiendo que le ardía la cara, y el Ari Espiritual de Lan Taria dio unas palmadas en el suelo a su lado.

Oruná sonrió suavemente, mientras Narosén miraba con el rostro totalmente inexpresivo. Eloran le dio un amplio rodeo al sentarse, se aclaró la garganta y obligó a sus músculos a relajarse.

—¿No es un poco tarde para que estés aquí, lejos de tu familia?

—Soy lo bastante mayor.

—¿Lo bastante mayor para *qué*? —Narosén se inclinó hacia delante, con sus penetrantes ojos azules fijos en él. Eloran tragó saliva.

—Para estar despierto, quiero decir.

Narosén se echó hacia atrás y miró a Golloron al hablar.

—¿Y para luchar?

Eloran miró a su nuevo amigo, resistiendo el impulso de morderse el labio inferior. —Tal vez.

Oruná observó al muchacho con interés, mientras Golloron sonreía de forma enigmática. Pero Narosén parecía abstraído del mundo, con la cabeza ladeada como si hubiera oído algo.

—¿Eres mayor de edad? —preguntó Oruná.

—Sí. O sea, casi.

—¿Tienes cincuenta años?

—Bueno, esto, cuarenta y nueve, y doscientos ocho días. —Su rostro ardía una vez más y Golloron parecía estar disfrutando de su bochorno. El muchacho frunció el ceño, pero eso solo hizo que el Ari Espiritual ensanchara su sonrisa.

—El bosque está *vivo*...

Todas las cabezas se volvieron hacia Narosén, hacia sus amplios ojos azules, sus palabras susurradas; su mirada estaba perdida, al menos para este mundo.

Eloran miró de un Ari al siguiente, alarmado por su repentino cambio de humor. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, con los ojos ahora fijos en Narosén, que sonreía incluso mientras los suyos se dilataban y la luz en ellos parecía casi inflamarse.

—La noche se convierte en día...

Nadie se atrevía a hablar, pues Narosén estaba escuchando, con sus palabras aún ininteligibles. Se puso de pie de pronto, apoyándose en su bastón mientras sus ojos se enfocaban en los demás.

—¡Venid. A los muelles!

No entendieron, pero obedecieron de todos modos; no pareció importarles que Eloran corriera tras ellos. Para cuando llegaron a las orillas del Calro, otros se habían reunido para observar la extraña luz que avanzaba hacia ellos, iluminando el bosque y las aguas a su paso.

—Ninguna cantidad de antorchas puede traer semejante luz.

—No es posible, a menos que haya más guerreros nuestros de los que pensábamos.

—No pueden ser ellos. Es demasiado pronto.

—¿Es el enemigo? ¿Alguna magia oscura que traen?

Voces alarmadas; la noticia se había extendido rápidamente y la gente acudía en tropel a los muelles, con gritos de pánico incipiente hasta que Narosén alzó las manos sobre la creciente multitud, abriéndose paso entre ellos y volviéndose después para encararlos, de espaldas al agua.

—No es el enemigo. No tenéis nada que temer. ¡Es el Señor de la Guerra, que viene sobre las alas de *Aria!*

Eloran se quedó boquiabierto y giró la cabeza hacia el río, hacia donde serpenteaba hacia la derecha y se perdía en el bosque. Solo que los árboles no eran una silueta oscura contra la noche cerrada como deberían haber sido. En su lugar, estaban bañados en oro.

Oruná y Golloron se abrieron paso entre la multitud, con Eloran justo detrás. Pronto, los tres Ari estuvieron juntos. No muy lejos, Eloran pudo ver al montaraz que se había sentado con Golloron ese mismo día, el que sabía que era amigo de la infancia de Fel'annár.

—¿Y dónde has estado *tú*? —Una voz familiar, demasiado cerca de su oreja. Se dio la vuelta y se encontró con su madre mirándolo fijamente, con los brazos cruzados.

—Oh, yo, esto, no podía dormir.

—Así que decidiste irte a vagar solo sin decirme nada.

Abrió la boca para protestar, pero un grito colectivo los distrajo a ambos y se volvieron hacia el río.

Tras el recodo, la luz dorada resplandeció, y en su interior, otra luz, como un sol verde dentro de una claridad deslumbrante. Escalofríos recorrieron la espalda de Eloran y se alejó de su madre, acercándose a donde estaba Golloron.

—¿Es él?

El Ari pelirrojo lo miró, sonrió y asintió. —Sol Verde casi está en casa.

Eloran observó el juego de luces sobre el bosque, cómo las luciérnagas pululaban de un lado a otro. Se sobresaltó y luego soltó una risita. —Parece un dragón.

Narosén se volvió hacia el chico, estudió su perfil y paseó la mirada por los demás. Pero si oyeron algo, no dijeron nada.

Eloran debería haber estado aterrorizado, pues el espectáculo ante él estaba cargado de magia, de cosas que no comprendía. Pero, de algún modo, no importaba, ni para él ni para nadie. Habían venido aquí en busca de seguridad frente al enemigo invasor en el sur, sin pensar jamás que su ejército victorioso llegaría a tiempo. Pero de algún modo, contra todo pronóstico, estaban aquí. Eloran se sentía aliviado por su madre, por su hermano y su hermana pequeños. Estarían a salvo en el bosque ahora que el Señor de la Guerra había regresado.

Aquello le hizo sentirse mejor respecto a lo que estaba a punto de hacer.

—¡Remos arriba!

La orden resonó río abajo mientras las balsas se aproximaban a los muelles. No habría sitio para todas, y mientras Fel'annár y La Compañía subían por las escaleras que conducían a los muelles, él miró hacia atrás, observando a los demás mientras amarraban las balsas como mejor podían en las zonas poco profundas.

Un paso más y estuvo sobre el muelle, ante una multitud de rostros que lo miraban fijamente y no hablaban.

Thavron dio un paso adelante, con expresión incrédula fija en los ojos de su amigo de la infancia. Lo observó fascinado cómo Fel'annár parpadeaba, y luego otra vez, hasta que sus ojos volvieron casi a la normalidad. En el cabello, las luciérnagas centelleaban en la noche, revoloteando juguetonas alrededor de sus trenzas y elevándose después hacia el cielo, desvaneciéndose.

Golloron, Narosén, Oruná y Lorthil se unieron a Thavron ante la multitud y Fel'annár los miró, con el corazón a punto de estallar. Estaban casi al final de su camino, un camino que terminaría al día siguiente cuando entraran en la ciudad. Pero fue la visión de Thavron y Golloron lo que lo sacó de la nube en la que había estado

sumergido en ese tramo final de su viaje. Fueron sus rostros los que le recordaron a Fel'annár quién era, quién había sido siempre pero nunca supo.

No había cambiado. Todo lo que había hecho era recorrer la senda que tenía ante él. De recluta a guerrero novicio, de teniente a General y Señor de la Guerra, pero seguía siendo Fel'annár Ar Thargodén, Ar Lássira.

—¡Salud al Señor de la Guerra!

—¡Salud!

—¡Salud al victorioso!

—¡Salud!

Mientras los guerreros invadían los muelles y la orilla del río más allá, se vieron envueltos en el abrazo colectivo de elfos silvanos y alpinos, y Fel'annár los observó, agradecido por la generosa recepción, por la comida que ingerirían y el descanso que tanto merecían. Lo permitiría al menos por esta noche.

La paz descendió sobre él, dándole calor mientras se filtraba bajo la armadura, la piel y la carne. Sonrió, dio un paso adelante y abrazó a Thavron, despacio al principio. Sus brazos se apretaron mientras los recuerdos amenazaban con abrumarlo. Ambos estaban a salvo. Sostuvo a su amigo a la distancia de sus brazos y estudió su rostro.

—Montaraz.

—Señor de la Guerra.

Fel'annár resopló, sacudió la cabeza y se volvió hacia Golloron mientras Idernon y Ramien saludaban a Thavron.

—Tengo preguntas para ti, Golloron. —La mirada de Fel'annár se desvió del Ari al que una vez llamó tío hacia el enigmático Narosén de Sen'oléi, que estaba justo detrás. También tenía preguntas para Narosén, pero tendrían que esperar.

Golloron asintió lentamente. —Lo sé, niño. Y te las responderé. ¿Me honrarás con tu compañía esta noche junto a las hogueras?

—Desde luego. —Atrapó la mirada de Narosén, asintió despacio y bajó los ojos hacia la mano larga y blanca que se aferraba al nudoso bastón, pero no alcanzaba a ver bien la parte interna de su muñeca.

—¡Salud al capitán Bulan!

—¡Salud!

La sonrisa de Fel'annár se ensanchó al ver a Bulan desaparecer bajo un mar de color castaño y unos toques de rubio. A un lado, Gor'sadén y Hobin se habían escabullido hábilmente. La mayoría de estas personas no tenían ni idea de quiénes eran, salvo que uno era un Maestro Kah y el otro un Ari'atór con símbolos en la cara.

Pero Narosén, Golloron y Oruná *sí* los reconocieron. Estaban hombro con hombro y Fel'annár se hizo a un lado, observando cómo hacían una profunda reverencia. Al incorporarse, Fel'annár vio la sorpresa en los rostros de Golloron y Oruná, pero en los ojos de Narosén solo había respeto. Que el comandante supremo Ari estuviera aquí en Sen Garay también debería haber sido una sorpresa para él. Narosén era algo más que un Oyente...

—Por aquí, Fel'annár.

El Ari pelirrojo se volvió hacia el pueblo, pero vaciló cuando Fel'annár no se movió. Se dio la vuelta y vio a Eloran acercarse al Señor de la Guerra, con una sonrisa amplia y esperanzada en el rostro.

Fel'annár le devolvió el gesto y abrió los brazos. Eloran abrazó a su amigo con fuerza, dándole una palmada en la espalda como había visto hacer a los otros guerreros, y luego se sintió estúpido. Retrocedió, aún sonriendo, con la cara roja como una amapola de verano.

—Me alegro mucho de que lo lograras. Has ganado, Fel'annár.

La sonrisa de Fel'annár flaqueó. —Ganamos en el norte, Eloran. Pero ahora, la batalla final está sobre nosotros. Necesitaremos a cada guerrero si queremos ganar esta guerra. —Dio una palmada a Eloran en el hombro—. Cuando esta guerra termine, será el momento de que comiences tu propio camino como novicio. ¿Serás arquero?

—Lo más probable. Ahora, todo lo que tengo que hacer es convencer a mi madre.

—Buena suerte con eso. Te veré más tarde si puedo. Pero si las circunstancias no lo permiten, nos volveremos a ver, amigo mío.

Eloran asintió, con los ojos brillantes. Sabía a qué se refería Fel'annár. Podía morir en la guerra que se avecinaba, tomar el Camino Corto. Él mismo tenía una vida por delante, incluso siglos de

servicio. Pero tarde o temprano, él también tomaría el Camino. Pero por ahora, su plan en esta vida estaba empezando a tomar forma, y comenzaba al día siguiente.

Golloron hizo un gesto para que Fel'annár, La Compañía y sus ilustres acompañantes los siguieran. Mientras se abrían paso cansados entre la multitud y hacia el centro del pueblo, la gente alargaba la mano, aún asombrada por el espectáculo de la luz solar en la noche, aliviada de que finalmente hubiera llegado ayuda para estas tierras que tanto amaban.

Por esta noche, socorrerían a estos valientes guerreros y, cuando el alba regresara una vez más, los despedirían con afecto y rezarían por volver a verlos en esta vida.

Las albas eran hermosas en el nuevo reino de Gra'dón. Era la luz del sol, la forma en que se reflejaba en el dosel de verdor. La luz era diferente, aquí más plateada, no tan amarilla. Se preguntó si sería el contraste...

Se volvió hacia el interior de su tienda y se dirigió a una mesa baja sobre la que reposaba un pequeño cofre. Lo abrió y recogió la pintura inacabada que había tomado de las cámaras del tesoro de Dan'bar.

La familia élfica le devolvía la mirada, pero especialmente la figura inacabada de ojos verdes.

Me pregunto si tú y yo nos encontraremos en el campo de batalla. ¿Debería llamarte príncipe? ¿Bastardo?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un movimiento fuera de su tienda. Momentos después, un guardia entró e hizo una profunda reverencia.

—Emperador. Los caciques Sondak y Janveh están aquí con noticias del norte.

Era el momento que había estado esperando: noticias de victoria en el norte. Y entonces advirtió que había demasiado silencio.

Sondak y Janveh eran muy queridos y temidos por los guerreros de Calrazia. ¿Acaso no merecían una bienvenida de héroes?

Gra'dón se preparó, con las aletas de la nariz vibrando y la mandíbula tensa; los cierres de su mente se alzaron, protegiendo al ser que pensaba y sentía en su interior.

—Que entren.

El guardia hizo una profunda reverencia, retrocedió hacia la entrada de la tienda y salió. Momentos después, dos figuras con capa se alzaron ante él. Hicieron una reverencia y luego se irguieron, se echaron hacia atrás las capuchas y se quitaron los turbantes del cabello.

—Caciques. Vuestra presencia aquí parece… fuera de lugar. ¿Por qué mis hermanos han enviado a mis mejores señores guerreros como mensajeros?

—Emperador. Traemos noticias de Abiren'á y Calrazia.

Gra'dón observó a Sondak con atención y percibió una trepidación cuidadosamente velada.

—No son buenas noticias, Señor.

Gra'dón vio vendajes bajo sus capas. Estaban heridos. Irguió la figura, obligando al temor creciente a marcharse. Fueran cuales fueran las noticias que traían, debía dictar órdenes. Debía permanecer calmado y al mando.

—Hablad.

—Lord Saz'nár tomó Abiren'á, la fortificó y tomó a sus ciudadanos como rehenes, tal como era nuestro plan contra el mago. Pero un guerrero tenía una especie de espada especial, un metal que podía cortar la resina de serpiente. El mago vino, tal como dijisteis que haría. Pero con los rehenes liberados, desató los árboles contra nosotros. Hubo una tormenta, de viento y luz… Abiren'á se perdió y Lord Saz'nár pereció.

Una sensación de pesar entumecedor inundó a Gra'dón y, por un momento, no sintió nada.

—¿Fue el mago quien lo mató? —Gra'dón dio la espalda a sus caciques, con los ojos recorriendo el estuche abierto sobre su mesa, sin ver nada.

—No. Fue el Comandante General de Ea Uaré. Pan'assár.

—¿Y dónde está ese Pan'assár?

—Está muerto, Emperador, muerto por la propia espada de Lord Saz'nár.

Gra'dón se apartó del estuche y volvió a mirar a los dos caciques heridos. Estos eran sus comandantes más leales. Habían viajado por tierras peligrosas para llegar hasta aquí. Habían tenido el valor de contarle el destino de su hermano, conociendo las probabilidades de que no sobrevivieran a su ira.

—Continuad. ¿Qué pasó después?

—Los guerreros que escaparon de la ciudad se dirigieron a las arenas para unirse a Lord Key'hán en la carga final. Cuando llegamos allí, la batalla estaba casi ganada. Nuestro señor había desatado a la Madre, pero el mago apareció sobre las raíces de los árboles gigantes. La mataron, Señor. Y con su caída, las tornas cambiaron. Nuestros guerreros lucharon hasta el final, y Lord Key'hán se enfrentó al mago en combate.

—Él, también… murió.

Nada tenía sentido para Gra'dón. Habían tenido un ejército de más del doble del tamaño del de los elfos. Los mejores guerreros, una Serpiente Madre, Segadores… Sacudió la cabeza, apartando la vista de los ojos compasivos de los caciques.

—¿No queda nadie? —murmuró.

—Nadie, señor. Cualquier guerrero restante huyó a las arenas. Nosotros bajamos por el río, cogimos caballos y cabalgamos sin descanso.

—¿Cuántos guerreros élficos sobrevivieron?

—En total, unos dos mil; la mitad de sus efectivos originales.

—¿Y el mago? ¿Sobrevivió?

—Creemos que sí, Emperador.

Gra'dón miró fijamente a los demacrados caciques. Podrían haber sido mendigos en las calles de Jezairon, indigentes sin valor que nunca hubieran empuñado una espada en batalla. Pero él sabía que no era así. Estos dos eran los más grandes de sus caciques, aquellos que habría deseado que viajaran en su propio ejército y cruzaran el mar. Pero como sus tribus estaban más cerca del cacicazgo principal de Key'hán, era lógico que se unieran a su campaña en el norte.

—Hizo falta valor para viajar solos por tierras hostiles, y aún más para venir aquí y contarme el destino de mis hermanos.

—Él era nuestro señor, al igual que vos sois nuestro emperador. No podíamos hacer menos. Lord Key'hán y Lord Saz'nár merecían el riesgo que corrimos. Ahora, deseamos serviros a vos, Señor. Buscaremos retribución por su caída, lucharemos a vuestro lado hasta que la ciudad sea vuestra. Puede que nos lleve más tiempo alcanzar nuestros objetivos, pero *conquistaremos*, Emperador, si es vuestro deseo que volvamos a serviros.

Gra'dón pudo ver humedad en los oscuros ojos color avellana de Sondak. No lloraría —ningún cacique de los Señores de la Arena lo hacía—, pero había amado a Key'hán, y aquello no era una mentira.

—Ese *es* mi deseo. Tú y Janveh cargaréis conmigo en la batalla, mientras me juras que el mago es solo mío.

—Lo juro.

—Y yo.

Gra'dón asintió y dio un paso hacia los dos caciques. Los sobrepasaba en estatura y esperó a que echaran la cabeza hacia atrás para mirarlo. Allí estaba: la chispa del miedo, la súplica silenciosa de piedad.

—Ambos cenaréis hoy a mi mesa, nuestra primera cena dentro del bosque. Merecéis una recompensa por vuestro servicio. En cuanto a mí, quisiera saber de ese mago, de cómo tomó Abiren'á a pesar de los rehenes.

Los dos caciques asintieron. —Somos bendecidos, Señor. Hasta la noche.

Gra'dón los vio marchar, observó cómo la entrada de la tienda se balanceaba suavemente y luego se detenía. Se dio la vuelta y se quedó mirando el encerado ante él, girando el anillo de oro en el dedo mientras su mente luchaba por poner las cosas en contexto, por pensar lógicamente.

Pero falló, porque apenas un momento antes su plan había estado tan claro en la mente. Lo había hecho todo por sus hermanos, por una familia que nunca había conocido salvo por su madre. Y sin embargo ahora, no quedaba familia. Estaba solo. El

Ari'atór de Valle, Pan'assár y el mago se lo habían arrebatado todo; todo lo que alguna vez le había importado.

Ahora, el sueño de tomar estas tierras junto a sus hermanos, de marchar sobre Tar'eastór y Valle, cruzar la Fuente y encontrar a cualquier familia que pudieran tener allí… se había evaporado, como la bruma matinal, en un abrir y cerrar de ojos.

El dolor desgarró su cuerpo, apuñalando el corazón una y otra vez. Se le oprimió el pecho, con la respiración entrecortada y la mano derecha temblando. La cubrió con la izquierda, cerró los ojos y trató con todas sus fuerzas de controlar el cuerpo, pero este se negaba a obedecerle.

Las rodillas cedieron y se desplomó al suelo, mientras el dolor surgía con una ferocidad salvaje desde el vientre y a través del pecho. Necesitaba gritar; se puso una mano temblorosa sobre la boca, con el sonido amortiguado y desesperado, mientras lágrimas calientes caían sobre los dedos y salpicaban el suelo.

El dolor agonizante se transformó en una ira llameante, lamiéndolo hasta que el entumecimiento se disipó y empezó a quemar, cada vez con más fuerza.

La ira se convirtió en furia, que palpitó por las venas, se intensificó y luego lo dominó. Había un rugido en su mente, los labios le temblaban con él mientras se extendía por el cuello y llenaba el pecho hasta dejarlo sin aliento por el odio, casi asfixiándose con él, con palabras que acudían pero que el cuerpo se resistía a pronunciar.

La niebla del dolor, el entumecimiento del impacto y las llamas del odio se unieron, se complementaron de algún modo y la mente de Gra'dón se despejó. La ira fundida era furia congelada, apenas templada.

Se puso en pie, se secó los ojos y salió de la tienda.

Fuera, los guerreros y caciques no se atrevían a mirar. Pero lo hacían de reojo. Caminó a grandes zancadas hacia el perímetro del campamento y oteó la distancia, hacia el camino que los llevaría a la ciudad élfica en cuestión de días.

Habló en voz alta, con la voz ronca, y la multitud de Señores de la Arena y bestias se calmó.

—Soltad a los Lagartos de Gas. Despejad nuestro camino hacia la ciudad, caciques.

Órdenes a gritos, lagartos chillando; el campamento se preparaba para moverse una vez más, justo cuando los Lagartos de Gas se alejaban a toda prisa, con sus pasos vibrando bajo los pies.

El crujido de la madera astillándose, el estruendo de los troncos al caer, el siseo de las ramas y hojas golpeando el suelo; Gra'dón observaba la destrucción, con la mano extendida hacia un árbol a su lado, con las yemas de los dedos hundiéndose en las grietas. Se apartó de la devastación ante él y fijó la vista en la corteza bajo la mano, encontrando un patrón en el caos de líneas y fisuras.

Daría sentido al caos, encontraría ese patrón en su mente. Aún había razones para seguir adelante. Había venido en busca de su familia; puede que aún la encontrara, aunque hubiera perdido a la que ya tenía. Y el que había matado a Key'hán seguía vivo.

Esas eran las cosas que lo impulsarían ahora.

Se volvió hacia los árboles que desaparecían lentamente ante ellos, un rastro de madera caída y destrozada. Más caerían, todo caería ante su marcha implacable, hacia una ciudad que era suya y hacia una venganza que le pertenecía por derecho.

Todos los reinos élficos pagarían por los crímenes que habían cometido, pero el mago sufriría lo insufrible.

Gra'dón lo juró.

Bajó la mano hacia el *Telzorán*, acarició la punta y las cabezas de serpiente suavemente abultadas que suplicaban libertad.

—Todavía no, Captor de espíritus.

—Pero pronto.

Habían remado de noche, bajo brillantes rayos de luz que habían danzado caprichosamente mientras serpenteaban por el Calro. El esfuerzo de los días anteriores, la clamorosa bienvenida y la copiosa comida deberían haber sido suficientes para sumirlos en un sueño profundo y reparador.

Pero Fel'annár estaba sentado con los ojos bien abiertos en medio de un mar de luz verde que se reflejaba en los elegantes muebles, desdibujando los colores chillones de la residencia privada de Lord Gailan. Este había insistido en que el Señor de la Guerra la usara durante su breve estancia, diciendo que era un honor para él. Fel'annár no había querido aceptar, pero tampoco quería ofender al elfo que los había saludado de forma tan efusiva y les había proporcionado lo que solo podía describirse como un banquete.

A su alrededor estaba sentada La Compañía, con Tensári hombro con hombro con Lainon, quien se había quitado la capa que lo ocultaba allí en la intimidad de la casa del árbol. Había gente que lo reconocería, Lorthil de Sen'oléi para empezar. Era posible que hubiera oído noticias de la muerte de Lainon en la ciudad. Verlo aquí, vivo, desencadenaría otras preguntas indeseadas.

Fel'annár sabía que lo observaban mientras hablaban en voz baja entre ellos; sus preguntas se mantenían contenidas por ahora, pues sus ojos habían brillado y él se había apartado de ellos para poder escuchar.

Hobin se había marchado hacía un rato, con destino al fuego de Oruná y Narosén, mientras que Bulan se había dirigido al campamento de Lord Lorthil para enterarse de lo que había sucedido en la ciudad durante su ausencia.

—Volveré dentro de un rato.

Todas las cabezas se volvieron hacia Fel'annár; sus ojos brillaban ahora con más suavidad que antes. Tensári y Lainon se levantaron, pero el Señor de la Guerra extendió una mano para que se quedaran donde estaban. —Solo voy hacia arriba.

Tensári asintió y volvió a sentarse, al igual que Lainon, y luego observaron cómo Fel'annár abandonaba la habitación. Un suave crujido de hojas y se había ido, a lo más alto de las ramas del acogedor árbol.

—Me pregunto qué oye —murmuró Carodel.

—Como todos nosotros —dijo Idernon—. Pero todos lo conocemos lo suficiente; no hablará hasta que comprenda.

Muy por encima de ellos, encaramado en las ramas más altas del árbol, Fel'annár contemplaba la noche en Sen Garay.

Mucho más abajo, las hogueras ardían suavemente. No era la única alma que se sentía inquieta, pero era el único elfo que había librado una batalla esa mañana, no aquí, sino en los bosques del *sur*.

Los Lagartos de Gas habían embestido contra los árboles, sacudido sus poderosas colas, desgarrado sus troncos con sus fuertes garras, destruyendo robles y fresnos, abedules y tejos centenarios. Estos habían implorado ayuda y Fel'annár había luchado con ellos. Pero tantos lagartos habían sido imposibles de superar.

A través de ellos, Fel'annár había visto al Nim'uán, alzándose mucho más alto de lo que era natural para un elfo, o para un Señor de la Arena. Unos ojos verdes élficos brillaban bajo un yelmo asombrosamente intrincado, flanqueado a ambos lados por serpientes doradas que lucían rubíes rojos como la sangre por ojos; unos ojos que observaban la destrucción con cruel regocijo… y *pesar*.

El Nim'uán había parpadeado, y esos ojos élficos se habían convertido en rendijas verticales de color negro, rodeadas por iris de color ámbar y rojo, como si un fuego rugiente ardiera ante los ojos de una serpiente. A su lado colgaba un látigo, con tres cabezas de serpiente retorciéndose y entrelazándose: hambrientas. Esta era el arma de la que Lainon les había advertido a todos que se mantuvieran alejados.

Más tarde, cuando el ataque había cesado, Fel'annár había oído los murmullos, los gritos derrotados del bosque. El enemigo estaba labrando su camino hacia la ciudad, destruyendo cualquier árbol que considerara demasiado cercano al mar interminable de Señores de la Arena, Lagartos de Gas montados y Sabuesos.

Lo hacían para mantener alejado al mago, y usarían la madera caída para construir sus máquinas de guerra.

Había visto máquinas de asedio a medio construir, carromato tras carromato llenos hasta los topes de suministros. Había visto lanzas, botes, filas interminables de guerreros relucientes, marchando alegremente a la guerra, con las gemas brillando en la luz crepuscular, y ojos orgullosos igual de brillantes.

Y ahora, aquí estaba sentado en Sen Garay, sabiendo que pronto estaría en la ciudad. Vería a Llyniel, besaría sus labios, desearía poder llevársela lejos de todo aquello. Pero él nunca podría irse, y ella tampoco.

Cerró los ojos ardientes, justo cuando su vida se derrumbaba sobre él, una ola de emoción golpeándolo en el pecho.

La última década de su vida en Lan Taria había sido el comienzo de un camino extraordinario, uno que, en retrospectiva, nunca habría podido imaginar.

Había sido un muchacho sencillo con metas sencillas. Ser capitán en un ejército dominado por comandantes alpinos. Saber quién era su padre, por qué su madre se había marchado.

Ahora tenía sus respuestas, y mucho más.

Giró la cabeza hacia el suroeste, hacia el Bosque Perenne que se extendía hacia el mar. Puerta secreta al segundo mundo, hogar de los Shirán y del guardián verde, era su deber protegerlo del exterior. Le correspondía a él asegurar que aquel lugar no fuera vulnerado, que permaneciera intacto para todos los que no fueran Shirán, a excepción de él mismo.

Se volvió hacia la ciudad, donde todo lo que amaba aguardaba su llegada. Su esposa, sus hermanos, su hermana, su tía y su abuela. Sontúr y… el rey.

El horizonte oriental se aclaraba. Aquello adormecía la ansiedad de las elecciones imposibles, calmaba la nostalgia que había caído sobre él como una manta cálida en la Madre Patria.

Poco a poco, la mente se agudizó y las prioridades recobraron la claridad. Llegar a casa, prepararse para la guerra, ganarla y después asegurar el Bosque Perenne.

Pero al cerrar los ojos y bajar la mirada, se permitió un último pensamiento.

¿Por qué tanto sufrimiento, tanta duda?

La respuesta acudió a la lengua en un instante, definitiva e inamovible.

Amor.

Su madre había muerto por amor. Su padre había deseado hacerlo. Or'Talán había venido aquí primero por amor a Aria, y luego

murió por amor al reino que había erigido. Pan'assár le había seguido por amor a Or'Talán, y Gor'sadén se había quedado por amor a su rey.

¿Y qué hay de él? Él también obedecía los dictados del amor, tan esclavo de sus artimañas como lo habían sido ellos. Era lo único que Fel'annár no podía controlar, su único amo, el que regía su vida y su destino, el que había forjado tanto dolor como alegría y, muy probablemente, siempre lo haría.

Podía oír voces abajo; sabía que era hora de regresar. No había dormido nada, pero esta noche, por fin, descansaría en los brazos de Llyniel.

Saltó sobre la plataforma de madera situada a poca altura en el árbol y entró en la estancia abierta donde La Compañía conversaba con Thavron, con Lainon de nuevo cubierto por la capa y la capucha.

Se dieron la vuelta, se pusieron en pie y lo observaron con atención. Esperaban una explicación; la merecían.

—Los bosques del sur están bajo ataque. El Nim'uán despeja su camino hacia la ciudad con Lagartos de Gas por miedo a mí. Usan la madera talada para construir sus máquinas de guerra. Tenemos tres días.

Carodel se dio la vuelta y se pasó la mano por el pelo suelto mientras Galdith asentía. Ramien buscó sus botas y se sentó, mientras Lainon ponía una mano sutil en la espalda de Tensári.

Fel'annár se volvió hacia Thavron mientras tomaba la coraza, y dejó que Idernon le abrochara la espalda y los costados. Se puso los brazales, se ajustó las hombreras y se anudó la capa. Cogió el arnés de armas, se lo puso y observó cómo los demás, a excepción de Thavron, terminaban de vestirse y armarse. Era hora de buscar a Hobin, Bulan y Gor'sadén, y subir a las balsas por última vez en este viaje.

Se volvió hacia su amigo de toda la vida, el único que no había seguido el camino del guerrero. Sonrió, esforzándose por mantener el gesto.

—Puede que no vuelva a verte en este mundo, hermano. Y si no es así, ruego que volvamos a encontrarnos en el segundo mundo.

—Me volverás a ver. Sé que lo harás. —Thavron sonrió, pero la sonrisa vaciló cuando Fel'annár negó con la cabeza.

—No puedes saberlo, Thavron. Ni yo tampoco. Así que diré las palabras de todos modos. Sobrevivimos a la guerra en el norte, contra todo pronóstico. Si sobrevivimos a esta, también será contra todo pronóstico.

Thavron asintió lentamente y dio un paso adelante. —Pero tú eres *tú*. Todo en ti va contra todo pronóstico. Además, tienes historias que contarme, sobre las Tres Hermanas y su carga en la guerra. Sobre Abiren'á y la Vorágine. Estaré aquí, esperando a que me las cuentes. Que Aria te conceda rapidez y fuerza, Fel'annár.

Uno a uno, se abrazaron y luego dejaron a Thavron y la cabaña, dirigiéndose al centro del asentamiento donde Hobin, Bulan y Gor'sadén los estarían esperando.

Al pasar, la gente los observaba. Conocían sus nombres de pila y sus nombres de guerrero, sabían qué armas prefería cada uno y sus pueblos y aldeas de nacimiento. Sabían cuántos años tenían, si estaban casados, que Carodel era bardo y que Ramien era el más fuerte de todos. La Compañía eran los guerreros del Señor de la Guerra, su renombre bailaba en las lenguas de los jóvenes que algún día ocuparían su lugar en la batalla, o tal vez servirían a su lado, bajo su mando.

Thavron se unió a Golloron, que estaba al lado de Narosén, Lorthil y Oruná, justo frente al Salón Comunitario, donde docenas de personas ya conversaban en voz baja. Bulan no tardó en llegar también, junto con Gor'sadén y Hobin.

Pero tan pronto como llegó La Compañía, el ruido amainó y la multitud creció en un silencio expectante, empujando hacia adelante para poder oír.

Fel'annár paseó la mirada por el claro, vio sus rostros esperanzados, necesitados, casi desesperados en su búsqueda de consuelo, de que la ciudad no caería ante los Señores de la Arena. De que aquellos que habían dejado atrás no morirían y que estos pocos guerreros que habían regresado serían suficientes.

No lo serían, pero Fel'annár no podía decírselo.

—¡Señor de la Guerra! Dinos qué noticias traen los árboles. ¿Qué os dicen vuestros sentidos?

Fel'annár se volvió hacia el aldeano que le había gritado.

—Que el enemigo viene, hermano. Que su paso no es pacífico sino destructivo, que no pisa con ligereza sino que rompe y aplasta todo lo que se interpone en su camino. El sur necesitará a nuestros forestales cuando acabe esta guerra.

Thavron dio un paso adelante. —¿Están matando el bosque?

Fel'annár se volvió hacia él. —Están ensanchando el camino, manteniendo los árboles alejados de su paso. Somos una amenaza para ellos.

—Pero si los árboles no pueden luchar por el bosque, seguro que no tenemos suficientes guerreros para contener a los Señores de la Arena… —gritó otro.

—Estamos superados en número, sí. Pero no en ingenio, hermana. Más de nuestros guerreros están regresando del norte, y la Madre Patria envía un ejército a su aliado. Pero más que esto, Aria está con nosotros. A través de sus Ber'anor y Ber'ator, lucha a nuestro lado. Pero la ciudad… —Fel'annár se volvió hacia el sur y señaló el camino que conducía al reino de Thargodén—. La ciudad necesitará todas las manos posibles, guerreros sí, pero también flecheros y canteros. Necesitamos porteadores que lleven piedras a las balistas, flechas a los arqueros, que retiren a los heridos y ayuden en las Salas de Curación. Todas estas personas pueden desempeñar un papel en nuestra defensa.

—Los bosques del sur piden auxilio; un auxilio que no podemos dar, todavía no. Por eso, ¿no vendréis conmigo, con nosotros? Ayudadnos a proteger estas tierras de la destrucción y la ruina. ¿No somos silvanos, alpinos, Ari, nacidos de estas tierras? —Fel'annár hizo una pausa y miró a su alrededor, a los aldeanos y a los guerreros, con sus rostros esperanzados devolviéndole la mirada, con los ojos brillantes, desesperados por oír las palabras que necesitaban escuchar.

—Todos somos hijos de Ea Uaré. Este es nuestro hogar, nuestras tierras, y bien que las amamos. Nuestras familias, nuestras propiedades, nuestros recuerdos… todo lo que somos está aquí,

entre los árboles. Y aunque somos un pueblo pacífico, somos coléricos en la defensa de esa paz. En unos días, estaremos frente a los Señores de la Arena de Calrazia, contra lo último del Nim'uán, y lo aniquilaremos, lo derribaremos y lo arrojaremos desde las cumbres más altas de Ea Uaré.

Un grito atronador siguió a las palabras de Fel'annár; los puños se alzaron hacia el cielo y La Compañía se mantuvo firme y orgullosa.

—¡Guerreros a los muelles! ¡Diez minutos para la partida! —gritó Bulan.

Pero no fueron solo los guerreros quienes se marcharon a la orilla del río. Lo hicieron todos y cada uno de los elfos aptos, a excepción de los líderes y el Ari'atór que estaban a un lado. Fel'annár se acercó, con Gor'sadén y La Compañía detrás.

—Narosén, Golloron, maestro Oruná —saludó con la cabeza.

—Sol Verde —sonrió Golloron—. Ten la bondad de cuidar tu propio pellejo. Me gustaría volver a verte. No ha habido tiempo para tus preguntas, y me gustaría responderlas si puedo.

—Haré lo que pueda. —Fel'annár sonrió y se volvió hacia Oruná, que se despidió a su vez.

—Señor de la Guerra, Ber'anor. Ha sido un honor viajar con vos por un tiempo. Que Aria os mantenga a salvo.

Fel'annár hizo una profunda reverencia y luego se volvió hacia Narosén, impresionado una vez más por la intensidad con que ardían sus ojos azules.

—Debéis estar preparados. Puede que aún queden otros esperando para abandonar la ciudad, y debéis vigilar el sur, estar alerta y moveros si es necesario hacia el noreste y hacia las montañas. Sabed que el bosque os protegerá y os defenderá de los Desviados y los Señores de la Arena mientras yo viva.

Narosén seguramente lo escuchaba, pero sus ojos estaban fijos en alguien detrás de él. Se volvió y advirtió que era la figura encapuchada de Lainon. El Ari'atór Espiritual al que había conocido en Sen'oléi se apoyaba pesadamente en el bastón, y la manga de su larga túnica se deslizaba hasta el codo.

Fel'annár se sobresaltó. Allí, en la parte interna de la muñeca, había una línea ondulada con un punto en su interior: el mismo símbolo que había visto en ese mismo lugar sobre la muñeca de Lainon. Frunció el ceño, resistiéndose a volverse hacia su amigo encapuchado. Su pregunta debería esperar hasta que estuvieran a bordo de las balsas, lo suficientemente a solas.

—Que Aria os conceda rapidez, comandante supremo, Señor de la Guerra.

Fel'annár asintió con respeto, echó un último vistazo al símbolo, se dio la vuelta y se dirigió a los muelles. En cuestión de minutos, zarparon por última vez. Los civiles silvanos, alpinos y Ari alzaron las manos en gesto de despedida, siguiendo con ojos esperanzados cómo las balsas desaparecían tras la última curva del Calro.

Algunos abandonaron las orillas para regresar a sus hogares, mientras otros preparaban toda clase de barcas y embarcaciones. Constructores, flecheros, cualquiera con conocimientos de curación y otros lo bastante fuertes como para ayudar en las murallas. Partieron río abajo tras la estela del Señor de la Guerra. No podían luchar, pero *podían* ayudar, tal como Fel'annár había dicho.

Entre ellos se encontraba un muchacho que casi era ya un adulto, a falta de unos pocos cientos de días. Había dejado atrás a su madre y a sus hermanos, donde sabía que estarían a salvo. Pero ya no podía quedarse al margen viendo cómo otros defendían estas tierras. Necesitaba seguir los pasos de su padre, seguir al elfo que portaba su piedra de honor, como siempre había sabido que haría.

CAPÍTULO 14

De Regreso de Naz'arán

Rinon había dormido como un bebé en brazos de Sorei. Pero ahora, mientras la habitación se iluminaba y su mente se espabilaba, recordaba los sucesos de ayer, el primer día de una nueva vida que —curiosamente— llegaba justo cuando la guerra se aproximaba con cada hora que pasaba.

Había perdido el autocontrol y la había besado ante todo el reino. Le había dicho al mundo entero que ella mandaba sobre él y que, si por él fuera, siempre lo haría.

El deber lo había mantenido alejado de ella durante el resto de la tarde, pero cuando cayó la noche, habían venido aquí, a los aposentos de Rinon, y habían sellado su pacto, hasta entonces silencioso. Pero no era tonto. Necesitaba pronunciar las palabras, necesitaba oírlas de labios de ella.

El cuerpo de ella estaba cálido tras él, acurrucado contra su propia forma, parte de él ya. Se giró para mirarla, y unos ojos azules le devolvieron la mirada. Pero, por más que lo intentaba, no lograba articular las palabras, porque ninguna le satisfacía. Ninguna describía cómo se sentía, lo que quería ni lo que haría para conseguirlo. En su lugar, una mano acarició el lateral de la cabeza de ella, y el pulgar rozó un pómulo alto.

—¿Te quedarás?

Ella frunció el ceño. —Tengo trabajo que...

—Me refiero a conmigo. ¿Te quedarás *conmigo*?

Sus ojos vacilaron y, por un momento, no dijo nada. Su vacilación hizo que el corazón de Rinon flaqueara. ¿Rechazaría ella su torpe declaración de amor?

—Eres el príncipe heredero, Rinon. Y yo soy una guerrera. Las expectativas de tu padre no...

—A él no le importa, Sorei. Para él, lo único que cuenta es mi corazón.

—¿Y qué te dice ese corazón?

—Que debemos estar juntos. Que esto es lo mejor que nos ha pasado. La guerra se acerca, cualquiera de los dos podría morir. Pero nuestras *almas*, Sorei, nuestras almas siempre se encontrarán.

Ella alargó la mano, le tocó la cara, el pelo, con los ojos siguiendo el rastro de sus dedos inquisidores. —¿Quién lo habría dicho, Rinon? Hace solo unas semanas, me caías mal, igual que yo a ti. Míranos ahora, hablando de amor.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

Ella sonrió con dulzura y Rinon vio la certeza en sus ojos, escuchó la confianza en sus palabras.

—Sí. Eso es lo que *nosotros* estamos haciendo, a pesar de nuestra tendencia natural a negar su importancia. En esto somos parecidos, y en muchas otras cosas. Nos engañamos a nosotros mismos, nos enorgullecemos de nuestra fuerza, pero a fin de cuentas somos como todos los demás.

Rinon sonrió, regocijándose de que ella le comprendiera tan sumamente bien y de que no le juzgara por lo que había encontrado, porque, en cierto sentido, ella se había encontrado a sí misma y se había perdonado.

El sonido más allá de las ventanas abiertas crecía poco a poco. Carros, caballos, gente y, después, el golpe de los martillos sobre la piedra, el estrépito de las armas. La realidad se asentó sobre ellos y Rinon respiró profundamente.

—Ven. Tenemos trabajo, una guerra que planear.

Se liberó de los brazos de Sorei, fuertes como espadas, y se vistió con una túnica interior limpia y calzas. Mientras se calzaba las

botas, se volvió hacia la cama y encontró a Sorei apoyada en un codo, observándolo. Él se puso en pie, se anudó la capa y tomó la nueva espada Synth. Le sonrió a ella y luego contempló el arma que tenía entre las manos.

El día anterior había informado a Turion, mientras que Turion le había puesto al tanto de lo sucedido en su ausencia. Había una nueva Oyente, una mujer llamada Taniq. Se había conectado con Fel'annár para crear lo que Turion había llamado un Consejo Mental. Turion había hablado con el Señor de la Guerra, intercambiando información desde algún lugar elevado en los árboles.

Rinon se sentía incómodo con las cosas inexplicables —la magia —, como algunos la llamaban. Le asustaba porque era impredecible, antinatural y, por mucho que lo intentara, no podía evitar asociarla con el mal. Suponía que era algo cultural. Era lo que había aprendido de niño. Magos malvados, brujas voladoras, dragones que escupían fuego… todos tenían magia, todos le habían aterrado hasta la médula. Pero ninguno de ellos era elfo, y el mero concepto de un elfo con un poder antinatural le resultaba simplemente inquietante. Aunque, claro, también lo era Fel'annár.

—Sontúr y Maeneth podrían realizar una prueba inicial hoy. Si lo confirman, ¿vendrás?

—Iré. Confieso que me intriga el arma que ella y Sontúr han ideado. Han tenido tan poco tiempo para estudiarla que solo puedo preguntarme si habrán logrado reproducirla por completo. —Rinon abrochó los últimos cierres del arnés mientras observaba cómo Sorei se abotonaba la túnica y tomaba la coraza. Se situó tras ella y comenzó a ajustar las hebillas de los costados.

—Pero primero debo hablar con el ex-Sombra Macurian, ver si ha oído algo que pueda sernos útil. Handir está estudiando la posibilidad de usar a los Ilícitos en la guerra, pero necesita conocer sus mentes, saber si están arrepentidos. Él tiene buen ojo para juzgar el carácter, Sorei, el mejor que hay. Con suerte, verá lo mismo que yo en ese elfo.

Sorei asintió. —Entonces nos veremos en el Círculo Interior para la prueba. Estaré en el cuartel la mayor parte de la mañana. Le

prometí a Henú que le ayudaría con los novicios de su patrulla. Se llevó a más mujeres que cualquier otro capitán.

—Tú las inspirarás; lo sé. Pero hazme caso, Sorei. Hoy no será un día fácil para ti, no después de nuestro numerito de ayer.

Ella se acercó a él, pero no llegó a tocarlo. —Ningún día lo es para una mujer en el ejército. Hoy no será la excepción, mi general. —Hizo un saludo militar y él asintió, viéndola alejarse a grandes zancadas hasta que la perdió de vista: la mujer que esperaba que un día fuera reina de Ea Uaré.

Los refugiados silvanos y pelágicos habían tomado su primera comida caliente en mucho tiempo. Ahora, mientras se instalaban en su nuevo alojamiento en los gremios, Amareth los observaba.

Su angustia y temor eran demasiado fáciles de ver y de oír, pues hablaban de la destrucción que se avecinaba, de los hogares que habían dejado atrás, de toda una vida de recuerdos a los que ninguno sabía si podría volver jamás.

Algunos estaban sentados en el suelo, hablando en pequeños grupos mientras la mirada vagaba de un lado a otro. Ella sabía qué estaban pensando. Era lo mismo que se preguntaba ella. ¿Dónde están los guerreros? ¿Cómo pueden tan pocos proteger esta ciudad de lo que dicen que viene? El ejército de Thargodén aún no había regresado del norte y, aquí, las únicas tropas que habían visto custodiaban las murallas, trabajaban para fortificarlas y se preparaban para los días de asedio que decían que estaban por llegar.

Alzó la vista hacia las extrañas máquinas que se alzaban sobre las torres y colgaban de los muros cortina. Podía oír el incesante golpeteo y estruendo desde fuera de las puertas, donde se llevaban a cabo las obras de construcción. Cavaban trincheras, decían, y muchos de los refugiados se habían unido a la tarea con palas y picos.

Un mechón de pelo se le había soltado —otra vez— y se puso en pie, soplándoselo de la cara mientras estiraba la espalda con una mueca mal disimulada.

Cada centímetro de espacio estaba ocupado en el Gremio de Mercaderes. Lo mismo ocurría en el piso superior, en el Gremio de Artesanos y el Gremio de Ingeniería. Resultaba difícil de creer que un buen número de refugiados hubiera ya regresado al bosque.

Corrían rumores de un ataque al grupo de Narosén. Habían estado cerca del linde, según contó un guerrero. Al empezar el ataque, los árboles arremetieron contra los Desviados y protegieron a su gente hasta que estuvieron a salvo dentro del bosque. Dijo que había sido el Señor de la Guerra, pero ¿cómo podía ser eso? Por lo que Amareth sabía, Fel'annár debía tocar los árboles para darles órdenes. ¿Había cambiado eso?

Amareth se encaminó hacia el patio interior donde se alzaba el árbol solitario. Aquello también estaba lleno, pero aun así divisó a su madre sentada en un banco a un lado. Para cualquier otro, Alei parecía estar simplemente observando a los refugiados pelágicos. Pero no era así. Como ocurría casi siempre, la mente de Alei estaba en otra parte, en algún lugar inventado donde Zéndar todavía vivía. Amareth se acercó y se sentó a su lado.

—Han perdido sus hogares. No puedo evitar preguntarme si ahora estará así en Abiren'á.

Alei no contestó. Lo único que hizo fue girar la cabeza a medias hacia su hija, como si la hubiera oído pero no quisiera escucharla. —Fel'annár nos lo dirá cuando regrese.

Quiso resoplar y decirle a su madre que Fel'annár estaría ocupado librando una guerra. No habría tiempo para cháchara hasta que esta guerra terminara, *si* sobrevivían a ella.

—Lady Amareth.

Se giró y miró a la mujer que tenía delante. —Taniq. Ven, siéntate. Cuéntanos qué has oído. —La Oyente vaciló, miró a la elfa que estaba al lado de Amareth y luego se sentó.

—Esta es mi madre, Alei.

—Un placer, milady.

Alei no respondió y, en su lugar, una suave sonrisa asomó a los labios, como si hubiera recordado algún grato recuerdo. Taniq se volvió hacia Amareth con una pregunta silenciosa en la mirada.

—Madre. Esta es la Oyente. Te hablé de ella ayer. —La voz de Amareth sonó excesivamente alta, y Taniq observó fascinada cómo los ojos verde claro de la mujer se enfocaban por fin.

—Ah, sí. Tenías un mensaje para el comandante. ¿Qué dicen los árboles hoy?

—Lo sabré dentro de un rato. Debo informar al rey más tarde.

—¿Has sentido a nuestro ejército que regresa? ¿A mi hijo, el capitán Bulan, o al Señor de la Guerra, mi nieto?

Taniq miró fijamente a Alei y luego a Amareth, sopesando cuánto debería contarles del Consejo Mental al que había asistido. Había visto a Fel'annár con tanta claridad, de pie en la cima del mundo, con un ave de caza sobre el hombro.

—Los he sentido. Están bien y más cerca de la ciudad de lo que pensábamos. A esta gente le vendría bien saber que la ayuda está en camino.

—Sí, así es. Lo necesitan, pues de lo contrario mañana todos partirán hacia el bosque, sin importar los peligros.

—Eso no es necesariamente malo —murmuró Amareth, preguntándose por qué su madre parecía tan *presente* esta mañana —. ¿Te irás con ellos, Taniq?

—¿Yo? No. Puedo ayudar a nuestro comandante escuchando. No puedo irme ahora, justo cuando más me necesita.

—¿Y no hay nadie más que te necesite, Taniq? —Fue Alei quien hizo la pregunta, y Taniq se irguió en el banco.

—Perdóname. No tienes que responder a eso —murmuró Alei.

—Ya no. Tuve una hija una vez...

Amareth bajó la mirada, se volvió hacia su madre y vio la forma en que sus ojos se centraban en el mundo que tenía delante.

—Yo también. Fue asesinada.

Taniq observó, ladeó la cabeza. Sabía exactamente a quién se refería.

—Nuestra reina, sí. Lamento tu pérdida, Alei. Yo perdí a mi hija hace muchos años. Fue… secuestrada por los Señores de la Arena.

Los ojos de Amareth se abrieron de par en par, demasiado absorta en Taniq y su historia para advertir el cambio en Alei.

—Debe de haber sido difícil no conocer su destino, me refiero. —Y aun así, los ojos de Alei seguían enfocados, como si estuviera instando a Taniq a continuar.

—Lo fue. Pero los árboles me dicen que ya no está en este mundo. A veces me pregunto cómo fue para ella. ¿Llegó a Calrazia? ¿Vivió allí como esclava? Cómo murió y...

—... si sufrió. —El rostro pálido de Alei miró fijamente a Taniq, como si la desafiara a negarlo.

—Sí.

Alei se puso en pie bruscamente y, durante un rato, no se movió. Pero el ceño fruncido cambió poco a poco a una suave sonrisa y sus ojos volvieron a perderse en los recuerdos. —Buenos días, señoras.

Taniq la vio marcharse y luego se volvió hacia Amareth. —Sufre todavía.

—Por Lássira y por su alma gemela, Zéndar.

—Zéndar el Ber'ator, sí. Los Ari tienen mucha fuerza en tu linaje, Amareth. Pero dime, ¿por qué no emprende el Camino Largo? Zéndar es Ari'atór. Él estará allí cuando ella cruce...

—Lo sé, Taniq. Me gusta pensar que se queda por mí y por Bulan, y sin embargo algo me dice que hay algo más. Quizá sea simplemente esta tierra a la que ama tanto. Quizá sea su nieto, Fel'annár.

—Pasé muchos años preguntándome si mi hija seguía viva. Eso es lo que me mantuvo aquí, en Bel'arán. Cuando los árboles me dijeron que ya no estaba aquí, supe que emprendería el Camino Largo. Pero luego me dijeron que una parte de ella aún camina por estas tierras. —Se volvió hacia Amareth, insegura de por qué había revelado algo tan privado a alguien a quien apenas conocía—. Creo que puede haber tenido un hijo, Amareth, y por eso ahora no puedo irme; no sin saber si es cierto, dónde puede estar él o ella.

—Pero… si fue secuestrada por los Señores de la Arena, ese hijo podría estar en Calrazia.

—No lo creo. Los árboles me dicen esto, y no creo que haya muchos en esas tierras desérticas. No. Creo que ese niño está más

cerca; de lo contrario, ¿cómo lo sabrían ellos?

Amareth miró a la Oyente y sacudió la cabeza con consternación. —Sabes, lo siento por ti, pero si alguna vez encuentras al hijo de tu hija… qué bendición, Taniq. Una parte de ella seguiría contigo. Es como me pasa a mí con Fel'annár. Se parece tanto a su madre, tiene sus ojos.

—Sí, sí que los tiene. Lo echas de menos, ¿verdad?

Amareth desvió la mirada con una sonrisa pesarosa en el rostro. —¿Puedes hablar directamente con él?

—Sí. Su habilidad es muy superior a la mía. Todavía no estoy acostumbrada; a hablar directamente, me refiero. Es como si estuviera allí con él en ese lugar que ha evocado. Curiosamente, tanto el comandante como yo vemos exactamente las mismas cosas. No es mi imaginación, sino algún lugar que *él* ha creado en su mente. Es algo extraordinario.

—Si puedes, ¿le dirás a Fel'annár que se le quiere? ¿Que lo echo de menos?

Taniq sonrió. —Puedo intentarlo.

Amareth asintió a su recién descubierta amiga y la vio marcharse hacia el árbol del patio, supuso. Cuando no estaba ayudando a Amareth, casi siempre se la podía encontrar allí, con la mano contra la corteza, escuchando.

Amareth no se equivocaba.

Taniq se sentó de espaldas a la corteza, abrió su mente y buscó al Señor de la Guerra. Lo encontró antes de lo que había pensado. Estaba más cerca de lo que había creído.

Abrió los ojos, se puso en pie y luego palmeó el árbol con cariño.

Al salir del gremio, cruzó el patio en dirección a las oficinas de Turion, porque más tarde, ese mismo día, el Señor de la Guerra llegaría por fin.

—Dime, Sombra. ¿Por qué estás aquí, en aislamiento?

—El carcelero llamado Kalan me pilló hablando con uno de los Ilícitos. Por alguna razón, sintió la necesidad de prohibirlo.

Rinon enarcó una ceja y guardó la información para más tarde. Abrió la boca para preguntarle a Macurian qué había averiguado, pero Macurian levantó una mano, se volvió hacia el fondo de su celda y se acuclilló ante la pared trasera. Cuando habló, su voz sonó innecesariamente alta.

—Príncipe. Suplico clemencia. Mi traición está probada, pero por favor, tengo familia en Naz'arán.

Aquel tono servil no encajaba en absoluto con Macurian, y los ojos de Rinon se deslizaron hacia la pared donde había habido una sombra pocos instantes antes. Levantó la cabeza y asintió para indicar que comprendía.

No estaban solos.

—¡Kallan!

El carcelero apareció con las llaves en la mano, desconcertado. Rinon acababa de llegar.

—¿Mi príncipe?

—Encadenadlo y llevadlo a la sala de interrogatorios.

Kalan abrió la boca, volvió a cerrarla y asintió; en cuestión de instantes, Macurian estaba encadenado. El carcelero hizo amago de sacarlo a rastras, pero Rinon levantó la mano. —Yo me encargaré de ello personalmente.

—Mi príncipe. Es peligroso. Tengo instrucciones estrictas de…

—¿Me cuestionáis, carcelero? —Rinon se volvió hacia él, plantándose tan cerca que sus narices casi se rozaban. Kalan se estremeció y retrocedió un paso.

—No, mi príncipe. Perdonadme.

Rinon hizo un gesto a Kalan para que se retirara y luego se volvió hacia Macurian. Con una inclinación de cabeza, príncipe y Sombra recorrieron el pasillo, bajaron por otro y entraron en una habitación alejada que Rinon sabía que nunca estaba cerrada con llave.

Cerrando la puerta tras de sí, se volvió hacia Macurian. —¿Draugolé estaba escuchando?

Macurian asintió, recorriendo la estancia de arriba abajo con la mirada. —Tengo noticias.

Rinon dio un paso adelante para poder oírle.

—Después de que me encerraran, un compañero de prisión me preguntó por qué estaba encarcelado. Se lo dije, y él me contó que era un Guerrero Kah Ilícito. ¿Recordáis, príncipe, cuando hablamos de ellos el otro día junto a la hoguera? Dijisteis que vuestro padre aún no los había sentenciado, que su deseo era exiliarlos.

—Sí, lo recuerdo.

—A estos traidores se les dijo que habían sido sentenciados a *muerte*. Decidme, ¿quién se lo dijo? Y lo que es más importante, ¿*por qué*?

Rinon miró fijamente a la Sombra, con el ceño fruncido mientras hurgaba en su mente, y pronto encontró la respuesta.

—¿Draugolé? —susurró.

Macurian asintió lentamente. —No puedo estar seguro, y tampoco lo están estos guerreros…

—*Traidores* —corrigió Rinon.

—Llamadlos como queráis.

—Debe de estar usando a uno o más guardias para comunicarse con el mundo exterior.

—A Kalan, al menos. En cuanto me oyó hablar con el Ilícito, me trasladó a aislamiento, justo al lado de la celda de Draugolé. Oí al guardia diciéndole que su comida había llegado, y algo sobre misivas que no llegaban. Hay un agujero en la pared que puede abrirse desde *ambos* lados.

—Creo que ese Draugolé está creando una ficción en la que él es el salvador de estos… *traidores* y, por tanto, los usa para su propio beneficio, con un propósito que aún no alcanzo a comprender. No quieren ser ejecutados, por miedo a no volver a encontrarse a sí mismos en la próxima vida. Y se niegan a comer. Dicen que los que murieron fueron envenenados a través de la comida. Tal como ellos lo ven, no les queda más remedio que seguir al mentiroso. El miedo los hace vulnerables a sus artimañas.

La mente de Rinon trabajaba a toda velocidad ante lo que la Sombra le había revelado, ante cómo había formado esa teoría tras solo una noche en las mazmorras. Se dio la vuelta y vio a Macurian bajo una luz diferente.

—¿Cuál es tu propuesta? —susurró.

—Seguidle la corriente a Draugolé. Dejad que crea que su pacto con los Ilícitos es sólido, que ellos creen que sus ejecuciones son inminentes. Podría hablar con ellos si lográis que me devuelvan a mi celda original. Podría decirles que los han engañado, que si luchan por el *rey*, sus sentencias podrían conmutarse por algo… menos drástico.

—No puedo confiar en ellos, Macurian. ¿Cómo sabría que no volverían a traicionarnos?

—¿No es eso lo que vuestro hermano se esfuerza por comprender?

—Yo no soy Handir.

Macurian enarcó una ceja y Rinon le lanzó una mirada sombría; solo podía imaginar la réplica que la Sombra había estado a punto de soltarle.

—¿Dijeron alguna vez por qué traicionaron al rey?

—Sus juicios fueron ante el Consejo Real. No creo que se les diera la oportunidad de hablar —dijo Rinon.

—Aunque vos no podáis confiar en ellos, yo *sí* puedo, príncipe. He cometido los mismos crímenes y he regresado de ese camino oscuro. Creo que algunos de ellos también podrían haberlo hecho. Aún podrían luchar por el rey, igual que lo haré yo, si podéis confiar en *mí*, si podéis aceptar que lo que os he contado es la verdad. Recordad que serví al príncipe Handir con aquellos documentos. Saqué a Airen de aquel pozo infernal y sustraje un arma que puede resultar decisiva en la guerra que se avecina. Y luché contra los Sabuesos a vuestro lado. ¿Qué ganaría yo traicionándoos?

—Nada más que tu propia muerte.

—No estoy preparado para eso, y ellos tampoco. —Macurian señaló hacia el pasillo que se extendía más allá de su celda—. Band'orán era un manipulador consumado. Muchos cayeron ante sus habilidades, algunos de ellos cercanos a vos. Estos guerreros fueron seducidos por la promesa del Kal'hamén'Ar, se les hizo creer que sus acciones eran por el bien del reino. En eso sobresalía Band'orán, como su hermano sobresalía en el arte de gobernar.

Rinon se dio la vuelta, pasándose una mano por la boca. —Maldita sea. Necesitamos guerreros y los dioses saben que serían de gran ayuda en la guerra venidera. Pero yo no puedo tomar esta decisión. —Miró a Macurian con los ojos entrecerrados.

—Continúa con tu estratagema, Macurian. Volveré mañana. Por ahora, debo encontrar una razón para devolverte a tu antigua celda.

—Pegadme.

—¿Qué?

—Dadme un puñetazo en la cara y llevadme a rastras de vuelta a esa celda. Kalan le informará del incidente a Draugolé. No sospechará nada de nuestra conversación.

Rinon echó la cabeza hacia atrás, asintió despacio y luego hizo lo que había deseado hacer desde que Macurian confesó por primera vez que había intentado matar a Fel'annár.

Vasanth estaba más cansada de lo que jamás admitiría ante nadie, ni siquiera ante sí misma. Le dolían los músculos con una ferocidad que nunca antes había sentido, ni siquiera durante el entrenamiento de reclutas. Pero se decía a sí misma que estaba bien, que lo único que necesitaba era dormir. Sin embargo, el sueño no acudía a ella y Vasanth se negaba a sopesar los motivos.

La noche anterior había regresado de su misión inaugural sobre el terreno. Había matado a sus primeros Desviados y acto seguido había devuelto el almuerzo. Quería encogerse de vergüenza ante el mero recuerdo, pero lo apartó de su mente, diciéndose que debía olvidarlo.

Había caminado desde los establos con el grueso de los guerreros y novicios, y luego se dirigió a los barracones. Recordaba a Salaharon levantando la mano sobre la multitud, y cómo ella le había devuelto el gesto, satisfecha por el trabajo bien hecho.

El capitán Henú tenía razón. Necesitaba un par de botas nuevas, así que, a pesar del agotamiento, a primera hora de esa mañana había ido al hangar de suministros y había cambiado las viejas por

un par nuevo. Las sentía apretadas y sabía que tardaría un tiempo en amoldarlas.

Ella y el resto de la patrulla del capitán Henú estaban libres hasta última hora de la tarde, por lo que se dirigió a los fosos de entrenamiento, donde solía acudir para ver a los maestros instruir a sus alumnos.

Las espadas chocaban mientras los guerreros practicaban. Otros participaban en combates cuerpo a cuerpo e incluso había algunos con lanzas. Pero Vasanth no veía nada de eso en realidad. En su lugar, la mirada se volvía hacia su interior, hacia la batalla y el primer Desviado que había matado.

Sintió una presencia a su lado y se volvió, alzando la vista hacia el rostro totalmente inexpresivo de la capitana Sorei.

Se puso en pie, saludó y soportó la penetrante mirada alpina de la mujer lo mejor que pudo.

—Descansad, novicia. ¿Puedo acompañaros? —La capitana señaló el lugar vacío al lado de Vasanth. Debería haberse sentido agradecida, curiosa por saber por qué la capitana querría sentarse junto a una novicia solitaria.

—¿Nombre?

—Vasanth.

—¿Apellido?

Ella vaciló y luego intentó ocultar su vergüenza. —Ara Bulan.

—¿Sois la hija del capitán Bulan?

Vasanth se preparó. A menudo la habían acusado de favoritismo. Decían que había sido la mejor de su clase en tiro con arco porque era la hija de Bulan. Decían que el capitán Henú la había elegido la primera porque era la hija del mejor capitán silvano. Lo había oído todo, lo había ignorado todo, demostrándoles que sus palabras y su escepticismo no significaban nada para ella.

—Sí, el capitán Bulan es mi padre.

Sorei la miraba fijamente, y Vasanth apartó la vista hacia los guerreros que entrenaban. Sin embargo, podía sentir aquella mirada ardiente sobre su perfil.

—¿Os molesta?

Ella se sobresaltó y se volvió hacia la capitana. —No. Me honra.

—Así debería ser, novicia. Conocí a vuestro padre de camino a la ciudad, cuando él iba hacia la guerra. Es cercano al Señor de la Guerra.

—Mi padre es su tío, capitana. —Sorei vaciló, pero si estaba sorprendida, era experta en ocultarlo. Vasanth admiró aquello.

—Entonces el Señor de la Guerra y vos sois primos. Decidme, ¿la guerra corre tan fuerte por vuestra sangre como por la suya?

—Sí, en la línea de su padre y en la de mi madre.

Sorei enarcó una ceja, la primera señal de emoción que Vasanth le veía. La hizo sentir orgullosa, porque su madre había sido efectivamente una pionera, una de las pocas guerreras de antaño.

—¿Quién es vuestro capitán?

—El capitán Henú.

—Un líder excelente. Acabáis de regresar, entonces, con los primeros civiles.

—Sí. —Un guerrero mantuvo su espada sobre los hombros del oponente. Un golpe mortal, y el otro dio un paso atrás, concediendo el punto.

—Debéis de estar cansada.

Había una intención oculta en la pregunta, un motivo que Vasanth no deseaba discutir, porque Sorei tenía razón. Estaba cansada.

—Habéis visto la batalla, habéis luchado contra Desviados. ¿Ha sido vuestra primera vez, entonces?

Vasanth se volvió hacia la capitana, con la irritación amenazando con asomar a las facciones. Solo quería observar a los guerreros.

—Sí, capitana.

Sorei asintió, levantó la cabeza y volvió a escudriñarla con esos ojos implacables; Vasanth se preguntó si podía ver lo que estaba pensando, si percibía el extraño nudo en el estómago, la sensación de pavor, las emociones que había intentado ahogar sin éxito. Era una guerrera; tales sentimientos no tenían lugar aquí. Necesitaba ser fuerte, bloquearlo todo, ignorarlo y dejar que el tiempo lo erosionara.

Sorei se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas dobladas. —Una chica de aldea se unió una vez al ejército del rey

Carenar, una de las pocas mujeres pioneras. La vida fue dura para ella, una prueba constante a la que sus compañeros masculinos nunca se vieron sometidos, que ni siquiera percibían. Aprendió a controlarse, a no mostrar nunca lo que pensaba, para que otros no pudieran usarlo en su contra. Eso le dio poder, el poder de comunicar solo lo que *ella* elegía, *cuando* ella elegía.

—Trabajó duro, estudió mucho, se hizo tan fuerte como pudo. Pero en una cosa era vulnerable.

Vasanth miró fijamente a Sorei, con la boca abriéndose sola, las palabras formándose en la lengua.

—¿Cómo… era vulnerable?

—Ignoraba la injusticia, se apartaba del dolor, de los horrores que había presenciado y de los Desviados que había matado. Ignoraba a los incipientes, la mirada en sus rostros aún inmaculados cuando la espada les quitaba la vida, porque sabía en qué se convertirían. Lo enterró todo, lo tragó, pero al final casi la rompe.

—¿Casi?

—Encontró a una persona, a un alma con la que podía hablar, sin enfrentarse a juicios ni a consejos vacíos. Encontró a un amigo, alguien que sabía que la emoción no es debilidad. Es el combustible de la grandeza. Sentir, comprender verdaderamente la tragedia de la vida y la muerte, repartirla y vivir con las consecuencias… esas emociones pueden llevarte a la destrucción o a la victoria. Es vuestra elección, Vasanth Ara Bulan.

Vasanth tenía los ojos muy abiertos, consciente de que sus emociones estaban totalmente a la vista. Cerró la mandíbula boquiabierta y se arrellanó, pero los ojos permanecieron tercamente fijos en la capitana a su lado. ¿Cómo la había leído tan sumamente bien? ¿Cómo había sabido las cosas que la atormentaban?

—¿La… chica de la aldea erais *vos*? —Vasanth se preguntó si la pregunta era apropiada, pero necesitaba saberlo. Aquella mujer era capitana, había hecho lo que ninguna otra, hasta donde ella sabía. Era fuerte, dura como el pedernal, tan indescifrable como la que más.

Sorei asintió despacio. —Fue Pan'assár quien una vez se sentó a mi lado, como yo lo hago ahora al vuestro. Me dijo las mismas

palabras que yo os he dicho a vos. Fue el día en que me comprendí a mí misma, en que me perdoné. Fue el día en que inicié el camino del mando.

Sorei se puso en pie, miró a Vasanth y esperó a que ella se levantara. Lo hizo, enfrentándola con valentía y franqueza, mientras el mensaje calaba bajo sus capas de defensa.

—Tenéis madera de líder, novicia. Lástima que no tenga mi propia patrulla aquí; si la tuviera, solicitaría vuestro traslado desde la de Henú. Aun así, disfrutaré observando vuestros progresos. Veamos hasta dónde podéis llegar, ¿os parece? —Sorei sonrió, y Vasanth la saludó, sintiendo una oleada de fortaleza recorriéndole la sangre.

Observó cómo la capitana se marchaba con paso largo y firme.

Su intercambio había sido breve, casi casual, y sin embargo Vasanth no tenía dudas de que la experiencia de Sorei había sido más que suficiente para leerla, para saber qué le dolía. No había querido matar a esas almas torturadas. No había querido acabar con sus vidas.

Pero lo había hecho, y sabía que no había otro camino.

Sintió que el cuerpo flaqueaba, los hematomas palpitando bajo el uniforme. Estaba cansada, hambrienta, y completamente aliviada.

Mañana volvería a vestirse para el servicio, pero no sería un día cualquiera para Vasanth. Sería su primer día como guerrera, como defensora de Ea Uaré, sin miedo a sentir, porque la emoción era el combustible de la grandeza, tal como había dicho Sorei.

~

Draugolé apoyó la frente contra la piedra fría, con una mano plana contra ella y los dedos extendidos. Melu'sán y Nestar lo habían abandonado. Kalan había hablado con alguien que había visto partir la caravana de mercaderes; claramente habían divisado las sedas chillonas del atroz atuendo de lady Melu'sán.

El veneno había sido para él; lo sabía. Por supuesto, sus *aliados* no habían podido apuntar específicamente contra él. De haberlo

hecho, habrían levantado sospechas. Habían envenenado a casi toda la prisión para llegar a *él*.

Viajarían a Prairie, montarían allí sus negocios, exprimirían el esfuerzo bélico hasta que sus cámaras del tesoro estuvieran repletas. Lo harían pensando que Draugolé estaba muerto, sin saber que acababan de condenarse al olvido. Él se encargaría de ello, aunque fuera lo último que hiciera.

Dirigió la atención a la segunda pieza de información que Kalan le había traído.

—¿Quién es él?

Kalan le respondió desde el otro lado, en voz baja para que solo Draugolé pudiera oírlo.

—Se hace llamar Macurian. Tiene una cicatriz sobre uno de los ojos, con un aspecto algo nudoso, y los ojos más esquivos que he visto en mi vida.

—¿Cuál es su crimen?

—Dicen que es un mercenario. Intentó matar al Señor de la Guerra, nada menos.

Draugolé frunció el ceño y se giró de modo que la espalda quedara apoyada contra la opresiva piedra.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé. Supongo que tendría algún asunto personal con él. El príncipe Rinon lo interrogó y lo mandó de vuelta a su propia celda. Estaba hecho una piltrafa, señor.

—¿Por qué no lo trajo de vuelta aquí?

—No creo que le importe dónde viva la Sombra. Quizá el príncipe lo hizo para mostrar a los demás lo que pensaba de sus actos. El único problema es que, si vuelvo a trasladarlo, eso podría despertar sospechas.

Draugolé tardó un rato en hablar.

—Averigua por qué lo hizo y para quién trabajaba. Puede resultar útil. Y Kalan… nuestro plan continúa. A pesar de estos contratiempos, sigue siendo viable.

Kalan apretó los labios y ofreció al señor la misma respuesta de siempre.

—Por supuesto, mi señor.

—Mantén los ojos y los oídos abiertos. Si oyes a alguno de los Ilícitos hablar de nuestro plan, debo saberlo de inmediato.

Kalan solo podía imaginar lo que Draugolé le ordenaría hacer si eso llegara a ocurrir. Se había esforzado mucho para conseguir su ayuda, pero con los aliados del señor desaparecidos, no habría más de la mezcla especial de Nestar.

Aun así, el enemigo llegaría en unos días; la guerra con los Señores de la Arena era la distracción que el señor Draugolé había estado esperando. Sería entonces cuando Kalan liberaría a quienes le habían jurado lealtad, para después desaparecer tan rápido como pudiera. Quería las monedas; no quería que los Guerreros Kah Ilícitos fueran ejecutados, como Draugolé le había asegurado que sería su destino si se quedaban allí.

—Por supuesto, mi señor.

—Eso será todo, Kalan.

Había un tono melancólico en la voz del señor. Sonaba pensativo, casi nostálgico. Pero Kalan sabía que no lo estaba. Estaba tramando, pensando como pocos otros sabían hacerlo. Se apartó de la pared y recorrió el pasillo abandonado.

Draugolé se separó de la roca y se giró con el ceño fruncido; la rabia amenazaba con romper la calma ensayada. La reprimió y se obligó a *pensar*.

Era mediodía y los guerreros se habían detenido para un breve descanso y un sustento mínimo antes de su llegada a la ciudad. Fel'annár ya podía ver las agujas y las cúpulas justo delante. Miró a Idernon a su lado y luego hizo un gesto a Lainon.

—¿Qué quieres que digamos una vez que estemos de vuelta, hermano?

Lainon se giró hacia las balsas que tenían detrás y luego miró de nuevo a Fel'annár. —De nada sirve ocultar lo que soy. Las tropas me han visto y no querría que Handir, Thargodén o Turion se enterasen

por boca de otro. —El Shirán levantó la vista hacia el cielo azul de la tarde, meditando la cuestión.

—Entraré como un azor y os acompañaré a la suite del rey. Allí podrías liberarme en la meseta y eso os daría tiempo para prepararlo a él y a los demás.

Fel'annár asintió despacio. —Es cierto que, si intentaras acompañarnos como elfo, tendrías que revelarte. No creo que Handir quiera lidiar con tu regreso en público.

—Exactamente a eso me refiero. Una vez hecho, tú y yo debemos hablar antes de que el Círculo Interior se reúna, y a buen seguro lo hará mañana.

Lainon se volvió hacia Tensári, la rodeó por la cintura con un brazo y la besó sin pudor. Le dio una palmada en el hombro a Fel'annár y luego miró hacia arriba. Una luz comenzó a formarse alrededor de su figura e, instintivamente, Fel'annár retrocedió, con la piel hormigueándole de asombro mientras la luz parecía solidificarse y la forma de Lainon se elevaba ante sus propios ojos.

Unas alas se desplegaron con un zumbido y luego batieron una vez, y otra más, y el Ari'atór alado ascendió hacia el cielo. Con cada batir de alas, la forma encogía y la piel se transformaba en pluma.

El creciente murmullo de los guerreros cesó en seco mientras observaban el espectáculo desde atrás. Solo unos segundos después, volvió a aumentar cuando los primeros divisaron al azor que regresaba.

El grito de la rapaz fue respondido por el rugido de cientos de guerreros, con los puños alzados hacia el cielo y amplias sonrisas, pues cada vez que veían a Lainon recordaban que Aria estaba con ellos.

Azure se posó en el antebrazo de Tensári y luego saltó a su hombro, donde permanecería hasta que estuvieran a salvo dentro del palacio fortaleza.

Pero más tarde, Lainon volvería a entrar en el mundo como un Ari'atór, un capitán, Ber'ator del Señor de la Guerra, regresado de entre los muertos; regresado de *Naz'arán*.

~

Sontúr y Maeneth habían trabajado en la lanza de fuego enemiga y en la Arena Negra toda la noche. Para los ojos entrenados de un científico, había resultado obvio de inmediato lo que los Señores de la Arena habían hecho, de modo que habían trabajado juntos para modificar la combinación de su propia Arena Negra. Habían aumentado la cantidad de Cristal y, aunque lo habían probado en el laboratorio de Maeneth, esa tarde marcaría el primer ensayo a gran escala.

Los capitanes de Ea Uaré se reunieron en un campo detrás del Círculo Interior, alejados en gran parte de la vista de los civiles. De hecho, Turion había apostado guardias para evitar que nadie se acercara demasiado al lugar de la prueba.

Observaron cómo Rinon y Sorei se dirigían hacia el comandante general, quien los saludó con un asentimiento. Juntos, caminaron lo más cerca posible del centro del campo. No tardaron en llegar ante los guardias, y solo a Turion y Rinon se les permitió continuar hasta unos treinta pasos de donde Sontúr y Maeneth esperaban junto al artefacto que habían creado.

—¿Está todo listo?

—Tan listo como puede estarlo, comandante —dijo Maeneth.

—Decidme qué debo esperar.

—Se disparará una flecha en llamas a este tubo. —Sontúr señaló un objeto metálico que descansaba sobre un soporte de madera improvisado. Era sorprendentemente pequeño, no más largo que su daga—. La punta de la flecha debería perforar el metal e inflamar el material del interior. A partir de ahí, podríamos ver desde una conflagración de fuego hasta un estallido similar a un fuego artificial. Hemos colocado estos objetos alrededor del dispositivo para observar qué daños, si los hay, se producen.

Turion asintió a Sontúr mientras los ojos recorrían un saco lleno de heno, una espada, una pila de leña, una taza de hojalata y una calabaza grande. Arqueó las cejas y miró a Maeneth.

—Puede que no parezca lógico, pero *hay* ciencia tras nuestra selección, comandante. Peso, material y forma; los efectos del dispositivo en cada uno de estos objetos nos proporcionarán información valiosa sobre el uso de esta arma, cómo podría modificarse y demás.

—Entonces, pongámonos a ello. ¿Vuestro arquero está listo?

—Cuando vos lo estéis, comandante.

—A su orden, capitán. —Turion, Rinon, Maeneth y Sontúr se alejaron, acercándose a donde los guardias mantenían a raya a los capitanes.

—¡Preparados!

La multitud guardó silencio, con los ojos fijos en los objetos apostados más allá, en el arquero que había prendido su flecha y esperaba la orden.

—¡Fuego!

Una flecha ardiente surcó el aire con un silbido, describiendo un arco sobre sus cabezas hacia el dispositivo.

Con un tañido metálico, la punta de la flecha se clavó en el interior del delgado tubo de metal.

Sontúr observaba con los ojos muy abiertos y conteniendo el aliento, mientras Maeneth entrelazaba las manos, casi incapaz de mirar. Contaba los segundos, mientras Turion se inclinaba hacia delante y los que estaban detrás estiraban el cuello.

La flecha ardiente clavada en el tubo apenas ardía ya. Turion se volvió hacia Sontúr, a su lado, y abrió la boca para hablar. Pero una ráfaga de aire caliente le golpeó en la cara y se tambaleó hacia atrás.

Maeneth se aferró al brazo de Sontúr para mantener el equilibrio y entonces se produjo un chasquido agudo, seguido de una poderosa explosión que resonó en sus oídos hasta no ser más que un pitido que se alejaba.

Nadie habló, y lentamente se incorporaron. Sontúr se volvió hacia una Maeneth conmocionada; no hacía falta preguntar qué le había pasado a la calabaza, pues estaba escrito en sus rostros. Alargó la mano y retiró un trozo de pulpa naranja y jugosa que se deslizaba por la mejilla de la princesa.

Podía ver el horror en sus ojos y comprendía por qué.

—La usaremos con prudencia, Maeneth.

—*Nosotros* lo haremos. Pero puede que otros no.

—Kristain. ¿No hay más lino?

—¿No es esto suficiente? —El veterano guerrero convertido en curandero señaló las estanterías que llegaban hasta el techo, repletas de vendas enrolladas.

—No —fue todo lo que dijo Llyniel.

Kristain asintió y siguió a la Lestari mientras esta continuaba inspeccionando los almacenes. Detrás, la seguía un novicio curandero vestido con una túnica verde larga y un tocado.

—También querría encontrar, o que se fabricaran, más tubos de vapor. Vi los efectos de un Lagarto de Gas en el pobre Pan'assár. ¿Y encontraste el Junar?

—Lo hice. No es que tengamos mucho, pero hay corteza en bruto.

—Muy bien. Si ese Nim'uán muerde a alguien, la necesitaremos. Haz que la trituren, Kristain. Es un trabajo minucioso para el que quizá no tengamos tiempo más adelante. Todo lo demás parece estar en orden.

—Bueno, entonces. Va siendo hora de que pases a ser un miembro de la familia real y dejes este lugar en mis manos por ahora. El Señor de la Guerra regresa hoy. La gente está expectante, deseosa de celebrar aunque saben que no pueden. Es extraño, pero es casi como si con su venida, la invasión se hiciera real. Su sola presencia marca el inicio de nuestros esfuerzos contra el enemigo.

—¿Por qué es extraño? La guerra acecha cada uno de sus pasos, lo sigue como si fuera un niño perdido.

—Si tan solo pudiera darle un azote y mandarla corriendo a casa —murmuró Kristain.

Llyniel miró de reojo el perfil de su jefe de curanderos mientras este cojeaba.

—¿Qué hay de tu amigo Jarabon?

—Preparándose para la guerra. Pasó décadas recuperándose de sus heridas en la Batalla bajo el Sol. Todos pensamos que perdería la pierna y se marcharía al Valle. Pero luchó como un jabalí salvaje; puede caminar y montar, aunque no pueda correr. Pero aún puede luchar. Me sorprende que aceptara servir bajo las órdenes de Rinon durante el viaje de vuelta a casa.

—¿Una víctima de los días antiguos entonces?

—Oh, sí. Muchos lo fueron. Aquellos guerreros que no tenían otras habilidades fueron sencillamente olvidados, dejados languidecer, convertidos en granjeros o aprendices de construcción y cosas por el estilo. No se les dio ninguna muestra de… aprecio… de agradecimiento por lo que dieron a estas tierras y a sus gentes.

—¿Y tú?

—Yo tuve la suerte de tener conocimientos previos de las artes curativas. Mi presencia fue tolerada como aprendiz y luego curandero bajo los auspicios de Nestar. Pero nunca habría ascendido a nada más mientras él siguiera siendo Lestari.

—Suerte la tuya que yo regresara entonces. —Sonrió con ironía y luego comenzó a subir las escaleras hacia el piso principal de las salas. A su lado, Kristain la observaba mientras se impulsaba hacia arriba con ayuda de la barandilla.

—¿Cómo lo haces? Quiero decir, todos hemos visto el amor que tienes por el Señor de la Guerra y él por ti. ¿Cómo te mantienes tan… serena?

Se detuvo, se volvió hacia él y meditó su respuesta. —Sé que está vivo. Puedo sentir su presencia, incluso ahora, cada vez más cálida. Está con La Compañía, con Gor'sadén, y conozco la devoción de este por él. Aun así, me inquieto y la mente recorre caminos ansiosos por la noche. Pero cuando llevo estas ropas de responsabilidad, Kristain, sonrío, aparto todos mis miedos, mis anhelos y mi soledad; todo salvo ese faro en la mente que me dice que está vivo, que no ha muerto y que volveré a verlo, a llamarle *guerrero* y a oír que me llama *curandera*. —A través de la visión empañada, vio a Kristain sonreír, con algo de picardía.

—El corazón de la Lestari ha asomado su fea cabeza. Debería darte vergüenza.

—Cállate, tonto. —Llyniel continuó subiendo las escaleras, se secó las lágrimas y para cuando estuvieron en el concurrido vestíbulo, estaba tan tranquila y dueña de sí como lo había estado toda la mañana. La sonrisa traviesa de Kristain se suavizó mientras posaba la mano en su antebrazo.

—Todo está en orden, Llyniel. Como amigo tuyo, te digo: vete a casa y no vuelvas hasta mañana. Ve a ver a nuestro Señor de la Guerra.

Ella recorrió las Salas de Curación con la mirada, observó a sus curanderos moviéndose de aquí para allá; todos ocupados, todos sabiendo lo que hacían y lo que era necesario. Mañana hablaría con todos ellos, los prepararía para lo que se avecinaba. Pero por el resto del día, Kristain tenía razón. Era hora de detenerse, de quitarse los hábitos del cargo, de quitarse las anteojeras y *sentir*, por fin.

Sonrió a Kristain. —¿Qué haría yo sin ti, amigo mío?

El veterano guerrero sacudió la cabeza. —Hace solo unos minutos bromeabas sobre mi buena fortuna por tenerte como Lestari. Pero no es una broma, Llyniel. Es la verdad. Con vosotros dos habéis traído el cambio a mi vida. Marcáis el comienzo de una nueva era en Ea Uaré. Yo lo creo. El pueblo lo cree.

Llyniel le devolvió la mirada; las palabras se formaron en la lengua y salieron antes incluso de que pudiera pensarlas.

—Entonces recemos para que todos sobrevivamos al día en que podamos ver esa nueva era, y disfrutarla por nosotros mismos si podemos.

Asintió y abandonó las salas. Kristain la observó y sacudió de nuevo la cabeza. ¿Es que no tenía ni idea de lo que decía la gente? ¿De lo que veían cuando la miraban a ella, a Fel'annár? Aquella mujer era humilde hasta el extremo y, sin embargo, era uno de los mejores comandantes que conocía.

CAPÍTULO 15

Por Toda La Eternidad

Handir entró en los aposentos del rey, ataviado como un príncipe, tan impecable como siempre a excepción de sus ojos, que, al igual que los de Rinon, estaban hinchados por haber leído demasiado y haber dormido demasiado poco.

Ambos estaban allí para el consejo de guerra diario con el rey y Turion, que se había pospuesto hasta la tarde debido a la llegada de Rinon y los refugiados.

Esa misma mañana, Rinon le había informado de lo que Macurian había revelado. Handir había pasado el resto del tiempo leyendo el informe de Llyniel sobre las muertes de los Ilícitos y los testimonios de los carceleros.

Una sospecha empezaba a formarse en su mente.

—Hermano —murmuró Handir, situándose ante el príncipe heredero—. Pareces cansado.

—Todos lo parecemos. Con el enemigo acechando, todavía queda mucho por hacer y somos muy pocos para ello.

—Es posible que hasta te alegres de ver a Fel'annár —dijo Handir mientras se alejaba, con la mirada puesta en el Bosque Perenne.

—No tengo ningún inconveniente en admitirlo. Trae guerreros y trae esperanza, por poco que nos sirva de algo. —Rinon miró a

Handir y se lo encontró devolviéndole la mirada, con un destello familiar de escepticismo en los ojos.

—Me alegro de que esté vivo, Handir.

—Bueno, al menos eso es una mejora.

—No hace nada que nos conocemos. ¿Qué esperas?

—¿De ti? Precisamente esto.

Rinon miró con ceño fruncido a su hermano menor, pero se distrajo con la llegada de Maeneth y Sontúr. Su expresión se relajó y sonrió a su gemela, miró a Sontúr y asintió con brevedad.

—El rey viene de camino —dijo Maeneth, rozando con una mano la manga de Rinon—. Ha estado hablando con Amareth y con la Oyente Taniq.

—¿Qué hay de Llyniel? —preguntó Handir.

—En las Salas de Curación, inspeccionando los almacenes e instruyendo a los últimos recolectores. A partir de hoy, el rey les ha prohibido salir de la ciudad.

Las puertas se abrieron y entraron Thargodén, Turion y Aradan. Una vez que la puerta se cerró con un clic, el rey se volvió hacia su familia y recorrió a todos con la mirada. Se detuvo en Rinon.

—Pronto sabremos cuántos guerreros regresan con Fel'annár. Taniq ha confirmado que llegará en unas pocas horas. Dice que hay muchas balsas tras él, y más aún más atrás. Calcula que el enemigo está aproximadamente a tres días de distancia, lo que significa que no habrá tiempo para descansar. Mañana, sin falta, el Círculo Interior debe reunirse y debemos decidir nuestra estrategia final.

Thargodén pasó por delante de Rinon, con los ojos puestos en el bosque tras las ventanas cerradas. Tras un rato, se volvió de nuevo hacia su audiencia.

—Príncipe Handir, su informe, por favor.

—Nuestros almacenes están llenos. Con la estimación actual de nuestra población, podemos sobrevivir durante dos semanas sin escasez de la mayoría de los bienes, pero con racionamiento podemos aguantar quizás el triple de tiempo si fuera necesario. Las Salas de Curación informan de que no hay escasez, y todos los ciudadanos con conocimientos de sanación, por rudimentarios que sean, están siendo informados en este momento. Los niveles

inferiores de los gremios se han adaptado tanto como se ha podido para nuestros civiles en caso de que necesiten refugiarse. Ropa de cama, agua y suministros de comida se están almacenando allí, y las rutas de escape se están despejando por si ocurriera lo peor.

—Voy a levantar el secreto del Camino Oscuro. Si surge la necesidad, nuestro pueblo puede usar esa ruta hacia los Barracones de la Ciudad Exterior. Desde allí, el bosque está cerca. ¿Alguna otra cosa que informar, príncipe Handir?

—Previéndolo, he elaborado un plan de evacuación. Mi misión para esta noche es reunirme con las autoridades civiles y revelar ese plan. Muchos de los que aún están aquí se quedaron porque creen que pueden ser de utilidad. Saben que nuestros militares están muy exigidos y desean encargarse de aquellas tareas que nuestro ejército normalmente realizaría: mantener el flujo de flechas y piedras, mantener las tinajas calientes y usarlas cuando llegue el momento, suministrar agua y sustento a quienes lo necesiten. La lista es larga. Aun así, una vez que comience la batalla, las cosas pueden cambiar.

Thargodén asintió. —Habéis previsto bien la situación. Tenéis mi aprobación para presentar vuestro plan.

—Príncipe Rinon. Informe sobre el estado de los asuntos relacionados con las murallas.

—Las máquinas han sido erigidas, revisadas y se encuentran en correcto estado de funcionamiento. Lanzas y flechas se están equipando con puntas Synth que usaremos en las balistas. Deberían ser capaces de penetrar las pieles de los Lagartos de Gas y los Sabuesos. La producción continuará incluso después de que comience la batalla. En cuanto a las murallas, existe cierto debate sobre si debe usarse aceite. A algunos les preocupan los efectos combinados del aliento de los Lagartos y las flechas incendiarias, y el enemigo seguramente traerá más de esas lanzas de fuego. Podríamos estar perjudicándonos a nosotros mismos, tal como Pelagia nunca imaginó que su mayor arma se volvería contra ellos. También está la cuestión de si el enemigo encontró alguna vez el Fuego. No creemos que lo hicieran, pero debemos estar preparados por si nos equivocamos.

—Sin embargo, las trincheras exteriores ya están preparadas y las tinajas están llenas, listas para ser vertidas si las necesitáramos. En cuanto a los muros cortina, estamos construyendo estructuras de madera que mantendrán las escaleras alejadas de las almenas. Los adarves tras las balaustradas están a rebosar. Utilizaremos a civiles voluntarios para asegurar que los guerreros tengan los proyectiles que necesitan para garantizar nuestra defensa.

—Guerrera Maeneth, capitán Sontúr. ¿Qué hay de esas bombas? ¿Cuántas pueden fabricarse?

—Cientos, esperamos —dijo Maeneth—. Da la casualidad de que nuestro ingrediente principal fue almacenado en abundancia nada menos que por lord Band'orán. Me estremezco al pensar para qué planeaba usarlo. Pero yendo al grano, la mayoría de las bombas están diseñadas para usarse en el lanzador de bombas, pero si podemos mantener la producción durante las noches, habrá un número menor que podrá acoplarse a flechas convencionales, e incluso lanzarse a mano. Yo estaré a cargo del lanzador de bombas para asegurar el manejo correcto.

—Capitán Sontúr. ¿Dónde estaréis vos?

—Donde más se me necesite, señor. Por hoy, ayudando con la producción de las bombas; mañana, quizás reunido con La Compañía una vez más.

—Tenéis mi permiso, capitán. Vuestra ayuda estas últimas semanas ha sido vital para nuestra defensa. Vuestra lealtad a este reino queda anotada y es bien recibida. Pero vuestra vocación está con La Compañía, eso lo sé. Sois libre de servir donde queráis, pero vuestra presencia en este consejo de guerra será apreciada mientras dure.

—Aquí estaré, señor. Tar'eastór fue siempre un aliado leal de Ea Uaré. Ahora, en vuestro momento de necesidad, esa unión será puesta a prueba y no resultará deficiente.

Thargodén asintió, pero fue casi una reverencia. —Cuando esta guerra termine, vos y yo hablaremos.

Sontúr le sostuvo la mirada al rey; creía comprender exactamente de qué querría hablarle. De Maeneth, y de si él se

quedaría, se marcharía o insistiría en que ella lo acompañara a la Madre Patria.

—¿Comandante General Turion?

—La Oyente Taniq ha confirmado que el enemigo está a entre dos y tres días de la ciudad. Con la llegada del general Fel'annár hoy, dispondremos de dos días con él para realizar nuestros preparativos finales. Las puertas permanecerán cerradas a partir de esta noche.

—En cuanto a los veteranos que regresan del sur, el teniente Jarabon los comanda, esperando solo el regreso del general Fel'annár. Serán incorporados a su División del Bosque. Algunos apenas pueden caminar, otros cojean, tienen un brazo lastimado o les falta un ojo. Aun así, necesitamos a cada arquero que podamos conseguir. Están lo bastante en forma, mi rey. Ahuyentaron a Sabuesos gigantes y mantuvieron a salvo a esos civiles. Los querría en *mi* división si pensara que lo soportarían. Y Aria sabe que los necesitamos más que nunca.

—Entonces, hasta que Fel'annár regrese y nos traiga sus noticias, no hay nada más que pueda hacerse.

—Hay una cosa más, mi rey —dijo Rinon—. Los Guerreros Kah Ilícitos. Necesito una decisión sobre su destino.

—Son traidores, príncipe. No se puede confiar en ellos —dijo Aradan, con los ojos brillando en advertencia. A su lado, Turion asintió.

—Son tiempos desesperados, consejero. En circunstancias normales estaría de acuerdo; los haría exiliar. Pero tenemos una oportunidad única de sumar más de doscientos guerreros; guerreros con conocimiento del Kal'hamén'Ar, aunque sea defectuoso. Cada uno de esos guerreros cuenta por dos. Solo pido que el príncipe Handir revele la información que ha reunido para que pueda tomarse una decisión informada.

—¿Y si se vuelven contra nosotros en mitad de la batalla? ¿Si matan a nuestro rey y a su familia? ¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Aradan.

Handir dio un paso adelante antes de que Rinon pudiera responder.

—No podemos estar seguros. Pero escuchadme, si os place. —Handir se volvió hacia el rey y vio el asentimiento irritado. Era todo lo que necesitaba.

Handir hizo una reverencia.

—Llevé a cabo una investigación sobre las muertes de más de cien prisioneros. La Lestari y el sanador jefe Kristain han concluido que no hay evidencias de asesinato, suicidio ni veneno. Sin embargo, la naturaleza de esas muertes es idéntica: todos murieron de la misma dolencia. *Causas naturales* no es una causa probable, no para los elfos. Se acepta generalmente que tal muerte se debe a una contaminación de algún tipo, en el agua, la comida o algún hongo. Esto nos lleva a una serie de circunstancias singulares.

—El agua ha sido analizada y se ha encontrado sana. Los suelos, las paredes, el sistema de alcantarillado han sido inspeccionados y se encuentran normales, lo que nos deja la comida.

—Las cocinas nos proporcionaron una lista de cada ingrediente usado en la sopa que se sirvió esa noche. Todos eran vegetales, recién adquiridos, preparados ese día. Ni carne, ni pescado, ni huevo. Fuera lo que fuese lo que causó esta infección, es algo desconocido para nosotros. Pero hay más.

—Se llevaron dos tinajas a las prisiones, pero una de ellas se derramó. La tinaja restante se dio a quienes perecieron más tarde. Todos los prisioneros supervivientes fueron alimentados con la comida servida en los barracones. Podemos concluir lógicamente que lo que sea que los mató estaba en la *sopa*.

Las cejas de Aradan se elevaron hasta el nacimiento del pelo, mientras Thargodén escuchaba con el ceño fruncido. Rinon miró a Handir y asintió para que continuara.

—Recordad que antes de este evento masivo, dos Ilícitos murieron de la misma forma. Esta infección no fue un incidente aislado. Sucedió antes. Eso me hace sospechar.

Handir miró a Rinon y asintió para que él continuara con el relato.

—Hablé en privado con el ex-Sombra de Tar'eastór, Macurian, a quien Handir había enviado a las mazmorras como informador. Me sorprendió encontrarlo en una celda de aislamiento. Cuando le

pregunté por qué estaba allí, suplicó clemencia de una forma que supe que era una farsa. Estábamos siendo espiados por lord Draugolé, que casualmente estaba en la celda de al lado.

—¿No estaba en aislamiento? —preguntó Aradan.

—Lo *estaba*. Parece ser que había un agujero oculto en la pared. Trasladé a Macurian a la sala de interrogatorios y allí me contó su historia. El carcelero Kallan lo había alejado de los Ilícitos cuando lo encontró hablando con ellos.

—Macurian tuvo tiempo para establecer dos piezas vitales de información. En primer lugar, a esos Ilícitos se les dijo que su sentencia es la muerte. Parece que Draugolé está construyendo una ficción en la que él es su salvador, diciendo que puede de algún modo evitar sus ejecuciones a cambio de un juramento de lealtad. Y en segundo lugar, parece que tienen miedo a comer. Dicen que ellos también podrían morir de *causas naturales*. Creen que hay algo en la *comida*. Dicen que no tienen otra alternativa que seguir a aquel a quien no nombran.

—Solo Draugolé tiene la astucia y la habilidad para lograr algo así —dijo Aradan—. La pregunta es: ¿por qué? ¿Qué está planeando?

—Debemos decirles que su sentencia no es la muerte. De lo contrario, los estamos empujando a las manos de Draugolé, perpetuando su traición.

La sala permaneció en silencio mientras consideraban las palabras de Handir. Maeneth fue la primera en hablar.

—¿Pero qué hay de las muertes? ¿Seguro que Draugolé no tuvo nada que ver?

Rinon dio un paso adelante. —No le habría favorecido matarlos, no. Sea lo que fuera lo que planeaba, no creo que fuera responsable.

—Pero si *es* veneno, entonces hizo falta una mano experta para crearlo —dijo Sontúr, casi para sí mismo—. Ni siquiera la Lestari pudo detectarlo. Quizás Draugolé no está solo en este plan suyo. Quizás tenga cómplices…

Handir se sobresaltó. Con los ojos muy abiertos, se volvió hacia la puerta.

—¡*Guardia!*

Thargodén, Aradan, Sontúr, Maeneth, Turion e incluso Rinon se sobresaltaron.

—Buscad al sanador Nestar. Traedlo ante mí.

El guardia asintió, salió de la habitación y el rey se volvió hacia su segundo hijo. —¿No estaréis sugiriendo que él tuvo algo que ver?

—Oh, pero lo *sugiero*. Hace falta un Lestari para engañar a un Lestari. Nestar gozaba de la profunda confianza de Band'orán. Su asociación con los Puristas es bien conocida. Me gustaría hablar con él sobre el asunto de este *veneno* y observarlo mientras responde. De hecho, sugeriría que el ex-Sombra Macurian estuviera presente, pero supongo que no lo permitiréis, mi rey.

—Suponéis correctamente, príncipe. Aun así, no hay daño en interrogarlo sobre el asunto. Una vez hecho esto, volveremos a la cuestión de los Ilícitos. Por ahora, solo podemos concluir que Draugolé está maquinando para salvar su pellejo, pero que hasta ahora no ha hecho nada que merezca ninguna otra intervención. El guardia Kalan está bajo sospecha y debe ser vigilado de cerca, por el propio Macurian por ahora. Si aportara pruebas contra él, se convertirá en uno de sus propios prisioneros.

—Mi rey.

—Estamos depositando mucha confianza en lo que informa este Macurian —comenzó Sontúr—. Pero lo último que supe fue que había secuestrado a Llyniel y casi matado a Fel'annár.

Handir asintió; sabía que de todos los presentes, Sontúr era el más indignado. Macurian era un traidor a su padre, a su rey.

—Aunque sigo sin confiar en él, probablemente haga falta un traidor para entender a otro traidor, o en este caso, a una prisión llena de traidores. No sabemos qué ha planeado Draugolé, pero dejar a los Ilícitos en las mazmorras durante la batalla puede resultar perjudicial. Si el plan de Draugolé es de alguna manera escapar durante la batalla, mientras somos impotentes para detenerlo, podría apuñalarnos por la espalda, literalmente. Creo firmemente que este asunto de los Ilícitos debe resolverse antes de que llegue el enemigo.

—Bien dicho. —Turion asintió, satisfecho, mientras Thargodén se mostraba pensativo. En cuanto a Rinon, se sintió una vez más

impresionado por la astucia de su hermano.

—¿Cómo sugerís que procedamos, Handir? —preguntó el rey.

—Fel'annár llegará pronto. Fueron los árboles los que una vez le advirtieron sobre Macurian, y no se equivocaron. Si podemos organizar que Macurian y el Ilícito sean interrogados en presencia del Señor de la Guerra, ante los árboles, creo que él sabrá si se puede confiar en Macurian, si el Ilícito puede ser utilizado en esta guerra; no contra nosotros, sino a nuestro favor.

—Muy bien, Handir. Organízalo.

Llamaron a la puerta y entró el guardia. Pero no había ni rastro de Nestar.

—Señor. Se ha informado de que lord Nestar se marchó con una caravana de comerciantes hace algunos días. Se vio a lady Melu'sán marcharse con él.

Turion frunció el ceño; no se le había escapado el desdén en el rostro del guardia, aunque, para ser justos con el guerrero silvano, este había intentado, sin éxito, ocultarlo.

—Puede que hayamos encontrado a nuestros culpables —dijo Handir mientras se volvía hacia Sontúr y luego hacia Rinon.

—Registrad sus residencias. Quiero saber a dónde han ido.

El guardia hizo una reverencia y se marchó, y Thargodén se volvió hacia Turion. —¿Quién va a recibir a Fel'annár en los muelles esta tarde?

—Yo mismo y el general Rinon.

—Y yo. —Handir y Sontúr dieron un paso al frente con expresión resuelta.

—¿Es eso prudente? —preguntó Thargodén.

—No —dijo Handir con una suave sonrisa—. Pero iremos de todos modos.

El rey sonrió, asintió y luego lanzó a Turion una mirada de advertencia.

~

A media tarde, el Gremio de Mercaderes bullía de actividad.

Muchos estaban sentados tallando flechas, con montones de puntas de metal en el suelo, plumas de diferentes colores en un montón aparte y cuerda, mucha cuerda.

El golpeteo de la piedra desde el exterior lo impregnaba todo, y las voces eran necesariamente altas para hacerse oír por encima del estruendo.

La mayoría de las camas se habían trasladado a los sótanos, donde las provisiones de comida descansaban en fardos cubiertos con telas aceitadas. Había jarras enormes llenas de agua e incluso en ese momento se traía más.

Permanecerían aquí, en la planta baja, mientras fuera seguro. Pero Amareth sabía muy bien que podría llegar el momento en que tuvieran que refugiarse en los niveles inferiores. Y si el enemigo lograba abrir brecha en las murallas, ¿cómo escaparían todas esas personas?

Había hecho esa pregunta el día anterior, y había sido Llyniel quien le dijo que el príncipe Handir revelaría pronto un plan de evacuación. La buscaría más tarde, antes de que Fel'annár regresara y ella desapareciera. Podría ser la última vez que viera a la mujer que su hijo había elegido.

Comprendió que le importaba, que había llegado a amar a la terca y decidida Lestari.

Sonrió y, sin embargo, fue incapaz de ocultar la punzada de envidia que la asaltó. Había echado de menos a Fel'annár, se había inquietado y había soñado con él. Le había preguntado a Llyniel cada día si él estaba bien, y cada día ella le había respondido que sí, aunque a veces había tardado más en contestar. Ahora que estaba casi en casa, lo quería todo para ella sola, prepararle sopa de guisantes y escuchar las historias que contaría. Sonrió con ternura ante su propia estupidez y se dio la vuelta; casi chocó con Erthoron. Él la miró con diversión en sus ojos chispeantes.

—¿Soñando despierta, Consejera Amareth?

Ella frunció los labios, intentando contener la sonrisa.

—Y estás en tu derecho. Es extraño que encontremos alegría al borde de la guerra.

—Nuestras vidas últimamente no han sido más que guerra o preparativos para ella. Nos estamos acostumbrando a la contienda, Erthoron.

—Sí. Sí, así es. Pero quizá esta vez, si podemos encontrar una forma de repeler al enemigo… quizá esta vez, la paz perdure.

—Ruego que tengas razón. No tener que preocuparme por Fel'annár, simplemente sentir y reír y encontrar placer en las pequeñas cosas sin sentirme culpable por ello.

Erthoron puso las manos sobre los hombros de ella e inclinó la cabeza hacia un lado, pensando mientras hablaba. —¿Y qué hay de nosotros, Amareth? ¿Tendrás tiempo para mí cuando todo esto termine?

Que todavía dudara de eso le pareció absurdo al principio. Pero cuanto más calaban sus palabras, más claro veía su propio comportamiento. Casi lo había rechazado, ocupándose con esto o aquello porque se sentía culpable por disfrutar de su amor por él. Lo había llevado a dudar de sus sentimientos y lo lamentaba.

—Tendré tiempo para ti, Erthoron. Siempre tendré tiempo para ti, si quieres pasarlo conmigo.

—¿Todo él? ¿Incluso la eternidad?

—¿Es eso lo que quieres?

—Es lo que siempre he querido y nunca me he atrevido a pedir.

Amareth ya no estaba de pie en medio del caos. No estaba en el Gremio de Mercaderes, rodeada de refugiados silvanos, pelágicos y alpinos. Estaba sola en los bosques de Abiren'á, frente al elfo al que siempre había amado y nunca se había permitido amar.

—Entonces pídelo. Pídemelo.

—¿Te unirás a mí en vínculo, Amareth Ara Zéndar, Ara 'Lei?

Ella sonrió y lo rodeó por la cintura, despreocupada o tal vez ajena al silencio que se había apoderado de quienes los rodeaban.

—Me uniré a ti, Erthoron, Ar Manon, Ar Enna.

Estalló un clamor de alegría y ambos se sobresaltaron, saliendo de la magia del momento. Sonrieron, rieron y entonces Erthoron la besó. Otro vitoreo sacudió la sala.

Desde el otro lado, Alei observaba, con lágrimas asomando pero sin llegar a caer. Se dio la vuelta y se alejó; Taniq la observó,

comprendiendo bien sus emociones encontradas. Alegría por la unión de su hija. Un dolor agonizante por la pérdida de Zéndar, una que nunca había aceptado de verdad.

La Oyente respiró profundamente, cerró los ojos y, una vez más, sintió la cercanía de Ankelar.

¿Pero por qué? Estaba muerta, los árboles lo sabían, al igual que sabían que su hija había dado a luz a un niño. ¿Era posible que el niño estuviera cerca? ¿Uno de los refugiados aquí en la ciudad? ¿Lo sabría si se cruzara con él o ella? ¿Reconocería el rostro? ¿O se lo diría el alma?

Salió de la sala y se dirigió al patio donde sabía que Alei estaría sentada, contemplando el árbol solitario. Y aunque su presencia sería silenciosa e introspectiva, Taniq se sentaría con ella un rato, compartiría su duelo por los que se habían perdido.

Para cuando Sontúr llegó a los establos, Rinon y Turion ya estaban en la silla.

—Os pido disculpas —gritó mientras aceptaba las riendas de un mozo de cuadra y montaba.

—No es necesario. El príncipe Handir aún no ha aparecido —dijo Turion.

—Probablemente se esté cepillando el pelo —dijo Rinon con ese familiar tono sarcástico tan evidente. Sontúr resistió el impulso de sonreír. Al hacer girar el caballo para quedar frente a ellos, encontró a Turion mirando hacia las estrellas que empezaban a aparecer. Con los labios temblando, siguió la línea de visión de Rinon hacia la figura que se acercaba a grandes zancadas con un guardia a la espalda.

—Siento el retraso. Estaba hablando con mi padre —dijo Handir mientras aceptaba las riendas del mozo de cuadra. Subió a la silla con cierta torpeza y luego se acomodó la túnica debajo. Rinon lo observó y Handir captó la mirada.

—¿Qué?

—Bonito pelo.

Turion alzó la vista al cielo nocturno, pero Sontúr no pudo evitar observar a los dos improbables hermanos, tan diferentes entre sí. Estaba perdiendo la batalla contra la diversión manifiesta.

—Bonitas botas —dijo Handir, con los ojos fijos en las botas impecablemente pulidas del príncipe heredero de Ea Uaré.

Sontúr soltó una risita mientras Turion tomaba la iniciativa, dirigiéndose a los muelles de la ciudad, a solo diez minutos a caballo.

Un pequeño túnel lateral se abría junto a las puertas principales, por el cual el comandante, el general y los tres príncipes cabalgaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

La mente de Sontúr estaba ocupada por lo que su unión con Maeneth significaría para su continuidad en La Compañía. Rinon sopesaba la actividad del día, lo que aún quedaba por hacer y lo que Fel'annár necesitaba saber. Turion cavilaba sobre lo mismo, sobre el Círculo Interior y su estrategia para la guerra que se avecinaba. En cuanto a Handir, lo único que pensaba era en volver a ver a Fel'annár, asegurarse de que su hermano estuviera bien, de que no hubiera sufrido en exceso en la guerra del norte. Era demasiado consciente del hecho de que Fel'annár solo tenía cincuenta y cuatro años, un dato que se pasaba por alto fácilmente a la luz de las cosas que había hecho.

No había nadie aquí, no porque no quisieran venir, sino porque Turion lo había prohibido. Era demasiado peligroso. Los Desviados acechaban de noche y el comandante general no podía prescindir de guerreros, ni quería distracciones. Pero dentro de las puertas, sabía que las multitudes se reunirían para ofrecer al menos un asomo de la bienvenida que los guerreros que regresaban merecían.

Tras la última curva del Calro, aparecieron las primeras balsas. Pudieron ver a Fel'annár de pie en la proa de la balsa delantera y, junto a él, a Gor'sadén y Bulan. A medida que la balsa se acercaba, el sonido de los remos hundiéndose en las ahora tranquilas aguas crecía, con la misma intensidad que el número de preguntas que se formaban en sus mentes.

Sabían que Hobin los había acompañado desde el norte, que Pan'assár y Galadan habían muerto, y que había muchos guerreros de Tar'eastór. Los ojos inquisitivos de Sontúr lo confirmaron todo y luego se posaron en una oscura ave de caza posada sobre el hombro de Tensári.

Frunció el ceño, observó el animal y concluyó que era algún tipo de halcón. Pero los halcones salvajes no se dejaban domesticar, no sin entrenamiento. Le preguntaría a Fel'annár sobre eso más tarde.

Sontúr vio cómo recogían los remos y luego echaban mano de sus macutos y arneses. Observó sus movimientos cansados, su terca determinación de no demostrarlo. Algunos cojeaban de forma casi imperceptible, mientras que otros protegían el brazo derecho o izquierdo. Pero no había guerreros gravemente heridos entre ellos. Ni siquiera Fel'annár parecía herido, y eso era una novedad en lo que a Sontúr respectaba.

Lanzaron las primeras cuerdas desde las balsas y Fel'annár bajó al muelle. Caminó hacia el pequeño grupo de bienvenida, con Gor'sadén a un lado y Hobin al otro. Detrás de ellos, Bulan ladraba sus órdenes y el silencio se rompió por fin.

El Señor de la Guerra se detuvo ante Rinon, hizo una reverencia formal y luego se enderezó.

—Bienvenido, general Fel'annár. En nombre del rey, Ea Uaré os agradece vuestras notables hazañas en el norte. Él os recibirá en casa en el palacio, si vos y el capitán Bulan nos acompañáis.

—Gracias, príncipe heredero Rinon. El teniente Tensári nos seguirá.

Las palabras de formalidad terminaron con un saludo mutuo, y entonces los ojos de Fel'annár se posaron en Handir.

—Fel'annár. —Handir sonrió mientras abrazaba a su hermano, mientras Sontúr esperaba su turno para saludar a su amigo.

Parecía fuerte, pero el príncipe sanador era muy observador. No se le había pasado por alto la cojera casi invisible, la rigidez casi imperceptible de sus movimientos, ni la forma en que Bulan y La Compañía lo vigilaban. Parecía que estaba *casi* entero.

Fel'annár se volvió hacia Sontúr, la mirada recorriendo desde su rostro hasta el brazo, libre del cabestrillo que llevaba cuando

Fel'annár partió hacia la guerra. Dio un paso adelante, abrió los brazos y rodeó con ellos al príncipe de Tar'eastór.

—Me alegra verte entero una vez más, Sontúr.

—Me has quitado las palabras de la boca. Tenemos mucho de qué hablar.

Fel'annár lo sujetó por los hombros separándolo un poco. —Sí, así es. Pero dime, ¿estás libre para unirte a La Compañía una vez más?

Sontúr miró a Turion, quien asintió. —Es donde pertenezco, Fel'annár.

Sonrieron, se sujetaron de los hombros un momento y luego Fel'annár se volvió hacia Turion, mientras Sontúr se dirigía hacia Gor'sadén y La Compañía que esperaba.

—Comandante general.

—Bienvenido a casa, Señor de la Guerra. —Turion sonrió—. Justo a tiempo, debo añadir. El enemigo está cerca, pero te necesito descansado y con la cabeza despejada. Deja que continúe con nuestros preparativos por esta noche. Mañana, el Círculo Interior se reunirá a última hora. No quiero verte hasta entonces.

Fel'annár sonrió con suavidad, asintió en agradecimiento y luego se volvió hacia La Compañía. Pero Turion lo llamó de nuevo.

—¿Un nuevo miembro de vuestra Compañía? —Turion señaló al halcón blanco y negro en el hombro de Tensári.

Fel'annár sonrió, con los ojos chispeando con una alegría críptica. —No exactamente.

Turion vaciló y luego se encogió de hombros antes de volverse para observar a Rinon mientras este saludaba formalmente al comandante supremo Hobin y luego al comandante Gor'sadén. En poco tiempo, el capitán Bulan estaba junto a La Compañía.

—Hay caballos para todos en los establos. Nos damos prisa hacia la ciudad. Hay Desviados en la zona y no hay suficientes guardias para garantizar nuestra seguridad. Manteneos alerta, guerreros.

Turion, Rinon y Handir caminaron hacia donde habían dejado sus propias monturas, mientras los guerreros seguían a Fel'annár y al resto hacia los establos.

—Hay unos setecientos aquí —murmuró Turion mientras observaba.

—Debemos rezar para que haya más cerca detrás —añadió Rinon mientras veía aparecer las últimas balsas tras la curva. Civiles, seguramente venidos para ayudar.

—Debemos rezar por eso y por mucho más —dijo Handir, con los ojos tercamente fijos en Tensári y el halcón, y luego montó como mejor pudo. Acomodándose la capa, Handir, Rinon y Turion emprendieron el camino a casa, a la cabeza de una cansada columna de guerreros que habían combatido a los Señores de la Arena en el norte.

Todo lo que tenían era una noche de descanso antes de librar la guerra una vez más, y un rostro se materializó de pronto en la mente de Handir, uno que no había evocado en mucho tiempo por el dolor que siempre le traía.

Ojalá estuvieras aquí, Lainon.

Para cuando la columna de guerreros llegó a las puertas de la ciudad, el sol comenzaba su descenso hacia el oeste.

Cientos de antorchas parpadeaban en la suave brisa, su luz iluminando las construcciones de madera y las máquinas de guerra que se alzaban en las torres a lo largo de las balaustradas.

Pero para ser una ciudad donde vivían miles de elfos, estaba demasiado silenciosa. Solo Handir y su pequeño grupo sabían por qué, y echó un vistazo al perfil rígido de Rinon, preguntándose si podría adivinar lo que su hermano estaba pensando en ese momento.

Rinon habría querido estar más atrás, con los guerreros que regresaban a casa tras defender a su pueblo como su príncipe heredero. Pero su padre lo había querido aquí y, visto en retrospectiva, había sido la mejor elección. Aun así, si Handir sabía algo de su pétreo y a veces gélido hermano, era que bajo esa pantalla, bajo la fachada practicada, Rinon no era ninguna de esas

cosas. Era vulnerable, voluble, y solo recientemente se había despojado un poco de esa armadura y mostrado su lado más medido. Si se debía al regreso de Maeneth o a la influencia de Sorei sobre él, no sabría decirlo. Todo lo que sabía era que su hermano le gustaba más así.

Ya estaban más cerca, y las puertas se pusieron en movimiento con una sacudida, con un chirrido bajo que se transformó en un gemido lastimero mientras las gigantescas losas de metal y madera empezaban a girar hacia adentro y las poderosas cadenas traqueteaban y se tensaban. Lentamente, el mundo más allá de la piedra apareció, vívido y colorido contra el creciente cielo nocturno.

Handir observó a Fel'annár mientras entraban en fila, vio los ojos de su hermano fijarse en los gigantescos fundíbulos que se alzaban alrededor del patio, no del todo ensamblados. Handir siempre los había encontrado una visión amedrentadora, como algún mítico portador de perdición, y sin embargo, su gente estaba entre ellos, como si no fueran más que árboles y no máquinas de guerra diseñadas para matar.

Rinon mantenía la cabeza alta, mientras que Handir mostraba una sonrisa cautelosa. Turion observó a sus príncipes y luego miró hacia arriba, hacia donde los guardias estaban firmes. Ellos miraron hacia abajo, manteniendo el saludo mientras los guerreros comenzaban a cruzar las puertas.

Justo detrás del comandante y los príncipes, el Señor de la Guerra y La Compañía cabalgaban junto con Gor'sadén y Hobin. Más tarde llegaron el capitán Bulan y los guerreros, con los ojos buscando ya entre la multitud a sus seres queridos, evitando concienzudamente los fundíbulos, un recordatorio de aquello a lo que regresaban.

Sontúr se retiró de la vanguardia y se unió a La Compañía, cuyos miembros lo recibieron con una amplia sonrisa mientras le hacían sitio. Le habían echado de menos, decían sus ojos, a lo que los suyos respondieron con gratitud y un profundo sentimiento de pertenencia. Él no había combatido durante la guerra, pero eso no le importaba a ninguno de ellos. Sontúr había estado con ellos de una

forma u otra, así que disfrutaría del momento; el recuerdo de su regreso perduraría tanto como él mismo.

Una multitud tan grande no podía permanecer en silencio por mucho tiempo, y pronto se alzaron los primeros vítores por el Señor de la Guerra, por Bulan, por La Compañía y por los guerreros de Ea Uaré. Gritaban nombres y los guerreros saludaban a padres, madres, hijos y amigos, con los ojos húmedos y sonrisas trémulas ante la emoción que los embargaba de pronto.

Todos los días de guerra cayeron sobre ellos de golpe. La larga cabalgata, la agotadora travesía por el Bosque Húmedo. El horror de los Segadores y la Senda Macabra. La Serpiente Madre y los Nim'uán, y luego la maravilla de los árboles: su ira y su amor, las Hermanas cargando hacia la batalla. Todo lo que habían hecho. Todo lo que habían visto. Todo lo que habían soportado, el dolor que había traído y las vidas que se había cobrado. Todo aquello era por esa única sonrisa de alguien a quien amaban, alguien que los amaba y que confiaba en que ellos los mantendrían a salvo.

Ya no había razón alguna para contenerse y, cuando no estaban saludando o gritando, se limpiaban los ojos con las mangas, dándose palmadas en los hombros y los muslos, sonriendo y dándose ánimos, viviendo aquel camino de bienvenida, agradecidos por la paz que les brindaba; y, solo por un momento, la guerra venidera no existía y los trabuquetes no eran más que reliquias del pasado, símbolos remotos de su historia bélica.

Pasaron por el Gremio de Mercaderes, a la izquierda, y Fel'annár buscó en vano a Amareth. Pero sí vio a Erthoron, que alzó un brazo para saludarle. Fel'annár respondió de la misma forma, pero vaciló al posar la vista en la mujer que estaba junto al líder de Lan Taria. Era silvana, una de las pocas que tenían los ojos verdes, como su madre y él mismo. Conocía esa cara. Era Taniq, la Oyente que había conocido durante el Consejo Mental. La buscaría al día siguiente, después del Círculo Interior. Tenía preguntas para ella, y una en concreto saltó a primer plano. ¿Sabía Taniq algo de Ankelar? ¿Había conocido a alguien de su familia en Ea Uaré? Hobin, especialmente, querría saberlo.

A continuación, pasaron por las Salas de Curación y Fel'annár oteó entre la multitud. Allí, en los escalones, estaban Kristain y su equipo de curanderos, listos y esperando a los guerreros heridos. Pero no los había, al menos nada lo bastante grave como para justificar su intervención, ya no.

Llyniel seguramente estaría en la escalinata con Amareth, el rey y Maeneth. Cómo anhelaba estar en su presencia, simplemente sentarse en silencio y deleitarse en ello. Sin guerras, sin informes, sin más deber que el de la copa de vino en la mano y la reconfortante manta de la familia a su alrededor.

Ya podía ver al rey, erguido y majestuoso, no con su atuendo civil, sino ataviado como un comandante, con la legendaria espada de Or'Talán colgando del cinturón y la mano apoyada en el pomo. A su lado, Maeneth, vestida como una novicia, y luego Aradan con sus túnicas de cargo.

Pero los ojos pronto dejaron de vagar y se posaron en la Lestari que le devolvía la mirada como si no hubiera esperado verle, con Amareth a su lado. Con el corazón acelerado y las emociones amenazando con desbordarlo, Fel'annár rompió todo protocolo y saltó del caballo en un barullo de pelo y capa, abriéndose paso hacia ella. Vio el momento en que la templanza de ella le falló y se lanzó hacia delante, con los brazos abiertos.

Chocaron ante los ojos del rey, en un abrazo desesperado y doloroso, insuficiente, y apretaron los brazos mientras hundían las cabezas en el cuerpo del otro. Sin palabras, paralizados, ciegos y sordos, esperaron a que la fuerza de su amor se calmara y se asegurara de que el otro estaba allí, por fin.

Sintió las manos de ella recorriéndole el cabello, apartándoselo de la cara, con los ojos buscando y las manos explorando. Él las tomó entre las suyas, le sonrió y la besó de forma suave y ligera como una pluma.

Sintió una mano en el hombro y se volvió. El regocijo apenas velado de Turion era más que evidente y Fel'annár miró a su alrededor, a la gente que se había acercado, con ojos indulgentes y rostros sonrientes, esperando a ver qué hacía a continuación.

Les devolvió la sonrisa, indiferente ante el espectáculo que había iniciado.

Lo haría mil veces más, sin importarle a quién ofendiera o quién lo considerara inapropiado.

El amor nunca era inapropiado.

Se encontraban a unos tres días de la ciudad fortaleza del rey elfo, a tres días de una guerra que Gra'dón estaba más que dispuesto a librar.

El dolor que había sentido por la muerte de sus hermanos había bullido hasta estallar en privado. Pero a ojos de sus jefes y guerreros, se mostraba fuerte y resuelto, implacable en su camino hacia su nuevo reino.

Habían cenado carne de venado, la pieza que todos los Señores de la Arena preciaban por encima de cualquier otra. No había ciervos en Calrazia, pero eran bien conocidos por las historias que sus guerreros contaban de sus tiempos en los bosques élficos, allá en las tierras del sur.

Gra'dón estaba sentado sobre su exquisita alfombra, con el codo apoyado en una montaña de almohadas, terciopelo y seda bajo la túnica, igualmente ostentosa. El cuerpo era el doble de largo que el de los jefes que le acompañaban esa noche.

Sondak y Janveh contaron la historia de Abiren'á y luego narraron la guerra en el Bosque Xérico. Hablaron de lo valientemente que habían luchado, de los elfos que habían matado, de cómo lord Saz'nár había acabado con el comandante enemigo Pan'assár, no sin antes recibir una puñalada en el cuello.

Contaron la historia de los Segadores del norte, de cómo habían sembrado el terror en los corazones de los inmortales. Hablaron de la Madre, de cómo surgió de las arenas, magnífica mientras se retorcía, dejando un rastro de devastación como nunca habían visto. Pero, inevitablemente, la conversación siempre derivaba hacia el mago; de cómo él y las raíces gigantes la habían derribado, de cómo

cargaron después sobre los elfos, brindándoles un techo protector incluso mientras atacaban a sus guerreros.

Dijeron que habrían ganado de no haber sido por el mago y sus poderes.

Magia, sucesos antinaturales, un elfo alado que era un ave de caza negra. Aquello les ponía la piel de gallina, y Gra'dón sabía que tendría que animar a sus guerreros, advertirlos para que el pánico no se apoderara de ellos antes de la batalla. Pero, sobre todo, pensaba en las penurias de sus hermanos, en lo mucho que habían compartido el sueño de una familia reunida, de cruzar la Fuente como era su derecho, inmortales como eran.

Se inclinó, alargó la mano hacia el cofre y lo abrió. Apartó el retrato y rebuscó entre las gemas. Escogió dos y las sostuvo en la palma de las manos.

—Una perla marina para mi valiente jefe Janveh. Un rubí para mi intrépido jefe Sondak. Me habéis servido bien, habéis cruzado territorio enemigo, heridos y solos, para informarme del destino de mis hermanos. Cabalgaréis conmigo a la guerra, a lomos de Lagartos de Gas. Juntos aplastaremos a los inmortales, haremos nuestras estas tierras y luego veremos si todos podemos reclamar la eternidad para nosotros mismos.

Los jefes murmuraron y asintieron con la vista puesta en las gemas que tanto codiciaban.

Pero Sondak no miraba el regalo de Gra'dón. En su lugar, mantenía la vista fija en el retrato que estaba junto al cofre. Con los ojos ambarinos muy abiertos, giró la cabeza hacia Janveh, a su lado. Pero este estaba preocupado con su nueva adquisición. Sondak captó la mirada de Gra'dón y abrió la boca para hablar.

—¿Qué ocurre, jefe?

—El... el retrato.

Gra'dón frunció el ceño, lo miró y luego volvió a mirar a Sondak. —¿Qué pasa con él?

—Es *él*.

Al lado de Sondak, Janveh apartó la vista de la joya y siguió la línea de visión de su amigo hacia la figura inacabada de Fel'annár.

—Madre santa…

Gra'dón se incorporó, tomó el retrato y lo mostró. —¿A quién veis?

Sondak apartó la mirada y se obligó a mirar a su comandante.

—Veo al Plateado. Portador de vorágines, Maestro de Árboles… ¡Veo al *mago*, Emperador!

Gra'dón se puso en pie, mirando a Sondak con ojos incrédulos como si este hubiera perdido el juicio, y luego al retrato que le había fascinado desde que lo vio por primera vez.

Este era el mago, su perdición, el asesino de Key'hán y Xar'dón, un bastardo real.

Tomó el retrato inacabado de la mesa y se lo acercó a la cara. Contempló los brillantes ojos verdes, el cabello largo al que el artista aún no había dado color, la figura alta y fuerte de un guerrero.

No lo bastante alto. No lo bastante fuerte.

Cerró los dedos hasta que la mano fue una garra, y el retrato quedó arrugado en su interior.

—Debemos preparar un plan contra él, tal como hicimos en Abiren'á. Falló debido a esas hojas que decís que tienen los elfos…

—No todos ellos, señor —ofreció Janveh desde donde él y los otros jefes estaban ahora de pie—. Solo uno de sus señores guerreros tenía esa espada. Los otros le protegían para que pudiera romper las líneas.

—No hay árboles cerca de las murallas de la ciudad.

—Él también usa las raíces.

—Aun así, están demasiado lejos para serle de utilidad… ¿a menos que pueda hacer que caminen? —Gra'dón se volvió hacia Sondak con mirada inquisitiva.

—No vimos árboles que caminaran, señor. Se movían de un lado a otro, agitaban sus ramas, las usaban como garrotes y espadas. Pero no se desenraizaban.

—Debemos tenerle en cuenta en nuestra estrategia. Quiero a todos mis jefes aquí mañana al amanecer.

Los jefes hicieron una profunda reverencia, intercambiando una mirada de incertidumbre. La cena, sin duda, había terminado.

—Podéis retiraros.

Ya solo en la tienda, Gra'dón miró el puño cerrado y lo abrió lentamente. Vio cómo el lienzo se desplegaba, y los pliegues sobre la figura inacabada del mago distorsionaban su rostro, dándole un aspecto feroz y peligroso.

—Te quitaré la vida, Plateado. Por Key'hán y Xar'dón, te arrancaré los ojos de la cabeza y los machacaré contra el suelo. Te sacaré el hígado y te lo meteré por la garganta, veré cómo te asfixias con él. Ensartaré tu cuerpo en la pica más alta y te exhibiré como los estandartes de Jezarion para luego dar tu cadáver como alimento a los Lagartos de Gas. Tallaré tus huesos para hacerme un yelmo y lo llevaré como recordatorio de tu caída.

—Escúchame, mago. Si me ves, corre. Corre hasta los confines más lejanos del mundo y sabe que siempre te daré caza, incluso en tus sueños.

Los pelágicos eran conocidos por su habilidad para moverse por el agua.

Pero eran los guerreros, con su agotador entrenamiento, quienes destacaban como los mejores nadadores, con una capacidad inigualable para aguantar la respiración durante minutos.

Ket'subá no había podido seguir el rastro de los reyes. Pero el líder de los Shirán en Bel'arán tenía *otros* talentos que nunca compartiría con nadie más.

A menos que fueran Shirán.

Así pues, se había transformado, aferrándose al lomo de una gaviota. Para cuando Ibexo, Catairo, Axata y Xiané emergieron en las costas ocultas de Dan'bar, Ket'subá ya los estaba esperando.

El único que no se sorprendió fue Xiané. Pero eso no significaba que no tuviera preguntas. Todos las tenían, pero por el momento había otras prioridades.

Más tarde ese mismo día, los reyes estaban ante su único general superviviente, dos tenientes y apenas un puñado de

guerreros que habían logrado nadar hasta la costa y dirigirse a aquel lugar. Ket'subá era el único civil entre ellos.

—Dan'bar está perdida. Nuestra única esperanza reside en Ea Uaré y en el rey Thargodén. Solo hay una forma en que podemos ayudarlos para que ellos nos ayuden a nosotros: proporcionarles el Fuego Pelágico. Pero ¿cómo transportarlo sin arriesgarse a una ignición involuntaria? El agua siempre ha sido su elemento.

Axata dio un paso al frente, con las botas resonando sobre la piedra húmeda de las salas submarinas de los Hangares Profundos.

—Los estrechos están ocupados. Incluso ahora, los guerreros invasores cruzan por miles, siguiendo el rastro oscuro de su señor. Podríamos dirigirnos directamente al estuario, pero también estará infestado de barcos de suministros. Nunca lograríamos pasar al enemigo, y podemos estar seguros de que siguen buscando el Fuego. Cualquiera que lo encontrara ardería en deseos de llevárselo a ese demonio para recibir su recompensa.

—¿Cuánto falta para que llegue a la ciudad? —preguntó Ibexo.

—Dos, quizá tres días. Pero no hay forma de saber cuál será su estrategia. Puede que espere, que intente llegar a un acuerdo con Thargodén y así preservar su ejército de Señores de la Arena y bestias. No se sabe cuáles son los objetivos finales de ese monstruo. No sabemos si planea quedarse en Ea Uaré o tal vez viajar más lejos.

—Si demora el inicio de la guerra, nos daría más tiempo para esperar a que los estrechos se despejen, para infiltrarnos en el Estuario y subir por el Calro —dijo Catairo.

—O incluso navegar lejos del continente y luego rodear el cabo sur de Ea Uaré —añadió Ibexo.

—No.

Se volvieron hacia Ket'subá, poco impresionados por el tono que había usado con su rey.

—Eso significaría poner un pie dentro del Bosque Perenne. Esa no es una opción, señor.

Ibexo se acercó a Ket'subá con los ojos grises centelleando de irritación. —Esto es la *guerra*, Ari'atór. Soy tan respetuoso como cualquier otro con los mandatos del gran rey. Pero ahora mismo me

importa un *bledo* todo eso. Si significa que podemos llegar a la ciudad sin ser vistos, digo que lo hagamos.

Catairo, Axata y Xiané asintieron, pero los sutiles murmullos cesaron cuando Ket'subá volvió a hablar.

—No es eso, señor. El Bosque Perenne simplemente os mataría a todos antes de que pudierais atravesarlo. Tiene voluntad propia. A muy pocos elfos se les permite entrar y salir con vida. ¿Debo recordaros lo que les ocurrió a Band'orán y a sus lacayos?

Los pelágicos palidecieron visiblemente ante sus palabras, y Ket'subá prosiguió. —Hay otra forma, al menos en teoría. En cuanto a la parte práctica, eso requerirá cierta atención.

—¿Qué otra forma? —preguntó Axata con una mueca de desprecio. Ket'subá no tenía dudas sobre lo que el general pensaba de él.

—Por aire. Podemos transportar el Fuego por aire.

Un silencio siguió a las palabras de Ket'subá, hasta que Xiané soltó una carcajada y los dos reyes intercambiaron una mirada de incredulidad.

—¿Habéis perdido el juicio? —Axata caminó hacia delante hasta quedar cara a cara con el líder de las Sombras Ari—. ¿Acaso os van a brotar alas para salir volando con un cubo de Fuego Pelágico entre vuestras garras? ¡Estáis *loco*!

Ket'subá arqueó ambas cejas. —No había pensado en *eso*.

Ibexo se dio la vuelta con un grito de incredulidad, se pasó una mano por el pelo y de pronto se volvió hacia el Ari. —¿Se está *burlando* de nosotros? ¿A santo de qué viene este humor ridículo ahora, mientras nos enfrentamos a la destrucción de nuestras tierras y lloramos la pérdida de nuestra armada y de nuestros hermanos? ¿No tiene corazón, Ket'subá?

Las facciones pétreas se suavizaron y Ket'subá extendió una mano tranquilizadora. —Esto no es una broma, señor. Todo lo que necesito de usted es el Fuego, en esta misma costa. Yo me encargaré del resto.

Axata se puso al lado de Ibexo.

—Explíquese, Ket'subá, antes de que le separe la cabeza de los hombros antes de que pueda volver a abrir la boca.

El Ari le devolvió la mirada al furioso general con sus fríos ojos azules desafiantes y autoritarios.

—Aún tengo que pulir los detalles del transporte, pero el concepto es sólido. Todo lo que puedo hacer es pedirle que confíe en mí. Se *puede* hacer con algo de reflexión y un poco de ingenio.

Ibexo negaba con la cabeza. —No lo entiendo.

—Lo sé, señor. Lo sé.

CAPÍTULO 16

Mi Capitán

Turion supervisaba el regreso de los guerreros a sus respectivas divisiones y barracones. Cuando se hubieran acomodado, escucharía el informe del Capitán Bulan en sus oficinas del Círculo Interior. Pero todo lo demás tendría que esperar hasta la mañana. Estaba cansado, con la mente al límite de sus fuerzas. Además, los guerreros que regresaban, y especialmente Fel'annár, se merecían esta noche de descanso, antes de que el sol volviera y se encontraran de nuevo en guerra.

Nadie había querido abandonar el patio, los balcones ni las azoteas hasta que el último guerrero se hubo retirado. Dentro del palacio fortaleza, no era distinto. Guardias, escribas, cocineros y sirvientes, bibliotecarios y consejeros, elfos de todos los oficios, ideologías y estatus flanqueaban el camino del rey, sus hijos y los dignatarios que habían acudido. Era una última mirada a su familia real, escenas que recordarían bien si llegaba a ocurrir lo peor. La mayoría de ellos partiría al día siguiente, siguiendo la estela de los refugiados silvanos, para probar suerte en las llanuras. Estarían más seguros en el bosque ahora que el Señor de la Guerra había regresado.

Mientras la familia real subía las escaleras, la gente se inclinaba y los vitoreaba. Incluso un guardia rompió el protocolo y gritó con una

voz que no podía ser silenciada:

—¡Que Aria os bendiga!

—¡Salve a los victoriosos! —gritó otro.

Se acercaban, alargando la mano para tocar y dar las gracias, y por un momento pareció como si no se avecinara ninguna guerra, ni hubiera que preparar ningún asedio, ni existiera la certeza de la ruina y la esclavitud a manos de los invasores Señores de la Arena. Nada de eso importaba esta noche, a pesar de que todos sabían que al día siguiente el velo de pavor y angustia descendería sobre ellos una vez más. Pero solo por una noche, se permitirían soñar, creer que podrían vencer. Fel'annár estaba aquí, el Señor de la Guerra y La Compañía. Gor'sadén, el Maestro Kah y Comandante General de Tar'eastór, había regresado con el Comandante Supremo Hobin de Araria.

Era una mezcla peculiar de ropajes inmaculados, cabellos brillantes y bien cuidados, y capas y túnicas polvorientas, con metal limpio pero deslucido en arneses todavía llenos de flechas.

A medida que pasaba el séquito, las miradas curiosas se demoraban en Tensári, la Ber'ator, y en el azor posado tranquilamente sobre su hombro. Susurraban y señalaban, se encogían de hombros, y muchos supusieron que hablar con los animales era solo una habilidad más de las que poseía el Señor del Bosque.

Subiendo las escaleras y justo antes del último tramo que conducía a la planta real, se detuvieron ante el Consejero Real Aradan, su esposa Miren y la capitana Sorei. Aradan dio un paso al frente, hizo una reverencia formal y, al erguirse, sonrió y tomó a Fel'annár por los hombros. Fel'annár era su hijo político, pero esta noche era el victorioso Señor de la Guerra.

—Ea Uaré está orgullosa de su hijo silvano. Bienvenido a casa, Lord Fel'annár. Me alegra mucho ver vuestro rostro en estos tiempos de preocupación y agitación.

—Y yo me alegro igual de estar en casa, Lord Aradan.

Fel'annár saludó a Miren con una inclinación y luego se volvió hacia Sorei, quien hizo un saludo militar pausado y no se relajó hasta que el Señor de la Guerra habló.

—Habéis llegado a casa sanos y salvos. Es un honor para mí estar en presencia de una capitana tan digna.

—El honor es mío, general.

Fel'annár hizo ademán de alejarse, pero vaciló cuando Sorei dio un paso hacia delante. —General. ¿Me prestaríais vuestra lanza? Estoy preparando una punta de Synth y una hoja de doble filo, si me lo permitís.

Él se volvió hacia ella, echó la mano a la espalda y sacó a Harvest. Los ojos de Sorei siguieron el arma exquisita, mirándola fijamente cuando Fel'annár se la tendió con ambas manos.

Soy Harvest

—Cuidaré de ella con el mayor de los esmeros, general.

—Sé que lo haréis. Sin embargo, ¿podríais conservar los herrajes originales? Me gustaría devolvérselos al capitán Bulan.

—Por supuesto. ¿Si me permitís?

Tomó a Harvest y retrocedió, no sin antes captar la mirada de aprecio de Rinon, con la promesa de verse más tarde en sus ojos.

Fel'annár se volvió hacia Gor'sadén y La Compañía. —Aquí os dejo por un tiempo. Comed y dormid. Tensári, Azure y yo nos reuniremos con vosotros más tarde.

Idernon asintió y La Compañía lo siguió a sus aposentos junto con Gor'sadén, mientras Aradan le indicaba a Hobin que lo siguiera. Se le habían preparado habitaciones justo al final del mismo pasillo.

—Sontúr.

El príncipe se volvió, frunciendo el ceño al ver que Fel'annár le hacía señas.

—¿Nos acompañarás arriba?

Dudó, y Fel'annár creyó comprenderlo. Aquella sería una reunión familiar. ¿Qué asuntos tenía Sontúr arriba ahora? Aun así, asintió y se unió a los pocos elegidos que continuarían hasta la última planta.

Dentro de los aposentos del rey, este dirigió una mirada interrogante a Fel'annár.

—¿Pueden Tensári y Azure esperar en los jardines?

—Puesto que ella es tu Ber'ator… sí, pueden esperar allí. Aunque debo añadir que aquí no hay peligro.

Fel'annár asintió a Tensári pero no hizo comentarios sobre las palabras del rey. En su lugar, observó a su padre acercarse; una sonrisa amenazaba con romper la expresión sombría del rostro.

Se detuvo, lo bastante cerca para tocarlo, lo bastante lejos para no incomodar a Fel'annár.

—¿Qué has hecho, hijo mío? —preguntó Thargodén, mirándolo fijamente y ladeando la cabeza. Fel'annár estaba confundido, devanándose los sesos buscando una razón por la que el rey pudiera estar enfadado con él.

—Estabais en inferioridad numérica y aun así, los hicisteis retroceder, ganasteis la batalla.

El alivio lo invadió. —Araria luchó con nosotros, al igual que la Madre Patria y el bosque mismo. Teníamos a La Compañía, a Bulan, Dalú y Eramor. Teníamos a Hobin y sus Ari'atór y teníamos a Galadan y Pan'assár. Teníamos un ejército de leyendas de nuestro lado; eso y la voluntad de un dios. ¿Cómo podíamos fallar?

El rey lo miró fijamente como si lo viera por primera vez, y Amareth también observó a su hijo, intentando sin éxito reconciliar sus palabras con el elfo al que había criado desde su nacimiento. Que había cambiado era un hecho que nadie podía negar salvo Maeneth, que apenas lo conocía antes de la guerra.

—¿Y tú, Fel'annár? ¿Qué hay de ti? ¡No! —El rey levantó la mano, no quería escuchar cómo su hijo restaba importancia a su propio papel en todo ello; lo conocía lo suficiente como para saber que eso era exactamente lo que planeaba. En eso, seguramente, no había cambiado nada.

—Confiaré en el relato de otros para reconstruir tu papel en esa batalla. Sabe que me siento aliviado y orgulloso. Estoy tan confuso como asombrado por el poder que posees, y lamento que tu madre no esté aquí para ver en qué te has convertido, lo que has *hecho*.

—Se lo diréis, algún día.

—Sí. Sí, se lo diré. Bienvenido a casa, hijo mío. Este rey —este *padre*— está lleno de alegría por tu presencia. —Thargodén dio un paso adelante y tomó los hombros de su hijo entre las manos. Parecía desesperado, como si librara una batalla en la mente. Pero antes de que Fel'annár pudiera abrir la boca para decir algo, el rey

se retiró y dejó paso a Rinon. En sus manos, dos copas de vino. Le entregó una a Fel'annár y se quedó la otra para él.

Levantó la suya, con una sonrisa torcida en la cara. —Me alegra verte, *silvano*.

Fel'annár resopló, alzó la propia copa y bebió; el sabor del vino era excelente tras semanas sin probarlo. Lo saboreó, giró la copa en la mano y luego la dejó sobre una mesa auxiliar.

Maeneth se adelantó con una sonrisa, un abrazo afectuoso y una palmada en la espalda. —Me alegra que estés en casa. Tú y yo aún no hemos tenido tiempo para hablar y, a partir de mañana, no habrá tiempo, no hasta que esta guerra se gane o se pierda. Todo lo que tenemos que hacer es sobrevivir a esto, Fel'annár.

Él devolvió la sonrisa a la hermana que apenas conocía, la amiga más cercana de su alma gemela. Todo lo que tenían que hacer era sobrevivir, había dicho ella. Pero aquello no iba a ser fácil, no por segunda vez. Levantó el vino y brindó al menos por el sentimiento.

—¿Estaréis en el Círculo Interior mañana, padre?

Thargodén se sobresaltó y Fel'annár reparó en que había usado el término sin pensar. Se aclaró la garganta.

—Sí, allí estaré.

—Hay una serie de cosas que debo hacer antes. Me gustaría conocer a la Oyente Taniq.

—Yo puedo ayudarte con eso —dijo Amareth, aceptando una copa de vino del rey—. Reside en el Gremio de Mercaderes; se ha hecho muy amiga de tu abuela Alei.

—Vaya, ¿ahora sí? —murmuró Fel'annár.

—Tienen mucho en común. Alei perdió a Zéndar, Taniq perdió a su hija a manos de los Señores de la Arena.

—¿En una incursión?

—Sí, en Ea Nanú.

Fel'annár asintió despacio. —Entonces, ¿después del desayuno?

Amareth sonrió y asintió a su comandante hijo.

—Probablemente haya algo más que quieras hacer —dijo Rinon, dejando la copa sobre la repisa—. Tenemos a un ex-Sombra en las mazmorras; alguien con quien estás familiarizado.

—¿Ah, sí? —Fel'annár se volvió hacia Rinon y le sorprendió lo cerca que Sontúr estaba del lado del príncipe, con qué facilidad captaba la señal y continuaba explicando.

—Macurian. El mercenario al que Sulén pagó para matarte en Tar'eastór.

Fel'annár dio un paso adelante, con la ira y la confusión luchando por su espacio. Recordaba al elfo que casi lo había matado en dos ocasiones. Primero, le había disparado mientras regresaba de una sesión de entrenamiento junto con Gor'sadén y Pan'assár. Más tarde, el mercenario había secuestrado a Llyniel, habiendo intentado atraer a Fel'annár a una trampa. Finalmente, Macurian había desaparecido en el desprendimiento de rocas justo antes del ataque a la ciudadela.

—Tras la batalla, partió hacia la costa, no sin antes dejar las misivas de Sulén sobre el escritorio de Handir. Tiene una historia, Fel'annár, una que deberías escuchar. En resumen, está arrepentido, desea servir aquí y busca la redención por las cosas que ha hecho.

Fel'annár enarcó una ceja escéptica, pero Rinon lo ignoró y prosiguió.

—Tuvimos una situación hace unos días. Más de cien prisioneros murieron en sus celdas, ochenta de los cuales eran Ilícitos. La Lestari dice que parece haber sido por causas naturales, pero sospechamos que alguien usó veneno. Algo se está tramando en las mazmorras, probablemente orquestado por Draugolé; algo que Macurian descubrió cuando Handir lo envió allí como espía ayer.

—Espera. ¿Por qué usaríais a un traidor para que espíe por vosotros? —Fel'annár estaba confundido, y Handir tomó el relevo de su hermano.

—Afirma que puede liderar a los Ilícitos, convertirlos en una ventaja en lugar de una carga en la guerra. Si Draugolé planea usarlos en alguna trama para escapar de su confinamiento, no queremos a esos Guerreros Kah —por muy ilícitos que sean— vagando por el campo de batalla sin control.

—¿Y le creéis? —Fel'annár se mostró incrédulo cuando ni Handir ni Rinon respondieron. Se volvió hacia Sontúr, pero su amigo simplemente le devolvió la mirada.

—Ya se ha probado a sí mismo en combate en el camino desde Puerto Helia —dijo Handir—. Luchó con Rinon y salvó a Airen de las garras del enemigo él solo. Parece sincero, pero pensé que querrías hablar con él antes de que tomemos una decisión sobre si permitirlo o no.

Fel'annár se dio la vuelta. —Es peligroso —murmuró—. Aun así, hablaré con él, con todos los Ilícitos, fuera de las mazmorras, en presencia de los árboles. Ellos juzgan el carácter de forma extraordinaria.

—Puedo organizarlo —dijo Rinon, mirando a Sontúr. Fel'annár pudo ver que habían hablado de ello, que parecían estar de acuerdo en que se debía permitir que ese Macurian se hiciera cargo de los traidores. Era un juego peligroso, pero los árboles ya habían identificado a Macurian como enemigo anteriormente. ¿Qué dirían ahora? Los dioses sabían que necesitaban guerreros.

Fel'annár asintió. —Entonces la mañana de mañana será ajetreada. Pero hay una cosa más que debemos hacer esta noche, antes de que pueda descansar. —Miró a Llyniel; el ceño fruncido era más que evidente.

—No puede esperar a la mañana. Para entonces, el rumor se habrá extendido por toda la ciudad y, por lo tanto, debo ser *yo* quien os lo cuente primero.

—¿Contarnos qué? —preguntó Handir.

—¿Me acompañáis a los jardines?

El rey frunció el ceño, miró a Rinon, Handir y Sontúr, pero parecían igual de confundidos, así que asintió y siguió a Fel'annár afuera, a donde estaba la Ber'ator Tensári, con el Bosque Perenne a sus espaldas.

—¿Sigue siendo el mismo pájaro que vi en el Consejo Mental? Lo pregunto porque noté que tenía los ojos azules. Nunca he visto un halcón de ojos azules —dijo Llyniel.

—Yo tampoco —dijo Sontúr.

—Es un ejemplar magnífico —murmuró Rinon—. Aunque me sorprende que esté ahí sentado tan tranquilo. Este pájaro no lleva caperuza, ni pihuelas…

—Este es Azure. Durante nuestro viaje al norte, hubo una escaramuza. La Compañía y yo cabalgamos para ocuparnos de ella, pero salió mal y la lucha se volvió en nuestra contra. Azure nos salvó, pero no como es ahora.

—¿De… de qué estás hablando?

Fel'annár se volvió hacia Handir, preguntándose cuánto podría decir sin que se rieran de él, o antes de que su hermano se enfadara.

—Azure porta el alma de un elfo. Fue enviado por Aria para ayudarme. Este halcón es Ber'ator. —Fel'annár extendió la mano y Azure abrió las alas y voló hasta el antebrazo, equilibrándose mientras el Señor de la Guerra daba un giro completo—. Solo él sabe cómo es esto posible. Solo él puede responder a vuestras preguntas, pero esto sí lo sé. Es Ber'ator y lucha por *nosotros*.

Rinon soltó una carcajada. —Ves a Aria en cada rincón. No me estoy burlando de tu espiritualidad, Fel'annár. Pero tú eres Ari'atór, al igual que ella. A veces tienes las explicaciones más disparatadas para las cosas.

Fel'annár y Tensári devolvieron la mirada al príncipe heredero, pero lo cierto era que ni Handir, ni Thargodén, ni Maeneth, ni Llyniel, ni Amareth ni Sontúr dijeron nada. Era todo lo lejos que podía llegar sin mostrarles exactamente a qué se refería. Miró hacia abajo, a Azure, y vio un destello de luz en el ojo que no había estado allí antes.

—Dejadme entonces que os muestre a qué me refiero. —No esperó a que el rey le concediera permiso. Simplemente avanzó a grandes zancadas y luego se volvió hacia los demás.

—Preparaos. Esto no va a ser fácil.

Fel'annár dio la espalda a la incrédula audiencia y levantó el brazo hacia el cielo. Azure saltó, voló lejos y hacia arriba hasta que dejó de verse sobre la silueta del Bosque Perenne.

—Esto es...

—Mirad, allí. ¿Qué *es* eso? —dijo Maeneth, señalando una mota de luz.

La luz se volvió más brillante, más azul, hasta que los deslumbró y se taparon los ojos con las manos. El halcón se hizo más grande,

un destello azul los cegó momentáneamente.

El grito resonó sobre los bosques, el sonido del batir de alas era desmesuradamente fuerte. El golpe seco de unas botas al aterrizar, el silbido de unas alas mucho más grandes que las de un azor.

Lainon estaba de pie ante ellos, con las alas plegándose sobre la espalda.

Llyniel se cubrió la boca, Maeneth se cubrió la cabeza y Handir cayó de rodillas. La mirada de Lainon se fijó en él mientras avanzaba, mientras que Rinon dio un paso atrás, tirando de Maeneth con él, pero ella no se movía.

Lainon estiró una mano, indicando a Handir que debía tomarla. Él lo hizo, se levantó despacio, encorvado como si sintiera dolor.

—¿Cómo, Lainon? Habías muerto. Fel'annár me lo dijo y yo le *creí*.

—Morí. Pero Aria me ha enviado de vuelta para proteger a Fel'annár una última vez.

—Pero no se puede regresar del Camino Corto. —Handir apenas pudo articular un susurro, pero fue suficiente para que todos lo oyeran.

—Para la mayoría, no hay regreso. Pero estoy aquí por ahora, me quedaré hasta que ganemos esta guerra.

—¿Y después qué? Te marcharás de nuevo.

—Solo Aria puede responder a esa pregunta, hermano. —Lainon apenas había sonreído en vida, pero cualquiera que lo hubiera conocido bien podía ver la emoción justo debajo de la practicada fachada.

Handir lo miró fijamente a los inquebrantables ojos azules y negó con la cabeza. —He guardado luto por ti, he llorado tu partida. Te he echado mucho de menos en estos tiempos turbulentos que hemos vivido. Eché de menos tus consejos, tus advertencias firmes, tu apoyo.

—Lo sé. Y yo te he echado de menos a ti, hermano; desearía haberme podido quedar. Pero no pudo ser.

Handir rodeó a Lainon con los brazos, aferrándose a él como a un salvavidas mientras miraba a la nada, desesperado por controlar las emociones y fracasando estrepitosamente.

Cuando retrocedió, tenía los ojos húmedos y muy abiertos y Fel'annár estaba a su lado, con la mano cálida sobre el hombro.

Lainon se volvió hacia Sontúr. —Príncipe.

—¡Por todos los dioses misericordiosos, Lainon! —Avanzó, ofreciéndole ambos antebrazos y Lainon los agarró, aferrándose a ellos mientras Sontúr lo sostenía en su sitio. A su lado, Maeneth se inclinó hacia delante, intentando ver la espalda de Lainon. Él se volvió hacia la princesa a la que conocía desde que nació.

—Se desvanecen a voluntad —ofreció Lainon respondiendo a la pregunta silenciosa.

Sontúr lo soltó y Lainon se volvió hacia Amareth. —Mi señora. Me alegra veros bien.

—Fiel Lainon. Siempre fuiste el paladín de mi hermana, aquel en quien podíamos confiar en esos tiempos traicioneros. Ella será feliz sabiendo que estás aquí para proteger a su hijo.

Lainon ladeó la cabeza, pareció casi fruncir los labios y Fel'annár arrugó el entrecejo, nada seguro de qué emociones habían provocado en él las palabras de Amareth.

Lainon se volvió hacia el rey. —Es un honor para mí servir con vuestros elfos una vez más, mi rey.

Los ojos de Thargodén estaban llenos de asombro y de recuerdos de los peores y mejores momentos de esta vida, cuando Lássira aún vivía, cuando tramaron por primera vez el plan para que ella partiera hacia el Camino Largo con el hijo que esperaba.

—Aún recuerdo aquellos días de secretos, tu firme lealtad hacia mí a pesar de cómo herí a mis hijos. Y recuerdo tu presencia al lado de Handir cuando más lo necesitaba. Ahora, estás una vez más al lado de Fel'annár y que Aria te ayude a preservar su vida. Te debo mucho, teniente.

—Serviros fue un placer, Ar Or'Talán. Y ahora es *capitán*.

Thargodén enarcó las cejas, pues seguramente se preguntaba en qué ejército servía ahora Lainon para haber recibido un ascenso. Pero no dijo nada, seguramente comprendiendo que Lainon no tenía intención de responder.

—Lainon cargó con nosotros en la guerra, es bien conocido por los guerreros bajo mi mando. Aun así, su presencia causará

conmoción a aquellos que lo creen muerto y, por supuesto, está el comandante Turion. —Fel'annár miró expectante a Lainon—. Tal vez podamos visitarlo antes del Círculo Interior mañana.

—Puede que sea demasiado tarde, Fel'annár. Para entonces, la noticia seguramente ya le habrá llegado.

Sabía que Lainon tenía razón y se resignó a ir en ese momento. Turion seguramente estaría en sus despachos, tal vez todavía con Bulan.

—Yo lo acompañaré —dijo Fel'annár.

—No. Deja que vaya yo. Te has ganado tu descanso, *silvano*.

Sontúr se volvió hacia Rinon, curioso por el repentino interés en Lainon, la deferencia hacia Fel'annár y la forma en que la contrarrestaba usando el término *silvano*, uno que todos sabían que no siempre había sido una muestra de afecto.

Fel'annár miró de un príncipe al otro, advirtiendo que no había conflicto alguno entre ellos. ¿Acaso Sontúr no había persistido en su interés por Maeneth? Pero ahora, con solo una mirada fugaz hacia ella, supo que sí lo había hecho. Aun así, agradeció el ofrecimiento de Rinon.

Lainon asintió a Rinon y se volvió hacia Tensári, encontrándola pegada a su lado. —Quédate con Fel'annár —le susurró. Con una inclinación ante el rey y los príncipes, se marchó en compañía de Rinon, con la capucha bien puesta sobre la cabeza, rumbo a los despachos del Comandante General Turion en el Círculo Interior.

Cuando las puertas se cerraron con un clic, Fel'annár se volvió hacia Handir y afloraron recuerdos de aquel día tan frío en que habían regresado de la patrulla en las montañas de Tar'eastór. Handir los había estado esperando y Fel'annár le había dado la noticia de que Lainon había caído protegiéndolo. Handir seguramente estaba recordando ese mismo momento.

—Me correspondió a mí contarte su fallecimiento. Ahora ha vuelto, hermano, al menos por un tiempo.

La sonrisa de Handir era tan amplia que seguramente le dolía la cara, y era contagiosa. Fel'annár también sonrió, al igual que Thargodén, Maeneth, Amareth y Llyniel.

—Trae esperanza en un tiempo de desesperación. Trae luz donde crecen las sombras. Aria seguramente sabe cuán pocos guerreros tenemos, cuán fútil y fugaz puede ser esta guerra. Bendita sea ella por su regreso —dijo Thargodén.

Eloran había observado a Fel'annár y a los demás mientras se dirigían a los establos y luego a la ciudad.

Había oído los gritos y los vítores y cómo había deseado estar allí, saltar de alegría y fingir que la guerra estaba lejos.

Pero él mismo había llegado minutos después del Señor de la Guerra. Para cuando se dirigieron a los establos, la mayoría de los caballos se habían ido, al igual que las multitudes que vitoreaban cuando cruzaron las puertas.

El estómago de Eloran rugió y Melven resopló divertido, girándose apenas a medias en la silla. —Tranquilo, muchacho. Comerás bastante pronto.

—Lo siento. —Fue casi un gemido, y Eloran se aclaró la garganta y habló de nuevo, esta vez con voz más baja y firme: —Puedo aguantar un poco más sin comer.

—Claro que puedes. ¿Qué edad tienes de todas formas?

Eloran vaciló. —¿Tú eres de Oran'dor, verdad?

—Responde a la pregunta, chico.

Eloran se ofendió por el término, abrió la boca para protestar pero Melven se le adelantó.

—Mira, me apuesto a que escapaste de tu mami, ¿no? Y no creo que seas lo bastante mayor para estar aquí, ya ves. Pero lo estás, y estás cabalgando conmigo. Así que desembucha. ¿Cuántos años tienes?

—Casi cincuenta.

Melven se rió, se dio una palmada en el muslo y luego soltó un juramento. —¡Sois unos sandios estos silvanos! ¡Un chaval con la cabeza llena de sueños de gloria! —Volvió a reírse, atrayendo la atención de los demás que cabalgaban con ellos hacia las puertas.

—No soy un sandio, Melven. Soy lo bastante mayor, y conozco al Señor de la Guerra... somos amigos, ¿sabes?

Melven resopló con tal esfuerzo que Eloran pensó que podría vomitar. Y luego los hombros se sacudieron silenciosamente antes de tomar otra bocanada de aire larga y ronca, esta vez riendo a carcajadas. Melven se frotó los ojos y jadeó, y Eloran frunció el ceño a su espalda.

—Conocí a Fel'annár en Sen'oléi, subido a un árbol, viendo a mi hermano y a mi hermana acurrucados, esperando a que el fuego los alcanzara. Iban a morir y yo no podía hacer nada. Una rama delgada era todo lo que me separaba de ellos, pero no aguantaría mi peso. Todo lo que podía hacer era sentarme allí y mirar. Y entonces llegó él, con los ojos brillando en verde, y tuve miedo. Señalé a mi hermano y a mi hermana y él… pisó la rama delgada. No se rompió, pero *debería* haberlo hecho. Los sacó de allí, nos llevó a los tres de vuelta a Sen'oléi, no sin antes divisar a unos Señores de la Arena y matarlos a todos menos a uno. Se quedó sin flechas, ya ves.

Después de un rato, Melven habló, con toda la alegría ausente de su voz. —He oído esa historia, todos la hemos oído. Es toda una aventura, no hay duda. Lástima que te quedaras sin flechas. Yo le habría fabricado una en un santiamén.

—¿Tú fabricas flechas?

—Sí. Por eso estoy aquí, para ponerles las plumas a las flechas de los guerreros, asegurarme de que no les falten.

—¿Puedes… puedes enseñarme? ¿Puedes mostrarme cómo hacerlo? Verás, puede que no sea capaz de luchar con una espada, todavía no, pero sé disparar un poco; lo suficiente para defenderme. Es solo que… quiero ayudar. Quiero ser útil, Melven, no quedarme sentado y acobardado en un rincón. ¿Qué importan cien y pico días?

—Tuve un aprendiz una vez. Se fue a la guerra y lo mataron, pobre muchacho.

—A mí no me matarán, Melven. Enséñame, ¿por favor?

Melven respiró hondo. —Bueno, entonces. Dicen que ese malnacido de Nim'uán está a solo unos días de la ciudad. No es mucho tiempo para aprender, pero supongo que puedo enseñarte lo básico.

—¡Sí! —exclamó Eloran, haciendo que el caballo bufara y se encabritara bajo él. Se estiró y agarró la capa de Melven, con la cara roja pero la sonrisa persistente. Había escapado de Sen Garay, había encontrado a Melven y se había convertido en aprendiz. Todo lo que necesitaba ahora era comer y dormir, y entonces mañana comenzaría su primer día como adulto.

Se negó a pensar en lo que diría su madre la próxima vez que se vieran.

Rinon avanzó por el pasillo, bajó los tramos de escaleras y se dirigió a las grandes puertas. Más allá, el patio seguía inusualmente ocupado por grupos de elfos que se demoraban, discutiendo el regreso de los guerreros y la llegada del enemigo. La figura encapuchada a su lado permanecía en silencio, y Rinon deseó que dijera algo, que hiciera alguna pregunta para poder interrogarlo, preguntarle de dónde venía y cómo era que había viajado del segundo de vuelta al primer mundo.

Durante sus propios días de ira e indiferencia, en su afán por contrariar a su padre, había descuidado a Handir, no había estado allí para él cuando estudiaba, cuando necesitaba un amigo. Rinon se había mostrado frío e inaccesible. No era lo que su hermano había necesitado.

La mera presencia de Lainon le hacía sentirse insuficiente porque él había hecho lo que deberían hacer los hermanos mayores, lo que el propio Rinon no había hecho. Había estado demasiado lleno de ira hacia su padre por su distanciamiento, hacia su madre por marcharse y hacia Fel'annár por existir.

Pero una cosa *sí* sabía. Había oído hablar de la gran amistad que Turion había compartido con Lainon. Aradan le había contado a Rinon sus tiempos en las guerras, y luego, más tarde, cuando cada uno tomó un camino separado, solo para volver a encontrarse cuando se conoció la existencia de Fel'annár.

En la puerta del Círculo Interior, los guardias cerraron el paso a Lainon.

—Yo respondo de su identidad. Le dejaréis pasar.

Hubo un momento de vacilación antes de que las grandes lanzas se apartaran y el príncipe y su amigo encapuchado continuaran.

Dentro del despacho del Comandante General Turion, el capitán Bulan estaba sentado en un sofá bajo frente al fuego, con la cabeza prácticamente colgando por el respaldo y los brazos cruzados sobre el pecho. Turion lo observaba, acosado por mil pensamientos. El guerrero estaba dormido y Turion no tuvo corazón para despertarlo. Pero el golpe en la puerta lo hizo. Bulan dio un salto, resopló y miró alrededor de la habitación, desorientado. Turion resistió el impulso de sonreír y se dirigió a la puerta.

Allí, al otro lado, estaba Rinon y, junto a él, una figura embozada y con capucha.

—¿Sombra?

—No, no exactamente. ¿Podemos entrar?

—Por supuesto, general.

—Solo Rinon esta noche, Turion.

—¿Una visita social entonces?

—En cierto sentido. Bulan —lo saludó, y el capitán se puso en pie de un salto—. Descansa. No estás de servicio, y yo tampoco.

—Vino a informar, y os aseguro que fue un informe largo. ¿Vino? —preguntó Turion, que ya estaba ante el aparador. Era una pregunta retórica después de todo. Se volvió y entregó una copa a cada uno de sus visitantes. Rinon tomó la suya, pero el encapuchado extendió una mano oscura y Turion colocó la copa llena en la mesa baja frente al fuego.

Era Ari'atór.

—¿Nos sentamos entonces?

Bulan corrigió la postura, observando mientras Rinon y su acompañante ocupaban un sofá a su izquierda y Turion se sentaba

en el propio sillón justo enfrente.

El comandante bebió, con los ojos vagando por los recién llegados, sabiendo perfectamente que no se trataba de una visita de cortesía.

—Dime, Bulan. ¿Has incluido a Azure en tu informe a Turion?

El silencio siguió a la pregunta y Bulan devolvió la mirada al príncipe, desesperado por leer su mente, por saber si debería haberlo hecho. —No, no lo he hecho. Pensé que sería mejor que otro lo hiciera.

Rinon asintió y Bulan se relajó visiblemente.

—¿Quién es Azure? —Turion miró de Bulan a Rinon, solo para que la mirada se posara con pesadez en el misterioso invitado.

—Azure es un ave de caza, Turion. Vino a nosotros, o específicamente a Fel'annár, en un momento de necesidad. Una patrulla había salido mal y Azure se unió a la lucha.

—Un ave de caza… no hablas en serio, Rinon.

—Hablo *muy* en serio, y Bulan aquí presente lo sabe.

Turion se volvió hacia el capitán silvano y vio que no estaba sorprendido. Debería haberlo estado. Era ridículo.

—¿Bulan?

—Dice la verdad, Turion. Yo estaba allí cuando ocurrió.

El comandante frunció el ceño, con los ojos de nuevo en el embozado Ari'atór. —¿Y qué tiene esto que ver con él? —Turion señaló a la figura encapuchada.

—Bueno. —Rinon se inclinó hacia delante, entrelazando las manos ante sí—. *Este* es Azure.

La confusión mantuvo la lengua de Turion en su sitio, le hizo fruncir el entrecejo y le tensó las comisuras de los labios. —¿Qué quieres…?

—Es cierto, Turion. Escúchale. No soy como era antes, ni como tú me conociste.

Esa voz, ese tono, el acento de un Ari'atór que había vivido en muchos lugares.

—¿Quién… quién eres tú para que yo deba conocerte? —Turion se puso en pie, con los ojos anclados en la capucha y la mente luchando con esa voz, una que conocía pero que no lograba ubicar.

La figura se levantó y se echó la capucha hacia atrás. —Soy yo, amigo mío. He vuelto por un tiempo.

Mil fragmentos de hielo causaron estragos en Turion y este dio un paso atrás, con la piel ardiendo y a la vez helada, los ojos tan abiertos que seguramente le dolían y el corazón martilleando en el pecho. *Era* Lainon quien le devolvía la mirada. Lainon el Ber'ator. Lainon, que había muerto defendiendo a Fel'annár en las frías, frías montañas de la Madre Patria.

—Moriste… —No fue más que un susurro ronco.

—Sí. Lo recuerdo. —Dio un paso más cerca, mientras Rinon y Bulan se levantaban también, observando a Turion mientras la realidad se negaba a calar.

—No es posible. Regresar del Camino Corto, cruzar las fronteras entre un mundo y el siguiente…

—*Es* posible, para unos pocos, y por razones específicas que solo Aria puede revelar. Estoy aquí para ayudarte, una última vez, amigo mío.

Turion negaba con la cabeza, incapaz de avanzar más allá de su pregunta, una que Lainon no había respondido.

—No hay más que contar, amigo mío. Es así de sencillo. Estoy *aquí*, y me alegra muchísimo volver a verte, *mi capitán*.

Las lágrimas llenaron los ojos de Turion y este dio un paso adelante, escudriñando el rostro de Lainon. Era el mismo rostro, ni más viejo ni más joven, pero los ojos eran más brillantes, más sabios, llenos de una cualidad de otro mundo que no tenía palabras para describir.

Se abrazaron con las manos aferrándose desesperadamente. —Realmente has vuelto, en carne y hueso, y no como un espectro venido para hacerme mear de miedo…

Rinon resopló mientras observaba, mientras que Bulan sonrió.

—En carne y hueso, por el tiempo que dure esta guerra.

—¿Y después? ¿No te quedarás?

—No sé dónde debo servir ni en qué calidad. Un deber a la vez, Turion. Es todo lo que sé.

—¡Dioses santos, Lainon!, pero las cosas que hicimos juntos, los caminos que recorrimos y las verdades que descubrimos por el

camino.

—Fel'annár, sí. *Tú* lo encontraste.

Bulan se acercó más. —¿A qué te refieres con que lo *encontrasteis*?

Lainon se apartó de Turion, permitiendo que el capitán y el príncipe se unieran a la conversación. En los minutos que siguieron, Lainon y Turion compartieron su historia de cómo habían guiado a Fel'annár en la senda de un novicio guerrero, de cómo, juntos, habían lidiado con sus poderes emergentes. Finalmente, hablaron de cómo Lainon le había revelado la verdadera identidad de Fel'annár tras encontrarse accidentalmente cara a cara con Handir.

Bulan se acercó a los dos amigos reunidos, mirándolos a uno y a otro. —Entonces os debo a ambos una deuda de gratitud por lo que hicisteis por mi sobrino. Era ingenuo y ajeno a todo, lidiando con una habilidad que no comprendía, y que probablemente aún no comprenda. Ahora sé por qué os tiene tanto aprecio a los dos. —Bulan puso una mano en el hombro de cada uno—. Sois mi familia ahora, si aceptáis.

Turion hizo una inclinación, mientras que Lainon sonrió con suavidad.

—Y supongo que yo debería decir lo mismo —murmuró Rinon pensativo—. No me alegré de su llegada, no podía ver más allá de lo que significaba para mi madre y mis hermanos. Me ofendí con su mera presencia porque mi ira hacia mi padre se había convertido en mi motor. Pero cuando esa ira empezó a disiparse, comencé a ver a través de las nubes del resentimiento. Con esta historia me habéis iluminado, me habéis dado una perspectiva diferente de Fel'annár el niño, el novicio guerrero que podía hablar con los árboles y que nunca había tenido el lujo de una familia salvo por su tía. Conozco el resto de la historia, de cómo os las arreglasteis para meterlo en la comitiva de Handir a Tar'eastór, y de cómo Pan'assár frustró parte de vuestro plan yendo él mismo.

Turion resopló y sacudió la cabeza. —A menudo me pregunto cómo habrían cambiado las cosas si hubiera sido yo quien comandara esa misión. Resulta que Pan'assár regresó como un elfo cambiado, compungido y arrepentido de su afinidad con el

movimiento de Band'orán. Tú, sin embargo, nunca regresaste. —Turion se volvió hacia Lainon, sonriendo al hermano que había perdido.

—Hasta hoy —añadió Lainon.

—Lo que no entiendo es lo que ha dicho Rinon antes. Que eres un ave de caza.

Lainon sostuvo la mirada de su amigo. —Fel'annár tiene su don, y yo tengo el mío.

—Y no te lo creerás hasta que lo veas —dijo Rinon, dejando a Turion aún más perplejo de lo que ya estaba.

La puerta de los aposentos de Fel'annár y Llyniel se cerró de un golpe y la Lestari se encontró cara a cara con su alma gemela; los ojos eran fieros, casi crueles en su intensidad. Ella se estremeció, sintiendo las oleadas de emoción como el dosel verde del Bosque Profundo en un vendaval de otoño.

Él presionó los labios contra los de ella en un beso suave, lleno de anhelo y desesperación. Ella respondió con un deseo egoísta, profundizándolo con la boca abierta e invitante.

Pero ella había visto a través del velo, más allá de las capas de subterfugio. Sentía el agotamiento, la fatiga en los músculos y el latido en la mente que le decía que esta guerra no le había resultado fácil al alma.

Tendría cuidado de no prolongarlo, de no extraerle la verdad y dejarlo como un guerrero mermado para la guerra que aún estaba por venir. Le conocía, le conocía mejor que nadie. Él necesitaba conservar ese escudo, esa ilusión de bienestar. Necesitaba decirse a sí mismo y a los demás que podía continuar, que podía seguir adelante y guiar a sus guerreros a una guerra que seguramente no podrían ganar; esta vez no.

Pero sabía que lo intentaría, que moriría en el intento si eso era lo que hacía falta. Le odiaba por eso.

Se apartó, trazando con el dedo un ojo cerrado, observando con fascinación cómo se abría y la pupila se dilataba.

—Hay un baño caliente esperándote.

—Me quedaré dormido.

—Lo sé. Pero *yo* no. Me quedaré a tu lado, velaré por ti, daré gracias a Aria porque sigues en este mundo, me convenceré de que te quedarás un poco más, otro minuto, una hora. Otro día, una semana más.

Fel'annár la estrechó en los brazos, apoyando la pesada cabeza sobre la de ella. Solo quería quedarse allí, dormir en sus brazos y no pensar en el mañana.

—Cuando Taniq tomó mi mano y te vi en aquel lugar entre los árboles… te veías tan bien, tan fuerte y sano. Parecías un príncipe guerrero, amor mío, y sin embargo, mírate ahora, agotado de cuerpo y alma.

—Viste lo que quería que vieras —sonrió él sobre la cabeza de ella—. Me alegra que funcionara.

—Bueno, ahora que sé que así es como funciona, no volverá a ocurrir. Ven. —Le tomó de la mano y tiró de él hacia la cámara de baño, observando cómo se desabrochaba lentamente el arnés, la capa, los brazales y las hombreras. Ella le ayudó con la coraza y lo dejó todo ordenado a un lado mientras él se desnudaba y se sumergía bajo el agua templada, hasta que todo lo que ella pudo ver fue el cabello flotando. Cuando salió a la superficie, Llyniel se sentó tras la cabeza de él y comenzó a deshacer las trenzas ari, mientras él se dedicaba a frotar la piel, evitando el conjunto de manchas rojas que ella había notado.

—¿Qué es esto?

—Picaduras de Segador.

—¿Qué son los Segadores?

—Tienen dos cuerpos. Uno es un Señor de la Arena demacrado, el otro una serpiente.

Llyniel reprimió un escalofrío. Siempre había odiado las serpientes; tomó nota para buscar algo que acelerara la curación de las irritadas marcas. Lo que no hizo fue presionarle para que le diera

detalles. Había algo en el tono que le decía que había más en esos Segadores de lo que Fel'annár quería revelar.

—¿Y esa rodilla? Está un poco hinchada.

—Me la lastimé durante la batalla final. Está mucho mejor ahora. Mi esperanza es que estas lesiones persistentes desaparezcan mañana con el Dohai.

—¿Crees que te despertarás con el alba entonces? —sonrió con ternura mientras continuaba deshaciendo el cabello, pasando los dedos por él, recordándose a sí misma que él estaba *aquí* por un tiempo más.

—Debo hacerlo. El Dohai tiene una cualidad curativa. Parte del poder que genera el Guerrero Kah parece filtrarse de su lugar de reposo y vigorizar el cuerpo. Creo que, si lo tejo en los jardines del rey, el efecto se verá potenciado.

—¿Y qué hay de ti, Fel'annár? ¿Qué hay de tu mente?

No hubo respuesta durante un rato y ella se inclinó hacia delante, asegurándose de que seguía despierto. Lo estaba, con la mirada perdida en la nada.

—No tienes por qué responder a eso.

—La guerra nunca es fácil, ya lo sabes. Esta no fue una excepción. Tomé decisiones que mataron a algunos, fallé al tomar decisiones que mataron a otros. Solo necesitaba comprender que esas muertes eran inevitables. Tuve a Gor'sadén para decírmelo, a pesar de que él lloraba la pérdida de Pan'assár. Y tuve a Lainon para recordármelo, para levantarme de donde había caído. —Resopló y sacudió la cabeza—. Hay muchas historias que contar, Llyn, y no hay suficientes horas en las que contarlas. No puedo dejar de ser un comandante, todavía no. No puedo relajarme del todo, no hasta que el último de los Nim'uán haya sido derrotado y mi pueblo esté a salvo… mi *familia* a salvo.

Las últimas palabras no fueron más que un susurro, pero fueron suficientes para decirle que estaba cansado y que había cambiado de alguna manera profunda. La reticencia a hablar de la familia se había esfumado. El niño que había crecido sin conocimiento de sus padres. El muchacho que había encontrado una familia en el lugar más inesperado. El Señor de la Guerra que había conocido a sus

parientes y los había mantenido a distancia, empezaba a saborear lo que había encontrado y a valorarlo por encima de todas las demás cosas.

Ella sonrió mientras le lavaba el larguísimo cabello. Los relatos de sus tiempos en el norte debían esperar, porque Fel'annár necesitaba seguir siendo fuerte, mantener a sus fantasmas bajo llave hasta que la paz reinara una vez más.

Se había quedado dormido, tal como Fel'annár había predicho y como había sido la intención de ella. Pero Llyniel no dormiría.

Su trabajo estaba a punto de comenzar…

Fel'annár despertó de un sueño sin sueños con un jadeo cuando algo presionó firmemente contra la dolorida espalda.

Yacía desnudo, con la cara vuelta hacia un lado sobre la fragante almohada. Podía ver el propio cabello, suelto y limpio a su lado, cayendo por el lateral de la cama.

No podía ver a su esposa, pero podía oler el aroma fragante, ligeramente medicinal, de los aceites, cremas y toda clase de ungüentos con los que estaba demasiado familiarizado.

Un crujido de tela, un cambio de peso, y unas manos cálidas empujaron sobre él, recorriendo los músculos, con los dedos amasando, aliviando nudos. Podía sentir la tensión abandonándole mientras el cuerpo se fundía más en las sábanas.

Gimió mientras las manos de Llyniel recorrían los hombros y bajaban por los brazos, y luego gruñó cuando la piel desnuda de ella rozó la espalda. Giró la cabeza todo lo que pudo sin levantar el cuerpo de la cama. Fue suficiente para saber que ella estaba desnuda, cerniéndose sobre él.

Quiso darse la vuelta, pero las manos de ella presionaron más profundamente en la carne.

Le estaba atormentando, y a él aquello le parecía perfectamente bien.

Las preocupaciones del pasado, las penalidades de la batalla y los días de viaje. Las dudas y las preguntas sobre su propósito, sobre sus posibilidades contra los Nim'uán… todo retrocedió a un rincón de la mente. Todo lo que sabía era que quería a Llyniel.

Se retorció bajo ella, tiró de ella hacia abajo y la besó. Mientras la calidez de ella le envolvía, la dicha de Fel'annár fue completa, y cuando finalmente yacieron entrelazados y profundamente satisfechos, cerró los ojos y durmió, pues todo estaba bien en su mundo; hasta que llegara el mañana y estuviera en guerra una vez más.

CAPÍTULO 17

Luces de Bel'arán

Un árbol se alzaba majestuoso hacia el cielo, y a través de él sus ramas se extendían mucho más allá de lo que los ojos élficos podían percibir.

Pero no para los ojos de los dioses. Ellos sabían qué había más allá.

A su alrededor, un muro resplandeciente ondulaba y parpadeaba, traslúcido y lleno de color, distorsionando las figuras tras él, delimitando el espacio entre un mundo y el otro.

Aquella no era tierra de dioses, sino una transición donde solo la razón gobernaba... la *mayoría* de las veces.

Ante el árbol se alzaba una mujer de piel oscura y trenzas entrelazadas que caían sobre su fuerte espalda. Ari'atór, tan alta como dos elfos, miraba con frialdad al otro dios que tenía delante.

Ataviado como un guerrero, sus ojos negros eran duros e inquebrantables, y su cabello tan oscuro que brillaba con reflejos azules en las horas previas al amanecer de aquel lugar que no estaba en ninguna parte.

—Galo mú Naz.

—Aria mú Bel.

Galo se acercó, con la mirada fija en ella, y luego pasó de largo hasta llegar al muro resplandeciente para observar a través de El

Velo e inspeccionar Bel'arán. —¿Ha comenzado?

—No. Todavía no.

Galo se dio la vuelta y regresó hacia ella, con paso firme y autoritario mientras ella seguía hablando.

—Este lugar debe permanecer abierto, para que tú y yo podamos continuar nuestra labor. Mi Ber'anor no me fallará, aunque ello le lleve a la muerte. Y entonces ruego que lo recibas con benevolencia, si decide seguir adelante.

Galo no respondió a su petición. —Escúchame bien, Aria. Si el enemigo pone un pie dentro del Bosque Perenne, lo protegeré, incluso si eso significa quitarle la vida a él.

—El Bosque Perenne es *mío*, Galo. No toleraré ninguna intrusión. Mi Liminal no lo permitirá.

Con una media mueca de desprecio en su severo rostro, Galo le dio la espalda de nuevo hacia el muro resplandeciente. —Asegúrate entonces de que no te falle.

Con un suspiro largo y sonoro, Aria encaró al dios ardiente. —Desearía que viviera. Hay errores que me gustaría remediar, cosas del pasado que deberían enmendarse.

—Algunas cosas *nunca* pueden remediarse —murmuró Galo, y por un solo instante, un destello de empatía cruzó sus duros rasgos. Aria sonrió con suavidad, sabiendo que tenía razón.

—Colabora conmigo. Se merece la paz, Galo.

El dios guerrero se acercó a ella, lo suficiente para tocarla, pero guardando la distancia necesaria para estar a salvo de su seductora presencia. —Todos merecemos la paz, Aria. —Levantó la vista hacia la copa del imponente árbol y vio dos destellos gemelos de luz azul. Momentos después, dos Shirán aparecieron entre ellos. Se inclinaron en una profunda reverencia, primero ante Aria y luego ante Galo, el dios visitante.

—Informad, Maestro Ket'subá.

—Vuestras gracias. El enemigo está a dos días de la ciudad de Ea Uaré. Sus números están confirmados. El ejército del rey Thargodén no puede resistir, ni siquiera forzar un asedio. El rey Vorn'asté trae a dos mil hombres, pero aun así, basándonos en las cifras, la guerra está perdida a menos que encontremos una forma de transportar y

usar el Fuego Pelágico de tal manera que no destruya los bosques. Pero si el Nim'uán dirige su atención al Bosque Perenne, tendremos un *verdadero* problema.

Galo miró fijamente a Ket'subá, advirtiendo las líneas de cansancio en el rostro del habitualmente calmado y sereno Maestro. —Explícate.

—El Desviado porta un *Captor de espíritus*.

Con rostros que habían visto mil pesares y otras tantas maravillas, Aria y Galo se giraron al unísono.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible? —preguntó Aria.

—Debe de haber sido extraído por un Revenant durante los días de la Purga —dijo Galo.

Aria cerró los ojos y apartó la vista, asaltada por una oleada de náuseas. —Fueron días oscuros los que vivimos. Muchos silvanos perdieron la vida por culpa de Arzén y sus intrigas. Pero en cuanto al Captor, Ket'subá tiene razón. Si sufriera algún daño dentro o cerca del Bosque Perenne, esos espíritus quedarían liberados. ¿Y quién asegura que no sean *mortales*? Se convertirían en Revenantes; causarían estragos en el otro lado.

—Entonces debemos asegurarnos de que el Nim'uán y su arma no se acerquen. —Galo lanzó una mirada de advertencia a Aria. Ella la sostuvo con firmeza.

—Fel'annár lo detendrá.

Lerita dio un paso al frente, con un toque de desesperación en el rostro. —¿Cómo? Él no sabe nada de los Captores de espíritus, no tiene conocimiento de los Revenantes.

—Y así debe seguir siendo —sentenció Galo—. Él no es Shirán, pero *es* Ber'anor. Detendrá al Desviado porque debe hacerlo, porque Aria se lo pide. No obstante, precisaréis de un Shirán cerca para aseguraros de que el artefacto no se aproxime a vuestro Bosque Perenne.

—Lainon se asegurará de que no sea así —dijo Lerita.

Aria contempló al dios al que había amado y perdido, incluso mientras hablaba a la líder de sus Shirán en Bel'arán. —Maestro Ket'subá, buscad una forma de transportar el Fuego. Comandante Lerita, vuestros guerreros deben estar listos para intervenir bajo las

órdenes de Lainon, si llegara el caso. Y si ocurre, habrá llegado un tiempo de iluminación para Bel'arán. Mi mundo podría cambiar, evolucionar a la siguiente etapa de su ser. Deseo mantenerlo puro, libre de la mácula de la Desviación. Esa es mi encomienda eterna. Los siglos venideros serán duros. Servid bien, Shirán.

Ket'subá y Lerita se inclinaron profundamente y después, juntos, ascendieron por el imponente árbol.

Sola una vez más, Aria se alejó de Galo y se detuvo en los límites de aquella tierra de ninguna parte, observando las imágenes distorsionadas de un mundo en el que nunca debiera entrar.

—Tenemos una oportunidad, Galo. Esta guerra no está perdida, e incluso si este Desviado —este Nim'uán y su ejército— prevaleciera, Fel'annár puede entrar en el Bosque Perenne y poner a los árboles en contra del enemigo. Dentro de ese lugar, es invencible.

—Suponiendo que siga vivo. —La expresión de Galo no era amable, sino desafiante—. No es invencible, Aria, y no correré riesgos. Naz'arán no debe ser vulnerado, aunque eso signifique la destrucción de Ea Uaré. Mejor tu mundo que el mío. —Hizo una mueca de desprecio y se dio la vuelta para que ella no pudiera verle la cara.

—No permitiré eso, Galo. —Ella se acercó a la espalda del dios guerrero con voz gélida.

—Entonces asegúrate de que tu Ber'anor mate a esa cosa, y de que tus Shirán encuentren ese Captor de espíritus y lo destruyan en algún lugar que sea seguro.

Aria asintió y se alejó bruscamente de Galo.

Necesitaba que Fel'annár protegiera al pueblo, que matara al Desviado calraziano. Pero en el frente de batalla no había garantías.

Se volvió hacia Galo y lo encontró observándola con aire pensativo.

—Lo amas mucho, ¿verdad?

No esperaba aquella pregunta, ni el destello de empatía en los ojos de Galo.

—Tiene una tarea que cumplir, una que aceptó libremente. Y espero —con todo lo que soy— que sobreviva para ver días de paz. Por él, forzaría las reglas de estos mundos élficos.

Galo se acercó a ella y extendió la mano, casi rozando su rostro perfecto.

—Ruego para que no se rompan, mi bella diosa.

A pesar de que faltaba poco para el amanecer, Gor'sadén no tardó en abrir la puerta. Su mirada inquisitiva se demoró en Fel'annár. Arqueó una ceja, lanzando una pregunta silenciosa pero impertinente con los ojos.

—Me quedé dormido, al final.

—Ya me lo imagino. —El comandante sonrió, salió de la habitación y cerró la puerta. Era hora de tejer el Dohai sobre la meseta del rey.

Mientras recorrían la corta distancia, Gor'sadén advirtió que el paso de Fel'annár aún no era el correcto. La debilidad persistente en su rodilla seguía siendo evidente para cualquiera que lo conociera. Aquello le recordó a Gor'sadén su propia herida a manos de un Nim'uán, una que casi le había costado la pierna.

Las lanzas cruzadas ante las puertas del rey se abrieron, y los guardias saludaron a los dos Guerreros Kah al pasar. Más allá, el rey estaba sentado en silencio ante el fuego. Sobre la mesa, frente a él, el diario de Or'Talán estaba abierto por una página cercana al final, mientras una mano hacía girar el anillo de esmeralda en el otro dedo.

Thargodén miró por encima del hombro y se levantó lentamente.

—Lord Gor'sadén. Sed bienvenido. En verdad, os debo una gratitud inmensa por permanecer al lado de mi hijo, por la enseñanza del Kal'hamén'Ar.

—No es ninguna deuda, sire. Lo hago de buen grado. Le prometí a Pan'assár que recuperaría el arte antiguo, y Fel'annár pronto será el primer Maestro en muchos, muchos años.

—¿Y cuándo será eso?

—En cuanto ganemos esta guerra, sire. Tan pronto como pueda realizar la Danza de la Muerte Benigna y sea hallado digno, será

Maestro.

Thargodén se quedó estupefacto y no pudo hablar por un momento mientras miraba alternativamente al comandante general de Tar'eastór y a su hijo. —Vaya, no me esperaba eso. Tendremos que ganar entonces, para que pueda cumplirse.

—¿Podemos usar la meseta? —preguntó Fel'annár.

—Por supuesto. ¿Os quedaréis a desayunar?

—No podemos. Debo reunirme con los capitanes en el Círculo Interior.

—Entonces os veré a ambos más tarde. —Thargodén los vio hacer una reverencia y entrar en los jardines. Caminaron casi hasta el borde, hasta el lugar donde él mismo solía ponerse. Era el punto exacto donde los jardines dejaban de verse y la vista se llenaba con la tierra que su padre había declarado prohibida.

Allí estaban un padre y su hijo. Gor'sadén y Fel'annár. Había visto su conversación fluida, su complicidad, sus abrazos naturales... todas esas cosas que él anhelaba hacer con su hijo.

Debería haberse sentido feliz de que Fel'annár hubiera encontrado a un mentor tan formidable. En cambio, le producía tristeza, y una vez más, Thargodén pensó en su propio padre. Nunca se habían despedido, a pesar de que Or'Talán había escrito palabras destinadas a ser leídas tras su muerte. Había buscado por todo el reino, y Lerita había contratado a la persona más hábil para encontrarla. Pero la carta nunca había aparecido.

Una curiosidad insoportable le roía el alma porque había amado a su padre. Lo había respetado tanto como los guerreros, tanto como la gente de alta y baja alcurnia. ¿Qué le diría un rey como él a un hijo que gobernaría en su lugar, uno al que sabía que no volvería a ver en muchos, muchos años?

Los ojos de Thargodén se centraron en los dos Guerreros Kah al borde de la meseta. Permanecían totalmente quietos, con las piernas abiertas y los brazos a los lados, y cuando los primeros hilos de luz del amanecer asomaron sobre el lejano horizonte, comenzó el Dohai.

Thargodén fue incapaz de apartar la mirada.

~

Fel'annár respiró el bosque, sintió la presencia de las Hermanas incluso ahora, como una plántula que se endurecía lentamente ante el mundo exterior.

Por el rabillo del ojo vio el perfil de Gor'sadén, en posición, listo para el momento en que el sol emergiera y comenzara el Dohai. Pero faltaba uno, y una punzada de dolor le atravesó el corazón.

Sabía que Gor'sadén estaría pensando lo mismo.

Hoy, el Dohai sería diferente. Siempre había sido fuerte cerca del Bosque Perenne, pero tras su unión con las Hermanas y su lento pero constante dominio del Consejo Mental, sabía que hoy sería un nuevo comienzo. Solo podía esperar que fuera suficiente para restaurar plenamente su salud para la batalla que se avecinaba.

Se volvió hacia el Bosque Perenne, que ya no era una silueta a medida que el color empezaba a filtrarse en el lienzo y el sol acariciaba el horizonte; un fuego naranja fundido parecía aferrarse a la tierra, elevándose sobre ella con lentitud y renuencia.

Sintió el momento en que el Dohai comenzó, y se sumergió en él. Se le escapó un jadeo; un torrente de puro poder pareció mantenerlo en vilo y por un momento se preguntó si debía detenerse. Pero Gor'sadén no lo hizo, así que él siguió adelante.

Control, se ordenó a sí mismo. *Contrólalo*.

El canto del mundo se volvió complejo, una segunda y una tercera melodía se unieron y lo elevaron. No había disonancia, solo armonía; un brazo se movió con gracia sobre su cabeza con la palma plana mientras el otro lo imitaba para luego girar hacia un lado. Lo seguían estelas azules, pero los ojos permanecían fijos en el corazón del bosque secreto de Ea Uaré.

Dio un paso lateral; un pie quedaba suspendido sobre el césped bajo sus botas, firme e inquebrantable. Avanzó un paso apoyando primero el talón y luego la punta; el otro pie se elevó despacio para cruzar por detrás. Luces verdes se arremolinaron a su alrededor y al de Gor'sadén, con una belleza melancólica, tranquila y pacífica; un poder lúdico que se movía con él, imbuyéndolo de una paz que

nunca había sentido, salvo aquel amanecer en que había vuelto a la vida de la mano de Aria.

Aria.

Ella se movía a su alrededor, a través de él, llenándolo de pleno; y cuando el sol al fin navegó libre, el color estalló ante él. Todos los matices de verde, azul y violeta; y él se movía, planeando a través del éter, sintiéndose de algún modo parte de todo.

Aquel era el lugar donde los dioses tejían sus maquinaciones, la Fuente que albergaba para que sus agentes pudieran cumplir sus dictados. El futuro de los reinos élficos en sí, la felicidad de todo un pueblo debía primar sobre sus propios deseos, su amor por Llyniel, por la familia que siempre había buscado y que acababa de encontrar.

Un profundo retumbar surgió de alguna tierra lejana, como si todo el continente gimiera bajo sus pies, pero no le asustó. No había peligro. El Bosque Perenne le había hablado al fin, reconociéndolo como su protector, y todo lo que había hecho falta habían sido sus sencillas palabras de aceptación. Aquella era su bienvenida, su promesa; detendría al enemigo costara lo que costara, y aquel pensamiento no lo entristeció.

Sonrió mientras danzaba, hasta que el verde, el violeta y el azul se fundieron en el blanco y se preguntó en qué posición estaba, si los pies seguían tocando el suelo.

La plántula de las Hermanas había crecido. Podía sentirla más alta, más fuerte, con ramas finas que se extendían y se hacían gruesas, enroscándose alrededor de carne y hueso. Los Originales estaban dentro de él; el *bosque* era una parte inseparable de su ser.

Alzó las dos manos hacia el sol, las miró; vio cómo los colores que giraban se combinaban y, una vez más, la luz fue blanca, casi sólida. Era la misma esfera traslúcida que había visto la primera vez que realizó el Dohai en el Bosque Perenne.

Visualizó la esfera como un objeto y pasó la otra mano sobre ella para alisarla. Los contornos se afilaron y la sintió cálida en la palma, casi sólida, suave como la seda.

Titubeó, observó cómo se le escapaba de la mano, caía al suelo y se desvanecía. Se volvió hacia Gor'sadén y lo encontró mirándolo

con los ojos como platos.

—Hazlo otra vez.

Fel'annár levantó las manos, tal como había hecho antes, vio cómo las briznas de color se unían y se arremolinaban entre sí. Deseó que el objeto cobrara vida y, esta vez, la luz blanca fue más intensa. Pero no lo dejó caer. En cambio, empujó la mano hacia delante, propulsando la esfera. Esta estalló en una onda de aire que se expandió hacia fuera con un estallido sordo. Fel'annár pensó que si algo se hubiera interpuesto en su camino, habría salido volando por los aires.

—La he controlado.

—Estas son las luces que veo en sueños, solo que son más grandes y brillantes, bailando alrededor de miles de Guerreros Kah. Hobin dijo que hay leyendas ararias, pinturas, textos antiguos sobre Guerreros Kah envueltos en luz. ¿Y si... y si el Kah siempre estuvo destinado a ser así? Quizás no aquí en Bel'arán, sino en otros mundos. Quizás esas leyendas vienen de más allá del Velo, como los Arimales.

Fel'annár se pasó una mano por la cara y luego se la llevó a los ojos. Un ligero temblor le recorrió el brazo y frunció el ceño. Flexionó la rodilla y miró con incredulidad a Gor'sadén. —La rodilla se siente mejor, pero hay una debilidad de fondo. La luz blanca me agota de alguna manera. —Se dio la vuelta e inició el corto camino de vuelta a las estancias del rey. A mitad de trayecto se detuvo y extendió la mano hacia un árbol que le resultaba familiar. Al apoyar la palma contra la corteza, sintió una oleada de energía recorrer el cuerpo, reemplazando lo que había perdido al conjurar la esfera blanca.

—¿Están las luces dentro de los árboles? ¿Reaccionan de algún modo con la luz del Dohai? ¿Y por qué hay cuatro colores? Sabes que una vez pensé que eran una reacción a mi forma de combatir, como un residuo del Dohai que proyecto mientras lucho. Pero ahora...

—¿Y si no son una reacción, sino un arma esperando a ser usada? Has visto esa onda, has oído el sonido. Me recuerda a las Hermanas. ¿Recuerdas aquella ráfaga de energía que extinguió sus flechas ardientes?

Fel'annár lo recordaba. Pero aquello había sido de una magnitud mucho mayor que lo que él acababa de lograr. Aun así, Gor'sadén tenía razón.

—Gor'sadén, la bola de luz blanca solo ha aparecido porque estoy en el linde del Bosque Perenne. La pregunta ahora es: ¿podré blandir la luz en otro lugar?

—En la cueva del Segador, estabas aislado de los árboles y, aun así, invocaste la luz y esta acudió. Creo que esa luz está dentro de ti, almacenada durante el Dohai, y permanece ahí hasta que se usa de alguna forma. Parece claro que está ligada a tu don, que interactúa de algún modo con esas reservas de energía. Creo firmemente que puedes usar la luz en cualquier sitio; que todo lo que necesitas es tener suficientes reservas de energía para invocarla a voluntad.

—Esa energía parece agotarse rápido, aunque se repone con la misma eficacia con solo tocar un árbol. Me pregunto cuáles serán los límites, qué pasaría si tuviera acceso ilimitado a la energía de la fuente.

—Parece que el poder está limitado a tu capacidad para almacenarlo.

Fel'annár asintió lentamente. Su única duda pendiente era de dónde procedía esa energía. Decir que venía de los árboles parecía demasiado simplista, pues ¿de dónde la obtenían *ellos*? ¿Y por qué había diferentes colores?

—Ojalá tuviéramos más tiempo, para poder aprender a usar esta... *arma*.

Prevaleció el silencio, el tiempo suficiente para que Fel'annár advirtiera que el bosque estaba inusualmente callado.

—¿Crees que esto es lo que llaman *magia*?

Gor'sadén cruzó su mirada con la de Fel'annár y, cuando habló, lo hizo desde una parte de su mente que no lograba localizar del todo.

—Sí, creo que lo es. Y me pregunto si la magia es algo normal en otros mundos. Aquí, asusta a la gente.

—Y yo no soy ninguna excepción, Gor'sadén.

El Maestro Kah se dio la vuelta, sintiendo una suave brisa jugar con el cabello. En aquel aliento del bosque, percibió amor. Se sintió parte de algo más grande. Si hubiera sido un Oyente como Fel'annár,

quizá habría dicho que aquel suspiro portaba palabras de aprobación.

Hizo que se sintiera completo una vez más.

Estaban a solo dos días de la ciudad fortaleza de Ea Uaré. Donde antes hubo un camino lo bastante ancho para cinco caballos en fila, ahora había una llanura abierta; los árboles no eran más que una bruma distante de verde y marrón.

Había madera caída por todas partes, y los carpinteros de Gra'dón trabajaban sin descanso, cortando y tallando el tronco para convertirlo en estacas y lanzas, jabalinas y flechas. Otros llenaban largos botes con Arena Negra, empaquetándolos y atándolos bien. No era la primera vez que Gra'dón deseaba haber encontrado el Fuego Azul. Pero, a pesar de sus considerables esfuerzos, no lo había hallado, y el tiempo apremiaba. Cuanto más tardara en llegar a la ciudad, más tiempo daría a su enemigo para prepararse.

Grandes torres de madera y metal se erguían hacia el cielo, con gruesas cuerdas oscilando bajo la suave brisa que ya no olía a sal. Torres de asedio, plataformas móviles para sus balistas y fundíbulos; la construcción no cesaría hasta que fueran visibles para el enemigo. No había traído sus lanzas de fuego de largo alcance. Aún existía la posibilidad de que el rey elfo tuviera Fuego Azul. Gra'dón no tenía intención de jugar con eso en un bosque sobre el que pronto reinaría. En su lugar, usaría lanzas de fuego de mano cuando llegara el momento de que las torres de asedio atracaran en lo alto de las murallas.

Pronto estaría en lo alto de las torres más altas de la ciudad, con el cadáver del mago colgando de cadenas, decapitado y manco, con una rama de árbol atravesándole el pecho, un cuchillo en el cuello y una lanza en el estómago.

El pensamiento lo entusiasmaba; sentía cómo la parte del Señor de la Arena que habitaba en él tomaba el control, mientras la parte racional se batía en retirada, y se deleitaba con ello, dejando que lo

elevara. Deslizó los dedos sobre Telzorán, sintiendo su caricia de respuesta en lo profundo de los huesos.

¿Dónde estás, mago?

Según sus caudillos, viajaría por tierra o por el río, en cuyo caso aún podría estar a días de distancia. Estaría reñido, pero si Gra'dón conseguía llegar a la ciudad y asegurarse una victoria rápida, solo tendría que retener a la familia real como rehén para que el mago saliera de los bosques que comandaba a campo abierto, lejos de los árboles asesinos.

Pasó junto a los canteros, los carpinteros y los ingenieros mientras probaban sus máquinas; los guerreros se arrodillaban a su paso. Sus caudillos le habían contado todo lo que sabían sobre el mago y su compañía, sobre la vorágine y los árboles que se movían, sobre su habilidad con la espada y la lanza. Pero también le habían hablado de su debilidad. Se preocupaba por gente a la que no conocía, no los mataría ni siquiera para cumplir un propósito, y los árboles formaban parte de esa debilidad. Del mismo modo que eran su fuerza. Los necesitaba para realizar su magia.

Gra'dón se alejó del campamento, más allá de los troncos caídos y las ramas astilladas, hasta el nuevo linde del bosque. Se detuvo ante el primer roble, echó la mano atrás para coger su espada y la desenvainó.

—¿Puedes oírme, mago? ¿Puedes leer el contenido de mi mente, Sol Verde?

Levantó su espada sobre la cabeza y descargó un tajo sobre el roble, desgarrando la corteza, rebanando la madera, golpeándola hasta que se astilló. Dio patadas y puñetazos hasta que los nudillos sangraron, y cuando el árbol no fue más que un tocón, se quedó allí jadeante.

—Escúchame, Fel'annár. Señor de la Guerra. Príncipe de tu pueblo. Gra'dón viene a por ti. Asesinaste a mi familia, y yo responderé de la misma forma. Tu madre, tu padre, tus hermanos y tu amor. Tus hijos, sus hijos, cualquiera que comparta tu sangre compartirá tu terrible destino. Despídete de ellos mientras puedas, porque cuando tú y yo nos encontremos, será demasiado tarde.

Se apartó del árbol destrozado y vio a dos guardias a cierta distancia. No podían mirarlo. La ira surgió de nuevo y caminó hacia ellos; casi *deseaba* que retrocedieran para poder arremeter contra ellos.

No lo hicieron.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras envainaba su espada.

—El oficial de la patrulla en el linde del bosque ha interceptado lo que parecía ser una caravana de mercaderes que se dirigía hacia la costa. Los ha matado a todos excepto a dos elfos. Afirman tener información y riquezas que os interesarán.

—¿Por qué ha dado credibilidad a sus afirmaciones?

—Dice que son nobles. Que portaban riquezas.

—¿Dónde están esas riquezas?

—Las tenemos nosotros, Emperador. Dicen tener información sobre cómo podríais entrar en la fortaleza, pasadizos que podrían ayudaros en vuestra empresa. He pensado que querríais hablar con ellos.

La ira de Gra'dón se había esfumado. En su lugar, curiosidad. Aquellos dos elfos estaban dispuestos a traicionar a su rey a cambio de sus vidas. Telzorán se retorció a su lado, y un profundo anhelo bullía bajo su apariencia de mando.

—Traedlos ante mí.

Los dos guardias se inclinaron, retrocedieron con deferencia y luego se alejaron rápidamente.

El grito de un ave de presa sonó por encima. Gra'dón miró hacia arriba y vio una bandada de pájaros negros volando hacia el norte. No tenía paciencia para los pájaros negros.

Ningún Señor de la Arena la tenía.

Mientras los bosques cantaban y rezaban, los Centinelas informaban a Fel'annár sobre el enemigo, sobre sus máquinas y bestias y los caudillos que las montaban. Escuchaba mientras se recogía el pelo

en una coleta sencilla que caía por la espalda, sobrepasando el final del arnés de armas.

Llyniel ya se había marchado a las Salas de Curación. Tensári estaba frente a su puerta y, mientras bajaban las escaleras, Gor'sadén y Hobin se unieron a ellos.

En el Círculo Interior, los guardias de las puertas saludaron solemnemente y luego se hicieron a un lado. Bulan sonrió y les hizo un gesto para que lo siguieran.

Los cuatro comandantes y el Ber'ator se detuvieron en el umbral del comedor de oficiales. Ante ellos, todo el salón se puso en pie en silencio, con Turion y Rinon al frente. Juntos, se inclinaron profundamente y luego les abrieron paso, observando cómo se sentaban a una mesa redonda.

—¡Salud al Señor de la Guerra!

—¡Salud!

—¡Salud al Capitán Bulan!

—¡Salud!

Bulan sonrió, captó la mirada de su sobrino y no pasó por alto la sonrisa de orgullo en el rostro de Gor'sadén.

El tenso silencio que había prevalecido los últimos días se transformó en un animado murmullo. El Señor de la Guerra y su tío eran el soplo de optimismo que habían necesitado, la prueba de que les era posible mantener a raya al enemigo, al menos lo suficiente para que llegase la ayuda de la Madre Patria y para que sus propios guerreros se unieran a la lucha al regresar.

Salo, Henú y Sorei pronto se les unieron y, mientras desayunaban, discutieron la situación en el sur, el éxodo civil desde Puerto Helia, la plaga de Desviados y los extraños Sabuesos que llevaban arneses.

Turion hablaba poco, y Fel'annár sabía que se había quedado despierto toda la noche hablando con su mejor amigo, el que había muerto.

Surgieron las inevitables preguntas sobre la guerra en el norte, pero las respuestas de Fel'annár fueron escuetas y vagas. Sabía que los había dejado insatisfechos, pero hablar de su victoria ahora se sentiría como las secuelas de la guerra, no como el amanecer de la

que sería, tal vez, su batalla más grande. En su mente, conocía la importancia de mantener la concentración, de canalizar sus pensamientos y sentimientos solo hacia lo que pudiera ayudar y no estorbar. Fel'annár sabía que Bulan, Hobin y Gor'sadén lo comprendían, pues ellos no fueron más comunicativos que él mismo. Solo podía rezar para que hubiera tiempo y oportunidad de relatar sus hazañas en los días venideros. Pero antes, debían encontrar la manera de defenderse de la mayor amenaza a la que se había enfrentado jamás Ea Uaré.

Después del desayuno, el grupo se dirigió a las almenas. El Círculo Interior se relevaría en una hora, y Fel'annár aún no había visto qué preparativos se habían realizado. Mientras se dirigían a la torre más cercana, un civil les gritó desde las puertas.

Fel'annár se volvió hacia él y vio al nutrido grupo de refugiados que se preparaban para partir hacia el bosque. Lo observaban desde lejos, esperando una respuesta a la pregunta que todos tenían en la punta de la lengua.

—¿Es seguro el bosque, Señor de la Guerra?

—El bosque es seguro. Si los Desviados atacan, corred hacia los árboles. Yo sabré si hay peligro. Ningún enemigo os hará daño allí, no mientras yo viva.

El elfo lo miró fijamente, se ajustó el saco de tela al hombro y luego se inclinó profundamente. Fel'annár lo saludó con la cabeza y luego se dirigió a la torre y subió.

Turion lo miró con curiosidad en los ojos. El comandante había estado en el consejo mental y seguramente sabía cuánto había crecido el don de Fel'annár, pero podía ver las dudas en su mirada, la esperanza de que sus afirmaciones no hubieran sido vanas, de que todos aquellos civiles que se habían marchado antes, y los que aún se estaban yendo, estarían de verdad a salvo. Era algo de lo que se ocuparía más tarde.

Los guerreros pululaban por las almenas, cargados de suministros; flechas, astillas y antorchas, pesadas tinajas listas para ser llenadas de aceite. Capitanes y tenientes gritaban sus órdenes, supervisaban a los novicios, ayudaban cuando el tiempo se lo

permitía. Todo el mundo parecía saber exactamente lo que estaba haciendo.

—Nuestros canteros y sus aprendices están trabajando a tiempo completo, y tenemos cientos de fabricantes de flechas, muchos de ellos civiles que han venido de Sen Garay para echar una mano. Seguimos cavando trincheras alrededor de los muros este y norte para obstaculizar las torres de asedio enemigas. Pero en caso de que logren atracar, tenemos varias de las bombas que el Capitán Sontúr y el Novicio Maeneth crearon, fruto de sus estudios sobre la lanza de fuego enemiga traída de Dan'bar. Ojalá tuviéramos más. Las restantes se montarán pronto en el lanzador de bombas que el Novicio Maeneth y el Capitán Salo manejarán durante la batalla.

—¿Es prudente usar aceite, teniendo en cuenta las lanzas de fuego enemigas?

—Hay cierto riesgo. Pero no lo usaremos a menos que los Lagartos de Gas escalen los muros, en cuyo caso el aceite podría ser lo único capaz de detenerlos. El enemigo no querrá matar a sus preciadas bestias, no después del esfuerzo que costó traerlas hasta aquí.

—Todos habéis trabajado sin descanso —murmuró Fel'annár.

Turion frunció los labios pero no dijo nada, y Fel'annár solo pudo suponer que sus palabras eran un eufemismo absurdo.

Pasaron junto a una manganilla, con su gigantesco mástil apuntando hacia arriba y, por un momento, recuerdos de la Serpiente Madre afloraron en la mente de Fel'annár. Reprimió un escalofrío mientras los ojos recorrían el mecanismo, las cuerdas y las palancas. La mirada se desvió hacia la distancia cercana y luego a su alrededor. Fue entonces cuando la magnitud de sus esfuerzos le golpeó de verdad. Esta era una batalla como ninguna de las que había vivido.

La mente recorrió la distancia entre la ciudad y el linde del bosque. Todo estaba en calma, sin Desviados, nada que se interpusiera en el camino de los refugiados. Pero al girarse hacia la izquierda y hacia el este, el bosque gimió y luego tembló ante el paso de los Nim'uán.

Su nombre era Gra'dón, según decían los árboles.

—Fel'annár —comenzó Turion, mirando de reojo a Gor'sadén mientras se acercaba al que fuera su novicio.

—¿Recuerdas a la Sombra renegada que intentó matarte en Tar'eastór?

Fel'annár asintió. —Rinon, Sontúr y Handir me han dicho que está aquí.

Turion asintió. —Entonces te habrán hablado del plan para incorporar a los Ilícitos al ejército.

—Lo han hecho. No me gusta, pero he accedido a hablar con Macurian y los demás, para ver qué tiene que decir el bosque sobre esas afirmaciones.

Turion miró a su alrededor, aunque no le hacía falta. Sabía de sobra que no había árboles cerca. Su confusión debió de hacerse evidente.

—Están lo bastante cerca.

Turion negó con la cabeza. —Rescató al capitán Airen de los fosos de tortura de los Nim'uán, y trajo de vuelta una de sus lanzas de fuego, lo que a su vez nos ha permitido crear esas bombas. Al parecer, fue decisivo en un ataque de Sabuesos contra la posición del príncipe Rinon. Confesó voluntariamente sus crímenes nada más llegar y, ahora, se encuentra en las mazmorras por orden del príncipe Handir.

—*Si* los árboles me dicen que sus intenciones son nobles, debemos permitir que se preparen en alguna parte. Pero los guerreros no les darán la bienvenida.

—Y ese *Macurian* no se acercará a ti —dijo Tensári con ojos centelleantes.

—Personalmente, no me gusta, y a Pan'assár tampoco le gustaría si estuviera aquí —dijo Turion.

—Pan'assár sopesaría sus opciones y elegiría la que mejor sirviera al reino, aunque a él tampoco le gustara.

—Sí, eso es lo que haría —asintió el comandante.

—¿Dónde quieres que sea la reunión, Fel'annár? —preguntó Turion.

—En cualquier lugar fuera de esas mazmorras, comandante.

—¿No tienes que estar en el bosque?

Fel'annár se volvió hacia Turion y negó con la cabeza lentamente. —Ya no.

Turion le devolvió la mirada; observó la firmeza en sus ojos, la seguridad en ellos, unos ojos que habían visto cosas que aún estaban por contar.

—¡Jara! ¡Van a sacar a la Sombra!

El veterano teniente se volvió hacia la voz de uno de sus hombres y luego se acercó a él cojeando, ajustándose el jubón y la coraza que lo marcaban como un guerrero reintegrado. —¿Por qué? ¿Es que lo han puesto en libertad?

—Qué va. Algo sobre un acuerdo, un pacto entre el príncipe y él. Quieren que se reúna con el Señor de la Guerra porque dicen que los árboles le dirán si miente.

—Nunca me fié de ese Macurian. Pero sacó a Airen de allí, y él lo llama hermano. No veo cómo un capitán tan experimentado puede tener tan poco juicio, pero aun así...

—Es una Sombra, Jara. Son astutos como nadie. Apuesto a que podrían engañar a la mismísima Aria.

—Entonces vayamos a ver qué dicen los árboles. —Jarabon le dio una palmada en el hombro a su amigo y juntos se dirigieron a la prisión.

Una multitud ya se había reunido allí; los guardias formaban un círculo alrededor del creciente número de prisioneros encadenados, que daban la espalda a los civiles y a sus rostros airados.

Recordaban demasiado bien a estos guerreros caídos en desgracia. Se habían aliado con Band'orán, Bendir y Huren, entre otros. Eran Puristas, como lo había sido Sar'pén, habían conspirado contra el rey, e intentado —sin éxito— matar a su hijo silvano. Y luego, se habían entrenado en las artes del Kal'hamén'Ar de la mano de alguien que no era un Maestro. Ahora, un *verdadero* Maestro Kah y su Discípulo observaban la escena con el rostro totalmente serio.

Jarabon pugnó por un sitio en primera fila, con una vista despejada entre dos guerreros, pero se distrajo con la llegada del príncipe Rinon y, a su lado, Handir, junto con el capitán Airen y el teniente Enar.

La Compañía guardaba las espaldas de Fel'annár mientras él, a su vez, observaba a Macurian, aunque no tan de cerca como Tensári. La mano derecha de ella descansaba ligeramente sobre el pomo de su espada.

Macurian le devolvió la mirada a Fel'annár, sin actitud desafiante ni airada, sino abierta y curiosa mientras esperaba a que hablara, a que alguien rompiera aquel silencio humillante. Pero el Señor de la Guerra no dijo nada. En su lugar, ladeó la cabeza. Escuchaba, comprendió Macurian mientras observaba fascinado el suave resplandor verde de sus ojos.

Este era el elfo a quien le habían pagado por matar, aquel guerrero que blandía magia y contra el que nunca había tenido reparo alguno, salvo el hecho de que se le había escapado en dos ocasiones. En aquel entonces le había dolido el orgullo, pero ahora se encontraba dando gracias una vez más por haber fracasado.

¿Qué era lo que oía? Si eran los árboles, ¿cómo sabían cuáles eran las intenciones de Macurian? ¿En qué pensaban los Ilícitos? ¿Era algún olor? ¿Eran sus expresiones faciales?

Handir dio un paso al frente y alzó su experta voz para que todos pudieran oírla.

—Macurian. Fuiste contratado por Sulén para matar al Señor de la Guerra, lo intentaste dos veces y lo habrías logrado de no ser por La Compañía. Secuestraste a la Lestari, la habrías matado, habrías matado a todo el mundo con tal de que tu bolsa rebosara de monedas. Y ahora afirmas que tus motivaciones han cambiado. Que ya no deseas riquezas, sino redención.

La ex-Sombra sostuvo la mirada centelleante del príncipe Handir, pero no dijo nada; en su lugar, miró a su alrededor, a los civiles tras los guardias, a su amigo Airen y luego a Rinon y Jarabon, con quienes había viajado. Finalmente, su mirada se cruzó con la de Ben'saré, el Guerrero Kah Ilícito de mayor rango.

—Mis motivaciones ya habían cambiado después de la batalla de Tar'eastór. Lamenté mis acciones contra el Señor de la Guerra porque luchó por una tierra que no era la suya. Se enfrentó a una horda de miles, habría muerto para dar al comandante Gor'sadén el tiempo necesario para organizar su ejército y defender a nuestro pueblo. Todo eso lo hizo a cambio de nada. Es lo que habría hecho mi hermano, lo que yo solía hacer antes de que él se fuera y yo perdiera el rumbo.

Turion dio un paso al frente con la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados.

—Conmovedor, sin duda. Pero verás, mientras tú estabas *perdido*, Band'orán casi logra sus planes. Manipularon a nuestro pueblo y lo enfrentaron entre sí; lucharon por nada, una guerra ficticia entre hermanos mientras él se frotaba las manos y se sentaba en el trono de *Or'Talán.*

Macurian se estremeció pero no apartó la mirada. —Vuestro pueblo fue manipulado; *todos* ellos, príncipe. Esos Ilícitos no son una excepción, y os apuesto lo que queráis a que nunca habéis escuchado su historia de sus propios labios.

—Son traidores, ¿qué más hay que saber? —preguntó Turion.

—Sus motivos. Sus razones para hacer lo que hicieron. Escuchadlos y, una vez que lo entendáis, juzgadlos... juzgadme a *mí*.

Macurian divisó a la maestra de gremio Lerita entre la multitud. Era más baja que la mayoría pero, aun así, por alguna extraña razón que él no alcanzaba a descifrar, destacaba. Ella asintió lentamente hacia él, y la ex-Sombra le devolvió el gesto.

Handir miró de reojo a Turion, indicó su consentimiento con un gesto y Macurian se volvió hacia el que fuera el capitán Ben'saré.

El Ilícito encadenado dio un paso adelante e hizo una reverencia ante Handir, Rinon y, finalmente, ante el Señor de la Guerra.

—A los siete años, sabía que quería servir. Sabía que sería un guerrero, uno bueno.

—Estudié mucho para que mis padres me permitieran entrenar. Fui Maestro Arquero a los cuarenta años, Maestro Espadachín a los sesenta. Pero quería más.

—Soñaba con el Kal'hamén'Ar; me veía con un fajín de rico terciopelo púrpura, haciendo girar mis espadas Colanei en medio de la batalla, purgando a los enemigos de mi rey. Ese era mi sueño.

—Un sueño que pusiste por encima de tu propio honor. Traicionaste a tu rey por amor a tus propias aspiraciones.

—No, príncipe. Mi servicio era para con mi *pueblo*, y lord Band'orán me dijo que el rey Thargodén no estaba cumpliendo con su deber hacia ellos. Nos habló de cómo el reino estaba siendo gobernado por sus hijos, por su Consejero Real. Dijo que Ea Uaré necesitaba un rey fuerte, como el rey Or'Talán, y que lord Band'orán, como su hermano, era esa figura.

—Le creímos. Le creímos y nos unimos a él porque, para nosotros, en aquellos tiempos oscuros, nos parecía que éramos valientes. Nos parecía que cargábamos con el reino sobre los hombros, que los riesgos que tomábamos contra el rey Thargodén eran por el bien de nuestro pueblo. Ahora, tras la Batalla de los Hermanos y las revelaciones de que lord Band'orán no era esa figura, que él mismo no creía en nada de la diatriba con la que nos alimentó, que conspiró para matar a nuestro gran rey Or'Talán...

El rostro de Ben'saré se contrajo en una mueca que era mitad pesadumbre, mitad rabia.

—Nuestra miseria era absoluta. Y por eso estamos aquí, a vuestra merced, con la esperanza de que al menos veáis lo que nosotros vimos en aquel entonces. No somos monstruos, príncipe. Somos luchadores de causas. Somos protectores de gente. Todo lo que hicimos fue por convicción; nuestro único error fue permitir que ese monstruo nos encantara, nos engañara. Pagaremos con gusto vuestro precio por ese error, sea cual sea.

El capitán Airen dio un paso al frente, con los ojos fijos en Ben'saré y luego en Macurian.

—He oído los rumores, las historias de otros que han viajado desde Tar'eastór. Pero nunca escuché este relato. En su lugar, conocí a un guerrero que lo arriesgó todo para sacarme de los fosos de tortura de los Nim'uán. Ese ser antinatural quería el secreto del Fuego Pelágico para poder usarlo aquí, someter las tierras del rey Thargodén y tomarlas para sí, y lo *habría* logrado si yo hubiera

hablado. No lo hice, ¿pero quién sabe qué horrores me aguardaban en aquel lugar? Macurian lo sabía, y por los dioses que nunca sabré cómo logró tal hazaña. Pero lo hizo. Me salvó, le dio a este reino una oportunidad de defenderse al encontrar una lanza de fuego. —Los ojos gris mar de Airen observaron imperturbables a su salvador, a aquel a quien había llamado hermano—. Si él dice que estos Ilícitos no traicionarán a nuestro rey, entonces le creo.

Handir habló con una voz destinada a que todos lo oyeran.

—Creo en la redención. Creo que las personas pueden cambiar si la motivación es lo bastante poderosa. Solo hay uno aquí que pueda decirnos si decís la verdad. —Handir miró de Macurian a Ben'saré, y luego se volvió hacia Fel'annár.

Fel'annár se acercó a la ex-Sombra y al capitán con la cabeza ligeramente ladeada. —Los árboles me dicen que decís la verdad, ambos.

Surgieron murmullos entre la multitud observadora.

—Mi única pregunta ahora es si cambiaréis de opinión; si algo o alguien os tentará para alejaros de este camino que habéis elegido ahora.

—No lo harán —dijo Airen desde atrás.

—Si lo hacen, serán ejecutados sumariamente. —La voz de autoridad de Rinon.

Fel'annár volvió a dirigirse a Macurian, estudiando su rostro mientras Turion hablaba a su lado.

—Esto no es una sentencia. Solo nuestro rey puede decidir vuestro destino. Con la autoridad que me concede, lucharéis contra los Nim'uán. Se os equipará con todo lo necesario, pero vuestras armas solo estarán disponibles durante el entrenamiento. No vestiréis los uniformes de los guerreros de Ea Uaré. No os habéis ganado ese honor. Se os identificará por vuestros fajines rojos.

—Continuaréis residiendo en las mazmorras, pero se os permitirá salir para el entrenamiento y la preparación, en aislamiento y bajo vigilancia. Macurian es el responsable de todos vosotros. Él, a su vez, recibirá sus órdenes del capitán Airen. Él responderá ante mí si alguno de vosotros traiciona estas tierras como lo hicisteis una vez.

Turion miró a Airen y vio su gesto de aceptación. —Cuando esta guerra esté ganada y vuestras hazañas se conozcan, seréis sentenciados.

Turion dio la espalda a Macurian, saludó a los dos príncipes con una inclinación y luego hizo un gesto a los guardias para que llevaran a los prisioneros de vuelta al interior. Fel'annár lo vio marcharse y se volvió hacia Lainon y Tensári.

—A Turion no le gusta —murmuró Lainon.

—No. ¿Y a quién le gusta? Hablaba en serio. Los árboles no detectan mentira alguna en ellos. Pero debo seguir haciéndoles la pregunta, no sea que cambien de opinión.

Fel'annár hizo ademán de retirarse, pero se distrajo al ver a Rinon a cierta distancia. Estaba hablando con un guerrero silvano junto con Airen y Enar. —Ese elfo me resulta familiar...

—¡Es el maestro de establos de Puerto Helia! —exclamó Carodel.

—Es verdad. Recuerdo su cojera, su historia de haber servido en el norte con Or'Talán.

—Debe de haber venido por petición de Rinon, entonces —dijo Sontúr—. ¿Cómo se llamaba?

—¡Jarabon! —llamó Fel'annár mientras caminaba hacia el grupo.

—¡Señor de la Guerra! —Se saludaron; Fel'annár puso las manos sobre los hombros de Jarabon.

—¿Has venido a luchar?

—Para cualquier utilidad que pueda tener, sí.

—¡Aún puedes disparar tu arco!

—Yo doy fe de ello —murmuró Rinon con una sonrisa sardónica. La sonrisa torcida de Jarabon reveló un diente frontal roto que Fel'annár no había visto antes—. Hoy lo transferiré oficialmente a él y a sus elfos a la División del Bosque.

Jarabon se volvió hacia Rinon e hizo una reverencia solemne. —Ha sido un honor, príncipe.

—El honor es mío, teniente.

—Hay una historia que contar, entonces —dedujo Fel'annár al observar el intercambio de emociones.

—Te la contaré más tarde —dijo Rinon.

Fel'annár frunció los labios. —Y la de los Sabuesos, espero. Saliste de esa batalla por los pelos.

Rinon frunció el ceño. —Hablas como si hubieras estado allí.

Fel'annár enarcó una ceja y observó cómo Rinon comprendía lentamente la verdad. —¿*Tú* hiciste eso?

—Una mano amiga, *hermano*.

El recuerdo de aquella escaramuza con los Sabuesos estaba nítido en la mente de Rinon; recordaba cómo una rama había caído sobre la bestia que seguramente le habría destripado, justo antes de que llegara Jarabon.

Los ojos del príncipe heredero siguieron a Fel'annár mientras este se unía a La Compañía, pero su hermano silvano se detuvo de pronto, ladeando la cabeza y con los ojos llameantes. Un grito ahogado surgió de la multitud, que ya empezaba a ralearse, y Rinon se acercó a ellos con mirada interrogante hacia Sontúr.

¿Dónde estás, mago?

Fel'annár miró hacia arriba y luego hacia el este, hacia la voz profunda y aterciopelada de su enemigo, mientras los árboles le escuchaban y él los escuchaba a ellos.

Escúchame, Fel'annár. Señor de la Guerra. Príncipe de tu pueblo. Gra'dón viene a por ti.

Cerró los ojos, desesperado por ignorar los suaves murmullos a su alrededor y concentrarse en el mensaje.

Asesinaste a mi familia.

Alzó una mano pidiendo silencio, un gesto que Idernon no tardó en captar.

Responderé de la misma forma.

Agujas frías se le clavaron en la piel. Parpadeó una vez, y luego otra.

Tu madre. Tu padre. Tus hermanos y tu amor. Tus hijos, sus hijos...

¿Cómo conocía el Nim'uán su nombre? ¿Su linaje?

Despídete de ellos mientras puedas.

Inspiró de forma inestable, enderezó la espalda y se volvió hacia Gor'sadén.

—Viene a por *mí*.

—¿Quién? —preguntó Idernon a su lado.

—El último de los Nim'uán. Gra'dón busca venganza. Sus guerreros han regresado del norte. Lo sabe todo.

CAPÍTULO 18

Desviación

Pronto llegaría el momento de asistir al último Círculo Interior antes de la llegada del enemigo.

Sacudiéndose el escalofriante mensaje de Gra'dón que había escuchado a través de los árboles, Fel'annár calculó que tenía el tiempo justo para visitar a su familia; despedirse de ellos antes de que fuera hora de luchar. No se sabía si volvería a tener otra oportunidad.

Debía ver a Alei y a Amareth. Debía encontrar a la Oyente Taniq, preguntarle si conocía a Ankelar de Ea Nanú. Había traído el retrato que encontró bajo la coraza de Saz'nár, habiendo limpiado la sangre lo mejor que pudo. Pero era Hobin quien sentía una curiosidad especial. Había ordenado investigar quién era el Nim'uán y cómo se habían convertido en medio Desviados. Había encontrado un informe de muchos años atrás sobre una mujer y cuatro niños. Su nombre había sido Ankelar.

Ella era la madre del Nim'uán.

Fel'annár se volvió hacia Bulan, Hobin y Gor'sadén. Observaban a los guerreros y civiles que habían estado trabajando día y noche para cumplir las órdenes de Turion.

—Tengo asuntos familiares que atender y debo encontrar a Taniq. Anoche no hubo tiempo de saludarlas. ¿Me acompañarás, tío?

Bulan asintió. —Tenemos algo de tiempo antes del Círculo Interior.

—Yo hablaría con Alei —dijo Hobin—. Hay cosas no dichas entre nosotros que me gustaría abordar.

—Puede que ella no quiera, Hobin.

—Y no insistiré, Bulan. Pero debo intentarlo.

Bulan comprendía la necesidad de cerrar puertas tan bien como Fel'annár. Podían morir pronto, y el arrepentimiento era lo último que cualquier guerrero quería tener en mente en esos momentos finales.

Fel'annár se volvió hacia La Compañía que estaba tras él. —Os veré en el palacio después del Círculo Interior.

—Nos uniremos a la cadena de montaje de las bombas. Sé que ahora necesitan todas las manos posibles.

Fel'annár asintió. —Buena idea, hermano. Cuantas más tengamos, mejores serán nuestras posibilidades de defender los muros. ¿Dónde estarás tú, Gor'sadén?

—En los campos de entrenamiento.

Fel'annár observó cómo se separaban, pero Lainon y Tensári permanecieron allí, y si Bulan puso alguna objeción a su presencia, no dijo nada mientras se dirigían hacia el Gremio de Mercaderes en busca de Alei, Amareth y Taniq.

El ulular de un búho llamó la atención de Fel'annár y este levantó la vista. Allí, posado en un saliente sobre las puertas del Gremio de Mercaderes, había un cárabo. Frunció el ceño y se volvió hacia Lainon, que estaba a su lado. Pero la mirada de este estaba fija en el camino hacia el interior del edificio. No parecía sorprendido por la presencia de un ave nocturna a plena luz del día. Solo había una deducción lógica y volvió a mirar al pájaro, captando un destello azul.

Entraron en el Gremio de Mercaderes.

Hasta hacía muy poco, el Gremio de Mercaderes había estado abarrotado de silvanos. Ahora, había mayormente pelagianos con solo un puñado de silvanos y alpinos que se habían quedado para ayudar.

Caminaron por el salón principal y salieron a un patio en el lado opuesto. En medio del pequeño patio se alzaba un único árbol,

inclinado hacia el este en busca de luz. Allí, en un banco, estaban sentadas Amareth y Alei. Junto a ellas, la mujer que Fel'annár sabía que era Taniq.

Las mujeres se levantaron; dos con sonrisas suaves para Bulan y el Señor de la Guerra, que eran sus hijos y nieto. La otra miraba aturdida.

Fel'annár abrazó a Amareth y miró de reojo a Bulan mientras este abrazaba a su madre; vio sus manos aferradas y los ojos cerrados, con las emociones fluyendo libres. Cuando se separaron, Fel'annár permitió el abrazo de Alei, palmeándole la espalda ligeramente. Se maldijo por sentirse tan torpe. Dio un paso atrás, la miró a los ojos de color verde claro y vio cómo estos se dirigían a otra persona, justo detrás de él.

—¿Has viajado con *él*? —preguntó Alei.

—Lo hemos hecho. Hobin luchó con nosotros en el norte. Deseaba hablar contigo, si quieres recibirlo —dijo Bulan desde el lado de Fel'annár.

Alei caminó despacio hacia el Comandante Supremo y luego lo miró, recorriendo con la vista su cabello, su rostro y las pinturas que lo adornaban.

—No has cambiado nada.

—Alei. —Hobin asintió solemnemente a la compañera de alma de Zéndar. Atrás, Fel'annár, Bulan, Tensári y Lainon observaban con interés.

—Ambos somos más viejos, y quizás más sabios. Nos separamos en la miseria y el dolor, y me pregunto si no podemos cambiar eso. Zéndar era mi Ber'ator, y murió cumpliendo ese deber divino. Me gustaría que supieras que lo extraño cada día, que deseo con toda mi alma que pudiera estar aquí conmigo en carne y hueso... contigo.

Lainon entrecerró los ojos, aunque nadie advirtió el gesto, pues estaban demasiado absortos en la escena que se desarrollaba ante ellos.

—Deseos vanos, sí. Yo también lo deseo.

—¿Por qué nunca te marchaste, Alei? ¿Por qué nunca tomaste el Camino Largo hacia él? Sabes que él está allí, vivo, esperándote.

—Eso es lo que dicen, sí. Pero mi vida siempre ha estado gobernada por mi corazón, y mi corazón me dice que me quede.

—¿Por Bulan? ¿Por Vasanth?

—No. Me quedo porque hay una parte de él que todavía está aquí. Puedo sentirla.

La barbilla de Lainon se elevó hacia el cielo, un movimiento que atrajo la atención de Tensári. Pero nadie habló, ni siquiera Hobin.

Si Hobin no hubiera conocido a Lainon, seguramente habría intentado convencer a Alei de que aquello no era posible. Que era otra cosa lo que sentía. Pero ¿y si Zéndar hubiera sido Shirán? ¿Era por eso que ella aún podía sentirlo en este mundo? La idea atravesó a Fel'annár como una lanza ardiente, y apostó a que Bulan pensaba lo mismo. ¿Estaría Zéndar entre el ejército de Shirán que venía? De hecho, ¿no se había hecho el propio Bulan esa misma pregunta? Lainon no había dicho nada y Fel'annár sabía que nunca lo haría.

Alei se alejó de Hobin y se volvió hacia Fel'annár mientras señalaba a su nueva amiga. —Esta es Taniq de Ea Nanú, a quien me han dicho que ya conoces.

—Es un gran placer conocerte, Señor de la Guerra... en persona, quiero decir. Fue un viaje bastante bonito el que nos hiciste hacer. —Sonrió ella mientras daba un paso adelante.

—Taniq de Ea Nanú. El placer es mío.

—Me encantaría visitar ese lugar en los árboles, dondequiera que esté.

—Me temo que está en mi mente.

—Tienes una imaginación vívida —dijo la Oyente, observando de cerca con mirada perspicaz. Si sospechaba que ese lugar existía realmente, no dijo nada y Fel'annár prosiguió.

—¿Puedes sentir la proximidad del enemigo?

—Aquí con mi amigo —señaló al árbol inclinado—. Lo siento como aceite que brota del suelo, cubriéndolo, asfixiando la vida de la tierra. El bosque mira a Aria en busca de misericordia, comprende su propio final y, tal vez, un nuevo comienzo. Creo que están a dos días de distancia como máximo.

—Has sido crucial en nuestra defensa de estas tierras, Taniq. Podrías haberte ido con los demás, estar a salvo en el bosque. —

Mientras Fel'annár hablaba, alargó la mano y los dedos rozaron el papel dentro del bolsillo del pecho.

—No. Verás, los Señores de la Arena se llevaron a mi hija hace muchos años. Una parte de ella todavía permanece en estas tierras. Es una presencia que no puedo ignorar. En esto, Alei y yo compartimos algo. Ella siente la presencia de Zéndar, igual que yo siento una parte de Ankelar... un niño, tal vez.

Fel'annár se sobresaltó, mirando estupefacto por un momento a la mujer de Ea Nanú. Ella era la madre de Ankelar.

La mano se apartó de donde había estado buscando el retrato, con la vista ahora puesta en Hobin. Al más mínimo movimiento de su cabeza, el silencio se prolongó. Para cualquier otro, parecía un dolor compartido por su situación. Pero Taniq era una Oyente, e incluso ahora, podía oír al árbol inclinado, diciéndole que ellos sabían qué era esa presencia, *quién* era.

—Dime. Sé que lo sabes. Tu silencio me inquieta.

Hobin se volvió hacia Fel'annár, asintió y se alejó un paso. Fel'annár sacó el retrato. Con un suspiro profundo, se lo tendió a Taniq, observando cómo ella alargaba la mano para tomarlo y luego lo elevaba ante la vista.

Recorrió el rostro de Ankelar y luego bajó hasta la fecha.

—¿Dónde... dónde has encontrado esto?

Otra mirada cómplice entre Fel'annár y Hobin; una voz suave y tentativa. —En el cuerpo de un comandante enemigo, Taniq. Encontré esto en Saz'nár, un Nim'uán. Él guardaba parecido con ella. Yo... creemos que Ankelar era su madre, la madre de *ellos*.

Taniq miró fijamente a Fel'annár, con los ojos desencajados y las lágrimas a punto de brotar; un horror incipiente que se convertía en indignación y luego en negación. —¿Ellos?

—Había cuatro Nim'uán. Solo queda uno, y viene a por mí, a por este reino. Él es el comandante enemigo que viene del mar.

Amareth desvió la mirada, mientras Alei observaba la escena según se desarrollaba: una explicación trágica de por qué Taniq se había quedado, el indicio de cómo había sido la vida de su hija.

—¿Mis nietos... son monstruos hermosos? —Un sollozo escapó de ella y se tapó la boca flácida con una mano—. Dioses... qué

crueldad...

—Taniq. —Fel'annár intentó acercarse a ella, pero ella se dio la vuelta bruscamente en una maraña de ropa y pelo.

—No. Dime. ¿Cómo? ¿Qué pasó?

Fel'annár miró al suelo, ordenando sus pensamientos, pero la ira se había apoderado de Taniq.

—*¡Dime!*

Él extendió una mano tranquilizadora. —Después de nuestro primer encuentro con un Nim'uán, pronto advertimos que era medio elfo.

—¿*Eso*?

—Él. Xar'dón. Estaba claro que era inmortal y, sin embargo, sus rasgos parecían casi... comandaba Desviados, así que supusimos que la otra mitad era humana. Hobin decidió regresar a Araria y revisar nuestros registros de cualquier incursión en el Valle que involucrara a un elfo o humano, e hijos medio elfos.

—¿Era ella? ¿Era Ankelar?

—Sí. Ella y cuatro niños. Se les denegó el paso.

Las lágrimas se derramaron sobre los dedos de Taniq, y ella se volvió, dejando escapar un sollozo largo y desesperado. —Estaba intentando escapar, huir de algún destino terrible, ¡y luego fue rechazada por su propio *pueblo*!

—Taniq. —La voz de mando de Hobin—. Sabes lo que les ocurre a los humanos cuando atraviesan la Fuente.

—Pero si eran medio humanos, ¿por qué no se convirtieron simplemente en Desviados?

Hobin asintió despacio. —Creemos que son medio *Señores de la Arena*.

—Y ahora sabes lo que les ocurre a los medio Señores de la Arena a los que se les deniega el paso al siguiente mundo. *Nim'uán*... habéis creado *monstruos*, Ari'atór.

—No. Si esos niños hubieran cruzado, no habrían tenido vida en absoluto.

—No lo sabes. *No puedes* saberlo.

—Mi fe me dice que es así. No puedo cambiarlo, igual que no puedo quitarte la rabia ni hacer que entiendas el trabajo que mis

Ari'atór deben hacer, lo duro que es para ellos rechazar a una madre y a sus hijos.

—*Vosotros* sois los monstruos. Tú y vuestra fe y supersticiones. ¡Me dais *asco*, todos vosotros! —Taniq dirigió una mirada colérica a Hobin, Fel'annár, Tensári y Lainon. Con una última mirada a Alei, se marchó.

Con un hondo suspiro, Hobin se volvió hacia los demás.

—No os toméis sus palabras a pecho. Está cegada por la rabia y el dolor. Zéndar me dijo una vez que la vida de un Ari'atór es bendita y maldita a partes iguales. Viven para proteger, entrando siempre en los reinos del horror en este mundo y en sus propias mentes. Deben ser fuertes para llevar una vida así, para enfrentar momentos como estos, cuando el sufrimiento de otros es demasiado grande para que vean la verdad. Taniq lo entenderá, quizá algún día. Pero no será pronto. Su nieto es nuestro enemigo, viene en busca de *mi* nieto. —Alei frunció el ceño y luego se dio la vuelta.

Bulan dejó escapar un suspiro largo y turbado, pero no dijo nada; nadie lo hizo. El sufrimiento de Taniq debía seguir su curso, en soledad y silencio. Su hija había querido entregar a sus hijos medio elfos al Valle y más allá.

Fel'annár miró al suelo, fracasando miserablemente al intentar comprender qué debía de estar sintiendo ella. Los Nim'uán eran de su misma sangre. Eran lo que Fel'annár era para Alei: su última conexión física con su hija perdida. Él mismo había matado a uno de sus nietos con sus propias manos.

—Nadie puede imaginar lo que está pasando por su cabeza ahora —continuó Alei—. Perder a un hijo ya es suficiente. Encontrar a su nieto debería haber sido un momento de alegría, no este horror de que su propio pariente venga a destruir nuestras tierras. No me sorprendería que fuera en su busca.

Fel'annár se irguió. —¿Crees que lo hará?

—Tiene buenas razones para ello. Si sobrevivirá al viaje es otro asunto. Dicen que los Desviados pululan por los Caminos del Este y del Oeste.

—No piensan como los elfos, Alei. Esa *cosa* bien podría matarla.

—Tiene a los árboles de su lado, Fel'annár.

—No puede moverlos. E incluso si pudiera, para entonces podría ser demasiado tarde.

—Sí. Pero si no habla con él ahora, se arrepentirá más tarde. Si el Nim'uán muere, siempre se preguntará qué le pasó a Ankelar en Calrazia, por qué quería llevar a los niños al Valle.

Fel'annár asintió lentamente, pero entonces se le ocurrió una idea. —Pareces estar bien.

Alei devolvió la mirada a su nieto mientras Amareth se acercaba desde donde había estado preparando té, curiosa por saber qué diría su madre a eso.

—La guerra hace eso. Pone las cosas en perspectiva. Todos podríamos habernos ido en dos, quizá tres días. Nunca hay un momento mejor para decir verdades que cuando la ruina nos acecha, cuando estamos al borde de la destrucción.

—¿Y cuál *es* la verdad, Alei? ¿Cómo encuentras alegría en el umbral de la guerra?

Ella sonrió y se encogió de hombros. —Dondequiera que esté Zéndar, creo que lo sabe. Creo que sabe que nos preparamos para la guerra. Su alma arde con fuerza hoy en mi corazón. Me da esperanza, me dice que prevaleceremos, que sobreviviremos a la llegada del Nim'uán.

La lástima tiró del corazón de Fel'annár y, sin embargo, se alegró por ella. No era tan distinto al dilema de Tensári y Lainon. Cuanto más cerca estaban de la batalla, mayor era la posibilidad de volver a verse. Y entonces una pregunta le saltó a la cabeza y rodó por su lengua antes de que pudiera detenerla.

—¿Y Lássira? ¿Puedes sentirla?

La sonrisa desapareció del rostro de Alei. —No.

Fel'annár levantó la cabeza, preguntándose por un momento si ella diría algo más. Pero no lo hizo. En su lugar, se dio la vuelta y se ocupó con una manta que había estado doblando. Él miró a Amareth, sabiendo que ella pensaba lo mismo. Después de todos estos años, ¿por qué Lássira no se había encontrado en el segundo mundo?

~

Rinon alargó la mano, deslizando los dedos por el polvo que se había asentado sobre una ornamentada mesa auxiliar, con los cajones exquisitamente tallados con lobos aullando, osos erguidos y ciervos saltando. Esta había sido de su madre, una reliquia familiar, una de las pocas cosas que quedaban en los aposentos de Canusahéi. Nadie usaba nunca estas habitaciones, probablemente nunca lo harían.

Desde una ventana que daba al Bosque Perenne, Maeneth observaba a su hermano gemelo con los brazos cruzados sobre el pecho. De los tres hijos reales, Rinon había sido el más cercano a su madre, un hecho que nunca había admitido.

—Me pregunto qué habrá sido de aquella mecedora.

Los ojos de Rinon continuaron estudiando los detalles de la madera tallada, antes de dirigir la atención a la estructura de la cama, cuyos cuatro postes casi alcanzaban el techo. —Leña para el fuego, lo más probable. No tenía nada de especial.

—Para ti sí lo era. Recuerdo cómo te mecías hasta que casi volcaba. Una vez me pillaste el pie y te pasaste una semana compensándolo siendo mi sirviente. Me aproveché bien de aquello.

—Eras bastante cruel. Eché de menos mis postres, mi paga, todas las cosas que más valoraba por aquel entonces. Aun así, yo habría hecho lo mismo. —Rinon se sentó en el borde de la cama y apoyó las manos en el colchón desnudo a cada lado—. Fueron buenos tiempos, llenos de inocencia y despreocupación... y Handir, correteando detrás de nosotros mientras intentábamos escapar de él.

—Pobre Handir.

—A veces éramos crueles y, sin embargo, recuerdo cómo solíamos sentarnos con él a jugar, cómo chillaba de alegría en las contadas ocasiones en las que le *honrábamos* con nuestra presencia.

—Madre era indulgente, pero padre nos reñía... antes de que dejara de importarle.

Las botas de Maeneth resonaron sobre la piedra desnuda y el colchón se hundió cuando se sentó al lado de su hermano. —Y aquí

estamos, juntos, solo tú y yo, tantos años después. Podría ser la última vez que nos veamos en esta vida; podría ser la última vez que vea tu rostro, hermano...

Rinon se volvió hacia los ojos empañados de lágrimas de su hermana, pero no tuvo nada que responder a eso. Al fin y al cabo, era cierto. Él era un general y estaría en primera línea de batalla, mientras que ella era una novicia, encargada de manejar el lanzador de bombas y las bombas que ella y Sontúr habían creado.

Apartó la mirada y respiró hondo.

—Háblame de Sorei. Dime qué es ella para ti.

Rinon frunció los labios, se levantó y caminó lentamente hacia la ventana con las manos en las caderas. —No es una pregunta fácil. Pero las tuyas nunca lo son.

—Cualquier pregunta que requiera que hables de tus sentimientos es difícil. Te hacen sentir débil, vulnerable, y por eso finges que no tienes ninguno. Los ocultas con dureza, con sarcasmo e ingenio. Los escondes incluso con la ira. Aunque debo decir que has cambiado, de ahí mi pregunta. ¿Qué es Sorei para ti?

—¿Qué quieres que te diga?

Había un rastro de rendición en el tono de Rinon, algo que Maeneth percibió con claridad. Le costaba articular lo que sentía, por lo que ella empezó su propio relato de descubrimiento con el príncipe de Tar'eastór.

—Cuando conocí a Sontúr, su ingenio y su sarcasmo me atrajeron hacia él. Con el paso de los días, me atrajeron su inteligencia, su dualidad como guerrero y sanador, su interés por la ciencia. Más tarde, vi su lado noble, la forma en que ofreció su experiencia a padre cuando oímos hablar por primera vez de la invasión. A medida que mi atracción por él crecía, me fijé en sus rasgos, en su cuerpo, en su forma de moverse y en el tono de su voz. Ahora, cuando echo la vista atrás, comprendo que siempre me sentí atraída por él. Fue entonces cuando empecé a amarlo.

Rinon se levantó y caminó hacia Maeneth. —¿Os uniréis entonces?

—*Formalmente*, sí. Aunque quedan detalles por resolver. Y Sontúr debe hablar con su padre. Si sobrevivimos a esto, partirá

hacia Tar'eastór, y debo esperar que Vorn'asté dé su bendición, para que quizá podamos residir en ambos reinos.

—Más le vale. Es demasiado tarde para que se oponga a una unión, ¿no es así?

Maeneth sonrió y luego se encogió de hombros. —Me dijo que deberíamos esperar, pero...

—Zorra descarada.

—Cállate. —Maeneth le dio un manotazo a Rinon en el brazo.

Rinon le dedicó una leve sonrisa. Esta flaqueó con la siguiente pregunta de Maeneth.

—Entonces, ¿qué es Sorei para ti?

Rinon la miró fijamente, con los ojos azules centelleando. —Es todo lo que te atrajo de Sontúr, solo que al revés.

La sonrisa de Maeneth se ensanchó. —Al cuerno con el intelecto. ¿Directo al sexo?

—Algo así.

Ella resopló con cariño y sacudió la cabeza. —¿Os uniréis?

—Si por mí fuera, sí. Pero su lealtad a su rey es inquebrantable. Creo que puede que busque a Gor'sadén para hablar con él antes de tomar una decisión.

—Sería una valiosa incorporación a nuestra familia, a nuestro Círculo Interior. Su habilidad en los hornos es de sobra conocida, al igual que su valentía en el campo. Nuestros ciudadanos silvanos hablan maravillas de ella.

—¿Y tú? ¿Qué dirías tú de ella?

—¿Acaso algo que yo diga afectaría a lo que sientes por ella?

—No. Pero podría entristecerme. De toda mi familia, tu bendición es la que más me importa.

—Aunque la odiara, tendrías mi bendición, Rinon. En cuanto a tu pregunta, apenas la conozco. Veo a una capitana, aún tengo que ver a la mujer que hay bajo la armadura, el corazón que hay tras la mirada. Si los tres seguimos aquí después de la guerra, algún día responderé a tu pregunta. Pero venga, ¿qué dirías tú de Sontúr?

Rinon se puso a su lado, con la mirada perdida en el horizonte, igual que Maeneth. —Lo llamaría hermano.

Ella se volvió hacia él, impactada por la claridad con la que lo había dicho. No tuvo tiempo de interrogarlo más.

—Es noble, valiente, nunca se dejó intimidar por mis modales, siempre respetuoso pero asertivo. Me cae bien, a pesar de que quise matarlo cuando me di cuenta por primera vez de que estaba interesado en ti.

—Idiota.

—Siempre.

—¿Y qué hay de Fel'annár? ¿Lo llamarías hermano?

El príncipe heredero miró al suelo y, cuando volvió a mirar a Maeneth, había aceptación en sus fríos ojos azules. —Eso es lo que es, lo quiera yo o no. Sus actos hablan por él. Estamos en el camino correcto, creo.

—¿Y lo llamarías *príncipe*?

Rinon frunció el ceño profundamente mientras ladeaba la cabeza. —¿Por qué lo preguntas?

—Porque padre ha proclamado su vínculo inquebrantable con Lássira. Tiene la intención de coronar a Fel'annár y Llyniel.

—Nuestra madre ya no es reina.

—No. ¿Te molesta eso? ¿Incluso sabiendo que está en Naz'arán, viviendo una nueva vida?

Rinon exhaló un suspiro pesado, con un matiz de rendición en la voz. —Mientras ella sea feliz, Mae. —Se sentó pesadamente y apoyó los codos en los muslos.

—Rinon. ¿Crees que padre se marchará?

No respondió durante un rato, pero cuando lo hizo, su tono era cauteloso. —Ha cambiado desde que leyó el diario de su padre, desde la llegada de Fel'annár. En algún momento, me habría resistido a tu pregunta, pero ahora... hay una especie de aceptación tranquila en él. Simplemente no estoy seguro de qué es lo que ha llegado a aceptar. Si que Lássira no se ha encontrado a sí misma, que se marchará, o que se siente obligado a quedarse, tal vez por Fel'annár.

—¿Y si *se está* marchando?

—No estoy listo, Mae.

Maeneth colocó la mano plana contra su corazón. —Nadie lo está nunca, hermano. Todo lo que podemos hacer es luchar, intentar ganar la batalla para vivir y ver ese futuro, lo que nos depara a ambos.

Rinon rodeó con los fuertes brazos a su hermana gemela, y ella le rodeó la cintura con los suyos.

—¿Podemos ganar esta guerra, hermano?

—No es una pregunta fácil. Pero las tuyas nunca lo son.

Maeneth apoyó la cabeza contra su pecho, cerró los ojos y sintió el aliento de Rinon susurrar entre sus cabellos.

Taniq caminaba por el Camino del Oeste, con un saco de tela atado al pecho. Se apretaba la manta alrededor del cuerpo para protegerse del frío del atardecer. Llevaba horas caminando y el sol se ponía rápido. Aun así, los árboles le decían que estaba a unas dos horas del enemigo.

Todavía no había planeado su estrategia para cuando los exploradores la vieran. ¿Cómo evitaría que la mataran? ¿Cómo se comunicaría con ellos? Por eso, había guardado el retrato de Ankelar que Fel'annár le había entregado.

Fel'annár, aquel que había matado a uno de sus cuatro nietos. El mismísimo elfo al que ella había admirado, ayudado, en el que había creído como el catalizador del cambio, de un futuro mejor y más brillante. Ahora que había tenido tiempo de pensar, lamentaba profundamente sus palabras. No culpaba al Señor de la Guerra. Después de todo, habían sido sus nietos quienes atacaron la Madre Patria, y luego Abiren'á. Miles habían muerto. Era deber de Fel'annár detenerlos.

Pero *sí* culpaba a Hobin y a los otros Ari'atór. Habían impedido que Ankelar y sus hijos entraran en la Fuente. Su hija había sido una elfa *completa*. ¿De verdad esperaban que dejara atrás a sus hijos?

Ahora, la chispa que había mantenido viva la presencia de su hija en Bel'arán era el enemigo que venía de Calrazia.

Un Monstruo Hermoso: un Desviado de Calrazia.

Se sentía entumecida, incapaz de comprender sus propios sentimientos. Todo lo que sabía era que el pavor yacía bajo las brumas de la confusión, las capas de preguntas y emociones que amenazaban con ahogarla en un mar de desesperación y dolor. Por ahora, lo único que podía hacer era dejar que sus pies la guiaran hasta Gra'dón, preguntarle si lo sabía... preguntarle si siquiera le importaba quién había sido su madre.

Hobin había dicho que los humanos se convertían en Desviados cuando cruzaban los Últimos Marcadores, y que los Señores de la Arena se convertían en Nim'uán. Pero ¿qué era eso exactamente? No se pudrían, eso era todo lo que sabía. Pero ¿sentían dolor?, ¿alegría?, ¿perseguían las mismas cosas que los elfos?

¿La mataría su propio nieto? ¿Le importaría si lo hiciera? ¿Sabía él siquiera que tenía familia en Ea Uaré?

Taniq no era consciente del tiempo que pasaba ni le importaba, hasta que tropezó y casi se cae.

Detente, Taniq.

Miró a su alrededor y escuchó las plegarias y el dolor que ondulaban por las copas de los árboles. Había destrucción más adelante y cerró los ojos con fuerza; el peso era casi insoportable.

Era hora de detenerse, pero no habría sueño para Taniq, solo una noche eterna, llena de oscuras contemplaciones. Estaba a solo unas horas de un nieto que nunca había conocido, al que temía conocer y que, sin embargo, debía encontrar. Quería saber qué le había pasado a Ankelar para poder descansar por fin.

Madera fresca crujió bajo las botas al entrar en los restos destrozados de los bosques del sur. El olor a savia y resina recién derramadas inundó los sentidos. Podía oír gritos y oraciones, súplicas al señor del bosque para que viniera y detuviera el exterminio.

Sabía que había Señores de la Arena allí, por lo que se había quitado la capucha para mostrarles que no era una guerrera, que no portaba armas, solo el retrato de su hija en una mano. Lo sostenía frente a ella, como un escudo.

Risas; se burlaban de ella, se divertían con su terror. Podían matarla en cualquier momento, y sabían que ella lo sabía. Qué retorcida era la existencia cuando la guerra se convertía en una forma de vida; ¿o era esto simplemente la naturaleza de los Señores de la Arena? ¿Se rieron cuando se llevaron a Ankelar? ¿Se rieron de su pavor, de sus palabras suplicando misericordia?

Taniq alzó la voz hacia los dos guerreros que caminaban hacia ella.

—¡Gra'dón! ¡Llevadme ante Gra'dón!

Se detuvieron en seco, la mueca de desprecio desapareció y, en su lugar, surgió la confusión.

Sus palabras, o sonidos, no eran más que una cadena ininteligible de clics, trinos y otras cosas que no podía describir, a excepción de una palabra.

Gra'dón.

Uno de los guerreros hizo un gesto con la cabeza y Taniq lo siguió, con la vista puesta en ellos y en el campamento enemigo que emergía lentamente ante ella.

Olía diferente, a hierbas y especias que no lograba identificar; los sonidos eran más parecidos a los de los insectos que a los de los elfos. Aquello reafirmaba la verdad de que los Señores de la Arena no eran humanos. Eso era lo que Hobin había dicho, la razón por la que sus nietos se habían convertido en Nim'uán y no en Desviados.

Los guerreros se detenían a mirar mientras la conducían al centro del campamento, hacia una tienda grande y circular, de una altura desmesurada. Ralentizó el paso, con el miedo gritándole que se detuviera, los árboles llamándola, advirtiéndole que no entrara, que no mirara el rostro del exterminador.

Estaban casi en la entrada pero, antes de que pudiera agacharse para entrar y enfrentarse a su nieto, uno de sus guías le arrebató el retrato de la mano temblorosa. Desapareció en el interior, solo para salir unos instantes después, pálido y con la expresión desencajada. Apartó la solapa de la tienda y Taniq dio un paso adelante, con la respiración demasiado rápida, el corazón martilleando y el pulso frenético en el cuello.

Esperó a que la vista se adaptara a la penumbra.

La solapa se cerró tras ella, dejándola sola con su miedo, un miedo que se convirtió en terror cuando la mirada registró la silla excesivamente grande y la figura que se sentaba en ella, como un rey gigante. Incluso entonces, tuvo que levantar la vista para verle la cara.

El dolor estalló en el pecho, atravesándole el corazón. Era una agonía nacida del pesar, una piedad tan grande que parecía que iba a partirla en dos.

Las lágrimas surcaron el rostro, pero no pudo apartar la vista de aquellos ojos verdes, unos ojos que conocía muy bien. Eran los que veía en sus sueños cada noche, los ojos de Ankelar.

Su nieto era hermoso de contemplar, élfico en todos los sentidos, salvo por lo extremadamente grande que era. Él le devolvió la mirada, dejando que ella se acercara por su propia voluntad. Dio un respingo cuando él finalmente habló, con una voz profunda y suave, impregnada de una entonación lírica, casi nostálgica.

—Me levantaría para saludarte, como es debido, pero no deseo asustarte, no antes de que me cuentes cómo has conseguido un retrato de mi madre.

Ahí estaba, lo había dicho, no es que ella necesitara pruebas de su identidad. Su rostro era innegablemente el de Ankelar.

Abrió la boca para hablar, con el cuerpo entumecido. Se sentía torpe, fuera de lugar, como si estuviera en un sueño.

—Yo... yo lo encargué.

Aquellos ojos verdes se agrandaron apenas, y entonces los músculos de las piernas se tensaron bajo los calzones de terciopelo que vestía. Taniq observó cómo se enderezaba lentamente. Echó la cabeza hacia atrás, mirándolo con asombro. La cabeza casi rozaba las lonas por encima de ella. Medía al menos tres veces su altura y se preguntó cómo podría algún guerrero igualarlo. Ni siquiera Fel'annár le llegaría más arriba del pecho.

Gra'dón permitió su escrutinio, seguramente acostumbrado a ello. Ella volvió a sobresaltarse cuando él habló.

—La conociste bien entonces...

Vulnerabilidad, a pesar de su aspecto intimidante. La había oído, justo bajo las palabras, y los árboles susurraron precaución.

—Soy su madre, Gra'dón. Eres mi nieto. —No había sido más que un susurro, pero el impacto que sus palabras tuvieron en el Nim'uán fue instantáneo y poderoso. Se puso en cuclillas, apoyó una rodilla en la alfombra y la miró fijamente, como si la estuviera viendo por primera vez.

Está confundido.

El rostro estaba frente al de ella, escudriñando la expresión de Taniq, incrédulo y, sin embargo, consciente de la verdad más allá de sus palabras. Sabía que eran ciertas.

—He cruzado desiertos. He navegado los mares del sur, he visto tormentas romperse contra las costas de Fin de la Tierra, todo con la esperanza de encontrar algún día la otra mitad de mí mismo. Pensé en viajar a Ea Nanú, una vez que la colonización de Ea Uaré se hubiera completado. Quería ver nuestra patria inmortal, buscar a mi familia. Y aquí estás, frente a mí. Tienes sus ojos, los míos.

—Sí. —Taniq alargó una mano y vio a Gra'dón estremecerse, pero él permitió su contacto. Los dedos acariciaron su mejilla perfectamente suave, sintiendo la carne cálida debajo. No era ningún monstruo. Era su nieto.

Es peligroso.

No le haría daño, no voluntariamente. De algún modo, ella lo sabía.

—Y ahora que me has encontrado, ¿no volverás a casa? ¿Me llevarás contigo?

Gra'dón sonrió, con la empatía brillando en la mirada. —No. Hay cosas que debo hacer, venganza que cobrar, justicia que buscar.

Habría sido demasiado fácil. De hecho, un vistazo alrededor de su campamento le confirmó a Taniq que Gra'dón había venido para quedarse. Aquello no era una simple incursión en tierras élficas en busca de su familia. Era una invasión a gran escala, una *colonización*, tal como él había dicho.

—¿Qué le pasó a Ankelar? —Taniq retiró la mano, observando el juego de emociones en el rostro del Nim'uán.

—Murió cuando teníamos diez años.

Taniq siempre había mantenido la esperanza de que siguiera viva, en algún lugar de Calrazia. Pero la posibilidad de que hubiera

muerto siempre había sido el resultado más probable tras su secuestro.

—¿Hace cuánto?

—Trescientos años.

—Seguro que ya se ha encontrado a sí misma. Vive en el próximo mundo, estoy...

—No. Puede que nunca se encuentre.

Taniq frunció el ceño y sacudió la cabeza. —¿Por qué dices eso?

—Porque se quitó la vida. No pudo soportar lo que estaba por venir, ver cómo sus hijos se volvían Incipientes y luego Desviados. Creía que ese sería nuestro destino como mortales. Se equivocaba.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Taniq, y se cubrió la boca temblorosa con una mano. Se dio la vuelta, reprimiendo a duras penas el sollozo que se le escapó. El futuro había aterrorizado a Ankelar porque era su madre, y nunca se habría apartado del lado de sus hijos, ni siquiera cuando se convirtieran en Desviados y la mataran. *Ella* los había guiado al Valle. La culpa habría corroído a su hija hasta el día en que se quitó la vida.

—¿Cómo murió?

—Se fue hacia el río Cor'hidén y nunca regresó. La encontraron muerta al día siguiente, arrastrada por el agua hasta la orilla.

—¿Cómo sabes que se quitó la vida? Pudo haberse caído...

—No. Nos dejó un mensaje. Dijo que no merecía volver a vivir. Dijo que su juicio había fallado, que nunca debería habernos llevado al Valle. Creía que el olvido era el único castigo lo bastante grande para sus pecados. Dime, abuela, ¿es cierto entonces? Si un elfo se quita la vida, ¿nunca volverá a renacer?

—Solo los Ari'atór pueden saberlo con seguridad. Pero creo que es verdad. Se castigó a sí misma, se alejó por voluntad propia para no regresar jamás. Dioses, no volveré a verla nunca.

Gra'dón le devolvió la mirada a Taniq por un momento, observando con fascinación cómo las lágrimas rodaban por su rostro.

—Sí. Sí, sufrió. Es el sufrimiento de todos los mortales, condenados como están a despedirse de sus seres queridos por toda la eternidad. Fue con la muerte de nuestra madre cuando juré

venganza contra estas tierras, para tomarlas para mí y liberar la Fuente, de modo que los mortales también puedan pasar y tener la oportunidad de un nuevo comienzo. Hasta hace un momento, mantenía la esperanza de que mi madre pudiera encontrar la forma de vivir de nuevo, de que pudiera volver a verla si lograba cruzar los Últimos Marcadores. Sin embargo, incluso si lo hiciera, ¿dónde estarían mis hermanos? Dime, ¿a dónde van los medio elfos cuando mueren?

Taniq sacudió la cabeza. —No lo sé, niño.

—No. Y yo tampoco. Así que ya ves, estoy condenado a no volver a ver a mi familia nunca más y ¿por qué razón?, ¿solo porque no soy un elfo de sangre pura? Pensaron que me convertiría en Desviado... un Revenant al otro lado. ¡Pensaron que éramos *humanos!* — Gra'dón se puso de pie en medio de un revuelo de telas exquisitas.

—Nos cerraron el paso por pura ignorancia. ¿Pero cómo iba mi madre a decirles que éramos calrazianos? Enemigos de todos los reinos élficos. ¿Cómo iba a decirles que éramos *príncipes*? ¿Que estábamos destinados a gobernar y ser amados? ¡No pudo! — Gra'dón respiraba pesadamente por la nariz y apretó el poderoso puño frente a él mientras el rostro se distorsionaba, la boca se torcía y, por primera vez, Taniq vio sus largos incisivos.

Una descarga de hielo recorrió el cuerpo de Taniq y dio un paso atrás, con las manos extendidas, buscando donde apoyarse porque a punto estuvo de caer, con las rodillas demasiado débiles para sostenerse. La ira de Gra'dón era algo terrible de ver, y apartó la vista, cerrando los ojos para no presenciar su sufrimiento, su Desviación.

Cuando volvió a hablar, fue como si no hubiera alzado la voz en absoluto.

—Mírame, Taniq. Aquí no hay podredumbre. No soy medio humano. Soy medio *calraziano*, de la sangre de la serpiente. Nosotros no nos pudrimos, nos hacemos fuertes como la Madre.

Taniq miró, y su nieto volvía a ser hermoso, innegablemente el hijo de Ankelar.

—Cuando haya arrasado la ciudad del rey Thargodén, marcharé sobre Tar'eastór y también la destruiré. Y luego marcharemos sobre

Araria, y los mataré a todos. La Fuente será mía, y ningún elfo volverá a cruzarla jamás. Lo juro.

Ella no podía respirar, y en su mente, los árboles le gritaban que se fuera, que escapara. Pero no podía, ¿pues de qué serviría? ¿A dónde iría? ¿Cómo podría vivir sabiendo que su hija ya no existía? ¿Cómo podría enfrentarse a su pueblo y decirles que era la abuela del Nim'uán?

De pronto, el miedo que había sentido en presencia de Gra'dón desapareció. ¿Por qué iba a temer por su vida? ¿Qué propósito tendría más allá de preservarla? Taniq ya no sabía si deseaba eso.

Se dejó caer de rodillas, se cubrió la cara con las manos y, por un momento, simplemente lloró. Su vida estaba en esas lágrimas, brotando lentamente de ella. Toda su alegría, los motivos por los que había vivido, su conexión con los árboles. Todas aquellas cosas que había visto y hecho fluían por el rostro entumecido y, cuando no cayeron más lágrimas, miró a Gra'dón y descubrió que la observaba, ya no con ira, sino con empatía, con comprensión.

—Eres todo lo que tengo ahora, Gra'dón. Eres todo lo que queda de mi Ankelar.

Una mano grande se extendió y Taniq la miró. Suave, con las uñas perfectamente cortadas y pulidas, un anillo de oro y zafiro, una cabeza de serpiente con ojos de rubí. Era un príncipe de tierras extranjeras, hijo de un rey, hijo de Ankelar.

—¿Me hablarás de tu vida en Calrazia? ¿Me hablarás de mi hija?

Gra'dón sonrió, observando cómo su abuela tomaba la mano, pequeña en la suya, y tiró de ella para levantarla.

—Lo haré. Si te quedas conmigo, si te unes a mi conquista de estas tierras. Me gustaría que te sentaras a mi lado, madre de mi madre. Te ataviaré con las mejores vestiduras, te adornaré con las gemas más raras de tierras lejanas. Haré que mi pueblo se postre en tu presencia, que te alaben como la Madre Élfica. Nunca serás esclavizada.

Debería negarse, decirle que no quería ninguna de esas cosas. Pero en aquellas lágrimas que había derramado, también se había entregado a los vientos. Ahora, todo lo que quedaba de Taniq la

Oyente era curiosidad y la terrible necesidad de poner fin a su historia.

—Me quedaré.

Gra'dón sonrió y, una vez más, a Taniq le recordó su naturaleza desviada. Era un monstruo, y era hermoso. Allí estaba la perdición de su pueblo, aquel que mataría a sus árboles, que mataría a Alei y Amareth, que mataría al Señor de la Guerra.

Era extraño, pero el pensamiento no la perturbó, pues Taniq ya no sentía absolutamente nada.

Para cuando el Círculo Interior hubo terminado, el crepúsculo había caído sobre ellos.

Mientras salían del edificio, hablaban en voz baja, aferrándose a la esperanza de que hubiera una forma de ganar esta guerra. Pero Hobin había buscado la soledad, y había encontrado un lugar tranquilo sobre las almenas, con la mirada perdida en el infinito.

Las palabras de Taniq le habían hecho reflexionar sobre la naturaleza de la fe. Pero el significado mismo de esa palabra implicaba que *no* había razonamiento posible. No se puede razonar la fe. Todo lo que se puede hacer es sentirla. De algún modo sabía que el alma de un medio elfo no debería cruzar los Últimos Marcadores, pero no había sido capaz de explicárselo a Taniq. Ni siquiera podía explicárselo a sí mismo porque era como enunciar lo obvio.

Recordó su conmoción, su horror y luego el dolor abrumador que primero había prendido la chispa del enfado, y luego la de la ira. La había poseído, gobernando su boca y su cuerpo, y solo los dioses sabían dónde estaba ahora.

El crujido de la piedra bajo unas botas hizo que Hobin se volviera hacia dos figuras encapuchadas tras él. Sabía que eran Ari'atór, pero no dijeron nada, así que volvió a mirar al horizonte, si no a sus reflexiones.

—¿Podemos acompañarte, Hobin?

Extraño, reflexionó. Tanto Lainon como Tensári siempre se referían a él como Comandante Supremo. Esta noche era la primera vez que su encuentro sería claramente de naturaleza personal. Creyó comprender por qué.

—La situación de Taniq no me es ajena, Lainon. He visto... un sufrimiento terrible, familias desgarradas. Madres y padres dejando a sus hijos para siempre, otros viéndolos morir a manos de mis Ari'atór, sin entender jamás que sus muertes eran por misericordia, ignorantes siempre del precio que su supervivencia habría supuesto para el pueblo de Naz'arán. Sí, aprendemos, somos entrenados y Oruná es un maestro en eso. Pero nuestras almas son buenas por naturaleza. Matar, el sufrimiento que provoca a otros... no podemos evitar compartir ese dolor, incluso si comprendemos la necesidad, y ellos nunca lo harán.

—Pero duele igual, ¿verdad? —dijo Lainon.

—Sí. Sí, duele. Pero con cada muerte, con cada humano doliente, mi fe se fortalece, mi capacidad para distanciarme del sufrimiento es mayor.

—¿Es eso algo bueno? —preguntó Tensári. Hobin se volvió hacia donde estaba sentado, tomándose su tiempo para responderle.

—No lo sé.

Volvió a mirar hacia el horizonte.

¿Se estaba volviendo frío? ¿Llegaría un día en que se enfrentaría a la tragedia y no sentiría absolutamente nada?

—No. No creo que sea algo bueno. Si no siento nada, ¿cómo puedo seguir creyendo en lo que hago? ¿Cómo puedo reforzar mi convicción de que mis actos son necesarios si no puedo comprenderlo? Y para comprender, debo sentir.

Lainon y Tensári se acercaron a donde él estaba, pero Hobin resistió el impulso de girarse y mirarlos de frente.

—¿Te ha perdonado Alei por la muerte de Zéndar?

—No lo sé. Pero cuando me mira, ve la razón por la que murió su alma gemela. Si me *ha* perdonado, nunca llegará a aceptarme por completo ni se sentirá cómoda en mi presencia.

El susurro de la tela, el crujido del cuero y Tensári se puso a su lado.

—Lainon murió defendiendo a Fel'annár. Yo odié a nuestro Ber'anor, lo culpé por no haber sido más fuerte, más hábil, para que Lainon no hubiera tenido que recibir aquella flecha por él. Tú me enviaste lejos, a meditar en soledad, y lo hice. Aprendí que los «y si...» eran un acto inútil de alimentar un fuego inexistente. Las cosas son como son en el momento en que ocurren, y suceden como consecuencia de cómo son, no de cómo podrían haber sido. Y ahora, yo también moriría por Fel'annár. Llegué a comprenderlo y, un día, Alei también lo hará.

Hobin giró la cabeza, encontrándose con los brillantes ojos azules de Tensári. Había visto su sufrimiento, lo comprendía bien. Cuando regresó de su viaje por las arenas, se había vuelto más sabia. Finalmente había comprendido por qué había muerto Lainon, pero también había descubierto su propio camino como Ber'ator, tal como Hobin supo que haría.

—Estabas unido a Zéndar, tan unido como yo lo estoy a Fel'annár.

Una estrella cayó del cielo, una estela de luz plateada cuya cola estalló luego en tonos verdes, rojos y azules. Hobin la vio disiparse con asombro, y luego se sobresaltó ante el estruendo que la acompañó. ¿Qué significaba? ¿Por qué había caído? ¿De dónde habían salido de pronto aquellos colores?

—Sí. Lo sabíamos todo el uno del otro, nos comprendíamos tan bien que a menudo no hacían falta palabras. Cuando murió Zéndar, Bel'arán se convirtió en un lugar más frío y perdí el interés en él durante un tiempo. Ya no me maravillaba con los Originales, ni siquiera sentía la magnitud de la Fuente. Todo era blanco y negro, mi curiosidad había desaparecido...

Recordaba bien aquellos tiempos, cómo lo miraba Alei, cómo se odiaba a sí mismo, cómo ya nada importaba de verdad. Y sin embargo, aquí estaba sentado, contemplando las estrellas, cuestionando la naturaleza una vez más. Se sentía a flor de piel, abierto hasta la médula, pero *¿por qué*?

Frunció el ceño, dio la espalda al sur y se enfrentó a los dos Ari'atór que tenía delante.

—¿Por qué estáis aquí?

Lainon ladeó la cabeza y luego, para sorpresa de Hobin, miró hacia arriba justo cuando el ulular de un búho vibró sobre ellos.

No vio nada. Y entonces otra estrella cruzó el cielo, más grande esta vez. Pero las luces de colores que había visto antes no estaban allí. En su lugar, la luz creció, tan brillante que se protegió los ojos y apartó la mirada.

Algo impactó contra el suelo, y oyó la voz de Lainon justo a su lado.

—Mira.

Con el corazón acelerado, los ojos ardiendo y el cuerpo gélido, quedó momentáneamente cegado por el resplandor. Retiró la mano y entrecerró los ojos a través de las manchas de luz coloreada, esperando que se desvanecieran.

Ante él, una figura permanecía de pie, plegando unas alas leonadas a su espalda, y de su dorso sobresalía una poderosa lanza hacia el cielo, con la punta reluciendo bajo la luz de una media luna.

Sacudió la cabeza mientras la vista recorría vertiginosamente el rostro del visitante. Piel oscura, nariz fuerte, ojos decididos que brillaban con más fuerza de la que nunca lo habían hecho en vida.

Hobin dio un paso adelante, sintiéndose torpe y rígido, sin respuesta en nada salvo en el corazón y los ojos, y luego en la mente mientras estallaba en mil recuerdos de guerra y paz.

Zéndar estaba ante él, expectante y curioso, esperando a que el estupor y la incredulidad disminuyeran.

Hobin quiso correr, abrazarlo, sentir su carne cálida bajo las manos, saber que estaba verdaderamente allí, pero todo lo que logró fue dar otro paso vacilante hacia la brillante figura, extendiendo una mano temblorosa frente a él.

—¿Zéndar?

—Soy yo, Hobin. He venido a ti en esta hora de guerra.

—¿Un Shirán?

—Sí, durante muchos años, quizá demasiados. Creo que esta podría ser mi última batalla. Es hora de descansar, al menos durante un tiempo, y permitirle a Alei la paz que se merece.

—¿Es por eso por lo que ella nunca se marchó? ¿Debido a vuestras incursiones en Bel'arán?

Él no respondió y, en su lugar, acortó la distancia entre ellos porque Hobin no podía. Cuando Zéndar lo abrazó, quedó paralizado un momento, mientras el frío se disipaba y la realidad le gritaba. Su Ber'ator estaba allí, en carne y hueso, cálido y vivo.

Alzó los brazos, rodeó la poderosa forma y se aferró a él mientras cerraba con fuerza los ojos ardientes. Todo el arrepentimiento, la tristeza y el pesado duelo se desvanecieron, liberándolo de la culpa que había cargado durante tanto tiempo. Se sintió ligero, vivo, y sonrió como no lo había hecho en años.

—Entonces, por el tiempo que tengamos, atesoraré cada momento de este regalo.

—Una guerra más, Hobin. Y luego os esperaré a ti y a Alei, al otro lado de este mundo, el tiempo que haga falta.

Detrás de ellos, Lainon se volvió hacia Tensári y vio que ella le devolvía la sonrisa. Ella se refugió en los brazos de él, trazando una línea por su mejilla. —¿Y cuánto tiempo tenemos *nosotros*, Lainon?

—Tenemos la eternidad, Tensári. A través de los ciclos de la vida y la muerte, a través de las divisiones entre un mundo y el siguiente, tú y yo siempre nos encontraremos, tarde o temprano.

Ella lo abrazó con más fuerza, con las manos rozando los ligeros surcos que recorrían la espalda de él. —¿Cómo es... morir, quiero decir?

Fueron los brazos de Lainon los que la estrecharon entonces, con una voz que no era más que un susurro melancólico. —Es un viaje de descubrimiento, Tensári. Es el camino a casa. No temas a la muerte.

—No la temo. Temo al olvido. Temo perder todos estos recuerdos, todos estos momentos de alegría y belleza. Temo un mundo sin ti. —Levantó la vista hacia el rostro de Lainon, viendo cómo se acercaba a ella hasta que no pudo enfocar más, y se fundió en su beso mientras la mano de él acariciaba el lado de su cara. Él era suyo; él *era* ella.

Se volvió hacia el muro donde Hobin y Zéndar estaban ahora sentados, mirando hacia los bosques del sur. Nadie sabía cuánto tiempo duraría aquella unión. Solo sabían que la espera tras la muerte no era eterna.

Todo lo que Tensári debía hacer era soportar el tiempo que había entre medias.

CAPÍTULO 19

Memoria Eterna

Aún no había luz, pero el amanecer inminente se sentía pesado, como nubarrones de tormenta alzándose en el cielo, gigantes grises que todo lo cubrían lentamente, bloqueando el sol que se acercaba. Aquel podría ser el último día de su vida, de todas sus vidas, pues el enemigo estaba casi sobre ellos; los árboles lo proclamaban, advirtiéndole una y otra vez, a pesar de que sabían que podía oírlos.

Se rodó sobre la espalda, giró la cabeza hacia la figura dormida de Llyniel y sonrió.

Anoche, Lainon se había marchado a buscar noticias de cualquier avance que los reyes y Ket'subá hubieran logrado con el Fuego Pelágico. Mientras se lanzaba desde los tejados, Fel'annár no había pasado por alto la silueta de otra ave: un búho. Lo había visto antes, estaba seguro de ello. No servía de nada preguntarle a Lainon, por supuesto, pero Fel'annár en realidad no necesitaba hacerlo.

Zéndar *era* Shirán.

Se dio la vuelta, deslizó el brazo sobre Llyniel y la atrajo hacia sí. Sintió que ella buscaba su mano y se la ponía alrededor como un chal. Ella le besó el antebrazo y apoyó la cabeza contra él.

—Esta puede ser la última vez que estemos así tumbados.

Las palabras de ella hicieron que el mundo exterior cobrara nitidez y, cuando él habló, fue con suavidad, nada más que un susurro de miel. —He estado despidiéndome de todo el mundo desde mi regreso del norte. Pero nunca me despediré de ti. ¿Cómo podría, si estás dentro de mí? No puedo decirme adiós a mí mismo. Si muero, no será por mucho tiempo, y cuando me encuentre a mí mismo, te encontraré a ti. Cueste lo que cueste, te encontraré.

Llyniel se giró en sus brazos y lo miró. —Tomaré el Camino Largo. No puedo quedarme aquí, no sin ti.

Fel'annár se inclinó, acarició con el pulgar la mejilla húmeda de ella y sintió que los propios ojos se le humedecían. No estaba despidiéndose, pese a las escasas probabilidades de sobrevivir a otra guerra.

—Llyniel… —La besó con la suavidad de una pluma, sintió sus labios flexibles, el poder del amor de ella por él mientras se mezclaba y entrelazaba con la adoración que él sentía por ella. Sus palabras fluyeron, ligeras como una luciérnaga en una brisa de otoño.

—Este amor nos impulsará hacia adelante, sobre el campo de batalla, hasta su mismísimo corazón. Su senda conduce al camino inmortal. Si uno de nosotros se pierde, el otro lo buscará, lo arriesgará todo para encontrarlo. Esa es la naturaleza del amor, tal como yo lo veo. Su vínculo sobrevive siempre, más allá de la muerte, más allá de la realidad, directo a los orígenes de los mundos, donde nacen los dioses y la vida cobra existencia. Y como te amo, sanadora, esta es mi promesa.

Llyniel se incorporó, con los ojos muy abiertos, buscando el rostro de su propia alma, con las palabras de Fel'annár resonando en su mente. Sin palabras propias, respondió de la única manera de la que era capaz. Se acercó a él, lo estrechó contra ella, recorrió sus brazos, su espalda, el tacto de su cabello, la forma de su rostro. Recordaría cada línea y cada pliegue, cada curva y cada valle, guardaría esos recuerdos, y si él caía, recordaría estas palabras que había pronunciado, evocaría su tacto, atesoraría todo aquello hasta que pudiera encontrarlo de nuevo, amarlo de nuevo.

Esa era su promesa.

~

Las aguas veloces habían propiciado el viaje más rápido desde Abiren'á del que Dalú tuviera memoria. Pero no fue hasta que llegaron a Sen Garay cuando advirtió que algo iba mal.

Era un pueblo grande, pero lo que él y sus seiscientos guerreros habían encontrado era una ciudad llena de silvanos, alpinos y, extrañamente, pelagianos.

Había hablado con los líderes silvanos, entre ellos Lorthil, a quien Dalú conocía bien. Pelagia había sido invadida. Los Señores de la Arena estaban convergiendo en la ciudad. La guerra que habían librado en el norte había sido una distracción, una parte de un ataque de dos frentes. No sabía de cuánto tiempo disponían, pero desde luego no era suficiente.

Mientras las balsas navegaban hacia los muelles y las manos que aguardaban, Dalú divisó a Fel'annár y su Compañía, con Gor'sadén y Turion a su lado. El pavor se le retorció dolorosamente en las entrañas, pues conocía el significado de una recepción tan eminente.

Ya más cerca, pudo ver el rostro sombrío del señor de la guerra y el ceño fruncido de Turion. Y entonces, detrás de él, divisó un rostro que no había visto en muchos años.

Jarabon. Uno de los mejores tenientes que jamás había conocido.

Levantó la mano hacia todos ellos y ellos le devolvieron el saludo. Pero no hubo vítores, ni ciudadanos agradecidos que mostraran su gratitud por los sacrificios de los guerreros. Todos estarían en el bosque, o tras las puertas cerradas que conducían a la ciudad.

Su balsa dio un tirón cuando las manos que esperaban alcanzaron las cuerdas y las aseguraron. Fel'annár dio un paso al frente, le tendió la mano y Dalú la tomó, y luego le apretó los antebrazos al señor de la guerra. Fel'annár los agarró con más fuerza.

—Estamos muy contentos de que estéis aquí, y justo a tiempo. —Lo soltó e indicó hacia Turion mientras Fel'annár y La Compañía saludaban a los guerreros que regresaban. Estos estaban

confundidos, llenos de preguntas sobre el enemigo que se aproximaba, y ellos respondieron lo mejor que pudieron.

Dalú saludó a Turion y a Gor'sadén, y luego escuchó mientras el comandante explicaba la situación. Para cuando hubo terminado, Dalú estaba conmocionado y desconcertado.

—Después de todo lo que hemos hecho en el norte, ahora debemos enfrentarnos a otra batalla. Nuestras posibilidades parecen… escasas.

—Por lo que Fel'annár me ha contado, también eran escasas en el norte. Y sin embargo, aquí estáis.

—Allí teníamos a los árboles con nosotros, comandante. Teníamos al señor de la guerra y a Las Hermanas, pero aquí en la ciudad, el bosque no puede ayudarnos.

Turion le sostuvo la mirada a Dalú, incapaz de rebatir su argumento. En su lugar, asintió y se volvió hacia donde esperaban los caballos. El veterano capitán lo observó y luego se dirigió a Jarabon.

Sonrió y avanzó cojeando, mientras Jarabon se acercaba a él con una cojera todavía peor.

—Vuelves a vestir el uniforme. Y eso que te habían licenciado.

—El príncipe Rinon ha revocado esa orden. Vuelvo a servir, bajo el mando del señor de la guerra.

—¿Es eso una consecuencia de este nuevo ejército? ¿Que aquellos guerreros que quedaron con cicatrices aún puedan servir?

—No soy el más indicado para responder a esa pregunta, Dalú. Yo mismo acabo de llegar; me uní al éxodo desde Pelagia hacia la ciudad. Reuní a los silvanos que habían dejado el ejército cuando los Puristas prácticamente se hicieron con el Círculo Interior. Hay algunos como yo, heridos y dañados, pero que aún pueden luchar.

—Siempre que no tengáis que correr —dijo Dalú con una sonrisa —. Bienvenido de nuevo, Jara. No sabes lo mucho que significa que nuestro príncipe heredero os haya rehabilitado a todos. Es una señal de los tiempos que una vez dudé que llegaran a cambiar.

—Han cambiado. Puedo verlo en el poco tiempo que llevo aquí. El señor de la guerra ha restaurado el sentido común, ha devuelto la dignidad a nuestros combatientes silvanos.

Juntos, el capitán y el teniente de antaño se dirigieron a los caballos y montaron. Dalú guió su caballo hacia donde Fel'annár estaba en la silla y, por un momento, dejó que la mirada lo recorriera. Cuando habló, fue en voz baja, aunque sin importarle si los demás lo oían.

—Eres el digno sucesor de tu abuelo, señor de la guerra. Ya tenías mi lealtad, pero con este único acto, con el respeto que muestras por nuestros guerreros olvidados, te has ganado mi amor como hermano de armas. Casi había olvidado los días de antaño, cuando los guerreros estaban orgullosos de defender a su pueblo, a sus tierras, pero todo está volviendo a mí ahora. Tienes mi gratitud por recordarlos.

Fel'annár sonrió suavemente, mientras la mirada le recorría el rostro curtido de Dalú y la cicatriz plateada que tiraba de la piel en un lado de su cara. —Con tu ayuda ganaremos esta guerra, Dalú. Todo lo que debemos hacer es quererlo, creer que podemos lograrlo, pese a las probabilidades en contra. Ya lo hemos hecho una vez. Ahora, lo haremos de nuevo.

Dalú rara vez sonreía, pero lo hizo entonces. Con una última mirada a Jarabon a su lado, los guerreros espolearon sus monturas para iniciar un medio galope hacia una ciudad que pronto estaría en guerra.

Era temprano por la mañana, el primer día de la nueva vida de Taniq como abuela del Nim'uán.

Al salir de su lujosa tienda, se alisó con la mano el opulento terciopelo de una túnica que le venía demasiado grande. Apenas importaba. Era cálida, estaba limpia y resultaba extrañamente apropiada.

No era élfica.

Caminó junto a otras tiendas que suponía ocupadas por los caciques de Gra'dón. El grueso de su ejército acampaba a cierta distancia por detrás, extendiéndose mucho más allá del horizonte

sur. Pronto, el rey estaría muerto, al igual que su familia, el señor de la guerra, Alei y Amareth.

Alguien gritó, el sonido distante y amortiguado, y Taniq se volvió hacia una tienda que se alzaba cerca de la línea de árboles talados, aislada y sin vigilancia. Buscó a los árboles con la mirada, pero todo lo que encontró fue silencio.

Frunció el ceño, giró sobre sí misma, preguntándose por qué no respondían. Había destrucción aquí, pero aún quedaban muchos árboles más allá del ancho camino que los Señores de la Arena habían labrado para sí mismos.

¿Estaban de duelo? ¿O estaban enfadados con ella por seguir a Gra'dón?

Otro grito, más profundo, más largo. Sacudió su cuerpo, tocó una fibra en su alma. Hablaba de pavor, de terrores más allá de la imaginación. Quienquiera que hubiera gritado ya no era elfo, o eso le parecía a Taniq.

Y sin embargo, necesitaba ver. Lentamente, caminó hacia la tienda, con la mirada buscando en la lona. Desde más lejos, los Señores de la Arena la observaban.

Más cerca, pudo oír a alguien hablando, o más bien suplicando, con una voz que ya no funcionaba, pues estaba en carne viva y con ampollas. No podía descifrar si era hombre o mujer, pero era élfico.

Extendió una mano, retiró la solapa y miró por la estrecha rendija.

Gra'dón estaba de espaldas a ella, la silueta proyectada sobre la pared trasera de la tienda. La mirada de Taniq se detuvo en la sombra de dos serpientes irguiéndose una al lado de la otra, con las cabezas moviéndose como para lanzarse y morder. Se volvió hacia el propio Gra'dón, hacia las serpientes talladas en su yelmo.

No se movían.

Ante él, colgando de cuerdas ensangrentadas y deshilachadas, dos cuerpos se balanceaban lentamente. Intentó comprender cómo seguían vivos, pero no pudo. De uno de los cuerpos arruinados, los restos andrajosos de una falda colorida colgaban alrededor de la carne viva.

Taniq parpadeó para ahuyentar las lágrimas, obligándose a mirar, a comprender.

Gra'dón levantó el poderoso brazo y por primera vez vio el látigo en su mano. Siguió el cordón largo y grueso hasta que se separaba en tres. Flotando sobre el suelo, tres cabezas de serpiente. Podía oírlas sisear y escupir, oír su propio corazón mientras se estremecía y gemía. La visión debería haberla hecho echar a correr, lejos de Gra'dón, lejos de este monstruo que era su nieto.

Pero necesitaba quedarse.

La mano del Nim'uán levantó el látigo y lo descargó sobre sus cautivos. Se hundió en la poca carne que quedaba en sus espaldas, salpicando sangre mientras el látigo restallaba. Gra'dón lo mantuvo en su lugar, y Taniq observó cómo las serpientes arremetían y mordían una y otra vez, hundiéndose en el músculo recién cortado.

Un grito desgarrador, como el de una presa fatalmente herida, atravesó su alma élfica, le rompió el corazón, porque no importaba quiénes hubieran sido o qué hubieran hecho. Soportar un final así era más que cruel, más allá de toda comprensión.

Un sollozo se le escapó, y Gra'dón se dio la vuelta bruscamente, con el látigo aún en la mano, los ojos ardiendo en naranja, la boca torcida por la rabia… ¿o era regocijo?

Ella retrocedió un paso, sacudió la cabeza y se alejó, dando la espalda vulnerable al Nim'uán, al hijo de Ankelar. No hubo movimiento, ni restallido sobre la propia espalda, solo el lastimero gemido de un elfo destrozado. Taniq deseó que murieran, que escaparan de aquella crueldad.

Se mantuvo erguida, se volvió hacia Gra'dón, cuyo rostro volvía a estar sereno, a pesar de que gotitas de sangre salpicaban el hermoso semblante. Le sostuvo la mirada, vio su curiosidad, su desvergonzada determinación.

Una especie de fuerza silenciosa la invadió. Debería haber estado aterrorizada y, sin embargo, con la comprensión llegó la aceptación final. Gra'dón era una abominación. Era su nieto. Por esto Ankelar se quitó la vida, para no tener que ver en qué se habían convertido sus hijos, lo que ella misma había provocado.

Se dio la vuelta, caminó con orgullo de regreso a su tienda y se preparó para marchar con el ejército enemigo. Se secó las lágrimas con un paño húmedo, preparó su sencilla bolsa de tela y se la colgó cruzada sobre el pecho. De pie en el umbral, observó a Gra'dón hablando con un cacique arrodillado ante él.

—Estamos listos para cubrir las últimas leguas. Llegaremos a los límites exteriores de la ciudad incluso antes de que Radan complete su ciclo descendente.

—Estaré con vosotros en breve.

—Emperador. —Sondak se puso en pie—. ¿Iniciará el ataque mañana?

—No. Una vez que hayamos estudiado la ciudad con nuestros propios ojos, haremos los ajustes finales. La colonización comenzará al día siguiente al amanecer. Acampemos ante su mismísima puerta, mostrémonos para que vean lo inútil que es luchar contra nosotros. No dormirán.

—Será un día glorioso, Emperador. Será un honor para mí estar a su lado.

Gra'dón levantó la cabeza, disfrutando de la adulación de Sondak. Asintió, observó a su cacique alejarse a grandes zancadas y luego se volvió hacia Taniq.

—Es la hora. —Sin explicaciones. Sin vergüenza.

La Oyente asintió y lo siguió hasta un carruaje pequeño. Subió los dos escalones y se sentó en el banco acolchado. Era un carruaje que se había utilizado para transportar suministros, pero Gra'dón había ordenado que lo limpiaran y tapizaran con fino terciopelo. Incluso el conductor tenía un aspecto inmaculado, más parecido a un guardia ceremonial en las puertas del rey que a un invasor de los Señores de la Arena.

Gra'dón le sonrió, a pesar de que ella estaba sentada en el carruaje. —Te veré esta noche, abuela.

Taniq asintió, lo vio alejarse con paso firme y observó la oleada de guerreros arrodillándose a su paso. Ella era una Oyente silvana, sentada entre un mar de Señores de la Arena que venían a destruir el único mundo que había conocido, a destruir los bosques… sus

árboles. Incluso entonces, ellos la observaban con ojos acusadores, susurrando palabras de traición.

Se sentía patética, deseó no haber venido nunca, pero entonces, ¿de qué otra forma podría haber llegado a saber qué le había sucedido a Ankelar después de su secuestro?

Su hija había sido entregada como regalo al rey de Calrazia, se había convertido en su concubina, había dado a luz a cuatro hijos y luego había escapado de su vida de lujo y abusos.

El trágico final de Ankelar era todo en lo que Taniq podía pensar, y se preguntaba: si su hija hubiera vivido, si hubiera estado allí para ver en qué se había convertido su hijo, ¿tendría la vida sentido alguno? Aunque hubiera tomado el Camino Largo, su memoria era tan eterna como su alma. Jamás podría olvidar y, por primera vez, Taniq comprendió por qué su hija se había quitado la vida.

Era para no recordar nunca.

Los elfos eran inmortales, y también lo era la memoria, igual que la suya propia.

~

—Sujeta la hoja con más fuerza, hermano.

—Lo estoy intentando.

—¡Más fuerte! —La hoja de Maeneth chocó contra la espada corta de Handir y, para consternación de este, se detuvo justo antes de cortar la fina tela de su túnica.

—¿Es que ni siquiera puedes intentarlo, Handir?

—No soy un guerrero, y nunca lo seré. Es un hecho, hermana. ¡Si alguna vez me encuentro cara a cara con un Señor de la Arena, la única forma en que lo mataré será si se muere de risa!

—¿No puedes defenderte en absoluto, hermano?

—Sé dar puñetazos. Fel'annár me enseñó en el camino de vuelta desde Tar'eastór. Y una vez dejé fuera de combate a un pirata con una palangana.

Rinon chistó y se levantó del murete de piedra donde había estado encaramado, en la Gran Meseta del rey. Thargodén lo siguió.

—Entonces ve con los civiles al Gremio de Mercaderes, Handir. Si las cosas van mal, llévalos a las llanuras y al bosque. Sobrevivirás para guiarlos, para reclamar estas tierras al enemigo, si llegáramos a perderlas.

—No las perderemos. Y no huiré. Me quedaré aquí, con mis mejores galas, y observaré hasta la última consecuencia.

—No lo harás. —Thargodén apareció tras Rinon, con la gran espada de la Casa de Or'Talán colgando a su costado—. Si no puedes luchar, no puedes quedarte aquí.

—Padre...

—No. Serás un estorbo para tus hermanos, para Maeneth y para mí. Pero en el gremio serás un líder, serás necesario. Serás *útil*.

La indignación afloró y él se armó de valor, echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente a su padre.

—No estoy diciendo que no sirvas para nada. Estoy diciendo que no puedes luchar, y eso es un hecho. Si no puedes luchar, no debes distraer a mis guerreros. Necesito saber que mi linaje continuará, en caso de que perdamos la batalla.

Handir miró al suelo, apretando la mandíbula.

—No pretendía menospreciarte. Has sido fundamental en la historia reciente. Propiciaste el principio del fin de Band'orán. Ayudaste a Fel'annár a adaptarse a su nueva realidad, prestaste tu mente para purgar el reino de la Pureza Alpina, para restaurar la libertad y la integridad de la Casa de Or'Talán.

—Sabe que tienes razón, padre. —Rinon caminó despacio hacia su hermano, observando cómo la ira y la frustración se suavizaban. Handir estaba escuchando—. Pero le frustra. Somos una familia guerrera por parte de Or'Talán. Pero la familia de nuestra madre eran académicos, filósofos y pensadores. Él se parece a ellos, y pocos lo recuerdan. Si los tres muriéramos mañana, o al día siguiente, él sería un digno sucesor de las casas de Or'Talán *y* Canusahéi.

Thargodén se volvió hacia Handir, viendo cómo el impacto se transformaba en confusión y luego en una lenta aceptación. Advirtió entonces que nunca había reconocido a Handir de esa manera. Le entristeció, y sintió una necesidad terrible de remediar aquel

descuido. No permitiría que su hijo descubriera lo orgulloso que estaba de él en una simple carta que debiera abrirse tras la muerte de Thargodén. ¿Acaso no había sufrido él mismo las consecuencias del silencio de su padre antes de marchar a la guerra?

—Sí, será un gran rey; un rey civil; un rey *pensador*. Estoy *orgulloso* de ti, Handir.

Handir abrió la boca pero la cerró de inmediato.

—¿Qué es esto? ¿Handir, el Consejero Real, se ha quedado sin palabras? —Maeneth sonrió a su hermano menor.

—Ahora ya sabemos qué decir la próxima vez que no cierre el pico —murmuró Rinon, enarcando una ceja imperiosa, tal como solía hacer Sontúr.

Finalmente, Handir sonrió.

Sorei llevaba en las forjas desde el amanecer.

Sus aprendices habían trabajado en turnos largos, fabricando las puntas Synth que se colocarían en las lanzas gigantes. Con suerte, atravesarían las pieles impenetrables de los Lagartos de Gas, o al menos eso afirmaba el príncipe Sontúr.

Desde las forjas, se dirigió a los campos de entrenamiento y los encontró llenos a rebosar. Grupos de guerreros formaban círculos en cuyo centro se practicaba la esgrima. A un lado, los arqueros perfeccionaban su puntería y, entre el mar de túnicas verdes y azules de las divisiones del Bosque y la Montaña, divisó las bandas grises de los recién investidos Discípulos Kah.

Más adelante, vio al capitán Henú junto a Salo. Juntos observaban a Vasanth mientras entrenaba con el teniente Dashen. Se unió a ellos en silencio, con los ojos fijos en la alta y morena silvana.

—¡Los pies, Vasanth!

Ella giró sobre sí misma, dio unos saltitos, presentó la espada con ambas manos y mantuvo la vista fija en la hoja de Dashen.

—¡Mírame a mí, a *mí*!

Ella levantó la vista y paró un ataque repentino.

—Control. Suavemente ahora...

Él atacó de nuevo, observando cómo ella lanzaba un tajo lateral que hacía deslizar su hoja por la de él.

—Bien.

Sorei le dio una palmada en el hombro a Henú, asintió a Salo y se marchó hacia el campo de tiro con arco. A lo lejos estaban las dianas, donde los voluntarios extraían flechas y las guardaban en carcajes, mientras otros corrían de un lado a otro del campo para devolvérselas a los guerreros.

Observó otra descarga impactar en el heno compactado y luego a un joven elfo que arrancaba las flechas y las metía en el carcaj que llevaba a la espalda.

Sorei ladeó la cabeza, frunció el ceño y dio un paso adelante. El chico miró en su dirección, se quedó petrificado y se escondió detrás de una diana.

Frunció los labios, con la alarma luchando contra el humor.

—¡Eloran!

Él asomó la cabeza por su escondite; debió de comprender que no servía de nada salir corriendo.

—¿No os habíais marchado tú y tu familia a Sen Garay?

Eloran abrió la boca, pero no salió nada y volvió a cerrarla con fuerza.

—Lo hicisteis, ¿verdad?

—Por favor, no se lo digas a nadie. No podía quedarme allí. Estábamos en Sen Garay, pero entonces vino Fel'annár y pidió voluntarios; tenía que irme.

—¿Se lo dijiste a Alféna entonces?

—Yo, esto... no.

—¿Dónde te estás quedando? ¿Cómo te las arreglas solo?

—No soy un niño.

—Lo eres. Por poco, pero lo eres. No deberías estar aquí, y lo sabes.

Eloran infló las mejillas y miró a Sorei. —Está bien. Pero ya que estoy aquí, no tiene sentido mandarme de vuelta. Es peligroso.

Nadie puede cruzar las llanuras ahora. Además, estoy aprendiendo a fabricar flechas con Melven. Me ha tomado como aprendiz, ya ves.

—¿Sabía cuántos años tienes?

Eloran apretó los labios. —Sí.

Sorei lanzó un hondo suspiro. —Sé cuánto deseas luchar, Eloran. Pero Fel'annár te dijo que esperaras. Tu madre te dijo que esperaras. ¿Por qué crees que sabes más que ellos?

Eloran bajó la cabeza avergonzado y una expresión de suavidad apareció en los afilados rasgos de Sorei.

—Mantente alejado de la batalla. Lo digo en serio. Me lo prometerás y, si no lo haces, le diré a Fel'annár que te he visto y cómo encontrarte. Si no quieres responderme a mí, le *responderás* a él.

Eloran sopesó sus palabras, las dos opciones ante él. —No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada, capitana.

—Ir al Gremio de Mercaderes no es no hacer nada. Puedes ayudar allí, y el príncipe Handir estará allí, liderando a los civiles en caso de que necesiten evacuar.

—Ese es el hermanastro de Fel'annár.

—Lo es. Ellos dos están más unidos que con cualquier otro de su familia alpina. Handir agradecerá tu ayuda. Él no es un guerrero. Puedes ayudar a protegerlo mientras guía a la gente a un lugar seguro, si se llega a eso.

—No se llegará.

—Puede que sí. Y los comandantes deben contemplar todos los resultados posibles, por el bien de su pueblo.

—Está bien. Hablaré con Melven.

—Bien. Eloran; todos servimos, de una forma u otra. La naturaleza de ese servicio no se mide por *lo que* hacemos, sino por *cómo* lo hacemos. Es en el *corazón* donde reside la grandeza.

Eloran se irguió ante ella, casi tan alto como ella. Aún había una suavidad infantil en su rostro, pero los ojos contaban la historia de un chico que pronto se convertiría en guerrero, uno que Sorei calculaba que sería tan prometedor como Vasanth en los años venideros.

~

La comida del mediodía ya había pasado, pero en lo único que Fel'annár podía pensar era en el día siguiente y en las abrumadoras probabilidades en su contra.

Todo el mundo estaba fuera, y eso le daba la rara oportunidad de sentarse a solas y reflexionar.

Necesitaba *pensar*.

El rostro de Pan'assár se materializó en su mente, instándole a comprender algo. Sacudió la cabeza, bajó la vista hacia el diario abierto y tomó la pluma.

Este podría ser el último día de mi vida.

Se quedó mirando las palabras, como si las hubiera escrito otro. Las tachó, deseando poder borrarlas sin más. Era su deber creer que podían ganar aquella guerra, su obligación seguir intentándolo, encontrar la manera de derrotar a los últimos de los Nim'uán.

Cerró de golpe el diario y lo sintió bajo la palma de la mano.

Su madre había llevado un diario, le había contado Amareth, y Or'Talán también. No sabría decir si fue por la influencia de su madre o por la amistad que habían compartido. Pero aquel diario le había aportado paz a Pan'assár, y a Fel'annár, comprensión. Se preguntó qué le aportaría el diario de su madre si alguna vez tuviera la oportunidad de leerlo.

Acarició con el pulgar el cuero rugoso, resistiendo el impulso de abrirlo de nuevo y hojear las páginas de su propia historia reciente: el último año de su vida.

Lo había registrado todo allí. Su partida de Lan Taria. El entrenamiento de recluta y Turion, el entrenamiento de novicio y Lainon, y luego su viaje al Bosque Profundo y el descubrimiento de que *no* estaba loco.

Los Oyentes existían, y él era uno de ellos.

Después, había documentado su viaje a Tar'eastór, cómo había conocido a Handir y, finalmente, descubierto quién era su padre. Escribió sobre el Kal'hamén'Ar y el juicio en el que Pan'assár casi lo mata, solo para encontrar su propio camino hacia la redención.

Había dibujado a Galdith y Narosén. Había dibujado a Lainon, Llyniel y a la chica incipiente que su Ber'ator había matado en una fría cueva en las montañas de Tar'eastór. Lainon había muerto poco después para que Fel'annár pudiera vivir.

De todos sus diarios, este era el más emocionante, el más fascinante, pues contaba la historia de su viaje de recluta a señor de la guerra con palabras y dibujos.

Fel'annár estaba en paz consigo mismo por primera vez en su vida. Solo deseaba haber tenido más tiempo para pasarlo con el padre al que siempre había echado de menos; y ahora que lo había encontrado, no sabía muy bien qué hacer. Quería más tiempo con Handir, con Rinon, Maeneth y Sontúr, con su familia silvana y La Compañía.

«Extraño», reflexionó. Había hecho lo que *podía* hasta que se reveló su destino. Ahora, haría lo que *debía*.

Miró por la ventana, por encima del tejado del palacio fortaleza, y dio un respingo. En un saliente cercano, Lainon permanecía completamente inmóvil.

Abrió la ventana y observó a su amigo volverse hacia él, con el sol de la mañana a su espalda. Fel'annár salió y se acercó al borde tanto como se atrevió.

—Los Shirán volarán pronto. Lord Ket'subá sigue trabajando para encontrar la forma de traer el fuego. Aún no lo ha logrado, pero quiere a la mayoría de nuestros guerreros sobre Dan'bar, en caso de que haya un avance.

—¿Hay tiempo suficiente, Lainon? ¿Podéis hacer el vuelo de ida y vuelta a tiempo si encontrara la manera?

Lainon no respondió de inmediato. En su lugar, desvió la mirada, entornando los ojos mientras los fijaba en el horizonte y, aunque era totalmente elfo, por un momento fueron los ojos de Azure los que Fel'annár vio.

—No lo sé. Estará muy ajustado, y requerirá de cada agente que tengamos.

—Entonces volad rápido, hermano.

—Yo no voy.

Fel'annár frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Mi deber está ahora a tu lado. No debes morir. Solo tú puedes proteger a este pueblo, a nuestros bosques. Y si los Nim'uán pueden ser derrotados de alguna manera, necesitamos a cada Guerrero Kah que tengamos. No puedes morir, no hasta que Gra'dón haya desaparecido.

—¿Así que *puedo* morir, solo que todavía no? —Fel'annár sonrió, volviendo una mirada expectante hacia su amigo.

—Exactamente. Es una cuestión de practicidad, por supuesto.

—Naturalmente.

Un grupo de compañeros improbables voló por encima, rumbo al sur. Un búho, un cuervo y un chochín. Un ulular, un graznido y un gorjeo resonaron a su paso.

Lainon les sonrió.

Fel'annár los siguió hasta que los perdió de vista y luego se volvió hacia Lainon con una pregunta en los ojos. Pero Lainon se limitó a arquear una ceja y regresar a su puesto en el extremo del tejado.

Fel'annár sostuvo el catalejo ante el ojo derecho, escudriñando el inicio del bosque del sur en busca de cualquier señal de luz en el crepúsculo. Pero lo único que alcanzaba a ver era un azul cada vez más profundo y la silueta de los árboles, árboles que pronto serían talados para dejar paso al enemigo, de modo que Fel'annár no pudiera ordenarles que atacaran antes de su llegada.

Soltó el catalejo, dejando que colgara del cuello mientras continuaba inspeccionando la base de las murallas. Él y La Compañía eran los únicos elfos fuera de las puertas, salvo por aquellos que cavaban las trincheras ante las puertas principales. Pero después de aquella noche, la ciudad se cerraría, y cuando volvieran a abrirse, sería íntegra y en la victoria, o arruinada en la derrota.

—Mengol erigió estos muros por orden de Or'Talán. Viajó desde la Madre Patria hasta estos bosques colonizados y encargó a un ejército de canteros que hicieran realidad su diseño. Es una de las

construcciones más imponentes jamás levantadas y, desde luego, la más ingeniosa. Podría seguir, pero sospecho que ninguno de vosotros desea una lección de historia.

Fel'annár se apoyó contra la roca más grande, cruzó los tobillos y se quedó mirando a la nada. —Si ese Gra'dón es lo bastante listo, no atacará de noche, puede que ni siquiera al amanecer. Se tomará su tiempo, inspeccionará estos muros él mismo.

—Pues que lo haga. Nos da tiempo para estudiar a su ejército, su estrategia. —Idernon se echó hacia atrás junto a Fel'annár, mientras Ramien permanecía ante ellos. Carodel alzó la vista hacia las estrellas que asomaban mientras Galdith miraba fijamente hacia el bosque que pronto caería bajo las hojas de los Señores de la Arena, o quizá bajo el azote de las colas de los Lagartos de Gas, tal como había ocurrido en Tar'eastór.

En cuanto a Tensári y Lainon, se habían aventurado un poco más adelante, aunque seguían a la vista y al alcance del oído. Tenían el cuello estirado hacia arriba, señalando la miríada de pájaros que volaban sobre sus cabezas.

Fel'annár conectó con los bosques del norte, con los árboles y sus susurros tranquilizadores. Su gente estaba a salvo por ahora.

—Me gustaría sentarme en estos árboles, por última vez.

Nadie habló. Simplemente lo siguieron cuando Fel'annár trepó al primer árbol y se sentó apoyando la espalda contra el ancho tronco. Mañana ya no estaría, y Fel'annár acarició con suavidad la rugosa corteza con una mano calmante.

Lo siento, amigo mío.

Miró hacia el cielo azul marino mientras La Compañía se acomodaba a su alrededor. Idernon, siempre consciente de que Sontúr no era Silvano, le echó una mano hasta que estuvo sentado a salvo entre las ramas.

Respiró profundamente. Tras él, los muros de piedra, las imponentes siluetas de los mangoneles, fundíbulos y balistas. Más lejos, más allá del palacio fortaleza, las calles de la ciudad estaban desiertas, las casas cerradas con tablones, los puestos desmontados; no se veía a ningún civil salvo a aquellos que se habían quedado para ofrecer sus habilidades como canteros, carpinteros, herreros,

cocineros, flecheros y sanadores. Handir le había hablado del plan de evacuación en caso de que el enemigo atravesara las murallas, y Fel'annár supuso que la mayoría estarían ya en los gremios, desde donde tendrían fácil acceso al Camino Oscuro.

La mirada de Fel'annár se detuvo en cada miembro de La Compañía.

Una vez habían perdido a Lainon en las montañas de la Madre Patria, y poco antes habían perdido a Galadan en Abiren'á. Y ahora, ¿quién más pisaría el Camino Corto? ¿Carodel? ¿Galdith? ¿Ramien o Idernon? ¿Sontúr? O tal vez su Ber'ator, Tensári.

Se sobresaltó cuando Idernon habló.

—¿Estás listo? —preguntó Idernon con amabilidad.

Todo su entrenamiento. Todo su aprendizaje, todo lo que Turion y Lainon le habían enseñado, las enseñanzas del Kal'hamén'Ar, las cosas que había aprendido de Pan'assár y Hobin, de Handir y Bulan, el valor incalculable de la presencia de Gor'sadén a su lado. Todo aquello estaba en su interior, tan ciertamente como lo estaban Las Hermanas, y el poder de los Dohai pulsaba en su pecho. Todo se reducía a este momento, a este propósito que le correspondía cumplir.

—Sí. —Resopló, sonrió y se volvió hacia su amigo al hablar de nuevo.

—Pensaba que casi hemos cerrado el círculo. Cuando Ramien, Fel'annár y yo nos marchamos de Lan Taria, éramos unos ignorantes. No teníamos ni idea de que los adultos que nos rodeaban sabían exactamente quién era él. No teníamos idea de lo profundamente que la muerte de Lássira había afectado a nuestro pueblo. Tanto resentimiento, tanta determinación por lograr lo que Band'orán había frustrado. La reina Silvana tuvo un hijo, y él era un príncipe por derecho propio; *es* un príncipe por derecho propio.

Sontúr asintió. —Vuestro viaje a mi tierra natal fue el comienzo de ese camino, el que nos ha traído hasta este momento. Ese círculo está casi completo. Todo lo que debemos hacer es ganar esta guerra y llegar hasta el final, ya sea la muerte o la paz.

Carodel respiró hondo y exhaló por la nariz. —Hay algo en la llegada de esta bestia que inquieta mi corazón, hermanos. No es que

nos superen en número… ya hemos estado en esa situación y vencimos. —Sacudió la cabeza, con la mirada recorriendo el círculo de elfos—. Vimos maravillas en Abiren'á, vimos cómo los árboles se agitaban con ira mientras luchaban con nosotros, libres al fin de los rehenes. Y vimos a Las Hermanas, cargando en la batalla, extendiéndose sobre nosotros como el manto protector de un dios feroz y justo. Sobrevivimos a todo aquello, contra todo pronóstico.

—Galadan no lo hizo —dijo Galdith—. Y tarde o temprano, nuestra suerte también se acabará.

—Sí —dijo Idernon mientras miraba directamente a Carodel—. Pero ahora que hemos visto a Lainon, ahora que conocemos la naturaleza de lo que reside en el Bosque Perenne, incluso si morimos, sabemos que la vida continuará, en un lugar diferente y quién sabe, tal vez incluso en un tiempo diferente. Pero existiremos. Todo lo que somos perdurará. Todo lo que debemos hacer es encontrarnos.

—¿Crees que recordaremos? —preguntó Ramien.

—Yo sí —dijo Idernon—. Recordaré al Guerrero Bardo y al Muro de Piedra. Recordaré al Guerrero Alado, al Guerrero Silencioso, al Guerrero de Fuego y al Guerrero Guardián. Recordaré al Guerrero Feroz y al Guerrero Tornado. Nunca podría olvidar a ninguno de vosotros, siempre os encontraré. —Idernon se echó hacia atrás y apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas.

—Nuestro largo viaje a tu lado se resume en este momento. Proteged el Bosque Perenne a toda costa, aseguraos de que la obra de los dioses perdure, vivid en paz al fin, o morid en el intento.

Fel'annár miró fijamente a Idernon, abrió la boca para hablar pero giró la cabeza hacia el sur y luego, lentamente, se puso en pie y se agarró a una rama sobre su cabeza para estabilizarse.

—Santos dioses, hermanos.

Los demás se levantaron, se volvieron hacia el mar y contemplaron los primeros puntos de luz dorada. Uno y luego dos, diez y luego miles de ellos, extendiéndose como roca fundida desde los volcanes más allá de Pelagia.

Las Hermanas lanzaron sus gritos de advertencia a los árboles; el que estaba bajo ellos se balanceó suavemente en reconocimiento de

su final cercano. Fel'annár acarició con la mano la rama que había estado sosteniendo.

Os llevo conmigo a partir de ahora.

Miró hacia la luna creciente en el cielo, dos de las estrellas más grandes conocidas por los reinos élficos, una arriba y la otra debajo de ella, una conjunción poco probable, una que Fel'annár creía no haber visto nunca antes. Bajó la mirada hacia la creciente extensión de antorchas parpadeantes bajo el firmamento, sabiendo que la guerra estaba a apenas un día de distancia.

Fel'annár giró la cabeza hacia la izquierda, pero los ojos estaban desenfocados. Estaba escuchando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tensári, tranquila, pues los ojos de Fel'annár no brillaban con furia. No había peligro inmediato.

Taniq. ¿Hablarás conmigo, Taniq?

Lo he encontrado.

¿A Gra'dón?

A mi nieto. Lo conocerás pronto.

Había una nota quimérica en la voz de Taniq, como la de una persona perdida. Fel'annár ni siquiera podía empezar a imaginar cómo se sentiría si los Nim'uán fueran de su propia estirpe. A él también le haría perder el juicio, seguramente.

Es feliz, Fel'annár. Estaba buscando a su familia, igual que tú. Está contento y orgulloso de llamarme abuela. Todavía llora por su madre. Creo que una parte de él ha venido por venganza, por las cosas que ella tuvo que sufrir porque sus hijos eran solo medios elfos.

Fel'annár no quería saberlo, pero no podía cerrar su mente a Taniq. Ella estaba sufriendo. Necesitaba contar su historia, y él era el único que podía oírla.

—Lo siento, Fel'annár. No debería haberte hablado como lo hice. No merecías mi ira. Mereces mi respeto, pues eres el campeón de mis hermosos árboles. Defiéndelos siempre.

Me ayudarás, cuando todo esto termine.

¿Te refieres a cuando hayas matado a mi nieto? Yo ya no estaré aquí, Fel'annár. Dile a Alei que le deseo lo mejor, que espero que encuentre lo que busca y que sea algo bueno. Y si alguna vez te

aventuras por Ea Nanú, busca a Zafra. Dile que prospere, que me recuerde. Los recuerdos serán todo lo que quede de mi paso por los mundos élficos. Entrego mi cuerpo a los árboles, para hacerme una con ellos.

No volveremos a vernos.

¿Taniq? ¿Taniq?

—¡¿Taniq?!

—¿Fel'annár? ¿Qué ocurre? ¿La ha matado? —preguntó Idernon.

Fel'annár se volvió lentamente hacia él, con los ojos anegados en lágrimas.

—No. No ha sido Gra'dón. —Se presionó la mano contra el corazón y cerró los ojos con fuerza.

Llévala en el viento, Zafra. Llévala siempre.

Desde el norte, una brisa suave bailó a su alrededor. Olía a Ea Nanú y la vio alejarse volando, hacia el enemigo y, supuso, hacia donde fuera que Taniq hubiera elegido para sus últimos momentos de vida.

—Nadie puede ayudar a Taniq ya. Se encuentra en el mismísimo umbral de la realidad.

—Todo está en su lugar, Emperador. Nuestros exploradores están inspeccionando el terreno. Os informaré al amanecer.

—Has cumplido bien, Janveh. Esta noche trabajamos; mañana descansamos y evaluamos nuestra estrategia mientras nuestros ingenieros trabajan. El rey elfo no atacará antes que nosotros.

Janveh hizo una profunda reverencia y la mantuvo hasta que Gra'dón chasqueó la lengua, señal de que podía retirarse. Solo en su tienda, el emperador bajó la mirada hacia el despliegue de elaborados mapas, una tarea en la que los Señores de la Arena habían trabajado durante décadas. Muchos de ellos habían caído por esos mapas, muchos habían perdido la vida por la información recabada sobre costumbres, creencias y lenguaje.

Salió de la tienda y alzó la vista hacia el peculiar patrón de Gabru y Telhano, escoltando a la luna creciente en su deambular por el cielo. Justo al otro lado del claro estaba la tienda de su abuela. Había ordenado decorarla con alfombras y cojines suntuosos, y había puesto una guardia ceremonial en la entrada, no porque ninguno de sus jefes se atreviera a entrar sin permiso, sino porque quería impresionarla, hacer que deseara quedarse a su lado.

Una mirada al guardia le indicó que ella no estaba allí, de modo que continuó hacia el lindero del bosque. Debía ser cuidadoso, mantenerse alejado de los árboles. Habían matado a Xar'dón.

Ya más cerca, Gra'dón escudriñó la oscuridad y vio un destello de luz en la base del árbol más próximo. Se acercó con una mano en la espada.

Podía oír su propia respiración, el suave crujido de las hojas y ramas bajo sus pies, el golpe sordo de sus pisadas. Lo vio de nuevo, pensó que parecía el brillo de un cuchillo, pero solo era Taniq sentada allí, con la espalda contra el árbol, frente a un mar de troncos; madera para sus máquinas y para las hogueras de sus guerreros.

Parecía triste, pero entonces pensó que debía de estar dormida, pues no se había percatado de su presencia; o si lo había hecho, estaba sumida en sus pensamientos.

—Taniq.

Unos pasos más y vio raíces envueltas alrededor de sus hombros, alrededor de su cintura, y la mirada se dirigió al rostro de ella. Estaba dormida, con los ojos abiertos pero vidriosos; así era como decían que dormían los elfos.

Un resoplido de aire se le escapó porque, para él, aquello parecía el abrazo de unos amantes. La elfa silvana y el árbol, durmiendo juntos. Se puso en cuclillas ante ella, con una sonrisa asomando a los labios.

—Abuela.

Su sueño era profundo. Alargó la mano y pasó un dedo grande por la mejilla de ella.

Fría.

La mano se le congeló ante el rostro de Taniq, la movió hacia los labios de ella y esperó.

Inmóvil.

—¿Taniq?

Nada.

En su mente vio el rostro pálido, casi morado, de Ankelar, reluciente por el agua en la que se había ahogado, y entonces los ojos se le centraron en Taniq, yaciendo entre las raíces del bosque.

¿La habían matado?

Miró hacia abajo y apartó la capa de su abuela. Bajo ella, una mano pálida sobre una tela manchada de sangre; un pequeño cuchillo en la otra mano, ya laxa.

Con un corte profundo en la muñeca, se había quitado la vida, igual que su madre.

Se puso en pie lentamente y contempló a la mujer sin vida, su último pariente en este mundo. Taniq nunca se encontraría a sí misma. Incluso si Gra'dón cruzaba al otro mundo, nunca la encontraría, nunca vería a Ankelar. Jamás volvería a abrazar a sus hermanos.

Alzó la vista hacia Gabru y Telhano, con la luna entre ellos. Pero todo lo que podía ver era rojo. Todo era rojo. Sangre y fuego en sus venas, ardiendo con fuerza, dolor y la terrible necesidad de venganza. Necesitaba infligir el mismo dolor que le abrasaba el tuétano y amenazaba con hacerle reventar las venas.

Abrió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, sintió el frío de la noche sobre los sensibles incisivos. Abrió la boca y, desde lo más profundo del alma inmortal, gritó su agonía a la noche.

CAPÍTULO 20

Las Huestes de Gharzakan

Gra'dón había llegado de noche, y a medida que la oscuridad se desvanecía para dar paso al día, la enormidad de su llegada infundió un pavor terrible en los corazones de la gente del bosque de Thargodén.

Habían pensado que llegaría al amanecer pero, en su lugar, había aprovechado las horas del crepúsculo para aventurarse tan cerca como se atrevía, para burlarse de ellos, provocarlos y arrebatarles sus últimas horas de paz.

El rey Thargodén estaba bajo los estandartes de las casas nobles de Ea Uaré. Habían sido izados en lo alto de las murallas de la ciudad como testimonio de su valor en la batalla venidera. Roble Blanco, Lobo Plateado, Zorro Rojo, Oso Gris y, por supuesto, el esmeralda y roble de Or'Talán. Ellos contarían la historia de sus valientes hijos, los verían caer, los consolarían en la muerte o los aclamarían en la victoria.

Por encima del vigilante rey, las aves sobrevolaban las altas torres y cadalsos. Seguramente habían venido para observar la carnicería y luego alimentarse de ella. Thargodén no se lo reprochaba. Era el orden natural de las cosas y, sin embargo, Fel'annár les había dicho que no esperaba que el enemigo atacara ese día. De hecho, el ejército de Gra'dón no mostraba signos de que

fuera a moverse pronto. Podía ver animales en cercados en aquel nuevo paisaje de árboles talados, sumergido en la bruma matinal y el humo fragante de las hogueras.

Le dolía el alma; sabía que si Lássira estuviera allí a su lado, lloraría profundamente por el bosque, tal como seguramente hacía Fel'annár.

A la izquierda de Thargodén, los capitanes Dalú y Airen observaban; el acero y la determinación ocultaban el pavor que sabía que sentían. Él mismo lo sentía, palpitando en las entrañas. Turion había planeado un asedio, pero contra semejantes números, ahora parecía una tarea imposible.

A la derecha de Thargodén estaban Turion y Rinon, como el fuego y el hielo, con los rostros petrificados. Ellos, junto con Fel'annár, liderarían a su insignificante ejército y defenderían esta ciudad mientras pudieran.

Rezaba para que fuera tiempo suficiente para que Tar'eastór y Eramor llegaran y atacaran desde el exterior. Y entonces, él cabalgaría al frente de lo que quedara, si es que seguía vivo.

—Un día más.

Thargodén miró de perfil a Fel'annár, preguntándose qué haría y diría su padre ahora. Se parecían mucho, y no por primera vez se preguntó cómo Amareth lo había ocultado durante tanto tiempo, sin que nadie en Lan Taria dijera una palabra. Era un testimonio de la lealtad del pueblo silvano, una muestra de su estima por la mujer que debería haber sido reina, por el niño que era príncipe por derecho propio.

De pronto, era Or'Talán quien estaba allí de pie, todavía rey, devolviéndole la sonrisa, diciéndole todas aquellas cosas que no había dicho antes de marchar a la guerra, las cosas que sabía que estaban en aquella carta.

La había buscado y nunca la había encontrado. Pero en su corazón, pensaba que quizá sabía cuáles habrían sido las últimas palabras de su padre para él. Eran las palabras que todos los hijos necesitaban oír de sus padres.

Estoy orgulloso de ti.

Te quiero.

~

Macurian solo había tenido dos días con los traidores —los Ilícitos— y los había entrenado sin descanso. Había observado los extraños movimientos que Band'orán les había enseñado, movimientos y secuencias Kah. Pero aquello no los convertía en Guerreros Kah, pues aquel señor no había sido un Maestro. Aun así, era hermoso de ver, y se encontró deseando ver a un verdadero Guerrero Kah, ver a Gor'sadén y Fel'annár en batalla.

Al cuerno con lo que los Ilícitos hubieran hecho, con lo que él mismo hubiera hecho, porque si los Señores de la Arena tomaban esta ciudad, ¿qué vendría después? ¿Tar'eastór? ¿La Pradera? ¿Araria?

Observó cómo los Ilícitos terminaban su rutina matinal. La llamaban Dohai y, cuando esta llegaba a su fin, se plantaron ante él, esperando sus órdenes. Las palabras fluyeron de su mente a su boca y al mundo exterior.

—Probablemente todos muramos mañana, ensartados por una cimitarra o con el cráneo aplastado por una maza. Puede que caigamos de las murallas y nos rompamos los huesos, o que una flecha nos reviente las entrañas, nos saque los ojos o nos atraviese el corazón. O quizá los sabuesos o un Lagarto de Gas nos mutilen y se den un festín con nuestra carne caliente.

—Pero en nuestros momentos finales, nada podrá quebrar nuestras almas. Nada podrá arrebatarnos nuestros recuerdos eternos. Todo lo que esos bastardos pueden hacer es terminar nuestro tiempo en Bel'arán. Pero nuestras vidas continuarán, tarde o temprano. Si creéis en el juicio, entonces quizá más tarde. — Macurian se encogió de hombros, permitiendo las risas sordas de los Ilícitos.

—Hemos errado. Hemos abrazado la oscuridad. Ahora, buscamos una salida a nuestro exilio. Buscamos un camino hacia arriba, hacia el sol, y si lo encontramos, nos espera una vida de servicio: servicio al rey Thargodén y a su linaje.

—Pero si me traicionáis. Si escapáis o os volvéis contra el rey, entonces iré a por vosotros, porque si uno de nosotros regresa a las tinieblas, a los que permanezcan en el sol ya no se les dará esa oportunidad. Si uno de nosotros falla, fallamos *todos*. Ese es el trato que cerré.

La mirada de Macurian recorrió a los doscientos veinte guerreros arrepentidos, vio su convicción y supo que no le fallarían.

—Hoy permaneceremos juntos, sabiendo que el rey, el Comandante General y el señor de la guerra no confían plenamente en nosotros. Pero *yo* confío en vosotros y lucharé entre vuestras filas. Esta guerra será nuestro renacimiento, nuestro regreso a la gracia. Todo lo que debemos hacer es servir, mantenernos leales. Y si estas murallas caen —si la ciudad se pierde—, proteged al pueblo, proteged la *corona*. Recordad, Gra'dón viene por venganza, ha amenazado al señor de la guerra y a toda su familia. El linaje de Or'Talán será su objetivo, y debemos interponernos ante ellos.

La mirada de Macurian se demoró en su peculiar mando y luego se volvió hacia las murallas, hacia el rey y sus allegados. Rinon y Turion, La Compañía y, por supuesto, Fel'annár, el elfo que había alumbrado su propio camino de vuelta al honor.

El sol comenzaba su ciclo descendente. Rinon lo vio navegar hacia el horizonte desde su puesto sobre una almena, alejado de los guerreros y voluntarios que iban y venían con suministros.

Los jefes de Gra'dón seguramente habían hecho su trabajo, espiando las murallas y cartografiando las trincheras. Pero no podían ver más allá de los muros, no podían ver el interior de los cadalsos donde se encontraba el lanzador de bombas, con su cargamento mortal esperando a ser desatado. Era su única baza contra la abrumadora cantidad de enemigos que venían del mar, contra las bestias y las lanzas de fuego.

Habían hecho todo lo que estaba en su mano, pero Rinon se sentía impotente, incapaz, frustrado porque no había nada más que

pudiera hacer excepto esperar a que estallara la batalla y luego luchar con toda su alma.

Sintió una presencia detrás de él. Lo habían pillado sentado con los pies colgando por el borde de la muralla, sin más seguridad que su propio sentido común.

Por el rabillo del ojo, vio un cabello color trigo de invierno y un destello de acero. Supo que era Sorei. Exhaló un suspiro largo y ruidoso, esperando a que se sentara a su lado.

—Han destruido todo en media legua a la redonda del Camino del Este, según dice Fel'annár. Utilizan la madera caída para sus balistas, fundíbulos y torres de asedio.

—Un grave insulto para los nativos de esta tierra. Que los árboles entre los que viven se utilicen como armas contra ellos.

Rinon se volvió hacia ella. Respiró profundamente y volvió a mirar hacia el horizonte, todavía despejado. —Justo más allá de nuestra vista, aguardan los Lagartos de Gas, y sabuesos que solo puedo suponer que son como los que encontré de camino a casa. Esos jefes calrazianos los montarán con sus armaduras ornamentadas, sus joyas…

—Símbolos de poder y honor, no muy distintos a nuestros emblemas, nuestros petos y brazales, nuestros pomos enjoyados. Es extraño cómo asumimos que nuestros enemigos son diferentes a nosotros, que disfrutan de otras cosas, que anhelan cosas que nosotros no anhelamos. Y sin embargo no es así. Vienen por honor y beneficio. Vienen por aventura y curiosidad. Me pregunto ahora qué atrajo a tu abuelo a estas tierras, si el pueblo silvano soportó algo parecido con su llegada.

—No hubo guerra, Sorei. Lo sabes.

—Guerra física no, no. Pero los Alpinos tomaron estas tierras, gobernaron sobre ellas, arrebataron la autoridad a los Ancianos Silvanos.

Rinon no dijo nada a eso. Lo hecho, hecho estaba. No había vuelta atrás.

—Rinon. Si no sobrevivimos al día…

—Lo haremos. Debemos hacerlo. Pero si perdemos esta guerra, estaré muerto, Sorei.

—Lo sé…

Rinon se volvió hacia ella y la encontró mirándolo fijamente.

—Y yo yaceré sin aliento a tu lado.

A última hora de la tarde, Turion estaba sobre la muralla este, con el catalejo en la mano. A su lado, Rinon, Sorei, Fel'annár y La Compañía.

—¿Estás seguro de que atacarán al amanecer?

Fel'annár no se volvió hacia Turion; respondió, casi con distracción, con los ojos brillando suavemente.

—Se mueven despacio. Los Lagartos y los sabuesos podrían estar aquí en cuestión de tres o cuatro horas, pero no tendría sentido enviarlos antes que las máquinas que han construido.

—¿Qué más ves? —preguntó Rinon.

—A Gra'dón. Se consume en un pozo de miseria, su ira se filtra en el aire que respiramos como un humo tóxico. En eso ha cambiado. Creo que fue Taniq. Creo que parte de sus razones para venir aquí fue la búsqueda de la familia de su madre. La encontró y luego la perdió.

—Hablas de ese monstruo como si fuera un elfo, como si pudiera sentir compasión o amor.

—Puede hacerlo, Rinon. Es medio elfo. Es un monstruo por las cosas que hace y disfruta. Pero también se siente atraído por la belleza, tome la forma que tome.

—¿Cómo puedes saber todas estas cosas?

Fel'annár se volvió hacia Rinon, el verde penetrante encontrándose con el azul gélido. El príncipe heredero volvió a mirar el abarrotado horizonte. —¿Es vulnerable?

—No. Es fuerte, está seguro de sus convicciones. Su ira lo alimenta, quizá siempre lo haya hecho. No está loco por ella, pero no deja de ser peligroso.

Impío.

Fel'annár frunció el ceño ante el inesperado mensaje y luego se preguntó por qué estaba tan sorprendido. ¿Acaso no habían visto toda clase de horrores en el norte? La Serpiente Madre, los Segadores y, por supuesto, los propios Nim'uán. Esta vez, Gra'dón traía Lagartos de Gas y sabuesos entrenados para llevar jinetes.

Fel'annár se volvió expectante hacia Turion, centrando de nuevo la atención en su entorno inmediato. —¿Hay algo más que podamos hacer?

Pasó un rato antes de que el comandante le respondiera. Esbozó una sonrisa bajo el peso de su deber.

—No. Estamos tan preparados como podemos estarlo. Nuestros guerreros están en alerta máxima, no dejarán de trabajar hasta que caiga la noche. La actividad con las bombas es constante y continuará, incluso cuando comience la batalla. Quiero que todos vayáis dentro y descanséis. —Turion se volvió hacia Fel'annár, observando el sutil juego de luces en los ojos—. Si oyeras algo más…

—Estarás aquí, en las murallas, lo sé.

Fel'annár se volvió hacia el norte y el Gran Cinturón Forestal, y luego hacia el oeste, donde el Bosque Perenne se alzaba, tan quieto y silencioso como casi siempre.

Impío.

Se sobresaltó, se volvió de nuevo hacia el este y abrió la boca, pero Galdith ya estaba hablando.

—¿Qué *es* eso?

Fel'annár podía olerlo, algún aroma desconocido en el aire, que se posaba pesadamente en el fondo de la boca.

Ramien olfateó el aire. —Es como metal, como óxido o… ¿sangre?

—Hay algo más. ¿Como limón? —aventuró Carodel—. Y… y canela. Esperad… ¿clavo?

La Compañía se sobresaltó con los primeros gritos desde la torre de vigilancia más alta a su derecha. La niebla estaba entrando desde el mar, decían.

—¿Cómo puede haber *niebla*? —Idernon frunció el ceño, forzando la vista hacia el sur. Todavía había luz, no había habido

humedad en absoluto y la temperatura era constante.

—Maldita sea. Justo lo que nos faltaba —masculló Turion.

Cuidado.

—Los árboles están inquietos. Nos advierten —susurró Fel'annár, con los sentidos en alerta máxima. Rinon se acercó a él.

—¿De qué?

—De algo… impío.

Rinon se volvió hacia Turion, abrió la boca para gritar una orden, pero la voz de mando de Turion resonó sobre las almenas.

—¡Tocad los cuernos de alarma!

Fel'annár siempre había odiado la llamada de alarma alpina, una nota menor que subía y bajaba por la escala y luego se desvanecía, solo para volver y repetirse. Había algo en su música que le causaba ansiedad, le erizaba la piel y se le asentaba como una piedra en el estómago.

Cuidado…

Los que estaban en las murallas observaban el horizonte oriental, mientras los guerreros miraban a sus comandantes desde abajo. Fuera cual fuese el motivo de la alarma, no era el inicio de la batalla. Aquella llamada era diferente.

Detrás de la fortaleza, en la ciudad propiamente dicha, los pocos civiles que quedaban detuvieron sus preparativos para la guerra y alzaron la vista. Las sirenas llamaban, la niebla entraba desde el lejano mar.

Mientras tanto, fuera de las puertas, los excavadores de trincheras se detuvieron y se protegieron los ojos del neblinoso crepúsculo. Fruncieron el ceño, pensando quizá que el enemigo se aproximaba. Recogieron apresuradamente sus herramientas y sacos de tela y corrieron hacia las puertas, que ya se estaban cerrando.

Dentro de la ciudad, aquellos civiles que habían ayudado a los militares se dirigieron a sus casas, cerraron las puertas y atrancaron las ventanas, preparándose para el mal tiempo. En cuanto a los refugiados en los distintos gremios, escucharon atentamente a los lugareños y obedecieron sus órdenes.

Más gritos a lo largo de la muralla. El banco de niebla se acercaba, volviéndose más espeso a medida que avanzaba, y

Fel'annár se giró hacia Turion, que estaba a su lado; sabía lo que estaba pensando. Aquellos gritos no habían sido constantes ni autoritarios, sino vacilantes y dubitativos, un rastro de pánico contenido. Los guardias de las murallas se movían inquietos, jugueteaban con sus arneses e intercambiaban miradas que hablaban de desasosiego.

—¿El enemigo, Fel'annár?

—No se ha movido, comandante.

Fel'annár cerró los ojos e intentó concentrarse por encima del repetitivo toque de los cuernos de alarma. El bosque del sur estaba diezmado y roto, su voz débil y herida, pero ya sospechaba que aquello no era un fenómeno natural. Recuerdos de la Serpiente Madre, de los Segadores y de sus flancos de serpiente se agitaron en la mente. Calrazia era una tierra de seres monstruosos e híbridos torturados, horrores indecibles que ni siquiera se atrevía a imaginar.

…*las Huestes de Gharzakan.*

Fel'annár abrió los ojos de golpe y se giró hacia Gor'sadén y La Compañía.

—Las Huestes de Gharzakan. Se trata de alguna bestia antinatural, como la Madre y los Segadores. Es algo que Gra'dón ha traído de Calrazia.

—¿En la niebla? ¿*Dentro* de ella? —Los ojos de Turion se abrieron de par en par por la incredulidad—. ¿Cómo podemos defendernos de algo así? ¡*Dímelo*!

—No sé qué es, pero si está dentro de la niebla, seguramente vuela. Deberíamos disparar contra ella con las bombas.

—Dioses benditos —masculló Sorei, pero Turion fruncía el ceño.

—Necesitamos cada bomba que tengamos para las balistas.

—Y si no las usamos ahora, puede que ya no estemos aquí para emplearlas más tarde. Y quizás eso sea precisamente lo que busca Gra'dón —dijo Fel'annár, casi distraído mientras examinaba las llanuras del sur donde antaño crecía un bosque—. Mirad allí, cómo se eleva la niebla del suelo…

—Eso no es posible… —Idernon sacudía la cabeza.

—Y, sin embargo, lo veis con vuestros propios ojos, hermano.

Turion dio media vuelta, con la mente a mil por hora y la mirada escudriñando. Se posó en el cadalso a su derecha. En el interior, el lanzallamas estaba totalmente cargado. Apartó la vista del arma con esfuerzo.

—Capitán Sontúr, a mi orden. Necesitamos fuego.

—Comandante. —Sontúr asintió y subió hasta donde estaba el lanzador de bombas mientras Idernon corría hacia el pasadizo interior, arrebataba la primera antorcha que encontró y regresaba corriendo a las almenas y luego arriba, hasta donde Sontúr comprobaba las mechas.

Fuera lo que fuese lo que venía en la niebla, no estaban preparados. Estaban desarmados, sin armaduras ni escudos, sin un ejército para combatirlo. Ni siquiera se habían encendido las antorchas porque aún había luz.

Los guardias sobre las murallas y las altas torres a ambos lados de las puertas se giraron hacia el sur, alejándose lentamente de las almenas, de la niebla que avanzaba hacia ellos como torres de humo ondulante.

—¡Manteneos firmes! ¡Preparaos!

—¡A cien metros! —gritó el guardia de la torre.

El olor a metal y especias era más fuerte ahora, y los miembros de La Compañía se acercaron unos a otros.

—Dioses santos…

Carodel levantó la vista hacia la nube gris, altísima y rastrera, que bloqueaba todo a su paso. La humedad en su interior se agitaba y giraba en espiral, formando manchas más oscuras, como remolinos alrededor de las rocas.

Algo se movía dentro de la niebla.

Guerreros y comandantes permanecían paralizados, con el valor pendiendo de un hilo que se deshilachaba. En cualquier momento, el lanzador de bombas rompería el silencio y lanzaría las bombas, revelando lo que venía dentro de la niebla.

El olor de todo lo podrido les asaltó, una ráfaga fétida y cálida que revolvía las entrañas, como el aliento de un sabueso dos días después de alimentarse.

—¡Lanzallamas listo! —La voz de mando de Turion sonó amortiguada por la bruma que se aproximaba. Aún quedaba una hora de luz diurna y, sin embargo, parecía como si el anochecer ya se hubiera asentado sobre ellos; la antorcha ya no llameaba, sino que brillaba con un naranja brumoso en la creciente humedad. Pronto parpadeería y se apagaría.

El banco de niebla agitada se erigió ante ellos, cerniéndose sobre las murallas. Con los ojos muy abiertos y la boca aún más, Fel'annár solo pudo mantenerse firme mientras la vista buscaba cualquier señal de lo que hubiera dentro.

—¡Prended las bombas!

Fel'annár oyó el siseo del lanzador de bombas sobre ellos. Sontúr les había explicado cómo funcionaban, la regla de los cinco: cinco segundos para la ignición. Cinco segundos para explotar.

No dejéis que entren.

Una sensación de pavor se apoderó de Fel'annár, justo cuando otra ráfaga de las sirenas desgarró el aire a su alrededor. Pero tras ella, Carodel frunció el ceño mientras escudriñaba la nube.

—¿Qué es ese sonido?

—Lluvia. Parece lluvia —dijo Galdith, sacudiendo la cabeza porque sabía que no lo era.

El siseo del lanzador de bombas se convirtió en un zumbido cuando los proyectiles salieron volando hacia la niebla. Uno tras otro, trazaron arcos en el cielo, con colas centelleantes marcando su camino hacia lo desconocido. La niebla los engulló y Fel'annár miró sin parpadear la masa gris, fétida y apagada que lo rodeaba, con la respiración pesada.

Los guerreros retrocedieron poco a poco, tanto como el paso de ronda permitía, y Fel'annár lanzó una advertencia que solo los más cercanos pudieron oír.

—No dejéis que entren.

La cabeza de Turion se giró bruscamente hacia Fel'annár. —¿*Ellos*?

Una explosión, y luego otra y otra; todas las bombas iluminaron el banco de niebla desde el interior, como destellos de relámpagos

dentro de una nube de tormenta, y la verdad de lo que había venido se reveló por fin en ráfagas de imágenes aterradoras.

Ante ellos, miles de insectos negros acorazados pululaban, con los ojos rojos brillando en la niebla de color cerceta. Las luces de las bombas parpadeaban detrás de ellos. El sonido de la lluvia se hizo más fuerte a medida que cientos caían muertos, pero con las bombas extinguidas, el enjambre continuó su vuelo inexorable hacia ellos.

Turion supo que el enorme tamaño de aquella hueste los abrumaría en segundos, asfixiaría a sus guerreros, los sofocaría. Las armas convencionales no servirían de nada contra un enemigo así.

—¡Corred todos! Refugiaos dentro. ¡No dejéis que entren!

—¡Al Círculo Interior! —gritó Fel'annár. Allí no había ventanas salvo las que daban al patio central, e incluso esas estaban cubiertas de cristal. Era sin duda el lugar más seguro en el que podrían estar.

Bajaron corriendo por las murallas hacia la torre más cercana, descendieron a toda prisa por los escalones y salieron por las puertas de abajo al patio abandonado, cruzándolo con un hormigueo en la espalda.

La voz de Turion volvió a sonar. —¡Dentro! ¡Entrad! ¡Bloquead puertas y ventanas!

Fel'annár añadió su propia advertencia. —¡Cubriros la cara! ¡No dejéis que entren!

Alguien gritó. Un alarido de horror y luego un borboteo de dolor; Turion se giró con la mano extendida lista para ayudar y la otra sobre la boca. Podía sentir a los insectos chocando contra él mientras veía al afligido guerrero tambalearse hacia atrás, asfixiándose mientras se agarraba la garganta, arañando y desgarrando la propia carne.

Turion jadeó tras la mano al ver a un insecto negro meterse en la boca del guerrero. Con el rostro contraído por la agonía y el terror, este dio vueltas como una marioneta movida por hilos, se arañó el pecho, se rasgó la ropa mientras el vientre se abultaba y luego explotaba, con insectos saliendo de él en una fuente de entrañas y sangre.

El grito de horror de Turion se fundió con otros. No había nada que pudiera hacer por el guerrero que yacía muerto en un montón espantoso ante él. Se incorporó, sacudió los brazos y piernas para desprenderse de los insectos acumulados allí y luego gritó a todo el que pudiera oírle.

—Corred. ¡Dioses misericordiosos, *corred*!

Guerreros, comandantes y príncipes corrieron hacia las puertas aún abiertas del Círculo Interior, mientras los guardias ya tiraban de las manijas protegiéndose las caras. La nube de escarabajos asesinos, con su chasquido y zumbido, se agitaba hacia ellos, casi encima.

Fel'annár podía sentir la pared de insectos pululando a la espalda; se apretó la mano contra la nariz y la boca e intentó, sin éxito, librarse de la imagen de la muerte horripilante que acababa de presenciar.

Las puertas se cerraban, con un hueco apenas suficiente para dos elfos a la par. Se lanzaron por la abertura y luego se apartaron hacia un lado, dejando paso a los guerreros aterrorizados que venían detrás, mientras otros revisaban las puertas y se quitaban las propias capas para bloquear las rendijas de debajo.

Las puertas blindadas se cerraron de golpe y por un momento solo se escuchó la respiración agitada del grupo conmocionado y aterrorizado, hasta que Turion se pasó una mano por la cara y se enderezó; el sonido de alas castañeando golpeaba contra la piedra y la madera como granizo en una tormenta de verano.

Los capitanes Bulan y Dalú llegaron corriendo desde el interior del edificio, con los ojos muy abiertos y preguntas en los labios, pero Turion ya estaba hablando.

—Sellad las rendijas bajo las puertas. Que nadie salga con esto ahí fuera.

—¿Y qué demonios es *esto*? —La mirada de Dalú se abrió de par en par ante el tono que había usado ante su Comandante General. Se inclinó en una disculpa silenciosa, justo cuando los capitanes Salo y Henú aparecieron detrás de él.

—Un enjambre impío, alguna bestia antinatural que Gra'dón ha desatado para propósitos que solo puedo imaginar. Algunos de esos

escarabajos, o lo que sean, habrán penetrado en el edificio. Revisad vuestras ropas y mantened la nariz y la boca cubiertas mientras habláis.

El sonido de movimientos inquietos y de telas desgarrándose recorrió el ahora abarrotado vestíbulo del Círculo Interior. Fel'annár revisó el uniforme, arrancó el dobladillo de la capa, listo para cubrirse la boca, pero antes de que pudiera levantar los brazos, Sontúr le propinó un fuerte bofetón.

Durante un instante, lo único que pudo hacer fue mirar con asombro la pared de piedra a su lado. Abrió la boca, con palabras de sorpresa e indignación burbujeando en la lengua. Por el rabillo del ojo, vio a Ramien lanzarse hacia delante y agarrar el antebrazo del príncipe. Sontúr levantó el otro brazo en un gesto de paz, e Idernon fue el primero en darse cuenta de por qué el príncipe había golpeado a su amigo.

—Mirad.

En el suelo, junto a ellos, un escarabajo negro acorazado con ojos rojos bultosos luchaba por recuperar el equilibrio, agitando las patas con locura mientras intentaba darse la vuelta. Sontúr lo había maltrecho, pero seguía vivo.

—Un escarabajo de ojos rojos.

Galdith lo pisó, giró la bota y luego la levantó. —Es un escarabajo de ojos rojos muerto.

—Tenía la intención de estudiar eso —gruñó Sontúr.

—Hay de sobra ahí fuera.

A su alrededor, otros maldecían mientras más criaturas correteaban, trepando por la ropa, buscando subir para entrar en las bocas de los guerreros. Sacudían los uniformes, agitaban piernas y brazos, se frotaban la cara mientras se cubrían la boca con lo que encontraban.

Fel'annár se acercó a Turion, Rinon y a los capitanes recién llegados que habían estado trabajando en el Círculo Interior cuando llegó la hueste. Lainon y Tensári completaron el grupo y Rinon hizo una pregunta, a nadie en particular.

—¿Qué demonios son esas cosas y cómo podemos enviarlas de vuelta al pozo del infierno calraziano del que vinieron?

Fue Lainon quien respondió: —Hay informes de enjambres de escarabajos en Araria, en las zonas cercanas al Valle. Se alimentan de los brotes nuevos, son especialmente activos en primavera. Pero no son peligrosos, salvo porque impiden la visibilidad. Y sus ojos son negros, no rojos. Sin duda se trata de una especie diferente, algún mutante que el Nim'uán ha traído como aliado.

—¿Y con qué fin? —preguntó Bulan, con la vista puesta en Fel'annár y La Compañía.

—Esa es la cuestión. Lainon, ¿cuánto duran estos enjambres?

—Horas, a veces días.

—¿Y cómo se lidia con ellos? ¿Cómo los mantenéis alejados de las cosechas? —preguntó Idernon.

—Fuego y humo.

—Pero todos vimos lo que le pasó a ese pobre guerrero. —Gor'sadén sacudió la cabeza, cruzando las manos a la espalda—. Estas criaturas no buscan cosechas. Buscan carne élfica, matan de una forma que es tan brutal como los Segadores del norte. Esta estrategia es coherente. No podemos salir mientras el enjambre continúe, a menos que podamos protegernos adecuadamente. Nuestra única esperanza es que resulta improbable que los Señores de la Arena ataquen mientras el enjambre esté activo.

—Muy bien. Comandante Gor'sadén, generales, Compañía y capitanes, a la sala de mapas. Debemos trazar un plan para protegernos y deshacernos de estas monstruosidades, no sea que Gra'dón nos arrebate otra ventaja. El resto de vosotros, quedaos dentro. Asegurad todas las áreas y avisad a los demás. —Turion se giró hacia Fel'annár e intentó, sin éxito, no sobresaltarse ante los ojos que brillaban suavemente—. ¿El enemigo, Señor de la Guerra?

—Gra'dón sigue a más de un día de distancia. No se ha movido desde el inicio de este ataque.

La mirada de Turion permaneció en Fel'annár un instante, hasta que asintió lentamente y luego se alejó con paso rápido.

En las Salas de Curación, Kristain trabajaba mientras Llyniel observaba, con la vista fija en el guerrero muerto tras la ventana. Habría más, pobres almas que no habían conseguido entrar a tiempo. Pero Fel'annár sí lo había hecho; podía sentirlo.

Y mientras Llyniel cavilaba, también lo hacía el rey Thargodén. Observaba el enjambre tras la pared de cristal.

No tenía miedo, sabía que no se rompería.

Había oído los cuernos, los gritos por toda la ciudad, y había corrido al otro lado de su morada, a las ventanas que daban al norte, sobre el patio principal ante las puertas. Había observado cómo el enjambre descendía sobre sus guerreros, impotente para ayudarlos mientras huían.

En el Gremio de Mercaderes, algunos derramaban lágrimas de conmoción y horror, mientras otros miraban con ojos desencajados la infestación del exterior. Incomprensión, terror. Algunos estaban presa del pánico, desesperados por encontrar una salida, lejos de los insectos que los tenían como rehenes. Otros los retenían, diciéndoles que aquel era el único lugar seguro. Eloran los observaba, deseando con todo su corazón no haber abandonado nunca Sen Garay. Estaba aterrorizado, echaba de menos la cálida calma que era su madre. Las lágrimas amenazaban con resbalar por las mejillas, prueba ante el mundo de que aún era un niño, pues había escapado por los pelos. Pero Melven había muerto y, ante sus primeros alaridos de agonía, Eloran había huido tapándose los oídos.

Sonidos de succión, chasquidos de labios, un gemido bajo de deleite.

—Exquisito.

Unos dedos diestros se hundieron en el exterior crujiente, bajo las hileras de patas, y luego tiraron. Un chasquido, seguido de un desgarro mientras los dedos extraían la jugosa carne blanca que yacía dentro del caparazón.

Unos dedos grasientos empujaron la carne blanca tras unos labios igualmente grasientos y Janveh comió, abriendo y cerrando la

boca, saboreando la comida, sin importarle que el jugo le chorreara por la barbilla.

Gra'dón lo observaba, a la vez fascinado y asqueado. Los elfos eran más refinados, al menos los que él había conocido. Los calrazianos, sin embargo, encontraban un sentido mórbido de éxtasis en la comida. Cuanto más ruido y más desorden armaban, mayor era la aprobación pública. Era una costumbre a la que él nunca se había aficionado.

Janveh le arrancó la cabeza a otro langostino de río, la sorbió y luego hizo rodar la pasta blanca por la boca, con los ojos en blanco. —El coral es la mejor parte.

—Una de las cosas buenas de vivir aquí son los ríos. Estas criaturas abundan. Están por todas partes, son fáciles de capturar. Podrían venderse por una fortuna a nuestro pueblo, quizá incluso conservarse de alguna forma y enviarse a casa.

—Todo a su tiempo, Janveh. Quizás os conceda los derechos exclusivos de su explotación. Vuestras tierras lo gestionarían bien, estoy seguro.

—Sería un gran honor, Emperador. Mi familia se aseguraría de que a vos y a los vuestros nunca os faltara nada.

Sondak escuchaba mientras comía, tan rápido como podía para evitar que Janveh acabara él solo con toda la fuente.

—¿Han informado los Gharzakos? —preguntó, con la mirada tan puesta en Gra'dón como en la comida.

—Zoobon lo ha hecho. Su transformación fue gloriosa. El ataque avanza según lo planeado y los elfos aún no han logrado repelerlos. En unas pocas horas más, el daño estará hecho. Con nuestro enemigo cansado, hostigado y casi indefenso, mañana por la noche estaremos cenando en los aposentos del rey elfo.

—A pesar de nuestras pérdidas en el norte, nuestros valientes señores Key'hán y Saz'nár asestaron un golpe demoledor al ejército de Thargodén.

Janveh era un Señor de la Arena más valiente que Sondak. Mencionar a los hermanos gemelos ante Gra'dón era como estar demasiado cerca de Telzorán. Podías acabar picado. Observó a Gra'dón, fijándose en la contracción de los labios, en el aleteo de las

fosas nasales. —Mis hermanos salieron victoriosos en todo menos en una cosa.

—El mago.

Gra'dón se volvió hacia Janveh. —El mago, sí. El Gran Bosque se mueve de forma extraña, como si soplara un viento del norte. Los Gharzakos no pueden acercarse. Me pregunto si el mago está allí, y si se quedará allí durante la batalla.

—Eso sería desafortunado —dijo Sondak mientras hundía los dedos en un cuenco ornamentado sobre la mesa baja alrededor de la cual estaban sentados.

Gra'dón se volvió hacia él. —Lo encontraré, sea donde sea que esté.

El sonido de serpientes inquietas rompió el silencio subsiguiente, y los ojos de ambos jefes bajaron hacia el látigo que se retorcía suavemente al costado del emperador.

—Si me lo permitís, Emperador. ¿Qué clase de... magia... esgrime Telzorán?

Sondak se quedó petrificado, deseando que su amigo cerrara la boca y hablara de cosas más seguras. Gra'dón siempre había sido volátil, pero desde las noticias de la muerte de sus hermanos, y luego el suicidio de su abuela, los momentos de silencio se habían vuelto más frecuentes. Eso nunca era buena señal. Le sorprendió que su líder respondiera.

—Ni siquiera los Gharzakos lo saben. Su rey lo blandió durante toda una generación, hablaba del poder que acompañaba a su uso. Dicen que fue hallado en el extremo norte, donde el desierto se vuelve frío y viven las bestias más extrañas. Lo custodiaban como un tesoro preciado, y luego lloraron cuando se lo arrebaté. Ahora son mis rehenes, hasta que me sirvan en esta colonización.

—¿Se lo devolveréis alguna vez?

—No.

Una mano de tamaño desproporcionado rozó el grueso cuero, sintiendo las tres cabezas rozar contra los dedos enjoyados.

—Pero venid, tenemos una estrategia que discutir.

Sondak y Janveh salieron de su estupor, intercambiando una mirada de advertencia.

—Por supuesto, Emperador. Aguardamos el regreso de los Gharzakos para escuchar su informe y luego partir al amanecer, permaneciendo fuera del alcance hasta que deis la orden.

Gra'dón asintió lentamente. —Quiero saber dónde está el mago. Aseguraos de que los Gharzakos anoten su paradero.

—Por supuesto, Emperador.

Gra'dón se puso en pie y dio la espalda a sus invitados. Con otra mirada cautelosa, los dos jefes se levantaron, hicieron una profunda reverencia ante la espalda del emperador y se marcharon.

—¡Emperador!

Gra'dón se dio la vuelta y vio al guardia inclinarse profundamente para luego apartarse. Detrás de él, Zoobon permanecía en toda su aterradora gloria.

—Informad, comandante.

—Estamos trabajando, Emperador. Todo va según el plan.

La voz de Zoobon era más bien un graznido, pero Gra'dón estaba acostumbrado a ello; observó con fascinación cómo un escarabajo trepaba por el rostro de Zoobon y se perdía en el cabello.

—Llevad los cadáveres, comandante. Mostrad a nuestro enemigo la locura de enfrentarse a Gra'dón en batalla.

Se apartó de su aliado, dirigiéndose a Sondak y Janveh, que estaban detrás con los rostros pálidos y descompuestos.

Gra'dón sonrió, soltó una carcajada y se alejó.

Las botas de Turion resonaban contra el alto techo de la sala de mapas mientras caminaba sobre el tallado pintado de los bosques del sur.

Tendrían que remodelarlo después de la guerra.

Inspiró profundamente, muy consciente de que los guerreros a su alrededor vigilaban cada uno de sus movimientos.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden comandar insectos de esta manera? —Turion paseó la mirada por los capitanes que habían estado trabajando en el Círculo Interior cuando llegó la hueste.

—Los calrazianos tienen una extraña afinidad con las serpientes —comenzó Bulan—. Comandaban a la Madre y tuvieron a los Segadores como aliados en el norte. Esta debe de ser una alianza impía más. Pero ni siquiera *mi* imaginación alcanza a comprender cómo han traído esta hueste desde el otro lado del mar. ¿Cómo han contenido tal cantidad de insectos?

Fel'annár y La Compañía permanecieron en silencio, como todos los demás que habían pasado por la guerra en el norte. Turion se irguió.

—Cualquiera que sea el caso, hay una razón por la que Gra'dón ha desatado esta hueste. No sé si es para infundir miedo en nuestros corazones o una distracción para algo más. Pero *hay* una razón. —Turion se volvió hacia Bulan mientras este daba un paso al frente.

—Me recuerda a la Senda Macabra… aquello fue una advertencia para que nos mantuviéramos alejados. Una muestra de lo que pasaría si no lo hacíamos. El terror es un arma poderosa; lo hemos visto en el norte, cómo los Nim'uán lo usaron para intentar alejarnos de Abiren'á. Esas imágenes siempre me acompañarán, acecharán mis horas más oscuras. Este es un rasgo distintivo de esos monstruos. Desean sembrar el pánico y la ansiedad en nuestros guerreros, debilitarlos y cansarlos para cuando llegue la batalla.

Turion asintió; había oído las historias, aunque ciertamente solo de forma resumida. —*Si* asumimos que estas criaturas actuarán de la misma forma que los escarabajos que el capitán Lainon conoce, entonces el humo, o tal vez la resina, podrían despejar el aire, al menos lo suficiente para continuar con los preparativos para la guerra. Sabemos que Gra'dón aún no avanza sobre la ciudad, lo que nos indica que esto no es una táctica de distracción para poder avanzar sin obstáculos.

Gor'sadén dio un paso sobre el mapa tallado de Ea Uaré.

—Aunque estoy de acuerdo, creo que hay más. Gra'dón debe de haber hecho esfuerzos considerables para transportar a tal aliado. Pero al grano: este enjambre está impidiendo nuestros preparativos para la batalla. Deberíamos estar equipando las murallas, las puertas y el lanzador de bombas. Deberíamos estar transportando cubas de

aceite y flechas, proyectiles para los fundíbulos, lanzas con punta de synth para las balistas, piedras de corte… Todo eso se ha visto interrumpido.

—¿Y si todo esto es simplemente un adelanto de lo que está por venir? —dijo Sontúr—. ¿Y si está jugando con nosotros? ¿Socavando nuestro valor, nuestra voluntad de defender estas tierras? Quizá quiera expulsarnos hacia el Gran Cinturón Forestal y tomar la ciudad sin luchar. No necesitará ir tras nosotros; de hecho, *no lo hará* si Fel'annár está vivo. Pero tarde o temprano necesitaremos suministros. El bosque no será autosuficiente, no con tanta gente de nuestro pueblo allí.

Idernon inclinó la cabeza y susurró algo a Fel'annár, quien asintió y señaló el mapa con la cabeza.

—¿Si me lo permite, comandante?

La mirada de Turion se posó en Idernon. Asintió otorgando su consentimiento, a pesar de que el Guerrero Sabio no era capitán y ni siquiera debería estar allí.

—En la actualidad, sean cuales sean los motivos de nuestro enemigo, no son los de acercarse sigilosamente para tomarnos por sorpresa. No necesita hacerlo, no con un ejército de ese tamaño. Además, Gra'dón sabe que el general Fel'annár sentiría su llegada. No hay necesidad de exponer a los propios guerreros a este aliado mortal suyo. Yo, al igual que el Comandante General Gor'sadén, creo que sus motivos son distintos. Aterrorizarnos, sí, pero hay algo más, algo que aún no comprendemos. Pero sea lo que sea, nuestra ignorancia no debe retrasar nuestra reacción. Tenemos que salir ahí fuera y prepararnos. Y digo que lo hagamos con *resina*. —Idernon se volvió hacia Carodel y Galdith—. ¿Recordáis aquel aroma, hermanos? Justo antes de que llegara la niebla, había aromas extraños en el aire. Recuerdo que dijisteis canela y... ¿cítricos?

—Y clavo —dijo Carodel.

—Canela, cítricos y clavo. Esta combinación atrae o repele. Sospecho lo segundo. Lo olimos antes de que el enjambre atacara. Creo que los Señores de la Arena lo usaron para mantenerse alejados de los insectos.

Dalú se acercó al Guerrero Sabio, ladeando la cabeza. —Pero aunque pudiéramos encontrar esos ingredientes, ¿cómo podríamos usarlos? Ese enjambre seguramente ha cubierto la ciudad entera...

—Y cada casa, cada habitación de la fortaleza tiene una *chimenea*, capitán.

Dalú le devolvió la mirada al guerrero, con los ojos muy abiertos al comprenderlo. La vista se deslizó hacia Turion y vio cómo este se acercaba a Idernon.

—Seguramente no disponemos de esas cosas en suficiente abundancia —comenzó el capitán Salo, pero Sontúr lo interrumpió.

—Boswellia.

Turion frunció el ceño y miró el rostro inexpresivo de Fel'annár. —¿Y qué hay de ella?

—Usamos su resina, sus hojas e incluso su madera. Puede que la conozcáis como *incienso*. Los almacenes de las Salas de Curación albergan sacos de ella. Recuerdo un artículo sobre su capacidad para repeler a los chupasangres en las zonas que rodean los pantanos occidentales. Podría valer la pena intentarlo.

—Necesitamos acceso a las Salas de Curación y a las cocinas del palacio sin exponernos a esas *cosas*... —Idernon no se atrevió a hacer la pregunta directamente. En su lugar, miró fijamente a Turion. El Camino Oscuro ya había sido revelado con el plan de evacuación en marcha para los civiles en el Gremio de Mercaderes. Pero incluso antes, habían sabido que desembocaba en los Barracones de la Ciudad Exterior. Los Ilícitos de Band'orán lo habían usado para colarse en la ciudad el día que intentó derrocar a Thargodén. Pero Idernon siempre se había preguntado si había algo más.

Turion se volvió hacia Rinon y vio el asentimiento casi imperceptible.

—Esto llevará tiempo —comenzó el comandante—. Necesitamos boswellia, cítricos, canela, clavo, y debemos distribuir la mezcla a tantos aposentos como sea posible. Una vez que la mezcla arda, rezaremos para que el enjambre se disipe y entonces nos prepararemos para la llegada de Gra'dón.

Turion se acercó a Fel'annár, que contemplaba el mapa, el mar azul pintado más allá de los bosques del sur y la distante isla de

Dan'bar.

—En caso de que el enemigo se mueva, general.

—Os informaré de inmediato.

Turion asintió lentamente. —Capitán Henú. Supervisad la distribución de yelmos y máscaras. Capitán Salo, liderad un equipo para reunir los ingredientes que necesitáis y luego distribuid la mezcla.

Sontúr dio un paso adelante. —Comandante. Sugeriría que los fuegos se encendieran simultáneamente, para aumentar la eficacia del repelente.

—Han pasado ya unas dieciocho horas. ¿Son suficientes seis horas más?

—Haremos que funcione, comandante —dijo Salo mientras miraba a Henú a su lado—. Pero si el enjambre se disipa, todavía habrá una cantidad de insectos con los que lidiar. Me preocupa la seguridad de nuestros guerreros.

—Igual que a mí. Pero deberemos evaluar eso cuando llegue el momento. Por ahora, discutiremos sobre el Camino Oscuro.

Salo asintió secamente y retrocedió.

—Entonces, a las veinticuatro horas los fuegos arderán y esperaremos. Si el enjambre se retira, Gra'dón podría mover ficha.

—Debemos estar listos para él.

CAPÍTULO 21

Legados

El Camino Oscuro no era *un solo* sendero que llevaba desde los aposentos del rey hasta las llanuras más allá de las murallas. Era una red de túneles interconectados, desde la fortaleza hasta los gremios, las Salas de Curación y, por supuesto, desde el Círculo Interior hacia el exterior, más allá de las grandes murallas de Ea Uaré.

Pan'assár se lo había revelado todo a Turion antes de su partida al norte, en caso de que muriera. Pero lo que más fascinaba a Fel'annár era que las puertas secundarias que partían de los gremios y del Círculo Interior estaban ocultas a ese camino principal. Si uno no sabía dónde mirar, esas puertas nunca se encontrarían. Símbolos, meros arañazos, muescas, patrones improbables que marcaban su ubicación y sus destinos. Así fue como Tensári había encontrado la puerta que conducía a la cámara subterránea de Analei. Si ella no hubiera visto aquellas sutiles marcas, Fel'annár estaría muerto.

La Compañía había emergido en el segundo sótano del palacio de la fortaleza.

Pasaron por las fuentes termales, subieron las escaleras hacia las cocinas y más allá, hacia el gran vestíbulo.

Las puertas principales estaban cerradas y selladas. Las ventanas habían sido tapiadas y los guardias permanecían tensos, hablando

entre ellos. Habían desenvainado las espadas ante el repentino alboroto, solo para quedarse mirando estupefactos a Fel'annár y a La Compañía. Los guardias habían estado fuera, en las murallas con el Comandante General; se habrían acordado si hubieran entrado en la fortaleza por las puertas principales.

Casi habían corrido hacia el Señor de la Guerra, con los ojos llenos de pavor y preguntas. Fel'annár les había explicado lo ocurrido con la mayor brevedad posible, aunque sus propias palabras le resultaban tan sumamente improbables que no podía hacer otra cosa que mantener la calma y no estremecerse ante el inverosímil relato de un enjambre de escarabajos de ojos rojos que había llegado en una nube de niebla fétida. No había tenido que explicar cómo mataban. Los guardias lo habían visto mientras luchaban por cerrar las puertas. Incluso ahora, Alorn yacía muerto al otro lado, destrozado desde el interior.

Otros salían de los niveles inferiores de la fortaleza y los guardias miraban a Fel'annár en busca de consuelo.

—El Camino Oscuro —los *Caminos* Oscuros— han sido revelados. Nos permitirán movernos entre los edificios sin exponernos al enjambre. Estamos preparando una mezcla para quemarla a medianoche en tantas chimeneas como podamos suministrar. Corred la voz, guerreros, y estad listos. Puede que repela a esos monstruos, al menos lo suficiente para que podamos continuar con nuestros preparativos para la guerra.

—¿Y el ejército enemigo, Adalid?

—No se han movido. Creemos que este enjambre es obra suya. Pretenden aterrorizarnos, privarnos del sueño, aunque creemos que puede haber otra razón que aún no hemos comprendido.

El guardia asintió con respeto, hizo ademán de darse la vuelta para repetir las palabras de Fel'annár a los demás, pero vaciló. —Señor de la Guerra. Nuestra gente de los bosques, ¿está a salvo?

Fel'annár parpadeó despacio, con un destello verde que tardó en desvanecerse. —Nuestra gente está a salvo. Apuesto a que es una noche ventosa en el Gran Cinturón Forestal.

El guardia sonrió y se inclinó profundamente. —Que Aria nos proteja a todos. —Se dio la vuelta rápidamente y gritó a los demás

para que se reunieran.

Fel'annár se volvió hacia La Compañía. —Vamos. Debemos esperar a que esto pase como todos los demás. Tenemos seis horas para descansar. Debemos confiar en que esta idea funcione, lo suficiente para armarnos y aventurarnos en las murallas.

Minutos después, La Compañía y Gor'sadén estaban sentados en la quietud de sus habitaciones, en el penúltimo piso del palacio de la fortaleza. La chimenea aún no se había encendido, así que Carodel y Galdith se arrodillaron ante ella mientras Fel'annár se sentaba y se arrellanaba en su sillón acolchado. Cerca de allí, Ramien estaba sentado junto a Sontúr en un sofá, con los codos apoyados en las rodillas. En cuanto a Gor'sadén, no estaba dispuesto a sentarse. En su lugar, se apoyaba en una pared lejana, de espaldas a ellos, observando el enjambre más allá de la ventana sellada. Tras ella, el Bosque Perenne apenas era visible tras la niebla moteada de rojo.

—Turion debería habernos dejado ayudar. Hay mucho que hacer bajo techo —dijo Galdith mientras encendía la leña menuda y se sentaba sobre los talones.

—Nada que otros no puedan hacer —dijo Carodel, observando cómo cobraba fuerza la naciente llama.

Gor'sadén se apartó de la ventana y se acercó al sofá donde estaban sentados Sontúr y Ramien. —Turion es un comandante excelente. Sabe el papel que desempeñaremos mañana. Sabe lo que Fel'annár debe hacer.

Fel'annár se volvió hacia Gor'sadén, preguntándose qué estaría pensando.

—Turion sabe que puedes invocar a los bosques para proteger a nuestro pueblo. Si la ciudad cae, el bosque nunca lo hará, no mientras tú vivas. Puedes mantenerlos a salvo. Necesita que los protejas, que asegures el futuro de estas tierras, aunque eso signifique retirarse a los bosques y establecer el reino allí.

—Y allá donde Fel'annár vaya... —Idernon se inclinó hacia delante, jugueteando con el dobladillo desgarrado de su capa—. Apenas hemos descansado estos últimos días. La preocupación, la planificación, el elemento desconocido que siempre parece rodear a los Nim'uán. Hemos hecho todo lo posible, hemos dado nuestra

opinión sobre cómo podríamos librarnos del enjambre. El resto es logística.

—Aun así, es frustrante estar aquí sentados esperando. Seis horas cuando el enemigo está a solo unas horas de distancia. Podríamos estar ayudando con todo tipo de cosas. Podríamos estar montando lanzadores de bombas, o...

—Un guerrero cansado se cansará aún más si no descansa, hasta que llegue la batalla y apenas pueda levantar su espada. ¿De qué manera estarías *ayudando*, Ramien? —Había un deje de exasperación en el tono de Gor'sadén, algo que el Muro de Piedra no pasó por alto—. Los que servimos en el norte no estamos listos para otra batalla. Habríamos luchado de todos modos, pero ahora que se presenta la oportunidad, otros deben trabajar mientras nosotros descansamos.

—Lo sé. Simplemente no sé qué hacer conmigo mismo.

—Quejarte no servirá de nada —dijo Idernon, echándose hacia atrás en su silla y cruzando las piernas.

—No me estoy quejando. Hay guerreros muriendo ahí fuera, un enjambre de escarabajos asesinos nos mantiene cautivos dentro y Gra'dón probablemente se esté frotando sus codiciosas manos solo de pensarlo. Nunca estaremos listos a tiempo para el amanecer, a menos que encontremos una forma de salir a ese... *fregado*. Y mientras tanto, se supone que tengo que *descansar*.

—En el fregado, mientras descanso... Rima —masculló Carodel, tocando una lira imaginaria.

Ramien torció el gesto con incredulidad, Sontúr arqueó una ceja y Fel'annár casi sonrió.

—Pues sigue quejándote y nos dormirás a todos —dijo Fel'annár —. Antes de que nos demos cuenta será medianoche, alguien habrá traído la mezcla y la quemaremos mientras nos armamos para la guerra. Son solo seis horas, hermano. Confía en Turion. Confía en él como yo confío mi vida.

Los demás miraron a Fel'annár; conocían gran parte de la historia de cómo se conocieron él y Turion. Pero de todos ellos, Gor'sadén era quien menos sabía.

—He visto esa confianza cuando lo miras, cuando lo escuchas, cuando lo saludas y le sonríes. Dime... dinos cómo llegó a ser así.

La mirada de Fel'annár se demoró en Gor'sadén un momento, pero luego se deslizó hacia Lainon.

—Lainon y Turion han sido amigos cercanos durante muchos años. Creo que lo mejor sería que escucharais la historia de su boca.

Su Ber'ator quedó bajo las curiosas miradas de Gor'sadén y de La Compañía. Mientras el fuego empezaba a crepitar, Lainon se acomodó en el reposabrazos del sillón de Tensári. Con su amada a su lado y aquellos que más significaban para él sentados cerca, Lainon comenzó el relato que seguramente se escribiría en las Crónicas Silvanas.

Algún tiempo después, Lainon se quedó observando a su ávida audiencia, pero al final su mirada recayó en aquel que había conocido bajo el nombre de *El Silvano*.

—Vamos. No nos dejes así con la intriga —se quejó Carodel. Lainon levantó las manos en ademán de disculpa.

—Turion debía dejar su mando en los barracones de reclutamiento y servir una vez más en el Círculo Interior. Aceptó a regañadientes. Esa decisión, esa primera patrulla, cambiaría nuestras vidas para siempre. Es un camino que todavía recorremos, cuyo final sigue siendo incierto y, sin embargo, está más cerca que nunca.

—Perdimos a muchos por el camino —dijo Fel'annár en voz baja, con la mente transportándole a las montañas de Tar'eastór. Se volvió hacia Lainon, con los ojos fijos y el ceño fruncido—. Te perdí a ti en aquella batalla, cuando llegué a comprender la naturaleza de mi habilidad, al menos una parte de ella. Pero para entonces, ya era demasiado tarde para salvarte. —No pudo evitar mirar a Tensári y la expresión pensativa de su rostro.

Idernon se inclinó hacia delante. —Todavía recuerdo a Angon, su resistencia contra los Puristas, su singular pacto con el príncipe Rinon.

—Y al pobre Nurodi —empezó Ramien—. Lo perdimos en Abiren'á.

—Y a Galadan en esa batalla final —dijo Galdith, con la mano apoyada en el cuchillo de hierbas que siempre llevaba en el cinturón.

—Pan'assár —murmuró Gor'sadén.

Pero la mente de Fel'annár se había alejado una vez más de aquella habitación. Le había llevado de vuelta a Sen'uár y a aquella primera batalla contra los Señores de la Arena, cuando todavía era un novicio bajo el mando de Lainon y Turion.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Tensári.

—Estaba recordando Sen'uár.

Galdith se irguió. Ya sabía que Fel'annár había estado allí, en la destrucción de su aldea natal.

—Fue tu primera verdadera batalla. Esos recuerdos nunca se borran.

—No. —La mano acarició el arnés que cruzaba su pecho, pero no era cuero lo que sentía bajo los dedos. Era el vello suave de un bebé, muerto en sus brazos. Recordó la pena que había sentido, la rabia, la incredulidad ante la crueldad de la guerra—. Mataron a esos civiles, a tantos como pudieron, a los que no pudieron correr lo suficientemente rápido. Lo hicieron a propósito, para enfurecernos, para aterrorizarnos. Pensaron que huiríamos...

—Pero no lo hicisteis. Los defendisteis lo mejor que pudisteis, Fel'annár.

Él se volvió hacia Galdith y vio el dolor en su mirada.

—Si te hiciera una pregunta personal, ¿me responderías, Galdith?

—Muy probablemente sí.

Fel'annár asintió, eligiendo sus palabras con todo el cuidado posible.

—Tu mujer y tu hijo. ¿Por qué nunca hablas de ellos?

Galdith se quedó mirándolo. No esperaba esa pregunta. Idernon observó al veterano silvano, el guerrero airado que habían conocido en el camino a Tar'eastór.

—No es fácil. Hablar de ellos es una tortura para el alma, un castigo deliberado... —Galdith habló tan bajito que tuvieron que inclinarse hacia delante para oírle.

—Siguen existiendo, Galdith, igual que Galadan.

—Pero no están *aquí*. —Galdith se levantó bruscamente, se apartó de Fel'annár y se quedó mirando las llamas tras la espalda de Lainon.

—Sí que lo están, Galdith. Están aquí, mientras hables de ellos, mientras los recuerdes. Puede que al principio sea una tortura, Tensári sabe bien de eso. Pero con el tiempo, su recuerdo es un tributo. Cuando realices ese viaje tú mismo, cuando recorras el Camino Corto, como haré yo algún día, los verás y te preguntarás por qué les negaste un lugar en tu corazón durante tanto tiempo.

El silencio regresó, salvo por el suave crepitar del fuego, y Fel'annár supuso que eso era todo lo que obtendría del guerrero eternamente apesadumbrado. Casi dio un respingo cuando Galdith habló. No fue más que un susurro silencioso, como si hablara consigo mismo. Y tal vez lo hacía.

—Ella se llamaba Dena y mi niño... mi niño era Fenu. Todo el mundo lo quería, el único bebé con el pelo rojo.

Fel'annár se echó hacia atrás donde estaba sentado. El mundo se inclinó de lado, pero los ojos permanecieron muy abiertos, fijos en la mirada empañada de Galdith. Debía de haber oído mal; se movió hacia el borde de su asiento, con el corazón latiendo mucho más rápido que su capacidad para respirar.

Se vio a sí mismo sentado en una roca baja entre las nieblas que se asentaban tras la batalla. En sus brazos, un cuerpecito acurrucado contra su pecho, con la cabeza en el hueco de su cuello, sin vida. Recordó cómo aquel momento lo había cambiado. Había sido un novicio al entrar en Sen'uár, pero ya era un guerrero para cuando se marchó.

Los demás habían advertido su asombro, pero Galdith estaba atrapado en el pasado, recordando a su familia por primera vez.

—Nunca hablo de ellos porque siempre me pregunté... si... sufrieron. —Unos ojos de color marrón oscuro se posaron tentativamente en Fel'annár, revelando por primera vez la fuente de su pesar, la razón por la que nunca había aceptado su pérdida, por la que nunca se había permitido llorar por ellos: porque no podía soportar pensar en cómo habrían muerto.

—¿Qué edad tenía Fenu? —Fel'annár intentó asimilar la increíble coincidencia, preguntándose todavía si se estaba equivocando. Miró a Lainon y comprobó que este le devolvía la mirada.

Él lo sabía.

—Siete meses.

Galdith emergió de sus recuerdos, dándose cuenta solo entonces de que Fel'annár lo miraba con asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundido.

—Yo... Yo estaba allí, Galdith, esto ya lo sabes.

—Sí. —La confusión se tornó en sospecha, incredulidad, casi rabia.

Fel'annár bajó la mirada al suelo, armándose de valor.

—Otros niños murieron aquel día. Fue mi primera batalla; yo no tenía experiencia, no estaba preparado para ello por mucho que estuviera seguro de que podría manejarlo. Al final, me senté conmocionado en el suelo con un bebé en los brazos. Turion vino a mí, habló conmigo y después llevé al niño a las piras y cuidé de su cuerpo. Fue una muerte rápida, una estocada de una daga enemiga. —Una lágrima cayó al suelo ante Fel'annár. Nunca había hablado de esto con nadie excepto con Turion y Lainon.

—Tenía el pelo *rojo*, Galdith.

El rostro de Galdith tembló y se tensó hasta colapsar en una mueca de tal dolor que apartó la vista. Se cubrió la boca con la mano temblorosa, con los hombros hundidos, y lo único que pudo hacer La Compañía fue observar cómo la verdad se hundía bajo el grueso velo de autoprotección de Galdith, a través de las brumas de la confusión y la pena, a lo largo de todos aquellos días desesperados de súplicas a Aria: ¿habría sido su muerte rápida? ¿O habría sido brutal?

—Dicen que los niños se encuentran antes, al igual que sus padres. —Carodel se acercó a su amigo y extendió una mano tentativa, cuyos dedos apenas rozaron el hombro vuelto.

El silencio se prolongó, pesado y, sin embargo, extrañamente melancólico, casi reconfortante. Para Galdith, significaba el cierre, una respuesta a su eterna pregunta. Para Fel'annár, era saber que Fenu, esa pequeña alma que había sentido volar lejos, había sido

amada por un guerrero extraordinario al que llamaba amigo. Aquello suavizaba ese interminable momento en el tiempo que recordaba a menudo. La próxima vez que ese recuerdo acudiera a él, vería a Fenu, con los ojos abiertos, mirándolo con una sonrisa desdentada.

Otra lágrima rodó por la mejilla y se levantó; caminó hacia Galdith y vio cómo este se giraba para mirarlo de frente.

—Queridos dioses, doy gracias porque fueras tú quien lo sostuviera en esos momentos finales.

Galdith abrió los brazos y se estrechó contra Fel'annár mientras caían lágrimas silenciosas. Fel'annár apretó los brazos alrededor de su amigo. —Es por lo que luchamos, Galdith. Por este amor que nos eleva y casi nos destruye. Mañana, lucharé por Fer'dán, Angon y Nurodi. Lucharé por Lainon y Galadan, por Pan'assár y Or'Talán. Lucharé por Lássira, y lucharé por Dena y Fenu.

Se mantuvieron sujetos a la distancia de los brazos. —Yo también lo haré, por todos aquellos que cayeron en Sen'uár. La próxima vez que piense en ellos, ya no me mirarán con angustia ni me pedirán ayuda. En su lugar, me devolverán la sonrisa y me dirán que *volveré* a verlos.

Alguien sorbió por la nariz y alguien soltó una risita suave. —Usa un pañuelo, blandengue. —Antes de que Ramien pudiera objetar, Sontúr ya había girado la cabeza, ocultando el rostro, y durante un largo rato, nadie habló.

Turion recorrió con el pulgar el borde del diario que tenía ante él.

Tenía muchos como ese; la mayoría de los comandantes los tenían, pero algunos eran más concienzudos que otros. Turion no era como Fel'annár, ni como Or'Talán. Se parecía más a Pan'assár, quien solo escribía en ciertos momentos, después de batallas, guerras o revueltas.

Ahora era, sin duda, uno de esos momentos.

A lo largo de sus muchos años de capitanía, Turion había perfeccionado su habilidad para ocultar las emociones, sabiendo

perfectamente cómo sus reacciones podían influir en aquellos bajo su mando. Aquel día había hecho pleno uso de esa capacidad, pero ahora, en la privacidad de su propio despacho, sin más testigos que las velas, permitió que su rostro expresara lo que quisiera mientras la mano movía la pluma y las palabras surgían en una caligrafía cuidadosamente elaborada.

Creo que grité al ver morir a aquel pobre guerrero.

Y lo había hecho. Pero también lo habían hecho todos los demás. Turion nunca había visto una muerte más sombría. Sin embargo, aquellos que habían luchado en la guerra del norte, sí. Había escuchado sus informes sobre los Segadores, de cómo sus costados de serpiente picaban y paralizaban, solo para que sus formas espectrales se alimentaran de la carne viva mientras sus víctimas gritaban.

Turion se echó hacia atrás en el sillón, dejando que un fuerte escalofrío le recorriera la espalda.

Mientras estaba allí sentado escribiendo, otros recogían ingredientes, los dosificaban y los preparaban para su distribución en tantos cuarteles y hogares como fuera posible. Henú y Salo lo supervisaban todo y, ahora que el Camino Oscuro había sido revelado, Fel'annár le avisaría si el enemigo hacía algún movimiento.

Se inclinó de nuevo hacia delante, mojó la pluma en tinta y siguió escribiendo.

Cuando todo esto termine, si todos sobrevivimos, quiero que se le otorguen los máximos honores militares a Fel'annár. En cuanto a La Compañía, estos son mis deseos:

El teniente Idernon debe ser investido como capitán del Círculo Interior, registrándose su nombre familiar y su blasón entre los nobles de la casa.

A la teniente Tensári se le ofrecerá la capitanía, a falta de la aprobación del Comandante Supremo Hobin. Al capitán Lainon se le concederá la Esmeralda del Bosque, al igual que a todos los demás miembros de La Compañía.

Los guerreros Ramien, Galdith y Carodel serán ascendidos a tenientes.

Turion bajó la vista hacia su lista y comprendió entonces que era casi como si estuviera redactando sus últimas voluntades. El amanecer marcaría el primer día de guerra, tal vez incluso el último.

Si llegara a caer, lego mi hoja Misericordia a mi muy buen amigo, el capitán Lainon. Recuérdame con cariño, hermano. Tú y yo hemos logrado grandes cosas, y no la menor de ellas el descubrimiento del hijo silvano de nuestro rey, el heredero que rezo para que algún día sea nombrado príncipe. Cuida de él como siempre lo has hecho, pues en Fel'annár hemos visto el regreso del honor y el deber. A través de las brumas de la intolerancia, del prejuicio y el odio, se abrió camino hasta la superficie, marcó el regreso de Pan'assár de Los Tres y la justicia para todas las razas de Ea Uaré. Es príncipe por derecho. Es príncipe por sus actos.

Turion se echó hacia atrás de nuevo, con los ojos fijos en la palabra «príncipe».

Sonrió y, por un momento, no hubo escarabajos, ni niebla, ni terror. En su lugar, vio al novicio, con su cabello indomable y sus ojos inquisitivos. Turion siempre había sabido que albergaba grandeza, incluso antes de darse cuenta de quién era. Había sido algo instintivo, algo inexplicable que su alma había reconocido.

No se había equivocado y, ante esa certeza, Turion se enorgulleció del papel que había desempeñado en el camino de aquel guerrero novicio que llegaría a ser general, un señor de la guerra, un Ber'anor. Y si Thargodén lo permitía, príncipe de Ea Uaré.

Colocó la pluma con cuidado junto al diario, lo cerró y dejó que los dedos se deslizaran sobre la rugosa cubierta de cuero. Un largo suspiro después, se levantó y caminó hacia el hogar, colocando otro leño en el fuego.

Aún le quedaban horas por delante, atrapado en el interior con el enemigo a escasa distancia. Si el humo funcionaba, Turion iniciaría los preparativos finales de inmediato. No habría tiempo que perder, tal vez incluso fuera demasiado escaso.

Se preguntó dónde estaría ahora el capitán Eramor, dónde estaría la Madre Patria. Pero la última vez que le había preguntado a Fel'annár, él había dicho que todavía estaban a días de distancia. Mañana, Ea Uaré estaría sola.

Turion se sentó en su sillón favorito, apoyó la barbilla en la palma de la mano y se quedó mirando las llamas que parpadeaban suavemente. Se sentía completo, satisfecho por el trabajo bien hecho. Había visto a Fel'annár llegar al final de su camino y, en cuanto al suyo propio, bueno, eso estaba aún por escribir.

Sontúr estaba sentado ante el fuego en los aposentos de la princesa Maeneth. A su lado, ella lo observaba de perfil.

—Hemos usado todas las bombas en el lanzador de bombas. Solo nos queda rezar para que la producción no se haya detenido, para que estén aprovechando bien el tiempo.

—Y para que tomen las precauciones de manejo necesarias.

—Los entrenamos bien. Si solo sale una cosa buena de esto, es el tiempo y las manos extra que tenemos para crear más bombas.

Maeneth asintió y se volvió de nuevo hacia Sontúr. —Estás pensativo.

Él se volvió hacia ella despacio, estudió su rostro y habló en voz baja. —Como todos. Es una noche extraña, muy extraña, Maeneth. Pero respecto a tu pregunta, estaba pensando en lo que pasará después de la guerra.

—Quizá no deberías. No sabemos si habrá un futuro para nosotros.

—No. Pero si lo hay, querría conocerlo. Lo planearía, por si sobrevivimos a esto, si, por algún milagro, vencemos a los Nim'uán.

Ella no dijo nada; se echó hacia atrás en el asiento y lo vio girar todo su cuerpo hacia ella, con las manos extendidas y los dedos tensos mientras buscaba las palabras adecuadas. —Nos vinculamos y, sin embargo, nuestras familias aún no lo saben. Ahora no es el momento y, aun así, puede que después de esta noche nunca lo haya.

Una débil sonrisa asomó a los labios de Sontúr.

—Mi padre me necesita, tanto como necesita a Gor'sadén. Él también debe regresar, tarde o temprano, o de lo contrario renunciar

a su mando en la Madre Patria.

Maeneth se acercó más a él, extendió una mano y la posó suavemente en el centro de su pecho. —Y yo no puedo dejar Ea Uaré, ahora no. Pero nuestra residencia física es un asunto secundario, por mucho que nuestros padres sean reyes.

—¿Qué importa realmente, excepto para nosotros? Si hay un mañana, tú y yo lo resolveremos. Se nos da bien eso.

—Sí, es cierto. —Él la besó, necesitando sentir su carne contra la suya, sellar su pacto de amor eterno. Había una vida para ambos después de esta guerra. Sería un paraíso encontrado, con Maeneth en el centro, y Sontúr Ar Vorn'asté, príncipe de Tar'eastór, juró que lucharía por esa vida con todo su ser.

Gor'sadén había abandonado los aposentos de La Compañía y se dirigía al despacho de Pan'assár en el Círculo Interior, con la historia de cómo Lainon y Turion encontraron a Fel'annár aún resonando en su mente. Regresaría con ellos antes de la quema de medianoche.

Navegó por los pasadizos antaño secretos, localizó el símbolo que había memorizado y empujó la pared. Subió hacia arriba, salió a un cuarto de almacenamiento bajo el Círculo Interior y, al poco, estaba dentro de los despachos de Pan'assár.

Encendiendo una única vela que estaba sobre el escritorio de su amigo, los ojos se centraron en el diario que sabía que Turion le había dejado para que lo encontrara.

Pan'assár solía ser reacio a usarlo; decía que escribir atontaba el cerebro, volvía a uno blando y extraía del escritor emociones que, de otro modo, habrían quedado enterradas o hábilmente ocultas. Por supuesto, nada de eso encajaba con Pan'assár. Nada le afectaba tanto como para perder el control. Al menos eso era lo que quería que todos creyeran.

No era verdad. Gor'sadén lo sabía, al igual que Or'Talán.

Se sentía viejo, porque allí estaba sentado, dejándose llevar por la nostalgia una vez más.

En su mente, estaba de vuelta en las llanuras de Tar'eastór, galopando sobre las Tierras Bajas con Pan'assár y Or'Talán cuando eran jóvenes adultos, Discípulos Kah, llenos de sueños y grandes deseos. En aquel entonces ignoraban las astucias de Aria. Ella había plantado la semilla en sus mentes, una de propósito divino por si alguna vez llegaban a reconocerla, permitirle crecer y entonces nutrirla.

Pan'assár debía proteger a Or'Talán como su Ber'ator, mientras que Or'Talán debía proteger el Bosque Perenne. En cuanto a él mismo, debía guiar al heredero como Ber'anor en caso de que Or'Talán muriera. Los Tres habían sido el plan de Aria para la seguridad futura de su portal secreto.

Pan'assár había salvado la vida de Or'Talán muchas veces... hasta la traición de la Batalla bajo el Sol, cuando falló. Fue entonces cuando Gor'sadén pasó a ser el instrumento necesario para guiar a Fel'annár, preparándolo física y mentalmente para la tarea que tenía ante sí.

Y aquí estaban. Fel'annár era casi un Maestro Guerrero Kah, estaba tan preparado como podía estarlo para la guerra venidera. Los Tres habían cumplido su propósito y ahora su deber estaba completo. Fel'annár ya no lo necesitaba como su Maestro, lo sabía. Pero siempre sería un padre para él.

Cogió la pluma, abrió el tintero y encontró tinta fresca. Alguien mantenía aquellas estancias como si Pan'assár no hubiera muerto.

Mojó la pluma en el líquido oscuro y sedoso y escribió en la siguiente página en blanco del diario que tenía delante.

Nuestro deber está cumplido. Nuestra historia será contada. Soy Gor'sadén, Ber'anor, el último superviviente que queda de Los Tres.

Lainon y Tensári habían partido hacia el Camino Oscuro, dejando a Fel'annár al cuidado de La Compañía. Habían salido en el Gremio Académico, hablado con los aterrorizados maestros y alumnos que ya habían recibido la visita de dos guerreros. Ellos, como todos los

demás, estaban ocupando el tiempo antes de que trajeran la mezcla, buscando en sus libros y pergaminos cualquier referencia que pudieran encontrar sobre insectos similares a aquellos carnívoros que atacaban desde el interior de sus involuntarios anfitriones.

Se giraron e hicieron una reverencia ante la llegada del maestro del gremio. Pero no fue Lerita quien saludó a los dos Ari'atór.

Lainon se inclinó profundamente, mientras Tensári observaba, insegura de si Lainon lo conocía de antes. Por su parte, todo lo que sabía era que él era Ari, un Ber'anor.

El recién llegado hizo un gesto con la mano a los maestros académicos y a sus discípulos, esperó a que se ocuparan de sus asuntos y entonces se acercó a Lainon y Tensári.

—Teniente Tensári, este es el Maestro Ket'subá, jefe de la Orden de Shirán.

Ket'subá frunció el ceño, lanzó una mirada de advertencia al Ber'ator y Lainon se apresuró a explicarle: —Ella lo sabe, Maestro.

Ket'subá levantó la cabeza, estudió el rostro de Tensári y comprendió lo que era.

—¿Y la maestra del gremio Lerita? —preguntó ella.

—Está donde debe estar —dijo Ket'subá.

Tensári ladeó la cabeza, decidiendo no insistir en el tema.

—Seguidme. —Fue todo lo que dijo antes de dirigirse hacia la escalera de caracol. Subieron hasta la última planta y entraron por una puerta custodiada. Pero el guardia no era un guerrero ordinario. Llevaba el mismo uniforme que Lainon. Tensári resistió el impulso de estirar el cuello para mirar la parte posterior de su coraza, para ver si tenía las mismas dos aberturas para alojar las alas. Pero se distrajo con el magnífico yelmo que llevaba el guerrero.

Era mucho más grande que cualquier otro que hubiera visto. Se arqueaba sobre sus hombros, bajando por la espalda, haciéndole parecer mucho más alto de lo que era.

Estaba tallado con la imagen de una golondrina.

Dio un respingo cuando Ket'subá habló.

—Cualquier cosa que se diga aquí no puede repetirse, teniente. Como su superior, le exijo juramento de silencio.

—Entonces le pido cautela, Maestro Ket'subá. No ocultaré información que pueda proteger a mi Ber'anor.

El de Shirán le devolvió la mirada, con el rostro totalmente ilegible. Era peor que Hobin, concluyó ella, y eso ya era toda una hazaña. Puede que este Ket'subá no fuera un guerrero, pero sin duda era igual de combativo.

—Entonces seré precavido, por supuesto. Aun así, no es probable que su Ber'anor revele información sensible relativa a su propio deber para con Aria.

Lainon se situó frente a la chimenea aún fría y se dio la vuelta. Fue entonces cuando los ojos de Tensári se sintieron atraídos por primera vez hacia el cuadro que colgaba sobre la repisa.

Frunció el ceño, pero Lainon no se movió. En su lugar, observó cómo ella estiraba el cuello por detrás de él.

—Ese es el Bosque Perenne.

Nadie le respondió. En su lugar, Lainon se volvió hacia Ket'subá. —¿Alguna noticia del sur?

—Todavía estamos trabajando en el *método*.

Tensári se apartó del cuadro, pero no hubo más explicaciones. Algo se tramaba, pero sabía que era mejor no preguntar.

Una exhalación larga, el crujido de la tela, el rechinar de la madera al sentarse Ket'subá. Lainon se volvió hacia la leña y empezó a preparar el fuego. Arrodillándose, colocó piñas y trozos de corteza en el centro de la rejilla, y luego echó mano de un eslabón. Al golpear el acero, la chispa prendió en la tela carbonizada y, pronto, el fuego naciente empezó a chisporrotear.

Ket'subá observaba, con ojos agudos y la mente aún más despierta. Pero los ojos de Tensári no se habían apartado del cuadro.

—Ya está, el fuego está encendido y listo, Maestro. Todo lo que debemos hacer es esperar a la medianoche. Después de eso, mi deber está al lado de Fel'annár.

—Por supuesto, capitán, teniente. Él debe vivir si nuestras tierras han de sobrevivir. —Ket'subá apartó la vista del eslabón que Lainon había usado y la centró en la pintura que había robado la atención de Tensári desde que había entrado en la sala.

—Escúcheme bien, capitán Lainon. Los Nim'uán no deben entrar en el Bosque Perenne. Ahora más que nunca, pues si Telzorán cruza la frontera, ya sabe lo que ocurrirá. —Los ojos de Ket'subá brillaron con intensidad, reforzando su mensaje para Lainon.

Tensári vio cómo Lainon se pasaba una mano por la cara, algo impropio en él. Estaba nervioso, y Tensári guardó bien esa información.

—Solo *él* puede canalizar el poder, Lainon. Solo él puede usarlo, pues lo ha tocado. Debemos esperar que llegue a comprender *cómo*.

Lainon se volvió hacia el Maestro de Shirán. —¿A qué se refiere con que lo ha *tocado*? Eso no es posible.

Ket'subá levantó la cabeza y estudió el singular rostro de Lainon por un momento. —Los Liminal. La esencia de Naz'arán se combinará con la luz de Aria. A través del Bosque Perenne, él puede fusionar las fuerzas, crear una nueva que dé una oportunidad a las fuerzas de Thargodén. Todo lo que necesita es comprender, abrir la puerta y *creer*.

Ket'subá se puso en pie. —Pero incluso así, luchamos en llanuras, en una ciudad de piedra. Esa fuerza no es eterna. Se agotará si no hay nada que la perpetúe. Él podría frustrar su estrategia, diezmar sus filas, pero solo, no puede derrotar al enemigo que viene. —Exhaló lentamente y clavó la mirada en Lainon—. Debes ayudar a Fel'annár de cualquier forma que puedas. Juntos, debéis detener a este monstruo. Pero hagáis lo que hagáis, esas almas no deben ser desatadas. Hay almas mortales en su interior, Lainon, y solo hay uno que puede evitar que crucen, que traigan la aniquilación a Refugio y quizá incluso más allá.

Tensári vio el momento en que Ket'subá decidió que ya había dicho suficiente. —Id, buscad descanso antes de la quema. Si la suerte está con nosotros y el enjambre se retira, entonces podremos seguir preparándonos para la guerra. En cuanto a mí, debo reflexionar.

El Maestro se sentó, con la vista fija en las llamas, y Lainon se volvió hacia Tensári, haciéndole un gesto para que lo siguiera. La puerta se cerró tras ellos con un suave clic, y Lainon caminó por el balcón interior superior con Tensári.

Tensári estaba aún más confundida que antes, pero Lainon no se detenía. Casi se alegraba del silencio para poder pensar y ordenar las preguntas que quería hacerle. La pintura, las palabras de Ket'subá... la inquietaban profundamente.

Lainon entró en una estancia, cruzó el salón y entró en otra habitación. Al fondo, una escalera de caracol subía hacia arriba. Era un espacio abuhardillado, con nada más que una sencilla mesa de madera y dos sillas. Pero fue la pared de cristal lo que captó su atención, un marco que mostraba el Bosque Perenne más allá, solo que la vista estaba oscurecida por el enjambre, los fugaces ojos rojos y el constante golpeteo de sus cuerpos óseos contra el vidrio.

Lainon dio la espalda a la ventana y se enfrentó a Tensári, preparado, al parecer, para las preguntas que sabía que ella tenía.

—Sabía que aquello no había sido un sueño de Fel'annár. Sabía que había sido real: la criatura alada envuelta en luz verde. Ket'subá lo llamó Liminal, una criatura de umbral, que no pertenece ni a un mundo ni al otro.

Lainon la miró fijamente, sin mostrar emoción alguna por el momento, por lo que Tensári concluyó que iba por el buen camino. Continuó.

—Lo tocó y, de alguna manera, le otorgó poder. ¿Es por eso por lo que lo perseguía? ¿No para matarlo, sino para concederle alguna habilidad? Y si es así, ¿sabía lo que venía? ¿Sabía que la necesitaría? En tal caso, ¿por qué los Shirán no nos advirtieron de lo que venía del mar?

Su Connate permanecía sentado en silencio ante la ventana, con puntitos rojos de luz revoloteando a su espalda, golpeando rítmicamente contra el cristal.

—No tengo todas las respuestas, Tensári. Pero tal vez... tal vez la criatura reconoció al Ber'anor, de algún modo supo que su deber era proteger el Bosque Perenne, proteger Refugio. Y en ese reconocimiento, sintió la necesidad de otorgarle todas las armas posibles para llevar a cabo ese cometido.

—Suposiciones. ¿Me estás diciendo que no lo sabes?

—Sí. En este caso no puedo estar seguro. Pero una cosa es cierta. Ket'subá ha hablado frente a ti por una razón. Creo que desea

que le cuentes a Fel'annár lo que has oído, que le adviertas sobre Telzorán.

—¿Qué es Telzorán?

—Es un látigo de tres puntas que porta el Nim'uán. Ya advertí a La Compañía que se mantuvieran alejados de él. Es un arma mortal, una que nunca fue fabricada para Bel'arán. De alguna manera, cruzó la brecha y cayó en manos enemigas.

—¿Tiene almas mortales en su interior?

—Debemos asumir que así es. Ya sea humano o Señor de la Arena, si cruzan El Velo, se convertirán en Revenant, un enemigo mucho mayor que el propio Nim'uán.

Tensári se quedó mirando a Lainon, procesando la información que le había dado. ¿Acaso los Ari'atór de Naz'arán tenían el encargo de destruir a esos Revenants? ¿Es a eso a lo que se enfrentaría en su próxima vida si seguía siendo Ari'atór?

Lainon inspiró profundamente y miró hacia arriba, hacia la trampilla que llevaba al exterior, a los tejados del gremio académico. —Créeme que te llevaría conmigo, volaría lejos y te lo mostraría, pues no puedo hablar de esto, no a ti. No eres Shirán.

Tensári levantó la vista y vio el contorno de la puerta. —¿Es así como entras y sales de la ciudad? ¿Vienen otros por aquí?

—Tensári...

—Me has traído aquí por una razón. ¿Pensabas que no lo vería?

—No. Sé que puedes ver la puerta, las tallas que adornan incluso estos muros. Ves pájaros, otras criaturas del bosque, y sabes lo que son. No necesitas que yo te lo diga. Sirvo a un propósito, y este edificio es mi lugar de trabajo en Bel'arán, hasta que los dioses consideren oportuno enviarme a otro lugar. —Miró hacia una esquina, a la talla de un búho en pleno vuelo, y luego a la siguiente, donde un chochín se posaba en una rama tallada, observando con calma el mundo inferior.

—¿Los conoces? —Tensári apartó la mirada del chochín y escudriñó el rostro de Lainon.

—Los conozco. Son mi... Compañía... en el otro lado.

Tensári frunció el ceño, recorriendo con la mirada el rostro de Lainon. —¿Por qué... por qué me cuentas esto?

Lainon dio un paso hacia ella, lo suficientemente cerca como para tocarla, pero no lo hizo, todavía no.

—Porque si llega el momento... si llega *tu* momento, deberás afrontar una elección. Es una elección que no está al alcance de ningún Ari'atór. Es solo para los Divinos. Debes elegir entre aceptar la Orden de Shirán o pasar más allá de Refugio y elegir tu propio destino.

—Y si paso a Naz'arán, ¿volveré a verte?

Lainon no dijo nada, pero los ojos se le humedecieron y apretó los labios. —Incluso si eligieras la Orden, no hay garantía de que sirvamos en el mismo lugar, ni siquiera en el mismo mundo. Pero siempre tendríamos Refugio cuando el deber lo permita, cuando los dioses nos liberen. No somos Shirán por toda la eternidad, Tensári.

—Los dioses...

Lainon alargó la mano. —Y si eliges dar el paso más allá de Refugio, tu vida estará llena de maravillas, nuevas aventuras, nuevas tierras y costumbres y, sin embargo, viejos amigos, familia. Te conocerán, y tu vida será tuya, para hacer con ella lo que te plazca.

—Pero no te tendré a ti. —Tensári dio un paso al frente y puso ambas manos sobre el pecho de él, sintiendo el latir del corazón—. Amaba a mi madre, adoraba a mi padre, nunca tuve hermanos pero recuerdo a mis amigos, a mis compañeros reclutas. Hay muchos a los que me gustaría volver a ver y me alegraría. Pero tu ausencia me rompería. La vida no tendría sentido si tú no estás en ella. ¿Qué le importaría a un alma rota vivir en un lugar o en otro?

—¿Elegirías la Orden?

—Te elijo a *ti*, *siempre*.

Lainon la rodeó con sus brazos y sintió que ella hacía lo mismo. Rezó entonces, en el silencio de su mente, para que ella no cayera, pues la muerte no era fácil para quien elegía la Orden. La metamorfosis era una prueba de fuerza, no solo del cuerpo sino de la mente. No se lo deseaba a nadie y, sin embargo, cómo lo anhelaba su egoísta corazón.

—Debes vivir, amor mío. Vive por mí, pero si mueres, te estaré esperando al otro lado. Te recogeré y rezaré a los hacedores de

mundos para que se te permita servir conmigo; tú y yo, juntos por fin.

El sonido de un canto distante llegó hasta ellos. Como un coro celestial, desafinado y, sin embargo, no tanto. Había un patrón en las notas menores, pues aunque eran discordantes, resultaban armoniosas, creciendo y menguando como las mareas.

—Suena como el llanto del mundo.

Lainon abrazó a Tensári con más fuerza. —Y tal vez lo sea, amor mío. Tal vez lo sea.

Alguien tosió. Otro se aclaró la garganta, y luego se oyó un gemido suave y amortiguado.

Llyniel chasqueó la lengua y miró a los aprendices de sanador que la rodeaban a través de un monóculo que hacía que el ojo derecho pareciera demasiado grande.

No necesitó hablar. Ellos comprendieron perfectamente su amonestación.

La Lestari volvió a centrar su atención en el objeto de su fascinación. El cuerpo mutilado de un elfo sin vida ocupaba la cama de piedra elevada; toda su sección media no era más que una maraña destrozada de vísceras.

—Lo siento, Lestari —dijo una mujer joven mientras se ajustaba el tocado, con los ojos evitando estudiosamente el cadáver.

—Conteneos, por favor. Mañana veréis cosas incluso peores. Necesitáis entrenar vuestros estómagos para que obedezcan a vuestras mentes. Si mostráis vuestro horror, vuestro pavor, tened por seguro que vuestro paciente también lo verá.

—Él no lo habría visto.

Los agudos ojos de Llyniel se posaron en el aprendiz, advirtiendo sus labios apretados y el rostro enrojecido.

—No. Pero en el calor del conflicto, no podéis elegir ante qué casos reaccionar y ante cuáles no. Como sanadores, vuestro deber es reaccionar solo ante el tratamiento que debéis proporcionar y las

garantías que debéis dar. *Vosotros* no importáis, no hasta que vuestro deber esté cumplido.

El silencio siguió a las palabras de la Maestra Sanadora, que volvió a encorvarse sobre el cuerpo con unos cuchillos pequeños en las manos.

—Fijaos en esta secreción amarillenta. Proviene de los insectos. Una vez dentro de su anfitrión, encuentran el camino hacia las entrañas y se abren paso. ¿Veis aquí? No hay secreción. Solo aquí. —Se retiró para que pudieran ver.

—Esta sustancia parece reaccionar de una manera que todavía no comprendo. Pero la combinación crea una reacción explosiva. Podemos asumir que devoran la carne extremadamente rápido, tal vez descomponiéndola de una forma que provoca esta reacción química. Una vez saciados, el evento ocurre y vemos aquí a esos insectos individuales que perecieron durante la reacción. Los supervivientes buscan una salida, presumiblemente en busca de otro anfitrión.

En el silencio que siguió, alguien tosió y otro tragó saliva con dificultad. Se oyó un gemido ahogado, una disculpa apresurada y otro aprendiz salió corriendo de la sala.

Llyniel lanzó un largo suspiro y luego dejó que los ojos pasaran de uno a otro de sus jóvenes alumnos. Rostros verdes, ojos llorosos; era demasiado y demasiado pronto para ellos. Abrió la boca para hablar, pero unos pasos a sus espaldas la distrajeron. Se dio la vuelta para encontrarse con Fel'annár caminando hacia ella. Lo observó; él tenía los ojos fijos en el guerrero caído. Pasó junto a ella, extendió una mano y la colocó sobre la frente del guerrero muerto.

—Que te encuentres pronto, hermano. —No fue más que un murmullo, apenas audible. Hizo que ella se sintiera culpable por haber tratado al guerrero como nada más que un trozo de carne. Pero entonces se recordó que esa era la única forma de llevar a cabo su trabajo *y* mantener la cordura. Debía ponerse anteojeras, ignorar quién había sido ese soldado y cómo había sufrido. Nada de eso la ayudaría a ella, ni ayudaría a otros que tuvieran una oportunidad de sobrevivir.

Se volvió hacia sus jóvenes aprendices. —Id. Esperad junto a las hogueras. Y cubrid a este valiente guerrero.

—Thendal.

Llyniel se volvió hacia Fel'annár y asintió secamente. No había querido saber su nombre.

Con los aprendices prácticamente huyendo de su lado, Kristain asintió lentamente a su Maestra, dedicó al Señor de la Guerra una mirada prolongada y luego se alejó cojeando.

Fel'annár se volvió hacia Llyniel y sonrió levemente. —Les pides mucho. La mayoría apenas han salido de los talanes de sus padres. Apuesto a que nunca han visto un cuerpo tan destrozado y expuesto.

—Estamos al borde de la guerra. No puedo permitir que vomiten sobre mis pacientes ahora, ¿verdad?

Empezó a caminar hacia sus aposentos privados, buscando la llave en el bolsillo. —Es posible que mañana necesitemos usar estas estancias para poner camas.

Fel'annár no dijo nada; la siguió a través de la puerta y observó cómo ella echaba la llave y luego se ocupaba de la chimenea.

—¿Te han informado entonces?

—Sí. Todos esperamos a la medianoche. Hay cosas que podríamos estar haciendo, pero la mayoría de mis sanadores se niegan a bajar a los almacenes. Creen que los insectos podrían haber entrado por los marcos de las ventanas. Habrá trabajo de sobra si el humo funciona y el enjambre se retira.

—Lo mismo para el ejército. La espera es desesperante.

—¿Es de eso de lo que trata este enjambre? ¿De retrasarnos para luego sorprendernos?

—En parte, quizá. —Fel'annár se dejó caer en un sillón mullido a un lado del hogar y observó a Llyniel ocuparse con otra cosa—. Pero es más coherente con lo que suelen hacer los Señores de la Arena. Aterrorizan. Minan la resolución y la fuerza de sus enemigos, los dejan vulnerables, los convierten en objetivos fáciles. La pregunta es, ¿cómo ha llegado este enjambre hasta aquí, y hay otra razón por la que Gra'dón lo ha desatado ahora, *antes* de la batalla?

Llyniel dejó lo que estaba haciendo y se irguió levemente. —Estaba pensando justo en eso. Quizá... quizá viven en estructuras como las avispas y las abejas. Tal vez él transportó esas estructuras.

—Nunca podría transportar una cantidad tan grande. ¿Y cómo consigue que el enjambre vaya a donde él quiere?

—Todas son buenas preguntas para las que apuesto que no obtendremos respuesta esta noche. —Enderezó los frascos y tarros en la mesa larga y rectangular ante el hogar.

—¿Quieres... sentarte? —Entre la exasperación y la diversión, Fel'annár la vio considerar la idea. Y entonces advirtió que quizá eso era precisamente lo que ella intentaba evitar.

Pensar.

Él se levantó, se dirigió a la ventana y al enjambre que había más allá. Podía sentir a Llyniel a su lado, el calor de la piel, el lejano aroma a jazmín.

Un golpe sordo y un escarabajo se quedó pegado al cristal. Fel'annár dio un respingo y luego observó cómo las suaves patas negras ondulaban, como si estuviera succionando. Frunció el labio y Llyniel bajó las persianas y se volvió hacia el perfil de su alma gemela.

—Lo siento. Esta espera me pone nerviosa. Me parece mal estar aquí sentada hablando con esas cosas ahí fuera.

—Ramien y tú hacéis una buena pareja. —Fel'annár se alejó de la ventana, se volvió hacia Llyniel y la atrajo hacia sí—. No hay nada que podamos hacer excepto aprovechar el tiempo que tenemos para descansar si podemos.

Llyniel inspiró profundamente y apoyó la mejilla en la sencilla coraza de cuero que vestía Fel'annár. Todavía no se había vestido para la batalla. —Otra última noche. Otro momento preguntándonos si será el último. Odio esto. Es por lo que dudé antes de amarte, antes de darme cuenta de que era algo inútil. Fue una bendita condena el día en que te atreviste a subir a mi árbol y llamarme sanadora.

Fel'annár sonrió mientras apoyaba la barbilla en la coronilla de ella. —Algún día, los guerreros mantendrán la paz en lugar de luchar

por ella. Entonces, tal vez, la vida sea más sencilla, más fácil para el alma.

—Tal vez. Y si ganamos esta guerra, si ambos sobrevivimos, ¿qué pasará después, Fel'annár? ¿A dónde te llevará tu deber?

Otro suspiro profundo. —A ninguna parte. Mi deber está aquí, y me pregunto... ¿podríamos formar nuestra propia familia?

Llyniel se apartó de su abrazo y lo miró a sus suaves ojos verdes. —¿Quieres tener hijos?

—Sí, quiero tener hijos. Sé que nunca hemos hablado de eso, pero esta guerra... si la ganamos, creo que será la última en una era. Construiría un hogar en los árboles, lo bastante cerca para cumplir con mis deberes en el Círculo Interior, pero lo bastante lejos para que nuestros hijos puedan prosperar en el corazón de la naturaleza, sabiéndose parte de ella.

—Más allá de Sen Garay, a medio camino de Ea Nanú, hay un lugar hermoso, cerca de las orillas del Calro. Quizá podamos establecer una nueva aldea, empezar nuestra familia allí. Sé que tú siempre serás un guerrero y yo una sanadora. Pero como has dicho, estos serán mayormente tiempos de paz. —Llyniel sonrió, con la mirada perdida en la distancia—. Puedo verte, con nada más que un faldellín de lino, recién salido de la cama, con un niño y una niña en cada brazo. Les enseñaremos sobre el bosque, sobre la magia de este mundo. Les enseñaremos a ser buenos y les mostraremos cómo hacer sopa de guisantes. Quiero este futuro contigo, y la promesa que los dioses me otorgan me hace llorar.

Cerró los ojos lentamente, ocultando su ferviente deseo y el temor de que nunca llegara a cumplirse. Se dio la vuelta, caminó despacio hacia su mesa larga y rectangular y deslizó las yemas de los dedos por el borde mientras pasaba ante las botellas, viales y tarros que la cubrían.

—Una guerra más, general... señor de la guerra. Y luego, quizá, puedas ser simplemente Fel'annár: Sol Verde.

Fel'annár la observó, perdida en sus reflexiones y deseos para el futuro, en su miedo al presente. Tenía razón. Era una guerra más, la más grande a la que jamás se enfrentaría. Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir y crear ese futuro idílico para ambos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un lamento. Notas menores que subían y bajaban por la escala, a las que pronto se unieron más voces. Ni élficas, ni de insectos, sino algo completamente distinto.

—¿Qué es eso? —preguntó Llyniel desde junto a su mesa de trabajo.

—No lo sé.

Caminó hacia ella y le tomó la mano. —Un truco del viento, tal vez. —Sabía que no lo era, que se trataba de las entidades antinaturales de las que los árboles le habían advertido, que de algún modo estaban relacionadas con la prole de escarabajos. Pero no se lo diría a Llyniel.

—Aún faltan cinco horas para la quema.

Llyniel se volvió hacia él y lo estrechó con fuerza.

—No es suficiente.

CAPÍTULO 22

Fuegos de Medianoche

Un día más en la oscuridad. Una noche más sin dormir. Se acabaron los platos de madera y el tintineo de las llaves. Mañana, cuando la batalla cayera sobre ellos, Draugolé sería libre una vez más. Kalan se lo había prometido.

Nestar y Melu'sán lo habían dejado allí pudriéndose. *Ellos* eran los traidores, no él. Él nunca habría abandonado a Band'orán, ni a quienquiera que le pagase. Draugolé era leal, consecuente, hasta cualquier final excepto la muerte.

Desde que llegaron noticias de que el Nim'uán marchaba hacia la ciudad, había estado planeando, usando su considerable riqueza para exprimir a los guardias; a los que sabía que no se resistirían, o que no *podrían* resistirse.

Lo habían mantenido informado de los movimientos del enemigo, de su número y sus bestias. La batalla estaba perdida incluso antes de empezar.

De forma bastante inesperada, sintió lástima.

Resopló, y el sonido resonó en las paredes desnudas que lo rodeaban. Pero por mucho que lo intentara, no podía librarse de la idea de que, de alguna manera enrevesada, había sido feliz aquí, en Ea Uaré.

Había tenido un amo generoso, aunque voluble. Pero eso solo había servido para pulir sus propias habilidades, para convertirlo en un juez de personas y acontecimientos mejor y más rápido. Su alianza con Band'orán le había aportado riqueza, renombre, un lugar de importancia en la sociedad... todo lo que siempre había deseado en la vida.

Todo excepto amor.

Pero el amor era para los tontos, decían algunos. Draugolé estaba de acuerdo y, sin embargo, siempre se había preguntado por qué. Nunca había encontrado a su alma gemela. Nunca había sentido ese momento de comunión, aquel que decían que era tan poderoso que movía mundos y dioses, que desplazaba las mismísimas estrellas por el firmamento.

Draugolé nunca había sentido ese poder y, sin embargo... *sí que* había sentido amor. Había sentido una necesidad abrumadora de proteger.

Frunció los labios, apartó la mirada y cerró los ojos. Tenía ganas de reír porque cerrarlos solo conjuraría la imagen en su mente. Y en efecto, allí estaba. Un rostro sereno, ojos de un azul profundo tan parecidos a los de su progenitor, pero más cálidos. El rostro sonreía agradecido, por haberlo salvado una vez más de las artimañas de su padre.

Pero el rostro sonriente palideció, las comisuras de los labios cayeron, las palabras brotaron de su boca.

Draugolé se lo había contado a Band'orán, y aquel señor tan frío, tan gélido, había matado a su propio hijo.

Había errado, y la consecuencia de su error le había costado la vida al único al que había amado, al hijo que nunca había engendrado.

Barathon.

El rostro pálido se tornó colérico, los ojos azules se tiñeron de rojo, la boca se abrió como para morderlo. Jadeó, abrió sus ojos traidores y calmó la respiración.

Debería haber matado a Band'orán cuando tuvo la oportunidad, o haber mandado que lo mataran, pues Draugolé no era un guerrero.

En lugar de eso, se había desentendido de sus pecados, como si no le hubieran dolido en absoluto, ¿y para qué?

El Señor de la Guerra había regresado y Band'orán estaba tan muerto como su poderoso hermano, Or'Talán. En cuanto a él mismo, bueno, aquí estaba, para una noche más de inquietud.

Pero el amanecer traería una nueva era. Era el amanecer de su libertad. El amanecer de una nueva oportunidad, de una nueva vida.

Se sentó a su mesa y pasó los dedos por su diario. Los metió bajo la portada y lo cerró pensativo.

Handir estaba sentado ante el hogar, con las piernas cruzadas y una copa de vino en las manos enjoyadas. Bebió un sorbo y luego la sostuvo ante los ojos, observando los destellos de rubí que parpadeaban. Intentaba no pensar en los insectos de ojos rojos que había afuera.

Un guerrero había venido y explicado que eran mortales, que algunos habían sido capturados en el exterior.

Nunca había oído hablar de tales criaturas, pero es que, hasta hacía muy poco, nunca había oído hablar de un Nim'uán. Calrazia albergaba todo tipo de criaturas inmundas: Nim'uán, Huestes de Gharzakan, Lagartos de Gas, Segadores... ¿con qué más les sorprendería Gra'dón?

Se volvió hacia su padre, que estaba sentado a su lado de forma parecida, sumido en sus pensamientos. Los ojos de Handir bajaron a las manos del rey que sostenían su copa de vino. Aquel anillo extraño y siempre presente reposaba contra el líquido rubí, otorgando al verde intenso un tono rojo pálido en su centro, como si tuviera su propio corazón latiente.

—Ya casi es la hora —dijo Handir, sin dejar de mirar a su padre.

Pasado un rato, el rey habló, con la mirada fija en las llamas que vacilaban ante él.

—Tu lugar está ahora en el gremio, con nuestro pueblo. Si yo caigo, si Rinon cayera, tú serás rey, Handir. Y serás un buen rey.

—Maeneth es la mayor.

—No se trata de la edad, hijo mío. Lleva tanto tiempo fuera de estas tierras que tiene mucho que aprender de nuestra historia reciente. Ella te ayudará, *si* se queda.

Handir se volvió hacia Thargodén, estudiando la esperanza teñida de dolor que había en sus ojos. Era una combinación tan extraña, una que siempre había sido totalmente de su padre.

—Gobernarás desde los bosques, quizás incluso restaures Abiren'á como nuestra capital. Eso complacería enormemente a Bulan.

—No llegaremos a eso, padre. Debes asegurarte de que no ocurra, al igual que Rinon. Eres tú quien debería ir a los gremios, guiar a nuestro pueblo a los bosques si estos muros caen.

—No. Soy un guerrero. Nunca abandonaré esta ciudad a menos que sea por el Camino Corto. Ese es mi deber; tú tienes el tuyo.

Handir apartó la mirada, se puso en pie y se dirigió a la chimenea. Agachándose, cogió la bolsa de tela y la abrió. El olor le resultaba familiar, y de pronto le chocó que un aroma tan fragante pudiera repeler cualquier cosa. Hundió los dedos en la mezcla y la frotó entre las yemas.

—Esperemos que los dioses puedan oírnos, que nos auxilien en nuestro momento de necesidad.

—Nunca fuiste de los que practican la fe, Handir.

El príncipe se volvió hacia su padre, que estaba detrás. —No, no hasta que conocí a Fel'annár.

Se volvió de nuevo hacia el fuego y arrojó el primer puñado de resina, observando cómo llameaba y cómo el humo espeso serpenteaba hacia arriba en busca del mundo exterior.

~

A la hora vigesimocuarta, el humo envolvió la ciudad de Ea Uaré.

La gente observaba desde las rendijas de sus ventanas tapiadas, viendo cómo los escarabajos revoloteaban erráticamente y se alejaban volando, mientras otros caían sin sentido al suelo. El humo

había funcionado, pero no saldrían de sus casas hasta que los comandantes dieran la señal de peligro pasado. No había forma de saber si alguna de esas criaturas permanecía oculta en grietas oscuras o bajo tierra, esperando a su próxima víctima.

Todos habían dormido al menos unas horas, algunos en brazos de quienes más deseaban. Sontúr con Maeneth, Lainon con Tensári, Fel'annár con Llyniel y Rinon con Sorei.

Lainon y Tensári habían llegado a tiempo para la quema y le contaron a Fel'annár lo que había dicho Ket'subá, la advertencia que les había dado. Le hablaron de Telzorán, el Captor de espíritus.

Se trataba de un látigo capaz de capturar las almas de quienes morían bajo el azote de sus colas. Los Shirán lo habían estado buscando y lo habían visto en posesión del comandante enemigo. Lainon le había hablado a Fel'annár del peligro si llegaba a estar demasiado cerca de la Fuente. Pero, por supuesto, él no era Shirán, y Lainon no había respondido a su pregunta sobre cómo el Nim'uán había llegado a poseerlo.

Idernon tiró de la última hebilla de su coraza. Mientras se ponía los brazales, se volvió hacia Lainon.

—No vas a lanzarte a la batalla solo con una túnica puesta. ¿Dónde está tu armadura?

Lainon arqueó una ceja hacia el Guerrero Sabio, mientras Galdith, Sontúr, Ramien y Carodel se acercaban.

—Me armaré a su debido tiempo. Tengo... requisitos especiales. —Lainon sonrió, pero había algo pícaro en aquel gesto. Idernon fue el primero en comprenderlo.

Se rió, sacudió la cabeza y cogió el yelmo que les habían entregado a todos. Colgando de un lado había una tela rígida, de varias capas de grosor. Debía sujetarse sobre el otro lado de la cara cuando llegaran los Lagartos de Gas. Ahora la usarían como protección contra el enjambre si volvía a aparecer.

—¿Tejerás el Dohai con Gor'sadén? —preguntó Sontúr, totalmente armado y listo para la guerra.

Fel'annár se volvió hacia el príncipe. Como uno solo, La Compañía se quedó inmóvil y dio un paso hacia Fel'annár, hacia la neblina verde que ahora llenaba su estancia.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Idernon.

—No el suficiente. —Se volvió hacia Lainon—. ¿Te vas?

—Debo asistir al consejo con Ket'subá. Volveré antes de que estalle la batalla. —Lainon miró significativamente a Tensári y luego le dio una palmada a Fel'annár en el hombro acorazado—. Muéstrales el poder de Ea Uaré. Muéstrales el poder de Aria y del Kah. Usa la *luz*, Señor de la Guerra.

Lainon salió de la habitación, dejando a Fel'annár preguntándose cómo podía saber lo de la luz. No se lo había dicho a nadie, y solo Gor'sadén había estado allí para presenciar lo que había hecho con ella. No lo entendía, y dirigió una mirada inquisitiva a Gor'sadén. Pero el comandante frunció el ceño, tan confundido como Fel'annár.

La Compañía y Gor'sadén cruzaron las puertas principales y salieron al exterior. Detrás de ellos, los guardias cerraron las puertas.

La niebla persistía sobre la piedra, pero no era lo bastante densa como para ocultar a los muertos. Elfos, caballos y ganado yacían esparcidos por el patio. No habían sido lo bastante rápidos para ponerse a cubierto, o sus aterrados dueños los habían abandonado.

Caminaron lentamente a través de la carnicería; podían oír sus botas chapoteando y crujiendo bajo los pies. Galdith miró a Carodel y vio su tez pálida, con los ojos fijos al frente. Este se sobresaltó cuando Fel'annár habló.

—Y ahí lo tenemos. El motivo por el que vinieron esos escarabajos.

Los demás no tardaron en ver a Turion y a Bulan. Más allá de ellos había una imponente pila de madera astillada, cadenas rotas y cuerdas. Colgando del extremo mismo de lo que una vez fuera el brazo gigante de un fundíbulo, dos cuerpos se balanceaban con la suave brisa.

Gor'sadén, Fel'annár y La Compañía se situaron al lado del Comandante General, con la mirada pasando por el fundíbulo arruinado y dirigiéndose hacia arriba, hacia los cuerpos destrozados y desgarrados de dos elfos. Sus formas semidesnudas estaban desencajadas, la piel de un blanco lechoso hecha girones, con jirones de carne ondeando al viento.

Aunque sus ropas casi habían desaparecido, estaban cubiertos de joyas. Ostentosos collares de oro incrustados de gemas colgaban de sus cuellos rotos, anillos macizos cuajados de diamantes y esmeraldas —tantas esmeraldas— colgaban de dedos a medio cercenar. Era un mensaje de Gra'dón, Fel'annár estaba seguro de ello.

—Ni siquiera *ella* se merecía esto.

Fel'annár se volvió hacia Turion, cuyos ojos seguían fijos en los cuerpos torturados sobre ellos.

—¿Ella?

—Lady Melu'sán, jefa del Gremio de Mercaderes.

—¿Y el otro?

—Es Nestar, creo. —Bulan no podía estar seguro. No quedaba mucho de su cara.

Fel'annár lo conocía de nombre, pero no podía recordarlo de sus propias visitas a las Salas de Curación.

—No son lo único que Gra'dón ha arruinado —dijo Gor'sadén al lado de Fel'annár.

Donde antes se alzaban seis fundíbulos, ahora no había más que restos, madera para las piras y hierro para las forjas. Fel'annár miró a su alrededor, con los ojos en las murallas. Las balistas estaban intactas, y el cadalso que albergaba el lanzador de bombas parecía no haber sido tocado.

Gritos desde fuera de las puertas hicieron que los comandantes, generales y guerreros se volvieran hacia un guardia que corría hacia ellos.

—¡Las trincheras... han desaparecido!

—Buscad cualquier otro daño.

—¿Deberíamos empezar a cavar las...?

—No. Es demasiado tarde.

Turion se volvió hacia Fel'annár, hacia la neblina que se había acumulado ante sus ojos. Despidiendo al guardia, se dirigió al Señor de la Guerra con expresión alarmada. —Ya estábamos en desventaja. Pero sin fundíbulos, no podemos defendernos desde lejos. El enemigo estará al alcance de nuestros arcos antes de que

podamos hacer nada para detenerlos. Y sus máquinas de asedio avanzarán y tomarán nuestras murallas sin trabas.

El silencio siguió a sus palabras. Turion tenía razón. Estaban prácticamente indefensos. Toda posibilidad de forzar un asedio se había esfumado. Esta guerra sería corta, y sería violenta.

Turion cerró los ojos y se dio la vuelta.

—¿Cuánto falta para que las máquinas enemigas entren en el radio de alcance? —fue la escueta pregunta de Bulan.

—Una hora, más o menos —respondió Fel'annár.

Un guerrero corrió hacia Bulan y le saludó. —Señor. Han llenado las cubas con tierra. Se tardará más de una hora en vaciarlas y volver a llenarlas.

El capitán le despidió y luego se volvió hacia Turion. —Sin aceite para las murallas. ¿Qué más puede salir mal?

Con la mandíbula tensa, Turion supo que tendrían que pensar rápido para superar estas carencias. Abrió la boca y gritó lo suficientemente fuerte para que todo el patio le oyera.

—¡Encended las antorchas! ¡Traed las flechas! ¡Cargad el lanzabombas!

Los cuernos alpinos y silvanos bramaron desde las altas torres. El enemigo se movía y la batalla era inminente.

Los capitanes se volvieron ante la urgente orden de Turion, corrieron mientras gritaban sus propias órdenes y, en segundos, la ciudad se vio sumida en un caos apenas controlado. Las murallas cobraron vida propia cuando guerreros y civiles corrieron hacia ellas con los brazos cargados de suministros. Los carros traqueteaban sobre los adoquines mientras se transportaban lanzas Synth a las torres.

Una hora: era todo lo que tenían.

Sorei y Rinon corrieron al patio, cruzándose con los capitanes Salo y Henú. Al separarse, Sorei se dirigió a las balistas de las murallas,

mientras que Rinon corrió hacia Turion. Fel'annár se volvió hacia Gor'sadén. —Invoquemos el Kah, Maestro.

Gor'sadén se irguió, creyendo saber lo que su hijo iba a hacer. Eran minutos desesperados que requerían medidas desesperadas. Fel'annár hacía bien en ponerse a prueba, en infundir en el Kah toda la energía que fuera capaz de conjurar a partir de su incipiente comprensión de la luz. Se alejó a toda prisa en busca de los otros siete Discípulos.

Fel'annár se situó sobre la balaustrada, oteando el horizonte. Tras él, La Compañía aguardaba en silencio. A poca distancia, el rey Thargodén permanecía junto a los príncipes Handir y Rinon, Turion y Bulan, con los ojos clavados en la masa de calrazianos y bestias que marchaban hacia ellos.

A la vanguardia, poderosas balistas y fundíbulos rodaban por el terreno. En cuanto se acercaran más, nada les impediría alcanzar las mismas murallas si Gra'dón así lo deseaba.

Sabuesos y Lagartos se revolvían y chillaban en primera línea, y detrás, fila tras fila de Señores de la Arena. Al fondo, todavía como simples amenazas titilantes, las torres de asedio se alzaban hacia el nebuloso cielo matutino.

La batalla era inminente.

En el patio de abajo, ante las puertas selladas, las divisiones de Montaña y Bosque formaban en perfecta formación. Lanzas y escudos en mano, arcos y espadas a la espalda, yelmos firmemente encajados en la cabeza y las máscaras colgando a un lado. Tras ellos, los restos destrozados de los fundíbulos; los cuerpos arruinados de Melu'sán y Nestar ya no estaban allí.

En las murallas, dentro de cadalsos construidos especialmente, las balistas estaban cargadas con lanzas Synth, y el lanzabombas apuntaba hacia el sur, de nuevo totalmente armado. Se estaban transportando más bombas, depositándolas con cuidado junto a la máquina que las propulsaría.

Tantas despedidas, abrazos desesperados, palabras destinadas a calmar, otras destinadas a curar, a dar esperanza donde apenas la había. Fel'annár había visto a guerreros silvanos arrodillados ante una pequeña estatua de Aria, con la cabeza inclinada y los labios

moviéndose en una plegaria. Los alpinos se agrupaban en pequeños corrillos, miraban hacia el este y hacia la Madre Patria con las manos sobre sus corazones palpitantes. Últimas palabras, dirigidas a una diosa a la que suplicaban misericordia, una ayuda en la batalla venidera. No sabían que Aria solo podía actuar a través de sus Divinos, que por sí sola no tenía poder para intervenir.

Pero sí sabían que esta batalla estaba prácticamente perdida a menos que Eramor y Vorn'asté lograran llegar antes de lo previsto. Incluso entonces, las probabilidades estaban en su contra, y las mareas de la desesperación chocaban contra la frágil esperanza a la que se aferraban. Solo el bosque permanecería, decían, y en ello residía su única esperanza. Aún podrían retirarse al Gran Cinturón Forestal.

Pero primero, lucharían. Era el valor de los aterrados ante aquello que aterra.

Fel'annár ya distinguía los colores, y en medio de la masa de rojo y plata, colosales balistas eran arrastradas por Sabuesos, azotados por sus maestros de bestias para ganar velocidad. Detrás, jefes montados cabalgaban sobre sus monturas impías, que aullaban y chillaban ante la anticipación de lo que estaba por venir, con armaduras finamente forjadas cubriéndoles el pecho y las patas.

El ejército de Gra'dón se extendía hasta el mismísimo horizonte, y al final del todo, unas construcciones imponentes empezaron a perfilarse. Eran efigies, ofrendas pintadas a sus dioses, con forma de serpientes, escarabajos y otros insectos que Fel'annár nunca había visto ni deseaba ver jamás.

Un movimiento a su izquierda hizo que Fel'annár se volviera hacia Gor'sadén, que se acercaba lentamente con sus penetrantes ojos azules fijos en él. Detrás, los Discípulos esperaban.

Por un momento, el fragor del enemigo que se aproximaba se desvaneció y todo lo que Fel'annár podía oír era su propio corazón y los suaves susurros del bosque. Incluso el Bosque Perenne se unió a la voz del Bosque Profundo y las Hermanas.

Muéstrales la luz.

Fel'annár no sabía qué diferencia podría suponer para sus guerreros, si podría elevar sus almas desde donde se habían

desplomado, o si podría mostrar a Gra'dón y a sus demonios que ellos también tenían motivos para temer. Pero debía intentarlo. Bailarían el Dohai en el único lugar donde serían visibles para el enemigo: en lo alto de un mirador que colgaba sobre las murallas, hacia el este, sobresaliendo como una nube de madera en el cielo.

Fel'annár subió los peldaños, con Gor'sadén a su lado y los Discípulos detrás, con los fajines morados y grises ondeando alrededor de las botas al detenerse y contemplar al ejército enemigo.

Guerreros Kah, guardianes del arte antiguo, maestros del Dohai que les permitía proyectar fuerza y precisión en su combate.

Pero Fel'annár y Gor'sadén esperaban algo más.

El sol ya había salido. El Dohai que tejería esta mañana no sería un protocolo ordinario, tanto por el momento en que él, Gor'sadén y los Discípulos lo bailarían, como por su propia naturaleza. Incluso ahora, Fel'annár sentía crecer fuerzas opuestas a su alrededor, de forma similar al amanecer en que lo había realizado junto a Gor'sadén en la meseta del rey. Pero esta vez, su comprensión era casi total. El Bosque Perenne le había reconocido, las Hermanas seguían creciendo en su mente y su conocimiento de la luz —sobre cómo canalizarla a través del Dohai— tenía sentido por fin.

No había una sola luz, sino *tres*.

La luz del Bosque Perenne, la del Bosque Profundo y la de los Originales. Si podía manejarlas, fundirlas y crear algo nuevo, crearía lo que ahora comprendía que era la luz de la profecía: la luz en el bosque.

De pie sobre la plataforma, a los que estaban en las murallas les parecía que flotaban en el cielo; elfos guerreros desafiantes, valientes, con los ojos ardientes, un mensaje silencioso para los Nim'uán.

Estas son nuestras tierras. No nos las quitaréis. Venid a luchar si os atrevéis.

Thargodén, Handir, Maeneth y Rinon miraban sus perfiles, y a su alrededor, La Compañía, los capitanes y los arqueros contenían el aliento, casi podían verse allí arriba, sentir la exaltación del momento y, por primera vez esa mañana, la esperanza se filtró en sus mentes llenas de pavor. Si ese iba a ser su último día en Bel'arán, harían que fuera el más hermoso y glorioso que jamás hubieran vivido.

Los estandartes en las altas torres ondeaban con la brisa. Brillante y orgulloso, el blasón de Or'Talán ondulaba justo a su lado, verde y dorado bajo la luz matinal.

El ejército de Gra'dón se detuvo en seco, y el estruendo de tantas ruedas, pies y pezuñas cesó. Una suave brisa jugaba con ellos, y los estandartes bailaban en ella, brillantes y orgullosos.

La mirada de Fel'annár se posó en la figura gigante de Gra'dón, que montaba en la silla del Lagarto de Gas más grande que jamás hubiera visto. Sobre su cabeza, un imponente yelmo de serpiente, con dos serpientes curvándose hacia arriba y hacia afuera. Reprimió un escalofrío ante la oleada de inquietud que sacudió el cuerpo. Había algo extraño en él, un aura a su alrededor que no era natural. Airen lo había dicho, y también Lainon.

¿Era Telzorán lo que podía sentir?

Desde lo más profundo del alma de Fel'annár surgió la ira, ardiendo en la sangre. Levantando un brazo, señaló directamente a Gra'dón y luego abrió la boca; la voz resonó sobre las llanuras que les separaban, penetrando en el corazón palpitante del enemigo.

—*¡Gra'dón!*

El brazo extendido de Fel'annár se tensó y la palma se volvió hacia donde había salido el sol. Suavemente, se deslizó hacia los lados, y Gor'sadén y los Discípulos imitaron el gesto.

Mismos movimientos, misma precisión, pero con una fuerza y una velocidad que hablaban de guerra, no de paz.

El Kah se movió como uno solo y un ritmo comenzó a tomar forma. Era un ritmo de tres. Tres notas, la primera de ellas más fuerte, su movimiento correspondiente más rápido, más duro, más letal.

Uno, dos, tres.

Era el ritmo de la Rueda de la Guerra, el ritmo de Los Tres: Or'Talán, Gor'sadén, Pan'assár. Gor'sadén, Pan'assár, Fel'annár…

Tres luces: el Bosque Profundo, las Hermanas, el Bosque Perenne.

Fue el capitán Bulan el primero en golpear su escudo con la espada, en la primera nota de la secuencia. Otro se le unió, y luego otro más. Espadas relucientes chocando contra la bellota y la esmeralda, el blasón de su mayor rey.

El Kah se movía al unísono, las manos trazando patrones en el cielo, las piernas desplazando unos cuerpos que parecían flotar sobre un mar en calma. Justo tras las extremidades de Fel'annár seguía la luz, y mientras bailaban, los suaves tonos de verde, púrpura y azul parecían crecer alrededor de todos los Kah, envolviéndolos en un halo de color centelleante.

Se arremolinaba y giraba en espiral alrededor de manos y pies mientras avanzaban, se movían de lado, hacia atrás y luego en círculo. Se atenuaban y brillaban, brillaban y se atenuaban y, de pronto, una suave brisa sopló desde la izquierda. Fel'annár siguió bailando, incluso cuando se volvió hacia el origen de la brisa, ignorando los gritos de asombro y temor de los guerreros, los capitanes y su propia familia real.

La tierra se movió bajo el Gran Cinturón Forestal con un estruendo sordo, como un trueno de verano, y la línea de árboles se elevó; la tierra se onduló y arqueó, como si una bestia gigante nadara debajo.

Desde las murallas, los guerreros gritaban al ver las raíces brotar del suelo, lanzando terrones de tierra a lo alto. Sonidos de crujidos y latigazos, enroscándose y entrelazándose. Esas raíces se juntaron, se trenzaron y se tensaron. El suelo que antes era verde se volvió marrón; la tierra se movía como el agua, como una ola gigante de lodo suspendida en el aire.

—¡Dioses santos! —masculló Turion. Bulan le puso una mano en el antebrazo.

—Ellos protegerán a nuestro pueblo.

Turion miró bruscamente al capitán silvano. —Tiene que vivir, Bulan. Puede que la ciudad caiga, pero el Señor de la Guerra tiene

que *vivir*.

Los árboles se mecían de un lado a otro, cambiando de dirección con cada primer compás. Era un reflejo de la danza, una que Fel'annár recordaba haber visto en sus sueños de revelación. En aquel entonces no lo había entendido, incluso le había parecido tierno, mientras que ahora le dotaba de poder, le elevaba.

Las luces brillaron sobre la copa oscilante, centelleando y destellando a medida que los movimientos se aceleraban y las luces envolvían el Bosque Profundo. Fel'annár sabía que no se detendrían.

Se volvió hacia los bosques del sur, medio diezmados, con los ojos encendidos mientras extendía ambas manos, en un gesto para que se unieran a él. Se mecieron suavemente pues estaban heridos, quizá de muerte, pero aun así lucharían, matarían a cualquier Señor de la Arena que pretendiera huir.

Los guerreros cayeron de rodillas, con las manos sobre el corazón mientras veían al segundo bosque obedecer a su Señor, y luego se estremecieron. Con los ojos desorbitados, se volvieron hacia el norte justo cuando las trompetas de los Originales bramaron por toda la tierra, haciendo que la piedra temblara bajo los pies y vibrara en los pechos.

Quedaba un bosque más por convocar, uno del que Fel'annár no podía estar seguro de que le obedeciera.

Se volvió hacia el oeste, hacia el Bosque Perenne, y por un momento mantuvo la postura, sabiendo que Gor'sadén y los Discípulos aún seguían su señal.

Las luces que irradiaban del bosque prohibido parecieron atravesarles, entrar en ellos. Fel'annár sonrió al sentir que la luz se asentaba.

Ya tenía su respuesta.

Nunca había sentido tal poder; incluso podía sentir su peso en las manos. La tríada de luz que se había convertido en una, en algo completamente diferente.

Una ráfaga de aire caliente se expandió hacia el exterior, sacudiéndole al pasar a su lado. Se aceleró y él se volvió hacia el ejército invasor. El muro de aire caliente chocó contra el enemigo,

haciendo que sus poderosos tótems y efigies se tambalearan peligrosamente.

Los Señores de la Arena gritaban, luchando por evitar que se estrellaran contra el suelo.

Los ojos de Fel'annár se abrieron de par en par. ¿Era esta la etapa final de su poder, su alcance definitivo? ¿O todavía había más?

Gra'dón permanecía rígido, con expresión desencajada mientras se retiraba el catalejo de la cara.

Poco antes, el comandante Zoobon le había informado de que los elfos habían descubierto cómo repeler a sus escarabajos. Les había llevado tiempo, el suficiente para que los espectros destruyeran los fundíbulos enemigos, nivelaran el terreno y causaran todo el daño que habían podido. Habría poca resistencia una vez que se tomaran las murallas.

Ahora, era el mago quien ocupaba el primer plano de su mente. Gra'dón había visto ese mismo rostro que le tenía fascinado desde que lo viera por primera vez en el retrato inacabado que encontró en Pelagia. *Había* sobrevivido a la batalla del norte. *Estaba* aquí; por fin.

El príncipe bastardo había invocado a sus bosques, ¿pero qué le importaba eso a Gra'dón? Había arrasado la zona. Incluso ahora podía ver sus distantes y patéticos intentos de moverse. Demasiado lejos, quizá demasiado enfermos incluso para intentarlo. Pero una vez que el mago estuviera muerto y hubiera tomado la ciudad, entonces entraría en los bosques inertes y colonizaría estas tierras. Nadie para invocar a los árboles. Nadie para ponerlos en su contra y en la de su ejército.

Nadie que le detuviera.

Gra'dón solo podía rezar para que las circunstancias le permitieran luchar contra el mago él mismo. Tenía preguntas que hacerle antes de arrebatarle la vida, antes de ver cómo el aliento se le cortaba en la garganta y su vida inmortal se extinguía lentamente.

Sonrió, pero en su mente vio a Ankelar, con los labios azules y el pecho inmóvil. Y luego vio a Taniq, con ojos vidriosos; ojos tristes. La sonrisa se desvaneció y una ira terrible le asaltó. Temblaba mientras esta le llenaba las venas y alimentaba los músculos.

Finalmente, el momento había llegado. Era la hora de los Nim'uán. Era el momento de la venganza, pero, por encima de todo, era el momento de la justicia para los inmortales desterrados, para aquellos que vivirían para siempre y, sin embargo, nunca escaparían de esta prisión que llamaban Bel'arán, el Primer Mundo, el único mundo que se le permitía conocer.

Era el momento de que los condenados se rebelaran, de que tomaran lo que siempre debió ser suyo.

La libertad.

Sonrió y luego rió, con la fuerza suficiente para ser oído por encima del campo de batalla. Alzando una mano gigantesca al aire, esperó a que el mago le mirara. Cerró el puño, como si estuviera asfixiando la vida de su mayor enemigo.

Fel'annár.

Lainon acababa de regresar, ataviado con una armadura negra y plateada. Pero era el yelmo lo que había dejado sin aliento a quienes lo contemplaban. Más alto que cualquier otro que hubieran visto, había sido exquisitamente tallado con la apariencia de un ave de presa: un azor. Hacía que Lainon pareciera más alto, y los ojos azules se veían aún más azules a través de las aberturas perfectamente dimensionadas. Era un ave metálica con cuerpo de elfo, armado para la guerra, letal y temible a la vista.

El Fuego Pelágico no había llegado, tal como Fel'annár sabía que ocurriría. Su transporte era demasiado arriesgado. Todo lo que tenían para repeler esa fuerza demoledora eran las bombas, el Synth y la luz... *si* era capaz de blandirla como arma.

La familia real observó cómo Fel'annár y Gor'sadén bajaban del puesto de observación. Detrás de ellos, los desconcertados

Discípulos Kah caminaban hacia sus respectivos rangos bajo las miradas respetuosas de los guerreros por los que pasaban.

Fel'annár se detuvo ante el rey, desviando la mirada de su padre a Handir, con una suave sonrisa en los labios y un adiós en los ojos.

Habían pasado tan poco tiempo juntos y, sin embargo, el vínculo con Handir se había forjado en piedra. Pasara lo que pasase hoy, o mañana, Handir recordaría a su extraordinario hermano.

—Luchas por todos nosotros, hermano. Rezo por volver a verte.

—Lo harás. Incluso si muero hoy, volverás a verme, hermano. Solo es la espera lo que debemos soportar. Conduce a nuestro pueblo a salvo, si llegara la derrota en la ciudad. Pero jamás tendrán mis bosques, Handir.

Handir inclinó la cabeza, puso una mano sobre el hombro de Fel'annár y sintió la mano de su hermano sobre la suya. Permanecieron así un rato, cada uno perdido en el reciente recuerdo de su parentesco descubierto.

Fel'annár se alejó de Handir y se situó al lado de Rinon, príncipe heredero y señor de la guerra ante el rey.

—Sabed que estoy orgulloso de vosotros, que os quiero.

Rinon dio un paso al frente, apretó el hombro de su padre y lo sacudió, una seguridad silenciosa de que la guerra aún no estaba perdida.

Fel'annár imitó el gesto de Rinon, pero se sintió torpe, avergonzado, y obligó a su ridícula sonrisa a desvanecerse. Retrocedió e hizo una reverencia, evitando los ojos penetrantes de su padre.

Rinon se volvió hacia donde Maeneth aguardaba más allá en las murallas, en la base del cadalso que cubría parcialmente el lanzador de bombas. La princesa sonrió de lejos, y Rinon la contempló, quizá por última vez. Su propia sonrisa fue lenta, tranquilizadora, mientras asentía con la cabeza y luego se volvía hacia Fel'annár. Rinon le dio una palmada en el hombro y se acercó todo lo que pudo a su medio hermano.

—Cumple bien con tu deber, *príncipe*.

Con esas palabras que Fel'annár nunca había esperado oír de su hermano mayor, vio a Rinon marcharse, dirigiéndose a las escaleras

para bajar hacia el frente, donde aguardaban cientos de guerreros. Sería el privilegio de Rinon enfrentarse al enemigo si lograban derribar las puertas de la ciudad. Puede que Fel'annár no volviera a verlo en esta vida, y el pensamiento lo entristeció. Él y Rinon no habían encontrado un camino el uno hacia el otro hasta hacía muy poco. Pero aún no habían estrechado lazos como Fel'annár y Handir ya habían hecho.

Apartó la mirada y se volvió hacia La Compañía cuando Idernon habló.

—¿Hay noticias del Shirán? —preguntó Idernon en voz baja y apresurada, mirando a Gor'sadén, a Tensári y al resto de La Compañía. Pero la mirada se detuvo en la única parte de Lainon que podía ver. Sus ojos.

—No. Pero no dejarán de intentarlo.

Fel'annár podía ver la expectación de ellos, su esperanza de que no todo estuviera perdido. El Fuego Pelágico no iba a venir. Solo los guerreros Shirán podían ayudarlos a resistir hasta que llegara ayuda del exterior.

—Haremos lo que debamos, lucharemos hasta que ya no podamos más y luego ayudaremos a los que queden a entrar en el Camino Oscuro. No podemos permitir que nuestro pueblo caiga prisionero de los Señores de la Arena. Deben retirarse, reagruparse y luego encontrar la manera de recuperar la ciudad, lleve el tiempo que lleve.

—¿Y tú? ¿Irás con ellos?

Fel'annár miró a Idernon y negó lentamente con la cabeza. —No, hermano. Debo permanecer ante el Bosque Perenne. Si el enemigo toma esta ciudad, me dirigiré a la Meseta. Técnicamente, ese lugar está dentro de la zona prohibida, al menos desde la perspectiva de un árbol. Es lo más cerca que puedo estar de los árboles sin abandonar la ciudad. Ese bosque al fin me ha reconocido.

Fel'annár sonrió suavemente. Era todo lo que tenía y le parecía lamentablemente insuficiente ante el ejército que avanzaba lentamente bajo el muro oriental.

—Entonces allí estaré yo. —Tensári le dio a Fel'annár una palmada en el hombro y él se volvió hacia ella, devolviéndole el

gesto. Una ola de gratitud lo invadió y, solo por un momento, la Luz Guía en sus ojos brilló y centelleó.

—Allí estaremos *todos*. —Gor'sadén e Idernon se acercaron, y Ramien, Galdith, Carodel y Sontúr los siguieron.

—Hasta el final que sea. Ese fue nuestro trato.

Fel'annár le devolvió la mirada a Ramien y recordó demasiado bien aquel pacto de hermandad que los tres habían sellado antes de partir hacia el entrenamiento de reclutas. En aquel momento, esas palabras habían sido las adecuadas. Ahora, eran las únicas que quedaban. Los tres habían viajado desde Lan Taria hasta las almenas de Ea Uaré para enfrentarse a este único momento en su viaje eterno.

—Sí. Sí, lo fue.

Al lado de Fel'annár, Turion se llevó el catalejo al ojo.

—Nos llevó cuatro días cavar esas trincheras, maldita sea.

Fel'annár se volvió hacia el comandante y luego contempló las masas agitadas del ejército invasor, todavía fuera de su alcance. En su mente imaginó la estrategia de Gra'dón y la contraestrategia de Turion tras la devastadora estela de las Huestes de Gharzakan.

Primero, el Nim'uán atacaría el muro oriental con sus fundíbulos. Con los suyos destruidos por los escarabajos, Turion respondería con las balistas. Incluso ahora, los guerreros estaban acoplando bombas a las lanzas bajo la cuidadosa supervisión de Maeneth. Pero Turion reservaría las lanzas Synth para los Lagartos de Gas.

Gra'dón intentaría derribar una parte del muro oriental para atacarlos en dos frentes. Entonces vendrían los Lagartos, los guerreros de primera línea de Gra'dón, para diezmar a su ejército todo lo posible antes de llegar a las espadas. Solo el Synth podría ayudarlos entonces, y los guerreros en los muros se llevarían la peor parte de su embestida.

Después, Gra'dón ordenaría a las torres de asedio avanzar sobre los muros oriental y norte. Usaría el poderoso ariete que Fel'annár podía ver claramente para derribar las puertas, mientras Turion usaría las bombas que quedaran para mantener al enemigo fuera y destruir las torres de asedio antes de que pudieran atracar. Pero una

vez que lo hicieran, solo quedarían las espadas y la determinación que los guerreros aún pudieran reunir.

Solo podía rezar para que, para entonces, Handir ya hubiera comenzado el éxodo por el Camino Oscuro.

En las puertas, Rinon los estaría esperando con su División de la Montaña, mientras que Bulan estaría frente a su propia División del Bosque. Hobin, Dalú y Henú estarían con él y, detrás de Airen, el ex-Sombra Macurian y sus Ilícitos.

Solo entonces, cuando las puertas estuvieran en ruinas y Gra'dón entrara en la ciudad, Fel'annár daría la orden a Lainon y revelaría la existencia de los Shirán.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la suave voz de Turion a su lado.

—Incluso ahora, las aves vienen a dar vueltas en las corrientes. Tienen el sustento garantizado.

Fel'annár miró a Lainon y luego alzó la vista. Estaban demasiado lejos para verles los ojos, y no servía de nada preguntarle a Lainon si eran Shirán.

—¿Aguantará el bosque? ¿Está a salvo nuestra gente?

—Mientras yo viva, sí.

Turion apartó la vista de las masas de Señores de la Arena en las llanuras inferiores. —Entonces debes sobrevivir, por el bien de nuestro pueblo. Lucha con tu Compañía, Señor de la Guerra. Lucha por estas tierras con tanta fuerza como nunca lo hayas hecho. Recuerda todo lo que has aprendido en este único y extraordinario año.

La mente de Fel'annár lo llevó de vuelta a la primera vez que había visto a Turion, cuando él mismo estaba furioso y confundido, ignorante de quién era y del destino que le aguardaba.

—Si no hubiera sido por ti, por Lainon, nunca habría logrado todo esto.

Fel'annár, Lainon y Turion permanecieron juntos, con las manos sobre los hombros de los otros; recuerdos tanto cálidos como hirientes, impactantes y alegres, se unieron para crear un vínculo que ninguno de ellos olvidaría. El fuego de Sen'oléi, el

descubrimiento de la magia y el nacimiento de amistades como pocas veces habían visto los reinos élficos.

El comandante general de Ea Uaré fue el primero en apartarse. Buscó a Dalú, muy por debajo de los muros. Hizo una señal y esperó el grito característico del veterano silvano.

—¡Listo!

En los muros, Turion se volvió a su derecha hacia Sorei, que se erguía alta con su armadura plateada. Otra señal manual y la capitana alpina gritó su orden.

—¡Cargad las lanzas de fuego!

Desde el segundo cadalso sobre las almenas, se oyó el zumbido bajo del metal y la madera raspando la piedra mientras las grandes balistas se colocaban en posición, con lanzas gigantes apuntando al cielo y las bombas listas para ser prendidas; sus primeros objetivos: los fundíbulos enemigos.

—¡Listo!

El chasquido de las palancas, el crujido de la madera y un panel lleno de flechas se orientó hacia el este, con cien proyectiles listos para ser disparados simultáneamente. Al lado de Maeneth, en la parte posterior del cadalso, una pila de bombas yacía lista para ser cargada e, incluso entonces, los civiles continuaban trayendo más.

—¡Listo! —exclamó Maeneth.

Todo estaba preparado, y una calma extraña descendió sobre ellos.

Miles de Señores de la Arena y sus bestias al este, un bosque agitado al norte y al oeste, su propio ejército apostado en el gran patio de abajo, armado y listo; y sin embargo, todo lo que Fel'annár podía oír era el susurro de los bosques. Por primera vez, el Bosque Perenne le habló, con su voz jadeante resonando con fuerza en la mente.

Cuidado con Telzorán, el Captor de espíritus.

Se dio la vuelta, con el mundo convertido en una bruma verde.

Los tambores de guerra silvanos en las pasarelas traseras golpeaban un ritmo lento. Rinon podía sentirlo en el pomo de su espada, vibrando, como algo vivo, infundiendo su cuerpo ya fortalecido donde aguardaba ante las puertas con barricadas.

A la izquierda de Rinon se encontraba el Comandante Supremo Hobin. A su lado, otro guerrero con una armadura que no era araria, ni silvana ni alpina, sino de un diseño que nunca antes había visto. Era algo de gran belleza y la mirada de Rinon se vio atraída por el imponente yelmo que vestía. Con alas a cada lado, el rostro de un búho coronaba la cima. Solo los ojos azules del guerrero se divisaban tras las hermosas tallas.

A la derecha de Rinon, el capitán Airen y el teniente Enar permanecían solemnes, con las mentes seguramente llenas de recuerdos de la destrucción de su patria. Detrás de ellos, los Ilícitos esperaban con sus uniformes negros y fajines rojos, con Macurian al frente y el rostro inexpresivo.

En el flanco derecho, el capitán Bulan estaba al mando de la División del Bosque vestida de verde; entre ellos, Jarabon y sus veteranos. Hombro con hombro con su propia División de la Montaña, silvanos y alpinos permanecían al fin como hermanos.

Todo estaba listo. Rinon estaba listo y, por primera vez en su vida adulta, estaba en paz con su familia, con *todos* ellos.

No podía ver a Sorei desde donde estaba, pero sus facciones afiladas se abrieron paso en su mente y sonrió pensando en el futuro.

Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir al presente.

Incluso tras los sólidos muros de piedra del Gremio de Mercaderes, Handir podía oír el estruendo. Órdenes gritadas, el rugido de máquinas pesadas y, más lejos, el extraño canto del enemigo, los Señores de la Arena, mientras se aproximaban a las murallas de la ciudad.

Pero, por el momento, la lucha no había comenzado.

El gremio no estaba tan lleno como apenas unas semanas atrás. Quedaban unas doscientas o trescientas personas. Silvanos, alpinos, pelagianos; estaban sentados juntos, retorciéndose las manos, abrazándose a sí mismos y lamentando el día en que se negaron a marchar con los últimos civiles a través de las llanuras hacia los bosques. El Señor de la Guerra les había prometido seguridad, asegurándoles que el enemigo nunca pondría un pie dentro del Bosque Profundo. Handir le creía.

Estaban asustados, y Handir también lo estaba. Aun así, allí permanecía él, sintiendo el peso de una corona que no ceñía, el ardor del blasón de Or'Talán que no colgaba de su cuello y que, sin embargo, lo empujaba hacia delante, siempre adelante.

El rey lo había enviado allí, encargándole la seguridad de sus conciudadanos civiles. Al no ser ya el Camino Oscuro un secreto, debía guiarlos por aquellos túneles estrechos y sin luz hacia las llanuras si las murallas eran superadas. Handir supuso que sabría cuándo ocurriría eso.

Pero lo que encontraría en las llanuras una vez salieran era imprevisible. Solo sabía que los bosques habían sido despertados, incluso el Bosque Perenne, y que seguiría así hasta que su señor pereciera.

Cruzó la mirada con los ancianos silvanos Amareth y Erthoron. Con ellos estaba la madre de Bulan, Alei, la abuela de Fel'annár, a quien Handir aún no había conocido. La hija de aquella mujer había marcado el fin de una era y el comienzo de una nueva, una que culminaba ese día.

Una mano pesada se posó en el hombro y Handir se volvió hacia Aradan. Justo detrás de él, Miren observaba, extrañamente silenciosa.

—Debemos confiar en nuestro rey, en nuestros comandantes y en el Señor de la Guerra, pero escúchame, Handir. Si ellos cayeran... si estos muros se derrumbaran y todo lo que conocemos quedara aplastado y roto, la Casa de Or'Talán continuará. Tú nos guiarás en nuestro regreso a los bosques de estas tierras, para empezar de nuevo si fuera necesario.

Handir le devolvió la mirada al consejero jefe, el amigo más cercano de su padre, el elfo que siempre había estado al lado de Thargodén. Él había sido el tutor de Handir, le había enseñado todo lo que sabía, había sido como un padre para él en los tiempos en que Thargodén vagaba por sendas extrañas en busca de Lássira.

—Los guiaré, contigo a mi lado.

Aradan se irguió y por un momento pareció más joven de lo que Handir sabía que era.

—Y será para mí un honor inmenso servir al hijo de Thargodén, príncipe.

Miren hizo una reverencia desde lejos, mientras Amareth, Erthoron y Alei observaban, con la curiosidad luchando contra el pavor.

Draugolé contempló el pequeño trozo de papel que tenía entre las manos, tamborileando sobre él con un dedo largo. Todo lo que necesitaba hacer era aguardar su momento, esperar la oportunidad perfecta y usar la llave que Kallan le había entregado.

No había guardias aquí, ni prisioneros; solo él mismo, una capa larga y negra, y la llave que finalmente lo vería libre. Los Ilícitos habían sido liberados para que pudieran luchar contra el enemigo. Sería su redención, ya fuera mediante la muerte o quizá con una vida de servicio. Ninguna de las dos opciones le resultaba atractiva a Draugolé, pero les deseaba lo mejor.

Debería haber estado petrificado, porque aunque Draugolé era un estadista excelente, era un guerrero atroz, peor incluso que el príncipe Handir.

Pero a pesar de su incapacidad para luchar en la guerra que seguramente estaba a punto de estallar, el espíritu se le elevaba en las corrientes de la providencia divina. Se había hecho justicia y, por lo que Kallan había dicho, cómo habían sufrido.

El antiguo Lestari, Nestar, y el Maestro del Gremio Melu'sán habían sido capturados y torturados hasta la muerte, solo para ser

exhibidos, chorreando sangre y joyas para que todos los vieran.

Un final de lo más apropiado.

Era hora de empezar de nuevo en otras tierras. No podía decirse que hubiera fracasado en Ea Uaré. Había sido la incompetencia de otros, la locura de Band'orán, lo que finalmente había frustrado sus planes. Draugolé había hecho exactamente lo que se le había pedido: quebrar el espíritu de Thargodén.

Había colaborado con Lord Norhad, el padre de Canusahéi, buscado a un asesino de los Señores de la Arena para matar a la zorra de la madre del silvano, y había funcionado a las mil maravillas. Thargodén había sido, en efecto, hundido en todo menos en el nombre. Solo Fel'annár se les había escapado una y otra vez, gracias a Sulén y a su trabajo chapucero.

Draugolé aprovecharía la confusión de la batalla para dirigirse al único lugar que sería seguro, tanto de los Señores de la Arena como de los elfos. Tomaría el Camino Oscuro desde su origen mismo —los propios aposentos del rey— y hasta su final, cerca de la linde de los bosques del norte. Desde allí se dirigiría a las ruinas de Analei, donde había guardado suministros en abundancia para situaciones como esta. Una vez allí, sopesaría sus opciones.

Todo lo que tenía que hacer era asegurarse de que nadie lo viera.

CAPÍTULO 23

El Muro Oriental

El agua de color arcilloso pasaba rauda ante ellos; las balsas descendían a toda velocidad por el río, sobre la furiosa corriente, como si no pesaran absolutamente nada.

Eramor apenas podía mantenerse sujeto. Si resbalaba, no habría forma de salvarse. Se ahogaría antes de llegar a la batalla.

El río había bajado rápido durante toda la semana, algo que les había beneficiado en su carrera hacia el hogar. Pero ahora era una masa colérica y agitada que supondría su fin a menos que Eramor encontrara la manera de detener las balsas antes de que pasaran de largo por los muelles de la ciudad y se alejaran hacia el estuario y el mar, directas a los brazos abiertos del enemigo.

Señores de la Arena. Decían que Calrazia había llegado de allende el mar, que había aniquilado Pelagia y que marchaba hacia la ciudad. Decían que su propio ejército, cansado y diezmado, podría estar ya en guerra con diez mil mortales y sus inmundas bestias.

Si lograba encontrar la forma de atracar, buscaría un terreno elevado y lo vería por sí mismo, planearía su regreso para que no los mataran a todos antes siquiera de poder desenvainar las hojas. Pero incluso mientras lo pensaba, su balsa dio un bandazo lateral; habría zozobrado si los diez guerreros que lo acompañaban no hubieran desplazado el peso para compensar.

—Aria, ayúdanos…

—¡¡Capitán!!

La mirada se le disparó hacia su teniente, que estaba medio sentado y medio tumbado en la cubierta de la balsa contigua a la suya.

—El bosque…

Eramor se volvió hacia la arboleda prohibida, que ya no estaba quieta y silenciosa, sino que se mecía con un viento que él no podía sentir.

—¡El señor de la guerra! ¡La batalla debe de ser inminente!

Estaban en casa, los muelles ya eran visibles a lo lejos. Pero lo único que los separaba del horizonte era una masa turbulenta y agitada de agua sembrada de escombros.

Y entonces lo vio.

—*¡¡Capitán!!*

—¡Lo veo!

Botes y balsas estaban amontonados, creando un muro de madera rota que bloqueaba parcialmente el camino. Todas las embarcaciones que habían estado tranquilamente atracadas allí se habían soltado, convergiendo hasta crear un embotellamiento.

—¡¡Cuerdas!!

Pero la corriente era demasiado rápida incluso para que pudieran mantenerse en pie. Eramor cerró los ojos, preparándose para el impacto. Pero en lugar de la brutal colisión que pensó que rompería sus huesos en mil pedazos, el estómago le dio un vuelco y el río, e incluso el bosque, desaparecieron. Todo lo que podía ver era el cielo.

¿Estaba muerto?

Gritos, alaridos de consternación, el viento entre el cabello, estelas de color marrón verdoso serpenteando por el aire y las balsas navegaban, no sobre el agua, sino por el aire. El estómago le dio otro vuelco y se precipitó hacia abajo, cada vez más despacio, hasta que su balsa tocó el suelo con suavidad. Se bajó tambaleándose, cayó de rodillas y extendió la mano hacia el miembro verde oscuro que flotaba ante él. Pasó la mano sobre él y vio cómo se retiraba con suavidad para luego salir disparado hacia el aire. Se volvió y observó cómo la raíz gigante se arqueaba sobre el

río y volvía a chocar contra la tierra suelta. A su alrededor, de rodillas igual que él, sus guerreros observaban con estupor y la boca abierta; sus balsas estaban en tierra firme.

—Dioses sagrados…

—¿Cómo? —Un susurro jadeante a su lado. Eramor se volvió hacia su teniente; se preguntó si él mismo tendría aquel aspecto: el de un alma que ha estado a punto de ahogarse y ha sido salvada, asombrada y aterrorizada, humillada e incrédula.

Eramor miró hacia el este, hacia las torres y cúpulas más altas de la ciudad de Ea Uaré. Sobre las aguas torrenciales, pudo oír el latido de los tambores silvanos y, en su mente, vio a Fel'annár, medio vuelto hacia el bosque, con los ojos sabios resplandecientes.

Fel'annár oteó desde los muros orientales el mar de color borgoña, plata y rojo. El arco de campaña se sentía ligero e insignificante en la mano; las flechas del carcaj no parecían más que palitos de juguete, incapaces de abatir a semejante hueste de Señores de la Arena y bestias acorazadas. Podía ver a capitanes ostentosos ataviados con tales galas que ni siquiera Handir poseía.

Montaban sobre sus Lagartos de Gas acorazados y, sobre el espécimen más grande y soberbio, se encontraba el propio Gra'dón, con el yelmo de serpiente arqueándose por encima de la cabeza y cayendo sobre sus anchos hombros. Grotesco en su magnificencia, odioso en su malignidad, esta rezumaba de él, se exhalaba al aire circundante y luego se derramaba sobre todo lo demás: una alfombra rastrera de maldad, de algo antinatural que lo contaminaba y retorcía todo.

El labio superior de Fel'annár se curvó, los ojos se le entrecerraron y todo pensamiento sobre su familia, amigos y amantes lo abandonó. Ahora, solo quedaban el luchador y su propósito.

Proteger el Bosque Perenne.

Se comunicó mentalmente con el Bosque Perenne y la zona a lo largo del Calro que había bloqueado y reforzado. Las corrientes seguían siendo demasiado fuertes para ser navegadas, pero si el enemigo encontraba de algún modo la manera de remontar el Calro, la presa que habían construido con las balsas traídas de Abiren'á proporcionaría una protección extra.

Hablaban de Eramor y sus seiscientos, y de la Madre Patria. Era una brizna de buenas noticias en un mar de desventajas.

—Eramor estará aquí antes de una hora. La Madre Patria le sigue de cerca.

Turion se sobresaltó, con los ojos encendidos. Sus aliados estaban más cerca de lo esperado. Pero no habría comité de bienvenida para ellos. Llegarían en medio de una batalla encarnizada.

—¡Gra'dón! ¡Gra'dón!

Fel'annár volvió a mirar al enemigo, al propio Gra'dón, que parecía mirarlo fijamente. El Nim'uán lanzó el brazo semidesnudo hacia el cielo, con el látigo enroscado colgando flojo y los brazales dorados reluciendo bajo la luz del amanecer. A su alrededor, los guerreros coreaban su nombre con las hojas en alto.

Pero los ojos de Fel'annár estaban fijos en la mano de Gra'dón, en el látigo sujeto con fuerza en su enorme puño. Dio un respingo cuando Lainon habló, con el volumen justo para que solo Fel'annár pudiera oírlo.

—Telzorán.

—¡Listo!

En el patio de abajo, las cuerdas se tensaron, los arcos crujieron y los capitanes gritaron instrucciones. Todo movimiento pareció cesar cuando Turion levantó el brazo y lo mantuvo allí solo un instante. Cruzó la mirada con Fel'annár, mientras un suave viento del oeste agitaba las puntas del cabello alrededor de los hombros del capitán.

—¡Preparad las balistas!

Los novicios accionaron las ruedas que tensaban las cuerdas y, cuando los primeros proyectiles estuvieron listos, avisaron uno tras otro. Turion levantó la mano y luego la bajó.

—¡Fuego!

La orden se repitió por toda la línea y las lanzas salieron disparadas con un zumbido, con sus largas mechas soltando chispas tras ellas.

Diez segundos para el impacto.

Fel'annár vio cómo tres de ellas se estrellaban contra el suelo justo antes de la línea de fundíbulos enemigos. Un guerrero gritó desde los muros y Salo hizo una señal para dar más tensión, justo cuando estallaban los primeros gritos de advertencia. Un silbido agudo fue aumentando de volumen a medida que los primeros proyectiles enemigos venían volando hacia el muro oriental. Piedras ardientes volaban hacia ellos.

—¡Cubríos! —gritó Turion. Los guerreros se resguardaron tras las almenas, pero Fel'annár se mantuvo firme; de algún modo sabía que se quedarían cortas.

—¡Cuidado!

Impactaron contra el costado del muro oriental; fragmentos de roca volaron sobre el borde y repiquetearon contra las armaduras y la madera.

—¡Encended las mechas! —gritaba Turion, y sus órdenes eran secundadas por los capitanes al mando de las balistas. Aplicaron antorchas a las bombas y las máquinas dieron una sacudida hacia atrás mientras las lanzas surcaban el aire una vez más, esta vez con más velocidad.

Rayaron el cielo y se estrellaron contra los fundíbulos enemigos justo cuando los mecanismos disparaban otra secuencia de proyectiles.

El olor a aceite quemado, el destello del fuego mientras se precipitaban hacia los muros orientales. El profundo zumbido se convirtió en un rugido hasta que impactaron contra la muralla, uno tras otro, justo cuando un vitoreo recorría los muros y se hacía eco en el ejército ante las puertas. Uno de los fundíbulos enemigos había sufrido un impacto directo.

Columnas de humo y polvo se elevaron en el aire; piedras y escombros cubrían el suelo bajo las botas de los guerreros.

Fel'annár miró a la izquierda, hacia donde Sontúr estaba asomado sobre las almenas, con la mano apoyada en la piedra mientras La Compañía permanecía alerta a su alrededor.

—Tres, quizá cuatro impactos directos más y esta sección del muro se quebrará —gritó Sontúr—. La pregunta es: ¿aguantará?

Turion se volvió a la izquierda, hacia donde la mano de Sontúr palpaba la roca suelta.

—Aguantará. Incluso si se resquebraja, estos muros son más gruesos en la base, se construyeron para resistir. Aun así, los adarves no serán seguros. ¡Estad preparados para desplazaros hacia las torres! —Hizo un gesto a Fel'annár y Gor'sadén para que lo siguieran. Junto con Tensári y Lainon, se unieron al rey.

—El muro oriental se quebrará. El enemigo concentrará sus esfuerzos allí hasta que la brecha sea lo bastante ancha, y entonces enviará a los Lagartos para preparar el camino al avance de sus torres.

Thargodén asintió. —Mantengo la esperanza, comandante. Por ahora, debemos acabar con tantos enemigos como podamos antes de que se desplacen hacia el norte y ataquen las puertas. Mirad cómo mantienen esa distancia respecto a los árboles…

—El enemigo conoce a Fel'annár. Seguro que los exploradores ya han regresado del norte.

Thargodén miró fijamente al comandante de Tar'eastór; ya había oído los detalles de lo sucedido en el norte. Se volvió ante la voz urgente de Turion.

—Majestad. ¿No se dirigirá al Gremio de Mercaderes…?

—No, comandante. Soy un guerrero. Me quedaré aquí, lucharé con el resto de vosotros. Si caigo, si Rinon y Maeneth caen, Handir ocupará el trono y encontrará la manera de recuperar estas tierras.

Turion sostuvo la mirada del rey. Sin mostrar sorpresa, asintió y se dio la vuelta.

—¡Balistas listas!

Madera chasqueando, cuerdas tensándose y soltándose. La piedra bajo las botas se estremeció y gimió mientras las rutilantes lanzas volaban hacia el sur. Una vez más, al mismo tiempo que el

enemigo, mientras rocas llameantes surcaban el cielo, cruzándose en su camino con las lanzas centelleantes.

Tres impactos sucesivos y luego un estallido como el de un rayo. El muro bajo los pies de Fel'annár se inclinó hacia un lado.

—¡Manteneos firmes! ¡No retrocedáis!

El muro oriental se había quebrado parcialmente un poco más abajo, pero había aguantado, tal como Turion había dicho que haría. La pregunta era: ¿cuánto tiempo iban a permanecer en pie?

Un cuerno calraziano sonó desde algún lugar detrás de Gra'dón. El Nim'uán se alzaba imponente sobre sus guerreros, con el látigo en una mano y la espada en la otra; el yelmo de serpiente le confería el aspecto de un demonio de los fosos de Galomú.

Los cuernos élficos ahogaron aquel sonido inquietante. El enemigo estaba al alcance de sus arcos de campaña y, aunque las balistas seguirían disparando a los fundíbulos enemigos, era hora de que comenzara la segunda fase de su defensa.

Los guerreros calrazianos marchaban hacia delante con brillantes escudos ante ellos, casi tan altos como ellos mismos. Desde la posición privilegiada sobre un imponente Lagarto de Gas, Gra'dón bajó el brazo y la primera salva de flechas enemigas voló hacia los guerreros en las almenas. Tintinearon contra la piedra, golpearon la madera, pero causaron poco daño.

Turion bajó la espada y las primeras flechas élficas volaron hacia las líneas frontales del ejército de Gra'dón. Sus escudos se llevaron la peor parte, pero los primeros guerreros enemigos cayeron y Turion gritó una vez más.

—¡Segunda línea, lista!

Mientras los que acababan de disparar se agachaban y cargaban los arcos, los que estaban detrás se ponían en pie y apuntaban. Desde abajo, Rinon dio órdenes a los arqueros de la División de la Montaña, mientras Bulan repetía los mandos.

Las filas de guerreros vestidos de azul y verde se volvieron hacia el debilitado muro oriental, con los arcos listos para disparar por encima de los arqueros de las almenas, hacia el enemigo al que aún no podían ver.

Cayeron Señores de la Arena, elfos se precipitaron desde las almenas y Turion continuó dando sus órdenes.

Fel'annár retrocedió, con La Compañía a su lado, incluido Lainon, aunque Fel'annár no podía sino preguntarse cómo lograría ver a través de aquellos diminutos agujeros del yelmo. Se preguntó si Lainon le habría leído el pensamiento.

—Los ojos de halcón ven mucho, Señor de la Guerra.

—¡Fuego!

Las flechas salieron volando y se agacharon tras la pared de escudos que tenían delante. Una flecha atravesó la capa de Carodel mientras otra rozaba la mejilla de Sontúr.

Recargaron, dispararon, volvieron a agacharse, hasta que el Nim'uán rugió sus órdenes, profundas y salvajes.

No era élfico.

La primera línea de bestias y Señores de la Arena mantenía las espadas en alto mientras gritaban; a Fel'annár les parecieron mitad humanos, mitad insectos. Sabuesos y Lagartos chillaban, aullaban y lanzaban dentelladas al aire mientras sus jinetes caudillos los espoleaban hacia delante, más allá de las filas de arqueros. Las flechas rebotaban en las armaduras y, cuanto más tenían que asomarse los arqueros de Turion sobre las almenas para dispararles, más vulnerables se volvían. Más de ellos cayeron hacia su muerte y Turion los hizo retroceder.

Pese a todo el estruendo de abajo, de pronto Fel'annár no oyó nada más que el Bosque Perenne. El rítmico latido de la savia por las venas, por las raíces; el susurrante canto del Calro, cuyas aguas torrenciales lo protegían del enemigo.

Aún no era el momento de llamar a los Shirán. Todavía tenían una oportunidad, por remota que fuera. La Madre Patria estaba cerca y Eramor se aproximaba desde el bosque. Pero si Fel'annár pudiera acercarse lo suficiente, luchar con el Nim'uán y matarlo, eso debilitaría al ejército y, al menos, daría una oportunidad a su pueblo.

Pero Gra'dón estaba en medio de todo, fuera de su alcance por ahora. Era intocable, como una especie de semidiós gigante llegado para conquistar nuevas tierras, despiadado e implacable.

Los caudillos de los Señores de la Arena gritaban y vociferaban mientras espoleaban a los Lagartos para ponerlos en movimiento, con las espadas en alto. Estaban cargando contra los dañados muros orientales.

—¡Lanzas de Synth!

La primera de las lanzas de Sorei salió zumbando por el aire y ella observó, calculando la dirección y la distancia. Este primer proyectil le proporcionaría la información que necesitaba antes de disparar el resto. Atravesó a tres jinetes de los Señores de la Arena, como si fueran sardinas en una fogata.

Sorei se volvió hacia los guerreros bajo su mando: —Un tercio a la izquierda, dos marcas arriba. —Observó cómo ajustaban la máquina, con el brazo en el aire. Las demás balistas harían lo mismo en cuanto la suya estuviera alineada.

—¡¡Fuego!!

Otra lanza surcó el aire y los guerreros vitorearon cuando el primer Lagarto de Gas cayó en una nube de humo amarillo. Dos lanzas más tarde, otros tres yacían muertos ante los muros.

Fel'annár observaba mientras disparaba flecha tras flecha contra la línea de carga de los Señores de la Arena. Estaban cayendo, pero había muchos más para ocupar su lugar. Estaban ya casi en la base de los muros y, tras la primera oleada de calrazianos montados, las torres de asedio empezaron a avanzar, todavía demasiado lejos para las bombas.

Gra'dón estaba esperando su momento, analizando, calculando y corrigiendo.

—¡Fuego a discreción!

Fel'annár había abandonado el arco de campaña y ahora disparaba con el arma de corto alcance. Echó la mano atrás, cargó de nuevo y disparó hasta que le dolió el brazo.

Bolas de fuego salieron de los fundíbulos enemigos y explotaron en algún lugar detrás de él. Podía oír gritos y alaridos, sentía el calor en la espalda, pero seguía disparando.

Un grito de júbilo estalló cuando un fundíbulo enemigo volcó hacia un lado y se estrelló contra el suelo, pero aún quedaban tres.

Fel'annár vio los dos proyectiles que se dirigían derechos hacia ellos, justo antes del grito desesperado de Turion.

—¡¡A las torres!!

Un estallido, un estruendo resonante y luego un rechinar y un chirrido metálico.

Desde el patio de abajo, Rinon entrecerró los ojos hacia arriba, a través del polvo que se arremolinaba. Giró la cabeza hacia un lado y tosió.

Todo sonido quedó amortiguado por un momento, hasta que Bulan lo sacudió, le gritó y, lentamente, Rinon oyó su voz, como si estuviera emergiendo de algún vacío subterráneo.

Sacudió la cabeza mientras afloraba una sensación de pavor.

—¡Reformad las líneas! ¡Arriba, manteneos firmes!

Creyó que era Hobin, sintió la mano de Bulan bajo el codo, tirando de él hacia arriba y sacudiéndole después el polvo de encima.

Se puso en pie, torcido y conmocionado, parpadeando para quitarse el polvo de los ojos, mientras el mundo volvía a enfocarse lentamente. Ante él, luz donde debería haber habido oscuridad. Cielo donde debería haber habido piedra. Rinon, príncipe heredero de Ea Uaré, se hallaba ante el muro oriental medio derruido de la ciudad fortaleza de Ea Uaré.

~

Los Señores de la Arena vitoreaban y coreaban, y sus gritos de batalla parecían venir ahora de todas las direcciones, salvo del oeste y del Bosque Perenne. Turion corrió de vuelta al borde del muro, evitando el desastre medio desmoronado donde Fel'annár y La Compañía habían estado parados apenas unos momentos antes.

A lo lejos, la primera línea de Lagartos de Gas montados ya trepaba por la base de los muros, con el avance entorpecido por los

peñascos y las piedras que habían caído. Tras ellos, más avanzaban al trote y correteaban por las llanuras.

—¡Máscaras! —gritó Turion—. ¡Reformad las líneas!

Pero incluso mientras miraba a su alrededor, veía a guerreros luchando por ponerse en pie, tosiendo y farfullando mientras otros los ayudaban. Buscó frenéticamente a La Compañía y los encontró a su izquierda, ya con los arcos en la mano y las máscaras bien puestas. En cualquier momento, los Lagartos escalarían los muros. Sorei no tenía un ángulo de tiro despejado desde la balista. Echó un vistazo a la cuba de aceite más cercana y maldijo a la prole de escarabajos por haberla arruinado.

La primera ráfaga de aire fétido recorrió los muros. Los Lagartos los escalaban lentamente, con las fuertes garras aferrándose a las grietas de la roca, y las potentes patas traseras impulsando el peso propio y el de sus jinetes hacia arriba con demasiada facilidad.

—¡A los ojos y a la nuca! —gritó Fel'annár—. ¡Atacad por los costados y por detrás!

Apenas había gritado Fel'annár su advertencia cuando el primer lagarto apoyó las patas delanteras sobre los peñascos sueltos de la sección superior del muro.

Las largas uñas chillaron sobre la roca y emergió el yelmo de un caudillo de los Señores de la Arena. Criaturas negras talladas y entrelazadas, ojos de joya que distraían; una cimitarra de plata brillante mató a tres guerreros incluso antes de que el Lagarto abriera las fauces y chillara.

Los guerreros se taparon los oídos, con los ojos temblando de miedo e incredulidad. Pero la única forma de matar a los Lagartos en los muros era con hojas y, tal vez, algún disparo afortunado de un maestro arquero.

Fel'annár tiró con fuerza del arnés de un guerrero cercano, lanzándose hacia un lado justo a tiempo para evitar la ráfaga de aire amarillento. Otros tres cayeron con los miembros agitándose y el aliento atascado en la garganta. Incluso con las máscaras puestas, habían estado demasiado cerca e inhalado demasiado gas tóxico.

El Lagarto se erguía triunfante, con el caudillo enjoyado orgulloso en la silla, el olor a especias impregnando el aire y los profundos

ojos ambarinos brillando.

Tras él, otros dos saltaron sobre las almenas en ruinas y, con un chillido ensordecedor, los tres se lanzaron hacia delante.

Ramien levantó el hacha con un rugido poderoso y la descargó sobre el duro cuero del flanco de un Lagarto, pero ni siquiera el Muro de Piedra fue capaz de infligir daño real alguno. Giró para apartarse del camino del Lagarto e Idernon le disparó; la flecha rebotó en el hueso que cubría el brillante ojo naranja.

Hubo una ráfaga de vapores y los guerreros se lanzaron a los lados. Para algunos no fue lo bastante rápido, mientras que otros fueron golpeados por la cola del Lagarto, que se agitaba con violencia. Los guerreros salieron volando por el aire, por encima de los muros y las pasarelas.

Gor'sadén, Carodel y Galdith rodearon a un Lagarto, esquivando las garras azotadoras y la poderosa cola. Ya habían hecho esto antes y los demás guerreros se mantuvieron atrás, observándolos con atención. Todos habían oído las historias de la Batalla de Tar'eastór, de cómo Pan'assár derribó a un Lagarto y apenas vivió para contarlo.

Mientras Gor'sadén se acercaba y se agachaba bajo la pata delantera, Fel'annár se plantó ante otro Lagarto y su caudillo con la lanza en la mano, buscando con la vista el lugar exacto, esperando el momento adecuado para atacar. A un lado, Lainon y Sontúr, y al otro, Tensári y Turion, con las armas listas, observando al único de ellos que se había enfrentado antes a un Lagarto de Gas.

Mientras el caudillo blandía la espada, el Lagarto bajo él chillaba, se retorcía y lanzaba zarpazos con las patas delanteras más cortas, con la cola protegiéndolo de cualquiera lo bastante estúpido como para atacar por detrás.

Sontúr se lanzó hacia delante, pero el caudillo giró en la silla y le arrojó algo pequeño y metálico. Él se agachó y se encontró cara a cara con la cola del Lagarto. Lo único que pudo hacer fue cubrirse el rostro con el brazo, y entonces el dolor estalló en el estómago. Sin aliento y jadeando, sintió que alguien forcejeaba con el brazo, pero este se escurrió y Sontúr salió volando por los aires con las manos

agitándose, buscando cualquier cosa a la que aferrarse para no caer al vacío y morir.

Los dedos rozaron la piedra, sintió que se le partía una uña, pero la piedra resistió y el cuerpo chocó contra el lado equivocado del muro. Desde donde estaba, colgando sobre la caída casi vertical, todo lo que podía ver era piedra lisa, y todo lo que sentía era el calor de la propia respiración agitada contra la cara.

Y entonces los oyó: el sonido de los chirriantes Lagartos que trepaban por los muros desde abajo, con las largas garras raspando la piedra.

—¡¡Sontúr!! —gritó desesperadamente Gor'sadén mientras combatía a un Lagarto de Gas con la hoja de Synth. Estaba demasiado lejos, incapaz de desvincularse de la lucha. Una sola distracción podría significar la propia muerte y, sin embargo, ¿no había jurado proteger al hijo de su rey?

Fel'annár sabía lo que estaba pensando, apretó los dientes para calmarse mientras se enfrentaba al Lagarto que se agitaba y chillaba, aquel que acababa de lanzar a Sontúr por el muro exterior con un coletazo de la poderosa cola. También había visto a Lainon intentando, sin éxito, agarrar al príncipe. A él lo habían lanzado en una dirección distinta. Pero no se atrevía a quitar los ojos de la bestia que tenía delante.

Desde muy cerca, oyó la voz de Tensári por encima del Lagarto que chillaba y corveteaba.

—¡Lainon!

No hubo respuesta. Pero aunque la hubiera habido, no habrían podido oírla por el caos que los rodeaba. Aun así, los ojos de Tensári brillaban intensamente, y Fel'annár comprendió que ella sabía que él estaba vivo. Se volvió hacia él con el rostro sombrío pero firme como el acero. No abandonaría a su Ber'anor, ni siquiera cuando su connate yacía enterrado en algún lugar bajo los muros medio derruidos a su izquierda.

Fel'annár necesitaba ayudar a Lainon, pero Sontúr era su prioridad. Solo Aria sabía lo que su amigo había sufrido. ¿Se habría caído? ¿Habría logrado amortiguar la caída de algún modo?

—Fel'annár… —advirtió Turion desde atrás mientras el Lagarto abría las fauces, con hileras de dientes amarillos listas para arrancarle la cabeza de un bocado.

Aún no está bastante cerca. Solo unos segundos más…

El Lagarto se cernía sobre él; el caudillo calraziano gritaba su grito de guerra con la espada enjoyada alzada hacia los cielos. Fel'annár lanzó una estocada hacia arriba con un movimiento poderoso, incrustando la punta de flecha de Synth de la lanza en el paladar del Lagarto. Empujó de nuevo, hundiéndola más, con la bestia casi encima de él. Los brazos se le tensaron bajo el peso del animal y rugió por el esfuerzo que le costaba seguir empujando la lanza. Se tambaleó hacia un lado y luego rodó para quitarse de en medio. Estando de espaldas, oyó el gorgoteo del Lagarto y se puso en pie de un salto, agarró a Harvest y tiró con fuerza. Sin aliento, se limpió la frente, enfundó el arma y observó al caudillo calraziano, arrodillado incrédulo ante la montura ahora muerta.

Tensári se lanzó sobre él en un instante. El conmocionado caudillo no era rival para una iracunda Ber'ator y, con un movimiento poderoso y perfectamente ejecutado, el Señor de la Arena se desplomó de lado, muerto antes de tocar el suelo.

El chillido de otro Lagarto, los gritos de los guerreros tras ellos y Gor'sadén giró sobre sí mismo, encontrándose cara a cara con otra bestia.

—¡A por Sontúr! —gritó mientras se lanzaba contra la bestia que lanzaba dentelladas, en una súplica dirigida a Fel'annár. El Señor de la Guerra miró a su alrededor.

—¡Idernon! Ayuda a Tensári a sacar a Lainon de ahí. ¡Nosotros ayudaremos a Sontúr!

Fel'annár no se quedó a mirar, sabiendo que Galdith, Carodel y Ramien estaban tras él. Saltó sobre un peñasco suelto, tropezó de lado y casi se cae. Los Lagartos y los guerreros elfos luchaban a su derecha e izquierda, pero aquí, donde se había producido la mayor parte del daño, solo los necios y un Señor de la Guerra desesperado se atrevían a aventurarse.

Pero si alguien podía navegar por el traicionero terreno, ese era un Guerrero Kah.

—¡Fel'annár! —gritó Tensári desde atrás, más lejos de la cornisa dentada—. ¡Aléjate del borde! —La voz le vacilaba mientras luchaba con las rocas que habían sepultado a Lainon en algún lugar más abajo. Pero Fel'annár no podía obedecer; tenía que confiar en que Idernon y el resto de La Compañía evitarían que ella intentara alcanzarlo.

—¡Lainon! —gritó ella de nuevo, y esta vez lo oyeron; la voz sonaba amortiguada pero fuerte.

Tensári e Idernon empezaron a excavar entre los escombros, decididos a liberar a Lainon cuanto antes, dando al resto de La Compañía el tiempo necesario para ayudar a Sontúr, *si* seguía vivo.

Fel'annár caminó con cuidado, se tumbó con cautela y buscó desesperadamente con los ojos algo sólido a lo que anclarse. Lo encontró: una piedra grande, lo bastante estrecha como para que pudiera sujetarse a ella. Probó su resistencia y comprobó que estaba firmemente incrustada. Rodeándola con un brazo, se asomó al borde, cauto y lento, y luego miró hacia abajo.

El alivio y el pavor lo invadieron. Sontúr estaba vivo, colgando sobre el vacío, con una mano aferrada a una pequeña roca saliente.

Fel'annár alargó la mano izquierda, los dedos le rozaron los de Sontúr una vez y otra hasta que se cerraron alrededor de la muñeca. Pero Sontúr no soltó el agarre desesperado. Para consternación absoluta de Fel'annár, los propios pies empezaron a resbalarle sobre los escombros.

—¡Lainon! —Mitad pregunta, mitad súplica; el alado Ari'atór podría salvar a Sontúr desde abajo, si lograba volar con tanto peso en los brazos. Pero no hubo respuesta de su parte.

—¡No te muevas, Sontúr! —suplicó Fel'annár, con el brazo derecho apretado contra la roca y la mano izquierda envolviendo la muñeca de Sontúr. Se oyeron gritos detrás de él, la voz de Idernon y luego la de Tensári de nuevo. La mano de Sontúr resbalaba, pero si Fel'annár intentaba alcanzarlo con la otra mano, ambos caerían. Los

pies buscaban algo a lo que anclarse, pero aun así, no podría aguantar tanto peso en el lado derecho por mucho más tiempo. Se deslizaba hacia delante, hacia el vacío.

Se detuvo en seco cuando unas manos fuertes se cerraron alrededor de los tobillos.

—¡Te tengo! —era Ramien desde atrás. El Muro de Piedra rugió y el cuerpo de Fel'annár empezó a deslizarse hacia atrás. La mano de Sontúr resbaló y la otra subió, buscando algo a lo que aferrarse.

—¡Para! Espera. *¡¡Espera!!* —llamó Fel'annár desesperadamente.

Necesitaba soltar el agarre de muerte de la piedra y usar *ambas* manos para tirar de Sontúr y alejarlo del borde.

El príncipe de Tar'eastór miró a los ojos de Fel'annár, seguramente vio la tensión, y movió los pies lentamente en busca de apoyo en las piedras sueltas del muro, mientras Fel'annár ponía las vidas de ambos en manos de Ramien. Si alguien podía soportar el peso de los dos, ese era el Muro de Piedra.

—¡Voy a soltar la mano derecha!

Aflojó el brazo derecho y gimió por el dolor y la rigidez, sintiendo que el cuerpo se le deslizaba hacia delante y hacia la izquierda. Arrastró la mano derecha sobre las piedras sueltas en su camino hacia el hombro de Sontúr, justo por debajo del reborde de piedra. Pero desde debajo de los pies de Sontúr, que se balanceaban suavemente, más Lagartos subían por los muros.

—Sontúr…

—Ya voy… —Los pies del príncipe pedalearon en el aire; un pie encontró una roca y se apoyó en ella. Esta se desprendió y Fel'annár cerró los ojos y se tensó; las manos en los tobillos hicieron lo mismo.

—Agarra mi mano. Hazlo *ahora*… —El tono había pasado de la alarma a la advertencia, y Sontúr estiró el brazo. Fel'annár cerró la mano libre alrededor del antebrazo de Sontúr y giró la cabeza todo lo que pudo.

—*¡Tira!* —Sentía el cuerpo estirado de delante atrás. Las piedras tintineaban a su alrededor, amenazando con desprenderse bajo él. Ramien era fuerte, pero el agarre de Fel'annár al suelo firme era, en el mejor de los casos, precario.

—¿Ramien?

—Lainon viene… eso espero… —dijo con voz estrangulada el Muro de Piedra, que sostenía el peso de ambos sobre un manto de escombros que lo arrastraba lentamente hacia delante, en la dirección equivocada. Aquellas palabras fueron toda la confirmación que Fel'annár necesitaba. Ramien no podría tirar de ellos solo, no a menos que alguien lo sujetara y lo anclara a *él*. Pero tanto Galdith como Carodel habían estado luchando contra un lagarto y, con seguridad, no habrían podido separarse.

Bajo los pies colgantes de Sontúr, los Lagartos continuaban su avance por los muros. Llovieron flechas sobre ellos desde ambos lados del muro dañado; Fel'annár sentía el aire a su alrededor cuando pasaban zumbando junto a él hacia abajo. Pero los jinetes de los Lagartos estaban bien blindados y las bestias eran inmunes a puntas de flecha tan ineficaces. Solo el Synth podía penetrar sus cueros, pero no había ángulo para las balistas.

Fel'annár podía verlos ahora, con las fauces ya abiertas y goteando saliva ante la perspectiva de carne fresca. Con las branquias abiertas y el gas naranja en el interior brillando, listos para paralizarlos a ambos.

Las piernas de Sontúr se movían salvajemente y Fel'annár hizo una mueca de dolor.

—¡¡¡Lainon!!!

Podía oír la desesperación de Turion desde algún lugar detrás, y luego las vacilantes palabras de Gor'sadén.

—¡Dioses! ¡Subidlos, *subidlos!*

Fel'annár miró a la derecha, hacia donde las balistas apuntaban por encima de los muros. No había un tiro despejado, no sin arriesgar las vidas de los propios guerreros.

Con sudor en los ojos y la visión nublada por una realidad que le revolvía las entrañas, vio que los Lagartos estaban casi encima de ellos.

—Suéltame, Señor de la Guerra. Debes vivir para salvar a este pueblo —dijo la voz tranquila de Sontúr desde abajo, con las bestias chasqueando y gruñendo casi a la altura de los pies, ahora quietos.

Desde arriba, otra voz, suplicante pero autoritaria. —¡No lo sueltes, Fel'annár! Ramien tiraba de los pies, pero el cuerpo no se

movía.

El crujido de un arco, más gritos por detrás, pero todo lo que Fel'annár podía oír eran las últimas palabras de aquel a quien llamaba hermano. Casi lo habían logrado… *casi*.

—Díselo a mi padre… dile que lo siento. Dile a Maeneth, dile que la quiero. Sontúr sonrió, cerró los ojos al mundo.

La cabeza de Fel'annár cayó a la derecha, a ras del muro de piedra fría, con la desesperación y la angustia rugiendo en la sangre, porque por mucho que Ramien tirara, estaba demasiado lejos del muro desmoronado. El fétido olor de los Lagartos de Gas lo envolvió, y la terrible realidad del cruel final de Sontúr le golpeó de lleno.

Con lágrimas ardientes en el rostro, apoyó la mejilla contra la roca, sintiendo el fugaz contacto del musgo entre las grietas.

Por favor, no dejes que muera así…

Un rugido, una explosión de luz tras los párpados y estos se abrieron de golpe. Los Lagartos estaban sobre Sontúr, pero el mundo estaba iluminado de verde. Justo cuando los dientes rechinantes se acercaban para matar, se retiraron, resbalaron por los muros, con el terrible chirrido de las garras sobre la roca.

Y entonces el peso de Sontúr desapareció. Fel'annár entró en pánico, vio alas negras batiendo ante la cara. Con una armadura de plata maltrecha y ojos azules tras un yelmo de halcón, Lainon sujetaba a Sontúr en su sitio. Con un rugido de esfuerzo, el Ber'ator y el príncipe ascendieron lentamente por encima de los muros medio derruidos.

Fel'annár sintió que el cuerpo se le deslizaba bruscamente sobre las piedras sueltas y, de pronto, no había nada bajo él.

—¡¡Quitaos de en medio!!

Recibió una sacudida y por un momento, se quedó allí suspendido, de cabeza sobre los muros, viendo cómo las rocas y los Lagartos chocaban contra los lados, hacia abajo y lejos de ellos. Pero eran los muros, los muros cubiertos de musgo que incluso ahora se extendía, espesándose, volviéndose más verde, y Fel'annár ascendía.

Un rugido tenso, como el de un oso defendiendo su territorio. Un vitoreo y el nombre de Ramien se fundió con el suyo propio. Cuando

finalmente aterrizó sobre suelo firme, miró hacia el cielo de la tarde, cerró los ojos con fuerza y luego se giró de costado. Sontúr yacía a su lado, sin aliento e incrédulo.

No muy lejos, la batalla rugía sobre los muros mientras el Lagarto restante continuaba su loco alboroto. Turion estaba allí, al igual que Thargodén. Tenía que levantarse y ayudarlos.

Unos brazos fuertes bajo los suyos y fue alzado. Se giró, miró a Ramien, pero Tensári le bloqueó la visión. Ella hizo una profunda reverencia al Muro de Piedra y luego giró sobre los talones para encarar a Fel'annár.

—No vuelvas a hacer eso. —El labio se le curvó, con la ira centelleando en los ojos. Todo lo que Fel'annár pudo ofrecer fue una sonrisa ladeada. Se giró hacia donde Gor'sadén se aproximaba, con el rostro pálido y los ojos escudriñando a Sontúr y luego a Fel'annár.

El comandante dio una palmada en el hombro a un sonriente Ramien y luego lo apretó con la fuerza suficiente como para dejarle un moratón. Se agachó hacia Sontúr, lo levantó y lo miró a los ojos.

—Ten más cuidado, príncipe —dijo en voz baja mientras le sacudía el polvo de la ropa y le ajustaba la armadura torcida. Gor'sadén se giró hacia Fel'annár, observando cómo Tensári hacía lo mismo con los arneses torcidos.

Pero no dijo nada, no hacía falta. Fel'annár conocía las palabras que diría, en un lugar y momento diferentes, pero por ahora, quedaba un Lagarto más con el que luchar.

Una mano en el hombro, y luego otra. Galdith y Carodel detrás de ellos, Tensári y Ramien, y luego Lainon, con las alas plegadas a la espalda.

—Venid, tenemos un Lagarto que matar.

Sontúr casi había muerto, el propio Fel'annár casi se había caído al vacío, pero La Compañía los había salvado. Este ejército aún no estaba derrotado.

Aún no era demasiado tarde para cambiar las tornas.

Desde el patio de abajo, Rinon miró hacia arriba, armándose de valor cada vez que un guerrero caía en uno u otro lado de los muros. Podía oler los vapores, oír las lanzas de las balistas, las flechas repicando contra la piedra y los gritos de agonía. Los valientes guerreros de la División del Bosque estaban muriendo en los muros. Pero Rinon aún no había visto al enemigo.

Pero una cosa era segura. El enemigo sin duda estaba rodeando los muros, agrupándose ante las puertas. Intentarían derribarlas y, si eso ocurría, Rinon sabía que todo habría terminado. Todo lo que podía hacer era rezar para luchar bien, morir con honor y que su padre y sus hermanos sobrevivieran al día.

Miró a los muros una vez más, vio un destello de cabello plateado y espadas girando a su alrededor. Fel'annár y La Compañía estaban listos ante un Lagarto de Gas montado mientras otros guerreros retrocedían. Los ojos de Rinon se agrandaron y casi pudo sentir a Bulan y a Hobin tensarse a su lado.

Fel'annár echó mano de la lanza, la hizo girar entre las manos y, a su alrededor, La Compañía se mantuvo firme, sin miedo, incluso cuando la bestia chilló y una nube amarilla se precipitó hacia ellos. Se agacharon y Fel'annár avanzó, lanzando estocadas y esquivando las garras de la bestia y los latigazos de la cola.

El metal synth relució mientras blandía la lanza y luego, con un movimiento hábil, usó la pata delantera del Lagarto para saltar hacia arriba, dar una voltereta sobre la cabeza agitada y caer sobre la silla que llevaba.

El Lagarto rugió mientras La Compañía continuaba luchando contra él. Rinon no tenía idea de cómo Fel'annár se mantenía en aquella silla, solo pudo observar cómo tomaba la lanza con ambas manos y la clavaba en la nuca de la bestia.

Se quedó paralizada y luego cayó con un gorgoteo húmedo. Los guerreros de los muros y los de abajo vitorearon, justo cuando llegaban los primeros rumores sobre musgo creciendo y extendiéndose por el muro oriental. Había impedido que los otros Lagartos escalaran los muros, decían, y Rinon se preguntó si alguna vez llegaría a comprender la naturaleza de la habilidad de su hermanastro.

Rinon se giró hacia Hobin; vio la mano del comandante sobre el antebrazo del misterioso guerrero y observó cómo le daba unas palmaditas amables. Frunció el ceño, cruzó la mirada con él, pero no encontró respuesta a la pregunta tácita, así que se volvió hacia el propio guerrero enmascarado. Pero todo lo que pudo ver fueron los brillantes ojos azules de un Ari'atór tras un magnífico yelmo de búho.

En esos momentos finales de lo que podría ser el último día de la vida de Rinon, se sintió orgulloso y a la vez triste. Luchar en su compañía. Morir a su lado y tal vez algún día, en un lugar diferente y en otro mundo, recordarían estos días de gloriosa valentía.

Un silbido agudo, advertencias desde los muros y luego el estallido de roca y madera astillada cuando un proyectil en llamas golpeó un edificio dentro de la ciudad.

Rinon se protegió los ojos del incendio, observando cómo la construcción se desmoronaba, aplastando a los guerreros bajo ella. Fuera de los muros, sonó un cuerno lejano. Los Lagartos y los Sabuesos se retiraban, escabulléndose y trotando de vuelta hacia sus amos. Así lo informó Turion y luego gritó a Sorei.

—¡Balistas!

—¡Fuego! —La voz más aguda de la capitana Alpina resonó sobre las torres orientales, y cada una de las balistas equidistantes disparó las lanzas con punta de synth a los Lagartos de Gas en retirada.

Los elfos alzaron los puños y rugieron con deleite furioso cuando dos Lagartos cayeron, con los caudillos volando por los aires y rodando por el suelo.

Gra'dón observaba, con los labios apretados y las aletas de la nariz dilatadas, con los ojos reducidos a rendijas brillantes mientras caían más de ellos. El mago… el *mago* había hecho esto. Si no hubiera sido por él, sus bestias ya habrían tomado los muros. En su lugar, habían resbalado por ellos, con el musgo demasiado viscoso y espeso para que pudieran trepar. En cuanto las torres de asedio estuvieran lo bastante cerca, ordenaría a sus guerreros que usaran las lanzas de fuego y lo quemaran.

Era hora de dirigirse al norte, rodear hasta las puertas principales y abrirse paso a través de ellas. Pero mientras el mago viviera, el

elemento de incertidumbre persistiría. Una vez que Gra'dón estuviera dentro de la ciudad, lo encontraría y entonces lo mataría.

Pero primero, tenía sus propias sorpresas. Gra'dón liberaría de nuevo a las huestes de Zoobon, bajo la cruel luz del día. Solo entonces comprenderían de verdad lo que había llegado de más allá del mar, desde los pozos de gas ardiente de Gharzakan.

Bajo la planta baja del Gremio de Mercaderes, en los almacenes subterráneos, Handir se encontraba en medio de un mar de ciudadanos aterrorizados.

Acurrucados, se sentaban donde podían, con los ojos fijos en el tembloroso techo sobre ellos.

Lo que había empezado como un golpe distante ahora sonaba como los tambores de guerra de Abiren'á y todo se sacudía al compás. El ritmo se veía interrumpido a veces por un fuerte estallido, y ellos gritaban, solo para calmarse de nuevo y acercarse más unos a otros.

Handir sabía lo que era.

Era el sonido del enemigo, cerrándose sobre la ciudad. Estaban cerca de los muros y la pregunta era: ¿cuánto tardarían en caer? ¿Cuánto faltaba para que Handir tuviera que guiar a esta gente al túnel subterráneo y a través de las llanuras?

Incluso aunque *tuviera* éxito, no se sabía qué encontraría al abrir aquella trampilla que emergía todavía a unos trescientos metros de la línea de árboles.

Cerró los ojos, apartando la vista del techo tembloroso.

Por casualidad, cruzó la mirada con un muchacho joven. Aún no era un adulto y llevaba un carcaj a la espalda. En él, un arco y un buen cargamento de flechas. El chico estaba asustado, Handir podía verlo en los ojos, del mismo modo que podía ver la determinación y tal vez la pena.

Todo lo que el príncipe podía hacer era rezar para que fuera mejor con el arco de lo que Handir era con la espada.

Pero entonces todo el suelo dio un bandazo lateral y pequeñas piedras se desprendieron del techo. Un fuerte estallido y un largo y profundo estruendo. El muro había cedido, probablemente en el lado oriental, donde eran más delgados y vulnerables.

Había llegado el momento de sacar a esta gente de la ciudad.

Encendería las antorchas, abriría la puerta oculta y conduciría a estas personas por los estrechos pasadizos. Les llevaría una hora llegar a los Barracones de la Ciudad Exterior, donde terminaba el Camino Oscuro. Desde allí, tardarían otros diez minutos en llegar a la línea de árboles.

Lo había visto desde lo alto de los muros, justo después de que Fel'annár hubiera tejido el Dohai. Ya no era una barrera natural de troncos, hojas y ramas. Era una ola serpenteante de tierra y raíces. Fel'annár le había dicho que estarían a salvo, pero correr hacia *eso* no sería más que fe ciega, algo absolutamente aterrador si Handir era sincero consigo mismo.

Se puso en pie, cogió la antorcha y se volvió hacia los aterrorizados civiles. Lo observaban mientras se acurrucaban unos con otros y, con la misma certeza con la que Handir veía su miedo, también veía su confianza.

Handir no les fallaría.

Al poco tiempo caminaban en fila india por el túnel más estrecho en el que Handir hubiera estado jamás. Todo lo que podía hacer era seguir adelante, controlar el propio miedo y repetirse que no mirara a las paredes ni al techo porque entonces podría entrar en pánico. Se decía que no pensara en Maeneth y en su padre en los muros, que no pensara en Rinon en las puertas y en Fel'annár, dondequiera que estuviese.

~

Los fundíbulos enemigos continuaban su asalto a los muros orientales. Detrás y alrededor de ellos, hilera tras hilera de Señores de la Arena esperaban la orden de cargar.

Dentro de los muros de la ciudad, los proyectiles habían causado suficiente daño, no solo a los muros sino a los edificios que rodeaban el patio, incluida una parte de la fachada de las Salas de Curación. Piedras, madera carbonizada y polvo yacían esparcidos por el lugar, sobre los cuerpos de los muertos que aún no habían sido recogidos. Era demasiado peligroso.

Lo peor estaba por llegar; Fel'annár lo sabía mientras observaba a una gran sección del ejército enemigo separarse y marchar hacia el norte, hacia las puertas, con cuidado de permanecer fuera de alcance. Gra'dón cabalgaba entre ellos, planeando abrirse paso a través de las puertas principales.

No muy lejos, el Gran Cinturón Forestal continuaba agitándose, con las raíces de esos primeros árboles alzándose altas hacia el cielo. Fel'annár se conectó con él.

Un silbido agudo se hizo más fuerte; un proyectil en llamas se dirigía hacia ellos. Impactó a media altura de los muros, haciendo temblar la piedra bajo los pies. Los ojos de Fel'annár recorrieron a La Compañía. Estaban maltrechos y ensangrentados como él, bastante bien salvo porque Sontúr presionaba una tira de la propia capa sobre un tajo en el lateral de la cabeza de Tensári. La apartó y chasqueó la lengua.

—Esto necesita puntos.

—Ve a las Salas, Fel'annár. Hay tiempo. Aún tenemos lanzas y bombas. Podemos defendernos durante un rato, hasta que los Señores de la Arena comiencen su ataque a las puertas principales.

—Permíteme quedarme allí abajo, comandante. Hemos luchado contra Lagartos antes. Seguramente serán lo primero que atraviese esas puertas.

Turion dudó y Fel'annár vio la batalla librarse en los ojos del capitán. —Debes mantenerte a salvo, ya lo sabes. Sin ti, el bosque se detendrá y nuestro pueblo quedará vulnerable a las artimañas de los Señores de la Arena y los Lagartos. Quédate en los muros. Ayúdame a defender esta ciudad desde un punto ventajoso, para que no pierdas de vista el bosque que diriges. Tenemos muchos buenos guerreros allí abajo, listos para enfrentarse a lo que sea que atraviese esas puertas, incluidos tu hermano y tu tío. Pero tú y yo

debemos defender estos muros, dar a Eramor y a Tar'eastór el tiempo que necesitan para ayudar desde fuera.

Fel'annár asintió lentamente mientras consideraba la lógica de Turion. Estaban en una inferioridad numérica abrumadora. Sabía que una vez que el goteo de Señores de la Arena se convirtiera en un arroyo, pasaría a ser un río y luego un mar, una marea que los ahogaría a todos. Ese momento marcaría la llegada de los Shirán.

Fel'annár miró a Lainon y luego se volvió hacia Turion. —No puedo reprochar vuestro razonamiento, comandante. El General Rinon mantendrá las puertas, con los capitanes Bulan, Airen y el comandante Hobin. En cuanto a mí, tengo a La Compañía, tengo a Gor'sadén y a Tensári guardándome las espaldas. Volveremos en cuanto podamos.

Vasanth se había equivocado. No había estado lista para morir. No había estado lista para luchar en una guerra.

El cuerpo había obedecido. Las extremidades se habían movido cuando Dalú lo había ordenado. Pero mientras tanto la mente gritaba y se retorcía mientras miraba en estado de conmoción la destrucción, la barbarie, el sufrimiento y la muerte.

Seguro que nada valía *esto*.

Se volvió desde los muros dañados al este, las pilas de escombros que los guerreros y curanderos peinaban en busca de algún superviviente. Detrás de ella, sus compañeros novicios estaban sentados o arrodillados, derramando lágrimas y restregándose la cara con manos que temblaban y brazos que dolían por el peso de las innumerables piedras y rocas que habían retirado, los cuerpos que habían cargado y los cubos de agua que habían usado para extinguir los incendios.

Los miró, preguntándose si el propio rostro se vería así, y casi dio un salto cuando Dalú habló.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? La gloria, el sentimiento de orgullo por un trabajo bien hecho. La determinación justa y la

hermandad. No es lo que soñabas, lo que deseabas que fuera, ¿no?

Vasanth escudriñó el rostro del veterano guerrero, siguió la cicatriz plateada que llegaba casi hasta la oreja, pasó por los ojos sabios, los ojos de un veterano que había visto cosas que nadie debería ver jamás. Pero en ese momento, lo entendiera o no, algo había cambiado en la mente de la joven novicia. Una repentina comprensión de que Dalú, a pesar de su experiencia, se *equivocaba*.

—No es lo que esperaba, no. Nada de esto fue nunca por la gloria o el orgullo. Ni por satisfacción o hermandad. Palabras vanas que no significan nada. Hago esto por *mí misma*, capitán. Lo hago en obediencia a mi corazón. Deseo vivir. Deseo servir a mi rey y a mi tierra. Hago todo esto porque soy egoísta. Amo esta tierra, a sus gentes, *mi* gente.

Vasanth vislumbró a Fel'annár y a La Compañía cruzando el patio, encaminándose a las Salas, llevando a hombros a otros guerreros heridos. Por un instante, la mirada se encontró con la de Fel'annár. Miró los penetrantes ojos verdes del primo, preguntándose qué tenía él que inspiraba tal lealtad. Los ojos se le enfocaron de nuevo en Dalú ante ella.

Apenas unos momentos antes, Vasanth se había dicho a sí misma que nada valía este sufrimiento. Ahora, se había demostrado que estaba equivocada. El amor *sí* valía todo esto, incluso la propia vida.

Dalú devolvió la mirada a la joven novicia. Ella era sobrina de aquella que debería haber sido reina. Era hija de Bulan, nieta de Zéndar, prima de Fel'annár.

¿Qué había esperado él?

Se irguió más, y aquellas palabras de perdición y pesarosa comprensión que había pronunciado momentos antes se desvanecieron de la mente, y en su lugar, personificada en la forma de una joven guerrera silvana de pelo negro, Dalú recuperó la determinación.

—Levántalos. Anímalos si puedes. Llenad vuestros carcajes y portad vuestras armas con orgullo. Uníos a nosotros en las puertas, Ara Bulan. Luchad con nosotros; os habéis ganado ese derecho.

Vasanth levantó la cabeza y apretó la mandíbula. El miedo luchaba con el orgullo. El pavor batallaba con la determinación. Tal vez *ahora* estuviera lista para la guerra, cuando antes no lo había estado porque no la había comprendido.

Quizás ahora, ella estuviera preparada para morir.

CAPÍTULO 24

Lagartos de Gas

En las Salas de Curación ya no quedaban camas, y apenas sí había espacio libre en el suelo.

Llyniel hurgó en los bolsillos de la larga túnica negra, con los dedos rozando la llave de los aposentos privados situados sobre las Salas. Allí había una chimenea amplia, suministros listos para ser usados y una cámara de baño con agua corriente. Con algo de trabajo, podría albergar al menos veinte camas extra.

Se apartó de la agitada masa de guerreros heridos y sanadores, con la llave en la mano, pero el grito de consternación de Kristain la sobresaltó. Se volvió hacia aquel caos organizado y los ojos se le posaron rápidamente en el sanador jefe, que estaba arrodillado en el suelo con un cuerpo entre los brazos.

Se dirigió hacia donde él estaba sentado, con el pelo cayéndole sobre el rostro mugriento. Pero eso no le impidió ver. Maldita sea, pero aún podía *ver*.

Miró a Kristain, observó cómo se mecía hacia atrás, todavía con el cuerpo en los brazos, con los ojos fuertemente cerrados, lágrimas brotando de ellos y la boca torcida por el dolor.

Dolor, una terrible agonía del alma. Rabia —*ira*—, y los brazos se le apretaron alrededor del cuerpo de Jarabon.

Llyniel se quitó las lágrimas de los propios ojos, pues conocía el vínculo que habían compartido muchos años atrás en el ejército de Or'Talán. Extendió una mano titubeante y le apretó el rígido hombro mientras buscaba las palabras adecuadas. Pero no había ninguna.

Se dio la vuelta, exhausta, se apartó el cabello que una vez más le había caído sobre la mejilla y observó, impotente, cómo la mano de Kristain cubría la parte superior de la cabeza de su amigo. Palabras susurradas a un guerrero muerto, quizás de consuelo, de deseos de un pronto regreso a la vida; más para sí mismo que para el maestro de establos que la había ayudado a ella y a La Compañía en su camino desde la Madre Patria.

Apartó la mirada, dejando que la vista derivara por el mar de cuerpos que la rodeaban, de sangre y huesos fracturados, de dolor y desesperación. Este era el precio que pagaban por defender el hogar, los bosques. Este era el precio del orgullo y la determinación. Este era el precio que pagaban por el privilegio de llamar hogar a estas tierras.

El roce de un cuerpo contra el suyo hizo que el alma se le estremeciera, incluso antes de que la mente evocara su nombre. El señor de la guerra silvano se agachó y cubrió la mano de Kristain sobre la frente fría de Jarabon. Con la otra mano, apretó el hombro del sanador, uniéndose a su oración susurrada.

Llyniel levantó la vista desde donde estaba agachada junto a ellos y vio al resto de La Compañía reuniéndose alrededor. Sontúr le pasó un brazo reconfortante por los hombros; su simple contacto fue un bálsamo para la mente congelada y exhausta.

Buscó la mirada de Sontúr y sonrió fugazmente.

Era un sanador excelente, pero también formaba parte de La Compañía. No se quedaría a ayudar, aun sabiendo cuánto necesitaba ella que lo hiciera. Y entonces la parte egoísta de su ser gritó que Sontúr debía quedarse con Fel'annár. No, el príncipe solo se uniría a los sanadores una vez que la guerra hubiera terminado. *Si* ganaban. *Si* él sobrevivía. Y por su aspecto, casi no lo había logrado.

Los ojos de sanadora recorrieron a los miembros de La Compañía arrodillados y se detuvieron bruscamente en Tensári, que tenía media cara cubierta de sangre.

—Eso necesita puntos.

—Es por lo que hemos venido —respondió Sontúr—. Tenemos unos minutos mientras el enemigo reorganiza sus tropas. —Los ojos recorrieron las largas filas de guerreros heridos que esperaban tratamiento, y a los otros que estaban agachados o simplemente sentados en el suelo, incapaces de mantenerse erguidos. Volvió a mirar a Llyniel—. Te estás quedando sin espacio.

Llyniel asintió. —He abierto mis propios aposentos. Venid.

El señor de la guerra asintió mientras se ponía de pie y le tendió la mano a Kristain. El sanador jefe miró al joven general, asintió y luego dejó a Jarabon en el suelo con cuidado por última vez. Tomando la mano que le ofrecían, Fel'annár lo ayudó a levantarse, y Llyniel pensó que parecía un poco más esperanzado de lo que había estado antes. Su alma gemela tenía ese efecto en la gente, una habilidad de la que a menudo no era consciente.

Kristain hizo una inclinación, sostuvo la mirada de Fel'annár durante un momento y después regresó a la fila de heridos que aguardaban.

—No tenemos mucho tiempo. Se nos necesitará en las murallas en cuanto Turion nos llame —dijo Fel'annár mientras él, Llyniel y La Compañía se abrían paso a través de las abarrotadas Salas, hasta el fondo y luego subiendo las escaleras, hacia las habitaciones de la Lestari.

—Yo me ocupo de esto —dijo Sontúr, que ya buscaba los suministros que necesitaba mientras Tensári se sentaba en un taburete alto con Lainon a su lado.

Agradecida por el respiro, Llyniel sintió el roce del cuerpo de su marido contra el suyo. Se volvió cuando él la estrechó entre los brazos. La besó, y ella respondió, a pesar del momento y del lugar y de los heridos que esperaban alivio abajo. Estaba mal y estaba bien. Era inapropiado y era primordial. Había necesitado ver su rostro, sentir su tacto, el roce de su bondad en el propio ser.

Cuando finalmente se separaron, Fel'annár arqueó una ceja imperiosa hacia la Ber'ator, que sonreía levemente. —Reúnete con nosotros en la sala principal cuando estés lista.

Con una última mirada a Llyniel, Fel'annár se marchó con el resto de La Compañía.

—Yo terminaré esto —dijo Llyniel—. Ve tú, Sontúr. Quédate con él.

Sontúr le sonrió, asintió a Tensári y siguió a su amigo junto con Lainon.

—¿Te sientes mareada?

—No. Pero quizás *tú* deberías sentarte.

Llyniel soltó una risita ahogada. —¿Están todos los demás bien?

—En su mayoría intactos, sí. Lo peor está por llegar.

Llyniel se quedó helada e intentó no mirar a Tensári, como si no le hubiera sorprendido el comentario. Continuó con el trabajo, más despacio ahora que la mente parecía desprenderse de sus propias órdenes de ignorar todo lo que no fuera sanar.

—No podemos ganar esto, ¿verdad?

La Ber'ator se tomó su tiempo para responder, tanto que los ojos de Llyniel volvieron de inmediato a la Ari'atór.

—Solos no, no. Ganamos tiempo para que Eramor y la Madre Patria puedan ayudarnos desde fuera de las puertas. Es nuestra única esperanza y, aun así, es pequeña.

—No te andas con rodeos, ¿verdad? —El tono de Llyniel había sonado enfadado, pero esa no había sido su intención. Aun así, Tensári no pareció molestarse por ello.

—Nunca. Igual que tú.

Llyniel arqueó las cejas. Tenía razón. De hecho, aunque nunca habían tenido una relación cercana, ni siquiera una amistad, eran parecidas, con la salvedad de que mientras Tensári era parca en palabras, Llyniel no lo era. —Supongo que tienes razón. Menudo momento hemos elegido para reconocerlo. —Ató el vendaje alrededor de la cabeza de la paciente y se echó hacia atrás.

Tensári sonrió con tensión, asintió y se dispuso a marcharse.

—Espera.

Se volvió y miró interrogante a la Lestari.

—Yo… quería darte las gracias por mantenerlo a salvo todo este tiempo.

—Ese es mi deber.

—No. Quiero decir, sí, pero eso no lo es todo. Puedo ver el vínculo que compartís.

—Es un vínculo que compartimos los miembros de *La Compañía*. Cualquiera de ellos hará lo mismo por él, igual que él lo haría por ellos. No son palabras vanas, sino la pura verdad.

—Me caes bien, Tensári. Verás, aunque sé que tienes razón, también la tengo *yo*. Hay un vínculo especial entre tú y Fel'annár. No sabría decir si es porque ambos sois Ari'atór. Pero me alegro de que así sea, de que lo tengas a tu lado ahí fuera. Me da esperanzas de que regresará, de que volveré a verlo después de hoy.

La voz casi se le había quebrado, la fachada estaba a punto de romperse por completo. Tenía que detenerse para que Tensári no viera su lado vulnerable, su lado débil, su terror a perder a Fel'annár.

La Ber'ator dio un paso hacia ella y la miró con unos ojos que dijeron a Llyniel que lo sabía, que podía leer su mente y ver el corazón palpitante.

—Lo protegeré con mi vida si es lo que hace falta, porque si él cae, también caerán estos bosques. Moriré por él porque así lo dicta la Aria, y porque el propio corazón lo desea. Y si yo muero, Lainon, Idernon y Ramien estarán allí. Galdith y Carodel estarán allí. Sontúr estará allí y también Gor'sadén. No dejaremos que caiga, a menos que hayamos desaparecido *todos*.

Llyniel abrió la boca para hablar pero no pudo, y Tensári se permitió una sonrisa fugaz.

—Él te quiere más que a la vida, Llyniel. Del mismo modo que yo quiero a Lainon. Ese amor nos da fuerza, nos da esperanza incluso si mueren. Ese amor lo soporta todo, incluso el paso del tiempo. Cruza fronteras, desafía los mismos límites entre mundos. Volveremos a verlos y volveremos a amarlos, en un tiempo diferente y en un lugar diferente.

Llyniel acortó la distancia entre ambas y rodeó a Tensári con los brazos. Rígida al principio, ella se relajó y rodeó a la sanadora con los propios brazos.

—Gracias, por todos esos días que luchaste a su lado y lo protegiste como yo no puedo. Pase lo que pase hoy, la próxima vez que nos veamos, será como hermanas.

~

Llyniel y Tensári regresaron a la sala principal, abriéndose paso entre la multitud, apenas capaces de ver el suelo bajo las botas.

Estaba sembrado de vendajes, ropa, guerreros sentados aquí y allá, descansando y recuperándose antes de que los llamaran de nuevo al patio o a las murallas. Nadie sabía cuánto tiempo tenían antes de que Gra'dón comenzara su embestida contra las puertas principales.

Llyniel se volvió hacia Tensári, asintió con una sonrisa y luego fue en busca de su siguiente paciente. Tensári la observó un momento y después buscó entre la multitud. Vio la cabeza y los hombros de Ramien sobresalir por encima del resto y se dirigió hacia él. Los demás miembros de La Compañía rodeaban a Fel'annár mientras este hablaba con un pequeño grupo de guerreros amontonados en un rincón.

Se volvió al verla acercarse y la mirada le recorrió la cabeza vendada. Él asintió y ella le devolvió el gesto; su interacción fue silenciosa, como ocurría a menudo.

—Descansad mientras podáis, hermanos. El día será largo y la noche oscura. Todo lo que debemos hacer es resistir hasta que nuestros aliados puedan ayudarnos. —Fel'annár dio una palmada en el hombro a un guerrero, y luego a otro. Ellos inclinaron la cabeza y las miradas lo siguieron mientras avanzaba.

—Los bosques, Señor de la Guerra. ¿Siguen a salvo los bosques?

Fel'annár se volvió hacia el guerrero, sabiendo que otros se acercaban y que habían oído la pregunta.

—Los bosques están a salvo. Al sur están heridos, diezmados y agonizantes. Al oeste, el Bosque Perenne permanece intacto y al norte, nuestros árboles bloquean a cualquier enemigo lo bastante estúpido para desafiar su voluntad —*nuestra* voluntad. Los bosques están a salvo, vuestras familias están a salvo. Ningún Señor de la Arena entrará en ellos, ningún Lagarto ni sabueso ni ninguna otra abominación que el Nim'uán pretenda lanzar contra nosotros. No lo permitiré.

—¿Y si morís, Señor de la Guerra? Que la Aria no lo quiera, pero si cayerais…

—No lo hará. —Tensári dio un paso al frente al sentir a Idernon, Ramien y Sontúr a su lado, y a Carodel y Galdith a su espalda—. No caerá mientras yo viva, ni mientras tenga a La Compañía.

El guerrero sostuvo la mirada de la feroz Ari'atór, asintió con solemnidad y retrocedió, observando como todos los demás cómo La Compañía abandonaba las Salas hacia el patio, con rumbo a las líneas del frente.

Fel'annár les había contado a los guerreros lo ocurrido, la táctica de Gra'dón, y que el rey estaba a salvo. Pero estaba dividido, porque aquí abajo bien podría ser de más utilidad. Era un Guerrero Kah, ya había luchado antes contra Lagartos y, con Gor'sadén a su lado, infligirían daños importantes al enemigo.

Pero Turion se había mostrado tajante. Debía permanecer en las murallas y, a decir verdad, la altura que estas le proporcionaban le resultaba reconfortante. Podía ver el muro de raíces en la distancia, hacia el norte. Podía ver los cielos abiertos, una ventaja para cuando llegara el momento de llamar a los Shirán. Además, la familia estaba allí, a excepción de Rinon y Bulan. Maeneth estaba dentro de un cadalso, sobre las murallas en combate, y el padre estaba junto a Turion con la espada en la mano, listo para luchar con el resto de los guerreros, tal como lo había hecho en la Batalla de los Hermanos.

Ver a Llyniel y besarla le había traído un simulacro de alivio frente a la creciente ansiedad que sentía en las entrañas. Le había recordado que aún quedaba una chispa de esperanza y que, en caso de que esta se apagara, estaría en sus manos invocar a los Shirán y cambiar para siempre el mundo tal como lo conocían.

Regresaron al patio y observaron cómo civiles y guerreros corrían de un lado a otro extinguiendo fuegos y transportando a los heridos. Los arqueros llenaban los carcajs, mientras otros llevaban cubos de agua para los sedientos. Todavía se llevaban bombas y flechas a las murallas, pero ahora todo estaba más tranquilo.

Fel'annár levantó la vista hacia las balistas. Seguían cargadas, pero Turion no daba orden de disparar. Sin duda, el enemigo se estaba alejando de su alcance mientras avanzaba hacia el norte y

hacia las puertas. Pero podía oír los gritos de los capitanes situados más allá en los muros. Era hora de regresar a las murallas, pero el cabello plateado de Rinon le llamó la atención.

Fel'annár se abrió paso a través de las filas de guerreros hasta la línea del frente. Rinon estaba a la cabeza. A un lado, Airen y Bulan, y al otro, Hobin y la enigmática acompañante; todos permanecían en medio de un mar de guerreros en formación perfecta, con armaduras, lanzas y escudos reluciendo bajo la luz de un sol que se ponía lentamente.

Fel'annár observó cómo Airen hacía una señal a alguien más lejos. Macurian venía trotando por entre las líneas.

Fel'annár se tensó, observando con ojos entrecerrados el intercambio de palabras y cómo el ex-Sombra hacía una reverencia. Este se volvió hacia los Ilícitos, seleccionó a unos pocos y luego corrió hacia el Gremio de Mercaderes, dejando al resto de pie tras el capitán pelágico.

—Esperemos que Airen tenga razón, que Macurian *sea* leal. Seguro que Airen lo envía para ayudar a Handir…

—Es un gran voto de confianza por parte de Rinon… —murmuró Idernon.

—Desde luego. Quién lo hubiera pensado, viniendo del Príncipe de Hielo —dijo Sontúr, pero había un destello de admiración en los ojos grises.

—Bueno, tú lo sabrás mejor. Has pasado más tiempo con él que cualquiera de nosotros. —Carodel frunció los labios y miró hacia las almenas.

—Es él quien me busca. Ya sea por complacer a Maeneth o para asegurarse de que me porto bien, no sabría decirlo.

—¿Y lo haces? Me refiero a si te portas bien.

Sontúr enarcó una ceja imperiosa ante el Guerrero Bardo. —Por supuesto que no.

Galdith soltó una risita, Idernon puso los ojos en blanco y Fel'annár miró hacia arriba.

No había pájaros en el cielo.

—Señor de la Guerra.

Fel'annár se sobresaltó, cruzó la mirada con Rinon y permitió el escrutinio del príncipe.

—¿Qué noticias hay de los muros?

Fel'annár informó al príncipe de lo que había trascendido y de lo que Turion esperaba que ocurriera. Le habló de las bombas que usarían contra las torres de asedio y le advirtió que tuviera cuidado con las lanzas de fuego de mano que seguramente aparecerían ahora que el combate cuerpo a cuerpo era inminente.

—Deberíamos volver a los muros.

Fel'annár se volvió hacia Tensári, la vio cruzar la mirada con Lainon, quien sonrió y luego se volvió expectante hacia él.

Tenían razón.

Levantó la vista hacia el cielo de finales de tarde; sintió el pulso en el cuello, latiendo más rápido de lo que debería.

Fel'annár cerró los ojos y respiró hondo. La derrota aún no era una realidad.

Un suspiro susurrante, como el mar rompiendo suavemente sobre una playa de guijarros al ritmo del propio y constante corazón. Sabría cuándo llegara el momento, cuándo se rompiera el equilibrio y se perdiera la esperanza, y cuando eso ocurriera, nada volvería a ser igual. Las propias creencias, la misma comprensión de cómo funcionaba este mundo, cambiarían. *Había* un camino de regreso al mismo mundo después de la muerte, una tercera vía ni corta ni larga. Era un camino abierto solo para los Shirán, para aquellos que elegían continuar su servicio tras la muerte. Y ese camino a casa debía ser protegido.

Ese había sido siempre el destino de Fel'annár.

Sintió calor en los ojos y Fel'annár parpadeó. El matiz anaranjado que lo rodeaba se volvió verde e intentó no mirar a los guerreros que lo rodeaban. Aun así, podía sentir su aprensión, el impulso innato de retroceder. Podía ver la neblina reflejada en los yelmos y escudos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Idernon.

Susurros roncos, metálicos y luego roncos de nuevo, la fricción constante pero sutil de raíces moviéndose por la tierra. La voz

profunda de Anora y la voz distante pero clara de Yerái, lejos al norte.

Aria esté con todos vosotros.

—Yerái envía sus oraciones.

Miró a la izquierda, hacia la fila de comandantes que aguardaban con los ojos puestos en las puertas, esperando la primera descarga de pernos y flechas que señalaría que el enemigo se había puesto a tiro.

Los ojos de Fel'annár se detuvieron en el Ari'atór que estaba de pie junto al Comandante Supremo Ari. La armadura era similar a la de Lainon, solo que el yelmo no estaba coronado por un halcón. Era la cabeza de un búho.

El guerrero se volvió hacia él, encontrando la mirada curiosa de Fel'annár bajo el peculiar yelmo que vestía. Algo ardió en el alma, el reconocimiento de un compañero Divino. Fel'annár miró a Hobin, comprendiendo al instante las implicaciones. Deseó poder ver ese rostro, hablar con Zéndar, su abuelo.

Se volvió hacia Bulan y lo encontró mirando hacia las torres de la puerta, ajeno a que, a pocos metros, el padre caído estaba junto a aquel a quien se le había encargado proteger, incluso después de la muerte.

La voz de Rinon lo sacó del ensimismamiento.

—Cuando la Madre Patria llegue con Eramor, si las cosas se ponen feas, debemos poner a salvo al rey y a la princesa, Bulan. Debemos tener presentes las amenazas de Gra'dón contra nuestras familias.

El capitán silvano sostuvo la mirada glacial de Rinon, estudiándolo por un momento.

—Me quedo con mis guerreros hasta el final, príncipe.

—Y yo, capitán. Pero no seremos *nosotros* quienes pongamos a salvo a nuestro soberano. —Los ojos de Rinon se posaron una vez más en Fel'annár.

—Nuestro rey no se retirará fácilmente. Es un guerrero, general.

—Lo sé, Fel'annár. Pero ante todo es un rey. Es Ea Uaré. Si él cae, también caerán estas tierras. Y si tú caes, también lo harán nuestros bosques.

Bulan observó el intercambio entre los dos medio hermanos, antaño distanciados, y a pesar de las nefastas probabilidades, un destello de esperanza aún ardía en el corazón, por débil y lejano que fuera.

Gra'dón permanecía inmaculado sobre el gigante Lagarto de Gas, con el catalejo en el ojo.

Se lo pasó a Janveh, que estaba a su lado.

—Tienen un armamento superior al que poseía la armada pelágica. Esas lanzas que dispararon contra nuestros fundíbulos llevaban una poderosa carga de Arena Negra, y las que usaron contra nuestros lagartos eran lo bastante fuertes como para penetrar sus pieles. Quiero muestras cuando hayamos terminado aquí. ¿Qué bajas tenemos, Janveh?

—Diez lagartos, veinticuatro sabuesos, Brondar del Clan de la Frontera Oriental y Ulandia de las Tierras Gaseosas. Otros diez capitanes menores han caído, junto con trescientos guerreros.

Gra'dón sonrió con suficiencia. Cifras insignificantes salvo por los lagartos. Aun así, había muchos más para cuando la batalla estallara al otro lado de las puertas.

Se volvió, fijando la vista en el bosque arrancado tras ellos, en las raíces que daban latigazos pero no podían alcanzarlos. La sonrisa se convirtió en una deslumbrante mezcla de ira y desprecio.

—Recuerda, Janveh. El mago es mío. Su paradero es mi principal preocupación. Una vez que caiga, ese bosque dejará de ser una amenaza para nosotros. Cuando muera, lo imprevisible desaparecerá. Mientras viva, aún podría sorprendernos.

—Emperador. ¿Cuándo soltaréis a las Huestes?

Gra'dón se volvió hacia Janveh con una suave sonrisa en los labios; el orgullo y la anticipación brillaban en los ojos casi élficos.

—El orgullo de Gharzakan traerá la victoria en los muros, mientras tú y yo cargaremos por esas puertas para poner fin a esto. Una vez que esta ciudad esté de rodillas, acabaré con el mago y

estas tierras caerán como un castillo de naipes. —Los ojos de Gra'dón destellaron con crueldad y entusiasmo—. Buscan prolongar su agonía, ganar tiempo para que llegue ayuda. —Gra'dón sonrió, ensanchando la mueca hasta que los incisivos asomaron tras los perfectos labios rosados—. Pero no habrá ayuda para ellos. Trae a Zoobon. La batalla final está a punto de comenzar.

Al lado de Gra'dón, Telzorán se retorcía y siseaba, con algo en su interior extendiéndose hacia el oeste.

El enemigo más allá de las puertas y el muro oriental se silenció, y el sol se atenuó al trasponer el umbral entre la tarde y el anochecer. La humedad aún persistía en el aire, pesada y cálida. Una sensación de pavor inminente los invadió mientras el olor a canela y limón impregnaba el ambiente.

—Otra vez no… —murmuró Sontúr.

—¡Máscaras! —gritó Turion, ajustándose la suya en la cara. La orden resonó hacia atrás, bajando hasta el patio inferior.

—No hay niebla —dijo Idernon, con la voz amortiguada por la máscara.

—¿Y ahora qué? —murmuró Galdith.

Un destello de luz los cegó momentáneamente a todos; las manchas de color se disiparon lentamente.

—Qué… —Idernon no tuvo tiempo de terminar la frase.

—Madre santa… —Galdith se quedó mirando el rostro pálido de una figura que se posaba torpemente sobre los muros, con unos ojos negros demasiado grandes para la cara.

—¡¡Disparadle!! —gritó alguien.

Demasiado tarde; con otro destello de luz, unas alas blindadas batieron hacia delante, el pelo negro ondeando alrededor de un rostro que no era ni de Señor de la Arena ni de insecto, sino de ambos.

Un estallido de luz y unos brazos se extendieron, como las patas huesudas de los escarabajos, con pinzas por manos. Castañeteaban

salvajemente, estirándose hacia delante en un gesto de mofa.

—Las brujas que vi en su campamento… —dijo Lainon, volviéndose hacia Fel'annár.

Los guerreros gritaron, corrieron hacia atrás y se cubrieron la cara; durante un instante, un silencio conmocionado los envolvió. Todo lo que podían hacer era observar tras los brazos y yelmos cómo otras cuatro criaturas aterrizaban en los muros, con los pies del revés.

El coro de lamentos que habían oído la noche anterior había regresado, ahora más fuerte. Esas cinco criaturas como espectros habían estado allí, entre el enjambre, inmunes a él. *Ellas* habían destrozado los fundíbulos y colgado a Melu'sán y a Nestar de los cuellos destrozados.

Como uno solo, con las alas extendidas y las pinzas chasqueando, las mandíbulas cayeron hasta los pechos nervados, y de las negras profundidades de las fauces abiertas, brotaron chorros de escarabajos directos hacia los guerreros.

—¡Escudos!

Hubo gritos de terror; corrieron mientras Turion gritaba todo lo que podía desde detrás de la máscara.

—¡Resistid! ¡Manteneos firmes!

Galdith saltó para apartarse de otro guerrero a quien se le había soltado la máscara. Se estaba asfixiando con los escarabajos. Se arrojó por el borde de los muros, pero ningún grito marcó la caída.

Una volea de flechas voló hacia las cinco criaturas aladas de los Señores de la Arena. No fueron lo bastante rápidas y estas emprendieron el vuelo, con el largo cabello azul-negro flotando tras ellas. Giraron sobre ellos, por encima de los muros, y se lanzaron en picado hacia el patio inferior, casi elegantes en el vuelo.

Las Huestes de Gharzakan volaron bajo sobre las filas de guerreros y luego vomitaron la prole de escarabajos una vez más. Una ola negra y ruidosa se derramó sobre ellos, como aceite vertido de una cuba, cortando y golpeando a cualquiera en su camino.

Fel'annár dio la espalda al patio inferior, protegiéndose el rostro mientras los últimos ejemplares de la segunda oleada de escarabajos pasaban zumbando a su lado.

Más flechas surcaron el aire. Se oyó un sonido como de granizo cuando los insectos caían al suelo, con las patas encogiéndose y estirándose, pero los guerreros no se atrevían a pisarlos.

—¿Veis cómo esas criaturas inspeccionan el terreno antes de soltar la prole? Están atacando nuestra maquinaria otra vez. —Gor'sadén apartó de un manotazo un escarabajo perdido que trepaba por la tela que le cubría la boca. Turion se volvió hacia él y luego hacia los escarabajos-Señores de la Arena voladores.

—¡Proteged los cadalsos!

Fel'annár hizo una señal al resto de La Compañía y juntos corrieron hacia la posición de Maeneth y Salo en los muros a su derecha.

—¡Necesitamos esas bombas para contener a las torres de asedio! ¡*Protegedlas*!

Idernon buscó algo que bloqueara la pared abierta del cadalso, mientras Turion continuaba arengando a los guerreros.

—¡Arqueros! ¡Derribadlas! ¡*Derribadlas*! —Se lanzaron flechas, pero los proyectiles simplemente rebotaban en las alas blindadas y salían despedidos. Una de las Huestes se alejó de sus hermanas y voló a toda velocidad hacia un arquero que echaba mano a otra flecha, con el pánico en los ojos al ver cómo aquella cosa extendía los brazos huesudos y cerraba las pinzas. Gritó, cubriéndose la cara, justo cuando ambas pinzas lo atravesaron y lo levantaron por encima de los guerreros para luego dejarlo caer.

Cayó al patio de piedra con un crujido y los guerreros gritaron su ira hacia los voladores Señores de la Arena espectrales; la frustración, la rabia y el horror daban fuerza a los brazos. Más flechas volaron y las Huestes envolvieron los cuerpos con las alas mientras subían en espiral.

—¡Allí! —Idernon corrió y Fel'annár lo siguió, fijando la vista en el objeto que el amigo había visto. Tirada en un montón arrugado estaba la lona aceitada que había cubierto el lanzallamas o la balista antes de la batalla.

El Guerrero Sabio la agarró y juntos, los de La Compañía, la desenrollaron.

—¡Es lo bastante grande para los dos cadalsos con bombas!

Gor'sadén echó mano de la hoja de Synth y cortó rápidamente la gruesa tela.

—Idernon. Llévate a Galdith, Carodel y Ramien. Llevadla a la posición de la capitana Sorei. Gor'sadén, Sontúr, Tensári, Lainon, conmigo a donde Maeneth y Salo.

Corrieron de vuelta al corazón del enjambre, donde los arqueros seguían disparando y Turion se asomaba por el borde de los pasillos interiores, observando el ataque en el patio y siguiendo la trayectoria de los espectros voladores.

Turion corrió al lado de Thargodén, con los ojos muy abiertos y la boca cubierta. Se estremeció ante el golpe sordo y luego el chapoteo húmedo cuando otro guerrero se hinchó y luego explotó. Se dio la vuelta, intentando reprimir la bilis en la garganta.

—La única forma de destruir a esas criaturas voladoras es con bombas.

—Si las usamos ahora, estaremos indefensos para evitar que esas máquinas de asedio se enganchen.

—Y si esperamos, dará lo mismo.

Thargodén asintió, viendo cómo Turion daba la orden.

—Preparad las bombas. Acopladlas a las flechas. ¡Derribad a los espectros!

Fel'annár entró de golpe en el cadalso y encontró a Maeneth con bombas en la mano. Ella no tocaría las que ya estaban instaladas en el lanzallamas. Maeneth miró a Fel'annár; seguramente no esperaba que entrara allí corriendo.

—¿Cuántas tenemos? —Mientras preguntaba, se volvió hacia la pared abierta y vislumbró a lo lejos a un Señor de la Arena volador.

—Veintiséis flechas bombas sueltas —dijo ella.

Sontúr la ayudó a recogerlas mientras Gor'sadén y Fel'annár buscaban en el techo del cadalso una forma de asegurar la lona sobre la pared abierta. Fel'annár se volvió al oír el sonido de la tela rasgándose. El comandante estaba haciendo incisiones a lo largo del borde de la tela.

—Súbete.

Fel'annár le ofreció las manos entrelazadas y Gor'sadén se encaramó, pasando la tela por encima de las vigas de madera. Al

bajar, examinó la obra.

—No es perfecto, pero evitará que pase una buena cantidad de esos escarabajos.

Pero los ojos de Fel'annár estaban fijos en el Señor de la Arena volador que casi estaba sobre ellos. —Y justo a tiempo…

—¡¡Cubríos!!

Gor'sadén y Fel'annár se lanzaron dentro del cadalso y se tiraron al suelo. El comandante cubrió al príncipe, quien a su vez se tumbó sobre Maeneth. Tensári protegió la espalda del Ber'anor mientras Lainon se ponía delante de todos ellos. Este se volvió y cruzó la mirada con Fel'annár.

—No lo hagas. Irán a por ti, te matarán. No cambies, a menos que tengas ayuda de tus hermanos.

—Puede que ese momento nunca llegue.

—No.

El espectro se cernió ante la pared cubierta y chilló antes de dejar caer la mandíbula y soltar la horda. Una pared de escarabajos chocó contra la tela, pero algunos lograron pasar por debajo, rebotando en las armaduras y arneses.

Hubo un aleteo y el espectro desapareció en busca del siguiente objetivo.

—No puedo respirar…

—¡No, Maeneth! —Sontúr luchó contra el peso que tenía encima y Gor'sadén se movió, aterrorizado ante la idea de que los escarabajos hubieran logrado alcanzarla.

—¡Me estás *aplastando*!

Él dejó de forcejear, apoyó la frente contra la de ella y soltó un suspiro de absoluto alivio. —Pensé…

—Lo sé. —Ella tomó la cabeza de él entre las manos, acarició con los pulgares las mejillas enmascaradas y, juntos, se pusieron en pie —. Al igual que yo pensé que te había perdido en las murallas.

—Aún seguimos aquí, Maeneth.

—¿No será peligroso disparar las bombas tan cerca de nuestros guerreros? ¿Cómo sabemos cuánto tardarán en explotar? ¿Y si caen al patio y matan a los nuestros? —Fel'annár miró a la hermana y luego a Sontúr.

—Las bombas de mano tardan unos cinco segundos desde la ignición hasta la explosión.

Fel'annár miró a Lainon y a Tensári. De todos ellos, eran los mejores arqueros junto con Galdith e Idernon.

Sobre el estruendo de la batalla, se oyeron voces de alarma. Los Lagartos estaban escalando los muros junto a las puertas principales. Fel'annár apartó el paño aceitado y se asomó por las murallas. El musgo seguía allí, espeso y húmedo, pero ¿por qué no se había extendido alrededor y hacia las puertas? Se giró y encontró a Lainon y a Gor'sadén a su lado.

—Quizá también *haya* musgo allí. Quizá hayan encontrado otro camino…

—Fuego. Deben de haber usado las lanzas de fuego para quemar el musgo.

—¡Bombas! ¡Ahora! ¡Acabad con los espectros! —El grito de Turion llegó desde más lejos en la muralla.

Con flechas bombas en la mano, Fel'annár se volvió hacia los compañeros arqueros. —Espalda contra espalda. Una bomba para cada espectro. Aseguraos antes de disparar. Gor'sadén y La Compañía nos mantendrán a salvo.

Ellos asintieron y, juntos, bajaron del cadalso y caminaron hacia la posición de Turion. Fel'annár distribuyó las bombas a los Maestros Arqueros; dos para cada uno y una más por si la necesitaban. El comandante se volvió hacia ellos, justo cuando Ramien y Carodel se les unían por detrás.

Sobre ellos, los espectros daban vueltas mientras observaban a la prole atacar a los elfos en las murallas y en el patio de abajo. En cualquier momento escupirían otra horda de escarabajos asesinos.

—No podemos darles tiempo a que se den cuenta de lo que estamos haciendo. —Carodel y Ramien traían antorchas que chisporroteaban con el viento que generaban los Señores de la Arena al volar. Las protegían con los cuerpos y las manos.

—No podemos fallar, hermanos —dijo Fel'annár.

—No lo haremos —dijo Idernon—. ¿Listos?

Los cinco Maestros Arqueros acercaron las mechas de las flechas bombas a la llama.

—Vamos. —Fel'annár apretó la mandíbula con frustración mientras la llama bailaba salvajemente con la brisa. Ramien, Carodel y Gor'sadén se acercaron más, dándoles la espalda por si los espectros se aproximaban demasiado. No podían disparar las bombas a corta distancia sin matar a los suyos.

Las mechas prendieron, con un siseo de chispas.

—Giraos y elegid vuestro objetivo.

—Cuatro, tres…

La cabeza de un espectro se lanzó hacia el círculo de arqueros, atraída por las flechas centelleantes.

—Dos…

Cinco chillidos y los espectros volaron juntos, y luego hacia La Compañía, con las pinzas listas para ensartarlos y las bocas abriéndose…

—Uno. ¡¡*Fuego!!*

Las flechas volaron por los aires mientras un grito surgía a su lado.

—¡¡A cubierto!!

Se lanzaron al suelo, con la cara contra la piedra, y rezaron mientras esperaban.

Se oyeron impactos, un extraño tipo de silencio y después cuatro explosiones. El aire caliente los golpeó en la espalda mientras un estruendo hueco resonaba a su alrededor, seguido por el sonido de líquido cayendo.

Fel'annár se giró y se sobresaltó ante el grito de júbilo que estalló a su alrededor.

—¡Aún queda uno! —La voz de Gor'sadén.

—Es mío —gritó Idernon, que ya estaba enhebrando la flecha y buscando el objetivo.

—¡Allí! —gritó Carodel mientras una oleada de escarabajos se lanzaba hacia él. Se protegió la cara, medio girado. A su lado, un chillido de horror hizo que Carodel palideciera; se tapó los oídos mientras un guerrero empezaba a hincharse con los ojos desorbitados. Desde cerca, Turion corrió hacia él, con el rostro parcialmente oculto y contraído por un tipo diferente de dolor. Puñal

en mano, lo hundió en el corazón del guerrero, matándolo antes de que los escarabajos pudieran hacerlo.

—Que Aria te reciba. —Con voz rota, Turion dejó al guerrero suavemente en el suelo y vio cómo los escarabajos salían volando de la boca hacia arriba.

Cerró los ojos con fuerza y Carodel apartó la mirada.

Idernon apuntó a lo largo del astil que soltaba chispas. Encontró el objetivo, pero estaba demasiado lejos. A Fel'annár se le dio un vuelco el estómago mientras observaba.

—Vamos…

—Dioses santos, si se mantiene alejado… —Gor'sadén se volvió hacia Fel'annár.

—Idernon. Dispárala por encima de los muros. No lo dejes para el último momento, hermano.

Pero el Guerrero Sabio no respondió mientras seguía al espectro con el arco.

—Está demasiado lejos… —avisó Galdith.

—Dispara, dispara ya, *idiota*… —Gor'sadén tenía los ojos muy abiertos.

Pero Idernon no se giró para disparar por encima de los muros. —Un segundo más…

—¡¡¡A cubierto!!!

Tensári apartó a Fel'annár de Idernon, mientras Gor'sadén agarraba a Sontúr y lo arrastraba hacia un lado. Pero la flecha de Idernon salió volando, directa hacia el espectro. La flecha explotó antes de impactar, lanzando a la criatura lejos con las alas humeantes.

Hubo otro grito de alegría y luego la voz profunda de Ramien.

—¡Idiota! Pedazo de imbécil, podría haberte…

—Yo también te quiero, hermano.

—¡¡Balistas, a las puertas!!

Era la orden de Turion y se volvieron hacia el norte, donde decían que los Lagartos estaban escalando los muros a pesar del musgo.

Un golpe sordo resonó en las puertas; el primer impacto de un ariete, según comprendió Fel'annár. Gra'dón enviaría a los Lagartos restantes para diezmar a los guerreros antes de derribar las puertas.

Eramor estaba cerca. La Madre Patria estaba cerca. Solo necesitaban aguantar un poco más.

Un aviso de Turion hizo que Fel'annár se volviera hacia la muralla este. Las torres de asalto avanzaban ruidosamente hacia ellos, en medio de un mar de miles de Señores de la Arena. Corrió al lado del comandante.

—¡Maeneth! ¿Cuántas bombas quedan?

Los guerreros transmitieron la pregunta a lo largo de los muros. Segundos después, Turion tuvo la respuesta. Se volvió hacia Fel'annár, con la capa ondeando al viento. —Veinte flechas bombas más. No podremos usar las lanzas una vez que estén dentro.

Otro estallido y luego un estruendo; Turion corrió hacia el pasillo interior y miró hacia el patio de abajo. Rinon, Bulan, Airen y Hobin estaban al frente, con los escudos ante ellos y sobre las cabezas, y las lanzas apuntando a las puertas. Detrás, Thargodén gritó una orden.

—¡Espadas! ¡Reformad la línea! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo!

Una larga fila de guerreros enmascarados desenvainó las espadas. Ante la orden del rey, lanzaron tajos hacia abajo y luego hacia arriba, como una ola de plata líquida que fluyera por las almenas; el estrépito de los escarabajos atrapados en su movimiento al caer sin sentido o muertos. Con los Señores de la Arena de aspecto espectral eliminados, pronto los escarabajos dejarían de ser una amenaza.

Pero Fel'annár no era tonto. Necesitaban más tiempo; tiempo para que llegara la Madre Patria. Tiempo para que llegara Eramor. Pero con los Lagartos escalando los muros, las puertas bajo ataque y las torres de asalto convergiendo en la muralla este, Fel'annár sabía que el tiempo se agotaba. La decisión se cernía ante él. ¿Cuánto esperaría antes de llamar a los Shirán? ¿Qué haría falta para que comprendiera que, sin ellos, todo estaría perdido?

El calor en los ojos había vuelto y se preguntó si los pensamientos habrían llegado hasta los confines del Gran Cinturón Forestal. Oyó a las Hermanas en la mente, las sintió en la sangre, en el Dohai del pecho. Las buscó y escuchó.

Aún hay esperanza.

Por el rabillo del ojo, vio una trenza Ari que serpenteaba hacia arriba y hacia los lados, con el tinte verde reflejándose en la plata.

A su lado, Turion observaba. No había escarabajos pululando alrededor de la cabeza de Fel'annár, ni trepando por los brazos.

—No les gusta la luz del bosque —murmuró Sontúr, con los ojos fijos en el suave resplandor verde que rodeaba el rostro de Fel'annár.

—No, no les gusta —dijo Idernon, extendiendo la mano hacia la luz—. Es cálida.

Fel'annár los había oído bastante bien y, por primera vez, se preguntó si podría conjurar la luz blanca, usarla como arma, tal como había hecho en el Bosque Perenne.

Pero estaba sumergido en la batalla, nunca podría concentrarse lo suficiente como para tejer el Dohai como lo había hecho al comienzo del combate.

Llegaron gritos de los capitanes en las murallas de la puerta, los arqueros disparaban sin cesar, y Turion se volvió hacia Thargodén, que estaba a su lado, y luego hacia Fel'annár.

—Pretenden abrumar los muros y las primeras líneas con lo que queda de los Lagartos mientras irrumpen por las puertas. Este es el asalto final y, aun así, la Madre Patria no llega.

—Saben que los necesitamos, comandante. Eramor está con ellos y están cerca.

Los ojos de Turion se desviaron hacia el norte, pero todo lo que pudo ver fue la imponente línea de árboles y el dosel verde más allá, que ahora era de un azul apagado ante el anochecer inminente.

—No lo bastante cerca. —La voz era suave, casi vulnerable. Turion se volvió de nuevo hacia Fel'annár y sonrió con afecto—. Una batalla más, ¿te parece, Señor de la Guerra?

Fel'annár le devolvió la sonrisa con vacilación, asintió y luego buscó a Harvest. A su alrededor, La Compañía compartía la propia comunicación silenciosa mientras desenvainaban las armas

preferidas y se colocaban detrás de Turion, de cara a las puertas y a los lagartos que pronto aparecerían. Porque bien sabían que las flechas convencionales no harían nada para detenerlos. Solo el aceite y el Synth podrían hacerlo, pero los calderos habían quedado inutilizados y Sorei no tenía un tiro despejado desde el cadalso de la muralla este. Solo Fel'annár, Gor'sadén y Rinon tenían ese metal.

La batalla en lo alto de las torres de la puerta se estaba volviendo desesperada. Llovían flechas y piedras sobre los Lagartos, pero no eran suficientes para evitar que las bestias acorazadas treparan.

—¡Listos! —gritó Turion, y luego Thargodén detrás de ellos, mientras abajo era Rinon quien llamaba a las filas de guerreros para infundirles valor ante lo que estaba a punto de ocurrir.

Los primeros Lagartos aparecieron sobre las almenas, con largas garras extendidas que destrozaban todo a su paso. Gritos y chillidos los seguían en la carnicería, y las primeras víctimas cayeron, mordidas y arrojadas a un lado. Llegaron más Lagartos y pronto corrían por la balaustrada, más rápido de lo que la mayoría había imaginado.

Andanadas de flechas golpeaban las duras escamas y rebotaban en ellas, pero aun así seguían disparando desde el patio y los pasillos.

—¡Espadas! —ordenó Turion. Los Lagartos avanzaban furiosos por las murallas, directos hacia ellos. A su paso, los guerreros caían por las almenas, hacia el patio o hacia el otro lado, ante las multitudes de Señores de la Arena que se aproximaban a los muros orientales. Fel'annár podía oírlos vitorear.

Las espadas brillaron en la luz menguante y Turion se mantuvo junto al rey, con la espada en alto y en los ojos azules determinación y valor, además de un atisbo de algo más que Fel'annár no terminaba de identificar.

Una ráfaga de vapor amarillo salió disparada hacia ellos, acompañada por el sonido de garras sobre la roca. De la nube tóxica surgieron dientes rechinantes y largas garras extendidas, listas para atacar.

Los guerreros tosían y resoplaban, pero ninguno retrocedió. En su lugar, cargaron contra la nube amarilla que se disipaba.

A Fel'annár le lloraban los ojos, aunque no lo suficiente para impedirle la visión, y la punta de flecha con punta de synth de Harvest se hundió en un Lagarto. Tiró con fuerza y fue lanzado a un lado. De nuevo en pie, vio a Tensári, a Lainon y a Idernon por el rabillo del ojo.

—¿Ramien?

—¡Aquí! —fue la respuesta ahogada. Estaba vivo y luchando; solo cabía suponer que Carodel, Galdith y Sontúr estaban con él.

Otro Lagarto abrió las fauces manchadas de sangre y una flecha se le clavó en el fondo de la garganta. Se oyó un grito desde algún lugar detrás de él.

—¡A cubierto!

Incluso mientras Fel'annár procesaba la voz, un golpe sordo lo sobresaltó y el Lagarto que tenía ante él se sacudió violentamente; la cabeza le explotó y la carne salió volando en todas direcciones. El cadáver decapitado se desplomó en el suelo, pero no hubo tiempo para celebraciones. Fel'annár se volvió hacia donde se había disparado la flecha. Idernon estaba de pie sobre el cadalso de Maeneth, con el arco aún en la mano.

—¡Podemos dispararles a la boca!

—¡No te arriesgues, Idernon!

Un destello de cabello rubio y Gor'sadén estaba a su lado, lanzando tajos a diestro y siniestro contra un Lagarto. Fel'annár giró la lanza hacia la hoja de doble filo y le asestó un tajo en el hombro. La criatura rugió, con un aliento fétido en el rostro, y él esquivó hacia un lado mientras Gor'sadén aprovechaba la distracción para hundir la hoja de synth en la garganta del animal. Hubo un borbotón de sangre, un gorgoteo húmedo y cayó, pero ya había más corriendo hacia ellos.

La Compañía se lanzó hacia adelante mientras los Lagartos mordían a las siguientes víctimas. Un guerrero decapitado cayó, otro gritó mientras era sacudido de un lado a otro. La bestia lo pisó y tiró, metiéndose el brazo del guerrero en la boca. Rugió y una bomba se estrelló contra ella.

—¡A cubierto!

El Lagarto cayó muerto al instante. Fel'annár miró hacia la posición de Idernon y vio a Carodel y Galdith cerca, protegiéndolo mientras buscaba la próxima víctima.

—¡Muévete! —ordenó Tensári y Fel'annár se agachó. Un guerrero voló sobre la cabeza y giró sobre sí mismo justo cuando Tensári esquivaba un ataque. Asintió hacia ella, sin estar seguro de si habría visto el gesto.

Estaban siendo empujados de vuelta hacia la fortaleza, y Turion gritó a Maeneth, Salo y Sorei. Ellos saltaron desde los cadalsos que albergaban las máquinas, con las espadas desenvainadas.

—¡Proteged al rey!

Pero el rey ya estaba luchando con ellos, con la poderosa espada de Or'Talán lanzando tajos y hachazos. La espada de Sorei se hundió en la carne. El Lagarto chilló, aún sin morir, mientras Thargodén se enfrentaba a otro.

Ramien tropezó con él, casi derribándolo, y luego lo empujó hacia donde luchaba el resto de La Compañía. Pero por el rabillo del ojo, Fel'annár vio la hoja del padre, un destello de esmeralda, y se giró.

El mundo se ralentizó a su alrededor y el ruido se atenuó. Todo lo que oyó fue el tintineo de la espada del padre al golpear la piedra bajo los pies. El Lagarto que tenía ante él se encabritó, listo para el golpe mortal.

Con Harvest en la mano, Fel'annár corrió, esprintando entre los elfos que combatían mientras les gritaba que retrocedieran. Con la mano en el centro de gravedad, lanzó la lanza hacia el objetivo en movimiento, viéndola navegar hacia el Lagarto que estaba a punto de clavar las garras sobre el rey paralizado.

Un grito agudo de dolor y rabia; Harvest quedó alojada en la cresta de colores alrededor de la cabeza del Lagarto y este se volvió hacia él, abriendo las fauces mientras intentaba arrancarse la lanza con una pata. Gritó de nuevo cuando no se soltó.

No era un golpe mortal. Todo lo que Fel'annár había conseguido era enfurecerlo pero, lo más importante, lo había distraído de matar al rey.

Desenvainó la espada larga; necesitaba recuperar a Harvest.

Fel'annár vio la oportunidad y corrió, saltó, giró bajo una pata que intentaba alcanzarlo y aterrizó sobre el lomo del Lagarto. Apretando las rodillas, tiró de Harvest, que seguía clavada en la cresta.

Pero no se soltaba.

Salvaje de dolor y furia, la bestia se encabritó, con la gruesa cola intentando e intentando de nuevo descabalgarlo sin éxito. Casi lo consiguió, pero Fel'annár se quedó pegado, con una mano en la cresta y la otra en Harvest.

—¡Fel'annár! —el grito urgente de Tensári.

El lagarto corcoveó y se agitó, y entonces sintió que se inclinaba hacia un lado. Una sensación de hundimiento, un grito desde el pasillo que se derrumbaba.

—¡Hacia el Señor de la Guerra!

Pero Fel'annár solo podía ver el cielo de un azul profundo y oyó vagamente a alguien gritando su nombre.

CAPÍTULO 25

Mi Príncipe

Estaba cayendo desde la pasarela interior hacia la lucha en el patio de abajo, aferrado a un Lagarto que se debatía. Su única oportunidad de sobrevivir era orientarse, caer sobre el lado *correcto* de la bestia y utilizarla para amortiguar el impacto.

El Lagarto atravesó el techo de madera de una choza de suministros y aterrizó sobre un montón de sacos; Fel'annár salió despedido de la bestia contra un muro de piedra. Aterrizó pesadamente en el suelo sembrado de escombros.

La oscuridad se filtró en la visión, y la lucha por respirar no servía de nada para calmar los frenéticos latidos del corazón.

Los sonidos de la batalla afuera, las lentas respiraciones del Lagarto. Seguía vivo, y Fel'annár necesitaba alejarse de él. Necesitaba tiempo para recuperar las fuerzas; no serviría de nada contra un Lagarto de Gas en aquel estado. Pero las extremidades pesaban como el plomo y la cabeza le martilleaba.

Haciendo recuento de su cuerpo, casi se rió al darse cuenta de que todavía empuñaba a Harvest con la mano derecha. Pero la mano izquierda, al tantear el terreno, solo se aferró a la vegetación. Soltó a Harvest y rastreó el suelo con la derecha en busca de las espadas. Ni rastro de la larga, y la hoja más corta de Pan'assár no aparecía por ninguna parte. Levantó la vista hacia la pequeña

ventana bajo la que yacía y vio las enredaderas de hiedra que se retorcían caprichosamente a su alrededor. Le recordó al primer día de entrenamiento como recluta. Fue el día en que conoció a Turion.

Dioses, la mente le divagaba en plena batalla. Sacudió la cabeza e instantáneamente se arrepintió.

Proyecta las luces, Ber'anor.

La mano, que seguía buscando, se quedó quieta al reconocer las voces profundas y susurrantes de las Hermanas.

La piel gruesa rozó contra el suelo de piedra. El Lagarto estaba recuperando el sentido, como él sabía que haría. Levantó la cabeza, con los ojos naranjas mirándole fijamente. Tenía que moverse. Pero para cuando consiguió incorporarse con los doloridos brazos, la bestia estaba casi encima de él. Se abalanzó con las mandíbulas abiertas.

Atónito por lo rápido que se había movido, extendió ambas manos delante en un gesto instintivo para protegerse.

Una luz blanca cegadora le hizo parpadear furiosamente. Podía oír chillidos, pero no sentía dolor ni presión sobre el cuerpo. En su lugar, a medida que la visión se aclaraba, vio al monstruo lanzando dentelladas contra él desde el otro lado de una red translúcida de color verde, azul y violeta.

Dio una patada y retrocedió arrastrándose, pero el mundo se inclinó hacia un lado y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Tenía que escapar mientras tuviera la oportunidad, pero no lograba levantarse.

Se oyó un estruendo y la puerta de la cabaña se abrió de golpe. En el umbral aparecieron las siluetas de dos figuras, una de ellas con un imponente yelmo de búho.

El Lagarto se apartó de él y chilló con furia a los recién llegados, que se lanzaron hacia delante. Reconoció el rostro pintado de Hobin de inmediato. El otro era el guerrero arario que había visto en el patio, aquel que sabía que era Zéndar, su abuelo.

Lo agarraron, recogieron las armas del suelo y prácticamente lo sacaron a rastras de la choza, mientras el Lagarto rugía con ira y la luz a su alrededor se disolvía. La poderosa cola arremetió contra las paredes, la mesa, los sacos y todo lo que encontró a su paso, hasta

que los propios muros no fueron más que un montón de escombros y polvo.

Sintió la piedra en la espalda, empujado por la mano de Hobin. Se sentía desfallecer, apoyó la cabeza contra el muro de hiedra que tenía detrás y cerró los ojos.

Podía sentir las hojas frescas enmarcando la cabeza, y una enredadera que se envolvía alrededor de la muñeca, de forma suave, casi tentativa.

Con alivio, el mareo cesó y la voz de Hobin lo devolvió a la realidad. Abrió los ojos y vio al Comandante Supremo observándole de forma muy parecida a como solía hacer Sontúr. Los ojos de Fel'annár se desviaron del Comandante Supremo hacia el guerrero arario, que ahora sostenía a Harvest. El guerrero búho se plantó frente al Lagarto y esperó a que abriera la boca; vio cómo el fulgor naranja en las branquias se intensificaba, listo para rociar a su víctima con los vapores venenosos.

Las mandíbulas se abrieron, pero no salió nada más que un estertor entrecortado, mientras la luz naranja se atenuaba hasta volverse roja.

No había gas.

Pero las extremidades gruesas y poderosas no tenían ningún problema. Lanzó un zarpazo, con las largas garras buscando al lancero de Araria. El guerrero se agachó para esquivarlo, hizo girar a Harvest y luego propinó una estocada hacia arriba.

Era un movimiento que Bulan le había enseñado a Fel'annár.

El Lagarto chilló y retrocedió, pero el golpe no había sido fatal.

Agujas frías recorrieron todo el cuerpo de Fel'annár mientras observaba al Ari'atór —su abuelo— luchar contra el Lagarto con una lanza que una vez fue *suya*.

Recobrando los turbados sentidos, la hiedra enroscada en la muñeca se retiró deslizándose y se puso firme con una mueca. Asintió a Hobin, quien le pasó las espadas larga y corta, y luego se alejó de la pared.

Con ambas hojas extendidas ante él, Fel'annár corrió hacia delante hasta situarse al lado del arario que combatía. Se adelantó para golpear justo cuando el Ari'atór giraba hacia un lado,

esquivando los dientes que intentaban morderle, solo para tropezar con los escombros. Zéndar lanzó a Harvest por el aire, dando a Fel'annár el tiempo justo para envainar las espadas y atrapar la lanza en un movimiento fluido. Se colocó de nuevo frente al Lagarto, cubriendo a Zéndar hasta que este pudo recuperar la posición y desenvainar las propias espadas.

La bestia cargó, hubo un destello de acero arario y Zéndar se movió, asestando otro golpe, pero el cuero del Lagarto era demasiado grueso. Solo el Synth podía penetrarlo, a menos que supieras dónde golpear.

Fel'annár hizo girar a Harvest sobre la cabeza, atrayendo la atención de la bestia mientras la rodeaba. El arario estaba de nuevo a su lado, con dos espadas extendidas ante él.

El Señor de la Guerra apuntó con Harvest hacia la boca que aún humeaba; la lanza con punta de synth lanzaba estocadas a la bestia que seseaba y rechinaba los dientes. Con un movimiento que Bulan le había enseñado, Fel'annár atacó, sabiendo que Zéndar comprendería qué hacer.

Lo hizo.

Abuelo y nieto, unidos en una alianza sin palabras, atacaron como uno solo. Fel'annár por la izquierda, Zéndar por la derecha; provocaron y distrajeron a la criatura hasta que llegó el momento.

Fel'annár se agachó bajo la gruesa cola mientras esta pasaba sobre la cabeza, y luego rajó el duro cuero, enfureciendo al Lagarto mientras Zéndar le apuñalaba el pecho. No lo hizo con suficiente fuerza y una pata con garras salió disparada y lo mandó por los aires, justo cuando Fel'annár lanzaba una estocada hacia arriba, bajo la mandíbula, y la punta de Synth perforaba el cuero y luego la carne más blanda debajo. Un gas rojo lo envolvió mientras la bestia arañaba la lanza, pero esta se quedó clavada. El guerrero arario estaba de nuevo a su lado, observando cómo la bestia se desplomaba en el suelo con la mirada vidriosa.

Zéndar se acercó, extrajo a Harvest del Lagarto y se volvió hacia Fel'annár, sosteniendo la lanza con ambas manos.

Se la tendió; los brillantes ojos azules eran lo único que Fel'annár podía ver bajo el yelmo y tras la máscara.

Conocía esos ojos. Eran los ojos del tío, los ojos de Amareth, salvo por el color.

Fel'annár sostuvo la mirada y luego bajó la vista hacia las manos que se la ofrecían, viendo una línea ondulada y un punto bordados en el interior del brazal.

Extendió la mano y tomó a Harvest, esta vez de su dueño Original, el legendario Maestro de la Lanza que se la había legado a su hijo Bulan, quien a su vez se la había regalado a Fel'annár.

Fel'annár hizo una reverencia, con los ojos fijos en las manos oscuras que le tendían a Harvest. Comprendió el significado del intercambio. El abuelo le había visto usar a Harvest y aprobaba el regalo. Sintió el peso y miró a Zéndar cuando este habló.

—Recuerda, *usa las luces*, Ber'anor.

Fel'annár recordó la red translúcida que había contenido al Lagarto de Gas, las runas ararias que habían palpitado bajo la piel durante la batalla en el norte.

Una luz en el bosque.

Zéndar se movió al lado de Hobin, dejando sitio para un Gor'sadén que llegaba sin aliento y para La Compañía. Tensári parecía enfadada.

Gor'sadén asintió en agradecimiento a Hobin, pero luego los ojos derivaron hacia el misterioso compañero del comandante. Se sobresaltó y miró más de cerca; el alma reconoció la luz tras ese yelmo, la naturaleza de ese ser.

Era Ber'ator.

No dijo nada y se volvió brevemente hacia Tensári y Lainon. Ella miraba fijamente al guerrero arario, mientras que Lainon observaba a Fel'annár.

Pero Sontúr era ajeno a la naturaleza del compañero de Hobin. En su lugar, miró desde la choza en ruinas hacia un Fel'annár maltrecho y desaliñado con ojos de sanador. Un destello de humor, y luego esa característica sonrisa ladeada, el arco imperioso de la ceja izquierda.

—Qué suerte tienes, qué suerte…

—Esa es mi frase —dijo Ramien desde atrás.

Sontúr soltó una carcajada. —Así es. Ahora, alguien debería decirle al rey que sigues vivo. Estaba frenético de preocupación, por no hablar de Idernon. Todavía está ahí arriba, usando esas flechas bombas.

Fel'annár devolvió la mirada al amigo, miró hacia la pasarela interior, preguntándose si el padre podría verle. Una mirada a Lainon y de inmediato se dirigió a las escaleras que los llevarían de vuelta a las murallas.

La voz tranquila de Tensári a su lado llamó la atención. —No me extraña que Alei se quede.

Fel'annár siguió la línea de visión de Tensári hacia Zéndar, recordando que ella había estado presente cuando Hobin habló con Alei.

Ella lo sabía.

Mientras subían las escaleras, Fel'annár advirtió que Hobin y Zéndar los seguían, en lugar de regresar con la División de la Montaña en el patio. Gritó por encima del hombro.

—¿Acaso el General Rinon no requiere que os quedéis en las puertas?

—Nos dijo que te ayudáramos; vio tu caída desde el muro.

Fel'annár miró hacia el muro norte, vio a Rinon de pie, orgulloso ante las puertas. No sabía si el hermano podía verle, pero asintió en agradecimiento de todos modos. El príncipe heredero lo había visto caer y le había importado.

Fel'annár salió a la pasarela trasera, con Harvest ya en la mano.

—Hay grandes pérdidas en los muros —explicó Gor'sadén—. Los Lagartos se han ido, en parte gracias al Maestro Idernon y sus flechas bombas. Pero las torres de asedio se aproximan. Solo el lanzador de bombas y las lanzas Synth pueden detenerlas.

Los ojos de Fel'annár recorrieron los muros de este a norte y, al acercarse a las almenas, la magnitud de la situación se hizo evidente ante él.

Gra'dón había estado ocupado mientras los escarabajos y luego los Lagartos los atacaban. Más de la mitad del ejército calraziano marchaba ahora hacia el muro este tras seis altas torres de asedio que seguramente estaban llenas de guerreros y lanzas de fuego. Al norte, frente a las puertas, el ariete humeaba. En cuestión de minutos daría comienzo el asalto final, pero mientras la mirada de Fel'annár recorría a los propios guerreros abajo y luego allí en las almenas, cualquier esperanza que hubiera albergado alguna vez de que pudieran resistir, ganar tiempo para que llegaran la Madre Patria y Eramor, se desvanecía, tan inexorablemente como el sol.

Se volvió hacia el Bosque Perenne, con el dosel meciéndose suavemente, sumido ya en una sombra creciente. Tras él, La Compañía, y a cada lado, Gor'sadén y Lainon, Hobin y Zéndar.

—Para cambiar la mentalidad del mundo. Para desafiar todo en lo que hemos creído, afrontar las consecuencias que traerá.

Miró a Lainon, encontrándolo ya mirándole a él.

—La Madre Patria y Eramor están a solo una hora, una hora de retraso para nosotros. Convoca a los Shirán, Lainon. Ordénales entrar en batalla.

Lainon se irguió, echando la cabeza hacia atrás. El capitán Shirán respiró hondo, miró a Zéndar y luego se volvió hacia Tensári. La besó, de forma suave y sin exigencias. Una mano acarició la mejilla cobriza, con los ojos de un azul brillante suplicándole que viviera. El Camino Corto era duro y doloroso para un Ari'atór. Él no quería eso para ella, aunque la recompensa fuera dulce al final.

Fel'annár vio el momento en que ella se armó de valor, el instante en que Lainon comenzó a cambiar.

Una luz radiante y blanca se formó alrededor del cuerpo y se volvió hacia La Compañía, sonriendo a un boquiabierto Turion que observaba de cerca, dándose cuenta solo ahora de lo que Lainon había querido decir con tener su *propio don*. Al lado de Hobin, Zéndar también fue envuelto por la misma luz.

—Nos volveremos a encontrar. Todos nosotros.

Una breve sonrisa, el aleteo de la capa negra y Lainon y Zéndar salieron corriendo, esprintando ante los guerreros que observaban, saltando sobre los cuerpos de los muertos.

Gritaron, luego chillaron y el mundo se volvió azul mientras la piedra desaparecía bajo los pies y se elevaban más allá de las torres de asedio enemigas, esquivando con gracia las flechas que les disparaban los Señores de la Arena. Pero los Shirán eran demasiado veloces, demasiado ágiles.

Luz, aire, Lainon estaba volando. Un escarabajo se cruzó en el camino y Azure lo atrapó en el pico, apretó, escuchó el crujido satisfactorio y luego lo escupió.

Azure forzó la vista, concentró la mente mientras buscaba a la comandante de los Shirán.

Pero ella no respondió.

Miró al búho que estaba a su lado, pero Zéndar no dijo nada.

Un estruendo y las poderosas puertas de Ea Uaré se estremecieron. Algo se quebró, las cadenas traquetearon y el hierro gimió. Al unísono, La Compañía y Gor'sadén se asomaron por las pasarelas interiores. En cualquier momento Fel'annár vería el ariete dorado de cerca por primera vez.

Se encontraría cara a cara con Gra'dón.

El olor a hierro y especias era más fuerte ahora y, de pronto, los pocos insectos que habían sobrevivido salieron volando hacia arriba y se alejaron.

Fel'annár mantuvo firme a Harvest mientras la mirada recorría a los guerreros que aguardaban abajo. El príncipe heredero estaba ante ellos, gritando las órdenes. Era un buen comandante, se dio cuenta ahora que había aprendido a mirar a Rinon con objetividad, a través de las brumas de resentimiento y rabia que habían permanecido a su alrededor hasta hacía muy poco.

Turion hizo una seña a La Compañía y, pronto, estuvieron ante él, con el rey a su lado.

—Debemos confiar en que el lanzador de bombas y las lanzas Synth mantengan esas torres lejos de los muros. Nos quedan quince lanzas y poco más que las flechas de nuestras espaldas. Así que

decidme, Señor de la Guerra, ¿por qué nos ha dejado Lainon en tales momentos de necesidad?

Fel'annár se irguió, la mirada vagó hacia el rey y luego volvió al comandante. —Va en busca de ayuda, de cualquiera como él que pueda ayudar.

Turion devolvió la mirada a Fel'annár, de pronto pareció salir de la parálisis que le había embargado. —¿Hay más como él? ¿Por qué no vinieron antes?

—No puedo responderte, Turion. Y Lainon no lo hará. Todo lo que sé es que *hay* más.

Vio el ceño fruncido de Turion, la frustración, y seguramente el propio rostro reflejaba esos sentimientos. Si tan solo supiera cuántos vendrían. ¿Cincuenta? ¿Quinientos? Incluso ahora, muchos de ellos seguirían trabajando en cómo transportar el Fuego Pelágico.

Sacudió la cabeza, necesitaba que Turion viera que él mismo estaba igual de desconcertado. —Es todo lo que sé, Turion.

Un estruendo que hizo estremecer los huesos los sobresaltó. Madera astillándose, cánticos de los Señores de la Arena, el rechinar de la piedra mientras las rocas se desprendían de las torres de la puerta. Los guerreros en el patio retrocedieron mientras las piedras y el polvo cubrían el suelo ante ellos.

Turion sostuvo la mirada de Fel'annár tanto como pudo, pero las torres que se aproximaban al muro este estaban demasiado cerca. Se dio la vuelta bruscamente y caminó por las almenas.

—Reformad las líneas. Escudos arriba. ¡Arqueros listos! Lanzador de bombas y lanzas. ¿Alcance?

La voz de Salo gritó desde el interior del cadalso parcialmente cubierto, seguida por las cifras de Sorei.

Fel'annár se tomó un momento para observar al padre, de pie más allá en los muros, pero lo suficientemente cerca como para ver el rostro. El rey le observaba, el alivio luchando contra la indecisión, como si quisiera moverse pero no pudiera. Le dedicó un asentimiento respetuoso, vio cómo el rey se sobresaltaba y luego desviaba la mirada.

Había algo diferente en él.

Un buen guerrero, un líder con mando, a pesar de lo que la vida le había arrojado. Pero mientras la atención de Turion estaba en las tropas y el enemigo, Thargodén lanzaba ahora miradas furtivas, a Maeneth, a Sontúr, al propio Fel'annár y luego por encima de las pasarelas y hacia abajo, a donde estaba Rinon. Toda la familia estaba en peligro, podía morir en cualquier momento.

La mente ya no parecía centrada en la estrategia sino en la supervivencia. El corazón no estaba en la lucha, sino en las plegarias para que la familia sobreviviera.

Esos no eran los pensamientos de un rey.

Eran los pensamientos de un padre.

El ariete de serpiente de Gra'dón estaba rompiendo la madera entre el hierro, abriendo lentamente grietas y agujeros en las puertas de la ciudad.

Desde las torres a ambos lados, los guerreros gritaban las advertencias, incluso mientras luchaban contra la presión de las bestias y los Señores de la Arena con lo que quedaba de las defensas.

Rinon se volvió hacia Bulan, tomándose un momento para estudiar el singular perfil. Podía ver el parecido con Fel'annár y, no por primera vez, se preguntó cómo habría sido Lássira, si se parecería en algo al hermano y la hermana.

Gritos desde las torres de la puerta. Las bestias montadas se estaban preparando para atacar, en cuanto las aberturas fueran lo bastante anchas.

—Pretende diezmarnos con los Sabuesos. Envía a esos caudillos montados a su muerte.

Rinon se volvió hacia Bulan. —O eso o pretende esperar hasta que las puertas caigan por completo. Pero por lo que hemos visto hasta ahora, Gra'dón prefiere la técnica de distracción. Pretende mantenernos ocupados, jugar con factores desconocidos como los

escarabajos y esas criaturas espectrales. Me hace preguntarme qué más nos tendrá preparado.

—Su ejército es lo bastante vasto como para arrollarnos. Ya no necesita una distracción. Estamos casi de rodillas.

Rinon se volvió hacia el capitán silvano, con rasgos afilados, ojos brillantes y un toque de burla en el tono. —¿Estás perdiendo los *nervios*, capitán?

Bulan miró con saña al miembro de la realeza alpino. —Jamás. No mientras el Señor de la Guerra siga en pie.

La mirada gélida de Rinon se encontró con el ceño indignado de Bulan, pero las puertas traquetearon y gimieron y la madera se astilló hacia dentro. Podían ver movimiento tras la brecha.

—¿Por quién luchas, capitán Airen?

Airen se volvió hacia el Príncipe de Hielo, asintió respetuosamente y habló en voz baja.

—Por mi hogar. Pelagia.

Rinon asintió y luego gritó las propias órdenes.

—¡Escudos! ¡Lanzas! —la voz de Dalú repitió las órdenes desde más atrás. Seguía vivo, advirtió el príncipe. Dalú siempre había estado ahí, incluso cuando él mismo era un niño.

El sonido de pies pisando fuerte, los escudos moviéndose a la posición frente a ellos y sobre las cabezas, el raspado de las lanzas al asomar por las aberturas, apuntando hacia las puertas que se astillaban lentamente.

Otro estruendo, otra brecha, el grito de Bulan y luego el de Henú. —¡Listos!

Rinon exhaló por la boca, con los ojos muy abiertos mientras veía cómo se deshacían las puertas. El ojo de un sabueso, el guantelete de un Señor de la Arena, el destello de zafiro y esmeralda.

Un estruendo colosal, un clamor de voces del otro lado y los primeros Sabuesos se abrieron paso a duras penas por los huecos de las puertas.

—¡Resistid! —Rinon, luego Bulan, Dalú y Henú.

Los Sabuesos galoparon hacia ellos, con los jinetes gritando los gritos de guerra y las espadas en alto.

—Arqueros. ¡¡Fuego!! —el chillido de Dalú desde atrás, y las pocas flechas que quedaban salieron volando hacia los Sabuesos que cargaban. Pero se clavaron en arneses de cuero, repicaron contra el metal y la línea de jinetes enemigos saltó sobre los escudos.

Algunos fueron ensartados en las lanzas, pero la mayoría superó el muro de guerreros élficos, entrando en la refriega, y la batalla estalló en el patio.

Lo que quedaba de las puertas se estremeció y gimió bajo el despiadado embate del ariete. Pronto, un ejército de miles se uniría a las bestias, y Ea Uaré seguramente ya no existiría. Pero Rinon moriría luchando por lo que era lo primero en la mente.

Las tierras. El pueblo: *todos* ellos.

—¡Preparad flechas de fuego!

Los arqueros corrieron hacia los fardos de flechas preparadas a lo largo de las pasarelas interiores, metieron tantas como cupieron en los carcajs medio vacíos y luego reformaron las líneas en las almenas. Las cubas habían quedado arruinadas, pero las antorchas todavía parpadeaban con la brisa de la tarde.

Seis torres de asedio traqueteaban hacia el muro este. Fel'annár intentó no mirar por encima de las pasarelas hacia el patio, donde la batalla había estallado.

Él y La Compañía estaban entre la tercera línea de arqueros, podían ver las torres a través de los yelmos de los que estaban ante ellos, más allá de los brazos extendidos, con los arcos largos tensados, listos para disparar.

—¡Lanzador de bombas en posición! —El grito de Maeneth desde el cadalso.

—¡Arqueros, esperad! ¡¡Fuego al lanzador de bombas!!

Los arqueros aguardaron mientras pasaban los segundos, con la vista fija en el cadalso desde donde se lanzaría la nueva arma. Pareció una eternidad antes de que se oyera un fuerte siseo y el

muro bajo los pies se estremeciera cuando una docena de largos proyectiles humeantes salieron disparados y, acto seguido, impactaron contra las dos torres más cercanas. Los guerreros se sobresaltaron ante la violencia y la velocidad con que habían sido catapultados, pero luego se quedaron mirando las flechas vibrantes y chispeantes que allí se habían quedado, clavadas en la madera y en las pieles frescas.

Podían oír risas, voces burlonas. ¿Era aquello todo lo que tenían los elfos para enfrentarse al poder de Calrazia?

Apenas unos instantes después, se produjo una sucesión de explosiones y toda la parte superior de las dos torres saltó por los aires: madera y clavos, fuego y humo, y los sonidos de cientos de chillidos de Señores de la Arena cayendo desde las alturas.

Los guerreros vitorearon, alzando los puños mientras coreaban los nombres de Maeneth y Sontúr. El príncipe alpino levantó la vista hacia el cadalso donde estaba el alma gemela y le sonrió, aunque sabía que ella no podía verle.

—¿Lanzador de bombas?

—¡Un minuto!

Habían destruido dos, pero quedaban cuatro más de las que ocuparse. Cuanto más se acercaran, más difícil sería utilizar el lanzador de bombas.

Fel'annár se volvió de nuevo hacia el cadalso. Salo y Maeneth estarían cargando frenéticamente las últimas bombas.

—¡Listo!

—¡Fuego!

Las lanzas de fuego pasaron navegando a su lado, hacia las torres restantes. Las dos últimas estaban seguramente fuera del alcance.

Impactaron en dos torres más y, de nuevo, los guerreros vitorearon mientras estas explotaban para luego escorarse y zozobrar.

Solo quedaban dos, más abajo en los muros, hacia las puertas principales, fuera del alcance de Maeneth. Aun así, no quedaban más bombas. Utilizarían las lanzas Synth restantes para diezmar el número de guerreros hacia la retaguardia de las líneas de Gra'dón.

—¡Centraos en las torres, fuego a discreción! ¡No desperdiciéis nada!

Los guerreros corrían por los muros con los arcos en la mano, dejando atrás los restos ardientes de las torres en ruinas. Con el lanzador de bombas agotado y las bombas de mano terminadas, todo dependía de la sencillez de las flechas incendiarias.

—¡Apuntad a las rendijas de las torres!

Los arqueros reformaron las líneas, ya no de cinco sino de tres filas de grosor. La primera fila encajó las flechas de fuego y esperó a que las llamas penetraran en el material impregnado. El ojo entrenado de Turion supo cuándo estaban listos.

—¡Fuego!

La primera línea de arqueros soltó las flechas de fuego contra las inminentes estructuras; los proyectiles llameantes se clavaban en la madera pero no ardían, al menos todavía.

La primera línea pasó atrás y la segunda prendió las flechas cubiertas de brea.

Salieron volando justo cuando una ráfaga caótica de flechas venía hacia ellos. Varios arqueros cayeron a medio apuntar, pero la siguiente línea ya estaba frente a ellos.

—¡Fuego!

La segunda andanada ya estaba en el aire, sumándose a las flechas llameantes que ya acribillaban la torre. Pero las pieles frescas que la protegían hacían que los esfuerzos tuvieran poco efecto inmediato.

La segunda línea retrocedió y Fel'annár y La Compañía se pusieron en primera línea, prendiendo las flechas.

—¡Apuntad!

Un guerrero cayó al lado de Gor'sadén, pero este no se inmutó y tensó el arco con el resto.

—¡Fuego!

Más flechas impactaron en la estructura, cada vez más cercana, y otra flecha pasó zumbando junto a Gor'sadén. Le rozó la mejilla y a Fel'annár se le encogió el corazón. Pero el padre adoptivo no cayó. El alivio lo inundó, solo para estremecerse ante el estruendo

procedente de las puertas de abajo, un sonido mucho más fuerte que antes.

Tras un clamor que llegaba desde el otro lado de las puertas, Fel'annár miró al cielo, más allá de la flecha llameante.

Lainon. Hermano…

—¡Fuego! —gritó Turion, mientras un arco de flechas llameantes surcaba el aire sobre la cabeza, como fuegos artificiales en una víspera de solsticio de verano.

Otro estruendo, otro sonido de madera astillándose. Muy pronto, el ejército de miles de hombres de Gra'dón se derramaría a través de las puertas arruinadas.

—A los arqueros, fuego a discreción. ¡Espadas y escudos a las rampas!

Las flechas de fuego pasaban zumbando a su lado, mientras los arcos largos continuaban con el ritmo de guerra. Pero ¿cuánto tiempo podrían aguantar con tan pocos guerreros? Con las flechas escaseando, los Sabuesos ya en el patio y dos torres de asedio listas para atracar.

Estaban siendo arrollados.

Levantó la vista, buscando alguna señal de aves en el cielo oscurecido. Pero todo lo que podía ver era humo y ceniza, el resplandor anaranjado del fuego a medida que las torres de asedio se acercaban a los muros.

Podía ver las grietas alrededor de las rampas cuando empezaban a abrirse, las cuerdas tensándose lentamente, bajando las plataformas para que tocaran la piedra: un puente que les traería la ruina a todos.

—¡Fuego a discreción! ¡Escudos, espadas! ¡Preparaos para las lanzas de fuego! —era la voz de Turion, calmada y autoritaria incluso ahora, después de todo lo que habían soportado.

La Compañía corrió hacia el pasillo interior, cogió los escudos más cercanos y regresó a las almenas. Se apuntalaron tras ellos, oteando por las rendijas mientras las torres se aproximaban y las rampas se abrían como las fauces de una ballena monstruosa.

—¡Listos!

Se oían respiraciones jadeantes a su alrededor, el sonido de las flechas zumbando junto a ellos e impactando en los escudos, el crujir y la tensión de las cuerdas, el estrépito de la madera y el golpe seco de las rampas al caer en su posición.

Los Señores de la Arena profirieron los gritos de guerra mientras corrían por la plataforma portando en las manos postes largos con cabezales en forma de campana.

—¡Escudos arriba!

El fragor de llamas calientes los envolvió.

—¡Resistid!

Fel'annár pudo sentir el calor contra el antebrazo, pero pronto desapareció.

—Arqueros. ¡Fuego a la segunda línea! ¡A la *segunda*!

Ellos eran los que estaban preparando las lanzas de fuego. Las flechas partieron, los Señores de la Arena cayeron y las armas a medio cargar tintinearon al soltarse, precipitándose por el lateral.

Y aun así, la voz de Turion, comandante de Ea Uaré, resonaba sobre ellos, dándoles instrucciones, manteniéndolos firmes.

—¡Espadas! ¡¡Espadas!!

Los guerreros salieron de detrás de los escudos con las hojas brillando, los ojos muy abiertos y los brazos fuertes y las mentes listas para conquistar, listas para morir allí, en compañía de los hermanos.

Los Señores de la Arena salieron a raudales de las torres de asedio y cargaron por las rampas, con espadas y cimitarras sobre las cabezas. Detrás, más de ellos preparaban lanzas de fuego.

Gor'sadén se volvió hacia Fel'annár. Había llegado el momento de bailar la Muerte Benigna y, mientras La Compañía los rodeaba, echaron a correr, girando un círculo completo, con las hojas perfectamente coordinadas. Los Señores de la Arena que cargaban vacilaron y retrocedieron. Pero Fel'annár y Gor'sadén no se detuvieron y juntos embistieron contra ellos, con los fajines morados y grises volando a su alrededor, mientras las hojas cortaban al enemigo.

Los Señores de la Arena caían de las rampas a medida que los Guerreros Kah y La Compañía avanzaban. Pero muchos evitaron las

hojas giratorias y se lanzaron hacia adelante, sobre los guerreros que esperaban con Turion.

—¡Rinon! —el grito de Turion desde los muros. Estaban siendo arrollados.

Fel'annár lanzó un tajo descendente. Enha'rei, y segundos después, Gor'sadén realizó el mismo movimiento. Al volverse hacia las próximas víctimas, un destello brillante de acero captó la mirada de Fel'annár. Vio a un grupo de Señores de la Arena luchando juntos.

Apuñaló a otro guerrero, pero los ojos no se apartaban de aquella extraña visión. Todos avanzaban contra el *mismo* guerrero.

Se agachó y lanzó una patada. El oponente cayó y descargó la espada corta. Al incorporarse, el grupo de Señores de la Arena prorrumpió en vítores mientras los elfos gritaban horrorizados.

Fel'annár se quedó paralizado, como si la piedra bajo las botas hubiera desaparecido, dejándolo flotando.

—¡¡Turion!!

—¡Seguid disparando! ¡Hacedles retroceder! —gritó Gor'sadén. Conocía aquel tono, la desesperación y el duelo. Lo había oído demasiadas veces en su vida de guerrero.

Sabía que Turion se había ido.

Con la primera orden del Maestro Kah a un ejército extranjero, las últimas flechas de fuego salieron disparadas y más Señores de la Arena cayeron de las rampas empapadas de sangre.

Fel'annár se agachó tras las almenas, dando la espalda al merlón, y miró entre las líneas de arqueros y los guerreros que luchaban. Allí, en el suelo, yacía Turion en los brazos de Thargodén, mientras Sorei combatía sola contra el mismo grupo de Señores de la Arena. La estaban haciendo retroceder y, con un grito de rabia, Fel'annár cargó contra el grupo con La Compañía a la espalda. Pasó como un rayo junto al rey y arremetió contra los Señores de la Arena que sabía que eran jefes. Turion había defendido al rey y ellos lo habían matado por ello. Giró sobre sí mismo, atacando con las dos espadas, derribándolos junto a Idernon y Tensári, y con cada chillido y grito del enemigo, Fel'annár recordaba. Al capitán autoritario pero

perspicaz. Al amigo leal de Lainon. Capitán de capitanes. Fel'annár *siempre* lo recordaría.

Cuando todos los caudillos hubieron caído, Fel'annár se arrodilló ante el rey, sin aliento y conmocionado por la propia ira. Se sobresaltó cuando unos ojos de un azul vítreo se entornaron. Turion seguía vivo.

Fel'annár alargó la mano y colocó la palma sobre el pecho del comandante, que apenas se movía. —Ha sido un privilegio tenerte como mi primer capitán, Turion. Nunca lo habría logrado sin ti y sin Lainon.

En la mente, Fel'annár estaba en Sen'oléi, allá cuando aún era un novicio y Lainon le asustaba. Sonrió ante el recuerdo, uno que ahora le parecía muy lejano. Observó cómo los labios de Turion se movían y de ellos brotaba una voz tenue. Era la voz de un elfo que sabía que la vida se acababa.

—Ha sido un honor para mí guiarte, de novicio a Señor de la Guerra y más allá. No asumas riesgos, Fel'annár. El bosque debe seguir protegiendo a nuestro pueblo y, para ello, debes vivir.

Fel'annár le apretó la mano con fuerza, incluso cuando el agarre de Turion flaqueó. —Buen viaje, mi capitán.

Los ojos de Turion recorrieron a La Compañía que rodeaba a Fel'annár, se detuvieron en Tensári y luego en Gor'sadén.

—Mantente a salvo, *mi príncipe*. Siempre.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Fel'annár, inundándolos, y por un momento la visión se nubló. Fue como el cierre de una puerta; las dudas y problemas juveniles se desvanecían, perdiendo el sentido allí donde una vez habían devorado la vida, amargándola. Ahora, esas dudas eran solo una pequeña parte del viaje por esta vida, solo una etapa en el camino que un joven guerrero se atrevió una vez a emprender. Nunca habría imaginado que no habría vuelta atrás a aquellos días idílicos. Si Turion tenía razón, si el destino era el de un príncipe, entonces lo aceptaría. Poco le importaba el título, pero sus implicaciones lo significaban todo porque ahora, por fin, tenía todo lo que siempre había deseado sin darse cuenta.

Se sentía *necesario*. Se sentía parte de algo más grande que él mismo.

Observó cómo la vida de Turion se desvanecía ante los ojos, con la visión borrosa y los dedos aferrados a la coraza del comandante.

A su lado, Sontúr pasó la palma de la mano sobre el rostro de Turion, cerrando los ojos vidriosos, susurró una oración y luego se volvió hacia el rey cuando este habló.

—Me habían marcado como objetivo; de alguna manera sabían quién soy. Turion me hizo retroceder, Sorei me protegió mientras él se enfrentaba a ellos. Lo abatieron… ellos…

Las lágrimas inundaron los ojos de Fel'annár y rodaron por las mejillas mientras la mirada seguía el contorno del cuerpo ensangrentado de Turion y luego el de su desesperado padre.

Cerró los ojos con fuerza y oyó la voz de Gor'sadén, Comandante General de Tar'eastór. Había asumido el mando en los muros y las órdenes autoritarias eran seguidas sin rechistar por los guerreros. Turion le había dicho a Fel'annár que abandonara el mando para mantenerse a salvo, pero ahora necesitaba levantarse, ocupar el lugar de Turion, porque Thargodén estaba conmocionado, parecía perdido, casi derrotado.

—Fel'annár… —dijo la voz profunda de Tensári a su lado. Giró la cabeza hacia ella de golpe, como si no entendiera de dónde había salido. Ella se acuclilló ante él con ojos compasivos, ladeó la cabeza, sonrió fugazmente y le tendió la mano para que la tomara.

Se acordó del amanecer en que casi muere, cuando Aria había ido a buscarlo, tendiéndole la mano como hacía Tensári ahora. Lo había aceptado entonces, y lo aceptaba ahora. Tenía un trabajo que hacer, un propósito que cumplir. La muerte de Turion no sería en vano.

Tomó la mano, cálida y fuerte, se puso en pie y se agachó tras los escudos, mientras las flechas impactaban contra ellos.

Los guerreros de la División de la Montaña salían a raudales de las torres hacia los muros. De algún modo, Rinon había comprendido la petición de ayuda de Turion, incluso mientras luchaba contra sabuesos y caudillos. Cargaron contra los Señores de la Arena y Fel'annár echó un último vistazo al rey con Turion, muerto en los brazos.

El rey levantó la vista hacia él, con el corazón en los ojos y algo más. Pero la mirada de Fel'annár estaba en la sangre que cubría el frente de Thargodén. No toda era de Turion. El rey estaba herido; seguramente por eso Sorei se había interpuesto ante él, por eso Turion se había enfrentado solo a los caudillos. Ese *algo más* era culpa. El hijo silvano de Thargodén se había caído de los muros defendiéndolo de un Lagarto, y ahora Turion había muerto para evitar que los caudillos lo abatieran. No cabía duda en la mente, porque Fel'annár había visto esa misma expresión en un espejo no hacía mucho tiempo.

No hubo palabras de compasión para el padre, por mucho que las sintiera. La mente estaba en la lucha, en asegurarse de que Turion no hubiera muerto en vano. Se dio la vuelta y se dirigió hacia Gor'sadén y Sorei, mientras La Compañía luchaba contra cualquiera que se acercara lo suficiente como para suponer una amenaza.

—Capitana. ¿Cuántas lanzas Synth nos quedan?

—Ninguna, comandante.

Fel'annár se armó de valor, asintió hacia ella, tanto por la respuesta como por la protección al rey, y luego se volvió hacia La Compañía.

—¡Padre! —Maeneth llegó corriendo junto al capitán Salo, que sostenía la espada de ella. Se detuvo bruscamente, cubriéndose la boca por la impresión al ver al rey acunando al difunto comandante general. Se arrodilló a su lado, hablándole en voz baja mientras Fel'annár se situaba ante el capitán silvano.

—Capitán Salo.

—Señor de la Guerra. Nos hemos quedado sin flechas aquí en los muros. Sugiero —vaciló, mirando al rey y luego a Turion—. Solicito humildemente que el rey y la princesa abandonen los muros lo antes posible.

Fel'annár entrecerró los ojos al considerar la petición de Salo. Por mucho que Thargodén y Maeneth quisieran quedarse y luchar, como miembros de la realeza serían el objetivo, y otros como Turion morirían para protegerlos. Se volvió hacia Sorei y Salo, y habló lo bastante alto como para que Thargodén y Maeneth lo oyeran.

—Capitanes. El rey está herido, escoltenlo a las Salas de Curación. Novicia Maeneth —se volvió hacia la hermana, recordándose que estaba bajo su mando—. Acompañarás al rey, asegúrate de que esté a salvo. Las Salas de Curación estarán desbordadas de bajas. Te reasigno a los Lestari.

Ella lo miró fijamente y Fel'annár se preparó para la reprimenda. Pero esta nunca llegó.

—He hecho todo lo que he podido aquí. —La mirada se desvió hacia la batalla que los rodeaba, por debajo de ellos, y luego volvió a Fel'annár—. Mantendré a nuestro padre a salvo. —Se puso en pie, tendió la mano a Salo, agarró la espada con fuerza y luego se volvió hacia Sontúr.

Por un momento, se limitaron a mirarse, como para recordarse mutuamente por si caían, para que quizá en otra vida pudieran evocar las líneas y contornos del amor y encontrarse una vez más.

Sontúr tendió la mano vacía y Maeneth la tomó.

—Estés donde estés, te encontraré. —Sontúr sonrió.

—Estaré en las *Salas*. —Ella enarcó una ceja, como él solía hacer tan a menudo. Las manos se separaron.

Fel'annár se volvió hacia los capitanes. —Ayudad a la princesa, aseguraos de que el rey permanezca fuera de la vista. Capitana Sorei, uníos al contingente del comandante Rinon. Capitán Salo, con el comandante Bulan.

—¡Señor! —Los capitanes se dirigieron rápidamente hacia el rey mientras la princesa tiraba suavemente de los brazos del padre. Puesto en pie, vacilante pero decidido, Thargodén miró al hijo silvano, ahora comandante.

—¿Lo mantendrás a salvo? —La mirada del rey se deslizó hacia el cuerpo de Turion y luego regresó al hijo.

—Mantendré a mi amigo a salvo, mi rey.

Sorei y Salo abrieron un camino a lo largo del muro oriental, hasta el mismo extremo donde una escalera los llevaría al patio trasero. Gor'sadén continuaba al mando del muro, dando instrucciones a los guerreros incluso mientras luchaba. Fel'annár se volvió hacia Ramien.

—Ayúdame.

El Muro de Piedra asintió, corrió hacia Turion y, juntos, arrastraron el cuerpo hasta la pasarela interior, a un rincón oscuro tras un murete. Había escombros de sobra para cubrirlo hasta que pudiera ser honrado.

Fel'annár colocó la última roca sobre el amigo y luego se volvió para encontrar a Idernon, Tensári, Carodel, Galdith y Sontúr, mirándolo con silenciosa condolencia, palabras de comprensión no pronunciadas, un dolor compartido por la pérdida de alguien tan grande, de alguien que había sido tan fundamental en la vida de Fel'annár. Pero la batalla rugía a su alrededor y Fel'annár miró a los cielos una vez más, con un leve resplandor en los ojos.

No hay pájaros.

—¡Dime que todavía está vivo! —Fel'annár se volvió hacia Tensári, con los ojos más brillantes que apenas unos momentos antes. La observó contactar con el Connate.

Tensári respondió de inmediato. —Lainon todavía vive.

Fue Galdith quien hizo la pregunta no formulada.

—Entonces, ¿por qué no está aquí? ¿Han cambiado de opinión los Shirán? ¿Ya no nos ayudarán? ¡Dioses, si la ciudad está de *rodillas*!

Pero la única respuesta de Galdith fue un estruendo ensordecedor, el sonido de madera astillándose y el siniestro gemido de la roca moliéndose contra la roca.

Las puertas de la ciudad de Ea Uaré estaban cediendo.

CAPÍTULO 26

El Vuelo de los Shirán

Por primera vez, Rinon vio a través de las puertas los ojos rojo rubí del ariete dorado. Por otro hueco, avistó sabuesos que husmeaban, ojos amarillos y las coloridas golas de los Lagartos de Gas. En cualquier momento, la cabeza de serpiente atravesaría las defensas y el enemigo entraría en la ciudad.

Podía sentir la tensión a su alrededor, el pavor apenas contenido, la terrible necesidad de venganza de Airen, la indignación de Bulan y Dalú.

Respiró profundamente, bloqueando los incesantes cánticos tras las puertas, los gritos y alaridos desde las murallas. Estaban perdiendo la batalla, y esta era su última resistencia, sus últimos momentos de libertad; de vida, para muchos de ellos.

Un estruendo llegó desde el otro lado, y las poderosas puertas de la ciudadela amurallada de Ea Uaré saltaron en pedazos hacia dentro; la cabeza de serpiente dorada se encabritó ante ellos con sus relucientes ojos rojos rebosantes de la promesa de la devastación. Por los humeantes restos abiertos, el ejército de Gra'dón se vertió en el patio mientras las puertas arruinadas colgaban de sus gigantescas bisagras.

Varios guerreros cayeron bajo los escombros y otros fueron golpeados por ellos, pero no había tiempo para reaccionar, solo para

alzar las espadas y enfrentarse a las líneas de Señores de la Arena y bestias que aparecían tras la cortina de polvo.

Un sabueso arremetió contra Rinon. Él giró para esquivarlo, chocó contra un guerrero que estaba a su lado y rodó por el suelo. Lanzando un tajo con su espada larga, alcanzó a un caudillo montado en el brazo, pero este no cayó.

Un rugido a su lado: un sabueso enfurecido con la piel bañada en sangre. Se lanzó hacia él y Rinon interpuso su espada. La bestia estaba casi encima de él; un grito desesperado sonó a su izquierda.

—¡Muévete!

Pero Rinon debía esperar. Había visto a Jarabon hacer esto.

Todo lo que alcanzaba a ver eran ojos amarillos y fauces dentadas; un aliento fétido le golpeó el rostro. Lanzó una estocada hacia arriba y giró hacia un lado, perdió el equilibrio y resbaló por el suelo justo cuando la bestia rugía y se arañaba la boca para luego caer con los miembros agitándose violentamente.

Una roca se estrelló contra el suelo ante las puertas, llenándole los ojos de polvo. Miró hacia arriba desde donde estaba tendido. Alguien le gritaba. Se pasó el antebrazo por los ojos cegados por el polvo.

—¡Levántate! ¡¡Levántate!!

El peso de las puertas colgantes estaba arrancando las piedras de las torres de la entrada. Se estrellaban contra el suelo, demasiado cerca de donde yacía Rinon.

Rinon logró apoyar un pie, oyó el silbido de algo pesado cayendo del cielo y, de pronto, sintió cuerpos encima de él.

Sentía un pitido en los oídos, gritos y alaridos amortiguados; alguien gritaba su nombre repetidamente. No podía respirar.

Desde el extremo de la muralla oriental, Thargodén gritó con toda su alma, con la voz desgarrada por la desesperación.

—¡¡Rinon!!

—¡Tenemos que ayudarle! ¡Los guerreros estarán demasiado ocupados luchando para desenterrarlo! —gritó Maeneth, que aún sostenía a su padre, con el corazón encogido por el miedo por su hermano gemelo.

—Pero el Señor de la Guerra dijo… —empezó Salo con incertidumbre.

—Dijo que debemos escoltar a la realeza a las Salas de Curación —dijo Sorei con voz tensa—. El príncipe Rinon necesita nuestra ayuda, y cuando lo saquemos, es probable que necesite las Salas.

—Yo le ayudaré.

—No… señor. Sería un estorbo para nosotros. Lo llevaremos a las Salas y luego Salo y yo iremos a por Rinon. Lo traeremos de vuelta. *Lo* traeré de vuelta.

Thargodén miró a la extraordinaria capitana llegada de la Madre Patria. Ella había cautivado el corazón de Rinon y, en aquel rostro que le sostenía la mirada, había valor y había honor. Había mando y había compasión.

Si ocurriera un milagro y ganaran esta guerra, ella sería la reina más grande que Ea Uaré hubiera conocido jamás.

Fel'annár y La Compañía dispararon las últimas de sus flechas, viéndolas volar hasta clavarse en la torre de asedio más cercana. Estaba acribillada por flechas incendiarias, pero la estructura seguía sin arder.

Mientras los guerreros luchaban contra los Señores de la Arena, Gor'sadén se desplazó por las líneas para dirigir las defensas. Disparaban a los Señores de la Arena que preparaban las lanzas de fuego tras sus arqueros, tal como Turion les había ordenado.

Pero casi se habían quedado sin flechas.

El aire estaba cargado del humo del alquitrán y de las antorchas que aún ardían en las almenas. Había caído la noche y, por primera vez, Fel'annár vio vetas de un verde brumoso cruzando todo el cielo, de norte a sur, de oeste a este. Aún eran tenues, difíciles de notar en medio de una batalla, pero mientras la acción se trasladaba por las murallas hacia donde estaba Gor'sadén, se tomó un momento para mirar hacia arriba. Vio colores púrpura y azul junto al verde.

El silbido del fuego surcando el aire precedió a los gritos de agonía de los guerreros; sus ropas y cabellos ardían mientras los Señores de la Arena usaban sus lanzas de fuego para mantener a los elfos alejados de las almenas.

Lainon todavía no estaba allí, por alguna razón que Fel'annár no alcanzaba a comprender. Debía contar con los Shirán ahora, mientras todavía les quedaran guerreros para seguir luchando.

Desenvainó a Harvest al oír la voz de Gor'sadén cerca de allí.

—¡Espadas! ¡Escudos! ¡Mantenedlos a raya!

Un crujido, un estallido, un estruendo atronador; Fel'annár corrió hacia el pasillo interior, se asomó a la barandilla y contempló el mar de elfos, mortales y bestias que luchaban abajo.

A su lado, Tensári observaba.

—Santa Aria…

Podían ver a Bulan, ver a Airen y a los Ilícitos, y a Dalú y sus novicios.

Pero ¿dónde estaba Rinon?

Justo tras las primeras líneas de los Señores de la Arena se alzaba Gra'dón, dominando a su ejército, con el yelmo de doble serpiente curvándose alrededor de la cabeza y por la espalda. En una mano sostenía una espada larga y en la otra, un látigo enrollado.

—Gra'dón —dijo Tensári.

Fel'annár estudió al Nim'uán, reprimiendo un estremecimiento cuando la mirada se le posó en el látigo que sostenía.

—Y Telzorán.

Gra'dón lanzó un latigazo y mató a tres elfos de un solo golpe; extrañas chispas de luz plateada chisporroteaban alrededor de sus víctimas.

—Tenemos que detenerlo —dijo Fel'annár en voz baja, pero Tensári no respondió—. Pero sin Lainon, sin los Shirán…

Gritos de alarma surgieron de las murallas; voces élficas llamaban a cualquiera que pudiera oírlas por encima del caos de la batalla, señalando al cielo que se oscurecía. Chasquidos y trinos se mezclaban con las advertencias; incluso los Señores de la Arena parecían perturbados.

Fel'annár y Tensári corrieron de vuelta a donde La Compañía había estado luchando. Sin embargo, ahora incluso los Señores de la Arena se habían detenido y se alejaban poco a poco de los elfos.

—¿A qué más debemos enfrentarnos? —preguntó Galdith a nadie en particular.

Fel'annár miró hacia el horizonte, más allá de las almenas. La luna creciente había desaparecido.

—¿Más escarabajos? —preguntó Sontúr—. ¿Un nuevo enjambre?

Fel'annár se dio la vuelta y se quedó sin aliento por la sorpresa. Flotando justo ante él estaba Zéndar. Su abuelo aterrizó a su lado, se inclinó y habló en voz baja.

—Las velas que ardieron frente a las costas de Dan'bar vienen ahora para cambiar el rumbo de la guerra. Usa las luces, Ber'anor. Usa las *luces*.

La mirada de Zéndar lanzó un destello de un azul cegador y Fel'annár apartó la vista de él con la mente a mil por hora. Si Zéndar estaba aquí, también lo estaba Lainon. Los Shirán habían llegado por fin, pero ¿qué tenía eso que ver con las luces?

Fel'annár se miró las manos, vio el verde que empezaba a agitarse bajo la piel. Líneas de verde y púrpura aparecían y desaparecían tal como lo habían hecho sobre las arenas del norte. Era como escribir en la bruma. Runas, palabras en arariano antiguo cuyo significado acudió a su memoria; las que Idernon había traducido para él. Bloqueó los gritos a su alrededor y no vio cómo los Señores de la Arena se dirigían a las torres que bajaban, alejándose de las almenas.

La voz de los Centinelas.

Siempre la había oído, incluso de niño.

El poder de sus raíces.

Podía moverlas con nada más que un toque y ahora, con nada más que un pensamiento. Miró al norte, hacia el muro de raíces retorcidas que aún bloqueaba el paso al Gran Cinturón Forestal.

La vorágine de sus ramas.

Podía activarlas para que lucharan por él. Habían defendido Tar'eastór, protegiéndolo de Macurian. Habían matado a Band'orán y

luego le habían prestado su visión a Fel'annár. Habían ganado la Batalla de Abiren'á.

Una luz en el bosque.

Pero la última escritura era nueva para él. «Usa las luces», habían dicho Zéndar y Lainon, y de pronto comprendió a qué se referían, supo qué eran las luces.

Miró hacia arriba, a las vetas verdes, azules y púrpuras en el cielo nocturno. Una luz blanca estalló ante sus ojos, y entonces los ojos de todos los Divinos ardieron en un azul profundo. Tensári, Zéndar, Hobin y, más allá en las murallas, Gor'sadén se llevó la mano a los ojos mientras el recuerdo de Pan'assár lo asaltaba.

Las nubes, el sol y la luna están contigo…

Fel'annár se volvió hacia el norte, donde las Hermanas se alzaban imponentes sobre el Gran Cinturón Forestal, Originales que protegían la distante Fuente. La mirada se le desvió hacia las luces que brillaban sobre su cabeza, observando los colores entrelazados de energía, de poder, esperando a ser aprovechados.

Dohai: todo lo que necesitaba hacer era capturarla, concentrarse en ella y luego proyectarla, tal como Gor'sadén le había enseñado.

—¿Qué está pasando? —Ramien miró de Fel'annár a Idernon y luego a Tensári. Pero el Señor de la Guerra, el Señor del Bosque, no pudo decir nada más, pues la mente le estaba llena de una comprensión que aún no hallaba palabras.

Movió las manos frente a él, con las palmas enfrentadas, proyectó su Dohai con suavidad y se concentró. De inmediato apareció una esfera translúcida, flotando entre las manos, centelleando como luciérnagas. La Compañía observaba, dividida entre el espectáculo en las manos de Fel'annár y la noche oscura y sin luna.

—Pensamos que yo no podría ayudar, que los árboles estaban demasiado lejos. Estábamos equivocados.

La Compañía volvió a mirarlo. La lucha en las murallas había cesado, pero no así debajo de ellas. La batalla arreciaba y Gra'dón mataba por docenas.

—Cuando llegue el momento, mantened al enemigo alejado de mí mientras uso la luz.

—Pero… no entiendo… —Idernon dejó la frase en el aire mientras observaba cómo Fel'annár miraba de nuevo hacia arriba, a las luces que surcaban el cielo cada vez más oscuro, como cintas de festival en una tarde de verano.

Únete a nosotros. Usa el Dohai del mundo.

Tras una inspiración profunda y tranquilizadora, Fel'annár levantó una mano, con los dedos buscando algo, cualquier cosa, tal vez una señal de lo que debía hacer con las luces, con lo que ahora sabía que era el Dohai del bosque.

Para cualquier otro, habría parecido un gesto caprichoso, allí en mitad de la batalla, en vísperas de la caída de Ea Uaré ante el enemigo. Pero la mente de Fel'annár estaba en la luz. Podía sentir cómo se acumulaba alrededor de la mano. Movió los dedos, sintió resistencia contra ellos, como si arrastrara la mano por el agua.

Debía acercarse al borde. Debía ver al enemigo, ver los bosques, todos ellos.

Los haces de luz sobre sus cabezas brillaron con fuerza y los guerreros que luchaban alzaron la vista, mientras los Señores de la Arena gritaban presa del pánico. Miraron a Gra'dón buscando seguridad, pero él también observaba el cielo con la mandíbula apretada.

En el paso de ronda interior, la mano extendida de Fel'annár desapareció en una neblina casi cegadora. Esta se extendió por el brazo, sobre la cabeza, y él levantó la otra mano para quitarse el yelmo y la máscara.

—¡No! —gritó Sontúr alarmado. Todavía había escarabajos volando sobre ellos. Pero Fel'annár echó la cabeza hacia atrás, sintió que los mechones del cabello se elevaban en el aire a su alrededor, como si ellos también pudieran estirarse y tocar el poder. No había escarabajos cerca de Fel'annár, ni cerca de La Compañía.

La luz lo envolvió, emanó hacia el exterior abrazando a La Compañía y, bajo las miradas atónitas y hechizadas de elfos y calrazianos, el Señor de la Guerra comenzó a abrirse paso luchando hacia el mismo borde de la muralla oriental.

~

Sorei levantó su hoja Synth por encima de la cabeza, amagó hacia la izquierda e inició una estocada hacia delante, atravesando la armadura, los huesos y los órganos de su oponente. Se maravilló de lo suavemente que deslizaba al salir.

—¡¿Henú?!

—En ello estoy.

El capitán silvano y otros tres retiraban piedras del montón bajo el cual Rinon, entre otros, había caído, a no más de veinte pasos de las puertas destrozadas y las torres parcialmente derrumbadas. Mientras trabajaban, Sorei y Salo luchaban para asegurar que el enemigo no se acercara demasiado. Pero por lo que Sorei podía ver hasta el momento, los jefes de Gra'dón no sabían quién exactamente se había quedado atrapado bajo los escombros.

Manos ensangrentadas y magulladas, rostros polvorientos y miradas frenéticas tiraban de los escombros, mientras las piedras caían con una lentitud exasperante. Ya habían pasado varios minutos. ¿Cuánto tiempo podría aguantar el príncipe antes de asfixiarse? Suponiendo que no hubiera muerto en el impacto inicial.

Sorei desterró el pensamiento de su mente, giró sobre sí misma y le cercenó el brazo a su oponente, lanzando luego una patada a otro que le alcanzó en el pecho. Maldijo la máscara que le cubría la cara. No podía respirar bien, pero cuando una antena le hizo cosquillas en la mejilla, se la quitó de un manotazo alarmada, se tragó sus propios juramentos y siguió adelante.

Le había prometido al rey que traería de vuelta a Rinon y, por los dioses, no había nadie tan testaruda como ella, excepto tal vez el propio Rinon.

Le dio un codazo a un Señor de la Arena que se aproximaba, dejándolo sin aliento, y luego le cortó el cuello con su daga larga. Se volvió contra otro y le apuñaló hacia atrás, giró y lo alejó de una patada.

—¡Henú!

—¡Los veo!

Se volvió hacia donde Salo luchaba con Dalú y la mujer silvana de cabello negro que recordaba como Vasanth. Corrió hacia delante y agarró a Salo por el brazal.

—Salo. ¡Cúbrenos! Si el general está vivo, debo llevarlo a las Salas de Curación.

Cruzaron las miradas, un azul furioso y un miel inquebrantable. Él asintió y Sorei se marchó hacia donde Henú y los demás seguían retirando rocas. El primer cuerpo apareció justo cuando ella se detenía en seco, con la mirada fija en la túnica negra y el fajín rojo de un Ilícito.

—Protegió al príncipe —dijo Henú mientras trabajaba. Sorei se volvió hacia él y observó cómo sacaban otro cuerpo destrozado de entre los escombros. Misma túnica y mismo fajín.

Otro Ilícito.

Se agachó junto a los demás, tiró de las rocas y metió las manos para ayudar a sacar los cuerpos que se estaban enfriando, aun cuando el corazón le lloraba por su sacrificio. Habían sido seducidos por el traidor Band'orán, juzgados y encarcelados por su traición, y luego liberados bajo juramento de proteger a la familia real. Lo habían cumplido con sus vidas. Juró en ese momento que su historia sería contada.

El corazón dolorido de Sorei latía cada vez más rápido mientras sacaban otro cuerpo, y la armadura plateada de Rinon llamó su atención.

—¡Rinon!

Pero él no respondió, no se movió.

Se inclinó sobre la pila de piedras, estiró ambas manos, con Salo a su lado. Debía mantener la calma, y si él estaba muerto…

Una mano rozó la coraza real, con los dedos pasando apenas sobre el sello de la casa de Or'Talán.

Por favor…

Desesperación por dentro; calma y dura determinación por fuera.

—¡Tirad!

Apareció el yelmo de Rinon, con la cabeza caída hacia un lado. Con los brazos debajo de él, tiraron hasta que emergió el cuerpo entero.

Lo tumbaron y los dedos de Sorei volaron hacia el cuello, tanteando el collarín protector de la armadura. Piel con piel.

Aún caliente.

—Vive.

Que no se le hubiera quebrado la voz fue poco menos que un milagro. Con el corazón rebosante de alegría y el exterior de una comandante serena, se volvió hacia Salo. —Nos dirigimos a las Salas de Curación. ¡Cúbrenos!

Salo asintió, se dio la vuelta y gritó sus órdenes. —¡Dalú! —Una señal manual para avisar de que Rinon estaba vivo—. ¡Vasanth! ¡Dairo! ¡Juven!

Sorei dio unos golpecitos en la mejilla a Rinon; quería arrancarle la máscara de la cara, pero no se atrevió.

Con un gemido, Rinon apartó el rostro de ella.

—Rinon. Escúchame. Tengo que sacarte de aquí. ¿Puedes incorporarte?

Sintió que los músculos de él se tensaban. Rinon lanzó un gruñido, largo y sin aliento. —Es poco probable.

—Inténtalo de nuevo, príncipe. —Ella alcanzó a ver a varios caudillos a lo lejos, reuniéndose, con la vista puesta en Rinon. Habían visto la coraza y seguramente sabían quién era.

—Rápido, Rinon.

Se puso detrás de él y casi lo obligó a enderezarse. Él soltó un grito.

Ella cerró los ojos con fuerza, sabiendo que debía de tener algún hueso roto, que salvarlo le causaría dolor, pero de nuevo recordó la mirada desesperada de Thargodén y sintió que su propia alma se partía en dos.

—¡Sorei! —Fue la advertencia del capitán Bulan. Él también, con toda seguridad, había visto a los caudillos acercarse, con toda una hueste de Señores de la Arena tras ellos. Era demasiado tarde para poner a Rinon a salvo.

Lo arrastró hasta la parte más defendible del muro, junto a un montón de rocas que al menos lo protegerían por un lado. Ignoró los gritos de dolor y lo apoyó contra el muro. Pasando el brazo por

encima del hombro, desenvainó la espada de Rinon y se la puso en las manos magulladas y arañadas.

El príncipe heredero le devolvió la mirada con ojos turbios, con una súplica —una orden— en sus profundidades cargadas de dolor.

Vuelve conmigo.

Ella se puso en pie, caminó hasta una distancia segura de él y desenvainó su hoja Synth. Se tomó un momento para observar cómo más Señores de la Arena entraban a raudales por las puertas principales, congregándose alrededor de su comandante Nim'uán.

Observó la mirada viperino de Gra'dón mientras inspeccionaba la batalla, vio el instante en que se alzó hacia el muro oriental, donde Fel'annár estaba luchando con La Compañía. No había nada que ella pudiera hacer por ellos, suponiendo que siguieran vivos. Por ahora, su deber era para con el príncipe heredero. Se lo había prometido al rey. Se lo había prometido a sí misma.

Sintió la presencia de otros a su lado. A la derecha, Salo y Henú, y a la izquierda, los tres novicios que había visto antes. Dairo, Juven y Vasanth, la extraordinaria hija de Bulan.

Seis elfos contra una docena de caudillos. No era suficiente, pero era todo lo que tenían. O eso había pensado. Bulan y varios guerreros silvanos más se abrieron paso a través de otro grupo de Señores de la Arena y lucharon hasta llegar a ellos.

Bulan hizo girar su poderosa lanza, con la mirada demorándose en Vasanth, y luego se unió al muro protector que separaba a Rinon de una muerte segura. Si había venido por su hija o por deber hacia su rey, ella no podía saberlo; francamente, no le importaba.

Como uno solo, se tensaron y aguardaron preparados con sus armas extendidas, y en la calma antes del enfrentamiento, ella oyó el juramento susurrado de Bulan.

—Ningún enemigo abatirá el linaje de Or'Talán mientras yo viva. —Se volvió hacia Sorei—. ¡Mi juramento!

Él le sostuvo la mirada, oyó sus palabras, con los ojos parpadeando ante el significado que encerraban, tras ellas.

—Y el mío.

Sorei se volvió hacia el frente, hacia los Señores de la Arena que se aproximaban. Recordó las historias de la brutal muerte de

Or'Talán a manos de este mismo enemigo en la Batalla bajo el Sol. Ahora, Bulan había dejado el mando de su flanco izquierdo a Airen para poder asegurarse de que eso no volviera a ocurrir. El respeto que sentía por Bulan palpitó con fuerza. Sí, estaban en inferioridad numérica, los estaban haciendo retroceder, pero con la ayuda de este capitán silvano, juró cumplir su promesa a Thargodén.

O morir en el intento.

Fel'annár caminaba como si estuviera en un sueño, pero nadie se atrevía a detenerlo ni a cuestionarlo, menos que nadie Idernon.

Tensári desenvainó sus hojas y caminó de espaldas tras Fel'annár mientras él avanzaba hacia las almenas, obligándose a no mirar al cielo en busca de Lainon. A su alrededor, Idernon, Carodel, Sontúr y Galdith mantenían las espadas ante ellos mientras Ramien sostenía su hoja y su hacha.

En las manos de Fel'annár, su espada larga y la espada corta de Pan'assár apenas eran visibles bajo la luz creciente que lo envolvía.

Se adentraron en la batalla sin que ninguno de ellos supiera qué haría exactamente Fel'annár, ni cómo usaría la luz. Lo único que los movía era la fe, la certeza de que, si perdían sus vidas, sería por una buena causa, y de que el camino de Fel'annár se completaría, vivieran ellos o no para verlo. Lo único que les importaba ahora era recorrerlo con él, tal como Fel'annár les había pedido.

Fel'annár abatía a todo aquel que osaba acercarse a ellos con una facilidad que nadie de La Compañía había visto jamás, ni siquiera en Gor'sadén. Había un poder en los movimientos del Señor de la Guerra, un eco que los acompañaba, el sonido de una flecha poderosa, los colores de un bosque primaveral demorándose justo detrás.

Fel'annár podía oír la lucha a su alrededor, sentía sus propios miembros mientras blandía las espadas. Podía oír a Gor'sadén a cierta distancia, el sonido único de una hoja Synth en manos de un Maestro Kah. Los sentidos parecían agudizados; podía oír el

chisporroteo de la energía que se vertía en él desde arriba, desde las luces que ahora brillaban con más fuerza.

—¡Espadas, escudos! —Las órdenes de Gor'sadén continuaban resonando por encima del estruendo, pero era imposible no fijarse en Fel'annár y La Compañía mientras se abrían paso a través de los combates hacia el borde. Él veía los colores, observaba cómo se tornaban blancos. Estaba usando la luz, no solo para proyectar sino como un arma, tal como había hecho en la meseta.

Sontúr gritó mientras rebanaba la garganta de su oponente con su daga y se agachaba bajo el arco de sangre. Se acercaban a la primera línea de combate, donde se alzaba la última de las torres de asedio y el grueso de sus bajas yacía esparcido por el suelo. Estaban siendo obligados a retroceder y aún surgían más Señores de la Arena que preparaban sus lanzas de fuego.

Su círculo se expandió lo suficiente para que Fel'annár desenvainara a Harvest. Golpeó el cuello de un Señor de la Arena y giró su lanza, golpeando a los escarabajos que revoloteaban justo fuera de la bruma de luz. Estos se volvieron contra él, chasqueando las pinzas con furia, pero no lograban penetrar el aura que lo rodeaba.

Él extendió la mano libre y, desde ella, una bola translúcida salió disparada, impactando contra los insectos y haciéndolos añicos.

Fel'annár dio una vuelta sobre sí mismo, atravesó el brazo de un Señor de la Arena y luego se volvió hacia otros dos. La luz de arriba parecía casi caer en las manos, concentrándose allí hasta que se formó otra esfera, esta vez más grande. La lanzó contra los guerreros que cargaban y vio cómo impactaba contra ellos, haciéndolos salir volando por los aires.

Un grito desde atrás; Galdith se tambaleó hacia un lado, cayó sobre una rodilla y Carodel saltó frente a él, arremetiendo contra el Señor de la Arena que había herido al Guerrero Feroz. Sontúr se unió a él y lo mató con rapidez.

—¡Abajo! —gritó Fel'annár.

Carodel y Sontúr se lanzaron al suelo justo a tiempo para evitar una oleada de luz blanca y calor. Un viento sobre ellos, gritos detrás

y se volvieron. Tres Señores de la Arena luchaban por ponerse en pie tras la explosión. Tensári y Ramien se lanzaron sobre ellos.

Incrédulos, Carodel y Sontúr se volvieron hacia Fel'annár. Él estaba inmóvil, como alguien que acababa de ejecutar una postura de combate cuerpo a cuerpo, con la palma hacia el frente, pero no había tocado a nadie. Se incorporó lentamente, mirándose la mano con asombro.

Calor, una presión tras los ojos; el Dohai aumentaba, mezclándose con las luces sobre su cabeza. Levantó la vista hacia las estelas de color y vio las partículas en su interior, como agua fluyendo lentamente.

Poder, una fuerza nunca antes sentida; giró a Harvest a su alrededor, golpeó a su oponente y lo vio salir volando por encima de las almenas; un instante después se oyó el peculiar sonido de un trueno.

Tres Señores de la Arena cargaron contra él. Se hizo a un lado, descargó a Harvest sobre uno de ellos y casi lo partió en dos. Saltó sobre los otros dos, giró en el aire y aterrizó detrás de ellos, y luego extendió ambas manos con los dedos estirados. La luz se acumuló y luego salió de él a raudales, a través de las manos y hacia sus enemigos.

Gritaron cuando la onda de choque los alcanzó; se estrellaron contra una columna y cayeron al suelo como si no tuvieran huesos.

Desde cerca, Gor'sadén, Hobin y Zéndar observaban este nuevo poder que Fel'annár blandía mientras luchaban. Era un torbellino de fuerza enfurecido, un Maestro Kah lanzando esferas de energía luminosa a los demás. No era fuego, sino algún tipo de energía que podía repeler las cosas. Gor'sadén ya había visto esto antes, durante la carga de las Hermanas en el Bosque Xérico. Habían creado una onda sonora que había lanzado a los invasores hacia atrás, enviando sus flechas en llamas contra sus propias filas.

Fel'annár soltó una patada y alcanzó a un Señor de la Arena bajo la barbilla con un crujido resonante. Se apartó, con la sangre fluyendo de la boca del oponente, solo para que un enjambre de escarabajos aprovechara su vulnerabilidad. Fel'annár se alejó de su

víctima y se impulsó hacia delante, pero un grupo de guerreros trabados en combate chocó contra él.

Extendió la mano para amortiguar la caída y debería haberse estrellado contra el suelo, pero no fue así. En lugar de eso, aterrizó suavemente sobre las rodillas. El rostro de Tensári cruzó fugazmente la mente y desapareció. Hizo amago de ponerse en pie, pero se quedó inmóvil a mitad de camino. Ante él, una luciérnaga revoloteaba.

Las luciérnagas solían aparecer en sus momentos de necesidad.

Giró la cabeza hacia el horizonte oriental; la voz de los árboles resonaba en la cabeza.

Se aproximan.

Lainon. *Tenía* que ser Lainon…

¿Pero dónde estaban los Shirán?

Y entonces advirtió que los contornos de la sombra parpadeaban.

¡Alas! Alas batiendo salvajemente, como si cargaran con algo pesado.

Tensári y Sontúr luchaban a su izquierda, Idernon a su derecha y, en algún lugar por detrás, Ramien, Carodel y Galdith. Pero Fel'annár estaba hipnotizado por la sombra creciente, por el objeto pesado que los Shirán parecían transportar.

—¿Fel'annár? Fue el grito desesperado de Gor'sadén desde un punto más alejado de las murallas. Había visto la sombra y debía saber qué era. Pero él solo pudo negar con la cabeza, entornando los ojos mientras forzaba la vista.

Bajo las murallas, los Señores de la Arena alzaron la vista hacia la sombra que se arrastraba sobre ellos. Se oían los gritos de los comandantes enemigos, seguramente intentando tranquilizar a sus guerreros. Fel'annár podía ver la sombra desde los muros, pero desde abajo, el espectáculo sería bien distinto.

La luciérnaga revoloteó ante él y luego voló hacia arriba, antes de separarse en tres. Cada una se dirigió a un punto diferente del cielo, hacia donde Fel'annár podía ver ahora sombras distintas; no una, sino tres.

Las crípticas palabras de Zéndar acudieron de nuevo a la mente.

Vienen las velas que ardieron frente a las costas de Dan'bar…

Zéndar era Shirán. De todos ellos, *él* sabía lo que era aquello. Nada de palabras crípticas. Sus palabras habían sido *literales*.

Las tres sombras eran velas. Velas pelágicas, cosidas entre sí para crear tres vastas piezas de tela.

De todas las cosas que se podían llevar a una batalla terrestre, ¿los Shirán habían traído *velas*?

—¡Fel'annár! —Un grito de advertencia de Ramien; un Señor de la Arena se quedó congelado en el aire, con la hoja lista para segarle la cabeza y una flecha atravesándole la sien. Fel'annár miró a Idernon con la mirada desorbitada, pero pronto la vista volvió al sureste, hacia las tres motas doradas que flotaban en el cielo, marcando la posición de las tres velas como un mapa táctico en el aire.

¿Pero por qué habían traído velas? ¿Qué podían hacer desde allí, al borde de las murallas?

Fuego

Frunció el ceño y sacudió la cabeza con frustración.

Fuego Azul.

Fuego Azul… nunca había visto fuego azul.

Vienen las velas que ardieron frente a las costas de Dan'bar, para cambiar el rumbo de la guerra.

Las palabras de Zéndar se abrieron paso a sangre y fuego en la mente, y gritó, a pesar de que aún no comprendía sus implicaciones.

—¡Fuego Pelágico!

Los Shirán habían encontrado la forma de transportar el Fuego Pelágico. Habían impregnado sus velas con él, seguramente con la intención de lanzarlas sobre el enemigo fuera de las murallas. Todo lo que Fel'annár debía hacer era prenderles fuego.

¡Por los Dioses, era una auténtica genialidad! El Fuego Pelágico era demasiado volátil para ser transportado por tierra. ¿Pero por aire? ¿Sin que tuviera que caer desde un recipiente?

Un sonido de incredulidad borboteó en la boca. Jadeó asombrado y con un respeto absoluto por la mente que había ideado tal plan. Pero el júbilo cedió de inmediato el paso a una sensación de vacío en el estómago. No quedaban flechas, e incluso si las hubiera, las

velas estaban demasiado lejos. Cualquier proyectil capaz de arder se quedaría corto.

La mirada recorrió desesperadamente la batalla en las murallas, pero la única fuente de fuego que alcanzó a ver fueron las dos torres de asedio acopladas.

Estaban acribilladas de flechas incendiarias, llenas de Señores de la Arena con lanzas de fuego, y las antorchas ardían en las torres.

Fel'annár ya tenía la respuesta. Pero ¿podría *hacerlo*?

El sol, la luna y las nubes están contigo, Ber'anor.

—¡Gor'sadén!

El comandante se sobresaltó, mató a su oponente y corrió hacia el resplandeciente Señor de la Guerra y La Compañía. Se agruparon, con las cabezas gachas, agarrándose a las ropas de los demás mientras La Compañía y Zéndar los mantenían a salvo.

—Los Shirán han traído el Fuego Pelágico.

—Pero…

—No hay tiempo para preguntas. Escúchame. Hay tres velas impregnadas. Los Shirán las lanzarán sobre el enemigo fuera de las puertas. Debemos prenderlas.

—No hay flechas, Fel'annár. Ni lanzas, no nos queda nada —dijo Gor'sadén.

—Tengo el Dohai. Puedo hacerlo. Tú me has enseñado y ahora debes *confiar* en mí. —Tiró con fuerza de la hombrera de Gor'sadén, atrayéndolo hacia sí—. Cuando use la luz sobre la torre de asedio, corre. Corre a cubrirte y saca a nuestros guerreros de las murallas, al patio.

—Tú…

—Sé que no lo entiendes. El Fuego es volátil. Necesito que mantengas a nuestros guerreros *a salvo*.

—Fel'annár…

Unos ojos brillantes clavaron la vista en Gor'sadén. —Nos volveremos a ver, lo juro. Gracias… por todo, *padre*.

Fel'annár apartó a Gor'sadén de un empujón y gritó—. ¡Vete! ¡Llévanos a la victoria, comandante!

Con lágrimas en los ojos, Gor'sadén bramó sus órdenes, incluso mientras la mirada permanecía fija en su hijo. —¡Preparaos para la

retirada! ¡A mi orden! —Se dio la vuelta y marchó a lo largo de las filas de guerreros.

—¡Las sombras! ¡Están cayendo!

Fel'annár se giró hacia el espectáculo que le aguardaba más allá de los muros.

Las velas habían empezado a caer mientras el viento se embolsaba bajo ellas, formando tres lágrimas que descendían del cielo. Velas cargadas de llanto, las lágrimas de miles por las vidas que se habían perdido en Pelagia. Desde cada esquina, los Shirán tiraban hacia abajo.

Se oyeron gritos desde las murallas y desde las huestes de Gra'dón en el exterior, mientras las tres lágrimas se aplanaban al ser maniobradas por los Shirán, que luego las soltaron.

Cúpulas de lona impregnada descendieron sobre los chillantes y aullantes Señores de la Arena a lo largo del muro oriental y ante las destrozadas puertas de la ciudad.

Las esquinas de la tela se nivelaron justo antes de caer al suelo, con el sonido de aves graznando por todas partes.

Gor'sadén corrió hacia las almenas, miró más allá de las torres de asedio hacia las velas y observó cómo el ejército de Gra'dón las pinchaba con sus hojas; gritos ahogados, puntas de espada emergiendo de bajo el pesado material. Lo desgarraban, lo hacían trizas, intentando liberarse desesperadamente. Aquellos que conseguían salir por las rendijas de la tela se arañaban la cara, gritando algo que casi paralizó a los Señores de la Arena que luchaban en las murallas.

Fel'annár no debería haber sido capaz de oír el desgarro de las velas ni el suave repiqueteo de las partículas que centelleaban dentro de la luz. Alzó la vista, estiró el brazo y tiró de un jirón verde. La luz se concentró en la mano, como si hubiera arrancado una hoja de un árbol. La contempló pensativo y luego alargó la otra mano.

Tiró de un rayo azul que se entrelazaba con el púrpura y luego abrió los brazos; oyó los gritos de advertencia a su alrededor, las súplicas para que bajara de las almenas sobre las que ahora se erguía, mientras haces de luz parecían sostenerlo allí donde estaba.

Con los ojos ardiendo en verde, Fel'annár invocó al Dohai, recordando sus primerísimas clases con Gor'sadén y Pan'assár, cuando aprendió por primera vez sobre la proyección.

Siente tu mano mientras empuja a través del aire, siente su resistencia… La carne hormiguea con la energía que conjuras.

El cuerpo estaba encendido por ella, era uno con ella. Rígido como la piedra, cerró los ojos ante la embestida.

Siente el poder mientras inunda tus músculos, moviéndolos con una fuerza templada. El Dohai centra tu poder, te permite controlarlo.

Control. Todo lo que sabía era que debía crear una ráfaga lo suficientemente fuerte como para derribar las torres de asedio, permitiendo que las flechas incendiarias clavadas en ellas, las lanzas de fuego y las antorchas prendieran las velas.

Siente la tierra bajo tus pies… el aire a tu alrededor. Bebe de la luz: la tierra te servirá de anclaje.

Dentro de los rayos de luz sobre él, a su alrededor, en las manos, aparecieron puntos de luces doradas. Las luciérnagas eran parte de la luz, parte del Dohai. El poder lo presionaba; cerró los ojos para evitar que se le salieran de las órbitas. No podía contenerlo más.

Abrió los ojos de par en par, con una luz verde fulgurando hacia fuera, el cuerpo reluciendo y chispeando, con luz irradiando de cada poro de la piel. Oyó el grito desesperado de Gor'sadén a lo lejos, sabiendo que podría ser lo último que escuchara en Bel'arán.

—¡¡Retirada!! ¡¡Retroceded!!

La secuencia concluye y el guerrero está listo.

Los rayos de luz se acumularon en las manos y él las extendió, apuntando a lo más alto de la torre de asedio más cercana. La luz estalló y luego se propagó hacia fuera en ondas, un anillo de destrucción que engulló todo a su paso.

Los Señores de la Arena caían de las pasarelas, mientras el techo y los laterales del nivel superior de la torre salían volando. En el interior, aterrorizados Señores de la Arena permanecían junto a grandes antorchas, con lanzas de fuego en las manos. Pero no había más camino que el de las pasarelas.

Un gemido crujiente y la estructura se ladeó hacia un costado. Pero la mirada de Fel'annár estaba fija en las flechas y lanzas de fuego, las mismas armas que habían reaccionado con el Fuego Pelágico y llevado a la ruina a toda la flota pelágica.

Alzó las manos, sintió la luz entrelazándose con los dedos, con los brazos, y la proyectó, lanzándola lejos con todas sus fuerzas.

Una oleada de energía abrasadora y cegadora chocó contra la vacilante torre, empujándola de lado. La torre fue volada en pedazos, con cientos de Señores de la Arena gritando mientras sus lanzas de fuego se volvían contra ellos. Ardieron mientras las pasarelas volaban sobre los muros.

Fel'annár observó cómo fragmentos de madera, chispas de fuego y cuerpos en llamas salían despedidos hacia fuera, pero nada de los escombros lo tocó a él ni a La Compañía. La torre de asedio se escoró lateralmente y comenzó a caer. Desde algún lugar a su izquierda, oyó la voz de Gor'sadén.

—¡¡Retirada!! ¡¡A las puertas!!

Los elfos corrieron, dirigiéndose a las escaleras que bajaban hacia donde la batalla arreciaba ante las puertas. Apenas unos instantes después, la torre de asedio en llamas se estrelló contra el suelo, sobre la primera vela pelágica que cubría al maltrecho ejército calraziano. Chispas de madera ardiendo, escombros y cuerpos golpearon la tela impregnada, dispersándose por los vientos del Dohai.

Fel'annár vio cómo una onda azul se encendía y luego se expandía, como una ola rompiendo en la playa con la marea alta.

Demasiado cerca de las murallas…

Alzó los brazos una vez más y trazó un semicírculo en el aire. En la mente, pidió protección, tal como había hecho cuando cayó de las murallas.

Una cúpula translúcida se formó alrededor de él y de La Compañía, justo a tiempo para protegerlos de una cadena de explosiones que sacudió la torre de asedio restante y las llanuras de más allá; sus ondas expansivas chocaron contra la luz trémula y ondulante.

Las murallas se estremecieron bajo ellos, y un maremoto de llamas azules ascendió desde las almenas, pasó sobre ellos pero no pudo tocarlos. Tras el escudo de luz, Fel'annár permaneció erguido mientras los de La Compañía se agachaban, con las manos instintivamente ante los rostros.

Gritos y chillidos, la noche se bañó en azul, el olor a aceite y carne quemada, los sonidos de puro terror y agonía. El ejército de Señores de la Arena y bestias de Gra'dón más allá de las puertas estaba ardiendo, mientras la última torre de asedio se colapsaba en el infierno azul.

Fel'annár observó la destrucción allá abajo y, cuando las deflagraciones y explosiones cesaron y las llamas empezaron a arder de forma constante, pasó la mano ante sí, viendo cómo la cúpula de luz se disipaba. Se tambaleó hacia un lado, apoyando la mano en la almena frente a él para estabilizarse.

Aquellos atrapados bajo las velas seguramente habían perecido con misericordiosa rapidez, pero el fuego pelágico se estaba extendiendo de guerrero en guerrero, de fila en fila. Los Señores de la Arena corrían sin rumbo fijo, salvo hacia su propia muerte. Las llamas casi habían alcanzado las puertas principales, y aquellos que no habían sido atrapados en las deflagraciones iniciales empezaron a entrar a raudales en la ciudad.

Con el ejército de Gra'dón ardiendo en azul fuera de las puertas, las posibilidades se habían igualado. Recordó su promesa a Aria y supo que había una oportunidad de ganar esta guerra sin la intervención total de los Shirán.

Miró hacia arriba, a las aves que volaban a gran altura, flotando, esperando.

Levantando ambas manos por encima de la cabeza, las cruzó en una señal que rogó que los Shirán comprendieran.

Esperad.

CAPÍTULO 27

Fuego y Luz

Bulan empuñaba su lanza tal y como su padre le había enseñado. Al lado del capitán silvano, Sorei luchaba como un torbellino; su hoja de Synth segaba cabezas y miembros con una facilidad muy superior a la de cualquier otro maestro de la espada que Bulan hubiera visto jamás.

Los jóvenes capitanes silvanos Salo y Henú luchaban con ellos y, al lado de Henú, tres novicios: Dairo, Juven y Vasanth, la propia hija de Bulan. Él intentó ignorarlo, recordándose a sí mismo que ella era una novicia, una futura guerrera de la División del Bosque.

Pero no había tiempo para distracciones. Había luces extrañas en el cielo, y Gra'dón claramente había ordenado a sus cabecillas que mataran a Rinon o lo capturaran vivo. Cuando uno de ellos caía, otros acudían para ocupar su lugar.

Miró de reojo a Vasanth y la vio tropezar y rodar para alejarse.

—¡Cuidado! —Una ráfaga a su izquierda y Henú cargó contra una cimitarra que pendía sobre la cabeza de Bulan. El Señor de la Arena se tambaleó hacia delante y Bulan lo mató; asintió a Henú y se reprendió a sí mismo por su estúpida distracción.

Con los corazones latiendo con fuerza en sus oídos, el estruendo del metal chirriante y los gruñidos de dolor y esfuerzo, apenas lograban mantener la línea que separaba el montón de escombros

tras el cual habían tendido al príncipe heredero y le habían puesto una espada en las manos.

No es que fuera capaz de levantarla.

Sintió un dolor punzante en la parte superior del brazo; Bulan lanzó un tajo con su daga y rajó la cara de su enemigo.

Oyó el bramido de mando característico de Gor'sadén. Estaba ordenando una retirada. El corazón de Bulan se hundió, pues aquello seguramente significaba que las murallas habían sido invadidas. Las torres de asedio se habían acoplado y los parapetos debían de haber caído. Pronto se verían asaltados por dos flancos: desde las puertas y desde las murallas.

La derrota estaba a solo unos instantes de distancia.

Levantó la vista hacia las luces que convergían y se preguntó brevemente dónde terminarían. Pero un sonido estaba creciendo, cada vez más fuerte hasta que la lucha casi se detuvo y los guerreros se volvieron hacia un nuevo peligro, uno que no podían ver.

Un estruendo ensordecedor resonó sobre ellos, y se agacharon, cubriéndose la cabeza. Aún con vida, alzaron la vista hacia la burbuja azul que crecía a su alrededor, como un palacio de cristal que aún se estuviera formando, expandiéndose y envolviéndolos.

Un ruido giratorio y crepitante llegó desde los cielos y luego gritos, advertencias para alejarse de los muros, para ponerse a cubierto. Bulan sacudió la cabeza y se apartó de la trayectoria de una espada que buscaba el pecho.

Bulan solo tuvo tiempo de mirar hacia las puertas destrozadas. Una nube de fuego azul se abalanzaba hacia ellos desde el exterior, expandiéndose. Los engulliría en segundos.

—¡¡Corred!! ¡¡Poneos a cubierto!!

Los defensores de Rinon retrocedieron corriendo, saltaron sobre el montón de escombros y se cubrieron la cabeza mientras sus oponentes permanecían allí confundidos.

Las rugientes nubes azules los envolvieron; sus alaridos quedaron amortiguados por el ruido ensordecedor, mientras otros se refugiaban tras cualquier cosa que pudieran encontrar.

Los guerreros se empujaban unos a otros para ponerse a salvo mientras otros quedaban atrapados en la destrucción, con las ropas ya ardiendo.

Los Señores de la Arena corrían de un lado a otro, buscando a Gra'dón para recibir órdenes. Pero el Nim'uán permanecía observando, con su mente ágil seguramente deduciendo la naturaleza del fuego.

Desde las torres, los guerreros élficos irrumpieron en el patio y, con un grito poderoso, cargaron contra los confundidos Señores de la Arena.

Los que ya estaban allí vitorearon mientras luchaban. Lo que fuera que hubiera sucedido en las murallas, no era lo que habían temido. No era una derrota.

Olía a victoria.

La esperanza había regresado a los guerreros élficos de Ea Uaré, y lucharon como nunca antes lo habían hecho.

El capitán Airen y el teniente Enar luchaban codo con codo, con una fuerza renovada en sus golpes. Seguramente podían olerlo, ver su neblina, sentir la justicia de su llegada y lo apropiado que era que los invasores de su patria cayeran ante su arma más poderosa, aquí en tierra, contra todo pronóstico. Mientras abatían a sus enemigos, gritaban una y otra vez, con los ojos encendidos y los corazones a punto de estallar.

—¡Fuego Pelágico! ¡Fuego Pelágico!

Más vítores resonaron a su alrededor y Bulan casi sonrió. Divisó a Gor'sadén y a Hobin, su compañero de nuevo a su lado.

Bulan se puso en pie, y Henú, Salo, Sorei y los novicios hicieron lo mismo. La mirada del capitán se detuvo en su hija, agotada por el combate, pero aún había fuego en la expresión. Ojos silvanos, los ojos de su madre, el mismo espíritu guerrero en ella.

Los recuerdos inundaron la mente de Bulan, recuerdos de tiempos más brillantes en los que el amor lo había bendecido, y aunque la batalla estaba lejos de terminar, las probabilidades se habían igualado. Tenían una oportunidad y Bulan la aprovecharía porque aquel recordatorio de aquello por lo que luchaba había resultado lacerante. Lucharía por aquel espíritu en la mirada de

Vasanth, por el amor en los ojos de su madre y por el dolor y el arrepentimiento en los de su hermana.

—Mantendré a salvo al príncipe. Idos.

Bulan se dio la vuelta y vio a Sorei de pie sobre Rinon con la espada en la mano. Él asintió y se juró que, cuando todo aquello terminara, volvería a hablar con ella para conocer a la mujer que había detrás de la capitana que se había ganado su respeto.

Se lanzaron de nuevo a la batalla y, al no haber más cabecillas dirigiéndose hacia Rinon, Bulan pronto estuvo lo bastante cerca de Gor'sadén como para escuchar su informe. Salo, Henú, Hobin y su compañero permanecían juntos con los tres novicios, formando un escudo alrededor del comandante y el capitán mientras hablaban.

La voz de Gor'sadén era jadeante y rápida, inusualmente emocionada. Lo que fuera que hubiera ocurrido en las murallas había sido suficiente para conmocionar a un Maestro Kah.

—Los Arimals han venido cargando con velas. Estaban impregnadas de Fuego Pelágico. Las han soltado sobre el enemigo más allá de los muros y Fel'annár ha conjurado el Dohai. Se *queman,* Bulan, y tenemos una oportunidad de ganar esta guerra.

Bulan lo comprendió de pronto. Arimals. Los pájaros sobre sus cabezas eran *Shirán,* como Lainon. Se preguntó brevemente si su padre sería uno de ellos.

—Toma el mando del campo, Gor'sadén. El príncipe heredero está herido. Debo llevarlo a salvo a las Salas de Curación.

—De acuerdo. Pero vuelve tan rápido como puedas. Gra'dón irá a por Fel'annár tarde o temprano. Debo estar con él cuando eso ocurra. Bulan siguió la mirada del comandante hacia la burbuja de luz de las murallas, ahora más tenue, y luego hacia el norte y el bosque lejano, que aún protegía a su gente. Fel'annár seguía vivo.

—¿Qué *es* eso?

Gor'sadén alzó la vista. —Creo que es el Dohai de los bosques. Se lo han prestado a su Señor de la Guerra.

—¿Pero cómo?

Gor'sadén sacudía la cabeza. —Ha sido como observar lo invisible, *ver* una proyección, si es que eso tiene algún sentido para ti.

No lo tenía, pero Bulan sabía que era toda la explicación que iba a recibir. Le dio una palmada al comandante en el hombro.

—¿Queda alguno fuera de los muros?

—Quién sabe. Pero todavía quedan muchos de los que ocuparnos aquí.

Gor'sadén se volvió hacia Bulan. —Lleva a tu príncipe y regresa. Te necesitamos aquí. La marea está cambiando. Todavía podemos ganar esta guerra, pero existe la posibilidad de que Gra'dón cambie de táctica ahora. Hemos visto cómo ha ido a por Rinon. Ahora puede que su objetivo sea Fel'annár y quizás el rey y su familia. Puede que lo único que le quede sea el chantaje.

—Tendría sentido: obligarnos a rendirnos. Volveré en cuanto haya asegurado a Rinon y al rey. Debemos ocultarlos, incluso en las Salas de Curación.

—A Thargodén no le gustará eso.

—No, no le gustará —confirmó Bulan—. Que te vaya bien, Gor'sadén de Tar'eastór.

Gor'sadén logró esbozar una sonrisa y luego se alejó, con las órdenes brotando de la boca.

Su ejército estaba ardiendo con la misma arma que había codiciado desde su llegada a las costas de Pelagia.

¿Cómo la habían transportado sin que su ejército la viera? ¿Dónde la habían escondido? Había recorrido la isla, torturado y matado por su secreto.

Pero más que su descubrimiento, era el método por el cual había sido empleada. Había oído las órdenes, entendido el idioma élfico que su madre le había enseñado. Habían impregnado velas, y los pájaros las habían traído, habían cubierto a su ejército con ellas y luego les habían prendido fuego.

Era una genialidad. Gra'dón estaba lívido.

No había podido verlo desde donde estaba luchando, pero había visto las luces, y comprendido lo suficiente como para saber que el

mago debía morir ya, antes de que Gra'dón se quedara sin alternativas. Tal como estaban las cosas, su plan principal se había frustrado.

Pero esta guerra estaba lejos de terminar.

Tenía guerreros suficientes, aún tenía cabecillas y Sabuesos. Encontraría a la familia real, los tomaría como rehenes y obligaría a su pueblo a someterse. Pero para que este plan secundario funcionara, Gra'dón debía encargarse de los pájaros: matar al propio mago.

Alzó la mano hacia una de las tallas de serpiente de su yelmo y rozó con un dedo el cuerpo liso. Esta se inclinó ante su contacto, fiel servidora. Retiró la mano para que la otra no sintiera celos.

Con el mago muerto y la familia del rey capturada, Gra'dón desplegaría más guerreros de Pelagia y reconstruiría su nuevo reino, lo aseguraría con los caudillos que quedasen. Solo entonces marcharía hacia el norte, hacia Araria y más allá.

Lo haría por los inmortales que habían partido, pero que nunca se encontrarían a sí mismos porque la vida había sido demasiado dolorosa, porque vivir una eternidad con ese dolor era el peor de todos los suplicios. No volvería a ver a su madre. Nunca vería a su abuela, por el dolor que los Ari'atór les habían infligido, porque ella, al igual que su hija, se había quitado la vida.

¿Cuántas historias como la suya podrían contar otros? ¿Semielfos o humanos, destruidos por el peso de la mortalidad, el horror de la muerte... su irrevocabilidad? El derecho de Gra'dón sobre estas tierras inmortales era legítimo y era justo.

Gra'dón apretó la mandíbula, sintió que la cólera hervía en su interior y alzó la vista hacia las almenas. Las luces habían venido de allí, habían destruido a sus tropas fuera de los muros.

Diez mil guerreros, Sabuesos y Lagartos, las Huestes de Gharzakan... no había sido suficiente contra el mago.

Pero el propio Gra'dón sí lo sería.

El Camino Oscuro seguía a oscuras.

Al principio, habían caminado hacia abajo, adentrándose en la opresiva humedad de un túnel subterráneo, apenas lo bastante ancho para un elfo adulto. Nadie hablaba, pues seguramente estaban tan en guerra consigo mismos como lo estaba Handir.

Caminaban bajo tierra, a mucha profundidad, y de vez en cuando, el repiqueteo de tierra suelta caía sobre ellos; Handir los instaba a seguir moviéndose, a pensar solo en el bosque que los aguardaba.

El camino se había nivelado hacía algún tiempo, pero ahora, por primera vez, sentía que ascendía. La idea del aire fresco casi hizo que Handir se desmayara, y alargó el brazo para sostenerse en la pared a su lado. Apenas podía verla con la escasa luz que les proporcionaba su antorcha.

Casi estamos, se dijo.

Pensó en Fel'annár y su Compañía, en su padre, en Rinon y Maeneth. Pensó en Turion y Hobin, en Bulan y su joven hija novicia. Se preguntó si seguirían vivos, si la ciudad seguiría intacta o si se habría desmoronado bajo el martillo de guerra del enemigo.

¿Acaso le quedaba un hogar al que regresar?

El aire estaba cambiando. Era más fresco, más frío, y su pregunta infantil burbujeó en el fondo de la garganta. La contuvo allí, se imaginó diciéndola y se estremeció de vergüenza.

¿Ya hemos llegado?

Handir sostuvo la antorcha sobre la cabeza. Vio una puerta.

Cerró los ojos con absoluto alivio y luego volvió a abrirlos, con el estómago encogido. Estaba a pocos instantes de ver la ciudad desde la linde del bosque, de conocer el destino de su pueblo, de su beligerante familia.

Buscó en el bolsillo y sacó una llave. Al deslizarla en la cerradura, le dio la vuelta. La puerta hizo clic, se abrió con un chirrido y el aire fresco los golpeó.

Murmullos de alivio llegaron desde atrás, y salieron a una habitación llena de camas. Estaban en los Barracones de la Ciudad Exterior.

Handir miró por la ventana. Era de noche. Y entonces frunció el ceño. Había demasiada claridad. Se volvió hacia Aradan, Amareth y Erthoron, con el corazón martilleándole en el pecho y un hedor acre acumulándose en el fondo de la garganta. —Una luna creciente no da tanta luz.

Handir se dirigió a la ventana más cercana. Sobre las llanuras, la ciudad de Ea Uaré estaba envuelta en un fuego azul brumoso. El olor de los vapores amargos no lograba tapar del todo el olor a carne quemada, ni mitigar los gritos desgarradores. Quiso vomitar, y luego se sobresaltó cuando Aradan habló.

—Fuego Pelágico.

—Eso no es posible. No se puede transportar por tierra.

—No me equivoco, príncipe. Conozco ese olor.

La pregunta era: ¿quién lo había usado? ¿Su propio pueblo o el enemigo? Handir escudriñó la distancia, hacia donde la luz era más intensa.

—Parece estar fuera de los muros.

Aradan asintió lentamente. —Sí, lo parece. Esto es... inesperado. —Se volvió hacia Handir y los demás que se habían congregado alrededor, con los ojos fijos en la lejana ciudad. Amareth corrió al fondo de la sala y miró por una ventana que daba al norte.

—Los árboles aún se mueven.

—Fel'annár está vivo —declaró Handir. Miró a Eloran, que se había colocado justo detrás de él.

—¡Vamos! ¡Busquemos refugio! —Handir caminó hacia la puerta del fondo, la abrió apenas un poco y miró afuera.

—¿Nos dejarán entrar? —preguntó una mujer. Eloran se volvió hacia ella y sonrió con valentía.

—Yo estaba en aquel primer grupo de refugiados con Narosén. Corrimos a ciegas entre los árboles retorcidos. Mataron a los Desviados, pero no a nosotros. Distinguen a los amigos de los enemigos.

Handir le sonrió, conmovido por la fe ciega de Eloran en su Señor de la Guerra.

Handir salió, echó un último vistazo a la ciudad sitiada a sus espaldas y luego se volvió hacia la linde del bosque. Ante ella,

permanecía una figura solitaria.

Era una visión extraña, una figura peculiar, algo no encajaba y la mirada de Handir recorrió aquel extraño espectáculo.

Era un hombre, al menos eso creía él. El pelo largo estaba suelto, descuidado, y la capa que lo cubría parecía demasiado gruesa.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

El hombre no respondió y la mirada de Handir continuó su búsqueda de información. La capa del extraño era de cuero, advirtió. Se sobresaltó cuando Eloran gritó.

—¡Mirad sus *pies*!

Un grito ahogado, un jadeo de horror y luego otro. Handir retrocedió, al igual que sus compañeros, mientras un escalofrío le recorría toda la columna vertebral.

Un clic, y luego otro. El sonido de insectos en una noche de lluvia, y la figura abrió los brazos.

No era una capa. ¡Eran alas! La figura vestía una armadura de cuero y, sinceramente, a Handir le pareció que parecía un escarabajo.

Paralizado por el miedo, Handir registró la linde del bosque, frenético por encontrar una forma de pasar junto a la criatura. Pero Handir no era un guerrero. No tenía idea de qué era aquello, ni de cómo proteger a su gente de ello.

Observó cómo la mandíbula parecía desencajarse y, de las profundidades negras, un puñado de escarabajos de ojos rojos brotó de la boca. Tosió, luego tuvo arcadas, echándose las manos a la garganta.

—¡Tapaos la boca!

Una voz a sus espaldas hizo que Handir se volviera bruscamente con los ojos desorbitados.

—Apártense, príncipe.

Macurian. Era Macurian el que estaba allí con una docena de Ilícitos, con las máscaras bien puestas. El ex-Sombra lo miró con la espada desenvainada.

—Oban. ¡Llévalos a la linde del bosque!

—Teniente.

—Nor y yo lo distraeremos tanto tiempo como necesites. Si fallamos, mantén a salvo al príncipe.

Oban asintió a regañadientes. —Ha sido un placer servir contigo, Macurian.

—Y el mío con todos vosotros. Marchaos. Ahora le debéis lealtad al príncipe Handir. Nor, conmigo.

El capitán vestido de negro hizo un gesto al príncipe y a los civiles, mientras tres Ilícitos más cerraban la marcha.

Macurian observó lo suficiente para saber que estarían a salvo; solo podía rezar para que la bestia no fuera tras ellos.

No lo hizo. En su lugar, lo miró fijamente y la mirada de Macurian recorrió desde el pelo hasta los pies invertidos. Intentaba escupirle escarabajos, abriendo y cerrando la mandíbula con un espantoso chasquido y crujido. Había resultado dañado y vio cómo la saliva goteaba de un lado de los labios coriáceos.

—Está herido. Mira. —Nor señaló un ala carbonizada y hecha jirones.

—¿Empezamos? —preguntó Macurian. Pero no esperó respuesta. Juntos, los dos Ilícitos corrieron y la bestia chilló al emprender el vuelo.

No fue un vuelo elegante, pero la bestia no estaba tan herida como Macurian esperaba. Con un nudo en el estómago, lanzó una estocada, pero la espada no cortó más que el aire. Pero si aquel espectro escarabajo había pensado en escapar, se equivocaba. Con un ala rota, se cernía inestable sobre ellos, incapaz de volar más alto. Macurian y Nor avanzaron, esquivando por poco el golpe de un ala acorazada. Una bota se estrelló contra la cara de Nor, que cayó hacia atrás, evitando por los pelos un ala coriácea. Lanzó una estocada hacia arriba, pero el espectro era demasiado rápido.

La bestia voló hacia Nor. Él rodó fuera de su camino, esquivando por poco las pinzas que chasqueaban. Viró, dirigiéndose hacia donde Macurian esperaba listo.

Gritó, con el pelo negro ondeando tras la cara blanca y pálida. Evitando la hoja de Macurian, se abalanzó contra él, derribándolo. Nor corrió y luego saltó, estrellando las botas contra la columna

ósea. El espectro se volvió y le escupió; él rodó para alejarse, dando tiempo a Macurian para ponerse en pie.

Se oyó el sonido de cascos galopando y Macurian se volvió ante la vista de elfos montados. A la cabeza iba su capitán, con una banda gris ondeando tras él.

Macurian y Nor saltaron fuera de su camino justo cuando el capitán lanzaba su daga, dándole al espectro en la cara. Este se desplomó contra el suelo y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, una espada le segó la cabeza.

Macurian y Nor se levantaron lentamente, se sacudieron la ropa y fijaron la vista en la banda gris de su salvador.

—¿Quién es usted?

—Soy el capitán Eramor.

Handir quería mirar atrás, pero no se atrevía. El terreno era irregular y los Ilícitos los apresuraban.

Alaridos y extraños chasquidos, el sonido de hojas golpeando el cuero y el zumbido de alas pesadas. La batalla era feroz y Handir advirtió que no quería que Macurian muriera. Le había cogido cariño al irreverente Sombra, a pesar de todo lo que había hecho contra su familia.

Las raíces retorcidas se alzaban ante ellos, una visión tan aterradora como la que dejaban atrás. Eloran les había dicho que los árboles distinguían al amigo del enemigo, que tuvieran fe, y Handir miró de reojo al muchacho, viendo sus ojos muy abiertos. La boca seguramente estaba igual de abierta bajo la máscara.

Handir oyó a Amareth llamar, vio las manos buscando los árboles.

—¡Por favor!

El muro de raíces se separó, lo suficiente para que pasaran dos elfos de frente, y los Ilícitos esperaron hasta que todos hubieron pasado. Solo entonces entraron, observando cómo las raíces volvían a unirse en un muro impenetrable de naturaleza colérica.

Handir respiró, se dio la vuelta y, para su horror, soltó un grito.

Ante él, los ojos brillantes e intensos de Narosén.

—Bienvenido al Gran Cinturón Forestal, príncipe Handir.

Fuera de las puertas destrozadas, se estaba produciendo una masacre. Gor'sadén podía oírla: los gritos y alaridos, los sonidos de un dolor terrible mientras miles de Señores de la Arena eran quemados vivos.

El hedor hacía llorar los ojos, pero aun así empuñó su hoja Synth, bailó la Kal'hamén'Ar, siempre cerca de Airen, Hobin y su compañero. Bulan no había regresado de las Salas de Curación y la ansiedad de Gor'sadén crecía. Debía volver con Fel'annár.

Mató a su oponente y giró en busca del siguiente. Pero la mirada se vio atraída hacia Gra'dón, que se había desplazado a su derecha, más cerca de las torres de la puerta.

Lo observó mientras luchaba, interpretando su mente lo que los oídos no podían. El Nim'uán *estaba* reorganizando su mando.

Le dio un vuelco el estómago y siguió la línea de visión de Gra'dón, primero hacia las Salas de Curación y luego hacia arriba, hacia los muros.

Había tenido razón. Con las fuerzas ahora igualadas, Gra'dón iría en busca de lo único que podría obligar a este ejército a rendirse.

La familia real.

Gor'sadén sabía que el Nim'uán no mataría al rey, al menos no al principio. Pero *sí* que mataría a Fel'annár.

Debía llegar a los muros antes de que Gra'dón pudiera enfrentarse a Fel'annár.

Se volvió hacia las Salas de Curación y vio a Bulan abriéndose paso hacia el frente junto con Dalú, Salo y Henú.

—¡Bulan! —Cruzaron sus miradas y, con una rápida ráfaga de señales manuales, el capitán silvano tomó el mando mientras el Maestro Kah giraba en redondo, corriendo hacia las torres.

Pero un muro de guerreros calrazianos se interponía en su camino.

Fel'annár enderezó la espalda contra el muro que tenía detrás. Alargando ambas manos, se aferró al brazal de alguien, con la mente luchando por recordar qué había sucedido. ¿Por qué estaba sentado en medio de una batalla? —¿Qué…?

Le daba vueltas la cabeza, tenía la visión borrosa y sentía los miembros como si fueran de plomo. Se desplomó hacia un lado y sintió que alguien lo ponía derecho.

—Cuidado. —La voz de Sontúr—. Hay hiedra detrás de ti.

Fel'annár cerró los ojos y se apoyó en ella; sintió que las enredaderas se enroscaban en los brazos. Agradeció el alivio que le proporcionaban, pues el mareo estaba remitiendo, las náuseas retrocedían y la visión solo estaba ligeramente borrosa. Abrió los ojos y parpadeó, y vio el rostro preocupado de Sontúr ante él.

—Ramien te ha traído hasta aquí, pensó que la hiedra te reanimaría después de tu… *demostración*. Has estado bastante fuera de combate durante un rato.

Fel'annár miró con severidad a Sontúr. —Sí, bueno, lanzar bolas de luz a las torres de asedio no es fácil.

—No, supongo que no —respondió el príncipe con ligereza—. Aunque ha sido bastante bonito.

¡Las velas del Fuego Pelágico! Fel'annár intentó apartarse del muro, pero los miembros plomizos no cooperaron. Volvió a caer con un gruñido poco noble. Solo entonces advirtió que Lainon estaba allí, junto a Sontúr, con las alas medio plegadas a la espalda y una mezcla de ira y alivio en el rostro.

—Te has tomado tu tiempo —murmuró.

—Sí, bueno, transportar velas impregnadas desde Pelagia no es fácil.

—¿Ket'subá?

Lainon asintió y luego recorrió con la mirada la destrucción más allá de los muros. El fuego azul aún brillaba; el rugido del fuego ahogaba los sonidos de la batalla ante las puertas. La mirada descansó entonces sobre la balaustrada desierta.

—¿Estás bien? —La ceja izquierda de Sontúr se arqueaba de forma pronunciada sobre la frente.

—Parece que he gastado demasiada energía. Solo necesito un momento. ¿Están todos los demás enteros?

—Más o menos —dijo Sontúr en voz baja, observando cómo el resto de La Compañía se reunía alrededor—. Los Shirán tienen una historia que contar.

—La tenemos —dijo Lainon—. Pero en cuanto a qué contarle a esta gente, diremos que fueron pájaros los que trajeron las velas, por orden del Señor de la Guerra. Podemos hablar de *Arimales* si surge la necesidad.

Fel'annár comprendió por qué los Shirán intentarían al menos evitar el vínculo entre los Arimales y los Shirán. Los Arimales eran un mito que ahora se convertiría en realidad. No había necesidad de revelar que los Arimales eran los Shirán, que habían estado en Bel'arán todo este tiempo.

—Me temía que no entendieseis mi señal de esperar.

—La entendí. Una vez hecho el trabajo y visto que estabas indispuesto, me tomé la libertad de asignar a los Shirán donde eran más necesarios. Se transformaron donde nadie podía verlos. Con suerte, no hemos llamado demasiado la atención.

—Gracias, capitán. Nuestra señora estará contenta; su secreto se ha preservado, al menos por un tiempo.

—¿Por qué no nos avisaste? —preguntó Idernon.

—No hubo tiempo. Nada estuvo claro hasta que cogimos las velas y volamos hacia aquí.

Fel'annár escuchó lo mejor que pudo por encima del estruendo que venía de abajo. Se sentía mejor e intentó ponerse en pie, pero cayó en los brazos de Ramien, que lo esperaba.

—¡Por los dioses!, ¿quieres hacer el favor de *sentarte*? —Era el tipo de cosa que Sontúr solía decir con una irritación fingida. Pero ahora, el tono había sido suave y para nada amenazador. Fel'annár se alegró de ello, pues intentaba mantener la mente despejada para concentrarse en la batalla y en lo que debía hacer ahora que finalmente tenían una oportunidad justa de defenderse.

—Solo necesito un momento.

—¿Otro más? Bueno, supongo que podemos concedértelo —dijo Galdith, mirando de reojo a Sontúr. El príncipe sanador arqueó una ceja, preguntándose en silencio cuándo le había cogido el gusto a la ironía el guerrero silvano.

—Tú también deberías sentarte. Estás herido. —Sontúr señaló el hombro de Galdith.

—Lo estamos *todos*. Es un milagro que no estemos todos muertos.

Los ojos del Guerrero Sabio observaron a Gra'dón mientras luchaba ante las puertas. —Deberíamos hacer lo que dice Lainon, unirnos a ellos y terminar esta guerra.

—Cuando Fel'annár esté listo. —El tono de Sontúr no admitía discusión.

Fel'annár soltó una carcajada débil y apoyó la espalda contra la roca fría, absorbiendo fuerzas de la hiedra. —Alguien tiene que detener a Gra'dón —dijo Fel'annár. Miró hacia arriba. Las luces se habían ido, se habían extinguido, igual que su propio Dohai.

—¡Ah!, y vas a ser *tú* quien lo haga, tambaleándote y dando traspiés, con la cabeza sin llegarle ni a la mitad del pecho a ese gigante asqueroso. —Carodel estaba enfadado, pero sus palabras solo despertaron humor—. Esos Arimales se están comiendo a los escarabajos —dijo, volviéndose hacia Tensári, con un horror fingido y provocación en la mirada—. ¿De verdad vas a besar a Lainon después de esto?

Tensári lo miró fijamente, con el rostro totalmente inexpresivo. Y entonces sus rasgos endurecidos se suavizaron al soltar una sonrisa y una risita. —Bueno, si tú puedes besarle el culo a un lagarto…

Carodel abrió mucho los ojos al recordar su resbalón por las orillas del río en su camino de regreso desde el norte, solo para encontrarse cara a cara con una de las cosas que más temía.

—Ese hijo de un Galadan…

Ramien echó la cabeza hacia atrás y se rió, al igual que Galdith, mientras Sontúr sonreía de medio lado y Fel'annár se pasaba una mano por la cara. Solo Idernon permanecía totalmente erguido, sin rastro de humor en el rostro a medio girar.

—Levantaos, todos.

—Fel'annár no está listo.

Idernon se volvió hacia Sontúr, con una alarma creciente en el rostro.

—*Tiene* que estarlo. Gra'dón se acerca.

Se hizo un silencio conmocionado y luego, como uno solo, La Compañía se puso en pie, todos menos Fel'annár, que seguía encorvado.

—No lo estoy pidiendo. Levántate ahora. ¿Puedes extraer más fuerza de la hiedra? ¿Algo?

Fel'annár negó con la cabeza e intentó ponerse de pie, pero retrocedió tambaleándose hasta chocar con el muro. El mundo se inclinó hacia un lado y estiró la mano para estabilizarse, sin estar seguro de si tocaba el suelo o la pared.

Idernon apartó la vista del Señor de la Guerra, que avanzaba dando sacudidas, y se volvió hacia Tensári, a su lado, y luego gritó a los guerreros de abajo, aunque sabía que no lo oirían por encima de la furiosa batalla.

—¡Gor'sadén!

Lainon corrió, extendió las alas y saltó desde el pasillo interior, sobrevolando la lucha, mientras Idernon, Ramien, Galdith, Carodel y Sontúr se situaban delante de Fel'annár y Tensári, formando un muro protector que esperaban le diera el tiempo necesario para recuperarse y al menos defenderse, hasta que Lainon pudiera traer ayuda.

Por encima del muro oriental emergió el yelmo de serpiente de Gra'dón. Cuando él y sus caudillos pisaron las almenas, La Compañía se quedó atónita. Ya lo habían visto de lejos, pero ahora parecía mucho más alto y fuerte. Su extrañeza, la mácula antinatural que lo habitaba, se hacía más evidente.

—Santa Aria…

—Qué en nombre de Galomú…

El hermoso rostro de Gra'dón los miró, como algún glorioso dios élfico. Era perfecto por fuera, pero su incursión más allá de los Últimos Marcadores había transformado a ese medio elfo en algo completamente distinto, mucho más que a cualquiera de sus hermanos. Ya no era calraziano ni élfico; el linaje de serpiente en él

era más fuerte. Era demasiado alto, demasiado fornido. Los ojos eran serpentinos y los grabados del yelmo parecían ondular bajo el extraño juego de luces que los rodeaba.

Fel'annár escudriñó a través de los huecos en La Compañía y parpadeó furiosamente porque los ojos lo estaban engañando. Con una espada larga en una mano, el látigo enrollado en el otro puño de Gra'dón se deslizaba, y la punta se dividía en tres serpientes bufadoras.

Telzorán. Aquel era el Captor de espíritus, el instrumento mortal del que Lainon le había advertido.

Debía levantarse. Se apartó del muro de hiedra con las piernas inestables. Mirando al cielo, con la expresión abierta por el pavor y la esperanza, envió sus pensamientos al bosque.

Necesito tu fuerza.

Miró hacia el norte y pudo ver que el muro de raíces aún se mantenía erguido, pero se había ralentizado hasta no ser más que una ondulación, donde antes hubo una tormenta furiosa.

Se volvió hacia el Bosque Perenne, totalmente inmóvil.

Ayúdame.

Gra'dón estaba más cerca ahora. Fel'annár pudo ver el corte del rostro, vio a Ankelar en aquellas facciones que una vez fueron élficas. Y entonces sus miradas se encontraron y el corazón de Fel'annár se le cayó a los pies. Esto no había terminado. El fuego pelágico y la llegada de los Shirán habían igualado las fuerzas, pero mientras el Nim'uán viviera, la guerra nunca terminaría y la Fuente sería vulnerable.

La frustración hervía bajo la piel, rugía en las venas. Se sentía impotente mientras sus guerreros estaban ante él, dispuestos a dar sus vidas si eso era lo que hacía falta para darle a Fel'annár el tiempo que necesitaba.

Pero las luces se habían ido…

Gruñó y estiró las piernas, bloqueando las rodillas, pero Gra'dón había visto su debilidad. Sonrió mientras se acercaba y luego, con una ráfaga de señales manuales, chasquidos y trinos, ralentizó el paso mientras sus caudillos vestidos de negro continuaban

avanzando. Gra'dón observaba, con el látigo ya desenrollado y las puntas rozando el suelo.

Ramien se lanzó hacia delante con un grito potente, seguido de Galdith y Carodel. Pronto Idernon y Sontúr estaban luchando, pero Gra'dón simplemente observaba.

Tensári no se movía de su posición frente a Fel'annár, con las hojas listas. Él no vio el brillo de la mirada, el juego de luces en ella, su luz guía agitándose.

Por encima de ellos, Lainon y Zéndar se lanzaron en picado junto a tres Shirán más, con los ojos encendidos, las espadas desenvainadas y el cabello negro ondeando tras ellos. Sobrevolaron a un Gor'sadén que corría a toda velocidad y luego, cada uno con su propio grito de guerra, aterrizaron frente a los horrorizados caudillos en los muros y cargaron.

Alrededor de Fel'annár, la batalla hacía estragos entre elfos, Shirán y caudillos, pero el lento camino de Gra'dón hacia Tensári y, en última instancia, hacia él, continuaba sin obstáculos.

Hasta que Gra'dón estuvo frente a Tensári.

Lainon se abrió paso luchando entre los Señores de la Arena, con los ojos fijos en su Connate y, tras ella, en Fel'annár.

El Nim'uán se movió; Tensári paró el golpe y Lainon voló. Estaba casi allí, pero el Nim'uán se lanzó hacia delante y la espada larga rozó el pecho de su Connate.

Ella retrocedió tambaleándose con los ojos desorbitados e Idernon saltó frente a ella, parando otro golpe que la habría matado, un golpe que no hizo más que distraer momentáneamente a Gra'dón de su objetivo final. Lainon voló de nuevo, lanzó un tajo descendente con la espada y Gra'dón se agachó para esquivarlo, dándoles a Tensári e Idernon el tiempo justo para recuperar el equilibrio.

El Nim'uán se volvió al oír el sonido de unos pasos que corrían, justo a tiempo para desviar un golpe de Gor'sadén. Fel'annár solo podía mirar mientras la ira surgía en su interior; la cabeza giró hacia el Gran Bosque. El borde lento y ondulante era más fuerte ahora, igual que su propia ira lo había vuelto a *él* más fuerte, lo suficiente como para mantenerse en pie y no escorarse hacia un lado. Se miró

la mano, la extraña translucidez, el verde que se agitaba bajo la piel formando patrones. Era el color de sus ojos, el color de la bestia de su sueño. Era el anillo roto que colgaba del dedo de su padre, el matiz de los ojos de su madre.

La luz resplandeció bajo la piel y alzó la vista hacia el cielo nocturno sobre el inmóvil Bosque Perenne. Todas estas cosas estaban conectadas y, justo cuando el pensamiento acudió a la mente, las luces empezaron a brillar suavemente.

Una luz, la misma luz que flotaba sobre él. Extendió la mano y observó cómo se movía hacia él, como una niña que busca la mano de su madre.

El calor lo invadió.

Estaba de pie por su cuenta, sobre sus dos pies, más fuerte y firme de lo que había estado. El hormigueo de los músculos había desaparecido; podía sentir la fuerza fluyendo por el cuerpo, del mismo modo que oía la lucha a su alrededor y veía los ojos de serpiente de Gra'dón, ahora más cerca. Miró hacia arriba, extendió ambas manos hacia los cielos y las luces fulguraron, arqueándose hacia abajo y hacia él como un rayo verde, atraídas por la promesa de un propósito.

La luz se vertió en su interior a través de los ojos y las manos. Blandió a Harvest ante él, vigilando a Gra'dón mientras este se retorcía y giraba alrededor de Gor'sadén. Extendió la mano y una esfera de luz blanca surgió de las palmas y chocó contra la armadura casi impenetrable del Nim'uán, lanzándolo de lado. Algo siseó y luego golpeó con fuerza contra la hombrera de Gor'sadén. Este se alejó rodando justo cuando Gra'dón recuperaba el equilibrio.

Los dos Guerreros Kah danzaron el Kal'hamén'Ar mientras dos Shirán atacaban desde arriba. Llegaron más Señores de la Arena, y La Compañía los recibió junto a los otros tres Shirán.

Fel'annár sintió que la lanza se abría paso por los huecos de la armadura de Gra'dón, hiriéndolo pero no de muerte. El Nim'uán rugió y atacó a Fel'annár. Este paró el golpe, pero la fuerza tras la estocada acercó demasiado la espada enemiga al rostro. Sintió cómo le cortaba la mejilla y se apartó girando, solo para extender la mano

libre. Una esfera de luz blanca salió disparada de la palma e impactó en el pecho del enemigo.

Golpeó a Gra'dón, lanzándolo hacia atrás, pero él mantuvo el equilibrio y cargó una vez más contra los dos Guerreros Kah.

Gor'sadén se giró y lanzó una patada que envió a Gra'dón tambaleándose hacia la izquierda. Fel'annár se lanzó hacia delante, y Harvest resbaló sobre la muslera metálica del Nim'uán.

Gra'dón rugió de ira, cambió de estrategia y cargó contra sus dos oponentes de forma simultánea. Amagó a la izquierda, giró sobre la punta de un pie y saltó, lanzando una patada hacia Gor'sadén. El Maestro Kah salió despedido hacia atrás, y el Nim'uán arremetió contra Fel'annár con la espada trazando un arco descendente. El Señor de la Guerra se esforzó por pararla, con la expresión tensa mientras el látigo de serpiente se desenroscaba, siseaba y lo alcanzaba en el brazal con un golpe violento. La mordedura no fue lo bastante profunda como para penetrarlo, pero el látigo se envolvió alrededor de la muñeca, lo suficiente como para derribarlo. Cayó con fuerza contra la pared interior de la pasarela y las armas tintinearon contra el suelo mientras el látigo se deslizaba de vuelta hacia su maestro.

Fel'annár se deslizó al suelo sin fuerzas, jadeando por aire. La visión se estaba volviendo blanca y luchó por mantenerse despierto; podía sentir que Gra'dón se acercaba. Iba a darle el golpe de gracia.

Fel'annár sacudió la cabeza y buscó las armas, mientras el medio gigante rechazaba ataques de Gor'sadén, Lainon, Zéndar y Tensári, haciéndolos retroceder a todos. Gra'dón corrió y luego saltó muy alto en el aire, con la espada cayendo de tajo directamente hacia la vulnerable cabeza de Fel'annár.

—¡No! —gritó Tensári. Sin duda sabía que estaba demasiado lejos, que llegaría demasiado tarde para salvar a su Ber'anor.

—¡Fel'annár! ¡Muévete! —gritó Gor'sadén con la voz llena de pavor, mientras los dos Shirán volaban tan rápido como podían, sabiendo que no llegarían a tiempo.

Fel'annár oyó los gritos y vio al Nim'uán y su monstruosa espada descendiendo. Nada podía detener aquel golpe poderoso. No pensó en absoluto y el tiempo pareció detenerse mientras extendía las

manos hacia arriba, como para apartar a su enemigo. Las manos brillaron con luz blanca y gritó ante la sensación mientras el poder abandonaba las palmas e impactaba contra el Nim'uán en pleno aire. Gra'dón se quedó inmóvil en el aire y miró hacia abajo, conmocionado, al muro que quedaba unos metros por debajo de él. A un lado, la hoja golpeó el suelo y se deslizó lejos.

Estaba suspendido, envuelto en luz blanca, incapaz de atravesar el velo de magia que el mago había tejido a su alrededor.

Cerca de allí, los caudillos calrazianos daban gritos mientras luchaban contra La Compañía y los tres elfos voladores, con su emperador congelado sobre el suelo en una especie de nube de luz antinatural. Carodel gritó al renovar el ataque contra su oponente, mientras Ramien rugía al descargar el hacha sobre el hombro de otro.

Lainon y Zéndar volaron hacia el suspendido Gra'dón, con cuidado de no destruir el látigo que tenía en la mano. Si lo cortaban, las almas penetrarían en el Bosque Perenne.

Fel'annár sentía que la luz menguaba, agotando su energía restante. No podría mantener al Nim'uán en el aire mucho más tiempo, pero tampoco podía moverse. En cuanto el Dohai le fallara, Gra'dón caería al suelo sobre él.

Gor'sadén vio que los brazos de Fel'annár flaqueaban bajo el esfuerzo, y los dos Shirán intentaban esquivar el latigazo de Telzorán. Cargó contra el suspendido Nim'uán con la hoja Synth en alto, listo para acabar con él. Pero vaciló ante el sonido característico de los cuernos alpinos más allá de las murallas.

Las fuerzas de Fel'annár se agotaron y la luz que mantenía a Gra'dón en su sitio parpadeó y se desvaneció. Alguien estaba tirando de él para apartarlo; vio trenzas Ari bailando ante los ojos nublados. El Nim'uán chocó con fuerza contra el suelo, en el lugar donde él había estado apenas un instante antes.

Lainon y Zéndar aterrizaron frente a Tensári y el ahora inconsciente Fel'annár para protegerlos, mientras Sontúr se giraba hacia el noreste.

—¡La Madre Patria está aquí!

Gra'dón comprendió que era el momento de realizar una retirada estratégica. Aunque todavía tenía hombres suficientes para luchar contra los guerreros nativos, demasiados de los suyos habían ardido fuera de las puertas como para enfrentarse a Tar'eastór.

Pero tenía más que suficientes en Pelagia.

Gra'dón sintió que alguien tiraba de él para levantarlo. Sondak puso la espada descartada en sus manos y se giró para rechazar un ataque de Ramien. El Muro de Piedra retrocedió y Gor'sadén cargó una vez más contra el Nim'uán. Pero este era demasiado rápido y, junto con el caudillo, huyó corriendo por la muralla oriental.

—¡Detenedlo! *¡Detenedlo!* —gritó Gor'sadén mientras los restantes caudillos del muro huían, siguiendo el ejemplo de su líder.

Gor'sadén se debatía entre perseguir a Gra'dón o quedarse para ayudar a comandar el ejército. Con Turion fuera, Rinon y ahora Fel'annár fuera de combate, la responsabilidad recaía sobre Bulan... si es que seguía vivo. Si lo estaba, necesitaría ayuda, especialmente ahora que la Madre Patria había llegado.

Gor'sadén sabía que debía quedarse.

Se volvió hacia Sontúr, que estaba agachado sobre Fel'annár.

—Está inconsciente, herido y no está en condiciones de continuar.

El comandante asintió. —Tenemos que llevarlo a los árboles. Ellos lo recuperarán.

—El lugar más cercano son los jardines del rey —dijo un Idernon sin aliento, con sangre goteando de la espada.

Sonó otro cuerno, bien distinto a los de la Madre Patria. Era calraziano, sin duda.

—¿Una retirada? —preguntó Galdith, mientras disparaba una flecha contra un Señor de la Arena que estaba bajo la pasarela.

Zéndar desplegó las alas con la mirada fija en su nieto. Se volvió hacia Lainon, que estaba a su lado, y habló solo para él. —Debemos detener al Nim'uán. Telzorán está demasiado cerca de Refugio.

Lainon miró a Fel'annár, con Tensári firme ante él. Sabía que Zéndar tenía razón. Su prioridad ahora era el Nim'uán, por mucho que le doliera dejar a su Ber'anor, tal como Zéndar había dejado a Hobin.

Asintió secamente y se volvió hacia La Compañía. —Los Shirán perseguirán y matarán a Gra'dón. Vosotros quedaos al cuidado de Fel'annár.

Con un potente batir de alas, Lainon, Zéndar y sus compañeros Shirán volaron hacia arriba y se alejaron hacia donde Gra'dón había desaparecido.

Gor'sadén entornó los ojos hacia la distancia, más allá del fuego azul que todavía ardía. Allí, en la linde del bosque, sus propios guerreros montados esperaban la orden de cargar.

La mirada cayó sobre el comandante, pero no era a Comon a quien veía en su reluciente armadura y con la espada en alto. Los ojos se le abrieron de par en par; miró a Sontúr, pero él también estaba contemplando la misma figura.

—El gran rey de Tar'eastór acude en auxilio de sus aliados.

Sontúr sonrió, respirando a través de la oleada de orgullo que lo inundó.

Gor'sadén paseó la mirada por los caudillos muertos a su alrededor; podía oír la batalla bajo ellos. Las tornas habían cambiado y los primeros gritos de victoria resonaban por doquier. La Madre Patria cargaría por las puertas en cualquier momento. Se dirigió a La Compañía.

—Debemos confiar en que los Shirán encuentren a Gra'dón. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. Tenéis que llevar a Fel'annár al interior, acercadlo a los árboles, a los jardines del rey. Ellos lo fortalecerán para que pueda proteger los bosques. Yo ayudaré a Bulan. ¡La victoria será nuestra!

Idernon y La Compañía hicieron una profunda reverencia, y Gor'sadén se la devolvió.

Los capitanes Bulan y Dalú mantuvieron sus espadas en alto mientras gritos de victoria resonaban por el campo de batalla. El enemigo había ordenado la retirada y ya se apresuraba a huir.

No había ni rastro de Gra'dón.

—¡Por Ea Uaré!

—¡Por el Gran Bosque!

—¡La victoria está cerca! ¡Una carga más, guerreros! ¡La Madre Patria ha llegado!

El rey Vorn'asté cargó a través de las puertas destrozadas bajo el coro de vítores de los guerreros, con su esplendoroso ejército detrás y los caballos lanzando coces a los Señores de la Arena y los Sabuesos. Era cuestión de minutos que Calrazia cayera, e incluso ahora Gor'sadén podía ver a caudillos gritando órdenes y señalando hacia las puertas. Estaban ordenando una retirada.

Veía los bosques al norte, todavía agitándose, cortando el paso al enemigo. Donde quiera que pensaran retirarse, no sería por allí. El río, tal vez. Solo podía rezar para que Lainon atrapara a Gra'dón antes de que estuviera fuera de su alcance. No podían permitir que viviera para luchar otro día.

Vuela, Lainon. Encuéntralo y mátalo, por el bien de Aria, por el bien de todos nosotros.

Pero por ahora, el deber de Gor'sadén era permanecer aquí, ayudar a Bulan a guiar a este ejército maltrecho hacia la victoria, sabiendo que Fel'annár estaba a salvo en manos de La Compañía, lejos del Nim'uán.

CAPÍTULO 28

Mil Escalones Abajo

Gra'dón corría, con Sondak justo detrás, esforzándose por mantener el ritmo.

Debía escapar para así poder reunir a sus fuerzas, serenar su propia mente y luego regresar para terminar lo que había venido a hacer. Pero los elfos voladores lo estaban cazando. Los había visto entre las altas agujas y cúpulas de la ciudad. Tarde o temprano lo encontrarían. Gra'dón no podía permitir que eso sucediera.

Todavía tenía muchos miles de guerreros en Pelagia, y sus barcos de guerra y suministros bastarían para conquistar todos los reinos élficos. Podía haber perdido esta batalla, pero regresaría para ganar la guerra. Su único remordimiento era no haber matado al mago cuando había tenido la oportunidad.

Alzó la mano, se quitó el casco y se lo entregó a su caudillo.

—Sondak. Corre hacia el borde occidental de la fortaleza y luego baja a la planta baja. Hay una puerta que conduce a la orilla del río. Reúnete allí con nuestros guerreros y guíalos hacia el sur. Toma esto; es la única forma de que te obedezcan.

Sondak palideció y tomó el casco, con cuidado de no tocar los grabados que sabía que cobrarían vida si lo hacía.

—Pero ¿qué hay de vos, Emperador? No nos iremos sin vos.

—Debéis hacerlo. Yo cubriré vuestra retirada y buscaré la forma de unirme a vosotros. Retiraos a Dan'bar y esperadme allí.

Probablemente Sondak ni siquiera llegaría al río. Pero su sacrificio era la única forma que Gra'dón veía para abandonar aquel lugar sin ser interceptado. Él era demasiado grande, demasiado inconfundible para pasar desapercibido; pero desde arriba, y con su casco de serpiente, Sondak podría distraer a los pájaros élficos el tiempo suficiente para que Gra'dón escapara.

Extendió el brazo y puso una mano enorme sobre el espaldar de Sondak. —Que los dioses te presten velocidad y buena fortuna.

Sondak hizo una profunda reverencia, miró al cielo y luego se puso el casco sobre la cabeza; reprimió un escalofrío cuando el metal tocó el cuero cabelludo, haciéndole estremecer.

Gra'dón lo vio marchar y luego corrió por los tejados y muros, con los ojos puestos tanto en el cielo como en el camino.

Un chillido desde arriba lo obligó a meterse en un rincón oscuro, esperando a que pasaran sobre él. Los gritos se alejaban. Seguramente habían avistado a Sondak y pensaban que era Gra'dón.

Se arrastró hacia un muro bajo, asomó la vista y observó las formas de las aves que se retiraban.

Sonrió, dio media vuelta y entonces divisó una pequeña trampilla al final del muro, justo donde el sanador élfico le había dicho que estaría.

Se mantuvo agachado, alcanzó el cerrojo de metal y tiró de él. Ante él, aparecieron unas escaleras. Sonrió y entró. Todo lo que debía hacer ahora era avanzar directamente hacia el oeste hasta que no pudiera ir más allá. Desde allí, un piso hacia arriba y hacia afuera. Eso lo llevaría incómodamente cerca de los árboles, pero también era la ruta de escape menos probable: el camino menos transitado para alejarse de la ciudad.

Mientras bajaba por las estrechas escaleras, envió una plegaria a los dioses y juró que nombraría a Sondak mártir del Imperio Calraziano una vez ganada la guerra.

—¡Dalú! ¡Toma el flanco oriental! Salo, Henú, el flanco occidental. ¡Bulan, conmigo!

Gor'sadén no esperó a que Bulan respondiera y, en su lugar, se giró para observar cómo su rey galopaba hacia él. Tirando de las riendas, Vorn'asté esperó a que la montura se calmara, con los ojos fijos en Gor'sadén.

—Comandante General.

—Mi rey, capitán Eramor. Su llegada es de lo más oportuna.

—En efecto. El capitán Eramor nos ha hablado de la campaña en el norte. Pero está tan... perplejo como yo ante la naturaleza de estas... criaturas escarabajo.

—Os lo explicaré, señor. Por ahora, la victoria es nuestra, aunque estamos intentando localizar al comandante enemigo; debemos perseguir a nuestros adversarios. Lo estamos buscando mientras hablamos. Todavía tiene un ejército de miles en Pelagia. No podemos resistir una segunda batalla, no con tan pocos guerreros restantes.

—Pongo a estos dos mil bajo vuestro mando.

Gor'sadén hizo una reverencia y se volvió hacia Bulan. —Hágase cargo de las Divisiones de Montaña y Bosque; que Eramor le ayude, capitán. Deben asegurar la ciudad mientras yo cabalgo fuera de las puertas. Debemos evitar que todos los que podamos huyan a Pelagia.

—¡Comandante!

Bulan se alejó rápidamente y Gor'sadén se volvió hacia su rey montado.

—¿Dónde está mi hijo, Gor'sadén?

—El príncipe Sontúr está bien, señor. Se encuentra con La Compañía, dentro del palacio fortaleza con el Señor de la Guerra.

Las botas de Gra'dón, manchadas por la batalla, pisaron alfombras finas, remolinos y suaves patrones entrelazados, cuyas figuras eran interminables, eternas, como él mismo. Pero ¿qué se hace con la

eternidad cuando vives en un mundo del que no puedes escapar? ¿En un mundo donde todo lo que amaste ha desaparecido?

Quería quemarlas, quería enrollarlas con cuidado y colocarlas en su propio palacio, regodearse en su propia inmortalidad... y maldecirla.

Miró a la izquierda, hacia la escalera que subía. Hasta ahora, todo iba bien.

Su gente había estado explorando estas tierras durante siglos. Algunos de los mejores mercenarios calrazianos habían sido contratados por altos señores élficos. Recordaba un nombre en particular: Lord Norhad. Él había contratado al mejor mercenario calraziano para un asesinato de ese tipo. En recompensa por sus esfuerzos, el mercenario había obtenido un mapa de las regiones norte y central del Bosque Profundo. Esas áreas estaban habitadas por silvanos y no le importaban a Norhad. Pero la información que habían obtenido era una mina de datos para Gra'dón.

Descubrir a los dos nobles élficos en su camino hacia aquí había sido fundamental para Gra'dón, porque originalmente había pensado tomar la entrada trasera del palacio fortaleza, la que le había indicado a Sondak. Pero el sanador había graznado su traición al final, como Gra'dón sabía que haría bajo el mordisco de Telzorán. Subiría las escaleras, no las bajaría. En el último piso, se dirigiría al oeste y a los aposentos del rey. Más allá se encontraban los famosos jardines reales. Desde allí, bajaría por los Mil Escalones hasta el río.

Pero con el mago todavía vivo, no se acercaría para nada a los árboles.

El piso más alto era para la realeza y sus invitados distinguidos. Pronto sería suyo, una vez que se hubiera reagrupado, matado al mago y regresado, sin importar cuánto tiempo le llevara.

Los dedos de Gra'dón recorrieron las pinturas de guerras pasadas, de guerreros élficos victoriosos, con Señores de la Arena y Desviados yaciendo muertos y retorcidos a sus pies.

Se quedó helado al oír el sonido de pasos subiendo las escaleras. Buscando un lugar donde esconderse, la mirada se posó en una estatua. Detrás de ella, una cortina roja. Se deslizó tras ella y

observó cómo una figura vestida de negro aparecía al final del pasillo.

Con las manos extendidas a los costados y los ojos recorriendo paredes y puertas, el elfo miró por encima del hombro más veces de las que debería. No tramaba nada bueno. Gra'dón se habría divertido de no estar tan desesperado por escapar sin ser visto. No podía permitir que lo vieran, que alguien gritara y diera la alarma.

Observó al elfo avanzar con cuidado por el pasillo, hacia la misma puerta que él mismo iba a tomar.

Los aposentos del rey.

Pero ¿qué había hecho para escapar de esa manera? ¿Era un desertor? ¿Huía para salvar la vida mientras sus parientes caían protegiendo la tierra y al rey?

El pensamiento le revolvió el estómago.

Ya estaba más cerca, y Gra'dón pudo ver el rostro. Pálido y anguloso, tenía un aire de astuta inteligencia. Telzorán siseó y se retorció a su lado, y Gra'dón puso una mano tranquilizadora sobre ella.

Fue demasiado tarde, pues la cabeza del desertor giró hacia la cortina tras la que se ocultaba Gra'dón, con los ojos desorbitados. Retrocedió, se volvió hacia la puerta del fondo del pasillo y corrió, ya no con cuidado y vigilancia, sino medio presa del pánico.

Gra'dón no podía dejar que escapara. Seguramente tomaría los Mil Escalones, pero Gra'dón sería más rápido. Tendría que matarlo tarde o temprano, aquí o en los escalones, donde podría delatar la posición de Gra'dón más fácilmente.

Abriendo las cortinas con ambas manos, Gra'dón se reveló; Telzorán casi tiraba de su costado, exigiendo cobrar la vida élfica. A él no le importaba una cosa o la otra, siempre que fuera rápido.

El desertor se dio la vuelta, con las largas túnicas ondeando alrededor de los tobillos. Con la mirada desorbitada, abrió la boca. Gra'dón no podía permitir que gritara.

Echó mano a Telzorán y la lanzó; observó cómo salía disparada hacia el elfo y se enrollaba alrededor de la garganta tres veces. Las manos del elfo se dirigieron a la gruesa anilla, intentando aflojar la

presión que se cerraba, intentando gritar, pero el agarre en el cuello era demasiado fuerte.

Gorgoteó con los ojos saltones, la boca abriéndose y cerrándose, las uñas arañando, mientras el pánico le decía que podía liberarse.

Gra'dón se acercó, miró con desprecio al desertor y vio el momento en que advirtió que era inútil, que iba a morir.

Vio la certeza, luego la pregunta: *¿por qué?* Después, la luz de los ojos empezó a desvanecerse, incluso mientras se concentraba en el látigo y las tres cabezas de serpiente cobraban vida, creciendo hasta ser tan altas como el propio Gra'dón. Nunca había visto que esto ocurriera antes, y se preguntó de pasada quién sería aquel elfo para haber dado tal satisfacción a Telzorán.

Siseaban, chillaban y se retorcían de placer, encarnando todas aquellas cosas que él mismo sentía cuando veía morir a sus víctimas. Cuando la luz empezó a apagarse, también lo hizo la ilusión, y la espiral se aflojó, se retrajo y se deslizó de vuelta a su costado.

Se agachó, agarró la capa del desertor con el puño y lo levantó. Arrastrando el cuerpo hasta la puerta más cercana, la abrió y notó la penumbra; no había olor a velas recién encendidas. Seguramente estaba vacía, pero sin tiempo para comprobarlo, Gra'dón lanzó al desertor dentro, cerró la puerta y revisó el pasillo una vez más.

Vacío.

Se preguntó si Sondak seguiría vivo, o si habría sido cazado por los elfos voladores. Tendría que recuperar el casco, símbolo de su reinado sobre las tribus del norte. Telzorán lo ayudaría, siempre y cuando la batalla afuera todavía rugiera y él no estuviera sitiado.

Alargó las manos hacia las puertas, un pomo en cada una. Los sentidos superiores del olfato y el oído le indicaron que no había nadie dentro, por lo que, con paso seguro, Gra'dón entró en los aposentos abandonados del rey Thargodén.

Gra'dón se sintió atraído por la pared de ventanales al otro lado de la estancia. Más allá, seguramente encontraría los jardines reales, la Gran Meseta y luego los Mil Escalones. Estaba cerca.

La mirada recorrió la habitación en busca de algo que pudiera serle útil en el viaje de descenso hacia el río. Todavía tenía la espada y, por supuesto, a Telzorán. Pero la mirada se detuvo en un arco y

un carcaj colgados de la pared. Caminó hacia ellos y alargó la mano hacia el arma de exquisita factura; los dedos rozaron el emplumado blanco de las seis únicas flechas que había en su interior. Seguramente era una reliquia familiar, una que se llevaría para sí mismo. Agarró el arco y lo deslizó con cuidado en el carcaj.

Estaba a punto de marcharse, pero se sintió atraído por el retrato de Or'Talán, primer rey de Ea Uaré. Era el mismísimo rostro del mago, solo que *este* tenía los ojos verdes, los mismos ojos que había visto en la figura inacabada sobre el lienzo que había encontrado en las profundidades de Dan'bar. Los ojos azules del gran rey lo miraban fijamente ahora, con odio y desdén. Gra'dón le devolvió el gesto de desprecio y se colgó el carcaj al hombro.

Cruzó el umbral hacia una estructura que parecía la proa de un navío poderoso, navegando por los cielos, sobre el reino boscoso de Ea Uaré. Cuando ganara esta guerra, viviría aquí, sería el capitán de este barco, se situaría en el mismo borde, sobre el timón de la existencia, y se abriría paso a través de los cielos, libre para vagar por donde quisiera, incluso a otros mundos.

Libre.

Telzorán se retorció a su lado, parecía intentar alcanzar algo. Miró hacia abajo, pasó una mano para calmarla, sabiendo que no lo morderían a él, pues ¿no era él quien los alimentaba con la sangre de sus enemigos?

Un golpe sordo, voces amortiguadas; alguien se acercaba a las puertas. Gra'dón se escabulló por una esquina, con la mente buscando frenéticamente un lugar donde esconderse. Era demasiado grande para permanecer dentro, y la mirada se desvió hacia los tejados. Para cualquier otro, elfo o calraziano, subir al tejado sería imposible sin la ayuda de una escalera. Pero para alguien como él, solo hizo falta un salto grácil y una mano fuerte y diestra que se aferró a uno de los muchos modillones decorativos bajo la moldura del techo.

Se impulsó hacia arriba, rodó sobre el tejado y apretó la espalda contra el conducto de la chimenea, escudriñando los cielos en busca de cualquier señal de los elfos alados. La huida estaba justo más allá de la meseta. Podía ver el final, incluso desde allí.

Maldiciendo su condenada suerte, decidió mantenerse agazapado, permanecer en silencio, evitar el conflicto y escabullirse en la noche. Pero Telzorán estaba inquieta y, cuando volvió a tocarla, no estaba suave y en reposo. Se retorcía, apenas contenida, buscando algo que Gra'dón no podía ver.

Cinco Shirán volaban entre las altas agujas y cúpulas del palacio fortaleza. Abajo, corriendo por la vida, estaba Gra'dón. Lainon podía verlo, con el casco de serpiente puesto y la poderosa espada desenvainada. Corría hacia el río, tal como habían sospechado que haría. Desenvainó su propia espada y la sostuvo ante sí. En cuestión de minutos, todo habría terminado y regresaría con Fel'annár, con Tensári, por todo el tiempo que Aria permitiera antes de que el deber lo arrancara de nuevo del corazón.

Mientras Lainon y Zéndar cazaban, Tensári permanecía bajo un árbol, observando cómo Sontúr y Ramien apoyaban al aún inconsciente Fel'annár contra el tronco.

Idernon se había llevado a Galdith y Carodel a registrar los aposentos del rey y los jardines para asegurarse de que realmente estaban solos. Una vez satisfechos, regresaron y se arrodillaron junto a Sontúr y Ramien.

—Necesito suministros, agua y medicación —dijo Sontúr mientras acomodaba los miembros de Fel'annár—. Puedo traerlo de mis aposentos, pero deberíamos asegurarnos de que ese bastardo no le mordió, ni a ninguno de nosotros para el caso. Necesito el Junar de las Salas de Curación, por si acaso.

—Llyniel seguramente tiene Junar en sus aposentos. No hace falta ir a las Salas de Curación.

—Así es. Yo mismo lo he visto.

—Bien. Llevaos a Ramien, Sontúr. Galdith y Carodel, custodiad los aposentos del rey desde el interior. No abráis a nadie a quien no reconozcáis. No sirve de nada correr riesgos. La batalla se ha inclinado a nuestro favor, pero aún no ha terminado.

Los dos silvanos asintieron, echando una última mirada al inconsciente Fel'annár. Un poco más allá, escrutando el Bosque Perenne, Tensári permanecía vigilante.

—Tensári y yo nos quedaremos aquí fuera con Fel'annár. Lainon volverá pronto. Seguramente sabe dónde estamos. —La mirada se dirigió a Tensári, quien se giró para encontrarse con ella. Satisfecho por la luz tras sus ojos, se volvió para ver cómo se marchaban Sontúr y Ramien, mientras Carodel y Galdith se apostaban en el salón del rey, cerca de la puerta.

Era todo tan pacífico, reflexionó Tensári. Al otro lado de la fortaleza aún rabiaba una guerra; podía oírla y, sin embargo, lo único que sentía era alegría. La Compañía había sobrevivido al día. La victoria era suya. Solo quedaba que Lainon regresara y confirmara que el Nim'uán estaba muerto.

Una respiración profunda, refrescante, reconfortante, y la mente se alejó de la guerra, hacia el futuro que le aguardaba sin Lainon, hasta que sus caminos volvieran a cruzarse y ella tocaría el rostro de él, el rostro de un alma a la que siempre había amado, a la que siempre atesoraría, a lo largo de las eras de su existencia.

La sonrisa se hizo más profunda al preguntarse cómo sería para Fel'annár y Llyniel, Ari'atór y silvano. ¿Sería su vínculo así de profundo?

Un golpe sordo, el sonido de algo pesado al caer, y se giró, esperando ver a Fel'annár despierto. En su lugar, él seguía inconsciente. Justo más allá del árbol bajo el cual estaba sentado, Idernon permanecía de pie, espada en mano, de espaldas a ella.

Frunció el ceño, con unos ojos que veían pero no comprendían, hasta que una oleada de agujas gélidas rompió sobre ella. Alzándose imponente sobre Idernon, Gra'dón miraba con desprecio al Guerrero Sabio. Sin el yelmo, el cabello negro, largo y sedoso, se derramaba sobre los hombros, por la espalda. En los ojos élficos y verdes, ella vio lástima.

Inhaló aire, demasiado despacio, demasiado fuerte. Se puso en pie, llevó la mano a la espalda, desenvainó la hoja, con los ojos fijos en el Nim'uán, y lo vio avanzar un paso e Idernon retroceder uno.

Quiso alargar la mano, tirar de él, pero estaba demasiado lejos… Fel'annár estaba demasiado cerca.

Las lágrimas brotaron de los ojos y miró hacia arriba. No había pájaros. Los Shirán estaban persiguiendo al Señor de la Arena equivocado.

Idernon y ella estaban solos.

Miró hacia el árbol contra el que Fel'annár yacía desplomado. Ni joven ni viejo, pero si decidiera hacerlo, daría batalla. Todo lo que necesitaba era que Fel'annár recobrara el conocimiento y lo conjurara.

Se agachó ante él, lo tomó por los hombros y lo sacudió, con el pavor dificultando la respiración, los ojos desorbitados y la mente negando que la muerte fuera inevitable para todos ellos ahora.

—Fel'annár. Fel'annár, despierta.

Nada.

—Ber'anor… vuelve. ¡*Escúchame*!

Fel'annár no despertaba; volvió a sacudirlo y vio cómo la cabeza caía hacia un lado. Lo guió de nuevo hacia el árbol, alcanzó con la mano el tronco, deseando con todo el corazón poder oírlo, que él pudiera oír su súplica.

—¡Ayúdalo!

Pero lo único que se movió fue Gra'dón, rápido como el rayo.

Lanzó un tajo descendente con la espada, con un extraño látigo en la otra mano, e Idernon lo contrarrestó; el acero calraziano casi le cortó el rostro, pues la fuerza de aquel movimiento había sido casi demasiado para su amigo.

No aguantaría mucho.

Ella abrió la boca, gritó tan fuerte como pudo, con la mente buscando a su Connate, dondequiera que estuviera ahora.

—¡¡Lainon!!

Lo había gritado volcando en ello todo el pavor y el miedo. No era miedo a la muerte. Era miedo al fracaso.

—*¡¡Carodel!! ¡¡Sontúr!! ¡¡Ramien!!*

Nada, solo los sonidos lejanos de la batalla.

Una búsqueda más, frenética, de cualquier cosa que pudiera ayudarla. Sabía que los árboles eran la única esperanza de Fel'annár.

No servía de nada arrastrarlo lejos de donde estaba sentado. E incluso si Carodel, Sontúr y Ramien llegaran a tiempo para ayudarlos, no eran rival para Gra'dón.

Se interpuso entre Fel'annár y el duelo. Estaban demasiado cerca del Ber'anor. Debía alejar el peligro de él, darle tiempo para despertar, para que pudiera despertar al árbol. Era su única esperanza.

Idernon y ella ya estaban perdidos.

—Estoy aquí, hermano.

El Guerrero Sabio blandió la espada, pero Gra'dón, a pesar de su enorme tamaño, era ágil y diestro. Bailó hacia un lado, casi parecía aburrido, y Tensári se situó junto a Idernon.

—Estoy aquí. —Mantuvo la espada en alto—. Moriremos juntos, Idernon.

Él no respondió. No había tiempo, y Gra'dón cayó sobre ambos, lanzando un tajo con la espada sobre la cabeza de Idernon. Este jadeó, se tambaleó hacia un lado y tropezó.

—¡Idernon! —gritó Tensári mientras se lanzaba hacia delante. Gra'dón apartó la espada de un golpe como si fuera un mosquito molesto y le lanzó un revés con el otro puño. Ella salió volando hacia atrás y rodó por el suelo.

Lanzó una mirada detrás de ella, a Fel'annár y al árbol silencioso, y luego se puso en pie de un salto, solo para quedarse inmóvil a medio camino de Gra'dón.

Idernon permanecía paralizado ante el Nim'uán, con la espada cayéndose de la mano. Se desplomó de rodillas y luego cayó de costado.

Miró durante el tiempo suficiente para saber que se había ido. La mirada amenazó con anegarse, pero debía ver.

Arremetió contra el Nim'uán, fintó a la izquierda, saltó girando de lado y luego cargó contra el gigante, cortando en la unión entre el brazal y la hombrera.

Un rugido de dolor, un siseo y el sonido de dientes castañeando; Tensári se recordó a sí misma que estaba luchando contra una bestia, no contra un elfo.

Miró a los ojos de serpiente, vio la ira allí, leyó el siguiente movimiento y se agachó bajo el arco de la hoja. Al girarse para recuperar la posición, solo tuvo tiempo de ver tres cabezas de serpiente abalanzándose hacia ella. El látigo de Gra'dón se enrolló alrededor del cuerpo, atrapándole los brazos.

Con los ojos desorbitados, vio cómo las serpientes siseaban y se mofaban de ella. Gra'dón dio un paso al frente, inclinó la cabeza hacia un lado mientras la observaba, con el rostro extrañamente sereno.

—Morirás ahora, pero volverás a vivir en un lugar diferente. Los dioses te favorecen por tu pureza y me castigan a mí por mi sangre mezclada.

Estaba de pie justo ante ella, mirándola desde arriba. —Has servido bien a tu señor. Si pudiera verte, estaría orgulloso. Pero no puede, y cuando tú te hayas ido, él te seguirá. Ya no puedes protegerlo.

Levantó la mano enguantada, con un estilete captando la luz de la luna creciente, y con un destello de azul brillante, lo pasó por el cuello de Tensári.

Estaba tan afilado que no sintió su mordisco. Pero sí sintió la propia sangre caliente derramarse por el cuello, hacia la túnica.

Debería haber caído de rodillas y desplomarse de lado, tal como había hecho Idernon, pero en su lugar, unas manos grandes la guiaron hasta el suelo, unas manos amorosas que acunaron la cabeza. El látigo de serpiente se alejó deslizándose, pero ella ya no podía sentir el cuerpo. Todo lo que sentía era el corazón, latiendo con demasiada fuerza, no más sangre...

Miró a los ojos del Nim'uán, vio esa curiosidad inteligente, una terrible necesidad de comprender, pero ya no podía hablar.

Algo se rompió en el pecho y las lágrimas brotaron de los ojos, unos ojos cálidos que miraban un mundo azul borroso, suave y reconfortante. Había servido. Había amado. Había luchado por lo que era justo y ahora, era el momento de morir.

Cerró los ojos y vio a Lainon, e intentó sonreír mientras alargaba la mano para tocar el rostro de él.

~

—Estaba justo ahí, corriendo por la orilla del río.

—Ya no. El Nim'uán es astuto. Se oculta bien. Es más rápido de lo que parece.

Lainon y Zéndar volaban a lo largo del Río Calro, con otros tres Shirán detrás, escudriñando las orillas y la linde del bosque en busca de cualquier rastro de un yelmo de serpiente.

A la derecha de Lainon, el Bosque Perenne estaba cambiando. Podía sentir el poder surgiendo de sus profundidades, como si se preparara para una brecha inminente. A su izquierda, los Señores de la Arena huían. Algunos corrían, otros se arrastraban, con o sin la ayuda de los demás.

Podía ver pequeñas embarcaciones luchando contra la corriente, alejándose a toda velocidad hacia un final que solo los dioses conocían.

Pero por mucho que lo intentara, Lainon no lograba ver a Gra'dón.

—¿Y si se ha quitado el yelmo? Tendría sentido —gritó Zéndar desde su lado.

Habían volado mucho más río abajo de lo que esperaban, demasiado lejos para el gusto de Lainon. Detrás de él, un Shirán gritó, y el sonido cambió de dirección. Lainon y Zéndar viraron y lo siguieron. A lo lejos, una balsa bajaba veloz por el Calro, con el yelmo de serpiente claramente visible.

—¡Demasiado cerca! ¡Está demasiado cerca! —gritó Zéndar.

Descendieron en picado, alcanzaron la balsa y desenvainaron las espadas, pero el Nim'uán lanzó el yelmo a las aguas espumosas y luego se zambulló él mismo.

—Dad vueltas en círculo. Tarde o temprano, saldrá a la superficie.

—La corriente es fuerte. Puede arrastrarlo un buen trecho antes de que necesite salir.

Lainon sabía que tenía razón, deseó que Lerita estuviera aquí para supervisar la caza, pero ella era necesaria en otra parte. Fel'annár estaba a salvo, se dijo a sí mismo. Estaba con La

Compañía, seguro dentro de la fortaleza. Pero la voz traicionera le falló.

—Esto no me gusta. Nos estamos alejando demasiado del palacio.

—Telzorán es nuestra prioridad, capitán. Ya lo sabe.

Lo sabía. Pero saberlo no lo hacía más fácil.

—¡Allí! ¡Lo veo!

El Nim'uán estaba en la orilla este del Calro, llevando de nuevo el yelmo de serpiente, y los cinco Shirán bajaron en picado y aterrizaron pesadamente ante él. Lainon dio un paso hacia él, espada en mano.

Frunció el ceño. El Nim'uán era demasiado bajo.

La comprensión inundó la mente en una oleada de ardiente desesperación. Se lanzó hacia delante, con la espada en alto sobre la cabeza, pero vaciló y el dolor estalló en el pecho. Soltó un grito, con los ojos brillando de una forma imposible. El oponente se aprovechó de su distracción.

—¡Lainon! —La advertencia urgente de Zéndar, justo cuando saltaba empujando a Lainon fuera del camino. El calraziano murió a los pocos instantes. Los Shirán registraron el cuerpo, sabiendo ahora que no era Gra'dón.

Aquí no había ningún Captor de espíritus.

Lainon se volvió hacia Zéndar, con lágrimas surcando el rostro.

—Tensári se ha ido. Dioses míos… *¡Fel'annár!*

—¿Dónde? *¡Dónde,* Lainon! —El rostro de Zéndar estaba a centímetros del suyo.

—En la meseta del rey… con La Compañía.

—¡Un subterfugio! ¡Nos han *engañado*!

A una, Lainon y Zéndar corrieron, saltaron y batieron las alas hasta alcanzar suficiente altura. Detrás de ellos, los otros tres Shirán los siguieron.

El dolor estaba haciendo trizas el corazón, pero incluso a través de la agonía que le producía, se decía que la meseta estaba demasiado cerca del Bosque Perenne, y que si Gra'dón se aventuraba demasiado cerca del borde, estaría dentro del bosque prohibido.

Lo comprendió entonces. Gra'dón, de algún modo, conocía los Mil Escalones. Había ido allí pensando en escapar. En su lugar, se había encontrado con La Compañía.

Había encontrado la perdición de su existencia.

Fel'annár

Fel'annár se sentía restablecido, como si hubiera dormido un día entero, y la mente tardaba en recordar.

Abrió los ojos; no lograba recordar del todo dónde estaba.

¿Por qué estaba apoyado contra un árbol?

Peligro. Muévete.

Oyó el silbido de una espada que se dirigía hacia él. Antes de que pudiera reaccionar, unas ramas lo agarraron por los brazos y lo lanzaron por el aire. Soltó un jadeo, encogió el cuerpo en una posición defensiva, aterrizó con fuerza en el suelo y rodó hasta detenerse.

Con los ojos ya totalmente abiertos, se volvió hacia donde había estado apenas unos instantes antes, desesperado incluso entonces por recordar cómo había llegado allí.

Gra'dón atacó al árbol que se agitaba y que había lanzado al mago a salvo. Arremetió contra las ramas que lo azotaban, apuñaló y pateó, golpeó con las manos desnudas hasta que no quedó más que un montón roto de madera destrozada.

Habían estado ganando la batalla; Fel'annár recordaba haber luchado contra el Nim'uán en el muro, recordaba haberlo atrapado en una red de luz. Si tan solo hubiera sido capaz de mantenerla, sus amigos habrían podido matar a Gra'dón. Pero había flaqueado. Debía de haberse desmayado y haber sido llevado a un lugar seguro. No recordaba haber venido aquí.

Algo se removía en las entrañas, una verdad terrible a la que la mente aún no había puesto palabras. Si estaba solo, viendo al Nim'uán destruir el árbol, ¿dónde estaba Tensári?

¿Dónde estaba La Compañía?

La mirada divagó desde el Nim'uán hacia más allá. Vio primero la armadura negra y plateada de Tensári, el cuerpo completamente inmóvil. Cerca de allí, vio el mechón de pelo castaño rojizo del amigo que siempre lo había acompañado. Él también yacía muerto.

Con la visión nublada, no advirtió lo cerca que estaba Gra'dón de él, pues los ojos se habían posado en la puerta de los aposentos del rey. Galdith yacía desplomado contra el muro exterior, con tres flechas en el pecho. Las lágrimas le quemaban los ojos mientras buscaba, pero no veía a Carodel, Ramien ni Sontúr.

Debía levantarse, encontrar las armas, luchar contra Gra'dón y matarlo, vengar a sus amigos; y mientras lo hacía, intentaría no pensar en quién más habría caído protegiéndolo.

Se estremeció ante la cercanía del Nim'uán, rodó sobre el costado e intentó incorporarse. El árbol agonizante gritó, y con él, la voz de otros repartidos por los jardines.

La ira burbujeó en el fondo del estómago y levantó los brazos para conjurar la luz, pero Gra'dón fue más rápido.

En dos saltos poderosos, el Nim'uán arremetió con Telzorán. Siseó mientras se envolvía alrededor de los brazos y el torso de Fel'annár, atrapándolo con fuerza. De un tirón firme, lo arrastraron por el suelo, lejos de los árboles que gritaban. Las cabezas de serpiente mordieron la armadura mientras caía sobre el césped y los arbustos.

Gra'dón se detuvo en el borde de la meseta y se volvió hacia el cautivo postrado. Con los ojos brillantes, se arrodilló junto a Fel'annár y le atravesó la pierna izquierda. Observando cómo el dolor deformaba el rostro del elfo, retiró la hoja lentamente y luego la clavó en la pierna derecha hasta que sintió que el arma se hundía en la tierra. Sonrió con deleite cuando el mago chilló.

Con Telzorán en una mano, se sentó sobre los talones y observó con satisfacción cómo Fel'annár respiraba con dificultad, luchando contra el dolor, la ira y la frustración. Atrapado en el abrazo de Telzorán, con la pierna clavada al suelo, el mago no iría a ninguna parte.

—Por fin te tengo a mi merced. —Las cabezas de serpiente sisearon con regocijo, amagando hacia el rostro de Fel'annár,

amenazando con dejarlo ciego, tal vez. Probó la resistencia del látigo enrollado a su alrededor. Estaba bien sujeto, pero aun así miró desafiante a su enemigo. La hoja en el muslo era pura agonía y le recordaba el encuentro de Gor'sadén con Xar'dón. Había tardado meses en recuperarse de su herida.

—Lucharon bien. Pero hace mucho que deseaba hablar contigo, desde que vi tu retrato a medio pintar en Pelagia. Se interpusieron en mi camino. Siento tu pérdida, *mago*.

—¿Qué has hecho?

El Nim'uán le sonrió con suavidad, como un padre indulgente a su hijo ingenuo. —Puse fin a sus vidas en este mundo. Incluso ahora, mientras hablamos, tus amigos recorren juntos la senda que llamáis el Camino Corto.

Fel'annár no mordería el anzuelo. Lloraría por ellos a su debido tiempo. En lo único que podía pensar ahora era en la venganza.

Las serpientes parecían hablar entre sí, en un lenguaje que no reconoció. Gra'dón siguió la línea de visión.

—La llaman Telzorán. En vuestra lengua es… Captor de espíritus. Un nombre interesante que confieso no comprender del todo. Es especial para mí, como una verdadera compañera. La alimentaría con tu sangre, lo haría si tuviera más tiempo.

Fel'annár comprendió que Gra'dón no sabía cómo funcionaba. Tampoco lo sabía *él*, salvo que debía mantenerla alejada del Bosque Perenne. Casi se echó a reír, pues ¿cómo iba a hacer eso, atado como estaba como un cerdo para el matadero?

Gra'dón lo miró a los ojos y luego hizo un gesto. —¿Qué es esta luz?

Fel'annár sabía a qué se refería Gra'dón. Era la luz guía de Tensári. Incluso ahora podía sentirla filtrándose en los músculos y los huesos, infundiéndolo, dándole fuerzas. Pero no podía mostrarlo, todavía no.

—La luz… —titubeó—. La luz es… amor. ¿Pero qué sabrías *tú* de eso? —Era una pregunta formulada en voz baja, pero enfureció al Nim'uán.

—Lo sé *todo* sobre el amor, mago. Mis hermanos y yo observamos impotentes cómo vuestra gente nos impedía la entrada

a la Fuente, incluso después de haber cruzado los Últimos Marcadores. ¿Y por qué? —Soltó una risa burlona, sacudió a Fel'annár—. Vuestra gente destrozó a mi familia, impidió que mi madre cruzara a la Fuente porque sus hijos no eran *puros*. ¡Pensaron que éramos *¡humanos!*

—Habríais cambiado al otro lado. Habríais sido un peligro para *mi* gente.

—¡Superstición! ¡Tonterías de Ari! ¡Es una mentira, creada para mantener puros vuestros mundos élficos! Y en su lugar, ¿qué consiguieron? —Gra'dón se inclinó todo lo que pudo, casi nariz con nariz con la ruina de sus hermanos. Con una voz que no era más que un susurro crudo, sonrió mientras hablaba—. Creasteis *monstruos*, por muy hermosos que seamos. Y por eso, mi madre puso fin a su inmortalidad, se quitó la vida para no tener que ver cómo cambiaban sus hijos. La *crueldad*, mago… no conoce límites, ¿y me hablas de *amor*?

Fel'annár le devolvió la mirada a Gra'dón, sin nada que decir porque no lo entendía. O más bien, lo entendía pero no tenía respuesta para Gra'dón.

—¿Es por eso por lo que viniste? ¿Por venganza? ¿Para castigar a mi pueblo por proteger su mundo?

Gra'dón se echó hacia atrás. —En parte. Pero también vine en busca de mi familia; la encontré en Taniq: mi abuela.

Fel'annár ya lo sabía, y Gra'dón tardó poco en darse cuenta. —¿Por qué no la matasteis? ¿Retenerla para pedir un rescate? Nunca habría atacado de haber sabido que ella estaba aquí.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso? Era una buena mujer. Se marchó por voluntad propia, necesitaba saber qué le había pasado a su hija.

—Entonces tal vez haya algo de bien en ti, tú que mataste a mis hermanos.

—Vinieron a matar y conquistar. Yo maté a guerreros en el campo de batalla.

—¡Mi *sangre*! Los únicos a los que amé jamás, aparte de nuestra madre. Escapamos juntos, cambiamos juntos, luchamos contra las pesadillas y el horror de convertirnos en lo que somos… juntos.

Pensamos que podríamos cambiarlo, encontrar un lugar donde fuéramos normales, donde fuéramos libres para amar. Tenemos familia en el próximo mundo, una familia que nunca conoceremos porque vuestra gente no lo permitirá. ¿Cómo no íbamos a venir a matar y conquistar, si el premio es el amor? ¿La familia? ¿El *pertenecer*? Pero quizá tú sepas todo sobre eso, nieto de *Or'Talán*.

Gra'dón observó a Fel'annár, quizás en busca de una señal de que su suposición era correcta, y debió de hallarla.

El Nim'uán recobró la compostura visiblemente y se permitió el lujo de echar un vistazo a las estrellas.

—Es una noche hermosa, mago, tu última en este mundo. Pero tú seguirás adelante, ¿verdad? Verás a tu madre, a todos los que se han ido antes. Todo lo que has hecho perdurará. Cada recuerdo se conservará. Cada marca que dejaste en tu camino nunca será olvidada. En cuanto a mí, cuando llegue mi hora, todas esas cosas se desvanecerán en el olvido, como si nunca hubiera vivido, como si mi vida no hubiera tenido un propósito de valor. Así pues, dime, ¿cuál es el sentido de la vida? Me pregunto si tus dioses tienen una respuesta.

Fel'annár devolvió la mirada a Gra'dón, con los ojos vidriosos y la boca cerrada, pero al Nim'uán no le gustó el silencio. ¿Había visto la lástima que sentía por sí mismo? ¿Había sentido la empatía y la había rechazado?

—Es hora de marcharse, mago. —Las grandes manos de Gra'dón rodearon el cuello de Fel'annár, con los pulgares acariciando la piel bajo la mandíbula. Este se retorció, con el rostro contraído por el dolor y la piel erizada ante el contacto del Nim'uán. Recordó el gesto que el comandante enemigo había hecho desde el otro lado del campo de batalla justo después de haber tejido el Dohai.

Gra'dón iba a estrangularlo hasta matarlo.

—Cortaré la cabeza de tu cuerpo sin vida y dejaré tu cadáver para que tu familia lo encuentre. Me llevaré la cabeza como mi posesión más preciada, para demostrar al mundo que yo, Gra'dón, maté al mago. Te arrancaré el cuero cabelludo y lo usaré en mi yelmo como recordatorio de mi victoria sobre ti. Volveré, mago. Y cuando lo haga, daré caza a tu familia y los mataré uno a uno.

La ira, el pesar y la desesperación luchaban en la mente de Fel'annár. La Compañía estaba muerta. Estaba solo, atrapado en el abrazo de Telzorán, con las piernas sangrando incesantemente y una de ellas clavada al suelo por la hoja de Gra'dón. No podía mover los brazos, no podía invocar la luz ni proyectarla, y las armas estaban fuera del alcance.

En la mente, pidió ayuda al norte y a las Hermanas. A sus tierras natales del Bosque Profundo y, después, al Bosque Perenne.

Ayúdame.

—Que te vaya bien, *mago*. No volveremos a vernos. —Las manos suaves y acariciadoras que rodeaban el cuello empezaron a apretar.

No podía respirar.

Manchas negras invadieron la visión justo cuando el aire a su alrededor chisporroteaba.

Gra'dón vigilaba los bosques tanto como el sufrimiento de su cautivo. Cuando este muriera, los árboles dejarían de balancearse suavemente, pues sin el mago carecían de poder. Apretó con más fuerza, deleitándose con los sonidos de asfixia que brotaban bajo las manos.

Los árboles susurraron y los primeros gemidos profundos de la madera resonaron por el bosque. Fel'annár no podía respirar, pero sintió un torrente de energía fluyendo a través de él, pulsando y fundiéndose con la luz guía de Tensári. Incluso mientras la visión se nublaba, sintió la luz arremolinada y floreciente del bosque bajo la piel, agitándose mientras crecía lentamente hasta convertirse en un torrente furioso que imploraba ser liberado.

Fel'annár ya no pudo contenerla más.

El mago estalló en una antorcha abrasadora de luz blanca bajo él, y Gra'dón chilló al soltar el agarre, retirando a Telzorán porque le ardían las manos. Se lanzó hacia delante, agarró el pomo de la espada y la arrancó de la pierna del enemigo. Necesitaría todas sus armas para luchar contra aquello.

Ante él, el mago se puso en pie lentamente, con todo el cuerpo aún ardiendo en luz blanca, libre de su opresión. Gra'dón retrocedió cautelosamente.

Dentro de la luz, Fel'annár respiraba rápido y hondo, con los ojos fijos en el látigo que Gra'dón sostenía.

Las piernas no ardían en agonía y el cuerpo curtido por la batalla se sentía fuerte. Era hora de acabar con el cuarto príncipe, el último de los Nim'uán, con la ayuda del Bosque Perenne.

Estamos contigo, Señor del Bosque.

A medida que las llamas blancas a su alrededor se atenuaban, dio un paso hacia el enemigo, mientras los árboles de la meseta se movían y susurraban, hablando con sus congéneres del oeste y del norte. La energía se concentraba en el interior, extendiéndose hacia fuera, lista para ser proyectada. Podía sentir la presencia inquebrantable de Tensári en la mente.

Gra'dón no era tonto. Aunque el mago resurgido estaba desarmado, el Nim'uán se alejó subrepticiamente de él y de los árboles ondulantes, hacia el borde mismo de la meseta, donde lo aguardaban los Mil Escalones.

Pero Fel'annár no podía permitir que los alcanzara. En la mente, vio el honor sereno de Tensári, el alma sabia de Idernon y el dolor silencioso de Galdith. Vio la mueca irreverente de Carodel, la sonrisa infantil de Ramien y la ceja imperiosa de Sontúr.

Gra'dón había dicho que los había matado a todos. Habían muerto defendiendo a Fel'annár.

El rostro se contrajo en un rictus de dolor e ira, y corrió hacia Gra'dón con un poderoso rugido de venganza y cólera, por La Compañía, por Turion y por Pan'assár. Saltó, lanzó una patada con ambos pies por delante y estrelló las suelas de las botas contra el rostro de Gra'dón. Aterrizó, rodó por la inercia y se giró, viendo cómo los ojos del Nim'uán echaban chispas mientras se limpiaba la sangre de la nariz.

El látigo de serpiente se arrastraba por el suelo, sediento, pero Gra'dón lo retuvo con un gruñido en el rostro.

Fel'annár giró sobre sí mismo y Gra'dón pasó velozmente por el flanco derecho, engañosamente rápido. Se volvió; no podía perder de vista al enemigo otra vez. Empujó la luz hacia el Nim'uán, y una red de color azul, verde y púrpura lo envolvió, sujetándolo firmemente.

El Nim'uán rugió con rabia y Fel'annár volvió la vista hacia el árbol partido donde yacían las hojas. Afloraron recuerdos lejanos de la huida de Handir entre los árboles.

Necesito mis armas.

Unas raíces brotaron de la hierba, desgarrándola y lanzando terrones de tierra por el aire. Fel'annár pudo ver las espadas y a Harvest mientras surcaban el aire, solo para ser atrapadas a mitad de camino por más raíces. Parpadeó y encontró las armas flotando sobre las manos.

Las tomó, con el mismo recuerdo danzando justo bajo la superficie, una pregunta que se había hecho una vez.

¿Cómo había escapado del asesino de su madre? ¿Cómo había sobrevivido durante los muchos días que Amareth tardó en encontrarlo?

Enfundó la espada y giró a Harvest en las manos, avanzando hacia el todavía cautivo Gra'dón, cuyos ojos daban saltos entre la estrecha escalera y el némesis.

Las cabezas de serpiente golpeaban repetidamente contra la red de luz, y esta parpadeó. Fel'annár alzó a Harvest, dispuesto a clavársela en el corazón desviado de Gra'dón, pero el halo de luz que mantenía al cautivo en el sitio desapareció de pronto. Gra'dón se lanzó hacia un lado, vigilando las escaleras que descendían y se alejaban.

Fel'annár se movió para bloquear la huida, con el bosque ahora a sus espaldas. —En una tierra de árboles, no puedes escapar del bosque.

Fel'annár corrió hacia delante, justo cuando Gra'dón echaba la mano atrás para coger la espada.

Los sonidos de la batalla llegaban amortiguados aquí. Había capas de piedra entre ellos y el mundo exterior. Aun así, aquellos sonidos habían cambiado. Las explosiones, el clamor de la desesperación, habían dado paso a los sonidos del júbilo. Estaban ganando gracias

al Fuego Pelágico, a la ayuda encubierta de los Shirán y al poder que Fel'annár había evocado, la luz que había canalizado desde el cielo. Junto con las fuerzas de Vorn'asté, la jornada estaba ganada, si bien no la guerra; no hasta que Gra'dón fuera vencido y su ejército invasor expulsado de Dan'bar.

Sontúr abrió la puerta de los aposentos de Fel'annár y Llyniel. Asomó la cabeza. Estaba oscuro, pero eso no importaba. Sabía dónde estaba el estudio de Llyniel, sabía lo que estaba buscando.

—Necesito una bolsa. —Sintió el roce de la manga de Ramien en el hombro—. Intenta no destrozar el hogar de nuestro hermano.

—No vería a un Desviado aquí ni aunque me mordiera el culo.

Sontúr sonrió con sorna, caminó hacia el despacho y oyó las pesadas botas de Ramien tras él en la sala.

Los frascos brillaban con todos los matices de azul y gris, siendo la luz de la luna creciente tras la ventana su única fuente de iluminación. Pero recordaba el olor a Junar y sabía que Fel'annár también lo recordaría. Alargando el brazo, cogió un pequeño tarro de la mesa. Se oyó un traqueteo y luego un golpe seco, seguidos de un estruendo rotundo, y Sontúr cerró los ojos lentamente.

Caminó hacia la puerta del estudio. —Te dije que tuvieras cuidado, so... —Se detuvo a mitad del paso y miró hacia abajo a la silueta oscura que era inconfundiblemente Ramien, que en ese momento se estaba levantando del suelo.

—Me he tropezado.

—Es evidente.

—Me he tropezado con un *cuerpo*.

Acercándose a Ramien, el Muro de Piedra se hizo a un lado y Sontúr se agachó junto a un elfo que tenía la cabeza caída hacia atrás y el cuello roto.

—¿Quién es? —preguntó Ramien, asomándose por encima del hombro de Sontúr.

—No lo sé. Pero es un *elfo*, y tiene el cuello roto; el cuerpo aún está caliente. El enemigo ha estado aquí. —Se volvió para mirar a Ramien—. Tenemos que irnos. Ahora.

Sontúr y Ramien salieron a grandes zancadas de los aposentos de Fel'annár, mientras Sontúr tiraba de los cordones de la bolsa de

tela que habían llenado con las provisiones necesarias. Colgándosela al hombro, se dirigieron al final del pasillo.

—Estarán bien. Está con La Compañía. Si hay algún Señor de la Arena merodeando por aquí, tendrán cuidado de no cruzarse en su camino.

Sontúr no dijo nada y Ramien insistió.

—Me pregunto si Lainon habrá encontrado al Nim'uán.

Pero aun así, Sontúr permaneció en silencio.

Cuando llegaron al final del pasillo, Sontúr llamó y esperó a que Galdith o Carodel abrieran la puerta.

Frunció el ceño y se volvió hacia Ramien.

El Muro de Piedra alzó el puño y golpeó con tanta fuerza que el sonido chirrió en los oídos.

Nada.

—Ramien...

Pero el Muro de Piedra no necesitó que lo instaran. Desandando sus pasos, corrió y derribó la puerta de un golpe, tropezando al entrar en la habitación iluminada por la luna.

—Dioses benditos… —murmuró Sontúr con los labios gélidos.

Carodel estaba clavado al panel de madera detrás de él, con una flecha en el hombro izquierdo y otras dos en el costado. Quienquiera que le hubiera disparado era fuerte.

Una sensación de hundimiento los invadió a ambos.

—Carodel…

Los ojos de Carodel se abrieron débilmente. Se estaba desangrando, pero milagrosamente seguía vivo.

—A por el Señor de la Guerra, hermanos.

Sontúr se volvió hacia la pared de cristal y luego regresó la vista a Carodel. —Volveré a por ti.

—Ayuda a los otros… Fel'annár.

Ramien y Sontúr corrieron por las puertas abiertas y se detuvieron en seco al ver a Galdith, desplomado contra el muro exterior con tres flechas en el pecho. Más allá, Idernon yacía de costado, mientras que los ojos de Tensári, sin parpadear, descansaban en las estrellas. El rostro de Ramien se descompuso, mientras que el de Sontúr brillaba con una ira desenfrenada.

Con lágrimas en los ojos por los caídos de La Compañía, corrieron hacia la batalla al final de la meseta.

Fel'annár seguía vivo, luchando contra el Nim'uán.

Sobre ellos, un chillido familiar rasgó el aire.

Fel'annár y Gra'dón luchaban, y los pasos los llevaban cada vez más cerca del borde mismo de la gran meseta.

El Nim'uán se movía tan rápido que Fel'annár apenas tenía tiempo de esquivar el látigo mientras se ondulaba hacia él. Saltó, giró de lado y lo oyó restallar en algún lugar junto a él. Lanzó un tajo, y la hoja de Synth de Harvest casi no alcanzó a Gra'dón, que retrocedió tambaleándose por la sorpresa. Una bola de luz voló desde la mano derecha de Fel'annár y Gra'dón se lanzó hacia un lado, rodando por el suelo. Aterrizando sobre los pies, saltó alto en el aire. En un movimiento fluido, lanzó la espada contra el cuello del Señor de la Guerra.

Fel'annár paró el golpe con Harvest, pero la fuerza tras el envite de Gra'dón era demasiada. El arma flaqueó, y entonces el guantelete acorazado del Nim'uán se estrelló contra el lado de la cara. Se tambaleó hacia un lado, giró y proyectó otra bola de luz. Golpeó a Gra'dón, empujándolo hacia atrás.

Fel'annár atacó una vez más, pero Gra'dón se hizo a un lado; intentó rajar a Fel'annár por la espalda, pero este giró sobre sí mismo, hundiendo el arma en metal, cuero y luego en carne. Un rugido de dolor y el Nim'uán arremetió de nuevo, asestando a Fel'annár un golpe castigador que le alcanzó en el hombro mientras se alejaba girando.

Atacaban, paraban, giraban el uno alrededor del otro a una velocidad que parecía sobrenatural, teniendo en cuenta la envergadura de Gra'dón. Se asestaban golpes, recibían otros tantos, y la luz de Fel'annár impregnaba cada movimiento, otorgándole el poder que necesitaba para luchar mientras ignoraba el dolor de las heridas. Durante todo el tiempo, el Bosque Perenne lo llamaba a él,

el único que podía oírlo. Quería protegerlo; podía sentirlo. Y sin embargo, también le advertía de Telzorán.

Estaban demasiado cerca del borde, demasiado cerca de la frontera.

Los Liminales se agitan.

El ardor del acero surcó la parte posterior de la pierna y Fel'annár flaqueó, cayendo con una rodilla al suelo. Se incorporó con un esfuerzo agónico, encontrándose con la sonrisa ensangrentada de Gra'dón.

Fel'annár se tambaleaba donde estaba, con una pierna casi inútil, el hombro roto y la cara hinchada y ensangrentada. Estaba a un solo golpe de quebrarse, pero también lo estaba Gra'dón. Permanecía de pie con torpeza, con la sangre goteando de la cara, de debajo del brazal, sobre el puño que sostenía el látigo. Un destello en los ojos de serpiente y Fel'annár observó, leyó la intención. Pero se equivocaba.

Cuando ocurrió, Fel'annár no fue lo bastante rápido para evitarlo. El látigo zigzagueante se enroscó alrededor de la garganta, apretando con fuerza hasta que ya no pudo respirar. Las manos soltaron instintivamente el arma y fueron hacia el látigo que rodeaba el cuello.

Una víbora bufadora bailó ante el rostro, con las mandíbulas abiertas y los afilados colmillos blancos listos para atacar mientras Gra'dón se movía, barriéndole los pies. Fel'annár cayó hacia delante y el Nim'uán le estampó el pie en el centro de la espalda. Con el látigo en la mano, tiró con fuerza, y una sonrisa sangrienta asomó cuando Fel'annár arqueó la espalda en un intento fútil de aliviar la presión, con las manos arañando el látigo que le estaba arrebatando la vida.

Gra'dón levantó la espada con la otra mano, listo para clavársela al mago.

—¡Fel'annár! —El grito de desesperación de Ramien llegó desde el otro lado de la meseta mientras él y Sontúr corrían hacia allí. Desde arriba, la llamada de Lainon rasgó el aire, más cerca ahora.

Fel'annár concentró el Dohai y las manos brillaron al rojo vivo. Telzorán siseó de dolor, aflojándose lo justo para que pudiera agarrar

las tres cabezas de víbora bufadora. Tiró de ellas y del látigo por encima de la cabeza, ignorando las mordeduras, giró y rodó mientras lanzaba a Telzorán de vuelta hacia Gra'dón.

Pero Gra'dón era demasiado rápido incluso para su propio bien. Se lanzó hacia delante con la intención de ensartar al mago, justo cuando Fel'annár soltaba el látigo. La poderosa hoja del Nim'uán lo rebanó. El golpe descendente de Gra'dón iba dirigido a Fel'annár. En su lugar, cortó el arma más preciada.

El Nim'uán se tambaleó hacia un lado, conmocionado e incrédulo, mientras Fel'annár observaba impotente cómo las tres cabezas de serpiente volaban hacia el precipicio.

Hacia el Bosque Perenne.

Cuando el látigo cortado cruzó la frontera invisible, resplandeció y luego estalló en minúsculas motas de luz blanca ardiente. Los espíritus de aquellos que habían muerto a manos de Telzorán regresaban a la Fuente, sin importar que fueran élficos, humanos o calrazianos.

Fel'annár agitó la mano en el aire, creando una red translúcida de luces brillantes a su alrededor. Los espíritus empujaban contra la membrana, desesperados por volar hacia el oeste, pero estaban atrapados, flotando sobre el bosque prohibido.

El mundo bajo los pies empezó a temblar.

La meseta gimió y se agrietó, un rugido surgió de las entrañas de la tierra, desde lo más hondo, y las rocas empezaron a desmoronarse.

Gra'dón tropezó e intentó caminar, pero ya era bastante difícil simplemente mantenerse en pie.

Ramien y Sontúr se detuvieron en seco, balanceándose al borde de la meseta que se desmoronaba. Justo delante de ellos, el suelo se elevó, la piedra estalló, separándolos de Fel'annár. El Bosque Perenne estalló como un sol verde, con una cúpula de luz elevándose sobre él.

—¡Fel'annár! —Un grito desgarrador; Ramien buscaba desesperadamente una forma de sortear el obstáculo, dispuesto a saltar sobre él.

—No puedes. No podemos, Ramien.

—¡No podemos dejarlo! —El Muro de Piedra luchaba por liberarse del agarre de Sontúr en los brazos. El príncipe lo hizo girar y lo sacudió con fuerza—. Coge a Tensári. Yo cogeré a Idernon. ¡Fel'annár está más allá de nuestra ayuda!

Las lágrimas brillaban en los ojos de Ramien. Sontúr sintió el momento en que el amigo se rendía y, juntos, se volvieron hacia la temblorosa meseta, mirando impotentes cómo empezaba a desintegrarse, con Fel'annár y Gra'dón apenas visibles tras el muro de destrucción.

—No hay nada que podamos hacer por él, hermano. *Nada*.

La roca gimió y se estremeció, y la meseta se sacudió de un lado a otro. Con un chasquido ensordecedor, se partió en dos, dejando una brecha imposiblemente ancha, y desde el Bosque Perenne, un huracán se abatió sobre ellos.

Ramien y Sontúr se mantuvieron firmes, con el corazón roto por Tensári, por Idernon, por Galdith y por Fel'annár, que seguramente se uniría a ellos ahora, en el Camino Corto a casa.

Las rocas caían de la meseta y un viento poderoso soplaba todo hacia la fortaleza. Gra'dón se protegió los ojos del huracán, intentó caminar contra él y dirigirse a las escaleras, pero se quedó paralizado mientras el corazón verde del bosque se hinchaba y se elevaba sobre las copas de los árboles azotados.

A su lado, Fel'annár avanzó, con luz en las manos. No podía dejar que Gra'dón escapara, aunque las probabilidades de que cualquiera de los dos saliera vivo de esto eran escasas. La meseta se estaba fragmentando, estaban parados en una isla de piedra, sin salida.

Miró la luz en las manos, su última arma contra el Nim'uán. Si Fel'annár iba a morir ahora, se aseguraría de que el Nim'uán lo hiciera también.

Fel'annár reunió las últimas fuerzas y proyectó los últimos restos de su energía en una bola de luz cegadora. La lanzó contra Gra'dón y vio cómo se estrellaba contra el pecho, atravesando la coraza y

hundiéndose a través de la carne y el hueso destrozados hasta quemar el mismísimo corazón en el pecho. A través del agujero en el pecho del gigante Nim'uán, Fel'annár pudo ver el agitado y colérico Bosque Perenne.

Con las manos abiertas, Gra'dón cayó hacia atrás, al abismo en ebullición, justo cuando la roca bajo Fel'annár se sacudió y cayó, deslizándose hacia delante y hacia el borde. Extendió ambos brazos, con la agonía floreciendo en el cuerpo roto.

Era un barco hundiéndose, sumergiéndose en las profundidades del agitado Bosque Perenne. Estaba demasiado alto, cayendo demasiado rápido; esta vez los árboles estaban demasiado lejos para ayudarlo.

Oyó un chillido, alcanzó a ver a Lainon y a otros Shirán sobre él, luchando contra los vientos huracanados y las rocas. No podían acercarse más, pero aun así, Fel'annár levantó instintivamente una mano.

Estaba a segundos de la muerte, pues lo que hubiera dentro de la luz que se agitaba y retorcía era más grande que él. En esos momentos finales, la vida estalló en la mente. Vio a su madre. Vio a Aria sonriéndole. Vio Lan Taria, Tar'eastór y los crecientes mares de Pelagia.

Vio a Gor'sadén, a Llyniel. Vio a su padre, a Handir y a sus hermanos. Vio a Tensári y a los dioses, vio a Idernon.

Parpadeó y vio una luciérnaga ante él, cuyo cálido resplandor dorado era un bálsamo para la vida que se desvanecía.

Mientras Fel'annár caía en las profundidades revueltas de luz verde, el Liminal se encabritó con un rugido que partió los cielos en dos.

El dragón se alzó sobre el bosque, ascendiendo cada vez más, desplegando unas alas cuya envergadura era casi la del bosque mismo. Ojos dorados, cuerpo verde; este era el guiverno que Fel'annár había visto en su sueño.

Abrió las fauces y la neblina del fuego de dragón distorsionó la visión desfalleciente de Fel'annár. Estiró el cuello hacia el cielo y, con un rugido que sacudió el mundo entero, escupió fuego verde contra la red translúcida de luces brillantes.

Pero Fel'annár no vio cómo se apagaban las luces blancas, no pudo sentir el temblor de la tierra ni oír las súplicas desesperadas de Lainon.

Todo lo que podía oír era el viento.

CAPÍTULO 29

Camino a Casa

—¡Corred!

Se oyó un batir de alas y Lainon y Zéndar echaron a correr por el suelo junto a Sontúr y Ramien. En sus brazos llevaban los cuerpos de los caídos, de Tensári, Idernon y Galdith.

Irrumpieron en los aposentos del rey, volcando mesas y sillas a su paso.

—¡¡Resguardaos!!

El suelo se sacudió, vibró con tal violencia que les hizo estremecer los huesos. Los marcos de los cuadros cayeron de las paredes y el muro de cristal del rey estalló hacia el interior.

Calor, una luz verde cegadora; el mundo exterior seguramente se estaba acabando, hundiéndose en un abismo de destrucción, y aunque a La Compañía le pareció una eternidad, solo pasaron unos segundos antes de que la luz empezara a desvanecerse y el estruendo se apagara hasta convertirse en un retumbar lejano.

Algo rugió desde el otro lado del mundo, y su eco les heló la sangre. El suelo bajo sus pies se detuvo y una especie de silencio se posó sobre ellos, como si se hubieran sumergido bajo el agua y hubieran salido a la superficie justo a tiempo para oír el eco de un mundo que una vez existió.

Fel'annár se había ido. Había dado su vida para matar a Gra'dón, para evitar que el Captor de espíritus liberara las almas que contenía. Había cumplido con el deber que había nacido para defender, había mantenido a salvo el Bosque Perenne. Pero aquello había costado las vidas de Tensári, Idernon y Galdith.

Lainon sintió la pesada mano de Zéndar en el hombro. Le sirvió de ancla mientras contemplaba el rostro de la devastación. Ramien depositó a Idernon en el suelo, mientras Lainon acariciaba con la mano la frente fría de Tensári. Zéndar miró a Galdith con pesar y luego se giró cuando Sontúr trepó por los muebles caídos y los cristales. Carodel seguía clavado contra la pared, ya sin conocimiento.

—Ramien. Sujétalo.

Ramien levantó las piernas de Carodel con cuidado, y no flaqueó cuando Sontúr extrajo las flechas. Soportando todo el peso de su amigo, lo soltaron de la pared y lo tumbaron en el suelo. Sontúr presionó sobre las heridas sangrantes.

Sangraba.

—¿Está vivo? —preguntó Zéndar tras su yelmo de búho.

—Por ahora. He causado más daño al sacar esas flechas.

—No has tenido elección, hermano.

Sontúr asintió hacia Ramien, con la mirada perdida más allá de él, hacia Idernon y Galdith. No había forma de salvarlos.

Lainon se puso en pie, con Tensári en brazos. Sontúr y Ramien lo vieron pasar por delante de ellos, moviéndose con cuidado sobre la alfombra de cristales y saliendo fuera. Con Zéndar a su espalda, Lainon alzó los ojos al cielo.

Los otros tres Shirán aterrizaron suavemente a su lado, con la vista puesta en los Ber'ator caídos.

El guiverno había desaparecido pero, tras de sí, sobre el dosel inmóvil del Bosque Perenne, brillaban mil luciérnagas, como si se hubieran liberado de los ojos dorados de la bestia. Lainon caminó hacia ellas, con el peso en sus brazos y lágrimas en los ojos, pues aquello era hermoso. Un tributo silencioso, un adiós pesaroso; y el reconfortante calor de su luz se movió, formando un patrón en el cielo, uno que conocía bien.

Era el símbolo de los Shirán.

Lentamente se fue desvaneciendo, hacia dondequiera que estuviera Fel'annár ahora.

Lainon se volvió hacia Sontúr y Ramien cuando salieron de los aposentos en ruinas del rey, con la mirada puesta en el patrón que aún persistía en el cielo. Eran todo lo que quedaba de La Compañía ahora, a menos que Carodel sobreviviera de algún modo.

—Debo llevar a Tensári a casa.

Sontúr asintió, casi demasiado afectado para hablar. —Dile a Fel'annár que se apresure a volver, que nos espere cuando llegue nuestro momento.

Lainon asintió solemnemente, permitió que los otros Shirán soportaran parte del peso de Tensári. Juntos emprendieron el vuelo, viajando despacio, como un majestuoso séquito hacia el símbolo desvanecido de los Shirán. Camino a casa para un Ber'ator más, perdido al servicio de Aria.

~

Ramien gritó, con un tono tan desesperado como incrédulo.

—Ha respirado. ¡Sontúr, ha respirado, estoy seguro!

El príncipe se apartó de donde trabajaba con Carodel. No podía moverlo hasta que la hemorragia estuviera controlada.

Había lástima en su mirada por el Muro de Piedra. Había perdido a sus dos mejores compañeros esta noche.

—Ramien…

—No. Lo digo en serio. *Ayúdale*…

Sontúr respiró profundamente, caminó hacia donde Ramien se inclinaba sobre Idernon y se agachó. Puso una mano ante su boca.

Nada.

—Está muerto, Ramien.

—Espera. Por favor solo… espera.

Sontúr se agachó más, hasta que su propio rostro quedó ante el cuerpo de Idernon.

Esperó.

La boca de Idernon se abrió ligeramente. Seguramente era un movimiento involuntario. Sontúr lo había visto suficientes veces antes. Siempre traía una esperanza renovada donde no la había.

La boca de Idernon se movió de nuevo, se abrió como para aspirar aire y Sontúr esperó. No significaba nada a menos que fuera regular.

Pero la tercera vez, oyó el aire entrar en la boca de Idernon y los ojos se le abrieron de par en par.

—Santa Aria…

—¡Te lo he dicho! —Ramien estaba enfadado, pero Sontúr le puso una mano tranquilizadora en el hombro y lo apartó.

—Déjame trabajar.

Y Sontúr lo hizo. Se dijo a sí mismo que Tensári no había muerto, que Fel'annár no había muerto, que Galdith estaba de pie detrás de ellos. Obligó a su cuerpo a no protestar por sus heridas e ignoró su corazón roto. Todo lo que existía eran Idernon y Carodel. Lo único en lo que pensaría era en cómo mantenerlos respirando, en mantener su sangre dentro de sus cuerpos.

—Tenemos que llevarlos a la Sala de Curación.

Pero el solo pensamiento de ir a la Sala de Curación bastaba para recordarles a todos que Llyniel estaría allí.

¿Lo sabía ya? ¿Comprendía que su alma gemela se había ido?

¿Había sentido el momento en que su alma había huido?

~

Mientras Sontúr y Ramien llevaban a toda prisa a Idernon y Carodel a la Sala de Curación, Bulan permanecía en el centro del gran patio, encorvado y jadeando por el esfuerzo.

Ante él, las puertas rotas de Ea Uaré y, a su derecha, el agrietado y desmoronado muro oriental. Más allá, entre los montones de escombros y las fisuras, el enemigo yacía muerto. Miles de cuerpos, carbonizados más allá de toda identificación. Huesos retorcidos, armaduras, hojas y joyas yacían desechados, símbolos sin sentido de una vida pasada.

Pero fue lo que vio más allá de las puertas del norte lo que le revolvió las entrañas y le llenó de pavor.

El Bosque Profundo estaba en silencio, y completamente inmóvil.

Había visto la cúpula de luz verde, había visto a la bestia etérea alzarse desde el Bosque Perenne y luego escupir su fuego desde lejos. Todos lo habían visto, cayendo de rodillas, conmocionados y desesperados, a pesar de que la batalla ya había sido ganada. El enemigo debía de haber entrado en el Bosque Perenne. El Señor de la Guerra seguramente lo había detenido.

Fel'annár *estaba* muerto.

Bulan sabía que tenía razón, e incluso ahora, mientras giraba sobre sí mismo para contemplar la devastación a su alrededor, los guerreros gritaban de dolor e incredulidad.

—¡El Señor de la Guerra ha muerto!

Bulan cerró los ojos, dejó caer la cabeza sobre el pecho, que aún jadeaba.

Sabía lo que debía hacer ahora. Buscar al rey, buscar a Gor'sadén. No muy lejos, Hobin estaba de pie frente al Bosque Perenne, con su misterioso compañero ya desaparecido.

Bulan se dio la vuelta, pensando que nunca volvería a poner los ojos en aquel lugar. Era un lugar venerado, un bosque que Or'Talán había regalado al pueblo silvano para luego denegarles la entrada. Pero ¿qué bosque se volvía contra los suyos? ¿Contra el mismísimo Señor de la Guerra? ¿El único entre ellos que podía oír su voz? ¿Sentir su difícil situación? ¿Por qué había venido la bestia? ¿Por qué había sacrificado tan fácilmente a Fel'annár simplemente porque se interponía entre ella y el Nim'uán? ¿Era por esto por lo que Or'Talán les había advertido que se mantuvieran alejados?

Notó una pesada mano en el hombro y se giró, mirando los ojos gris marengo del capitán Airen. —Será recordado; su nombre será exaltado en toda Pelagia. Yo me encargaré de que sea así.

Bulan le devolvió la mirada, esperó a que su mente distraída registrara las palabras de Airen y luego asintió en agradecimiento. El capitán pelágico se alejó y Bulan recorrió con la mirada a los guerreros, aún conmocionados, que le rodeaban.

Gor'sadén no aparecía por ninguna parte.

Pavor y una creciente desesperación le palpitaban en el pecho y en las sienes. Debía saberlo. Debía estar allí arriba, en la meseta, y enfrentarse al terrible precio de la victoria.

Pero, por ahora, había trabajo por hacer, y Bulan lo haría por Fel'annár. No pensaría en el hijo que podría haber criado. No pensaría en el Señor de la Guerra al que con tanto orgullo llamaba sobrino, al que su propia hija había decidido seguir. Bloquearía la imagen de su rostro, las voces que incluso ahora exaltaban su nombre.

Simplemente recordaría lo que Fel'annár había defendido.

El bosque, el hogar de Bulan, el refugio de este mundo.

Y ahora, esa también sería su prioridad. Haría lo que Fel'annár ya no podía. Protegería a la gente, y solo cuando estuvieran a salvo, entonces, lloraría su pérdida.

El río Calro se había calmado, aunque Llyniel no reparó en ello.

Madera y cuerpos flotaban en el agua, acumulándose alrededor de los muelles, y las orillas sembradas de escombros estaban plagadas de los restos carbonizados de los Señores de la Arena que se habían lanzado al agua para apagar las llamas que los habían envuelto. Llyniel no lo había visto, y en realidad no le importaba.

No sabría decir cuánto tiempo hacía que estaba sentada allí, con la barbilla apoyada en las rodillas flexionadas y los brazos rodeándolas. De vez en cuando, un guerrero se detenía y hacía una reverencia, con la mano en el corazón, esperando que ella reconociera la deferencia. Pero no lo hacía. No podía verlos, pues la mirada la tenía vuelta hacia su interior. Estaba buscando, escuchando, intentando alcanzar algo, con los sentidos tensos. Pero no había nada. Solo silencio, como el del Bosque Perenne al otro lado de las aguas.

Sabía que este momento llegaría. Había arruinado su propia vida, roto su propio corazón por aquel único instante en Tar'eastór, en la

ladera de la colina cuando la batalla era inminente. Había aceptado a Fel'annár a pesar de que su juicio le decía lo contrario.

Era una necia, una idiota desesperada y lastimosa.

Lágrimas calientes rodaban sin control por el rostro, cayendo sobre la túnica negra. Lloraba por sí misma y lloraba por Fel'annár. Lloraba por los tiempos que nunca llegarían, por su futuro, que había muerto. Lloraba por los hijos que nunca tendrían, por la vida de paz y paraíso con la que habían soñado. Todas aquellas maravillosas cosas se habían ido, se habían apagado, como las estrellas al amanecer.

Todo lo que le quedaba aquí era su deber. Pero no se puede curar sin corazón. No se puede salvar a otros si no puedes salvarte a ti misma. No se puede servir ni ser útil si te sientes inútil y perdida.

Y así se sentía Llyniel. Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer, cómo ser, qué decir o qué sentir. Confusión, profunda y desconcertante, como si alguien hubiera abierto su mente y permitido que todo lo que ella era escapara, para flotar a su alrededor caóticamente. Se estaba perdiendo a sí misma, quería estirar el brazo y recuperar sus pensamientos y recuerdos, meterlos de nuevo donde debían estar, como una niña envidiosa que recoge sus juguetes.

Cerró los ojos con fuerza, ahogó el sonido de su desesperación y se abrazó las piernas con más fuerza aún.

Lo había sabido. Siempre lo había sabido.

Pasos detrás de ella. El crujido de la tela, movimiento por el rabillo de los ojos nublados.

Maeneth.

Rogó por que hubiera silencio. Suplicó con todo su corazón que su amiga no hablara, que no pronunciara palabras de superficial consuelo.

Y no lo hizo.

Llyniel parpadeó lentamente, permitiendo que el mundo real la asaltara. Se marcharía a Araria y luego más allá, en cuanto la Sala de Curación fuera manejable. Aquello llevaría meses, y hasta que llegara ese momento, sería una curandera sin corazón, una mujer

insensible que comería y bebería para seguir con vida, con el único propósito de recorrer el Camino Largo de vuelta a casa.

A Fel'annár.

Rinon jadeó mientras Sorei lo sujetaba. Kristain sostenía el pie del príncipe entre las manos, inclinándolo hacia un lado y otro, tirando y alineando.

Kristain deseó que Llyniel estuviera allí para ayudar, pero ella había sufrido un vahído y había salido tropezando de la Sala de Curación, seguida por Maeneth. Había visto a Thargodén observándola, con la sospecha y un pavor creciente reflejados en los ojos de un padre.

Rinon gritó, soltó un jadeo indignado y luego una sarta de obscenidades. Kristain sabía que el príncipe heredero no había pretendido insultar a todo su linaje familiar.

—Absolutamente. Nada. De peso. Si lo apoyas, podrías arruinar tus posibilidades de volver a caminar. Te lo digo *yo*, príncipe. —Kristain se volvió hacia Thargodén y observó con aire impasible cómo el rey balanceaba ambas piernas por el borde de la cama.

—No les pasa nada a *mis* piernas...

—Hasta que cedan porque te desmayes debido a la pérdida de sangre. Quédate al menos hasta mañana.

Thargodén se echó hacia atrás contra el cabecero, intentando detener el movimiento involuntario de los ojos.

—Necesito saber qué está pasando ahí fuera, si los rumores son ciertos.

—Entonces deje que vaya *yo*, señor.

Thargodén clavó la mirada en los gélidos ojos azules de Sorei. —Me informarás de inmediato.

—Desde luego. Pero puede que me lleve algo de tiempo. Debo encontrar a los comandantes Gor'sadén y Hobin, a los capitanes Bulan y Dalú, y a La Compañía.

Kristain guardó sus cosas, se colgó la bolsa al hombro y luego miró a Thargodén. Sus miradas se cruzaron. Allí, bajo las brumas menguantes del delirio en los ojos del rey, el rumor era casi una certeza para ambos.

Kristain apartó la vista, incapaz de observar cómo la terrible verdad empezaba a calar. Necesitaba insensibilizarse. Los guerreros habían librado su batalla. Ahora, era el momento de que Kristain librara la suya propia.

Salió de la habitación, con Sorei justo detrás de él.

La Sala de Curación estaba increíblemente abarrotada y el ruido resultaba molesto, pero una voz familiar se elevó sobre el estruendo. A lo lejos, Ramien, el Muro de Piedra, cargaba con Idernon y, a su lado, aparecía el rostro sombrío y ensangrentado del príncipe Sontúr, con Carodel inconsciente en sus brazos.

—Necesitamos camas, con urgencia.

Kristain asintió, pero la mirada se le demoró en Sontúr; vio el ligero gesto de negación de su cabeza. Lo único que pudo hacer fue verlos marchar hacia las habitaciones que les había indicado, sabiendo que aquellos que no estaban allí, habían muerto.

Tensári, Galdith, y malditos sean los dioses, Fel'annár.

El viento había cesado. La tierra ya no se movía al ritmo de los árboles. El muro de oscuridad dio paso a la vista de la ciudad semiderruida de Ea Uaré a través de los árboles inmóviles.

Handir sabía lo que significaba.

Una rama se partió a sus espaldas y Handir se incorporó, entornó los ojos ante la luna brumosa y luego se volvió hacia Macurian, que permanecía totalmente inmóvil a cierta distancia. El ex-Sombra lleno de cicatrices lo observaba, con los rasgos pétreos aún duros e implacables. Y, sin embargo, había comprensión en aquellos ojos que tanto habían visto y tanto habían hecho, no siempre para bien.

—Si te dijera que lo siento, ¿me creerías?

Handir ladeó la cabeza y dio un paso hacia Macurian; su voz era suave, casi melancólica.

—Sí.

La Sombra asintió. —¿Y si te dijera que fue el elfo más extraordinario que he conocido jamás? Que siempre lo recordaré... ¿seguirías creyéndome?

Handir se detuvo ante el forajido arrepentido, aquel que había luchado contra un monstruo para darle el tiempo necesario para poner a su gente a salvo en los bosques serpenteantes.

—Seguiría creyéndote.

Macurian asintió y luego se volvió hacia la ciudad lejana. Handir hizo lo mismo.

El fuego aún ardía y el humo flotaba sobre los muros semi-derruidos. Sabía lo que yacía dentro y alrededor. Quería abandonar el bosque de luto, ayudar de alguna manera. Pero sabía que era demasiado pronto para eso. Solo estorbaría.

Pero la espera sería agotadora.

Aún debía escuchar la confirmación de la muerte de Fel'annár. ¿Y su padre? ¿Rinon y Maeneth? ¿Sus amigos Sontúr, Idernon y el resto de La Compañía? Si Fel'annár había muerto, Tensári seguramente también lo estaría... y Lainon.

Entonces vio el rostro de Llyniel en su mente, solo para sobresaltarse cuando Macurian habló de nuevo.

—No eres un guerrero, príncipe. Luchas de una forma distinta, una que me exaspera porque yo no puedo hacer lo que tú haces. Pero sea lo que sea lo que encontremos allí, te guardaré las espaldas, si me aceptas. Tienes mis servicios, por todo el tiempo que desees, en homenaje a aquel al que no pude matar. Por *deferencia* hacia él.

Handir escudriñó el rostro de Macurian, vio cada matiz, cada tensión de la piel, cada línea, cada movimiento de la mirada; todas las enseñanzas de Aradan se traducían en su mente.

—Tienes mi perdón absoluto, Macurian. Y si es tu deseo servirme, me alegrará contar contigo todo el tiempo que quieras. Debo regresar a la ciudad.

Macurian lo miró fijamente, como si no hubiera escuchado las palabras de Handir. No fue alegría lo que inundó sus sentidos. Fue alivio.

En su mente, vio a su hermano, con una sonrisa pacífica en el rostro. Había traicionado a aquel al que más había amado siempre y ahora, por fin, podía enmendarlo. Podría hacer que se sintiera orgulloso, enfrentarse a él en el próximo mundo, cuando llegara el momento, y decirle que había protegido a Handir, príncipe de Ea Uaré.

Los guerreros y comandantes de Ea Uaré trabajaron duro para asegurar la fortaleza, tan bien como pudieron dadas las circunstancias.

Las puertas habían sido borradas del mapa, la torre occidental estaba casi destruida y el muro oriental presentaba grietas y derrumbes parciales. En cuanto a la Gran Meseta, se había partido en dos, y una nueva montaña se alzaba al oeste, entre el palacio fortaleza y el Bosque Perenne.

Gor'sadén no podía decir cuántos habían muerto. Era demasiado pronto; aún se estaban recogiendo los cadáveres élficos mientras las piras ardían para los Señores de la Arena, para aquellos que no habían sido ya quemados vivos por el Fuego Pelágico.

Macabras pilas de calrazianos y bestias yacían tan lejos de las puertas como habían podido conseguir. Les llevaría días quemarlos, y pronto el hedor sería insoportable. Pero a eso olía la guerra; Gor'sadén había estado en suficientes.

En cuanto a los rumores, no se podía saber si eran ciertos. Gra'dón podría seguir vivo. *Fel'annár* podría seguir vivo.

Pero Gor'sadén no había visto lo que había sucedido. Necesitaba verlo para creerlo y, sin embargo, ¿dónde estaba Fel'annár si no estaba muerto? ¿Por qué se habían aquietado los bosques? ¿Se lo había llevado La Compañía a toda prisa a la Sala de Curación?

¿Habían resultado tan heridos los demás miembros de La Compañía que no habían pensado en informarle? ¿Era así de sencillo?

—¡Comandante!

Gor'sadén se sobresaltó, se volvió bruscamente y se encontró cara a cara con el rey Vorn'asté. A su lado, los capitanes Bulan, Airen y Hobin. —Vamos a la Sala de Curación, a ver a quién podemos encontrar. —Su tono había sido tranquilo y autoritario y, sin embargo, Gor'sadén conocía bien a su rey. Había un rastro de sorpresa en su voz. Se preguntó si tendría algo que ver con la mirada ardiente, el mismo brillo que podía ver en los ojos de Hobin.

Había querido saber, ¿verdad? Y, sin embargo, ahora que había llegado el momento, sus pies parecían pegados al suelo, pues con la ignorancia venía la esperanza. ¿De verdad deseaba saberlo? ¿O ya lo sabía?

Bulan debió de adivinar su dilema, pues puso una mano tranquilizadora en el hombro y Gor'sadén resistió el impulso de apartarla. Sentía que la pena se iba filtrando, la lástima por sí mismo y la pérdida del que había elegido como su propio hijo. Duelo por la pérdida de un joven guerrero que había cambiado su vida, que lo había iluminado en su propio camino y luego lo había llamado padre.

Sí, quería saberlo. Si era cierto, entonces tal vez había llegado el momento de marchar, de abandonar este primer mundo bajo sus propios términos y partir en busca de Los Tres y de su único hijo.

Fel'annár.

Kristain se inclinó sobre la cama en la que yacía Idernon, inmóvil y sin reaccionar. A un lado, observando cada uno de sus movimientos, estaba Ramien.

Cerca de allí, Sontúr atendía a Carodel. El sanador se volvió, esperando casi ver a Galdith rondando sobre el hombro.

Pero no había nadie allí.

Los ojos de Sontúr se humedecieron y, sin embargo, sonreía mientras trabajaba. De todas las muertes que La Compañía había

sufrido, la suya era la más fácil de sobrellevar. Por fin, el Guerrero Feroz se había reunido con su amada Dena y su hija pelirroja Fenu.

Había silencio aquí, en los aposentos privados de la Lestari, salvo por el tintineo del cristal y el chapoteo de los líquidos mientras Sontúr y Kristain trabajaban. Fuera casi era de día, y el trabajo comenzaría de nuevo, si es que se había detenido en algún momento durante la larga noche.

—¿Y si no está muerto?

Sontúr se sobresaltó y se volvió hacia Ramien. —Viste lo que ocurrió.

—Vi al dragón. Vi a Fel'annár desaparecer por el borde.

—Es una caída larguísima, hermano —dijo Sontúr mientras terminaba de anudar el vendaje alrededor del pecho de Carodel.

—También lo son las Cataratas del Horizonte.

Las manos ocupadas de Sontúr se detuvieron. Ramien tenía razón. Fel'annár y Handir habían sobrevivido a aquella caída contra todo pronóstico. Gor'sadén, Llyniel y La Compañía habían bajado el acantilado para buscar sus cuerpos, sin esperanza real de encontrarlos con vida.

Ante la falta de respuesta de Sontúr, Ramien insistió. —Deberíamos organizar una partida de búsqueda.

—Estoy seguro de que Bulan o Gor'sadén ya habrán pensado en ello. Aun así, no hay nada malo en preguntar. Solo... no te aferres a la esperanza, hermano. Por mi parte, no dejaré a Idernon ni a Carodel hasta que sepa con seguridad que sobrevivirán.

—Ni yo tampoco —dijo Ramien.

—¿Regresarás a Tar'eastór ahora? —La voz de Ramien sonaba abatida, casi perdida, mientras permanecía allí sentado, mirando a Idernon y las manos sanadoras de Kristain.

—No lo sé. Aún no he hablado con mi padre sobre eso. Y ahora... —vaciló, echándose hacia atrás mientras luchaba por expresar sus pensamientos con palabras—. Mi futuro es incierto.

—Y el mío. Lan Taria parece un lugar tan pequeño ahora.

—¿Y eso es malo, Ramien?

—No. Solo... diferente. Como todo lo demás ahora. Solo quedamos cuatro de nosotros, solo dos plenamente en este mundo.

Tú tienes a tu princesa pero yo... yo solo tengo a Idernon ahora.

Ramien tenía razón otra vez, como siempre la había tenido en la mayoría de las cosas, así que Sontúr permaneció en silencio, con las manos trabajando meticulosamente y la mente inundada por sus propias preguntas sobre un futuro sin La Compañía.

A pesar de las advertencias de Kristain de que permaneciera en cama, Thargodén había abandonado su habitación y el lado de Rinon.

Roto por el dolor, avanzando a trompicones por el pasillo principal de la Sala de Curación bajo las miradas llorosas de los heridos y los sanadores, caminó sin impedimentos, pues nadie se atrevía a detenerlo. Pero Gor'sadén sí lo siguió, silencioso y discreto.

El comandante general se había mantenido ocupado con el rey Vorn'asté y Bulan, visitando a los guerreros heridos en la sala principal. Pero ya no podía ignorar sus propias preguntas y se había dirigido a los aposentos privados de Llyniel en busca de La Compañía. En su lugar, había visto a Thargodén, había visto su rostro al salir de los aposentos de la Lestari, donde sabía que habían llevado a Idernon y Carodel.

El rostro de Thargodén era toda la respuesta que necesitaba.

El rey se aferraba a la barandilla, impulsándose hacia arriba, un paso doloroso tras otro, como si quisiera castigarse por sus errores percibidos. No podía decir si sabía que Gor'sadén estaba detrás de él, pero cualquier cosa que el rey pudiera decirle caería en saco roto. Lo seguiría hasta el lugar donde sabía que el padre necesitaba estar, donde *él* necesitaba estar.

La meseta.

Sin aliento y mortalmente pálido, Thargodén llegó vacilante hasta su lugar favorito, ante las ventanas ahora hechas añicos de sus estancias en ruinas. Tenía la mirada fija en la devastación más allá; no parecía ver el cuerpo de Galdith, aún desplomado contra el muro exterior. Nadie había venido aquí desde la batalla, tal vez por

respeto. Fel'annár había muerto aquí, defendiendo la tierra que tanto había amado y, con él, el enemigo del Gran Bosque había caído. El último de los Nim'uán había perecido, no sin antes llevarse a Tensári y a Galdith. Y aún estaba por ver si Carodel e Idernon saldrían adelante.

Thargodén apartó la mirada empañada de las rocas escarpadas y se dio la vuelta. Con los ojos firmemente cerrados, se inclinó, con las manos en las rodillas y el aliento de pronto demasiado corto, demasiado entrecortado.

Frustración, ira, una lástima terrible... culpa.

¿Por qué se había demorado todos esos años? ¿Por qué había sucumbido a sus propios sentimientos de autocompasión? Se había complacido a sí mismo, por encima de este reino que había jurado gobernar, por encima de sus hijos. Prácticamente había abandonado a Rinon, Maeneth y Handir, ni siquiera había advertido que su hijo silvano caminaba por los bosques de Ea Uaré.

Thargodén se sentó pesadamente en su sillón raído; la espada de Or'Talán se le resbaló de la mano entumecida y tintineó contra el suelo de piedra.

Se quedó mirando la esmeralda en bruto que siempre languidecía en el dedo. Parecía apagada ahora, la luz de su amor se había extinguido; era una piedra verde sin sentido porque ella estaba muerta, Fel'annár estaba muerto.

La rabia, la cólera, lo invadió, y se arrancó el anillo del dedo, lo lanzó contra la pared con todas sus fuerzas y lo oyó caer en alguna parte; no le importaba dónde.

No se lo merecía. No merecía su amor y, aun así, no podía sentirla. Se había ido. Fría y muerta. Ella nunca se encontraría a sí misma, porque Thargodén no merecía su amor, no merecía volver a verla, nunca había merecido a sus hijos.

Las lágrimas brotaban de unos ojos que no veían, pues miraban hacia dentro, hacia la primerísima vez que había visto a Fel'annár, en las mazmorras de Analei. Fel'annár lo había liberado de sus cadenas en el foso de la inundación, lo había llamado padre en aquellos momentos finales antes de que el agua le rozara los labios y luego lo engullera.

Recordó el día en que había tejido el Dohai, en la meseta ante el Bosque Perenne, la magia que lo había rodeado, y recordó su llegada, ante una hueste de silvanos tribales, listos para luchar por el rey. Tantos recuerdos en tan pocos meses en los que padre e hijo habían estado unidos. Y, sin embargo, se había perdido los años de la infancia de Fel'annár, había fracasado en su deber como padre. El muchacho había crecido creyéndose un paria, rechazado y no merecedor de una familia amorosa.

Esto era lo que Thargodén se merecía.

Un sollozo, y el rey se cubrió la boca con la mano temblorosa. Pero no fue suficiente para ahogar el sonido de su pesar, ni suficiente para ocultar la boca retorcida, las amargas lágrimas mientras se deslizaban sobre una mano sin anillo, la mano de un rey fracasado, de un padre fracasado, de un espíritu sin amor cuya alma gemela no regresaría. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Él no era nada. No valía *nada*.

Era hora de que Thargodén, rey de Ea Uaré, se marchara.

Desde las puertas rotas, Gor'sadén apartó la mirada, desesperado por controlarse, por no desmoronarse como lo había hecho Thargodén. Necesitaba moverse, alejarse del sufrimiento del rey.

Caminó hacia el hogar y captó una luz verde. Un destello verde le devolvió el guiño; se inclinó, lo alcanzó y acercó el objeto desechado a los ojos. Era un anillo, la esmeralda en bruto que el rey siempre llevaba. Era plano por un lado, casi redondeado por el otro.

Cerró lentamente el puño sobre él, caminó hacia Thargodén y se lo tendió, esperando pacientemente a que lo cogiera. Lo hizo, despacio, como si no quisiera pero no pudiera resistirse.

Gor'sadén se alejó, atravesando las ventanas marcadas y arruinadas, los postigos colgantes, hasta que sus botas caminaron por la espesa capa de ceniza que cubría los jardines antaño verdes.

Ojos entrenados escrutaron el suelo. Tensári había muerto aquí.

Caminó hasta que no pudo avanzar más y luego miró hacia abajo, más allá de los fragmentos de roca que habían estallado y reformado la meseta. Ya no era un óvalo suave, sino un frente de roca áspero y dentado.

—Ten cuidado, comandante. La grieta es reciente.

Gor'sadén se volvió a medias hacia la voz tranquila del rey, pero los ojos pronto regresaron al bosque silencioso más allá de la división.

—Mi deber ha terminado, Thargodén. Ya me queda poco por hacer aquí.

—Tu deber es para con tu rey, ¿no es así? Él todavía te necesita.

Gor'sadén consideró las palabras del rey. Tenía razón. No había querido decir deber, sino propósito. Ya no servía para ningún *propósito*...

—Me refería a mi deber para con Fel'annár, un deber que acepté el día que me nombró padre. —No se volvió para mirar al rey, pues sabía lo que vería. Dolor, el brillo de la culpa.

—¿En Tar'eastór?

—En el campo de batalla, después de luchar contra el Nim'uán Xar'dón. Casi nos mata a ambos y en esos momentos finales, cuando pensó que moriría, se formó un vínculo entre nosotros, no de sangre, sino de un amor igual de fuerte.

—La bestia lo había mordido, lo había infectado con alguna dolencia. Llyniel encontró una cura para ello.

Gor'sadén sí se volvió esta vez, sorprendido de que Thargodén supiera sobre aquello.

—Sí. Casi muere; de hecho, dejó de respirar durante un tiempo. Pero los árboles lo trajeron de vuelta, y algunos dicen que la propia Santa Aria tuvo algo que ver en su regreso. Fue un amanecer extraordinario, Thargodén. En muchos sentidos, todas nuestras vidas cambiaron ese día, a medida que nuestros caminos se hicieron más claros.

El silencio se extendió entre ellos, hasta que Gor'sadén pudo sentir el hombro de Thargodén rozar el suyo.

—¿Eres un Ari'atór, Gor'sadén?

Para un padre que acababa de perder a un hijo, un rey herido en cuerpo y alma, su tono había sido melancólico, casi un susurro.

—Sí.

Los ojos de Gor'sadén volvieron al Bosque Perenne y al horizonte lejano, más allá del cual se encontraba el mar. Pero a media

distancia, se alzaban los Últimos Marcadores. ¿Estaba Fel'annár allí? ¿Se había encontrado a sí mismo? ¿Regresaría alguna vez aquí, a Bel'arán?

—¿Eres *Ber'anor*?

Gor'sadén se sobresaltó, se volvió hacia el perfil de Thargodén, pero no tuvo tiempo de preguntar.

—Tus ojos, comandante. Lo proclaman, al igual que el bosque.

Gor'sadén frunció el ceño. —¿Puedes oírlo?

—Puedo entenderlo, a veces.

—¿Y qué más dice?

—Declara la victoria, llama a cualquiera que pueda oír. Se siente... orgulloso. Siente... gratitud por nuestros sacrificios.

—Fel'annár. —El nombre brotó de los labios temblorosos de Gor'sadén.

—Tensári.

—Galdith.

—Galadan.

—Pan'assár.

—Or'Talán.

Se alejaron del Bosque Perenne, caminaron lentamente de regreso a los aposentos medio borrados del rey, pero Gor'sadén se detuvo en el umbral.

—¿Qué harás ahora, Thargodén?

—Cumpliré con mi deber, veré estas tierras a salvo, veré Pelagia liberada. Pero me marcharé, Gor'sadén. Sigo sin poder sentir a Lássira. Sigo sin saber qué habría dicho mi padre el día que marchó a la guerra y nunca regresó. He fracasado como rey, como padre. Tomaré el Camino Largo, veré si puedo hacer un mejor trabajo siendo simplemente Thargodén. Quizá entonces, los dioses tengan a bien permitir nuestra unión, al fin.

Gor'sadén asintió y luego miró hacia abajo, a Galdith. Se puso en cuclillas junto a su forma desplomada.

—Valiente guerrero.

Deslizó los brazos detrás de la espalda de Galdith, bajo las rodillas, y se puso de pie. Estaba agotado, desconsolado, herido y hambriento, pero por los dioses que Gor'sadén cargaría con este

soldado, lo devolvería a La Compañía para que fuera honrado en la muerte.

El Nim'uán avanzaba hacia él, con una media sonrisa en el rostro inmaculado, el látigo serpenteante en una mano y la espada en la otra.

Idernon podía oír a Tensári moviéndose detrás de él, sus suaves palabras a Fel'annár.

Despierta.

Pero lo hiciera o no, Idernon sabía que era demasiado tarde para él. Debía darle a Tensári el tiempo que necesitaba para sacar a Fel'annár de aquí.

Pero el Guerrero Sabio no era rival para el gigante Nim'uán; lo supo incluso mientras levantaba su espada y paraba el primer golpe de Gra'dón.

Recordaba haberse sentido estúpido, como un niño luchando contra un guerrero adulto.

Recordaba estar tumbado de lado, con los ojos fijos en Tensári mientras ella se preparaba para enfrentarse a Gra'dón y, detrás de ella, Fel'annár, desplomado contra un árbol, ajeno a todo.

La siguiente vez que abrió los ojos, vio la forma derrumbada de Tensári y, más allá, en el mismo borde de la meseta, a Fel'annár y Gra'dón.

El suelo tembló y se sacudió. Cayeron rocas, y recordó la agonía, cómo se había mordido el hombro para evitar gritar.

Pero necesitaba mirar, necesitaba *ver*...

Debía de haber perdido la cabeza, pues una bestia verde surgió de las profundidades del Bosque Perenne justo cuando Fel'annár y Gra'dón desaparecían de la vista.

Recordaba la ola de calor ardiente, el rugido terrible de una bestia enfurecida, y luego su propia desesperación al decirse a sí mismo que no era una alucinación. No era un sueño; nunca lo *había* sido.

Abrió los ojos con dificultad y vio a Ramien escudriñándolo, con los ojos desorbitados y un brazo agitándose en el aire.

La cabeza de Sontúr apareció junto a la de Ramien. Una palabra escapó de los labios flojos de Idernon.

—¿Fel'annár?

Se apartaron y, por un momento, por un momento embriagador, Idernon pensó que sería el rostro de Fel'annár el que aparecería ante él. En su lugar, Sontúr y Ramien regresaron y, con ellos, Carodel.

—Se ha ido, Idernon. Se ha ido con Tensári y Galdith.

La siguiente vez que despertó, fue una vez más ante las secuelas de los sueños.

Fel'annár se había precipitado hacia su muerte. O quizá el dragón lo había reducido a cenizas. Todo lo que había sido. Todo lo que había hecho. Su vulnerabilidad y su fuerza. Su juventud y su sabiduría. Su corazón noble y su alma generosa. Su amigo y hermano simplemente se había ido, en un abrir y cerrar de ojos desesperado.

Idernon abrió los ojos, pesados y cansados. Una mano, un vaso de agua, alguien levantando la cabeza de la almohada de debajo.

No quería agua. No quería a un sanador. No necesitaba las palabras amables que seguirían, condolencias sin sentido pronunciadas con ojos compasivos. Deseó haber registrado él mismo los jardines del rey, haber rastreado cada rincón y grieta. Deseó que se le hubiera ocurrido siquiera que Gra'dón se las había arreglado de algún modo para trepar al tejado. Deseó no haber ordenado nunca a Sontúr y Ramien que se marcharan. Debería haberlo sabido mejor y ahora Fel'annár estaba muerto, Tensári y Galdith estaban muertos, y Aria estaría satisfecha, porque su Bosque Perenne seguía en pie, ¿no? Ellos tres no habían sido más que otra herramienta prescindible, inmovilizados bajo el pulgar de un dios cruel.

Quería desenvainar su espada, correr hacia los árboles, arremeter contra ellos, extraer su savia, maldecirlos y cortarlos en pedazos, triturarlos hasta convertirlos en polvo. Pero sabía que flaquearía, que ni siquiera podía sostener su espada frente a él, mucho menos ponerse de pie.

Malditos seáis. Malditos seáis todos.

Idernon debería haber muerto, Ramien debería haber muerto. Gor'sadén, Carodel y Sontúr, todos ellos deberían haber perecido, tal como Lainon hizo una vez. Solo los muertos habían sido merecedores de una hermandad como La Compañía. ¿Qué le *pasaba*? ¿No había jurado proteger a su amigo? ¿A su hermano? ¿No lo habían hecho todos?

Cerró los ojos una vez más, los apretó con fuerza y giró la cabeza dolorida hacia la ventana abierta de su habitación.

Su vida ya no tenía sentido. Se sentía vacío, carente de propósito, insignificante y sin valor.

Inútil.

La vida se sentía mal, como si hubiera habido algún error, algún error terrible que lo hubiera dejado aquí cuando debería haber muerto.

Una mano en el hombro, suave y cariñosa. Quiso quitársela de encima pero no pudo. Debería haber muerto con Fel'annár.

Debería estar recorriendo el Camino Corto al lado de su amigo, como siempre había hecho.

CAPÍTULO 30

Recuerdo de Luz y Amor

Luz… le cegaba, pero no podía cerrar los ojos.

—Quédate quieto.

Quieto… *estaba* quieto. No sentía nada. ¿Quién estaba con él? ¿Quién era… quién era *él*?

El pánico burbujeaba en las profundidades de su… ¿cuerpo? Debía de tener uno, porque podía pensar. Pero ¿por qué no podía moverse? ¿Por qué no podía recordar su nombre? ¿De dónde venía? ¿Qué estaba haciendo aquí?

Lanzó un suspiro entrecortado, quiso gritar a alguien para que le ayudara, pues el pánico crecía dentro del pecho que no sentía, estancándose en la parte posterior de una boca que no se movía.

—Quédate quieto.

¿Quién era aquel? ¿Cuál era su nombre? Debería saberlo, pero no lograba recordarlo. Quiso abrir la boca y preguntar, pero no creía tener una.

Un recuerdo de luz y amor. Luz verde y amor perenne. Pero ¿qué era la luz y quién era aquel amor?

—Suficiente por hoy. Descansa ahora, Ber'anor. Poco a poco.

Poco a poco. Pero ¿qué era el tiempo? ¿Cómo se movía para que pareciera que no pasaba en absoluto?

Luz cegadora, verde y omnipresente; estaba cayendo en el Bosque Perenne. Estaba cayendo en los brazos de Aria.

Estaba cayendo… y de pronto, se hallaba en otro lugar, en otro tiempo…

Ella le llamaba Fel'annár, Sol Verde, niño inmortal con corazón de silvano y rostro de alpino; el suyo era un rostro que cosecharía odio, encendería el amor, inspiraría lealtad y traería persecución. Un rostro que Amareth de Lan Taria había protegido durante cincuenta y un años.

¿Madre?

Las criaturas del bosque de Ea Uaré sabían poco de tales cosas. Pero *sí* sabían que el peligro se aproximaba y que debían huir. Los pájaros estallaron en un canto excitado y las alas se desplegaron, batiendo furiosamente hasta elevarse, y volaron más alto, hacia las imponentes ramas del Bosque Profundo.

Pero un pájaro no se había inmutado. En su lugar, el diminuto chochín observaba el sendero de abajo antes de volverse hacia una ardilla cercana.

Shirán.

Se mantuvo alerta y totalmente quieto, con sus brillantes ojos azules fijos en el mismo sendero. Escupió una bellota, pensando que tal vez podría asfixiarse si intentaba correr con ella todavía en la boca, e *ir* deprisa lo hizo, pues el estruendo era ahora más fuerte y el instinto le impulsó a trepar por la corteza y recorrer una rama extensa y cargada de musgo: su hogar, para esperar a salvo a que pasara la disonancia.

Vio mechones de color rubio plateado y castaño, ondeando al viento juguetón, gloriosos estandartes de seda líquida, en armonía pero claramente distintivos, al igual que los tres elfos que se inclinaban sobre los cuellos lanzados de sus monturas galopantes, con las piernas rebotando en sus costados jadeantes, los codos bombeando y los rostros juveniles imbuidos por la alegría de la

cabalgata, con una anticipación apenas contenida por la llegada del alba y una nueva vida.

A medida que el camino se volvía más transitado, algunos aldeanos pedían cautela mientras se sacudían el polvo tras el paso de los tres elfos a caballo. Pero había un brillo en sus ojos y el asomo de una sonrisa indulgente en sus labios. Otros levantaron los brazos y saludaron.

—¡Saludad a la victoriosa Compañía!

La Compañía…

Había algo en sus ojos, algún conocimiento que le ocultaban.

Risitas y carcajadas, bufidos de risa y frenéticos cascos golpeando el suelo. Momentos después, los tres muchachos tiraron bruscamente de las riendas, enviando una nube de polvo de finales de verano al aire. El golpe de las botas sobre el suelo indicó a los enfadados mozos de cuadra que los jinetes habían desmontado, pero a medida que la nube se disipaba, también lo hacía su enfado. En su lugar, sonrieron y asintieron, tomando las riendas y guiando a los caballos jadeantes al interior.

Señor del Bosque.

El chico de cabellos plateados sonrió y asintió en agradecimiento antes de alzar el rostro hacia el sol del atardecer. Cerró los ojos por un momento, sintiendo la cálida luz en la piel, empapándose de ella, y respiró hondo en un fútil intento de calmar su emoción. De calmar las voces en su cabeza que siempre habían estado allí.

—Hasta el amanecer, hermanos.

Sus dos amigos le devolvieron la sonrisa, con los ojos brillando con la promesa de aventura, de libertad, y se agarraron los antebrazos polvorientos unos a otros. El joven silvano los observó durante un momento mientras se dirigían a casa, con sus madres y padres, hermanos y hermanas.

Ramien. Idernon…

La sonrisa se le borró del rostro y se dio la vuelta, con la mirada recorriendo Lan Taria, quizás por última vez.

Colgándose el macuto al hombro, caminó por el sendero principal hacia su propio hogar y hacia la única familia que había conocido: Amareth, la hermana de su madre.

No era su madre. Pero una vez la había llamado así.

—¡Fel'annár! —gritó su instructor de esgrima desde el otro lado del campo—. ¡No te vuelvas arrogante, muchacho! —Sonrió y mantuvo un puño en alto.

Soy Fel'annár.

—¡No prometo nada! —gritó Fel'annár con una sonrisa antes de saludar y continuar por el camino. Pero, de alguna manera, sabía que si miraba atrás, su instructor le estaría observando, con la sonrisa desvanecida.

—Buena suerte, hijo —dijo la voz más queda y suave del panadero mientras le tendía una hogaza caliente que Fel'annár tomó con ambas manos y un humilde asentimiento. De niño, Amareth le enviaba a por pan cada mañana y, si tenía suerte, el panadero le pasaba algunos de los picos crujientes que se habían desprendido de las hogazas, enviándole a casa con una palmadita en la cabeza. Fel'annár los devoraba por el camino, sacudiéndose la ropa antes de que Amareth pudiera amonestarle por comer antes del desayuno. Pero siempre se olvidaba de limpiarse las migas de la boca, con la cabeza demasiado perdida en las nubes, llena de sueños de guerrero y extraños susurros.

Oyente.

Pasó por delante del herrador y del pastelero, inhaló el celestial aroma a pimienta y cerdo que perduraba a su paso, y luego vio al jefe de los forestales y a su aprendiz, que sonrieron y asintieron en sus propias despedidas silenciosas.

Ya estaba cerca de casa, de la única persona a la que no se había despedido. Pero entonces, mientras estaba frente al árbol que le había albergado durante cincuenta y un años, pensó que quizá había sido negligente. La mano libre, áspera y callosa por el entrenamiento, rozó la corteza mientras subía las escaleras, con una suave sonrisa en los labios y una sensación de bienestar en el corazón, a pesar de que el estómago le daba vueltas por la inminente emoción de una despedida forzada.

Amareth le sonrió, con unos ojos cariñosos pero desaprobadores recorriendo el desastre de las trenzas que ella misma le había tejido en el pelo esa misma mañana. Había protección y amor en su

mirada, pero Fel'annár se esforzaba por ignorar las otras emociones, esas que ella siempre intentaba, sin éxito, ocultarle.

Fel'annár podía oler la sopa de guisantes y sabía que la serviría con frutos secos tostados y crema agria, su favorito. Mientras comieran, ella seguramente apartaría la mirada para que él no pudiera ver su lucha interna, y él se mordería la lengua, una vez más.

¿Qué le pasó a mi madre? ¿Quién era mi padre? ¿Por qué no hablas?

Amareth, en efecto, le sirvió sopa de guisantes y esta se asentaba ahora, pesada y reconfortante en el vientre, mientras Amareth trabajaba con el cabello de Fel'annár, tejiendo la historia de su vida en cada trenza cuidadosamente elaborada.

Niño de Lan Taria, hijo de Amareth, guerrero silvano. Fel'annár sabía que ella no tejería la trenza del linaje, pues ¿qué iba a decir?

Fel'annár Ar Thargodén.

Él mismo nunca había sido capaz de trenzarse el pelo. Podía tensar una flecha y disparar desde un caballo en un instante, partir una bellota posada en la rama más lejana y alta; pero no sabía trenzarse el pelo, era tan torpe como un oso con un violín. Sonrió ante la imagen que aquello evocaba, intentó aferrarse a ella, pero su mente no cooperaba, y se volvió una vez más al pasado, al primer recuerdo que podía evocar. Era el de una dama entre los árboles. La amaba, la había llevado consigo como un escudo de guerra a través de años de juegos bulliciosos, de burlas soportadas y batallas libradas en los campos más crueles por los guerreros más crueles: los niños.

Las burlas habían pasado, pero sus propias preguntas permanecían.

—Ella te llamó Fel'annár… porque tus ojos son más verdes y brillantes incluso que el Sol Verde del Bosque Profundo.

Amareth solía contarle la historia de cómo su madre le había puesto nombre, por sus legendarios ojos verdes, su legado silvano para su hijo mestizo. Amareth le contaba cómo Lássira le había amado y que había muerto. Aquello le calmaba cuando sus preguntas no hallaban respuesta.

Pero la verdad es como el aire, siempre encuentra su camino hacia arriba y hacia la superficie. Llegó bajo la apariencia de un teniente Ari que se había convertido en un hermano para él y luego murió.

Lainon.

Él era Fel'annár, Sol Verde. Era Ar Lássira, Ar Thargodén.

Era Ari'atór, Ber'anor, protector del Bosque Perenne; portador de la luz de los mundos.

Pero seguía sin saber dónde estaba.

Los ciudadanos de Ea Uaré habían estado regresando a la ciudad en un flujo constante durante la última semana.

Algunos volvían a sus hogares, quizá a casas medio en ruinas, mientras que otros venían a ayudar en lo que fuera necesario. En cuanto a Handir de Ea Uaré, regresó a una ciudad rota, a una familia destrozada por el dolor. La victoria era ciertamente suya, pues los Nim'uán habían perecido a manos del Señor de la Guerra, su ejército quemado y enviado en huida de vuelta a Pelagia. Pero el precio había sido la muerte del Comandante General Turion y del Señor de la Guerra, del Ber'ator Tensári, y de otros de La Compañía que habían protegido a Fel'annár antes de que cayera.

El Comandante General en funciones, Bulan, había enviado partidas de búsqueda a la frontera del Bosque Perenne, con la esperanza de que se pudiera encontrar un cuerpo y traerlo de vuelta con honores. O tal vez recuperarían las sublimes armas del Señor de la Guerra para que pudieran ser transmitidas según era costumbre cuando los grandes guerreros morían en batalla.

Pero habían regresado con las manos vacías y estoicos, salvo por un grupo. Habían encontrado la punta de flecha de Synth y la hoja que la capitana Sorei había fabricado para Harvest.

El comandante Gor'sadén había cabalgado hacia el sur y hacia Pelagia con el capitán Airen y el rey Vorn'asté, mientras lo que quedaba de La Compañía se sentaba con Idernon y Carodel,

contemplando su nueva realidad. Algunos decían que Fel'annár estaba muerto, mientras que otros simplemente decían que estaba *desaparecido*.

La vida nunca volvería a ser la misma para el pueblo, ahora que habían contemplado a un dragón alzándose sobre los bosques prohibidos. Los silvanos lo habían visto incluso desde Sen Garay, y hablaban del gran rey Or'Talán, diciendo que había tenido razón al cerrar el Bosque Perenne. Era peligroso. Nadie se atrevería jamás a aventurarse allí ahora, y la maestra del gremio, Lerita, los había elogiado por tal sentimiento. Dijo que no les haría daño, siempre y cuando se mantuvieran alejados.

En cuanto a las aves que habían traído las velas impregnadas, decían que lo habían hecho por orden del Señor de la Guerra. Él era el Señor del Bosque, mandaba sobre los árboles y sus habitantes. No los habían visto transformarse, a excepción de Lainon. Y tampoco habían visto sus ojos azules. Una vez más, Lerita estaba satisfecha.

El secreto de los Shirán estaba a salvo.

Handir había escuchado sus conversaciones, guardando sus propias preguntas para más adelante, por si alguna vez se cruzaba con alguien que pudiera responderlas.

Su caballo cruzó las ruinas de las puertas de la ciudad. Habían sido destrozadas, y la muralla oriental estaba agrietada y parcialmente desmoronada. Reconstruir todo aquello llevaría seguramente años. Incluso ahora, los elfos colgaban de largas cuerdas, golpeaban la piedra mientras otros izaban rocas y los canteros gritaban sus órdenes.

A su alrededor, la gente trabajaba para despejar los escombros, mientras otros restregaban la piedra, con cubos de agua por todas partes, ríos de rojo estancándose y filtrándose lentamente en la tierra.

Handir quería ayudar, había querido regresar antes. Pero habían llegado noticias de la ciudad, rogándoles que se mantuvieran alejados, que esperaran hasta que se hubieran deshecho de los cadáveres. Había hecho falta una semana entera y, aun así, el hedor de la muerte perduraba.

Handir se detuvo y se volvió hacia su pequeño grupo, con Macurian a su lado.

—Amareth. ¿Vendrás conmigo a la Sala de Curación?

Ella dio un paso adelante, con el rostro impasible y los ojos sin encontrarse del todo con los de Handir. Era su forma de expresar temor, del mismo modo que la de Handir era fruncir el ceño y parecer enfadado.

—Tengo que hablar con Thargodén, Handir, esté donde esté.

El príncipe asintió lentamente. —Al igual que yo. Pero primero quiero buscar a Llyniel, ver quién más puede estar en la Sala de Curación. —Respiró hondo y prolongadamente—. Hoy será difícil para ambos, pero especialmente para ti. Quiero que recuerdes que eres familia, *mi* familia. Estamos unidos para siempre por el recuerdo de Fel'annár. Acude a mí para cualquier cosa que necesites.

Pero aun así, Amareth no miraba a Handir, y por ello él estaba casi agradecido. En aquellos ojos silvanos, Handir vio un dolor terrible, un peso que ella apenas podía soportar, y Amareth era una de las personas más fuertes que conocía.

Su hermano, Bulan, actuaba como comandante general en funciones. Estaría ocupado y se alegraría de ello, y Llyniel no sería de ninguna ayuda para Amareth. Erthoron no había acudido, pues había miles de silvanos en el interior de los bosques tranquilos. Les correspondía a él y a Lorthil organizarlos. Handir tomó nota mentalmente de estar atento al bienestar de ella.

Narosén esbozó una lenta reverencia y se alejó con el bastón de madera resonando sobre la piedra y las túnicas negras ondeando tras él mientras se metía una nuez en la boca. Golloron hizo amago de seguirle, pero algo en la mirada de Narosén le había indicado que no lo hiciera. Observó a su amigo tomar el camino hacia los gremios y se volvió hacia el príncipe y el resto de sus compañeros de viaje.

Thavron le dio una palmada en el hombro a Eloran. —Vienes con nosotros.

El muchacho miró al joven forestal y luego al Ari'atór pelirrojo. Sonrió con pesar, tratando de no recordar cómo su madre le había soltado una reprimenda silvana por su escapada a la ciudad, y que

solo había aceptado su regreso porque Thavron había intercedido por él, prometiendo vigilarle.

Pero, en realidad, Alféna había visto la negación de Eloran. El príncipe Handir le había asegurado al chico que Fel'annár había muerto, recordándole rápidamente que era un Ari'atór. Se encontraría en el próximo mundo. Pero Eloran no quería aceptarlo y Alféna pensó que era apropiado que fuera, que lo oyera de labios de otro que hubiera estado allí. Su hijo había adorado a Fel'annár, como tantos otros.

—Ven.

Golloron, Thavron y Eloran se dirigieron al gremio de comerciantes, mientras Amareth caminaba hacia el palacio fortaleza en busca del rey.

Handir se adentró por las puertas abiertas de la Sala de Curación y se sobresaltó de inmediato mientras los ojos se le ajustaban lentamente a la luz y a las secuelas de la guerra.

Tanta gente; guerreros y sanadores por todas partes. Filas y filas de camas, jergones en el suelo, los lamentos de los heridos y las suaves palabras de consuelo de quienes los cuidaban. De vez en cuando, alguien daba palmadas pidiendo silencio. Handir ya había visto esto antes, tras la Batalla por Tar'eastór y después en la Batalla de los Hermanos.

Al final de la sala, Handir tomó el pasillo que conducía a los aposentos de Llyniel. Abrió las puertas y entró en la zona de estar que tan bien conocía. La gran chimenea, la mesa rectangular repleta de hierbas y aceites. Pero Llyniel no estaba allí. En su lugar, un sanador cojo caminó hacia Handir y se inclinó.

—Sanador Kristain. ¿Dónde está la Lestari?

El antiguo guerrero convertido en sanador levantó la cabeza, con aire casi desafiante. —No desea compañía, príncipe.

Handir sostuvo la mirada de Kristain, escudriñó sus valientes ojos y no dijo nada al respecto de momento.

—¿Dónde está el rey? ¿Y el príncipe heredero y la princesa?

—Solo puedo imaginar que el rey está en sus aposentos. El príncipe y la princesa están al fondo de este pasillo, última puerta a

la izquierda. A la derecha, encontrará a La Compañía; lo que queda de ella.

Handir asintió. —¿Y Gor'sadén?

—En el sur. Se ofreció voluntario para cabalgar hacia Pelagia con su rey.

Handir solo podía adivinar por qué. —Si necesitas algo, ven a buscarme.

Mientras Handir continuaba hacia la habitación donde estaba su familia, se propuso buscar a Llyniel, estuviera donde estuviese. No hablaría, no la tocaría. Lo único que haría sería sentarse y esperar.

Se volvió, alargó la mano y llamó a la ornamentada puerta. Tras un momento, se abrió bruscamente y ante él apareció una sobresaltada Maeneth.

—Hermano.

Handir se adelantó y la tomó en sus brazos. Estaba entera, viva y claramente irritada.

—Nuestro hermano Rinon tiene una pierna destrozada sobre la que cree que puede caminar, entre otras heridas variadas. ¿Usarás tus considerables dotes de persuasión para explicarle por qué no debe hacerlo?

Le apretó los hombros y se dirigió hacia la cama donde Rinon estaba incorporado, devolviéndole una mirada desafiante. A su lado, un Sontúr sereno y calmado vertía agua en un cuenco de hierbas machacadas. Handir cruzó la mirada con él, con una pregunta silenciosa que sabía que su amigo comprendería. Sontúr respondió con un sutil asentimiento y luego se dio la vuelta, no lo bastante rápido para ocultar su dolor. La mano de Maeneth se demoró en el hombro del sanador y, juntos, dejaron a Handir a solas con Rinon.

Los vio marchar, dejando que la confirmación se asentara en las entrañas. Aun así, no tenía sentido, parecía imposible, aunque sabía que Fel'annár había estado en la primera línea de combate y que, inevitablemente, se enfrentaría al Nim'uán. ¿Fue así como había muerto?

La mirada se le desplazó hacia Rinon. —¿Cómo ocurrió?

—Yo no estaba allí. Pero Sontúr sí. Dijo que Fel'annár mató al Nim'uán, pero que luego cayó al vacío desde la meseta. Nuestros

guerreros dicen que el ejército enemigo debió de abrir brecha en el Bosque Perenne, que la bestia se encabritó y provocó un temblor de tierra. Registramos la zona en busca de cualquier rastro de su cuerpo y sus armas. Todo lo que encontramos fueron los restos carbonizados de los Señores de la Arena, atrapados en el Fuego Pelágico, y los elementos de Synth de la lanza de Fel'annár.

—Aún podría estar vivo.

—No. Si su cuerpo no fue hallado es porque el dragón escupió fuego verde. Se vio atrapado en él, reducido a nada más que cenizas, incluso sus dagas.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Sontúr y Ramien le vieron caer, Handir, al igual que Lainon. Vieron el fuego verde, la meseta desplomándose. No había árboles lo bastante cerca para salvarle, esta vez no.

Handir lanzó un largo y cansado suspiro y se dio media vuelta, pasándose una mano por el cabello suelto.

—Él y yo caímos de las Cataratas del Horizonte, hermano. Sobrevivimos a aquello.

—Solo podemos asumir que ha muerto, hermano. Pero incluso tú estarías perplejo ante lo que le pudo haber pasado. Si cayó, estaba herido. ¿A dónde iría? Nunca habría logrado cruzar el río.

Handir no dijo nada y, en su lugar, cogió un pequeño frasco de la mesilla de noche y observó el líquido rojo de su interior. —¿Has visto a Llyniel?

—No.

—¿Y al rey?

—No desde poco después de que se proclamara la victoria. Está en sus aposentos medio en ruinas. Bulan dice que se queda mirando desde detrás de su muro de cristal destrozado, hacia la escarpada pared del acantilado donde antes estaba su amada meseta. Temo que vuelva a caer en ese medio mundo en el que permaneció tanto tiempo, que tal vez esta vez no salga nunca de él.

—Hablaré con él.

—Tengo que levantarme, Handir. Bulan necesita ayuda.

—Bulan tendrá que esperar. Además, estoy seguro de que no está solo. Haré las indagaciones pertinentes y volveré más tarde.

Pero si tengo que ponerte bajo vigilancia por tu propia protección, lo haré.

—No te atreverías.

Handir se giró rápidamente y se inclinó todo lo que pudo hacia el rostro conmocionado de su hermano. —No pongas a prueba mi paciencia, Rinon. Si padre no puede gobernar en estos tiempos de duelo, entonces lo haré yo por él mientras Bulan comanda a este maltrecho y valiente ejército. No tengo ni el tiempo ni la voluntad para discutir. —Le dio la espalda a Rinon y respiró hondo para calmarse. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más bajo.

—¿Hay algo más que deba saber?

Oyó la respiración pausada de Rinon. —Turion cayó. Gor'sadén tomó el campo de batalla con Bulan. Por eso no estaba con Fel'annár cuando se enfrentó al Nim'uán. De La Compañía, Tensári y Galdith han muerto, e Idernon y Carodel acaban de regresar de las puertas de la muerte.

Handir cerró los ojos. —Le protegieron.

—Lo mejor que pudieron, pero al final, Gra'dón era más fuerte. Solo Fel'annár podía acabar con él. Lo hizo, antes de morir.

Handir asintió, diciéndose a sí mismo que aquello debería aportarle algún consuelo. Pero no fue así.

Handir volvió a la cama de Rinon y se sentó en el borde. —Me alegra verte, hermano.

—Y a mí a ti, Handir. Mientras yo yazco aquí inútil, es hora de que tú brilles por todos nosotros. Te ayudaré en cuanto me sea posible.

—Ya has hecho suficiente, hermano. Apóyate en mí por un tiempo.

Handir caminó hacia la puerta. Al abrirla, se encontró cara a cara con Sorei. Ella se sobresaltó.

—Príncipe.

—Capitana. —Asintió y luego se dirigió a la fortaleza, preguntándose si Amareth habría encontrado al rey.

¿Dónde estoy?

La luz era extraña. Le recordaba a Fel'annár a la primera vez que había entrado en el Bosque Perenne.

¿Era allí donde estaba?

Intentó ponerse de lado, surfeando las olas de un dolor que le calaba hasta los huesos. Intentó concentrarse en de dónde provenía.

Recordaba una voz, una mano tranquilizadora que parecía estar tan caliente que casi le quemaba la piel, solo para comprender que era él quien estaba frío, gélido como un pez en el nacimiento de un río. Extraño, porque recordaba la voz, pero no las palabras. Ni siquiera sabía si había sido de un hombre o de una mujer.

Los recuerdos habían vuelto poco a poco, de forma selectiva. Primero, su nombre y quién era. Su padre, su madre, y luego el día en que había dejado Lan Taria para el entrenamiento de reclutas.

Y luego, justo ayer, recordó el momento en que había caído. Se había despertado sobresaltado, recordaba mirar hacia arriba mientras caía, vio al Nim'uán muerto, atrapado en el chorro de fuego verde del Liminal, lo vio deshacerse. De seguro Gra'dón no había sentido nada, pues Fel'annár ya le había matado. Se alegraba extrañamente por ello.

Fel'annár no podía recordar el momento del impacto, después de haber caído de la meseta. No tenía ni idea de cómo había llegado a estar aquí, tumbado sobre algo blando. Solo entonces advirtió que aún no había abierto los ojos. El pensamiento era desalentador.

Recordó su primera incursión en el Bosque Perenne, el sueño que tanto le había confundido. Se había topado con los Últimos Marcadores, y luego el Liminal le había perseguido y matado.

¿Por qué llamaba al dragón un Liminal? ¿O acaso había sido Lainon?

En aquella ocasión, se había despertado en el mismo lugar donde había dormido, solo que herido; como si hubiera estado en otro lugar y hubiera regresado. ¿Era esto lo que había pasado? ¿Había soñado de nuevo con el Liminal? ¿Seguía Gra'dón vivo?

Estaba tan confundido. Quería levantarse, abrir la puerta —si la había— ver qué había fuera, encontrar a alguien que pudiera decirle qué le había ocurrido.

El dolor le atenazaba los músculos, le pulsaba en la cabeza, sentía presión en los oídos y una voz lejana que llamaba desde más allá de su conciencia.

Quería aferrarse a ella, saber quién pronunciaba tales palabras de calma. Gritó, y las palabras brotaron torpemente de los labios laxos.

Tensári. ¿Eres tú?

¿Idernon?

¿Llyniel?

Casi había anochecido, y Llyniel estaba sentada en el linde del Bosque Perenne.

Sabía que debía resistirse a esta nueva verdad, que había muchas posibilidades de que Sontúr tuviera razón. Aquello no era más que un subterfugio inconsciente que su propia mente había creado para que el dolor fuera soportable.

Pero esa sensación persistente no la dejaba en paz.

Algo se movió entre los arbustos a su derecha. El corazón le dio un vuelco y luego su cruel mente se reprendió a sí misma por sentir, por reaccionar ante un mundo que no significaba nada para ella.

Era una realidad extraña en la que había vivido la última semana, como si estuviera encaramada en el umbral de la realidad, ante un desfiladero demasiado profundo para saltar, colgando de una cuerda deshilachada a punto de romperse.

Se llevó la mano a la Trenza de Unión de su cabello, rozando con los dedos el cordel verde. Podía *sentirlo*, suave y reconfortante.

Todo el aliento la abandonó en una ráfaga de aire.

Podía sentir su vínculo con Fel'annár, tras días de silencio.

Se puso en pie, se tambaleó hacia un lado, retrocedió unos pasos, casi se cayó y entonces se giró. Demasiado rápido, y una rodilla golpeó el suelo. También sintió eso, y el dolor fue bienvenido porque le despejó la mente.

Echó a caminar hacia delante, cada vez más rápido hasta que empezó a trotar. Corrió, con el pelo ondeando tras ella y las faldas volando alrededor de las rodillas, y se esforzó más, cada vez más rápido.

Pasó volando por delante de los guardias a la entrada del palacio fortaleza, subió las escaleras de dos en dos y de tres en tres y el tiempo se disolvió de repente. Estaba frente a las puertas de La Compañía. Se quedó mirando la madera, las vetas, los nudos y espirales, preguntándose cómo había llegado allí tan rápido. Alargó una mano temblorosa y golpeó con el puño una y otra vez.

Ramien abrió, con rostro airado y la boca abierta para mandarla al infierno, pero la cerró y abrió la puerta de par en par. Detrás, Idernon y Carodel estaban sentados junto al fuego, con mantas sobre las piernas. A su lado, Sontúr observaba, dándose golpecitos en los labios con un dedo.

Se volvieron hacia Llyniel, que estaba sin aliento y con los ojos desorbitados en el umbral. Fue Sontúr quien se levantó primero.

—¿Qué ocurre?

—Fel'annár está vivo. —Se puso de pie con torpeza, conmocionada por sus propias palabras.

Idernon se removió en su silla, con el rostro inundado de desdicha.

—Quédate quieto —ordenó Sontúr.

—No puedo.

Un suspiro, un sollozo, el crujir de la tela cuando Ramien se sentó en la silla junto a Idernon.

Llyniel los miró fijamente y advirtió que no daban crédito alguno a su afirmación.

—¿Por qué puedo sentirlo ahora cuando antes no podía? ¿Por qué… por qué se siente tan cerca si está en Naz'arán?

Sontúr caminó hacia ella y le puso una mano en cada hombro. —Él *está* en Naz'arán, Llyniel. Sea lo que sea lo que has sentido, no era él.

El rostro de Llyniel pasó de la irritación a la ira. Se zafó del agarre de Sontúr y se alejó de él.

—¿Me tomas por *tonta*, príncipe?

—Creo que eres un alma en duelo que haría cualquier cosa para que su compañero volviera. Creo que tu mente te está consolando, igual que le ocurre a Alei con Zéndar. Fuiste *tú* quien nos dijo que ya no sentías el vínculo con Fel'annár.

—Sí, dije eso, y *era* verdad. Pero algo ha cambiado. Quizá… quizá es como Lainon. ¿Quizá murió y luego regresó convertido en ave?

—A Lainon le tomó meses regresar. Incluso si Fel'annár tuviera esa opción, es demasiado pronto. —Idernon la miró, deseando creerle, pero los hechos estaban ante él, claros para todos.

—¿Qué sabéis vosotros? ¿Qué sabe *cualquiera* de vosotros? —Se dio la vuelta, sabiendo que estaba siendo injusta, mientras la duda personal se acercaba cada vez más. ¿Y si tenían razón? ¿Y si era simplemente su mente tratando de consolarla? Escuchó cómo La Compañía hablaba en voz baja entre sí.

—¿Y ahora qué? Idernon y Carodel volverán a estar operativos pronto y yo, *nosotros*… debemos decidir qué será de La Compañía.

—Ahora no, Ramien.

—¿Por qué no, Sontúr? Ha pasado una semana. Es hora de aceptarlo. Hay trabajo por hacer en la ciudad y en el bosque. Yo, por mi parte, no me quedaré aquí sentado a lamentarme. Fel'annár no querría eso. Él estaría ahí fuera haciendo…

—Nosotros no somos Fel'annár, y él no está aquí. Sin él, La Compañía no tiene sentido, Ramien. —Idernon hizo una mueca, deseando haber mantenido la boca cerrada.

—Tonto —murmuró Sontúr mientras revisaba el vendaje alrededor del pecho y el costado de Idernon. Se giró al oír el sonido de la puerta abriéndose y luego se irguió cuando entró Handir, todavía con su equipo de viaje pero con el aspecto de un príncipe de todos modos.

Caminó hacia la chimenea, miró a Idernon y a Carodel, y luego dejó que la mirada se dirigiera a los demás. Habían estado discutiendo, sin duda debatiendo qué hacer ahora que aquel que los había unido a todos se había ido.

Handir consideró brevemente ofrecer palabras de condolencia, pero una mirada al rostro de Sontúr le dijo que no debía hacerlo.

—¿Cómo podéis estar seguros de que se ha ido?

—Hemos buscado en toda la base de la fortaleza donde cayó —explicó Ramien—. Las rocas caídas han formado una especie de torre. No encontramos rastro de él ni de sus armas, salvo por el metal Synth utilizado en Harvest.

—Entonces tal vez deberíamos decir solo que está *desaparecido*.

—Un tecnicismo —dijo Idernon—. Pero sí. Así es como consta en el informe del comandante.

Handir quiso responder que *no* era lo mismo, pero Sontúr intervino.

—¿Has visto a Maeneth?

—Hace un momento. Estaba con mi padre y mi hermano… mi hermano *mayor*. —Handir se sentó en una silla, pasándose una mano por los muslos. El silencio era tan incómodo que estuvo a punto de estremecerse.

Dio un respingo cuando la puerta se abrió con demasiada fuerza. Golpeó contra la pared y Llyniel, Handir y La Compañía se giraron al unísono. Ante ellos, con una mirada de azul ardiente, estaba Hobin.

—¿Qué… qué pasa? —preguntó Idernon.

—Algo está sucediendo. Algo que no comprendo.

Llyniel dio un paso hacia él, ladeando la cabeza. —¿Puedes sentirlo ahora como yo?

—No. —Hobin frunció el ceño, acercándose a ella—. Alguien me está llamando, pero no es Fel'annár. Es una voz de umbral… una voz *Liminal*… me ordena entrar en el Bosque Perenne.

Cerca de allí, cabalgando por los bosques medio en ruinas al sur, Gor'sadén sintió que le ardían los ojos. Los cerró, los volvió a abrir, solo para ver el rostro inquisitivo de Ket'subá, mirándolo desde donde cabalgaba a su lado.

—¿Qué sucede, Comandante General?

Abrió la boca para responder pero no pudo. Sacudió la cabeza y se encontró con la mirada pesada de Ket'subá.

—¿Qué has oído, Ber'anor?

Cómo lo había sabido Ket'subá, Gor'sadén nunca lo sabría, pero de repente, comprendió. —Se me llama para entrar en el Bosque Perenne.

El líder de la Orden de Shirán lo miró fijamente, y Gor'sadén juró ver comprensión en aquellos enigmáticos pozos de inteligencia y conocimiento.

—Entonces debes entrar en él.

Gor'sadén cabalgó a través de las puertas marcadas por la batalla de Ea Uaré, con el rostro sombrío a pesar de las buenas noticias que él y Vorn'asté traían de Pelagia. A su lado, el capitán Dalú escudriñaba la ciudad, con la mirada tan huraña como el semblante de Gor'sadén.

Guerreros y ciudadanos los aclamaban al pasar, pero en lo único que Gor'sadén podía pensar era en la llamada en su mente. Solo había una persona que pudiera responder a su pregunta. Miró a Vorn'asté, recordó los ojos conmocionados de su rey cuando Gor'sadén le había dicho que él era Ber'anor. Incluso ahora, podía ver su sorpresa, sabía que la mirada aún le brillaba demasiado.

Desmontó, entregó las riendas a su teniente y esperó a que su rey se le uniera. Juntos, se dirigieron hacia la fortaleza bajo la atenta mirada de los guerreros. Sabían dónde había estado, que informarían al rey y al Comandante Bulan.

—Comandante Gor'sadén. Un momento.

Se volvió hacia la voz del joven capitán silvano. —Debo informar al rey, Henú.

—Lo sé. Pero tememos que traigáis las peores noticias de Pelagia…

—No temas. —Asintió, se dio la vuelta y entró por las puertas sin vigilancia. Henú lo observó alejarse, comprendiendo demasiado bien el sufrimiento del comandante.

Al poco tiempo, Vorn'asté y Gor'sadén estaban ante un rey cansado; su informe aún resonaba en los oídos de Thargodén y

Bulan.

—Ibexo y Catairo cuentan una historia extraordinaria de resistencia y estrategia, Thargodén. Parece que los Shirán tuvieron algo que ver en todo esto. Esas Sombras Ari son un grupo inventivo. Fue el propio Ket'subá a quien se le ocurrió la idea de las velas impregnadas para transportar el Fuego Pelágico. En cuanto a nosotros, bueno, el enemigo huyó ante nuestra llegada. La pérdida de su comandante está confirmada, y los últimos de sus barcos estaban zarpando justo cuando llegamos a la costa.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que la zona esté completamente asegurada?

Gor'sadén pasó de mirar al rey a mirar a Bulan. —Hemos dejado a mil hombres en Dan'bar para ayudar a los reyes a reconstruir sus hogares. Otros mil permanecerán aquí durante un mes, o quizá más. Los pondré bajo tu mando, Bulan.

—Si me disculpa, majestad. Debo ver al príncipe Sontúr en la Sala de Curación.

Thargodén asintió, pero no salieron palabras de sus labios y Gor'sadén lo comprendió bien. Había perdido su motivación para saludar y dar las gracias, para sonreír o incluso para preocuparse por casi nada. Era como él mismo se había sentido hasta que escuchó la llamada.

Hizo una inclinación ante Vorn'asté, ante Thargodén, y devolvió el saludo a Bulan. Dando dos pasos atrás, se dio media vuelta y se marchó. Necesitaba ver a Hobin, pero no estaba en sus aposentos. Le preguntó a un guardia cercano, pero este solo dijo que el Comandante Supremo estaba en la Sala de Curación visitando a La Compañía.

Mientras caminaba hacia la Sala de Curación, una sospecha comenzó a apoderarse de él.

A través de las puertas principales, pasando por las camas y jergones desparramados por el lugar, tomó el pasillo que conducía a los aposentos de los Lestari. Llamó a la puerta que sabía que le habían dado a La Compañía, entró sin invitación y luego se detuvo en seco. Con los ojos desorbitados, miró a Hobin con fascinación.

—¿Tú también lo has oído?

Hobin se irguió. —Una especie de llamada, sí. Gracias a los dioses, sí. Todo lo que sé es que debo entrar en el Bosque Perenne.

—¿Qué está pasando? ¡Decidme! Mi vínculo con Fel'annár ha regresado. Sé que está aquí, en este mundo. No murió, o murió pero de alguna manera ha vuelto.

La Compañía no dijo nada ante eso, pero Sontúr sacudía la cabeza.

—Él murió, Llyniel. Lo vimos caer. No hubo raíces que lo salvaran. Debes creer eso.

—Sea como fuere, se nos está llamando por una razón. Yo, por mi parte, tengo la intención de responder… hoy mismo.

Hobin se volvió hacia su compañero Ber'anor. —Me reuniré contigo en una hora, donde se encuentra la nueva montaña.

—¿Qué crees que encontrarás, Gor'sadén?

El comandante se volvió hacia Idernon, viendo su férrea determinación de negarse a sí mismo el más mínimo atisbo de esperanza.

—No lo sé. Pero encontraremos *algo*, te lo prometo, Sabio.

Gor'sadén sabía que se estaba adelantando a los hechos e intentó advertir a su corazón doliente de que Sontúr tenía razón. Fel'annár estaba muerto. Esta llamada era otra cosa, algún mensajero de la propia Aria. Quizá simplemente quería asegurarles que lo tenía con ella y que pronto se encontraría a sí mismo.

Pero él ya sabía eso, no necesitaba una voz liminal que se lo dijera, como Hobin la había descrito. Le parecía más probable que aquello fuera un favor, un regalo para el elegido de Aria, un momento para despedirse antes de que cruzara el umbral. Quizá fuera pedir demasiado, pero Gor'sadén rezó para que fuera cierto. Aun así, se guardaría sus ilusiones para sí mismo.

Se vistió como un simple viajero. Túnica azul y armadura ligera de cuero, una capa larga y amplia, y el arnés de armas. Sacó una bolsa de tela. Necesitaría comida, suministros médicos…

Un golpe en la puerta.

Se giró, descontento por la interrupción. Avanzó hacia ella, descorrió el pestillo y abrió.

—¿Puedo entrar?

Gor'sadén se hizo a un lado y cerró la puerta tras Llyniel.

—Te he traído algunos suministros básicos.

Gor'sadén cogió la bolsa que ella le ofrecía, la abrió y miró en su interior. Vendajes, viales y saquitos, suficientes para un pequeño ejército. Paquetes de lo que seguramente eran frutas secas y frutos secos. Arqueó una ceja y se encontró con su mirada firme.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No siento pena. Solo preocupación y ansiedad.

—La mente es algo complejo. La negación es una fuerza poderosa.

—Tal vez. Pero soy una mujer práctica, Gor'sadén, esto, si no otra cosa, deberías saberlo de mí. *Mírame*, comandante. ¿Parezco alguien que se está engañando a sí misma creyendo que su marido muerto está vivo, a pesar de los testigos que vieron cómo sucedía? ¿Hay lágrimas en mis ojos por la pérdida de mi alma gemela? ¿Parezco enferma y desnutrida? ¿Incapaz de atender mis necesidades básicas? ¿Hablo de tomar el Camino Largo?

Tras un momento, Gor'sadén respondió.

—Ya no, no.

Llyniel asintió. —La Compañía ha perdido la esperanza, aunque Ramien y Carodel pueden al menos ver mi punto de vista. Supongo que es su naturaleza silvana. Para Sontúr, la idea es simplemente ilógica. En cuanto a Idernon, creo que es la culpa la que lo lleva a cerrar su mente a la esperanza. No pudo salvar a Fel'annár, y por eso elige decir que estoy delirando. Todo lo que puedo hacer es comprender, tratar de no enfurecerlos con este conocimiento que proviene de un lugar que no puedo precisar.

Gor'sadén se miró las botas y luego volvió la vista hacia la Lestari. —Debo templar mi esperanza, Llyniel. Fel'annár era un hijo para mí, mi esperanza de un futuro en el que el Kal'hamén'Ar regrese a Bel'arán. He llegado a comprender su importancia, más

allá de mis propios deseos. Pero creer que está vivo y luego ver esa esperanza destrozada me debilitará, quizá de forma irreparable.

—Entonces, demos un paso a la vez, Gor'sadén. Estaré esperando vuestro regreso.

Una hora más tarde, Hobin y Gor'sadén entraron en el Bosque Perenne, con Llyniel como única testigo, y en la distancia, un ave de caza lanzó un grito, y su canto resonó sobre las copas de los árboles, directo al corazón de las tierras prohibidas.

CAPÍTULO 31

La Llamada

Algo iba fundamentalmente mal en él, como si todos sus huesos se hubieran roto y los hubieran vuelto a unir; no terminaban de sanar, pues sentía el cuerpo desencajado y sus movimientos eran extraños, torpes, como si hubiera perdido la capacidad de coordinar las extremidades. ¿Se habría dañado la cabeza? Había visto aquello en otros. Algunos se recuperaban, otros nunca lo hacían.

Una mano temblorosa buscó la manta que lo cubría. La apartó y contrajo el gesto ante la brillante luz del día. Estaba tumbado en el suelo y, ante él, una pequeña hoguera ardía debilitada. Alguien había estado allí con él.

Se incorporó apoyándose en una mano, con los músculos ardiendo por el esfuerzo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbado?

Debía moverse. Debía saber qué le había pasado, cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era haber caído desde la meseta del rey; vio a la Nim'uán muerta en la mano del Liminal y cómo este exhalaba fuego verde sobre la esfera de luz translúcida que había encerrado a las almas que huían.

¿Por qué había hecho eso Fel'annár?

Su propia pregunta suscitó una respuesta, todavía distante e incierta. Gra'dón no había tenido la intención de cortar su propia y valiosa arma. Fel'annár había atrapado las luces temporalmente,

pero tarde o temprano habrían escapado. Una brecha en el Bosque Perenne, en la propia Fuente, había sido inminente, y el Liminal había acudido.

La ansiedad amenazaba con abrumarlo. Demasiadas preguntas. Estaba desorientado, no pertenecía a aquel lugar, estaba seguro de ello. Pero ¿dónde era «aquí»? Los colores que lo rodeaban sugerían que estaba dentro del Bosque Perenne. Pero si eso era cierto, entonces se hallaba más allá del Lago de Cristal, más lejos de lo que jamás había llegado.

Parpadeó, intentando despejar las imágenes brumosas de su entorno. Era como el verano en las tierras del norte; el mundo engañaba a su vista porque, por un momento, creyó que alguien caminaba hacia él.

Se frotó el rostro con la mano libre y se sobresaltó, como si no fuera su propia cara lo que estaba tocando, y aquel miedo profundo volvió a aflorar.

La figura vacilante estaba ahora más cerca. ¿Era Tensári? O tal vez Idernon. Pero no. Ellos no eran Shirán. Tenía que ser Lainon.

Ya podía oír los pasos y la vista, cansada, se esforzó por discernir la identidad de la figura. Cabello de plata hilada, casi hasta la cintura. Ojos de un ámbar brillante, con una inclinación tan similar a la suya.

La vista se le llenó de lágrimas y la vida de Fel'annár estalló de pronto en mil fragmentos de emoción. Caminando lentamente hacia él, con la mirada firme, estaba el elfo al que primero había odiado y después respetado. El amigo más cercano de Pan'assár, el hermano de armas de Gor'sadén. La vida de Fel'annár siempre había estado gobernada por este elfo y el pasado que había vivido, el futuro que había forjado, fuera de forma involuntaria o no.

Se sentía indispuesto, quería levantarse pero sabía que se caería.

Con ambos brazos, tomó impulso desde el suelo e intentó detener el mundo que daba vueltas, pero se pondría en pie *costara lo que costase*.

Le ardían las piernas y el costado le tiraba con fuerza. Tenía alguna herida allí, no del todo curada, pero la mirada no parpadeó, pues estaba demasiado llena de asombro y de respeto. Ante él, bajo

la capucha de un simple cazador, Or'Talán lo observaba, silencioso y expectante.

—Bienvenido a Refugio, Sol Verde.

Con esas primeras palabras, la mirada del gran rey fulguró en un tono dorado, ¿o era el mundo lo que se atenuaba ante su presencia? No supo responder, no pudo hablar. Estaba ante su abuelo en el Bosque Perenne y, de pronto, no acertaba a comprender cómo había podido pasar desapercibido en el pasado, cuando aún era un bastardo, inconsciente de su herencia y su propósito.

—¿Te sentarás? He traído la cena.

La pregunta rompió su concentración. Dobló las rodillas y casi cayó sobre su manta con un gruñido. Se sentía miserable, pero el dolor estaba mitigado por la conmoción. Se quedó mirando mientras Or'Talán se daba la vuelta, dejaba con reverencia una sarta de conejos a un lado y se sentaba ante el fuego.

Fel'annár frunció el ceño mientras seguía observando al que fuera el gran rey ponerse a despellejar a su presa, preparándola para el fuego.

La mirada recorrió ese mismo cabello plateado y espeso, el perfil idéntico, la estructura de los pómulos y la nariz larga y definida. La mandíbula también era fuerte, dando paso al cuello de un guerrero, el cuello de un espadachín. Eran casi idénticos, salvo que los ojos de Fel'annár eran los de su madre. Cuando Or'Talán volvió a hablar, se preguntó si le habría leído el pensamiento.

—Tienes los ojos de tu madre.

Fel'annár quiso reír. Aquello era absurdo. Estaba sentado en un bosque con su abuelo, hablando por primera vez; al menos lo hacía Or'Talán. Él no había logrado articular ni una sola palabra.

Or'Talán sonrió suavemente mientras trabajaba, mirándolo momentáneamente para luego regresar a su tarea.

—Tómate tu tiempo, Sol Verde. Aún no eres tú mismo. Pero lo serás. Necesitas comer y sanar. —Se echó hacia atrás mientras buscaba las palabras—. Necesitas tiempo para *recordar*.

—Recordar... ¿*qué*?

Podría haberse dado una patada a sí mismo por ser tan torpe. Su voz no había sido más que un susurro ronco. Se aclaró la garganta.

—Estos últimos días han sido duros. Tus heridas eran persistentes, tu dolor demasiado grande para ser recordado al instante. Debes asimilarlo poco a poco y luego llorar si es necesario.

Unas agujas frías le pincharon la piel del cuello y se le dio un vuelco el estómago. Algo se le escapaba. ¿Qué dolor?

Miró a su alrededor, con la visión más clara ahora, y buscó a los árboles. Pero lo único que escuchó fue su silencio.

—No puedo oírlos.

Or'Talán lo miró mientras ensartaba el primer conejo. Lo colocó sobre el fuego y empezó con el siguiente.

—¿Recuerdas la guerra, Fel'annár?

—La guerra... sí. Recuerdo a las Huestes de Gharzakan...

Fel'annár siempre había sabido que había resultado herido en la guerra, pero solo al hablar pareció convertirse en un recuerdo real. Discernir la realidad del sueño había sido imposible la primera vez que despertó.

—¿Y qué más?

—Recuerdo el látigo...

Las manos de Or'Talán se congelaron y la mirada se desvió del conejo hacia algún otro lugar.

—La Nim'uán lo cortó y vi cómo explotaba en estrellas plateadas. Supe que eran almas, que algunas eran mortales, pero aun así brillaban con la misma intensidad. Las atrapé, y recuerdo que eso me puso triste. Maté a Gra'dón y luego... llegaron los Liminales, destruyeron la red de almas resplandecientes antes de que la meseta se fracturara. Recuerdo volar...

Fel'annár frunció el ceño al sentir las lágrimas rodando por el rostro. Estaba cerca de una verdad que aún no había reconocido. Era algo que no le gustaría, alguna pérdida terrible, estaba seguro de ello. Pero si Or'Talán lo sabía, no dijo nada, ocupándose una vez más de la cena.

Fel'annár se preguntó brevemente si era por eso por lo que los árboles permanecían en silencio.

—Gorsa lo ha hecho bien. Te has convertido en un gran guerrero, casi un Maestro Kah. Y Bulan también merece su reconocimiento.

De repente se le ocurrió a Fel'annár que sus armas no estaban por ninguna parte. De hecho, no había nada suyo en ningún sitio. Incluso la ropa que llevaba le era extraña. Alargó la mano, buscó las piedras de honor, la trenza de unión.

Nada.

—Tengo tus cosas, Sol Verde. Todo excepto a Harvest.

Fel'annár forzó la mente, sobresaltándose ante el recuerdo del fuego verde. —¿El guiverno la destruyó?

—Lo hizo. Zéndar se disgustará conmigo.

Quemada. La lanza que había heredado de Zéndar se había quemado. Fel'annár frunció el ceño y se volvió hacia el afilado perfil de su abuelo. —¿Qué quieres decir con que Zéndar se enfadará...?

Or'Talán se volvió, encontrándose con la mirada de Fel'annár de frente, pero no dijo nada; no era necesario. Fel'annár sabía quién era... *qué* era.

Respiraba demasiado deprisa, una oleada de recuerdos y certezas lo asaltaban con demasiada rapidez, con demasiada fuerza. Jadeó, se apartó del fuego, se cubrió la boca con la mano y, aun así, su compañero permaneció en silencio.

—Tensári ha muerto.

—Murió con valentía.

Sintió que las comisuras de los labios caían. Intentó forzar una sonrisa, pero la agonía era demasiado grande y las lágrimas gotearon sobre el suelo ante él. Cerró los ojos con fuerza.

—Idernon.

Or'Talán frunció el ceño. —Él *vive*, Fel'annár. Él y Carodel resultaron gravemente heridos, pero viven. Galdith no tuvo tanta suerte. Él y Carodel fueron los primeros en cruzarse en el camino de Gra'dón.

Galdith, el Guerrero Feroz, el mejor amigo de Galadan, también había partido. Deseó de todo corazón que se encontraran en Naz'arán. Le consoló saber que su amigo volvería a tener a su pequeño en brazos.

Se obligó a concentrarse en el sonido de la carne chisporroteando sobre el fuego y se secó las lágrimas con la manga. No podía hablar, todavía no.

—Todavía recuerdo el día en que *yo* morí. Recuerdo la cara de Pan, el momento en que comprendió que nunca podría llegar a tiempo hasta mí. Le sonreí para que no recordara mi trágico final, sino la belleza de nuestra amistad. No funcionó, no durante muchos años. Tengo que daros las gracias a ti y a Gorsa por su regreso.

Fel'annár exhaló lentamente mientras permitía que las muertes de Tensári y Galdith ocuparan su lugar en el alma.

—¿Se ha encontrado Pan'assár a sí mismo?

Or'Talán sonrió mientras alargaba la mano, retiraba el primer conejo del fuego y casi lo lanzaba sobre un plato.

—Él es Ber'ator. Deberías conocer la respuesta a eso.

—¿Dónde están ellos? Me refiero a Pan'assár y Tensári.

Or'Talán se volvió hacia el corazón del bosque, señalando con el pequeño cuchillo que tenía en la mano. —En algún lugar de por allí, aprendiendo a vivir de nuevo.

—Y... ¿qué hay de Galadan? ¿Qué hay... qué hay de mi madre?

Or'Talán respiró hondo y se sentó sobre los talones.

—De Galadan no sabría decirte. Su camino no es el del Ari'atór, y tampoco lo es el de tu madre. Para ellos, no hay ninguna garantía de que la vida continúe de inmediato. Puede que pase el tiempo, por razones que no siempre están claras. Pero con Lássira, no creo que se haya encontrado a sí misma todavía. Me gustaría pensar que es por misericordia. Si regresara y recordara, solo sufriría por la ausencia de su alma gemela y de su hijo.

—¿Qué... qué pasó realmente?

—Hay tanto que decir y tan poco tiempo. Debes regresar tan pronto como seas capaz. Creen que estás muerto.

—Llyniel...

—Fel'annár. Debo dejarte pronto. Solo tenemos esta humilde cena juntos. No puedo responder a tus preguntas, no del todo, porque tú y yo pertenecemos a mundos diferentes. Le robo tiempo prestado a un dios complaciente. Pero podemos comer juntos, beber juntos, compartir este lugar entre mundos y vidas y recordar que un día viviremos en el mismo mundo, seremos abuelo y nieto, como siempre debería haber sido, en un lugar donde la guerra no sea más

que una parte del pasado. Ese lugar existe, Fel'annár. Solo debemos encontrar nuestro camino hacia esa puerta.

—¿Has encontrado el tuyo, abuelo?

—No. Todavía no. Toma. —Sonrió mientras le tendía un plato de conejo humeante; parecía satisfecho y enternecido por cómo lo había llamado Fel'annár.

Por primera vez, a pesar de su desorientación, de su conmoción y del mar embravecido de preguntas y dudas, Fel'annár advirtió que tenía hambre. Alargó la mano, tomó el plato y vio la línea ondulada y el punto en la cara interna de la muñeca de su abuelo. Levantó la vista hacia la expresión cómplice de un Shirán.

—Creo que podré saber si Lássira se encuentra a sí misma. Bendeciré ese día cuando llegue. Era una mujer extraordinaria, Fel'annár. Habría sido la reina más grande que Ea Uaré jamás hubiera visto. Solo desearía que mi hijo hubiera podido conocer mis pensamientos en aquel entonces. Ha vivido con esa duda. Ahora, con tu llegada, surge una oportunidad única.

—No entiendo ni la mitad de lo que dices. Mi mente es como una red rota. Recuerdo algunas cosas, solo para que se escapen de mi alcance y regresen inesperadamente.

Or'Talán apoyó las palmas sobre las rótulas. —Lo harás, Fel'annár. Lo harás cuando el tiempo haya templado tu sufrimiento y tu mente y tu cuerpo regresen a Bel'arán. Recordarás las palabras que hemos compartido y, con esos recuerdos, comprenderás la magnitud y la belleza de estos, nuestros mundos élficos. Y aunque a veces puedan parecer crueles, injustos, exasperantemente incomprensibles, violentos... hay un significado en todo lo que hacemos, en cada lugar al que vamos. Nada es por nada y, sin embargo... Aria dobla las mismísimas reglas de su mundo por ti. Acepta este regalo, Fel'annár, pero no hables de nuestro reencuentro a nadie que no sea Shirán. Debes prometérmelo.

Fel'annár tomó el plato y lo mantuvo en equilibrio sobre el regazo. Le vino un recuerdo parcial de una promesa que ya había hecho pero, por más que lo intentó, no lograba retenerlo. Era como un sueño vívido que se desvanece nada más despertar. Sacudió la

cabeza. —Parece cruel que no pueda revelar tu presencia aquí a Gor'sadén, a mi padre. Les daría paz.

—Gor'sadén sabe lo que es, lo que Los Tres eran. Sabe que vivo, que volverá a verme. En cuanto a Thargodén, ¿te importa que él encontrara la paz?

Fel'annár se encontró con la mirada firme de su abuelo y notó la expresión que vacilaba entre la pena y la alegría. —Sí me importa. Ahora que lo entiendo.

Or'Talán sonrió, con la mirada cargada por las cosas que había hecho y visto. —Entonces ayúdalo si puedes. Por ahora, come, descansa y piensa en las cosas que hemos dicho. Mañana volveré; te deseo lo mejor en tu viaje de regreso a tu mundo, al que todavía perteneces.

—No te vayas. Yo… tengo preguntas. Necesito saber cosas…

—No puedo responderlas, Fel'annár. Aún no. Recuerda. Necesitas tiempo para comprender, para aceptar, y cuando salgas de nuevo del Bosque Perenne, tu vida habrá cambiado para siempre. Verás las cosas bajo una luz *distinta*, tal como haces dentro de este bosque.

Fel'annár quiso ponerse en pie, llamarlo, suplicarle que se quedara, pero en lugar de eso, se limitó a observar cómo el cazador encapuchado recogía la bolsa de tela, se la colgaba al hombro y se marchaba.

Pronto desapareció en el bosque crepuscular y Fel'annár bajó la vista hacia el plato de conejo que tenía en el regazo. Cogió un trozo, se lo metió en la boca y comió. Y mientras masticaba, repetía las palabras de Or'Talán en la mente.

Aquella noche durmió bajo las brillantes estrellas de Bel'arán, en ese lugar que su abuelo había dicho que estaba entre mundos, entre vidas.

Lo había llamado Refugio.

Qué equivocado había estado respecto a Or'Talán. Qué joven e inexperto había sido. Había visto el mundo con ojos de niño, con su propia vida como centro. Ahora, como Ari'atór, como Ber'anor —como guerrero—, solo podía ver el sufrimiento de los demás.

Se conectó con el bosque, recordó cómo este lo había aceptado finalmente mientras viajaba por el Calro de regreso a casa. Pero

ahora los árboles guardaban silencio.

Quería decirle a Llyniel que estaba vivo, que no había muerto al caer desde la meseta desmoronada; no podía sino preguntarse si los Liminales lo habían salvado al final.

Dos elfos se internaron más allá de los primeros árboles del Bosque Perenne, en la orilla occidental del río Calro.

Los árboles no se movieron para detenerles, el viento no agitó sus ramas y el suelo bajo las botas era llano, sin raíces que les hicieran tropezar.

Justo delante, un ave de presa se posó en una rama, observándoles con brillantes ojos azules.

—¿Es Azure? —preguntó Hobin, pero Gor'sadén pudo notar su escepticismo.

—No. Pero *es* Arimal. Los Shirán nos están guiando.

—¿Hacia Fel'annár? ¿Crees que está vivo?

—No lo sé, Hobin. Ni siquiera deseo pensar en las posibilidades. Bien podría ser que sus armas estén aquí en alguna parte, o tal vez haya un mensaje para nosotros. Solo nosotros escuchamos la llamada. Quizá esto sea simplemente para indicarnos el camino a seguir. El Kal'hamén'Ar y la revelación de su asociación con la luz que Fel'annár blandía.

—Pero tú ya estabas decidido a recuperar el Kah.

—Fue una promesa que le hice a Pan'assár. No puedo dejar este mundo sin cumplirla. Dime, ¿se enseñó alguna vez el Kah en Araria, Hobin?

—Antes de mi época, sí. Los muros de nuestro Santuario Interior están plagados de pinturas y símbolos que no comprendemos, ni siquiera hoy en día. Se menciona en el Libro de los Iniciados como un arte divino, un regalo de los dioses, pero ese conocimiento está envuelto en mitos y leyendas. El paso del tiempo ha nublado nuestros recuerdos al respecto. Pero después de todo esto, estudiaré las escrituras, buscaré cualquier referencia que pueda encontrar.

—Me uniría a ti, Hobin, viajaría contigo a Araria si se me permite. Juntos, quizá podamos desentrañar la verdad; el estado definitivo del Kal'hamén'Ar puede que no sea el de un maestro, sino algo más. Fel'annár puede haber sido el primero de su clase que conocemos. Pero quién puede decir que no hubo otros, cuya existencia se perdió en el tiempo.

Gor'sadén miró a Hobin mientras caminaban por el bosque, fijándose en las facciones imperturbables. Estaba claro que no le convencían sus volubles intentos de arrojar luz sobre por qué estaban allí.

—No crees que esa sea la razón por la que estamos aquí…

—No. Tal conocimiento vendría de sueños de revelación, incluso si fueran necesarios, que no lo son. Debemos estar presentes *físicamente*.

Era una deducción lógica, y la esperanza volvía a arañar la puerta que Gor'sadén había cerrado obstinadamente.

El silencio se extendió entre ellos mientras avanzaban, cada uno perdido en la historia de su primer mundo, en los misterios del pasado y en lo que significaban para el futuro.

Se detuvieron en un saliente que les regalaba una vista que se extendía leguas hacia el oeste. Un denso dosel forestal se expandía hacia una cresta de roca que se alzaba hacia el cielo. Su silueta parecía recién forjada. ¿Era de allí de donde había venido el dragón? ¿Yacería vigilante, esperando a que dieran un paso en falso?

A medio camino hacia la cordillera, un lago de un azul brillante centelleaba bajo el sol de la tarde. Gor'sadén se volvió hacia el perfil asombrado de Hobin.

—Este es el lugar que Fel'annár me describió una vez. Aquí tejió el Dohai. Fue entonces cuando vio por primera vez una bola de luz en las manos. Habló de este lugar con asombro, de colores que ni siquiera podía describir.

—Los veo. Hay algo sobrenatural en este lugar, como si caminara en sueños.

Gor'sadén volvió a mirar hacia adelante, al lugar que sabía que se llamaba Lago de Cristal.

—Acampemos en las orillas. A Fel'annár no se le permitió ir más allá, pero me pregunto si debemos continuar tras pasarlo… qué encontraremos si lo hacemos.

Fel'annár se despertó sobresaltado, capeando las olas de dolor que sacudían el cuerpo. ¿Era así como se sentían los decrépitos mortales? ¿Vivían con ese dolor constante en los huesos?

Luchó por incorporarse, se pasó una mano por la cara y notó el pelo revuelto a su alrededor. Se lo alisó como mejor pudo.

La mirada se posó en la hoguera cercana. Colgada de una estructura sencilla, burbujeaba una olla de agua. Or'Talán había vuelto y el corazón le martilleaba en el pecho, con mil preguntas clamando por el primer puesto en la mente.

—Parece que estás un poco mejor hoy.

Dio un respingo y miró por encima del hombro; no se le escapó la sonrisa sardónica en el rostro de su abuelo.

—A veces olvido lo joven que eres.

Fel'annár frunció el ceño y observó cómo Or'Talán se agachaba y frotaba algo entre las manos. Cayó como nieve en el agua hirviendo. Estaba preparando algún tipo de té.

—Toma. Esto ayudará. —Le tendió una taza. Fel'annár la cogió, se la llevó a la nariz y aspiró.

—Necesitarás ayuda para volver a casa. No se me permite pasar del lago… no por lo general.

—¿Por qué no?

—Desde ese punto, el Refugio se desvanece hacia Ea Uaré. Algunos Connates, incluso las almas gemelas, pueden sentirnos.

—Alei…

Or'Talán miró a Fel'annár con un leve ceño fruncido. —¿La madre de Lássira?

—Sí. Ella permanece en Bel'arán porque dice que, a veces, puede sentir a Zéndar.

—Eso es lamentable. Sería mejor si tomara el Camino Largo. Al menos entonces lo vería en carne y hueso.

—Es todo tan confuso. Lo entiendo y, sin embargo, cuando intento imaginar un mundo en el que todos han muerto, donde los Divinos de este mundo se convierten en Shirán, viven entre mundos… ¿Por qué? ¿Cuál es el propósito de tales seres?

—Eso no te corresponde saberlo a ti, todavía no. Naz'arán es para los muertos de Bel'arán, y para los nativos de esas tierras, nuestros descendientes. Una vez llegues a esas costas, te adentrarás en un camino de aprendizaje, uno que a algunos les lleva años comprender.

Fel'annár observó a Or'Talán beber el té; seguía sin poder creer que estuviera allí. Frunció el ceño y miró hacia el Lago de Cristal a lo lejos. —¿Cómo… por qué se me permite siquiera estar aquí, pasado el lago?

—Necesitabas ayuda. —Or'Talán se encogió de hombros y bebió un sorbo de té. Fel'annár ladeó la cabeza, sabiendo que no diría nada más.

—Una vez te odié. Eras todo lo que había hecho de mi vida una miseria. Eras Alpino. Le prohibiste a mi madre estar con mi padre. Arruinaste su vida y, en cierto modo, la mía.

Or'Talán apretó los labios, se cruzó de piernas y puso las manos sobre las rodillas.

—No eres el único que me odió. Mi propio hijo me detestaba por lo que percibió que hice. Y luego, al parecer, encontraron mi diario.

Fel'annár asintió. —Sulén lo tenía. Lo recuperamos de su cadáver destrozado por los Desviados. Pan'assár lo leyó y luego se lo dio a Thargodén.

—Entonces él entenderá por qué hice lo que hice. La traición acechaba en cada esquina, Fel'annár. El peligro para ella era real, demasiado real al final. Intenté ayudarla y fracasé, ayudé a mi hijo. Incluso la carta que le escribí desapareció, dejándole pensar que le traicioné, que su corazón no significaba nada para mí. Ese es mi mayor pesar, uno con el que espero que puedas ayudarme.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Or'Talán rebuscó en la bolsa de tela y sacó un sobre. —Cuando regreses, espera hasta que estés totalmente curado, hasta que el impacto y las preguntas se desvanezcan. Y entonces, dáselo. Dile que lo encontraste en algún lugar, quizá en el Bosque Profundo.

Volvió a rebuscar en la bolsa y sacó otro objeto. Lo miró, sonrió con tristeza y se lo tendió. Fel'annár lo reconoció de inmediato.

—Es la otra mitad de su anillo.

—La mitad de Lássira, sí. Ella querría que él la tuviera, e imagino que incluso Aria encontraría consuelo. Verás, creo… creo que con la unión de las dos mitades, ella podrá encontrarse a sí misma por fin.

Fel'annár respiró hondo para calmarse y bajó la vista hacia la esmeralda rota y la carta. No tenía dónde guardarlas.

—Te dejaré esto. —Or'Talán señaló la bolsa de tela, pero se sobresaltó ante la siguiente pregunta de Fel'annár.

—¿Cómo era ella?

Or'Talán apartó la vista de la bolsa y miró a su nieto. Fel'annár se maravilló ante el peso de aquella mirada ahora azul, preguntándose cómo podía soportar los años de duelo y pesar.

—Era una reina para su pueblo, incluso antes de su relación con Thargodén. El suyo fue siempre un linaje fuerte, igual que el mío. Somos líderes porque somos apasionados. Sentimos profundamente, vemos lo que otros no ven. Creemos en la armonía y creemos en la justicia. Fuimos hechos para gobernar, no con mano de hierro, sino con un puño misericordioso. Tú eres la unión de esos linajes. Es por lo que eres especial. Era Lássira, mi mejor amiga… mi mayor pérdida. Corregiría ese error, Fel'annár, con tu ayuda.

Fel'annár cerró los ojos. Cómo anhelaba conocerla. Incluso ahora, el rostro silvano de su madre lo miraba, con el amor de una madre en la expresión. Era todo lo que tenía de ella.

—Compartir tu rostro fue una vez una maldición. Después de que Lainon me dijera quién era, ni siquiera podía mirarme sin recordar la trágica vida de mi madre.

—¿Y ahora?

—Ahora es un honor.

Or'Talán se irguió, endureciendo las facciones, con la mirada brillando a la luz de la mañana, más azul de lo que había sido antes.

Le recordó a Fel'annár que no era totalmente elfo. Frunció el ceño, ladeando la cabeza. —Tus ojos…

—Te están confundiendo. A mí también me confunden a veces. Pero ven, están cerca. Es hora de que parta. En esa bolsa hay cosas que aliviarán el dolor del pasado, quizá incluso marquen el regreso de la legítima reina de Ea Uaré, pues tú siempre fuiste el príncipe heredero. Ahora ese deber recae en Rinon, y sé que no querrías que fuera de otra forma. —Or'Talán se puso en pie y esperó a que Fel'annár se le uniera.

—Y en cuanto a ti, mi extraordinario pariente, tú y yo nos volveremos a encontrar cuando tu vida aquí termine. Hasta entonces…

Or'Talán dirigió la mirada a lo lejos y luego de nuevo a Fel'annár. —Hasta entonces, Aria doblega las mismísimas fuerzas de Ea Uaré por ti. Vive esta vida al máximo. No te arrepientas de nada. Vive tus sueños, hijo. Guarda esos recuerdos, manténlos a salvo, pues son tu legado, tu huella en este mundo, la razón misma de tu existencia.

Fel'annár buscó en los ojos de su abuelo y solo encontró la verdad, eso y la certeza de que no respondería a más preguntas; de que quizá ya había respondido a demasiadas.

Aun así, la mayor de las preguntas de Fel'annár ya había sido satisfecha. Siempre había sido amado por su madre y su padre, por Amareth y Bulan. Había conocido a sus dos abuelos y sabía que estaban orgullosos de él.

Se sentía más ligero, el alma más brillante, casi a punto de estallar en el pecho dolorido. Viviría su vida plenamente con Llyniel, haría realidad sus sueños de paz. Su única duda era qué decidiría cuando acabara su tiempo en Bel'arán. Si elegiría la Orden de Shirán.

Sonrió a Or'Talán, esperando que pudiera ver todas aquellas cosas en la expresión, pues nunca podría expresarlas de la misma forma en que las sentía. La sonrisa de respuesta de su abuelo fue todo lo que necesitó.

—Te estaré observando a través de las brumas entre mundos. Seguiré tus pasos, veré a tus hijos, reiré contigo y lloraré contigo. Te veré defender este lugar como yo hice una vez, y contaré los días

para nuestro reencuentro, proclamando nuestro parentesco ante los mismísimos dioses. Has servido bien. Ahora es momento de descansar un poco.

La sonrisa de Or'Talán se ensanchó y se dio la vuelta, no sin antes dejar ver un destello de luz dorada en la mirada, como luciérnagas en un cielo de verano.

Luciérnagas…

La impactante verdad sobre la identidad de Or'Talán no podía negarse.

Él era Shirán, él era el Liminal —el gran guiverno—, defensor del Bosque Perenne al otro lado del mundo.

Serenidad, una paz como ninguna de las que cualquiera de los dos hubiera sentido jamás.

Gor'sadén y Hobin caminaron por altiplanos, descendieron por valles verdes. Se detuvieron en salientes rocosos, testigos de la belleza de aquel lugar virgen mientras recordaban las palabras de asombro de Fel'annár. Él había intentado explicarlo: los colores, lo sobrenatural de aquel sitio y otras cosas que solo él podía percibir.

Egoístas en su indulgencia, los Shirán ocultaron bien estos senderos. Pero no lo suficiente como para que los dos Ber'anor no pudieran encontrarlos, incluso si no hubieran contado con la ayuda de la rapaz de caza.

Pero esta mañana, no se la veía por ninguna parte.

Se hallaban sobre una meseta verde, contemplando las tierras que se extendían abajo. El Lago de Cristal quedaba a sus espaldas; ante ellos, un mar de pinos. Sobre sus cabezas, un dosel de nubes blancas en ciernes, tan cerca que Gor'sadén pensó que podría alargar la mano y tocarlas.

—Nuestro camino continúa sin obstáculos —murmuró Hobin.

—Entonces somos privilegiados de ver tales cosas. No somos Shirán.

—Todavía no.

Gor'sadén se giró hacia él. —¿Elegirías ese camino?

Hobin sostuvo la mirada. —Lo más probable. Nunca encontré a mi Connate. Me pregunto si quizás no están en este mundo, si el amor me aguarda en algún otro lugar. ¿Y tú, Gor'sadén? ¿Dónde reside tu corazón?

No respondió porque, en realidad, no lo sabía. Nunca lo había pensado de esa manera. ¿Dónde *sería* más feliz, más allá de los dictados del deber? ¿Como Comandante General de Tar'eastór? ¿Viajando por el mundo, enseñando el Kal'hamén'Ar? ¿O pertenecía al lado de Los Tres? ¿Con Fel'annár, dondequiera que estuvieran ahora?

Siguieron adelante en silencio, a través de un mundo lleno de colorido que no estaba ni aquí ni allá, y mientras la mañana se deslizaba hacia la tarde, Gor'sadén divisó una figura en la distancia. Se detuvo y esperó a que Hobin lo advirtiera, con la vista forzada hacia la colina lejana.

Frunció el ceño; la postura poderosa y el cabello plateado le detuvieron la respiración.

—Dioses, ¿es Fel'annár?

Gor'sadén negó con la cabeza, pero una sonrisa tentativa tiró de los labios y caminó más rápido.

La figura en la distancia desapareció tras un bosquecillo de árboles, pero cuando Hobin y Gor'sadén llegaron, la figura se había ido.

Intercambiaron una mirada perpleja y continuaron su búsqueda hasta que salieron de la linde del bosque. Justo más allá, una forma encapuchada y encorvada estaba sentada en el suelo. A un lado, un caballo y un carro. ¿Era este el poderoso guerrero que habían visto de pie en la ladera?

El corazón de Gor'sadén le retumbaba en los oídos porque este era el momento en el que no había querido pensar. Puso un pie delante del otro, despacio al principio, pero a medida que se acercaban a la figura sentada, el paso se aceleró hasta echar a andar a grandes zancadas.

—¿Fel'annár? —llamó Hobin a su lado.

La cabeza inclinada se levantó y, de debajo de una amplia capa, emergió una mano blanca, se alzó y echó hacia atrás la capucha.

Gor'sadén sintió que el mundo se inclinaba hacia un lado, para terminar desvaneciéndose ante la vista incrédula. Allí, mirándolo desde el suelo, de la misma manera que lo había hecho ante el fuego en Tar'eastór, estaba Fel'annár.

Gor'sadén caminó torpemente, con los brazos extendidos a los costados por miedo a caerse. Hobin le siguió en silencio. Pronto estuvo de pie ante su hijo, aquel que creía que había muerto a manos del dragón, o tal vez antes, cuando la meseta se había astillado y caído.

—Pensamos que habías muerto. —Fue un susurro ronco, uno que le pareció demasiado alto, incluso mientras se preguntaba si Fel'annár le habría oído.

—Yo también.

No había humor en aquel tono, solo asombro y… *confusión*. Gor'sadén se agachó mucho, buscando en la mirada alguna pista de lo que había sucedido. Sintió a Hobin arrodillarse a su lado.

No había trenzas en el apagado cabello plateado y los ojos, aunque seguían siendo verdes, parecían desvaídos, casi opacos. El semblante juvenil estaba pálido, cada línea del rostro visible, y unas sombras oscuras permanecían bajo una mirada vacilante. Gor'sadén resistió el impulso de estrecharlo en los brazos, de consolar al niño que habitaba dentro de aquel caparazón de guerrero.

—¿Qué ha pasado?

Un leve movimiento de cabeza. —Telzorán se rompió, sus almas atrapadas huyeron. Las envolví en luz y entonces vinieron los Liminales. Maté a Gra'dón, pero era demasiado tarde para salvarme. Estaba —estoy— herido, no pude evitar caer. Lo último que vi fue al Liminal. Desperté aquí, en el Bosque Perenne.

—¿El Liminal es el dragón? —preguntó Hobin. Fel'annár se volvió hacia él y asintió.

—Había alguien contigo hace un momento.

Fel'annár volvió a mirar a Gor'sadén, casi pareciendo balancearse sobre los talones. —Un Shirán. Me ha ayudado.

Gor'sadén estaba frustrado y confundido, pero el corazón se ensanchaba; el conocimiento de que Fel'annár seguía vivo crecía en su interior. Se permitió sentirlo, incluso sonrió.

—No entiendo cómo has llegado hasta aquí, y tus palabras son tan vagas como lo fueron siempre las de Lainon. Pero que a los dioses les den, Fel'annár. Estás vivo. Sigues *vivo*, tal como Llyniel intentó decirnos.

—Llyniel…

Algo en el tono de Fel'annár hizo que Gor'sadén se detuviera. Había pronunciado su nombre como si no pudiera recordarla.

—Tu alma gemela.

Frunció el ceño, apartando la vista como si intentara hacer memoria. Gor'sadén y Hobin intercambiaron una mirada de preocupación.

—No estás bien —dijo Hobin. Fel'annár lo miró, como si estuviera sorprendido. Pero luego se le alisó el entrecejo y habló en voz baja.

—No. He despertado hace poco. No recordaba mi nombre, ni cómo había llegado aquí. Ni siquiera estoy seguro de poder caminar.

—Pareces confundido, Fel'annár.

Soltó una risa soplada, un gesto que a Gor'sadén le resultó tranquilizador. —Tanto como vosotros dos. No os puedo decir cómo llegué aquí ni quién me ayudó. Solo sé que debo regresar, tan pronto como me lo permita este cuerpo maltrecho.

A Gor'sadén le temblaron los labios, quería que se ensancharan en una sonrisa, pero la mirada era la de un elfo desesperado, uno que intenta pero no logra ocultar la enormidad de sus emociones. Se inclinó hacia delante, tan cerca que el rostro de Fel'annár se volvió borroso, pero no necesitaba verlo. Apoyó la frente contra la de su hijo y lo encontró frío al tacto.

—Por un momento me quedé solo. Por un momento, esa figura arrodillada ante mi fuego en Tar'eastór se desvaneció y mi vida dejó de tener sentido. Un Ber'anor solitario que había perdido su causa.

Fel'annár sonrió con sinceridad ahora; parecía recordar que *él* había dicho eso no hacía tanto tiempo.

—Me alegra mucho veros, y me siento aliviado porque no sabía cómo iba a regresar. ¿Cómo habéis sabido que debíais venir?

—Alguien nos llamó a ambos. Me resulta extraño, porque no somos Shirán y, sin embargo, aquí estamos, dentro de sus tierras protegidas, más allá del Lago de Cristal.

Fel'annár estaba recordando algo que Aria le dijo una vez.

Por ti, quebrantaría las mismísimas reglas de este mundo.

Fel'annár se preguntó si lo había hecho, y entonces recordó que Or'Talán le había dicho lo mismo hacía apenas unos minutos.

Las emociones amenazaban con abrumarlo, haciéndole sentir como un niño; pequeño, humilde, confundido y, a la vez, profundamente agradecido. Estaba vivo, frente a su padre adoptivo, y en unos pocos días estaría de vuelta en casa, con Llyniel, con su familia y con lo que quedaba de La Compañía.

Cerró los ojos, se inclinó hacia los brazos abiertos de Gor'sadén y lloró en silencio.

~

El caballo Shirán de ojos azules los observó serenamente, esperando a que los dos Ber'anor acomodaran a Fel'annár en la parte trasera del carro cubierto. Dentro hallaron un antifaz. Alguien había pensado en todo, advirtió Gor'sadén.

Su avance era más lento de lo que habrían deseado. Ir sentado en el carromato le producía tirones en la herida del costado a Fel'annár, haciéndole doler el cuerpo entero, como si hubiera sido hecho pedazos y luego vuelto a armar. Al caer la noche, todavía estaban a dos días de la frontera entre el mito y la realidad.

Hobin había estado en silencio durante la mayor parte del día, e incluso Gor'sadén había hablado poco. Pero le observaba de cerca, y Fel'annár lo había permitido, comprendiendo su confusión. Pero si Gor'sadén estaba confundido, Fel'annár estaba estupefacto. Agradecía el silencio para poder ordenar los pensamientos dispersos, hallar sentido donde parecía no haber ninguno. Ojalá Lainon estuviera allí.

Pero sabía que no era así. Estaría allí donde residiera el espíritu de Tensári, quizás esperando a que ella tomara su decisión.

Por la noche, Fel'annár se dirigió con paso cansado y dolorido hacia el fuego y se sentó. Los dos Ber'anor seguían observándolo de cerca. En otro tiempo le habría molestado, pero ahora, ¿qué importaba realmente?

—Deja que te ayudemos.

Fel'annár se volvió hacia Hobin, y luego hacia Gor'sadén, sintiendo que un pánico repentino le subía por el pecho. Negó con la cabeza y les dio la única excusa que se le ocurrió.

—No hay heridas abiertas. Solo necesito descansar.

Podía oír a alguien hurgando en una bolsa, a alguien vertiendo agua y escurriendo un paño. Pero Fel'annár no quería mirar. De algún modo, temía lo que los Nim'uán le habían infligido, lo que la caída le había provocado.

Evitó sus miradas y echó un vistazo a la bolsa de tela que Or'Talán le había entregado. Deseaba meter la mano dentro, sacar los objetos que su abuelo había asegurado que calmarían el dolor del pasado. Pero debía tener cuidado de no enseñárselos a los otros. Podría necesitar una excusa sobre cómo había conseguido lo que hubiera dentro.

Pronto se quedó dormido, solo para despertar al alba; la hoguera no era más que brasas cálidas y brillantes.

Debían de haber ido a por agua, o quizás a buscar comida. Se incorporó hasta quedar sentado, sintiendo el dolor inflamarse y luego reducirse a un latido constante. Lanzó un pesado suspiro, se volvió hacia la bolsa de tela que tenía al lado y la abrió. Sabía que la carta y el anillo estaban dentro, pero había otros objetos que Or'Talán no había mencionado específicamente.

La mano tocó metal, agarró el objeto y lo sacó. Era la daga de Pan'assár, la que Gor'sadén le había entregado después de que el comandante hubiera muerto. La depositó con cuidado en el suelo, a su lado, y volvió a meter la mano.

Los dedos se cerraron sobre un libro, pero al sacarlo advirtió que era un diario, similar al que Pan'assár había encontrado en el cadáver de Sulén. Lo miró, pasó un dedo por el lomo y luego abrió la tapa dura.

Se le cortó la respiración en el pecho y abrió la boca para compensar la falta de aire. Pero el cuerpo no cooperaba y se le escapó un jadeo.

—¿Estás bien? —preguntó Hobin desde detrás de él.

Fel'annár cerró los ojos; la intención había sido ocultar los objetos antes de verse obligado a dar explicaciones. Pero los sentidos estaban embotados, como si estuviera bajo el agua.

—Yo… sí. No es nada, solo…

—¿Qué *es* eso?

Pasos a su lado. —¿Qué es qué?

Gor'sadén y Hobin estaban de pie sobre él, mirándolo expectantes. ¿Pero qué podía decir? El propio silencio, la negativa a ser tratado, el comportamiento extraño… habían respetado su necesidad de silencio, pero su paciencia no era eterna.

—¿Te dio eso tu *amigo*?

Fel'annár miró a Hobin. —Sí.

Hobin y Gor'sadén intercambiaron una mirada y luego se sentaron ante él, con la vista moviéndose entre la daga de Pan'assár y el diario que aún tenía en las manos.

Gor'sadén se arrellanó donde estaba sentado, observando los apagados ojos verdes de su hijo, que brillaban de forma extraña a la luz de la mañana. Parecía de otro mundo, un ser que no era ni élfico ni de leyenda, sino algo intermedio. El temor afloró desde algún lugar desconocido, por una razón desconocida, y se inclinó hacia delante.

—Estamos aquí por una razón. No somos Shirán y, sin embargo, fuimos convocados a este lugar para ayudarte. Deja que te ayudemos, Fel'annár. Habla con nosotros, pues ocultas mucho.

Mientras Gor'sadén observaba el efecto que sus palabras tenían en Fel'annár, casi se arrepintió de haberle presionado. Parecía tan dolido, tan perdido y confundido. Quería respuestas, pero quizás Fel'annár no tenía ninguna que darle.

—No recuerdo mucho, y no puedo estar seguro de lo que sí recuerdo. Hubo momentos en los que pensé que estaba dentro de una habitación, otros en los que estaba bajo las estrellas. Recuerdo dolor, y luego recuerdos de personas y lugares. Recuerdo unos ojos

azules y palabras reconfortantes y… se hicieron *promesas*. —Fel'annár vaciló, como si estuviera tratando de entender algo.

—¿Qué promesas? —preguntó Hobin, con la mirada fija en el rostro cansado que tenía delante.

—No lo recuerdo. Me dieron esta bolsa, me dijeron que aliviaría los dolores del pasado.

—Veo la daga de Pan y ese diario —le incitó Gor'sadén.

—Tengo… objetos para el rey, cosas que debo hallar la manera de entregarle de forma que no despierte sospechas sobre cómo las conseguí.

—Podemos resolver ese problema cuando llegue el momento. Pero dinos… ¿de quién es ese diario?

Fel'annár levantó la pesada cabeza, los ojos sin brillo inexpresivos salvo por la tensión en el entrecejo. Ese temor creciente que Gor'sadén había sentido antes regresó. Se preparó para la respuesta de Fel'annár.

—Es el diario de mi madre.

Gor'sadén se echó hacia atrás, abrió la boca para hablar, pero Hobin se le adelantó.

—¿*Quién* te dio esa bolsa, Fel'annár?

—No… no puedo decirlo.

Hobin se volvió hacia Gor'sadén con la misma decepción en los ojos. Era demasiado pronto pero, por otra parte, tal vez Fel'annár nunca les respondería.

CAPÍTULO 32

Al Otro Lado de la Frontera

—A l ritmo que vamos, deberíamos estar en casa en poco menos de dos días.

Había sido otro día agotador, meciéndose y tambaleándose dentro del carro, a pesar de que Fel'annár se había fijado en que el caballo que tiraba de él sorteaba los baches y las piedras del camino. Se preguntó quién sería, quién habría sido este Shirán en su primera vida. Quería preguntar a los árboles, pero no le respondían. ¿Podían oírle todavía? ¿Seguía siendo siquiera un Oyente?

Los pájaros entonaban sus cantos crepusculares mientras Gor'sadén cogía una taza, servía un poco de agua tibia en ella y luego rebuscaba en su fardo las hierbas que Llyniel le había dado. Fel'annár le observó echarlas en la taza y poco después percibió el olor a medicina.

Inspirando profundamente, metió la mano en su bolsa y sacó el diario; bajó la vista hacia él. Había sufrido algún que otro viaje y el paso del tiempo, pero seguía siendo bastante flexible. Se preguntó cómo habría llegado Or'Talán hasta él.

Abrió la portada y leyó la única frase de la primera página.

Lássira Ara Zéndar Ar'Alei.

Cerró los ojos ardientes. Le asaltaban tantas emociones que no era capaz de identificarlas todas. La voz pausada de Gor'sadén le

sobresaltó.

—Lee, Fel'annár. Te dejaremos solo un rato.

Fel'annár quiso decirles que estaba agradecido, quiso retenerlos y suplicarles que se lo quitaran de las manos. ¿De verdad deseaba saber qué ocultaban aquellas páginas? Or'Talán había dicho que aliviaría los dolores del pasado, de modo que observó a los dos Ber'anor marcharse y luego volvió la primera página.

«*Creo que me han adoptado. Me protegen, resguardan mi hogar de todo aquel que pasa. Cómo lo hacen, no sabría decirlo, pero sé que tiene algo que ver con luces y sombras, ilusiones que engañan a la mente y, por eso, aunque esté atada a este lugar solitario durante los próximos meses, no me desagrada la idea, y apuesto a que a ti tampoco, mi pequeño espíritu del bosque…*»

Fel'annár apartó la mirada, con los ojos rebosantes y lágrimas calientes resbalando por el rostro. Su madre; estaba leyendo las palabras que ella le dirigía a él, su hijo no nato.

Con mano temblorosa, tendió el brazo hacia el té que Gor'sadén le había dejado delante. Bebió, se aclaró la garganta y continuó leyendo.

«*Siempre recordaré a mi amigo Orta —así es como le llamaban Los Tres—. Una amistad tal Bel'arán nunca ha visto, salvo quizá la que él compartía con Pan y Gorsa. Deseo poco más que volver a verte, contarte cuánto te amaba tu padre, decirte que no te traicionó, que quizá su muerte fue planeada. Siempre he sospechado que así fue, que un rey tan amado como lo era Orta nunca se encontraría en semejante situación.*»

Pan'assár había dicho lo mismo, conocía la amistad entre Lássira y Orta. Pero parecía que nunca se habían conocido en persona. Fel'annár no pudo evitar preguntarse cómo habrían cambiado las cosas de haber sido así.

«*La vida aquí es sencilla, solitaria a excepción de Amareth y Erthoron, que me visitan de vez en cuando con las provisiones que necesito. Traen noticias también de la corte y de las maquinaciones de esos elfos intrigantes y confabuladores que no buscan más que su propio beneficio, su propio poder. Los odio, odio sus espíritus negros e insensibles por el daño que te causaron, mi amor; por la*

vida que nos han obligado a vivir a ambos: separados de lo que más amamos, apartados de lo que más ansiamos. ¡Los odio por manchar mi apellido, la familia Norhad que solo buscaba atraparte, alejar a todo lo demás para que su hija pudiera casarse con un rey! Al menos ahora lo tengo a él, una parte de ti que siempre será mía, siempre será tuya.»

Fel'annár se cubrió la boca con un puño y apartó la vista con los ojos fuertemente cerrados. Su madre le hablaba a su padre a través de este diario. A buen seguro nunca pensó que sería leído por su hijo adulto, y mucho menos por Thargodén.

Pero ¿quién era Norhad?

Volvió al diario, pasó la hoja hasta la siguiente entrada.

«*Le llamaré Sol Verde, y sé que tú sabes por qué. Sé que aún lo guardas en algún sitio, pues eres tan sentimental como yo bajo esa apariencia de puro alpino que muestras. Conozco tu corazón, Thargodén, pues es mío, como el mío es tuyo, por rotos que estemos ahora.*»

Amareth le había dicho que le habían puesto el nombre de Sol Verde por el matiz de sus ojos. Pero ¿a qué se refería Lássira aquí? Pasó la página, ignorando su cuerpo dolorido.

«*Un elfo extraño ha pasado hoy por aquí y me inunda la aprensión. Pensé que quizá era un Ari, pues su piel era oscura. Pero su pelo era tan liso como las crines de un caballo y olía a especias. Se lo he dicho a Erthoron y él hará indagaciones, pero debo permanecer alerta. Los árboles me protegen, pero si descubren que estoy aquí, con nuestro hijo aún por nacer, temo las consecuencias.*»

Fel'annár respiró hondo y dio un mordisco distraído a la carne seca que apareció ante él.

«*Ya está aquí, Thargodén. ¡Si pudieras verle! El niño es una joya, igual que nuestra piedra. Y más que eso, sus ojos brillan como el mismísimo Fel'annár de El Bosque Profundo, nuestra planta favorita. Es un nombre tan apropiado. Estoy tan eufórica que no tengo palabras…*»

Fel'annár se presionó el entrecejo con el talón de la palma. Había visto a su padre tocando su extraño anillo, haciéndolo girar en el dedo, absorto en sus pensamientos. Debía mantenerse despierto

para poder seguir leyendo. Pero su cuerpo le estaba fallando de nuevo.

Cuando despertó, estaba tumbado boca arriba con el diario abierto sobre el pecho.

Se incorporó con torpeza, se frotó el rostro cansado y se encontró con la mirada pétrea de Hobin.

—Gor'sadén ha ido a por agua. Nos marcharemos pronto.

Fel'annár asintió y volvió a su lectura.

«*He tenido un sueño esta noche: tan vívido, tan real que me pregunto si no habrá sido alguna visión que me han dado los árboles. Una dama me miraba con amor y protección —¡oh, pero era hermosa, Thargodén, como una diosa!—. Su pelo era de un rojo ardiente y sus ojos de un azul tan profundo y penetrante que me hicieron llorar. El musgo crecía sobre su cara y luego se derretía como la escarcha en una mañana de primavera. Se inclinó, cogió a nuestro hijo en sus brazos y le miró como solo una madre podría hacerlo. Una enredadera se alargó y se enroscó en sus manos. Nuestro bebé estiró el brazo y acarició su longitud con su dedito.*»

El sueño, *su* sueño, reflexionó Fel'annár con asombro. Su madre había tenido el mismo sueño, tal vez al mismo tiempo. Quizá ella tuviera razón y no fuera un sueño, sino Aria, reclamándolo incluso de bebé. ¿Lo sabría su madre? Sonrió con pesar y maravilla. Desde que tenía uso de razón, siempre había buscado el contacto con la hierba o una raíz cuando necesitaba consuelo, cuando debía calmarse o, simplemente, pensar.

Su viaje continuó y, al caer la noche una vez más, se detuvieron para acampar. Un reconfortante apretón en el hombro y Gor'sadén puso una bebida caliente en sus manos todavía frías. Levantó la vista con gratitud, sonrió brevemente y observó cómo su padre se ocupaba de sus asuntos.

«*Orta me dijo que aún debía hablarte de sus planes, y sé cuánto sufriste pensando que había abandonado tu corazón. No lo hizo. Él sabía, amor mío, vio la división en los ojos de su hermano, conoció su engaño, su retorcida percepción. Buscó una forma de ayudarnos sin ponernos en peligro. Se empeñó en que siguieras ignorándolo. Si conocieras sus planes, Band'orán lo vería.*»

Ahí estaba la prueba que el propio Or'Talán había escrito en su propio diario. A Thargodén le traería paz verlo confirmado en las palabras de su alma gemela, aquella que aún permanecía entre la muerte y la vida, todavía por encontrarse al otro lado, o eso había dicho su abuelo.

Sonrió y pasó la hoja con avidez, recorriendo con los ojos las líneas de la escritura de su madre.

«*El niño está hipnotizado con nuestro árbol, amor mío, es tan gracioso verlo porque arruga la carita y luego abre bien los ojos, y sonríe, y luego se ríe locamente, estirando los brazos hacia algo que yo no puedo ver… y sin embargo hay una luz en sus ojos que no llego a comprender, una luz que creo que solo él puede ver. Es extraño… quizá sean las enredaderas lo que busca tocar, pues le hacían reír, como si le hablaran.*»

Le pusieron comida delante una vez más y picoteó distraídamente mientras leía, con la mente casi totalmente desconectada de su entorno, sumergida en el pasado de su madre. Pero la siguiente entrada se sentía diferente; la escritura ya no era cuidadosa sino apresurada e incompleta.

«*Los dioses le protegen. Es Ari'atór en la piel de un alpino. Debería haber zarpado antes de que él naciera. Debería haber dejado este lugar y haber dado a luz donde ellos no puedan alcanzarle. Pero ahora, nunca podré llevarle a Araria. Él es Ari'atór. ¡No puede tomar el Camino Largo!*

Me han encontrado…»

Los ojos de Fel'annár, bien abiertos, se alzaron del diario. Aquel había sido, sin duda, su último día, el día en que había sido asesinada por un sicario de Band'orán. Se preguntó si habría tenido alguna relación con ese clan Norhad.

Cerrando los ojos de dolor, inclinó la cabeza y permitió que el aluvión de emociones le bañara; de hecho, no lo ocultó, sino que dejó que fluyera a través de él, fuera de él, hacia los árboles. Se durmió entonces, con el libro una vez más encima. Pero esta noche, sus sueños no fueron meras reminiscencias del pasado que se desvelaba ante él. Era una escena que su madre nunca habría

podido narrar. Era, quizá, su propia interpretación de cómo había muerto ella.

Los árboles gritaban y el suelo retumbaba de forma sorda y prolongada. Las hojas revoloteaban agitadas, atrapadas en una brisa antinatural.

Una vorágine.

Vio a su madre corriendo entre los árboles con un bulto apretado contra el pecho. Tras ella, un asesino oscuro. Un olor a especias quedaba a su paso; Fel'annár podía olerlo desde donde yacía, bien por encima de ella, en los árboles cimbreantes. Recordaba aquel aroma.

No era un Ari'atór, sino un *Señor de la Arena*.

Él quería llorar, pero la dama le miró y sonrió mientras se ponía un dedo en los labios.

Silencio.

De algún modo supo que su madre se había ido, pero aun así no lloró, ni siquiera cuando voló a través de las ramas con el bosque como un borrón a su alrededor.

En su mente, vio el hermoso rostro de su madre, mirando sin vida hacia el dosel de su hogar forestal mientras las hojas se posaban lentamente tras la vorágine, cubriendo el cuerpo inerte. No había ningún bulto a su lado.

Cuando Fel'annár emergió de las profundas aguas de su sueño, advirtió que debía de haber gritado; de hecho, Gor'sadén estaba agachado ante él y la mirada se le posó un instante en el libro abierto sobre el pecho.

—¿Estás bien?

—Sí, perdóname —susurró.

Gor'sadén asintió y no le preguntó nada.

—Vuelve a dormir.

Fel'annár se puso de costado. No sabría decir si el sueño había sido su propia interpretación o si la verdad le había llegado de alguna otra forma.

¿Había provocado él de algún modo la vorágine siendo un bebé?

Incluso entonces, Aria había estado con él, le había salvado de ser descubierto. Aquel momento había quedado grabado en su joven

mente, le había acompañado en su camino hacia la comprensión, hasta este mismo instante.

Él *siempre* había oído a los árboles y ellos le habían oído a él. Todo lo que había necesitado era aprender a usar ese don, aprender el Kal'hamén'Ar y elevarlo a su máxima expresión a través del Dohai.

Cerró los ojos y la comprensión llegó de golpe. Amareth creía que el asesino de su madre había sido un Ari'atór. Por eso no quería hablar de ello, por eso le había ocultado, lejos de la vista, lo más lejos posible de Abiren'á. El hogar de Bulan era la sede de los Ari'atór en Ea Uaré.

Ella se había equivocado.

Estaba tan agotado que los ojos se le cerraron por sí solos. Caía ya en un sueño profundo, pero una última escena acudió a él: detalles simples de su sueño anterior y, sin embargo, sus implicaciones eran profundas.

Mientras yacía en las ramas de los árboles, agitando gorditas manos y piernas alegremente, el bebé reía y gritaba con júbilo, estirando las manos hacia la ardilla que castañeteaba de forma cómica desde una rama cercana. A su lado se posó un reyezuelo y, a lo lejos, un búho ululó indicando que todo estaba en calma, que el enemigo se había marchado.

Ya estaban cerca de la ciudad, con solo una noche más de camino antes de que Fel'annár se enfrentara a un mundo que le creía muerto. Su cuerpo aún estaba maltrecho, pero no sus recuerdos del pasado.

Volvería a ver a Llyniel, volvería a ver a La Compañía —o lo que quedaba de ella—. Tensári y Galdith se habían ido, pero Idernon y Carodel habían sobrevivido.

Aceptaría las órdenes de Llyniel de descansar, se sometería a los tratamientos que ella considerara necesarios y, en cuanto pudiera, se uniría a los esfuerzos de recuperación para asegurar la tierra.

Honraría a Galdith y a Tensári, y luego encontraría la forma de darle a su padre la misma paz que él había hallado en el diario de su madre. Solo debía asegurarse de que nadie le dijera a su padre que la bolsa y su contenido procedían del Bosque Perenne.

Y entonces, viviría el sueño que él y Llyniel habían imaginado para su futuro. Or'Talán le había dicho que aprovechara su don, que viviera su vida al máximo, que dejara su huella en este mundo.

Y Fel'annár lo haría, y luego quizá algún día llegaría a comprender qué le había sucedido tras su caída desde la meseta, daría sentido a aquellos días borrosos de semiconsciencia, momentos de lucidez y vagabundeos imprecisos, de dolor y de visiones. Nunca lo comprendería del todo, pues aquellas eran tierras Shirán, un mundo que solo ellos entendían. La incursión de Fel'annár había sido involuntaria, y Aria había creído conveniente sacarlo de allí lo mejor posible. Era la única explicación que alcanzaba a encontrar, una que tendría que bastar por ahora.

En esta, su última tarde en el Bosque Perenne, los tres se sentaron en silencio ante el fuego chispeante.

Fel'annár acarició el diario con afecto. Había leído sobre los últimos meses de su madre en Bel'arán, pero aún quedaban páginas que no había pasado. Lo abrió por el final y entonces se sobresaltó, pues allí, en la mismísima última página, había un boceto. La sangre se le congeló mientras los ojos recorrían aquel cabello rojo, los extraños ojos azules y la expresión de una madre que contempla a su creación. Aria… tal como la había visto, tal como la había dibujado. No cabía duda; no habían soñado con la elfa del árbol. Aria se les había aparecido a ambos, había velado por ambos, lo había salvado, protegiéndolo de una muerte segura, a pesar de que su madre finalmente se hubiera perdido.

Aria le había dicho una vez que no podía intervenir directamente en Bel'arán. Solo a través de sus Divinos podía ejecutarse su voluntad. ¿Había mentido entonces?

Por ti, doblaría las reglas de este mundo.

La respiración se le aceleró y pasó la hoja de izquierda a derecha. Thargodén le devolvía la sonrisa, solo que más joven, más despreocupado, más radiante de lo que Fel'annár lo había visto

nunca. Los ojos miraban con adoración, con una suave sonrisa en el rostro y, aunque sabía que era su padre, el rey estaba irreconocible.

Volvió a pasar la página; le temblaba la mano cuando los ojos se posaron en el siguiente dibujo. Era Amareth y, en la página opuesta, Erthoron.

Sonrió y, sin embargo, temblaba de asombro y anticipación al pasar otra página, para luego quedarse petrificado. Un bebé con ojos verdes que brillaban de forma extraña, con una mano regordeta estirada para tocar lo que había más allá del observador. Era él mismo, intentando alcanzar el árbol.

Dejó el diario y alzó la vista hacia las estrellas, sabiendo que sus salvadores lo observaban en silencio.

Se puso en pie con torpeza y caminó como mejor pudo hacia un arroyo cercano.

Nadie lo siguió.

Se dejó caer de rodillas y contempló el reflejo en el agua cristalina. Recordó otra ocasión, no hacía tanto tiempo, en la que había hecho exactamente lo mismo. Había visto un rostro alpino, unos ojos de un verde brillante, unos ojos jóvenes. Ahora, lo único que alcanzaba a ver era el rostro cansado de un guerrero roto. Parecía viejo, casi mortal.

La vida le había arrojado demasiado en estos últimos años. Curiosamente, había sobrevivido, pero ahora, al contemplar el reflejo, podía ver el precio que había pagado. Podía ver la sabiduría y las preguntas, la alegría y el dolor.

¿Quién soy? ¿Qué soy?

Se echó hacia atrás sobre los talones, pero le dolió demasiado y se sentó, con las piernas solo medio flexionadas hacia un lado.

Una vez se había hecho esa pregunta y, visto en perspectiva, todos los días de su búsqueda por hallar la respuesta se le vinieron encima. Su camino lo había traído hasta aquí, destrozado pero satisfecho por saber que no podría haberlo hecho mejor.

Sabía quién era, qué era.

Su camino estaba completo. Siempre albergaría preguntas, nunca hablaría de lo que había aprendido con nadie que no fuera Shirán.

Se lo había prometido a Or'Talán. Pero el recuerdo jironado de otra promesa acechaba en la oscuridad de la mente.

Debía recordar; se preguntaba si alguna vez lo lograría.

Era hora de volver al campamento, de regresar a casa.

Se incorporó, emitió un quejido de miseria y se apoyó contra un árbol. Recobró el aliento y regresó a duras penas a la hoguera. Gor'sadén y Hobin seguían despiertos, observando con paciencia mientras se acercaba.

—Has terminado el diario.

—Sí.

—¿Y estás en paz, Fel'annár?

Tardó un momento en responder. Los acontecimientos de su infancia seguían encajando en su lugar, incluso mientras hablaba.

—Sé lo que pasó, por qué pasó. Sé que el rostro de mi madre no fue un invento de mi imaginación, y sé que ella vio a Aria, el mismo rostro que vi yo.

—Sé que amaba a mi padre, el sacrificio que hizo por mí. Sé que una vez conjuré los árboles cuando era un bebé, algo de lo que no tenía recuerdo alguno. Y sé que Aria vino a mí, me mantuvo en silencio mientras mi madre era asesinada.

—Ella te salvó la vida.

Fel'annár miró a Hobin.

—Sí, igual que lo ha hecho ahora. Alguien me curó, os llamó para que me ayudarais.

Miró el diario cerrado.

—Debo encontrar una forma de satisfacer las preguntas de mi padre sin romper mi promesa. Él necesita ver esto, para que pueda encontrar su propia paz.

Cayó en la cuenta entonces de que debía hablarle a Gor'sadén sobre la carta, porque una vez que Thargodén la tuviera, se enteraría.

Se giró, sacó la carta y la joya, y se las ofreció a su padre de elección.

—Hay otras cosas que revelarle. La otra mitad de su joya, y… la carta que buscó pero no pudo encontrar.

Gor'sadén se quedó petrificado a medio gesto, luego alargó la mano hacia el sobre lentamente, con los ojos fijos en el texto.

Príncipe Heredero Thargodén.

La mirada saltó hacia Fel'annár.

—Conozco esta caligrafía. —No fue más que un susurro, y Hobin se inclinó hacia delante, leyendo la llamativa caligrafía.

—No es la original, pero esta joya perteneció una vez a mi madre.

—Tu amigo. El Shirán que te ayudó…

—No puedo responder a tu pregunta. Pero sabes lo suficiente sobre este lugar. Estuvisteis presentes durante la mayor parte del viaje hacia mi destino. Ambos sabéis qué es este lugar, su propósito, las razones por las que debe ser protegido. Estos objetos me fueron entregados para que el dolor de los sucesos pasados pueda convertirse en recuerdos gratos. Me los dieron como recompensa, supongo.

—Quienquiera que fuera, conocía bien tu historia. Conocía bien a *Or'Talán*. —Los astutos ojos de Hobin no se apartaban de Fel'annár, pero Gor'sadén sintió el sobre todavía en las manos y luego alzó la vista hacia las estrellas brillantes sobre él.

¿Estás aquí, hermano? ¿Puedes oírme? ¿Te acuerdas?

Una suave brisa jugueteó con los mechones sueltos de pelo alrededor del rostro de Gor'sadén. Recordó al fuerte guerrero en la ladera. Había pensado que era Fel'annár…

Se volvió hacia la distante cordillera y luego de nuevo hacia Fel'annár. Lo encontró devolviéndole la sonrisa.

Hobin estaba tan ávido de conocimientos como Gor'sadén, sobre los Shirán, sobre la naturaleza del Bosque Perenne y la identidad del guerrero que ambos habían visto. Pero incluso ahora, casi en la frontera, Fel'annár era una tumba. Gor'sadén sabía que la mayoría de sus preguntas quedarían sin respuesta.

Pero una cosa era segura. Fel'annár no había necesitado hablar para confirmar que Or'Talán estaba aquí, un Shirán, sirviendo todavía a Aria, todavía un soldado.

Se preguntaba qué camino tomaría Pan'assár, cuánto tiempo tardaría en regresar, si vendría aquí, al Bosque Perenne, y serviría junto a Or'Talán. Sonaba como el final feliz de un cuento de niños, uno en el que Gor'sadén deseaba desesperadamente creer.

Pero por ahora, el único camino que le preocupaba era el que llevaba a casa. Para él mismo y para Hobin, podría haber sido un paseo por el paraíso, pero para Fel'annár era un camino tortuoso, uno que requería toda su atención, no es que él fuera a admitirlo.

—¿Qué dicen los árboles? —preguntó Hobin desde fuera del carro.

—No dicen nada. No creo que pueda oírlos más. Ni siquiera sé si sigo siendo Ber'anor. La única parte de mí que está entera es mi corazón.

—Y esa es la parte más preciada de todos nosotros. Sin él, la vida es un lago seco, un paisaje agrietado y reseco que podría ser hermoso, si tan solo lloviera.

Fel'annár se volvió hacia el sonido de la voz de Gor'sadén.

—Te pones poético.

—Después de todo lo que hemos visto y hecho. Después del dolor que hemos soportado, del horror que hemos presenciado, tales emociones evocan una profunda reflexión. Desearía que hubiera una tormenta, que lo borrara todo, que llenara el lago y nutriera el paisaje de nuestras vidas, bendiciéndonos con la paz que merecemos.

Fel'annár vio a Carodel en el ojo de su mente, supo que estaría garabateando en su libro, tomando nota de las palabras para convertirlas en letras de canciones. Apartó la mirada, no quería pensar en La Compañía, porque hacerlo le recordaría a los que habían muerto, *por qué* habían muerto.

—La frontera está justo ahí delante. Apareceremos a la vista en cualquier momento.

Hobin se metió dentro del carro cubierto y tomó las anteojeras.

Fel'annár asomó la cabeza por el toldo, los ojos apagados inspeccionando lo que debería haber sido un paisaje familiar. Pero había cambiado con la destrucción de la meseta del rey y, donde antes había una colina ondulada que bajaba hacia la orilla del río, se erguía una torre de roca negra.

En esos momentos finales de su viaje, la montaña se alzaba más cerca, y la mente de Fel'annár luchaba con el concepto de no haber muerto al caer desde semejante altura. ¿Lo habían atrapado y salvado los Liminal —lo había hecho Or'Talán—? Tenía un recuerdo de estar volando, pero no podía recordar la caída. ¿Era a eso a lo que se refería Aria con lo de doblar las reglas de este mundo? ¿Se suponía que Or'Talán debía intervenir de esa manera?

Fel'annár sintió el momento en que dejaron el Bosque Perenne y entraron en la ciudad. Fue como despertar en un abrir y cerrar de ojos y, por primera vez desde que había caído, oyó la voz del Gran Cinturón Forestal.

Bienvenido a casa, Señor.

Se sintió más cálido, un poco más fuerte, lo suficiente quizás para caminar desde el carro hasta la Sala de Curación y, aunque la mente todavía estaba embotada, borrosa y confundida, una cosa era segura.

Seguía siendo un Oyente.

Incluso ahora, podía sentir el cuerpo expandiéndose, sentía el poder del bosque filtrándose en él, a través de la piel y la carne, hasta los mismos huesos. Esa sensación de estar roto se desvanecía con cada vuelta de la rueda y, cuando el suelo bajo ellos pasó de ser mantillo forestal a piedra, Fel'annár cerró los ojos, intentó concentrarse solo en los árboles, no en los reencuentros que se sucederían. Solo podía rezar para que las piernas aguantaran su peso el tiempo suficiente para llegar a una cama.

Afuera, Hobin y Gor'sadén caminaban a ambos lados del modesto carro, posando una mano tranquilizadora sobre el Shirán que llevaba las anteojeras.

Algunos saludaron a los comandantes, y Fel'annár se contentó con esconderse bajo la lona, evitando la atención. Estaba demasiado débil, demasiado vulnerable.

Pero sus plegarias no fueron escuchadas cuando una voz se alzó entre la multitud más allá de su refugio.

—¡Los árboles! ¡Los *árboles!*

La voz era casi desesperada, y los jadeos y gritos de alarma que siguieron fueron una señal inequívoca de que su regreso no había pasado desapercibido, al menos no para el Gran Cinturón Forestal. Con la capucha bien calada, se arriesgó a echar un vistazo por el toldo que lo ocultaba.

Más allá de las puertas rotas, el Gran Cinturón Forestal se mecía, no como lo hacía antes de la batalla, sino de forma más lenta, más grácil, como si bailaran al son de la primavera.

Sonrió con cariño, deseando nada más que tocarlos, calmarlos, calmarse a sí mismo. Solo unos pocos pasos más y el carro se detendría frente a la Sala de Curación. Nadie sabría que él estaba dentro.

Se retocó la capucha y entonces la mano se le congeló.

Afuera, las voces se elevaban, y se arriesgó a mirar otra vez. La gente estaba buscando, dando vueltas sobre sí misma, buscando la fuente del regocijo del bosque. Cerró los ojos y se sobresaltó cuando la cabeza de Gor'sadén apareció por el toldo.

—Lo saben.

Se quedó petrificado en el banco, aferrándolo con fuerza con ambas manos. Nunca lo lograría por su cuenta, y Gor'sadén parecía saber que él jamás admitiría tal cosa.

—Vamos.

Miró la mano tendida, vio la promesa en los ojos de su padre. Sabía que no dejaría que se cayera.

Poniéndose en pie, tomó la mano de Gor'sadén, se agachó bajo la cubierta e ignoró la punzada de agonía que aquello le provocó. Tras bajar dos escalones, las botas tocaron el suelo, con el costado latiendo al ritmo del corazón palpitante.

Se enderezó, solo para encontrarse con la población de la ciudad de pie, en silencio ante él. Detrás, el bosque danzaba su alegre bienvenida y, a los costados de Fel'annár, las manos de Hobin y Gor'sadén lo sostenían discretamente en su sitio.

~

El Círculo Interior de Ea Uaré se había reunido por primera vez desde la Guerra de los Nim'uán. Solo que esta vez, había sido Bulan quien presidía el centro de un círculo a medio llenar.

Faltaban tantos rostros entre aquellos capitanes y comandantes maltrechos.

Sin Turion. Sin Fel'annár.

Bulan intentó desesperadamente reconducir sus pensamientos mientras caminaba hacia la fortaleza, con la mirada puesta en nada en particular.

El rey Thargodén lo había nombrado Comandante General en funciones, y era un ejército totalmente destrozado el que Bulan heredaría, suyo para hacerlo resurgir de la casi aniquilación, tal como Fel'annár había hecho, con las bendiciones de Pan'assár.

Como uno de los pocos comandantes que aún podían mantenerse en pie, el trabajo para Bulan había sido incesante. Con tantos cuerpos de los que ocuparse, con tanta reconstrucción por hacer, comprendía que les llevaría años reparar el daño, al menos el tipo de daño que *podía* repararse. Y así, trabajaban a destajo, incluso Rinon, que apenas podía caminar y debería haber estado descansando la pierna destrozada y los huesos rotos, se había negado. Solo Sorei era capaz de hacerle descansar, de que no se forzara más allá de los límites que Kristain le había impuesto.

La única buena noticia había llegado de Pelagia. El enemigo carecía de líder, huyendo a través del mar entre rumores de demonios voladores y semidioses coléricos. El capitán Airen ahora era general, trabajando junto a Axata, quien ahora era comandante general. Ya habían comenzado la ardua tarea de reconstruir la flota pelágica.

Al concluir la sesión, habían aclamado a los gloriosos muertos, y sus ecos aún resonaban en los oídos de Bulan.

¡Gloria a Turion! ¡Gloria a Fel'annár!

Ira, dolor y desafío; los ojos se le habían empañado, perdiendo el control. Apretó la mandíbula y levantó la cabeza. Buscaría a lo que

quedaba de su familia: Alei, Amareth, Vasanth, Gor'sadén y La Compañía. Se consolaría con el dolor que todos compartían.

La multitud se estaba volviendo tan densa que volvió de golpe al presente, percibiendo que la gente estaba inmóvil. El paso le vaciló; buscó con la mirada qué había captado su atención. Pero lo único que alcanzaba a ver era una masa de civiles y guerreros congregándose alrededor de la Sala de Curación.

Se abrió paso y, al hacerlo, divisó un carro sencillo. Junto a él estaban Gor'sadén y Hobin. Algo se agitó en su mente. Habían ido al Bosque Perenne, seguramente lo habían hecho por Llyniel, para proporcionarle algún tipo de cierre. Pero al llegar al frente de la multitud, advirtió que no estaban solos. Entre ellos, se erguía una figura con capa.

El ruido a su alrededor se desvaneció y una sensación de absurdo lo asaltó. Aquel no era Fel'annár.

Se dio la vuelta hacia las puertas abiertas y el bosque más allá, que se mecía de lado a lado. Con los ojos bien abiertos, giró sobre sí mismo y vio cómo Gor'sadén susurraba algo; entonces, una mano pálida se alzó y echó hacia atrás la capucha que lo ocultaba.

Allí, de pie ante él, estaba su sobrino.

El silencio descendió sobre la multitud y luego, uno a uno, se arrodillaron, dejando a Bulan como el único que permanecía en pie. Fel'annár clavó la mirada en él y la mente de Bulan estalló en mil pedazos de confusión y preguntas, tantas preguntas.

—¡Santa Aria, Fel'annár! —Fue la voz de Henú justo detrás de él. Otro gritó:

—¡El Adalid ha regresado!

En cuestión de segundos, gritos y alaridos de victoria e incredulidad inundaron la ciudad y Bulan fue zarandeado de un lado a otro. Captó la mirada de Gor'sadén y vio que le hacía un gesto hacia la Sala de Curación. Asintió con la cabeza y observó desde lejos cómo Fel'annár era prácticamente arrastrado de allí.

No le había pasado inadvertido el tono grisáceo de la piel, las ojeras bajo los apagados ojos verdes, ni la forma en que Gor'sadén y Hobin se mantenían tan cerca de su costado.

En cualquier momento, Llyniel se reuniría con su alma gemela. Salvo por aquellos primeros y estremecedores días tras su caída, ella había intentado decirles que estaba vivo. Pero no la habían creído; nadie salvo Ramien, y luego Gor'sadén y Hobin. Él mismo había descartado sus afirmaciones como las esperanzas sin fundamento de un alma afligida.

Tenía una disculpa que ofrecer, noticias increíbles que dar y un sobrino que era como un hijo al que abrazar.

Alzó la vista hacia el último piso de la fortaleza. Cuánto tardaría en propagarse la noticia, en llegar hasta el mismísimo rey. Miró a la muchedumbre y supo que pasaría un tiempo antes de que pudiera acercarse siquiera a Fel'annár.

Se alejó hacia la fortaleza, subió las escaleras hasta el último piso con el corazón martilleándole en el pecho y una sonrisa de victoria extendiéndose lentamente por el rostro. Las lágrimas estaban a punto de brotar, lágrimas que derramaría más tarde, en la intimidad de sus aposentos.

Llyniel se movía de cama en cama, de jergón en jergón, comprobando el estado de los guerreros, rodeada por un grupo de sanadores novatos. Kristain y Sontúr la observaban desde lejos mientras hablaba con los heridos y daba explicaciones a sus alumnos, y Maeneth observaba desde más atrás.

Todo el mundo ayudaba en estos tiempos de entumecimiento. Pronto se pasaría y la cruda realidad de lo que habían perdido los abrumaría si lo permitían. Y lo más probable era que Thargodén fuera incapaz de rescatarlos de la desesperación, pues él ya se había hundido en la suya propia. Trabajaba incansablemente, pero cualquiera que lo conociera bien sabía que el corazón no estaba en ello, que no deseaba nada sino la paz del olvido.

Sontúr asintió a Kristain y estaba a punto de volverse hacia su siguiente paciente cuando algo lo detuvo. Se giró hacia las puertas principales, pues había cierto alboroto. Caminó a zancadas por el

pasillo y salió. Cuando regresó, el rostro había pasado de una calma triste a una perplejidad absoluta.

—Llyniel.

—Dime.

—Ha llegado un nuevo paciente. —Las palabras brotaron de unos labios entumecidos; el cerebro no terminaba de asimilar lo que los ojos le decían.

—¿Puedes encargarte tú? Estoy ocupada.

—No. Este paciente… es *tuyo*.

Ella miró a Sontúr, frunció el ceño y luego se volvió hacia las lejanas puertas.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—Ve. Tienes que verlo por ti misma.

Ella sostuvo la mirada, seguramente preguntándose por qué su amigo sonaba tan perdido. Con un encogimiento de hombros mental, se dirigió a la entrada.

El sol brillante la golpeó en la cara y entornó los ojos. Ante ella, se alzaba una figura en sombras.

Algo se agitó en su interior; podía sentir el alma cobrando vida. Le robó el aliento, le inundó los ojos y buscó la sombra con una mano, a través de la luz que casi la cegaba.

Todos los días de terrible dolor y, después, de resignación silenciosa. Todas las horas de lágrimas, de dudas, de temor a que hubiera muerto, de la menguante esperanza de que no fuera así. Ya no podía controlar las emociones y, cuando Fel'annár dio un paso hacia ella y Llyniel vio aquel rostro, el rostro que la había cautivado, sentenciado, bendecido y marcado de por vida, soltó un jadeo. Se acercó más, reparando solo ahora en las sombras de Gor'sadén y Hobin.

Fel'annár estaba ante ella y, sin embargo, no era él.

Debía desesperadamente sentir su calor entre los brazos. Pero, de algún modo, sabía que debía tener cuidado. Miró a Hobin y luego a Gor'sadén, con preguntas rogando por ser liberadas, pero los ojos del Ber'anor le indicaron que no era el momento, que quizá nunca lo sería.

Estaba lo bastante cerca para tocarlo, con los ojos brillantes escudriñando la pesada opacidad de los de él. Aquel no era el Fel'annár del que se había despedido antes de la guerra. Aquel no era el elfo que había soñado con su futuro compartido, el que había jurado encontrarla si llegaba a caer.

Y, sin embargo, *era* su silueta. Era lo que quedaba de él, la parte de él que había sobrevivido.

Le tomó la cabeza entre las manos.

—¿Qué te ha pasado, guerrero? —Fue un susurro suave, reconfortante. Era la voz de una sanadora, el corazón de un alma gemela, de una mujer que lo había perdido y, sin embargo, aquí estaba él, la otra mitad de sí misma, cambiado de una forma que ella no alcanzaba a comprender.

—Sanadora. —Él levantó la cabeza y los ojos distantes la miraron directamente por primera vez. Ella los observó con fascinación, vio el momento en que se centraban en ella, en que la veían. —He vuelto por ti, por nuestro Talan en los árboles, por el sueño que soñamos.

Llyniel ignoró la fragilidad de la voz, la vulnerabilidad que veía en los ojos. Sonrió.

—Hasta que llegue otra batalla.

—Nos esperan tiempos de paz a ti y a mí. Eso, al menos, nos lo hemos ganado.

—Sí, nos lo hemos ganado. —Ella se inclinó hacia delante, besó los labios secos con suavidad y luego abrazó a Fel'annár como si estuviera hecho de paja, como si fuera a desmoronarse si lo estrechaba contra sí. Cerró con fuerza los brillantes ojos ambarinos; aquel tierno abrazo no era suficiente para el alma hambrienta, pero él se sentía roto, apenas podía mantenerse en pie. Debía llevárselo de allí, ponerlo a salvo dentro de la Sala de Curación, devolverle la gloria de lo que una vez fue.

Entre los vítores de la gente que ya no estaba arrodillada sino en pie, con los brazos en alto, gritando y clamando, los dos comandantes volvieron al lado de Fel'annár y lo condujeron al interior de la Sala de Curación.

Sabían que pasaría mucho tiempo antes de que abandonara aquel lugar.

~

—¿Qué demonios está pasando ahí fuera? —Ramien se alejó del sillón de Idernon mientras Carodel observaba cómo abría la puerta y asomaba la cabeza. Cuando volvió a entrar, un ceño profundo le surcaba el rostro. Pero no dijo nada, no pudo. Además, los gritos de los pasillos más allá de su puerta les decían todo lo que necesitaban saber.

Carodel se puso en pie, mientras Idernon luchaba por levantarse.

—¡Tú no! —dijo Ramien, lanzándose hacia el sillón.

—¡Detenme si te *atreves*! —gruñó Idernon casi para sí. —¿Dónde *demonios* están mis botas?

Carodel se las pasó a Ramien, que ayudó a Idernon a ponérselas.

—No puedes caminar por tu propio pie.

—¡Pues llévame a cuestas!

—Siéntate, idiota —gruñó Carodel.

—No.

—¡Estás más blanco que una trucha en escabeche!

—Me importa una mierda de *Desviado*. ¡Quítame las manos de encima!

El fuego parecía brotar de los ojos de Idernon mientras Ramien intentaba, sin éxito, obligarlo a sentarse.

Kristain entró precipitadamente, sin aliento y jadeando.

—Está aquí. ¡Ha *vuelto*!

El sonido de pies moviéndose apresuradamente fue su única respuesta, y Ramien y Carodel arrastraron a Idernon hacia la puerta. Pero no llegaron más allá del comienzo del pasillo principal.

Ya podían ver las túnicas negras de los Lestari, los cabellos rubio pálido de Gor'sadén y las trenzas negro azulado del pelo de Hobin. Aunque la cuarta figura llevaba capa y capucha, Idernon supo quién era.

Las rodillas le cedieron y Carodel emitió un gruñido ante el repentino peso extra. A Idernon no le importó que lo estuvieran sosteniendo. Le habían dicho que Fel'annár había muerto. Él mismo había visto a su amigo luchando contra los Nim'uán en el mismo

borde de la meseta. ¿Cómo había sobrevivido? ¿Por qué le habían dicho que había *muerto*? Dirigió unos ojos inquisidores a Ramien y a Sontúr mientras este se unía a ellos.

—Le vimos caer. La meseta se disolvió cuando el guiverno se encabritó y escupió su fuego. Le vimos *caer*, Idernon.

Idernon volvió a mirar a la figura encapuchada, observando cómo caminaba hacia ellos, con Gor'sadén y Hobin pegados a su lado mientras Llyniel caminaba delante.

Una mano pálida y temblorosa se extendió para tocar la parte delantera de la sencilla túnica de Idernon, el tipo de prenda que vestían los pacientes en la Sala de Curación de Llyniel.

—Cuando te vi ahí tendido, pensé que estabas muerto —dijo Fel'annár con labios entumecidos.

Los ojos brillantes de Idernon recorrieron el rostro de su amigo, las extrañas ropas que vestía, el pelo sin brillo y la palidez de la piel.

—Y nosotros pensamos que *tú* estabas muerto —dijo Carodel al lado del Guerrero Sabio, con voz desesperada.

—Sobreviviste, pero… Galdith y Tensári se han ido.

—Por fin camina con Dena y Fenu. Y Lainon seguramente estará con Tensári en este mismo instante.

Fel'annár miró fijamente a Sontúr con ojos demasiado débiles para contener el pesar. Or'Talán le había hablado de La Compañía, pero debía verlos por sí mismo. Ahora se estaba desmoronando; debía alejarse. Miró a Llyniel, esperando que ella pudiera ver su súplica.

—¿Cómo, Fel'annár? ¿Cómo puede alguien sobrevivir a eso?

Fel'annár se sobresaltó y clavó la mirada en Carodel.

—No lo sé.

Idernon vio el momento en que Llyniel —la Lestari— tomó el control y se llevó a Fel'annár, sabiendo que no lo soltaría hasta que estuviera lo suficientemente bien como para enfrentarse al mundo una vez más.

Idernon quiso reír, pero en su lugar, lloró.

Ramien, Carodel y Sontúr se juntaron, con Idernon en el centro. Sin palabras, se abrazaron, comprendiéndose como nadie más podía hacerlo.

Mil preguntas. Otras tantas sospechas. Los recuerdos de la hermandad, de los que habían caído y de aquel que, milagrosamente, había regresado.

Esperarían, aguardarían su momento, interrogarían a Gor'sadén y a Hobin y, cuando no quedara nada más que averiguar de ellos, mirarían a Llyniel, aguardando el momento en que ella devolviera a Fel'annár a sus manos.

Y entonces tendrían sus respuestas.

Dentro de los aposentos de la Lestari, Fel'annár estaba sentado en la cama, mientras ella, Gor'sadén y Hobin hablaban en voz baja.

Alguien había vuelto a golpear la puerta y Gor'sadén la miró frustrado.

—Esto va a ser difícil… mantenerlos alejados antes de que hayan tenido tiempo de verlo por sí mismos.

—Pero no imposible. Podrías disponer una guardia.

—No me atrevo a pedírselo a Bulan. Se les necesita en otra parte.

—Entonces vigílala tú por él, Gor'sadén. No quiere preguntas, no necesita ver su asombro y su curiosidad. Necesito saber qué pasó para poder ayudarle, pero algo me dice que no quiere enfrentarse a ello. Algo me dice que está más confundido de lo que es capaz de asimilar. Necesita silencio y una sanadora que no haga esas preguntas.

—Su padre, su madre y su tío…

—Solo necesito unas horas, Gor'sadén. Una vez sepa qué quiere él, sin la presión de los sentimientos de los demás, entonces lo permitiré.

—Está bien. ¿Qué quieres que hagamos?

—Necesitará comida, nada pesado. Solo vosotros dos, tú y Hobin. Una vez que esté instalado, hablaré con su familia, con La Compañía.

Gor'sadén asintió y luego tomó a Llyniel por los brazos.

—Sea lo que sea lo que le haya pasado, apenas tiene recuerdos y, sin embargo, algo ha tocado su alma. Lo que sea que no recuerda lo ha cambiado fundamentalmente. No desea mirarse a sí mismo, como si ver sus heridas fuera a recordarle lo que sea que no desea recordar.

Llyniel se acercó y abrazó estrechamente a Gor'sadén.

—¿Cómo podré agradecerte alguna vez que lo hayas traído de vuelta, que lo comprendas tan bien?

—Él y yo hemos arrostrado muchas cosas, no todas en el campo de batalla. Él es mi hijo y eso te convierte a ti en mi hija. Haz que me sienta orgulloso una vez más. Tráenoslo de vuelta, Llyniel… una vez más.

Ella se apartó de Gor'sadén y se volvió hacia donde Fel'annár había estado sentado en la cama. Solo que ahora se había tumbado y se había quedado dormido. Quiso sonreír, pero no pudo, y se volvió hacia el comandante supremo.

—Y gracias, Hobin. Por fuera pareces frío y severo, impasible ante las tragedias de este mundo. Sin embargo, son esas mismas tragedias las que te vuelven silencioso y gélido. Ahora te veo a *ti*, tal como eres en realidad.

Hobin arqueó una ceja, frunció los labios y luego puso una mano en el hombro de Gor'sadén.

—Ven. Hablemos con los demás, digámosles tanto como podamos.

Llyniel los vio marchar, escuchó su charla, que no era más que un ensayo de lo que estaba por venir al otro lado de aquella puerta. Se ponían de acuerdo en qué decir y, quizás lo más importante, qué *no* dirían. Sabía que ocurrían muchas más cosas de las que dejaban traslucir.

Echó el cerrojo a la puerta, se volvió hacia la cama y comenzó su trabajo.

CAPÍTULO 33

Tráeme a la Vida

El Comandante General Bulan cruzaba a grandes zancadas el vestíbulo del palacio fortaleza; tras él, toda la familia real partidaria de Or'Talán. No tenía libertad para expresar su ira, no allí, en público.

—Lo he visto con mis propios ojos, Handir, al igual que gran parte de la población.

—No puedes hablar en serio.

—Príncipe.

Si Bulan se hubiera dado la vuelta, Handir habría visto el labio fruncido y la mandíbula apretada. Solo quería regresar a la Sala de Curación, ver de nuevo a Fel'annár porque, en realidad, debía confirmar lo que había visto. Lo que *creía* haber visto, pues con cada pregunta que Handir le lanzaba, su propia duda crecía.

—¿Hablaste con él? —preguntó Thargodén.

—No.

El rey y Handir compartieron una mirada exasperada, mientras más atrás, Maeneth y Sorei intentaban por todos los medios evitar que Rinon se desplomara, con el bastón golpeando erráticamente contra el suelo.

Pero si la familia real se mostraba escéptica, el pueblo no. Bulan escuchaba mientras pasaban junto a guerreros heridos y sus

familias. No hablaban de otra cosa sino del regreso del señor de la guerra, de cómo lo habían visto quitarse la capucha, de lo diferente que se veía, y de que *era* él, pues los árboles lo habían reconocido y se habían inclinado ante su señor.

Al final del pasillo, Bulan torció por el corredor más estrecho hacia la puerta que sabía que conducía a los aposentos de la Lestari, donde seguramente habrían llevado a Fel'annár. Encontró a Ramien de pie frente a ella.

—Quítate de en medio.

—No.

Carodel salió de la habitación de Idernon y se situó junto al Muro de Piedra, con los ojos igual de desafiantes. Gor'sadén les había encargado vigilar la puerta en su ausencia y, aunque el Guerrero Bardo aún estaba débil por sus propias heridas, no faltaría a su deber.

—Eso ha sido una orden.

—Lo sé. Pero tengo órdenes de la Lestari de no dejar entrar a nadie en esta habitación.

—¡Vengo con el *rey!*

—Ella dijo *nadie*, comandante general.

La ira de Bulan amenazaba con estallar, y Handir le puso una mano tranquilizadora en el antebrazo.

—Entonces, ¿tendrías la amabilidad de informar a la Lestari de que el rey ha venido a ver a su *hijo*?

—Por supuesto, mi príncipe.

Handir se dirigió hacia el umbral abierto que conducía al lecho de Idernon. Entró, seguido más lentamente por Bulan y Thargodén. Saludó con la cabeza al Guerrero Sabio; pensó que tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto.

—Idernon.

—Príncipe.

—Dime, y cuando respondas, mírame. ¿Es cierto? ¿Ha regresado Fel'annár?

—Llyniel tenía razón. Fel'annár está vivo. Todos hemos hablado con él y, aunque no puedo decir que esté bien, *ha* vuelto.

Handir apartó la mirada del Guerrero Sabio, cerró los ojos y los abrió lentamente, solo para encontrarse cara a cara con un Thargodén totalmente confundido.

Mientras Idernon contemplaba la nuca de Handir, le vino un recuerdo, afectuoso y reconfortante. Esperó a que Handir se volviera hacia él de nuevo.

—Una vez me hiciste una pregunta, Handir. Por aquel entonces, mi respuesta fue *no*. Ahora, con el regreso de Fel'annár, reconozco mi error.

Handir sonrió con timidez e Idernon se preguntó si recordaría.

—Me preguntaste si creía en la magia. —El pálido rostro de Idernon se suavizó, convirtiéndose en una invitación abierta para que Handir viera su asombro, su alegría ante el suceso que acababan de presenciar—. Ahora, después de todo lo que ha pasado, digo que si la magia es el mundo que no entendemos… si la magia son las cosas que aún no tienen explicación, entonces sí; sí *creo* en la magia.

Handir sonrió, asintió con lentitud y se volvió hacia su padre.

Thargodén reflejó la sonrisa de su hijo y, en los ojos, brillaba un océano de maravilla y gratitud. No descansaría hasta haber visto a Fel'annár con sus propios ojos, hasta haberse disculpado con Llyniel, hasta haber enmendado los errores cometidos contra Fel'annár, contra su pueblo, contra su padre e incluso contra sí mismo.

Una vez hecho esto, descansaría, por fin.

Sonrió al oír el sonido de alguien intentando echar abajo una puerta. Eran Bulan y Rinon, y tras ellos, unas exasperadas Sorei y Maeneth. Thargodén rió, Handir soltó una carcajada, mientras Ramien, Carodel e Idernon permanecían juntos observando.

Esta era la familia que Fel'annár siempre había buscado, la que una vez pensó que ni siquiera existía. Pero existían, estaban allí, y se preocupaban tanto como los miembros de La Compañía.

Llyniel estaba sentada vestida de lino blanco, con el cabello aún húmedo y las manos todavía trémulas.

Se había bañado mientras Fel'annár dormía y, mientras estaba allí sumergida en el agua tibia, reflexionó sobre la cuestión de la vida y la muerte.

Su comprensión de la misma se había visto desafiada. La mente lógica le decía que estaba vivo porque estaba allí, respirando y respondiendo en su mayor parte. Pero la mente racional dudaba. La mente racional sabía que aquel golpe en el costado, en el hígado, no era una herida de la que nadie pudiera escapar. *Había* sido un golpe mortal. Aquel debió de ser el momento en que ella dejó de sentirlo. Cuando recibió aquel golpe, ella lo dio por muerto, y ver la marca no fue sino la confirmación que no había querido ver.

Y, sin embargo, respiraba, y la herida estaba sanando.

Todo aquello iba en contra de cuanto sabía como curandera. Tenía una pierna rota y la otra había sido atravesada. No habría podido caminar, ni por asomo, y sin embargo se había adentrado en lo profundo del Bosque Perenne. Llyniel no era tonta; sabía que no lo había hecho solo.

Alguien lo había ayudado.

Se volvió hacia la cama y observó a Fel'annár dormir. Debería sentirse feliz, eufórica de esperanza por su futuro juntos. Y, sin embargo, los ojos se le llenaron de lágrimas calientes. Él se sentía tan perdido, tan confundido, ¿pero por qué?

Una densa pesadumbre la asaltó, una lástima demoledora por lo que él había sido una vez, por el trauma que había sufrido. Podía sentirlo, algo que estaba fuera de su alcance, algo que lo atormentaba, que intentaba apartar y que, sin embargo, debía enfrentar y comprender.

Gor'sadén le había contado que Fel'annár casi siempre rechazaba su ayuda, que parecía al borde del pánico ante la mera idea de ver lo que el cuerpo había soportado.

Alargó la mano hacia la taza, se la llevó a los labios y bebió. Quizá pensaba que verlo desencadenaría la parte de su calvario que no lograba recordar, que no deseaba recordar. Debía ser cuidadosa,

porque algo le decía que la herida de la mente era más profunda que el daño físico.

Algunas cosas eran mejor dejarlas sin respuesta. Algunos sucesos estaban destinados al olvido y quizá Fel'annár sería más feliz así. Era todo lo que ella deseaba para él. Solo el tiempo podría atemperar esas dudas, y tal vez cuando estuviera más fuerte, ya no tendrían importancia.

Desde que Gor'sadén y Hobin habían entregado a Fel'annár en la Sala de Curación aquella mañana, Llyniel había pasado más tiempo rechazando visitantes que haciendo su trabajo. Eso la había frustrado hasta el punto de la ira. Ahora lo lamentaba.

En poco tiempo, atendería la llamada del rey, concertaría un momento y lugar aparte para responder a sus preguntas lo mejor que pudiera. Permitiría que la familia inmediata de Fel'annár lo visitara brevemente cuando estuviera despierto, con la condición de que no le hicieran preguntas. Sabía que lo entenderían una vez que lo vieran. Gor'sadén y Hobin ya lo hacían.

La mente de Fel'annár no estaba lista. Solo *él* podía marcar el momento en que las preguntas pudieran ser respondidas.

Pero Llyniel no podía evitar preguntarse si ese momento llegaría *alguna* vez.

Las campanas sobre cada gremio repicaron por toda la ciudad marcada por la batalla.

No era un canto de pesadumbre sino un coro de júbilo, aunque contenido por las preguntas que aún aguardaban respuesta. El señor de la guerra *no* había muerto y, aunque nadie sabía qué había ocurrido o las repercusiones de su caída desde la meseta, celebraron su regreso de la única manera que podían.

Reuniones espontáneas se convirtieron en debates callejeros a la luz de las velas. ¿Cómo era posible, acaso La Compañía no había visto caer a Fel'annár donde el poderoso guiverno se había alzado? ¿No habían cesado los bosques su danza de ira y protección? Pero a

pesar de las dudas, la alegría yacía justo bajo la superficie de sus mentes conmocionadas y confundidas.

Thargodén no era una excepción.

El rey se hallaba en sus aposentos medio en ruinas junto con Bulan y Vorn'asté. Amareth había estado esperando afuera junto con Vasanth, conmocionada y llena de preguntas, al igual que el resto.

Poco después, Handir y Gor'sadén habían llegado de la Sala de Curación junto con Maeneth, Sontúr, Sorei y un quejumbroso y cojeante Rinon. Vorn'asté había enarcado una ceja al ver a Sorei; no se le había pasado por alto la mano protectora que rozaba la cintura del príncipe.

Quedaban pocas sillas tras el temblor de tierra y la llegada del guiverno, pero se había encendido el fuego para compensar el frío de la tarde. Los cristales se habían hecho añicos, dejando media estancia expuesta a la devastada meseta que se extendía más allá. Aun así, había refugio suficiente para que las velas ardieran, prestando al lugar un resplandor cálido y sumiendo los recordatorios de la guerra en una suave penumbra.

Sobre la mesa de banquetes del rey, ahora sin adornos, había platos con comida sencilla. Cuñas de queso, frutas enteras, carne y pescado secos. A un lado reposaban botellas de vino, pero no había decantadores ni cristalería fina. Todo se había destruido con los temblores.

Gor'sadén observó cómo Handir abría las botellas, servía el vino y luego entregaba las copas a los invitados del rey. Le llamó la atención que a todos les costaba entender lo ocurrido, concentrarse en el aquí y el ahora. Se movían mecánicamente, con un aire de extrañeza y misterio, de compasión por el duelo que habían sentido ante el fallecimiento de Fel'annár y la posterior imposibilidad de su regreso.

Estaban ansiosos, impacientes, pues Llyniel llegaba tarde.

—Bien, pues —dijo el rey, casi para sí mismo. No había intentado captar su atención, pero lo oyeron de todos modos. Era un testimonio de con cuánta atención lo observaban, preguntándose qué diría y cómo reaccionaría.

—Todavía recuerdo este lugar la mañana de la victoria. Cristales rotos y madera astillada, recuerdos del pasado quebrados, algunos dañados sin posibilidad de reparación. El pobre Galdith yacía allí, esperando a que le dieran sepultura. Y los jardines que cultivé durante tantas décadas… Me pregunto si alguna vez volverá a crecer algo aquí.

Maeneth dio un paso hacia su padre.

—Crecerá. Dadas las condiciones adecuadas, estos restos calcinados serán un paraíso silvano, mejor de lo que fueron nunca. Déjame hacer al menos eso por ti.

Thargodén se volvió hacia ella, sonrió con tristeza y asintió. Gor'sadén no sabía si era que no la creía o si simplemente no le importaba en aquel momento. El rey era un elfo derrotado por su propia rendición. Cuando se informó de la muerte de Fel'annár, había perdido aquellos últimos y desafiantes asideros a la esperanza que la victoria en el norte le había brindado. Uno tras otro, esos frágiles hilos que lo unían a la vida se habían deshilachado y prácticamente roto. Aunque Fel'annár había regresado, parecía que la noticia no se había asimilado, que no había permitido que reavivara la esperanza.

—Capitana Sorei. Me sorprende veros aquí y no en los barracones.

Sorei se mantuvo distante, sin siquiera parpadear ante una pregunta tan directa de su rey.

—Vengo precisamente de allí, señor. He visitado a nuestros heridos y he elaborado una lista detallada de nombres y lesiones. El teniente Pengon está ayudando en la Sala de Curación, por supuesto, junto con el príncipe Sontúr.

—Sabes a qué me refiero, Sorei. No quiero un informe. Quiero una *respuesta*. —Las palabras de Vorn'asté sonaron duras, pero había una suave sonrisa en el rostro. Los labios de Sorei esbozaron una mueca.

—Estoy aquí porque el príncipe Rinon me lo pidió, y porque acepté de buen grado.

Los ojos de Vorn'asté se dirigieron al príncipe heredero, sosteniendo la mirada gélida con la suya propia, que rebosaba

sabiduría y comprensión. El rey visitante alzó la taza de vino hacia ambos y bebió.

—Entonces asumo que tendremos una charla muy pronto.

Se volvió hacia Sontúr, mirándolo expectante, pero su hijo no hizo más que buscar la mano de Maeneth. Se libró de hablar de su relación con Maeneth en un entorno tan público gracias a la llegada de Llyniel y Hobin.

La vieron caminar hasta el centro de la habitación, notando la palidez del cutis y las ojeras bajo los ojos.

—Lamento haberos hecho esperar. Tenía prioridades.

—Necesitas descansar, hija. Pero primero, dinos que sobrevivirá a esto.

Llyniel se volvió hacia el rey y asintió.

—Lo hará. Con el tiempo. Sus heridas eran extensas, mortales para la mayoría de los elfos. Pasarán muchas semanas antes de que pueda recuperar algo parecido a una vida normal.

Llyniel esperaba verse acosada por mil preguntas. Sin embargo, se limitaron a quedarse allí observándola. Prosiguió, sabiendo que no les gustaría lo que iba a decir.

—También hay otras heridas. Está confundido, la memoria es fragmentaria y confusa. Debe recordar según sus propios términos y, como Lestari, os pido a todos que seáis conscientes de esto. No le obliguéis a recordar.

Buscó en los amplios bolsillos y sacó un trozo de papel.

—He elaborado un turno. Debéis poneros de acuerdo para organizar vuestras visitas a Fel'annár. Permitiré tres por día, a excepción de La Compañía y los señores Gor'sadén, Hobin y Bulan. Todos los demás deben ceñirse a esto.

—¿*Deben*? —Amareth dio un paso al frente—. Soy su madre. No te atreverías a prohibirme su presencia.

—No te la prohíbo. Simplemente pido que limites tus visitas. En cuanto esté convencida de que el estado mental es lo bastante fuerte, levantaré estas condiciones. Amareth —dio un paso hacia la airada silvana—, soy su curandera. Sé lo que él necesita ahora. Necesita a su familia, pero hay algo que necesita más. Paz, quietud y serenidad. ¿Confías en mí?

Amareth respiró profundamente.

—Confío en ti. Pero no será fácil, Llyniel. Pensé que lo había perdido, todos lo pensamos. Lloramos su muerte y ahora que ha vuelto, apenas se nos permite verlo.

—Lo entiendo, del mismo modo que entiendo que su bienestar es más importante que tu necesidad de verlo.

Amareth bajó la cabeza y no dijo nada; observó cómo Bulan le arrebataba el turno de visitas de las manos y lo miraba. Lanzó una mirada a Llyniel y luego se lo entregó a Handir, que estaba a su lado.

—¿Por qué no recuerda?

—No lo sé, capitán. Pero quizá los señores Gor'sadén y Hobin puedan arrojar algo de luz al respecto. —Se volvió hacia ellos con expectación.

—¿Estaba solo cuando lo encontrasteis? —preguntó Bulan.

A Gor'sadén lo pilló desprevenido la pregunta. Había intentado evitar esa parte de la historia para no tener que mentir.

—No.

El silencio se apoderó de la estancia; ojos expectantes le suplicaban que contara quién había estado allí con él, qué habían dicho. No podía negarles una respuesta, pero tampoco podía decir toda la verdad.

—Se marchó antes de que llegáramos, pero vimos una figura encapuchada desde lejos. Fel'annár solo dijo que era un amigo.

—¿Desde cuándo está *habitado* el Bosque Perenne? —preguntó Rinon.

—¿Desde cuándo surge un *guiverno* de él? —preguntó Maeneth —. Está claro que hay misterios por resolver, cosas que nuestro abuelo pudo incluso haber conocido y querido proteger. O tal vez quería protegernos a *nosotros*.

Los ojos de Gor'sadén se detuvieron en la princesa; admiraba la mente ágil y rezaba para que no preguntara nada más. Los ojos se cruzaron con los de ella y se preguntó si ella podría ver su súplica de silencio.

—Tal vez fuera Lainon quien ayudó a Fel'annár.

—¿Entonces por qué no lo diría Fel'annár sin más? —preguntó Handir—. No. Quienquiera que fuese, no era Lainon.

—Estas son precisamente las preguntas que no debéis hacer a Fel'annár, todavía no. Dejadle recordar. Dejad que venga a nosotros. Él sabe que tenemos preguntas. Las abordará cuando sea el momento adecuado.

Thargodén se dio la vuelta y habló por encima del hombro.

—¿Qué hay de mi pueblo, Bulan?

—Debaten. Están llenos de una especie de alegría silenciosa. Es algo tentativo, como si no se atrevieran a creer la verdad. Debían verle para creer y, sin embargo, quieren gritarlo a los mismos cielos. Veo su necesidad de aclamar su regreso, tan claramente como veo su necesidad de que se les diga que todo ha terminado; que tal vez haya un final feliz para este último año, para la culminación de décadas de traición y guerra. Necesitan a su rey ahora, señor, para que les diga que es hora de sanar, de reconstruir esta ciudad una vez más.

Thargodén miró fijamente a su viejo amigo, hermano del alma gemela. Y luego miró a Rinon. Vaciló, pues en los ojos de su hijo brillaba una nueva luz.

—Y le tendrán. —Habló a Bulan, pero los ojos no se apartaron de Rinon—. Le tendrán, fuerte y decidido.

Gor'sadén frunció el ceño y, por accidente, captó la mirada de Handir. Allí, solo un destello, pero lo había visto.

Había visto dolor en los ojos del sabio príncipe.

—Handir. Desearía hablar con la Maestra de Gremio Lerita mañana. ¿Podrías organizarlo?

—Por supuesto, mi *rey*.

Thargodén echó la cabeza hacia atrás, preguntándose si Handir sabía lo que estaba pensando.

~

A la mañana siguiente, la Maestra de Gremio Lerita se presentó ante el rey, con las manos entrelazadas frente a ella y el rostro tan

impasible como siempre lo había sido, incluso cuando Or'Talán estaba vivo y Lerita estaba siempre al lado del gran rey.

Thargodén se apartó de la vista del Bosque Perenne y observó el singular rostro de Lerita.

—Arimales, guivernos, los Shirán. ¿Qué hemos de decirle a nuestro pueblo, maestra de gremio?

—Parece que el pueblo ha sacado sus propias conclusiones. No hay necesidad de mencionar a los Shirán. A los Arimales, tal vez, si surge la necesidad. Los alados son Ber'anor y Ber'ator, regresados de la muerte al servicio de Aria. Son capaces de cambiar su forma a la de aves —aves distintas—, según parece.

—¿Y el guiverno?

—Solo podemos suponer que es uno de ellos.

—¿Es por esto que mi padre prohibió la entrada a ese lugar? ¿Para proteger el secreto de los Shirán?

—Lo más probable, sire. Supongo que pasarían desapercibidos como Shirán, de hecho, en su forma élfica son exactamente como cualquier otro Ari'atór, salvo que los ojos son azules, más brillantes de lo que puede considerarse normal. Es tal vez en el Bosque Perenne donde viven la otra mitad de sus vidas, su lado Arimal. Debemos permitirles vivir en su refugio seguro, lejos de miradas indiscretas.

—¿Y qué hay de los propios Shirán? ¿Qué dicen ellos? Lainon, o Ket'subá.

—Aún no se lo he preguntado, sire. Pero ellos no han ofrecido respuestas, ni siquiera después de lo que vimos durante la batalla.

Thargodén frunció los labios, se acercó a Lerita y admiró la calma que irradiaba. Se inclinó y habló en voz baja, a pesar de que estaban solos en la sala.

—Algunos dicen que os vieron, *vos*, bajo un poderoso yelmo, tallado como un ave de bosque. Decidme, ¿estaban equivocados?

Lerita enderezó la espalda y compuso el rostro, pero Thargodén ya había visto el apuro.

—Sois una Shirán, y me pregunto si mi padre lo sabía.

—Si lo sabía, yo nunca se lo dije. —Cerró la boca; nunca podría revelar qué había sido Or'Talán, qué seguía siendo. Pero Lerita tenía

una memoria excelente. Recordaba la visita del rey al Gremio, el interés en el cuadro sobre la chimenea.

—¿Por qué, entonces, prohibió el acceso al Bosque Perenne, me pregunto? Lo pregunto porque, ¿no fue él mismo allí, al menos una vez? Si no lo hizo, entonces es una coincidencia asombrosa que dibujara *pájaros de ojos azules*.

Lerita miró al suelo y, cuando se enfrentó al rey de nuevo, permitió que la luz de los ojos brillara. Thargodén se sobresaltó, abrió la boca para hablar, pero Lerita extendió la mano pidiendo silencio. El rey frunció el ceño y cerró la boca.

—Él lo sabía. Como rey, era algo necesario. Os lo habría dicho, con el tiempo, cuando surgiera la necesidad, aunque en este caso, pensé que podría evitarse. Veréis, ningún Shirán tiene libertad para discutir estos asuntos. No es nuestra decisión.

—¿Y por qué necesita Aria que los Shirán se mantengan en secreto?

Lerita asintió lentamente.

—Cada mundo es diferente, su geografía, su física, su evolución y su dios. —Miró directamente a Thargodén—. Bel'arán no estaba preparada para nosotros, probablemente aún no lo esté. Lo que sea que digamos a la gente, debe ser poco a poco, y solo lo estrictamente necesario.

—¿Y qué es *lo estrictamente necesario*?

—Nada, sire. Pero para *vuestro* conocimiento, a los Divinos se les da a elegir al morir. Cruzar las fronteras y entrar en el próximo mundo, vivir sus vidas junto a aquellos que se han ido antes, o continuar sirviendo a Aria, como sus agentes entre mundos. *Ellos* son los Shirán, las manos de Aria, y el Bosque Perenne es nuestro hogar. El guiverno es uno de los nuestros, protege ese hogar hasta cualquier extremo que sea necesario.

Lerita se apartó de Thargodén, pero el rey captó un destello de su sonrisa nostálgica.

—Aún recuerdo el día en que le revelé esto a vuestro padre. Hizo la promesa de no pedir nunca más de lo que se le ofreciera. Prometió proteger nuestro hogar, y nunca faltó a su promesa. ¿Haréis vos también esa promesa, mi rey?

—¿Satisfaréis una pregunta?

—Si puedo, responderé.

—¿Qué era mi padre para vos?

Lerita sonrió, un gesto tan extraño para la imperturbable maestra de gremio que sorprendió a Thargodén.

—No suelo quedarme sin palabras, Thargodén. Pero no puedo expresar el vínculo que le une a mí, y a otros. Vuestro padre siempre fue especial, desde el día en que nació hasta el día en que murió y más allá. Aria le favorece bien.

—Pero venid, mi rey. Aún no me habéis dado vuestra promesa.

Thargodén caminó hacia el muro abierto y contempló el Bosque Perenne.

—Mi padre confiaba en vos implícitamente. Yo no haré menos, os ayudaré a proteger vuestro hogar. Tenéis mi palabra, Lerita.

Ella sonrió de nuevo, hizo una profunda reverencia y, al enderezarse, pareció dudar.

—Thargodén. Fel'annár se preocupa, más de lo que sabéis. Todo lo que necesita es tiempo.

El rey asintió, queriendo creerla.

—Tiempo para sanar, Ar Or'Talán. Es hora de sanar al fin.

Fuera del palacio fortaleza, el Maestro Ket'subá y Narosén la esperaban.

—¿Y bien? —preguntó Ket'subá.

—Está hecho. Sabe lo que necesita saber, sabe lo que soy. Ha dado su promesa.

—Entonces debemos esperar a que Fel'annár haga sus propias preguntas —dijo Ket'subá.

—¿Y qué le diremos cuando lo haga?

Lerita miró a Narosén con la cabeza ladeada.

—Puede que no necesite preguntar.

Dicen que el tiempo lo cura todo, salvo la muerte.

Mientras Fel'annár recuperaba su fuerza física, las preguntas en la mente se volvieron soportables, aunque no las hubiera olvidado. Las apartaba, restándoles importancia cuando alguien sacaba el tema. Nadie insistió y, a medida que pasaban las semanas, Fel'annár volvía poco a poco a ser lo que una vez fue.

Cada mañana entrenaba con Gor'sadén, tejía el Dohai y estudiaba la compleja estructura de la Serie Final, la ceremonia para alcanzar la maestría en el Kal'hamén'Ar.

Idernon y Carodel también habían sido declarados aptos, y los cinco miembros restantes de La Compañía estaban más unidos de lo que jamás habían estado, aunque especialmente los tres miembros originales.

Bulan le había entregado a Fel'annár un brazalete de maestro de lanza, a pesar de que Harvest no había sobrevivido a la guerra. Pasaba la mayor parte del tiempo reconstruyendo el ejército junto a Eramor, Dalú, Salo, Henú y Sorei, a quien el rey Vorn'asté había dado permiso para unirse a las fuerzas de Ea Uaré. El padre de Sontúr había hablado con el hijo vinculado y la nueva hija y había llegado a un acuerdo con ellos. Pasarían la mitad del año en Ea Uaré y la otra mitad en Tar'eastór.

Vorn'asté le había susurrado a Gor'sadén, en voz baja y con buen humor, que a más de la mitad de los capitanes de Tar'eastór se les rompería el corazón. Gor'sadén había respondido con igual regocijo que seguramente habría otros tantos en Ea Uaré. Maeneth había sido muy pretendida. Con pesar, habían aceptado el aparente vínculo con el príncipe de la Madre Patria.

Los príncipes Handir y Rinon asumieron muchos de los deberes del rey, y Thargodén se contentaba con observarlos mientras se asentaba en una vida más tranquila y contemplativa después de la guerra y los extraordinarios sucesos que habían seguido. De hecho, el rey había entablado una singular amistad con la Maestra de Gremio Lerita, tal como su padre había hecho tantos años atrás.

Maeneth había vuelto a vestir los ropajes de civil y había creado planos para los aposentos del rey y los tejados del palacio fortaleza, planos que habían dejado sin aliento al pueblo silvano, pues la suya

era la idea de permitir que el bosque dominara la roca, una visión artística con raíces firmemente ancladas en la ciencia. Desde la primavera hasta finales del verano, ella misma supervisaría el proyecto, y desde el otoño hasta principios de la primavera, estudiaría otros proyectos similares durante su estancia en Tar'eastór.

Thargodén parecía disfrutar de los días de paz, viendo a sus hijos forjar sus propios futuros, pero a menudo comentaban la creciente nostalgia del rey. Mantenía cerca el diario de su padre, contemplaba el anillo en el dedo e incluso había releído sus propios diarios de su vida antes de convertirse en rey.

Una vez que Fel'annár fue dado de alta en la Sala de Curación, Amareth se marchó a Sen Garay para trabajar con Miren, mientras que Thavron viajó al sur con otros forestales, para ver por sí mismos los daños causados y cómo podrían repararse, seguramente no para su generación, sino tal vez para las venideras.

Eloran finalmente obtuvo el permiso de su madre para unirse a los reclutas en los barracones del Círculo Interior, bajo la tutela de Henú, mientras que Vasanth, ahora una guerrera, se había unido a las patrullas en la ciudad y sus alrededores, sirviendo en cualquier capacidad necesaria. Y soñaba con que, algún día, estaría lista para realizar la prueba como Discípula del Kal'hamén'Ar.

Durante aquellos días de cambio y sanación, Gor'sadén había empezado a esbozar su plan para devolver el Kal'hamén'Ar a los ejércitos de Bel'arán.

Fel'annár se tomaría descansos regulares de sus deberes como príncipe y general y viajaría a Tar'eastór, donde ayudaría a Gor'sadén a recrear la Orden del Kal'hamén'Ar. Del mismo modo, viajarían a Araria, donde estudiarían los orígenes e investigarían la naturaleza de las leyendas de los guerreros que manejaban la luz.

En uno de esos días, Gor'sadén había discutido el destino de los Ilícitos con Fel'annár, Rinon, Sorei, Bulan y Handir.

Handir había dejado claro de inmediato que le había otorgado a Macurian su perdón total y que serviría como guardia personal. El ex-Sombra había frustrado un intento de golpe de Draugolé, lo que llevó a que se permitiera a los Ilícitos luchar en la batalla contra

Gra'dón. A su vez, seguramente habían salvado la vida de Rinon. Pero más que eso, Macurian había arriesgado la vida para recuperar una lanza de fuego, lo que a su vez permitió a Maeneth y Sontúr crear las bombas. Sin ellas, la guerra se habría perdido.

Tras oír cómo los Ilícitos habían dado sus vidas para proteger a Rinon cuando cayó la torre de la puerta, el príncipe heredero estuvo de acuerdo. Sorei asintió con su propia aprobación. Ella había estado allí para sacarlo, milagrosamente vivo gracias a los sacrificios que ellos habían hecho.

Pero cuando llegó el momento de considerar sus castigos, fue el General Airen quien los sorprendió a todos.

Tras haber discutido este mismo asunto con el Comandante General Axata, había asegurado un camino a seguir para aquellos de los Ilícitos que desearan tomarlo. Luego pasó la propuesta al Príncipe Heredero Rinon.

Cincuenta años de exilio en Pelagia.

No se les permitiría servir como guerreros, pero una vez completadas las sentencias, se les permitiría regresar a Ea Uaré, como guerreros si así lo deseaban. Ya no se les llamaría Ilícitos y serían libres de realizar las pruebas para el Kah, como cualquier otro guerrero.

Era un camino de regreso al honor y al respeto, uno que todos los Ilícitos supervivientes acordaron tomar una vez que Rinon hubo aprobado el plan de Airen.

La vida volvía lentamente a la normalidad y, con la Serie Final de Fel'annár asomando en el horizonte, Thargodén hizo su propio y último movimiento.

Guardias reales salieron del palacio fortaleza de Ea Uaré con pergaminos en la mano. Los pegaron en cada puerta, en cada edificio público, en cada muro y mercado, y la gente acudió en masa a leer la declaración oficial del rey.

En el vigesimoprimer día del noveno mes, el rey declaraba una semana de festividades. El Círculo Interior giraría, recordaría a los gloriosos muertos y allanaría el camino para la futura protección del reino. El señor de la guerra lucharía por el derecho a convertirse en un Maestro Kah, el primero que los reinos élficos habían visto en un

siglo. Pero por encima de todo, Fel'annár y Llyniel serían coronados príncipe y princesa de Ea Uaré.

La gente corría de casa en casa, de barracón en barracón y de posada en posada, desde donde una vez residió Galadan hasta los lugares favoritos de Carodel, el Guerrero Bardo. Otros cabalgaron hacia Sen Garay con urgente alegría.

Eso había sido hacía dos semanas y, mientras el pueblo silvano acudía en masa a la ciudad en anticipación de los eventos, montaban sus tiendas en las llanuras, tal como habían hecho antes de la Batalla de los Hermanos, solo que esta vez no venían a exigir sus derechos. Venían a ver a Fel'annár coronado. Venían a ver al hijo de Lássira cumplir su destino como príncipe.

Era una hermosa mañana de otoño y, cuando Fel'annár bajó los brazos y se inclinó ante el nuevo día, se volvió hacia su maestro del Kah. Gor'sadén señaló la formación de rocas donde se habían sentado tantas veces últimamente, entrenando y hablando, o a veces simplemente sentados en silencio. Pero hoy era diferente. Hoy, Fel'annár tendría su primera oportunidad de convertirse en un Maestro Kah.

Era el día de la Serie Final.

Tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Gor'sadén parecía comprenderle bien.

—Eramor ha estado entrenando duro con los tambores. No pensé que fuera del tipo estudioso, pero ha investigado bien, ha entrenado a los músicos del rey en los ritmos de cada transición.

Fel'annár tomó aire profundamente, lo soltó por la boca y Gor'sadén frunció los labios.

—Estás nervioso.

El discípulo le lanzó una mirada exasperada y luego se puso en pie. Empezó a caminar de un lado a otro, sabiendo qué aspecto debía de tener, pero sin importarle mucho.

—¿Y si…?

—Temes a las luces.

Fel'annár dio media vuelta, miró fijamente a Gor'sadén; no necesitaba responder, de hecho, no había sido una pregunta.

—Me dijiste una vez que pediste fuerza, y que tomaste esa luz y la usaste para lo que necesitabas, en el momento en que la necesitabas. Tú la controlaste, Fel'annár. No temas a la luz porque tú la manejas, la moldeas, la usas para que te preste fuerza y precisión. Nada más ocurrirá si tú no lo deseas.

Fel'annár se sentó pesadamente, apoyando los codos en los muslos.

—Son los recuerdos lo que más temo. Cuando pienso en esas luces, no puedo evitar pensar en Gra'dón, en nuestra pelea y en esos momentos finales antes de… antes de que cayera, y de que viniera el guiverno.

—¿Y qué me dices de aquella vez que esas luces aparecieron por *primera* vez? Estábamos en Tar'eastór, apenas habías empezado tu entrenamiento y Pan'assár todavía estaba con nosotros. Entonces les tenías miedo, pero por razones distintas. Les tenías miedo porque no las entendías. Has usado esas luces en tu beneficio muchas veces. La prueba para el Kal'hamén'Ar no será diferente. Todo lo que debes hacer es aprender a desvincularlas de tu caída. La luz estaba contigo mucho antes de aquel momento, Fel'annár.

Fel'annár asintió lentamente.

—Lo sé. Y no quiero que pienses que mi vida sigue condicionada por mi caída. No es así. Solo desearía poder responder a cada pregunta, para poder dejarlo todo atrás de verdad.

—Siempre recordarás, Fel'annár. La cuestión es *cómo* recordarás. Aceptas que hay cosas que no puedes saber y mantienes la promesa que hiciste de no hablar nunca de lo que ocurrió en el Bosque Perenne, ni siquiera conmigo. Y sé que te atormenta la *otra* promesa, esa que no puedes recordar.

Gor'sadén observó al hijo con atención, vio el leve rictus en la frente, supo que esa era la raíz del persistente malestar.

—No hay nada que puedas hacer al respecto. No puedes recordar el contenido de esa promesa, y tal vez nunca lo hagas. Las luces están bajo tu control, pero esto no está en tus manos. Disfruta

del día, Fel'annár. Incluso si fracasas, será un espectáculo glorioso. Pero la mente debe estar en el Kal'hamén'Ar, no en las cosas que no puedes controlar.

—Lo sé. Y para eso, me has entrenado bien.

—Sí, vaya si lo he hecho. Hoy comienza el futuro, uno en el que podremos disfrutar de los frutos de nuestros esfuerzos, al fin. Debemos saborearlo por el tiempo que se nos ha concedido.

Fel'annár volvió a sentarse, echó un vistazo al Bosque Perenne a sus espaldas y luego a Gor'sadén.

—Apuesto a que Eramor es un flan tembloroso. Lo vi después de su ensayo con los músicos.

—Hablé con él, sí. Ha estado trabajando con los otros discípulos en sus partes de la prueba; está inquieto por los detalles. Teme que le des una patada demasiado fuerte y los hagas caer. Me reí, por supuesto, porque eso hará que el espectáculo sea más emocionante para tu rey y su corte. No será perjudicial para su entrenamiento ni para su estatus.

Gor'sadén lucía una sonrisa afectuosa, mientras que la de Fel'annár se volvió claramente maliciosa.

—Entonces debo asegurarme de derribarlos.

Un silencio cómodo cayó sobre ambos, hasta que Gor'sadén lo rompió con voz suave y queda.

—Es bueno tenerte de vuelta, hijo mío. Es bueno ver esa sonrisa genuina, ver que el entusiasmo por la vida no se ha mitigado, que tú también puedes encontrar placer en vivir, porque ¿no es por eso por lo que luchamos? ¿Por estos días de paz y risas? ¿No es esto lo que queríamos cuando nos convertimos en guerreros? ¿Cuando elegimos el camino del servicio? Ahora lo tenemos y debemos saborear cada momento. Eso también es nuestro deber.

Fel'annár sostuvo la mirada de su padre y sonrió, y a Gor'sadén le impactó la serena sabiduría que vio en ella. Le recordó poderosamente a Or'Talán y no pudo evitar alzar los ojos hacia el Bosque Perenne tras Fel'annár. Casi se sobresaltó cuando este habló.

—Hay algo que debo hacer, algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—La bolsa.

—Sí. Es hora de liberarme de ella, lanzarla a este mundo y esperar que produzca los efectos para los que fue creada.

—¿Lo que tu amigo Shirán quería?

Fel'annár enarcó una ceja, pero respondió.

—Sí. Y no le fallaré.

Gor'sadén se levantó, recorrió la corta distancia que los separaba y esperó a que el discípulo se pusiera en pie.

—No, no lo harás. Y yo tampoco. Haz lo que debas, libérate de esa carga y luego busca la soledad hasta que llegue el momento de prepararse.

Fel'annár hizo una reverencia formal a su Maestro.

Recogió sus cosas y se encaminó de vuelta a la fortaleza. Gor'sadén lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista.

Echó un último vistazo al Bosque Perenne con una suave sonrisa que agraciaba el semblante apacible.

—Veamos qué podemos hacer con este nieto tuyo, ¿te parece?

Era casi mediodía. Llyniel estaba en la Sala de Curación, y él debería estar sentado en soledad, preparando la mente para la Serie Final. Pero lo que tenía que hacer no podía esperar más. Su padre tenía preguntas y Fel'annár ya no quería evitarlas. No había pasado un día sin que recordara la bolsa que Or'Talán le había entregado. Era hora de darle a su padre el cierre que merecía. Era hora de ponerse a prueba. ¿Había aceptado de verdad todo lo que le había sucedido en estos últimos meses?

Durante la recuperación, Fel'annár había aprendido a apoyarse en La Compañía, en Gor'sadén, Hobin y Bulan y, por primera vez en su vida, en su familia. Esa dependencia no le había provocado sentimientos de insuficiencia. En cambio, lo había llevado a una comprensión más fuerte y profunda de sí mismo, de ellos, de sus necesidades y deseos.

Thargodén anhelaba una relación más cercana con él, algo con lo que Fel'annár no se había sentido cómodo hasta ahora.

Recordaba mucho de su tiempo en el Refugio. Recordaba el rostro de Or'Talán, la intensidad de los ojos azules de Shirán cuando hablaba de su hijo. Y recordaba esa misma profundidad de sentimiento en los ojos de su padre, mirándolo cuando Fel'annár había estado postrado en cama, frágil e incapaz de hablar.

Era su momento de demostrar que le importaba, que amaba. Quería dar un cierre a su padre; debería haberlo hecho antes, pero responder a las preguntas de su padre significaría revivir aquellos días de extrañeza y cambio profundo. Solo ahora se sentía lo bastante fuerte para soportar el peso de lo que sabía y de lo que no, lo bastante sabio para responder a sus preguntas y evitar aquellas que no podía contestar.

Aún vestido con una túnica y calzas sencillas, Fel'annár cogió la bolsa y se dirigió a los aposentos del rey.

Thargodén no esperaba que viniera, no esperaba ver a nadie, pues estaba sentado en soledad, con el cabello rubio todavía húmedo por el baño.

—Deberías estar descansando. El día será largo y agotador, uno que espero que puedas llegar a disfrutar. Es hora de celebrar lo que hemos logrado, de marcar el comienzo de una nueva era de paz.

Pero no había alegría en la voz de su padre, solo un sereno sentido del deber. Alargó la mano y cogió la copa que su padre le ofrecía. Bebió un sorbo del excelente vino y sintió los primeros brotes de culpa por no haber acudido antes.

—¿Y tú? ¿Encontrarás la alegría?

Thargodén apartó la mirada de la copa y miró a Fel'annár.

—Me dará alegría ver a mis hijos, ver asegurado el futuro de esta tierra.

Fel'annár ya sabía que lo único que realmente podría hacer feliz a su padre era el regreso del alma gemela. Pero Or'Talán ya había dicho que ella todavía no se había encontrado a sí misma. ¿Podría él sentir eso?

—Hay cosas que te he ocultado, cosas que debería haberte contado antes, pero hacerlo era abrir la puerta a preguntas que no puedo responder, a recuerdos que preferiría dejar en el pasado.

—¿Hablas de tu tiempo en el Bosque Perenne?

—Sí. Me… encontré con algo, algo que es… para ti.

Thargodén frunció el ceño. Descruzó las piernas y se inclinó en la silla.

—Estabas gravemente herido, apenas podías caminar cuando Gor'sadén y Hobin te encontraron. ¿Cómo te *encontraste* con algo?

Fel'annár sostuvo la mirada de su padre.

—Te lo he dicho. No puedo responder a tus preguntas. De hecho, pasé semanas pensando en cómo podría decírtelo sin mentirte. Al final, me pareció que lo mejor era decirte la verdad, tanta como pueda.

—Has hablado con Lerita.

No era una pregunta, y Fel'annár no iba a mentir a su rey, no cuando este ya sabía lo que era el Bosque Perenne, aunque no supiera qué albergaba.

Observó al rey, vio la vulnerabilidad, el recelo, el momento en que su padre borró implacablemente esas emociones no deseadas.

—Cuéntamelo entonces.

Casi parecía enfadado. Fel'annár bebió, vio a Or'Talán en la mente, aquella mirada intensa, el lento asentimiento alentador. Cogió la bolsa de tela y la sostuvo frente a él.

—He encontrado esto.

Thargodén alargó la mano y la tomó; la esmeralda del dedo centelleó en la penumbra. Fel'annár la miró, preguntándose por su significado, por cómo reaccionaría su padre al ver la otra mitad.

—Debería irme.

—Quédate.

Fel'annár se quedó helado a mitad de un movimiento, luego volvió a sentarse y observó cómo su padre abría la bolsa y metía la mano. Debía irse, quería quedarse.

Thargodén sacó el diario de Lássira, recorriendo la portada con los ojos. Le dio la vuelta entre las manos, acarició el cuero rugoso y luego abrió la tapa.

Lássira Ara Zéndar Ar'Alei

No jadeó ni gritó. No hizo la pregunta que parecía saber que Fel'annár no respondería y, en su lugar, pasó la página lentamente. Fel'annár sabía lo que había allí, en esa y en cada página. Observó

las manos lentas y reverentes de su padre, oyó el roce seco del papel, supo que todo lo que su padre quería ahora era leerlo.

—Lo que me impactó es que su diario está escrito para *ti*. Te habla a *ti*, padre, dibujó para *ti*.

Thargodén pasó una página, contempló el primer dibujo y luego el segundo. El de sí mismo, mucho más joven, cuando la esperanza aún brillaba en los ojos. Lo cerró de golpe, volvió a meter la mano en la bolsa y vaciló. Cuando la sacó, se quedó mirando la esmeralda que sostenía.

Dolor, profundo y eterno; Fel'annár no quería verlo y, sin embargo, su padre había querido que lo hiciera, tal vez pensando que él aún no lo comprendía. Pero se equivocaba. Lo comprendía. Podía sentirlo, la agonía y la piedad por las cosas que podrían haber sido, por los sueños que su padre y su madre seguramente tejieron, al igual que él y Llyniel. Band'orán los había condenado a ambos a una vida de miseria y, aunque había muerto a manos de los árboles, el negro legado continuaba, incluso ahora.

Fel'annár cerró los ojos y apartó la vista, pero un destello verde lo sobresaltó y volvió a mirar, viendo cómo su padre unía las dos piezas de la piedra. La esmeralda opaca se convirtió en un sol verde y Thargodén levantó la vista hacia los ojos del hijo silvano, con las facciones congeladas por la impresión.

—Fel'annár.

Él no entendía.

—¿Sí?

—*Esto*… es Fel'annár.

Su padre se refería al anillo. Le había dado nombre al anillo, y luego Lássira le puso ese nombre a su hijo; el símbolo de su unión con su padre, con el rey.

De pronto, ya no estaba en el salón del rey, ya no estaba en el palacio fortaleza de Ea Uaré. Estaba de vuelta en el árbol, mirando a su madre.

La piel más pálida y pura que jamás hubiera visto, luminiscente como ninguna otra, enmarcada por una corona de cabello caoba. Ella lo miraba con amor incondicional, con absoluta devoción, con una clase de determinación y protección abrumadoras. Los rasgados

ojos verdes bailaban y brillaban de orgullo, hasta que una lágrima llena de amor cayó sobre él y una sonrisa triste curvó los labios. Alegría y dolor, tristeza y una piedad demoledora, la esperanza de que él viviera y prosperara. En esos ojos legendarios, las últimas palabras de una madre desesperada a su hijo pequeño.

El alma de Fel'annár se encendió.

Había vivido con esta escena en la memoria durante mucho tiempo; sabía que era el eco de su último adiós a un hijo al que no volvería a ver en este mundo.

Ella parpadeó, se volvió hacia el oeste y, por un momento, hubo confusión.

Fel'annár frunció el ceño. Esto no formaba parte de su memoria, no que él recordara.

Ella volvió a mirarlo con los ojos bien abiertos por el asombro; una nueva luz brillaba en ellos. Hablaba de esperanza. Los labios rojos y curvados se ensancharon sutilmente en una sonrisa, amplia y fuerte.

Sé fuerte, sonríe ante la adversidad. Sirve bien, mi Ari'atór. Nos volveremos a encontrar.

Él retrocedió tambaleándose, aferrándose a los brazos de la silla. Negando con la cabeza, se volvió hacia su padre y entonces jadeó.

La sonrisa en el rostro de Thargodén era tan amplia que Fel'annár habría jurado que podía ver cada uno de los dientes, y en los ojos nadaban lágrimas de alegría hasta que desbordaron y cayeron. Aquellos pómulos altos que a menudo habían parecido hundidos y grises estaban rosados y llenos, y el apagado cabello rubio parecía relucir como si estuviera bajo un sol de verano.

Se parecía al retrato del diario de su madre.

—Estás cambiando. —Fue un susurro, tan fascinado e intrigado que la voz casi le falló.

—Puedo *sentirla*. Casi puedo *tocarla*. Todos estos años preguntándome si habíamos desagradado a los dioses por atrevernos a desafiar el mandato de un rey. Todos esos días de culpa, de incomprensión, de herida irreparable. Las décadas de separación, de auto-preservación, una guerra que a menudo pensé que perdería. Hoy, está ganada.

—Ha vuelto, Fel'annár. Ella ha *vuelto*.

Fel'annár apenas podía contener la propia sonrisa. ¿Le había hablado su madre desde el otro lado de la brecha? ¿O era un recuerdo lo que había visto?

Recordó a la reina Lerhal, cómo se había sentido en el momento en que ella regresó.

—Ella sabía que yo era Ari'atór… lo sabía.

Thargodén miró fijamente a su hijo, y la constatación lo golpeó con fuerza.

—Por eso nunca se marchó. Sabía que no podía llevarte al Velo.

Or'Talán había dicho que Lássira aún no se había encontrado a sí misma, que quizá Aria la había retenido hasta que el propio Thargodén muriera o emprendiera el Camino Largo. Pero con la unión de las dos mitades de Fel'annár, parecía que ella había regresado, tal como su gran amigo Or'Talán había postulado. Una pregunta asomó a la mente y escapó de la lengua antes de que pudiera frenarla.

—¿Te marcharás?

Thargodén se sobresaltó y Fel'annár se maravilló ante el elfo que tenía sentado delante. Era tan diferente que casi podría confundirse con el propio Or'Talán.

—Todavía tengo que hablar con Rinon. Una vez hecho esto, cuando este reino esté unido y fuerte bajo un nuevo rey, cumpliré mi propio destino: volveré a ser un príncipe.

Fel'annár sintió que se le cerraba la garganta. El destino de su padre había sido reinar junto a Lássira a su lado. Pero la traición había truncado aquel futuro brillante con el que su madre y su padre habían soñado una vez. Sin embargo, esta era una nueva oportunidad, un nuevo futuro para sus padres, igual que el día siguiente marcaría el inicio de su propio sueño, al lado de Llyniel.

—Hay una cosa más que deberías ver.

—Esta es, en verdad, una bolsa de sorpresas —dijo Thargodén, y por primera vez Fel'annár sonrió de forma genuina, sin que la pena empañara el humor. Observó cómo su padre sacaba el sobre, cómo leía el nombre en el frente, vio la comprensión de que aquellas letras

habían sido escritas por su propio padre. Definitivamente, era hora de irse.

Se puso en pie, dejó la copa sobre la mesa y miró a su padre. Thargodén se levantó con la carta todavía en la mano.

Fel'annár alargó la mano y apoyó suavemente la palma contra el pecho de su padre.

—Algún día tendrás tus respuestas de boca de la única persona que puede dártelas. Disfruta de estos regalos, pues fueron entregados con la esperanza de que te trajeran el cierre definitivo.

Thargodén cerró los ojos y frunció el ceño, pero no era por dolor. Fel'annár volvió a sonreír. Estaba hecho, y aunque había removido aquellos recuerdos del Bosque Perenne, solo habían aflorado los buenos. Los otros permanecían en las oscuras profundidades del subconsciente, donde Fel'annár quería que se quedaran.

—Me dije a mí mismo que habías muerto; te creí un exiliado, deshonrado, expulsado. Te maldije y te aborrecí y negué que yo fuera parte Alpino porque eso era lo que *tú* eras. Me lamenté por tu ausencia el día que hice mis votos, el día que me convertí en Maestro Arquero. Sentí una enorme lástima de mí mismo porque te odiaba, y te odiaba porque nunca te *tuve*, porque se me había negado el amor de un padre. Sin embargo, ahora que lo sé, ahora que *comprendo*…

Negó con la cabeza y los ojos verdes se desbordaron con cincuenta y cuatro años de lágrimas mientras susurraba las palabras que nunca antes había pronunciado.

—Te quiero.

Thargodén atrajo a su hijo hacia sí, lo estrechó contra el pecho y sintió los fuertes brazos de Fel'annár envolviéndolo.

—Pensé que te había perdido. Y cuando te encontré, pensé que este día nunca llegaría, porque habías encontrado a un padre en Gor'sadén, porque nunca me perdonarías mis ofensas. Y luego caíste y todo lo que habíamos logrado pareció no valer nada. Tenerte de vuelta, que me traigas esto… Me has devuelto a la vida, hijo mío.

—A *ella* la has devuelto a la vida.

CAPÍTULO 34

La Serie Final

Hoy se celebraba el primero de los siete días de festejos que el rey Thargodén había declarado. Fel'annár se enfrentaría a su primera prueba para alcanzar la maestría del Kal'hamén'Ar.

Era la primera vez que se celebraría una festividad así en Ea Uaré, pero no la última, bien lo sabía Gor'sadén. Formaba parte del mandato de Aria a su Ber'anor. Devolver el Kal'hamén'Ar a Bel'arán.

El pueblo había especulado sobre lo que ocurriría, sobre cómo sería. Cualquier libro que tratara el tema del Kah había sido tomado en préstamo de las bibliotecas y luego compartido entre amigos. Hablaban de la disciplina, de los principios y valores, de la filosofía y de lo que se conocía de sus orígenes. Pero cualquier referencia a movimientos y posturas brillaba por su ausencia, y así seguiría siendo.

La mayoría de ellos no podría presenciar el espectáculo por sí mismos, ya que tendría lugar en el Gran Salón, ante la corte del rey. Pero *había* ventanas y *había* astucia. Incluso en ese momento, se fraguaban planes traviesos, pues los guerreros no pensaban quedarse sin verlo.

El Gran Salón había sido despejado, con un círculo claramente delimitado por figuras de paja, antorchas, tambores de distintos

tamaños y un imponente gong ante el cual aguardaba un guerrero. Tras estas barreras, toda la corte se había congregado.

Muchos de los capitanes del Círculo Interior también estaban allí, pujando por un lugar en primera fila. Uniformes ceremoniales, túnicas coloridas y vestidos de tonos verdes, azules y púrpuras distinguían al pueblo silvano, mientras que los granates y negros, el plata y el oro identificaban a los Alpinos. Pero a todos los unían los sentimientos que albergaban tras sus joyas y sus trenzas, sus cuentas y sus brillantes emblemas.

Al fin, la paz reinaba entre ellos.

Fel'annár y Gor'sadén permanecían en el centro del salón, con los pies firmes en el suelo y los brazos a los costados. Para cualquier otro, habrían parecido relajados. Pero para un guerrero curtido, para un guerrero Kah, se trataba de una postura estudiada.

Idernon miró a Sontúr a su lado y resopló. —Por lo que parece, yo estoy más nervioso que ellos.

Sontúr enarcó una ceja. —Es que tú no has pasado horas sentado en el silencio.

—Cierto, no lo he hecho.

Carodel y Ramien se acercaron más, con la mirada clavada en sus amigos de torso desnudo. Ataviados con pantalones negros holgados y los fajines gris y púrpura de un Discípulo Kah y su Maestro, que caían hasta la parte superior de sus botas negras, permanecían completamente inmóviles.

Dentro del círculo, a un lado de los dos combatientes, siete Discípulos Kah aguardaban con los ojos cerrados, incluso cuando la familia real llegó y ocupó sus lugares al frente del círculo.

Entre murmullos y susurros quedos, el pueblo observaba y señalaba. Thargodén lucía su Trenza de Unión Silvana, con la mirada brillando casi tanto como su corona enjoyada. Este era el Thargodén de antaño. Pero no era su alma gemela quien estaba a su lado. Era la hermana de esta, la consejera Amareth, y con ella la Lestari, Llyniel, la mujer que mañana sería coronada princesa.

El pueblo sonrió.

A un lado del rey, de la consejera y de la Lestari, se encontraban el príncipe heredero Rinon y la mujer que muchos vaticinaban como

la futura reina de Ea Uaré; aquella a quien el pueblo silvano recordaba bien. Ella se había enfrentado a un enjambre de Desviados para que la caravana de refugiados pudiera huir, sabiendo que aquello le costaría la vida. Al final, Rinon había llegado y la mayoría había sobrevivido.

También había sido declarada maestra fabricante de espadas. Sus avances en aleaciones y diseño habían propiciado la creación de la Synth. Sin ella, no habrían sido capaces de ayudar a sus hermanos cautivos en Abiren'á, ni habrían podido penetrar la gruesa piel de los Lagartos de Gas. Muchos decían que sería la mejor fabricante de espadas que los reinos élficos hubieran conocido jamás.

Al otro lado del rey se hallaba Handir, impecable en su atuendo principesco y su corona, y junto a él la princesa Maeneth, a quien Sontúr observaba casi tanto como a Fel'annár. Habría podido estar junto a ella, pero hoy había elegido estar con La Compañía, y Maeneth no lo habría querido de otra manera.

Cerca de allí, los invitados personales del rey permanecían juntos. El Comandante Supremo Hobin, el rey Vorn'asté, el consejero Aradan y Miren, con la mirada moviéndose entre Gor'sadén y Fel'annár, esperando con una anticipación insoportable a que comenzara el espectáculo. Los reinos élficos no habían presenciado una ceremonia semejante en muchos siglos.

Alei vestía un traje lila, con el cabello suelto a excepción de la Trenza de Unión Silvana, y la mirada muy abierta al contemplar a los Discípulos Kah y al Maestro.

—¿*Esto* es lo que Vasanth quiere hacer?

Vasanth, vestida con el uniforme de un guerrero raso, ni siquiera se giró ante las palabras de su abuela, pero Bulan le lanzó una mirada exasperada. —¿Te sorprende, madre?

Alei se volvió hacia su hijo con expresión de asombro. —No. A decir verdad, es bastante emocionante.

Bulan soltó una carcajada ahogada y captó la mirada divertida de Vasanth, aunque había en ella un anhelo que al Comandante General no se le había escapado.

Más allá en el círculo, el recluta Eloran saltaba de un pie a otro, pasando la vista del armero que había dentro del círculo a los Discípulos, luego a Fel'annár y después al igualmente imponente Gor'sadén. Sus jóvenes ojos reparaban en las cicatrices de batalla y pensaba que debían de haber dolido, arrugando la nariz ante tal pensamiento.

—Pronto será tu turno —dijo Alféna a su lado.

—Supongo que dentro de un *siglo*.

Alféna soltó una risa y se giró a la derecha, donde la gente se abría paso para dejar pasar a un grupo de recién llegados. Deben de ser señores poderosos, pensó, pues un lugar privilegiado no se cedía fácilmente. Reconoció a Golloron y a Narosén, pero por más que lo intentaba, no lograba recordar quién era la mujer de cara ratonil que iba con ellos. Se encogió de hombros y volvió a mirar al frente. Seguramente la ceremonia empezaría pronto.

La mirada del teniente Macurian se demoró en Handir, y luego se volvió hacia los cuarenta y siete Ilícitos restantes que había comandado en batalla. A pocos días de partir hacia Pelagia para cumplir cincuenta años de exilio, hoy era su último día como guerreros. Permanecían justo fuera del círculo, con túnicas negras que les colgaban holgadas, sin fajín que indicara su habilidad.

La multitud guardó silencio cuando Gor'sadén se movió, con el fajín púrpura balanceándose a la altura de sus rodillas. Abriendo los brazos, alzó su curtida voz de mando.

—Kal'hamén'Ar. Danza de la Muerte Benigna. Es la culminación de años de estudio, de lectura y debate. Es la cima de muchos y largos días de entrenamiento de cuerpo y mente, para que el guerrero esté completo, para que sea lo mejor que pueda ser. El Guerrero Kah utiliza el Dohai, la energía de las mismas tierras que presenciaron nuestro nacimiento. Habéis visto ese poder mientras luchábamos contra Calrazia. Volveréis a verlo hoy.

—Puede que os impresione, que os preocupe, incluso que os asuste. Pero os insto a todos a ver lo que yo veo. Y veo el regreso de una institución de lo más noble y honorable. El regreso de los Guerreros Kah marcará un nuevo comienzo y, sin embargo, también unirá este presente victorioso con un pasado glorioso, uno que

nunca debería haberse desvanecido entre las brumas de la traición y la deshonra.

Gor'sadén se volvió hacia Thargodén y Vorn'asté, se inclinó profundamente y luego caminó hacia Fel'annár.

—Empezamos.

Los ojos verdes se abrieron, fijos en Gor'sadén. Con una voz lo bastante alta solo para su Discípulo, el Maestro habló.

—Ya te lo dije una vez. No te contengas. No temas a las luces. Úsalas. Aquellos contra los que luchas hoy lo hacen por voluntad propia.

La mirada de Fel'annár se desvió hacia los Ilícitos y luego hacia los siete Discípulos mientras se colocaban detrás de él. Se inclinaron al unísono y Fel'annár respondió con la reverencia de un Discípulo a otro. Cuando se volvió de nuevo, Gor'sadén se había alejado. Con una señal a los percusionistas, los tambores iniciaron su lento compás de tres tiempos, y Fel'annár y los Discípulos entraron en el Dohai.

Los ocho guerreros entrelazaron las posturas, pero la mirada de Gor'sadén estaba puesta en Fel'annár, el único que no llevaba nada de cintura para arriba. El Maestro debía ver cada músculo, vigilar la perfección, pues esa era la única forma de superar esta prueba.

Incluso entonces, Gor'sadén podía ver tenues jirones de luz siguiendo cada movimiento de Fel'annár. Vigiló cualquier inconsistencia en la velocidad o la potencia, pero no halló ninguna.

El Dohai llegó a su fin, los tambores resonaron y se apagaron, y ante una señal del Maestro, el ritmo cambió, volviéndose más complejo.

Comenzó la segunda etapa de la prueba.

Los Discípulos retrocedieron y Fel'annár se quedó solo en el centro del círculo, manteniendo la postura de guerrero hasta que un tambor marcó el inicio de las secuencias.

Brazo al frente, una pierna se deslizó hacia atrás, el tobillo girando lateralmente hasta quedar plano contra el suelo. Brazos a los costados, equilibrio perfecto, se impulsó hacia arriba con una pierna, manteniendo la trasera estirada hacia fuera hasta quedar

erguido, como un cisne en pleno vuelo. Mantuvo la postura, sabiendo que Gor'sadén observaba de cerca.

Al siguiente compás, bajó la pierna extendida y se arqueó hacia atrás en un pino perfecto. Dobló los codos, con los antebrazos casi tocando el suelo, y las piernas moviéndose hacia delante por encima de la cabeza para compensar el equilibrio. Mantuvo la posición una vez más y contó mentalmente.

Uno, dos, tres…

Estiró los brazos, se incorporó desde la cintura y volvió a estar de pie. Solo quedaban tres posturas más.

Tras realizar la última de ellas, se preparó para la siguiente fase de la prueba, esperando a que el ritmo cambiara de nuevo.

Más rápido, más fuerte, más complejo; Fel'annár comenzó las nueve etapas del combate cuerpo a cuerpo.

Guardia, arremetida, ataque; sus puños salían disparados, las piernas lo llevaban adelante, atrás y hacia los lados con tal fluidez que parecía flotar mientras atacaba a su enemigo imaginario. Lanzó una patada lateral, con el pie muy por encima de la cabeza, y Gor'sadén le ordenó detenerse. No debía pensar en el esfuerzo, ni en los músculos ardientes. Todo lo que veía era el Dohai en su interior, alimentando cuerpo y mente. Nunca había mantenido esa postura durante tanto tiempo.

Al compás siguiente, llegaría el momento de enfrentarse a enemigos reales, de no contenerse hasta haber hecho contacto. Solo entonces detendría la fuerza letal.

Los siete Discípulos formaron un círculo alrededor de Fel'annár y, por un instante, este se encontró con la mirada de Eramor. Estaba demasiado pálido, con la expresión algo más tensa de lo habitual. Quiso asegurar a su amigo que no iba a morir, pero Fel'annár desechó el sentimiento. Afectaría a su ejecución. Si se contenía, Gor'sadén lo vería y lo suspendería.

Un Discípulo corrió hacia él y Fel'annár se agachó, esperando a que su oponente saltara con el pie por delante. Acertó, y Fel'annár alargó la mano, agarró la bota que iba directa a la cara y la empujó hacia un lado. El Discípulo soltó un quejido, se estrelló contra el suelo y rodó, volviendo a ponerse en pie al instante.

Se rodearon, observándose mutuamente ante el menor indicio de lo que vendría después. El Discípulo vio el puño que se lanzaba hacia su cara, se agachó y se movió hacia donde Fel'annár estaba apenas un momento antes. Solo que, de pronto, él estaba *detrás*.

Se giró sobresaltado, solo para recibir un puñetazo sólido en el centro del pecho.

Jadeó, cayó de rodillas y se alejó tambaleándose.

En menos de un minuto, los siete Discípulos estaban en el suelo, gimiendo y frotándose la cara, con las manos doloridas y los traseros magullados.

Fel'annár se apartó de ellos, sabiendo que no les había causado ningún daño serio. Ante él aguardaban los cuarenta y siete Kah Ilícitos. Con ambos brazos extendidos, las manos de canto, los pies separados y la mente centrada, se preparó para el primero.

Su primer oponente cargó, gritando su grito de batalla, y Fel'annár se dejó caer en una sentadilla profunda. Casi encima de él, Fel'annár esquivó el ataque con un paso lateral, observando con calma cómo el guerrero derrapaba y se daba la vuelta. Un puñetazo salió disparado hacia él. Lo esquivó, agarró a su oponente por la muñeca y tiró. El otro se estrelló contra el suelo, sin aliento.

Fel'annár encaró al siguiente Ilícito. Más habilidoso, este no cargó, sino que se acercó con cautela. Con los brazos extendidos y el cuerpo equilibrado sobre las puntas de los pies, lanzó varios golpes, intentando en vano alcanzar al señor de la guerra. Era demasiado predecible, y Fel'annár hundió el talón de la mano en el pecho del guerrero. El oponente jadeó, se alejó tambaleándose, y él se volvió hacia el siguiente Ilícito.

Siguió al guerrero mientras este daba vueltas, sopesando cómo atacar. Fel'annár observaba, esperaba. La paciencia era un arma tan valiosa como sus hojas.

El guerrero atacó, Fel'annár esquivó un puño, se zafó de una patada alta y se lanzó en un giro lateral. Aterrizando donde su oponente nunca habría pensado encontrarlo, el Ilícito no tardó en estar de espaldas, mirando a unos fríos ojos verdes.

Ante una señal de Gor'sadén, un grupo de diez se abalanzó sobre Fel'annár simultáneamente.

Corrió, saltó por encima del primer guerrero, giró en el aire y aterrizó en medio del grupo. Con una serie de movimientos circulares, creó un diámetro lo bastante amplio para trabajar y, mientras los tambores seguían marcando su secuencia, Fel'annár encontró su ritmo.

Uno, dos, tres; uno, dos, tres.

Sus puños, palmas y pies conectaban con la piel. Podía sentir el aire raudo sobre la piel desnuda mientras saltaba, giraba y daba volteretas. Uno tras otro, los Ilícitos caían y, cuando los tambores decayeron a un compás más pausado y débil, se arrastraron unos a otros fuera del camino.

Fel'annár se incorporó, adoptó de nuevo la postura de guerrero y esperó la señal de que había llegado hasta allí, de que había pasado a la fase final de la prueba. Se atrevió a mirar a Gor'sadén, que lo observaba de cerca, con los ojos azules brillantes, reflejando las llamas de una antorcha cercana. Ambos giraron la vista hacia donde las armas descansaban en un armero.

Un estremecimiento de euforia lo recorrió. Lo dominó, caminó hasta el armero y tomó su espada larga y luego la espada corta de Pan'assár. Cerró la mano alrededor del pomo, vio en su mente al que fuera Comandante General, recordó su primera prueba, la que realizó para obtener el derecho a entrenar en el Kal'hamén'Ar. Pan'assár casi lo mató, pero luego él volvió a la vida, encontró el camino a casa. Sonrió al mirarse la mano y luego se volvió hacia Gor'sadén.

Él lo sabía. Comprendía adónde se había desviado la mente de Fel'annár.

Fel'annár saludó, de Discípulo a Maestro. Gor'sadén saludó, de Maestro a Discípulo, y los tambores redoblaron con tal fuerza que la gente se estremeció.

Con las espadas al frente, Fel'annár permitió que el ritmo lo imbuyera. Las hojas trazaban lentos arcos ante él, los pies lo movían lateralmente, manteniendo el cuerpo siempre de frente al oponente. Cuatro hojas giraban por el aire como plata líquida, brillando y centelleando bajo el resplandor de las velas.

Gor'sadén atacó, Fel'annár paró el golpe, se movió hacia un lado y luego atacó de igual modo. Gor'sadén paró, se movió a un lado y volvieron a rodearse, con las hojas en perpetuo movimiento. Pero ni una sola vez chocó el acero contra el acero.

Fel'annár se lanzó hacia delante, se inclinó a la izquierda y luego a la derecha, con su oponente imitando cada dirección. Una estocada baja fue desviada, un tajo alto fue parado hacia un lado y luego Gor'sadén repitió el movimiento y, aun así, el metal no se tocó; los espectadores miraban hipnotizados por la precisión, cautivados por el ritmo de los tambores.

Tras dos ataques silenciosos más, los tambores cambiaron de nuevo. Rápido, furioso, tan fuerte que los pechos martilleaban al compás, y resonó el primer choque de metal.

Nadie reparó en las ventanas abiertas, ni en las decenas de guerreros asomados al Gran Salón. Se empujaban unos a otros, pero nadie se atrevía a hablar por miedo a ser expulsado.

Los dos guerreros Kah luchaban con una intensidad propia de un campo de batalla y la gente ahogó gritos de asombro, retrocediendo a medida que el acero centelleaba y los poderosos cuerpos atacaban, paraban y giraban. Fel'annár se lanzó hacia el techo, giró alrededor de la hoja de Gor'sadén, aterrizó sobre los dos pies y rodó para alejarse de un tajo descendente que se le venía encima.

Otro movimiento relampagueante de Gor'sadén y Fel'annár dio un salto mortal hacia atrás, atrapando con los pies la espada corta del maestro, sin llegar del todo a arrebatársela de la mano.

Gor'sadén estaba poniendo a prueba su técnica aérea.

Cara a cara, con las hojas de nuevo al frente, Gor'sadén levantó la cabeza, estuvo a punto de sonreír y comenzó la danza final.

Al ritmo frenético de los tambores, Fel'annár y Gor'sadén lucharon, y con cada segundo que pasaba, las luces a su alrededor se volvían más intensas, hasta que se vieron envueltos en una lámina translúcida de seda colorida que parecía bailar con ellos, luchar con ellos. Les otorgaba a ambos fuerza, un poder que nadie había visto antes, y si la gente gritaba y clamaba, los guerreros Kah no podían oírlo, porque los tambores se habían apoderado de ellos.

Todo lo que alcanzaban a ver era metal y luz, moviéndose por el aire, una fuerza imbatible.

Los siguientes segundos fueron borrosos hasta que un único golpe de tambor puso fin a su ritmo. Fel'annár se quedó helado, con una pierna muy por detrás de él, la hoja larga cruzada con la de Gor'sadén, la punta de la hoja corta sobre el corazón del oponente y la punta de la hoja corta del oponente sobre el suyo propio.

Se incorporaron lentamente hasta quedar de pie. Con las hojas todavía en la mano, Fel'annár hizo una reverencia, como hace un Discípulo ante un Maestro.

Pero el Maestro se inclinó como lo haría un Maestro: ante un *Maestro*.

Fel'annár devolvió la mirada a Gor'sadén, el elfo al que primero había venerado y después amado. Con la visión nublándosele, dio un paso al frente, sin filtros ni barreras, solo unión, lealtad hasta el fin.

Se abrazaron y el mundo estalló en los vítores colectivos, gritos y clamores de quienes habían presenciado este día extraordinario, en el que el Kal'hamén'Ar había regresado a Bel'arán —desde las profundidades de la memoria— y, sin embargo, diferente, evolucionado. Era una nueva etapa, una que utilizaba la luz, la luz que era la manifestación física del Dohai.

Gor'sadén se volvió hacia Eramor, que sostenía una banda de color púrpura. El Maestro la tomó, se volvió hacia su compañero Maestro y, ceremoniosamente, le ató la banda a la cintura.

A continuación, Gor'sadén tomó su hoja Colanei. La sostuvo con ambas manos, recordando todavía el día en que su propio padre se la había entregado. Esperó a que Fel'annár la cogiera y luego se inclinó una vez más, esperando a que Fel'annár hiciera lo mismo. Así lo hizo él, en público reconocimiento de gratitud y respeto.

Se volvieron al unísono hacia la multitud que aplaudía y vitoreaba, y luego emprendieron su camino lento y victorioso entre la gente, con destino al Círculo Interior, donde tendría lugar el último acto del día.

Los guerreros de Ea Uaré y Tar'eastór serían honrados por sus hazañas, por defender su mundo forestal de los últimos Nim'uán, por los días de paz que tenían por delante.

Y entonces, mañana, Fel'annár cumpliría su destino como príncipe.

Más tarde esa noche, mientras la ciudad celebraba el día de júbilo, la gente festejaba y bailaba al son de las melodías etéreas de los músicos Alpinos.

Era refinado y elegante, muy apropiado para las celebraciones de la noche. El Círculo Interior había cambiado, al igual que una era, o al menos eso les parecía a los guerreros de Ea Uaré. Ahora, mientras Fel'annár recorría con la mirada las salas de banquetes del rey, sonrió, se miró la banda púrpura de la cintura y admiró su caída hasta la rodilla izquierda.

Cuando levantó la vista, se encontró con que Carodel le devolvía la sonrisa.

Al principio, quiso borrarle la sonrisita de la cara, pero luego sonrió de oreja a oreja, sintiéndose como un chiquillo con una túnica nueva. —¿Y tú, *teniente Carodel*? Es una coraza muy fina la que llevas, y el emblema... ¿lo has diseñado tú mismo entonces?

Idernon resopló y Carodel se volvió hacia él, mirándolo de arriba abajo. —Esa esmeralda del bosque que llevas te da un tono enfermizo con esta luz. Quizá quieras alejarla más de tu *cara*.

—Callaos los dos. Ambos estáis muy impresionantes con vuestros uniformes nuevos. —Ramien sonrió como un niño, irguiéndose para que pudieran elogiar su propio y nuevo atuendo ceremonial. En lugar de eso, Idernon y Carodel caminaron a su alrededor, ajustándole hebillas y correas, girando el cuello de su casaca, alisando con las manos una túnica interior ligeramente arrugada y protestando por las ajustadas calzas.

—Un solo pedo y tú...

Fel'annár estalló en carcajadas. Todavía recordaba aquel día del entrenamiento de reclutas en el que se habían vestido con su primer uniforme.

—Siempre fuiste un desastre —masculló Carodel.

Ramien frunció el ceño, mientras Sontúr enarcaba una ceja, ofrecía una sonrisa ladeada y se volvía hacia Idernon cuando este se dirigió hacia el Muro de Piedra.

—Dejadlo en paz, tenientes. ¡Está más guapo que nunca! Espera... —se acercó, sacudiendo una miga que había caído justo por encima de la parte superior de la coraza—. ¿Has estado *picoteando*, teniente Ramien?

—No he podido evitarlo, y nadie miraba, *capitán* Idernon.

Idernon frunció los labios. —Continúe entonces, guerrero.

Fel'annár soltó una risita. —Pronto abrirán el bufé. Y me muero de hambre.

—No me extraña después de ese *espectáculo* tuyo. Sabes que has asustado de muerte a Handir e incluso Rinon ha dado unos pasos hacia atrás. —Sontúr dio un sorbo a su vino, marcando el ritmo de la suave melodía alpina con el pie—. A Llyniel le ha encantado, sin embargo. De hecho, parecía bastante *aturdida*.

—Me preguntaba a dónde habías ido toda la tarde —dijo Idernon con sorna.

Carodel resopló, ruidoso e irreverente, pero a Fel'annár no podría haberle importado menos. Había sido una tarde excelente, de hecho.

—Otra hora de vino corriendo y podremos empezar esta fiesta, me parece a mí —dijo Carodel.

—¡Sí! —gritó Ramien mientras levantaba su copa.

Fel'annár brindó, y luego divisó al rey, hablando con Amareth y Bulan. A su lado, Vasanth estaba de pie con su nuevo uniforme. Ya era una guerrera, con una Bellota de Plata al cuello, al igual que todos los novicios que habían luchado en la guerra.

Sontúr observó a Fel'annár, siguiendo la dirección de su mirada.

—¿En qué estás pensando?

Fel'annár se volvió hacia él y sonrió. —Estoy pensando que quiere entrenar en el Kal'hamén'Ar.

—Y no es la única. El joven Eloran no para de hablar de ello. Me lo dijo Thavron —dijo Idernon.

—Y tendrá que esperar. Todavía es un recluta. —Fel'annár le dio su copa a Idernon y caminó hacia el rey. Los capitanes pasaban a su lado, sonriéndole y dándole palmadas en el hombro. Él devolvió los

gestos, y vio el momento en que el rey advirtió su presencia y se dio la vuelta.

Fel'annár esbozó una reverencia, asintió a Bulan y Amareth, pero la mirada se le posó en Vasanth.

—Felicidades, guerrera.

Su prima sonrió y a Fel'annár le sorprendió lo difícil que parecía resultarle esa tarea. Se propuso remediarlo en los días venideros.

—Me preguntaba si estarías dispuesta a realizar una pequeña prueba el año que viene.

Vasanth abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Se sonrojó y desvió la mirada, visiblemente luchando por serenarse.

—¿Qué tipo de prueba?

Fel'annár se tomó su tiempo, disfrutando de la confusión de Vasanth y del destello de esperanza en sus juveniles ojos.

—Del tipo que demuestra la promesa de un gran guerrero. Te ofrecería una prueba para convertirte en Discípulo Kah, si eso es lo que deseas.

Se quedó boquiabierta, la máscara de decoro y fortaleza desapareció y, por un momento, le recordó a Fel'annár a Eloran. Él sonrió, se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—Primero tienes que pasar la prueba.

Se echó hacia atrás, observándola luchar con la confusión y luego asimilar la creciente certeza de que no había malinterpretado sus palabras.

—La pasaré. Estudiaré todo el tiempo que sea necesario. He venido aquí para esto. Por eso le supliqué a mi padre que me dejara venir, para poder estar frente a ti este día y, tal vez, ganarme la oportunidad, y algún día merecer el derecho de servir con la División del Bosque.

La mirada de Bulan viajó de su hija a Fel'annár, pero no dijo nada; seguramente no podía, pues todo lo que Vasanth había dicho era cierto.

—Estudia mucho. No voy a ser blando. —Él sonrió, les hizo una reverencia a todos y regresó con La Compañía.

La sonrisa de Bulan era tan amplia que se contagió a Amareth, a Llyniel, al rey e incluso a Alei.

Thargodén observaba desde la distancia. —Cuesta creer que el año pasado no era más que un guerrero novicio. Por aquel entonces, no sabía nada de su familia salvo por ti, cuñada. Mañana, será un príncipe de este reino, como siempre debería haber sido. — Thargodén no les dijo que el deseo de Or'Talán era que su primer hijo con Lássira fuera príncipe heredero. Ese deseo ya no era posible, pero seguramente fue el motivo por el que se le ocultó la carta original, sin duda por obra del propio Lord Ileian.

Amareth sonrió a su cuñado. —Este no es un día para lamentaciones, Thargodén. Es hora de celebrar, por fin, por fin.

Thargodén asintió. —Sí, sí que lo es, porque por fin todos estamos vivos, incluso Lássira.

Bulan y Amareth se sobresaltaron. —¿Cómo puedes estar seguro?

En la sonrisa de Thargodén había una alegría profunda. —Esa es una historia muy, muy larga.

Amareth se volvió hacia Erthoron, con una sonrisa radiante en el rostro. Se abrazaron y luego se alejaron. Pero Amareth lanzó una última mirada al rey. Le asintió, pareciéndose muchísimo a Lássira por un breve instante.

—No la veía así de feliz desde nuestros tiempos en Abiren'á — dijo Bulan al lado del rey. Thargodén se volvió hacia él y la sonrisa se le desvaneció.

—Y preferiría que siguiera así. He llegado a tener... conocimiento de las circunstancias que rodearon la muerte de Lássira. Pensé que debías saberlo, pero te pido que no se lo digas a Amareth.

—¿Qué... conocimiento? ¿Sabes quién la mató?

—No, eso no.

—¿Pero era Ari'atór?

—No. Amareth se equivocaba. Su asesino era *calraziano*, Bulan. Un mercenario pagado por el clan Norhad; muy probablemente Ileian, posiblemente incluso Draugolé en nombre de Band'orán. Creo que lo hicieron para que el asesinato no pudiera rastrearse hasta ellos.

—Pero... ¿cómo has dado con esa información? ¿Quién te lo ha dicho?

Thargodén miró fijamente la copa, agitó el contenido y bebió. —Fel'annár, principalmente. El resto lo he ido uniendo para formar una imagen de lo que realmente ocurrió. Lerita está de acuerdo con mis deducciones.

—Una alianza con Calrazia... Sabía que Band'orán estaba loco, pero esto...

—Les dejó hacer su voluntad en el norte. Saqueando y robando, secuestrando mujeres; al fin y al cabo eran silvanas. Así pues, les pagó por sus servicios.

Bulan inspiró profundamente y bebió el vino, apretando la copa con demasiada fuerza. —Por eso nunca quisieron puestos de avanzada.

—Eso creo.

—Ojalá Band'orán no hubiera muerto para poder matarlo yo mismo —gruñó Bulan—. Y ahora parece que incluso Draugolé ha muerto. He oído que lo encontraron dentro del palacio.

—Sontúr lo informó. Él y Ramien lo encontraron con el cuello roto. Cree que fue el propio Gra'dón quien lo mató. Draugolé escapó de las mazmorras y seguramente se dirigía hacia el Camino Oscuro. Tuvo la mala suerte de cruzarse con los Nim'uán.

—Entonces Gra'dón hizo al menos una cosa buena en su vida.

Thargodén desvió la mirada, posándola en Amareth mientras hablaba y reía con Erthoron.

—No podemos decirle que el asesino de Lássira era un Señor de la Arena, Bulan.

—No. La destruiría. Aisló a Fel'annár de su propia familia porque pensaba que había alguna conspiración Ari para matarlo. Si advirtiera que todo fue para nada, no creo que se lo perdonara nunca. Pero que mataran a Lássira no significaba que persiguieran al niño.

—Lo hacían, Bulan. Lássira sabía que Fel'annár era Ari, incluso desde su nacimiento. Y como el asesino se llevó a quien creía que era Fel'annár, Amareth ató cabos: los Ari'atór querían matar a un niño que sabían que era Ari.

Bulan asintió lentamente, recomponiendo el hilo de pensamiento de su hermana. Tenía sentido.

—Se merece ser feliz, Bulan. La suya ha sido una vida de sacrificio por los motivos correctos, tal como ella los veía en aquel momento. Ama a Fel'annár, le hizo la promesa a Lássira de cuidarlo si algo le pasaba a ella. Lo ha hecho, incluso a expensas de su propia felicidad junto a Erthoron. Fel'annár la ha perdonado.

La mirada de Bulan la buscó entre la multitud, viéndola sonreír mientras besaba al elfo al que nunca se había permitido amar.

—Es hora de dejarlo ir, de perdonar y de empezar de nuevo.

Thargodén sonrió y levantó la copa. —Sí, es hora de dejarlo ir, amigo mío, hora de empezar de nuevo; para algunos de nosotros, en un lugar diferente.

La intensa mirada de Bulan se posó en el rostro tranquilo y satisfecho de Thargodén. —Te vas.

—En cuanto Rinon se haya asentado. Él está listo, tan listo como lo estoy yo para partir en busca de Lássira.

Bulan miró fijamente a su amigo, dejando que la información calara. Cuando lo hizo, comprendió que se alegraba. —Me pregunto si mi madre no viajará contigo. Ha cambiado en estos últimos meses. Todavía divaga, todavía pierde el hilo, y sin embargo, creo que por fin está lista para seguir adelante y buscar a mi padre. —Bebió un largo trago, saboreándolo, y luego se volvió hacia el rey con una sonrisa pesarosa—. Me entristece pensar en una vida sin mis padres, sin ti, amigo mío. Y, sin embargo, es un final dulce. Todos volveremos a vernos. Solo debemos lamentar el tiempo entre mundos.

El rostro de Thargodén se relajó tanto que Bulan apenas lo reconoció. Era aquel joven príncipe que había conocido una vez, en lo profundo de un bosque verde y exuberante, mirando amorosamente a una linda muchacha de Abiren'á, cuando el mundo todavía era inocente y ambos ajenos a las maquinaciones de Norhad y Band'orán.

Habían comido, bebido vino fino y hablado de casi todo, aunque especialmente de lo que harían ahora y de adónde irían. Mientras hablaban, los músicos Alpinos abandonaron el escenario y los violinistas y tamborileros Silvanos ocuparon su lugar.

—Después de que Llyniel y yo hayamos construido nuestra casa, cumpliré mi promesa a Bulan. Veré Abiren'á en tiempos de paz.

—Será entonces cuando viajaré a la Madre Patria con Maeneth. Estaremos allí un tiempo, pero no temas, siempre volveré... mientras haya bollos dulces —dijo Sontúr con cariño mientras tomaba otra copa de vino.

—De camino al norte, tengo la intención de reunir voluntarios y viajar a Sen'uár. Reconstruiré ese lugar.

Carodel, Ramien y Sontúr miraron a Fel'annár con la mirada desorbitada. —¿Harías eso?

Fel'annár se volvió hacia él. —Ya he conseguido los fondos de mi padre.

Como uno solo, La Compañía levantó las copas, con los ojos excesivamente brillantes por el vino y los cariñosos recuerdos de Galdith. —Y allí estaremos contigo, sentados en las vigas altas como hizo una vez Galdith. Lo hacemos por él, pero no derramamos lágrimas. Al contrario, nos regocijamos por su reencuentro con su familia. ¡El pequeño Fenu tendrá un nuevo tío en Galadan!

Fel'annár sonrió a Idernon y luego bebió.

Los músicos silvanos comenzaron una melodía alegre y los tambores dieron vida a la sala del banquete. A medida que la canción ganaba impulso, la mirada de Fel'annár se posó en las botas de un guardia cercano, que marcaba discretamente el ritmo de la música. Sonrió y recorrió la sala con los ojos.

Los nobles y las damas estaban sentados en sillas de respaldo alto o en grupos, hablando en voz alta por encima de la música, señalando a este o aquel bailarín y riendo. El ambiente había cambiado, había virado hacia lo inequívocamente silvano, mientras el vino fluía y el ruido crecía sin cesar. Carodel sonrió, con sus propios pies siguiendo el compás.

—¿Recordáis cómo bailar, hermanos?

El tono de Carodel había sonado caprichoso, pero había un peso en la mirada, uno que todos comprendían y compartían.

—Es difícil dejarse llevar, disfrutar de verdad, después de las cosas que hemos visto y hecho, tras el silencio de los que se han ido. Los recuerdos moderan la alegría —dijo Idernon.

—Solo si lo permites. —Carodel miró a su amigo, y luego a Ramien, Sontúr y Fel'annár—. Yo no lo permitiré, porque a lo largo de este camino a menudo doloroso que hemos recorrido juntos, también hubo felicidad. Reímos tanto como lloramos. Nos regocijamos tanto como sufrimos. Pero son los buenos momentos los que nos mantienen en marcha, los que nos dan combustible para poder seguir haciendo lo que hacemos. Yo, por mi parte, no he olvidado cómo bailar. ¿Pero qué hay de Sontúr? Recuerdo claramente que Galdith te enseñó algunas jigas silvanas…

—Así fue. ¡Pero fuiste *tú* quien me enseñó el Baile de Lan Taria!

—Cuidado, Sontúr. Eso es un asunto serio para nosotros tres —dijo Idernon, señalando a Fel'annár, a sí mismo y a Ramien.

—Nadie lo baila como nosotros —dijo Ramien. Se volvió hacia Sontúr, con el rostro lleno de picardía y la mirada brillando de anticipación—. Es hora de que nos muestres lo que has aprendido, *Alpino*.

Sontúr palideció, y su expresión pasó de alegre, y solo ligeramente ebria, al pánico absoluto.

—No soy silvano, Ramien. No lo llevo en la sangre, no puedo…

Carodel corría hacia el escenario, y Fel'annár rió, buscó a Llyniel e inclinó la cabeza. Excusándose de la compañía del rey, ella se abrió paso entre la multitud. Idernon observó y luego se acercó a la comitiva real. Estos lo miraron, preguntándose a quién habría venido a invitar.

La mirada del Guerrero Sabio se posó en Miren.

La mirada del rey brilló con picardía mientras la propia Miren se cubría la boca y ahogaba un grito. Idernon procuró no mirar los ojos desorbitados del lord consejero Aradan.

—¿Bailaríais el Baile de Lan Taria conmigo, mi señora?

—¡Sí, lo haré! —Ella le tendió la mano, permitiendo que Idernon se la llevara, mientras soltaba una risita y luego reía a carcajadas

mientras saltaba entre la multitud.

—¡Vaya, nunca lo hubiera imaginado! —exclamó Aradan.

Ramien frunció el ceño y luego miró hacia abajo cuando Vasanth le tiró de la manga. Sonrió triunfante.

En el escenario, Carodel levantó las manos para que la música se detuviera. Habló con el violinista principal, quien se volvió hacia sus compañeros. Mientras los músicos hablaban en voz baja, la gente observaba, y mientras tanto bebían y recordaban los extraordinarios sucesos de los últimos meses. Pero esta vez no era con tristeza, duelo o arrepentimiento. Había esperanza en la mirada de todos, la comprensión de que *había* terminado, de que estaba bien divertirse, de que no había motivo para sentirse culpables.

Sonó una flauta, rápida y alegre, seguida de un solo tambor. Fel'annár y Llyniel ocuparon el centro, seguidos por Ramien y Vasanth, e Idernon y Miren. La gente retrocedió para dejarles espacio, riendo mientras se preguntaban qué tramaba La Compañía.

—¡¡Que no soy silvano!! —llegó el grito aterrorizado de Sontúr, y Vorn'asté resistió el impulso de taparse los ojos. Thargodén soltó una carcajada ante la escena.

—¿Y? —bufó Fel'annár—. Vas a ser un príncipe de Ea Uaré. ¡Tienes que aprender!

Maeneth tiró del brazo de Sontúr, radiante y luego riendo ante la mirada de pavor en el rostro de su amante.

—¡No sé cómo se baila esto! —gritó él con un terror creciente.

—¡Síguenos! —dijo Idernon, asintiendo a Miren, que ya daba saltitos de un pie a otro.

Una explosión de sonido sacudió la sala, y las flautas, cuerdas y tambores de Carodel se unieron.

—¿Listos? —gritó Fel'annár por encima del estruendo.

—¡¡¡Sí!!!

Carodel reía mientras dirigía su orquesta del bosque, y los hombres se colocaron uno al lado del otro, mientras las mujeres se alineaban frente a ellos. Maeneth conocía el baile, pero seguramente no tan bien como las mujeres silvanas, y ciertamente no como las de Lan Taria. Por ello observaba, sin miedo a cometer un error.

Thargodén los vio colocarse en su sitio, con la mirada brillante al contemplar la alegría de Fel'annár; recordó las veces que había bailado aquello con Lássira, aunque, a decir verdad, él nunca había sido capaz de realizar la parte central. Los ojos se le desviaron hacia Alei, que estaba de pie a cierta distancia, a un lado.

Rinon sonrió con malicia ante el aprieto de su hermana, y Sorei deseó secretamente conocer el baile, preguntándose si alguna vez podría atreverse a hacer lo que Maeneth hacía ahora y exponerse al ridículo.

Erthoron y Amareth fueron los últimos en llegar al escenario, para gran sorpresa y deleite de Fel'annár. No vio a Alei observándolos, la nostalgia en su expresión, el anhelo silencioso a pesar del ambiente festivo.

En los laterales, Bulan, Gor'sadén y Hobin estaban juntos. —¿Y tú, amigo mío? ¿Por qué no bailas? —preguntó Hobin.

Bulan sonrió. —La última vez que bailé esto fue con mi esposa. No volveré a bailarlo jamás, no en esta vida. Apuesto a que a mi madre le pasa lo mismo.

Hobin hizo una reverencia de respeto y volvió a mirar a los bailarines, mientras la mirada de Gor'sadén permanecía en su amigo silvano. No estaba triste, comprendió. Solo nostálgico. Los ojos de un padre dirigidos a su hijo. Gor'sadén nunca había visto este baile, pero sabía que disfrutaría viéndolo, viendo a Fel'annár celebrar, por fin.

Con un alegre crescendo, los muchachos de La Compañía comenzaron el baile ante sus asombradas parejas. Las botas retumbaban en los suelos de madera, el pelo y las trenzas volaban alrededor de cabezas y hombros; los nobles, damas y guerreros infiltrados disfrazados de sirvientes observaban, marcaban el paso con los pies y daban palmas al ritmo.

Pero Sontúr no miraba a Maeneth, estaba demasiado ocupado siguiendo los rapidísimos pies de Fel'annár, Idernon y Ramien, los suyos más lentos y torpes.

Los capitanes silvanos no tardaron en unirse al baile, mientras los *sirvientes* soltaban las bandejas en la mesa más cercana y corrían a bailar. En poco tiempo, decenas de parejas se deslizaban y giraban

en círculos, con túnicas y capas ondeando ante los alegres espectadores mientras el ritmo se aceleraba. Reían, se daban palmaditas en los muslos mientras miraban, y cuando Sontúr y Maeneth bailaron frente a ellos, vitorearon con tanta fuerza como cuando Fel'annár y Llyniel pasaron volando. Lentamente, aquella expresión de pavor y horror se había transformado en emoción y júbilo.

—¡Lo estás logrando! —gritó Fel'annár al pasar junto a Sontúr.

—¡He aprendido más de lo que pensaba! —le respondió gritando, y luego casi se cae. Maeneth lo sostuvo, pero no era fácil bailar un baile rápido y reír al mismo tiempo.

Vasanth apenas podía mantenerse en pie, de lo fuerte que era Ramien. Le dio varios puñetazos en el brazo para que parara. En lugar de eso, él rió con más ganas.

Idernon y Miren no eran más que pelo y túnicas mientras pasaban veloces ante Erthoron, Lorthil, Narosén, Ket'subá y Lerita.

—¿Lista para la Serie Final, sanadora?

—¡Haz lo que puedas, guerrero! —Su chula réplica se convirtió en un grito prolongado cuando Fel'annár la hizo girar y los pies le despegaron del suelo.

La multitud vitoreaba, pateaba el suelo y daba palmas siguiendo el ritmo. Silbidos y gritos acompañaron a las cuerdas y tambores cuando alcanzaron un ritmo frenético.

—¡Hwind'atór! —gritó Ramien.

Fel'annár reía y reía, mientras Idernon lanzaba a Miren al aire, la atrapaba y se alejaba luego en un giro. Fel'annár fue el siguiente, observando cómo Llyniel giraba hacia arriba. La atrapó con ambos brazos y la besó mientras los bailarines giraban a su alrededor, como un torbellino.

Terminado el beso, volvieron al baile, y Fel'annár los guio ante el rey, Bulan, Hobin y Vorn'asté. La falda de Llyniel rozó a estos mientras ella gritaba y luego reía histéricamente, apenas capaz de sujetarse a los hombros de Fel'annár.

Gor'sadén jadeaba de risa, inclinado hacia delante y dándose palmadas en los muslos. Aradan soltó una carcajada y Hobin alzó la copa en un saludo a los elfos danzantes.

La melodía terminó en una nota alta y los bailarines se detuvieron de un salto. La multitud gritó y vitoreó, y las parejas se sonrieron mutuamente, con el pecho agitado y los rostros iluminados.

Fel'annár tomó el brazo de Llyniel y luego tropezó con Sontúr. Estaba mareado, advirtió Fel'annár, y Maeneth reía mientras lo mantenía erguido.

—Podrías haberme *avisado*. —Con el labio curvado en un falso disgusto, Fel'annár echó la cabeza hacia atrás y rió.

Desde más lejos, Handir resopló hinchando las mejillas. —Bendita sea mi piel alpina, tengo que aprender eso.

—Te descoyuntarías, hermano.

Handir se encogió de hombros. —Tienes razón.

Rinon sonrió y apretó la mano de Sorei.

—Pero yo no. ¡Debemos aprenderlo!

Rinon palideció y dio un trago a su vino.

Al lado del príncipe heredero, Thargodén los observaba a todos. Había sonreído y reído, jadeado y vuelto a reír.

Cuánto amaba a sus hijos. Orgullo era simplemente una palabra insuficiente.

En su mente, Lássira le devolvía la mirada, y él alzó la mano y rozó con un dedo la trenza de unión. Vio la sonrisa de ella, los ojos de esmeralda líquida, el amor que le profesaban.

Una vez que sus hijos se hubieran asentado y su reino estuviera asegurado, Thargodén Ar Or'Talán abandonaría estas costas para siempre, y se preguntó si Alei se uniría a él.

Mañana hablaría con ella, y con Rinon.

—Vaya día —dijo Handir, reprimiendo a medias un gemido mientras se sentaba en su silla favorita ante el fuego en sus aposentos.

—¡Vaya *noche!* —dijo Llyniel mientras se sentaba frente a él. Fel'annár se apostó en el brazo de la silla de ella y le susurró al oído —: Aún no has visto nada.

Ella le dio un codazo e ignoró el gesto de fastidio de Handir. —¿Tengo que levantarme y servirme yo misma, entonces? —Llyniel miró a su amigo con falso enfado, desviando la vista hacia el aparador. Había traído vino de moras de su reserva personal, para usar solo en ocasiones especiales como aquella.

—Eres un incordio para mi real trasero —masculló él, levantándose de la silla.

Fel'annár rió al ver a Handir abrir la botella con experimentada soltura.

—¿Entonces Miren no tuvo problemas cuando le dijisteis que ya estabais casados por el rito silvano?

—Es mi madre, por supuesto que tuvo problemas —respondió Llyniel con leve exasperación—. Ella quería la gran boda alpina, pero con la coronación en marcha, simplemente no nos pareció necesario ni práctico. Me resulta difícil justificar el gasto tan pronto después de la guerra.

—La mayoría ya nos considera una pareja casada —añadió Fel'annár—. Solo unos pocos alpinos estirados intentaron armar ruido, pero mi padre acalló sus quejas. Luce su trenza de unión con orgullo y les dejó claro que eso era prueba suficiente.

—Le cambiaste la vida el día que le regalaste esos objetos que le trajiste. Hay en él una alegría que no he visto desde que éramos niños.

—Es un cierre. Leer las últimas palabras que su padre le dirigió, saber que era amado, que su padre no lo abandonó. Y luego las palabras de Lássira, su regreso. Por fin tiene algo que esperar con ilusión. —Fel'annár sonrió y observó cómo Handir servía el vino.

—¿Fel'annár?

—No. He tenido suficiente.

Handir sirvió dos copas de vino y caminó pausadamente hasta donde estaba sentada Llyniel. Le entregó una copa, sostuvo la otra y volvió a sentarse.

Elevando la copa a la altura de los ojos, admiró el profundo color rubí y se la llevó a los labios. Llyniel observaba con fascinación, esperando su veredicto antes de tomar ella también el primer sorbo.

Fel'annár estaba cansado. Las actividades del día, la alegría que regresaba a su vida, el vino, la comida y el calor del fuego… cerró los ojos y disfrutó de la cómoda compañía de sus amigos.

Peligro.

Abrió los ojos.

Veneno.

La mirada se le desvió hacia Handir, viéndolo sorber el vino.

—¡Para! Escúpelo, Handir. ¡Escúpelo *ya!*

Un chorro de color rojo brillante explotó de la boca de Handir, manchando las ropas principescas, salpicando el rostro y el cabello. Handir se quedó helado, mirándose las manos cubiertas de vino y la túnica arruinada.

Llyniel y Fel'annár se pusieron en pie, mirándolo con asombro. —¿Tragaste algo? —preguntó Fel'annár.

Handir se volvió hacia él, con los ojos entornados y brillantes. —¿Qué crees *tú*?

Llyniel arrastró a Handir al cuarto de baño. —¡Enjuágate la boca ahora mismo!

Momentos después regresaron, viendo cómo Fel'annár cogía la botella y la olía.

—¿Crees que el vino está envenenado? —preguntó Llyniel.

—Sé que lo está —dijo Fel'annár, desviando la mirada hacia un lado, con un leve fulgor en los ojos.

—¿Qué dicen ellos? —preguntó Llyniel.

—Hablan de los Ilícitos. ¿Por qué harían eso? —Fel'annár se volvió hacia Llyniel y luego hacia Handir.

—Debe de ser el mismo veneno usado en las mazmorras. Sospechábamos que Nestar había preparado una toxina indetectable, pero no pudimos encontrar pruebas.

—Analizaré la botella mañana —dijo Llyniel, quitándosela a Fel'annár y metiendo el corcho—. Y destruiré el resto de botellas. Pero ¿por qué querría Nestar envenenar mi vino?

—Venganza, por ocupar su puesto como Lestari.

—Y… —continuó Llyniel—, Nestar sabía que tú y yo somos buenos amigos, que a menudo compartimos vino. Seguramente

pensó que también podía vengarse de ti por haberlo desenmascarado y deshonrado frente al rey.

El labio de Fel'annár se curvó. Su esposa y su hermano casi habían sido envenenados, y el recuerdo de los restos torturados de Nestar y Melu'sán acudió a la mente. —Sentí lástima por su final. Ahora, estoy tentado de decir que se lo merecía.

—Me debes una túnica nueva —dijo Handir, mirándose con asco —. Esta era mi favorita. Jamás sacaré estas manchas.

Handir estaba más preocupado por el destino de la túnica principesca que por haber escapado por los pelos de una muerte espantosa.

Fel'annár y Llyniel lo miraron, luego se miraron entre sí. A Llyniel le temblaba la barbilla mientras los labios de Fel'annár se crispaban y luego se torcían. Pero fue inútil y, juntos, estallaron en ruidosas carcajadas.

CAPÍTULO 35

Salto de Fe

Fel'annár se despertó justo antes del amanecer, con los recuerdos del Kal'hamén'Ar y del Baile de Lan Taria aún vívidos en la mente. Aquello le hizo sonreír y se giró para contemplar la figura dormida de Llyniel.

Debía levantarse, enfrentarse al día en que se convertiría en príncipe.

Apoyándose en un codo, observó a su amante dormir, resistiendo el impulso de recorrer el contorno de sus labios. Solo quería mirar cómo respiraba, dar gracias por la paz que veía en su rostro por primera vez desde su regreso del Bosque Perenne.

Podría haber muerto la noche anterior junto con Handir. Pero los árboles no lo permitieron, le habían avisado justo a tiempo.

Unos ojos color miel se abrieron, se centraron en él y sonrieron, solo para vacilar segundos después.

—Oh, dioses, es hoy.

La sonrisa de Fel'annár se convirtió en una risita. —¿Nerviosa?

—Claro que lo estoy, y ni se te ocurra decirme que tú no lo estás —le señaló con un dedo acusador, pero el rostro tras él sonreía—. Estarán golpeando a nuestras puertas en muy poco tiempo.

—No creo que te vea hasta que estemos todos engalanados y oliendo a flores.

—¿Es eso lo que nos harán?

—¿Cómo voy a saberlo *yo*? Nunca he visto una coronación — Fel'annár se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Miró hacia la parte frontal de la fortaleza, observó el flujo constante de silvanos que ya a esa hora acudían en masa al lugar donde se celebraría la coronación. Algunos incluso habían dormido cerca de la plataforma elevada que los carpinteros habían erigido en el patio, especialmente para la ocasión.

Este era el día de ellos también, tanto como el de Fel'annár y Llyniel, pues ¿acaso no le habían protegido cuando todavía era demasiado joven para comprenderlo? ¿No habían reclamado siempre a Fel'annár como su legítimo príncipe y, a su vez, declarado ante el mundo entero que Lássira había sido la legítima reina?

Sintió unos brazos rodeándole la cintura y ahuyentó los recuerdos no deseados de Telzorán. Se relajó al sentir el cuerpo de Llyniel presionarse contra el suyo.

—Han venido para verte. Han venido para ver cómo se hace justicia, por fin. Siempre fuiste su príncipe, incluso de niño. Por aquel entonces, nunca pudieron proclamarlo, no hasta ahora. Los días de fiesta serán largos, amor mío.

Fel'annár se apartó de la ventana y la miró sonriente. —Estamos en paz; por primera vez que yo recuerde, nuestro hogar forestal no se enfrenta a más enemigos que los Desviados. Ha llegado nuestro momento de hablar del futuro, de lo que *nosotros* queremos de esta vida.

—¿Exigirá Thargodén que vivamos aquí, en la ciudad?

—Creo que se llegará a un compromiso. Por mi parte, no quiero eso, y sé que tú tampoco. Creo que él aceptará nuestros planes, siempre y cuando estemos lo bastante cerca de la ciudad. Cuando terminen estos días de celebración, viajaremos a aquel lugar más allá de Sen Garay y construiremos nuestro hogar.

Llyniel le sonrió. —Nunca sabré qué te ocurrió en el Bosque Perenne, y sé que debo dejar de preguntártelo. Pero quienquiera que te ayudase, quienquiera que te curase lo suficiente como para regresar conmigo... siempre le estaré agradecida.

A Fel'annár se le empañaron los ojos mientras sonreía. Ella tenía razón. Nunca podría saberlo, no aquí en Bel'arán. La atrajo hacia sí, la rodeó con los brazos y, en su mente, vio a Or'Talán devolviéndole la sonrisa.

Te estaré observando, a través de las nieblas entre mundos.

El recuerdo más tenue de una promesa olvidada bordeó su conciencia, y él lo rechazó. Se había prometido seguir adelante, no mirar atrás. Unos golpes insistentes en la puerta le sacaron de sus pensamientos. Fel'annár frunció el ceño y sonrió al mismo tiempo, y Llyniel soltó una carcajada.

—Ha llegado *nuestro* momento.

Fel'annár la besó. —Aguantaremos, y esta noche, comenzarán nuestros propios sueños.

Thargodén y Rinon estaban en los aposentos del rey, aún sin vestir para las solemnes celebraciones del día.

La noche anterior había sido gloriosa en todos los sentidos posibles, pero Rinon advertía que algo perturbaba a su padre.

—Cuando caíste en las puertas, me pregunté si habías muerto. Yo estaba herido y Turion acababa de morir. Fel'annár pidió a Sorei y a Salo que me llevaran a las Salas de Curación. Fue Sorei quien prometió que te encontraría, y en ese momento, vi a una reina, Rinon. Vi a la futura reina de Ea Uaré.

Rinon se volvió hacia el perfil de su padre y lo estudió un momento. —Eso no sucederá hasta dentro de mucho tiempo.

—Thargodén se volvió para sostenerle la mirada—. Lássira se ha encontrado a sí misma. Ha vuelto a la vida en Naz'arán.

La comprensión fue rápida y una ola de dolor invadió a Rinon, tan fuerte que se tambaleó donde estaba. —No estoy preparado.

—Lo estás, Rinon. Sorei te presta la estabilidad que necesitas. Ella te ancla. Deja que reine a tu lado, como una igual, como Lássira siempre debería haber hecho al mío. Lidera a nuestro pueblo,

mantén esta paz por la que tanto hemos luchado y deja que Handir, Maeneth y Fel'annár te ayuden.

Rinon tardó un rato en articular su siguiente pregunta, y cuando habló, fue con una derrota silenciosa, pues por primera vez había visto esperanza en los ojos de su padre. Vio una llama inextinguible, una necesidad insoportable de encontrar a Lássira. La culpa le asaltó, incluso mientras su padre tomaba la coronada cabeza entre las manos y le besaba la frente.

A través de la niebla del pesar, Rinon recordó sus rencorosas palabras hacia su padre, palabras que pretendían herir, tal como su padre le había herido a él sin querer.

¿Tú qué sabrás?
¡No te metas en mi vida!
Haré lo que crea que es correcto
Bastardo silvano
No lo aceptaré
¡Eres débil!
Una vez te quise
Aún te quiero.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Debía perdonarse a sí mismo por los años que había pasado arremetiendo contra su padre. Incluso por las veces que había rechazado a Fel'annár. Siempre se había tratado de herir a su padre, porque sabía cuánto significaba Fel'annár para él.

Ahora, con la sabiduría que otorgan la guerra y el amor, le sonrió al niño que llevaba dentro y le dijo que lo comprendía.

Se fundió en el abrazo de su padre, sabiendo que un día cercano se convertiría en rey.

~

Las campanas repicaban por toda la ciudad, mientras los *Ashorns* silvanos bramaban sobre las almenas.

Los reyes de Tar'eastór, Pelagia y Ea Uaré aguardaban coronados y ataviados con largas túnicas vaporosas que se derramaban por el

suelo alrededor de sus exquisitas botas; cabellos de trigo estival, plata y negro medianoche brillaban como ríos de seda sobre los mantos de gala.

Todo el patio era un mar de color, con los elfos alzando la vista hacia la plataforma donde los reyes esperaban a quienes iban a ser coronados, a aquel a quien muchos de ellos habían protegido para que sobreviviera y viera este día.

Las puertas, aún no del todo restauradas, permanecían entornadas. Más allá de ellas, el Gran Cinturón Forestal permanecía totalmente inmóvil.

Gor'sadén, Bulan y Hobin estaban cerca de la familia real y de sus distinguidos invitados; entre ellos, La Compañía, engalanada con sus uniformes de ceremonia.

Los guerreros los miraban, permitían que aquellas leyendas les ensalzaran, les hicieran creer que podían lograr cualquier cosa que se propusieran. Entre ellos, el capitán Yerái estaba junto a Lord Koldur de Abiren'á y otros que habían querido asistir. Sonreían, erguidos y orgullosos.

—Los árboles entonan un heraldo para el señor del bosque, nuestro príncipe silvano.

—Como siempre fue, Yerái —dijo Koldur.

Amareth, Erthoron, Lorthil y Narosén, los ancianos silvanos que habían luchado por sus derechos, por su libertad, y la habían visto dar sus frutos a pesar de que trajera la guerra; una guerra que silvanos y alpinos habían luchado finalmente juntos, contra los *verdaderos* enemigos que habían sido Band'orán y luego los Nim'uán.

Sontúr buscó la mano de Maeneth, Sorei buscó la de Rinon, y Thargodén puso una mano sobre la suya, con la esmeralda completa que aún brillaba con el mismo verde intenso de los ojos de Lássira, de los de Fel'annár. Cuando los cuernos sonaron una vez más, todas las miradas se volvieron hacia las puertas principales y la gente se apartó para dejar paso al señor de la guerra y a los Lestari.

Una voz se alzó en una canción y el primero de los tambores del bosque marcó un ritmo que era a la vez alegre y poderoso. Mientras

las voces se elevaban en un canto nativo de celebración, Fel'annár se volvió hacia Llyniel.

—¿Juntos?

Llyniel sonrió, le tendió la mano y la puso sobre la suya.

La larga capa de Fel'annár, de un verde vibrante, descansaba sobre una túnica azul cielo, con el cuello abierto hasta la base de la garganta. El vestido de Llyniel se ajustaba a la figura para luego abrirse hacia fuera, rozando el camino alfombrado hacia la plataforma.

Los cabellos de ambos contaban la historia de sus vidas y, esta mañana, había sido Handir quien le había hecho el honor a Fel'annár. Había investigado, por supuesto; su fuente principal de información había sido Amareth, de quien decían que había derramado una lágrima cuando le dijo a Handir que tejiera la trenza del linaje, una que ella misma nunca le había hecho de niño.

Todas las piedras de honor estaban de nuevo en el cabello de Fel'annár. La de Alféna, la de Pan'assár que Lássira le dio a Or'Talán. Pero una nueva descansaba junto a ellas, una que Galdith solía llevar. Fel'annár juró llevarla en memoria del Guerrero Feroz. Sonrió ante el recuerdo de Carodel mientras colocaba con cuidado el cuchillo de hierbas de Galadan dentro de la bota, sabiendo lo que había significado para su querido amigo Galdith.

Caminaron por la senda alfombrada entre la multitud y luego subieron las escaleras hacia la plataforma principal.

Allí, justo al comienzo de ese camino hacia el rey y su destino, estaba Carodel con el uniforme de ceremonia de teniente. Fel'annár le sonrió, mientras afloraban los recuerdos del día en que conoció al Guerrero Bardo. Su ingenio, su lengua lírica, sus travesuras y el corazón que tan celosamente guardaba; Fel'annár había enfrentado muchas pruebas a su lado.

A continuación, Fel'annár pasó junto a Idernon y Ramien, a quienes había conocido de niño. Los tres habían sido siempre hermanos y siempre lo serían. Hicieran lo que hicieran ahora él y Llyniel, dondequiera que se aventuraran, Fel'annár sabía que estarían cerca.

A su lado, Gor'sadén estaba con Hobin y Bulan.

Los tres comandantes habían forjado una amistad singular desde que se unieron a Fel'annár en el viaje al norte, hacia la segunda Guerra de los Nim'uán que pensaron que sería la última. Su padre elegido, su tío, su guía espiritual; nunca podría olvidar lo que habían hecho por él.

Handir, Rinon y Maeneth se inclinaron ante Fel'annár y Llyniel mientras se acercaban al rey. Eran los tres hermanos que nunca había imaginado tener. Pero era Handir con quien siempre estaría más unido, el hermano que casi siempre le había aceptado, comprendiéndole como pocos otros podían hacerlo. El vuelo sobre las Cataratas del Horizonte había consolidado ese vínculo de verdadera hermandad. Ninguna fuerza lo desharía jamás.

Finalmente, el rey aguardaba solo, pero Fel'annár casi podía imaginar a Or'Talán a un lado y a Lássira al otro. Deberían haber sido tres, pero solo quedaba uno.

Incluso en su soledad, Fel'annár sentía su poder. Con todas las galas reales, la corona enjoyada se asentaba baja sobre las orejas, cayendo más allá del cuello de la capa azul oscuro.

Pero eran los ojos las joyas más brillantes de todas, ojos que portaban la luz de la vida, la misma luz que parecía emanar de la esmeralda del dedo: Fel'annár. Su padre ya no estaba perdido, ya no estaba de duelo.

—Fel'annár Ar Lássira, Ar Thargodén. ¿Aceptáis el deber que se os ofrece de servir al reino de Ea Uaré como príncipe?

—Lo acepto.

Thargodén se volvió.

—Llyniel Ara Miren, Ara'dán. ¿Aceptáis el deber que se os ofrece de servir al reino de Ea Uaré como princesa?

Ella miró a Fel'annár y sonrió. —Lo acepto.

Handir y Maeneth dieron un paso al frente con sendos cojines en las manos. Thargodén coronó a su hijo y a su alma gemela, y luego retrocedió.

—Príncipe Fel'annár, princesa Llyniel.

Se giraron para mirar al mar de silvanos y alpinos sonrientes y a un puñado de Pelagianos. Amareth lloraba y Lorthil fingía que no lo

hacía, mientras Alféna asentía con satisfacción y Eloran saludaba y luego se sonrojaba.

Macurian se mantenía erguido al hombro de Handir e hizo una reverencia ante los recién coronados príncipe y princesa. Justo detrás de él, el general Airen y los capitanes Enar y Xiané hicieron lo mismo.

Un coro silvano comenzó un canto de celebración y ni siquiera flaqueó cuando un estallido de sonido llegó desde el bosque. Era un sonido del norte que los guerreros recordaban —las Hermanas— enviando sus propias palabras de celebración. Más allá de las puertas de la ciudad, los árboles se mecían suavemente mientras estallaban en flores. Era otoño pero, solo por ese día, los colores de la primavera florecían en sus corazones. Aquello hizo sonreír a Fel'annár, que se volvió hacia Llyniel y vio su alegría reflejada en el rostro de ella.

Pétalos de rosa caían desde los balcones, tamborileando suavemente sobre ellos como una lluvia perfumada, y entonces una luciérnaga se posó sobre la corona de Llyniel. En efecto, Or'Talán los estaba observando.

Desde una alta aguja, tres Shirán contemplaban la coronación.

—Tantos años después...

Ket'subá se volvió hacia Lerita. —Demasiados. Esta misión fue declarada fracasada casi por completo en muchas ocasiones.

—Y, sin embargo, aquí estamos, al final de la misma, aunque el resultado no sea exactamente lo que esperábamos.

Ket'subá asintió hacia Narosén. —En efecto. Pero, por otro lado, hemos presenciado el nacimiento de un portador de la luz, tal como Aria predijo. El resultado merece los sacrificios que hicimos.

Lerita frunció los labios. —Unos más que otros. Aun así, debemos esperar que la recompensa para los caídos sea igual de grande.

Ket'subá rara vez sonreía, pero lo hizo en ese momento. —Narosén, has sido mis ojos en el bosque, tal como Lerita ha sido mi mente en la ciudad, la comandante de mis fuerzas en Ea Uaré. Lo has hecho bien, mereces descansar un tiempo.

—Volveré a Sen'oléi hasta que me llames de nuevo, señor Ket'subá.

El líder de la Orden de Shirán asintió y se giró hacia Lerita. —¿Y tú, *Maestra del Gremio*?

Ella sopesó la pregunta cuidadosamente. —Fel'annár necesitará ayuda. No podemos abandonarlo ahora.

—Para eso tiene a Lainon, Lerita. Tú no puedes hacer nada más.

Una sonrisa triste transformó las facciones habitualmente gélidas. —Será difícil dejarlo ir, pero, por otra parte, tal vez mi próxima misión me lleve al Refugio.

Ket'subá enarcó una ceja. —Y bien sé que disfrutarías de ello. Por ahora, es hora de que me marche. Tendrás noticias mías pronto.

Lerita y Narosén alzaron un ala y una pata a modo de despedida, observando cómo la luz rodeaba a su líder. Con un destello y el sonido de pies correteando, Ket'subá partió hacia Tar'eastór y más allá.

—De vuelta al trabajo, pues, Ari'atór Espiritual. Pronto habrá un nuevo rey al que instruir.

Narosén sonrió mientras los ojos azules destellaban. Entre gorjeos, desapareció en un estallido de pelaje.

Esa noche, Fel'annár se despidió de La Compañía y de su princesa. Se lo habían permitido; de algún modo habían percibido su necesidad de soledad.

Al otro lado del patio, se inclinó ante quienes lo vitoreaban, cruzó las puertas y caminó, sin dirigirse a ningún lugar en particular.

El suelo bajo las botas estaba carbonizado por el Fuego Pelágico, y se dirigió al este, hacia las colinas que descendían suavemente. A leguas de distancia, marcarían el comienzo de las estribaciones de las Montañas Medianas.

En el punto más alto de una de esas colinas, se detuvo a contemplar el mundo ante él.

Detrás quedaba la ciudad, la nueva torre de piedra y la meseta rota desde la que había caído, donde Tensári y Galdith habían muerto, donde Idernon y Carodel casi lo hicieron.

Todo había cambiado desde su Despertar en el Bosque Perenne. En efecto, había visto el mundo bajo una luz diferente, tal como Or'Talán había dicho que haría. Le había prometido a su abuelo no hablar de las cosas que había visto y oído a menos que fuera ante un Shirán.

Nunca había recordado la otra promesa que sabía que había hecho, y quizá fuera mejor así. Y aun así, ¿cómo podría cumplir esa promesa si no era capaz de recordarla?

Se sentó sobre una gran roca y se pasó una mano por el rostro.

—Es una noche hermosa.

Fel'annár se puso en pie de un salto y se dio la vuelta, solo para encontrarse con los brillantes ojos azules de Lainon.

Lo escudriñó, buscó en ese rostro oscuro que tan bien conocía, con el corazón retumbándole en los oídos mientras buscaba señales de que Lainon estuviera enfadado con él por no haber estado con Tensári al final.

—No puedo quedarme mucho tiempo.

Fel'annár soltó un largo suspiro, intentando calmar los nervios. —¿Responderás a mis preguntas, hermano?

Lainon se volvió hacia él, con esa extraña luz del Bosque Perenne en los ojos. —Sí, sí que responderé a tus preguntas, Fel'annár.

Se preguntó si habría oído bien. Lainon nunca había respondido a sus preguntas, al menos no con palabras. Siempre había tenido que leer la verdad en sus expresiones. Algo había cambiado, pero no pensaba desperdiciar el poco tiempo que tenía con esa cuestión.

—¿Se ha encontrado Tensári a sí misma?

—Sí.

—¿Y? ¿Ha elegido a los Shirán?

Las facciones severas de Lainon se suavizaron al responder. —Sí. Es una novicia, y lo será hasta que esté del todo bien, hasta que haya aprendido la realidad de su nuevo ser, de su nuevo mundo.

—Lo siento, Lainon. No pude ayudarla. Murió mientras yo estaba inconsciente. No pude…

—Lo sé. Los tres sabíamos que esto ocurriría, tarde o temprano.

Fel'annár asintió, dejando que el alivio lo sosegara. Incluso logró esbozar una sonrisa. —¿La verás más a menudo ahora?

Lainon se encogió de hombros. —Eso depende de mi próxima misión. Tu cometido se ha cumplido; ya no hay razón para que yo venga más por aquí.

Fel'annár apartó la mirada. —Te echaré de menos, hermano. Dile a Tensári… dile que la queremos, que la extrañamos, que nunca la olvidaremos.

—Cuando la vea, se lo diré.

—Y otra cosa, Lainon. Turion quería que te quedaras con su espada. Si no puedes venir a por ella, la llevaré al gremio académico.

—La encontraré.

—Lo sé —Fel'annár sonrió, pero el gesto se desvaneció pronto y la mirada, turbia, se le fue hacia el Bosque Perenne, a sus espaldas. No podía decirle adiós, no a Lainon. Ni siquiera sabía qué decir. Fue Lainon quien habló primero.

—Prométeme que encontrarás la felicidad que mereces, Fel'annár. Prométeme que aprovecharás el tiempo que se te ha concedido.

Fel'annár contempló a su amigo, a su hermano, a ese extraordinario elfo al que había conocido cuando más lo necesitaba.

—Promesas… le prometí a Or'Talán que no hablaría de nuestro encuentro y… prometí algo más. Pero por mucho que lo intento, no logro recordarlo. ¿Cómo puedo cumplir esa promesa si no recuerdo cuál era?

El ceño de Lainon se frunció, y luego se dio la vuelta y se acercó al borde de la colina. Abajo, la ciudad brillaba con la luz de miles de velas y la música seguía sonando en las salas del rey. Se sobresaltó cuando Fel'annár habló.

—¿Tú lo sabes? ¿Sabes qué fue lo que prometí? ¿Puedes responder a esa pregunta, Lainon?

Fel'annár no creía que fuera a responder; estaba a punto de decir algo banal para que la despedida no fuera tan dolorosa, cuando Lainon contestó, de espaldas a él.

—Me hace desear que las cosas no hubieran sucedido como lo hicieron, para no tener que responderte.

Fel'annár no entendía y se acercó a Lainon. —¿A qué te refieres?

Una suave brisa jugueteaba con las trenzas ari de Lainon, haciendo que parecieran vivas, como si flotaran en el agua.

Agua. ¿Qué importancia tenía el agua?

—Piensa, Fel'annár. Tu último recuerdo, cuando caíste… ¿cuál fue?

—Recuerdo que volaba. Recuerdo mirar hacia arriba, a Los Liminales. Estaba aterrorizado y, sin embargo, ahora creo que él era… sé que era el propio Or'Talán.

—Sí, en eso tienes razón. Aunque ahora, quizá Aria lo reasigne. Hizo algo que no debía.

El temor se iba infiltrando por todos los costados. Fel'annár se sentía al borde de una verdad que tal vez no desearía conocer, y sin embargo necesitaba hacerlo. Las siguientes palabras salieron desesperadas, una súplica a Lainon para que no lo dejara con la duda. —¿Qué… qué hizo?

—Forzó la mano de ella, Fel'annár. Te llevó al Refugio sabiendo que *morirías*.

Lainon se giró, con los brillantes ojos azules empañados, y en el rostro había una piedad y un dolor tan profundos como Fel'annár no había visto jamás.

Negó con la cabeza lentamente, inseguro de haber comprendido.

—Ella te dio a elegir: quedarte en el Refugio o regresar a Ea Uaré. Deseaste volver y, a cambio, ella te arrancó una promesa.

La niebla en la mente de Fel'annár se disipaba; la verdad estaba justo tras ella. Se vio a sí mismo en Tar'eastór, arrodillado ante la aurora, con la mano de Aria extendida.

—Fel'annár. Tú *moriste*. Por eso estabas tan confundido. No es así como debería hacerse, pero Or'Talán conspiró para traerte de vuelta. Lo hizo porque quería que fueras feliz al lado de Llyniel, una alegría que no pudo darle a su propio hijo. Pero la promesa fue tuya, amigo mío, y la hiciste.

Los ojos de Lainon brillaban más ahora, y Fel'annár supo que casi era la hora.

—No te vayas.

—No estés triste, hermano. Aria dobla las reglas de este mundo por ti, siempre lo ha hecho. Disfruta del tiempo que se te ha dado al

lado de Llyniel. Tensári y yo te estaremos esperando, Fel'annár, cuando llegue el momento.

—¿Cuando muera de nuevo?

Lainon asintió. —La tercera vez será la última en este mundo. Aria favorece el número *tres*.

—Tar'eastór…

—Sí, aunque esa vez tuvo un poco de ayuda de Llyniel.

Fel'annár se debatía en un mar de confusión que poco a poco cobraba nitidez.

Moriste…

Podía oír el viento, sentirlo en la cara y, aunque estaba oscuro, podía ver los colores del mundo de una forma que nunca antes había hecho. La conversación con Or'Talán volvió a aflorar.

Verás las cosas bajo una luz diferente.

—¿Qué soy? —No fue más que un susurro, una pregunta inútil cuya respuesta ya conocía. La promesa… había sido para Aria, para poder robar tiempo prestado a una deidad dispuesta a ello. Se subió la manga derecha y contempló el tenue símbolo en la parte interna de la muñeca. Se estaba oscureciendo.

Miró a Lainon.

Quería reír, quería llorar, quería maldecir a Aria y luego venerarla.

Or'Talán le había dado esta oportunidad de felicidad que no había logrado darle a su propio hijo, y Fel'annár la aprovecharía con todo su ser, pues era un Maestro Kah, era príncipe de Ea Uaré y era Shirán. Una oleada de pánico lo invadió y buscó en el bolsillo interior. Sacó la talla que había tomado del asiento de Aria en las nubes y la miró mientras hablaba.

—Dime que no tengo que irme, ahora no…

—Paz. Al comprometer tu servicio a Aria, ella, a su vez, te ha dado esta última vida en Bel'arán para que hagas con ella lo que te plazca, aunque sospecho que seguirás siendo el señor del bosque y cumplirás tu propósito como Ber'anor. Pero hay un último paso que debemos dar, uno que sellará tu pacto con los dioses.

Un movimiento captó la mirada de Fel'annár. Entre los árboles que los rodeaban, vio motas de luz azul.

Ojos.

En el árbol más cercano vio un búho y un halcón, un mirlo y un reyezuelo. Una ardilla estaba sentada cerca, despreocupada por los cazadores que tenía al lado.

—¿Por qué… por qué han venido? —La cabeza de Fel'annár se giró hacia Lainon—. *Qué*… ¿qué debo hacer?

Lainon se acercó a su amigo y, con el rostro totalmente serio, habló.

—Han venido a mirar. Tienen curiosidad.

—¿M… mirar qué?

—Debes cruzar el límite. Una vez que lo hagas, no hay vuelta atrás. Nunca podrás retractarte de la promesa. Necesito que confíes en mí con tu vida.

—Siempre lo he hecho.

—Necesito que me sigas ahora, como yo te seguí a ti, a ciegas, sin nada más que la fe para guiarte.

—Siempre lo haré.

Lainon enderezó la figura, con la cabeza inclinada hacia atrás, pero los ojos seguían fijos en Fel'annár. —Querríamos conocer a tu *clan*.

Fel'annár frunció el ceño ante Lainon, lo vio alejarse de la ciudad que quedaba abajo y descender a grandes zancadas por la ladera que conducía al bosque. Trotó y luego corrió, y cuando la luz empezó a abrazarlo, extendió los brazos. De la luz, Azure se elevó hacia lo alto.

Las respiraciones se volvieron cada vez más rápidas, más ruidosas a medida que el silencio descendía sobre él.

Dio un paso vacilante hacia adelante, y luego otro. Era fe ciega, lo sabía, pero le había prometido a Aria, le había prometido a Lainon que los seguiría. Estaba petrificado y, sin embargo, las piernas lo impulsaban hacia adelante, colina abajo, hacia el destino.

—Dioses amados… —La voz sonaba más profunda, más fuerte de lo que debería.

Podía oír el aleteo, vio joyas azules en el cielo. Querían conocer a su *clan*, ¿pero qué significaba eso?

Empezó a trotar, diciéndose que no se detuviera, y pronto estaba corriendo, y luego esprintando, con lágrimas brotando de los ojos,

pues el aliento del bosque le acariciaba el rostro, y la alegría se encontraba con el terror, la negación luchaba con la aceptación.

Las luces pasaban fugaces a su lado, más rápidas que él, y él aumentó la velocidad. Con el viento en el cabello, el poder pulsaba en el centro del pecho, y estaba cambiando, evolucionando, incluso mientras las luces se volvían más brillantes. ¿Cómo sabría cuándo sería el momento adecuado?

Una fanfarria de graznidos y chillidos rasgó la noche y se sintió más ligero. Fel'annár abrió los brazos y saltó.

Gritó y luego rió hasta que ya no pudo más. Bramó y luego rugió a la noche, justo cuando los Shirán volaron hacia arriba y lo rodearon, con las alas desplegadas en saludo a un nuevo hermano.

No podía verse a sí mismo, pero ahora sabía a qué se refería Lainon, y sonrió ante el recuerdo de la pequeña talla que sabía que el propio Or'Talán había tallado y dejado en lo alto de las nubes para que él la encontrara.

Batió las poderosas alas, sabiendo que sus hermanos no lo dejarían caer, y viró a la izquierda, volando sobre el hogar forestal, sobre una tierra que ya no estaba en guerra, sino en paz, al igual que él, por fin.

El Silvano ha terminado, pero la saga continua, muy pronto en español …

Acerca de la autora

www.rklander.com

Subscribe y reciba noticias sobre próximos lanzamientos de R.K. Lander.